

GREG ILES



EL PRISIONERO DE SPANDAU

El secreto nazi mejor guardado



Lectulandia

Berlín, 1987. Un mes después del extraño suicidio del criminal de guerra nazi Rudolf Hess, las cuatro potencias vencedoras de la segunda guerra mundial, supervisan el derribo de la prisión berlinesa de Spandau, de la que Hess fue el último prisionero. Hans Apfel, un joven policía de la República Federal de Alemania, encuentra unos papeles ocultos entre los escombros. Se trata del diario de un prisionero que cuenta cómo fue entrenado por las SS para ser el doble de Hess y desvela, además, viejos secretos de estado que pueden ser decisivos para la seguridad mundial más inmediata.

Greg Iles mezcla magistralmente historia y ficción en una sorprendente novela que nos acercará a la inquietante figura de Rudolf Hess, amigo personal y secretario privado de Hitler, protagonista de uno de los episodios más oscuros de la segunda guerra mundial.

«Una lectura de alta tensión.»

John Grisham

«Una historia extraordinaria de un excelente escritor, que se merece la buena acogida que seguro que va a tener.»

Booklist (Estados Unidos)

Lectulandia

Greg Iles

El prisionero de Spandau

ePub r1.0

orhi 13.03.16

Título original: *Spandau Phoenix*
Greg Iles, 1993
Traducción: Josefina Meneses

Editor digital: orhi
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para el doctor Jerry W. Iles

AGRADECIMIENTOS.

Muchas gracias a Natasha Kern, mi agente literaria, que demuestra cada día que no es necesario vivir en Nueva York para jugar en primera división. Todos los autores deberían tener mi suerte.

Muchas gracias a Ed Stackler, mi editor, que llegó a conocer a algunos de mis personajes mejor que yo mismo, por sus esfuerzos y su entusiasmo, que van mucho más allá de lo que la llamada del deber impone.

Muchas gracias a Hans-Friedrich Müller, del Berliner Rathaus, por hacer más fáciles mis investigaciones sobre Alemania; y a Bettina Rauch y Jürgen Van der Brock de la Polizei berlina, que no tuvieron control alguno sobre el contenido de este libro, ni tampoco lo pidieron. Gracias también a las autoridades policiales que prefieren no ser mencionadas.

Gracias, especialmente, a Betty Iles, mi editora extraoficial, por su ojo crítico; a Ken Cumbus, mi experto en ordenadores; y a Courtney Aldridge, amiga de verdad y lectora infatigable, que me ayudó a mantener la honestidad durante todo el proceso.

Y, sobre todo, gracias a mi esposa, Carne, por su fe y su amor constantes.

Prólogo

¿Qué es la historia, sino una fábula que todos admiten?

NAPOLEÓN BONAPARTE

10 de mayo de 1941

El mar del Norte estaba en calma, cosa que en primavera no era frecuente; y la noche no tardaría en caer sobre un continente roto y humeante, estremecido por los horrores de la guerra. Desde las ensangrentadas dunas de Dunkerque hasta las bombardeadas calles de Varsovia, desde los helados confines de Noruega hasta las desiertas playas del Mediterráneo, Europa se encontraba esclavizada. Únicamente Inglaterra, sola y asediada, se resistía a los masivos contingentes de la Wehrmacht hitleriana, y estaba previsto que aquella noche Londres pereciese.

Por el fuego. A las 18.00, hora de Greenwich, la mayor concentración de bombarderos de la Luftwaffe jamás reunida desataría su furia contra la indefensa ciudad, y más de doscientas ochenta hectáreas de la capital británica quedarían arrasadas. Miles de bombas incendiarias lloverían sobre civiles y militares por igual. La catedral de San Pablo se salvaría de milagro, y el fuego destruiría el interior del Parlamento. La historia anotaría esta incursión contra Londres como la peor de toda la guerra, un holocausto. Y, sin embargo...

... todo aquello, la planificación, las bajas, la masiva destrucción, no era más que la nube de humo que ocultaba los movimientos de la enguantada mano del prestidigitador. Un espectacular divertimento estratégico calculado para apartar las miradas del mundo de una misión tan temeraria y complicada que resultaría incomprensible para las futuras generaciones. El responsable de aquel ingenioso plan era Adolf Hitler, que aquella noche, sin que un solo miembro de su Estado Mayor lo supiera, emprendería desde la Berghof la empresa militar más ambiciosa de su vida.

Hitler ya había obrado milagros anteriormente —la Blitzkrieg contra Polonia, el cruce de las «insalvables» Ardenas—, pero aquél iba a ser el logro supremo de su carrera, algo que lo elevaría al fin por encima de Alejandro, Julio César y Napoleón. Con un golpe sensacional, volvería del revés el equilibrio del poder mundial al transformar a su enemigo mortal en un aliado y condenar a la destrucción a su actual aliado. Para alcanzar el éxito necesitaba llegar al mismo corazón de Gran Bretaña, pero no con bombas ni proyectiles. Aquella noche necesitaba precisión, y había escogido sus armas de acuerdo con tal necesidad: traición, debilidad, envidia, fanatismo... las fuerzas más destructivas de la humanidad. Hitler estaba acostumbrado a utilizar tales herramientas, y todas las piezas se encontraban ya colocadas en su lugar del tablero.

Pero esas fuerzas eran impredecibles. Los traidores vivían bajo el terror permanente de ser descubiertos, pues los agentes temían ser capturados, los fanáticos se dejaban llevar fácilmente por la ira y los hombres débiles eran susceptibles a la traición. Hitler sabía que, para utilizar con eficacia tales recursos, era necesario que alguien estuviese en el lugar, tranquilizando al agente, dirigiendo al fanático, sujetando la mano del traidor y apuntando una pistola contra la cabeza del cobarde. Pero... ¿quién podía encargarse de tal misión? ¿Quién podía inspirar, al mismo

tiempo y en idéntica medida, confianza y temor? Hitler conocía al hombre adecuado. Era un militar de cuarenta y ocho años, un piloto. Y ya estaba en el aire.

A seiscientos metros por encima de Amsterdam, el Messerschmitt Bf110 *Zerstörer* surgió de entre las nubes bajas y comenzó a surcar el despejado cielo del mar del Norte. El sol de la tarde se reflejaba en las plateadas alas del caza, haciendo que resaltasen las negras cruces que llevaban el terror a los corazones europeos más valerosos.

En el interior de la cabina, el piloto lanzó un suspiro de alivio. Durante los últimos 640 kilómetros había tenido que ceñirse a una fatigosa ruta sumamente restringida, cambiando de altitud varias veces para mantenerse dentro de los corredores de seguridad prescritos por la Luftwaffe. El piloto personal de Hitler le había entregado el mapa codificado que llevaba y, con él, le dio un consejo. Las zonas de seguridad no se cambiaban todos los días por capricho, le había susurrado Hans Bahr; los Spitfire británicos penetraban regularmente el «impenetrable» muro de la defensa aérea de Hermann Göring. El peligro era muy real y las precauciones imprescindibles.

El piloto sonrió forzosamente. En aquellos momentos, los cazas enemigos eran lo que menos le preocupaba. Si no conseguía dar a la perfección el siguiente paso de su misión, lo que lo derribaría sobre el mar sería una escuadrilla de Messerschmitts y no de Spitfires. Los controladores de vuelo de la Luftwaffe esperaban que en cualquier momento él diera media vuelta e iniciara el regreso hacia Alemania, como había hecho docenas de veces anteriormente cuando probaba el avión de caza que le había prestado personalmente Willi Messerschmitt, para luego regresar a casa, a la privilegiada vida que llevaba con su esposa e hijo. Pero en esta ocasión no daría media vuelta.

Consultó el velocímetro y luego su reloj y calculó el punto a partir del cual desaparecería de las pantallas de radar de la Luftwaffe, situadas en la isla holandesa de Terschelling. Había llegado a la costa holandesa a las 15.28. Ahora eran las 15.40. A 350 kilómetros por hora, ya debía de haberse adentrado unos 65 kilómetros en el mar del Norte. Sabía que el radar alemán no podía compararse con su homólogo británico, pero, por precaución, aguardaría otros tres minutos. Aquella noche no se podía dejar nada al azar. Absolutamente nada.

El piloto se estremeció, pese al grueso mono de vuelo de cuero forrado de piel que vestía. Era muchísimo lo que dependía de aquella misión: los destinos de Inglaterra y Alemania y, muy posiblemente, del mundo entero. Era suficiente para hacer que cualquier hombre se estremeciera. Y en cuanto a Rusia, aquella inmensa y bárbara tierra infectada por el cáncer del comunismo, el viejo enemigo de su patria... Si él alcanzaba el éxito aquella noche, Rusia caería al fin de hinojos ante la esvástica.

El piloto accionó la palanca de mando, con lo que hizo que el ala izquierda del

Messerschmitt descendiera, y miró hacia abajo a través del grueso cristal de la carlinga. Ya es casi el momento. Consultó su reloj y comenzó a contar. Cinco... cuatro... tres... dos...

¡Ya! Como un halcón de acero, el Messerschmitt bajó en picado hacia el mar, descendiendo a más de seiscientos kilómetros por hora. En el último momento tiró hacia atrás de la palanca, se niveló cuando ya casi rozaba las crestas de las olas y enfiló en dirección norte hacia Aalborg, la base principal de cazas de la Luftwaffe en Dinamarca. Su desesperada carrera había comenzado.

Volando por el denso aire del nivel del mar, el Messerschmitt consumía combustible como agua, pero lo que más le preocupaba al piloto en aquellos momentos era conseguir que su misión siguiera siendo secreta. Y encontrar la señal de aterrizaje, se recordó. Tras dos docenas de vuelos de entrenamiento, ya estaba familiarizado con el aparato, pero lo del desvío hacia Dinamarca era nuevo. Nunca había volado tan al norte sin referencias visuales. No tenía miedo, pero se sentiría mucho más tranquilo en cuanto avistase por estribor los fiordos daneses.

Había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que el piloto tuvo que matar. Las batallas de la Gran Guerra parecían ahora tan remotas... Desde luego, disparó con ira centenares de veces, pero uno nunca estaba seguro de haber hecho blanco. Al menos, no lo estaba hasta que llegaban las cargas, las terribles, sangrientas y locamente heroicas cargas de carne contra acero. Estuvo a punto de morir —lo recordaba con toda claridad— a causa de un balazo en el pulmón izquierdo. Ésa fue una de las tres heridas que recibió mientras combatía en el famoso regimiento List. Pero sobrevivió, y eso era lo importante. Los muertos de las trincheras enemigas... quién sabía cuántos fueron.

Aquella noche iba a matar. No le quedaría más remedio. Consultó las dos brújulas que llevaba amarradas al muslo izquierdo, se orientó cuidadosamente, y luego se apresuró a mirar de nuevo el indicador de horizonte. Tan cerca de la superficie del mar, el agua producía engañosas ilusiones ópticas. Centenares de pilotos expertos habían acabado estrellándose contra las olas por haber perdido momentáneamente la concentración... Sólo faltan seis minutos para Aalborg, pensó nerviosamente. ¿Para qué arriesgarse? Ascendió a trescientos metros, se estabilizó y luego asomó el cuello para inspeccionar el mar. Éste se extendía mansamente ante él, sin tierra a la vista. Salvo... ¡Allí... justo frente a él! Una quebrada línea costera. ¡Dinamarca! ¡Lo había conseguido!

Con la corriente sanguínea inundada de adrenalina, oteó las nubes en busca de aviones de caza en misión de patrulla. Si lo detectaban, decidió, haría como si nada y seguiría su rumbo simulando ser un aparato rezagado perteneciente a una incursión anterior. La dura y vacía tierra septentrional se encontraba ya a sus pies. Su destino era una pequeña pista auxiliar situada a poca distancia de la base aérea de Aalborg. Pero... ¿dónde estaba? La pista... su cargamento especial... ¿Dónde?

Allá abajo divisó de pronto el rojizo brillo de las balizas ferroviarias, que se

extendían en líneas paralelas a su izquierda. ¡La señal! Una solitaria baliza verde indicaba la dirección adecuada de aproximación. El piloto hizo un amplio giro de 180 grados y luego comenzó a hacer descender el Messerschmitt. La pista era corta y no había espacio para el error. Altímetro, 0. Conteniendo el aliento, trató de divisar la pista. Nada... nada... ¡Bum! Las ruedas golpearon con fuerza contra el pavimento de hormigón y el avión se estremeció a causa del impacto, pero no tardó en estabilizarse. El piloto apagó los motores y rodó hasta detenerse treinta metros más allá de las dos últimas balizas.

Antes de que pudiera soltarse el arnés, dos mecánicos de tierra levantaron la cúpula de la carlinga. Sin decir nada, lo ayudaron a quitarse el arnés y tiraron de él para sacarlo de la cabina. Aquella brusca familiaridad le sorprendió, pero no hizo comentario alguno. Para los mecánicos, él no era más que un piloto que tal vez realizaba una misión algo irregular y operaba en solitario desde una pista prácticamente abandonada situada al sur de la base; a fin de cuentas, un simple piloto. Si el hombre se hubiera despojado del casco de vuelo y de las gafas protectoras, los mecánicos habrían reaccionado de modo muy distinto y, desde luego, se habrían abstenido de tocarlo sin permiso. Todos los hombres, mujeres y niños de Alemania y millones de personas en el resto de Europa y del mundo conocían el rostro del piloto.

Sin decir palabra se apartó un poco de la pista y se bajó la cremallera del mono de vuelo para orinar. Los dos mecánicos estaban solos y habían sido bien aleccionados. Uno de ellos estaba llenando el depósito del Messerschmitt con el combustible de un viejo camión cisterna, mientras el otro se ocupaba de colocar los accesorios especiales bajo el ala izquierda del avión. El piloto observó la pequeña pista. Vio un viejo anemómetro tipo calcetín, un montón de piezas de repuesto que databan de los días anteriores a la guerra y, unos metros más abajo, un pequeño cobertizo de madera que, probablemente, en tiempos sirvió para guardar las herramientas de los mecánicos daneses.

Apuesto a que ahora, dentro de ese cobertizo, hay algo muy distinto, se dijo. Se subió la cremallera y caminó lentamente hacia la pequeña construcción, tratando de detectar algún indicio de la presencia de gente en su interior. Por detrás del cobertizo asomaba el negro y esbelto capó de un Daimler, que brillaba como una carroza fúnebre. El piloto rodeó la construcción y miró a través del parabrisas del coche. Vacío. Recordando sus instrucciones, se cubrió la parte inferior del rostro con una bufanda de vuelo blanca. La tela le hacía difícil respirar, pero unida a su casco de vuelo, sólo dejaba sus ojos a la vista de cualquier observador. Entró en el cobertizo sin llamar.

El interior estaba a oscuras, pero en el sofocante aire se percibía el olor de la presencia humana. Alguien encendió un farol, y en el interior del cobertizo se hizo la luz. A menos de un metro del piloto se encontraba un comandante que vestía el elegante uniforme negro de las SS de Himmler. A diferencia de la mayoría de los de su clase, aquel representante del «cuerpo de élite» de Himmler era bastante grueso.

Parecía más acostumbrado a destinos placenteros como París que a las zonas de guerra. Tras él, un hombre más flaco, vestido con un mono de vuelo de cuero, permanecía rígidamente sentado en una silla de madera de respaldo recto. Su rostro, como el del piloto, estaba oculto por una bufanda de vuelo. Su mirada fluctuaba nerviosamente entre el recién llegado y el hombre de las SS.

—Llega usted puntual —dijo el comandante de las SS tras consultar su reloj—. Soy el comandante Horst Berger.

El piloto asintió con la cabeza pero no se identificó.

—¿Quiere beber algo? —Una botella apareció entre las sombras—. ¿Schnapps? ¿Coñac?

Dios bendito, pensó el piloto. ¿Llevará este estúpido un bar en su coche? Negó enfáticamente con la cabeza y señaló con el pulgar hacia la puerta entornada.

—Será mejor que vaya a supervisar los preparativos.

—Tonterías —replicó el comandante Berger—. Los mecánicos se ocuparán de eso. En Aalborg no los hay mejores. La verdad es que resulta una auténtica lástima.

Lo es, pensó el piloto. Pero no creo que eso a ti te preocupe. Creo que disfrutas con todo esto.

—Vuelvo al avión —murmuró.

El hombre sentado en la silla se levantó lentamente.

—Oiga... ¿adónde va? —ladró el comandante Berger, pero el hombre no le hizo caso—. Bueno, muy bien —masculló.

Se cerró el cuello y salió del cobertizo detrás de los dos hombres.

—¿Saben lo de los depósitos desprendibles? —preguntó el piloto cuando Berger se puso a su altura.

—Ja.

—¿Los de novecientos litros?

—Claro. Mire, ahora los están instalando.

Berger estaba en lo cierto. En el otro extremo del aparato, dos mecánicos de tierra estaban instalando el primero de los dos ovalados depósitos de combustible bajo la roma ala del Messerschmitt. Cuando hubieron terminado, se desplazaron hasta el lado más próximo del aparato.

—¡Verifiquen el buen estado de los manguitos! —ordenó el piloto.

El mecánico jefe, que ya estaba en ello, asintió con la cabeza. El piloto se volvió hacia el comandante Berger.

—Volando hacia aquí se me ocurrió una idea —dijo.

El hombre de las SS frunció el ceño.

—¿Qué idea?

—Quiero que, antes del despegue, engrasen las armas.

—¿Qué quiere decir? ¿Que las lubriquen? Le aseguro que las armas se encuentran en perfectas condiciones de funcionamiento.

—No. Lo que quiero es que llenen los cañones de grasa.

Tras el comandante Berger, el hombre vestido con el mono de vuelo dio un paso hacia un lado y miró con curiosidad al piloto.

—¿No lo dirá usted en serio? —se opuso Berger—. Dígale que no puede ser —le pidió al del mono de vuelo, pero éste se limitó a ladear la cabeza—. Pero... ¡Es un suicidio! —insistió Berger—. Si por casualidad se encuentran con una patrulla británica... —Movi6 la cabeza—. No puedo permitirlo. Si lo derriban, eso ser6 una terrible mancha en mi carrera.

Tu carrera ya ha llegado a su fin, pens6 tristemente el piloto.

—¡Engrasen las armas! —les grit6 a los nerviosos mec6nicos, que, instalados ya los dep6sitos desprendibles, procedían a llenarlos.

El mec6nico jefe se encontraba en la parte posterior del camión cisterna tratando de decidir cu6l de los dos hombres que estaban dando 6rdenes era el que mandaba. Al comandante Berger lo conocía de Aalborg, pero el piloto tenía un aire de autoridad que resultaba aú n m6s peligroso.

—¡Lo que pide es imposible! —protest6 el comandante Berger—. ¡No le hagan caso! ¡Aquí el que da las 6rdenes soy yo!

El mec6nico jefe cerr6 el grifo de combustible y mir6 a los tres hombres situados en el borde de la pista. Lenta y premeditadamente, el piloto alz6 su largo brazo en direcci6n al mec6nico situado bajo el ala y, a trav6s de la bufanda, grit6.

—¡Tú! ¡Engrasa mis armas! ¡Es una orden!

El mec6nico jefe reconoci6 el timbre de la autoridad, y subi6 al camión cisterna para coger de la caja de herramientas una pistola engrasadora. El comandante Berger acerc6 una mano temblorosa a la pistola autom6tica Schmeisser que llevaba al cinto.

—Creo que ha perdido usted la raz6n —dijo en voz baja—. Revoque inmediatamente esa orden o no me quedar6 m6s remedio que arrestarlo.

Tras echar una mirada a los mec6nicos, que ahora estaban ocupados en llenar de negra y densa grasa el cañ6n de veinte milímetros del Messerschmitt, el piloto se llev6 una mano a la bufanda y se la quit6. Al verle el rostro, el hombre de las SS retrocedi6 un paso y abri6 exageradamente los ojos. A su espalda, el del mono de vuelo trag6 saliva no sin dificultad y se dio media vuelta.

El rostro del piloto era moreno y saturnino, de ojos profundos y pobladísimas cejas que casi se unían en el centro. Su imperiosa mirada estaba llena de autoridad.

—Aparte la mano de la pistola —dijo sin alterarse.

Durante unos momentos, el comandante Berger permaneci6 como petrificado. Luego, lentamente, separ6 la mano de la culata de la Schmeisser.

—*Jawohl, Herr... Herr Reichminister.*

—¡Vamos, Herr comandante, cumpla con su misi6n!

De pronto, el comandante Berger era todo actividad. Con el coraz6n latiéndole desacompadadamente y el rostro enrojecido por el terror, corri6 hacia el Messerschmitt. La sangre le rugía en los oídos. ¡Acababa de amenazar con el arresto a Rudolf Hess, *Der Stellvertster dere F6hrers*, el lugarteniente del F6hrer! Aturdido,

ordenó a los mecánicos que se apresuraran en su tarea. Mientras ellos obedecían, él los interrogó respecto a lo que habían hecho anteriormente. ¿Habían comprobado el estado de los manguitos? ¿Se desprenderían adecuadamente los depósitos auxiliares cuando estuvieran vacíos?

En el borde de la pista, Hess se volvió hacia el del mono de vuelo.

—Acérquese —murmuró.

El hombre, indeciso, avanzó un paso y se puso en posición de firmes.

—¿Entiende lo de las armas? —preguntó Hess. El hombre asintió lentamente—. Ya sé que es peligroso, pero es peligroso para los dos. En determinadas circunstancias, podría costarnos la vida.

El hombre asintió de nuevo. Él también era piloto y, en realidad, había volado en muchas más misiones que el hombre que tan súbitamente había asumido el mando. Comprendía la lógica de la medida. Un avión que volaba en misión de paz resultaría mucho más convincente si llevaba las armas inutilizadas. Pero aunque no lo hubiese comprendido, el hombre no se encontraba en posición de discutir.

—Ha pasado mucho tiempo, *Hauptmann* —dijo Hess utilizando el rango de capitán en lugar de un nombre.

El capitán asintió con la cabeza. Por el cielo volaban hacia el sur, en misión de patrulla, un par de Messerschmitts procedentes de Aalborg.

—Está usted haciendo un gran sacrificio por su patria, *Hauptmann*. Usted y otros como usted han renunciado totalmente a llevar vidas normales a fin de que hombres como yo podamos proseguir con la guerra con relativa seguridad. Es un enorme peso, ¿no?

Por un momento, el capitán pensó en su esposa y sus hijos. Llevaba sin verlos más de tres años, y ahora se preguntaba si los volvería a ver. Asintió lentamente con la cabeza.

—Una vez estemos en el avión —dijo Hess—, no me será posible ver su cara. Quiero verla ahora. Antes.

En el momento en que el capitán se quitaba la bufanda, el comandante Berger reapareció para decirles que el avión estaba casi listo. Los dos pilotos, absortos en la extraña comedia que estaban representando, no oyeron nada. Lo que vio el hombre de las SS cuando llegó junto a ellos lo dejó sin aliento. La cabeza le dio vueltas y comprendió que estaba al borde de la extinción. ¡Ante él, dos hombres con la misma cara se estaban estrechando las manos! ¡Y qué cara! Al comandante Berger le daba la sensación de que había entrado en un salón de espejos en el que sólo los rostros de las personas peligrosas se multiplicaban.

Los pilotos se dieron la mano durante un largo momento. Ambos eran conscientes de que sus vidas podían terminar aquella misma noche, sobre territorio enemigo, en la cabina de un caza indefenso.

—Dios mío... —gimió Berger.

Ninguno de los dos pilotos hizo caso de su presencia.

—¿Cuánto tiempo hace, *Hauptmann*? —preguntó Hess.

—Desde Dessau, *Herr Reichminister*.

—Está usted más delgado —murmuró Hess—. Aún me cuesta creerlo. Es de lo más desconcertante. —Luego, secamente—. ¿Está listo el avión, Berger?

—Sí, creo que sí, Herr...

—Entonces, ya puede hacer lo que tiene que hacer.

—*Jawohl, Herr Reichminister!*

El comandante Berger giró sobre sus talones y echó a andar hacia los dos nerviosos mecánicos, que, junto al camión cisterna, esperaban el permiso para regresar a Aalborg. Mientras caminaba, Berger soltó la trabilla de seguridad de la Schmeisser.

—¿Todo listo? —preguntó en voz alta.

—*Jawohl*, Herr comandante —replicó el mecánico jefe.

—Espléndido. Apártense del camión, por favor. —Berger alzó la pistola de corto y grueso cañón.

—Pero... ¿qué hace usted, Herr comandante? ¿Por qué nos apunta?

—Le han prestado un gran servicio a la patria —dijo el hombre de las SS—. Ahora... ¡apártense del camión!

Los dos hombres se miraron entre sí paralizados por el terror. Al fin comprendieron los motivos de la vacilación del comandante Berger. Evidentemente, el hombre estaba enterado de lo volátil que era el vapor del combustible de aviación. Retrocediendo más hacia el camión, el mecánico jefe unió las manos en gesto de súplica.

—Por favor, Herr comandante, tengo familia...

La comedia había terminado. El comandante Berger retrocedió tres pasos y disparó una ráfaga mantenida. Hess lanzó un grito para advertirle, pero ya era demasiado tarde. Utilizada con pericia, la Schmeisser podía ser una arma muy precisa, pero la pericia del comandante Berger era limitada. De las doce balas de la ráfaga, sólo cuatro alcanzaron a los mecánicos. Las otras perforaron el oxidado depósito del camión cisterna como si fuera papel.

La explosión lanzó al comandante Berger a cuatro metros del lugar en el que se encontraba. Instintivamente, Hess y el capitán se habían lanzado al suelo. Ahora yacían boca abajo, protegiéndose los ojos del brillantísimo resplandor. Cuando al fin alzó la cabeza, Hess vio la silueta del comandante Berger recortada contra las llamas, avanzando orgullosamente hacia ellos rodeado de una negra nube de humo.

—¿Qué le ha parecido? —preguntó en voz alta el hombre de las SS volviéndose hacia el infierno de llamas—. ¡Ya no hay pruebas!

—¡Idiota! —exclamó Hess—. ¡Dentro de cinco minutos los de Aalborg mandarán aquí una patrulla para investigar!

Berger sonrió.

—¡Déjeme ocuparme de ellos, *Herr Reichminister!* ¡Las SS saben manejar a la

Luftwaffe!

Hess sintió un cierto alivio; Berger le estaba poniendo las cosas fáciles. Si había algo que Hess no soportaba, ese algo era la estupidez.

—Lo lamento, comandante —dijo taladrando con la mirada al hombre de las SS—. No puedo permitirlo.

Como una cobra hipnotizando a un pájaro, los profundos y oscuros ojos de Hess dejaron paralizado a Berger. Con toda naturalidad, Hess sacó una automática Walther de un bolsillo delantero de su mono de vuelo y describió el cerrojo. El grueso hombre de las SS abrió lentamente la boca; las manos le colgaban inútilmente a los costados y la ya inservible Schmeisser permanecía dentro de su pistolera.

—Pero... ¿por qué? —preguntó en voz baja—. ¿Por qué yo?

—Creo que por algo relacionado con Reinhard Heydrich.

Berger abrió mucho los ojos, luego los cerró y bajó la cabeza.

—La patria lo exige —murmuró Hess, y apretó el gatillo.

El capitán respingó al escuchar la detonación de la Walther. El cuerpo del comandante Berger se estremeció un par de veces en el suelo y después quedó inmóvil.

—Quítele la Schmeisser y la munición que lleve encima —ordenó Hess—. Registre el Daimler.

—*Jawohl, Herr Reichminister!*

Los siguientes minutos fueron una confusa sucesión de acciones que ambos hombres tratarían de recordar con claridad durante el resto de sus existencias. Cachearon el cadáver en busca de munición, registraron el coche, verificaron de nuevo que los depósitos desprendibles estuvieran adecuadamente instalados, se pusieron los paracaídas, encendieron los motores gemelos Daimler Benz, empujaron el avión hasta la vieja y resquebrajada pista de hormigón. Instintivamente, los dos hombres llevaron a cabo tareas que habían ensayado mil veces mentalmente. En ningún instante dejaron de sentir el temor de que en cualquier momento apareciese una patrulla procedente de Aalborg.

Antes de subir a bordo del avión, intercambiaron efectos personales. Rápida pero cuidadosamente, Hess se desprendió de los elementos de verificación de personalidad acordados: tres brújulas, una cámara Leica, su reloj de pulsera, unas cuantas fotos, una caja de extrañas y variadas drogas, y por último la fina cadena de oro que llevaban todos los que pertenecían al círculo de allegados a Hitler. Se lo entregó todo al capitán, junto con unas palabras de explicación acerca de cada objeto.

—Yo, mi esposa, yo, mi esposa y mi hijo...

El hombre que recibía las pertenencias ya conocía la historia de éstas, pero no hizo comentario alguno. Quizá, se dijo, el *Reichminister* desee despedirse de todas las cosas familiares que puede perder esta noche. El capitán comprendía bien tales sentimientos.

Incluso esta extraña y conmovedora ceremonia se confundió con las prisas y los

temores que acompañaron al despegue, y ninguno de los dos hombres volvió a hablar hasta que se hubieron adentrado 65 kilómetros en el mar del Norte, volando directamente hacia su destino. Como el plan preveía, Hess cedió los mandos al capitán. Hess ocupaba ahora el puesto del operador de radio, sentado hacia los dos estabilizadores verticales del caza. En ningún momento mencionaron nombres —sólo los rangos—, y limitaron su charla a cuestiones referentes a la misión.

—¿Distancia? —preguntó el capitán girando la cabeza hacia el asiento vuelto hacia atrás.

—El avión puede volar dos mil kilómetros con los depósitos de novecientos litros.

—Preguntaba por la distancia hasta el objetivo.

—¿La isla o el castillo?

—La isla.

—Mil cien kilómetros.

Durante la siguiente hora, el capitán no volvió a hacer preguntas. Con la vista fija en el mar, que cada vez estaba más oscuro, pensó en su familia. Hess estudió el montón de papeles que tenía sobre las piernas: mapas, fotos y minibiografías copiadas en secreto de los archivos de las SS situados en el sótano de la Prinz-Albrechtstrasse. Repasó incesantemente cada uno de los detalles, tratando de imaginar todas las contingencias que podían producirse una vez se encontrase en tierra. Cuando faltaban 160 kilómetros para llegar a la costa inglesa, comenzó a informar al piloto sobre sus deberes.

—¿Hasta qué punto está usted al corriente de nuestra misión, *Hauptmann*?

—Me dijeron muchas cosas. Demasiadas, creo.

—¿Ve la segunda radio que hay a su derecha?

—Sí.

—¿Sabe usted cómo funciona?

—Sí.

—Si todo va bien, sólo tiene que recordar usted unas cuantas cosas. Primero, los depósitos desprendibles. Ocurra lo que ocurra, debe arrojarlos al mar. Y la segunda radio también. Una vez pase la hora fijada para que yo le envíe la señal, desde luego. El tiempo límite son cuarenta minutos, recuérdelo. Cuarenta minutos.

—Esperaré cuarenta minutos.

—Si en ese tiempo no ha recibido usted mi mensaje, será que la misión ha fracasado. En tal caso...

Al piloto parecía costarle respirar. Hess lo comprendía: era el incontenible miedo a la muerte que hasta él mismo sentía. Pero para él la cosa era distinta. Él sabía lo crucial que era aquella misión, lo incalculable que era su valor estratégico. Comparada con todo ello, la posible pérdida de dos vidas humanas era una nimiedad. Como el hombre que ocupaba el asiento del piloto, Hess tenía familia: esposa y un hijo pequeño. Pero un hombre en su posición, un hombre tan próximo al Führer, sabía

que aquéllos eran lujos que podía perder en cualquier momento. Para él, la muerte significaba simplemente un obstáculo para el cumplimiento de la misión, un obstáculo que había que eludir a toda costa. Pero para el hombre que ocupaba el asiento del piloto...

—¿*Hauptmann*? —dijo Hess casi con suavidad.

—¿Señor?

—Me doy cuenta de que está usted asustado, y lo comprendo. Pero existen cosas peores que la muerte. ¿Lo comprende? Cosas mucho peores.

La contestación del capitán fue un sordo gruñido. Al oírlo, Hess decidió que la empatía no era la mejor motivación para su compañero. Cuando habló de nuevo, lo hizo con voz llena de confianza.

—Pensar en lo peor no sirve para nada, *Hauptmann*. El plan es impecable. Lo importante es que se haya aplicado usted al estudio.

—¡Que si me he aplicado al estudio! —Era evidente que para el capitán resultaba un alivio hablar de otro tema—. Dios mío, un *Brigadeführer* de las SS me estuvo machacando durante dos días seguidos.

—Probablemente sería Schellenberg.

—¿Quién?

—No importa, *Hauptmann*. Probablemente es mejor que no lo sepa.

Se produjo un silencio durante el cual el piloto volvió a pensar en el destino que lo aguardaba si la misión de su pasajero terminaba en fracaso.

—*Herr Reichminister*... —dijo al fin el piloto.

—¿Sí?

—En su opinión, ¿cuáles son nuestras probabilidades de éxito?

—La cosa no depende de mí, así que sería aventurado por mi parte hacer una suposición. Ahora son los ingleses quienes tienen la palabra. —Mi consejo es que se prepare para lo peor, pensó Hess con amargura. Es lo que llevan haciendo desde enero los banqueros del Führer—. Usted límitese a concentrarse en su cometido —dijo—. Y, por el amor de Dios, cerciórese de que salta desde una altura suficiente para que el avión quede destruido. No es que los británicos no conozcan este modelo, pero sería absurdo hacerles un regalo. Una vez haya recibido usted mi mensaje, salte y espere a que yo obtenga su puesta en libertad. Sólo serán unos pocos días. Si no recibe el mensaje...

Verdammt!, maldijo en silencio Hess. No hay modo de evitarlo. Las siguientes palabras las pronunció en tono autoritario.

—Si no recibe el mensaje, *Hauptmann*, ya sabe lo que tiene que hacer.

—*Jawohl* —murmuró el piloto con la esperanza de que su voz no traicionara la inquietud que sentía.

No dejaba de pensar en la cápsula de cianuro que llevaba sujeta al pecho con un esparadrapo. Se preguntó si podría seguir hasta el final con aquella aventura que todos menos él parecían considerar lo más normal del mundo.

—Escúcheme, *Hauptmann* —dijo Hess muy serio—. Usted ya conoce el motivo por el que su participación resulta imprescindible. Los servicios de espionaje ingleses saben perfectamente que me dirijo a Inglaterra...

Hess siguió hablando, tratando de distraer al piloto que, de otro modo, habría dispuesto de demasiado tiempo para pensar. Allá arriba, a tanta distancia de Alemania, el concepto del deber parecía mucho más abstracto que cuando a uno lo rodeaban fraternales miembros del ejército y las SS. El capitán parecía de toda confianza —y Heydrich había respondido por él— pero, si disponía de tiempo para pensar en su predicamento, sabía Dios cuál podría ser su reacción. A fin de cuentas, ¿qué hombre que no sea un loco desea morir?

—Reduzca velocidad —ordenó Hess—. Manténgase a trescientos.

El Messerschmitt no había dejado de devorar kilómetros, y ahora se encontraban a sólo cien kilómetros de la costa de Escocia. En un anochecer despejado como aquél, las estaciones de radar de la RAF ya no podían tardar mucho en detectar la presencia del caza. Hess se aseguró el arnés de su paracaídas, luego apartó los mapas y se echó hacia atrás.

—¡Manténgase alto y visible! —gritó hacia la cúpula de la carlinga—. ¡Cerciórese de que nos ven llegar!

—¿Dónde va a saltar?

—Debo caer en un lugar llamado isla Holy. Allí saltaré. Cuando alcance usted tierra firme, vuele alto durante un rato, luego descienda y corra como alma que lleva el diablo. Probablemente, en cuanto los ingleses detecten su presencia, alertarán a una escuadrilla.

—*Jawohl* —asintió el piloto—. Una cosa, *Herr Reichminister*... —¿Qué?

—¿Se ha lanzado usted en paracaídas alguna vez?

—*Nein*. Nunca.

Una irónica risa se mezcló con el zumbido de los motores.

—¿De qué se ríe, *Hauptmann*?

—¡Yo tampoco he saltado nunca en paracaídas! Parece que quienes planearon esta operación se olvidaron de ese pequeño detalle, ¿no?

Hess sonrió irónicamente.

—Quizá el detalle sí fue tenido en cuenta, *Hauptmann*. Quizá ciertas personas incluso cuenten con él.

—Oh... Dios mío...

—Ya es tarde para preocuparse por eso. Aunque quisiéramos volver a Alemania, no nos queda suficiente combustible.

—¿Cómo? —exclamó el piloto—. Pero los depósitos desprendibles...

—Están vacíos. O no tardarán en estarlo.

Al piloto el estómago le dio un brinco. Pero antes de que lograra descifrar lo que había querido decir su pasajero, avistó tierra.

—*Herr Reichminister!* ¡La isla! ¡Ahí está!

Vista desde dos mil metros de altura, la isla no era más que una insignificante mota, perceptible sólo por la pequeña y brillante franja que la separaba de tierra firme.

—Creo que... creo que veo una bengala.

—¿Verde o roja? —preguntó Hess con voz tensa.

—¡Roja!

—Tenemos que abrir la cúpula de la carlinga, *Hauptmann*. ¡Muévase!

Los dos hombres se esforzaron al unísono por descorrer el pesado cristal. Lanzarse en paracaídas desde un Messerschmitt era algo infrecuente y sólo se intentaba en casos de emergencia. Muchos aviadores habían muerto tratando de hacerlo.

—¡Fuerte! —gritó el piloto.

Los dos hombres empujaron con todas sus energías la cúpula transparente de la cabina. Los músculos de ambos se tensaron agónicamente hasta que al fin la estructura cedió y quedó encajada atrás. En la cabina, el ruido se hizo ensordecedor. Los motores rugían y el viento era una ululante bestia de mil brazos que trataba de arrancar a los dos hombres de su pequeño tubo de acero. Por encima del estruendo, el piloto gritó.

—¡Éste es el lugar, *Herr Reichminister*! ¡Salte ya!

De pronto, Hess se miró las piernas. No había nada sobre ellas. ¡Se había olvidado asegurar los planos y documentos! No había ni rastro de ellos en la cabina; debían de haber volado en el momento en que abrieron la cúpula. Hess albergó la esperanza de que hubieran terminado en el mar, y no en la isla.

—¡Salte, *Herr Reichminister*!

Hess logró ponerse en cuclillas y miró los peligrosos estabilizadores verticales del *Zerstörer*. La hora de los paños calientes ya había pasado. Tendió la mano hacia atrás y obligó al piloto a volverse.

—¡*Hauptmann*! —gritó—. ¡Heydrich sólo hizo colocar los depósitos desprendibles para conseguir que usted llegase hasta aquí! ¡Están vacíos! ¡Ocurra lo que ocurra, no puede regresar! ¡No le queda más remedio que cumplirlas órdenes! ¡Si alcanzo el éxito, lo que usted haga carecerá de importancia! ¡Pero si yo fracaso, debe cumplir sus órdenes! ¡Ya conoce el precio del fracaso: *Sippenhaft*! ¡No lo olvide! ¡Estamos unidos por el *Sippenhaft*! ¡Ahora, ascienda! ¡Necesito que me escude del viento!

El morro del Messerschmitt se elevó, con lo que la cabina quedó momentáneamente protegida del aire por el propio fuselaje del aparato. Con un retador grito, Hess se levantó y se echó hacia atrás. Como era novato, tiró del cordón de apertura en el momento en que salió del avión. La bien doblada seda restalló al desplegarse, y luego se convirtió en un suave y blanco hongo que comenzó a descender mansamente a través de la neblina en dirección a tierra escocesa.

Maldiciendo entre dientes, el piloto se esforzó en cerrar la cúpula. Sin ayuda, iba

a resultarle doblemente difícil. Las palabras de Hess lo habían dejado totalmente helado. Sólo un panel de cristal curvo lo separaba ahora del aterrador destino al que lo habían obligado a enfrentarse. Con el desesperado vigor de un hombre condenado a muerte, logró cerrar la cúpula.

Hizo bajar el ala izquierda y miró hacia atrás. El paracaídas descendía lenta y suavemente. Salvo que sufriera un percance al llegar a tierra, el *Reichminister* lograría al menos comenzar su misión sano y salvo. Al piloto lo animó ver que un novato podía saltar del avión sin matarse; pero no por ello dejó de sentir pánico.

¡Lo habían engañado! ¡Aquellos canallas lo habían obligado a emprender una misión suicida haciéndole creer que existía una escapatoria! ¡Tantos entrenamientos y al final no habían confiado en que él fuera capaz de cumplir las órdenes! Los depósitos auxiliares estaban vacíos. ¡Los muy cerdos! Comprendiendo que, una vez Hess saltase, él tendría pleno control del avión, sus jefes se habían cerciorado de que, si la misión era un fracaso, él no dispondría de combustible suficiente para regresar. ¡Y por si eso fuera poco... Hess lo había amenazado con el *Sippenhaft!*

¡*Sippenhaft!* La palabra le puso la carne de gallina. Le habían contado historias acerca de la pena máxima que los nazis utilizaban para castigar la traición, pero él no les había dado crédito. El *Sippenhaft* dictaba que, en caso de traición, no sólo debía morir el traidor, sino toda su familia. Hijos, padres, viejos y enfermos... todos quedaban incluidos en la condena. No existía tribunal de apelación, y la sentencia, una vez dictada, se ejecutaba en el acto.

Entre dientes maldijo a Dios por haberle puesto las facciones de otro hombre. En aquellos momentos, eso era una sentencia de muerte más segura que un cáncer en el cerebro. Crispó los labios y lanzó el avión en un ululante picado, del que no salió hasta que el morro del avión estuvo a pocos metros de la quebrada tierra escocesa. Luego, como Hess le había sugerido, aumentó la velocidad del *Zerstörer* hasta 550 kilómetros por hora, y sobrevoló como una exhalación las diminutas aldeas y los pequeños campos de labranza. En cualquier otro momento, aquel enloquecido vuelo a ras de suelo habría resultado apasionante; pero en las actuales circunstancias, lo que el piloto sentía era que estaba disputando una carrera con la muerte.

Y así era. Un Boulton Paul Defiant había respondido a una llamada codificada procedente del centro de mando de la RAF en Inverness. El piloto del Messerschmitt ni siquiera llegó a ver el aparato británico. Sin pensar para nada en el peligro, el hombre volaba como un rayo a cinco metros por encima del oscuro suelo de la isla. Con la tremenda potencia del bimotor Messerschmitt, el caza inglés que iba tras él era como un gorrión tratando de alcanzar a un halcón.

En la distancia apareció el monte Dungavel. El piloto recordó la información que había recibido. Altura, 458 metros.

—Ahí está —dijo el piloto al divisar la silueta del castillo Dungavel—. Mi cometido en esta descabellada misión...

El castillo pasó por debajo del fuselaje del avión. Con una mano, el piloto

comprobó el aparato de radio situado junto a su rodilla derecha. Funcionaba. Por favor, llámeme, pensó. Por favor...

No se oía nada. Ni siquiera el rumor de la estática. Con manos temblorosas tocó la palanca de mando para salvar una línea de árboles que dividía diagonalmente un pastizal. Vio campos... un camino... más árboles... luego el pueblo de Kilmarnock, tendido entre las sombras al otro lado de la carretera. Siguió adelante. Un tramo de neblina, luego niebla, el mar...

Como una flecha negra, llegó a la costa occidental escocesa y comenzó a elevarse rápidamente. A su izquierda divisó el hito que marcaba el punto en que debía dar media vuelta, una gigantesca roca que se elevaba 120 metros por encima del nivel del mar y que resplandecía pálidamente bajo la luz de la luna. Como atraídos por un imán, sus ojos escrutaron la esfera de su recién adquirido reloj. Ya habían transcurrido treinta minutos y aún no había llegado la señal. Diez minutos más y él estaría condenado a muerte. Si al cabo de cuarenta minutos no recibe usted ningún mensaje, *Hauptmann*, debe adentrarse en el mar y tragarse la cápsula de cianuro... Se preguntó si el veneno lo mataría antes de que el aparato se estrellase contra las frías aguas del Atlántico Norte.

¡Cristo bendito!, exclamó mentalmente. ¿A qué loco, a qué cabrón, se le habrá ocurrido este plan? Conocía la identidad del responsable. Reinhard Heydrich, el más loco de todos los cabrones. Armándose de valor para evitar ser presa del pánico, ladeó el avión hacia el sur y voló en paralelo a la costa, rezando porque llegase el mensaje de Hess. Examinó el panel de instrumentos. Altímetro, velocímetro, brújula, combustible... ¡los depósitos! Sin bajar siquiera la vista, accionó una palanca situada junto a su asiento. Los dos depósitos auxiliares de combustible cayeron hacia las sombras. Una trainera británica recuperaría uno de ellos, vacío, en el estuario del Clyde.

La radio seguía en silencio. El piloto volvió a comprobar que el aparato funcionaba. Según su reloj, ya habían transcurrido treinta y nueve minutos. Notaba la boca seca. Faltaban sesenta segundos para la hora cero. Tome, señor, un cóctel de cianuro para brindar por la gloria del Tercer Reich. El piloto dirigió una última y melancólica mirada al negro espejo del mar. Metió la mano izquierda en el interior de su mono de vuelo y tocó la cápsula de cianuro que llevaba adherida al pecho. Luego, con estremecedora claridad, a su cabeza acudieron imágenes de su esposa y su hija.

—¡No es justo! —gritó, angustiado—. ¡Siempre son los pelagatos los que mueren!

En un violento acceso de terror y rebeldía, el piloto movió la palanca de control hacia babor y enfiló el rugiente aparato hacia tierra. Con ojos llenos de lágrimas, escrutó la niebla escocesa buscando los hitos del paisaje que tanto se había esforzado por memorizar durante su largo entrenamiento en Dinamarca. Sintió una ráfaga de esperanza al ver el primero: unas vías de tren que relucían con azogado brillo entre las sombras de la noche. Quizá reciba la señal, esperó contra toda esperanza. Pero

sabía que no iba a ser así. Siguió oteando el terreno en busca del segundo hito: un pequeño lago situado al sur del castillo Dungavel...

El Messerschmitt sobrevoló el lago como una exhalación. Más adelante apareció, como un espejismo, el pequeño pueblo de Eaglesham. El caza cruzó atronador sobre los tejados y se elevó describiendo un círculo sobre el castillo Dungavel. ¡Lo había conseguido! Como si hubiera recibido una dosis de morfina en vena, el piloto experimentó un súbito acceso de euforia. A causa de la proximidad de la muerte, su instinto de conservación había accionado un interruptor situado en lo más hondo de su cerebro. Ahora una única idea lo dominaba. ¡Sobrevivir!

A dos mil metros comenzó la pesadilla. No habiendo nadie que pilotase mientras él saltaba, el capitán decidió que, como medida de seguridad, apagaría los motores. En el primer intento, sólo consiguió apagar uno de ellos. El otro, con los cilindros al rojo vivo a causa del largo vuelo desde Aalborg, continuó inflamando la mezcla de aire y combustible. El piloto desaceleró a fondo hasta que el motor se detuvo y con ello perdió unos momentos preciosos. Descorrió la cúpula.

¡No le era posible salir de la cabina! El viento, como una mano invisible, lo aplastaba contra el panel trasero. Desesperadamente intentó describir un rizo con el aparato, con la idea de caer al dar la vuelta, pero la inexorable fuerza centrífuga lo mantuvo pegado al asiento. La sangre se le acumuló en el cerebro y el hombre perdió el conocimiento.

Sin darse cuenta de nada de lo que ocurría, el piloto volaba derecho hacia la muerte. Para cuando recuperó la conciencia, el aparato colgaba inmóvil en el espacio. Al cabo de un milisegundo caerían a tierra como dos toneladas de chatarra.

Con una fuerte flexión de las rodillas, el capitán saltó de la cabina.

Mientras caía, vio imágenes mentales del paracaídas del *Reichminister* abriéndose a la agonizante luz del crepúsculo, para flotar luego mansamente hacia una misión que ya había fracasado. Su propio paracaídas se abrió con un fuerte tirón de los arneses. A lo lejos divisó una nube de chispas. El Messerschmitt había llegado a tierra.

Al pegar contra el suelo se rompió el tobillo izquierdo, pero la adrenalina que le anegaba la corriente sanguínea enmascaró el dolor. Entre las sombras sonaron gritos de alarma. Se puso trabajosamente en pie para despojarse del arnés y contempló a la luz de la luna la pequeña granja situada en el borde del campo en el que había aterrizado. No tuvo tiempo de ver mucho, porque en seguida apareció alguien entre las sombras. Era el dueño de la granja, un hombre llamado David McLean. El escocés se acercó cautelosamente y le preguntó su nombre. Esforzándose por aclararse la turbia cabeza, el piloto trató de recordar su nombre falso. Cuando lo consiguió, estuvo a punto de echarse a reír. Confuso, le dio al hombre su verdadero nombre. ¡Qué demonios!, se dijo. En Alemania ya ni siquiera existo. Heydrich se ha ocupado de ello.

—¿Es usted alemán? —preguntó el escocés.

—Sí —replicó el piloto en inglés.

En algún lugar de las oscuras montañas, el Messerschmitt hizo al fin explosión e iluminó el cielo con un breve resplandor.

—¿Vienen más con usted? —quiso saber nerviosamente el escocés—. ¿Han saltado otros del avión?

El piloto parpadeó, abrumado por la enormidad de lo que había hecho, y de lo que le habían ordenado hacer. La cápsula de cianuro permanecía pegada a su pecho como una víbora.

—No —replicó con voz firme—. Volaba solo.

El escocés pareció aceptar esto sin dificultad.

—Deseo ir al castillo Dungavel —dijo de pronto el piloto. Por algún extraño motivo, en su confusión, o no quería o no podía abandonar su misión original. Solemnemente añadió—. Tengo un importante mensaje para el duque de Hamilton.

—¿Va usted armado? —preguntó McLean con voz titubeante.

—No, no llevo armas.

El granjero se lo quedó mirando sin saber qué hacer. Una voz que sonó entre las sombras rompió al fin el incómodo silencio.

—¿Qué ocurre? ¿Quién anda ahí?

—¡Un alemán ha caído en paracaídas! —respondió McLean—. Avisa a los soldados.

Con aquello se inició una incierta ceremonia de bienvenida que duraría casi treinta horas. Desde la humilde sala de estar de los McLean, donde el granjero le ofreció al piloto una taza de té, lo condujeron a la oficina de la Home Guard de Busby. El alemán siguió identificándose con el mismo nombre que le había dado al granjero: el suyo propio. Era evidente que nadie sabía qué hacer con él. En algún momento y de algún modo, las cosas se habían torcido. El piloto había esperado aterrizar en el centro de un cordón de oficiales de Inteligencia. En vez de ello había sido recibido por un estupefacto granjero. ¿Dónde se encontraban los jóvenes agentes del MI-5? Repitió varias veces que deseaba ver al duque de Hamilton, pero desde la inhóspita oficina de Busby lo condujeron en un camión militar hasta el cuartel Maryhill, en Glasgow.

Ya en Maryhill, el tobillo roto comenzó a dolerle. Cuando se lo dijo a los que lo habían capturado, lo trasladaron hasta el hospital de Buchanan Castle, unos treinta kilómetros al sur de Glasgow. Fue allí donde, al cabo de casi treinta horas de que el desarmado Messerschmitt hubiese alcanzado la costa escocesa, el duque de Hamilton apareció al fin para verse con el piloto.

Douglas Hamilton tenía un aspecto tan juvenil y resuelto como el de la foto de su expediente de las SS. El primer duque de Escocia, que era teniente coronel de la RAF y un renombrado aviador, se enfrentó serenamente al alto alemán, esperando de él una explicación. El nerviosísimo piloto estuvo a punto de contar la verdad y suplicar la ayuda del duque; pero vaciló. ¿Qué ocurriría si lo hacía? Era posible que,

simplemente, la radio hubiese funcionado mal, y que en aquellos momentos Hess estuviera llevando a cabo su misión, fuera cual fuera. Heydrich era capaz de culparlo a él si la misión de Hess fracasaba. Y, en ese caso, la familia del piloto moriría. Probablemente podría haber salvado a sus seres queridos suicidándose como le habían ordenado; pero en ese caso su hija debería crecer sin padre. El piloto estudió el rostro del duque. Sabía que Hamilton había visto por unos momentos a Rudolf Hess durante la olimpiada de Berlín. ¿A quién creería ver el duque ahora? Esperando que lo cargasen de cadenas y lo encerrasen en un calabozo, el piloto pidió que el oficial que acompañaba al duque saliera de la habitación. Una vez a solas con el aristócrata, avanzó un paso hacia Hamilton sin decir nada.

El duque lo miró, estupefacto. Aunque le costaba creerlo, le era imposible no reconocer al hombre que tenía ante sí. El aire altivo... el moreno rostro de aristocráticas facciones... las pobladas cejas... Hamilton no daba crédito a sus ojos. Y, pese a que el duque intentó ocultar su asombro, el piloto lo percibió al instante. Comenzó a sentirse como el condenado a muerte que ve aparecer al mensajero que le trae el indulto. ¡Dios mío!, pensó. Aún puede dar resultado. Y ¿por qué no? Llevo cinco años entrenándome para esto.

El duque permanecía a la espera. Sin más titubeos, e impulsado tal vez por el coraje o tal vez por la cobardía, el piloto quebrantó por primera vez la férrea disciplina que había respetado durante toda una década.

—Soy el *Reichminister* Rudolf Hess —anunció fríamente—, líder del partido nazi.

Haciendo gala de la clásica reserva inglesa, el duque permaneció impassible.

—No puedo estar seguro de que eso sea cierto —dijo al fin.

Hamilton se esforzaba por aparentar escepticismo, pero en sus ojos el piloto advirtió una reacción completamente distinta: no incredulidad, sino sorpresa. Lo sorprendía que el lugarteniente de Adolf Hitler, el que probablemente era el segundo hombre más poderoso de la Alemania nazi, se encontrara ante él en un hospital militar situado en el corazón de Gran Bretaña. Y la sorpresa significaba aceptación.

Soy el *Reichminister* Rudolf Hess. Con sólo cinco palabras, el asustado piloto se había convertido en el prisionero de guerra más importante de Inglaterra. El alivio por haber salvado la vida hacía que la cabeza le girase vertiginosamente. Ya había dejado de pensar en el hombre que se lanzó en paracaídas desde el Messerschmitt antes que él. La señal de Hess no había llegado, pero nadie más sabía eso. Nadie más que el propio Hess, el cual, probablemente, en aquellos momentos ya estaba muerto. El piloto siempre podría decir que la señal le había llegado de modo confuso, y que decidió proceder con su misión según le habían ordenado. Nadie podría culparlo a él del fracaso de la misión de Hess. El piloto cerró los ojos, aliviado. ¡Maldito *Sippenhaft!*. Nadie mataría a su familia si él podía evitarlo.

Sin darse cuenta, al tomar aquella decisión —la única que le permitía sobrevivir—, el desesperado capitán había propiciado una de las conspiraciones más singulares

de la segunda guerra mundial. Y 160 kilómetros más hacia el este, vivo o muerto, el auténtico Rudolf Hess, un hombre que conocía el suficiente número de secretos como para desencadenar una catastrófica guerra civil en Inglaterra, había desaparecido de la faz de la tierra.

El duque de Hamilton mantuvo su actitud de escepticismo durante toda la breve entrevista, pero antes de abandonar el hospital dio orden de que el prisionero fuera trasladado a un lugar secreto y vigilado con doble guardia.

LIBRO UNO

Berlín Occidental, 1987

El que anda en chismes descubre el secreto;
mas el de espíritu fiel lo guarda todo.

Proverbios 11, 13.

CAPÍTULO UNO

La bola de demolición se movió en lento arco por el patio cubierto de nieve y golpeó contra el único edificio que seguía en pie en los terrenos de la prisión, golpeó el muro y lanzó ladrillos por los aires como si fueran proyectiles de mortero. La prisión Spandau, la torva fortaleza construida más de un siglo atrás y que durante los últimos cuarenta años había albergado a los criminales de guerra nazis más notables, estaba siendo demolida en un solo día.

El último recluso de Spandau, Rudolf Hess, había muerto. Se había suicidado hacía sólo cuatro semanas, y le había ahorrado así al gobierno de Alemania Occidental el millón de libras esterlinas que pagaba todos los años para mantener al anciano nazi en confinamiento solitario. En un infrecuente acto de solidaridad, Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética —los antiguos aliados que se turnaban mensualmente para vigilar la prisión— habían decidido que era necesario destruirla cuanto antes, a fin de evitar que se convirtiera en un centro de peregrinación de los neonazis.

Durante todo el día, y haciendo caso omiso del frío, numeroso público se había congregado para presenciar la demolición. Como Spandau se alzaba en el sector británico de Berlín, el Real Cuerpo de Ingenieros se ocupó de la formidable tarea. A primera hora de la mañana, un equipo de técnicos en explosivos efectuó la voladura de la estructura principal, que se derrumbó como un castillo de naipes. Una vez el polvo se hubo posado sobre la nieve, los bulldozers y las máquinas de demolición remataron el trabajo. Pulverizaron la mampostería de la prisión, desguazaron su esqueleto metálico, y apilaron los restos en enormes montones de escombros que evocaron penosos recuerdos en los berlineses más ancianos.

Aquel año, Berlín cumplía setecientos cincuenta años. En toda la ciudad se estaban realizando enormes proyectos de construcción y restauración para celebrar el aniversario. Sin embargo, los berlineses sabían que la siniestra fortaleza de Spandau nunca se volvería a alzar. Durante años habían pasado ante el edificio mientras iban a sus quehaceres cotidianos, sin pararse casi nunca a pensar en este último y recalcitrante resto de lo que, al resplandor de la Glasnost, parecía historia antigua. Pero ahora que las adustas almenas de Spandau habían dejado de ensombrecer el horizonte de la Wilhelmstrasse, los berlineses se detenían para reflexionar sobre los fantasmas que el edificio evocaba.

Al anochecer sólo seguía en pie la planta calefactora de la prisión, cuya chimenea se recortaba crudamente contra las nubes color gris plomizo. Una máquina de demolición se disponía a lanzar su inmensa bola de hormigón. La chimenea tembló, como si aguardara el golpe definitivo. La bola describió un lento arco y luego golpeó como una bomba. La chimenea estalló en una nube de ladrillos y polvo que fueron a caer sobre lo que hasta hacía unos minutos había sido la cocina de la prisión.

Una súbita ovación acalló el estruendo de los potentes motores diésel. La ovación

procedía de más allá del perímetro acordonado, y no fue motivada concretamente por la desaparición de Spandau, sino que fue la reacción espontánea del público tras contemplar una destrucción a tan gran escala. Irritado por los mirones, un cabo francés indicó por señas a unos policías alemanes que lo ayudaran a dispersar a la multitud. Un eficazísimo lenguaje por señas les permitió salvar la barrera del lenguaje y, con su proverbial eficacia, la Polizei berlinesa entró en acción.

—*Achtung!* —gritó un agente a través de un altavoz—. ¡Retírense! *Haue ab!* ¡Esta zona está claramente marcada como peligrosa! ¡Disuélvanse! ¡Hace mucho frío para que darse ahí embobados! ¡Aquí lo único que hay son hierros retorcidos y cascotes!

Tales avisos convencieron a los que sólo estaban de mirones. Éstos continuaron camino de sus casas con una pequeña anécdota para amenizar la cena. Pero otros no fueron tan fáciles de persuadir. Varios viejos se quedaron remoloneando al otro lado de la concurrida calle, con los alientos formando nubes de vapor ante ellos. Algunos simulaban aburrimiento, otros contemplaban sin disimulo la destruida prisión o miraban furtivamente a los otros espectadores que se habían quedado donde estaban. Un grupo de gamberros —llamados «cabezas rapadas» debido a que todos ellos llevaban el pelo tribalmente rapado— se dirigió en arrogante actitud a las iluminadas puertas de la prisión para gritar lemas nazis contra las tropas británicas.

No pasaron inadvertidos. Aquel día, todos los peatones que manifestaron una curiosidad mayor de lo normal por la demolición fueron fotografiados. En el interior del remolque utilizado para coordinar la demolición, un cabo ruso tomó dos fotos con teleobjetivo a cada una de las personas que siguieron en la calle después de la intervención de la policía alemana. Antes de una hora, tales fotos llegarían a la central del KGB en Berlín Oriental, donde serían digitalizadas y comparadas con las existentes en una inmensa base de datos electrónica. Espías, judíos fanáticos, periodistas radicales, antiguos nazis... Todos los miembros de tan exóticas especies serían meticulosamente identificados y catalogados, y las fotos de los desconocidos serían entregadas a la policía secreta alemana oriental, la infame Stasi, para que fueran comparadas visualmente con las de sus archivos.

Tales medidas consumirían un carísimo tiempo de ordenador y una gran cantidad de horas de trabajo por parte de los alemanes orientales, pero a Moscú no le importaba. Para el KGB, la destrucción de Spandau era cualquier cosa menos un asunto rutinario. El propio Lavrenti Beria, jefe del brutal NKVD estalinista, había enviado directrices especiales a los sucesivos jefes de la Cheka encareciendo la importancia que tenían los reclusos de Spandau para el esclarecimiento de los casos pendientes de solución. Y en aquel anochecer —treinta y cinco años después de la muerte de Beria ante un pelotón de fusilamiento— sólo uno de aquellos casos permanecía abierto. El caso de Rudolf Hess. El actual jefe del KGB estaba decidido a que el caso no siguiera pendiente de solución.

En la Wilhelmstrasse, un poco más arriba, un vigía aún más atento que los rusos

permanecía sentado en lo alto de un pequeño muro de ladrillo, observando cómo los alemanes despejaban la calle. El hombre, que llevaba ropas de obrero y contaba casi setenta años, tenía las acusadas facciones de un halcón, y miraba con fijeza y sin apenas pestañear. No necesitaba cámara fotográfica. En su cerebro quedaba instantáneamente grabado cada uno de los rostros de la calle, y establecía relaciones y llegaba a conclusiones con mucha mayor rapidez y eficacia que cualquier ordenador.

Se llamaba Jonas Stern y llevaba doce años sin salir del estado de Israel. Nadie sabía que en aquellos momentos se encontraba en Alemania. Pero el día anterior había pagado de su bolsillo el pasaje para viajar a un país que detestaba con todas sus fuerzas. Naturalmente, y como todo el mundo, se había enterado de que iban a demoler Spandau. Pero un motivo más profundo lo había llevado hasta allí. Hacía tres días, mientras llevaba agua desde el pozo del *kibbutz* hasta su pequeña Cabaña del desierto del Negev, tuvo la extraña corazonada que había motivado su presencia allí. Stern no se resistió. Tales premoniciones eran infrecuentes en él, y sabía por experiencia que era mejor hacer caso de ellas.

Viendo cómo la prisión-fortaleza era convertida en polvo, sentía emociones contrapuestas de triunfo y culpabilidad. Había conocido, conocía aún, a hombres y mujeres que pasaron por Spandau camino de las fábricas de muerte de Mauthausen y Birkenau. Una parte de su ser deseaba que la prisión permaneciese en pie, como monumento a aquellos infortunados y al castigo que habían recibido sus asesinos.

Castigo, se dijo el hombre, pero no justicia. Justicia, nunca.

Stern echó mano a una vieja bolsa de cuero que llevaba colgada a un costado y sacó una naranja. La peló mientras contemplaba la demolición. La luz diurna ya casi había desaparecido. A lo lejos, una enorme grúa amarilla retrocedió a demasiada velocidad por el patio de la prisión. Stern respingó al oír el sonido de las grandes losas al romperse como frágiles huesos.

Diez minutos más tarde, los monstruos mecánicos quedaron inmóviles. Mientras el oficial británico que estaba al mando daba las últimas órdenes, un autobús urbano berlinés color amarillo pálido se detuvo junto a las ruinas de la prisión, y sus faros iluminaron la nieve que seguía cayendo. En cuanto el vehículo se detuvo, de él saltaron al patio de la prisión veinticuatro soldados vestidos con una mezcla de uniformes que procedieron a formar cuatro grupos de seis. Aquellos soldados representaban una componenda típica de la peculiar administración cuatripartita de la prisión Spandau. Los servicios mensuales de vigilancia se efectuaban por turnos y sin apenas fricciones. Pero la destrucción de la cárcel, como todo lo anterior que se había salido de la rutina, había supuesto un auténtico caos. Primero, los rusos se negaron a aceptar que los alemanes se ocupasen de la seguridad de la prisión. Luego —como ninguna de las cuatro potencias se fiaba de ninguno de sus «aliados» para que efectuase solo la vigilancia de las ruinas de Spandau— se decidió que todas se ocuparían de ello, con un pequeño contingente de policía berlinesa occidental para guardar las apariencias. Mientras los ingenieros reales montaban en el autobús, los

suboficiales de los cuatro destacamentos de guardia desplegaron a sus hombres por el recinto.

Cerca de la demolida puerta de la prisión, un sargento mayor norteamericano de raza negra estaba dándoles a sus hombres las últimas instrucciones.

—Muy bien, muchachos. Espero que cada uno tenga el mapa de su sector, ¿es así?

—¡Sí, señor! —respondieron sus hombres al unísono.

—Entonces, atended. Esto no es como un turno de guardia en las puertas de la base. Los alemanes se ocupan del perímetro y nosotros del interior. Tenemos órdenes de vigilar las ruinas. Ésa es nuestra misión tapadera, como dice el capitán. En realidad estamos aquí para vigilar a los rusos. Ellos nos vigilan a nosotros, nosotros los vigilamos a ellos. La historia de siempre, ¿entendéis? Sólo que probablemente éstos no son rusos normales y corrientes. Probablemente pertenecen al GRU o quizá incluso al KGB. Así que todos debéis andaros con mil ojos. ¿Alguna pregunta?

—¿Cuánto tiempo estaremos aquí, sargento?

—Esta guardia dura doce horas, Chapman, de seis a seis. Si a las seis de la mañana todavía estás despierto, y más te vale que así sea, entonces podrás volver con tu bomboncito de la Benlerstrasse. —Cuando cesaron las risas, el sargento, con una sonrisa, ordenó—. A vuestros puestos. El enemigo ya está en los suyos.

Mientras los seis norteamericanos se desplegaban por el patio, un furgón Volkswagen verde y amarillo con el letrero POLIZEI se detuvo en la calle, frente a la prisión. Aguardó a que hubiera un claro en el tráfico y luego subió al bordillo y fue a detenerse ante los peldaños del remolque de mando. Inmediatamente, seis hombres que vestían el verdoso uniforme de la policía de Berlín Occidental salieron por la puerta posterior y fueron a alinearse entre el furgón y el remolque.

Dieter Hauer, el capitán que estaba al mando del contingente policial, abandonó el asiento del conductor, se apeó y rodeó el furgón. Era un hombre atractivo, de mentón cuadrado y poblado bigote militar. Sus ojos, color gris claro, escrutaron los terrenos de la demolida prisión. Advirtió que, en la penumbra, los capotes que llevaban los soldados aliados producían la sensación de que todos ellos eran miembros del mismo ejército. Hauer sabía que las apariencias engañan. Aquellos jóvenes representaban una polifacética masa de recelos y sospechas. Eran como dos docenas de accidentes a punto de ocurrir.

Los alemanes llamaban a sus policías *Bullen*, toros, y Hauer hacía bueno tal mote. Incluso a sus cincuenta y cinco años, su fornido cuerpo irradiaba la suficiente autoridad como para intimidar a hombres treinta años más jóvenes que él. No llevaba ni guantes, ni casco, ni gorro para protegerse del frío y, pese a lo que los hombres de su unidad sospechaban, aquello no era un alarde con el que pretendía impresionarlos. Como bien sabían los que lo conocían, aquel hombre poseía una resistencia casi sobrehumana a todas las incomodidades externas, fueran naturales o no. Mientras rodeaba el furgón, Hauer dio la orden de «¡Firmes!». Sus agentes formaron un

cerrado grupo bajo el deslumbrante haz del foco situado sobre la puerta del remolque de mando.

—Les dije a todos los que quisieron oírme que no deseaba esta misión —dijo—. Naturalmente, eso les importó una mierda.

Se oyeron unas cuantas risas nerviosas. Hauer escupió en la nieve. Era evidente que el hombre, cuya especialidad era el rescate de rehenes, consideraba indigna de él aquella trivial misión de vigilancia.

—Esta noche debéis sentirnos sumamente seguros, muchachos —continuó con marcado sarcasmo—. Nos acompañan soldados de Francia, de Inglaterra, de Estados Unidos y de la madre Rusia. Todos ellos se encuentran aquí porque se ha considerado que nosotros, la policía de Berlín Occidental, no somos capaces de realizar como es debido esta vigilancia. —Hauer unió las manos detrás de la espalda—. Estoy seguro de que a vosotros esto os hace tanta gracia como a mí, pero qué le vamos a hacer.

»Ya conocéis vuestras órdenes. Cuatro de vosotros vigilaréis el perímetro. Apfel y Weiss formarán la guardia itinerante. Patrullaréis de modo aleatorio, tratando de detectar conductas inadecuadas entre los soldados regulares. Lo que no me han dicho es qué debemos considerar como «conductas inadecuadas» en este caso. Supongo que se trata de registros no autorizados o de provocaciones entre los distintos contingentes nacionales. Tratad de no acercaros demasiado a los rusos. Ignoro a qué organizaciones pertenecen, pero dudo que sean del Ejército Rojo. Si tenéis algún problema, tocad el silbato y esperad a que yo acuda. Por lo demás, todos debéis manteneros en vuestros puestos hasta que se os diga lo contrario.

Hauer hizo una pausa y contempló los juveniles rostros que lo rodeaban. Su mirada se detuvo por un momento en un sargento de cabello rubio rojizo y ojos grises. Luego Hauer siguió.

—Andaos con ojo, pero no seáis timoratos. Con independencia de lo que digan los tratados políticos, estamos en territorio alemán. Quiero que se me informe de cualquier provocación, sea verbal o física, inmediatamente.

La acritud del tono de Hauer parecía indicar que el hombre no estaba dispuesto a tolerar insultos de los soviéticos ni de nadie. Por su forma de hablar, daba la sensación de que incluso deseaba que se produjese algún incidente de aquel tipo.

—Estudiad cuidadosamente los mapas de vuestras zonas —siguió—. Esta noche no quiero errores. Vais a enseñarles a esos soldaditos de pacotilla lo que significan las palabras profesional y disciplina. ¡Adelante!

Seis policías se desplegaron.

Hans Apfel, el sargento de cabello rubio rojizo al que Hauer había encargado hacer la guardia itinerante, caminó unos veinte metros y luego se detuvo y se volvió a mirar hacia su superior. Hauer, con un cigarro sin encender entre los labios, estaba examinando un mapa de la prisión. Hans estuvo a punto de volver sobre sus pasos, pero el sargento norteamericano apareció de pronto por detrás del furgón policial y se puso a hablar en voz baja con Hauer.

Hans se volvió y echó a andar por la nieve siguiendo en paralelo el curso de la Wilhelmstrasse, que quedaba a su izquierda. Malhumorado, aplastó con la bota un cristal caído en el suelo. De golpe y porrazo, aquél se había convertido en uno de los días más incómodos de su vida. Cuando estaba a punto de salir de la comisaría de policía de la Friedrichstrasse, dispuesto a volver a casa con su esposa, el sargento de guardia lo tocó en el hombro, le dijo que necesitaba a alguien de confianza para una misión confidencial, y prácticamente lo arrojó al interior del furgón que se dirigía a la prisión Spandau. Eso, en sí mismo, ya resultaba un soberano fastidio. Los turnos dobles eran una maldición, en especial cuando había que cumplirlos a pie y entre la nieve.

Pero aquél no era el auténtico motivo del disgusto de Hans. El problema radicaba en que el comandante del destacamento de guardia, el capitán Dieter Hauer, era el padre de Hans. Gracias a Dios, ninguno de sus compañeros estaba enterado de este hecho, pero Hans tenía la sensación de que tal circunstancia no tardaría en cambiar. Se había pasado todo el trayecto hasta Spandau mirando por la ventanilla del furgón, absteniéndose de participar en la charla general. No comprendía lo ocurrido. Su padre y él habían llegado hacía tiempo a un acuerdo, un sencillo acuerdo para solucionar una compleja situación familiar, y Hauer debía de haberlo roto. Era la única explicación. Tras unos minutos de contrariado desconcierto, Hans decidió enfrentarse a la situación como siempre lo hacía: desentendiéndose de ella.

Apartó de una patada un montón de nieve que se interponía en su camino. Hasta el momento, sólo había dado dos cautelosas vueltas al perímetro. Le producía un considerable nerviosismo caminar por una zona de seguridad en la que los soldados blandían fusiles de asalto con la misma indiferencia con la que llevaban calderilla en los bolsillos. Oteó el oscuro terreno protegiéndose los ojos de la nieve con una mano enguantada. Dios mío, qué bien han hecho los ingleses su trabajo, se dijo. Fantasmagóricas montañas de hierros retorcidos y cascotes se alzaban sobre la nieve arremolinada, como los bombardeados restos de los edificios no restaurados de Berlín. Suspiró profundamente y siguió avanzando entre las sombras.

Era un extraño recorrido. Durante quince o veinte pasos no veía más que el brillo de las lejanas farolas. Luego se materializaba un soldado, un negro espejismo recortándose contra la nieve que caía. Algunos le daban el alto, pero la mayoría no. Cuando se lo daban, Hans se limitaba a responder «Versalles», que era la contraseña impresa al pie de su mapa del sector, y le permitían pasar.

No lograba librarse de una ligera sensación de inquietud. Según pasaba frente a los soldados, trataba de identificar el arma que cada uno de ellos portaba. En la oscuridad, todos los uniformes se parecían, pero las armas los identificaban perfectamente. Los rusos permanecían inmóviles como estatuas, con las culatas de los Kalashnikov firmemente apoyadas en el suelo, como extensiones de sus brazos. Los franceses también permanecían inmóviles, aunque no en posición de firmes. Sujetaban entre los brazos sus fusiles FAMAS e intentaban en vano fumar contra el

fuerte viento. Los británicos no llevaban fusiles, ya que, en beneficio de la discreción, se les habían asignado armas cortas.

Eran los norteamericanos los que más preocupaban a Hans. Algunos permanecían recostados contra rotas placas de hormigón, sin que sus armas se vieran por ninguna parte. Otros permanecían en cuclillas entre los cascotes, inclinados sobre sus M16 Armalite, como si apenas lograsen mantenerse despiertos. Ninguno de los norteamericanos se había molestado en darle el alto. Al principio le enfureció que unos soldados de la OTAN se tomaran tan poco en serio sus deberes. Pero al cabo de un rato comenzó a recelar. Quizá aquella indiferencia formara parte de algún tipo de estrategia. Para una misión como aquella, los norteamericanos habrían escogido sin duda a un pelotón de élite.

Al cabo de tres horas de patrulla, los celos de Hans se confirmaron. El alemán estuvo a punto de tropezar con el sargento norteamericano de color, que estaba inspeccionando los terrenos de la prisión a través de un protuberante visor telescópico montado sobre su M16. Para no sobresaltarlo, Hans susurró.

—Versalles, sargento. —El norteamericano no respondió y Hans preguntó—. ¿Qué ves?

—Todo, desde el remolque de mando por el este, hasta ese Iván que está meando sobre un montón de ladrillos por el oeste —replicó en alemán el sargento sin apartar el ojo del visor.

—¡Pero yo no veo nada de todo eso!

—Esto es un reforzador de imágenes —murmuró el norteamericano—. Vaya, vaya... No sabía que en el Ejército Rojo permitieran a los centinelas orinar estando de guar... Tcht... —El suboficial se apartó bruscamente el fusil del rostro.

—¿Qué pasa? —preguntó Hans alarmado.

—Nada... maldita sea. Este chisme no funciona por infrarrojos, sino por amplificación de la luz. Ese listo de ahí me ha enfocado con una linterna y me ha velado el visor. Qué cabrón.

Hans asintió. A él tampoco le caían nada bien los rusos.

—Bonito visor telescópico —dijo con la esperanza de tener oportunidad de mirar a través de él.

—¿Vosotros no los tenéis?

—Algunas unidades sí. Los de antinarcóticos, sobre todo. Tuve oportunidad de usar visores de éstos durante el período de instrucción, pero a los que patrullamos las calles no nos los dan.

—Lástima. —Mirando las ruinas, el norteamericano comentó—. Extraño lugar, ¿no?

Hans se encogió de hombros simulando indiferencia.

—Esto era un cementerio. Aquí había seiscientas celdas y sólo una de ellas estaba ocupada: por Hess. El tipo debía de conocer un montón de secretos para que lo tuvieran encerrado tan a cal y canto. —El sargento ladeó la cabeza y frunció los

párpados—. Amigo, tu cara me suena. Sí... te pareces a ese tipo, a ese jugador de tenis.

—Becker —dijo Hans con la vista en el suelo.

—Becker, eso es. Boris Becker. Supongo que todo el mundo te lo dice, ¿no?

Hans alzó la cabeza.

—Una vez todos los días, por lo menos.

—Supongo que eso será una ventaja con las Fräuleins.

—Preferiría tener los ingresos de Becker a tener su cara —replicó Hans sonriendo. Era su respuesta habitual. El norteamericano se echó a reír—. Además —añadió—, estoy casado.

—¿Sí? —El norteamericano le devolvió la sonrisa—. Yo también. Desde hace seis años. Tengo dos chicos. ¿Y tú?

Hans negó con la cabeza.

—Lo estamos intentando, pero no hay manera.

—Qué putada —dijo el americano moviendo la cabeza—. Algunos de mis amigos tienen ese problema. Caray, antes de que se les ponga dura tienen que mirar el calendario y la temperatura de su mujer y qué se yo cuántas cosas más. Menudo rollo. —Al advertir la expresión de Hans, el sargento dijo—: Oye, lo siento. Supongo que no te estoy contando nada que tú no sepas. —Alzó de nuevo el fusil y lo apuntó contra otro blanco invisible—. Bang —dijo, y bajó el arma—. Será mejor que nos movamos, Boris. —El hombre desapareció entre las sombras con el visor.

Durante las seis horas siguientes, Hans deambuló por la oscuridad sin hablar con nadie, salvo para decir el santo y seña en las ocasiones en que los rusos le dieron el alto. Advirtió que los soviéticos parecían tomarse la operación bastante más en serio que los otros. Como si se tratase de algo personal.

A eso de las cuatro de la madrugada decidió echarle un segundo vistazo a su mapa. Se acercó al remolque de mando para leer a la luz del foco situado sobre la puerta. De pronto oyó voces. Asomó la cabeza por la esquina del remolque y vio a un sargento francés y a otro inglés sentados en los improvisados peldaños de la puerta. El francés era sumamente joven, como la mayor parte de los 2700 soldados que formaban la guarnición francesa destacada en Berlín. El inglés era mayor, un veterano del ejército profesional inglés. Éste era el que más hablaba; el francés se limitaba a fumar en silencio. De cuando en cuando, el viento le traía a Hans algunas palabras sueltas de lo que decían los dos hombres. «Hess» fue una de ellas, y «teniente» y «malditos rusos» fueron otras. De pronto, el francés se puso en pie, arrojó a las sombras la colilla de su cigarrillo y salió del blanco círculo de luz. El inglés lo siguió pisándole los talones.

Hans dio media vuelta, dispuesto a irse, y se quedó paralizado. A un metro de él se alzaba la imponente silueta del capitán Dieter Hauer. La brasa de un cigarro relucía con anaranjado resplandor entre las sombras.

—Hola, Hans —dijo una voz grave y bien timbrada. Hans no contestó—. Hace un

frío de todos los demonios, ¿no?

—¿Qué hago yo aquí? —preguntó Hans—. Has roto nuestro acuerdo.

—No es cierto. Esto tenía que ocurrir tarde o temprano, incluso con una fuerza policial formada por veinte mil hombres.

Tras reflexionar sobre las palabras de su padre, Hans admitió.

—Sí, supongo que tienes razón. No importa. Esto no es más que una misión como cualquier otra, ¿no?

Hauer asintió con la cabeza.

—Según me cuentan, estás haciendo un gran trabajo. El sargento más joven de Berlín.

Hans, ligeramente sonrojado, se encogió de hombros.

—Te he mentado, Hans —dijo de pronto Hauer—. Sí que he roto nuestro acuerdo. Pedí que te asignaran a esta misión.

Hans frunció el entrecejo.

—¿Por qué?

—Porque era un trabajo tranquilo, con tiempo de sobra, y pensé que tendríamos oportunidad de hablar.

Con la vista en el encharcado suelo, Hans replicó.

—Bueno, pues habla.

A Hauer parecían faltarle las palabras.

—Hay mucho que decir.

—Mucho o nada.

Hauer suspiró.

—La verdad es que me gustaría saber por qué viniste a Berlín. Hace ya tres años. Supongo que deseabas una reconciliación de algún tipo... o respuestas... o algo.

Secamente, Hans replicó.

—Entonces, ¿por qué eres tú el que está haciendo las preguntas?

Hauer miró fijamente a los ojos de Hans.

—Muy bien —murmuró—. Esperaré a que estés dispuesto a hablar.

Antes de que Hans pudiera decir nada, Hauer desapareció entre las sombras. Hasta el brillo de su cigarro se esfumó. Hans permaneció unos momentos inmóvil. Luego agitó la cabeza contrariado y se apresuró a continuar su recorrido.

El tiempo discurría ahora con rapidez. El silencio sólo era roto ocasionalmente por alguna sirena o por el rugido de un reactor procedente del aeródromo militar inglés de Gatow. La nieve le empapaba ya el uniforme, y Hans apretó el paso para combatir el frío. Esperaba tener suerte y llegar a casa antes de que Ilse, su esposa, se fuera a trabajar. A veces, tras un trabajo nocturno particularmente fatigoso, ella, aunque tuviera prisa, le preparaba un desayuno de *Weisswurst* y bollos.

Miró su reloj. Eran casi las seis de la mañana. Ya no tardaría en amanecer. La proximidad del final de su guardia lo reconfortaba. Lo que realmente le apetecía era ponerse un rato a cubierto y fumarse un cigarrillo. En la parte posterior del solar

había un enorme montón de cascotes que tal vez ofreciera un grato refugio, y hacia allí se dirigió. El centinela más próximo era un ruso, pero se encontraba a más de treinta metros de distancia. Mientras el centinela no miraba, Hans se escurrió por una estrecha abertura.

Se encontró en un pequeño y cómodo nicho, totalmente al abrigo del viento. Le quitó el polvo con la mano a una losa de cemento, se sentó en ella y se calentó el rostro echándose el aliento contra los guantes. En aquel angosto escondite, los soldados de las patrullas no podían verlo, pero él, sin embargo, divisaba una amplia panorámica de los terrenos de la prisión. Al fin había dejado de nevar, e incluso el viento se había calmado un poco. En el silencio que precedía al amanecer, a Hans la demolida prisión le recordaba las fotos de Dresde después del bombardeo que le habían enseñado en el colegio: centinelas inmóviles en medio de la destrucción, vigilantes de la nada.

Hans sacó los cigarrillos. Estaba intentando dejar el tabaco, pero seguía llevando una cajetilla siempre que iba a enfrentarse a situaciones potencialmente estresantes. A veces, sólo el saber que podía fumarse un cigarrillo ya le calmaba los nervios. Pero no ocurría así aquella noche. Se quitó un guante con los dientes y rebuscó las cerillas en los bolsillos. Apartándose lo más posible de la entrada de su pequeña cueva, rozó el fósforo contra el rascador y ahuecó las manos para ocultar la luz. No sin dificultad, pues las manos le temblaban, encendió el cigarrillo y aspiró profundamente.

Cuando la llama ya le llegaba a los dedos, advirtió un blanco destello en el pequeño nicho. Al apagarse la cerilla, el destello desapareció. No debía de ser nada más que un poco de nieve, pensó. Pero el aburrimiento le hizo sentir curiosidad. Aun a riesgo de que el centinela ruso lo descubriese, encendió una segunda cerilla. Ahí estaba. Ahora podía ver el objeto con claridad cerca del suelo de su cubículo. No era cristal, sino papel. Un pequeño pliego adherido a un ladrillo largo y estrecho. Se inclinó y acercó más la cerilla.

Desde más cerca advirtió que, en vez de estar adherido al ladrillo como había pensado al principio, el papel sobresalía del interior del propio ladrillo. Agarró el pliego doblado y tiró de él con suavidad. El papel crujió secamente y se soltó. Hans metió el dedo índice en el ladrillo. No logró tocar el fondo. La segunda cerilla se extinguió y encendió otra. Rápidamente desplegó el arrugado fajo de papel cebolla e inspeccionó su hallazgo a la fluctuante luz del fósforo. Parecían papeles personales, un testamento o quizá un diario escrito a mano con gruesa caligrafía.

Éste es el testamento del prisionero n.º 7. Ya soy el último, y me doy cuenta de que nunca me concederán la libertad que yo merezco mucho más que todos los que han sido liberados hasta ahora. La única libertad que voy a conocer es la de la muerte, cuyas negras alas oigo ya batir. Mientras viva mi hijo no me es posible hablar, pero aquí dejaré constancia de la verdad. Ojalá logre expresarme con coherencia. Entre las drogas, los interrogatorios, las promesas y las amenazas, a

veces me pregunto si no habré perdido ya la razón. Únicamente aspiro a que, una vez estos sucesos dejen de tener consecuencias inmediatas para nuestro loco mundo, alguien encuentre estas letras y se entere de la espantosa verdad, no sólo acerca de Himmler, Heydrich y los otros, sino acerca de Inglaterra, acerca de los que han vendido el honor de la nación y, en último extremo, su propia existencia...

El crujir de la nieve bajo unas botas devolvió a Hans a la realidad. Alguien se acercaba. Asomando la cabeza por un hueco entre los ladrillos, cerró las manos sobre la aún encendida cerilla y miró hacia el exterior.

Ya había amanecido, y a la cruda luz del alba vio a un soldado ruso a menos de diez metros de su escondite, avanzando cautelosamente con el AK-47 en ristre. El resplandor de la tercera cerilla lo había atraído. ¡Estúpido!, se maldijo Hans. Se metió el pliego de papel en la bota, salió del nicho y caminó con naturalidad hacia el soldado que iba en su dirección.

—¡Alto! —exclamó el ruso reforzando la orden con un amenazador movimiento de su Kalashnikov.

—Versalles —replicó Hans con todo el aplomo que logró reunir.

Oír el santo y seña pronunciado con tanta calma desconcertó al ruso.

—¿Qué hacías ahí, Polizei? —preguntó el soldado en aceptable alemán.

—Estaba fumando —replicó Hans ofreciéndole la cajetilla—. Echando un cigarro sin que el viento me molestase. —Agitó en amplio arco el mapa de su sector, como para abarcar el propio viento.

—No hay viento —dijo el ruso secamente sin apartar los ojos del rostro de Hans.

Era cierto. En los últimos minutos, el viento había cesado.

—Un cigarrillo, camarada —repitió Hans—. Versalles. Un cigarrillo, *tovarich*.

Siguió ofreciéndole al otro la cajetilla, pero el soviético inclinó la cabeza hacia el cuello de su propia guerrera y habló en voz baja. A Hans se le cortó la respiración al advertir que el centinela llevaba un pequeño transmisor sujeto al cinturón. ¡Los rusos estaban intercomunicados por radio! Los cámara das del soldado no tardarían en acudir a toda prisa. Hans sintió una oleada de pánico. La idea de que los rusos descubrieran los papeles le producía una desazón casi exagerada. Se maldijo por no haberlos dejado en el pequeño nicho en lugar de metérselos en la bota como un incauto ladronzuelo de tiendas. Ya estaba casi a punto de echar a correr con toda su alma cuando se oyeron varios estridentes toques de silbato.

El caos se desató en los terrenos de la prisión. La larga y tensa noche de vigilia los tenía a todos con los nervios de punta, y los toques de silbato fueron como el detonador que hizo que todos se pusieran en acción a la vez. Saltándose las órdenes recibidas, todos los soldados y policías abandonaron sus puestos para dirigirse al lugar en el que había sonado la alarma. El centinela ruso volvió vivamente la cabeza hacia el sonido y luego volvió a mirar a Hans. Voces y gritos sonaban por doquier.

—¡Versalles! —gritó Hans—. ¡Versalles, camarada! ¡Vamos!

El ruso parecía desconcertado. Titubeante, bajó un poco su fusil.

—Versalles —murmuró.

Miró fijamente a Hans por unos instantes y luego echó a correr.

Clavado al suelo, Hans lanzó un lento suspiro de alivio. Notaba las sienes bañadas en sudor. Con mano temblorosa se guardó los cigarrillos y volvió a doblar el mapa de su sector. Al hacerlo se dio cuenta de que el papel que sostenía no era el mapa, sino la primera página de los papeles que había encontrado ocultos en el ladrillo hueco. ¡Como un estúpido, había estado agitando en las narices del ruso justo lo que deseaba ocultar! Menos mal que el muy idiota no puso más atención, se dijo. Se guardó la página en la bota izquierda, se bajó bien la pernera del pantalón y echó a correr hacia el punto en que había sonado el silbato.

En los breves instantes que Hans tardó en responder a la llamada, un asunto policial de rutina iba camino de convertirse en un incidente potencialmente explosivo. Junto a la destruida entrada de la prisión, cinco soldados soviéticos formaban un estrecho círculo en torno a dos hombres de cuarenta y tantos años bien trajeados. Los rusos los apuntaban con los AK-47, mientras en las proximidades el jefe del grupo soviético discutía acaloradamente con Erhard Weiss. El ruso insistía en que los intrusos fueran conducidos a una comisaría de policía de la RDA para ser sometidos allí a interrogatorio.

Weiss hacía lo posible por calmar al vociferante ruso, pero saltaba a la vista que no lo estaba consiguiendo. Al capitán Hauer no se lo veía por ningún lado y, si bien el resto de los agentes formaba un compacto grupo detrás de Weiss, Hans sabía que, de producirse un enfrentamiento, las pistolas Walther que llevaban los alemanes no podrían competir con los fusiles de asalto de los soviéticos.

Los sargentos de los destacamentos de la OTAN evitaban que sus hombres intervinieran en la discusión, pues sabían que aquel asunto podía tener graves repercusiones políticas. Mientras los soviéticos seguían apuntando sus fusiles contra los dos aterrorizados prisioneros, el «sargento» ruso hablaba cada vez más alto en defectuoso alemán, intentando amedrentar a Weiss y conseguir que les entregase a «sus» prisioneros. Weiss se mantenía firme. Se negaba a hacer nada hasta que el capitán Hauer tuviera noticia de lo que ocurría.

Hans se adelantó, deseoso de apaciguar los ánimos. Sin embargo, antes de que pudiese abrir la boca, un BMW negro se detuvo junto al bordillo con fuerte chirriar de frenos y el capitán Hauer se apeó por una de las portezuelas traseras.

—¿Qué demonios pasa? —gritó.

El vociferante ruso se encaró ahora con Hauer, pero éste lo interrumpió alzando bruscamente una mano.

—¡Weiss! —llamó.

—¡Señor!

—Explíquese.

Weiss sintió tal alivio porque le quitaran de los hombros el peso del problema que

cuando habló lo hizo casi atropelladamente.

—Capitán, hace cinco minutos vi a dos hombres moviéndose a hurtadillas por el perímetro. Debieron de entrar por algún punto entre mi posición y la de Willy. Los alumbré con mi linterna y les di el alto, pero ellos se asustaron y echaron a correr. Tropezaron con uno de los rusos y, antes de que yo tuviera tiempo de usar mi silbato, los rusos ya los tenían rodeados.

—Radios —murmuró Hauer.

—¡Capitán! —gritó el «sargento» soviético—. ¡Estos hombres son prisioneros del gobierno soviético! Cualquier intento de interferir...

Sin decir palabra, Hauer se apartó del ruso y se metió en el mortífero círculo formado por las armas automáticas de los rusos que rodeaban a los detenidos. Comenzó a interrogar rápida y profesionalmente a los dos hombres en alemán.

El sargento negro norteamericano lanzó un suave silbido.

—Ese polizonte tiene las pelotas muy bien puestas —comentó lo bastante fuerte como para que todos lo oyeran.

Uno de sus hombres rió nerviosamente.

Los aterrorizados detenidos parecieron sentir un gran alivio por el hecho de que fuera un compatriota el que los estaba interrogando. En menos de un minuto, Hauer obtuvo de ambos toda la información pertinente, y sus hombres se tranquilizaron considerablemente durante el intercambio. Lo que les ocurría a los dos hombres era algo quizá desagradable pero también muy corriente. Incluso los rusos que blandían los Kalashnikov parecieron tranquilizarse al oír el sosegado tono con que hablaba el capitán Hauer. Éste palmeó en el hombro al más bajo de los dos intrusos y luego salió del círculo formado por las armas. Varios de los fusiles se bajaron perceptiblemente cuando Hauer se puso a hablar con el ruso.

—Son inofensivos, camarada —explicó—. Un par de hornos, eso es todo.

El ruso, que no había entendido el término, siguió mirando recelosamente a Hauer.

—¿Cómo explican su presencia aquí? —preguntó, imperioso.

—Son homosexuales, sargento. Maricas, Schwülle... Creo que ustedes los llaman «chicos de oro». Buscaban un rinconcito para arrullarse, eso es todo. Hay tipos así por todo Berlín.

—¡No importa! —replicó secamente el ruso comprendiendo al fin a qué se refería Hauer—. Han entrado sin autorización en territorio soviético, y deben ser interrogados en Berlín Oriental.

Hizo seña a sus hombres y los fusiles volvieron a alzarse inmediatamente. Ladró una orden y echó a andar con paso resuelto hacia la zona de estacionamiento.

Hauer no tenía tiempo para consultar tecnicismos legales con sus superiores, pero sabía que permitir que unos soldados rusos se llevaran a dos compatriotas a la RDA sin juicio previo era algo que ningún berlinés occidental con un gramo de orgullo consentiría sin ofrecer resistencia. Mirando en torno, trató de calibrar de parte de

quién se pondrían los componentes de los grupos de la OTAN. Los norteamericanos parecían estar con él, pero Hauer sabía que eso no significaba nada si llegaba a producirse una pelea. Por otra parte, el uso de la fuerza siempre era contraproducente. Tendría que probar otro sistema.

Salvó los cinco pasos que lo separaban del ruso, agarró a éste por la chaquetilla y lo obligó a detenerse y volverse hacia él.

—Escuche, *sargento* —dijo en un silbante susurro—, o comandante, o coronel, o lo que diablos sea usted. Estos hombres no han cometido ningún delito grave y, desde luego, no suponen el más mínimo riesgo para la seguridad. Propongo que los registremos, y que luego, como es norma habitual, se les tomen los datos en una de nuestras comisaría. De ese modo evitamos que la prensa se entere, ¿comprende? ¿*Pravda*? ¿*Izvestia*? Si quiere usted convertir esto en un incidente internacional, adelante, pero será usted el pleno responsable de ello. ¿Hablo claro?

El ruso lo entendió todo satisfactoriamente y, por un momento, reflexionó sobre lo que Hauer proponía. Pero la situación ya no era tan simple. Había ido demasiado lejos para dar ahora marcha atrás delante de sus hombres. Haciendo como si Hauer no estuviera allí, se volvió hacia su grupo.

—Estos hombres son presuntos enemigos de la Unión Soviética. Continuarán bajo custodia de los soviéticos hasta que se haya esclarecido el objetivo de su misión. ¡Cabo, súbalos al autobús!

Furioso pero superado por los rusos en potencia de fuego, Hauer pensó con celeridad. Llevaba veinticinco años teniendo que vérselas con las autoridades rusas, y su experiencia le había enseñado que algo que el sistema comunista, pese a su ineficacia, había conseguido plenamente era erradicar la iniciativa personal en sus ciudadanos. A aquel ruso había que recordarle que sus actos podrían tener graves repercusiones internacionales. Usando sólo dos dedos, Hauer sacó su Walther de la funda y se la tendió al atónito Weiss con un ademán melodramático. De nuevo los fusileros soviéticos se quedaron desconcertados y pendientes de lo que hacía el impredecible alemán.

—Estamos en un punto muerto, camarada —declaró en voz alta Hauer—. ¿Desea mantener a estos hombres en territorio soviético? ¡Pues muy bien! En estos momentos se encuentra usted en el único pedazo de territorio soviético que existe en Berlín Occidental, lo cual supone una anomalía histórica que, en mi opinión, no tardará en corregirse. Puede usted mantener a los prisioneros aquí durante todo el tiempo que desee.

El ruso frunció el entrecejo.

—... sin embargo, lo de llevarse a la RDA a dos ciudadanos de la República Federal es algo totalmente distinto. Eso es una cuestión política, y que escapa a su autoridad y a la mía. ¡Los detenidos deben permanecer aquí hasta que nos comuniquemos con nuestros superiores! Yo lo acompañaré al remolque de mando, desde donde podremos realizar las llamadas necesarias. Creo que no estará de más

que el sargento británico nos acompañe, ya que nos encontramos en el sector británico de la ciudad.

Hauer echó a andar hacia el remolque. No quería darle al ruso tiempo de discutir.

—¡Apfel! —gritó—. ¡Weiss! Llévense a todos a la comisaría, y luego váyanse a casa. Yo me ocuparé de hacer el informe acerca de este incidente.

—Pero capitán... —protestó Weiss.

—¡Váyanse!

Hans agarró a Weiss por la manga y tiró de él hacia el furgón. Los aturridos agentes los siguieron y no dejaron de mirar a Hauer, que seguía en dirección al remolque. El sargento británico, que de pronto se había dado cuenta de su importancia, estaba hablando con sus hombres, dos de los cuales acariciaban nerviosamente sus pistolas Browning Hi Power.

Enfurecido, el ruso ordenó a sus hombres que siguieran a Hauer llevando con ellos a los prisioneros. Fue un extraño desfile. Hauer, desarmado, caminaba con paso resuelto hacia el remolque de mando, mientras los rusos, que parecían sentirse en ridículo pese a ir armados hasta los dientes, conducían ante ellos a sus nerviosos prisioneros. Los británicos cerraban la marcha.

El sargento mayor norteamericano, con las manos en las caderas, sacudía la cabeza admirado.

—Ese hombre es un auténtico lince, amigos. Espero que todos hayáis prestado atención. Puede que lleve uniforme de policía, pero ése es un soldado. Sí, señor, me apostaría los galones.

Al norteamericano no le faltaba razón. Yendo hacia el remolque, el fornido hombretón era la viva imagen de la marcialidad. Nada en él delataba el desasosiego que le producía saber que lo único que impedía al furioso ruso llevarse a los prisioneros era el contingente de hombres y armas que había en los distintos puestos de control que comunicaban con el sector soviético, y no, desde luego, un tozudo capitán de policía al que sólo le faltaban seis semanas para la jubilación.

En el interior del furgón policial, Hans se fue tranquilizando. Enfiló la Wühelmrassé y luego se desvió hacia el este por la Heerstrasse. Durante unos momentos, nadie dijo nada. El incidente con los soviéticos los había puesto nerviosos a todos. Al fin Weiss rompió el silencio.

—¿Viste eso, Hans?

—Claro —replicó lacónicamente Hans. Estaba tan nervioso como si los papeles que llevaba ocultos bajo la pernera del pantalón fueran un kilo de heroína.

—El viejo Hauer se puso delante de las ametralladoras sin ni siquiera pestañear —dijo uno de los agentes más jóvenes.

—Me da la sensación de que no es la primera vez que hace algo parecido —murmuró Weiss.

—Tienes razón —afirmó Hans.

—Cuenta —le pidió un coro de sorprendidas voces.

—Lo ha hecho en bastantes ocasiones. Es especialista en rescate de rehenes para la División de Operaciones Especiales.

—¿Cómo sabes tanto acerca de Hauer?

Dándose cuenta de que se había sonrojado, Hans apartó la cabeza y miró por la ventanilla para disimular.

—Me alegro de que esto haya sucedido —dijo Weiss.

—¿Por qué? —preguntó uno de los jóvenes.

—Porque Hauer ha puesto a los rusos en su lugar. Les ha demostrado que no pueden utilizar Berlín Occidental como felpudo para sus sucias botas. Ahora tienen un buen follón entre las manos, ¿verdad, Hans?

—Todos lo tenemos, Erhard.

—Hauer debería ocupar el puesto de prefecto —opinó un veterano de veintiún años—. Es dos veces más hombre que Funk.

—No puede ser prefecto —dijo Hans sin poder contenerse.

—¿Por qué?

—Por lo de Munich.

—¿Munich?

Hans suspiró y no dijo nada. ¿Cómo iban a comprenderlo sus compañeros? Salvo Weiss y él mismo, todos los que iban en el furgón eran poco más que niños de pecho cuando se produjo la matanza de la villa olímpica. Se metió por la Friedrichstrasse, estacionó el furgón en un hueco frente a la inmensa comisaría de policía y apagó el motor. Se daba cuenta de que todos sus compañeros —y especialmente Weiss— estaban esperando que él les dijese qué debían hacer a continuación. Sin decir ni pío, entregó a Weiss las llaves, se apeó del furgón y echó a andar hacia su Volkswagen.

—¿Adónde vas? —preguntó Weiss.

—Adonde Hauer me dijo que me fuese, amigo mío. A casa.

—Pero... ¿no debemos informar sobre lo ocurrido?

—¡Haced lo que queráis! —respondió Hans sin dejar de andar.

Sentía los papeles en su bota, ya humedecidos por el sudor nervioso. Cuanto antes llegara a su apartamento, mejor se sentiría. Volvió a rezar porque Ilse estuviese en casa cuando él llegase. Al cabo de tres intentos fallidos logró poner en marcha su viejo Volkswagen, y, con el exquisito cuidado de un policía que ha visto demasiados accidentes de circulación, se incorporó al denso tráfico mañanero de Berlín Occidental.

El coche que se colocó tras el Volkswagen de Hans, un Ford alquilado, era normal y corriente, pero el hombre que iba al volante no era tan normal ni tan corriente. Jonas Stern se frotó los cansados ojos y empujó su bolsa de cuero un poco más hacia

la portezuela del acompañante. No le convenía nada que un policía de tráfico viera lo que había en el asiento, debajo de la bolsa. No se trataba de una arma, sino de una mira de visión nocturna, una Pilkington de tercera generación, muy superior al visor con el que había estado jugando el sargento norteamericano. Decididamente, la Pilkington no estaba incluida entre los pertrechos que llevaban normalmente los turistas.

Pero vale su peso en oro, decidió Stern al tiempo que seguía al viejo Volkswagen de Hans, que acababa de doblar una esquina. En oro.

CAPÍTULO DOS

05.55 horas. Sector Soviético. Berlín Oriental, RDA

El ordenador RYAD del KGB registró la llamada de Spandau a las 05.55.32, hora central europea. Tal exactitud parecía ser de suma importancia para los agentes de nuevo cuño que en la actualidad pasaban por Berlín Oriental durante sus períodos de prácticas. Habían echado los bien cuidados dientes con los microchips y para ellos un caso que no pudiera ser reducido a microbits de información para luego ser introducido en sus preciosas máquinas no era digno de la menor atención. Pero para Ivan Kosov, el coronel a través del cual seguían recibándose tales llamadas, la precisión de la alta tecnología sin un criterio humano para sacarle partido no significaba nada. Aspiró fuertemente una vez para destapar sus congestionados senos nasales y descolgó el negro teléfono de su escritorio.

—Kosov —gruñó.

Las palabras que siguieron fueron pronunciadas a tal volumen que Kosov apartó el receptor de la oreja. Su comunicante era el «sargento» que se encontraba al mando del grupo enviado a Spandau. La verdadera graduación del hombre era capitán del Tercer Directorio del KGB, la división del KGB que se ocupaba de espiar al ejército soviético. Kosov consultó su reloj. Había esperado que a aquella hora su hombre estuviera ya de regreso. Lo que el aturullado capitán estaba explicando a gritos debía de ser la justificación de la demora.

—Sergei —dijo al fin—. Empieza otra vez y cuéntamelo como un profesional. ¿Crees que podrás?

Dos minutos más tarde, Kosov entornó los gruesos párpados y su respiración se hizo trabajosa. Comenzó a disparar preguntas a su subordinado tratando de determinar si los sucesos de Spandau habían sido un accidente, o producto de algún designio premeditado.

—¿Qué dijo la Polizei que intervino? Sí, comprendo. Escucha, Sergei, te voy a decir lo que debes hacer. Síguele la corriente a ese policía. Insiste en ir con él a la comisaría, y lleva a tus hombres contigo. ¿Está el policía contigo en estos momentos? ¿Cómo se llama? —Kosov anotó en un cuaderno. «Hauer, capitán Polizei»—. Pregúntale a qué comisaría piensa ir. ¿Abschnitt 53? —Kosov anotó también el dato, recordando mientras lo hacía que Abschnitt 53 se encontraba en el sector norteamericano de Berlín Occidental, en la Friedrichstrasse—. Me reuniré contigo allí dentro de una hora. Podría ser antes, pero hoy en día uno nunca sabe cómo reaccionará Moscú. ¿Cómo? Procura ser discreto, pero si hay que recurrir a la fuerza, hazlo. Escucha. Entre el momento en que se instruyan las acusaciones contra los detenidos y el momento de mi llegada, probablemente dispondrás de unos minutos. Aprovecha ese tiempo. Interroga a tus hombres, pregúntales si durante la noche

advirtieron algo fuera de lo normal. No te preocupes, para esto fuiste adiestrado. —Kosov se maldijo por no haber puesto a alguien más experimentado al mando del grupo de Spandau—. Y una cosa, Sergei, interroga a tus hombres por separado. Sí, ahora vete. Me reuniré contigo en cuanto pueda.

Kosov colgó el teléfono y sacó un cigarrillo. Notó un amago de angina de pecho, pero... ¿qué podía esperar? Llevaba mucho más tiempo del que nunca había esperado engañando a los médicos del KGB, y nadie vive eternamente. El cigarrillo lo calmó, y antes de descolgar el otro teléfono —el de color rojo, que únicamente servía para establecer comunicación con el Este— decidió que debía dedicar sesenta segundos a considerar adecuadamente aquel asunto.

Intrusos en Spandau. Al cabo de tantos años, las crípticas advertencias de Moscú se habían hecho ciertas. ¿Esperaban los de Centro que se produjera aquel incidente en particular? Evidentemente, algo habían anticipado, pues de lo contrario no se habrían tomado tantas molestias para que sus *stukatch* estuvieran cerca cuando los ingleses derribasen la prisión. Kosov sabía que en su equipo de Spandau había por lo menos un informante, y probablemente existían otros de los que él no tenía noticia. Por lo general, el Servicio de Seguridad de Alemania Oriental, (Stasi), lograba sobornar al menos a un componente de cada uno de los equipos del KGB que actuaban en Berlín. Maravillas del socialismo fraterno, se dijo al tiempo que cogía un lápiz.

Hizo una rápida lista de las llamadas que tendría que hacer: a Zemenek, el secretario general del KGB, en el Centro de Moscú; al comandante soviético de Berlín Oriental; y, naturalmente, al prefecto de la policía de Berlín Occidental. No era frecuente que pudiera efectuar demandas a los arrogantes alemanes occidentales con la esperanza de ser atendido, pero ésa sería una de aquellas infrecuentes ocasiones. Por otra parte, la llamada a Moscú no iba a resultar nada agradable, y podía repercutir en cualquier cosa, desde una medalla hasta la expulsión del servicio sin una sola palabra de explicación.

Eso era lo que Kosov temía. Operativamente hablando, Berlín llevaba diez años siendo una ciudad muerta. Aún quedaban en ella vestigios de la vieja época romántica, pero las antiguas tensiones de la guerra fría habían desaparecido. Las zonas de fricción se habían trasladado a otros puntos del globo, y Kosov desconocía el japonés y el árabe. En su futuro únicamente había montañas de papeleo y peleas de jurisdicción con el GRU y la Stasi. A Kosov le importaba un bledo Rudolf Hess. El secretario general Zemenek estaba obsesionado por las conspiraciones nazis, pero resultaba absurdo. El Imperio Soviético tenía más agujeros que un colador, y de lo que Moscú se preocupaba era de una vieja intriga que databa de los tiempos de la Gran Guerra Patriótica.

«La Obsesión del Secretario General», así habían llamado los jefes del KGB en Berlín a Rudolf Hess desde la época de los juicios de Nuremberg, cuando el líder nazi fue sentenciado a cadena perpetua. Cuatro semanas atrás, Kosov pensó que ya había recibido la última noticia del famoso prisionero Número Siete de Spandau. Fue

entonces cuando los norteamericanos encontraron muerto al antiguo nazi, con el cable de una lámpara anudado en torno al cuello. Suicidio, recordó Kosov sonriendo irónicamente. Ése fue el dictamen de la comisión investigadora aliada. A Kosov le pareció una forma de suicidio muy curiosa para un hombre de noventa y tres años. Supuestamente, Hess se había colgado de una viga y, sin embargo, todos sus médicos estaban de acuerdo en que el viejo y artrítico nazi ni siquiera podía levantar los brazos por encima de los hombros. Naturalmente, la prensa alemana, siempre sensacionalista, afirmó que se trataba de un asesinato. Maldito lo que le importaba a Kosov que hubiera sido así. En su opinión, la muerte de un alemán lo único que hacía era mejorar el mundo. Simplemente se alegró de que la muerte del viejo no se hubiera producido durante uno de los meses en que los soviéticos se ocupaban de la administración de Spandau.

Un nuevo y agudo dolor en el pecho hizo torcer el gesto a Kosov. Pensar en los alemanes era lo que se lo había producido. Los detestaba. Probablemente, en este sentimiento tenía algo que ver el hecho de que tanto su padre como su abuelo murieron a causa de los alemanes, pero eso no era todo. Kosov estaba convencido de que tras la arrogancia de los germanos existía una inseguridad infantil, un deseo desesperado de ser queridos. Pero Kosov jamás había satisfecho tal deseo, ya que, bajo aquella inseguridad, existía algo mucho más tenebroso: el viejo y agresivo deseo tribal de dominar. Había oído rumores según los cuales Gorbachov se estaba ablandando respecto al tema de la reunificación, lo cual a Kosov le producía náuseas. En su opinión, el día en que los débiles políticos de Moscú permitieran que Alemania se reunificara, habría llegado el momento de que el Ejército Rojo se desplegara sobre las dos Alemanias y no dejara títere con cabeza.

Pensar en Moscú hizo que Kosov recordase de nuevo a Hess, ya que, respecto a ese tema, el Centro de Moscú manifestaba una susceptibilidad simplemente ridícula. El caso de Rudolf Hess era único, ya que Kosov no conocía otro cuya clasificación de seguridad se remontase a los días del NKVD. Y, en una burocracia en la que el acceso a la información era indispensable para la supervivencia, Kosov no conocía a nadie que hubiera visto el expediente de Hess. Sólo el secretario general. Kosov no tenía ni idea de a qué se debía esto. Lo que sí tenía era una brevísima lista, una relación de nombres y de sucesos potenciales referidos a Rudolf Hess que debían dar lugar a ciertas medidas predeterminadas. Uno de esos sucesos era la aparición de intrusos en la prisión Spandau. Y la medida prevista para tal caso era la notificación inmediata del hecho al secretario general. Kosov estaba seguro de que la circunstancia de que Spandau se encontrara en aquellos momentos en ruinas no alteraba en absoluto aquellas órdenes. Echó un último vistazo a la anotación de su cuaderno. «Hauer, capitán Polizei.» Luego aplastó la colilla de su cigarrillo y descolgó el teléfono rojo.

06.25 horas. Sector Británico. Berlín Occidental

El sofocante aire del apartamento golpeó a Hans como una cálida bofetada produciéndole una sensación de sofoco y envolviéndolo como el capullo a una crisálida. Percibió por instinto que Ilse ya había salido. En la cocina no se apreciaba ninguna actividad, no se oía el sonido de ningún electrodoméstico, ni el de la ducha, ni nada. Aún nervioso y desfallecido de hambre, se dirigió a la cocina. En la puerta de la nevera encontró una nota de Ilse. «Tienes *Wurst* en el horno. Te QUIERO. Vuelvo a las 18.00.»

Gracias, *Liebchen*, pensó Hans notando en la nariz el punzante aroma del *Weisswurst*. Utilizó uno de sus guantes como agarrador, sacó la fuente del horno y la dejó sobre una repisa para que se enfriara. Luego aspiró profundamente, se inclinó, se subió la pernera del pantalón y sacó de la bota el pliego de papeles cebolla. Con mano temblorosa aplanó las páginas. Se acercó al fogón para calentarse, se echó a la boca un pedazo de salchicha blanca y reanudó la lectura en el punto en que la había interrumpido a causa de la aparición del soldado ruso.

... Únicamente aspiro a que, una vez estos sucesos dejen de tener consecuencias inmediatas para nuestro loco mundo, alguien encuentre estas letras y se entere de la espantosa verdad, no sólo acerca de Himmler, Heydrich y los otros, sino acerca de Inglaterra, acerca de los que han vendido el honor de la nación y, en último extremo, su propia existencia a cambio de la oportunidad de sentarse a la ensangrentada mesa de Hitler. Los hechos son escasos, pero he dispuesto de más tiempo para reflexionar sobre ellos del que dispondría cualquier hombre en el lapso de diez vidas. Sé cómo se llevó a cabo esta misión, pero desconozco el porqué. Otros deberán averiguarlo. Lo único que puedo hacer es señalarles el camino. Deben seguir al Ojo. ¡El Ojo es la clave de todo!

Hans dejó de masticar y se acercó el papel a los ojos. Dibujado bajo aquella última exhortación se veía el estilizado dibujo de un ojo. Garbosamente curvado, con párpado pero sin pestañas, lo miraba desde el papel con extraña intensidad. No parecía ni masculino ni femenino. Tenía un cierto aire entre místico y escalofriante. Continuó leyendo.

Lo que sigue a continuación es mi historia, según yo la recuerdo.

Hans parpadeó. A partir del siguiente párrafo, el texto estaba escrito en un idioma incomprensible. Ni siquiera sabía cuál era. Miró, desconcertado, aquellas letras tan cuidadosamente dibujadas. ¿Portugués?, se preguntó. ¿Quizá italiano? No lo sabía. Repartidas por aquel galimatías había unas cuantas palabras en alemán —sobre todo nombres propios—, pero éstas no bastaban para deducir el significado del texto. Frustrado, se dirigió al dormitorio, dobló las páginas y las metió bajo el colchón, a los

pies de su cama. Llevado por la fuerza de la costumbre, encendió la televisión, luego lanzó sus embarradas botas a un rincón y dejó sobre ellas su abrigo. Ilse le reñiría por su descuido pero, después de dos turnos de guardia seguidos, estaba demasiado exhausto para que la posibilidad de un rapapolvo le importase.

Desayunó en la cama. No sólo pensaba en los papeles de Spandau, sino también en su padre. El capitán Hauer había querido saber por qué se había trasladado a Berlín. El propio Hans se lo había preguntado muchas veces. Hacía tres años de su llegada y ya apenas pensaba en Munich. Se había casado con Ilse a los cinco meses de llegar a Berlín. Caray, menuda boda había sido. Su madre, que aún estaba enfadada con él por haberse hecho policía, se negó a asistir. Hauer ni siquiera fue invitado y, sin embargo, hizo acto de presencia. Hans lo recordaba, erguido y de uniforme, solo en el exterior de la iglesia. Hans hizo como si no lo viera, pero Ilse lo saludó con la mano mientras subían al coche nupcial.

De nuevo exasperado, Hans se comió otra salchicha y trató de concentrarse en la televisión. Un canoso banquero de Frankfurt estaba dando consejos financieros a los espectadores que tenían problemas para invertir sus excedentes de dinero. Hans lanzó un bufido, disgustado. Con mil quinientos marcos al mes, un policía berlinés apenas ganaba lo suficiente para pagar el alquiler y la comida. De no ser por el sueldo de Ilse, se verían obligados a vivir en un apartamento sin agua caliente de Kreuzberg. Le apetecía cambiar de canal pero el viejo televisor Siemens en blanco y negro databa de la prehistórica época en la que aún no se conocía el mando a distancia y a él no le apetecía moverse.

Dio otro bocado a la salchicha y miró la pantalla sin verla. Bajo sus pies se encontraba el arrugado pliego de papeles, un intrigante misterio que clamaba por ser investigado. Y él ya había llegado a un callejón sin salida. No dejaba de pensar en el extraño ojo de insistente mirada. Decidió que, después del desayuno, se daría una ducha y luego examinaría de nuevo los papeles.

No llegó a levantarse de la cama. El cansancio y el calor que hacía en el dormitorio lo hicieron dormirse antes incluso de terminarse la salchicha. Se quedó traspuesto sobre el edredón, con el plato en inestable equilibrio sobre las piernas, y los papeles de Spandau escondidos justo debajo de sus pies.

10.15 horas. Sector Francés. Berlín Occidental

Ilse detestaba aquellas visitas. Por mucho que fuese a su *Gynäkologe*, no lograba acostumbrarse. El acre olor del alcohol, el brillo del acero inoxidable, la fría camilla, los dedos que la palpaban, la voz del médico excesivamente solícita, y sus ojos, que a veces la miraban fijamente a la cara entre sus piernas alzadas, todo se combinaba para producirle una gran desazón y un molestísimo nudo en el estómago. La joven sabía que era necesario hacerse una revisión ginecológica al año, pero hasta que Hans y ella

comenzaron el tratamiento para tener hijos, la verdad era que se había saltado más exámenes de los que estaba dispuesta a admitir.

Las cosas habían cambiado hacía año y medio. Ahora ya se había tumbado en la camilla tantas veces que la cosa se había convertido casi en algo tan rutinario como una visita al dentista. Casi, pero no del todo. A diferencia de muchas alemanas, Ilse tenía un pudor casi exagerado. La joven sospechaba que esto era debido a que no llegó a conocer a su madre, pero fuera cual fuera el motivo, el exhibirse desnuda ante un desconocido, por muy médico que fuese, requería de ella una considerable fuerza de voluntad. Sólo el anhelo de tener hijos le permitía soportar la interminable serie de exámenes y terapias destinados a aumentar su fertilidad.

—Listos, Frau Apfel —dijo el doctor Grauber.

Tendió un frotis a la enfermera y luego Ilse oyó el chasquido de los guantes de goma al quitárselos el médico y el ruido de la tapa del cubo de basura cuando el hombre la abrió con el pie.

—Vístase y luego pase a la consulta.

Ilse oyó cómo la puerta se abría y se cerraba. La enfermera hizo intención de ayudarla a sacar los pies de los estribos de la mesa, pero la joven se levantó por sí misma y comenzó a ponerse de nuevo sus ropas.

La consulta del doctor Grauber estaba desordenada pero muy bien puesta, llena de libros, viejos instrumentos médicos, diplomas enmarcados y olor a tabaco. Ilse no se fijó en nada de todo ello. Ella estaba allí por un solo motivo: para obtener una respuesta. ¿Estaba embarazada o estaba enferma? No dejaba de debatirse mentalmente entre ambas posibilidades. Su intuición le decía que estaba embarazada. A fin de cuentas, Hans y ella llevaban mucho tiempo tratando de conseguirlo, y la otra posibilidad resultaba demasiado improbable. Su cuerpo era fuerte y ágil, esbelto y firme. Como los flancos de una leona, había dicho Hans en una ocasión (como si supiera cómo eran las leonas). ¿Cómo iba a estar enferma si se encontraba tan bien?

Pero la mujer sabía que la apariencia de salud no era ninguna garantía. Dos amigas de Ilse, más jóvenes que ella, habían contraído cáncer. Una murió y a la otra le extirparon un pecho. Se preguntó cómo reaccionaría Hans ante una mutilación así. Él nunca admitiría que sentía repelús, como es natural, pero sí le importaría. A Hans le encantaba el cuerpo de su mujer. Lo adoraba. Desde la primera noche que pasaron juntos, no había dejado de insistir en verla desnuda, e Ilse ya se sentía cómoda encontrándose sin ropa ante él. Ahora podía evolucionar desnuda por la habitación con la gracia de una bailarina de ballet, o permanecer inmóvil y en silencio como una figura de alabastro.

—Se ha vestido usted muy de prisa —comentó el doctor Grauber entrando a largas zancadas en la habitación para luego tomar asiento tras el desordenado escritorio.

Ilse se recostó en el mullido sofá de cuero. Estaba lista para escuchar el diagnóstico, fuera cual fuera. Apenas se hubo acomodado, una enfermera entró en la consulta, entregó al médico un papel y volvió a salir. Grauber le echó un vistazo al papel, lanzó un suspiro y alzó la vista.

Lo que vio lo impresionó. La seriedad y la concentración con que su paciente lo observaba le hizo olvidar el papel que tenía en la mano. En los azules ojos de la joven brillaba la curiosidad y en su piel resplandecía la vitalidad. Iba con poco o ningún maquillaje —privilegios de la juventud, pensó Grauber—, y su cabello era de un color rubio transparente que incitaba a acariciarlo. Pero había algo más, decidió el ginecólogo. Ilse Apfel no era ninguna estrella de Hollywood. El médico conocía a una docena de mujeres tan hermosas como ella. Se trataba de algo más que de la belleza de las facciones o del resplandor de la juventud. Tampoco era la elegancia, ni la simpatía, y ni siquiera aquel extraño rasgo que Grauber llamaba «cercanía». No, era algo mucho más sencillo: gracia. Ilse poseía una extraña belleza que resultaba aún más extraña por el hecho de que la joven no era consciente de ella. De pronto Grauber se dio cuenta de que estaba admirando los pechos de su paciente, altos y redondos y, en su opinión, más galos que teutones. Se sonrojó y rápidamente volvió a mirar el papel que tenía en la mano.

—Bueno —tosió—. Ya está.

Ilse permanecía a la espera, demasiado nerviosa para hacer preguntas.

—Según su orina, está usted embarazada —anunció Grauber—. Naturalmente, tendré que extraerle sangre para confirmar el análisis de orina, pero creo que será un simple trámite. ¿Por qué no hace pasar a Hans? Estoy seguro de que se alegrará.

Ilse se sonrojó.

—Hoy mi esposo no ha venido.

Grauber alzó las cejas sorprendido.

—Caramba, pues es la primera vez que falta. Creo que es el marido más solícito que he visto en mi vida. —La sonrisa se le borró de los labios—. ¿Se encuentra usted bien, Ilse? Por su expresión parece que acabe de decirle que sólo le quedan tres meses de vida.

Ilse notaba alas batiendo dentro de su pecho. Al cabo de tantos meses de incertidumbre, le costaba creer que sus deseos más íntimos se hubieran hecho realidad.

—La verdad es que no me esperaba esto —murmuró—. No me atrevía ni a pensarlo. Mi madre murió al alumbrarme, ya sabe, y... para mí es muy importante tener un hijo.

—Pues la criatura ya está en camino —dijo Grauber—. Ahora tenemos que hacer que el niño o la niña llegue bien. Le entregaré una copia del calendario de visitas, y luego tendremos que ocuparnos de...

Ilse no lo escuchaba. La noticia que acababa de darle el médico había elevado su espíritu a tal plano de felicidad que los pequeños detalles no le importaban en

absoluto. Cuando el técnico del laboratorio le sacó sangre, Ilse ni siquiera sintió el pinchazo, y cuando salió de la consulta, la recepcionista tuvo que llamarla tres veces para evitar que se fuese sin haber concertado su próxima visita. A los veintiséis años, la dicha de Ilse era total y absoluta.

11.27 horas. Pretoria. República de Sudáfrica

Ocho mil kilómetros al sur de Alemania y 3200 por debajo del ecuador, un viejo condenado a permanecer en una silla de ruedas la mitad de las horas que pasaba despierto, habló con acre tono por el intercomunicador empotrado en su escritorio de roble.

—No es momento, para molestarme con asuntos de negocios, Pieter.

El viejo se llamaba Alfred Horn y, aunque no era su lengua nativa, hablaba en afrikaans.

—Lo lamento, señor —dijo una voz por el intercomunicador—, pero creo que la llamada puede interesarle. Es una conferencia desde Berlín.

Berlín. Horn tendió la mano hacia el botón del intercomunicador.

—Ah... Supongo que tiene usted razón, Pieter. —El viejo alzó el dedo del botón y luego lo oprimió de nuevo—. ¿Está codificada la llamada?

—Nosotros siempre tenemos el scrambler conectado. El que llama no lo sé. Probablemente, no.

—¿Y la habitación?

—Anoche hicimos un barrido electrónico, señor.

—Páseme la llamada.

La conexión era excelente, casi sin interferencias. La primera voz que oyó Horn fue la de su jefe de seguridad, Pieter Smuts.

—¿Sigue usted ahí, comunicante?

—*Ja* —susurró una voz masculina. Y, en tono evidentemente tenso, añadió—. No dispongo de mucho tiempo.

—¿Llama desde un lugar seguro?

—*Nein*.

—¿Le es posible trasladarse a un sitio que lo sea?

—*Nein!* ¡Puede que ya me estén echando de menos!

—Cálmese —ordenó Smuts—. Debe identificarse usted de nuevo dentro de cinco segundos. Responda a todas las preguntas que le haga...

—Puede usted seguir escuchando, Guardián —lo interrumpió Horn en perfecto alemán.

—Hable, comunicante —dijo Smuts.

—Habla Berlín-Uno —dijo la voz temblorosa—. Aquí se están produciendo novedades de las que creo que le conviene estar al corriente. Esta madrugada fueron

arrestados dos hombres en la prisión Spandau. Berlineses occidentales.

—¿Acusados de qué? —preguntó Horn con voz neutra.

—De entrar sin autorización en propiedad ajena.

—¿Y por una cosa así llama usted a este número?

—En el caso se dan circunstancias bastante especiales. El jefe del destacamento ruso que vigilaba la prisión anoche ha insistido en que esos hombres sean acusados de espionaje, o bien que se los traslade a Berlín Oriental para ello.

—Supongo que no habla usted en serio.

—¿Cree que por gastarle una broma arriesgaría mi carrera?

Horn, tras una pausa, dijo.

—Explíquese.

—No sé gran cosa, pero los rusos siguen en la prisión. Están efectuando registros, o pruebas, o algo. Eso es lo único que...

—¿Registros en Spandau? —interrumpió Horn—. ¿Tiene eso algo que ver con la muerte de Hess?

—No lo sé, pero creí que debía usted conocer los hechos.

—Sí —dijo Horn tras una nueva pausa—. Claro. Dígame, ¿por qué no estaban nuestros propios hombres vigilando Spandau?

—El capitán de la unidad era uno de los nuestros. Fue él quien evitó que los rusos se llevaran a los prisioneros a Berlín Oriental. Sin embargo, cree que los intrusos no saben nada.

—¡A él no le incumbe creer ni dejar de creer nada!

—Es un hombre muy independiente —dijo la tímida voz—. Un tipo muy fastidioso. Se llama Hauer.

Horn oyó el rasgueo de la pluma de Smuts sobre el papel.

—¿Alguna otra cosa?

—Nada específico, pero...

—¿Sí?

—Los rusos. Se están mostrando mucho más insistentes de lo habitual. No parece que les preocupen las repercusiones diplomáticas. Como si lo que buscan, sea lo que sea, resulte tan importante como para perturbar a terceros. A los norteamericanos, por ejemplo.

Se produjo un breve silencio.

—Ha hecho usted bien en llamar —dijo al fin Horn—. Ocúpese de que las cosas no vayan demasiado lejos. Manténganos informados. Vuelva a llamar a este número esta noche. Se producirá una demora mientras la llamada es desviada hacia el norte. Aguarde nuestra respuesta.

—Pero tal vez no me sea posible acceder a un teléfono privado...

—¡Es una orden!

—*Jawohl!*

—Cuelgue usted, comunicante —ordenó Smuts.

La línea quedó muerta. Horn utilizó el intercomunicador para decirle al jefe de seguridad que pasara a su despacho. Smuts se sentó frente a Horn en un espartano sofá que era buen ejemplo del castrense desprecio que sentía su propietario hacia las comodidades excesivas.

Con la silla de ruedas casi oculta tras el escritorio, Alfred Horn parecía muy saludable, pese a su avanzada edad. Su rostro, enérgico y expresivo, y sus aún amplios hombros daban una imagen de energía y decisión propia de un hombre treinta años más joven. Únicamente los ojos desmentían tal impresión. Parecían fuera de lugar entre los altos pómulos y la frente patricia. Uno de ellos apenas se movía, ya que era una prótesis de cristal; pero el otro parecía doblemente vivo e inquietante, como si en él se reflejase toda la concentración del excelente cerebro de su propietario. Pero en realidad no eran los ojos los que producían tal impresión, sino las cejas. El hombre carecía de ellas. La herida de bala que se llevó por delante el ojo izquierdo fue atendida tarde y mal. Pese a varias operaciones de cirugía plástica, el pronunciado arco superciliar que protegía el ojo tuerto carecía totalmente de pelo, y producía una falsa impresión de debilidad. La otra ceja estaba rasurada para evitar la sensación de asimetría.

—¿Algún comentario, Pieter? —preguntó Horn.

—El asunto no me gusta, señor; pero no creo que en estos momentos podamos hacer mucho, aparte de seguir de cerca el desarrollo de la situación. Nuestra agenda está ya muy apretada. —Smuts quedó unos momentos pensativo—. Quizá el asesino de Número Siete dejó alguna prueba que fue pasada por alto.

—O quizá el propio Número Siete dejó ocultos algunos escritos que no llegaron a encontrarse —sugirió Horn—. Tal vez una confesión en el lecho de muerte. En lo referente a Spandau, no podemos correr riesgos.

—¿Alguna sugerencia específica, señor?

—Ocúpese de esto como le parezca conveniente, pero resuélvalo. Lo que más me preocupa es la entrevista que ya no tardará en celebrarse. —Horn tamborileó nerviosamente con los dedos sobre el tablero del escritorio—. ¿Confía usted en nuestras medidas de seguridad, Pieter?

—Totalmente, señor. ¿Cree de veras que puede usted encontrarse en peligro inmediato? Una cosa es la prisión Spandau, pero la mansión Horn se encuentra a ocho mil kilómetros de Alemania.

—Estoy seguro —afirmó Horn—. Algo ha cambiado. Nuestros contactos ingleses se han enfriado. Las líneas de comunicación siguen abiertas pero están muy forzadas. A raíz del asesinato de Número Siete, en el programa de defensa sudafricano se han formulado preguntas acerca de nuestras actividades.

—¿No cree que fuera un suicidio?

Horn bufó desdeñosamente.

—La única duda es quién lo mató y por qué. ¿Fueron los ingleses para silenciarlo? ¿O lograron al fin matarlo los judíos como acto de venganza? Yo apuesto

por los ingleses. A ellos les convenía que el prisionero Número Siete callase para siempre. Del mismo modo que a mí también quieren silenciarme. —Horn frunció el entrecejo—. Estoy harto de esperar, eso es todo.

Smuts sonrió fríamente.

—Sólo faltan setenta y dos horas, señor.

Horn no hizo caso de tales palabras tranquilizadoras.

—Deseo que llame usted a Horster a la mina. Dígale que esta noche lleve a sus hombres a la casa.

—Pero el equipo interino de seguridad no llega hasta mañana al mediodía —recordó Smuts.

—¡Entonces, la mina tendrá que permanecer sin vigilancia durante dieciocho horas!

Horn había herido el orgullo de su jefe de seguridad pero éste no dijo nada. Aunque indebidamente apresuradas, las precauciones que había tomado para la histórica reunión que debía celebrarse dentro de tres noches eran a toda prueba. Estaba seguro de ello. Situada en un aislado altiplano del norte del Transvaal, la mansión Horn era una auténtica fortaleza. Nadie podía acercarse a menos de kilómetro y medio de ella sin un tanque, y Smuts tenía medios para detener incluso a un tanque. Pero Alfred Horn no era hombre con el que se pudiera discutir. Si deseaba hombres extra, los tendría. Horn tomó nota mental de que debía mantener un pequeño retén de seguridad para que vigilase la mina de platino de Horn durante la noche.

—Dígame una cosa, Pieter, ¿cómo va la prolongación de la pista de aterrizaje?

—Todo lo bien que puede ir, teniendo en cuenta las prisas a las que estamos sometidos. Sólo faltan ciento ochenta metros.

—Lo veré por mí mismo esta noche, si es que logramos salir alguna vez de esta maldita ciudad. Ese helicóptero mío se pasa más tiempo en el hangar de reparaciones que posado en mi azotea.

—Sí, señor.

—Siguen sin gustarme esos aparatos, Pieter. Parecen insectos torpes y vuelan como insectos torpes. Sin embargo, supongo que no es posible instalar una pista de aterrizaje en la azotea, ¿no?

—No, señor; al menos, todavía no.

—Deberíamos conseguir algo como el Harrier británico. Lo del despegue vertical es una idea maravillosamente sencilla. Alguien, en algún lado, debe de estar fabricando una variante comercial de ese aparato.

—Supongo que bromea usted, señor.

Horn miró reprobatoriamente a su empleado.

—Usted no habría servido para aviador, Pieter. Para combatir en los cielos es necesario creer que todo es posible, que todo está al alcance de la voluntad humana.

—Supongo que tiene razón.

—Pero usted hace magníficamente lo que hace, amigo mío. Yo soy la prueba

viviente de su habilidad y su dedicación. Yo soy el último superviviente de los que conocían el secreto. El único. Y eso, en gran medida, es gracias a usted.

—Exagera, Herr Horn.

—No. Aunque poseo una gran fortuna, mi poder no radica en el dinero, sino en el temor. Y uno de los instrumentos del miedo que inspiro es usted. Su lealtad es algo precioso para mí.

—Y también algo indudable, como usted bien sabe.

El ojo bueno de Horn taladró el alma de Smuts.

—Nada es indudable, Pieter. Y mucho menos lo referente a nosotros mismos. Pero en alguien tengo que confiar, ¿no?

—Yo nunca le fallaré —dijo Smuts con voz suave, casi reverente—. Lo que usted se ha puesto como meta es más importante que cualquier tentación.

—Sí —asintió el viejo—. Así es.

Horn apartó la silla de ruedas del escritorio y la volvió hacia la ventana. El horizonte de Pretoria se extendía ante él allá abajo, y eran visibles los suburbios, los distritos segregados y la gran planicie del Transvaal septentrional donde, dentro de tres días y bajo los auspicios de Horn, se celebraría una reunión que podría alterar para siempre el equilibrio mundial del poder. Mientras Smuts cerraba discretamente la puerta, Horn evocó los días de su juventud... sus días de poder. Con temblorosa mano, se tocó el ojo de vidrio.

—*Der Tag kommt* —dijo en voz alta—. El día se acerca.

CAPÍTULO TRES

15.31 horas. Sector Británico. Berlín Occidental

Hans despertó cubierto de sudor. Seguía sintiéndose en el interior de una oscura cueva, viendo, aterrado, cómo un soldado ruso iba hacia él blandiendo un fusil Kalashnikov. La ilusión onírica seguía atenazándole el cerebro y le resultó difícil romperla. Se incorporó en la cama y se frotó los ojos para librarlos del sueño. Sin embargo, continuaba viendo ante sí los maltrechos barracones. Su mugriento uniforme seguía oliendo como el húmedo y frío patio de la prisión. Sacudió violentamente la cabeza pero la imagen no se disipó. Era real...

En la pantalla del pequeño televisor Siemens situado a dos metros de Hans, un reportero cubierto con un abrigo como los que solían llevar los chulos de Berlín Occidental se encontraba en los desiertos terrenos en los que, hasta el día anterior, se había alzado la prisión Spandau. Hans gateó hasta los pies de la cama y subió el volumen del aparato...

—... Deutsche Welle transmitiendo en directo desde la Wilhelmstrasse. Como ven ustedes, la estructura principal de la prisión Spandau fue destruida ayer, sin la menor alharaca, por las autoridades militares británicas. Fue aquí, a primera hora de esta mañana, donde las tropas soviéticas, actuando conjuntamente con la policía de Berlín Occidental, arrestaron a los dos ciudadanos alemanes occidentales que ahora los rusos tratan de extraditar a Berlín Oriental. Tal pretensión carece casi por completo de antecedentes. Los rusos no se están ateniendo a ningún procedimiento legal conocido, y lo que al amanecer comenzó aquí como una simple anécdota se está convirtiendo en un incidente internacional. La Deutsche Welle ha sabido que los dos berlineses están detenidos en el interior de la Polizei Abschnitt 53, donde se encuentra nuestro corresponsal Peter Müller. ¿Peter?

Antes de conectar con el segundo corresponsal, el productor mantuvo unos segundos en pantalla la imagen de los terrenos de Spandau. Lo que Hans vio hizo que el corazón se le subiera a la boca. Cien metros por detrás del reportero, docenas de hombres uniformados estaban recorriendo lentamente los desolados terrenos de Spandau. Se movían por el solar como hormigas en busca de comida, y algunos de ellos estaban cerca del montículo de cascotes en el que Hans había hecho su descubrimiento. Varios de los hombres llevaban blancas batas de laboratorio, pero otros —a Hans se le formó un nudo en la garganta— lucían los inconfundibles uniformes pardos y rojos de la infantería soviética.

Hans escrutó la pantalla en busca de pistas que pudieran explicar la presencia soviética, pero las imágenes fueron sustituidas por la de un nuevo comentarista, éste algo mejor vestido, situado frente a los tres grandes arcos de la fachada de la comisaría a la que Hans iba a trabajar todas las mañanas. El hombre movía

nerviosamente los pies mientras hablaba.

—Gracias, Karl —dijo—. Aparte del comunicado oficial hecho público a primera hora de esta mañana por el servicio de prensa de la policía, en el sentido de que se está efectuando una investigación conjunta con la URSS, no se conocen otros detalles. Sabemos que un número no determinado de soldados soviéticos siguen en el interior de Abschnitt 53, pero no sabemos si se encuentran en calidad de invitados o si, como se rumorea, controlan la comisaría por la fuerza de las armas.

»Si bien el incidente de Spandau se produjo en el sector británico de la ciudad, los prisioneros alemanes fueron conducidos por una ruta innecesariamente larga hasta Abschnitt 53, aquí, en el sector norteamericano, a sólo una manzana del Checkpoint Charlie. Según fuentes dignas de crédito, un precavido agente de policía debió de comprender que sería muy probable que los soviéticos hicieran uso de la fuerza en el sector de la ciudad que controlan los norteamericanos. Ni las autoridades militares norteamericanas ni las británicas han hecho comentario alguno. Sin embargo, de ser cierto que tropas soviéticas se encuentran en el interior de esta comisaría sin la sanción oficial del ejército norteamericano, las zonas de repartición aliadas que, a causa de la costumbre, ya casi hemos olvidado, pueden adquirir de pronto una importancia crucial. Este pequeño incidente puede convertirse en una de las crisis potencialmente más peligrosas de la era post-Glasnost. Les daremos más detalles de este incidente a las seis de esta tarde. Mantengan la sintonía de este canal. Peter Müller, en directo para Deutsche Welle...

Mientras el reportero remataba solemnemente su intervención, no advirtió que, a su espalda, se abría la enorme puerta de la comisaría. Macilento pero erguido, el capitán Dieter Hauer salió al sol de la tarde. El hombre parecía llevar día y medio sin dormir. Miró la acera con la actitud de un sargento mayor inspeccionando el patio de un cuartel; luego, aparentemente satisfecho, dirigió una hosca mirada al reportero, se volvió de nuevo hacia la puerta de la comisaría y fue devorado por un anuncio de la BMW.

Hans se recostó en el cabezal de la cama. La cabeza le daba vueltas. ¿Tropas rusas en su comisaría? ¿Quién habría filtrado a la prensa la historia de Spandau? ¿Y quiénes eran los hombres de las batas blancas? ¿Qué buscaban? ¿Acaso los papeles que él había encontrado? Tenía que ser así. A nadie le importaban dos homosexuales que se habían introducido sin permiso en terrenos públicos en busca de un nidito de amor. Darse cuenta de la gravedad de lo que había hecho al quedarse con los papeles fue para Hans como un mazazo. Pero... ¿qué otra cosa podía hacer? A los altos mandos policiales no les habría gustado absolutamente nada que los rusos se hicieran con los papeles. Naturalmente, siempre podría haber acudido a la central de la Polizei en la Platz der Luftbrücke, pero allí no tenía a ningún conocido. No, cuando entrega se los papeles lo haría en su propia comisaría. Y aún no podía hacerlo porque los rusos seguían en el interior del edificio. No le quedaba más remedio que esperar.

Pero no le apetecía esperar. Se sentía como un niño que acaba de encontrar un

arcón cerrado en el desván. Se moría de ganas de saber qué demonios había encontrado. Chasqueó nerviosamente los dedos. Ilse, pensó de pronto. Como su presuntuoso abuelo, la joven tenía una gran facilidad para los idiomas. Quizá ella pudiera descifrar el resto de los papeles de Spandau. Descolgó el teléfono y, tras marcar los cuatro primeros dígitos del número de la oficina de su esposa, volvió a colgar. La agencia de corredores de bolsa para la que trabajaba Ilse no permitía las llamadas personales durante el horario laboral. A diferencia de otros alemanes, a Hans no le importaba saltarse una regla de cuando en cuando, pero recordó que varios compañeros de trabajo de su esposa habían sido despedidos por tomarse aquella norma a la ligera.

De pronto a Hans se le ocurrió una idea temeraria. Necesitaba información y sabía dónde conseguirla. Tras reflexionar durante sesenta segundos, cogió la guía telefónica y buscó el número del *Der Spiegel*. En la guía aparecían varios departamentos de la revista. Como Hans no estaba seguro de cuál de ellos era el que necesitaba, marcó el teléfono de la centralita principal.

—*Der Spiegel* —respondió una voz masculina.

—Deseo hablar con Heini Weber —dijo Hans—. ¿Podría usted ponerme con el departamento adecuado?

—Un momento.

Transcurrieron treinta segundos.

—Noticias —dijo una bronca voz masculina.

—Heini Weber, por favor. Es amigo mío. —Una pequeña exageración, pensó Hans, pero... ¿qué más da?

—Weber no está —gruñó el hombre—. Andaba por aquí, pero habrá salido.

Hans suspiró.

—Si regresa...

—Aguarde, que lo estoy viendo. ¡Weber! ¡Teléfono!

Hans oyó ruido de sillas y luego una voz masculina más joven.

—Weber al habla. ¿Quién es?

—Hans Apfel.

—¿Quién?

—El sargento Hans Apfel. Nos conocimos en...

—Sí, ya recuerdo... El secuestro aquél. Feo asunto. Escuche, tengo mucha prisa, así que le ruego que se dé prisa.

—Necesito hablar con usted —dijo Hans—. Es importante.

—Un momento... ¡Ya voy! ¿De qué se trata, sargento?

—Por teléfono no se lo puedo decir —replicó Hans sintiéndose un poco ridículo.

—¡Caray! —murmuró Weber—. Tengo que ir a Hannover. En la E-30, un grupo de Verdes está impidiendo el paso a un transporte norteamericano de misiles y yo debería haber salido hacia allí hace ya cinco minutos.

—Puedo ir con usted.

—Mi coche sólo tiene dos plazas —replicó Weber—. Y tengo que llevar a mi fotógrafo. Supongo que su importante primicia tendrá que esperar hasta mañana.

—¡No! —exclamó Hans sorprendido por su propia vehemencia—. No puedo esperar. Tendré que llamar a otro periodista.

Un largo silencio, tras el cual Weber dijo.

—Muy bien. ¿Cuál es su dirección?

—Lützenstrasse, número 30.

—Nos vemos frente a su casa. Pero no podré dedicarle más de cinco minutos.

—Será suficiente.

Hans colgó y se llenó los pulmones de aire. Lo que acababa de hacer implicaba ciertos riesgos. Para hablar con la prensa, los policías berlineses necesitaban una autorización oficial. Pero lo que él se proponía hacer era conseguir información de un reportero, no dársela. Sin molestarse en afeitarse ni en ducharse, se quitó el sucio uniforme y se puso los pantalones de algodón y la vieja camisa que utilizaba siempre que tenía que reparar el Volkswagen. Una ligera gabardina y una bufanda completaron su atuendo.

Los papeles de Spandau seguían bajo el colchón. Los cogió y les echó un nuevo vistazo con la esperanza de que anteriormente se le hubiera pasado algo por alto. Lo encontró al final de una última página: varios párrafos en alemán, apresuradamente garrapateados. Aparentemente, los párrafos habían sido escritos en distintas fechas.

Las amenazas habían cesado durante algún tiempo. Estúpidamente, albergué la esperanza de que la locura hubiera llegado a su fin. Pero el mes pasado comenzó de nuevo. ¿Acaso me leen los pensamientos? En cuanto empiezo a jugar con la idea de librarme de mi pesada carga, un soldado de fénix se presenta ante mí. ¿Quiénes están con ellos y quiénes no? Me enseñaron fotos de una vieja, pero los ojos eran los de una desconocida. Estoy seguro de que mi esposa ha muerto.

¡Mi hija está viva! Su rostro es el de una mujer de mediana edad, y su nombre el de una desconocida, pero tiene mis mismos ojos. Es una rehén en libertad, con una espada invisible suspendida sobre su cabeza. Pero ha permanecido sana y salva. ¡Soy fuerte! Los rusos se han ofrecido a encontrar a mi ángel, a salvarla, sólo con que yo les dé su nombre. ¡Pero no lo conozco! Sería inútil que se lo diera. Heydrich borró todo rastro de mi vida en Alemania en 1936. ¡Sólo Dios sabe lo que aquel canalla le dijo a mi familia!

Mis carceleros británicos se muestran hoscos como perros de presa y son sumamente estúpidos. Pero existen otros ingleses que no lo son tanto. ¿Habéis descubierto mi secreto, cerdos?

Y un párrafo apenas coherente.

Fénix utiliza a mi hija como a una espada flamígera. ¡Si ellos supieran! ¿Seré para mi ángel algo más que un difuso recuerdo? No. Es preferible que ella nunca lo sepa. Toda mi vida ha sido una locura, pero la proximidad de la muerte me infunde valor. En mis horas más oscuras recuerdo estas palabras de Ovidio. «Es preferible sufrir el castigo a merecerlo, pues el castigo se puede levantar, mientras que la culpa es imperecedera.» Mi largo castigo llegará pronto a su fin. Tras el exterminio de millones de seres, la guerra termina al fin para mí. Espero que Dios me acoja en el Paraíso, pues sé que Heydrich y los otros me esperan a las puertas del infierno.

Sin duda, ya he pagado lo suficiente.

NÚMERO SIETE.

En el exterior sonó un claxon. Extrañamente nervioso, Hans dobló los papeles en cuatro y volvió a guardarlos bajo el colchón. Luego se puso unos viejos mocasines, cerró la puerta principal y bajó por la escalera. En el tercer piso tropezó con un alto empleado de la limpieza, pero el viejo ni siquiera levantó la vista de su trabajo.

Hans encontró a Heini Weber junto a un viejo Fiat Spyder. El periodista no dejaba de moverse, como un niño hiperactivo. Un joven que lucía una enmarañada melena y llevaba una Leica colgada del cuello miró a Hans desde el asiento del acompañante del Fiat.

—Bueno, ¿de qué se trata, sargento? —preguntó el reportero—. ¿Cuál es esa gran historia?

—Metámonos ahí —dijo Hans señalando hacia su portal.

Aunque no había advertido nada sospechoso en la calle, no lograba librarse de la sensación de que lo vigilaban unos ojos, si no hostiles, si al menos interesados. Es simplemente el fotógrafo, se dijo. Weber lo siguió al interior del vestíbulo e inmediatamente volvió a sus nerviosos movimientos.

—El tiempo apremia —dijo el reportero.

—Antes de decirle nada, deseo cierta información —anunció Hans.

Weber frunció el entrecejo.

—¿Por quién me toma? ¿Por un puñetero bibliotecario? Vamos, suelte lo que sea.

Hans asintió solemnemente y luego hizo sonar su señuelo.

—Tal vez tenga una historia para usted, Heini, pero... Sinceramente, me gustaría saber cuánto vale mi información.

—Vaya, vaya —dijo el reportero con cara de palo—, parece que la policía se ha unido al club. Escuche, sargento, yo no compro historias, sino que las descubro por medio de mis investigaciones. Así funciona este juego, por si no lo sabía. Si desea dinero, pruebe con una de las cadenas de televisión norteamericanas.

Como Hans no dijo nada, Weber siguió.

—Muy bien, si quiere que pique, picaré. ¿De qué va su historia? ¿El alcalde está liado con la esposa del comandante norteamericano? ¿Mañana tirarán el Muro? He escuchado todo tipo de cuentos, sargento. Todo el mundo tiene una historia en venta,

y la mayor parte de ellas son pura mierda. ¿Cuál es la suya?

Hans miró solapadamente hacia la calle.

—¿Y si le dijera que he averiguado algo de gran importancia que se remonta a los tiempos de la guerra, a la época nazi?

—¿Algo como qué? —preguntó Weber.

Hans lanzó un nervioso suspiro.

—Digamos que son unos papeles. Una especie de diario.

Weber lo miró fijamente por unos momentos y luego alzó escépticamente las cejas.

—¿Se refiere a algo así como el diario de un criminal de guerra nazi?

Con expresión de incredulidad, Hans preguntó.

—¿Cómo lo sabe?

—*Scheisse!* —maldijo Weber, y dio una palmada contra la pared—. ¿Para eso me ha hecho venir hasta aquí? Maldita sea, pero... ¿de dónde sale tanto incauto? ¡Ése es el timo más viejo!

Hans miró al reportero como si éste hubiera perdido la razón.

—¿A qué se refiere?

Weber mantuvo la mirada de Hans con ojos en los que brillaba algo parecido a la piedad. Luego le puso una mano en el hombro.

—¿De quién es el diario, sargento? ¿De Mengele? ¿De Bormann?

—De ninguno de los dos —replicó secamente Hans. Respecto a los papeles de Spandau se sentía extrañamente a la defensiva—. ¿Qué demonios quiere decir usted?

—Que probablemente ha hecho usted el equivalente alemán a comprar la torre Eiffel.

Hans parpadeó y luego apartó la mirada pensando a toda prisa. Era evidente que no conseguiría ningún tipo de información si no daba algo a cambio.

—Se trata de un diario auténtico —insistió—. Y puedo demostrarlo.

—Sí, claro que sí —dijo Weber tras echar un vistazo a su reloj—. Cuando Gerd Heidemann descubrió los «diarios de Hitler» en el 83, consiguió incluso que Hugh Trevor Ropper dictaminase con toda certeza que eran auténticos. Pero resultó que eran falsos, sargento, una falsificación de principio a fin. No sé de dónde ha sacado ese diario, pero espero que no haya pagado demasiado dinero por él.

El reportero se echó a reír. Hans sonrió forzadamente pensando que no había pagado ni un céntimo por los papeles de Spandau. Los había encontrado. Y si Heini Weber supiera dónde los había encontrado, en aquellos momentos le estaría suplicando que le concediese la exclusiva. Al fondo, Hans oía el continuo roce de una escoba contra el suelo del descansillo del primer piso.

—Heini —comenzó con voz firme—, dígame una cosa. ¿Ha oído usted recientemente rumores referentes a documentos nazis perdidos o algo por el estilo?

Weber movió la cabeza, desconcertado.

—Sargento, al terminar la guerra la gente vendía diarios y documentos nazis a

pfenning la docena. Es un engaño, un timo. —Su expresión se suavizó—. Olvídense del asunto, Hans. No haga usted el tonto.

Weber se volvió y posó la mano en el tirador de la puerta, pero Hans lo agarró por la manga.

—Pero... ¿y si los papeles fueran auténticos? —preguntó sorprendiéndose a sí mismo—. ¿De qué cantidades podríamos estar hablando?

Weber se soltó pero se detuvo un momento para dirigir una última mirada al crédulo policía. El rumor de la escoba había cesado pero ninguno de los dos hombres se dio cuenta.

—¿Por un diario auténtico? —Rió entre dientes—. El límite es el cielo, sargento. La revista *Stern* le pagó a Heidemann tres millones setecientos mil marcos por la exclusiva de los «diarios de Hitler».

Hans se quedó boquiabierto.

—El *Sunday Times* de Londres pagó cuatrocientas mil libras, y creo que tanto *Time* como *Newsweek* estuvieron a punto de picar. —Weber sonrió, y en su sonrisa hubo un toque de envidia profesional—. La verdad es que Heidemann planteó la cosa con gran habilidad. Cebó el anzuelo haciendo correr el rumor de que los diarios contenían la versión que daba Hitler del vuelo a Inglaterra de Rudolf Hess. Naturalmente, hasta el último periodicucho del mundo estaba ansioso de lanzar una edición especial con la solución del último gran misterio de la guerra. Pagaron millones y millones. Aquel timo le costó la carrera a mucha gente. —El reportero rió broncamente—. *Guten Abend*, sargento. La próxima vez que haya un secuestro, no se olvide de llamarme, ¿vale?

Weber se alejó en dirección al Spyder y dejó al atónito Hans en el portal. Había recurrido al reportero para conseguir información, y había conseguido mucho más de lo que esperaba. ¿3 700 000 marcos? ¡Caramba!

—¡Aparte, haga el favor! —dijo una aguda voz.

Hans asintió. El alto empleado de la limpieza pasó junto a él y siguió caminando calle abajo. Su escoba había desaparecido, y el hombre llevaba una bolsa de cuero colgada del hombro. Hans siguió al empleado con recelosa mirada durante unos momentos y luego movió la cabeza. Te estás volviendo paranoico, se dijo.

Tras contemplar por unos momentos la fea fachada de su edificio, decidió que dar un paseo por la ciudad era preferible a esperar a Ilse en el piso vacío. Además, caminando pensaba mejor. Echó a andar. Con poco más de cien metros de longitud, la Lützenstrasse formaba una especie de trapecio con dos grandes avenidas y las vías elevadas de un S-Bahn. Hans apenas tardó cuarenta segundos en llegar desde la fachada de su edificio hasta la cuidadísima Kurfürstendamm, uno de los bulevares más bellos de Berlín. Tomó rumbo este, en dirección al centro de la ciudad. No habló con nadie ni se paró a contemplar los deslumbrantes escaparates, ni los imponentes bancos, ni los cafés al aire libre, ni las galerías de arte, ni las tiendas de antigüedades, ni los clubes nocturnos que flanqueaban la Ku'damm.

Aunque la calle estaba llena de bulliciosos grupos de gente que iba de compras, todos se apartaban al paso del solitario paseante cuyo atractivo aspecto ario resultaba de algún modo sospechoso debido a que iba sin afeitarse y mal vestido. El alto y enjuto hombre que iba pisándole los talones a Hans ya no tenía aspecto de empleado de la limpieza, pero aunque hubiera seguido teniéndolo no habría importado, ya que Hans estaba absorto en sus sueños de hacerse con una inmensa fortuna.

Se detuvo en un quiosco de prensa a comprar un paquete de cigarrillos norteamericanos. Mientras aspiraba la primera bocanada, recordó algo que había leído en los papeles de Spandau. El escritor decía ser el último; pero... el último ¿qué? ¿El último prisionero? Y de pronto Hans comprendió y fue como si le hubieran echado un cubo de agua fría a la cara. ¡Los papeles de Spandau estaban firmados por el prisionero Número Siete... y el prisionero Número Siete era el propio Rudolf Hess!

Notó que la mano con que sostenía el cigarrillo le comenzaba a temblar. Intentó tragar saliva pero la garganta no quiso colaborar. ¿Habría encontrado realmente el diario de un criminal de guerra nazi? Con los escépticos comentarios de Heini Weber resonándole aún en la cabeza, intentó recordar todo lo posible acerca de Hess. Lo único que realmente sabía era que Hess había sido la mano derecha de Hitler, y que a comienzos de la guerra había volado secretamente a Inglaterra, donde fue hecho prisionero. Durante las pasadas semanas, los periódicos de Berlín habían publicado infinidad de historias sensacionalistas acerca de la muerte de Hess, pero Hans no había leído ninguna. Lo que sí recordaba era haber visto algún que otro reportaje en años anteriores. En todos ellos, Hess era retratado como un viejo senil, como un soldado en tiempos poderosos y que ahora ya sólo era capaz de ver «Dinastía» por televisión. ¿Por qué se le había dado tanta importancia a aquel viejo y patético nazi?, se preguntó Hans. ¿Por qué el simple rumor de que contenían información referente a la misión secreta de Hess hizo que por los falsos diarios de Hitler se pagaran cifras millonarias?

Fijándose en su imagen reflejada en el cristal de un escaparate, Hans se dio cuenta de que con sus ropas de trabajo parecía un vagabundo, incluso en un lugar tan permisivo como la Ku'damm. Apagó su cigarrillo y torció a la derecha por la primera bocacalle que encontró. No tardó en encontrarse frente a un pequeño cine de arte y ensayo. Alzó la vista hacia los policromos pósters que anunciaban películas importadas de una docena de naciones. Obedeciendo a un súbito impulso, se acercó a la taquilla y preguntó por la primera sesión. La taquillera respondió con voz mecánica.

—Estamos pasando un ciclo sobre el western norteamericano. Hoy se proyecta una película de John Wayne, *Der Searchers*.

—¿En alemán?

—*Nein*. En inglés.

—Estupendo. Una entrada, por favor.

—Doce marcos —dijo la voz mecánica.

—¿Doce? ¡Menudo robo!

—¿Quiere la entrada o no?

De mala gana, Hans pagó y entró en el local. No se detuvo a comprar chucherías; a aquellos precios no podía permitírselo. Por algo Ilse y yo no vamos nunca al cine, se dijo. Cuando estaba a punto de entrar en la sala de proyección, vio que cerca de los servicios había un teléfono público. Estuvo a punto de llamar a la comisaría, pero decidió seguir su camino. A fin de cuentas, no hay ninguna prisa, pensó. Lo de los papeles no lo sabe nadie. Mientras se sentaba en una butaca cercana a la pantalla se dijo que, por mero azar, había terminado en el lugar idóneo para pensar qué hacía respecto a los papeles de Spandau.

Seis filas por detrás de Hans, una alta y flaca sombra se acomodó silenciosamente en una de las butacas. La sombra metió la mano en la bolsa de cuero que tenía sobre las piernas y sacó una naranja. Mientras Hans leía los créditos de la película, la sombra peló la naranja sin quitarle ojo a Hans.

A treinta calles de distancia, en la Lützenstrasse, Ilse Apfel dejó la cesta de la compra en el desnudo suelo del descansillo y abrió la puerta del apartamento 40. Para la operación necesitó tres llaves: una para la cerradura principal y dos para los gruesos cerrojos que Hans había insistido en instalar. La joven se encaminó directamente a la cocina y procedió a guardar la compra sin dejar de tararear una vieja canción. *Walking on the Moon*, de The Police. Ilse siempre cantaba cuando se sentía dichosa, y en aquellos momentos era felicísima. La noticia de su embarazo significaba mucho más que el logro de su deseo de tener familia. Significaba que tal vez Hans accediese al fin a instalarse permanentemente en Berlín. Durante los cinco últimos meses, Hans no había hecho más que hablar de su sueño de ser admitido en la fuerza de élite antiterrorista alemana, el *Grenzschutzgruppe-9*, (GSC-9). Lo cual no dejaba de ser sorprendente, ya que el instructor de tiro de la unidad era el padre de Hans, del que éste no quería saber nada. Hans aseguraba estar harto de trabajos policiales rutinarios, que deseaba hacer algo más interesante y útil.

A Ilse no le gustaba en absoluto aquella idea que, por otra parte, perturbaría el desarrollo de su carrera. En Berlín, los policías ganaban poco dinero; la mayor parte de las esposas de los policías trabajaban como peluqueras, secretarias o incluso domésticas, ocupaciones todas ellas mal pagadas pero que podían ser realizadas en cualquier parte. Ilse era distinta. Sus padres habían muerto siendo ella niña y la había criado su abuelo, un eminente profesor de historia y escritor. Prácticamente, la joven había crecido en la Universidad Libre, y se graduó en Idiomas Modernos y Finanzas. Incluso había pasado un semestre en Estados Unidos, estudiando francés y enseñando alemán. El sueldo que ganaba trabajando de intérprete para una importante agencia de corredores de bolsa permitía que Hans y ella llevaran una vida más desahogada que la

mayor parte de las familias de policías. No eran ricos, pero su vida era grata.

Sin embargo, si admitían a Hans en el GSC-9, los dos tendrían que trasladarse a una de las cuatro ciudades que eran sedes de unidades activas del GSC-9: Kassel, Munich, Hannover o Kiel. Éstas no eran exactamente mecas financieras. Ilse sabía que, de ser necesario, podría acostumbrarse a una nueva ciudad, pero no al aumento en la peligrosidad del trabajo de su esposo. La incorporación a una unidad del GSC-9 garantizaba prácticamente que Hans se viera en situaciones de riesgo mortal. Los equipos del GSC-9 eran la vanguardia alemana en la batalla contra secuestradores, asesinos y Dios sabía qué otros locos. Ilse no quería aquella vida para el padre de su hijo, y no comprendía que Hans sí la desease. A la joven le desagradaba hacer de psicóloga aficionada, pero sospechaba que la monomanía de Hans se debía a uno de dos motivos: al deseo de demostrarle algo a su padre o a sus frustrados deseos de tener hijos.

Se acabaron las conversaciones sobre granadas aturdidoras y asaltos a aviones, se dijo la joven. Porque ella estaba al fin preñada y porque aquél era un día muy especial. Al regresar a su trabajo desde la consulta del médico se encontró con que aquella mañana su jefe había ganado una pequeña fortuna para sus clientes gracias a una sugerencia que ella le había hecho antes de salir. Naturalmente, para cuando el mercado cerró, el muy cretino ya se había autoconvencido de que la idea había sido totalmente suya. Pero ¿qué más da?, se dijo. Cuando abra mi propia agencia, él se ocupará de llevarles café a mis ayudantes.

Ilse entró en el dormitorio para quitarse la ropa de trabajo. Lo primero que vio fue el plato de *Weisswurst* consumido a medias sobre la cama deshecha. La nieve derretida y la suciedad del uniforme de Hans habían dejado las sábanas hechas un asco. Luego la joven vio el uniforme de su esposo caído sobre las botas en un rincón. Qué extraño, pensó. Hans era tan humano como el que más, pero generalmente se acordaba de no dejar su ropa sucia tirada por el suelo. En realidad era rarísimo que, tras una fatigosa noche de trabajo, no se lo hubiera encontrado durmiendo como un lirón.

Ilse sentía una vaga preocupación y, de pronto, logró concretarla. Mientras estaba en el trabajo, alguien había comentado la noticia de que unos rusos habían arrestado a dos berlineses occidentales en la prisión Spandau. Más tarde, en el coche, oyó a un comentarista decir algo respecto a que había rusos en el interior de una de las comisarías de policía del centro de la ciudad. Le pidió a Dios que Hans no estuviera metido en aquel lío. Un enredo burocrático como aquél podría durar toda la noche. Frunció el entrecejo. Contarle a Hans lo del embarazo estando él de mal humor no era en absoluto lo que ella había planeado. Primero tendría que pensar en un modo de alegrar a su marido.

Había un método infalible para conseguirlo, y la joven sonrió al pensar en él. Por primera vez en semanas, la idea del sexo la hizo sentir verdaderamente excitada. Parecían haber transcurrido siglos desde la última vez que Hans y ella hicieron el

amor pensando en algo que no fuese el tan deseado embarazo. Pero ahora que ya estaba preñada podrían olvidarse de los gráficos y los termómetros y redescubrir la intensidad de aquellas noches en las que apenas pegaban ojo.

Ya había planificado la cena de celebración. No sería un piscolabis a la americana y dietéticamente equilibrado, de los que sus colegas yupies de la Yorckstrasse llamaban cena, sino un auténtico banquete berlinés. *Eisben*, *Sauerkraut* y pudín Pease. Ilse fue especialmente a la sección de platos preparados del KaDeWe y allí compró de todo. Se decía que en el KaDeWe se podía conseguir cualquier comida del mundo, e Ilse lo creía a pie juntillas. La joven sonrió de nuevo. Hans y ella cenarían opíparamente, y luego —¿qué mejor postre?— él podría tomarla a ella. Después le daría la noticia del embarazo.

Se recogió el cabello en la nuca y luego fue a sacar el cerdo de la nevera y lo metió en el horno. Mientras se calentaba pasó al dormitorio para cambiar las sábanas manchadas. Rió suavemente. Bajo el influjo de la pasión, una alemana podía hacer el amor en el suelo de un bosque, pero no sobre unas sábanas sucias. Eso jamás. Se arrodilló junto a la cama e hizo un rebujo con las sábanas. Estaba a punto de levantarse cuando vio que debajo del colchón asomaba algo blanco. Automáticamente lo cogió y vio que era un pliego de papeles húmedos.

¿Y esto qué demonios es? Ella, desde luego, no había metido allí aquellos papeles, así que tenía que haber sido su esposo. Pero... ¿qué podía querer ocultarle Hans? Sorprendida, dejó caer las sábanas al suelo, se puso en pie y desdobló las páginas de papel cebolla. Leyó por encima el primer párrafo, pensando más en las circunstancias de su descubrimiento que en el contenido de los papeles. El segundo párrafo, sin embargo, le llamó la atención. Estaba escrito nada menos que en latín. Temblando a causa del aire fresco, se dirigió a la cocina y se sentó cerca del horno.

Se concentró en los finales de las palabras tratando de descifrar la minuciosa caligrafía. Resultaba casi doloroso, como tratar de recordar las fórmulas físicas aprendidas en el *Gymnasium*. La especialidad de Ilse eran las lenguas modernas, y del latín apenas se acordaba. Se sentó a la mesa de la cocina y alisó las finas páginas colocando un cubierto en cada ángulo del papel. En total eran nueve hojas. De la mesita del teléfono cogió papel y un bolígrafo, reemprendió la lectura del primer párrafo y comenzó a tomar notas. Al cabo de diez minutos había logrado descifrar las cuatro primeras frases. Cuando leyó de corrido todo lo que había escrito, el bolígrafo se le escapó de entre los temblorosos dedos.

—Mein Gott —susurró—. No puede ser.

Cuando Hans salió del cine comenzaba a anochecer. Le sorprendió la rapidez con que había pasado la tarde. Encogiéndose a causa del frío, consideró la posibilidad de tomar el U-Bahn hasta su casa, pero decidió que no, ya que eso supondría hacer transbordo en Fehrbelliner-Platz, y luego aún tendría que caminar un buen trecho. Era

preferible hacer todo el recorrido a pie y emplear el tiempo en pensar cómo le diría a Ilse lo de los papeles de Spandau. Echó a andar en dirección oeste a grandes zancadas y se alejó de la atestada Ku'damm. Sabía perfectamente que su obligación era entregar los papeles a sus superiores, y estaba seguro de que a aquellas alturas el problema con los rusos ya se habría solucionado. Sin embargo, a medida que caminaba se iba dando cuenta de que no estaba del todo decidido a entregar los papeles. Por algún irritante motivo, cuando pensaba en hacerlo veía mentalmente el rostro de su padre. Pero había otra cosa que le daba vueltas en la cabeza. Algo que no tardó en reconocer como la voz de Heini Weber diciendo. «Tres millones setecientos mil marcos...»

Hans ya había hecho algunos cálculos. Con su sueldo tardaría ciento cincuenta años en ganar todo aquel dinero, un dinero que sólo representaba la oferta hecha por una única revista por los «diarios de Hitler». Incluso para un hombre honrado, aquello era una tentación fortísima.

Cuando Hans llegó al principio de la bocacalle, una oscura forma salió de debajo de la marquesina del cine y comenzó a seguirlo. No iba ni con prisa ni con calma, sino que se movía por las calles con la fluidez de la sombra de una nube.

CAPÍTULO CUATRO

17. 50 horas. Sector Norteamericano. Berlín Occidental

El coronel Godfrey A. God Rose metió la mano en el último cajón de su inmenso escritorio Victoriano, sacó una botella de bourbon Wild Turkey y miró afectuosamente la etiqueta. Durante cinco fatigosísimas horas, el jefe de los servicios de inteligencia del ejército norteamericano en Berlín Occidental había estado repasando los informes semanales de sus «chivatos», los bien pagados pero apáticos informantes que el gobierno norteamericano tenía en su nómina secreta a fin de estar enterado de cuanto ocurría en Berlín, y no había encontrado en ellos nada que no fuese la habitual lista de sórdidos actos venales cometidos por la miríada de políticos, burócratas y militares de una ciudad que, para Rose, era sin duda la Sodoma de Europa occidental. El coronel tenía un único vicio, el whisky norteamericano, y estaba deseoso de notar en la garganta la anestésica quemadura del bourbon de Kentucky.

Mientras se servía Turkey en un vasito, Rose alzó la vista y vio, tras el cristal velado de la puerta de su oficina, la figura de su ayudante, el sargento Clary. Con su habitual discreción, el joven suboficial esperó unos momentos antes de llamar, dándole tiempo a su superior a «arreglar el escritorio». Para cuando Clary tocó en la puerta y entró marcialmente en la oficina, el coronel Rose parecía encontrarse absorto en la lectura de un informe.

Clary carraspeó.

—¿Coronel?

Rose alzó la cabeza.

—¿Sí, sargento?

—Señor, el embajador Briggs llega mañana por la mañana en avión procedente de Bonn. El Departamento de Estado acaba de informarnos de ello vía mensajero.

Rose frunció el entrecejo.

—Creo que eso no figura en mi agenda.

—No, señor.

—¿Entonces...?

—Parece que los soviéticos han formulado una queja contra nosotros, señor. A través de la embajada.

—¿Contra nosotros?

—Contra el ejército, señor. Se trata de algo relacionado con el incidente de anoche en la prisión Spandau. Eso es todo lo que he podido sacarle a Smitty... Me refiero al mensajero, señor.

—¿Spandau? ¿Qué pasa con Spandau? ¡Caray! Nos hemos pasado todo el día pendientes de ese incidente, ¿no? Yo ya he redactado mi informe.

—Los de Estado no han dado explicaciones, señor.

Desdeñosamente, Rose replicó.

—¿Y cuándo las dan?

—Nunca, señor. ¿Desea ver el mensaje?

Rose contempló a través de la ventana el crepúsculo berlinés mientras especulaba sobre los posibles significados de la visita del embajador. El cuerpo diplomático norteamericano solía permanecer en Bonn —lejos de la zona de operaciones de Rose—, y el coronel estaba contentísimo con tal estado de cosas.

—¿Le muestro el mensaje, coronel? —insistió el sargento Clary.

—¿Cómo? No, sargento. Retírese.

—Sí, señor.

Clary emprendió una rápida retirada, pues estaba seguro de que su coronel querría reflexionar sobre la desagradable noticia tomándose un trago de su elixir favorito.

—¡Clary! —llamó Rose—. ¿Está todavía el comandante Richardson en su oficina?

El sargento asomó de nuevo la cabeza al interior del despacho.

—Iré a ver, señor.

—¿No puede usted llamarlo?

—Pues... Después de las cinco, el comandante no siempre responde a las llamadas. Dice que no soporta oír el timbre del teléfono mientras trabaja.

—Eso no lo soporta nadie. ¿Y la gente no insiste cuando él no contesta?

—Bueno, señor... creo que ha instalado una especie de conmutador en su teléfono. Cuando no quiere oír el timbre, lo desconecta.

Rose asintió, pensativo.

—Comprendo.

—Iré a ver, señor —dijo Clary.

Desde 1945, Berlín ha sido, más que una ciudad, una isla. Una isla política dividida en cuatro partes por los conquistadores extranjeros, y una isla psicológica tan aislada del flujo normal de la vida alemana como un niño separado de su madre por unos secuestradores. Berlín era una isla antes del Muro, durante el Muro, y seguirá siéndolo mucho tiempo después de la caída del Muro. Los niños secuestrados pueden tardar años en recuperarse.

La comunidad norteamericana en Berlín es una isla dentro de otra isla. Se congrega en torno a la Misión Militar de EE.UU., sita en el rico distrito de Dahlem. La Misión ocupa un gigantesco edificio de hormigón coronado por antenas parabólicas y de radio, así como transmisores de microondas. En una ciudad llena de torres de oficinas apresuradamente construidas, de iglesias que aún conservan las cicatrices de las bombas y de lóbregos edificios de viviendas cuya única nota de color son los *graffiti*, la zona residencial de los norteamericanos logra tener un aspecto

limpio, suburbano y seguro. Conocida como «la pequeña América», alberga a los 6600 soldados norteamericanos y a sus familias. Todos ellos constituyen la simbólica presencia norteamericana en Berlín. Estas familias van y vienen entre la Misión norteamericana, el club de oficiales, el bien surtido economato militar, el Burger King y el McDonald's privados, y se reúnen en los patios para celebrar barbacoas como si fueran residentes suburbanos de Omaha o Atlanta. Sólo los alambres de espino que coronan las vallas que rodean las cuidadas praderas denotan las tensiones que subyacen detrás de tan bucólicos decorados.

Son pocos los norteamericanos que realmente tienen trato con los berlineses, ya que casi todos están más firmemente apegados a Estados Unidos que a las calles por las que caminan y a los rostros que ven cada día por Berlín. Están unidos por grandes cordones umbilicales aéreos que van desde el aeropuerto de Tempelhof hasta las inmensas bases de abastecimiento situadas en Norteamérica. El comandante Harry Richardson, el hombre al que el sargento Clary había ido a buscar por orden del coronel Rose, era la excepción de tal norma. Richardson no necesitaba cordones umbilicales, ni en Berlín ni en ninguna otra parte. Hablaba fluidamente alemán y ruso y, en vez de vivir en Dahlem o Zehlendorf, los lugares considerados más elegantes, residía en Wilmersdorf, una zona totalmente alemana. Richardson era de familia adinerada y estudió en Harvard y en Oxford, pese a lo cual sirvió en Vietnam y, terminada la guerra, siguió en el ejército. Entre sus contactos personales había desde senadores de Estados Unidos hasta sargentos furrieles de alejados destacamentos militares; desde lores ingleses hasta guías de pesca escoceses; desde senadores berlineses hasta cocineros *kabob* del distrito turco de Kreuzberg. Y eso, en opinión del coronel Rose, convertía a Harry Richardson en un magnífico oficial de Inteligencia.

Harry se cuadró al entrar en el despacho de Rose y luego se dejó caer en el infame «sillón caliente» del coronel. Sentado en él, casi todo el mundo quedaba una cabeza por debajo de la de Rose, pero Harry medía 1,98 sin zapatos. Sus ojos, de color gris, miraron al fornido coronel con seguridad, de igual a igual.

—Richardson —dijo Rose desde el otro lado del escritorio.

—Coronel...

Rose miró reprobatoriamente el uniforme de Richardson. Era demasiado sencillo para un comandante, y además estaba arrugado. Harry había ganado la Estrella de Plata en Vietnam y, sin embargo, la única condecoración que lucía era la placa de combate del cuerpo de Infantería. A Rose no le gustaban las arrugas, pero sí la modestia. Tras chasquear la lengua contra el paladar, el coronel anunció.

—*Bigwig* Briggs, el pez gordo, llega mañana desde Bonn.

Harry sonrió irónicamente.

—No me extraña.

—¿Ah, no? ¿Por qué?

—Es lógico, ¿no te parece? Teniendo en cuenta la torpeza con que los soviéticos

han manejado hasta ahora el lío de Spandau, me parece normal que las negociaciones pasen a un nivel superior, señor.

—Déjate de «señores», Harry. ¿Qué crees que sucedió anoche?

—¿Sabes algo que no haya contado la televisión?

—Nada importante. El sargento mayor Jackson confirmó en gran medida el relato que la prensa ha hecho del incidente, y la policía alemana no suelta prenda. ¡Caray! ¿Crees que si los rusos quisieran efectuar una queja contra el ejército nos la presentarían a nosotros y no al puñetero Departamento de Estado?

Harry puso los ojos en blanco.

—Tratándose de Spandau, el Departamento de Estado no se fía de nosotros, y ya sabes por qué.

—Bird —murmuró Rose tras lanzar un suspiro de cansancio.

En 1972, el primer comandante norteamericano de la prisión Spandau, el teniente coronel Eugene Bird fue destituido de su cargo por haber introducido continuamente un magnetófono y una cámara en Spandau durante un período de varios años, a fin de escribir un libro sobre Rudolf Hess que fue publicado en 1974. El emprendedor espíritu del coronel no sirvió precisamente para mejorar las relaciones entre el ejército y el Departamento de Estado.

—Lo importante —siguió Rose— es que el embajador estará aquí mañana por la mañana y querrá que le informe durante el desayuno. Quiero que estés conmigo cuando hable con él, y quiero saber todo lo que me dirá antes de que me lo diga.

—Eso está hecho, coronel.

—Muy bien, Harry. ¿Cómo interpretas lo sucedido?

—Aún no estoy seguro. Esta mañana estuve unos minutos en Abschnitt 53...

—¿Cómo?

—Allí conozco a un tipo —explicó Harry.

—¡Cómo no! —Rose abrió el último cajón y colocó la botella de Wild Turkey sobre el escritorio, entre él y su visitante—. ¿Un trago? —preguntó al tiempo que servía dos vasitos.

Harry aceptó el suyo, lo alzó en brindis, lo vació de un trago y se limpió los labios con el dorso de la mano.

—Como digo, coronel, me dejé caer por allí para ver cómo estaban las cosas. Lo malo es que ni siquiera pude acercarme a la oficina de mi amigo. Logré pasar entre los periodistas, pero el interior de la comisaría estaba repleto de policías. Había un pelotón de soldados rusos vigilando los calabozos. Uno de los rusos llevaba uniforme de sargento, pero no era suboficial. Ni siquiera creo que perteneciese al ejército. Olía que apestaba a KGB.

—¿Otra vez el problema de Hess? —gruñó Rose.

Harry negó con la cabeza.

—No lo creo, coronel. Dispensa el juego de palabras, pero ese asunto ya está enterrado.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—Supongo que de una cuestión de territorialidad. Spandau era una avanzadilla soviética en Berlín Occidental y, por pequeña que fuese, no les gusta renunciar a ella.

—Hum. ¿Y qué opinas de eso que dicen los rusos de que alguien asesinó a Hess? Harry lanzó un suspiro.

—Coronel, no creo que los rusos se creyeran nunca que el prisionero Número Siete fuera Hess. Pero si este asunto está relacionado con Hess, creo que nosotros no deberíamos intervenir. Que sean los rusos quienes se den contra el muro. Llevan años obsesionados por ese caso. Pero no creo que se trate de Hess. Supongo que es la típica paranoia de los rusos.

—Maldita sea —gruñó Rose—. Pensaba que la puñetera guerra fría ya se había terminado.

Harry sonrió irónicamente.

—Los informes de su muerte han sido muy exagerados. Lo cual me recuerda algo, coronel. Esta mañana, en la comisaría, vi por un momento a Ivan Kosov.

—¡Kosov! ¿Y qué demonios hacía ese viejo oso en nuestro sector?

Harry se encogió de hombros.

—Más vale que lo averigüemos.

—Muy bien, ¿qué necesitas?

—¿Tienes una lista de todo el personal que accedió anoche a Spandau? Y me refiero a nuestro personal y al de los otros.

—Le diré a Clary que vaya a por Ray para que busque el dato en el ordenador.

—No te molestes, yo lo haré.

—Ray es el único que conoce los códigos, Harry. Y esconde muy bien los datos.

Harry sonrió levemente.

—Tú, simplemente, déjame entrar en su despacho.

Rose miró recelosamente a Richardson y luego siguió.

—Otra cosa. Ya sé que tienes bastantes amigos entre los ingleses de aquí, que has estado de pesca en Escocia con varios ministros y gente de postín. Pero en este asunto de Spandau... preferiría que los británicos se mantuvieran al margen. Sólo por el momento. Es una cuestión de...

—Comprendido, coronel. No estás seguro de que ellos jugaran limpio con nosotros respecto al asunto de Hess.

—Exacto —dijo Rose aliviado—. Aunque estés en lo cierto y esto no tenga ninguna relación con Hess, me sentiré más tranquilo si de momento la cuestión se queda entre nosotros.

—Descuida.

Rose sonrió sin alegría.

—Muy bien. Entonces...

—Mierda —murmuró Harry—. Hay un problema. Esta tarde había quedado con una chica de la embajada británica para jugar al frontenis.

—Anúlala.

Harry se quedó pensativo.

—Coronel, comprendo tu posición respecto a este asunto, pero... ¿no crees que lo de anular la cita puede despertar sospechas...?

—¡Te diré lo que creo! —lo interrumpió Rose con sorprendente vehemencia—. ¡Creo que fueron los puñeteros ingleses quienes se cargaron a Hess! ¡Y lo hicieron durante el mes en que nosotros estábamos al mando de la prisión! ¿Qué me dices a eso? —Rose tenía el rostro congestionado—. ¿Crees que estoy loco, comandante?

Harry se tragó la sorpresa.

—No, señor. Yo no diría que una cosa así no fuera posible.

—¡Posible! Los ingleses estaban que no les llegaba la camisa al cuerpo desde que Gorbachov se sacó de la manga la maldita Glasnost. Temían que los rusos se ablandasen y permitieran que Hess se fuera de la lengua. Recuerda que, durante los últimos años, los rusos eran los únicos que se oponían a que Hess fuera puesto en libertad. Los ingleses sabían que si alguna vez les tocaba ser a ellos los que vetasen la iniciativa, volverían a comenzar las viejas preguntas. —Rose asintió enfáticamente con la cabeza—. Creo que el mes pasado esos hijos de puta engreídos metieron clandestinamente en la prisión a uno de sus viejos asesinos del SAS para que estrangulara a ese viejo nazi y nosotros nos quedáramos con un palmo de narices. Eso es lo que opino de los británicos, comandante. Y tu partida de frontenis queda cancelada desde este momento, ¿está claro?

—Clarísimo, coronel.

—Quiero tener tu informe sobre mi escritorio mañana a las ocho de la mañana —gruñó Rose.

Harry se puso en pie, se cuadró y se fue.

—¡Clary! —gritó Rose.

—¿Sí, señor?

—Ábrale al comandante Richardson el despacho del capitán Donovan. Tiene que hacer unos trabajos en el ordenador.

—Sí, señor.

—Otra cosa, Clary.

—¿Señor?

—Y quiero un conmutador como el que Richardson tiene instalado en su teléfono. El sargento Clary sonrió, se retiró y cerró la puerta.

Rose dirigió una melancólica mirada a la botella de Wild Turkey y volvió a guardarla en el último cajón. Ese Richardson es un bicho raro, pensó. A veces peca de insubordinado. Pero es eficaz. Se felicitó por disponer de un subalterno tan útil. Harry puede ocuparse de los mariquitas del Departamento de Estado, pensó satisfecho, y yo me ocuparé de los puñeteros rusos. Y si a los británicos se les ocurre meter las puñeteras narices en el asunto, entonces, sálvese quien pueda.

18.10 horas. Sede del MI-5. Charles Street. Londres

La furia relucía en los ojos de sir Neville Shaw cuando el hombre alzó la vista del informe. Como director general del MI-5 había presenciado gran cantidad de crisis, pero ahora tenía que enfrentarse a una cuestión que había deseado fervientemente que permaneciera enterrada entre las cenizas de la Historia.

—¡Este follón empezó hace casi doce horas! —exclamó.

—Sí, sir Neville —admitió su adjunto—. El responsable de la unidad que participó en el incidente informó al general Bishop en Berlín. Bishop informó al MI-6, pero no consideró necesario decirnos nada a nosotros. La queja de los rusos fue dirigida al Foreign Office, y por lo visto el FO fue de la misma opinión que el general. Tenemos un contacto en la policía de Berlín Occidental y, de no ser por él, no nos habríamos enterado de nada. Sin embargo, ese hombre no puede decirnos gran cosa, ya que se encuentra en nuestro sector. Los intrusos alemanes fueron conducidos a una comisaría del sector norteamericano. La televisión se ha pasado toda la tarde hablando del asunto.

—Dios bendito —gimió sir Neville—. Una semana más y esto no habría sido más que una pequeña contrariedad.

—¿A qué se refiere, señor?

Shaw se frotó la frente para aliviar su jaqueca.

—Olvédelo. Esto tenía que ocurrir tarde o temprano. Los malditos periodistas y los buscadores de curiosidades llevan años rondando esa historia. Era cuestión de tiempo, eso es todo.

—Sí, señor —dijo en tono conmisericordioso el subdirector.

—Por cierto, ¿a quiénes teníamos en Spandau?

—A un destacamento militar normal. El sargento que lo mandaba dijo que no sabía nada de ningunos papeles. No tenía ni la más remota idea de lo que estaba en juego.

—¡Pero qué estupidez tan monumental! —Shaw se puso en pie mirando aún el documento que tenía entre las manos—. ¿Cree usted que ese informe forense ruso es fiable?

—Según nuestra sección técnica, los rusos son bastante capaces en ese tipo de cometidos, señor.

Indignado, sir Neville exclamó:

—¡Papeles en Spandau! Cristo bendito. Se trate de lo que se trate, apuesto diez a uno a que este asunto tiene que ver con Hess. Tenemos que hacernos con ellos, Wilson. Cuanto antes. ¿Quiénes más estaban en Spandau?

—Los norteamericanos, los franceses y los rusos. Más un contingente de la policía de Berlín Occidental.

Sir Neville se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Por este asunto podrían colgarme, eso es seguro. ¿De qué recursos disponemos

en Berlín?

—No de gran cosa. Tenemos sobre todo agentes comerciales. Nadie que esté capacitado para algo como esto.

—No creo que nadie esté capacitado para mierdas de este estilo —murmuró Shaw—. Muy bien, consígame a cuatro hombres capacitados y adecuados para un asunto como éste, hombres que puedan recitar de memoria la puñetera Ley de Secretos Oficiales. Y los quiero cuanto antes. Organice inmediatamente el transporte aéreo hasta Berlín Occidental. Quiero que esos tipos despeguen en cuanto yo haya terminado de darles instrucciones.

—Sí, señor.

Tras un silencio que se hizo interminable, Shaw dijo.

—Hay un barco, Wilson, que quiero que usted localice.

—¿Un barco, señor?

—Sí. Un carguero. El barco mercante *Casilda*, con bandera de Panamá. Comuníquese con la Lloyd's, o con quien lleve el registro de esas cosas. Si es necesario, póngase en contacto con los tipos de los satélites, pero averigüe dónde está.

Perplejo, el subdirector dijo.

—Muy bien, señor. —Se dirigió a la puerta y, ya junto a ella, se detuvo—. Sir Neville —dijo en tono vacilante—, ¿hay algo que yo deba saber respecto al asunto de Hess?

Shaw enrojeció y dijo.

—Si lo hubiera, ya se lo habría dicho, ¿no cree?

Wilson manifestó su irritación con un soldadesco «¡Sí, señor!» antes de cerrar la puerta.

Shaw ni siquiera lo advirtió. Se dirigió a la ventana de su despacho, desde la que se dominaba un amplio panorama de la ciudad, y reflexionó sobre la inquietante noticia. Spandau, pensó amargamente. A lo mejor Hess todavía logra asestarnos una cuchillada por la espalda. Pese a lo precaria que era su propia situación, sir Neville sonrió fríamente. Esta noche habrá mucha gente de la aristocracia muerta de miedo en la cama, pensó no sin satisfacción. Igualito que yo.

Tendió la mano hacia el teléfono.

18.25 horas. Lützenstrasse, 30. Berlín Occidental

Cuando llegó al edificio de su apartamento, Hans estaba excesivamente fatigado para subir por la escalera. Se metió en el ascensor, accionó la palanca que ponía la ruidosa cabina en movimiento y se recostó en una de las paredes laterales. Pese a su nerviosismo, sonreía. Heini Weber podía tomárselo a broma, pero ya se vería quién era el último en reír. Porque Hans sabía algo que Weber ignoraba: el lugar en que

había encontrado los papeles. Y ese simple hecho le haría rico, estaba seguro de ello. Descorrió la cancela metálica y fue hasta la puerta de su apartamento.

—¡Ilse! —llamó cerrando tras de sí—. ¡Ya estoy aquí!

En el umbral de la cocina se detuvo en seco. Ilse, cubierta con una bata blanca de algodón, estaba sentada a la mesa y tenía ante ella los papeles que Hans había encontrado en Spandau.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó la joven.

A Hans le faltaron las palabras. No era así como había pensado explicarle a su esposa el asunto de los papeles.

—Tu servicio nocturno fue en la prisión Spandau, ¿verdad?

—Sí, *Liebchen*, pero déjame que te explique. Se trataba de una misión confidencial, por eso no pude llamarte.

Ella lo miró en silencio.

—Espero que no le hayas mencionado esto a nadie.

Hans recordó su conversación con Heini Weber pero decidió que de momento sería mejor no hacer referencia a ella.

—No —mintió—. No he tenido tiempo de decirle nada a nadie.

—Hans, tienes que entregar estos papeles a tus superiores.

—Ya lo sé.

Ella asintió lentamente.

—Entonces, ¿por qué estoy tan preocupada por ti?

Hans tomó aire y lo exhaló.

—Ésta es nuestra oportunidad soñada, Ilse. Si les has echado un vistazo a esos papeles, lo sabes tan bien como yo. Lo de encontrar esos papeles ha sido como si nos tocara la lotería. ¿Te das cuenta de la cantidad de dinero que pueden valer?

Ilse cerró los ojos.

—¿Qué ocurre, Hans? Esto podría costarte tu empleo.

—No, no voy a perder el empleo. Encontré por casualidad unos papeles. ¿Qué debería haber hecho?

—Entregárselos a las autoridades correspondientes.

—¿Las autoridades correspondientes? —gruñó Hans—. ¿Y cuáles son esas autoridades? ¿Los norteamericanos? ¿Los británicos? ¿Los franceses? Estamos en Berlín, Ilse. Aquí todo el mundo, todas las empresas, todas las naciones se ocupan única y exclusivamente de sus propios intereses. ¿Por qué no voy a pensar yo por una vez en nuestros intereses?

A Ilse le latían las sienes. Se las acarició con las puntas de los dedos.

—*Liebchen* —insistió Hans—, nadie conoce la existencia de esos papeles. Si me escuchas cinco minutos, si te enteras de cómo los encontré, comprenderás que son una bendición del cielo.

Ella suspiró, impotente.

—Muy bien, cuenta.

Cuatro pisos por debajo del apartamento, en la fría y ventosa Lützenstrasse, Jonas Stern recibió un grueso fajo de expedientes de manos de un joven que llevaba el uniforme de la policía de Berlín Occidental.

—Gracias, Baum —dijo—. ¿Esto es todo?

—Todo lo referente a los que formaban parte de la patrulla de Spandau, señor. El expediente del prefecto no pude conseguirlo. Es material clasificado.

Stern lanzó un suspiro.

—Creo que del bueno de Herr Funk ya sabemos bastante, ¿no te parece?

Temblando a causa del frío viento, el joven policía asintió con la cabeza y miró casi con reverencia el bronceado rostro del viejo.

—Te has portado bien, Baum.

Stern hojeó los listados impresos por ordenador. Se detuvo en «Apfel, Hans», pero no encontró nada de interés. «Hauer, Dieter», sin embargo, contenía información interesante. Stern leyó en voz baja.

—Destinado a la Policía Federal de Fronteras en 1959. Ascendido a sargento en 1964, a capitán en 1969. Calificado tirador de primera en 1963. Campeón nacional de tiro en 1965, 1966... Condecoraciones al valor en 1964, 1966, 1970 y 1974. Siempre en casos de secuestro. Transferido con la misma graduación al cuerpo civil de policía de Berlín Occidental el 1 de enero de 1973. Hum... Yo diría que eso supuso un descenso de categoría. —Siguió leyendo más abajo—. Instructor de tiro y asesor para la recuperación de rehenes del GSC-9 desde 1973. —Stern hizo una nueva pausa y memorizó los datos en silencio. Aquellas credenciales convertían a Dieter Hauer en un fuera de serie. Siguió leyendo—. Miembro de la Fraternidad Internacional de Policía desde 1960... Ah —dijo de pronto—, miembro de *Der Bruderschaft* desde 1986. Esto ya es algo.

El israelí alzó la vista y le sorprendió ver que su joven informante seguía allí.

—¿Algo más, Baum?

—Esto... no, señor.

Stern sonrió, aprobador.

—Será mejor que vuelvas a tu puesto. Haz lo posible por averiguar lo que ocurre en Abschnitt 53.

—Sí, señor. *Shalom*.

—*Shalom*.

Stern se colocó los expedientes bajo el brazo y volvió a entrar en el edificio de apartamentos. Recuperó la escoba y el recogedor y comenzó a ascender hacia el cuarto piso. Esto de hacerse pasar por conserje no está nada mal, se dijo. Desde luego, él había tenido que hacer cosas bastante peores.

Los ojos de Ilse tenían la fijeza de un objetivo cinematográfico. Siempre le

ocurría cuando se encontraba absorta en sus pensamientos. Hans acabó de contarle lo ocurrido en Spandau con el relato del enfrentamiento entre el capitán Hauer y el furioso comandante ruso, y ahora permanecía sentado a la mesa de la cocina frente a Ilse, con la vista fija en los papeles de Spandau.

Suavemente, la joven dijo.

—Me pregunto por qué escogería tu padre la noche de ayer para tratar de hablar contigo.

Impaciente, Hans replicó.

—Fue una simple coincidencia... ¿Qué más da eso? Lo que en estos momentos importa son los papeles.

—Es cierto.

—Yo leí lo que pude —siguió Hans con poco aliento—. Pero casi todo está escrito en un idioma que no conozco. Es como...

—Latín —terminó Ilse—. Es latín.

—¿Tú lo entiendes?

—Un poco.

—¿Qué dice?

Ilse crispó los labios.

—Hans... ¿estás seguro de que no le has hablado a nadie de estos papeles? ¿A nadie en absoluto?

—Ya te lo he dicho —replicó él insistiendo en la mentira.

Ilse jugueteó por unos momentos con un mechón de su cabello.

—Los papeles hacen referencia a Rudolf Hess —dijo al fin.

—¿Estaba seguro! Y ¿qué dicen?

—Hans, recuerda que el latín no es precisamente mi especialidad. Llevo años sin leer nada escrito en ese idioma. —Bajó la vista a sus notas—. En los papeles se menciona a Hess con frecuencia, y también se citan otros nombres, Heydrich, por ejemplo, y se menciona algo llamado SD. Los firmó el prisionero Número Siete. ¿Te diste cuenta de ello?

Hans asintió vivamente.

—Lo más extraño —siguió Ilse— es que Rudolf Hess era el prisionero Número Siete y, sin embargo, en estos papeles se hace referencia a Rudolf Hess como si fuera otra persona. —Hizo a un lado las notas—. Probablemente lo he entendido todo mal. El que lo ha escrito describe una huida a Inglaterra, pero menciona una escala en algún lugar de Dinamarca. Es absurdo. Parece como si en el avión hubiera habido dos personas en vez de una. Y hay algo que sé a ciencia cierta. Rudolf Hess huyó solo a Inglaterra.

Hans parpadeó.

—¿Un momento! ¿Estás diciéndome que el hombre que murió en la prisión Spandau pudo no ser Hess?

—No, son los papeles los que lo dicen. Pero no me lo creo.

—¿Por qué no?

Ilse se levantó y fue a coger la cerveza que había dejado sin abrir sobre la repisa.

—Piensa en ello, Hans. La prensa lleva semanas publicando especulaciones acerca del prisionero Número Siete. ¿Lo asesinaron? ¿Cuál fue el auténtico motivo de su viaje a Gran Bretaña? ¿Era realmente Rudolf Hess? Y ahora tú encuentras unos papeles que parecen indicar que, como decían ciertos periódicos, el prisionero no era Hess. —Se apartó de los ojos un mechón de cabello—. Es demasiado oportuno. Tiene que tratarse de un truco de los periodistas o algo así.

—Dios bendito —dijo Hans poniéndose en pie—. ¿No te das cuenta? Que los papeles sean o no auténticos es lo de menos. El hecho de que yo los encontrase en Spandau es suficiente. ¡Pueden valer millones de marcos!

Ilse se sentó cuidadosamente y alzó la vista hacia Hans. Cuando habló lo hizo con voz grave.

—Escúchame bien, Hans. Comprendo por qué no entregaste inmediatamente los papeles. Pero ahora tenemos que pensar con claridad. Si estos papeles son falsos, carecen de todo valor y lo único que pueden causarnos son problemas. Y si son auténticos... —Quedó por unos momentos en silencio y luego alzó la vista hacia el reloj de cocina que colgaba en la pared—. Hans, creo que deberíamos llamar a mi abuelo —dijo de pronto—. Yo sólo he podido leer parte de este... diario, por llamarlo de algún modo, pero *Opa* podrá leerlo todo. Él nos dirá lo que debemos hacer. —La joven apartó su silla de la mesa.

—¡Aguarda! —exclamó Hans—. ¿Para qué vamos a meter a tu abuelo en este asunto?

Ilse tendió un brazo y metió dos dedos en el bolsillo del pantalón de su marido.

—Hans, te quiero —dijo con voz suave—. Te quiero, pero este asunto nos viene grande. Hoy, en el trabajo, he escuchado las noticias de la radio. Los rusos están como fieras por el incidente de Spandau. Imagina cómo reaccionarían si se enterasen de lo de estos papeles. Necesitamos un buen consejo, y *Opa* podrá dárnoslo.

Hans sintió un punto de desagrado. Lo último que deseaba era que el arrogante abuelo de Ilse se pusiera a decirle lo que debía hacer.

—No, no vamos a llamar al profesor —dijo tajantemente.

Ilse iba a darle una mala contestación pero se contuvo.

—Muy bien —dijo—. Si no quieres llamar a *Opa*, llama a tu padre.

Hans retrocedió como si lo hubieran golpeado.

—¿Cómo puedes proponerme eso?

—Por el amor de Dios, Hans. Llevas tres años sin apenas dirigirle la palabra. ¿Por qué no admites que tu padre podría ayudarnos? Está en posición de hacerlo. Evidentemente, él desea...

—¡Tres años! ¡Él estuvo veinte sin ocuparse de mí!

Se produjo un largo silencio.

—Lo siento —dijo al fin Ilse—. No he debido decir eso. Pero estás actuando de

un modo impropio de ti.

—¿Y qué tiene eso de malo? *Liebchen*, ésta es una de esas oportunidades que sólo se presentan una vez en la vida. Yo no robé esos papeles, los encontré. El hombre al que pertenecían está muerto, así que ahora son nuestros. Piensa en todas las cosas que te has quedado con ganas de tener, en todas las cosas que no has podido permitirte. Tus compañeros de trabajo no dejan de presumir de sus bonitas casas, de sus elegantes ropas... Tienen lo mejor de lo mejor. Tú nunca te quejas, pero sé que echas de menos las cosas que tuviste de niña. Bueno, pues ahora podrás volver a tenerlas.

—Pero esas cosas no me importan —replicó Ilse—. Y tú lo sabes. Tú sabes muy bien qué me importa.

—¡A eso justamente me refiero! Los hijos no salen baratos, ya lo sabes. Cuando al fin te quedes embarazada, necesitaremos todo el dinero que podamos conseguir. —Cogió uno de los papeles de Spandau—. ¡Y tenemos en nuestras manos la posibilidad de hacernos con él!

Por primera vez desde el hallazgo de los papeles, Ilse pensó en el niño. Aquella tarde se había sentido tan feliz, con tantas ganas de celebrar la noticia. Había deseado que todo fuera perfecto, pero ahora...

—Hans —dijo solemnemente—. No he sido del todo sincera contigo, ¿vale? Probablemente preferiría ir al trabajo en un Mercedes y no en el U-Bahn. —De pronto se echó a reír jugando mentalmente con la idea de conseguir un dinero fácil—. Y tampoco le haría ascos a una mansión en Zehlendorf. Pero si son auténticos, Hans, esos papeles no nos servirán para conseguir todas esas cosas. Haberlos encontrado no es lo mismo que haber ganado en la lotería. De ser auténticos, constituyen un legado de los nazis. De unos criminales de guerra. ¿Cuántas veces habremos hablado de la locura de Hitler? Incluso al cabo de casi cincuenta años de acabarse la guerra, es como una carga invisible que pesa sobre nuestros hombros. Durante el semestre que pasé en Nueva York hice algunos amigos, pero también advertí cómo me miraban ciertas personas, tal vez fueran judías, no lo sé, cómo miraban a la alemana rubia. «¿Se considerará mejor que nosotros? ¿Racialmente superior?» Hans, toda nuestra generación ha pagado por unos crímenes con los que nada tuvimos que ver. ¿De veras deseas beneficiarte de algo así?

Hans miró los papeles de encima de la mesa. De pronto, su aspecto le pareció distinto. En cuestión de segundos habían perdido su hechizo. Y la causa había sido la risa de Ilse, no sus apasionadas palabras. Su armónica y burlona risa. Recogió las hojas sueltas y las amontonó en el centro de la mesa.

—Los entregaré esta misma noche —prometió—. Los llevaré a la comisaría en cuanto terminemos de cenar. ¿Te parece bien?

Con una sonrisa, Ilse replicó.

—Muy bien.

Se levantó lentamente y atrajo a Hans hacia sí. Él percibió el contacto de sus pechos a través de la bata de algodón. La joven rió suavemente.

—¿Lo ves? A veces, actuar como es debido tiene sus recompensas.

Se puso de puntillas y lo besó en el cuello al tiempo que apretaba el desnudo muslo contra la entrepierna de Hans.

Hans, con los labios pegados al cabello de Ilse, rió. Deseaba a su esposa y su deseo era obvio. Sin embargo, tras el súbito gesto de afecto de Ilse creyó percibir algo más que cariño.

—¿Qué tramas? —preguntó separándose un poco de ella.

Los ojos de la joven resplandecían de felicidad.

—Yo también tengo un secreto —dijo.

Acarició con un índice los labios de su marido y en aquel momento sonó el teléfono. Mirando con curiosidad a Ilse, Hans jugueteó con su bata y luego se dirigió a la sala y contestó al teléfono.

—Hans Apfel —dijo. Volvió la vista hacia la cocina. De pie en el umbral, Ilse sonrió, insinuante, y se abrió la bata. Él se forzó a apartar la mirada—. Sí, soy el sargento Apfel. Sí, anoche estuve en Spandau. Desde luego que he visto la televisión. ¿Cómo? ¿Qué clase de preguntas? —Ilse se había colocado junto a él y Hans le hizo seña de que no hablase—. Comprendo. Claro, será un puro trámite. —Su expresión se nubló—. ¿Quiere decir ahora? ¿A qué viene tanta prisa? ¿Todos estarán allí? ¿Cómo que no me lo puede decir? ¿Con quién hablo? —Hans encajó las mandíbulas—. Sí, señor. Sí, claro que me doy cuenta, señor. No se preocupe, voy hacia allá. Ahora mismo salgo.

Ligeramente aturdido, colgó el teléfono y se volvió hacia su esposa. Ilse había vuelto a anudarse la bata.

—¿Qué ocurre? —preguntó preocupada.

—No estoy seguro. —Hans consultó su reloj—. El que ha llamado es el ayudante del prefecto, un tal teniente Luhr. Dijo que los rusos siguen en la comisaría. Están poniéndose difíciles y el prefecto quiere tranquilizarlos antes de que los comandantes aliados se vean excesivamente implicados. Quiere hacernos unas preguntas a todos los que formábamos parte del pelotón de Spandau.

Ilse se estremeció, temerosa.

—¿Qué crees que ocurre?

Hans tragó saliva no sin esfuerzo.

—Esta llamada me da mala espina —respondió entrando en el dormitorio para ponerse un uniforme limpio.

—¿Te llevarás los papeles?

—No, mientras los rusos sigan allí —replicó Hans desde el interior del cuarto—. En cuanto tenga oportunidad haré un hueco y le explicaré a alguien lo sucedido. Quizá al prefecto.

—No te enfades, Hans, pero creo que primero deberías hablar con tu padre. Él te echará una mano, estoy segura.

—Si no te importa, haré las cosas a mi manera.

Hans se dio cuenta de que su tono había sido más desabrido de lo que se había propuesto. Se abotonó la chaquetilla del recién planchado uniforme y regresó a la sala. Estaba a punto de ponerse los guantes cuando el teléfono sonó de nuevo.

Ilse prácticamente se abalanzó sobre el aparato.

—¡Sí, ¿quién es?! Un momento. —Tapó el auricular con la mano—. Te llama un tal Heini Weber. Dice que es periodista y que trabaja para *Der Spiegel*.

Hans dio un paso hacia el teléfono y se detuvo.

—No estoy —susurró.

Ilse escuchó por unos momentos y luego colgó. Sus ojos reflejaban curiosidad y aprensión.

—Me pidió que te dijera que esta tarde cometió una equivocación. Quiere verte cuanto antes. Dijo que... que el dinero no sería problema. —Pequeñas lunas de color rojo aparecieron en las mejillas de Ilse—. Hans... —dijo, insegura—. Ese hombre lo sabe, ¿verdad?

La joven avanzó vacilante hacia su marido. Su rostro reflejaba temor y enfado. Trató de encararse con él y afearle su conducta, pero no tuvo ánimos para hacerlo.

—Hans, llévate esos papeles —dijo—. Cuanto antes nos libremos de ellos, mejor. Él negó con la cabeza.

—Como deje que esos papeles caigan en manos de los rusos, entonces sí que puedo ir despidiéndome de mi empleo.

—Podrías pasárselos a alguien por debajo de la puerta. Nadie se enteraría de que habías sido tú.

Tras reflexionar unos momentos, Hans replicó.

—No es mala idea. Pero no puedo hacerlo mientras los rusos sigan allí. Además, quizá los de nuestro laboratorio forense sean capaces de relacionarme con esos papeles. No puedes ni imaginarte las cosas que logran hacer esos tipos.

Ilse, vacilante, tendió las manos hacia su esposo. En el cuello se le marcaban los tendones.

—¡No vayas, Hans! —suplicó—. Tenemos que hablar de algo.

Él la besó en la coronilla. El cabello de Ilse olía a flores, un aroma que él recordaría durante largo tiempo.

—No tengo más remedio —dijo con voz amorosa—. Todo irá bien, te lo prometo. Lo de los papeles nos ha puesto nerviosos. No te preocupes. Volveré dentro de una hora.

Antes de que su esposa pudiera añadir algo, Hans abrió la puerta y salió por ella.

Ilse se quedó apoyada en la puerta conteniendo las lágrimas. Estoy embarazada, Hans. Había tenido estas palabras en la punta de la lengua, pero no fue capaz de pronunciarlas. La mentira había sido lo peor. Primero, la absurda idea de Hans de vender los papeles, y luego, la mentira. La joven se moría de ganas de llamar a su abuelo, pero no se atrevía a hacerlo. Probablemente, *Opa* adoptaría la actitud de «Yo te lo advertí» en cuanto ella admitiese que estaba escandalizada por la conducta de su

marido. El viejo se había opuesto desde el principio a que se casara con Hans.

Entre sus dudas, Ilse recordó cómo había conocido a Hans hacía tres años, con ocasión de un accidente de tráfico. Ante los ojos de ella, un viejo Opel se estrelló en la Leibnizstrasse contra el costado de un reluciente Jaguar; abolló la puerta del coche inglés y dejó atrapado a su conductor. Detrás del Opel se detuvo un coche patrulla del que saltaron dos agentes para ayudar, pero mientras intentaban liberar al conductor, el Jaguar estalló en llamas. Lo único que pudieron hacer los dos agentes fue contener a los curiosos y esperar la llegada de los bomberos. De pronto, un policía de a pie se abrió paso entre la multitud, pasó junto a Ilse y corrió hacia el Jaguar. Le gritó al conductor que se echara hacia atrás en el asiento, sacó su Walther, hizo varios disparos contra la encajada ventanilla y terminó de romper el cristal a patadas. Consiguió sacar y poner a salvo al aturdido conductor e instantes después el depósito del Jaguar hizo explosión.

Con las cejas chamuscadas, el joven y atractivo agente le tomó declaración a la conmocionada Ilse, y luego aceptó la invitación de la joven a tomar café. Su idilio, como los relatos periodísticos del heroico acto de Hans, fue corto y apasionado. El joven fue ascendido a sargento, y se casaron cuando en las revistas ilustradas comenzaba a desvanecerse la breve celebridad de Hans.

Con independencia de lo que dijeran los esnobs de sus amigos o incluso su propio abuelo, Ilse siempre había creído que su elección fue acertada. Pero aquel loco asunto de Spandau no era un accidente de tráfico. Hans, con su valor, no podía hacer nada para defenderla del peligro que Ilse notaba ya en torno a ella. La joven estaba segura de que los papeles que reposaban sobre la mesa de la cocina eran como un imán que atraía la muerte hacia ellos. Aunque no creía en corazonadas, al pensar en Hans conduciendo nerviosamente hacia una situación de la que nada sabía, el corazón se le aceleró. Sintió una oleada de náuseas. ¿Causadas por el embarazo...? Temiendo estar a punto de vomitar, corrió a la cocina y se inclinó sobre la pila. Logró dominar las náuseas, pero no el terror. Con los ojos llenos de lágrimas, descolgó el teléfono y marcó el número de su abuelo.

CAPÍTULO CINCO

19.30 horas. *Polizei Abschnitt 53*

Un grupo de tenaces reporteros permanecía en la acera, azotado por el fuerte viento, esperando noticias sobre el caso de la prisión Spandau. Mientras pasaba en su Volkswagen frente a la escalinata principal de la comisaría de policía, Hans vio focos y cámaras apoyados contra el camión de una unidad móvil de televisión. Aquello evidenciaba lo muy en serio que los medios berlineses se estaban tomando el incidente de Spandau. Sintió un escalofrío al darse cuenta de que, con su atención, la prensa estaba haciendo subir el precio de los papeles de Spandau. Aceleró y dejó atrás a los periodistas antes de que éstos pudieran fijarse en él o en su coche, y fue a dejar el Volkswagen en el estacionamiento trasero de la comisaría.

La inesperada convocatoria lo había cogido por sorpresa pero, tras reflexionar, había dejado de preocuparse. Era lógico que los altos mandos de la policía desearan acabar con la crisis antes de que los comandantes aliados se vieran excesivamente implicados en ella... en el caso de que no lo estuvieran ya. Aunque técnicamente Berlín siguiera perteneciéndoles, a nadie le gustaba que las cuatro potencias anduvieran metiendo las narices en los asuntos alemanes.

Mientras abría la puerta trasera de la comisaría se fijó en que el cupé rojo de Erhard Weiss se encontraba estacionado junto al muro. Buena señal, se dijo Hans. Al menos no iban a interrogarlo sólo a él. Arrojó en la nieve la colilla de su cigarrillo y entró en el edificio. El vestíbulo posterior solía estar desierto, pero aquella noche un joven de severo rostro al que Hans no conocía se encontraba sentado tras una desvencijada mesa de madera. El extraño centinela se cuadró al ver a Hans.

—¡Identifíquese! —ordenó.

—¿Cómo?

—¡Que se identifique!

—Me llamo Hans Apfel. Trabajo aquí. ¿Quién es usted?

El joven policía le dirigió una mirada de exasperación y cogió uno de los papeles que tenía sobre el escritorio. Aparentemente se trataba de una lista de personal. Pasó el dedo por ella y preguntó.

—¿Es usted el sargento Hans Apfel?

—Exacto.

—Diríjase inmediatamente a la sala 6. Lo esperan para interrogarlo.

En circunstancias normales, y sólo por principio, Hans habría puesto en tela de juicio la autoridad del hombre. En Abschnitt 53 a los agentes que procedían de otros distritos —y en especial los que, como aquel joven, no eran más que pretenciosos burócratas— se los trataba con gran frialdad hasta que demostraban ser competentes. Sin embargo, aquella noche Hans no se sentía con ánimos para poner en su lugar al

agente, y optó por seguir hacia la escalera sin hacer comentario alguno.

Las opresivas salas de interrogatorios se encontraban en el segundo piso, alejadas del bullicio de la comisaría. Al menos han escogido la número 6, se dijo. Algo mayor que las otras salas, la 6 tenía una gran mesa situada sobre una tarima, unas cuantas sillas de respaldo recto y, gracias a Dios, un calefactor eléctrico. Tras subir al segundo piso por la escalera, Hans vio que otro agente desconocido montaba guardia entre las salas 6 y 7. En el interior de la cabeza de Hans sonó un timbre de alarma pero ya era demasiado tarde para dar media vuelta.

De pronto, una puerta se abrió bruscamente al fondo del pasillo. Dos agentes de uniforme que lucían pobladas barbas sacaron de la sala a Erhard Weiss y se lo llevaron pasillo abajo. Weiss parecía caminar arrastrando los pies. Se volvió y, antes de desaparecer, miró a Hans, desconcertado. Éste aflojó el paso. Algo raro estaba ocurriendo.

—¿Interrogatorio? —preguntó al verlo el agente de guardia.

Hans asintió, receloso.

—Aguarde en la sala 7.

Hans buscó la placa de identificación en el pecho del hombre, pero no la encontró.

—¿Es usted de Wansee? —quiso saber. Y, al no obtener respuesta—. ¿Qué ocurre aquí, amigo?

—Sala 7 —reiteró el hombre.

—Sala 7 —repitió suavemente Hans—. Muy bien.

Aspiró hondo y traspuso la puerta. La habitación estaba cargada de humo y en ella sólo estaba Kurt Steger, uno de los jóvenes agentes del grupo de Spandau. En cuanto vio a Hans, Kurt se puso en pie como un cachorrillo nervioso.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—. ¿Qué está pasando, Hans?

Hans negó con la cabeza.

—No tengo ni idea. Parece que la comisaría está llena de desconocidos. ¿Tú qué has visto?

—*Nichts*, casi nada. Al principio nos encontrábamos aquí todos los que habíamos estado en Spandau menos tú. Fueron haciéndolos entrar de uno en uno en la sala 6, y ninguno de ellos ha regresado.

Hans frunció el entrecejo.

—Al llegar he visto que se llevaban a Weiss prácticamente a rastras. Desde luego, la cosa no tenía buen aspecto. —Le desagradó hacer la siguiente pregunta pero necesitaba la información—. ¿Has visto al capitán Hauer, Kurt?

—No. Creo que el que lleva esto es el prefecto.

Hans reflexionó unos momentos en silencio.

—Yo llevo poco tiempo en la policía —siguió Kurt—, pero me da la sensación de que el capitán Hauer y el prefecto no se caen muy bien.

Hans asintió, pensativo.

—Tienes razón. Se llevan a matar desde que nombraron a Funk, hace ya ocho años.

—¿Cuál es el problema?

—El problema es que Funk es un burócrata lameculos que carece de auténtica experiencia policial, y Hauer se lo recuerda siempre que tiene oportunidad.

—¿Y el prefecto no puede despedir a quien le dé la gana?

—Despedir a Hauer sería una medida demasiado polémica. —Hans se sonrojó interiormente por salir en defensa del padre al que de tantas cosas terribles había culpado en la intimidad de su propia mente—. Se trata de un héroe condecorado, uno de los mejores policías de la ciudad. Además, trabaja con el GSC-9, la unidad antiterrorista. Contactos como ése son muy convenientes. Además, sólo le falta un mes para la jubilación. Funk lleva mucho tiempo esperando que llegue ese día. Ahora ya casi se ha librado de Hauer.

—Qué cabrón. —Kurt chasqueó nerviosamente los dedos—. ¿Tienes cigarrillos? Me he fumado todos los que tenía.

Hans le tendió la casi vacía cajetilla y unas cerillas.

—¿Han dicho quién dirige el interrogatorio?

Kurt encendió el cigarrillo con manos que temblaban ligeramente.

—No han dicho nada. Intentamos escuchar a través del tabique pero fue inútil. Ahí dentro podrían matar a un hombre de una paliza y nadie oiría sus gritos.

—Muchas gracias. Recordaré eso mientras me interrogan. ¿Qué pasa con los rusos?

Kurt miró hacia la puerta.

—Weiss dijo que había visto al mismo cabrón que trató de quitarnos a los prisioneros...

La puerta se abrió de golpe y el joven agente calló. Un tipo barbudo con barras de capitán miró a ambos policías y le hizo una seña a Hans.

—Usted —gruñó.

—Pero yo ya llevo aquí dos horas —protestó Kurt.

Sin hacerle caso, el capitán indicó a Hans que lo siguiera.

En el corredor, Hans vio que dos policías se llevaban a otro joven agente en dirección a los ascensores, con los brazos inmovilizados a los costados. Experimentando una creciente sensación de irrealidad, Hans entró en la sala 6.

Lo que vio una vez en ella lo puso aún más nervioso. La apenas amueblada sala de interrogatorios se había convertido en un tribunal. Había una única silla de madera enfrentada a una larga mesa situada en alto a la que estaban sentados cinco hombres, y los cinco miraron solemnemente a Hans cuando éste entró. En el centro de la mesa se sentaba Wilhelm Funk, prefecto de la policía de Berlín Occidental. El hombre miró a Hans con el frío distanciamiento del más severo de los jueces. A su izquierda se encontraba un joven rubio con barras de teniente. Hans supuso que se trataba del teniente Luhr, el ayudante que lo había convocado por teléfono. A la derecha del

prefecto había tres hombres vestidos con uniformes del ejército soviético. Hans reconoció a uno de ellos como el «sargento» que había tratado de intimidar a Weiss en Spandau, pero a los otros dos, ambos coroneles, no los había visto jamás. Y a la izquierda de Funk, algo separado del teniente Luhr, se sentaba el capitán Dieter Hauer. Bajo los ojos grises de Hauer había bolsas de cansancio; el hombre miraba a Hans con la inescrutabilidad de un buda.

—*Setzen sie sich* —ordenó Funk, y bajó la vista a la carpeta de gamuza que tenía abierta ante sí.

Cuando se dio la vuelta para sentarse, Hans advirtió que había dos grupos de hombres detrás de él. Seis policías berlineses formaban una hilera a la izquierda de la puerta. A todos los conocía de vista y todos procedían de otros distritos. A la derecha de la puerta se encontraban los soldados rusos que formaban el pelotón de Spandau. Los enrojecidos ojos de los hombres producían un marcado contraste con sus rostros recién afeitados y con el barro del patio de la prisión que aún llevaban adherido a las botas. Cuando sus ojos se encontraron con los del ruso que lo había sorprendido en el montón de cascos, Hans fue el primero en bajar la vista. No advirtió que el ruso hacía una casi imperceptible seña de asentimiento al «sargento» sentado a la mesa, ni tampoco advirtió que, cuando Funk comenzó el interrogatorio, el «sargento» tiró ligeramente de la manga de uno de los coroneles.

—¿Es usted el sargento Hans Apfel? —preguntó el prefecto sin alzar la vista de la carpeta que tenía ante sí—. Nacido en Munich en 1960, servicio de *Bundeswehr* desde 1978 a 1980, dos años destinado a la Policía Federal de Fronteras, incorporado a la Policía Municipal de Munich en 1983, trasladado a Berlín en 1984, ascendido a sargento en mayo de 1984. ¿Es así?

—Sí, señor.

—Hable más alto, sargento.

Hans carraspeó.

—Sí, señor —repitió.

—Bien. Escúcheme con atención, sargento. He convocado esta audiencia informal para ahorrarles a todos, usted incluido, infinidad de molestias innecesarias. Debido a la publicidad que se le ha dado a los sucesos de esta mañana, los comandantes aliados han programado una investigación formal sobre los hechos que debe comenzar mañana a las siete de la mañana. Quiero que este asunto quede resuelto mucho antes. El problema radica en que nuestros amigos soviéticos. —Funk señaló con deferencia hacia su derecha—, el *Oberst* Zotin y el *Oberst* Kosov, afirman que hoy, en Spandau, descubrieron algo muy inquietante. Según los miembros de su equipo forense, tienen pruebas de que alguien se llevó algo de la zona de celdas que había sido ocupada por los criminales de guerra de Nuremberg.

Hans sintió un vacío en el estómago. Por unos momentos, la sala pareció girar a su alrededor, y sólo se detuvo cuando el joven fijó la mirada en el inescrutable rostro del capitán Hauer.

—Naturalmente, no accedí a que ellos interrogaran directamente a nuestros hombres —siguió Funk—, pero, a fin de agilizar las cosas, he accedido a actuar como representante de los soviéticos. As, nuestros amigos podrán darse rápidamente cuenta de que nosotros no tenemos nada que ver en este asunto. De este modo, el lío quedará resuelto incluso antes de que se inicie, ¿comprende, sargento? Es lo más conveniente para todos.

Hans se dio cuenta de pronto de que en la sala había otro hombre. Éste se encontraba inclinado detrás de Hauer, pero se movió cuando Funk habló de nuevo.

—Por cierto, sargento —dijo Funk como sin darle importancia—, en interés de la veracidad he accedido a que todos los interrogados se sometan a la prueba del detector de mentiras.

Hans sintió un enorme desconcierto. Los tribunales alemanes no daban validez a los resultados de la prueba del polígrafo. A la policía berlinesa ni siquiera se le permitía utilizarlo como herramienta para sus investigaciones. Al menos, no se le permitía casi nunca. Sin embargo, incluido en la nómina de la Sección Experimental de la División Forense había un pequeño grupo de técnicos dedicado a practicar el sutil arte de la detección de mentiras. Tales técnicos sólo entraban en acción en las situaciones de crisis o cuando había vidas en peligro. La única explicación que a Hans se le ocurrió para que aquella noche utilizaran el polígrafo era que los rusos lo hubieran solicitado.

—Naturalmente, utilizaremos a nuestro propio técnico —dijo Funk—. Tal vez conozca usted a Heinz Schmidt.

Hans había oído hablar de Schmidt, y lo que sabía de él hizo que el pulso se le acelerase. El técnico en detección de mentiras era como un hurón y le producía un perverso placer; sacarle hasta los secretos más triviales a las personas, fueran o no delincuentes. El hombrecillo incluso hacía horas extras sometiendo a la prueba del polígrafo a los aspirantes a altos cargos en ciertas empresas industriales. El inquisidor de Funk pasó junto al extremo de la mesa que ocupaba Hauer empujando ante sí un carrito en el que iba su precioso polígrafo, como si fuera la cabeza cortada de un hereje. Ilse tenía razón, se dijo Hans. No debía haber acudido allí.

—Le he preguntado si no tenía usted inconveniente, sargento —repitió Funk.

Hans se dio cuenta de que, de pronto, tanto Hauer como el teniente Luhr parecían sentir un gran interés hacia él. Tuvo que hacer uso de todo su autocontrol para mantener inmóviles los músculos faciales. Carraspeó de nuevo y dijo.

—No, señor. No tengo inconveniente.

—Bien. El procedimiento es muy sencillo. Schmidt le hará unas preguntas de tanteo para calibrar sus respuestas y luego comenzaremos el interrogatorio propiamente dicho. —Funk hablaba con tono cansino—. Dese prisa, Schmidt.

Mientras el técnico le colocaba los electrodos en los dedos, Hans comenzó a sentirse cada vez menos seguro. Después, Schmidt le colocó el manguito del medidor de presión sanguínea en torno al brazo y bombeó aire con la perilla hasta que oyó a

través del estetoscopio el rumor de la corriente arterial. Lo último fueron las tiras pectorales, unas bandas de goma que le cruzaban el pecho, bajo la camisa, para registrar el ritmo respiratorio. Tres sistemas separados de sensores, fríos e inhumanos, aguardaban en silencio para poner de manifiesto el más mínimo indicio de engaño.

Hans se preguntó cuáles eran los indicios vitales que lo podían delatar: ¿el sudor, los acelerados latidos de su corazón o simplemente sus ojos? Debo de estar loco, pensó desasosegadamente. Además, ¿para qué voy a molestarme en fingir si de todas maneras al final me descubrirán? Llevado por su nerviosismo, estuvo a punto de contar toda la verdad. Podría exonerarse de toda culpa antes de que Schmidt hiciera la primera de las estúpidas preguntas de control. Podría...

—¿Es usted el sargento Hans Apfel? —preguntó Schmidt con voz aguda y cortante.

—Lo soy.

—Sí o no, por favor, sargento. ¿Se llama usted Hans Apfel?

—Sí.

—¿Reside usted en Berlín Occidental?

—Sí.

Hans observó cómo Schmidt hacía unos ajustes en su máquina. La camisa del hurón tenía manchas en el cuello y en las axilas, y llevaba las uñas largas y mugrientas. Además, apestaba a amoníaco. De pronto, Schmidt sacó de un bolsillo un lápiz rojo y lo levantó para que todos lo vieran.

—¿Es rojo este lápiz, sargento? —preguntó.

—Sí.

Schmidt hizo, o simuló hacer, nuevos ajustes en su máquina.

Con gran inquietud, Hans se preguntó si Schmidt sabría lo mucho que él sabía acerca de la prueba del polígrafo. La idea del detector de mentiras siempre le había fascinado. En la academia de policía de Hiltrup había seguido un cursillo de Técnicas Experimentales de Interrogación, y para enterarse de ello bastaba con echarle un vistazo a su expediente. Mientras Schmidt trajinaba con su máquina, Hans trató de recordar lo que había aprendido en el cursillo. El principio básico del polígrafo era que, para que los resultados de la prueba fueran exactos, el sujeto debía creer que la máquina era infalible. Los técnicos utilizaban diversos métodos para crear tal ilusión y Hans sabía que el favorito de Schmidt era el truco de las cartas. El hombre le pedía al interrogado que escogiera una carta al azar de entre todas las de una baraja, y que, después de verla, la dejara boca abajo sobre una mesita. Cuando Schmidt, tras unos cuantos síes o noes, identificaba la carta, conseguía crear la ilusión que la máquina era infalible. Naturalmente, y aunque eso no había modo de saberlo, el sujeto siempre tomaba su naípe de una baraja en la que todas las cartas eran iguales. Muchos criminales avezados, convencidos de que de todas maneras la máquina terminaría descubriéndolos, habían confesado sus delitos tras el pequeño número de prestidigitación de Schmidt.

Hans no veía ninguna baraja aquella noche. Quizá Schmidt piense que su reputación basta para intimidarme, pensó nerviosamente. Y tal vez esté en lo cierto. Comenzando ya a sudar, Hans trató de idear un modo para burlar a la máquina del hurón. Ciertas personas lo habían conseguido tras aprender a controlar sus propias reacciones fisiológicas ante el estrés, pero Hans se sabía incapaz de conseguirlo. La técnica de supresión sólo se adquiría al cabo de meses y meses, y en aquellos momentos, él apenas lograba mantenerse quieto sobre la silla.

Sólo tenía una esperanza, siempre que lograra mantener la cabeza fría: detectar las preguntas de control. La gente creía que éstas eran del tipo de «¿Es rojo este lápiz?»; pero Hans sabía que no. Las auténticas preguntas de control eran aquellas que impulsarían a cualquiera a mentir. «¿Ha dejado alguna vez de hacer su declaración de la renta?», era una de las preguntas de control más habituales. Casi todos mentían al declararse inocentes de un delito casi universal, y el hacerlo proporcionaba a Schmidt la línea de control para detectar las mentiras. Más tarde, cuando se le preguntase «¿Degolló usted a su esposa con un cuchillo de cocina?», la mentira de la persona culpable quedaría registrada por encima de su línea de control. Preguntas como «¿Es rojo este lápiz?» sólo se hacían para dar tiempo a las constantes vitales del sujeto a volver a la normalidad.

Hans sabía que si lograba producir una respuesta emocional lo bastante fuerte ante una pregunta de control, cuando mintiese, su mentira pasaría inadvertida para el polígrafo. Schmidt se vería entonces obligado a declararlo «inocente». El mejor método para conseguirlo era ponerse una tachuela en el zapato, pero Hans sabía que también era posible desencadenar una reacción exagerada conteniendo el aliento o mordiéndose la lengua. Decidió que del método ya se preocuparía cuando llegara el momento. Si lograba identificar las preguntas de control, el método daría lo mismo.

La voz de Schmidt lo devolvió a la realidad.

—Sargento Apfel, tras finalizar su turno de guardia en Spandau, ¿habló de su cometido allí con alguien que no fuera el sargento de guardia?

—No —replicó Hans.

Era cierto. No había tenido tiempo de hablar con nadie.

—¿Es el capitán Hauer un hombre casado?

Pregunta irrelevante, pensó con amargura Hans. Para cualquiera menos para mí.

—No —contestó.

Schmidt miró el bloc de notas del que seleccionaba sus preguntas.

—¿Alguna vez ha detenido a alguien por una infracción de tráfico y, al darse cuenta de que se trataba de un amigo o de una autoridad, ha dejado que se fuese sin multarlo?

Pregunta de control, pensó Hans. Cualquier policía que contestase no a aquello mentiría. Manteniendo el rostro inexpresivo, se mordió la punta de la lengua con fuerza suficiente para hacerla sangrar. Notó que sobre la piel se le formaba una fina película de sudor.

—No —dijo.

Cuando Schmidt alzó la vista del polígrafo, Hans comprendió que su respuesta había sido exagerada.

—¿Tengo dos dedos levantados? —preguntó Schmidt.

Irrelevante, pensó Hans.

—Sí —respondió sin mentir.

Schmidt dio un paso hacia él.

—Sargento Apfel, durante el pasado año efectuó usted varios arrestos por posesión de drogas. ¿Alguna vez se ha quedado con una pequeña cantidad de la droga confiscada?

Pregunta de con... Hans iba a morderse de nuevo la lengua pero vaciló. Si aquella era una pregunta de control, Schmidt había subido las apuestas del juego. Una respuesta exagerada a aquella pregunta podría tener graves consecuencias. La corrupción policial en lo referente a drogas era un delito que revestía proporciones de epidemia, y cualquiera que lo cometiese se exponía a graves castigos. No pareció que los hombres sentados a la mesa vieran en aquella pregunta nada fuera de lo común, pero Hans detectó un malicioso brillo en los ojos de Schmidt. El tipo conocía bien su trabajo.

—¿Sargento? —insistió Schmidt.

Hans se removió, inquieto. No quería parecer culpable de un delito relacionado con las drogas, pero le esperaban las preguntas sobre Spandau. Si deseaba mantener en secreto lo de los papeles, tendría que dar a esta pregunta una respuesta algo exagerada. Con callada desesperación, contuvo el aliento, contó hasta cuatro, respondió «No», y después exhaló lentamente.

—¿El apellido de soltera de su esposa es Natterman, sargento?

Irrelevante.

—Sí.

Schmidt se secó el labio superior.

—¿Fue usted el último que llegó al escenario de la discusión en torno a la custodia de los dos hombres que habían entrado sin permiso en los terrenos de la prisión Spandau?

Pregunta relevante. Hans alzó la vista hacia los hombres sentados tras la mesa. Todos los ojos estaban fijos en él. Tranquilo...

—No lo recuerdo —dijo—. Había mucha confusión y no me fijé.

—¿Sí o no, sargento?

—Es posible que lo fuera.

Exasperado, Schmidt miró a Funk solicitando la mediación de éste. El prefecto miró imperiosamente a Hans.

—Sargento —dijo secamente—, uno de sus compañeros dijo que usted fue el último en llegar. ¿Le importa responder de nuevo a la pregunta?

—Lo lamento —dijo tímidamente Hans—. Simplemente, no lo recuerdo.

Bajó la vista al suelo. El soldado ruso que lo había sorprendido junto a la montaña de cascotes podía desmentirlo, pero por alguna razón, el hombre no había rechistado. Funk pareció quedar satisfecho con la respuesta de Hans e indicó a Schmidt que prosiguiera. No puede haber muchas más preguntas, se dijo Hans. Ya queda poco...

—Sargento Apfel. —La voz de Schmidt era cortante como un estilete—. ¿Cogió usted unos documentos del interior de un ladrillo hueco que halló en la zona de celdas cuyos últimos ocupantes fueron los criminales de guerra de Nuremberg?

¡Virgen santa! Hans estuvo a punto de lanzar un grito. Todas las miradas estaban clavadas en él. Por primera vez se produjo una grieta en la acerada máscara de impasibilidad que era el rostro de Hauer. Sus penetrantes ojos se clavaron en el paralizado Hans, y atravesaron las patéticas capas de pretensión y disimulo. Pero ya era demasiado tarde para salir con bien del trance.

—No —replicó Hans sin convicción.

—Específicamente —siguió Schmidt—, ¿descubrió, cogió, vio u oyó a alguien hablar de unos documentos pertenecientes a, o escritos por, el prisionero Número Siete, Rudolf Hess?

Hans notó el sudor frío corriéndole por la espalda. El corazón se convirtió en su enemigo dentro de casa al redoblar estrepitosamente sus latidos bajo el impulso de la culpabilidad. Y allí estaba Schmidt, sediento de mentiras, observando con mil ojos cada centímetro del rollo de papel que iba saliendo de su preciosa máquina. Al mirarlo, Hans imaginó que estaba viendo a un doctor loco examinar un electrocardiograma, a un diabólico galeno cuyo supremo placer era ver a sus pacientes caer fulminados por un fatal infarto. Hans sintió que su fuerza de voluntad se esfumaba. La verdad se le agolpaba en la garganta esforzándose por salir. Simplemente, di lo que pasó, le aconsejó una voz interna. Cuéntalo todo, y haz frente a las consecuencias. Sólo así lograrás escapar de esta locura. Sin embargo, en el momento en que Hans se disponía a seguir aquel consejo, Schmidt dijo.

—Sargento, ¿alguna vez ha omitido algún dato importante al rellenar una solicitud de trabajo?

Hans se sintió como un paseante espacial al que le han cortado las amarras de unión con la nave. ¡Schmidt acababa de hacer otra pregunta de control! ¿O no? Pero... ¿por qué no había proclamado triunfalmente la culpabilidad de Hans ante el tribunal? Hans creía que aquel endiablado hombre se pondría a dar saltos y a gritar. «¡Es él! ¡Es él! ¡Él es el que miente!»

—No... no, nu... nunca —tartamudeó Hans.

—Gracias, sargento.

Mientras Hans permanecía atónito en su silla, Schmidt se volvió hacia Funk y movió negativamente la cabeza. El prefecto cerró la carpeta que tenía ante sí, se volvió hacia los coroneles soviéticos y se encogió de hombros.

—¿Alguna pregunta? —inquirió.

Los rusos parecían osos adormilados. Cuando uno de ellos negó al fin con la

cabeza, el gesto pareció costarle un esfuerzo colosal. Hans percibió incluso el alivio de los soldados que ocupaban el fondo de la sala. Sólo el capitán Hauer y el teniente Luhr continuaban tensos. Por algún motivo, Hans pensó de pronto que Jürgen Luhr era el tipo de alemán que ponía nerviosos a los judíos. Era un arquetipo racial, el protohombre germánico, alto, de amplios hombros, labios finos y cabeza cuadrada, el mítico ogro ario, el relato de cuyas legendarias infamias era pasado en susurros de madre a hija y de padre a hijo.

—Gracias por su cooperación, sargento —dijo Funk cansinamente—. Volveremos a llamarlo si necesitamos que nos amplíe detalles. —Luego, mirando por encima del hombro de Hans—. Que pase el último agente.

Hans estaba atónito. Lo habían llevado hasta el matadero y ahora no lo apuntillaban.

—¿Me puedo marchar? —preguntó inseguro.

—Pues sí, a no ser que desee quedarse con nosotros toda la noche —replicó Funk cortante.

—Disculpe, señor prefecto —intervino el teniente Luhr. Todas las miradas se fijaron en él—. Quisiera hacerle una pregunta al sargento.

Funk hizo un gesto de asentimiento.

—Dígame, sargento, ¿advirtió usted algún tipo de conducta irregular en el agente Weiss durante el tiempo que estuvieron en Spandau?

Hans negó con la cabeza al recordar cómo los dos policías habían arrastrado a Weiss por el pasillo.

—No, señor. No advertí nada de eso.

Luhr sonrió comprendiendo. El hombre tenía ojos de lince.

—El agente Weiss es judío, ¿no es así, sargento?

Uno de los coroneles rusos pareció a punto de decir algo, pero su compañero lo contuvo poniéndole una mano en el hombro.

—Sí, creo que sí —dijo Hans titubeante—. Sí, es judío.

Luhr asintió brevemente con la cabeza, como si aquel nuevo hecho de algún modo lo explicase todo.

—Puede retirarse, sargento —dijo Funk.

Hans se puso en pie. Aunque le estaban diciendo que se fuera, él se daba cuenta de que los hombres reunidos en la sala habían llegado a una especie de silencioso acuerdo. Era como si, en un idioma desconocido para él, se hubieran tomado varias decisiones a la vez. Se volvió hacia los soldados y policías del fondo de la sala y caminó lentamente hacia la puerta. Nadie hizo nada por detenerlo. ¿Por qué Schmidt no le había llamado mentiroso? ¿Por qué no le había llamado mentiroso el ruso que lo sorprendió fisgando? Y también, ¿por qué se había sentido él obligado a seguir mintiendo?

Y de pronto comprendió que había sido por los rusos. Si el prefecto, o incluso Hauer, lo hubieran interrogado a solas, él les hubiera dicho la verdad como Ilse

deseaba. Él les hubiera dicho...

Un corpulento policía le abrió la puerta. Hans cruzó el umbral mientras la cansada voz de Funk volvía a sonar. El joven avivó el paso. Quería salir cuanto antes del edificio. Llegó a la escalera casi corriendo pero aminoró la marcha al ver a dos corpulentos policías que subían desde el primer piso. Los saludó distraídamente con la cabeza y fue a pasar entre ellos...

Y ellos se le echaron encima.

A Hans le resultó imposible defenderse. Los dos hombres no usaron armas porque no las necesitaban. Los brazos del joven quedaron inmovilizados como por bandas de acero, y luego los hombres dieron media vuelta y comenzaron a arrastrarlo escalera abajo.

—¿A qué viene esto? —protestó Hans—. ¡Soy agente de policía! ¡Suéltenme!

Uno de los hombres rió entre dientes. Llegaron al pie de la escalera y se metieron por un corredor en desuso que se utilizaba para almacenar expedientes viejos y muebles rotos. Una vez se hubo repuesto de la sorpresa y del sobresalto iniciales, Hans comprendió que debía reaccionar de algún modo. Pero... ¿cómo? Cuando iban por la parte más oscura del corredor, el joven se desmadejó súbitamente como si hubiera perdido la voluntad de oponer resistencia.

—*Scheisse!* —maldijo uno de los hombres—. ¡Peso muerto!

—Pronto lo será —replicó su compañero.

¿Peso muerto? Con rapidez hija de la desesperación, Hans lanzó un codo contra una caja torácica y oyó un chasquido de huesos.

—¡Agggg! —El hombre lo soltó.

Con la mano libre, Hans golpeó la cabeza de su otro atacante apuntando hacia la sien. El policía lo agarró fuertemente y, entre las sombras, murmuró.

—Maldito cabrón...

Hans siguió golpeando el cráneo del otro. La presión sobre su brazo fue haciéndose menor.

Notó como si detrás de su ojo derecho se hubiera producido una explosión y quedó paralizado.

Oscuridad.

A menos de veinte metros de Hans, los coroneles Ivan Kosov y Grigori Zotin se encontraban junto a un autobús con matrícula de Berlín Oriental que permanecía detenido con el motor en marcha en el estacionamiento principal de la comisaría. En el interior del autobús, los soldados soviéticos que habían formado el pelotón de Spandau aguardaban para emprender el tan demorado regreso a Berlín Oriental. Muchos de ellos estaban ya dormidos.

A Zotin, que era un coronel del GRU, Kosov no le resultaba particularmente simpático, y le ultrajaba que el coronel del KGB hubiera osado utilizar el uniforme

del Ejército Rojo. Pero... ¿qué podía hacer? Era imposible mantener al KGB alejado de un asunto de aquella envergadura, en especial cuando había gente muy poderosa interesada en que Kosov interviniera. Frotándose las manos para combatir el frío, Zotin tanteó al hombre del KGB.

—¿Qué le parece, Ivan? ¿No le asombra que exonerasen de culpa a todos los agentes?

—Pues claro —gruñó Kosov—. ¿Qué esperaba?

—¡Pero sin duda uno de ellos estaba mintiendo!

—Desde luego.

—¿Y cómo hicieron para falsear los resultados de la prueba del polígrafo?

Con aire aburrido, Kosov replicó.

—Estábamos a seis metros de esa máquina. Nos enseñaron lo que quisieron.

Grigori Zotin sabía con toda exactitud cuál de los policías había mentado, pero quería ocultarle tal información a Kosov durante el tiempo suficiente para efectuar él sus propias pesquisas. Sabía que el Kremlin estaba muy interesado en el caso Spandau, y sabía que, si él conseguía resolverlo, su carrera daría un gigantesco salto hacia adelante. Mentalmente, tomó nota de que debía hacer condecorar al joven agente del GRU que sorprendió figando al policía alemán y tuvo el buen sentido de informar de ello únicamente a su inmediato superior.

—Sí, tiene usted razón —asintió Zotin.

Kosov respondió con un gruñido.

—¿Qué cree usted que se descubrió exactamente? —siguió preguntando Zotin—. ¿Quizá un diario? ¿Cree que encontraron pruebas de que...?

—Encontraron un ladrillo hueco —replicó Kosov secamente—. Nuestros expertos forenses afirman que, según sus pruebas, el ladrillo contuvo papeles de algún tipo durante un período de tiempo indeterminado. Pudo ser un diario. Pero también pudieron ser las páginas de una revista pornográfica. ¡O incluso papel higiénico! No confíe demasiado en los expertos, Zotin.

El coronel del GRU chasqueó nerviosamente la lengua.

—¿No cree que durante el interrogatorio debimos mencionar al menos a Zinoviev? Podríamos...

—¡Idiota! —exclamó Kosov—. ¡Fuera del KGB, ese nombre ni mencionarlo! Ni siquiera me explico que usted lo conozca.

Zotin, a la defensiva, dio marcha atrás.

—En Moscú se oyen cosas.

—Ciertas cosas pueden reportar un tiro en la nuca —advirtió Kosov.

Zotin trató de hacerse el despreocupado.

—Supongo que deberíamos decirle al general que les apriete las tuercas a los comandantes en la reunión que se celebrará mañana.

—No diga tonterías —dijo desdeñosamente Kosov—. Ya es tarde para eso.

—Entonces, ¿qué pasa con los intrusos? ¿Por qué permite que los alemanes los

retengan?

—Porque no saben nada.

—Entonces, ¿qué propone usted que hagamos? —preguntó Zotin receloso.

Desdeñoso, Kosov replicó.

—¿Habla usted en serio? El culpable era el penúltimo hombre, Apfel. Ese pasma estaba mintiendo como un bellaco. Y esos idiotas hicieron lo que a nosotros más nos conviene. Si hubieran admitido que Apfel mentía, el tipo estaría en estos momentos en una celda, fuera de nuestro alcance. Tal como han ocurrido las cosas, ahora está a nuestra merced. Ese pobre incauto tendrá que regresar a su casa, y cuando lo haga... —Kosov sonrió fríamente— tendré a un equipo esperándolo.

Zotin estaba estupefacto.

—Pero ¿cómo...? —El hombre ahogó con una tos su imprudente exabrupto—. ¿Cómo ha podido enviarle un equipo con tanta rapidez?

—En estos momentos tengo dos equipos aquí —dijo secamente Kosov—. ¡Condúzcame hasta un puñetero teléfono!

Asustado, el coronel del GRU se subió al autobús y se acomodó en un asiento.

—Y una cosa, Zotin —dijo Kosov inclinándose sobre su rival.

¿Sí?

—No vuelva a ocultarme nada. Podría resultar muy peligroso para usted.

Zotin se puso pálido.

—Necesito saber todo lo que sea posible averiguar acerca de ese tal Apfel. Todo. Espero que le deje bien claro eso a su equipo. Ojos muy poderosos nos contemplan.

—¿Cómo piensa abordar a ese policía?

—¿Abordarlo? —Kosov mostró en los labios una sonrisa de rapaz—. Lo que voy a hacer es machacarlo. Por la mañana sabré cuántas veces le levantó ese pobre diablo las faldas a su madre.

Hans despertó en una celda sin ventana. Lo habían dejado tirado sobre un montón de húmedas cajas de cartón. Desde lo alto se filtraba un único haz de luz. Cuando hubo logrado enfocar la vista, se incorporó hasta quedar sentado en el suelo y se agarró a una de las rejas de acero. Notaba el rostro pegajoso. Se tocó la sien. Sangre. El viscoso y familiar contacto le hizo recordar lo sucedido en una confusa vorágine de imágenes. El interrogatorio... el pétreo silencio de su padre... la pelea en el corredor. ¿Dónde se encontraba?

Trató de incorporarse y se derrumbó en el angosto hueco que había entre dos cajas. Casi todo el suelo de cemento estaba cubierto de cartones podridos. ¿Una celda llena de cajas? Desconcertado, Hans metió la mano en una de las cajas y sacó una húmeda carpeta. La puso bajo el rayo de luz. El informe de un accidente de tráfico, pensó. Mecanografiado sobre un impreso oficial de la policía. Dio con la fecha. 1973. Hojeando los demás papeles del montón, que ya amarilleaban, vio que todos eran

informes de accidentes de tráfico que habían tenido lugar en 1973. Miró el nombre de la comisaría que aparecía en los impresos. Abschnitt 53 en todos los casos. De pronto supo dónde se encontraba.

A comienzos de los años setenta, durante una campaña de reformas que había durado año y medio, Abschnitt 53 había sido parcialmente renovada. El dinero alcanzó para arreglar la zona de recepción y remodelar el bloque principal de celdas, pero el tercer piso, el sótano y la parte posterior del edificio se habían quedado prácticamente como estaban. Hans estaba seguro de que lo habían encerrado en el sótano.

Pero... ¿por qué? Nadie lo había acusado de nada. Al menos, no abiertamente. ¿Quiénes eran los policías que lo habían atacado? ¿Hombres de Funk? ¿Eran aquellos dos tipos realmente policías? Habían dicho que él sería pronto «peso muerto». Era absurdo. Tal vez querían protegerlo de los rusos. Quizá aquélla era la única forma de conseguirlo que el prefecto tenía a su alcance. ¡Eso es!, se dijo aliviado. Tiene que ser eso.

Arriba, entre las sombras, sonó una puerta. Llegaba alguien. Por el sonido parecían varias personas y no hacían nada por ocultar su presencia. Hans oyó ruidos y maldiciones en la escalera y luego vio quién hacía el ruido. Recortadas contra la luz fluorescente que entraba por la puerta del sótano vio las siluetas de dos corpulentos hombres de uniforme que estaban bajando una camilla con ruedas por la escalera. Lentamente sortearon los montones de cajas y trastos que cubrían el suelo del sótano. Hans cerró los ojos y permaneció inmóvil entre las cajas.

—Parece que sigue fuera de combate —dijo uno de los hombres.

—Ojalá me haya cargado a ese hijo de puta —gruñó el otro.

—Eso a los de arriba no les haría gracia, Rolf.

—Me importa una mierda. El muy cabrón me rompió las costillas.

Hans oyó una leve risa.

—La próxima vez ten más cuidado. Vamos, tenemos que hacerle sitio a éste.

—A la mierda. Tiremos al puñetero judío encima del otro judío. De todas maneras, ya no queda gran cosa de él.

—Apfel no es judío.

—Entonces, es amigo de los judíos.

—El médico dijo que dejáramos a éste en la camilla.

—Ordenémosle que haga sitio —dijo Rolf señalando a Hans.

—Por mí de acuerdo. Si logras despertarlo.

Rolf cogió del suelo un viejo pedazo de tubería y golpeó con él las rejas.

—¡Despierta, capullo!

Hans no le hizo caso.

—O te levantas o te matamos.

Hans oyó el metálico chasquido del cerrojo de una pistola al ser descorrido. Dios mío... Lentamente se puso en pie.

—Ya ves que no está muerto —dijo Rolf—. Tú, haz sitio ahí dentro. Date prisa.

Hans trató de ver quién yacía en la camilla, pero Rolf golpeó las rejas con el tubo cerca de su rostro. El joven no tardó ni cuarenta segundos en despejar espacio suficiente para que cupiera la camilla.

—Ponte junto al muro —ordenó Rolf—. ¡De prisa!

Hans vio que los extraños policías empujaban al interior de la celda la camilla con los pies por delante. Luego, los dos hombres cerraron la reja.

—No te acerques al judío, sargento —advirtió Rolf—. Cualquier cosa que le pase será culpa tuya.

Los dos hombres subieron rápidamente la escalera y con ellos desapareció el haz luminoso. A Hans no le era posible verle el rostro a su nuevo compañero de celda. Se registró los bolsillos en busca de las cerillas pero no tardó en recordar que se las había dado a Kurt mientras ambos se encontraban arriba, en la sala de espera. Puso las manos en los hombros de su compañero, bajó la vista y esperó a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad; pero no lo hicieron. Moviéndolo cautelosamente las manos, tocó algo familiar. Galones. Sorprendido y algo temeroso, Hans tanteó el pecho del hombre de la camilla. Botones metálicos... parche... insignias... Hans rozó algo con la mano izquierda y se dio cuenta de que era una pistola vacía. ¡Un agente de policía! Cerró los ojos con fuerza, colocó la mano derecha sobre el rostro del hombre y esperó. Cuando abrió de nuevo los ojos, logró distinguir vagamente el contorno de las facciones.

¡Dios mío!, pensó con un nudo en la garganta. ¡Weiss! ¡Erhard Weiss! Por segunda vez en lo que iba de noche, Hans se sintió desconectado de la realidad. Agarrándose al cuerpo de su amigo como si fuera un salvavidas, trató de reanimarlo. Le habló al oído pero no obtuvo respuesta. Le propinó unos cachetes en el flácido rostro varias veces. Nada. Caminando a ciegas, Hans tropezó con la pared posterior de la celda. Sus manos tocaron algo húmedo y frío. Los cimientos. Condensación. Pasó las manos sobre el húmedo hormigón hasta que estuvieron suficientemente mojadas. Luego volvió junto a Weiss y le pasó las manos por la frente. El hombre siguió sin reaccionar.

Alarmado, Hans pegó ambos índices a las arterias carótidas de Weiss. Percibió latidos, pero muy débiles e increíblemente espaciados. Weiss estaba vivo sólo por los pelos. Hans recordó que sus carceleros habían mencionado a un médico. ¿Qué clase de médico mandaría encerrar en una celda a un hombre en aquel estado? Junto a su cadavérico amigo, Hans se sintió furioso por la aberrante y obscena situación. ¡Alguien tendría que pagar por aquel ultraje! Abalanzándose hacia la parte delantera de la celda, comenzó a gritar a voz en cuello. Siguió haciéndolo hasta que ya no le quedó voz, pero nadie acudió. Exhausto, se dejó caer en el suelo y pensó que, probablemente, los montones de cajas que llenaban el sótano habían amortiguado el sonido de su voz. Probablemente, en el piso de arriba nadie había oído ni un susurro.

De pronto, Hans se puso en pie presa del terror. ¡Alguien había gritado! Tardó

unos momentos en darse cuenta de que el grito procedía del interior de la celda. Sintió un escalofrío cuando se repitió el grito, un agónico y aterrorizado aullido animal. Erhard Weiss, que había permanecido inmóvil como un cadáver durante todos los intentos de Hans de reanimarlo, ahora tiraba de sus ataduras como si la camilla estuviera ardiendo. Mientras Hans trataba de sujetar el cuerpo que se convulsionaba, los gritos cesaron de pronto. Fue como si una gran piedra se hubiera desplomado sobre el pecho de Weiss. La mano del joven policía saltó hacia arriba y se cerró como una garra sobre el hombro de Hans, se estremeció unos momentos, y al fin cayó inerte.

Hans le buscó el pulso a su amigo. No dio con él y no le sorprendió. Erhard Weiss estaba muerto. Un ataque cardíaco, casi con toda certeza. En los últimos años, Hans había visto muertes similares. Defunciones de hombres jóvenes y aparentemente sanos cuyos corazones, de pronto, se habían detenido de golpe, o reventado, o comenzado a fibrilar fuera de todo control. En todos aquellos casos hubo un factor común: las drogas. Generalmente, cocaína, pero también otros narcóticos. Aquel caso no parecía distinto, salvo por el hecho de que Weiss jamás había consumido drogas. El hombre era un fanático del ejercicio, un gran nadador. Hans recordó que en varias ocasiones, el muchacho y su novia habían cenado con Ilse y él en un restaurante, y una vez en su propio apartamento. En su casa. Y ahora Weiss estaba muerto. Muerto. El joven que con tanto ardor había discutido para evitar que dos berlineses, dos desconocidos paisanos suyos, cayeran en las garras de los rusos, ya no existía.

De pronto, Hans sintió que su agotamiento se esfumaba. Saltó como impulsado por un resorte hacia la parte delantera de la celda, metió el brazo entre los barrotes y comenzó a tantear el suelo con la mano derecha. ¡Allí estaba! Era el pedazo de tubería que había blandido Rolf. Hans lo agarró y comenzó a golpear con él rítmicamente las rejas. Los golpes le estremecían todo el cuerpo, pero no hizo caso del dolor. Seguiría golpeando las rejas hasta que acudieran a por Weiss... O bien hasta que él mismo se desplomase sin vida. En aquellos momentos, maldito lo que le importaba.

CAPÍTULO SEIS

20.12 horas. Lützenstrasse, 30. Sector Británico. Berlín Occidental

Sentado a la mesa de la cocina del apartamento 40, el profesor emérito de historia Georg Natterman permanecía inclinado sobre los papeles de Spandau como un gnomo sobre el mapa de un tesoro. Las gruesas lentes de sus gafas de lectura relucían bajo la luz de la lámpara mientras el hombre se acariciaba el escaso cabello y la plateada barba.

—¿De qué se trata, *Opa*? —preguntó Ilse—. ¿Es algo peligroso?

—Paciencia, pequeña —murmuró el profesor sin alzar la vista de los papeles.

Comprendiendo que hasta que su abuelo estuviera dispuesto a hablar resultaba inútil hacerle más preguntas, Ilse abrió una alacena y comenzó a preparar té. Deseó que Hans llegara a tiempo para acompañarlos, pues ya llevaba demasiado tiempo fuera de casa. Por teléfono, Ilse sólo le había contado a su abuelo lo imprescindible y, debido a ello, no había podido hacerle ver al hombre lo angustiada que se sentía. Aunque el profesor Natterman vivía a sólo doce calles de distancia, había tardado casi una hora en llegar. Ahora Natterman comenzaba a darse cuenta de la gravedad de la situación. En cuanto vio los papeles de Spandau e hizo unas cuantas preguntas a su nieta acerca de cómo habían llegado tales documentos a sus manos, Natterman no volvió a decir ni palabra. Mientras Ilse servía el té, el viejo se irguió súbitamente, se quitó las gafas de lectura y metió cuidadosamente las nueve páginas en su viejo portafolios.

—Querida —comenzó—, es increíble, simplemente increíble, que este... documento haya caído en mis manos al cabo de todos estos años. Es un milagro. —Se limpió las gafas con un pañuelo—. Hiciste bien llamándome. Decir que este hallazgo es peligroso es decir muy poco.

—Pero... ¿de qué se trata, *Opa*? ¿Qué son en realidad esos papeles?

Natterman movió la cabeza.

—En lo referente a la segunda guerra mundial, son como la piedra de Rosetta.

Ilse abrió mucho los ojos sorprendida.

—¿Cómo? ¿Quieres decir que los papeles son auténticos?

—Teniendo en cuenta lo que he visto hasta ahora, me veo obligado a decir que sí.

Ilse lo miró, incrédula.

—¿Qué has querido decir con lo de que los papeles son como la piedra de Rosetta?

—He querido decir que, probablemente, alterarán profundamente nuestra forma de ver el mundo. —Natterman frunció los párpados e infinidad de arrugas se formaron en su frente—. ¿Estás familiarizada con la historia de Rudolf Hess, Ilse?

La joven se encogió de hombros y dijo.

—Sé lo que han publicado recientemente los periódicos. Lo busqué en tu libro pero tú apenas mencionas el vuelo de Hess.

El profesor miró hacia la repisa, donde había un ejemplar abierto de su aclamada obra: *Alemania: desde Bismarck hasta el bunker*.

—Consideré que no disponía de datos suficientes —explicó—, así que omití por completo esa parte de la historia.

—¿Acerté al sospechar que esos papeles afirman que, en realidad, el prisionero Número Siete no era Hess?

—Sí, sí, claro que acertaste. Poca duda puede haber ya acerca de eso. Parece que, por una vez, los periódicos dieron en el clavo. Fue otro hombre el que se pasó casi cincuenta años preso... Se trata de algo que puede resultarle sumamente incómodo a mucha gente.

Ilse escrutó inútilmente el rostro de su abuelo en busca de algún indicio de sonrisa.

—Estás bromeando, ¿verdad? Lo que estás diciendo no... no es posible.

—Es posible, claro que sí. Durante la guerra, ambos bandos recurrieron con frecuencia al uso de dobles. Patton tenía su doble. Y Erwin Rommel el suyo. El mariscal Montgomery utilizaba a un actor que incluso imitaba su voz a la perfección. De toda esta historia, ésta es la parte que resulta más fácil admitir.

Ilse no pareció convencida.

—Durante la guerra, es posible —admitió—. Desde lejos. Pero... ¿mantener la farsa durante todos los años que pasó en Spandau? ¿Qué me dices de la familia de Hess?

Natterman sonrió imperturbable.

—Te digo que el prisionero Número Siete se negó a ver a la esposa y al hijo de Hess durante los primeros veintiocho años de su cautiverio. —Se solazó por unos momentos con la expresión de perplejidad de Ilse—. Los hechos discrepantes son incontables. Hess era un estricto vegetariano, el prisionero Número Siete devoraba carne como un tigre. En Nuremberg, Número Siete no fue capaz de reconocer a los secretarios de Hess. Por dos veces se equivocó al dar a los británicos la fecha de nacimiento de Hess, y se equivocó nada menos que en dos años. Y podría seguirte contando *ad nauseam*.

Ilse permaneció callada e inmóvil tratando de asimilar cuanto acababa de oír. Por debajo de sus pensamientos, su inquietud por Hans era como un constante y ensordecedor zumbido.

—¿Qué tal si el propio Número Siete te lo explica? —propuso Natterman—. ¿Quieres que te traduzca el contenido de los papeles?

Ilse se obligó a no mirar hacia el reloj de cocina. Hans está bien, se dijo. Aguarda un poco más.

—Sí, claro que sí —le respondió a su abuelo.

El profesor volvió a ponerse las gafas, abrió su portafolios, carraspeó y comenzó

a leer en el resonante tono del maestro nato.

Yo, el prisionero Número Siete, escribo este testamento en el idioma de los cesares por una razón: sé a ciencia cierta que Rudolf Hess no conocía el latín. Yo estudié latín y griego en la Universidad de Munich entre 1920 y 1923, pero me enteré de que Hess no sabía latín en 1936, en la «escuela» más exclusiva del mundo: el Instituto Reinhard Heydrich para la Mentira y el Engaño. En ese «instituto», situado en unos aislados barracones en las proximidades de Dessau, aprendí también todos los hechos conocidos acerca de Hess: infancia, servicio militar, historial en el partido, relación con el Führer y, lo más importante, también me familiaricé con su idiosincrasia personal. Irónicamente, una de las primeras cosas que supe es que Hess estudió en la Universidad de Munich en la misma época que yo, aunque no recuerdo habérmelo encontrado.

No serví como piloto durante la primera guerra mundial, pero en el período de entreguerras me uní a uno de los «clubes de vuelo» de Hermann Göring. Precisamente fue durante una exhibición aérea que tuvo lugar en 1935 cuando el Reichmarschall reparó por primera vez en mi notable parecido con el Reichminister Hess. En su momento no di importancia al incidente, pues muchos de mis camaradas habían comentado el parecido, pero siete meses más tarde, en la fábrica en que trabajaba, recibí la visita de dos oficiales del SD de Heydrich. Me ordenaron que los acompañase para participar en una misión de gran importancia para el Reich. Desde Munich me llevaron en avión hasta el barracón de la «Escuela del Engaño» en las proximidades de Dessau. Nunca volvía ver a mi esposa ni a mi hija.

Durante la primera semana que pasé en la escuela estuve totalmente aislado de mis discípulos. Recibí mi «orientación» del Standartenführer Ritter Graf, director del instituto. Él fue quien me informó de que me habían seleccionado para realizar una misión de inmensa importancia para el Führer. Mi adiestramiento, que según me dijo sería largo y arduo, debería efectuarse en el mayor de los secretos. No tardé en averiguar que eso significaba que no volvería a ver a mi familia. Vara mitigar el efecto de tal separación, Graf me mostró pruebas de que mi salario en la fábrica había sido doblado y de que el dinero era enviado a mi esposa.

Al cabo de una semana conocí a los demás estudiantes. No soy capaz de expresar la sorpresa que me llevé. En una sola habitación y en una sola noche vi los rostros no sólo de famosos Gauletier del partido y de conocidos generales de la Wehrmacht, sino también los de las personalidades más célebres del Reich. Al fin supe cuál era mi misión. Hermann Göring no había olvidado mi parecido con Rudolf Hess y fue él quien sugirió mi nombre a Reinhard Heydrich, el comandante del SD responsable del programa.

En el instituto había gran cantidad de estudiantes. Algunos completaron el programa, otros no. Los más infortunados pagaron con sangre su fracaso. Nuestros «maestros» no dejaban de recordarnos tal incentivo. Uno de los motivos de expulsión

más frecuentes era la utilización del propio nombre. Se perdonaban dos deslices. El tercero era sinónimo de *erschossen* (ejecución). Nos llamaban por los nombres de nuestros personajes o, en las situaciones en que hacerlo no resultaba adecuado, por nuestros antiguos rangos, que en mi caso era *Hauptmann*.

Yo me adiestré con un grupo de élite. Éramos ocho. «Hitler» (tres «alumnos» lo estudiaban), «Göring», «Himmler», «Goebbels», «Streicher» y yo mismo, «Hess». El adiestramiento de nuestro grupo duró un año. Durante ese tiempo tuve cuatro entrevistas personales con el lugarteniente de Hitler. El resto de mi capacitación lo obtuve mediante el estudio de noticiarios cinematográficos y la lectura de registros escritos. Durante el período de adiestramiento, varios dobles de Gauletier del partido abandonaron la escuela para comenzar sus misiones. Aparentemente, sus roles requerían de menos adiestramiento que los nuestros.

Al final del período de capacitación, mi grupo fue disuelto y se nos envió a distintos lugares para que esperásemos el momento de entrar en acción. Primero me enviaron a Gronau, donde permanecí en confinamiento aislado, y luego a un remoto aeródromo de Aalborg, Dinamarca. Solicité insistentemente ver a mi esposa y a mi hija, pero a aquellas alturas Alemania ya se encontraba en guerra y mis peticiones fueron rechazadas sumariamente. Tuve que permanecer aislado, repasando el material referente a Hess. De cuando en cuando recibía la visita de un oficial del SD. Vero yo tenía acceso a los periódicos y de ellos deduje que, desde el comienzo de la guerra, la posición de Hess en la jerarquía nazi parecía haberse debilitado en beneficio de los generales. Supuse que ése era el motivo por el que no se me había asignado una misión.

Debo admitir que, pese a lo penoso que era mi deber, yo me sentía sumamente orgulloso de mi habilidad para hacerme pasar por el Reichminister. Durante mi entrevista final con éste en la escuela, Hess se sintió tan impresionado por mi competencia que su reacción bordeó la desorientación. En realidad, otros cuantos «alumnos» habían afinado sus habilidades aún más que yo, pero no tengo ni idea de qué fue de ellos...

Natterman se quitó las gafas, volvió a guardar los papeles en su portafolios y lo cerró.

—Una historia demasiado detallada para que se trate de una invención, ¿no te parece? Y sólo he leído las dos primeras páginas.

Ilse sonreía satisfecha.

—Muy detallada —asintió—. Tanto que contradice lo que has afirmado antes. Si ese doble fue entrenado tan meticulosamente para imitar a Hess, no habría cometido errores tan grandes como el de olvidarse del cumpleaños de Hess o el de comer carne siendo Hess vegetariano, ¿no crees?

La sonrisa de Natterman fue aún más amplia que la de su nieta.

—La verdad es que eso se me ha ocurrido en cuanto he leído los papeles. Tienes

mucha razón. Un doble tan bien en trenado no cometería esos errores de bulto... a no ser que lo hiciera a propósito.

Ilse frunció el entrecejo.

—¿Qué quieres decir?

—Simplemente que el hecho de que el doble permaneciera en silencio durante tantos años sólo se puede deber a una de dos razones: o bien fue un nazi fanático hasta el final, cosa que dudo, o bien..., y esto lo confirman los papeles, lo que le impidió hablar fue el miedo a algún castigo terrible. Si aceptamos esa posibilidad, los errores de Número Siete muy bien podrían ser gritos de ayuda, un discreto pero desesperado intento de conseguir que los escépticos investigaran su caso y, de este modo, descubrieran la verdad. Y puedes creerme, su grito fue escuchado. Centenares de eruditos y escritores han investigado el caso Hess. Se han escrito docenas de libros, y cada año aparecen nuevos títulos. —Natterman alzó un dedo admonitoriamente—. La pregunta más pertinente es: ¿por qué iba a cometer el auténtico Hess tales errores?

—¡Porque estaba loco! —replicó Ilse—. Eso es algo que todo el mundo sabe desde hace años.

—Todo el mundo ha dicho eso durante años —la corrigió Natterman—. Hitler y Churchill iniciaron ese rumor, y sin embargo no hay ni la más mínima prueba de que Hess estuviera desequilibrado antes del día en que efectuó el vuelo a Inglaterra. Se pasó meses entrenándose para aquella misión. ¿Crees en serio que Hitler no se enteró? Hess era un excéntrico, sí, pero... ¿loco? ¡Los que estaban locos eran los que se quedaron en Alemania!

—El propio Hess podría haber escrito esos papeles —argumentó Ilse—. Aunque Hess no supiera latín cuando lo encerraron en Spandau, sin duda tuvo tiempo de aprenderlo durante los años que permaneció en la prisión.

—Es cierto —admitió Natterman—. Pero poco probable. ¿Te fijaste en la cita de Ovidio? ¿No te parece un exceso de erudición para un estudiante autodidacta? De todas maneras, eso es algo que se puede verificar.

Ilse dio un sorbo a su té, que se le había enfriado.

—*Opa*, no puedes creer que realmente los aliados mantuvieron en prisión a un inocente durante todos estos años.

—¿Por qué no? Hay algo que debes comprender, Ilse. Estos papeles no surgen de la nada. Simplemente confirman las pruebas que llevan décadas acumulándose. Pruebas circunstanciales, pruebas testificales, pruebas médicas...

—¿Qué pruebas médicas?

El profesor sonrió, no había nada que le gustase más que un estudiante aplicado.

—Pruebas descubiertas por un médico militar inglés que examinó a Número Siete en Spandau y fue quien inició la polémica. Dios bendito, menudo alegrón se llevará ese hombre cuando se entere del descubrimiento de estos papeles.

—¿Qué pruebas descubrió ese médico?

—Una herida de guerra. O, mejor dicho, la ausencia de una herida de guerra. Ese doctor fue uno de los médicos que atendieron a Hess en Spandau, y en el curso de su trabajo tuvo ocasión de leer el historial de Hess durante la primera guerra mundial. En esa contienda, Hess fue herido tres veces, y la herida más grave se la produjo una bala de fusil que le atravesó un pulmón. Sin embargo, cuando el médico examinó a Número Siete no encontró ninguna cicatriz ni en el pecho ni en la espalda. Y tras investigar más a fondo la cuestión por medio de radiografías, no encontró rastro alguno de dicha lesión. Deberían haber existido cicatrices en el pulmón causadas por el impacto de la bala y por otras partículas orgánicas que lo desgarraron. Pero el médico no encontró nada. Y eso que tenía bastante experiencia en heridas de bala, pues había estado destinado un tiempo en Irlanda del Norte.

Natterman sonrió al ver la expresión de asombro de Ilse.

—¿Te sorprende lo mucho que sé? Pues que no te sorprenda. Cualquier historiador alemán o británico podría haberte dicho lo mismo. —Se echó a reír—. Respecto al incendio del Reichstag existen el doble de especulaciones.

—Pero todos esos detalles —dijo ella, recelosa—. Fechas, datos médicos... Parece como si hubieras estado estudiando el caso cuando te llamé.

La expresión del profesor se hizo grave.

—Querida, creo que no terminas de entender la fenomenal importancia de este hallazgo. Esos papeles podrían estremecer al mundo. El período de tiempo al que hacen referencia, los cuarenta y cuatro días que se inician con la huida de Rudolf Hess a Inglaterra y concluyen con la invasión nazi de Rusia constituyen el momento crucial de la segunda guerra mundial y de todo el siglo xx. Durante la primavera de 1941, Hitler tenía en sus manos el futuro del mundo. De toda Europa, sólo Inglaterra seguía resistiéndose. A los norteamericanos aún les faltaba un año para entrar en la guerra. Los submarinos alemanes dominaban los mares. Si Hitler hubiese empleado todos sus recursos para atacar Inglaterra, los británicos no habrían tenido remisión. Los norteamericanos se habrían quedado sin su cabeza de puente para la invasión de Europa y Hitler, con los flancos protegidos, podría haber atacado Rusia con todo su poderío. —Natterman alzó un largo y sarmentoso dedo—. Pero no invadió Inglaterra. Y nadie sabe por qué.

El profesor comenzó a pasear por la cocina y fue puntuando sus preguntas con sacudidas del índice derecho.

—En 1940, en Dunkerque, Hitler dejó escapar a los ingleses. ¿Por qué? Durante el otoño de 1940 y la primavera del 41 demoró la invasión de Inglaterra. ¿Por qué? La operación León Marino, la planeada invasión de Inglaterra, fue un cuento. Los principales generales de Hitler lo han admitido. Churchill se mofó públicamente de Hitler y éste siguió remoloneando. ¿Por qué? Y luego, el meollo de todo el enigma: el 10 de mayo, Rudolf Hess voló a Inglaterra en misión secreta. Transcurrido apenas un mes —Natterman unió las manos en fuerte palmada—, Hitler lanzó a sus ejércitos hacia el gélido corazón de Rusia, donde serían exterminados. Ilse, ésa fue la decisión

que sentenció a la Alemania nazi. Le dio a Churchill el tiempo que necesitaba para rearmarse y meter a Roosevelt en la guerra. Militarmente fue un suicidio... ¡y Hitler lo sabía! Se había pasado veinte años jurando que jamás se metería en una guerra con dos frentes. Había asegurado públicamente que una guerra así era imposible de ganar. Entonces, ¿por qué lo hizo?

Ilse parpadeó.

—¿Tú lo sabes?

Natterman asintió reflexivamente.

—Creo que sí. Existen docenas de complicadísimas teorías. Pero creo que la respuesta es pasmosamente simple: a Hitler no le quedó otro remedio. Creo que nunca fue su intención invadir Inglaterra. Desde el principio, su objetivo fue Rusia; sus escritos lo confirman. Hitler odiaba a Churchill, pero sentía un tremendo respeto hacia los ingleses, a los que consideraba hermanos nórdicos y todo eso. Creo que Hitler demoró la invasión de Gran Bretaña porque, hasta que fue demasiado tarde, estuvo convencido de que se podía neutralizar Inglaterra sin hacer ni un solo disparo. Creo que ciertos elementos del gobierno inglés estaban dispuestos a firmar un tratado de paz con los nazis, de forma que Hitler quedara libre para destruir la Rusia comunista. Y yo creo que Rudolf Hess era un enviado secreto mandado por Hitler a esos ingleses. En cuanto se anunció la presencia de Hess en Inglaterra, Iósiv Stalin acusó a los británicos de conspirar con Hitler. Creo que Stalin tenía razón.

En los ojos del profesor relucía la fanática convicción.

—¡Pero ni Stalin, ni todos sus espías, ni un millar de eruditos, ni yo, hemos sido capaces de demostrarlo! Durante casi cincuenta años, la verdad ha permanecido oculta en las cámaras acorazadas del gobierno inglés. Según la ley, los papeles relacionados con Hess seguirán siendo secretos hasta el año 2016. Algunos de ellos continuarán siéndolo indefinidamente. ¿Qué ocultan los británicos? ¿A quién protegen? ¿A un grupo secreto de filonazis encaramados en posiciones de poder? ¿Tenían esos poderosos ingleses, algunos de los cuales podían pertenecer incluso a la familia real, tanto miedo al comunismo que estaban dispuestos a aliarse con Hitler, por muchos que fueran los judíos que éste matase? —Natterman se golpeó la mano izquierda con el puño derecho—. Dios bendito... Si resulta que los papeles de Spandau demuestran eso, una tormenta de fuego golpeará los muros del Parlamento británico.

Ilse miró a su abuelo, asombrada. Se había contagiado de la pasión del hombre, pero eso no le hacía olvidar su preocupación por Hans. Sin embargo, por algún motivo, no era capaz de confesarle al viejo sus temores. Al menos, discutiendo los detalles de aquella supuesta conspiración, el tiempo pasaba más de prisa.

—Pero si el prisionero era un doble —preguntó—, ¿cómo logró engañar a los aliados que lo capturaron? Aunque fuera muy buen actor, no creo que lograra pasar la prueba de un interrogatorio.

Natterman bufó desdeñosamente.

—Los británicos aseguran que nunca lo interrogaron a fondo. Y ¿por qué iban a hacerlo? Ellos sabían desde el principio que era un doble. Durante los cuatro primeros años de su cautiverio lo mantuvieron incomunicado en Inglaterra, y desde entonces han estado jugando a ese ridículo juego para mantener oculta la auténtica misión de Hess. El gobierno norteamericano apoya plenamente tal política británica. Y los franceses nunca han protestado por ella. Ellos también tienen sus esqueletos en el armario.

—Pero... ¿y los rusos? —preguntó Ilse—. Has dicho que Stalin sospechó desde el principio que se trataba de una conspiración.

—Quizá a ellos lo del doble no los engañó —aventuró Natterman.

—Entonces, ¿por qué no lo denunciaron?

Natterman frunció el entrecejo.

—No lo sé. Ésa es la gran pregunta, la clave de todo este misterio. Existen motivos para que los rusos no dijeran nada durante los primeros años. Uno de ellos es que algunas de esas supuestas intrigas anglo-nazis, entre Hess y el duque de Windsor, por ejemplo, tuvieron lugar en suelo español y portugués. Si tales reuniones tuvieron realmente lugar, resulta seguro que Moscú se enteró de ellas —Natterman sonrió maliciosamente—, porque el agente del MI-6 responsable de la zona española era nada más y nada menos que Kim Philby. ¡Qué ironía! Los rusos no podían revelar la conexión entre Windsor y Hess sin revelar al mismo tiempo la conexión entre Philby y el KGB. Naturalmente, eso sólo explica el silencio ruso hasta 1963, que fue el año en que Philby huyó de Inglaterra. El auténtico misterio es por qué siguieron callados los rusos durante los años posteriores.

Ilse movió la cabeza.

—Lo que dices parece razonable; pero... es como un inmenso castillo de naipes... Resulta demasiado complejo.

—Entonces te haré una pregunta muy sencilla. ¿Por qué los ingleses nunca utilizaron a Hess como arma propagandística durante la guerra? Lo mantuvieron encerrado y lejos de la vista del mundo, y ni siquiera permitieron que lo fotografiasen. Piensa en ello. Inglaterra y Alemania estaban enzarzadas en una guerra a muerte. Aunque el prisionero se hubiera negado a colaborar, a los británicos no les hubiera costado nada hacer públicas falsas declaraciones de Hess en contra de Hitler. Imagina cómo hubiera subido eso la moral de los ingleses. Y el efecto negativo sobre el pueblo alemán. Sin embargo, los ingleses ni siquiera lo intentaron. La única explicación que se me ocurre es que los ingleses sabían que el que estaba en su poder no era el auténtico Hess. Se daban cuenta de que si trataban de utilizarlo contra los nazis, Joseph Goebbels podría salir diciendo. «¡Estúpidos! El que tenéis encarcelado no es más que un simple cabo», o algo por el estilo.

—De ser eso cierto, ¿por qué los nazis no lo denunciaron desde el principio?

Natterman sonrió enigmáticamente.

—Los motivos de Hitler se me escapan. Pero en cuanto a los otros altos mandos

nazis, Göring, Himmler, éstos se sentían demasiado felices por haberse librado de Hess, ya que éste era su principal rival en la estima de Hitler. Si al Führer, por los motivos que fuesen, no le importó que el mundo entero creyese que su amigo de toda la vida y principal confidente se había vuelto loco y era prisionero de los británicos, los principales rivales de Hess debieron de estar encantados de seguirle al Führer la corriente. —Natterman se frotó las manos—. Sí, todo encaja a las mil maravillas.

—Eso dice el gran profesor —comentó secamente Ilse—. Pero te olvidas de algo. Aunque los aliados tuvieran motivos para mantener la boca cerrada, ¿por qué demonios el doble, aunque hubiese accedido voluntariamente a cumplir la misión, se mantuvo en silencio durante casi cincuenta años? ¿Con qué podían amenazarlo? El confinamiento en solitario en Spandau debió de ser la muerte en vida.

Natterman movió la cabeza.

—Eres una chica lista, Ilse, pero en cierto modo también eres espantosamente ingenua. Los militares no tienen que acceder a cumplir una misión: se les ordena y punto. En el Reich Hitleriano, una negativa suponía la muerte instantánea. ¿Viste la palabra *Sippenhaft* en los papeles?

Ilse hizo un gesto de asentimiento.

—¿Qué significa? ¿Castigo tribal?

—Sí, más o menos. El *Sippenhaft* era una costumbre bárbara que Himmler tomó de las viejas tribus teutonas. Según ella, el castigo no sólo debía infligirse al traidor, sino a todo su clan. Después de que Graf von Stauffenberg trató de asesinar a Hitler, no sólo ejecutaron al conde, sino a toda su familia. Seis de las víctimas tenían más de setenta años. Eso es el *Sippenhaft*, Ilse, y no se ha inventado medio más eficaz para que la gente mantenga la boca cerrada.

—Pero al cabo de cinco décadas... ¿quién quedaría para ejecutar la sentencia?

Natterman puso los ojos en blanco.

—¿Qué me dices de esos psicópatas neonazis con la cabeza rapada que por las noches merodean por las calles como vándalos? ¿No lo crees? Entonces, ¿qué me dices de esos «soldados de Fénix» que Número Siete menciona? Él, ciertamente, parece sentir terror hacia ellos. Y no olvides que hacia el final de la guerra había más de cinco millones de *Waffen SS* bajo las armas en todo el mundo. Cinco millones. No sé cuántos SS, cuántos miembros de la orden de la calavera, sobrevivieron; quizá sólo fueran unos centenares, pero da lo mismo. Incluso hoy en día, uno solo de esos fanáticos bastaría para acabar con la familia de un hombre. Yo peleé en la guerra, y me sería fácil pegarle un tiro a cualquiera por la calle esta misma noche. —Natterman consultó su reloj—. Y con esto ya he dicho todo lo que tenía que decir sobre el tema —anunció—. Debo irme.

—¿Irte? —preguntó Ilse, inquieta—. ¿Adónde?

Natterman cogió su portafolios.

—A hacer lo que hay que hacer. A proclamar ante el mundo que, durante la guerra, los arrogantes e hipócritas ingleses no fueron mejores que los alemanes. —

Los ojos del viejo relucieron con un brillo juvenil—. Ilse, esto podría ser el descubrimiento académico del siglo.

—¿Qué estás diciendo, *Opa*? Esos papeles te están afectando igual que a Hans.

Natterman miró a su nieta con el entrecejo fruncido.

—Por cierto, ¿dónde está Hans?

—En la comisaría... supongo. —Ilse trató de poner buena cara pero no lo consiguió, pues Hans llevaba fuera demasiado tiempo—. *Opa*... ¿y si averiguaran lo que hizo Hans? Lo que encontró... ¿Qué le harían?

—No lo sé —replicó sinceramente el profesor—. ¿Por qué no llamas a la comisaría? Si los superiores de Hans no saben lo de los papeles, tu llamada no lo puede perjudicar. Y si lo saben... supongo que estarán esperando que llames, ¿no crees?

Ilse fue con paso inseguro hacia el teléfono de la sala y descolgó.

—Escucha con atención —le aconsejó Natterman—. Fíjate en las voces de fondo, en todo...

—Sí, sí... ¿Hola...? ¿Puedo hablar con el sargento Hans Apfel? Soy su esposa. Oh. ¿Sabe dónde puede estar? —Cubrió el micro con una mano—. El sargento de guardia dice que conoce a Hans, pero que esta noche no lo ha visto. Ha ido a mirar. —Quitó la mano—. ¿Perdón? ¿Es usted la misma persona con la que hablé antes? Sí, estaré en casa toda la noche. —Natterman negó vivamente con la cabeza—. Lo siento —se apresuró a decir Ilse—. Tengo que irme. —Dejó el teléfono sobre su horquilla.

—¿Qué te han dicho? —preguntó Natterman.

—Hans se pasó por allí para responder a unas cuantas preguntas, pero se fue en seguida. El sargento dice que no estuvo allí más de veinte minutos. ¿*Opa*...?

Natterman acarició la estremecida mejilla de su nieta.

—Ilse, cuando Hans se siente tenso, ¿va a algún sitio en particular?

Ilse permaneció en silencio unos segundos y al fin las palabras escaparon de sus labios.

—¡Habló de enseñarle los papeles a un periodista para vendérselos!

—Dios mío —dijo Natterman palideciendo—. Espero que no se le ocurra hacerlo.

—Dijo que no lo haría pero...

—Ilse, ¡tu marido no puede hacer eso! ¡Es peligrosísimo, una completa locura!

—Ya lo sé... pero... lleva tanto tiempo fuera de casa... Quizá esté en algún sitio hablando con un periodista.

Natterman movió la cabeza.

—Espero que así sea, Dios me perdone. Lo más probable es que llegue en cualquier momento. Pero, lamentablemente, no me es posible esperar al muchacho. —Alzó una mano—. Por favor, Ilse, no más preguntas. Pasaré por la universidad para recoger unas cosas, y luego me iré de la ciudad.

—¿Te vas de la ciudad? ¿Por qué?

Natterman se puso el abrigo, cogió su portafolios y su paraguas, que estaba en el

paragüero junto a la puerta.

—Porque en Berlín cualquiera podría encontrarme. En estos mismos momentos hay gente buscando estos papeles, me lo dice el corazón. —Puso una mano sobre el hombro de Ilse—. Nos hemos tropezado con un avispero, pequeña. Intento hacer lo más adecuado. Ahora son las nueve. Espera aquí hasta medianoche. Si para entonces Hans no ha regresado, quiero que te marches. Estaré en la vieja Cabaña.

—¿En el canal? ¡Pero eso está a doscientos kilómetros de aquí!

—Espero que sea suficiente distancia. Hablo en serio, Ilse: si a medianoche Hans no ha llegado, márchate. El teléfono de la cabaña sigue conectado. ¿Tienes el número?

Ella asintió con la cabeza.

—Pero... ¿y Hans? —preguntó con voz trémula.

El profesor dejó el portafolios y abrazó a su nieta.

—Hans es un hombre hecho y derecho —dijo con voz suave—. Un policía. Sabe cuidar de sí mismo. Cuando pueda, ya se pondrá en contacto con nosotros. Ahora debo irme. Haz exactamente lo que te he dicho. —Palmeó su portafolios—. Este pequeño descubrimiento va a intranquilizar a mucha gente.

Demasiado nerviosa para discutir, Ilse besó a su abuelo en la mejilla.

—Ten cuidado —recomendó—. Por si no lo recuerdas, ya no eres ningún jovencito.

—No —murmuró Natterman con ojos relucientes—. Pero soy una vieja y sabia víbora. —Sonrió—. Espero que no hayas olvidado tu apellido. «Natter» sigue significando «víbora». No te preocupes por mí.

Dicho esto, el profesor besó a Ilse en la frente y salió por la puerta. Dirigió una desdeñosa mirada al viejo ascensor y luego se encaminó hacia la escalera. Pese a su nerviosismo, comenzó a descender con el cuidadoso paso de un anciano. No percibió que detrás de él volvía a abrirse una puerta de la escalera, y tampoco oyó el suave rumor de los pies en calcetines de Jonas Stern bajando sigilosamente los peldaños.

A aquellas alturas, Stern ya conocía el juego y sabía que tenía una única regla: seguir a los papeles. El hombre se dijo que resultaba extraño cómo el pacífico presente podía ser despedazado por unos cuantos rasgos trazados por una vieja estilográfica. Enigmáticos telegramas procedentes de un pasado turbulento. En un bolsillo del israelí había otro pedacito de papel, la semilla de la premonición que lo había hecho volver a Alemania al cabo de tantos años. Una hora antes de adentrarse en el desierto del Negev en dirección al aeropuerto Ben-Gurion, Stern había sacado el papel del pequeño cofre, recuerdo de Jerusalén: el arca de los asuntos pendientes. Se trataba de una vieja caja de madera de cerezo que contenía los enigmas y cabos sueltos que seguían intrigando a Stern. El papel que llevaba en un bolsillo era una breve nota sin firmar escrita en caracteres cirílicos. Un judío ruso se la tradujo a Stern

el mismo día en que la nota llegó a su oficina: el 3 de junio de 1967.

¡Hombres de Sión, guardaos! ¡El nefasto fuego de Armagedón puede abatirse pronto sobre vosotros! No me impulsa a hablar el amor ni el odio, sólo la conciencia. El temor a la muerte impide que mi mano revele el secreto del peligro que os acecha, pero la clave os aguarda en Spandau. ¡Dios es el juez final de todos los pueblos!

Los colegas de Stern no le dieron importancia a la nota. En Israel, las profecías apocalípticas eran cosa frecuente. Todas las que se recibían eran rutinariamente investigadas, pero los peli gros que tales profecías anunciaban rara vez eran reales. Sin embargo, Stern tuvo una corazonada respecto a aquella nota en particular. Era imprecisa, sí. ¿Se refería el autor a la prisión Spandau, en Berlín Oriental, o al distrito de Spandau, que ocupaba trece kilómetros cuadrados de la ciudad? Stern nunca consiguió averiguarlo. A los dos días de la llegada de la «nota de Spandau» estalló la guerra del 67. Las bombas comenzaron a caer sobre Jerusalén y la nota fue arrumbada como correspondencia basura. Israel estaba en peligro, pero a causa de los tanques y aviones egipcios, y no del «nefasto fuego de Armagedón», fuera cual fuera el significado de tales palabras.

Luego, cuando el humo se hubo disipado y los muertos estuvieron enterrados, los superiores de Stern decidieron que la nota no había sido más que un aviso acerca de los inminentes planes bélicos de Egipto. A fin de cuentas, la nota estaba en ruso, y eran los rusos quienes habían suministrado las armas a los egipcios. «Un comunista con fondo religioso —dictaminaron—, de los que nunca faltan.» Pero Stern nunca aceptó tal explicación. ¿Por qué se mencionaba precisamente Spandau? Por eso decidió guardársela.

Al pie de la escalera volvió a ponerse los zapatos y luego salió a la calle y se perdió entre las frías sombras. Cuarenta metros Lützenstrasse arriba caminaba el profesor Natterman, sujetando su portafolios como si estuviera lleno de diamantes. Detuvo un taxi que pasaba y montó en él. Stern sonrió y se subió a su coche alquilado.

Cuatro pisos más arriba, detrás de una puerta cerrada con tres cerrojos, Ilse aguardaba sentada en el suelo, con las piernas cruzadas, los ojos fijos en el reloj de pared y ambas manos apoyadas en el teléfono.

21.40 horas. Polizei Abschnitt 53

Aparentemente, el ruido de la tubería contra el acero llegaba más lejos que la voz humana. Hans llevaba menos de un minuto golpeando las rejas cuando la puerta del sótano se abrió de golpe y el haz de una potente linterna taladró las sombras.

—¡Basta de ese puto estrépito! —ordenó una voz gutural.

Otra vez Rolf, pensó Hans. La palabrota lo había delatado. Detrás de Rolf se encontraba el mismo barbudo de antes, pero en esta ocasión la pareja permaneció lejos de la celda, apuntando la linterna hacia ella.

—¿Qué pasa? —preguntó Rolf tras el resplandor—. ¿Qué demonios quieres? ¿Crees que las instalaciones no están a la altura de tu categoría?

Hans abrió y cerró los puños, furioso. Si al menos lograra atraer a uno de ellos al interior de la celda...

—Este hombre está muerto —dijo señalando la camilla.

Ninguno de los dos guardianes respondió.

—Si no me creen, entren y tómenle el pulso.

—Si está muerto, ¿qué podemos hacer? —preguntó Rolf riendo su propia lógica.

—¡Sáquenlo de aquí! —gritó Hans.

—Lo siento —dijo el otro guardián en tono comprensivo—. Nos han dado orden de que no entremos.

Desesperado, Hans empujó la camilla hacia la parte delantera de la celda y sacó el inerte brazo de su amigo por entre las rejas.

—¡Tóquenlo, maldita sea!

—Tranquilo —dijo el segundo guardián—. Yo lo haré. —Tomó diestramente la muñeca de Weiss entre el pulgar y el corazón y contó hasta treinta—. Es cierto, este hombre está muerto.

Rolf también le tomó el pulso a Weiss.

—Muy bien, lo está. Tendrás que quedarte con él, sargento. Ya enviaremos a alguien a buscarlo más tarde.

Hans se volvió hacia el muro, desesperado. Evidentemente no podría atraer al interior de la celda a ninguno de aquellos dos gorilas. Cuando al fin se giró de nuevo, los dos hombres habían desaparecido. Se dirigió hacia la parte posterior de la celda y se sentó en una caja de cartón. Esperaré, se dijo. Tarde o temprano, alguien vendrá, y entonces...

Quince minutos más tarde la puerta del sótano volvió a abrirse. Esta vez Hans no oyó tropezones ni palabrotas. El rumor de botas era fuerte y regular. Los que llegaban conocían el camino.

—Por aquí, idiota —dijo una voz incorpórea.

Para Hans, los siguientes segundos constituyeron una sorpresa total. Cuando las botas se detuvieron frente a la celda, el haz de la linterna lo apuntó y lo cegó totalmente. Hans frunció los ojos. A continuación, en la oscuridad de detrás del resplandor, sonó una voz que le heló el corazón.

—¿Hans? ¿Estás bien?

Oh, Dios... Según sus pupilas se iban contrayendo y lograban filtrar parte de la cegadora luz, Hans vio la mano que sostenía la linterna al otro lado de las rejas. Un poco más arriba era vagamente visible el bigotudo rostro del capitán Dieter Hauer.

Tras el capitán flotaba la maligna sonrisa de Rolf.

Hans notó que una acre oleada de bilis le subía hasta la garganta. ¡Fuera lo que fuera lo que estaba ocurriendo, Hauer estaba metido en ello! La cabeza le daba vueltas mientras se negaba a creer que su propio padre fuera cómplice del asesinato de su amigo. Sintió un enorme dolor en el pecho, como si el corazón se le acabase de partir. ¡Entra aquí, cabrón!, pensó furioso. ¡Entra aquí y verás!

Por lo visto, eso era justamente lo que Hauer se proponía hacer. Volviéndose hacia Rolf, pidió.

—Dame la llave.

—Pero tenemos orden de no entrar... —replicó Rolf—. El teniente Luhr dijo... Hauer le quitó a Rolf la llave de la mano y abrió la puerta de la celda.

—Hans, escucha —dijo con voz suave—. Tengo que pedirte...

—¡Aaaaaagr!

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, Hans tomó impulso y se lanzó hacia el vientre de Hauer. Hizo impacto contra él y lanzó al hombre contra las rejas de acero, dejándolo sin aire en los pulmones. El capitán se derrumbó dando boqueadas. Hans lo agarró por el cuello y, cegado por el odio, comenzó a estrangularlo. Aquel hombre iba a pagar por la muerte de Weiss y por muchas otras cosas...

Para Rolf fue pan comido coger el pedazo de tubería y dejar a Hans inconsciente. Hecho esto, pateó inclemente el cuerpo de Hans y reanimó al capitán agarrándolo por el cinturón y levantándolo repetidamente del suelo. Lentamente, Hauer se incorporó a medias y miró a Hans, que yacía inmóvil en el suelo de la celda.

—Gracias —tosió.

—Me debes una —dijo Rolf—. ¡Ese capullo quería matarte!

—No lo culpo por ello —murmuró Hauer.

—¿Cómo? —Rolf frunció los párpados—. Por cierto... ¿qué ibas a decirle?

Hans gimió y giró sobre sí mismo golpeándose la cabeza contra las rejas.

—Mierda —gruñó Rolf—. ¿Por qué no nos cargamos a este *Klugscheisser* y listo?

—Lo necesitamos. Ayúdame a ponerlo sobre una de estas cajas.

Hans se incorporó. Lentamente enfocó la mirada. Un poco de vómito le había caído sobre la pechera de la camisa.

—Pa... —gimió—. ¿Padre? No es posible que tú formes parte de esto...

—¿Qué ha dicho? —preguntó Rolf.

—Delira.

—¡Weiss ha muerto! —exclamó de pronto Hans.

—Y tú no tardarás en morir, capullo de mierda —escupió Rolf.

Los cuatro segundos siguientes fueron una difusa sucesión de raudos movimientos. Los labios de Hauer se extendieron en una fina sonrisa. Con la rapidez del rayo, se volvió hacia Rolf y le rompió la mandíbula con un devastador golpe del puño derecho. Casi simultáneamente, agarró la tubería con la mano izquierda, la

descargó contra la cabeza de Rolf y le fracturó el cráneo con un estremecedor chasquido. Rolf ya estaba muerto antes de caer al suelo.

Hans ya se sentía ofuscado por el golpe en la cabeza, y el imprevisto giro de la situación terminó de aturdirlo. Pero no había tiempo para pensar. Hauer se arrodilló junto a él.

—¡No me preguntes nada! —masculló—. ¡No digas nada! No sé cómo te las has arreglado, pero estás metido en este embrollo de hoz y de coz. Ignoro si Weiss estaba en el ajo, pero esta noche ha sido él quien ha pagado el pato. Tú ocultas algo... Me cuentas de ello durante la pequeña audiencia que organizó Funk, y todos los que estaban allí también lo advirtieron. No sabes mentir, Hans. Eres demasiado honrado.

—Aguarda... no entiendo... —tartamudeó Hans—. ¿Por qué?

—¡Calla! Vamos a dar el paseo más peligroso de nuestras vidas. Si alguien encuentra a este saco de mierda antes de que salgamos de la comisaría, somos hombres muertos. ¿Puedes moverte?

Hans trató de incorporarse pero las piernas le fallaron.

—¡Levanta!

—No puedo... La cabeza me da vueltas...

—¡Caray!

Con súbita violencia, Hauer empujó el cadáver de Weiss de modo que lo hizo caer de la camilla al suelo.

—¡Capitán!

—Escucha, Hans, él ya no está. Nosotros seguimos vivos. Cuando regrese, debes estar preparado.

Con pasmosa velocidad, Hauer empujó la camilla a través del oscuro sótano, plegó las patas y la arrastró escalera arriba. Al cabo de dos minutos regresó a la celda y se inclinó sobre Hans.

—Te cargaré hasta donde he dejado la camilla y luego te sacaré en ella por la puerta trasera. ¿Aguantarás?

Hans asintió, ofuscado.

—Antes de irnos quiero que veas algo.

Hauer cogió la linterna y apuntó su haz hacia la parte izquierda del roto cráneo de Rolf. Tanteó el rubio cabello hasta encontrar lo que buscaba, alzó ligeramente la cabeza y se echó hacia atrás para dejar sitio a Hans.

—Primero esto —dijo—. Mira.

Hans miró. Al principio no vio más que las ensangrentadas raíces del rubio cabello de Rolf. Luego pasó los dedos por el cuero cabelludo limpiándolo de parte de la sangre. Hans lo vio detrás de la oreja derecha. Un tatuaje. Una aguja diestramente manejada había inyectado tinta roja bajo la piel de Rolf. El dibujo en sí medía menos de dos centímetros, pero era muy detallado. Se trataba de un ojo. Un único ojo elegantemente curvado. Con párpado pero sin pestañas. A Hans se le subió el estómago a la garganta. El ojo era idéntico al que había visto dibujado en la primera

página de los papeles de Spandau. «Deben seguir al Ojo. ¡El Ojo es la clave de todo!»

—¿Lo ves? —gruñó Hauer.

Hans asintió, aturdido.

La cabeza de Rolf golpeó contra el suelo de hormigón. Hauer cruzó la celda y arrastró el cadáver de Weiss hasta el lugar en el que Hans permanecía sentado contra la pared.

—Todo esto tardarás algún tiempo en olvidarlo —dijo.

Colocó las manos sobre la camisa de Weiss, le desgarró la pechera y comenzó a subirle la camiseta.

—Pero... ¿qué haces? —preguntó Hans indignado por aquella última ofensa infligida al cadáver.

Hauer cogió la linterna y apuntó su haz sobre el casi lampiño pecho de Weiss. Hans se echó hacia adelante, aguzó la vista y se quedó paralizado. El pecho de Weiss estaba bañado en sangre.

—Respira hondo —le aconsejó Hauer, y empapó casi toda la sangre con la camiseta de Weiss—. Ahora —dijo—. ¿Lo ves?

A Hans la vista se le nubló a causa del horror. Profundamente embutida dentro de la carne de Erhard Weiss por medio de algún macabro instrumento, había una gran estrella de seis puntas. La estrella de David. Los bordes de las rectas heridas se encontraban tan desgarrados que debían de haber sido hechos con un destornillador o una lima. Hans sintió que por la garganta le subía un geiser de vómitos. Ahogó una arcada y se dio media vuelta.

—¡No! —exclamó Hauer agarrándolo por el hombro—. ¡Levanta!

Casi ahogándose con su propia bilis, Hans trató de ponerse en pie. Tras emitir un gruñido, Hauer lo agarró, se lo echó al hombro como si fuera un saco y salió de la celda. Mientras cruzaba el atestado sótano tropezó dos veces, pero en ambas ocasiones logró recuperar el equilibrio. Subir la escalera fue más trabajoso. Cada nuevo peldaño requirió del fatigado cuerpo de Hauer más tiempo y energía que el anterior.

—¡Alto! —suplicó Hans temiendo que en cualquier momento cayeran ambos—. Bájame. Puedo arreglármelas solo.

En el momento en que notaba que los amplios hombros de Hauer se encorvaban debido al esfuerzo, Hans vio un resquicio de luz entre las sombras. La puerta del sótano. Lo habían conseguido. Gruñendo, Hauer abrió la puerta de una patada y depositó a Hans en la camilla.

—Que no se te ocurra ni respirar —dijo resoplando como un caballo de tiro—. Si alguien nos detiene, yo me ocuparé de él. ¡Tú quédate en la camilla! Si me preguntan, diré que tú mataste a Rolf y luego yo te maté a ti. Punto.

Hauer puso la camilla en movimiento y giró a la derecha; llevaba su contrabando humano en dirección a la entrada posterior que había utilizado Hans al llegar. Hans abrió un ojo para orientarse, pero en seguida Hauer le dio un leve capón. Tras doblar

la última esquina, Hauer vio al joven policía que había parado a Hans al llegar. El hombre se levantó de su escritorio antes de que Hauer llegase a su altura.

—¿Adónde se lleva a este hombre? —preguntó—. Nadie puede salir de la comisaría sin una autorización por escrito del prefecto.

—Este hombre está muerto —dijo Hauer deteniéndose—. Cuando entró aquí estaba vivo. El prefecto no escribe órdenes que lo relacionen con cadáveres incómodos. Ahora, déjeme pasar.

Por un momento, el agente dudó. Luego alzó la barbilla y, en tono arrogante, dijo.

—Aquí no estamos más que nosotros. No creo que pase nada malo porque llame al teniente Luhr.

Descolgó el teléfono y se inclinó sobre el rostro de Hans y lo miró fijamente. Hans permaneció totalmente inmóvil, pero eso no los habría salvado. Hauer comprendió lo que se avecinaba, pues la mano del agente se movía hacia la muñeca de Hans para tomarle el pulso...

Hauer descargó el puño derecho como un martillo contra la sien del hombre. Hans desorbitó los ojos cuando el cuerpo del hombre le cayó encima, pero no se movió de la camilla. Rápidamente, Hauer utilizó el cordón telefónico para atarle las muñecas al policía inconsciente. Luego vio una servilleta de tela sobre el escritorio, la cogió, se la metió al agente en la boca y lo dejó caer al suelo.

—¡Aguanta! —exclamó.

Empujó la camilla y cruzó con ella la pesada puerta que conducía al estacionamiento posterior. El frío los golpeó con su helado puño.

—¡Levanta! —dijo Hauer—. ¡Tenemos que robar un coche! ¡Dejé el mío delante de la estación!

—El mío está aquí —gruñó Hans tratando de incorporarse.

—¿Tienes la llave?

—Nadie me la quitó.

—¡Idiotas! ¡Dámela!

Hans sacó la llave del bolsillo y se la entregó a Hauer. Éste lo ayudó a bajarse de la camilla y a montar en el coche. Luego se puso al volante y accionó el encendido. Increíblemente, el Volkswagen se puso en marcha a la primera.

—Es nuestro día de suerte —gruñó Hans aún algo atontado por el golpe en la cabeza.

Hauer salió del estacionamiento conduciendo despacio, tomó rumbo sur en la Friedrichstrasse para evitar a los periodistas y se metió por la primera bocacalle que encontró. Tenía que tomar rápidamente varias decisiones pero no se le ocurría, ningún sitio seguro donde tomarlas con tranquilidad. Sigue conduciendo, se dijo. Dirígete hacia los arrabales y procura mantener la cabeza clara. El instinto lo guiaría, como siempre. Quizá Hans pudiera sugerirle una dirección. Tendió la mano y obligó a su hijo a levantar la cabeza.

—¡Despierta! ¡Tenemos que hablar!

—Dios mío... —murmuró Hans—. Weiss... ¿qué le hicieron?

Hauer pasó a poca velocidad frente a la Anhalter Bahnhof y luego se metió por otra calle lateral.

—Lo de antes no ha sido más que un juego comparado con lo que nos harán si nos encuentran. Más vale que tengas listas unas cuantas respuestas, Hans. Me estoy jugando la placa, la reputación, la pensión y, probablemente, la vida. Y como se te ocurra mencionar ahora nuestro estúpido acuerdo, yo mismo te partiré la crisma. Ahora, haz algo útil. Vigila por si ves algún coche patrulla.

Pidiéndole a Dios que lo despertara de aquella pesadilla, Hans se irguió en su asiento, se llevó una mano a la dolorida cabeza y comenzó a escrutar las gélidas sombras de Berlín.

CAPÍTULO SIETE

21.55 horas. Sector Británico. Berlín Occidental

Mientras el capitán Hauer se alejaba en el Volkswagen de Hans de la Polizei Abschnitt 53, a treinta calles de distancia, el profesor Natterman se apeó de un taxi, pagó la carrera y se mezcló con la multitud que llenaba la Zoo Station. Intentó caminar despacio, pero le resultó difícil. Perder el tren significaría tener que permanecer varias horas en la estación sin nada que hacer salvo preocuparse por las nueve hojas de papel cebolla que llevaba pegadas a la parte inferior de la espalda. Vio una taquilla con poca gente delante, se puso en la cola y dejó en el suelo su pesada maleta.

Diez minutos más tarde, el profesor Natterman se encontraba cómodamente instalado en un compartimento de primera, enfrascado en la lectura de un breve libro del doctor J. R. Rees, el psiquiatra militar británico que había supervisado el primer interrogatorio extenso de Rudolf Hess tras el famoso vuelo del jerarca nazi. La lectura era tediosa, y a Natterman le costó concentrarse. Volvía a pensar una y otra vez en los papeles de Spandau. No le cabía duda de que el prisionero Número Siete había dicho la verdad, aunque sólo fuera porque, hasta la fecha, el hombre era el único que había dado una versión de lo sucedido en la que todos los hechos conocidos encajaban.

En opinión de Natterman, el caso Rudolf Hess tenía una gran similitud con el asesinato del presidente norteamericano John F. Kennedy. Simplemente, existía demasiada información. Un exceso de hechos, inconsistencias y conjeturas. Todo el mundo tenía su teoría favorita referente a la conspiración. Si se atendían las evidencias médicas que parecían demostrar que Número Siete no era Hess, las teorías predominantes eran dos. Natterman no creía en ninguna de ellas, pero, como casi todas las teorías descabelladas, cada una de ellas tenía una tentadora base de realidad.

La primera teoría, adelantada por el médico británico que descubrió las pruebas médicas, afirmaba que uno de los nazis más destacados (o Heinrich Himmler o Hermann Göring) quiso sustituir a Hitler. Para conseguirlo, o Göring o Himmler (o ambos) habrían ordenado derribar al auténtico Hess sobre el mar del Norte, para enviar luego a su doble a Inglaterra. Supuestamente, una vez allí, el doble habría preguntado al gobierno británico si estaría dispuesto a aceptar la paz con Alemania en el caso de que alguien distinto a Hitler gobernase en Berlín. Natterman consideraba esto una fantasía. Naturalmente, ambos dirigentes nazis poseían poder suficiente para dar tal orden. Y existían muchas pruebas que sugerían que ambos hombres supieron por adelantado que Hess planeaba volar a Gran Bretaña. Pero la cuestión que Natterman no podía dejar de lado era por qué Himmler o Göring habrían decidido matar a Hess para luego utilizar a su doble en una misión tan delicada. Se trataba de

un plan descabellado que habría conllevado el enorme riesgo de que Hitler lo descubriese y que, por consiguiente, era totalmente impropio tanto del prudente jefe de las SS como del extravagante pero cauto comandante de la Luftwaffe. Sólo una semana antes del vuelo de Hess, Himmler mandó a un enviado secreto a Suiza para discutir la posibilidad de una paz angloalemana con él mismo como canciller del Reich. Aquello podía no ser tan emocionante como un asesinato en las nubes, pero estaba más cerca del modo que tenía Himmler de hacer las cosas.

La otra teoría mantenía que el auténtico Hess había llegado a Inglaterra con vida, pero que el gobierno inglés, por sus propias razones, deseó silenciarlo. Supuestamente mataron a Hess y luego buscaron entre los prisioneros de guerra alemanes a un doble adecuado, al que le lavaron el cerebro, lo sobornaron o lo sometieron a chantaje para que se hiciera pasar por el lugarteniente del Führer. Para Natterman, aquello eran simples paparruchas. Según sus investigaciones, un hombre con el cerebro lavado no era más que un zombi incapaz de hacerse pasar por Hess no ya durante cuarenta y siete años, sino durante unas pocas horas. En cuanto al soborno o al chantaje de los británicos, Natterman no creía que ningún imitador alemán hubiera estado dispuesto a sacrificar cincuenta años de su vida a causa del dinero o las amenazas de los ingleses.

Sin embargo, también esta teoría tenía una base parcial de realidad. Ningún historiador solvente dudaba de que el gobierno inglés trató de enterrar el caso Hess. Esto había quedado demostrado una y otra vez a lo largo de los años, y el profesor Natterman no desechaba la posibilidad de que los británicos hubieran matado al doble de Hess hacía sólo cuatro semanas. También era cierto que sólo un alemán de nacimiento podría haberse hecho pasar por Hess durante tantos años. Pero no cualquier alemán; tendría que haber sido un alemán adiestrado específicamente por los nazis para hacerse pasar por Hess, y cuyos servicios o fueron voluntarios o estuvieron motivados por la amenaza de un castigo terrible. Un castigo como el *Sippenhaft*.

Natterman sintió un escalofrío de emoción. El autor de los papeles de Spandau había satisfecho de sobra todos aquellos requisitos. Por primera vez, alguien había adelantado una posibilidad verosímil —probablemente la única— acerca de cuándo y cómo el doble había sido sustituido por el auténtico Hess. Si los papeles estaban en lo cierto, la sustitución nunca se produjo. Hess y su doble habían volado a Inglaterra en el mismo avión. ¡Fue el doble el que desde el principio estuvo en poder de los ingleses! Natterman recordó que un destacado periodista inglés había escrito una novela sugiriendo que, como el Messerschmitt 110 era un avión biplaza, Hess pudo haber volado acompañado a Gran Bretaña. ¡Pero nadie había sugerido que el pasajero fuera el doble de Hess!

Natterman tamborileó nerviosamente con los dedos y pasó a hacer un análisis más riguroso de las distintas teorías. Los hechos eran competencia de los profesores de historia; los motivos eran competencia de los historiadores. En último extremo, lo

que contaba no era cómo llegó el doble a Inglaterra, sino por qué. ¿Por qué se consideró necesario que tanto el doble como el auténtico Hess volaran a Inglaterra, como los papeles de Spandau aseguraban que había sucedido? ¿Por qué se consideró necesario que el doble permaneciera en Spandau? ¿Habría sido el impostor asesinado por el mismo motivo? Y, de ser así, ¿quién lo mató? Las pruebas circunstanciales apuntaban hacia los británicos. Sin embargo, si los británicos eran los culpables, ¿por qué habían esperado hasta hacía sólo unas semanas para matarlo? Públicamente, lo mismo que Francia y Estados Unidos, los ingleses habían solicitado la puesta en libertad de Número Siete, aunque sabían perfectamente que podían confiar en el veto de los rusos, como había sucedido todos los años desde...

Dios mío, pensó de pronto Natterman. ¿Sería eso? ¿Sería que Mijail Gorbachov, dentro del espíritu de la Glasnost, había propuesto al fin la puesta en libertad de Hess? Mientras Natterman anotaba esta posibilidad en el margen del libro del doctor Rees, la enorme locomotora diésel amarillo brillante soltó los frenos con un fuerte siseo, y el tren comenzó a salir de la enorme Zoo Station en dirección a los tranquilos campos de la RDA. Dentro de unos minutos, el tren entraría en el angosto y frágil corredor que comunicaba la isla de Berlín Occidental con la República Federal Alemana. Natterman bajó la cortinilla de plástico de su ventanilla. Fuera merodeaban fantasmas que él no deseaba ver. Recuerdos ya enterrados habían sido exhumados por los papeles que en aquellos momentos él estaba sacando de contrabando de la Alemania comunista. Dios mío, ¿terminará alguna vez todo esto?, se preguntó. Los engaños, las muertes... Tocó el pequeño bulto de debajo de su suéter. Las muertes... Habría más, lo presentía.

Sin embargo, no podía entregar los papeles de Spandau, todavía no. Aquellas nueve finas hojas de papel eran su última posibilidad de recuperar el prestigio académico. Antaño, él era un gigante académico. En una ocasión, un colega le contó que oyó a Willy Brandt citar la obra de Natterman nada menos que tres veces en un discurso en el Bundestag. ¡Tres veces! Pero Natterman escribió su libro más de tres décadas atrás. En los años sucesivos logró no caer en el olvido por medio de artículos que le publicaron en calidad de «colaborador distinguido», pero ninguna editorial manifestó interés por nuevos libros de Natterman. El gran profesor había dicho cuanto tenía que decir en *Desde Bismarck hasta el bunker*, o al menos eso se pensaba. Pero ahora, se dijo, entusiasmado, ahora aquellos cretinos harían cola a su puerta. Cuando publicase su detonante traducción de *El diario secreto del prisionero Número Siete de Spandau*, en el que resolvería el mayor enigma de la segunda guerra mundial, los editores le suplicarían que les concediese el privilegio de publicar sus libros.

Sobresaltado por una llamada en la puerta de su compartimento, Natterman metió el libro del doctor Rees bajo el cojín de su asiento y se puso en pie. Serán los de aduanas, se tranquilizó. Aquélla era precisamente la razón de que hubiera elegido el tren para huir de la ciudad. Los trenes que circulaban entre Berlín Occidental y la

República Federal no hacían paradas en el interior de Alemania Oriental, así que el control de pasaporte y la emisión de visados se realizaban durante el viaje. Y, lo más importante, no registraban los equipajes.

—¿Sí? —dijo—. ¿Quién es?

Alguien hizo girar el tirador y la puerta se abrió. Un hombre alto, enjuto, moreno y de ojos brillantes miró al profesor con sorpresa. Una vieja bolsa de cuero le colgaba de la mano izquierda.

—¡Oh, vaya! ¡Lo lamento muchísimo!

El hombre hablaba con el acento de los ingleses de clase alta. Natterman lo miró de arriba abajo. Como mínimo tiene mi edad, pensó. Un tipo fornido, flaco, bronceado, de nariz ganchuda. Pensándolo bien, tiene más aspecto de judío que de inglés. Lo cual es ridículo, ya que ni el judaísmo es una nacionalidad, ni el ser inglés es una religión, aunque ciertos ingleses y ciertos judíos piensen lo contrario.

—Vaya por Dios —dijo el recién llegado mirando a su alrededor—. Me llamo Stern. Lo lamento muchísimo. No logro encontrar mi compartimento.

—¿Qué número es? —preguntó Natterman recelosamente.

—El dieciséis, como pone en la puerta. —Stern le mostró a Natterman una llave. Natterman la examinó.

—Acertó en el número, pero se equivocó de vagón. Su compartimento es de segunda y está en el vagón anterior.

Stern se guardó rápidamente la llave.

—Pues tiene usted razón. Gracias, amigo.

—De nada. —Natterman observó detenidamente al intruso mientras éste se disponía a salir—. Pensaba que le había echado el cerrojo a la puerta —dijo.

—Pues no, no creo —replicó Stern—. La empujé y se abrió.

—¿Su llave encajó en la cerradura?

—Al menos entró. ¿Quién sabe? En la ruta de Berlín siempre usan los trenes más viejos. Probablemente, una sola llave abre la mitad de los compartimentos. —Stern sonrió—. Repito que lo siento.

Por unos momentos, el bronceado rostro del desconocido reflejó una expresión de vivo interés que armonizaba con el intenso brillo de sus ojos. Fue como si una careta de carnaval se hubiese caído accidentalmente antes de la medianoche. Stern pareció a punto de decir algo, luego sonrió, salió del compartimento y cerró la puerta.

Desconcertado y algo incómodo, Natterman se sentó de nuevo. ¿Un accidente? Aquel tipo no parecía de los que se equivocaban de compartimento, se dijo. No lo parecía en absoluto. Y algo en él le había resultado familiar. No su rostro... sino su porte, erguido, casi marcial. Además, estaba demasiado bronceado para vivir en Berlín. Imposiblemente bronceado en realidad. El profesor recuperó el libro del doctor Rees de debajo del cojín y se golpeó nerviosamente la pierna con él. Un militar, pensó de pronto. Natterman se hubiese jugado el sueldo de un año a que el hombre que había entrado por equivocación era un antiguo militar. Y además inglés,

se dijo notando que el corazón se le aceleraba. O al menos era alguien que había vivido entre los ingleses tiempo suficiente para imitar su acento a la perfección. Si sus deducciones eran ciertas, a Natterman no le había gustado la forma en que se había producido el «accidente». No le había gustado nada en absoluto.

22.45 horas. Sede del MI-5: Charles Street. Londres

El director adjunto Wilson llamó suavemente a la puerta de sir Neville Shaw, luego la abrió y caminó sobre la gruesa alfombra del despacho del director general. Shaw estaba sentado a su escritorio, sobre el que había una lámpara de lectura de pantalla verde. No hizo caso de la intrusión y siguió leyendo el viejo expediente que tenía abierto sobre la mesa.

—Sir Neville... —dijo Wilson.

Shaw no alzó la vista.

—¿Qué pasa? ¿Llegaron ya sus tipos duros?

—No, señor. Es otra cosa. Algo bastante extraño, la verdad.

Sir Neville alzó al fin la cabeza.

—¿De qué se trata?

—De los servicios de inteligencia israelíes. Del jefe del Mossad. Nos ha enviado una carta.

Shaw parpadeó.

—¿Y qué?

—Es una carta bastante peculiar, señor.

—Maldita sea, Wilson, hable claro.

—La carta está refrendada por la firma del primer ministro de Israel. Fue entregada en mano por medio de un mensajero.

—¿Cómo? —Sir Neville se enderezó en su asiento y, con expresión demudada, preguntó—. ¿De qué trata la carta? Espero que no trate de Hess.

Wilson negó con la cabeza.

—No, señor. Alude a un antiguo agente de los servicios de inteligencia judíos. Un tipo llamado Stern. Parece que se ha pasado los últimos doce años viviendo aislado en el desierto del Negev, pero hace unos días se marchó de allí sin decirle nada a nadie.

Exasperado, Shaw replicó.

—¿Y qué demonios tiene eso que ver con nosotros?

—Los israelíes, o al menos su primer ministro, parecen temer que sigamos guardándole rencor al tipo. Que siga existiendo una orden referente a él. Una orden de liquidación.

—¡Qué cosa tan absurda! —exclamó Shaw—. ¿Al cabo de tanto tiempo?

El director adjunto sonrió pacientemente.

—No es tan absurdo, sir Neville. En nuestro Club de Servicios Especiales, que, me enorgullece decirlo, la reina sigue visitando ocasionalmente, continuamos sin aceptar a miembros israelíes. En el club se acogen de buen grado a fuerzas de élite de casi todas las naciones democráticas del mundo, incluidos los condenados alemanes. Se admite a todos, menos a los israelíes, que probablemente son los mejores del mundo. Y todo porque los agentes más antiguos aún sienten rencor por el asesinato de un agente del SAS por los sionistas durante la época del Mandato...

—Un momento —interrumpió Shaw—. ¿Ha dicho usted Stern?

—Sí, señor. Jonas Stern. Busqué su expediente.

—Jonas Stern —murmuró Shaw—. Dios, los israelíes tienen motivos para estar preocupados. Uno de los nuestros lleva treinta años persiguiéndole.

Wilson pareció sorprendido.

—¿Uno de nuestros agentes, señor?

—Una agente, en realidad —explicó Shaw—. Ya retirada. Su nombre clave es Golondrina. Una auténtica arpía. Más vale que busque su expediente por si todavía anda persiguiendo a ese tipo. —Shaw asintió reflexivamente—. Recuerdo a Stern. Fue terrorista durante el Mandato, aunque por entonces no creo que tuviera ni veinte años. Durante la guerra tragó quina y colaboró con nosotros. Supongo que no encontró otro modo de combatir contra Hitler. Creo recordar que realizó ciertos trabajos muy delicados para nosotros en Alemania.

Wilson miró a Shaw asombrado.

—¡Eso es exactamente lo que dice el expediente!

—Sí... Trabajó para LAKAM durante los años sesenta y setenta, ¿no? Protegiendo el programa nuclear israelí. —Shaw sonrió al advertir el asombro de su adjunto—. No hay truco, Wilson. Stern era un gran agente, pero si lo recuerdo con tanta claridad es a causa de lo de Golondrina. Creo que ella trató de asesinarlo un par de veces. Por eso nos ha enviado la carta el Mossad.

—¿Piensa que esa mujer sigue suponiendo un riesgo para él?

Shaw negó con la cabeza.

—Dudo que Stern se encuentre en Inglaterra. Ni siquiera creo que esté en la Europa continental. Probablemente estará tomando el sol en Mykonos o en algún sitio parecido. Lo cual me recuerda... ¿Dio usted con el barco mercante que le pedí que localizara?

—Ah, sí, señor. Según Lloyd's, se encuentra frente a Durban. Dobló el cabo de Buena Esperanza hace tres días.

Shaw rebuscó entre los papeles que llenaban su escritorio hasta encontrar un mapa del sur de África.

—Durban —murmuró pasando los dedos por el papel—. Veinte nudos, veinticinco... dos días... Sí. Bien.

Shaw dejó a un lado el mapa y palmeó el grueso montón de papeles que tenía ante él.

—Éste es el expediente de Hess, Wilson. El único que tiene autorización para leerlo soy yo, ¿lo sabía? Le aseguro una cosa: en estas páginas hay podredumbre suficiente como para que uno se avergüence de ser inglés.

Wilson quedó en espera de una explicación que su jefe no le dio.

—Respecto a la carta de los israelíes, señor... Se trata, básicamente, de una cortés petición de que dejemos en paz a ese tal Stern. ¿Qué contesto?

—¿Cómo? Ah. Por si lo ignoraba, el propio primer ministro israelí fue en tiempos terrorista. —Sir Neville rió entre dientes—. Y, al cabo de tantos años, sigue preocupándose de sus antiguos compañeros. —Sonrió gélidamente—. No conteste. Que suden un rato.

—Sí, señor.

—Y apresúrese a enviar a los tipos duros. Por si era poca la lata que me estaba dando la primera ministra, hace una hora recibí una llamada de la mismísima reina madre. ¡Comparada con ella, la Dama de Hierro es como una niñera francesa!

Wilson salió del despacho y sir Neville volvió a dedicar su atención al expediente de Hess. Encima de él había una viejísima foto de 8x10 en papel brillante. Difusa y arañada, reproducía la imagen de un hombre de cerca de cincuenta años, de pelo oscuro, mandíbula cuadrada, y con un negro parche oval tapándole el ojo izquierdo. Shaw posó la punta del grueso índice sobre el parche.

—Tú lo empezaste todo, cabrón marrullero —murmuró. Cerró el expediente y se retrepó en el sillón—. A veces me pregunto si el condenado título de caballero compensa por el trabajo de proteger todos los esqueletos que la familia real tiene en su armario.

22.07 horas. Lützenstrasse, 30

En el exterior del apartamento, otro coche pasó por la calle sin reducir la velocidad. Era el número doce. Ilse los había ido contando. «Espera aquí hasta medianoche», le había dicho su abuelo. «Si para entonces Hans no ha regresado, quiero que te marches.» Probablemente era un buen consejo, pero Ilse no se imaginaba a sí misma corriendo a refugiarse mientras Hans seguía en peligro. Se reprendió por su torpeza. ¿Cómo había podido permitir que una tonta discusión le impidiese contarle a Hans lo de su embarazo? Tenía que encontrarlo y conseguir que recuperase la razón.

Pero... ¿por dónde empezaba? ¿Por la comisaría de policía? ¿Por el distrito de los clubes nocturnos? Hans podía haber escogido cualquier sitio para entrevistarse con el periodista. Abandonó su guardia telefónica y se dirigió al dormitorio para ponerse ropas de calle. En el exterior, un tenue zumbido no tardó en convertirse en el fuerte estruendo de un tren cruzando el cercano paso elevado del S-Bahn. Durante el día, los trenes pasaban a intervalos de diez minutos; por la noche, gracias a Dios, los intervalos eran más largos. Mientras se ponía un pañuelo sobre el pelo, en la

Lützenstrasse se oyó el sonido de otro coche. Éste, a diferencia de los anteriores, se detuvo frente a la entrada principal del edificio. ¡Por favor, que sea Hans!, rogó mentalmente Ilse corriendo hacia la ventana.

No era Hans. Al mirar hacia abajo, en vez del Volkswagen de su esposo, la joven vio un reluciente BMW negro. Apoyó la cabeza en el gélido vidrio y el frío mitigó el dolor de cabeza que sentía desde hacía una hora. Observó distraídamente cómo las cuatro puertas del BMW se abrían a la vez y por ellas salían cuatro hombres con trajes oscuros. Los cuatro se agruparon cerca del morro del coche. Uno de ellos señaló hacia el edificio de apartamentos y movió una mano en círculo. Otro de los hombres se apartó del grupo y desapareció doblando la primera esquina. Ilse, curiosa, observó cómo el primer hombre alzaba la cabeza hacia los pisos superiores y comenzaba a contar las ventanas. Su brazo extendido se movía lentamente en dirección a la ventana de Ilse. Qué raro, se dijo. ¿A quién se le ocurre ponerse a contar las ventanas de un edificio por la noche y en...?

Se apartó de un salto de la ventana. Los hombres de abajo la buscaban a ella. O a Hans, por lo que había encontrado. Fue hacia el interruptor para apagar la luz pero lo pensó mejor y cambió de idea. Corrió hacia la sala, abrió la puerta principal y asomó cautamente la cabeza. El pasillo estaba vacío. Echó a correr pasillo abajo y dobló una esquina para llegar a la ventana que daba a la entrada posterior del edificio. Por ella vio a tres hombres agrupados que hablaban animadamente. Ilse se preguntó si serían policías de paisano. De pronto, dos de ellos entraron en el edificio mientras el tercero se apostaba junto a unos cubos de basura cercanos a la puerta.

El gemido metálico del viejo ascensor hizo que Ilse se apartase de la ventana. Demasiado tarde para escapar. Aquellos hombres llegarían a su piso en cuestión de segundos. Con la espalda pegada a la pared del corredor, avanzó lentamente hacia la esquina que antes había doblado y, notando las manos heladas, asomó la cabeza. Un joven alto con traje oscuro se encontraba frente a la puerta del apartamento de Ilse. Pensó en salir por la escalera de incendios y echó a andar hacia la ventana, pero el sonido de unos pasos que subían le hizo renunciar a su idea.

Atrapada sin salida, decidió intentar salvarse por medio de un farol. Mientras la adrenalina anegaba su corriente sanguínea, Ilse dobló la esquina como si fuera la dueña del edificio y se dirigió hacia el hombre que se encontraba frente a la puerta de su apartamento. Levantó la barbilla con gesto arrogante y se dispuso a pasar ante el tipo y seguir hasta el ascensor que la conduciría al vestíbulo. A fin de cuentas, ella había aparecido por la otra parte de la planta... podía ser cualquier persona. Si le fuera posible llegar al vestíbulo...

El hombre alzó la vista y la miró fijamente. Primero las piernas, luego los pechos, después el rostro...

No lo lograré, pensó. Nunca conseguiré pasar de largo, ante él.

De pronto vio una posibilidad. Calma, se aconsejó. Que no note nada raro... A cinco metros de su puerta se detuvo y sacó del bolso la llave de su apartamento.

Dirigió una sonrisa fría mente cortés al hombre, le dio la espalda y se inclinó sobre el pomo de la puerta del apartamento 43. ¡Que Eva esté en casa!, rogó en silencio. ¡Por el amor de Dios, que no haya salido! Ilse rozó la llave contra el pomo para imitar el sonido de una cerradura al abrirse, dijo una última plegaria e hizo girar el pomo.

¡La puerta se abrió! Como una condenada a muerte indultada, entró en el apartamento de su amiga tras dirigir una nueva sonrisa al hombre y cerró la puerta. Echó el cerrojo y se recostó contra la puerta temblando de terror. Por un instante temió desmayarse, pero contuvo su miedo y avanzó por el angosto pasillo hasta la puerta del dormitorio de su amiga. Bajo ella brillaba un débil resquicio de luz. Ilse llamó pero no obtuvo respuesta.

—¿Eva? —dijo en voz baja—. Eva, soy Ilse.

Demasiado nerviosa para esperar, abrió la puerta y entró en la habitación. Desde detrás de la puerta surgió una mano que la agarró del pelo y tiró de ella hacia el suelo. Ilse comenzó a debatirse pero se quedó inmóvil cuando notó el frío contacto de la hoja de una navaja en la suave piel del cuello.

—¡Eva! —dijo ahogadamente—. ¡Eva, soy yo, Ilse!

La mano le tiró del cabello con más fuerza echándole la cabeza hacia atrás. La hoja no se movió de donde estaba. Luego, de pronto, la joven quedó libre.

—¡Ilse! —susurró Eva—. ¿Qué demonios haces aquí? He estado a punto de matarte. Creí que eras un violador. O algo peor.

El comentario desconcertó a Ilse.

—¿Qué puede ser peor que un violador?

—Un maricón, querida —replicó Eva risueñamente cerrando la navaja.

El pánico se apoderó finalmente de Ilse. Las lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas y se puso a sollozar mientras su amiga, una mujer de mediana edad, le acariciaba el rostro y el cabello como una madre consolando a su pequeña.

—Ilse, cariño —murmuró Eva—. ¿Qué te sucede? ¿Por qué estás tan alterada?

—Perdona que te moleste, Eva, pero no podía ir a otro sitio. No sé lo que ocurre...

—Chst, tranquila. Cálmate y cuéntale a Eva lo que te pasa. ¿Ha sido Hans? ¿Te ha hecho una trastada? ¿Te ha pegado?

—No... nada de eso. Es algo absurdo. Una locura. Si te lo contase, no te lo creerías.

Eva rió entre dientes.

—En esta ciudad he visto cosas que volverían loco a un psiquiatra, si es que hay alguno que no lo esté ya. Cuéntame lo que te ocurre, pequeña. Y si no puedes contármelo, dime lo que necesitas. Haré lo que pueda por ayudarte.

Ilse se secó la cara en la blusa y trató de calmarse. Pese a la presencia de los hombres en el exterior del apartamento, ya se sentía mejor. Eva Beers tenía el don de hacer que el problema más grave pareciera una insignificancia. La mujer, que durante la mayor parte de los cincuenta y tantos años de su vida había sido camarera y

cantante de bar, había recorrido varias veces el circuito europeo occidental de locales de segunda y tercera categoría y había regresado a su Berlín natal hacía tres años, para «vivir mis últimos días rodeada de lujo», como solía decir jocosamente. Hans comentaba a veces que Eva sólo estaba parcialmente retirada, ya que la sucesión de bien vestidos caballeros otoñales y siempre distintos que llamaban a su puerta parecía indicar que en el interior del apartamento 43 se hacían cosas bastante más lucrativas que la simple charla. Pero eso era asunto de Eva y Hans nunca le preguntaba nada. La mujer era una vecina simpática y discreta que con frecuencia hacía favores a la joven pareja, e Ilse se sentía muy unida a ella.

—Eva, estamos en un lío —dijo Ilse—. Hans y yo.

—¿Qué clase de lío? Hans es *Polizei* y puede arreglar cualquier cosa, ¿no?

Ilse sentía deseos de contárselo todo a su amiga pero se contuvo, pues no deseaba implicar a Eva más de lo que ya lo había hecho.

—No lo sé, Eva, no lo sé. Hans encontró algo... Algo muy peligroso.

—Se trata de drogas, ¿verdad? —Eva arrugó la nariz—. Hachís o algo parecido, ¿a que sí?

—Ya te he dicho que no lo sé. Pero es algo peligroso. En estos momentos, ahí fuera hay un hombre que está esperando el regreso de Hans. ¡Y en la calle hay otros tres!

—¿Cómo? ¿En la calle? ¿Quiénes son, pequeña? ¿Policías?

Ilse alzó las manos.

—¡No lo sé! Lo único que sé es que en la comisaría me dijeron que Hans se había ido hacía horas. Tengo que salir de aquí, Eva. Tengo que poner a Hans sobre aviso.

—¿Y cómo vas a hacerlo si no sabes dónde está?

Ilse se pasó una mano por la cara y se le corrió el maquillaje.

—No lo sé —dijo tratando de contener las lágrimas—. Pero primero tengo que pasar junto a los hombres que hay ahí fuera.

La vieja camarera se quedó mirando a su vecina y, furiosa, dijo.

—Seca esas lágrimas. No existe hombre nacido de mujer al que mamá Eva no pueda manejar.

22.10 horas. Centro Europa, Breitscheid Platz. Berlín Occidental

El comandante Harry Richardson vio cómo se alejaba Eduard Lenhardt, su contacto en Abschnitt 53. En cuestión de segundos, el policía desapareció entre la masa de parroquianos que abarrotaba el pub supuestamente irlandés situado en el sótano del Centro Europa, el equivalente berlinés de los megacentros comerciales norteamericanos. Se trata de una torre de 22 pisos que alberga docenas de tiendas, bares, restaurantes, bancos, agencias de viajes e incluso un hotel. Todo ello con precios que parecen pensados exclusivamente para los turistas japoneses. Harry lo

había escogido porque siempre estaba lleno de gente.

Dio el último trago de su excelente whisky Bushmills y trató de ordenar sus ideas. Eduard Lenhardt no había sido más que el tercer eslabón en la cadena de contactos personales con los que había hablado aquella noche. Contraviniendo las órdenes del coronel Rose, Harry había acudido a su cita para jugar al frontenis. Y, por haberlo hecho, se había enterado de que sir Neville Shaw, director del MI-5 británico, había ordenado hacer horas extras al personal de la embajada británica en Berlín Occidental. Poco después de eso, Harry había telefoneado a su contacto en el Departamento de Estado, en Bonn, un antiguo condiscípulo que le había revelado que la queja que los rusos habían presentado contra el ejército norteamericano tenía como principal motivo unos papeles supuestamente sacados de los terrenos de la prisión Spandau. Los británicos y los franceses habían recibido la misma queja. Harry imaginó sin esfuerzo la consternación de los británicos ante tal imputación. Tras la llamada telefónica, consiguió al fin concertar una cita con su contacto en Abschnitt 53, el teniente Eduard Lenhardt.

Lenhardt había facilitado información a Harry de tres modos: por lo que había dicho, por lo que no había dicho y por la cara que había puesto. En opinión de Harry, el policía parecía muerto de miedo. Lenhardt no había dicho ni una palabra acerca de unos papeles encontrados en Spandau. Lo que sí había dicho era esto.

Que el prefecto de policía, Wilhelm Funk, había dejado su despacho en el Presidium policial e instalado un puesto de mando en Abschnitt 53, tras lo cual la comisaría se había convertido en algo parecido a un cuartel de las SS después de que el maletín de Graf von Stauffenberg hizo explosión en el bunker de Hitler. Que a dos agentes de policía de Berlín los habían metido en una celda del sótano y que luego los dos hombres habían escapado o muerto. Y que, si bien los rusos habían salido de Abschnitt 53 a las ocho, actuaron como si pudieran volver en cualquier momento con tanques T-72. Y todo eso fue dicho entrecortadamente y con poco aliento por un policía al que Harry sólo había visto conmovido por los cuartetos de piano de Brahms.

Harry dejó diez marcos sobre la mesa y salió apresuradamente del pub. Sesenta segundos más tarde se encontraba en la Ku'damm, donde detuvo un taxi y le dio al conductor una dirección cerca del Tiergarten. El hombre que vivía en aquella dirección era una de las «bazas privadas» de Harry, un excitable agregado comercial alemán llamado Klaus Seeckt. Durante el primer año que pasó en Berlín, Harry había visto a Klaus en la Philharmonie, en compañía de un arrogante y conocido agente del KGB llamado Yuri Borodin. Harry no tardó en averiguar que Klaus utilizaba su tapadera semioficial para hacer llegar a Moscú tecnología restringida. Eso no interesó demasiado a Harry. Lo que, tras efectuar una concienzuda investigación acerca del hombre, sí le interesó fue que, si bien Klaus trataba directamente con el KGB, carecía de todo contacto, voluntario o no, con la policía secreta alemana oriental, la Stasi. Y alguien así era muy difícil de encontrar en Berlín.

En vez de arrestar a Klaus acusándolo de contrabando de tecnología, Harry optó por utilizar los contactos del hombre siempre que necesitaba información directa sobre las operaciones del KGB. Ni una sola vez había mencionado a Klaus en sus informes. El coronel Rose podría haber insistido en que Harry presionase más al alemán, lo cual sólo habría servido para que Klaus huyera de la ciudad. A los hombres como Klaus había que tratarlos con delicadeza. Harry halagaba el ego del alemán simulando compartir con él el disfrute de los esparcimientos más intelectuales y sólo lo presionaba cuando era imprescindible hacerlo.

Aquella noche las cosas eran distintas. La evidente preocupación de Eduard Lenhardt se le había contagiado a Harry, y a éste se le estaba comenzando a desbordar la generalmente bien controlada imaginación al pensar en las posibles implicaciones de todo lo ocurrido en Abschnitt 53. Cuando el taxi llegó a la casa de Tiergarten, Harry le dio al taxista una propina suficiente para contentarlo pero no tan grande como para llamar su atención. Llegando a la puerta de Klaus, decidió que aquella noche el susceptible alemán oriental tendría que pagar la totalidad de su deuda.

22.10 horas. Bismarckstrasse

—¡Cuidado! —avisó Hans—. Hay un policía motorizado tres coches por detrás de nosotros.

—Ya lo veo. —En cuanto la luz cambió, Hauer dobló la primera esquina y dejó al agente motorizado entre los vehículos detenidos ante el semáforo—. No podemos seguir por la calle.

—¿Adónde vamos? ¿A mi apartamento? ¿A tu casa?

—Reflexiona, Hans. Estarán vigilando los dos sitios.

—Tienes razón. Quizá... —Agarró la manga de Hauer—. ¡Cristo bendito! ¡Ilse está sola en el apartamento!

—Calma, Hans, iremos a por ella. Pero no podemos ir allí como ovejas al matadero.

—¡Pero quizá Funk ya haya enviado hombres a mi casa!

—Tranquilo. ¿Dónde estamos, en la Berg-Strasse? A cuatro calles de aquí hay un hotel. El Steglitz. Justo lo que necesitamos.

—¿Un hotel?

—Pasa al asiento trasero.

—¿Qué vas a hacer?

—¡Obedece!

Mientras Hans se pasaba a la parte posterior del coche, Hauer se quitó del cuello la insignia de la policía y metió el coche en el garaje del Steglitz. El giro cerrado lanzó a Hans contra la portezuela lateral. Bajaron la sinuosa rampa que conducía a los

niveles inferiores del estacionamiento y Hauer metió el Volkswagen en un pequeño espacio entre dos grandes coches tipo sedán.

—Muy bien, Hans —dijo Hauer—. Suéltalo todo. ¿Qué ocurrió realmente en Spandau esta madrugada?

Hans volvió a la parte delantera pasando no sin dificultad por entre los dos asientos.

—Te lo contaré mientras vamos hacia mi apartamento.

Hauer negó con la cabeza.

—No nos moveremos de aquí hasta que hables.

Hans torció el gesto aunque se daba cuenta de que no conseguiría que Hauer cambiase de idea.

—Escucha, habría dado parte si no hubiera sido por los malditos rusos.

—Dado parte ¿de qué?

—De que en Spandau había encontrado unos papeles.

—¡Caray! ¿Me estás diciendo que los rusos tenían razón?

Hans asintió con la cabeza y su padre siguió preguntando.

—¿Dónde encontraste esos papeles y qué decían?

Hauer parecía extrañamente descompuesto. Hans miró por la ventanilla.

—Los encontré en un montón de cascotes. En un ladrillo hueco, como dijo Schmidt. ¿Qué más da eso? Comencé a leerlos pero uno de los rusos me descubrió. Los escondí sin pararme siquiera a pensar. —Se volvió hacia Hauer—. ¡Eso es todo lo que hice! ¿Por qué todo el mundo parece haberse vuelto loco?

—¿Qué decían esos papeles, Hans?

—No lo sé. Incoherencias, supongo. Ilse dijo que estaban escritos en latín.

—¿Se los enseñaste a tu esposa?

—No era ésa mi intención, pero Ilse los encontró. Ella logró entenderlos más que yo. Dijo que los papeles tenían que ver con los nazis. Que eran peligrosos. —Bajó la vista a sus manos—. ¡Dios mío, cuánta razón tenía!

—Cuéntame todo lo que recuerdes, Hans.

—Es que casi no recuerdo nada. La parte escrita en alemán parecía llena de rencor, como si fuera una carta de venganza, pero... también reflejaba miedo. El autor decía que ponía aquello por escrito porque nunca había podido decir la verdad de lo que sabía. Que si él hablaba, otros pagarían las consecuencias.

Hauer escuchaba sin perder palabra.

—¿Qué más?

—Nada.

—¿Nada en absoluto?

—¡Estaban escritos en latín, ya te lo he dicho!

—Latín —murmuró Hauer retrepándose en su asiento—. ¿Quién escribió los papeles? ¿Estaban firmados?

Hans se removió incómodo.

—No había ningún nombre. Sólo un número.

—¿Un número? —Hauer abrió mucho los ojos—. ¿Qué número, Hans?

—¡El siete, maldita sea! El número de la suerte. Bonita broma. Bueno, ¿qué? ¿Nos vamos?

Hauer negó lentamente con la cabeza.

—Hess —murmuró—. Es imposible. Con tantas restricciones y registros... No puede ser.

Hans encajó los dientes, furioso.

—Sé de lo que hablas, pero en estos momentos no me importa. Lo único que quiero es cerciorarme de que mi mujer está sana y salva.

Hauer puso una mano en el hombro de su hijo.

—¿Dónde están los papeles en estos momentos?

—En el apartamento.

—¡No! ¿Les sacaste copia?

—¡No, maldita sea! ¡Esos papeles ya no me importan! ¡Vayamos a por Ilse ahora mismo!

Con brazo de hierro, Hauer inmovilizó a su hijo contra el asiento.

—Ya viste lo que le pasó a Weiss, ¿no? Si de pronto apareces en tu apartamento, a ti y a Ilse os puede suceder lo mismo.

El recuerdo del cadáver mutilado de Weiss hizo que Hans se calmase.

—¿Qué le ocurrió a Weiss?

Hauer lanzó un suspiro.

—Alguien se impacientó y llevó las cosas demasiado lejos. Probablemente fue Luhr, el esbirro personal de Funk. —Movié la cabeza—. Esta misma noche le llenarán el cuerpo de cocaína y lo arrojarán al Havel.

—Dios mío —murmuró Hans—. Tú lo viste. Tú estabas allí. —Cerró las manos convirtiéndolas en amenazadores puños.

—¡Hans! ¡Contrólate! ¡Yo no estaba delante cuando lo torturaron!

—¡Sabías lo del pecho!

Hauer hizo una mueca.

—Oí que alguien lo comentaba. Es una especie de tratamiento especial que reservan a ciertos judíos. ¿Cómo se le ocurrió a ese muchacho hacerse policía? Debió ser más sensato.

Hans se quedó boquiabierto.

—¿Pretendes decir que Weiss tuvo la culpa de que lo mutilaran?

—Lo que digo es que si eres un cordero no debes juntarte con los lobos.

Hablar de Weiss hizo que Hans recordase el tatuaje de la cabeza de Rolf, el inquietante ojo que también aparecía en los papeles de Spandau.

—¿Qué me dices de aquel tatuaje? —preguntó en voz baja Hans—. ¿Qué significa?

Hauer movió la cabeza.

—Se trata de algo muy complicado, Hans. El ojo es la marca que usan ciertas personas... Ciertas personas muy peligrosas. Yo no soy una de ellas. Sólo quería que recordases ese dibujo. —Inclinó la cabeza hacia su hijo—. Mira detrás de mi oreja derecha. Bajo el pelo. Si llevara el tatuaje, estaría ahí.

Hans hizo lo que su padre le indicaba pero no vio tatuaje alguno.

—Yo no soy uno de ellos —dijo Hauer irguiéndose—. Pero hasta hace cinco minutos, ellos pensaban que sí lo era. Tenemos que encontrar un escondite seguro, Hans, algún sitio que disponga de teléfono. Antes de ir a por tu esposa debemos saber qué se proponen Funk y Luhr. En la comisaría hay un hombre al que puedo llamar.

—¡Pues subamos al vestíbulo del hotel! Seguro que allí hay una docena de teléfonos. Llamaré a Ilse y la pondré sobre aviso.

Hans tendió la mano hacia el tirador de la puerta pero Hauer volvió a detenerlo.

—No podemos hacerlo, Hans. Vamos de uniforme. Todo el mundo se fijaría en dos policías hechos un asco utilizando los teléfonos públicos. Los hombres de Funk no tardarían nada en dar con nosotros.

Hans soltó el brazo que su padre le estaba reteniendo.

—Entonces, ¿dónde nos metemos? ¿En casa de algún amigo?

—No. Nada de amigos ni de familiares. Tiene que ser un sitio en el que no nos busquen. Una casa vacía o... algo así.

Lenta, casi mecánicamente, Hans sacó la cartera de un bolsillo de los pantalones y extrajo de ella una vieja tarjeta comercial blanca. Tras contemplarla por un momento se la entregó a Hauer.

—¿Qué es esto? —Hauer leyó en voz alta—. «Benjamin Ochs, el mejor sastre de Berlín.» ¿Pretendes que vayamos a ver a tu sastre?

—No es mi sastre —dijo lacónicamente Hans.

—Goethestrasse, 1150. ¿Seguro que nadie puede relacionarte con ese lugar?

—Confía en mí.

Hauer puso cara de escepticismo.

Hans movió la cabeza. La tensión producida por el hecho de que lo hubieran tratado como a un animal, enjaulándolo y persiguiéndolo, estaba formando un poso de rencor y agresividad en lo más hondo de su estómago. Lanzó un gruñido gutural y golpeó fuertemente el salpicadero con la mano abierta.

—¡Pon el puñetero coche en marcha!

Hauer miró a su hijo a los ojos por unos momentos.

—De acuerdo —dijo al fin.

Accionó el encendido, salieron del garaje del hotel con los neumáticos chirriando y se encaminaron hacia la Goethestrasse.

CAPÍTULO OCHO

22.25 horas. *Lützenstrasse. Berlín Occidental*

Los hombres que montaban guardia en el interior y el exterior del edificio de apartamentos de Ilse no eran policías, sino agentes del KGB enviados a la Lützenstrasse por el coronel Ivan Kosov. El propio Kosov aguardaba impaciente en el interior de un segundo BMW estacionado media calle más arriba. Kosov detestaba las misiones de vigilancia. Tiempo atrás había albergado la vana esperanza de que, una vez alcanzara el rango suficiente, se vería libre de la monotonía de aquellas interminables vigilias. Y quizá algún día fuera así, pero esa noche era una más en una larga serie de experiencias tendentes a demostrar lo contrario. Exasperado, empuñó el micrófono de la radio montada en el salpicadero del coche.

—Informe, número Uno —dijo.

—El vestíbulo está despejado —replicó una voz metálica.

—¿Número Dos?

—Nada en el rellano. La puerta está cerrada y dentro no se oye nada.

—¿Número Cuatro?

—Estoy con número Tres. No hemos visto ni a Apfel ni a su esposa.

—No os durmáis —gruñó Kosov—. Fuera.

Mierda, pensó. ¿Cuánto más vamos a tardar? Le mortificaba estar allí, con aquel frío, charlando por radios de corto alcance, como si el simple hecho de alternar las frecuencias pudiera disimular las órdenes con acento ruso que resonaban en toda la red radiofónica de Berlín como los diálogos de una mala película. Deseó que hubiera otro modo de hacer aquello, pero sabía que no lo había.

Tres pisos por encima de Kosov, la puerta del apartamento 43 se abrió y dos llamativas y maquilladísimas pelirrojas salieron al rellano. Una de ellas cerró la puerta mientras su joven compañera miraba invitadoramente al hombre que montaba guardia ante el apartamento 40. La joven le dio un ligero codazo a su madura acompañante, que rió entre dientes y se acercó al silencioso individuo.

—*Na, mein Süsster* —flirteó Eva con voz ronca—. ¿Estás solito y te aburres?

Desconcertado por el atrevimiento de la mujer, el ruso la miró en silencio. Tiene por lo menos cincuenta años, se dijo. Demasiado vieja para mi gusto. Pero tú eres todo un bomboncito, pensó dirigiendo una hambrienta mirada al generoso escote de la más joven de las dos mujeres. De pronto advirtió con sorpresa que la chica era la misma rubia modosa que había visto entrar en el apartamento 43 hacía veinte minutos. Con el maquillaje y la peluca apenas la había reconocido. No tendrá más de veinticinco años, calculó. Y sus pechos son como los de una diosa...

—*Guten Abend, Fräulein* —le dijo a la joven—. Me gustaba más como ibas antes.

A Ilse se le formó un nudo en la garganta.

—Creo que le has gustado, Helga —dijo Eva sonriente. Palmeó al ruso en la espalda—. Es una lástima, querido, esta noche la pequeña Helga ya tiene compromiso. Pero tienes suerte. Yo sé hacer cosas que a esta chiquilla no se le ocurrirían ni en sueños. ¿Qué dices?

Avergonzado por el descaro de la vieja trotacalles, el ruso se quedó momentáneamente en blanco.

—Bah, dejémoslo —dijo Eva empujando a Ilse rellano adelante—. Si no sabes lo que quieres, cariño, no tenemos tiempo para esperar a que te aclares.

El joven agente de Kosov contempló cómo la pelirroja de mediana edad se metía tras su esbelta compañera en la cabina del ascensor. Eva accionó la palanca que iniciaba el lento descenso y luego, sin dejar de mirar a los ojos del vigilante, rodeó la palanca metálica con el puño y lo movió groseramente arriba y abajo. El ruso se sonrojó y Eva se levantó las faldas, le mostró unos bien formados muslos y se echó a reír.

En cuanto la cabina descendió por debajo de la línea del piso, Eva dijo en un susurro.

—Ahora viene lo difícil. De momento hemos tenido suerte. A ver si dura.

Ilse agarró el brazo de su amiga.

—¡No debiste venir conmigo!

—Sola nunca lo habrías conseguido, cariño.

—¡Pero tú también te estás arriesgando!

Eva se quitó del ojo una mota de rímel.

—Estoy encantada de hacerlo. Si en estos tres últimos años no te hubiera tenido a ti para charlar, creo que me habría vuelto loca en ese apartamento minúsculo.

—Pero tú tienes muchos amigos...

Un gesto de desagrado apareció en el maquillado rostro de Eva.

—A esos golfos ni los menciones. No hagas como si no supieras a qué me dedico. Hans y tú lo habéis sabido desde el principio y, sin embargo, siempre me habéis tratado como si fuera de la familia. Así que cierra la boca y acepta mi ayuda. Aún no hemos salido de ésta.

La traqueteante cabina se detuvo. Eva abrió la puerta y echó a andar a grandes zancadas por el vestíbulo maldiciendo el ascensor y todos los demás artilugios mecánicos. Con Ilse a la zaga calzada con unos zapatos de Eva cuyos tacones no medían menos de diez centímetros, la vieja camarera pasó como sin verlos junto a los dos rusos apostados en la puerta del edificio.

—¡Alto! —exclamó uno de los hombres de Kosov cuando Ilse pasó apresuradamente junto a él.

A Ilse se le subió el corazón a la boca. El ruso la agarró por un codo.

—Hola, Fräulein —dijo arrimándose a ella—. ¿Adónde vas con tanta prisa?

Eva, impaciente, se detuvo junto al bordillo. Miró calle arriba y calle abajo y

volvió junto a la puerta.

—Otro día será, cariño —dijo colocándose protectoramente ante Ilse—. Nos aguardan en una fiesta.

—Que esperen —dijo el joven dirigiendo una maliciosa mirada a su compañero—. Quedaos aquí y hacednos compañía un rato. Fuera hace un frío que pela.

—Sí que hace frío, sí, *Arschloch* —dijo Eva—. Como no nos apartemos pronto del viento, se nos van a congelar las tetas.

El ruso se despojó de la sonrisa como una serpiente se despoja de su piel, y en sus ojos apareció un brillo de reptil. Avanzó un paso hacia Eva.

—Déjalas, Misha —le aconsejó su compañero—. No son más que putas.

—Puñetera mierda —murmuró el ruso.

—Misha —insistió el compañero, nervioso—. Recuerda lo que dijo el coronel Kosov.

Misha le dirigió una larga y amenazadora mirada a Eva; luego lanzó un bufido y volvió a entrar en el vestíbulo. Cuando miró de nuevo hacia fuera, las dos mujeres ya habían cruzado la calle e iban en dirección al BMW del coronel Kosov.

Kosov acababa de empuñar el micrófono cuando vio a dos prostitutas caminando a paso vivo Lützenstrasse arriba.

—Informe, número Uno —dijo sin quitar ojo a las dos mujeres.

—El vestíbulo continúa despejado.

—¿Número Dos?

—En el interior del apartamento sigue sin oírse nada.

—Maldita sea. ¿Tres y Cuatro?

—Sin novedad. Ni rastro del tipo.

Las prostitutas llegaron a la altura del capó del BMW y siguieron adelante.

—Atención todos —dijo Kosov—. Estoy viendo a dos mujeres que llegan desde donde ustedes se encuentran. ¿Alguno vio por dónde aparecieron?

En la radio sonó la estática mientras tres señales distintas competían por acceder al receptor.

—Aquí número Cuatro, señor. Salieron del edificio de apartamentos. A nosotros nos parecieron dos putas.

Un tic estremeció la mejilla de Kosov. Apartó la vista cuando la luz de los faros de un taxi pegó en el parabrisas del BMW. Cuando miró de nuevo, vio que una de las mujeres levantaba un brazo para detener al taxi. Qué extraño, pensó, un taxi aquí a estas horas. Y deteniéndose para recoger a dos busconas...

—Aquí número Dos —anunció la radio—. Esas prostitutas salieron del apartamento 43, en este piso. Frente al lugar en que me encuentro. Una de ellas incluso me hizo proposiciones.

Kosov golpeó el salpicadero con el puño.

—¡Una de ellas es la esposa! ¡Misha, al coche! ¡Dos, entre en el número 40 y proceda!

Kosov buscó frenéticamente un callejón en el que dar media vuelta al BMW. Como había coches estacionados a ambos lados de la calle, no disponía de espacio para hacer un giro en U.

En el interior del taxi, Eva habló rápidamente.

—Justo a tiempo, querido Ernst. Ahora dobla esa esquina zumbando y detén el coche en cuanto puedas. —Miró por encima del hombro—. Ilse, cuando nos detengamos, saltas y te metes en el primer callejón. Si me persiguen, estás salvada. Sino...

—¿Quiénes eran esos hombres, Eva? ¿Policías?

—Cochinos rusos, cariño. ¿No oíste que a uno de ellos lo llamaban Misha?

El taxi se detuvo bruscamente junto al bordillo.

—Eva, no sé cómo agradecerte...

—¡Vete! —gritó Eva apretándole la mano a Ilse—. ¡Salta! ¡Ya!

El chirrido de los neumáticos ahogó la respuesta de Ilse. Mientras el coche aceleraba Gervinusstrasse abajo, Ilse se metió en el callejón en el momento en que el BMW de Kosov doblaba la esquina a gran velocidad y seguía tras Eva y su amigo taxista. La joven se recostó en el frío muro de un edificio de oficinas con el corazón latiéndole aceleradamente.

Diez segundos más tarde apareció un segundo BMW, que siguió al primero.

Dándole la espalda al gélido viento, Ilse se despojó de las ropas de buscona que le había prestado Eva y arrojó la peluca a un cubo de basura. Ahora llevaba la ropa que tenía puesta cuando detectó la presencia del primer BMW. La fuerza de la costumbre le hizo conservar uno de los accesorios que Eva le había entregado: un gran bolso de plástico. Mientras trataba de decidir si conservaba el llamativo abrigo de Eva, oyó el rumor de un potente motor de automóvil. Segundos más tarde, unos faros aparecieron por el fondo del callejón.

Ilse agarró las desechadas ropas y se metió en el único escondite que tenía a mano: el cubo de basura. El olor era espantoso, empalagoso y dulzón. Se tapó la nariz con una mano y los ojos con la otra. El fuerte sonido del BMW sonaba más próximo, un tigre acechando a su presa. Ilse se hizo un ovillo y rezó. No hacía falta mucha imaginación para adivinar lo implacables que podían ser los tipos de los coches negros. Al joven que le había hercido cegarle la ira cuando Eva lo insultó. Sus ojos eran como los de un pez, pensó Ilse estremecida.

El BMW aumentó la velocidad según se acercaba al cubo de basura. De cuando en cuando zigzagueaba para iluminar con sus faros halógenos hasta el último centímetro del callejón. El cubo de basura vibró a causa del sonido. Ilse se estremeció de terror y de frío. Estaba segura de que si los rusos detenían el coche y apagaban el motor, darían con ella guiándose por el entrechocar de dientes.

De pronto, con fuerte chirrido de neumáticos, el gran sedán negro aceleró y salió a toda velocidad del callejón. Ilse abandonó el cubo de basura y buscó sus zapatos en el bolso de Eva. Sus manos encontraron algo cuyo tacto le fue familiar. Miró en el

interior del bolso y en el fondo encontró un grueso fajo de marcos. Trescientos en total, en billetes pequeños. Escrito sobre el primer billete con lápiz labial se leía. «ILSE, ¡ÚSALOS!» La joven volvió a guardar el dinero en el bolso y echó a andar callejón abajo. Maldita sea, pensó furiosa. Si con la ayuda de Eva he llegado hasta aquí, yo sola puedo hacer el resto. No le llevó ni quince segundos analizar sus alternativas y tomar una decisión. Se quitó los zapatos de tacón alto que Eva le había prestado, se puso los suyos de tacón plano, y echó a correr hacia la neblinosa luz del otro extremo del callejón.

22.30 horas. Distrito de Tiergarten. Berlín Occidental

En el momento en que Harry Richardson alzaba la mano para llamar a la puerta de Klaus Seeckt, ésta se abrió todo lo que permitía la cadena de seguridad.

—¡Márchate, comandante! —dijo una voz desde el oscuro interior del apartamento.

La puerta se cerró de golpe. Harry se apartó de la puerta y quedó fuera de la luz.

—Abre, Klaus.

—¡Vete, por favor, Harry!

Con más curiosidad que enfado, Harry apoyó la espalda en la pared. Normalmente telefoneaba a Klaus antes de ir a visitarlo, pero aquella noche no había querido darle al alemán oriental la posibilidad de posponer la reunión. Sintióse vulnerable frente a la puerta iluminada, golpeó de nuevo la gruesa madera de roble.

—¡No voy de uniforme, por el amor de Dios! ¡Abre ahora mismo!

El cerrojo se descorrió con un fuerte sonido, Klaus abrió la puerta y permaneció invisible en el oscuro interior del recibidor.

—No te pongas nervioso —dijo Harry—. Si quieres, haremos como si esto fuera una visita oficial.

La voz de Klaus perdió volumen pero ganó urgencia.

—¡Harry, lárgate de aquí! ¡Nos vigilan!

Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, Harry vio el grueso cañón de la pisto la Makarov que Klaus empuñaba. El alemán oriental sólo llevaba puesta una bata, pero su ceniciento rostro y el temblor de la pistola le daban un aspecto amenazador, letal. Harry miró hacia la calle tratando de divisar a los supuestos observadores. No vio a ninguno, aunque sabía que eso no significaba nada.

—Intenté mantenerte fuera de este asunto —dijo Klaus resignado—. Recuérdalo.

Atribuyendo al nerviosismo el hecho de que Klaus blandiera una pistola, Harry pasó junto al alemán oriental y echó a andar en dirección a la sala. Klaus lanzó un suspiro de resignación, cerró la puerta y echó el cerrojo.

Al llegar a la sala, Harry pudo ver que a Klaus, efectivamente, lo estaban vigilando, pero desde el interior de la casa, no desde el exterior. Cinco hombres

ataviados con trajes oscuros estaban acomodados en los sofás y sillas dispuestos en torno a una mesita baja de tablero de cristal. Harry se volvió a mirar a Klaus. El alemán seguía entre las sombras del recibidor, con la Makarov bajada. Harry pensó en escapar, pero Klaus no había tratado de hacerlo, así que quizá las cosas no estuvieran tan mal. O bien, pensó inquieto, Klaus no ha escapado porque sabe que vigilan la puerta principal desde el exterior.

Harry se volvió de nuevo hacia la sala. Ninguno de los hombres sentados en torno a la mesita representaba tener más de treinta años, y ninguno de ellos había abierto aún la boca. ¿Era eso bueno o malo? De pronto, el que parecía de más edad se puso en pie.

—Buenas noches, comandante —dijo en un inglés con mucho acento—. ¿En qué podemos servirlo?

El acento del joven era inconfundiblemente ruso. Harry se dio cuenta de que aquellos hombres no intentaban hacerse pasar por nada distinto de lo que eran. Lo cual constituía una muy mala señal. Se aclaró la garganta y, en impecable ruso, preguntó.

—¿Por qué graduación debo dirigirme a usted, camarada?

El ruso sonrió encantado por la perspectiva de jugar al gato y al ratón.

—Su ruso es excelente, comandante. Respondiendo a su pregunta, no soy más que un humilde capitán. El capitán Dmitri Rykov.

—¿Y qué hace usted tan lejos de casa, capitán?

—¿Cree que estoy lejos de casa? —preguntó Rykov—. Eso es muy discutible. Pero, naturalmente, lo que hago es proteger los intereses de mi país.

La sinceridad del joven resultaba una clara amenaza.

—Comprendo —dijo Harry cautelosamente—. Por lo visto tenemos un amigo común —comentó tratando de desviar la atención de sí mismo.

En el recibidor, Klaus estaba mortalmente pálido.

—Sí —dijo Rykov dirigiendo una rapaz mirada a Klaus—. Esta noche está siendo de lo más instructiva. Quítale la pistola, Andrei. Sin heroísmos trasnochados, por favor, Klaus. No son tu estilo.

El alemán oriental se recostó en la pared del recibidor con la pistola al extremo del caído brazo. Parecía destrozado, resignado ya al triste destino que sin duda lo aguardaba en Moscú. El cabo Andrei Ivanov se le acercó para desarmarlo.

—Como supongo que ya habrá advertido —siguió Rykov—, se ha presentado usted en muy mal momento. Naturalmente, antes de tomar una decisión tendré que consultar con mis superiores, pero me temo que su inoportuna aparición puede costarle la vida...

Antes de que Andrei llegase junto al infortunado Klaus, éste se llevó la Makarov a la sien y disparó.

Tan inopinada y loca acción dejó a todo el mundo estupefacto y provocó un momento de confusión. Desesperado, Harry saltó hacia la puerta. Cuando ya tocaba

con los dedos el tirador metálico, alguien disparó una ráfaga de pistola automática que fue a pegar contra la pared, junto a Harry.

—¡No se mueva, comandante! —ordenó el capitán Rykov con voz tensa pero firme.

Harry retiró los dedos del tirador. Lentamente se dio media vuelta. En el tiempo que él había tardado en llegar a la puerta, los rusos habían pasado de parecer un tranquilo grupo de amigos a convertirse en un pelotón de paramilitares moviéndose con sincronía para controlar una inesperada situación de emergencia. Dos hombres se habían arrodillado junto al cuerpo de Klaus y estaban buscando en él indicios de vida; otros dos cubrían las ventanas delanteras y traseras de la casa. Rykov daba las órdenes.

—Yuri, trae el coche. Comandante, vuelva a entrar en la habitación. ¡Ahora mismo! —Rykov tocó en el hombro al joven que estaba inclinado sobre el cadáver de Klaus—. No te molestes por él, Andrei. No toques nada. Klaus era un traidor que merecía morir como un cobarde. Déjale la pistola en la mano. Si lo hubiéramos preparado nosotros, no nos habría salido mejor.

—¿No sería preferible que nos lo llevásemos? —preguntó Andrei—. La Kriminalpolizei no es estúpida.

Los ojos de Rykov relucieron.

—Sí, eso sería lo ideal. Pero no tenemos donde llevarlo.

—¿Y el compartimento de las armas?

—Allí meteremos al comandante. —Rykov se volvió hacia Harry—. Supongo que no le apetece pasarse la próxima hora abrazado a un cadáver, ¿verdad, comandante?

Harry pensaba furiosamente. Si aquel ruso estaba dispuesto a secuestrar a un oficial norteamericano en pleno Berlín Occidental, algo muy grave estaba pasando. Y para Harry, ese algo sólo podía ser el incidente de la prisión Spandau.

—A Kosov no le gustará esto —dijo recordando haber visto al coronel ruso aquella mañana en Abschnitt 53—. Más vale que se lo piense, capitán.

Rykov sonrió.

—Es usted muy listo, comandante.

Al otro lado de la puerta principal se oyó el sonido de un motor.

—Ése es Yuri —dijo Rykov—. Muy bien, comandante, vamos...

Harry no se movió.

—Me da lo mismo llevarlo consciente o inconsciente. Pero debo decirle que cuando se golpea a alguien en la cabeza con una pistola, la cosa no siempre resulta tan limpia como en las películas.

Harry se movió. Si lo mataban, no podría dar aviso al coronel Rose.

Sólo unos pasos separaban la puerta principal del coche, un Mercedes 190 negro. Los rusos permanecieron alrededor de Harry mientras éste iba hacia el vehículo. Tiene que haber una escapatoria, pensó el norteamericano. Tiene que haberla. Tengo

que avisar...

Dmitri Rykov golpeó a Harry en la base del cráneo con la culata de su pistola automática Skorpion. Oyó un ruido sordo pero ningún chasquido.

—Los norteamericanos son muy crédulos —dijo riendo—. Menos mal que éste tiene la cabeza dura.

El cabo Ivanov parecía inquieto.

—¿Está seguro de que no sería mejor matarlo aquí mismo? —preguntó—. Podríamos hacer que pareciera un crimen entre homosexuales...

—El que manda soy yo —le espetó Rykov perdiendo parte de su autocontrol—. Y también soy el que piensa.

—Sí, señor. Sólo pensé que si el coronel Kosov no aprueba...

—Sé perfectamente lo que desea Kosov, cabo. ¿Acaso no fue él quien me puso al mando? Quizá más adelante necesitemos a este norteamericano como moneda de trueque. —La voz de Rykov se suavizó—. En estos momentos, Andrei, el otro equipo está buscando a la esposa del sargento Apfel. Kosov se encuentra con ellos. ¿Quiere usted que regresemos a Berlín Oriental con las manos vacías?

Ivanov no pareció del todo convencido pero no añadió nada más.

Harry, que yacía semiinconsciente sobre la nevada acera, metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, sacó una tarjeta blanca y la dejó caer. En ella no había nombre alguno, sólo un teléfono. Mientras los rusos lo levantaban para meterlo en el Mercedes, miró hacia abajo. Vio su propia sangre; la tarjeta blanca resultaba invisible sobre la nieve.

22.31 horas. Parque Lietzensee, sector Británico

—Te lo preguntaré otra vez —dijo Ivan Kosov tratando de no subir el tono de su voz—. ¿Dónde se bajó la chica?

Arrinconada en la parte posterior del taxi, Eva Beers frunció el entrecejo y no dijo nada. Le habían atado las manos detrás de la cabeza con sus propias medias. El joven ruso llamado Misha le había golpeado dos veces en la mejilla derecha con el puño enguantado, pero hasta el momento la mujer se había negado a hablar.

—Misha —gruñó Kosov.

En el interior del taxi resonó el fortísimo tercer golpe. Una gran magulladura escarlata era ya visible bajo la gruesa capa de maquillaje de Eva. En el asiento delantero, junto a Kosov, Ernst, el taxista, se encontraba inconsciente, de bruces sobre el volante de su Mercedes.

—No me hagas perder el tiempo con tu estúpido sentido de la lealtad, mujer —dijo Kosov—. Si a la próxima no contestas, mi joven y entusiasta amigo tendrá que rebanarle la garganta a tu héroe dormido. No quieres que eso ocurra, ¿verdad?

Misha sacó un largo y agudo estilete de una funda tobillera y lo movió

amenazadoramente bajo la barbilla de Eva.

—Sospecho que mi amigo está deseoso de utilizar su cuchillo —comentó Kosov—. ¿No es así, Misha?

Entre las sombras, Eva vio el salvaje brillo de los ojos del joven.

—Ahora, dinos dónde se apeó Frau Apfel.

Eva se esforzó en pensar pese al dolor de los golpes y al creciente temor de que no sobreviviría a aquella noche. ¿Durante cuánto tiempo había logrado Ernst eludir al sedán negro? ¿Dos minutos? ¿Tres? Cuando el taxi tuvo que detenerse al fin en la calle sin salida junto al lago Lietzensee, el viejo taxista se resistió como pudo a los rusos, pero los jóvenes agentes del KGB fueron simplemente demasiado para él. ¿Hasta dónde podría haber llegado Ilse en ese tiempo?

Sin previo aviso, Misha colocó la rodilla sobre el pecho izquierdo de Eva y se lo aplastó...

—De acuerdo... —jadeó la mujer.

La presión se redujo ligeramente.

—¿Recuperaste la memoria? —preguntó Kosov.

Quizá logre salvarle la vida a Ernst, pensó Eva. Cerdos.

—Ilse saltó dos o tres calles más atrás —susurró—. Después de doblar una esquina.

—*Sko'lka?* —preguntó Kosov—. ¿Dos calles o tres?

De nuevo Misha empujó con la rodilla.

—¡Basta! —suplicó Eva—. Por favor... —Ya no podía seguir resistiéndose, pero al menos podía proteger por última vez a su amiga—. Tres calles —mintió respirando trabajosamente—. Frente al hotel Seehof... junto al lago. Se metió en el edificio.

Kosov asintió.

—¿Lo ves? ¿A que no ha sido tan difícil?

Eva boqueaba como un pez fuera del agua.

Kosov suspiró furiosamente preguntándose cómo demonios iba a encontrar los papeles de Spandau. Moscú se había comunicado tres veces con él, y en cada ocasión le dijo un poco más acerca del caso Hess, racionándole la información como quien le da pedacitos de carne a un perro. Nombres, pero no descripciones físicas; fechas de sucesos que Kosov desconocía por completo. Y aparentemente, en el centro de todo ello, un hombre tuerto que carecía de nombre. Kosov no entendía nada. Y desde luego, eso era justamente lo que Moscú pretendía.

—Ya que al fin te has decidido a hablar —dijo con amabilidad—, te haré una pregunta más. ¿Mencionó Frau Apfel algún nombre relacionado con lo que encontró su marido?

—No —gimió Eva—. Me dijo que alguien la perseguía, eso es todo. No le pregunté...

Increíblemente, la rodilla de Misha se hundió aún más en el pecho de Eva. El dolor fue atroz y la mujer estuvo a punto de vomitar.

—¡Por favor! —gimió ahogadamente.

La presión se redujo lo suficiente para permitirle tomar un poco de aire. Kosov se volvió hacia ella y gritó.

—¡Quiero nombres, mujer! ¡Nombres! ¿Mencionó Frau Apfel el nombre de Zinoviev? ¿Me oyes? Z-I-N-O-V-I-E-V. Es un nombre ruso. ¿Se lo oíste decir?

Eva negó vivamente con la cabeza. Ya había rebasado el punto en que le era posible mentir y Kosov lo notó en sus ojos. Tras unos momentos, el coronel asintió y Misha apartó la rodilla del pecho de Eva. La expresión del viejo ruso se suavizó.

—A diferencia de mi joven amigo —murmuró—, no soy partidario de las muertes innecesarias. Sin embargo, si nos has mentido, es decir, si no encontramos a Frau Apfel, o si de pronto te entran ganas de hablar con las autoridades, es evidente que sabemos dónde encontrarte. Y te encontraremos. Enviaré a Misha a por ti. ¿Entendido?

Eva permanecía totalmente inmóvil. Aquellos animales la iban a dejar con vida.

—*Ja* —susurró.

—Bien. —Kosov se apeó del viejo taxi—. Déjale un recuerdo, Misha.

Con un experto golpe del estilete, el joven agente del KGB hizo un corte de cinco centímetros en la mejilla izquierda de Eva. La mujer lanzó un grito de dolor. Misha sonrió al ver cómo ella intentaba en vano alcanzar la herida y cortar la hemorragia. Mientras el joven ruso se disponía a bajar del taxi, el duro rostro de Kosov apareció en la ventanilla delantera.

—Suéltale las manos —ordenó.

Maldiciendo entre dientes, Misha cortó las medias por encima de la cabeza de Eva. Pero en vez de bajarse del coche, metió brutalmente la mano bajo la falda de Eva y la cerró en torno a su pubis. El joven se le acercó más para evitar que Kosov lo oyera y, con ojos refulgentes, dijo.

—Cuando la encuentre, tu amiguita, la guapa, va a sangrar. Por todas partes.

Retiró la mano arrancándole un puñado de vello y jirones de piel. Luego se apeó del taxi.

Temblando como una epiléptica, Eva trató de cortar el chorro de sangre que le brotaba del corte de la mejilla. Oyó cómo el BMW de Kosov se ponía en marcha y se alejaba por la Leitzensee-Ufer en dirección al hotel Seehof.

—Que os den por culo —escupió—. Cerdos. Jamás la encontraréis. —Lentamente se echó hacia adelante y puso una ensangrentada mano sobre la frente del viejo taxista—. ¿Estás bien, Ernst? Pobrecillo. Luchaste valerosamente, como un viejo soldado. Despierta y dile algo a Eva.

El viejo no se movió.

Si hubieran estado aquí algunos de mis viejos amigos, se lamentó, en estos momentos las pelotas de ese cerdo jovencito serían ahora comida para perros.

Ernst gimió y se movió en su asiento.

—*Wo sind sie!* —exclamó agitando los brazos.

—Ya se fueron —dijo Eva acariciándole la frente con mano experta—. Todos. Ya puedes llevarme a casa, caballero andante. Nos lameremos juntos las heridas.

22 33 horas. Espacio aéreo sudafricano. 100 km al norte de Pretoria

El helicóptero JetRanger volaba a toda velocidad en dirección norte bajo el cielo sin luna africano, sobresaltando a bandadas de garzas reales y a los impalas y cebras reunidos en torno a los oasis del *veld*. En el interior de la lujosa cabina del helicóptero, Alfred Horn tenía las manos crispadas en torno a los brazos de su silla de ruedas, que se encontraba asegurada al enmoquetado suelo por medio de unas amarras especiales. Pieter Smuts, el jefe de seguridad afrikáner de Horn, se inclinó sobre su jefe y le habló por encima del estrépito de los rotores.

—No quise decirle nada hasta que estuviéramos en el aire, señor.

El viejo asintió lentamente.

—Debe de tratarse de algo muy importante para que no te fíes de tus propias medidas de seguridad.

—Hemos recibido las nuevas cifras, señor. Las norteamericanas. Llegaron vía mensajero hace una hora.

—¿Las cifras de Bikini?

—Más que eso. El sesenta y cinco por ciento de los datos de las pruebas norteamericanas, desde la del atolón de Enewetak, en el 52, hasta el tratado de prohibición de pruebas nucleares en el 63. —El afrikáner movió la cabeza—. Señor, no puede usted ni imaginar los efectos de una bomba de un megatón detonada sobre la superficie de la tierra.

—Claro que los puedo imaginar, Pieter.

—Deja un cráter de kilómetro y medio de diámetro y de dieciséis pisos de profundidad. ¡Demonios! Tenemos el diseño, las plantas... Si dispusiéramos de seis meses, probablemente podríamos desviar...

—¡Dentro de seis meses estaré muerto! —exclamó Horn—. ¿Qué indican esas cifras respecto a los recursos de que actualmente disponemos?

—Los efectos de la detonación serán mayores de lo que nuestra gente predijo. En números redondos, una explosión aérea de cuarenta kilotones lo convierte todo en vapor en un radio de tres kilómetros alrededor del punto cero. Más allá de eso, el intensísimo calor lo incinerará todo en un radio de cinco kilómetros. Y los vientos e incendios resultantes causarán grandes estragos a distancias mucho mayores que las que acabo de mencionar.

—¿Y la lluvia radiactiva?

—Veinte por ciento más intensa de lo que calculamos.

Horn asimiló fríamente el dato.

—Y... ¿cree que esas cifras son más fiables que las nuestras?

—Señor, salvo por la prueba secreta en el océano Indico, todas las cifras sudafricanas son meramente teóricas. Por definición, son simples hipótesis. Las cifras norteamericanas se basan en datos verificados.

Horn asintió pensativamente.

—Aplíquelas a nuestro caso.

—Todo depende del objetivo, señor. Evidentemente, si el punto cero estuviera en el centro de Tel-Aviv o Jerusalén, cualquiera de las dos ciudades quedaría arrasada. Pero si las armas se utilizasen como es debido, la destrucción podría ser mucho mayor, posiblemente el doble, debido a un factor colateral: el clima.

—¿Y eso?

—Me refiero al viento, señor. En esta época del año, en Israel, los vientos dominantes soplan del sureste. Si el arma fuera detonada en Jerusalén, probablemente la radiactividad se disiparía sobre Jordania. Pero si el arma se detonase en Tel-Aviv, no sólo arrasaría la ciudad, sino que, muy posiblemente, al cabo de un par de horas, una capa letal de estroncio 90 cubriría Jerusalén.

Horn cerró los ojos y suspiró satisfecho.

—¿Y si consiguiéramos a tiempo el revestimiento de cobalto para la bomba?

El afrikáner volvió las palmas de las manos hacia arriba.

—No será así, señor. Necesitaríamos veinte días como mínimo. Los problemas técnicos son inmensos.

—Pero... ¿si efectivamente lo consiguiéramos?

Smuts frunció los labios.

—Con el revestimiento de cobalto, y teniendo en cuenta las últimas cifras, yo diría que... el sesenta por ciento de la población israelí moriría en el plazo de catorce días, y Palestina quedaría inhabitable durante al menos una década.

Horn lanzó un largo suspiro.

—Aumente la bonificación, Pieter. Cinco millones de rands en oro para el equipo que entregue una bomba de cobalto en el plazo de siete días.

—Sí, señor.

—¿Tenemos más información acerca de cómo tiene previsto reaccionar Israel en un caso así?

Smuts negó con la cabeza.

—Nuestra fuente de información en Londres se secó después de enviarnos las fotos satélite norteamericanas. Y, francamente, ni siquiera me fío de los informes iniciales a ese respecto.

—¿Por qué?

—¿Cree usted que realmente los israelíes bombardearían ciudades rusas?

Horn sonrió.

—Claro que sí. De otro modo, los judíos nunca ganarían una guerra contra una fuerza árabe unida. Deben impedir que los soviéticos reabastezcan a los árabes, y su único modo de conseguirlo es sometiendo a chantaje a los soviéticos. ¿Qué pueden

perder por hacerlo?

—Pero el plan de despliegue del arsenal nuclear israelí es el secreto mejor guardado del mundo. ¿Cómo puede nuestro informante de Londres saber lo que asegura saber?

Horn sonrió.

—Ese secreto no es el mejor guardado, Pieter. Nadie ha logrado demostrar siquiera que el arsenal nuclear sudafricano existe.

—Eso, en gran parte, ha sido gracias a nosotros —comentó Smuts. El afrikáner comenzó a hacer sonar sus nudillos—. Soviéticos aparte, creo que podemos suponer sin equivocarnos que en el caso de que Tel-Aviv o Jerusalén fueran destruidas, Israel no se conformaría con dar una respuesta comedida. Si supieran de dónde procedía el ataque, responderían utilizando buena parte de sus misiles y bombarderos «negros».

—Sabrán de dónde procede el ataque.

—Me aseguraré de que así sea —dijo Smuts—. Pero existe un factor impredecible. Si nuestros clientes utilizaran el arma contra Dimona, la planta de manufactura de armas de Israel, existiría la posibilidad de que el resto del mundo creyese que la explosión se habría debido a un accidente sufrido por los israelíes. Los norteamericanos tal vez obligarían a los judíos a esperar a que se efectuase una investigación imparcial. Y, para entonces, tal vez se impondría la moderación.

Horn desdeñó tal posibilidad con un movimiento de su esquelético brazo.

—No se preocupe —dijo ásperamente—. Confío en la impaciencia de los árabes, no en la estupidez. Hussein o Assad tal vez tendrían el autocontrol suficiente como para esperar hasta tener listo un plan coherente. Pero nuestro amigo no. Él atacará sin pensarlo dos veces. Piense en la rapidez con que accedió a reunirse con nosotros. Él no bombardeará a propósito Jerusalén, ya que allí existen demasiados lugares que los musulmanes tienen por sagrados. Y las medidas de seguridad en torno a Dimona son impenetrables. Por eso no debemos preocuparnos. El objetivo será Tel-Aviv.

Smuts asintió pensativamente.

El único ojo de Horn miró al afrikáner.

—¿Qué hay de lo de Spandau, Pieter? ¿Han capturado al traidor? ¿Han encontrado los papeles?

—Todavía no, señor. Berlín-Uno me asegura que sólo es cuestión de tiempo. Sin embargo, recibí una llamada de su subordinado inmediato, Berlín-Dos. Un teniente, creo. Jürgen Luhr.

¿Y...?

—El teniente Luhr no cree que el prefecto esté a la altura del trabajo. Sin que el prefecto lo sepa, ha puesto en acción parte de nuestros recursos en Alemania. Ha estudiado los expedientes de los dos policías desaparecidos y ha enviado hombres a todos los lugares en los que puedan haberse escondido. Yo aprobé tal iniciativa. Sabe Dios lo que estarán haciendo realmente esos payasos de la Bruderschaft. Un poco de competencia no vendrá mal.

—Me sorprende que a esos policías les fuera posible escapar —comentó Horn. Smuts se removió, incómodo.

—Yo hice unas cuantas indagaciones por mi cuenta, señor. Al parecer, el que nos traicionó, Hauer, es todo un tipo. Ex militar. Y el joven que lo acompaña recibió una condecoración al valor.

Horn señaló con un largo y retorcido dedo el bronceado rostro de Smuts.

—Jamás subestime al soldado alemán, Pieter. Es el más duro del mundo. Que esto le sirva de lección.

Smuts se sonrojó.

—Sí, señor.

—Manténgame informado a cada hora. Estoy deseoso de saber lo que hace ese ex militar.

—Casi parece que desee usted que escapase.

—Tonterías, Pieter. Si nos hacemos con los papeles de Spandau, quizá logremos ganar tiempo. Al menos podremos evitar que los rusos y los judíos, si no los ingleses, se metan en nuestros asuntos. Pero eso es todo. En estos momentos, el MI-5, el KGB y el Mossad deben de estar volviendo Berlín del revés buscando a nuestros dos policías alemanes, y sin embargo hasta ahora no han logrado capturarlos. Si esos hombres están a la altura de su herencia racial, sospecho que lograrán escapar a sus perseguidores. Al final tendremos que ir a por ellos nosotros mismos.

El afrikáner asintió con la cabeza.

—Yo los encontraré.

Horn sonrió fríamente.

—Sé que lo hará, Pieter. Si ese Hauer lo conociera a usted tan bien como yo, ya se habría dado por vencido.

CAPÍTULO NUEVE

22 35 horas. Goethestrasse. Berlín Occidental

—Ya está —gruñó Hauer. Había estacionado el Volkswagen de Hans en un lugar tan estrecho entre otros dos coches que haría falta retirar el de detrás para ver el número de la matrícula—. Muy bien, ¿dónde está la casa?

—No estoy seguro —replicó Hans mirando a través de su ventanilla—. Nunca había estado aquí.

—¿Bromeas?

—No.

Hauer lo miró incrédulo.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí?

—Esto era lo que tú querías, un lugar en el que nadie nos pudiera localizar.

Hans se apeó del coche y comenzó a subir por la desierta calle eludiendo las zonas iluminadas por las farolas.

—Aquí es —dijo mirando por encima del hombro. Hauer lo seguía a unos pasos—. ¿Lo ves? 1150.

—¡Silencio! —dijo Hauer—. Despertarás a todo el vecindario.

Hans ya estaba frente a la puerta. Llamó ruidosamente con los nudillos, esperó medio minuto y llamó de nuevo. Al fin, en el interior sonó una voz.

—¡Ya va...!

Se oyó el sonido del cerrojo y la puerta se abrió. En el umbral, vestido con un pijama azul de seda, apareció un hombrecillo de cabello plateado y pequeña barbita que escrutó la oscuridad y luego tendió la mano hacia el interruptor de la luz.

—Por favor, deje la luz apagada, Herr Ochs —dijo Hans.

—¿Cómo? ¿Quiénes son ustedes? —El viejo reparó al fin en el uniforme—. *Polizei* —murmuró—. ¿Ocurre algo?

Hans se le acercó más. Sacó del bolsillo la vieja tarjeta de negocios y se la tendió al viejo.

—No sé si usted me recuerda, Herr Ochs, pero hace tiempo me dijo que si alguna vez necesitaba un favor...

—*Gott in Himmel!* —exclamó Ochs abriendo mucho los ojos—. ¡Sargento Apfel! Hans hizo un gesto de asentimiento.

—El mismo. Lamento molestarlo a estas horas, pero se trata de una emergencia. Mi capitán y yo necesitamos hacer unas llamadas telefónicas. En estos momentos no podemos ir a la comisaría...

—No diga más, sargento. Pasen. ¿No recuerda que se lo dije? Ben Ochs es de los que devuelven los favores. ¡Y qué favor! ¡Bernice!

Una diminuta mujer de cabellos grises apareció tras Ochs y miró, inquieta, los

uniformes.

—¿Qué pasa, Benjamin?

—Es el joven Hans Apfel. Necesita nuestra ayuda. Ponte las zapatillas, Bernice. Prepara té y... —Ochs se interrumpió fijándose en la gran magulladura que Hans tenía en el cráneo, recuerdo de la tubería de Rolf—. Creo que será preferible algo más fuerte.

—No se molesten —dijo Hans siguiendo al viejo al interior de la casa—. Lo único que necesitamos es un teléfono.

—Tonterías, tiene usted muy mal aspecto. Necesita comida y algo que le calme los nervios. ¿Bernice?

Frau Ochs se puso a trajinar en la cocina sin dejar de hablar ni un momento.

—En la nevera hay pollo y ensalada de col. No es ningún festín, pero como no me han avisado...

El viejo sastre apartó dos sillas de la mesa de la cocina e inmediatamente Hans se derrumbó en una de ellas. Tras los acontecimientos de las últimas horas, la amabilidad de los Ochs parecía cosa de otro mundo. Hans se sentía como si llevase días y días corriendo sin parar.

Hauer, asombrado por la cálida acogida, no había abierto la boca. Sonriendo, le tendió la mano a Ochs.

—*Guten Abend, Herr Ochs*. Soy el capitán Dieter Hauer.

Ochs le dirigió una respetuosa inclinación.

—Lamentablemente, Hans tiene razón. Nos encontramos en una situación bastante especial. Yo personalmente creo que se trata de uno de los interminables ejercicios a que nuestros superiores nos someten, pero claro, eso nunca lo sabemos con certeza hasta el final. Si nos permiten usar el teléfono unos momentos, nos iremos en seguida.

Ochs asintió de nuevo, esta vez más despacio.

—Miente usted muy mal, capitán. Pero eso lo considero una virtud. Los hombres honrados suelen ser malos embusteros. Si se parece usted a su joven amigo, siempre será bienvenido a esta casa. Este muchacho —Ochs sonrió y le palmeó el hombro a Hans—, este muchacho me salvó la vida. Hace tres años me encontraba atrapado en un coche en llamas y Hans fue el único que tuvo coraje para intervenir y salvarme.

El brillo de la comprensión relució en los ojos de Hauer. Se fijó en la mano izquierda del hombre, pálida y cubierta de cicatrices de quemaduras.

Ochs movió la cabeza.

—Al principio pensé que iba a matarme. Le pegó un tiro al cristal de mi ventanilla. —El viejo se echó a reír y se acercó a la repisa—. Aquí está el pollo —dijo. Luego mostró en alto una botella de color oscuro que su esposa había sacado de un armarito—. Y aquí tienen *Bromfn*, brandy para los nervios. Bueno, ahora los dejamos para que atiendan sus asuntos. Vamos, Bernice.

Ochs le pasó a su mujer un brazo por el hombro y ambos salieron de la cocina.

—Increíble —dijo Hauer moviendo la cabeza.

Hans descolgó el teléfono y marcó el número del apartamento. Oyó tres señales de llamada... cuatro... y entonces alguien descolgó. Hans esperaba oír la voz de Ilse, pero sólo oyó silencio.

—¿Ilse? —preguntó al fin—. *Liebchen?* ¿Eres tú?

Una crispada voz masculina lo dejó helado.

—*Guten Abend*, sargento. Me temo que en estos momentos su esposa no puede hablarle.

—¿Quién es usted? —exclamó Hans—. ¡Que se ponga mi esposa!

—Como ya le he dicho —continuó la voz—, la encantadora Frau está muy ocupada en estos momentos. Digamos que se encuentra indispuesta. Si desea hablar con ella, será mejor que pase por aquí.

—¡Ahora mismo voy, maldito cabrón! Si le habéis hecho algo, os juro que... — Aturdido, Hans miró a Hauer; la comunicación se había cortado. Colgó de golpe el receptor—. ¡La tienen! ¡Hemos de ir al apartamento!

Ya estaba casi en el recibidor cuando Hauer ladró.

—¡Espera!

Hans se dio media vuelta rápidamente.

—¿Que espere? ¿Estás loco?

Con voz seca, Hauer replicó.

—Sin las llaves del coche no irás muy lejos.

Hans rebuscó en sus bolsillos.

—Dámelas —pidió en voz baja.

—No puedo, Hans. Estás cometiendo un error.

Hans dio un amenazador paso hacia adelante.

—Dame las llaves.

Hauer negó con la cabeza.

—No es seguro que tengan a Ilse. No has hablado con ella.

—¡Dame las puñeteras llaves!

Hans se lanzó hacia adelante, dispuesto a golpear a Hauer hasta que éste obedeciera. Pero cuando alzó las manos hacia el cuello de su padre, notó algo duro contra el estómago. Bajó la vista y vio una pistola Walther P1 de 9 mm, el arma de reglamento de la policía de Berlín Occidental.

—Ahora —dijo Hauer— te vas a quedar aquí sentado mientras yo llamo por teléfono. Luego decidiremos qué hacer respecto a Ilse.

—Pero... ¿no lo entiendes? ¡Tienen a mi esposa! ¡He de ir! Tú... tú... —De pronto, la voz de Hans cambió—. Tú no puedes comprenderlo, claro. Tú nunca tuviste esposa. ¡Tú abandonaste a la mujer que te amaba! ¡A mi madre!

—Eso es mentira —susurró Hauer.

Hans se sonrojó a causa de la emoción.

—¡No lo es! ¡La abandonaste estando ella embarazada! ¡Esperándome a mí!

¡Dame las llaves, hijo de puta!

Hauer permanecía inmóvil, con los puños crispados, uno de ellos en torno a la culata de la Walther.

—Crees saber mucho sobre mí —dijo—. Pero no sabes nada. Un hombre es algo más que su currículum, Hans. Sí, sé que leíste mi expediente personal. —Furioso, agitó el puño izquierdo—. No sé si mereces que te cuente la verdad, pero lo cierto es que no supe que tenía un hijo hasta que cumpliste los doce años.

—¡Mentira! —insistió Hans. Pero algo en la edad que había citado su padre hizo que una extraña luz comenzara a brillar en sus ojos.

—No es mentira —dijo Hauer suavemente—. Haz memoria. Tú tenías doce años.

Hans sintió una opresión en el pecho. La angustia que reflejaron sus ojos le indicó a Hauer que el joven había recordado.

—Sabía que no lo habías olvidado —dijo Hauer—. Fue terrible. Munich, al día siguiente de la masacre olímpica. ¿Nunca estableciste esa relación?

Hans apartó la mirada.

Hauer habló con rapidez, como si las palabras le quemaran en la boca.

—Fue el peor momento de mi vida. Aquellos atletas judíos murieron por nada, Hans. Por culpa de la arrogancia y la estupidez de los alemanes. Como en la guerra. Y yo formé parte de ello. Me llevaron a Munich en avión, como tirador de primera... —Pareció a punto de continuar la historia, pero se interrumpió al comprender que contarla una vez más no cambiaría nada—. Después de la matanza —murmuró— me volví como loco. Me sentía solo y necesitaba algo, compañía, algo de calor humano. Y de pronto me di cuenta de que, de modo totalmente fortuito, me encontraba en la ciudad a la que mi antigua amante había huido. Sin embargo, después de tomarme una docena de schnapps, comencé a pensar que tal vez la cosa no fuera tan fortuita. Así que decidí buscar a tu madre.

—Y la encontraste.

—Te encontré a ti. Eras lo último que yo esperaba en el mundo. Naturalmente, en cuanto me vio aparecer, tu madre llamó a la policía de Munich. Mi súbita aparición después de tantos años hizo realidad la peor de sus pesadillas. Pero en cuanto te vi, Hans, supe que eras mío. Lo supe. Ella ni siquiera trató de negarlo. —Hauer miraba fijamente el suelo de la cocina—. Pero tu madre me tenía agarrado, Hans. No sé cómo, ella y su rico marido se las habían ingeniado para que él te adoptase legalmente. Me gasté dos meses de sueldo en un abogado para intentar recuperarte, pero el tipo acabó diciéndome que me olvidase del asunto. Y, de todas maneras, tu madre ya te había calentado la cabeza contra mí. Eso fue lo primero que me dijo. —Hauer miró a Hans a los ojos—. ¿Qué te contó ella acerca de aquel día?

Hans se encogió de hombros.

—Me dijo quién eras. Que eras mi verdadero padre. Pero añadió que sólo habías regresado en busca de dinero. Para pedirle un préstamo.

Hauer pareció atónito. Suavemente, Hans siguió.

—Sin embargo, ni siquiera entonces la creí del todo. En el fondo, quiero decir. ¿Sabes qué recuerdo tengo de aquel día?

Hauer negó con la cabeza.

—Tu uniforme. Un uniforme verde perfecto, con medallas en el pecho. Eso nunca lo olvidé. Y cuando apareció la policía para detenerte, tú enseñaste tu placa y ellos se marcharon sin hacerte nada.

Hauer tragó saliva no sin dificultad.

—¿Por eso te hiciste policía?

—Supongo que en parte sí. Pero en realidad me hice policía porque era, sin lugar a dudas, lo peor que, a ojos de mi madre, yo podía hacer. Se había pasado treinta años tratando de convertirme en un banquero, como su primer marido. Y, visto en retrospectiva, supongo que el tipo no era tan malo. Pero cuando se casó con aquel maldito picapleitos comencé a odiarla. Se le veía tanto el plumero... siempre deseosa de parecer respetable. Y la odié aún más porque sabía que, de algún modo retorcido, todo lo hacía por mí. Cuando se casó con el abogado quise devolverle el daño que me había hecho. Y la mejor forma de conseguirlo era transformarme en aquello de lo que ella había huido durante su juventud. Decidí convertirme en un esclavo proletario, como tú. —Hans se echó a reír—. Y luego descubrí que me gustaba el trabajo. Me pregunto qué habría dicho Freud de eso.

Hauer sonrió forzosamente.

—Me creo lo que acabas de contarme —siguió Hans—. Pero cuando aparecí en Berlín vestido con este uniforme, ¿por qué no me contaste tu versión de la historia?

—Eso fue diez años después de lo de Munich —replicó Hauer—. Para entonces ya hacía mucho que me había resignado a vivir sin ti y sin familia el resto de mi vida. Cuando me abordaste en el exterior de la comisaría, hecho un saco de rencor y recitándome aquel estúpido acuerdo que te habías sacado de la manga, no supe qué pensar. Dado que, por tu cuenta y riesgo, ya te habías acercado a mí, no era mi intención precipitar las cosas.

Hans asintió con la cabeza.

—Deseaba abrirme camino por mi cuenta. No quería que tú me ayudases. Y, pese a lo mucho que yo aborrecía a mi madre por entonces, no estaba listo para enterarme de la verdad acerca de ti, pues creía que la verdad era que nos habías abandonado.

—Ella nunca me dijo que estaba preñada, Hans. Es una vieja historia. Yo estaba bien para amante, pero no para marido. En realidad se trata de algo bien triste. Ella no era de mejor familia que yo, pero estaba decidida a hacer un buen matrimonio. Supongo que era por temor a la pobreza. Sigo creyendo que tu madre estaba enamorada de mí, pero no estaba dispuesta a que su hijo tuviera un padre policía. Deseaba lo mejor para ti: *Gymnasium*, universidad...

—No hace falta que me lo digas —le interrumpió Hans—. Me lo sé de memoria.

—Pero lo que no le perdono es que cargara sobre mí todas las culpas y me convirtiera en un... maldita sea, no sé en qué...

—No importa. De veras. ¿Cómo iba a decirme que la culpa de que yo no tuviera padre era suya?

Hans miró su reloj y alzó la vista vivamente. Hauer seguía apuntándole con la Walther.

—Sé lo que piensas —dijo Hauer—. Es mejor que no lo intentes. Mira, si el que estaba en tu apartamento realmente hubiera tenido a Ilse, habría hecho que ella te hablase. La habrían utilizado como cebo para atraerte. A quien buscan es a ti... O mejor dicho, buscan lo que tú has encontrado.

—Pero no puedes estar seguro. ¿Y si está herida? ¿Y si no se encontraba en condiciones de hablar? ¿Y si está muerta?

Hauer bajó la pistola unos centímetros.

—Admito que todo eso es posible. Pero no nos vamos a meter a ciegas en una situación de la que no sabemos nada para morir como unos estúpidos románticos. Primero debemos averiguar si se nos busca oficialmente. —Descolgó el teléfono con la mano izquierda y marcó un número—. Quiero que pienses en todos los lugares en que Ilse puede haberse escondido, o incluso a los que puede haber ido inocentemente. Y una cosa, Hans, procura pensar como un policía, no como un marido. Ésa es tu única posibilidad de salvar a tu esposa.

Tras dirigir una última mirada a Hans, se metió la Walther entre el pantalón y la camisa.

Hans crispó los puños. Una alocada voz interior le aconsejaba que le rompiera a Hauer la cabeza y le quitara las llaves del coche, que sólo podía salvar a Ilse si actuaba con rapidez. Pero su experiencia policial le decía que Hauer, que su padre tenía razón.

—Con el Departamento de Comunicaciones —dijo Hauer con voz cortante.

—¿Quién llama?

—*Telefon*. Hay un problema con las líneas.

—Un momento, *bite*.

Hauer tapó el micro con la mano.

—Ojalá Steuben siga de guardia —susurró.

—Al habla el sargento Steuben —dijo una voz grave—. A las líneas no les pasa nada.

—Steuben...

—¿Dieter? ¡Dios bendito! ¿Dónde estás?

—Digamos que continúo detenido bajo mi propia custodia.

La voz de Steuben se redujo a un susurro.

—Estás teniendo mucha suerte. Funk ha movilizado a todo un ejército para buscarte a ti y a ese joven sargento. Tienen vigilados todos los puntos de control... todo.

—Sabía que nos buscarían, pero no creía que fuesen a armar tanto jaleo.

—Escucha, Dieter, dicen que tú y...

—Apfel.

—Sí, dicen que tú y Apfel matasteis a Erhard Weiss. Lo plantean como si se tratara de un simple asesinato. Subieron el cuerpo de Weiss desde el sótano y lo mostraron a varios oficiales y periodistas. Te advierto que la gente está muy alterada. Se dice que Apfel y tú teníais contactos con el crimen organizado y Weiss lo averiguó. Hay muchos que no creen que lo hicierais, pero todo el mundo está hecho una furia. Más vale que te andes con ojo si pretendes recurrir a viejos amigos.

—Lo entiendo, Josef. ¿Qué hay del otro asunto?

—A eso de las cuatro y media, desde una oficina vacante, se hizo otra llamada al mismo lugar.

—¿Pretoria?

—Exacto. —Steuben bajó la voz aún más—. Dieter... —dijo titubeante—. Realmente no matasteis al joven Weiss, ¿verdad?

—Por Dios, Josef, no creo que necesites preguntarlo.

Steuben vaciló.

—¿Qué me dices de Apfel? A él no lo conozco.

—¡Intentó salvar al muchacho! Eran camaradas. Piensa, Josef. Weiss era judío, ¿no te dice nada eso?

La respuesta de Steuben fue casi inaudible.

—Fénix.

—Exacto. Ahora tengo que irme. Quiero que sigas de guardia todo el tiempo que puedas, Josef. Eres mi último vínculo con ese lugar. Alguien tiene que vigilarlos. Pero ándate con ojo. Ahora que les he dejado ver quién soy en realidad comenzarán a buscar a otros. Saben que tú y yo somos amigos. Cuando te vuelva a llamar utilizaré el mismo pretexto. *Telefon.*

—De acuerdo —susurró Steuben—. No me moveré de aquí mientras dure el jaleo. Pero... me preocupa mi familia, Dieter. Mi esposa, mis hijitas. ¿Las tienes protegidas?

—Hice lo que te dije. En estos momentos hay dos hombres con ellas, buenos amigos míos. Veteranos del GSC-9. Por eso no debes preocuparte. Para entrar en tu casa, Funk necesitaría utilizar tropas de asalto.

—Gracias, amigo.

—*Auf Wiedersehen*, Josef.

Antes de que Hauer pudiera colgar el teléfono, Hans cortó la conexión y marcó un nuevo número.

—¿A quién llamas? —preguntó Hauer.

—¿Y a ti qué demonios te importa? —replicó secamente Hans—. ¿Puedes proteger a tus amigos con hombres del GSC-9 pero no dispones de veinte minutos para salvar a Ilse?

—Hans, tú no entiendes...

—¿Eva? —preguntó el joven en voz alta.

—¡Hans!

—Sí, Eva, soy yo. Quiero que salgas al rellano y...

—¡Escucha, Hans! ¡En estos mismos momentos están haciendo pedazos vuestro apartamento! ¡El escándalo se oye desde aquí! ¡Eso significa que no han dado con Ilse!

—¿Cómo? ¿Has visto a mi mujer?

—¿Que si la he visto? Esta noche la ayudé a salir a hurtadillas del edificio cuando los puñeteros rusos ya estaban a punto de atraparla. ¿Se puede saber qué demonios has hecho?

—¡Rusos!

La exclamación de Hans hizo que Hauer se levantase de su silla como impulsado por un resorte.

—Cuéntamelo todo cuanto antes, Eva.

Eva relató cómo habían logrado escapar de los hombres de Kosov y terminó la historia en el momento en que Ilse se bajó del taxi frente al callejón. Hans golpeó la mesa con el puño.

—¿Y no sabes dónde está ahora?

—No, pero me pidió que te dijera algo.

¿Qué?

—Mittelland.

—¿Eso es todo? ¿Una sola palabra?

—Eso es todo. Mittelland, como el canal. Supongo que no quería que yo me enterase.

Hans agitó el puño, eufórico.

—¡Gracias, Eva! ¡Ya sé dónde está Ilse!

—Pues ve a por ella, maldito estúpido. Y más vale que busques ayuda. No creo que tus amigos policías den la talla. —Hizo una pausa—. Y si te tropiezas con un tipo llamado Misha...

—¿Sí?

—Mata a ese cabrón. Envíalo al infierno. Me cortó la cara.

A Hans el corazón se le subió a la boca.

—¿Qué pasó?

—Tú ocúpate de encontrar a Ilse, Hans. Si a esa chica le sucede algo, tendrás que rendirme cuentas por ello. Y no se te ocurra acercarte por estos contornos. Vuestro apartamento está lleno de gente.

Dicho esto, Eva colgó.

Hauer agarró a Hans por el hombro.

—Has mencionado a los rusos.

—Eva dice que unos rusos fueron al apartamento a buscarme.

—¿Cómo sabe que eran rusos?

Hans se encogió de hombros.

—Es una mujer con mucha experiencia. Se trata de una antigua camarera que de cuando en cuando se prostituye para pagar el alquiler. Ayudó a Ilse a salir del edificio, pero eso es todo lo que me ha sabido decir.

—Debe de ser Kosov —murmuró Hauer—. El coronel que, durante la prueba del polígrafo que organizó Funk, no abrió la boca ni una vez. Sabía desde el principio que la cosa estaba trucada. ¿Llevaba Ilse los papeles con ella?

—No lo sé.

—Por el amor de Dios, Hans, procura pensar como un policía.

—¡Esos puñeteros papeles me importan un bledo!

—Baja la voz, no vaya a ser que Ochs aparezca. Y más vale que esos papeles te empiecen a importar. En estos momentos pueden ser lo único que proteja la vida de Ilse y las nuestras. —Hauer alzó un índice—. Has dicho que conocías el escondite de Ilse. ¿Dónde está?

Hans frunció los párpados.

—¿Y por qué tengo que decírtelo? —preguntó con súbito recelo—. Maldita sea, lo mismo me has traído hasta aquí sólo para averiguar el paradero de Ilse. El paradero de esos papeles. Dios mío, podrías...

Hauer le dio una fuerte bofetada.

—¡Contrólate, Hans! Fuiste tú quien me trajo aquí, ¿no recuerdas? Tienes que confiar en alguien y no me tienes más que a mí.

Hans frunció el entrecejo y, en voz baja, dijo.

—Wolfsburg.

—¿Cómo?

—El abuelo de Ilse tiene una pequeña Cabaña en el canal Mittelland, cerca de Wolfsburg. Es una vieja casa de la familia. El profesor debe de estar trabajando allí e Ilse se enteró. Dios mío, espero que haya conseguido llegar. —Su expresión se nubló—. Pero... no sé si le habrá sido posible. Yo tengo el coche.

—Quizá haya ido en tren —sugirió Hauer.

—En casa no tenía dinero.

—Todas las mujeres tienen dinero en casa, Hans, créeme. Lo guardan para emergencias en las que nosotros nunca pensamos.

—¡Tengo que llegar a Wolfsburg!

—Es cierto. Pero antes de que te dé las llaves tendrás que escucharme durante diez minutos. Luego trataré de pensar el modo de que tú y yo salgamos de Berlín. Sin mi ayuda no lo conseguirás.

Hans sabía que Hauer tenía razón. Él solo jamás lograría escapar a la redada organizada por Funk.

—Que no sean más de diez minutos —dijo.

Hauer se sentó y se echó hacia adelante.

—Tienes que comprender una cosa, Hans. Esta madrugada, tú te tropezaste con un caso en el que yo llevo más de un año trabajando. A eso me refería cuando hablé

con Steuben. En su casa, aparte de su esposa y sus hijas, hay otras cosas que necesitan protección. Una caja de caudales ignífuga en la que están las pruebas que he acumulado durante el pasado año. Hasta hace un par de horas, no tenía ni la menor idea de que la prisión Spandau estuviera relacionada con el caso, pero ahora estoy casi seguro de que así es.

—¿De qué demonios hablas?

—Los papeles que encontraste en Spandau son algo más que reliquias del pasado, Hans. Los rusos no han perdido la cabeza por una pieza de museo. Ahora, en el presente, esos papeles suponen una gravísima amenaza para alguien.

Hauer sacó un cigarro del bolsillo y le mordió la punta.

—Tienes que comprender algo muy importante. En estos momentos, Alemania, las dos Alemanias se encuentran muy cerca de la reunificación.

—¿Cómo?

—No digo que vaya a suceder mañana, ni la semana que viene, pero sí dentro de seis meses... quizá un año.

—¿Estás loco?

Hauer hizo una pausa para encender el cigarro.

—Eso es lo que respondería la mayor parte de los alemanes —dijo—. Y estarían tan equivocados como tú lo estás. Dime una cosa, a lo largo de tu vida, ¿no te has fijado en la cantidad de organizaciones que claman por la reunificación de la patria? Y no me refiero a los comités administrativos que se ahogan en papeleo; me refiero a los grupos serios, cuya única y exclusiva meta es restaurar el poderío perdido de Alemania.

Hans se encogió de hombros.

—Claro. ¿Y qué? ¿Qué hay de malo en tratar de que Alemania sea fuerte? Yo estoy de acuerdo con ellos. Quizá no con las facciones más extremistas, pero quiero que Alemania se vuelva a unir. Una sola nación, sin el Muro.

Hauer alzó una ceja y Hans se sonrojó.

—A fin de cuentas, es mi patria —dijo el joven—. Quiero que sea fuerte.

—Claro que sí, muchacho. Y yo también. Pero hay maneras y maneras de ser fuerte. Algunos de esos grupos tienen ideales muy extraños. Viejos ideales. Viejos programas.

—¿A qué te refieres? ¿Cómo lo sabes?

Hauer examinó su cigarro.

—Porque Steuben y yo hemos asistido a sus reuniones. Yo me tropecé con este asunto de modo accidental. Hace cosa de un par de años intervine en un asunto de drogas que llevaba el Departamento de Operaciones Especiales. Rastreado el dinero llegué a dos agentes de policía. Al poco tiempo me di cuenta de que había bastantes autoridades implicadas en el tráfico de drogas que tiene lugar en Alemania. Y, pese a haber recibido órdenes de no hacerlo, comencé a recoger pruebas contra esa gente. Steuben me ayudó desde el principio. No tardamos en darnos cuenta de que la

corrupción llegaba hasta los mandos superiores de la policía.

—¿El prefecto Funk?

—Magnífico ejemplo. Pero luego comenzamos a notar cosas raras. Advertimos una pauta. Todos los agentes implicados en el narcotráfico eran también miembros de una organización semisecreta llamada *Der Bruderschaft*.

—¿La Hermandad? He oído hablar de ella.

Hauer exhaló una bocanada de azulado humo.

—No me sorprende. Yo mismo me uní a ella el año pasado. Ahí es donde encaja lo del tatuaje. El ojo es el símbolo de esa gente. ¿Alguna vez has visto a un policía con una venda detrás de la oreja derecha? Eso significa que el tipo tiene la marca. Llevan la venda hasta que el pelo vuelve a crecerles. No sé cuál es el significado de ese ojo, pero a mí no me faltaba ni un mes para que me lo tatuaran. Tatúan a los miembros cuando cumplen un año en el grupo. —Hauer se puso en pie y tiró la ceniza de su cigarro en la pila del fregadero—. Sin embargo, el verdadero nombre de la organización no es *Der Bruderschaft*, sino *Bruderschaft der Phoenix*. ¿Te suena?

Hans abrió ojos como platos.

—¡Claro que me suena! Lo vi en los papeles de Spandau. En ellos se decía que los «soldados de Fénix» habían visitado al prisionero Número Siete.

—Dios mío... ¿Qué más recuerdas?

Hans movió la cabeza.

—Sólo me acuerdo de eso porque estaba en alemán en vez de en latín.

Hauer comenzó a pasear por la cocina.

—Cielos, qué fácil resulta ahora darse cuenta. *Der Bruderschaft* es una organización neonazi. Es natural que esos tipos trataran de ponerse en contacto con Hess en la prisión, que trataran de utilizarlo como una especie de mascota. Pero tal vez a Hess no le gustó la idea... Tal vez... Dios mío —dijo de pronto Hauer—, quizá fueron ellos quienes lo mataron. Hess les resultaba mucho más útil convertido en mártir que como viejo y patético prisionero.

—¿Quién acude a esas reuniones de la *Bruderschaft*? —preguntó Hans.

—Principalmente, un puñado de descontentos y de jóvenes matones. Ya sabes de qué clase de gente se trata: policías que no responden cuando se les llama para que defiendan a una mujer turca que está siendo agredida en la calle. La mayoría nacieron quince o veinte años después del final de la guerra. —Hauer sacudió la cabeza con desagrado—. Se emborrachan, discuten, abogan en sus discursos por acabar con los traidores de Bonn y por convertir de nuevo Berlín en la capital. Cantan *Deutschland über Alles* o, si están realmente como cubas, el *Horst Wessel*, el himno nazi. Al principio, la cosa parecía cómica. Pero al cabo de un tiempo me di cuenta de algo. Esos payasos estaban consiguiendo millones de marcos por medio de sus operaciones de narcotráfico, y sin embargo no parecía que se quedasen con los beneficios. Nada de coches deportivos ni de casas nuevas. ¿Adónde iba a parar todo el dinero? Rastree la cadena de mando hasta el prefecto Funk, pero al cabo de seis meses de investigar

llegué a un callejón sin salida. Y de pronto lo comprendí. Lo había tenido todo el tiempo frente a mis narices. Su dinero procedía de las drogas, ¿no? Bueno, ¿de dónde llegan las drogas?

—Del este —dijo Hans en voz baja.

—Exacto. Así que me pregunté: ¿y si la organización se extendía lateralmente en vez de verticalmente? ¿Entiendes? ¿Cómo pasaban las drogas a través de Alemania Oriental? ¿Se habían quedado ciegos los *Vopos*? Qué va. Estaban permitiendo el paso de las drogas. La policía de Alemania Oriental tenía sus propios miembros de la *Bruderschaft*.

Hans parpadeó, atónito.

—¿La Volkspolizei?

Hauer asintió con la cabeza.

—Y la Stasi.

Hans torció el gesto al oír el nombre de la odiada policía secreta alemana oriental.

—Pero... ¿por qué la Stasi iba a traficar con drogas? ¿Sólo por el dinero?

Hauer movió la cabeza.

—Piensa por un momento en lo que supone realmente ser un agente de la Stasi.

—No, gracias.

Hauer agitó su cigarro.

—Sí, la mayoría de ellos es basura. Pero es basura alemana. ¿Comprendes? Tienen a los rusos constantemente encima diciéndoles lo que tienen que hacer. Ellos odian a los rusos mucho más que nosotros. Son comunistas, sí, pero... ¿qué alternativa tienen? Llevan desde 1945 bajo la bota de los rusos. Así que, ¿qué crees que hacen? ¿Quedarse de brazos cruzados tragándose todas las estupideces que les suelta Moscú? La mayor parte de ellos sí. —Los ojos de Hauer relucieron—. Pero hay otros que no. Los de la HVA, el servicio de inteligencia de Alemania Oriental, le lamen el culo a Moscú. Son como el brazo alemán del KGB. Pero los de la Stasi son distintos. Ellos hacen las cosas a su modo. Son capaces de vencer al KGB con sus propias armas, y el KGB es consciente de ello. Si Moscú se queja de la Stasi, el propio Honecker le dice a los del Kremlin que se ocupen de sus asuntos.

—Hablas como si admirases a esos cabrones.

Hauer negó con la cabeza.

—No pretendo generalizar, Hans. Lo importante es que ciertos elementos de la Stasi desean la reunificación aún más que nosotros los occidentales, y están dispuestos a pelear por ella. Quieren su porción de la tarta económica europea, y saben que mientras estén separados de nosotros, nunca la conseguirán. Y eso nos lleva a las drogas.

—¿Cómo? ¿Las drogas son su porción del pastel?

—No. Las drogas forman parte de su estrategia. Creo que piensan más o menos esto: cuanto más rápidamente se deteriore la situación social en Alemania Occidental, más rápidamente consolidarán su poder las facciones derechistas y nacionalistas del

Oeste. Piensa en ello. Durante veinte años, la Stasi proporcionó a las Brigadas Rojas y a otros terroristas de izquierdas armas y plástico. ¿Por qué? ¿Sólo para crear el caos? No. Porque cada vez que esos exaltados ponían una bomba en un banco o en la sala de espera de un aeropuerto, las derechas occidentales contraatacaban con atentados aún más extremados. El público reaccionaba con indignación creciente. Te aseguro, Hans, que es una estrategia inteligente. Moscú nunca se había mostrado tan indulgente como en estos momentos. Todo el bloque oriental está agitado. El malestar y la sedición surgen por doquier. Y Alemania Oriental es el más independiente de todos los países satélites. Allí la Stasi lo vigila todo: los disturbios estudiantiles, la inestabilidad política, las tensiones económicas y, además, posee la extraordinaria ventaja de disponer de líneas de información directas con Rusia. Creo que *Der Bruderschaft* y los que la controlan, sean quienes sean, creen que un canciller alemán occidental suficientemente decidido podría aprovechar la primera oportunidad que se presente para volver a unir las dos Alemanias. —Hauer respiraba entrecortadamente—. Y, Dios me ayude, creo que tienen razón.

Hans lo miraba fascinado.

—¿Es realmente la Stasi tan poderosa como la gente dice? Se asegura que tienen a cientos de informantes aquí y en Bonn.

Hauer rió entre dientes.

—¿Cientos? Más bien miles. Si yo tuviera acceso a los archivos de la central de la Stasi, podría desbaratar la mitad de las carreras políticas de Alemania Occidental y de la Unión Soviética. Y lo digo en serio. La mayor parte de nuestros senadores más importantes están en nómina de la Stasi. Funk no es más que un pez chico.

Hans movió la cabeza.

—¿Realmente crees que todo eso es así?

Hauer se encogió de hombros.

—No lo sé. A veces lo creo y a veces me pregunto si el schnapps no me habrá afectado el cerebro. Cuando voy a las reuniones de la *Bruderschaft* me dan ganas de reír. Funk y su chusma no son más que niños que gustan de fantasear sobre el Cuarto Reich. Se trata del clásico delirio infantil. Alemania volverá a unirse, no lo dudes. Pero no la unirán ni los policías borrachos ni los cabezas rapadas. Lo harán los banqueros y los presidentes de los consejos de administración. Hombres que pertenecen a ese mundo que tanto le gusta a tu madre. En estos momentos, Hans, somos el país más rico de Europa, y todo tiene su precio y todo se compra. Incluso una Alemania unida.

Hauer se tiró del bigote y siguió.

—La cuestión es: ¿existe una conexión entre *Der Bruderschaft* y esos banqueros y altos ejecutivos? Y, en caso de que sea así, ¿cuál es? ¿Cuál es el poder de Fénix sobre las instituciones alemanas? La capacidad de la Stasi para el chantaje es formidable. Los que forman el grupo de Funk pueden parecer payasos, pero, lo mires como lo mires, la Polizei es uno de los brazos del Estado.

Hans parecía confuso.

—Pero... ¿qué tiene que ver todo eso con los papeles de Spandau y con Ilse?

—Der Bruderschaft der Phoenix, ¿recuerdas? En los papeles de Spandau se mencionaba a Fénix, lo cual vincula a Funk y a la Stasi con los papeles. Vuestra amiga la prostituta dijo que los rusos te buscaban a ti, y que persiguieron a Ilse. Los soviéticos se alborotaron en cuanto tú descubriste los papeles de Spandau. ¿Conocen los rusos la existencia de Fénix? Quizá se hayan infiltrado en la Bruderschaft por medio de la Stasi. Quizá sospechen que la Stasi trata de conseguir la reunificación. ¿Qué demonios es Fénix? ¿Un hombre? ¿Un grupo de hombres? En una reunión de la Bruderschaft oí a Funk, que estaba borracho como una cuba, parlotear de que Fénix iba a cambiar el mundo, y de que todo volvería a la normalidad, y de que acabaría con los judíos y los turcos de una vez por todas. Pero cuando intenté tirarle de la lengua, el teniente Luhr lo hizo callar.

Hauer se removió en la pequeña silla.

—Sea Fénix lo que sea, estoy casi seguro de que tiene su base fuera de Alemania. Hace cosa de un mes, Steuben advirtió que Funk estaba telefoneando a diferentes ciudades de Sudáfrica. Supuse que la cosa tenía que ver con las drogas: búsqueda de nuevos mercados, etcétera. Pero creo que me equivoqué. Hans, creo que has descubierto algo cuya importancia política no alcanzamos a imaginar. Espero que Ilse haya conseguido llegar con esos papeles a Wolfsburg, pero sea así o no, no lograremos salir de Berlín cruzando con tu coche el Checkpoint Charlie. Debemos tomar precauciones y hacer planes. La gente me debe...

—Perdonen —dijo una suave voz entre las sombras.

Hauer se volvió en su silla. Benjamin Ochs estaba en el umbral.

—Dispénsenme —dijo—, pero las voces han alarmado a mi esposa. ¿Me permiten que los acompañe unos momentos?

El viejo entró arrastrando los pies en la cocina y se sentó a la mesa. Se sirvió brandy en una de las copas que había sacado su esposa, lo bebió y se limpió los labios en la manga del pijama.

—Sé lo que está pensando, capitán —dijo—. ¿Cuánto ha oído ese viejo carcamal? Bueno, yo se lo digo. He escuchado lo suficiente. Ojalá lo hubiera oído todo. Lo que he oído... Dios bendito. Usted no los ha mencionado por su nombre, pero sé de quiénes hablaba. ¿Le da miedo decirlo?

—No sé a qué se refiere —dijo Hauer.

—¡Nazis! —exclamó Ochs agitando la canosa cabeza—. De ellos hablaba, ¿no? Y no se refería sólo a los vándalos que profanan los cementerios judíos. Se refería usted a policías, profesionales, banqueros, presidentes de consejos de administración...

—Lo ha entendido usted mal, Herr Ochs. La cosa no es tan grave.

—Capitán, probablemente es aún más grave. ¿Sabe qué es el Fénix? Es un ave que renace de sus cenizas. —El viejo sastre se puso en pie y se irguió—. Yo soy

judío, capitán. Judío alemán. Antes de la guerra éramos ciento sesenta mil en Berlín. Ahora somos siete mil. Durante la guerra yo no era un niño. Mientras usted recogía sobras en la calle, yo existía en un lugar que usted no puede ni imaginar. Más allá de la esperanza, fuera del tiempo. Perdí a toda mi familia, a mis padres, a mi hermano, a mis dos hermanas, en ese lugar. Mientras ellos perecían, yo cosía uniformes para el ejército alemán. Yo viví mientras mi familia moría. Le aseguro, capitán, que no ha habido uniformes peores que los que Benjamin Ochs cosió para la Wehrmacht. Hice uso de mi mejor saber y entender para coser uniformes que, en cuanto llegaron al helado frente ruso, se convirtieran en jirones que sólo sirvieran de mortaja. —Ochs alzó una marchita mano—. Si se propone usted proteger a esos hombres, capitán, ya puede ir marchándose de mi casa. Pero si lo que quiere es combatirlos... Entonces, le ruego que acepte mi ayuda. Dígame qué necesita.

Hans se había quedado sin habla, pero Hauer no dudó ni un momento en aceptar la oferta de Ochs.

—Nos hace falta un coche —dijo.

—Eso está hecho —replicó Ochs.

—Necesitamos ropa, porque no podemos seguir de uniforme. ¿Tiene usted algo que nos sirva y no llame la atención?

Ochs sonrió.

—Recuerde que soy sastre. En un minuto les consigo ropas. Cojan de la nevera toda la comida que quieran. Si esta noche van a viajar por Alemania Oriental, no podrán pararse a tomar café.

Dio media vuelta y se dispuso a salir.

—Herr Ochs —le llamó Hauer.

¿Sí?

—¿Qué clase de coche tiene?

Los ojos de Ochs relucieron.

—Un Jaguar inglés. Corre como el viento.

—¿Cómo está de gasolina?

—Tiene los dos depósitos llenos. —El viejo dio un paso hacia Hauer—. Acabe usted con esos hombres, capitán. Arránquelos de raíz. Demuéstreles cuál es el auténtico temple de los alemanes.

Ochs dio media vuelta y se perdió pasillo abajo.

—¿Es cierto lo que Ochs dice? ¿Los tipos de los que hablas son realmente nazis?

Hauer negó con la cabeza.

—No lo creo. Alemania es el último lugar en el que podría rebrotar el fascismo. La nuestra es la democracia más fuerte de Europa. E incluso si no fuera así, la OTAN y el Pacto de Varsovia nos reducirían a cenizas antes que permitir que en Alemania apareciese otro dictador. Creo que nos enfrentamos a la reunificación acelerada: económica, política y militar. Los beneficios que se pueden alcanzar son inmensos, y los de Fénix saben que la tecla del nacionalismo es la que hará que el pueblo alemán

los apoye. Funk y sus payasos no son más que soldados de a pie. Lucrativos peones. —Hauer frunció el ceño—. ¡Maldita sea, tengo la respuesta frente a mis narices y no atino a identificarla! Todo tiene que encajar de algún modo. Fénix, la reunificación, los papeles de Spandau... —De pronto se interrumpió—. Dios bendito... ¿Y si los papeles de Hess contienen algo que se puede utilizar como arma contra la OTAN? ¿O contra Inglaterra y Estados Unidos? ¿O incluso contra Rusia? Siempre se ha dicho que Hess conocía algún terrible secreto. ¿Y si se trata de algo que Fénix podría utilizar para obligar a las cuatro potencias a aceptar la reunificación? ¿O incluso para presionar a una de las potencias?

Hauer le tendió a Hans las llaves del coche.

—Llévate el coche más abajo, no vaya a ser que le echemos los perros encima a ese pobre viejo. Ya ha pasado bastantes calamidades en su vida.

Hans salió por la puerta principal y Hauer abrió la nevera. No recordaba cuándo había comido por última vez. Mientras cogía un frasco de pepinillos polacos, le vino a la cabeza la imagen de Rudolf Hess. Alto y cadavérico, el solitario espectro merodeaba silenciosamente por los nevados patios de Spandau. ¿Qué sabía aquel viejo?, se preguntó. ¿Qué dicen los papeles que dejó tras de sí? ¿Será algo tan importante como para hacerle chantaje a una superpotencia? ¿Puede haber algo que sea de una importancia tan enorme?

—Si lo hay —se dijo con un escalofrío—, no estoy seguro de querer enterarme.

Hauer trató de refrenar una oleada de remordimientos. Antes le había mentido a Hans, pues sí había visto cómo torturaban a Erhard Weiss. Y no lograba borrar el recuerdo de su memoria. Funk y sus matones eran demasiado toscos para utilizar drogas; sus métodos eran las palizas y la electricidad. En el rostro, en el ano, en el pene. Y se divertían con ello. Sobre todo Luhr. El joven Weiss gritó tanto que Hauer pensó que se le iba a descoyuntar la mandíbula. El pobre muchacho hubiera delatado a su propia madre con tal de que sus torturadores dejaran de atormentarlo, pero Luhr quería información y Weiss no la tenía. Y Hauer —el valeroso capitán— permaneció inmóvil y en silencio mientras aquello sucedía. Podría haber tratado de impedirles que siguieran, pero eso únicamente le hubiera servido para tomar el lugar de Weiss en la silla del tormento.

Weiss está muerto, se dijo. Tú no lo puedes resucitar. Preocúpate de los vivos. Hauer esperaba que la esposa de Hans hubiera podido llegar a Wolfsburg, aunque salir de Berlín aquella noche iba a resultarle muy difícil. En caso de que la hubieran detenido, Hauer esperaba que fueran los rusos. Sólo Dios sabía lo que Jürgen Luhr sería capaz de hacerle a una mujer si tenía oportunidad.

CAPÍTULO DIEZ

22.40 horas. Polizei Abschnitt 53. Berlín Occidental

El prefecto Wilhelm Funk parecía al borde del infarto de miocardio. Una situación crítica que él creía tener admirablemente bajo control acababa de hacer explosión frente a sus venosas narices, y poco era lo que él podía hacer por remediarlo. Burócrata nato, Funk buscó instintivamente chivos expiatorios, pero el infortunado Rolf yacía muerto en la celda del sótano, junto al cadáver mutilado de Weiss. Ahora el agitado Funk estaba en su oficina, acompañado por su ayudante, el teniente Jürgen Luhr, y por el capitán Otto Groener, del distrito Kreuzberg.

—No pueden escapar, prefecto —dijo Luhr tratando de calmar a su furioso superior—. Tenemos hombres en todos los puntos de control. Hasta los narcotraficantes saben que intentar sacar de Berlín a Hauer sería fatal para ellos. Yo mismo los amenacé.

Tal noticia mitigó ligeramente la furia de Funk. Luhr siempre había sido su brazo derecho. El hombre tenía pocas debilidades humanas, y entre esas pocas no figuraba la clemencia.

—¿Adónde cree usted que puede ir a esconderse Hauer, Jürgen? ¿Y por qué demonios nos traicionó para salvar a un sargentillo cualquiera?

—No se preocupe. Lo encontraremos. Sólo es cuestión de tiempo.

—¡Cómo que no me preocupe! —exclamó Funk—. ¡Sólo Dios sabe qué tiene ese traidor en su poder! Podría echar a perder muchos años de trabajo y esfuerzo. —Funk se echó hacia adelante y reposó el mentón en las carnosas manos—. Al menos consiguió usted quitarnos de encima a los malditos rusos.

—No estoy seguro de que Kosov se tragase la comedia del detector de mentiras —dijo Luhr pensativamente.

Funk desechó con un ademán tal preocupación.

—Usted mismo lo ha dicho, Jürgen, localizarlos sólo es cuestión de tiempo. Y en cuanto los tengamos en nuestras manos, el problema estará resuelto. Todos los miembros de la Bruderschaft tienen orden de disparar a matar, y los demás hombres probablemente harán lo mismo debido a lo furiosos que están. Nos haremos con los papeles de Spandau y ése será el fin de la cuestión.

—¿Y si no conseguimos detener a esos dos antes de que salgan de la ciudad? —preguntó Otto Groener.

—¡Lo conseguiremos! —ladró Funk—. ¡El fracaso ni siquiera me lo planteo!

—Pues más vale que empiece a planteárselo, «prefecto» —insistió Groener haciendo especial énfasis en el cargo de su interlocutor. Como viejo rival de Funk, le encantaba ver a éste en apuros.

—Preocúpese por lo que ocurre en su propio distrito —gruñó Funk.

—Pero el problema no está en mi distrito.

Funk golpeó el escritorio con el puño.

—¡Un pequeño contratiempo y todo el mundo se me echa encima! ¿Qué haría usted en una auténtica crisis, Groener? ¿Vaciar nuestras cuentas corrientes y traicionar a Fénix?

—¿Cómo voy a traicionar algo que ni siquiera estoy seguro de que exista?

Funk lanzó un suspiro.

—Cállese, Otto. Este problema no tardará en quedar resuelto y, cuando eso ocurra, le dedicaré a usted mi plena atención.

El rechoncho Groener se retrepó en su sillón y encendió una vieja pipa.

—Espero que tenga usted razón, Wilhelm —dijo con suavidad—. Por su bien. Pero me temo que no es así. Una voz interior me dice que ha sucedido algo inesperado. Inesperado no sólo aquí, sino en Pretoria. —Alzó una poblada ceja—. Quizá Fénix no sea tan invencible como se nos ha hecho creer.

—¡Estúpido! —exclamó Jürgen Luhr—. Palabras como ésas podrían costarle la vida. ¿Se cree que porque tenemos cuatro paredes a nuestro alrededor estamos en privado? Comienzo a pensar que no sólo tiene usted el aspecto de una vaca, sino también su cerebro.

—¡Cerdo insolente! —exclamó Groener poniéndose en pie.

Luhr se mantuvo inmóvil, como si retase al otro a que lo agrediese. Sus vesánicos ojos azules y su formidable físico hacían que la diferencia de graduación no contara en absoluto.

—¡Hauer anda suelto por la ciudad, y ustedes dos discutiendo como chiquillos! ¿Qué se proponen hacer?

Groener buscó un modo digno de volver a sentarse; Funk tenía el aspecto de un perro reprendido injustamente.

—He hecho lo que he podido, Jürgen —dijo inquieto—. Todos los de los coches patrulla tienen los nombres y las fotos de esos dos. Dios mío, la mayor parte de los policías conocen de vista a Hauer. He conseguido que todos estén convencidos de que él y Apfel asesinaron a uno de los nuestros. ¿Qué más puedo hacer?

Luhr paseaba por la habitación preocupado.

—No lo sé. Pero yo no estoy tan seguro de que los haya convencido a todos. La mayoría de los agentes sólo recibirán el informe por radio. No habrán visto el cuerpo de Weiss. Hauer y Apfel tienen muchos amigos. Sobre todo Hauer. Hombres que han servido con él bajo el fuego. No lo traicionarán por un simple rumor. Y menos por un rumor propagado por usted.

Funk enrojeció.

—¡Acaba usted de decir que no pueden escapar!

Luhr sonrió débilmente.

—Lamentablemente, sólo lo dije para tranquilizarlo. No estoy del todo seguro. —Su expresión se hizo dura—. Hábleme de Munich —dijo—. Sé que Hauer fue

degradado a causa de la masacre olímpica, pero... ¿qué sucedió exactamente?

Funk se pasó un pañuelo por la frente.

—No sé qué importancia puede tener eso.

—Usted dígamelo —insistió Luhr.

Funk lanzó un suspiro.

—Muy bien. Hauer estaba en la Policía Federal de Fronteras. Era francotirador, o tirador de primera, o como se diga. Los fedayin de Septiembre Negro retenían a los atletas judíos en la villa olímpica. Exigían un avión para llevarlos a El Cairo. También exigían la puesta en libertad de Andreas Baader y Ulrike Meinhof, a los que habíamos detenido recientemente, y de dos centenares de prisioneros políticos árabes que se encontraban en cárceles israelíes. El gobierno judío nos pidió permiso para enviar a Alemania a uno de sus comandos para que intentara efectuar el rescate. ¡Y Willy Brandt, el muy pelele, estuvo a punto de decir que sí! ¡Desde el principio fue partidario de dejar libres a Baader y a Meinhof! Afortunadamente, la decisión final estaba en manos del gobierno del Estado.

—¿Y Hauer? —insistió Luhr.

—Se lo estoy diciendo. Les dieron a los fedayin autobuses para ellos y para sus rehenes, y se les permitió ir en ellos hasta dos helicópteros enviados expresamente a la villa olímpica. Algunos, Hauer entre ellos, pensaban que aquél era el mejor momento para intentar rescatarlos. Pero el gobierno del Estado dijo que no. La emboscada debería efectuarse en el aeropuerto de Fürstenfeldbrück, cuando los terroristas trataran de ir desde los helicópteros hasta el avión que los esperaba. Apenas los helicópteros se hubieron posado en Fürstenfeldbrück, alguien dio la orden de disparar. Hauer era uno de los cinco francotiradores. La luz era inadecuada, la distancia demasiado grande y los disparos fueron reflejo de tal situación. El tiroteo duró casi una hora. Al final fue necesario un asalto de infantería para matar a todos los árabes, pero antes de que eso sucediera los árabes ya habían volado los helicópteros, en cuyo interior se encontraban los judíos.

Luhr asintió con la cabeza.

—¿Y Hauer?

—Acabo de decírselo.

—Pero... ¿falló Hauer sus tiros?

—No —replicó Funk a regañadientes—. Lo cierto es que mató a uno de los terroristas con el primer disparo e hirió a otro con el segundo. El muy cretino tal vez hubiera conseguido conservar su empleo de haber mantenido la boca cerrada. Pero, naturalmente, no lo hizo. Tuvo que contarle a todo el mundo lo que habíamos hecho mal y por qué el intento de rescate estuvo condenado al fracaso desde el principio. Se puso a alborotar pidiendo reformas en nuestros métodos antiterroristas. Quería que imitáramos a los malditos israelíes.

—¿Y qué le pasó?

Funk rió suavemente.

—Como el resto de los implicados en la masacre, sufrió una sanción burocrática. Lo transfirieron a la Policía Civil de Berlín y desde entonces ha sido un molestísimo grano en mi culo. ¡Jamás quise a ese cabrón en nuestro grupo! ¡Después de lo de Munich, nunca confié en él! Desde aquel día no ha dejado de sentir remordimientos por lo que les pasó a aquellos judíos. —Funk resopló despectivamente—. ¡Imagínese! ¡Perder el sueño por unos cuantos atletas judíos!

Funk jugueteó con el pisapapeles hecho con la vaina de un proyectil que había sobre el escritorio.

—Lo más irónico es que Bonn creó el GSC-9 debido a lo de Munich. Hauer quiso incorporarse a ese cuerpo, desde luego, pero para cuando sus amigos lograron que fuera aceptado, él ya era demasiado viejo para pasar las pruebas físicas. Para obtener la admisión, prácticamente tiene que ser un atleta olímpico. Trabajó como instructor para los tiradores de primera, pero eso fue todo. Creo que de cuando en cuando siguen utilizando sus servicios como consultor o algo así.

—*Wunderbar!* —exclamó Luhr—. ¿Y piensa que vamos a detener a un hombre como ése sólo con las medidas normales? ¡Demonios! Tenemos que hacer algo más.

—¿Qué? —preguntó Funk en tono casi suplicante.

Luhr sacudió la cabeza, furioso.

—Aún no lo sé. Pero de lo que estoy seguro es de que más vale que informe cuanto antes de esto a Pretoria.

Funk palideció. Groener se levantó de su butaca y cogió su gorra.

—Tengo que volver a Kreuzberg.

—Sí, claro que sí, Otto —se burló Luhr—. No nos olvidaremos de decirle a Fénix que usted tuvo un recuerdo para él.

Groener salió dando un moderado portazo. Luhr se echó a reír.

—Menudo gallina. ¿Cómo ha conseguido aguantar veinticinco años en el cuerpo?

—Como acaba de demostrar, Groener sabe hacer mutis a tiempo —replicó Funk descolgando el teléfono—. Por otra parte, nadie quiere el distrito de Kreuzberg. Es el culo de Berlín. Allí no hay más que turcos mugrientos y estudiantes... ¿Es usted, Steuben? ¿Sigue de guardia? —Funk le hizo un guiño a Luhr—. Soy el prefecto. Tengo que poner otra conferencia internacional. El mismo número. Sí, de Pretoria. Necesito pedirle consejo a un viejo amigo del NIS. Los tipos de por allá abajo saben cómo manejar un problema. Rompen unas cuantas cabezas y se acabó. Sí, espero...

En la sala de comunicaciones del primer piso, el sargento Josef Steuben metió la mano en la parte baja de la mesa del ordenador y puso en marcha una pequeña grabadora. Tras echarle un vistazo a la sala principal de la comisaría a través del ventanal que tenía a su espalda, anotó la llamada de Funk en el pequeño cuaderno que llevaba religiosamente desde hacía cuatro meses. Steuben no tenía titulación universitaria pero Hauer lo consideraba un genio de la electrónica. No le había

llevado ni un minuto intervenir la llamada que Funk había solicitado desde su oficina del tercer piso. No había medidores de tensión que controlasen las llamadas hechas desde Abschnitt 53, así que se sentía razonablemente seguro.

Además, se dijo, si este asunto termina en los tribunales, las absurdas acusaciones hechas por un técnico en ordenadores y un presunto asesino no tendrán el más mínimo peso. Debemos disponer de pruebas materiales.

—A Dieter le encantará esto —dijo en alto—. Sorprenderemos a esos hijos de puta con las manos en la masa.

Una gélida voz hizo que Steuben se quedara paralizado en su sillón.

—¿Es usted el único agente de guardia?

Steuben se volvió hacia la voz. El teniente Jürgen Luhr se encontraba en el umbral de la sala de comunicaciones con la mano derecha apoyada en la culata de su Walther.

—Apártese de la consola —ordenó.

23.06 horas. Prinzenstrasse. Berlín Occidental

Ceguera, pensó Hans. Así debe de ser la ceguera. Sentía como si tuviera los ojos vueltos hacia atrás, hacia el interior del cráneo. No lograba ver el rostro de su padre, aunque sabía que estaba a sólo unos centímetros del suyo. Apretujado y desorientado, alargó una mano.

—¡Quieto! —gruñó Hauer.

—Perdón.

No sin esfuerzo, Hauer y él habían logrado meterse en el maletero del Jaguar de Benjamin Ochs. Éste les había echado una vieja manta por encima y, por suerte, ambos se habían metido con la cabeza por delante, así que el escaso calor de la calefacción que pasaba a través de los asientos posteriores les mantenía las cabezas razonablemente calientes. Ahora estaban cruzando la ciudad y el viejo y atildado matrimonio mantenía la vista al frente siempre que se cruzaban con un vehículo policial. En el oscuro maletero, Hans se esforzaba en mantener sus miembros despiertos. Una pierna ya se le había dormido por completo, y por cómo notaba el hombro izquierdo, éste tal vez estuviera dislocado.

—Capitán —dijo—. He estado pensando en lo que dijiste. Lo de que los agentes de la Stasi trabajan en pro de la reunificación. A mí me parece absurdo. Si cayese el Muro, ¿no desmantelarían la Stasi? Probablemente, a muchos de sus miembros incluso los juzgarían por sus actos criminales.

—Sí. Lo cual indica que alguien en el Oeste debe de estar garantizándoles la inmunidad a cambio de su colaboración. Y no me preguntes quién es ese alguien, porque no lo sé.

Hans asimiló esto en la ruidosa y traqueteante oscuridad.

—¿Crees de veras que se producirá? —preguntó al fin—. Me refiero a la reunificación.

—Es inevitable —dijo Hauer—. Lo que no sabemos es ni cuándo ni cómo será. El propio alcalde Diepgen lo dijo este año. «Comenzamos este año del 750 aniversario con la idea de que Berlín volverá a ser la capital de Alemania.» Fuera de Alemania, nadie reparó en ello, desde luego. Pero ya lo harán, Hans. Tú eres joven. Los del otro lado del Muro te parecen distintos a ti. Y, en cierto modo, lo son. Cosas muy importantes nos separan: el Muro, nuestro sistema educativo, la ideología. Pero las cosas pequeñas nos unen. Lo que comemos... nuestras canciones tradicionales. Las madres del Este les, cuentan a sus hijos los mismos cuentos de hadas que tu madre te contaba por las noches. Minucias, quizá. Pero, según mi experiencia, las minucias son más duraderas que las cosas trascendentales. —Cambió de posición—. Los alemanes somos una tribu, Hans. Ésa es nuestra principal virtud y nuestro principal defecto.

Entre las tinieblas, Hans asintió lentamente.

—¿Por dónde cruzaremos? —preguntó—. ¿Por Staaken?

—No. Eso es lo que todos esperan. Parten de la base de que, si huimos, huiremos hacia el oeste. Ésa será la zona más vigilada.

—Entonces, ¿por dónde vamos a cruzar?

—Por la Heinrich-Heine Strasse. Nos dirigiremos al centro de Berlín Oriental, y luego nos desviaremos al sur para rodear la ciudad. La verdad es que ese viejo judío tiene las pelotas muy bien puestas.

—¿Cómo saldremos exactamente? —preguntó Hans por encima del rumor del motor del Jaguar—. Supongo que no creerás que dejarán pasar este coche sin inspeccionar el maletero.

En la oscuridad, Hauer rió entre dientes.

—Esperaba que no lo preguntases. Lo cierto es que me alegro de que el viejo insistiera en venir. Ahora hay tres cosas a nuestro favor: la Glasnost, el clima y lo poco que les gustará a los guardias de la frontera molestar a dos viejos judíos que se dirigen a un entierro.

—¿Entierro? ¿De qué hablas? ¿A quién van a enterrar?

Antes de que Hauer pudiera contestar, Benjamin Ochs se volvió hacia atrás y pegó con el puño en el respaldo de los asientos traseros. En el maletero se oyeron, amortiguados, los dos golpes.

—La señal —susurró Hauer—. Hemos llegado.

En el angosto espacio resonaron otros dos golpes.

—Maldita sea —masculló Hauer—. Hay vigilancia extra. No digas nada, Hans. Y pídele a Dios que esta noche los *Vopos* no tengan ganas de trabajar.

Benjamin Ochs miró a través del impoluto parabrisas hacia la dura prueba que los esperaba. A treinta metros de distancia, unas barreras de acero rojas y blancas bloqueaban la calle en ambos puntos de control. En la parte alemana oriental, un

Vopo con casco de acero permanecía junto a la ventanilla de un Volkswagen blanco inspeccionando los documentos del conductor. Los policías de frontera berlineses occidentales se habían metido en su garita para protegerse del gélido viento.

Los guardias de frontera no eran el problema. A diez metros del Jaguar de Ochs, un minifurgón negro con el letrero «POLIZEI» se encontraba cruzado diagonalmente en la calle bloqueándola parcialmente. Junto al furgón, dos policías con largos abrigos estaban interrogando a los cuatro ocupantes de un Mercedes negro que permanecía detenido delante del Jaguar de Ochs. Con toda la naturalidad que logró reunir, Ochs bajó su ventanilla.

—Bájese del coche, Herr Gritzbach —dijo un corpulento sargento de la policía al conductor del Mercedes negro—. Y apague el motor.

—Desde luego, agente.

El capitán del KGB Dmitri Rykov sonrió e hizo girar la llave del encendido. El motor del Mercedes quedó en silencio. Rykov se apeó del coche con gran parsimonia, como si dispusiera de toda la noche para charlar con sus camaradas alemanes occidentales. Sus tres pasajeros no tardaron en unirse a él.

—¿Por qué viajan a hora tan tardía? —preguntó bruscamente el policía.

Con una sonrisa, Rykov replicó.

—Nuestro jefe quiere que vayamos a inspeccionar una obra en el Este. Por lo visto ha surgido una emergencia.

—¿Qué los trajo a Berlín Occidental?

Rykov señaló sus documentos.

—Ahí lo pone, en la segunda página. Somos arquitectos de la firma Huber y Röhl. Estamos construyendo un centro cívico cerca del Muggelsee. Hemos venido a Berlín Occidental para consultar con unos arquitectos de aquí, y también para estudiar el edificio de la *Philharmonie* que, por cierto, es magnífico.

—Sí que lo es —añadió el cabo Andrei Ivanov, cuyo pasaporte alemán oriental lo identificaba con el nombre de Gunther Burkhalter.

El policía lanzó un gruñido. Sabía quiénes eran aquellos hombres. Había visto muchos Mercedes negros con ocupantes que hablaban un alemán no del todo perfecto. También sabía que la historia que les servía de tapadera era verificable. Cuando operaban en Berlín Occidental, los miembros del KGB llevaban documentos de identidad alemanes orientales auténticos, facilitados por la Stasi. Sin embargo, el sargento no estaba de humor para aguantar a un ruso de relamida voz que actuaba como si esperase que la policía de Berlín Occidental le rindiese pleitesía.

—Abra el maletero, Herr Gritzbach —dijo.

Rykov sonrió de nuevo y metió la mano en el coche para coger las llaves. Andrei y los otros estaban intranquilos, pero su preocupación era infundada. Oculto en el atestado compartimento de debajo del asiento posterior del Mercedes, Harry Richardson permanecía inconsciente. Sus manos y pies estaban atados tan fuertemente con cinta aislante que casi no recibían sangre. Aunque el norteamericano

se hubiese despertado, no podría haberse movido. Todo el espacio del escondite que dejaba libre su cuerpo estaba ocupado por las bien aceitadas armas del equipo del KGB.

—¿Lo ve? —dijo Rykov señalando el maletero del Mercedes—. Lo único que llevamos es el equipaje. ¿Decepcionado, sargento?

El fornido policía cerró el maletero y volvió junto al costado del coche. Por mucho que le apeteciese hacerlo, carecía de base legal para detener a aquellos hombres. Bruscamente, devolvió a Rykov el pasaporte y el resto de sus papeles.

—Pasen —dijo.

Sonriendo, Rykov se metió a medias en el Mercedes y puso el motor en marcha. Mientras esperaba a que sus camaradas subieran, miró al policía a través de la portezuela abierta y se echó a reír. Esto es fantástico, se dijo. El muy idiota sabe quiénes somos, pero no puede hacer na...

—¡Aáaag! —exclamó.

—Oh, cómo lo siento, Herr Gritzbach. Ha sido sin darme cuenta. —El sargento de policía acababa de cerrar la pesada portezuela del Mercedes contra la pierna que Rykov tenía aún fuera del coche—. ¿Se encuentra usted bien, Herr Gritzbach? ¿Llamo a un *Doktor*?

Con un gesto de ira en el ceniciento rostro y al mismo tiempo que se frotaba la pierna furiosamente, Rykov replicó.

—¡No!

—Pero... tal vez tenga la pierna rota.

Rykov metió la dolorida pierna en el coche y cerró de golpe la portezuela.

—Bien, como quiera —dijo el policía sonriendo—. Espero que su estancia en Berlín Occidental haya sido inolvidable.

—De usted no me olvidaré —dijo Rykov con el rostro contorsionado por el dolor—. Cuente con ello.

El Mercedes siguió su camino. Se detuvo por un momento en el punto de control occidental, y luego pasó como una exhalación junto a la barrera levantada del lado alemán oriental.

—Lo que pensaba —murmuró el sargento—. Los del otro lado estaban avisados de antemano de la llegada del Mercedes negro. —Se volvió e hizo señas al siguiente coche.

Benjamin Ochs se tragó su miedo, palmeó tranquilizadamente el brazo de su esposa y movió el Jaguar hacia el control. El sargento se puso de espaldas al ululante viento, encendió un cigarrillo y regresó al furgón policial. Un agente más joven se acercó a la ventanilla de Ochs.

—*Guten Abend*, agente —dijo Ochs entregando su pasaporte—. ¿Alguna emergencia?

—Eso me temo, Herr... Ochs. Buscamos a dos fugitivos. Tengo que hacerle unas preguntas. ¿Cuál es el motivo de su visita a Berlín Oriental?

—Una desgracia familiar. Mi sobrino ha muerto. Vamos camino de Braunschweig.

Frau Ochs lanzó un sollozo y ocultó el rostro como si estuviera llorando. El joven policía se inclinó para mirarla y luego escudriñó los documentos de su esposo.

Ochs palmeó el hombro de su mujer.

—Vamos, vamos, Bernice. Ya no tardaremos en llegar.

En el interior del oscuro maletero, Hans lo oía todo con nítida claridad.

—Capitán —susurró—. ¿Qué hacemos si...?

—Calla —replicó Hauer—. Ahora estamos en manos del viejo.

—Pero si abren el maletero... ¿nos resistimos? ¿Conservas tu pistola?

—Si abren el maletero, no haremos nada. Si se me ocurre sacar una pistola a tan poca distancia del Muro, mañana por la mañana limpiarán nuestros restos de la calle a golpe de manguera. Y los restos de los Ochs también. Cállate y no te muevas.

Aunque le dolían todos los músculos, Hans hizo lo posible por permanecer inmóvil. Trató de no hacer caso de las voces que sonaban fuera pero le fue imposible.

—Murió en un accidente de automóvil esta noche —decía Ochs—. Me llamó mi hermano. Un choque de cuatro coches.

—¿Por qué han decidido salir por aquí? —preguntó, receloso, el joven agente—. Braunschweig está hacia el oeste.

Ochs trató de recordar lo que Hauer le había indicado que dijera, pero vaciló un segundo y el policía lo advirtió.

—Abra el maletero, tenga la bondad —dijo el policía—. Si puede hacerlo desde dentro del coche, no es necesario que salga.

Con el corazón en la boca, Ochs tendió la mano hacia el botón de apertura.

—¿Por qué tardamos tanto? —exclamó de pronto Frau Ochs.

—El señor sólo hace su trabajo, Bernice —dijo Ochs con el corazón palpitándole fuertemente.

—Buscamos a unos hombres que asesinaron a dos policías —explicó secamente el joven—. Deben ser llevados ante la justicia.

Miró hacia el furgón y señaló el maletero del Jaguar. El hosco sargento que había machacado la pierna de Rykov se dirigió a la parte posterior del Jaguar y tabaleó con los dedos sobre la tapa del maletero mientras esperaba a que Ochs accionase el botón de apertura.

En el interior, Hans tenía todos los músculos en tensión. Hauer metió su Walther en el fondo del receptáculo de la rueda de repuesto pidiéndole a Dios que no la encontraran hasta que ellos estuvieran bien lejos del vehículo. En cuanto hubo ocultado la pistola, el resorte de la cerradura saltó. La tapa se abrió un poco y el sargento la terminó de subir. Vio la vieja manta, la agarró de un extremo y la apartó.

El deslumbrante resplandor de las luces del punto de control alcanzó a Hans y a Hauer en el rostro e iluminó sus retorcidos cuerpos. El corpulento policía se quedó paralizado. Aquel pequeño compartimento era el último lugar en que habría esperado

encontrar a los fugitivos. Torpemente, fue a echar mano a su pistola.

Frunciendo los párpados para protegerlos de la cegadora luz, Hauer logró discernir los contornos del rostro del policía.

—¡Steiger! —susurró entre dientes.

El policía respingó, sorprendido, y luego se inclinó más sobre el maletero.

—¡Dieter! —murmuró—. ¿Qué demonios haces?

Hauer negó violentamente con la cabeza.

El sargento Steiger miró a su compañero por encima de la tapa del maletero. El joven seguía interrogando a Ochs. Luego, Steiger se inclinó más y miró a Hauer a los ojos.

—¿Fuiste tú, Dieter? —susurró—. ¿Mataste a Weiss?

Hauer negó aún más violentamente con la cabeza.

—Funk —escupió—. ¡Él fue el cabrón que dio la orden!

Steiger se irguió y miró más allá de donde se encontraba su compañero, hacia el punto de control norteamericano y luego hacia los *Vopos* alemanes orientales. Tomó con gran rapidez una decisión muy difícil. Inclinandose sobre el maletero, empujó con fuerza hacia abajo el bastidor del coche para dar la impresión de que estaba buscando un doble fondo. Luego se enderezó, le dirigió una mirada a Hauer y cerró el maletero.

—Aquí no hay nada —le dijo a su compañero—. Sólo equipaje.

Steiger se dirigió con paso despreocupado al furgón policial y recogió su cigarrillo. Su compañero seguía interrogando a Ochs.

—Esto es muy extraño —dijo el joven, oficioso.

¿Qué está pasando?, se preguntó Ochs aturdido. ¿Por qué ese policía no los ha sacado del maletero?

—Mi esposa está muy afectada, agente —tartamudeó—. En Berlín Oriental, en la Kollwitzstrasse, no lejos de aquí, hay una vieja sinagoga. Prácticamente, a ella la criaron en esa sinagoga. Eso fue antes de la guerra, desde luego.

—¿Son ustedes judíos? —preguntó el policía.

A Ochs la sangre le zumbaba en los oídos. A su memoria acudieron recuerdos de su juventud. Llamadas en la puerta a medianoche... gritos de socorro desatendidos.

—Sí —replicó en voz baja—. Somos judíos.

El joven sonrió y le devolvió a Ochs su documentación.

—En Braunschweig también hay una sinagoga preciosa —dijo—. Tienen ustedes que verla. De niño, yo pasaba allí los veranos. Por eso les pregunté.

Ochs tragó saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

—Gracias. Sí, la hemos visitado varias veces.

Con mano temblorosa, puso el coche en primera.

—¿Tienen preparado el dinero para los *Vopos*? —preguntó el policía—. Ya sabe que cobran veinticinco marcos por cruzar.

—Sí, aquí lo tengo, muchas gracias.

El viejo sastre se palmeó el bolsillo superior de la chaqueta. Soltó el pedal del embrague y comenzó a alejarse lentamente del furgón policial.

El sargento Steiger aplastó su cigarrillo, se apartó del furgón e hizo seña a los guardias del punto de control alemán occidental. Los hombres levantaron la barrera desde el interior de la garita y dejaron pasar al Jaguar sin detenerlo.

Ochs detuvo el coche en el lado alemán oriental. En el maletero, Hans contuvo el aliento y quedó a la escucha de las voces de los *Vopos*. Oyó a Ochs preguntar a cómo estaba el cambio de moneda, y quejarse un poco, sin exagerar. A Hans la espera se le hizo interminable, pero al fin la barrera roja y blanca se levantó y el Jaguar pasó lentamente junto a las alambradas, los campos minados y los puestos de ametralladoras que defendían la parte oriental del Muro.

—¿Dónde estamos ahora? —susurró Hans.

—Rodeando la ciudad por el sur, espero —le replicó Hauer—. ¿Te importaría quitarme la rodilla de los huevos?

Hans, aún con el corazón acelerado, se removió entre las sombras.

—¿Por qué no nos arrestó el sargento?

—Steiger y yo nos conocemos de antiguo. Trabajó conmigo en el caso Baader-Meinhof en el que conseguí las barras de capitán. Asaltamos una casa juntos.

—Pero si hay orden de arrestarnos...

—A él también podrían arrestarlo. Steiger lo sabe. Pero también sabe la clase de chusma que son Funk y los suyos. Burócratas blandengues que nunca han visto el auténtico Berlín y nunca han tenido que enfrentarse a un chico enloquecido armado con una pistola. Steiger me preguntó si había matado a Weiss y yo le dije que no. Eso fue suficiente para él.

—¿Cuánto tardaremos en cruzar la RDA?

—En el caso de que logremos salir de Berlín Oriental, eso dependerá del viejo. Estamos yendo por el camino más largo, pero no deberíamos tardar más de dos horas en llegar al cruce Marienborn-Helmstedt. Si logramos llegar, dejaremos a los Ochs en Helmstedt y a partir de allí tú conducirás.

—Sí, claro —dijo Hans con evidente inseguridad.

—No me digas que nunca has estado en esa Cabaña —dijo Hauer.

—Pues la verdad es que no. Pero la reconoceré cuando lleguemos. La he visto muchas veces en foto.

Hauer no se molestó en decir nada. Resultaba difícil hablar en el maletero. Daba la sensación de que allí no había mucho oxígeno.

CAPÍTULO ONCE

23.15 horas. *Polizei Abschnitt 53. Berlín Occidental*

Funk colgó el teléfono y tendió la mano hacia la botella de soda que tenía sobre el escritorio. El pulso le tembló al servirse.

—Deduzco que en Pretoria no están contentos —dijo Luhr.

Funk dio un gran trago de soda.

—Están indignados —murmuró—. Dicen que somos una vergüenza para el pueblo alemán.

—¿Habló usted con el propio Fénix?

—¿Bromea? Era su ayudante, o su jefe de seguridad, o como diablos se llame ese diabólico afrikáner.

—Creo que Herr Smuts es medio alemán, prefecto.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—La única vez en que el hombre vino aquí en persona para asistir a nuestra reunión plenaria, uno de sus hombres me dijo que Smuts era tan eficiente como jefe de seguridad porque había heredado de sus padres los rasgos más enérgicos de ambas razas.

—Los peores rasgos, en mi opinión —se quejó Funk—. Ese hombre carece de tacto.

—No creo que en su trabajo el tacto sea precisamente una virtud —dijo Luhr con la esperanza de que su tono no resultara excesivamente sarcástico.

De momento, Funk seguía siendo su superior, tanto en la policía como en el escalafón de Fénix, y mientras eso no cambiase... Una enérgica llamada a la puerta sobresaltó a Luhr.

—*Komm!* —ladró Funk.

Un agente impecablemente uniformado entró marcando el paso en la oficina y se cuadró ante el prefecto.

—Un homicidio, señor —anunció—. Cerca del Tiergarten.

—¿Y qué? —preguntó Funk imperturbable.

—El muerto era un agente comercial alemán oriental, señor. Llevaba cuatro años viviendo aquí. Y su forma de morir fue muy extraña. Un disparo con una Makarov hecho a corta distancia. El hombre tenía la pistola en la mano como si se tratase de un suicidio, pero...

—¿Una Makarov? —interrumpió Luhr.

—Sí, pero en la escena del crimen se hicieron otros disparos, señor. Había huellas de una ráfaga disparada con una arma automática.

—¿Qué? ¿Cómo se llamaba la víctima?

—Klaus Seeckt, *Herr Oberleutnant*.

—¿A quién tenemos en el lugar del crimen? —quiso saber Funk.

—A un equipo de homicidios de la Kripo. Pero son del distrito Tiergarten. El fotógrafo es nuestro, pero no tuvo oportunidad de llamarnos hasta hace un momento.

—Retírese —ordenó Funk.

El agente entrechocó los tacones y salió marcando el paso.

—¿Usted qué piensa? —preguntó Funk, nervioso.

Pensativo, Luhr replicó.

—No sé, pero más vale que pase por allí. Hasta que detengamos a Hauer, no podemos dejar ningún cabo suelto. No me gusta nada todo esto. Primero, los rusos irrumpen aquí como un batallón de asalto, luego Hauer nos traiciona, después encuentro a Steuben interviniendo nuestras llamadas en la centralita. Y ahora un alemán oriental muere a causa del disparo de una pistola rusa. ¿Qué encontró Apfel en Spandau?

Funk frunció el entrecejo, preocupado.

—Según el equipo forense ruso, papeles de algún tipo. Tal vez un diario. Sea lo que sea, Jürgen, a Fénix no le hace la menor gracia. ¿Cree que Steuben forma parte de un equipo oficial de investigación del que yo no sé nada? Quizá se trate de una investigación emprendida por Hauer... Luhr negó con la cabeza.

—Steuben trabajaba con Hauer, pero no creo que la cosa vaya más allá. En caso contrario, nos lo habrían advertido. En cuanto regrese, obligaré a ese cabrón a confesarlo todo. No se preocupe, atraparemos a Hauer, enviaremos a Fénix sus papeles y al terminar estaremos mejor de lo que estábamos.

—Probablemente, tiene usted razón —dijo cansadamente Funk. Se puso en pie—. Si descubre algo importante, llámeme a casa.

Luhr se puso el abrigo y salió al corredor con una confiada sonrisa en los labios que se esfumó de ellos en cuanto cerró la puerta. Estúpido incompetente, pensó. Lo único que te preocupa es cobrar tu porcentaje del narcotráfico y tener contenta a tu amante. Luhr sintió un estremecimiento de secreta felicidad. Nada más enterarse de la traición y fuga de Hauer, había enviado a varios de los sicarios más letales de Fénix a todos los lugares en los que Hauer o Apfel pudieran pretender esconderse: desde el apartamento de una mujer con la que Hauer pasaba los fines de semana, hasta una remota Cabaña situada en las proximidades del canal Mittelland, cerca de la frontera con Alemania Oriental. En cuanto uno de los asesinos de Fénix recuperase los papeles de Spandau, Luhr se llevaría todos los parabienes. Mañana por la mañana, se dijo, dispondré de los medios para conseguir que Fénix rompa con ese estúpido, y entonces yo, un auténtico alemán, pasaré a ser Berlín-Uno.

Empujó la puerta principal de la comisaría y se abrió paso entre la multitud de reporteros. Sin hacer caso de las preguntas, se montó en un Audi sin distintivos identificadores y cerró la puerta en las narices de un periodista.

—Más vale que esos sudafricanos sean buenos —murmuró al tiempo que accionaba el encendido—. Porque no creo que Dieter Hauer resulte fácil de matar.

A los diez minutos de que Luhr se alejara en el Audi, Ilse Apfel cruzó las enormes puertas de Abschnitt 53 y se colocó ante el sargento de guardia. Lo mismo que los periodistas de la calle, el sargento la confundió con una prostituta y estuvo sin hacerle caso todo el rato que pudo. Mientras esperaba a que el hombre terminase de hablar por teléfono, Ilse trató de quitarse del rostro, con un pañuelo de celulosa, los restos del exagerado maquillaje que le había aplicado Eva.

No le resultaba cómodo acudir a la comisaría, pero pocas alternativas tenía: o hablaba con los superiores de Hans o lo hacía con los tipos de los BMW negros. Durante el trayecto hasta allí, la joven había visto dos veces a los imponentes coches negros recorriendo las calles en su busca, pero en ambas ocasiones logró que no la descubrieran. En un café del U-Bahn que permanecía abierto toda la noche, cambió en monedas algunos de los billetes que Eva le había dado y las utilizó para telefonar a la cabaña de Wolfsburg. Estuvo llamando cada diez minutos durante una hora, pero su abuelo no contestaba. A partir de la tercera taza de café, el encargado comenzó a ponerle mala cara, e Ilse decidió marcharse antes de que el hombre llamara a alguien para que la echase.

—¿En qué puedo servirle, Fräulein?

La resonante voz del sargento sobresaltó a Ilse, pero ésta reunió ánimos, se acercó hasta el alto pupitre del hombre y, con voz clara, dijo.

—Busco a mi esposo, el sargento Hans Apfel. Llamé hace un rato y me dijeron que había estado aquí y ya se había ido, pero tal vez haya regresado. ¿Podría decirme si es así?

La actitud del sargento cambió al instante. Se levantó rápidamente de su silla y condujo a Ilse hasta un escritorio vacío.

—Frau Apfel, lamento muchísimo haberla hecho esperar. Siéntese, por favor. Soy amigo de su esposo. Un momento, que llamo arriba. Seguro que alguien sabe decirme dónde está Hans.

Por primera vez desde que, hacía más de seis horas, se tropezó con los papeles de Spandau, Ilse comenzó a relajarse. Miró hacia el sargento, que estaba al teléfono tamborileando con los dedos mientras esperaba a que lo atendieran. El hombre le dirigió una sonrisa. Probablemente, a estas alturas Hans ya lo ha arreglado todo, se dijo la joven.

—Pero no puede haberse ido —insistió el sargento en voz baja—. Apfel...

Se quedó callado al ver aparecer a Wilhelm Funk por la puerta de una oficina de la planta baja. El sargento colgó el teléfono con tal estrépito que Funk miró en su dirección.

—¿De qué se trata, Ross? —le espetó Funk—. Tengo prisa.

El sargento de guardia miró significativamente hacia Ilse, y luego cruzó la sala e, interponiendo el fornido cuerpo de Funk entre Ilse y él, susurró.

—Prefecto, la mujer que está sentada detrás de usted es la esposa del sargento

Apfel. Ha venido a buscar a su marido.

Funk se quedó boquiabierto y tuvo que hacer un gran esfuerzo de voluntad para no volverse y agarrar a la joven por los cabellos.

—Vuelva a su puesto —susurró.

El sargento obedeció sin decir palabra.

Funk consultó su reloj y calculó cuánto faltaba más o menos para que Luhr regresara. Luego extendió por sus labios la más cálida de las sonrisas, se volvió y tendió la rechoncha mano.

—¿Frau Apfel? Soy Wilhelm Funk, prefecto de policía. Creo que su esposo fue de los que formaron parte del grupo de seguridad destinado a la prisión Spandau, ¿no es así?

Desconcertada por el elevado cargo de Funk y por su aparente conocimiento de la difícil situación en que ella se encontraba, Ilse se puso en pie y estrechó con su pequeña mano la rosada zarpa del hombre.

—Sí —dijo—. Hans estuvo en Spandau. ¿Lo ha visto usted?

Funk sonrió más ampliamente.

—Pues sí, en efecto. Lo interrogué a primera hora de esta noche. Y lo cierto es que desde entonces estoy tratando de localizarlo. Poco después de que Hans se fuera de la comisaría recordé algo que tenía que preguntarle. Un simple formulismo, desde luego, pero me gusta dejar atados todos los cabos. ¿Comprende? Cada cosa en su lugar, cada papel debidamente firmado y todo eso.

—¿Están ustedes buscando a Hans?

—Sí, querida señora. Cuando el sargento Ross me ha dicho quién era usted, he albergado la esperanza de que nos ayudase a dar con él. Pero veo que se encuentra tan perpleja como nosotros. Por favor, permítame acompañarla arriba. Allí tengo una oficina provisional. Pediré que nos sirvan café y quizá entre los dos logremos deducir adonde ha ido su esposo.

¡Yo no me atrevía esperar tanto!, pensó Funk jubiloso mientras conducía a Ilse escaleras arriba. ¡El instrumento de mi liberación ha venido a llamar a mi puerta! Mirando libidinosamente la espalda de Ilse, cerró la puerta de su despacho e invitó a la mujer a sentarse frente al escritorio.

—Frau Apfel, deseaba que estuviéramos en privado antes de abordar francamente este asunto. ¿Puedo ser sincero?

Pese a su fatiga, Ilse volvió a sentir que su corriente sanguínea se inundaba de nuevo de adrenalina. Encontrarse frente a la máxima autoridad policial de Berlín Occidental la emocionaba.

—¿Quiere hablarme de Hans? —preguntó cautelosamente.

Funk hizo una pausa y estudió a la mujer que tenía ante sí. ¿Qué sabía? Y, aún más importante, ¿qué sospechaba? Recordando su desagradable conversación telefónica con Pretoria, Funk decidió arriesgarse.

—Querida, me temo que nuestro Hans se encuentra en un aprieto.

—¿A qué se refiere? —preguntó inmediatamente Ilse—. ¿Qué clase de aprieto?

—Esta noche, cuando interrogamos a los agentes que habían formado parte de la patrulla de Spandau, lo hicimos con la ayuda de un polígrafo. Un detector de mentiras, ¿comprende?

—Sí, claro que sí. Antes de comenzar a trabajar en mi empresa tuve que pasar por la prueba del polígrafo.

—Ah. O sea que es usted una mujer que trabaja.

—Sí. Por favor, dígame qué ocurre. ¿Por qué tuvieron que utilizar un polígrafo?

Funk sonrió, condescendiente.

—Se trata de una cuestión muy compleja, querida. Hay otras... personas implicadas. —Funk bajó la voz—. Como por ejemplo, los rusos. Ellos estuvieron presentes durante la prueba del polígrafo. Lamento decirle que todos nuestros hombres pasaron con bien el examen, menos su esposo y un joven agente llamado Erhard Weiss.

—Conozco a Erhard.

Funk se mordió el labio inferior.

—Comprendo. —Consultó su reloj. Luhr debía de estar a punto de regresar—. Naturalmente —siguió en tono confidencial—, le di órdenes a nuestro experto en poligrafía de que no dijera nada si alguno de nuestros hombres no pasaba la prueba. Incluso tomamos la precaución de preparar informes exculpatorios para varios hombres antes del comienzo del interrogatorio. Aunque la Glasnost esté de moda, no podemos tolerar que un montón de rusos irrumpa aquí exigiendo interrogar a unos agentes alemanes. Estoy seguro de que usted lo comprende.

Ilse asintió, desconcertada.

Funk tomó aliento. Y ahora el farol, se dijo.

—En cuanto nos hubimos librado de los rusos, interrogué a solas a Weiss y a su esposo. Weiss no sabía nada. Creo que si falló en la prueba fue por simple nerviosismo. Pero Hans... —Funk hizo una pausa—. Hans me dijo que, como los rusos afirmaban, había encontrado algo en Spandau, y que lo había escondido en lugar seguro.

Ilse escondió el rostro entre las manos. Los enloquecidos acontecimientos de aquella noche estaban pesando demasiado en su ánimo. De haber estado menos fatigada, tal vez hubiera desconfiado. Pero el prefecto parecía encontrarse ya al corriente de todo, y quería ayudarla a encontrar a Hans. Alzó la cabeza, miró a Funk a los ojos y le hizo una única pregunta de prueba.

—¿Qué le dijo Hans que había encontrado? —preguntó con los enrojecidos ojos fijos en su interlocutor.

Funk no vaciló. Partió de la base de que los forenses rusos conocían su trabajo.

—Papeles, desde luego, querida —respondió con toda naturalidad—. Antes de irse de la comisaría, Hans me dijo que iba a buscarlos, pero ya ve usted que aún no ha regresado.

Ilse reprimió un sollozo y decidió que en alguien debía confiar. Pese a que trató de controlarse, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Los rusos también buscan a Hans? —preguntó—. ¿A causa de los papeles?

Gott in Himmel! Funk experimentó una enorme sensación de triunfo. ¡Eran efectivamente papeles!

—No estoy seguro —replicó tratando de mantenerse calmado—. Es posible. ¿Por qué lo pregunta?

—¡Porque los rusos fueron a nuestro apartamento! —exclamó—. ¡Buscaban a Hans, estoy segura! ¡Yo logré escapar de milagro!

¡Dios bendito, lo he conseguido!, pensó Funk, extático. ¡Ya la tengo! Se puso en pie, rodeó el escritorio y se sentó junto a Ilse. Como un amoroso padre, tomó entre las suyas las manos de la mujer y, en tono tranquilizador, dijo.

—Tranquila, señora. Encontraremos a Hans, no se preocupe. Disponemos de miles de hombres. Ahora, cálmese y cuéntemelo todo comenzando por el principio.

Ilse lo hizo.

00.01 horas. Sector Británico. Berlín Occidental

Para cuando Jürgen Luhr llegó a la escena del crimen, el equipo forense ya había recogido sus utensilios y los había dejado junto a la puerta principal. Un policía de uniforme defendía la puerta de los periodistas que pudieran aparecer. Técnicos que no paraban de fumar trataban de quitarse el sueño de los ojos y maldecían al tipo que había tenido la desfachatez de dejarse matar en plena noche. El cadáver se encontraba metido en una bolsa de poliuretano en la que permanecería hasta que se presentase alguien a reclamar el cuerpo. Saltaba a la vista que había sido un asesinato. El intento de hacer pasar el tiroteo por un suicidio había sido, como mínimo, torpe; todo el mundo estaba de acuerdo en ello. O casi todo el mundo. El detective Schneider aún no se había pronunciado. Naturalmente.

Luhr se acercó a un flaco individuo que estaba sentado en un sofá trasteando una cámara fotográfica.

—¿Quién está al mando? —preguntó con voz cortante.

—El detective Schneider —replicó el hombre sin alzar la vista de la cámara—. Ahí atrás lo tiene.

—Soy el teniente Luhr. El prefecto me envía para que averigüe qué ocurre.

Al oír mencionar al prefecto, el fotógrafo se puso respetuosamente en pie.

—Ya era hora de que llegara usted —susurró.

—¿Quién es el muerto? —preguntó Luhr.

—Según su pasaporte, se llama Klaus Seeckt.

—¿Ocupación?

—Era una especie de agente de enlace para el gobierno de Berlín Occidental, algo

relacionado con el comercio. Por el aspecto de este lugar, el tipo no hacía gran cosa, aparte de cobrar los cheques y haraganear por la casa. En uno de los dormitorios hay una cámara de vídeo de tres cuartos de pulgada. Seguro que el tipo la utilizaba para rodar películas muy interesantes...

—¿Quién descubrió el cuerpo? —interrumpió Luhr molesto por la calenturienta imaginación del fotógrafo.

—Un patrullero. Pero ya se marchó. Una pareja de ancianos que vive al lado oyó los tiros y avisó a la policía. Pero ellos no vieron nada.

—Como suele suceder, ¿no? —dijo Luhr tratando de congraciarse con el hombre—. ¿Ha descubierto usted algo significativo?

Halagado por el hecho de que Luhr le pidiera su opinión, el fotógrafo se irguió cuan largo era.

—Bueno, está bastante claro que no se trata de un suicidio. Al menos, eso pienso yo. Sacamos cuatro proyectiles de una de las paredes. Fueron disparados por una arma automática. Además, por todas partes hay huellas dactilares recientes. Aparte de la víctima, esta noche hubo aquí tres personas por lo menos. Naturalmente, no sabemos qué sucedió, pero no creo que el tipo decidiera suicidarse sólo porque unos hombres irrumpieran en su casa. Creo que sorprendió in fraganti a una banda de ladrones profesionales y ellos lo mataron con su propia pistola. Luego fueron presa del pánico, le pusieron el arma en la mano y huyeron.

—¿Algún indicio de que forzaran la entrada?

—No. Ya le digo que eran profesionales.

Luhr hizo chascar los nudillos.

—Sí, eso ha dicho. ¿Qué proyectiles disparaba esa arma automática?

—Calibre 7,65, marca desconocida. No han encontrado ningún casquillo.

Luhr sonrió, escéptico.

—Si me lo permite, haré un resumen de su teoría. Según usted, los «ladrones» se metieron en la casa sin forzar la entrada. Cuando el dueño los sorprendió, fueron presa del pánico y lo mataron, dejaron huellas dactilares por todas partes y, pese a su pánico, luego se entretuvieron en recoger los casquillos que habían saltado de una arma automática disparada en un momento de precipitación. ¿No le parece que ésas son acciones sumamente contradictorias?

El fotógrafo frunció el entrecejo y se frotó el mentón.

—Pues no sé. Ahora hay unos accesorios que se acoplan al arma y recogen los casquillos que salen expulsados.

—¿No le parece demasiada sofisticación para unos ladrones de viviendas? —Luhr miró a su alrededor—. ¿Algo más?

—Pues la verdad es que sí. El detective Schneider encontró una tarjeta frente a la casa, sobre la nieve. En ella sólo había escrito un número. Un teléfono.

Luhr frunció el entrecejo.

—¿Dónde está esa tarjeta?

—No lo sé. Si sigue aquí, debe de tener la Schneider. Pregúntele. Está ahí atrás.

Cuando Luhr salió a la pequeña *Terrasse* de piedra, un hombre de aspecto hosco, con sombrero y gabardina arrugada, apareció en la zona iluminada por un débil foco situado sobre las puertas de cristal. El hombre se detuvo al ver a Luhr y se fijó en las barras plateadas de teniente, en el impoluto uniforme y en las bien lustradas botas.

—¿Qué desea, teniente? —preguntó recelosamente.

—Estoy aquí en calidad de representante extraoficial del prefecto. Él ha manifestado gran interés por este caso. Como, por lo visto, la víctima tenía ciertos vínculos con el gobierno alemán oriental, el prefecto teme que pueda haber... repercusiones. ¿Comprende?

El detective Schneider esperó a que el teniente preguntase lo que había ido a preguntar. No le agradaba la arrogancia que reflejaban las nórdicas facciones de Luhr. Tampoco me gustan sus ojos, pensó. Son ojos de violador.

—Me ha comentado el fotógrafo que encontró usted una tarjeta frente a la casa. Una tarjeta en la que sólo había un número de teléfono. ¿Dónde está esa tarjeta?

—En realidad, el que la encontró no fui yo —dijo Schneider acariciando la tarjeta en el interior del bolsillo de la gabardina—. Fue el patrullero Ebert. No sé dónde está ahora esa tarjeta. La tenía yo, pero me parece que el agente Beck me la pidió. Creo que él sigue en la casa.

Luhr salió inmediatamente en busca de Beck.

En cuanto el teniente hubo desaparecido, Schneider cogió el bolígrafo que llevaba en el bolsillo de la camisa y copió en la palma de su mano el número que aparecía en la tarjeta. Luego siguió a Luhr al interior de la casa.

—Teniente... —llamó—. ¡Herr teniente!

Luhr reapareció por la puerta principal con el rostro congestionado por la irritación.

—Lo lamento, teniente. —Schneider movió la cabeza como si se considerase a sí mismo un tonto sin remedio—. Resulta que tenía la tarjeta en el bolsillo. Habría jurado que se la di a Beck. Tome, aquí la tiene.

Luhr cogió la tarjeta.

—¡El agente Beck dice que no se la pidió!

Schneider siguió moviendo la cabeza.

—Debió de ser otro. La verdad es que, pasada la medianoche, ya no doy pie con bola.

Secamente, Luhr replicó.

—Pues trate de dormir más, o dedíquese a otra cosa. ¿Han averiguado de quién es ese número de teléfono?

—No, señor. Todavía no.

—Yo me ocuparé de hacerlo.

Luhr salió en dirección a su Audi sin identificaciones policiales y Schneider se quedó rascándose la enorme cabeza. Aquel caso le había parecido raro desde el

momento en que entró por la puerta. Mientras todo el mundo se dedicaba a comentar lo chapucero que había sido el asesinato, Schneider se había mantenido en silencio. Veinte minutos más tarde apareció la tarjeta sin nombre. Y ahora aparecía aquel teniente con pinta de nazi —y que era nada menos que el hombre de confianza del prefecto— y se quedaba con la tarjeta. Schneider no recordaba haber visto nunca a Luhr en el escenario de un crimen. Eso le intrigaba. Pasó frente a los técnicos que se encontraban en el exterior de la casa y se montó en su viejo Opel Kadett.

—Tengo que hablar por teléfono —murmuró mientras ponía en marcha el vetusto coche.

Jürgen Luhr se le había adelantado. Cuando Schneider dobló la esquina de Levetzow y Bachstrasse, vio al ayudante del prefecto hablando por un teléfono público. Schneider redujo la velocidad y siguió adelante. Hubiera dado cualquier cosa por escuchar aquella conversación telefónica.

—¿Frau Funk? —preguntó Luhr cuando una voz femenina respondió a su llamada—. Lamento molestarlos a esta hora. Soy Jürgen Luhr. ¿Puede ponerse el prefecto?... Pero él estaba a punto de salir de la comisaría... —Luhr cortó la comunicación y marcó el número de Abschnitt 53—. Berlín-Dos —dijo secamente—. Quiero hablar con el prefecto ahora mismo.

Pasó un minuto completo antes de que Funk se pusiera. Su voz sonaba tranquila y petulante, en contraste con el pánico que había reflejado hacía poco rato.

—¿Sí, Jürgen?

—En la casa de Tiergarten me he encontrado con algo extraño. Una tarjeta en la que sólo hay un número de teléfono. Debemos averiguar inmediatamente de quién es. El crimen parecía muy extraño. Hay pruebas de que en el lugar se dispararon armas automáticas, hay indicios contradictorios de amateurismo por un lado y de profesionalidad por otro. Creo que nuestros hermanos uniformados pueden haber estado allí.

—Qué interesante —dijo Funk—. ¿Por qué no viene a la comisaría y discutimos esa teoría?

—¿Qué pasa? ¿Hay alguien con usted?

Una pausa.

—Lo había hasta hace un momento, Jürgen. El sargento Ross se la llevó abajo, a su nuevo alojamiento.

—¿Se la llevó? ¿Se refiere a una mujer? ¿Quién es?

—La esposa de uno de nuestros hermanos uniformados, como usted ha dicho. Una tal Ilse Apfel. Apareció en la comisaría a los pocos momentos de irse usted. Me ha contado una historia interesantísima.

—¿Cómo? ¿Se refiere a la esposa del sargento?

—Exacto. Después de haber hablado con ella, entiendo mucho mejor la situación. Si desea usted intervenir en este asunto, le aconsejo que regrese aquí cuanto antes. Hace un rato hablé con Pretoria. He recibido órdenes muy interesantes que tienen

relación con usted.

Luhr, furioso, dejó el teléfono colgando del cable, corrió a su coche y enfiló la Bachstrasse a gran velocidad.

—¡Maldito imbécil! ¿Cómo es posible que haya tenido tanta suerte? —Tomó una curva con los neumáticos chirriando—. Bueno, no importa —murmuró tratando de tranquilizarse—. Funk aún no ha encontrado a Hauer ni a Apfel. Ni tampoco los papeles de Spandau. Y los papeles son lo que Fénix quiere y lo que a Fénix le preocupa. Y el honor de haberlos encontrado será para mí.

Debido a su exasperación, Luhr no se fijó en que el corpulento detective Julius Schneider se encontraba ante un teléfono público situado a cuatro calles del que él mismo había utilizado para hablar con Funk. A diferencia de Luhr, Schneider no estaba intentando identificar el misterioso número telefónico por medio de los cauces normales. Una indagación a su propio nombre podría llamar la atención y llegar incluso a oídos del prefecto, cosa que Schneider no deseaba que ocurriese. Además, él siempre había sido partidario de utilizar los caminos más cortos. Leyó el número que llevaba escrito en la palma de la mano, descolgó el teléfono y marcó. Tras cinco llamadas oyó un clic y, tras él, el peculiar sonido de un contestador automático.

—Soy Harry Richardson —dijo una voz metálica—. No estoy en casa. Si eres amigo, deja un mensaje al oír la señal. Si es usted un vendedor, no me vuelva a llamar. Si se trata de una cuestión militar, llame a mi despacho. A continuación, este mensaje será repetido en alemán. Muchas gracias.

Schneider esperó a que terminara el mensaje en alemán y colgó. Su pulso, que normalmente era tan regular como el de un oso en hibernación, estaba acelerado. Schneider sabía quién era Harry Richardson. Incluso lo había visto en una ocasión. Los oficiales del servicio de inteligencia norteamericanos que eran capaces de tomarse la molestia de cultivar la amistad de los investigadores de la Kriminalpolizei eran una memorable rareza. Schneider dudaba de que Richardson se acordase de él, pero eso daba lo mismo. Lo importante era que había un militar norteamericano implicado de algún modo en lo que parecía ir camino de convertirse en un explosivo caso de asesinato. Schneider se obligó a respirar acompasadamente y a pensar con tranquilidad. Había encontrado la tarjeta de Richardson en el exterior de la casa de la víctima, pero había sangre en torno a ella. ¿Qué significaba eso? ¿Y qué debía hacer él? Pensó en el insolente hombre de confianza del prefecto y en su extraña oficiosidad, que, para el experimentado Schneider, sólo podía significar una cosa: encubrimiento.

De pronto, Schneider tuvo la extraña certeza de que se encontraba en uno de esos momentos cruciales que podían cambiar la vida de un hombre para siempre. Podía montar en su coche e irse a casa con su esposa, que lo aguardaba metida en el cálido lecho... Eso es lo que haría cualquier alemán sensato. O bien podía efectuar una llamada que probablemente lo arrancararía de su antigua vida como el viento arranca las hojas en otoño.

—Dios mío —murmuró—. Godfrey Rose.

Schneider se metió rápidamente en su coche y puso el motor en marcha. Hacía treinta minutos, él se había sentido moderadamente intrigado por los sucesos de la noche. Ahora tenía la cabeza llena de conjeturas y sentía la apasionante excitación de la caza. Fue el amor a aquel tipo de emociones lo que lo impulsó a hacerse policía. Se apartó del bordillo, hizo un giro en U prohibido, y enfiló la Budapester-Strasse en dirección este, camino de la estación de Tiergarten. Esperaba que sus conocimientos de inglés fueran suficientes para la tarea que tenía por delante.

CAPÍTULO DOCE

00.30 horas. Velpke, RFA. Proximidades de la frontera con Alemania Oriental

El profesor Natterman conducía el traqueteante Audi en dirección a la frontera a 130 kilómetros por hora. Ahora que su angustioso viaje se aproximaba a su fin, no podía evitar correr. La velocidad resultaba estimulante, pues el chirrido de protesta de los neumáticos al tomar las curvas mantenía alerta su fatigado cerebro. Los buenos amigos son una bendición de Dios, se dijo. Un amigo de la infancia le había echado una mano aquella noche al prestarle el Audi sin hacer ninguna pregunta.

Afortunadamente, el misterioso inglés que se metió «accidentalmente» en su compartimento había desaparecido. Natterman no lo había vuelto a ver en el tren, ni tampoco en Helmstedt, cuando los escasos pasajeros se apearon. Durante la última hora, el profesor había visto varias veces faros en el retrovisor, pero éstos habían aparecido y desaparecido con tal frecuencia que Natterman había optado por no prestarles atención.

Mientras el Audi cruzaba traqueteando las vías del ferrocarril que unía Gardelegan con Wolfsburg, el profesor divisó el fantasmagórico brillo de la enorme ciudad fabril situada hacia el oeste. Aquella visión seguía desconcertándolo. Durante la infancia de Natterman, Wolfsburg era una aldea de menos de un centenar de habitantes, y sus escasos edificios se encontraban repartidos en torno al viejo castillo feudal. Pero cuando la fábrica Volkswagen se instaló allí en 1938, la aldea se transformó casi de la noche a la mañana en una metrópoli industrial. A Natterman le costaba creer que la pequeña Cabaña de su padre siguiera alzándose en los tranquilos bosques del noreste de la ciudad.

Hacía once meses que no iba por la cabaña, pero estaba seguro de que Karl Riemeck, un obrero local que llevaba mucho tiempo trabajando como guardes para la familia, mantenía excelentemente cuidados tanto los terrenos como la casa. La perspectiva de pasar algún tiempo en la vieja Cabaña había relegado a un segundo lugar las disparatadas teorías que no dejaba de devanar el fatigado cerebro de Natterman. Mientras conducía a gran velocidad por la carretera que cruzaba el denso bosque, por la cabeza del viejo profesor desfilaba una mezcolanza de rostros de notorios y célebres personajes del pasado. Hitler y Churchill... el duque de Windsor... Stalin... Joseph P. Kennedy, el embajador norteamericano en la Inglaterra desgarrada por la guerra, apaciguador de los nazis y padre de un futuro presidente de Estados Unidos... Lord Halifax, el débil ministro de Asuntos Exteriores británico y enemigo secreto de Churchill... Al profesor le parecía que tras aquellos sonrientes rostros existía todo un mundo inexplorado de engaños, un mundo que esperaba ser descubierto por algún audaz explorador. La emoción de los inminentes descubrimientos embriagaba al historiador como el más fuerte de los licores, llenando

su viejo cuerpo de vigor juvenil.

Levantó el pie del acelerador al llegar al puente sobre el canal Mittelland. De nuevo había llegado al impenetrable meollo del misterio: ¿qué ocultaban los británicos? Si el doble de Hess sólo voló a Inglaterra para distraer la atención, ¿qué pretendió ocultar? ¿Por qué voló el auténtico Hess a Gran Bretaña? Para entrevistarse con los ingleses, desde luego, se respondió a sí mismo. Pero... ¿con qué ingleses? Con una punzada de envidia profesional, Natterman pensó en los historiadores de Oxford que estaban documentando las simpatías filonazis de más de treinta parlamentarios ingleses de la época de la guerra que, supuestamente, habían tenido noticia de antemano del vuelo de Hess. En los círculos académicos se rumoreaba que los profesores de Oxford estaban convencidos de que aquellos parlamentarios eran filonazis, enemigos de Churchill, para ver a los cuales Hess había volado en secreto a Inglaterra. Natterman no estaba tan seguro. No le cabía duda de que en 1941 existió una camarilla de ingleses de clase alta que, aparentemente, eran partidarios de Hitler. El auténtico enigma era si aquellos hombres tenían realmente la intención de traicionar a su país entrando en una nefasta alianza con Adolf Hitler. ¿O existiría tal vez un noble motivo oculto tras aquel comportamiento?

La respuesta a esto se encontraba en los planes de guerra de Hitler. El objetivo final del Führer siempre había sido la conquista de Rusia —la obtención de *Lebensraum* para el pueblo alemán—, lo cual hizo al Führer sumamente popular entre ciertos elementos de la sociedad británica. Y es que, pese a encontrarse en guerra con Alemania, muchos ingleses consideraban que el Estado nazi constituía un eficazísimo impedimento para la extensión del comunismo. Similarmente, el Führer albergaba la visión de una Alemania y una Inglaterra unidas en un frente ario contra la Rusia comunista. Hitler nunca se creyó de veras que los ingleses fueran a guerrear contra él. Sin embargo, cuando Winston Churchill se negó a aceptar la inevitable alianza con Alemania, el Führer se puso furioso.

Y, en opinión de Natterman, ahí radicaba la clave de la misión de Rudolf Hess. Hitler se había marcado una agenda muy estricta para Barbarossa, la invasión de la Unión Soviética. Estaba convencido de que si no invadía Rusia en 1941, el Ejército Rojo de Stalin alcanzaría una abrumadora superioridad sobre el alemán en hombres y equipo. Eso significaba que, para tener éxito, sus ejércitos invasores debían iniciar el avance hacia el este en mayo de 1941 como fecha más tardía, antes de que la nieve se fundiera e hiciera imposible el despliegue eficaz de los tanques. Y Natterman recordó que los británicos estaban al corriente de aquel hecho. Un coronel de la RAF llamado F. W. Winterbotham lo había descubierto en 1938. Y este conocimiento —adecuadamente explotado— hubiera proporcionado a los ingleses una ventaja muy peculiar. Y es que, cuanto más tiempo pudieran hacer creer a Hitler que deseaban una paz negociada, más tiempo lograrían demorar la invasión de Inglaterra, y más cerca estaría la fecha en que Hitler tendría que desplegar el grueso de sus ejércitos hacia el este. Si lograban engañar a Hitler durante el tiempo suficiente, Gran Bretaña estaría

salvada.

Natterman se preguntó si eso lo habían comprendido los filonazis ingleses de 1941. ¿Fueron patriotas altruistas que hicieron volar a Hess a Inglaterra con falsos pretextos, salvando así a su patria de la invasión nazi? ¿O eran traidores que habían llegado a la conclusión de que Adolf Hitler era el interlocutor ideal, quizá un poco zafio, pero con unas acertadísimas ideas sobre los comunistas y los judíos? La respuesta a esta cuestión era, aparentemente, muy sencilla: si el grupo de destacados ingleses se había limitado a simular que negociaba con Hitler a fin de salvar a Inglaterra, tales ingleses serían héroes y no habría hecho falta protegerlos del escrutinio público, sobre todo al cabo de cincuenta años de ocurridos los hechos. Sin embargo, los bien documentados esfuerzos del gobierno británico por ocultar los detalles del caso Hess parecían reforzar la teoría opuesta: la de que aquellos ingleses habían sido realmente admiradores de Hitler y el fascismo.

La variable que confundía tales razonamientos era una especie de comodín humano. Eduardo VIII, duque de Windsor, antiguo príncipe de Gales y rey abdicado de los ingleses. Las tendencias germanófilas del duque y sus contactos con los nazis —antes de la guerra y durante ella— eran hechos probados y sumamente embarazosos. Como mínimo, Windsor se puso en evidencia al visitar a Hitler y a otros jefes nazis en Alemania, para luego pregonar a los cuatro vientos los «éxitos» del Führer ante una escandalizada opinión pública mundial. En el peor de los casos, Windsor cometió traición contra el país sobre el que, por cuna, debería haber reinado. Tras su tempestuosa abdicación, el duque, que vivía en la neutral España, se consumía de añoranza por el trono que había abandonado tan a la ligera. Unas asombrosas pruebas descubiertas en 1983 indicaban que en julio de 1940 Windsor viajó en secreto a la neutral Lisboa para entrevistarse con un alto dirigente nazi, y ambos estudiaron la posibilidad del regreso de Windsor al trono inglés. Y aquello, pensó Natterman nervioso, constituía el meollo de la cuestión. Porque, según el historiador británico Peter Allen, el nazi con el que Windsor se había entrevistado en Portugal no era otro sino Rudolf Hess.

Natterman agarró con más fuerza el volante. Entre todas aquellas difusas especulaciones había comenzado a formarse una imagen nítida. El profesor comprendía ahora que, si bien los simpatizantes ingleses de Hitler podían haber simulado afecto hacia los nazis a fin de salvar a Inglaterra, definitivamente no había ocurrido lo mismo con el duque de Windsor. Y si éste había cometido traición, o hubiera estado siquiera a punto de cometerla, ése era el tipo de «desliz» real que los servicios secretos británicos se habrían visto obligados a ocultar, suprimiendo la historia completa de Hess, el heroísmo igual que la traición.

Natterman notó que el pulso se le aceleraba. Se le acababa de ocurrir una cuarta y asombrosa posibilidad. ¿Y si los «traidores» británicos fueron realmente filonazis, pero los arteros servicios de inteligencia ingleses les permitieron continuar con su traición? De este modo, los nazis no podrían haber descubierto la impostura, ya que

los propios conspiradores no se habrían dado cuenta de que formaban parte de un engaño. Natterman se estremeció ante las implicaciones de aquella posibilidad. Trató de concentrarse en aquella época incierta, la primavera de 1941, pero sus recuerdos eran vagos y difusos. Tenía en la cabeza tantos fragmentos históricos que ya no sabía a ciencia cierta qué había leído y qué había vivido, pues en su vida había habido infinidad de avatares.

Más libros, pensó. Eso es lo que necesito. Documentación. Le diré a Ilse que, cuando venga hacia aquí, pase por la biblioteca de la universidad. Haré una lista en cuanto llegue a la casa. Las memorias de Churchill, el libro de Speer, copias de documentos del Reich, una muestra de la letra de Hess... Necesitaré todo eso para hacer un estudio preliminar del documento mejor. Y luego habrá que analizar la tinta y el propio papel...

Natterman pisó el freno y el Audi se detuvo tras un ligero derrape. Había llegado a las inmediaciones de la cabaña. Lentamente metió el coche por el angosto y nevado sendero que serpenteaba por el bosque hasta llegar a la pequeña edificación. Advirtió a lo lejos el familiar brillo de un farol y sonrió, satisfecho, viendo cómo la luz aparecía y desaparecía según el coche doblaba las últimas curvas del sinuoso camino.

Detuvo el coche en el pequeño espacio que había junto a la cabaña para dar la vuelta y decidió que al día siguiente invitaría a Karl Riemeck a beber unas copas de schnapps. El viejo guardes se había tomado la molestia de ir hasta allí en coche para encender un farol, y Natterman sospechaba que también encontraría una buena provisión de leña para la chimenea. Dejó para luego recoger su maleta, se echó a la espalda la pesada cartera llena de libros y se apeó del Audi. El frío lo empujó hacia el porche de la cabaña, donde encontró suficientes leños apilados para toda una semana.

—Gracias, Karl —murmuró—. En una noche como ésta, los viejos como nosotros no pueden prescindir de la calefacción. —Llevado por un impulso, probó el tirador y la puerta se abrió silenciosamente—. Estás en todo, viejo amigo —dijo estremecido por el frío—. Llego cargado y ¿tengo que rebuscar la llave en los bolsillos? No, señor, todo está preparado para recibirme.

Encendió la luz eléctrica, que no había sido instalada en la cabaña hasta 1982, y vio que la sala principal tenía su aspecto de siempre. La habitación, que no era demasiado pequeña, resultaba agradable y acogedora. Así era como le gustaba al padre de Natterman. Sin falsas opulencias, pero confortable. Hecha de abedul y roble, la cabaña parecía aún más sólida en la actualidad que cuando Natterman era niño. Dejó la cartera de libros sobre un viejo sillón de cuero y regresó al porche. Una vez sus ojos se hubieron acostumbrado a la oscuridad, miró hacia el camino de acceso que cruzaba el bosque para ver si había faros aproximándose, pero no vio ninguna luz.

Cogió entre los brazos cuanta leña pudo, la llevó a la cabaña y la apiló cuidadosamente en el soporte que había junto a la chimenea. Luego colocó un par de gruesos leños sobre los morillos de hierro forjado, se puso de rodillas y comenzó a

formar un pequeño montón de astillas bajo los leños, como su padre le enseñó hacía seis décadas. Aunque sentía el nerviosismo de la perspectiva de estudiar sin interrupciones los papeles de Spandau, el familiar rito lo tranquilizó.

Cuando la pirámide de astillas estuvo lista, buscó cerillas en la chimenea pero no las encontró. Se levantó lanzando un gruñido y se dirigió hacia la vieja cocina de leña situada en un hueco de la parte de atrás de la sala principal, junto a la despensa. Allí tampoco tuvo suerte el profesor. Rezongando entre dientes, volvió a cruzar la sala y abrió la puerta del dormitorio.

Cuando vio lo que había al otro lado de la puerta, los músculos del pecho se le contrajeron con tal fuerza que temió que le aplastaran el corazón. Ante él, sobre la cama, atado al metálico cabezal con una gruesa correa de cuero, Karl Riemeck miraba al frente con ojos ciegos. Su rostro era una máscara de ira, incomprensión y dolor. Sobre el pecho del guardes se veía una enorme mancha de sangre recién coagulada.

Natterman se convirtió de nuevo en un niño. Sintió que las entrañas le ardían y notó que la orina le humedecía los pantalones. Experimentó el desesperado impulso de correr, pero no tenía ni idea de dónde podría refugiarse. Regresó rápidamente a la sala, que continuaba vacía e impoluta. Sin hacer nada por auxiliar a Karl, fue a tropezones hasta la puerta principal y la cerró.

—Dios mío, Dios mío... Dios mío... —murmuró inclinándose y apoyando las manos en las rodillas—. Dios mío...

La invocación era como un mantra. Un conjuro. Una forma de recuperar el uso del cerebro, un regreso a la realidad.

Tragándose la bilis que le subía por la garganta, el viejo profesor se irguió y regresó al dormitorio para intentar hacer algo por su amigo. Sin prestar atención a la sangre que empapaba la camisa, colocó la mano directamente sobre el corazón de Karl. No esperaba encontrar latidos y no los encontró. Natterman sabía reconocer la muerte cuando la tenía delante.

Debido quizá al susto que le había producido la muerte de Karl, el instinto de Natterman estaba como aletargado y el viejo profesor no pensó en otros peligros que podrían estar acechándolo hasta que una fría mano surgió de debajo de la cama y se cerró en torno a su huesudo tobillo. Natterman se quedó paralizado. Abrió la boca para gritar, pero no logró emitir sonido alguno. De nuevo su cerebro se aisló de la realidad. La zarpa de hierro tiró de él, Natterman cayó al suelo cuan largo era y tuvo la certeza de haberse roto la cadera.

Gimiendo a causa del pánico y el dolor, trató de ir a gatas hacia la puerta, pero unos fuertes brazos lo agarraron por los hombros y lo obligaron a quedar de espaldas. Cuando enfocó los ojos, la aguda y reluciente hoja de un estilete llenó casi todo su campo visual. Más allá de ella sólo vio una melena de cabello rubio. Trató de respirar, pero era como si tuviera un yunque sobre el pecho. Cuando la presión se redujo ligeramente, el viejo profesor advirtió que el yunque era en realidad una

rodilla humana.

—¡Tienes en tu poder algo que yo quiero, viejo!

Las palabras fueron rápidas y furiosas, y la voz, dura como el pedernal. La rodilla oprimía con tal fuerza el pecho de Natterman que el viejo no habría podido hablar aunque hubiese querido.

—¡Responde! —gritó el hombre.

No tiene acento inglés, se dijo Natterman aliviado pensando en los papeles de Spandau. ¡Menos mal! ¡No es más que un ladrón, un ladrón que ha asesinado a Karl! El profe sor recordó todos los idiomas que conocía tratando de ubicar el extraño acento, pero fue inútil. ¿Será holandés?

El rubio movió el estilete adelante y atrás en una danza letal y luego insertó la punta en la ventana izquierda de la nariz de Natterman.

—No te pongas necio como tu amigo, viejo. A él le costó la poca vida que le quedaba. Ahora, habla.

La presión de la rodilla sobre el pecho de Natterman se redujo un poco.

—¡Llévese lo que quiera! —jadeó Natterman—. ¡Dios mío, pobre Karl...!

—¿Pobre Karl? ¡Idiota! ¡Sabes perfectamente lo que quiero! ¡Habla! ¿Dónde está?

Por unos instantes más, Natterman siguió resistiéndose a creerlo, pero al fin tuvo que admitirlo. Por imposible que pareciese, aquel asesino conocía su secreto. Sabía lo de los papeles de Spandau y, para robarlos, había conseguido llegar allí, a la casa del padre de Natterman, antes que él.

—Oh, Dios mío —susurró Natterman—. Oh, no.

—¿No? —dijo desdeñosamente el rubio.

—Pero es que no sé a qué se refie...

—¡Mentira!

Furioso, el asesino movió el estilete hacia arriba y hacia fuera, y de la cortada ventana nasal del viejo brotó un surtidor de sangre. A Natterman se le llenaron los ojos de lágrimas y se quedó momentáneamente ciego. La sangre le corrió, abundantemente, por los labios y la barbilla. El viejo tosió y se atragantó con ella.

—¡Escucha, gusano judío! ¡Para mí, tú no eres nada! —El asesino pegó los labios a la oreja de Natterman y bajó la voz. En un letal susurro, dijo—. Si en cinco segundos no me haces seña de que vas a cooperar, te cortaré la arteria carótida. ¿Entiendes? Y la carótida comunica directamente con el cerebro.

Como colofón de su amenaza, el asesino pegó la punta de su estilete a la sensible piel de debajo de la oreja izquierda de Natterman. Ahogándose en su propia sangre, el profesor trató de asentir con la cabeza.

—¿Me dirás dónde lo tienes?

Escupiendo espuma color rosa, Natterman asintió de nuevo.

El asesino lo levantó del suelo con la facilidad con que habría levantado una rama seca. Sacó un pañuelo blanco y lo arrojó hacia la sangrante herida del profesor.

—Presiona directamente —murmuró.

Natterman asintió y procedió a contener la hemorragia, sorprendido de aquel mínimo gesto de humanidad. El hombre que tenía ante sí no debía de contar más de treinta años. La larga cabellera rubia le daba un aspecto de estudiante famélico que el profesor conocía bien. Un rostro atractivo y unos ojos en los que brillaba el fanatismo.

—Ahora —dijo suavemente el asesino— dime dónde está.

Natterman se volvió hacia la cama en la que yacía el cadáver de Karl. La enormidad de lo ocurrido lo golpeó duramente y no pudo evitar estallar en sollozos.

—¡Venga, viejo, no te me derrumbes! Tu amigo apareció por accidente en este asunto y se quedó más tiempo del debido. Me obligó a hacerlo. Vamos a la otra habitación.

Como un autómata, Natterman siguió al asesino hasta la sala. Con el rostro parcialmente cubierto por el ensangrentado pañuelo, trataba desesperadamente de encontrar una salida para su horrible situación. Ajedrez, pensó de pronto. Es como una partida de ajedrez. Sólo que hay que jugarla hasta la muerte.

—¡No pienses tanto, idiota! ¡Dime dónde está! ¡Ya!

El asesino rubio se encontraba a dos metros de Natterman, pero cuando lanzó hacia adelante la mano armada con el estilete, redujo a la mitad tal distancia y dejó sobrecogido a Natterman. Éste dejó caer al suelo el ensangrentado pañuelo y comenzó a desabrocharse con torpes dedos los botones de la camisa.

—¿Qué haces, idiota?

—Lo que buscas lo llevo pegado a la espalda —explicó Natterman.

Por un momento, el hombre pareció confuso, luego volvió a poner cara de palo.

—Bueno, está bien —dijo inseguro—. Pero date prisa.

Dios mío, pensó Natterman, no sabe lo que busca. Lo envió... otra persona. ¿Quién? ¿Cómo consiguieron relacionarme con Hans y con los papeles? Temblando de terror, el profesor se quitó de la espalda el envoltorio hecho con papel de aluminio y sintió que se arrancaba jirones de piel con el esparadrapo. Debo sobrevivir, se dijo. Sobrevivir para enterarme de la verdad. Tengo que distraerlo...

—Ahora —dijo el asesino—, avanza hacia mí despacio y dámelo.

Natterman lanzó el envoltorio hacia el otro extremo de la sala. Fue a caer en el suelo y se metió parcialmente bajo la pesada alacena que había en un rincón.

—¡Maldito cabrón! ¡Recógelo y tráemelo!

Natterman vaciló por un momento y luego caminó lentamente hasta la alacena, se inclinó, y recogió el envoltorio. Igual que en el ajedrez, pensó. Yo muevo... él mueve.

—¡Dame!

Natterman entregó el paquete y se fijó, curioso, en las gotas de sangre que le caían desde la nariz sobre el bíceps. Debo de estar delirando, se dijo. Estoy viendo a otra persona...

Sin quitarle ojo a Natterman, el asesino arrancó el esparadrapo del papel de aluminio que el profesor había utilizado para proteger los papeles.

—Cuidado —recomendó Natterman—. Son muy frágiles.

—¿Esto es todo?

—Sí —dijo Natterman encogiéndose de hombros.

—¿Seguro que es todo, sucio judío? —preguntó el asesino agitando en el aire los papeles.

Afrikaans, susurró una vocecilla en el interior del cerebro de Natterman. El acento es afrikáner. Pero... ¿por qué piensa este salvaje que yo soy judío?

—Le juro que es todo —dijo—. Tenga cuidado, por favor. Se trata de un documento muy importante.

Mientras hablaba, Natterman miró premeditadamente hacia su cartera de libros, que se encontraba exactamente en el lugar en que él la había dejado: en el sillón de cuero junto a la puerta. Mantuvo los ojos fijos en ella durante un instante y luego, rápidamente, volvió a mirar al intruso.

—¡Mientes otra vez! —gritó el afrikáner—. ¡Como encuentre algo importante en esa bolsa, eres hombre muerto, viejo!

Natterman permanecía junto a la alacena del rincón tratando de usar su fuerza mental para impulsar al asesino hacia la cartera. Hacia el sillón. Blandiendo el cuchillo ante sí, el afrikáner retrocedió lentamente. Un poquito más, pensó Natterman, un poquito más...

El asesino desvió la mirada para coger la cartera...

¡Ahora! Natterman metió la mano en el espacio que había entre la alacena y la pared, buscó a tientas y cerró los dedos en torno a la gran escopeta Mannlicher que llevaba en aquel mismo lugar desde hacía más de sesenta años. La escopeta que su padre siempre mantenía oculta, pero al alcance de la mano por si aparecía un venado en el jardín, o por si los cazadores furtivos invadían sus tierras. El profesor levantó ambos percutores al tiempo que alzaba el arma y disparó en cuanto los cañones se elevaron por encima del respaldo del sofá.

El asesino se lanzó tras el sillón de cuero para protegerse, pero no fue lo bastante rápido. Veinticuatro gruesos perdigones lo alcanzaron en el hombro derecho y dejaron convertida la parte alta de su brazo en una masa de pulpa y hueso que colgaba del torso sostenida únicamente por los tendones. El ensangrentado estilete que había servido para hacer una carnicería con Karl Riemeck repicó contra el suelo mientras su dueño desaparecía tras el sillón.

—¡Cabrón! —gritó Natterman.

Jamás en su vida había deseado matar a otro ser humano, ni siquiera en la guerra. Pero ahora una rabia inmensamente poderosa lo consumía mientras miraba con hipnótica fijeza hacia el sillón tratando de encontrar un adecuado ángulo de tiro.

Inmóvil tras el sillón, el afrikáner pensaba. Había experimentado el dolor anteriormente y sabía que ceder a él significaba la muerte. Silenciosamente agarró

con la mano del brazo bueno el pomo de la puerta principal y tiró de él hacia dentro. Su destrozado hombro le provocó un dolor lacerante y su grito de agonía atronó en la pequeña Cabaña mientras el asesino intentaba con todas sus fuerzas permanecer consciente. Desde las profundidades de su cerebro, una voz ya casi olvidada le gritó: «¡Muévete, soldado! ¡Muévete!» Y, efectivamente, se movió. En cuestión de segundos, reptando como un cocodrilo, ya había cruzado el umbral arrastrando tras de sí el brazo inútil. En cuanto estuvo fuera, cerró la puerta con el pie. Se desplomó desde lo alto del porche y cayó en la nieve en el momento en que el segundo disparo de la escopeta de Natterman astillaba el cuarto inferior de la puerta de roble.

¡Debí preverlo!, se dijo el afrikáner, furioso. Subestimé a ese viejo cabrón. Tenía una pistola de 9 mm en el coche, pero había dejado éste en el bosque, más allá del claro. Nunca lograría llegar, a no ser que el viejo estuviera totalmente ciego. Desesperado, apartó un montículo de nieve y reptó por debajo de la cabaña, entre las gélidas sombras.

Por encima de él, el profesor Natterman estaba registrando con loca desesperación el interior de la alacena en busca de más cartuchos. ¡Ahí! Bajo una cesta de mimbre vuelta del revés encontró una caja completa de cartuchos de perdigones del calibre doce. Abrió la recámara de la vieja arma, retiró los cartuchos vacíos, metió dos nuevos, cerró la recámara y levantó ambos percutores. Luego cerró la astillada puerta de roble y echó el cerrojo.

¡Los papeles!, pensó de pronto. ¡Los tenía el afrikáner! Presa del pánico, registró la cabaña en busca de los papeles cebolla pero no vio ninguno. ¡No!, aulló su mente. ¡No puede quedárselos! Loco de ira, disparó una vez más contra la puerta y le hizo un nuevo agujero. Luego recorrió el cerrojo y la abrió. Justo frente a la puerta, sobre un reguero de sangre, se encontraban, arrugadas y sucias, seis de las nueve páginas de Spandau. Natterman salió como una exhalación y se puso a recogerlas frenéticamente. Después buscó en la nieve las otras páginas. No vio ninguna. Furioso, volvió a entrar en la cabaña y recogió el papel de aluminio que había servido de protección a los documentos. Volvió a envolver con él las ensangrentadas hojas y luego se guardó el envoltorio de papel de aluminio en el fondo de un bolsillo.

Debido a los esfuerzos, la herida de la nariz se había abierto y la sangre le resbalaba por el pecho desnudo. Ese salvaje debe de tener una arma, pensó de pronto, aterrado. Claro que sí. Nunca habría venido aquí armado sólo con un cuchillo. Natterman recogió del suelo su camisa y su chaqueta y entró a trompicones en el dormitorio en el que Karl seguía mirando la puerta con ojos ciegos.

—¡Aaaaag! —bramó de angustia.

Tuvo que recurrir a sus últimas fuerzas para conseguir arrastrar el arcón de la ropa blanca desde los pies de la cama hasta la puerta del dormitorio, contra la cual lo apalancó. Una vez bloqueada la entrada lo mejor posible, Natterman descolgó el teléfono que había junto a la cama. Está tan muerto como Karl, pensó amargamente. Apretándose la ensangrentada nariz con dos dedos, inspeccionó el cuarto. Un

lavamanos. Una silla. Un viejo armario de pino. La cama de su padre junto a la ventana. ¡La ventana!

En el mismo instante en que tomaba conciencia de lo vulnerable que era, vio una pálida mano tratando de levantar la hoja de la ventana. El profesor hizo añicos la ventana con un doble escopetazo al tiempo que farfullaba como un loco. Las tensiones habían podido al fin con él. Caminando a trompicones, como un borracho, llegó hasta el armario y lo arrastró y empujó hasta dejarlo al fin tapando la destrozada ventana. Luego se derrumbó contra él, sin intentar siquiera cortar la sangre que seguía cayéndole sobre el pecho jadeante.

Lo último que hizo antes de desvanecerse fue meter dos nuevos cartuchos en la Mannlicher.

01.42 horas. Transvaal septentrional, República de Sudáfrica

Alfred Horn permanecía encorvado en su silla de ruedas con motor, con las artríticas rodillas cubiertas por una manta de piel de leopardo y la vista fija en el suelo. Como siempre, con la imaginación iba y venía entre el pasado y el presente buscando causas y conexiones, haciendo inventario de injusticias que debían ser vengadas. Quizá se debía a su avanzada edad, pero para Horn el presente no era más que un pequeño espacio entre dos puertas, una que conducía a un pasado que le era imposible cambiar y otra que daba a un futuro que, al cabo de cinco décadas de planes, de luchas y de vivir con la derrota, prometía el cumplimiento de su destino final. Sabía que le quedaba poco tiempo, y que ese tiempo se reducía con el paso de cada día. ¿Cuánto le quedaba para perder definitivamente la capacidad de dejar su impronta en el mundo? ¿Un mes, una semana, unos días? Él necesitaba un mes. Se dijo que resultaba sumamente irónico que su conocimiento del pasado fuera la mayor amenaza para sus planes de futuro. Pero ya se encontraba casi listo. A su espalda sonó una discreta llamada a la puerta. Respondió sin apartar la vista del fuego.

—¿Sí?

La puerta se abrió silenciosamente y en el umbral apareció Smuts, que se cuadró ante Horn.

—¿Qué noticias llegan de Berlín, Pieter?

—Hay gran actividad entre los servicios de inteligencia ingleses y rusos, señor. Estoy casi seguro de que no han localizado los papeles. Hasta ahora no hay indicios de que Israel esté implicada.

—¿Y qué me dice de nuestros dos policías, Pieter? Ellos tienen los papeles.

—Señor, Berlín-Uno informa de que, si bien aún no ha capturado al joven que cree que encontró los papeles, tiene bajo custodia a su esposa.

Horn evaluó aquella información. Al fin dijo.

—Que vengan todos aquí. Traiga a la mujer, que el marido la seguirá. Envíe un

jet esta noche.

—Ya he ordenado que lo hagan, señor.

—Espléndido. ¿Podemos hablar con el marido por teléfono?

Smuts se aclaró la garganta.

—Aún no lo hemos localizado, señor.

Mientras el ojo de vidrio de Horn permanecía inmóvil, el bueno miró de arriba abajo, con recelo de rapaz, a su jefe de seguridad, y al fin clavó la vista en el curtido rostro del hombre. Bajo la taladrante mirada, Smuts se removió nervioso cambiando su peso de un pie a otro.

—Pieter... —dijo al fin Horn.

—¿Señor?

—Nuestros dos policías han escapado de Berlín Occidental, ¿no es así?

Smuts no pretendió disimular.

—Me temo que sí, señor. Parece que el mayor de los dos hombres, Hauer, posee muchas influencias en Berlín. Tenemos a un hombre esperando en el lugar al que se dirige la pareja, una Cabaña cerca de Wolfsburg, pero aún no han aparecido por allí.

Horn jugueteó con el atizador de la chimenea.

—Esos policías están demostrando ser un orgullo para su raza, Pieter. Cuando los haya atraído hasta aquí, debemos averiguar lo que encontró nuestro joven amigo entre las ruinas de Spandau.

—Cuente con ello.

—Dígame cómo piensa convencer al joven marido de que tiene usted a su esposa en el caso de que, para cuando ella monte en el avión, aún no lo haya localizado.

Smuts contuvo una sonrisa. La atención que prestaba Horn a los más nimios detalles de una operación nunca dejaba de sorprenderlo.

—Será sencillo, señor —replicó—. Grabaciones de audio en dos magnetófonos distintos. Breves respuestas afirmativas y negativas pregrabadas para utilizarlas según las necesidades, con una breve frase para iniciar el intercambio. Con la adecuada reducción de ruido, los resultados son bastante convincentes.

—Muy bien, Pieter. Lo que me dice me satisface.

Los talones de Pieter entrechocaron y el sonido fue como el de la detonación silenciada de una pistola.

Distraídamente, Horn se acarició la cicatriz que tenía en torno al ojo de vidrio.

—He estado pensando, Pieter. Será mejor que, por el momento, cancele usted todas las operaciones de tráfico de drogas y armas. No quiero que existan caminos que conduzcan, desde el mundo exterior hasta aquí.

Smuts asintió con la cabeza.

—Muy bien, señor. Sin embargo, tenemos un envío de oro procedente de Colombia, como pago de nuestro éter. Dos millones de dólares en lingotes. Llega por vía marítima y, el barco que lo transporta ya está casi en puerto.

Horn reflexionó sobre esto.

—Bien, entonces, permítale atracar. Pero que todo lo demás permanezca cerrado.

—Sí, señor.

—Cuando llegue la esposa del policía, tráigamela directamente. Ya rara vez tengo oportunidad de conocer a jóvenes alemanes. Me encantaría hablar con ella.

—¿Quiere verla en persona? Señor, eso es arriesgado...

—Tonterías, Pieter. Encontrándose usted presente, ¿qué riesgo puede haber?

Smuts hizo un gesto de asentimiento.

—Estoy a sus órdenes, señor.

Horn dirigió una inquisitiva mirada a Smuts.

—¿Algo más?

—¿A qué se refiere, señor?

Horn frunció el entrecejo.

—La fuga de radiaciones. No me ha puesto usted al corriente de los avances conseguidos.

Smuts se sonrojó.

—Lo lamento, señor. Me he reunido con los ingenieros para hablar de la extensión de la pista de aterrizaje. —Alzó el brazo y consultó el reloj que llevaba vuelto hacia la parte interior de la muñeca—. Hace dos horas, la fuga estaba contenida. La contaminación ha sido mínima para el personal, y el laboratorio del sótano está limpio.

—¿Hay noticias de nuestro revestimiento de cobalto?

—No, señor. Lo siento.

—Muy bien, Pieter. Retírese.

—¡Sí, señor!

Entrechocó de nuevo los talones y desapareció.

Horn sonrió con nostalgia. Una Jungfrau, pensó, una auténtica hija de la patria. Dios mío... ¿cuánto tiempo hace que no hablo con una mujer que no se haya criado en estas regiones salvajes?

—¡Pieter! —exclamó de pronto.

Smuts regresó a la carrera blandiendo una pistola Beretta.

—Lo siento —se disculpó Horn—. Lo dije demasiado alto. Sólo quería que echase más leña al fuego. El dolor en las articulaciones me está volviendo loco.

Smuts enfundó el arma.

—Sí, señor.

Sin una vacilación, el hombre que había mandado tropas con distinción en medio continente africano se dirigió al montón de leña que había a menos de un metro de la silla de su jefe, añadió un leño al fuego y avivó las llamas.

—¿Está bien así, señor?

—Muy bien, Pieter. Muy bien.

Horn se desmadejó en su mullida silla de ruedas y, allí inmóvil, durmió el sueño de los justos hasta el amanecer.

—Los depósitos de las alas ya están llenos —dijo el encargado del surtidor de gasolina al tiempo que enroscaba el tapón del depósito. Hizo descender la escalerilla hidráulica y saltó al asfalto de la zona de abastecimiento de combustible—. ¿Lo apunto en su cuenta? —preguntó.

Elegantemente vestido con un traje gris hecho a medida, el teniente Jürgen Luhr asintió brevemente y ascendió por la rampa que conducía a la panza del esbelto turboreactor Lear. Sobre la gruesa moqueta que cubría el suelo de la cabina de pasajeros, envuelta de cabeza a pies con cinta aislante, Ilse Apfel se esforzaba denodadamente por respirar.

—Intente tranquilizarse, Frau Apfel —dijo Luhr—. Así el viaje será mucho más agradable para usted y para mí.

No sin gran dificultad, Ilse inclinó la cabeza hacia el rubio policía y lo taladró con la mirada. La joven esperaba que tal actitud de reto enmascarase el abyecto terror que le atenazaba el estómago. Hacía una hora la habían obligado a ver cómo aquel loco teniente le rebanaba la garganta al sargento Josef Steuben. Ilse no conocía personalmente a Steuben, pero vomitó a causa del horror que le produjo la escena. Y, por debajo del horror, se maldijo por su estupidez. ¿Cómo había podido ponerse en manos de aquellos salvajes implacables?

—No se esfuerce, porque es inútil —dijo Luhr—. Yo preferiría haber utilizado un sistema más sutil, pero parece que nuestro anfitrión se opone a la utilización de drogas. Lo cual no deja de ser irónico, teniendo en cuenta de dónde procede buena parte de sus ingresos. —Luhr golpeó el brazo de su asiento con una pequeña jeringuilla—. Estoy seguro de que todo esto ha sido una desagradable sorpresa para usted —siguió—, pero la culpa la tiene la estupidez de su esposo. Sin embargo, pese a ello, y por razones que rebasan mi comprensión, usted, lo mismo que yo, tendrá una gran oportunidad. Mañana conoceremos al dueño de este avión. Es un gran honor. —Luhr rió entre dientes—. O eso me han hecho creer.

Las paredes del Lear vibraron al aumentar la potencia de los motores para enfilear la pista de despegue.

—Sin embargo —siguió Luhr—, no creo que haga falta que esté usted envuelta en toda esa cinta aislante. —Ilse se debatió con más fuerza. Luhr sonrió—. ¿Seguro que no quiere que le administre un sedante ligero? El vuelo será largo. —Se puso en pie ladeando la cabeza para evitar dar con la coronilla en el bajo techo de la cabina y se alzó, inmenso, sobre la yacente Ilse—. Sin embargo, ya encontraremos algo con lo que distraernos durante el viaje.

Como si fuera a hacer una necesidad, Luhr se bajó la cremallera de los pantalones y sacó un gran pene sin circuncidar. Mientras Ilse lo miraba con desagrado, él comenzó a frotarse, pendiente de la reacción de la joven. Ésta no se sintió impresionada por la visión de aquel órgano, ya que las berlinesas estaban

acostumbradas a ver exhibiciones de anatomía masculina; pero lo que sí le asustó fueron los ojos de Luhr. En un instante, todo rastro de humanidad desapareció de ellos. Mientras se frotaba entre gruñidos, en sus ojos azules no ardía el deseo, sino un odio ciego, furioso. Jürgen Luhr deseaba algo más que violar simplemente a Ilse: quería matarla, violarla hasta la muerte si podía.

La joven cerró los ojos y trató de desconectarse de aquel lugar; volvió mentalmente a la época en que aún no se había casado con Hans. Ambos habían ido a Munich a visitar a la madre de Hans, que vivía en una pequeña *Pfahlbauten* situada junto al largo y plateado lago que hay en las proximidades de la ciudad. Frau Jaspers, de soltera Apfel, se había portado como una arpía, pero Hans e Ilse pasaron muchas horas solos en el lago, remando en un pequeño bote y...

—¿Crees que podrás con esto? —preguntó Luhr, entre jadeos, sacudiendo el pene—. Con él te voy a hacer cosas con las que ni siquiera has soñado.

De pronto, el avión se puso bruscamente en movimiento. Luhr perdió el equilibrio y cayó sobre su asiento riendo a carcajadas. Ilse luchó inútilmente contra la cinta aislante que la tenía convertida en una momia viviente. Luhr se metió de nuevo el pene en el interior de la bragueta y se retrepó en la butaca.

—Habrá tiempo de sobra para eso —murmuró.

De sus ojos había desaparecido el brillo de locura. Ociosamente, alzó una reluciente bota y tocó con la punta el trasero de Ilse, tras lo cual se echó a reír de nuevo.

El Learjet llegó a la pista que le habían asignado y se detuvo, con los motores rugiendo, apuntando en dirección este como una flecha de porcelana. La inscripción de su cola rezaba «LaserTek», pero tal compañía no era más que una minúscula división en la laberíntica red de subsidiarias que poseía Horn Intercomm, un *holding* situado en las estribaciones de una enorme pero difusa entidad corporativa llamada Phoenix AG. Esta relación familiar estaba simbolizada por un pequeño logo pintado en el cono de proa del Lear. Desde el lado de babor del Lear, un único ojo, de líneas elegantemente curvas, pintado de color rojo sangre, miraba hacia el fondo de la pista con una extraña fijeza, como si fuera él, y no el piloto, el que fuera a manejar el aparato en su largo viaje hacia el sur.

En el interior de la cabina presurizada, Luhr sujetó a Ilse con la bota mientras el jet ascendía al cielo nocturno. El plan de vuelo asignado por la torre de Tegel identificaba al Lear como el vuelo 116 destinado a Londres. Pero en cuanto el esbelto reactor desapareciera de las pantallas de radar de Tegel, se desviaría hacia el sur, en dirección a un remoto aeródromo turco. Otra empresa subsidiaria de Phoenix AG, tenía gran cantidad de propiedades en la provincia de Anatolia, entre ellas un pequeño aeródromo, sorprendentemente bien equipado, en una granja cercana a Dashar. Esta compañía hacía todo tipo de esfuerzos por mantener las relaciones más cordiales con las autoridades del gobierno provincial, que frecuentemente hacían uso de los reactores de Fénix para efectuar viajes «de trabajo» a las capitales del placer

europas. Una vez el Lear despegara de Dashar, ya no tendría ni número ni plan de vuelo, y su destino sería una cuestión sobre la que sólo los ignorantes preguntarían. La mano del misántropo presidente y primer ejecutivo de la Corporación Phoenix AG tenía fama de ser muy, muy larga.

CAPÍTULO TRECE

01.35 horas. Proximidades de Wolfsburg. RFA

—¡Ésa es! —exclamó Hans volviendo la cabeza para ver mejor—. ¡La acabas de pasar!

Hauer pisó el freno.

—Eso mismo dijiste hace dos minutos.

—Ahora estoy seguro.

De mala gana, Hauer puso la marcha atrás.

—¿Por qué aquí? No es más que otro claro entre los árboles. Otro camino sin salida.

—No. Éste es el lugar. Estamos entre dos montes. Y ese pequeño puente de ahí detrás... Ésta es.

Hauer levantó el pie del embrague y retrocedió para dar media vuelta. Tras completar la maniobra, el Jaguar saltó impulsado hacia adelante. Recorrieron el sinuoso camino al doble de la velocidad a la que había ido Natterman, escrutando en todo momento las sombras en busca de algún indicio de una casa habitada.

—No veo ninguna luz —dijo Hauer, escéptico.

—Quizá estén durmiendo.

Hauer miró de reojo a Hans.

—Tu esposa acaba de huir del KGB, no tiene ni idea de dónde estás ni de qué haces, y tú crees que puede estar durmiendo...

—¡Cuidado!

Hauer frenó a fondo en el momento en que el Jaguar llegaba al pequeño claro que rodeaba la cabaña. El coche resbaló sobre una placa de hielo, giró 360 grados y patinó en dirección al edificio. Chocó contra el tronco de un plátano a escasos metros del porche y el guardabarros del Jaguar se abolló. Aunque se apagó el motor, los faros siguieron iluminando las sombras a la derecha de la cabaña.

—Más vale que éste sea el sitio —masculló Hauer.

Hans asomó la cabeza por la rota ventanilla del acompañante y comparó lo que veía con su imagen mental de la cabaña familiar de su esposa.

—Ésta es —dijo con voz firme. Se volvió hacia Hauer—. ¿Por qué conducías tan puñeteramente de prisa?

Hauer se mordió la lengua. Temía que, al entrar en la cabaña, encontrasen los cadáveres ensangrentados de Ilse y de su abuelo.

—Tú ve a llamar a la puerta —dijo sin perder la calma.

Hans rezongó furiosamente mientras trataba de hacer girar el desconocido tirador de la portezuela del coche. Sin hacer nada por ocultar su exasperación, gritó.

—¡Ilse! ¡Soy yo, Hans!

En el momento en que Hans abría la portezuela, ésta le golpeó y lo empujó de nuevo al interior del vehículo. El joven ni siquiera escuchó la ensordecedora detonación que resonó en todo el bosque.

—¡Al suelo! —gritó Hauer, pero sus palabras fueron inaudibles, ya que en aquel momento el parabrisas del Jaguar se hacía añicos—. ¡Es una escopeta, Hans! ¡Agáchate!

Hans estaba ya en el suelo cuando una tercera salva de perdigones destrozó la tapicería de cuero por encima de su asiento. Un cuarto disparo no alcanzó al coche. Hauer cogió su Walther de debajo del asiento y echó hacia atrás la palanca de seguridad.

—¡Espera! —le pidió Hans agarrándole del brazo—. Ilse no conoce este coche. —Abrió la portezuela, acribillada por los perdigones—. ¡Ilse! ¡Profesor! ¡Soy Hans!

Esta vez vio la llamarada que surgía de los dos cañones de la escopeta. Ambos dispararon a la vez y los perdigones quebraron las heladas ramas bajas que colgaban sobre el techo del coche. Hans se atrincheró tras la portezuela del Jaguar.

—¡Profesor! ¡Tu padre se llamaba Alfred y era herrero! ¡Construyó esta casa en 1925! ¡Tú lo ayudaste a hacer los clavos!

Silencio.

—Bien pensado —dijo Hauer.

La astillada puerta de la cabaña se abrió ligeramente.

—¿Hans? —preguntó una rasposa voz apenas audible—. ¿Eres tú, Hans?

—¡No dispares, profesor, voy a salir!

Hans agitó las temblorosas manos por encima de la portezuela del coche. Luego puso un pie en la endurecida nieve y se apeó lentamente.

—¡No te veo! —gritó Natterman—. ¡Ponte donde te dé la luz!

Sin olvidar ni por un momento que había una arma apuntando contra su pecho, Hans avanzó hasta la zona iluminada por los faros.

—Hans... —dijo la voz, ahora más fuerte y con tono de alivio—. ¿Vienes solo?

—No... —Volvió la vista hacia Hauer, que seguía en el Jaguar—. Mi capitán me acompaña.

Una larga pausa.

—¿Confías en él?

Por enésima vez en aquella noche, Hans analizó los sentimientos que le inspiraba su padre. ¿Confiaba en él? Hauer lo mismo podía ser un miembro de las fanáticas sociedades cuyas reuniones describía como... ¡No! Hans cerró de golpe aquella puerta mental. Resultaba totalmente impensable que Dieter Hauer fuera capaz de asesinar a un camarada y secuestrar a la esposa de su propio hijo.

—¡Sí, confío en él! —gritó.

Se oyó el chirrido de unas bisagras. Natterman estaba abriendo la puerta. En cuanto terminó de hacerlo, cayó de rodillas.

—Muy bien... —dijo con voz quebrada—. Podéis...

El viejo se desplomó de bruces, con la escopeta a su lado.

Hans corrió hasta el porche y se inclinó sobre él. Hauer permaneció en el Jaguar cubriendo lo mejor posible con la Walther el porche y el claro.

—¡Profesor! —exclamó Hans sacudiendo a Natterman—. ¿Dónde está Ilse?

—Lo alcancé... —murmuró el viejo—. Creo que lo alcancé...

Hans lo abofeteó una vez y luego otra, más fuerte. Se fijó en la sangre seca en torno a la nariz desfigurada de Natterman, pero era demasiado lo que estaba en juego y no podía esperar.

—¿Dónde está Ilse, profesor? ¿Dónde está Ilse? ¿Se la llevaron los mismos que te atacaron? —Hans se volvió hacia la puerta de la cabaña, que seguía abierta—. ¡Ilse!

—No está aquí —murmuró Natterman—. Creo que está en su casa. Sí... —Su voz cobró fuerza—. Está en el apartamento, Hans. Quedó en venir por aquí más tarde. Traté de llamarla pero...

—Oh, Dios... —Hans se estremeció al comprender las implicaciones de las farfulladas palabras de Natterman—. Oh, no... Capitán... Ayúdame a meterlo en la casa.

Hauer se bajó del coche. Fue hacia el porche caminando de espaldas, sin dejar de apuntar hacia el bosque con la pistola.

—Ilse no está aquí —le dijo Hans—. No está aquí...

—Agárralo por las piernas —ordenó Hauer al tiempo que sujetaba al viejo por las axilas.

Hasta que dispusieran de tiempo para analizar la situación, debía mantener a Hans en movimiento, evitar que pensara sólo en su esposa.

Tumbaron a Natterman en el sofá de la sala. Hauer ordenó a Hans que llenase de nieve un calcetín, y luego hizo lo posible por determinar la gravedad de la herida del viejo. Al limpiarla volvió a sangrar, lo cual no dejó de resultar asombroso, dada la cantidad de sangre que salpicaba el interior de la cabaña, pero la compresa fría cortó en seguida la hemorragia. Hauer sustituyó la cinta adhesiva por puntos de sutura y unió los bordes de la cortada ventana nasal con sorprendente pericia. Se echó hacia atrás a fin de contemplar su obra.

—No pasaría la inspección en un hospital *Bundeswehr*, pero no está mal para ser una cura de urgencia. Tapémoslo con una manta. —Miró en torno suyo—. ¿Hans?

Hans abrió la puerta del dormitorio, lanzó una ahogada exclamación y se quedó petrificado. Hauer corrió junto a él, vio el cadáver de Karl Riemeck y volvió junto a Natterman.

—¿Quién es el hombre del dormitorio? —preguntó con la boca pegada a la oreja del profesor—. ¿Un amigo suyo? —Natterman asintió con la cabeza—. ¿Quién lo mató? ¿Vio usted cómo lo hacían?

Natterman negó con la cabeza y luego abrió los ojos muy despacio.

—Karl era mi guardés —susurró—. Ese salvaje lo mató.

—¿Salvaje? ¿Qué salvaje? —Hauer lanzó una imprecación al ver que el viejo

cerraba los ojos. Había vuelto a perder el conocimiento—. ¡Hans! ¡Ven a ayudarme!

Hans no se movió. Su mirada parecía perdida en un punto indefinido. Hauer había visto aquella expresión con anterioridad: los militares norteamericanos la llamaban la mirada de las mil yardas. Era la variante vietnamita de la neurosis de combate, pero Hauer sabía que no eran los proyectiles ni la sangre los que habían causado el estupor de Hans. Lo que había sobrecargado sus circuitos cerebrales era el justificado temor de perder a su esposa para siempre. Darle esperanzas a Hans se convirtió en la primera prioridad de Hauer, ya que éste sabía que la extraña calma de Hans no era más que el silencio que precede a la tormenta, al momento en que todo su miedo y toda su impotente furia harían explosión y se llevarían por delante toda la capacidad de autocontrol del muchacho.

—Ilse debe de estar en camino hacia aquí —dijo Hauer en tono confiado.

—La habríamos visto cuando veníamos —murmuró Hans.

—No la habrías visto. Hemos cruzado Alemania Oriental metidos en el maletero de un coche, por el amor de Dios. Quizá tomó un tren nocturno, como el profesor. Quizá hizo autostop y la recogió un camión. Tal vez en estos momentos todavía esté esperando el tren. —Sin quitarle ojo a Hans, Hauer sacudió suavemente a Natterman—. ¿La Cabaña tiene teléfono, profesor?

—No funciona. Creo que el hombre que me atacó cortó la línea.

—Repáralo, Hans —ordenó Hauer—. Examina primero el receptor y después el cableado...

Hans salió al fin de su mutismo. Mirando a Hauer a los ojos dijo en voz baja.

—No. Me vuelvo a Berlín.

Trató de abrocharse de nuevo el abrigo, pero sus temblorosos dedos no fueron capaces de sujetar debidamente los pequeños botones.

—No puedes volver —dijo Hauer.

—Tengo que ayudar a Ilse... Pueden haberla...

—¡No! —La estentórea voz del profesor Natterman resonó como un trueno en la pequeña sala. Hauer miró con ojos muy abiertos cómo el viejo se semiincorporaba y señalaba a Hans con un largo dedo—. No vas a volver. Hacerlo ahora supondría un suicidio. ¿Acaso podrías ayudar a Ilse estando muerto? En estos momentos, nuestro único medio de comunicación con el mundo exterior es el teléfono.

Tras la reprimenda, el profesor quedó sin aliento, pero sus palabras tuvieron un efecto espectacular sobre Hans. El joven se frotó furiosamente la frente con ambas manos al tiempo que se apartaba de sus dos compañeros.

—Qué locura cometí al quedarme con esos malditos papeles —murmuró.

—Hiciste lo que debías —dijo Hauer con firmeza—. Si hubieras entregado esos papeles, ahora Funk los tendría y tú estarías tan muerto como tu amigo Weiss.

Hans lo miró con ojos enrojecidos.

—Examina el cableado telefónico —dijo Hauer en voz baja buscando el apoyo de Natterman.

—La entrada del cable está en la parte de atrás de la cabaña —dijo el profesor.

Hans seguía en actitud titubeante. Hauer desenfundó la Walther.

—Y llévate esto. El que atacó al profesor puede continuar ahí fuera.

Hans cogió la pistola y desapareció por la puerta principal. Natterman se volvió hacia Hauer.

—¿Cree que intentará marcharse?

—No puede. Yo tengo las llaves del coche.

Natterman estudió el rostro de Hauer.

—Usted es el padre de Hans —dijo al cabo de unos momentos—. ¿Verdad que sí? Usted y él se parecen mucho.

Hauer aspiró profundamente y asintió con la cabeza.

Natterman emitió un sonido parecido a una risa.

—Ilse me dijo que había estado usted en Spandau. Parece que al fin ha decidido reconocer que tiene usted un hijo.

—Eso lo reconocí en cuanto vi a Hans por primera vez —replicó Hauer secamente.

Natterman no pareció convencido.

—Capitán, usted que es el experto, dígame una cosa: ¿cree que volveré a ver a mi nieta?

Hauer frunció los labios.

—¿Quién tiene los papeles que Hans encontró en Spandau?

Natterman vaciló pensando en las tres páginas que habían desaparecido con el asesino de Karl Riemeck.

—Yo los tengo —dijo—. Están a buen recaudo.

Hauer se preguntó si el viejo tendría los papeles sobre su persona.

—Entonces, las posibilidades de que su nieta siga con vida son de sesenta contra cuarenta. La verdad es que no me extrañaría que en cualquier momento recibiéramos una solicitud de rescate. Y usted ya sabe lo que pedirán a cambio de su nieta. —Se acercó a la alacena tras la cual había estado oculta la escopeta. La tocó suavemente, como si estuviera examinando las vetas de la madera—. Bueno —dijo—, ¿qué contienen exactamente los papeles que Hans descubrió?

Natterman se incorporó apoyándose en el brazo del sofá. Se sentía un poco mareado pero erguido le era más fácil hablar.

—Debe usted comprender que, a partir de ahora, necesitará ayuda para todo lo que desee hacer —dijo Hauer—. Y también debe darse cuenta de que en estos momentos yo soy la única persona que puede ayudarlo.

—Al contrario —dijo obstinadamente Natterman—. Existe» muchas personas dispuestas a ayudarme.

Hauer lanzó un suspiro.

—¿Personas como el hombre que está en el dormitorio?

Los ojos de Natterman echaron chispas.

—¿Por qué razón tendría usted que ayudarme? ¿Qué busca exactamente, Hauer?

Hauer respingó. En Alemania, la omisión del rango o el título de un hombre constituye un descarado insulto. Cuando iba a replicar, se oyó ruido de botas en el porche. La astillada puerta se abrió.

—Necesito un cuchillo —dijo Hans con el aliento hecho vapor.

Cerró la puerta y fue a la cocina a buscar lo que necesitaba.

—¿Cuánto tardarás? —preguntó Hauer con los ojos fijos en Natterman.

—Si no tuviera que encaramarme a ese condenado poste, menos de un minuto. El poste está cubierto de hielo, y el muy cabrón cortó el cable en la parte alta.

Hans encontró en un cajón un afilado cuchillo de cocina y volvió a salir de la cabaña.

—Sigo esperando —dijo Hauer.

Natterman lanzó un suspiro. Se daba cuenta de que tenía que decir algo, pero despistar a un capitán de la policía no debía de resultar demasiado difícil.

—Muy bien, capitán —dijo—. Lo que Hans, su hijo, encontró en Spandau... fue una especie de carta. Un diario, si lo prefiere. Un diario escrito en latín por el hombre al que todo el mundo conoció durante cuarenta años como Rudolf Hess.

—Muy propio —dijo Hauer—. Una lengua muerta para un hombre muerto.

Desdeñoso, el profesor dijo.

—Resulta que el diario pone de manifiesto que ese muerto al que usted se refiere no era Rudolf Hess.

Hauer frunció los párpados.

—¿Y usted cree eso?

Natterman replicó con aplomo.

—No es nada nuevo. Estoy seguro de que ha oído usted muchas teorías acerca del prisionero de Spandau. Himmler convenció a Hess de que lo ayudara a conseguir el puesto de Hitler; Göring hizo derribar el avión de Hess, y luego...

—Conozco las teorías —lo interrumpió Hauer—. Y eso es lo que son, simples teorías. Cuentos.

—Con independencia de su experta opinión —dijo Natterman—, creo que el hombre que murió en Spandau el mes pasado nunca fue el lugarteniente del Führer del Tercer Reich. Y por lo que hoy he podido ver por televisión, yo diría que los rusos piensan como yo.

Hauer rió seca y desdeñosamente.

—Los rusos sospechan hasta de su ángel guardián si creen que su preciosa patria está en peligro. ¿Qué prueba hay de que los papeles sean auténticos?

Natterman torció el gesto.

—El propio diario es la prueba, naturalmente.

—¿Quiere decir que el diario existe? ¿Que Hans lo encontró realmente donde dice que lo encontró?

El profesor se tiró de la plateada barba.

—No, éstos son detalles significativos, pero la prueba son los mismos papeles.

—¿A qué se refiere?

—Al idioma, capitán. Tal vez usted crea que el prisionero Número Siete escribió en latín para evitar que los carceleros de Spandau lo entendieran o algo así. Pero no fue por eso. Reflexione. Un hombre que se sabía próximo a la muerte decidió dejar constancia de la verdad. Sin embargo, todas las pruebas de que él existió fueron destruidas por Reinhard Heydrich. ¿Cómo podría ese hombre demostrar quién era? Yo se lo digo. Dado que lo habían adiestrado concienzudamente para que se hiciera pasar por Hess, Número Siete era un experto en todo lo referente al lugarteniente del Führer. Sin embargo, por mucho que llegara a parecerse a Hess, el hombre seguía poseyendo ciertos rasgos y capacidades de los que Hess carecía. Y sabiendo todo eso mejor que nadie, Número Siete utilizó sus conocimientos para demostrar su identidad. De este modo, escribió su legado final en latín. —Los ojos de Natterman relucieron triunfales—. Y por lo que hasta el momento he logrado averiguar, Rudolf Hess, aunque poseía una cultura considerablemente más vasta que la del resto de los allegados a Hitler, no sabría más de veinte palabras en latín como máximo.

—Eso no demuestra nada —replicó Hauer—. En realidad, eso me hace sospechar que el diario lo escribió algún chiflado.

—¿A qué viene tanta obstinación, capitán? Número Siete era el único prisionero de Spandau.

—Al final. Pero antes hubo otros.

—Sí —admitió Natterman—. Unos cuantos. Pero... ¿eran unos chiflados? No. Y no olvide los registros, capitán. Los hubo a millares. El diario tuvo que ser escrito cerca del final.

—Alguno de los guardianes pudo introducirlo en la cárcel —aventuró Hauer, aunque la gélida opresión que notaba en el pecho le decía lo contrario.

Natterman se encogió de hombros.

—Convencerlo a usted no es de mi incumbencia, capitán. Pero, teniendo en cuenta todo lo que efectivamente ha ocurrido, sugiero que, hasta que yo tenga oportunidad de verificarlo, partamos de la base de que el diario es auténtico...

Hauer registró las ropas de su traje prestado en busca de cigarrillos.

—Pero... ¿qué sentido tiene todo esto? El KGB y la mitad de la policía de Berlín no pueden haberse vuelto locos por un fragmento de historia. ¿Qué importancia tiene el diario ahora?

—¿Ahora? —Natterman sonrió—. Supongo que eso depende de para quién. Aunque resulte paradójico, la respuesta a su pregunta se encuentra en el pasado. A eso se debe su importancia. —A causa del nerviosismo del hombre, su voz subió un semitono—. Se trata de un auténtico túnel que comunica con el pasado... con la Historia.

Hauer fue hasta la ventana de la sala y miró hacia las gélidas sombras del exterior.

—Profesor —dijo al fin—, si ese diario fuese auténtico, ¿es concebible que su

contenido sea tan escandaloso que afecte a la OTAN o incluso a la Unión Soviética?

Natterman alzó una ceja.

—Teniendo en cuenta los extremos a que han llegado ciertos países para que no se conozca la historia de Hess, yo diría que sí. Naturalmente, todo dependería de lo que el poseedor de los papeles tratara de conseguir de esas naciones.

Hauer asintió con la cabeza.

—¿Y si alguien pretendiera utilizar el diario para conseguir que las superpotencias vieran con mejores ojos la idea de una reunificación de Alemania?

Por el rostro de Natterman cruzó una sombra de recelo.

—Creo que ya he contestado a suficientes preguntas, capitán. Debería usted...

La puerta de la cabaña volvió a abrirse. Al volverse, Hauer vio que Hans entraba encorvado, arrastrando algo al interior. El capitán tardó un instante en darse cuenta de que se trataba de un cuerpo humano. Luego se fijó en el cabello, largo y rubio.

—¿Hans? —dijo roncamente.

Hans gruñó y siguió tirando del cuerpo. La cabeza de éste pegó contra el suelo. Hauer cruzó lentamente la sala y miró el cadáver. No era el de Ilse. Se trataba de un hombre. Un hombre de larga cabellera rubia. El brazo derecho colgaba del torso sostenido sólo por un tendón; una perdigonada de la escopeta del profesor había convertido el hombro en pulpa. Pero lo más impresionante era la garganta. El rubio desconocido había sido limpiamente degollado de oreja a oreja.

—Buen trabajo, profesor —dijo Hauer.

—Yo... yo no lo hice —tartamudeó Natterman—. Yo no lo degollé.

Hauer miró hacia la ventana.

—¡Ahí fuera hay alguien más! —gritó Natterman.

Hauer vio, asombrado, que el viejo se lanzaba sobre el cadáver como un ladrón de tumbas. Rebuscó en todos los bolsillos y luego comenzó a palpar por debajo de la helada y ensangrentada camisa.

—¿Qué hace, profesor?

Natterman alzó la vista.

—Yo... intento averiguar quién es.

—¿Lleva papeles?

Natterman asintió vivamente con la cabeza. Por un momento creyó que Hauer preguntaba por las páginas desaparecidas del diario. Pero él no sabe que han desaparecido, se dijo poniéndose en pie. Él no sabe nada...

—Menos mal que no consiguió los papeles de Spandau. De lo contrario, a saber dónde se encontrarían ahora.

—¿Los papeles los tienes tú? —preguntó Hans sorprendido.

Dios mío, se dijo Natterman aterrado. ¿Dónde estarán esas páginas?

—Ilse me los dio —dijo.

—La cuestión —murmuró Hauer— es quién remató a este cabrón. —Lanzando un gruñido, se acuclilló junto al cadáver y lo volvió boca abajo. La casi desprendida

cabeza fue lo último en girar. Hauer tanteó el rubio y poblado cabello de detrás de la oreja derecha del cadáver—. Vaya, vaya —dijo—, al menos sabemos quién envió a este tipo. Miren.

Hans y el profesor se pusieron de rodillas y miraron el punto que Hauer había dejado al descubierto. Bajo las raíces del cabello del difunto había una marca de poco menos de dos centímetros de largo. Un ojo. Un único ojo color rojo sangre.

—Fénix —murmuró Hauer.

Natterman respingó como si hubiera sufrido un calambre eléctrico.

—¡Es el ojo que aparece en los papeles de Spandau! ¡El dibujo es exacto! El ojo que todo lo ve. ¿Qué significado tiene aquí, en la cabeza de este hombre?

Hauer se puso en pie.

—Significa que fue la organización de Funk la que envió aquí a este tipo.

—Ha dicho usted «Fénix». Pero usted no ha leído los papeles de Spandau. ¿Qué sabe usted acerca de la palabra Fénix?

—No lo suficiente.

—Pero... ¿quién lo mató? —preguntó Hans—. Quienquiera que fuese... es casi como si tratara de ayudarnos. Quizá él sepa algo de Ilse.

Hans fue corriendo hacia la puerta pero Hauer lo agarró por una manga.

—Hans, el que mató a este hombre lo hizo para conseguir los papeles, no para ayudarnos. Has estado fuera diez minutos y nadie te ha dicho nada. Es evidente que el que está ahí fuera no quiere comunicarse con nosotros. Quienquiera que sea, podría degollarte con la misma facilidad con la que degolló al rubio, así que olvídale. —Sin soltar la manga de Hans, añadió—. ¿Arreglaste el teléfono?

—El cable estaba cortado y lo empalmé —dijo Hans sin dejar de mirar hacia la puerta.

—Muy bien. Llamaré a Steuben a la comisaría. Si en Berlín las cosas han cambiado en algo, quizá podamos regresar a la ciudad antes del amanecer.

Hauer lo dijo a sabiendas de que sus palabras eran mentira. No volverían a Berlín. No, hasta que hubieran seguido al diario de Spandau hasta donde los condujese, hasta que hubieran recorrido hasta el final «el túnel hacia el pasado» del que había hablado el profesor. Con echarle un vistazo al maltrecho cadáver que yacía a sus pies le bastaba para comprender que el viaje iba a ser sangriento.

—Será mejor que nos turnemos para montar guardia —dijo—. El que mató al chico del tatuaje puede seguir ahí afuera. Tú serás el primero, Hans.

A treinta metros de la cabaña, un alto centinela permanecía sobre la gruesa capa de nieve y bajo las goteantes copas de los árboles. Con una mano sostenía tres hojas de papel cebolla manchadas de sangre, y con la otra, un cuchillo. Colocando la hoja de éste en un determinado ángulo, podía iluminar las páginas reflejando en el bruñido metal la luz procedente de las ventanas de la cabaña. Pero fue inútil. Aunque hablaba

tres idiomas con soltura, no entendía el latín. Mientras observaba las siluetas que se movían al otro lado de las ventanas iluminadas, envidió la cultura del viejo profesor. Y no era que la cosa importase. Él supo lo que decían los papeles desde el momento en que, pegado a la puerta del apartamento de los Apfel, escuchó la discusión que tenía lugar en el interior. Se metió los papeles en el bolsillo del abrigo, murmuró unas palabras en hebreo y se puso en cuclillas sobre la nieve. Aunque había vivido en el ardiente desierto durante los últimos doce años, el frío no suponía el menor obstáculo para él. Jonas Stern sabía que nadie lo aventajaba en paciencia para la espera. Y los alemanes, menos que nadie.

Sede del MI-5. Charles Street: Londres, Inglaterra

Sir Neville Shaw alzó la cabeza e interrumpió la lectura del expediente de Hess; llevaba tanto tiempo estudiándolo que había caído en una especie de semiestupor. Se vio arrancado de él por la súbita aparición de su adjunto, que había entrado sin llamar a la puerta, algo que tenía estrictamente prohibido hacer.

—¿Qué demonios...? —exclamó Shaw.

—Lo lamento, señor —jadeó Wilson—. Parece que tenemos un problema.

—¿Cuál?

—Al fin hemos conseguido información acerca del asunto Spandau. Nos la ha facilitado un ucraniano que trabaja en el Departamento Técnico del KGB en Berlín. Parece que el KGB tomó fotos de todos los que se pararon a mirar la destrucción de la prisión. Nuestro informante no sabe por qué se tomaron las fotos, pero nos pasó la lista de los nombres de los mirones que fueron identificados por los ordenadores del KGB. Descubrieron a un par de antiguos miembros de las SS...

—¡Vaya al grano! —ordenó Shaw.

—Se trata de Stern, señor. Jonas Stern. El israelí que mencionaba la carta del Mossad. ¡El hombre estaba en Spandau cuando derribaron la prisión!

Lo único que delató el impacto que tuvo sobre Shaw aquella revelación fue que se le blanquearon ligeramente los nudillos de la mano que tenía sobre el escritorio. Permaneció en silencio durante casi un minuto; luego alzó los ojos y miró a Wilson.

—¿Encontró usted el expediente de la mujer de que le hablé?

—¿Se refiere a Golondrina? Sí, señor. Su verdadero nombre es Ann Gordon.

—¿Reside actualmente en Inglaterra?

—En un pequeño pueblo situado cincuenta kilómetros al oeste de Londres.

Shaw asintió satisfecho.

—Necesito hablar con ella. Pero no quiero que venga aquí. Consígame una línea segura para hablar con ella por teléfono.

Wilson frunció el entrecejo, desconcertado.

—No lo entiendo, sir Neville. Golondrina está retirada.

—Sinceramente, dudo de que sea así. Pero, aunque lo esté, vendrá corriendo en cuanto oiga el nombre de Stern.

—¿Se propone reactivar a esa mujer, señor?

Shaw hizo caso omiso de la pregunta.

—No sé cómo encaja Jonas Stern en el caso Hess, pero no podemos permitir que se acerque a esos papeles. Si es que lo que se encontró en Spandau fueron papeles.

—Pero... ¿por qué utilizar a Golondrina? Es... es una vieja. Mis hombres pueden ocuparse de cualquier situación de forma dos veces más segura.

Shaw rió sobriamente.

—Wilson, nosotros transitamos por caminos muy sombríos, pero existen ciertos hechos que se producen en nuestro mundo que jamás deben ver la luz del día. Golondrina es experta en ese tipo de asuntos. Estoy seguro de que sus cuatro mejores hombres no podrían superar a esa vieja arpía.

Wilson pareció indignado.

—Sir Neville, esto me parece sumamente irregular. Saltarnos las normas de este modo...

—Eso es justamente lo bueno que tiene esa mujer. Nosotros nos podemos desentender totalmente de cualquier cosa que haga Golondrina. Si sucediera algo embarazoso, si, por ejemplo, ella matase a Stern, nosotros podríamos atribuirlo a una vieja *vendetta*. Ni siquiera los israelíes podrían culparnos. La carta que nos enviaron prácticamente nos exonera de antemano, ya que demuestra que Stern estuvo en peligro desde el momento en que salió de Israel.

Sir Neville unió las yemas de los dedos de ambas manos y estudió el pisapapeles de porcelana de Wedgwood que tenía sobre el escritorio. Wilson observaba a su jefe con creciente preocupación. El director del MI-5 parecía haber envejecido cinco años en las breves horas transcurridas desde la última reunión.

—Debe usted organizar un segundo equipo —dijo lentamente Shaw—. Todavía no podremos informar a los hombres de cuál será su misión, pero téngalos listos. Más tipos duros. Los más duros que tenga.

Wilson se aclaró la voz.

—¿Puedo preguntar para qué, señor?

Sir Neville se pasó las manos por el escaso cabello y se frotó la despejada frente con las puntas de los dedos.

—Mucho me temo, Wilson, que si sus otros hombres tienen el infortunio de encontrar esos papeles de Spandau, eso será lo último que hagan.

Wilson se puso pálido.

—Pero usted... —Se interrumpió al reconocer el acerado brillo en los ojos de Shaw—. Cuando usted habló con ellos, les dio instrucciones específicas de que si encontraban los papeles no debían leerlos. Y no lo harán.

Sir Neville lanzó un suspiro.

—De eso no podemos estar seguros.

—¡Pero se trata de mis tres mejores hombres! —estalló Wilson.

Sir Neville alzó una ceja.

—¿Sus hombres? Interesante forma de decirlo, Wilson. —La expresión del curtido rostro del hombre se suavizó—. Maldita sea, Robert, no es cosa mía. Son órdenes que llegan desde muy, muy arriba.

El rostro de Wilson reflejó la más total y furiosa de las incomprensiones.

—Pero... ¿a qué viene esto, Neville? ¡Somos una monarquía constitucional, por el amor de Dios!

Sir Neville carraspeó.

—Ya es suficiente, amigo mío. Se me ha ordenado que, en lo referente a este asunto, debemos considerarnos en situación de guerra.

—¡Pero no estamos en guerra! ¡No podemos matar a nuestra propia gente!

Sir Neville trató de sonreír paternalmente pero no le salió nada bien. Sus ojos estaban fijos en la distancia, en algo que sólo él veía.

—Ciertas guerras, Wilson —murmuró—, duran mucho, muchísimo tiempo. Un conflicto como la segunda guerra mundial, que fue también la última guerra digna de tal nombre, no termina en el campo de batalla. Ni tampoco con la firma de un ridículo tratado. Quedan cabos sueltos, asuntos por concluir. Si no se cortan, esos cabos sueltos terminan enredándose y, con el tiempo, se convierten en la maraña de la que saldrá la siguiente guerra. Eso es lo que nos está sucediendo en este caso. Durante demasiado tiempo albergamos la esperanza de que el asunto Hess simplemente desapareciese. Bien, pues no ha sido así. —Sir Neville parpadeó y posó las palmas de las manos sobre el tablero de caoba del escritorio—. Está decidido —dijo resignado—. He recibido órdenes. Cuando encontremos esos papeles, todos los que hayan tenido relación con ellos tendrán que desaparecer.

—¡Pero eso es una locura! —dijo casi a gritos Wilson—. ¡Usted mismo está hablando como un maldito nazi!

Sir Neville se mordió el labio inferior.

—Wilson —dijo con voz grave—, si sus hombres encuentran esos papeles y le hacen entrega de ellos, cierre los ojos y pásemelos a mí directamente. Porque nadie de los que hayan participado en la misión se salvará. ¿Hablo claro? —Se miró las uñas—. Y me da la sensación de que eso me incluye a mí.

El director adjunto abrió los ojos desmesuradamente.

—Pero... ¿qué demonios puede haber en esos papeles, sir Neville? ¿Qué pudo haber sabido ese nazi apolillado?

Shaw hizo una mueca.

—No se trata de lo que haya en ellos, Robert, sino de lo que podría haber. A lo que podrían conducir. ¿Cree usted de veras que la guerra fría ha terminado? Eso es un cuento chino. Hace veinte horas volvió a aparecer el feo fantasma de la guerra fría, y apostaría lo que fuese a que no es la última vez que esto sucede. A lo largo de mi carrera he oído media docena de versiones del caso Hess, y ni una sola de ellas es

cierta. En las alturas hay muchas conciencias culpables, Wilson. Lo que buscamos son pruebas. ¿De qué? De un pacto con el diablo hecho al estilo inglés. Una boda de conveniencia con el Mefistófeles teutón. Pintura negra suficiente para embadurnar a los decanos de la banca, el gobierno y la industria. Y quizá incluso dinamita suficiente para hacer volar a la propia Corona por los aires.

Wilson abrió y cerró los puños.

—La maldita Corona... —dijo en voz baja—. Debimos matar a Hess hace años.

Sir Neville dirigió una gélida mirada a su colaborador.

—Ya lo hicimos, Robert —dijo—. Supongo que iba siendo hora de que usted se enterase.

Wilson notó que la nuca se le cubría de sudor frío.

—¿Cómo... cómo dice, sir Neville?

—Digo que nosotros matamos a Hess. —Shaw se quitó una pestaña suelta de un ojo—. Y, por absurdo que resulte, tendremos que volver a matarlo.

CAPÍTULO CATORCE

02.00 horas. División de Tiergarten de la Kriminalpolizei. Berlín Occidental

El detective Julius Schneider descolgó el teléfono y marcó el número que había sacado de la lista especial que guardaba en el cajón superior de su escritorio. Una fortísima voz interior le decía que sería mejor olvidarse por completo de aquel asunto. Mejor para su matrimonio y muchísimo mejor para su carrera. Pero la adrenalina que corría por sus venas le hizo seguir teléfono en mano.

—¿Sí...? —gruñó al fin una cansada voz.

—¿Hablo con el coronel Rose? —preguntó Schneider en inglés tratando de que su pronunciación fuera lo mejor posible.

—Sí, Rose al habla. ¿Quién es? ¿Clary? Por Dios, son las dos de la madrugada.

—Coronel, me llamo Julius Schneider. Usted no me conoce. Soy un detective de la Kriminalpolizei de Berlín Occidental.

—¿Cómo?

—¿Está usted despierto, coronel? Tengo que decirle algo muy importante.

—Sí, sí, estoy despierto. Diga lo que sea.

—Se trata de un asunto muy delicado. Quizá sería preferible que nos viéramos en alguna parte.

Rose estaba ya totalmente despierto. Con voz recelosa, preguntó.

—¿Cómo ha dicho usted que se llama?

—Soy el detective Julius Schneider, coronel. Hace año y medio dio usted una conferencia sobre los servicios de inteligencia de la OTAN y la forma en que comparten información. Fue en noviembre, en el cuartel general del ejército estadounidense en Dahlem. Yo asistí junto con otros nueve detectives de la Kripo.

—Ajá —gruñó Rose—. Muy bien, digamos que estoy moderadamente interesado. ¿Cuál es el problema?

—Como ya le he dicho, coronel, no me resulta cómodo hablar de esto por teléfono.

—Dígame al menos de qué va la cosa.

—Prefiero que nos veamos personalmente en alguna parte.

—Amigo, va usted a necesitar razones más contundentes para hacerme salir de casa con este frío.

Schneider miró a través de la vidriera de su oficina hacia los agentes encargados de la tranquila guardia nocturna.

—Creo que uno de sus hombres ha pasado al otro lado del Muro —susurró.

—¿Cómo? —preguntó Rose con incredulidad—. ¿A qué se refiere? ¿A un desertor?

Schneider bajó aún más la voz.

—No, coronel, creo que se han llevado a uno de sus agentes al otro lado del Muro contra su voluntad...

—¡No diga ni una palabra más! ¿Dónde está usted?

—En la comisaría de Tiergarten de la Kripo.

El coronel sacó un mapa de Berlín del cajón de la mesilla de noche.

—De acuerdo, señor detective —dijo lentamente—. ¿Conoce usted el hotel Penta? Está a dos manzanas de donde usted se encuentra en estos momentos.

—Sí, lo conozco.

—Aguárdeme frente a la entrada de servicio dentro de un cuarto de hora. Yo pasaré con el coche. Iré despacio y llevaré abierta la portezuela del acompañante. Salte usted al interior. ¿De acuerdo?

—Ja.

—¿Va usted de uniforme?

—*Nein*. Los de la Kripo no llevamos uniforme.

—Cuando vaya hacia el coche, lleve las dos manos vacías y a la vista. Un momento... ¿Cuál es su nombre completo?

—Julius K. Schneider. Detective de primera de la Kripo.

—Muy bien. Nos vemos dentro de quince minutos.

Rose colgó. Schneider miró su reloj y decidió aguardar catorce minutos en su oficina, para luego dirigirse a la carrera hasta el Penta. A las dos y doce minutos se puso el sombrero y el abrigo, le dio las buenas noches al sargento de guardia y salió de la comisaría como si tal cosa. El gélido aire le abofeteó el rostro. Sin inmutarse por el ventarrón, Schneider echó a correr con velocidad sorprendente para un hombre de su tamaño. Consultó su reloj al llegar a la siguiente manzana. Las dos y trece. Vamos, coronel... Un coche se le acercó por detrás, redujo la velocidad y pasó de largo. A mitad de la segunda manzana, el alemán se cobijó en el portal de servicio del imponente hotel Penta. Sus jadeos llenaron el aire de blanco vapor.

Las dos y catorce y el coronel seguía sin aparecer. Schneider se quitó la bota izquierda y la utilizó para romper el tubo fluorescente que relucía sobre su cabeza. Toda precaución es poca, se dijo mientras volvía a ponerse la bota. Mientras se enderezaba, un viejo Ford del ejército norteamericano apareció por la Nürnberger-Strasse. Cuando el vehículo llegó a treinta metros de la entrada de servicio del Penta, se abrió la portezuela del acompañante, pero el Ford no redujo la velocidad.

Schneider calculó que el coche iría a unos 60 kilómetros por hora. El detective salió disparado de su refugio y corrió hacia el coche con las dos manos extendidas. Le era posible ver al fornido coronel en el asiento del conductor, mirándolo por encima del cañón de lo que parecía una pistola del 45. Ya con poco aliento, Schneider le hizo seña a Rose de que se detuviera. El Ford redujo a 30 kilómetros por hora. Schneider oyó a Rose gritarle que saltara. Casi sin aliento, logró agarrar se al marco de la portezuela y se situó en el asiento delantero. Cuando trató de incorporarse, notó contra la sien el frío metal del cañón de una pistola.

—Tiene usted una Cok del 45 contra la sesera, hijo —gruñó Rose—. No se mueva hasta que yo se lo diga. ¿Entendido?

—Ja —dijo Schneider.

Con un diestro golpe de volante, Rose logró cerrar la portezuela y desviarse hacia la amplia Hohenzollern Damm, en dirección oeste.

—¿Nombre completo? —ladró.

—Julius K. Schneider.

—¿Graduación?

—Detective de primera.

—¿Años de servicio?

—Siete... no, ocho.

—¿Nombre de su cónyuge?

—¿Y eso qué demonios importa? Soy el que...

Rose pegó el cañón de la pistola a la oreja de Schneider.

—¿Nombre de su cónyuge?

—¡Aaaaag! ¡Liese, maldita sea!

Rose retiró la pistola.

—Muy bien. Incorpórese.

Conmocionado y furioso, Schneider se recostó en la portezuela y se frotó el lugar de la mejilla en que la pistola lo había arañado.

—¿Y esto a qué demonios ha venido? —preguntó en alemán.

—¿Y qué creía? —replicó Rose en inglés—. ¿Me llama en plena noche para decirme que han secuestrado a uno de mis hombres y espera una fiesta de bienvenida?

—¿Es así como agradecen los favores los norteamericanos?

—De momento, no me ha hecho usted ningún favor. Cuando me lo haga, ya veremos cómo se lo agradezco. Bueno, ¿de qué demonios se trata?

—Del comandante Harry Richardson —contestó Schneider, y le encantó la mal disimulada sorpresa que reflejó el rostro de su acompañante—. ¿Lo conoce?

—Continúe —dijo Rose sin comprometerse.

—Muy bien, coronel. Esta noche tuve que acudir a la escena de un homicidio. Una casa cerca del Tiergarten. El muerto era un hombre llamado Klaus Seeckt, un agente comercial alemán oriental que trabajaba para mi gobierno. Mis colegas creen que Seeckt sorprendió in fraganti a una banda de ladrones profesionales y que ellos fueron quienes lo mataron y trataron de simular que había sido un suicidio. Naturalmente, puede que tengan razón. La Kripo es famosa por su pericia para resolver homicidios.

—Vaya al grano, detective.

—Creo que se trató realmente de un suicidio, coronel. No de un simple suicidio, pero sí de un suicidio a fin de cuentas.

—Le escucho. Hable en alemán si quiere.

Schneider lanzó un suspiro de alivio.

—Me refiero a las pruebas materiales, coronel. En primer lugar, ocho proyectiles de 7,65 milímetros fueron disparados contra la pared junto a la puerta principal. Por la ubicación de los impactos, se trató de una ráfaga. En segundo lugar, en la pistola que el muerto empuñaba sólo encontramos sus huellas dactilares. En tercer lugar, fuera de la casa hallé algo muy extraño: una tarjeta blanca... —Schneider hizo una pausa melodramática— en la que sólo había un número de teléfono.

Advirtió que Rose encajaba la mandíbula.

—Cuando llamé al número de la tarjeta me respondió el contestador automático de un tal Harry Richardson. Como usted sabe sin duda, el comandante Richardson pone especial interés en conocer Berlín, así que los berlineses también lo conocemos a él.

Rose se desvió de la Hohenzollern Damm y salió a la Clay Allee, para luego pasar por debajo de la autobahn Avus y llegar a la arbolada Grunewald. Schneider advirtió que el coronel parecía sentirse más cómodo en aquella zona. Quizá fuera porque en el centro de la Grunewald se alzaba el Teufelsberg —la Montaña del Diablo—, un inmenso montículo construido con los millones de toneladas de cascotes que era Berlín después de la guerra. A Schneider le parecía amargamente simbólico que la cima más alta de Berlín estuviese coronada por las cúpulas futuristas en forma de cebolla de una inmensa estación espía de radar anglo norteamericana. Mientras el Ford avanzaba entre las sombras, Rose redujo la velocidad y se volvió hacia Schneider.

—¿Y qué conclusiones saca usted de eso, señor detective?

—Los proyectiles de 7,65 milímetros me hablan de una pistola automática checa Skorpion vz/61. Lo cual significa KGB. Ya sé que sería una estupidez por parte de los rusos utilizar en Berlín una de esas armas, pero el KGB ha cometido muchas estupideces. Y también sé que, pese a las desventajas del cartucho de 7,65 milímetros, varios agentes del KGB destacados en Berlín sienten debilidad por la Skorpion. Ciertamente, los ladrones podrían haber tenido una de esas armas, pero se trataría de un hecho sin precedentes.

Rose miraba al alemán con creciente interés.

—Luego está el arma que mató a Seeckt. Para simular un suicidio, los ladrones habrían tenido que disparar contra Seeckt, limpiar la pistola y luego dejar marcadas en ella las huellas dactilares del difunto. ¿Qué habríamos encontrado en ese caso? Un solo juego de huellas dactilares. Pero encontramos docenas de ellas. Si usaron guantes, habrían emborronado muchas de las huellas originales de Seeckt. Pero no ocurrió así. Entonces, ¿qué ocurrió? ¿Obligaron los ladrones a Seeckt a pegarse un tiro? Eso resulta muy improbable. Pero... ¿y el KGB? Eso resulta mucho más posible. Si los agentes del KGB hubieran descubierto por ejemplo que Richardson había reclutado a Seeckt, es posible que éste hubiera preferido acabar de un rápido balazo a hacer frente a lo que le hubiera esperado en la Lubyanka. Mi *trieb*, coronel,

mi instinto me dice que eso fue lo que sucedió. La pregunta es: ¿qué hacía allí el comandante Richardson? ¿Trabajaba Klaus Seeckt para ustedes?

Rose no dijo nada.

—Otra cosa —añadió Schneider—. Había sangre alrededor de la tarjeta.

Rose respingó.

—Bastante sangre, coronel. Creo que Richardson tiró esa tarjeta a modo de SOS. ¿Por qué, si no, la dejaría sobre la nieve?

Sin saber muy bien por qué, Rose decidió confiar en el alemán. Aunque, por otra parte, no tenía otra alternativa.

—Harry Richardson es un oficial excepcional —dijo lacónicamente—. Le gusta actuar solo, pero es de absoluta confianza. Y, aunque lo hayan secuestrado, ¿qué le hace a usted pensar que no sigue en Berlín Oriental?

Schneider sintió una gran satisfacción. El hecho de que Rose hubiera decidido confiar en él era toda una muestra de respeto.

—Los rusos no tendrían la desfachatez de mantenerlo en Berlín Occidental —explicó—. Pero los alemanes orientales sí. La Stasi dispone de escondites en toda la ciudad. Pero el crimen fue demasiado chapucero para que lo cometiera la Stasi. Ellos nunca jamás habrían utilizado en Occidente armas fabricadas en el Este. Además, unos ladrones convertidos en secuestradores no hubieran tardado en advertir el error que habían cometido al apresar a un militar norteamericano. Salvo en el caso de que, además de ladrones, fueran terroristas, se habrían llevado un susto de muerte. Eso nos deja una sola posibilidad: el KGB. Tienen que ser ellos.

—Debe poner usted sobre alerta a todos los puntos de control —dijo Rose en tono autoritario—. Averigüe si algún agente conocido ha pasado esta noche por...

—Ya lo hice —replicó Schneider—, pero llegué tarde. Un oficial de fronteras de la Heinrich-Heine Strasse me dijo que a las once y cuarto de esta noche pasaron por allí cuatro agentes del KGB bajo una cobertura impecable. Probablemente, Richardson iba en el interior de su coche.

—¡Maldita sea!

—¿En qué estaba trabajando Richardson, coronel?

—Lo lamento, Schneider, hasta ahí no llega mi confianza.

—Comprendo —replicó fríamente el alemán—. Como guste. Tendrá que descubrir usted por sí mismo el resto de los hechos.

Rose detuvo el coche con un frenazo y fulminó con la mirada a Schneider.

—¡Que no se le ocurra ocultarme nada, Schneider! Esto sigue siendo una zona norteamericana de ocupación. Si es necesario, puedo detenerlo y mantenerlo retenido un año entero.

—Eso es cierto —dijo Schneider—, pero mientras usted haría esa bobada, su hombre podría estar muriendo a manos del KGB. O, peor aún, podrían meterlo en el próximo avión que salga hacia Moscú. Hasta el KGB tiene la sensatez suficiente para saber que en Berlín Oriental un comandante norteamericano vivo tiene más de

rémora que de ventaja.

—Pide usted demasiado, Schneider.

Con voz dura, el alemán dijo.

—Quiero este caso, coronel.

Rose frunció los labios y se retrepó en su asiento.

—Muy bien, detective —dijo al fin—. *Quid pro quo*. Usted me dice todo lo que sabe y yo trataré de tenerlo al corriente de cuanto ocurra a este lado del Muro.

Entre las sombras, Schneider escrutó el rostro de Rose.

—¿Me da usted su palabra de militar y de caballero norteamericano?

Rose dirigió una extraña mirada al alemán.

—Creía que actualmente la palabra de un norteamericano no tenía mucho peso en Europa.

—Para mí sí la tiene —dijo solemnemente Schneider.

Rose se sintió como si hubiera vuelto atrás en el tiempo.

—Muy bien, le doy mi palabra de militar y de caballero.

—*Gut* —gruñó el alemán.

Rápidamente, le relató a Rose la insólita aparición del teniente Luhr en la escena del crimen y su interés por la tarjeta de Richardson. Cuando Schneider le contó que el prefecto Funk estaba dirigiendo personalmente la investigación del caso Spandau desde Abschnitt 53, Rose torció marcadamente el gesto.

—¿Estaba Richardson trabajando en algo relacionado con el incidente de Spandau? —preguntó al fin Schneider.

Rose asintió lentamente.

El alemán movió la gran cabeza.

—Algo muy grave está sucediendo, coronel. Lo noto. A las diez y veinte, el prefecto alertó a todos los distritos para que buscaran a dos agentes de policía que, supuestamente, habían asesinado a un tercero durante una pelea por una cuestión de drogas. Y, siempre supuestamente, el asesinato se produjo en el interior de esa comisaría.

—¿Cómo?

Schneider asintió con la cabeza.

—Uno de los fugitivos es un agente condecorado, colaborador nada menos que del GSC-9. —Con una tenue sonrisa, el alemán añadió—. Y ambos oficiales formaban parte del grupo que anoche fue asignado a la vigilancia de la prisión Spandau.

Rose abrió mucho los ojos.

—¡Mierda!

Schneider sonrió, satisfecho.

—Los agentes de la Stasi lo llaman a usted «Dios, el omnisciente». ¿Lo sabía, coronel?

—Algo me habían dicho —replicó Rose sin prestar mucha atención.

—Supongo que exageran.

Rose agarró al alemán por el grueso hombro.

—Muy bien, Schneider, ahora escúcheme usted a mí. Richardson no tenía que comunicarse conmigo hasta mañana a las ocho, así que, técnicamente, todo va según el horario previsto. Pero este asunto me da mala espina. Me pica el esfínter, y eso no es bueno. —Hizo una pausa—. Supongo que no lleva usted una petaca con whisky.

Schneider negó con la cabeza, desconcertado por el súbito cambio de actitud del norteamericano.

—Muy bien, le cuento. Harry estaba investigando para mí el asunto de Spandau. Sospechaba que la policía de Berlín Occidental ocultaba algo y, como yo tenía al condenado Departamento de Estado y a los ingleses respirando en mi cogote, le di amplia libertad para que investigase a su antojo. —Rose hizo una pausa y, furioso, siguió—. Si lleva usted razón, y los soviéticos se han llevado a Richardson al otro lado del Muro... Descargó un fuerte puñetazo contra el salpicadero del Ford. Mascullando una imprecación, puso el coche en marcha, hizo un giro en U en la arbolada calle y pisó a fondo el acelerador.

—¿Tiene usted algún compromiso, Schneider? —gruñó.

—*Nein*.

—¿Desea usted trabajar temporalmente bajo mi mando?

—*Jawohl, Herr Oberst!*

—Cristo bendito —exclamó Rose—. ¿Quiere usted dejar de hablar alemán? Parece que esto sea una película de John Wayne y que usted haga de malo.

Schneider se tragó la impertinente respuesta que tenía en la punta de la lengua.

Para asombro del alemán, Rose descolgó un radioteléfono y comenzó a transmitir. Schneider no daba crédito a lo que oía. En Berlín había constantemente cientos de artefactos de escucha espiando las ondas hertzianas, y las intercepciones quedaban grabadas en infinidad de magnetófonos repartidos por toda la ciudad. Antes del amanecer, la llamada de Rose sería oída por no menos de un centenar de personas, y sin embargo el coronel parecía totalmente despreocupado.

—¡Clary! —gritó.

—¿Quién es? —preguntó una voz soñolienta.

—¡Despierte, hijo!

—¿Coronel?

—Clary, esta noche tenemos un pez suelto, ¿me recibe?

Schneider oyó una respiración trabajosa. Imaginó al estupefacto sargento que, recién despertado, tenía que descifrar las palabras en clave que sonaban a través del teléfono.

—Lo recibo alto y claro, señor —murmuró Clary—. Hay un pez suelto. ¿Sigue el pez en el barco?

—Probablemente, no, Clary. El pez no está, repito, no está en el barco. ¿Recibido?

—Sí, señor.

—Llegaré al campamento dentro de diez minutos —siguió Rose.

—Recibido, señor. Estaré allí.

—Cambio y fuera.

Rose condujo rebasando el límite de velocidad a través de todo el Grunewald. Schneider se dijo que el norteamericano conocía bien la ciudad. Pese al laberinto de calles y caminos que surcaban el bosque, el coronel salió de él a menos de kilómetro y medio del cuartel general del ejército norteamericano.

—Rusos... —murmuró—. Idiotas.

—¿Cómo dice, coronel?

—Hablo de los rusos, Schneider. De los puñeteros Russkies, rojos, bolcheviques, como quiera llamarlos.

—¿Qué pasa con ellos? —Schneider se mordió la lengua; había estado a punto de llamar «señor» al coronel norteamericano.

—Yo le diré lo que pasa con ellos —gruñó Rose—. Si esos hijos de puta han secuestrado a mi hombre y se lo han llevado al otro lado del Muro, eso es un puñetero acto de guerra, ni más ni menos. ¡Y se van a enterar de quién manda en esta puñetera ciudad!

Schneider se removió incómodo en el asiento.

—¿Y quién manda?

—¿Quién va a mandar? ¡El ejército norteamericano!

El alemán rió con sarcasmo.

—Deje de hablar como un condenado imperialista norteamericano, ¿quiere, coronel? Me pone usted nervioso.

A Rose no le hizo ninguna gracia el comentario.

02.05 horas. Cabaña Natterman. Wolfsburg. RFA

—¡Profesor, despierte! —dijo Hauer sacudiendo al viejo—. ¡Profesor!

Natterman gimió en sueños, abrió los ojos y adelantó el brazo derecho.

—¡Karl! —gritó.

Hans le cogió la mano que le tendía.

—¡Profesor, soy Hans! Estamos en casa de tu familia.

El viejo enfocó al fin la mirada. Retiró la mano.

—Sí... ¿Karl ha muerto?

—Me temo que sí —dijo Hauer. Se inclinó sobre el sofá en el que yacía Natterman y le mostró algo brillante que sostenía con la mano izquierda—. ¿Sabe usted qué es esto, profesor?

Natterman cogió el objeto y lo examinó brevemente.

—Es un krugerrand de oro. La unidad monetaria de la República Sudafricana.

—¿Es de curso común?

El profesor se encogió de hombros.

—Yo diría que miles de alemanes los tienen a millones. En billetes, desde luego.

—¿La moneda es de uso común?

—No, no creo. ¿Dónde la encontró?

—Hans la encontró fuera durante su guardia.

Natterman se incorporó hasta quedar sentado.

—¡Dios mío!

—¿Qué ocurre?

—El hombre que me atacó... Ahora lo recuerdo. Reconocí su acento. ¡Era afrikaans!

—¿Afrikaans? ¿Qué cree usted que significa eso?

Natterman frunció los labios.

—No lo sé. Ese hombre, el afrikáner, vino a robar algo, pero creo que no supo exactamente lo que era hasta que vio los papeles. E incluso entonces no pareció del todo convencido.

—¿Cree que era un simple recadero?

—Eso me pareció. ¿Qué hora es, Hans?

—Las dos y cinco de la madrugada.

—¡Las dos! No puedo volver a quedarme dormido. ¿Funciona el teléfono?

—Sí —replicó Hauer—, pero no hemos descubierto nada.

El capitán había intentado en vano hablar con Josef Steuben en Abschnitt 53. Y en la casa de Steuben sólo consiguió comunicarse con los hombres que había enviado para que protegieran a la familia de Steuben. Pero ni rastro de su amigo.

—El apartamento está vacío —dijo Hans, nervioso.

—Ilse está bien —le aseguró Natterman—. Debes creerlo. Aunque la hayan secuestrado, es a ti a quien quieren. La necesitan viva para atraerte hasta ella. Creen que tú les llevarás lo que ellos buscan.

Hans asintió con la cabeza.

—Y tienen razón.

Natterman abrió mucho los ojos.

—¿Estás loco? Los papeles de Spandau son demasiado importantes para entregarlos así como así.

Hans miró torvamente al viejo.

—Esos papeles me importan un bledo, profesor, más vale que te vayas haciendo a la idea. Con tal de recuperar a Ilse, se los entregaría al propio diablo. —Frunció los párpados recelosamente—. ¿Dónde están los papeles?

En actitud de hombre acorralado, Natterman replicó.

—Están... en el baño —dijo—. Voy a por ellos.

Hauer permanecía en silencio. La cabeza le daba vueltas. Bruderschaft der Phoenix... El krugerrand y el acento afrikáner, lo mismo que las llamadas del

prefecto Funk a Pretoria, habían encajado en su lugar como otros dos engranajes de la cerradura que protegía a Fénix del mundo exterior. Pero... ¿qué relación podía haber entre Sudáfrica y Alemania? ¿Qué tenían en común Pretoria y Berlín? Hauer aún seguía devanándose la cabeza cuando el estrepitoso timbre del viejo teléfono del dormitorio hizo pedazos su concentración. Tanto él como Hans corrieron hacia el teléfono.

—¡Es Ilse! —exclamó Hans tendiendo la mano hacia el receptor.

Hauer le atenazó la muñeca.

—Si es ella, te pasaré inmediatamente el teléfono.

Levantó el receptor durante el tercer timbrazo.

A 240 kilómetros de distancia, encerrado en una de las salas de interrogatorios de Abschnitt 53, el prefecto Wilhelm Funk miró nerviosamente al técnico sentado ante tres magnetófonos Marantz PMD-430. Cada aparato estaba directamente conectado con el transmisor del teléfono de Funk. Dos de ellos contenían grabaciones de la voz de Ilse Apfel leyendo a punta de pistola un texto escrito por Pieter Smuts, el afrikáner que Funk conocía por el nombre clave de Guardián. El tercer magnetófono mantenía un nivel constante de ruido de fondo para enmascarar los sonidos de conexión y desconexión de los dos aparatos principales. Rezando porque el complicado engaño funcionase, Funk dio comienzo a su actuación.

—Quiero hablar con el sargento Hans Apfel —susurró tratando de enmascarar su bronca voz.

—Sé quién eres, cabrón —dijo Hauer.

Funk abandonó los disimulos.

—Yo también sé quién eres, Hauer. Un jodido traidor. Te espera el *Sippenhaft*, como a tu amigo Steuben.

Hauer cerró los ojos intentando en vano que la angustia no lo dominara. Había mandado a un hombre a la muerte, a un hombre que dejaba viuda y huérfanos.

—Si Apfel no se pone al teléfono en diez segundos, colgaré —advirtió Funk—. Diez, nueve, ocho...

Hans cogió el teléfono que su padre le ofrecía.

—Soy el sargento Apfel. ¿Dónde está mi esposa?

—No diga nada, sargento. Dentro de un instante, su esposa leerá una declaración escrita. Luego...

—¡Ilse! —gritó Hans—. ¿Ilse?

—Otro arranque como ése y nuestra conversación concluirá. Cuando su esposa termine de leer, puede hacer usted preguntas, pero que sean sencillas. La señora no se encuentra del todo bien.

Hans tragó saliva no sin dificultad.

—Hans, escucha...

El joven agarró el teléfono con todas sus fuerzas. La voz de Ilse, normalmente tan armoniosa, temblaba de miedo y de desconcierto, pero Hans conocía su timbre como

el sonido de su propia respiración. Se llevó una mano a la frente aliviado y luego la cerró en puño mientras el tormento seguía.

—... los hombres que me tienen en su poder sólo quieren una cosa a cambio de ponerme en libertad: los papeles que descubriste en Spandau. Esos papeles les pertenecen. Tú has robado ilegalmente su propiedad. Lo único que desean es que se los devuelvas. No sé en qué lugar me encuentro. Si sigues al pie de la letra las instrucciones que te van a dar, volveremos a vernos. Si incumples en algo esas instrucciones, me matarán. Estos hombres poseen una máquina que puede detectar si se han sacado fotocopias de un documento. Si ya has sacado copias, dílo ahora, y acude con ellas al lugar señalado para el encuentro. Si niegas que se hayan sacado copias, pero la máquina demuestra lo contrario, me matarán. Sigue todas las órdenes al pie de la letra. Ellos... —Llegado este punto, a Ilse se le quebró la voz. Hablando entre sollozos, siguió—. Los vi matar a un hombre, Hans... a un policía. Lo mataron ante mis ojos. ¡Lo degollaron!

En Berlín, el técnico desconectó el primer magnetófono. Los sollozos de Ilse parecieron desvanecerse en el familiar zumbido de las malas conexiones telefónicas de larga distancia.

Hans no fue capaz de seguir conteniéndose.

—¡Les daré lo que quieran, Ilse! ¡Díselo! ¡Los papeles! ¡Cualquier cosa! Que me digan simplemente dónde debo llevarlos.

—¿Sacó usted copias de ellos? —preguntó Funk.

Hans se volvió hacia el profesor Natterman, que acababa de aparecer en el umbral del dormitorio.

—¿Sacaste copias de los papeles?

Por la cabeza de Natterman pasó la imagen de la fotocopidora Xerox que tenía en su despacho, pero la apartó de su mente.

—No —dijo mirando fijamente a los ojos de Hans—, no tuve tiempo.

—No hay copias —dijo Hans sin apartar la vista del viejo.

—Muy bien —dijo Funk—. Ahora escuche atentamente nuestras instrucciones. Anótelas. No toleraremos errores ni demoras.

Hans cogió la pluma y el cuaderno que le tendía Hauer. Éste había anticipado que una y otro serían necesarios, y los había cogido de la cartera de libros del profesor Natterman. En la parte alta de la primera página del cuaderno, Hauer había escrito. «No pierdas la calma. Diles que sí a todo.»

—Mañana por la mañana debe dirigirse en coche a Frankfurt —comenzó Funk—. Una vez allí tome el primer vuelo que salga para Johannesburgo, Sudáfrica. Su destino final es Pretoria. La ciudad se encuentra a sesenta y cinco kilómetros de Johannesburgo, pero hay un servicio regular de autobuses que comunican con ella. —Hans iba tomando nota con tanta prisa como le era posible—. Su esposa me dice que no tiene usted pasaporte, pero eso no será problema si acude al mostrador de la South African Airways. ¿Lo ha anotado?

—South African Airways —dijo Hans sin aliento.

—Su vuelo sale a las dos de la tarde. Una vez en Pretoria, alójese en el hotel Burgerspark. No le costará encontrarlo, todos los taxistas lo conocen. Habrá una suite reservada a su nombre. A las ocho de la noche se comunicarán con usted y le darán instrucciones respecto al canje de los papeles por su esposa. —Con gélida voz, Funk siguió—. Si no se encuentra usted en su habitación del hotel Burgerspark pasado mañana a las ocho de la noche con los papeles de Spandau, su esposa morirá. Esto es todo, sargento.

—¡Un momento! ¡Mis preguntas!

Se produjo un largo silencio.

—Dos preguntas —dijo al fin Funk.

Hans tragó saliva.

—*Liebchen*, ¿estás bien? —tartamudeó sin saber qué otra cosa preguntar.

En Berlín, Funk alzó el índice. El técnico oprimió el botón de reproducción del magnetófono número uno.

—Sí —dijo la temblorosa voz de Ilse.

—¿Te han hecho daño?

Esta vez, Funk alzó dos dedos.

—No —pareció responder Ilse.

—No tengas miedo —imploró Hans tratando de hablar con voz firme—. Conseguiré que te liberen. Cueste lo que cueste...

—Se acabó, sargento —dijo Funk cortante.

—¡No cuelgue! Por favor... déjeme hablar un poco más con ella. Voy a hacer todo lo que usted me ha pedido.

Mientras Hans suplicaba, Funk alzó dos dedos. Su ayudante avanzó la cinta del segundo magnetófono hasta un punto predeterminado y oprimió de nuevo el botón de reproducción. La estremecida voz de Ilse sonó otra vez. Sus palabras fueron un angustiado grito de esperanza y desesperación, grabado igualmente bajo la amenaza de la Walther de Luhr. La joven las había gritado después de contemplar el asesinato de Josef Steuben, convencida de que ella también moriría en cuanto terminara la grabación magnetofónica. Luhr había añadido personalmente aquel fragmento al programa como perfecto toque diabólico.

—¡Oh, Dios mío, Hans! —gimió—. ¡Lo conseguimos! ¡Estoy embarazada! —La joven estalló de nuevo en sollozos.

A Hans se le secó la boca. Por un momento permaneció paralizado con una expresión de horror petrificada en el rostro. Luego gritó lo que le salió del alma.

—¡Escucha, cerdo inmundo, voy a ir a por ella! ¡Si le ha ocurrido algo, os juro que os mataré a todos como a cerdos!

Funk sonrió complacido por el sufrimiento del joven que tantos problemas le había causado.

—Dígale a Hauer que recuerde el *Sippenhaft* —dijo.

La conexión telefónica se cortó.

Con manos temblorosas, Hans colgó el receptor y se volvió hacia Natterman.

—La tienen en su poder —dijo roncamente—. Quieren los papeles de Spandau. ¿Dónde están, profesor?

—Hans —dijo Natterman, incómodo—, no puedes tomar una decisión así sobre la marcha. Tienes que reflexionar.

Taladrando al viejo con la mirada, Hans masculó.

—Tú dame los papeles y punto.

Con un suspiro de resignación, el viejo historiador sacó de un bolsillo del pantalón el envoltorio de papel de aluminio y le dio lentamente vueltas en la mano.

—Mataron a otro policía —dijo Hans con voz de autómata—. Ilse dice que lo degollaron frente a ella.

Hauer tenía los grandes puños crispados.

Hans tendió la mano hacia Natterman para coger los papeles, pero al hacerlo comprendió algo terrible. Los hombres que habían secuestrado a Ilse eran los mismos que habían grabado la estrella de David en el pecho de Erhard Weiss con un destornillador. El estómago se le contrajo agónicamente. Hasta aquel momento, el joven no había sabido lo que era el auténtico terror.

A Hauer le temblaban los labios. Contrajo furiosamente los músculos de las mandíbulas y dijo.

—Wilhelm Funk es hombre muerto. Lo juro por los hijos de Steuben.

—Me temo que con eso no se resolverá nuestro problema —comentó Natterman retrocediendo un paso—. Hans, debes pensar racionalmente. ¿Qué te han pedido esos hombres que hagas?

Hans miró al viejo sin verlo. Ante sus ojos flotaba una única visión, un lacerante recuerdo de una madrugada berlinesa, hacía dos años. Una muchacha secuestrada... esbelta y rubia como Ilse... hija de un magnate naviero de Bremerhaven. La habían sacado del Havel a la grisácea luz del amanecer... Su desnudo cuerpo estaba hinchado y sin vida, tenía los ojos muy abiertos y el vello púbico manchado por el cieno del río. Los secuestradores la habían tirado viva al río, con las manos atadas a la espalda. La idea de que Ilse pudiera terminar como aquella infortunada...

Aunque Hans llevaba casi veinte horas sin comer, el estómago se le revolvió. Corrió hacia la puerta, tropezó con el afrikáner muerto y cayó al suelo entre arcadas. Hauer arrugó la nariz, anticipando el hedor, y esperó que Hans se sintiera mejor después de vomitar. No fue así. El joven se puso lentamente en pie, se limpió la boca con el antebrazo y avanzó hacia Natterman con la mano extendida.

Natterman bajó la vista hacia el envoltorio de papel de aluminio y retrocedió un paso. Hauer se le acercó. Había percibido el brillo de histeria que relucía en los ojos de Hans y sabía que en aquellos momentos Hans era capaz de cualquier cosa.

—¡Dame esos papeles! —gritó Hans.

Se lanzó hacia el profesor con ambas manos extendidas y los ojos desorbitados

por la furia. Hauer vaciló un instante antes de asestar el golpe. Cuando la cabeza de Hans pasó ante él, disparó un gancho de derecha que alcanzó al joven en la punta del mentón y le hizo caer en redondo. Hauer lo agarró antes de que se desplomase y lo dejó boca abajo en el suelo. Antes de que Natterman pudiera decir nada, Hauer había esposado a Hans. Después, el capitán procedió a dejarlo apoyado contra la pared del dormitorio.

—¡Se ha vuelto loco! —gritó Natterman con ojos desorbitados—. ¡Me habría matado por esos papeles!

—¿Acaso le extraña? —preguntó Hauer jadeando. Tocó suavemente la magullada barbilla de Hans y sintió que se le formaba un extraño nudo en la garganta—. Volverá en sí en seguida —dijo tras un carraspeo para aclararse la voz—. Déjele los papeles sobre las piernas y no volverá a haber problema.

Natterman obedeció, aunque no pareció del todo convencido.

—¿De dónde ha sacado esas esposas?

—Siempre las llevo conmigo. Son las armas menos valoradas de todo el arsenal policial. —Hauer miró fijamente a los ojos de Natterman—. Ahora le agradecería que me dejara a solas con mi hijo.

El profesor se retiró sin decir palabra.

CAPÍTULO QUINCE

02.07 horas. Sector Soviético. Berlín Oriental. RDA

A Harry Richardson le despertó el sonido de voces masculinas. La cabeza aún le dolía a causa del golpe que el ruso le había asestado con la pistola. Le habían quitado del cuerpo casi toda la cinta aislante, pero seguía maniatado y amordazado. Ignorante de dónde se encontraban sus captores, mantuvo los ojos cerrados. No tardó en comprender que las voces procedían de una habitación adyacente. Los que discutían parecían ser tres hombres, quizá cuatro. Abrió los ojos. No vio nada. Luego percibió una fina línea horizontal luminosa. La rendija inferior de una puerta, pensó. No reconoció ninguna de las voces, pero todas ellas hablaban en ruso. Uno de los hombres parecía tener serias dificultades con el idioma.

—No puede quedarse aquí por más tiempo —dijo el que hablaba con fuerte acento alemán—. Tratándose de un norteamericano, es imposible, y tratándose de ese norteamericano, es aún más imposible. Lo conozco. Es uno de los agentes de Rose.

—Tranquílcese, Goltz —dijo la voz de un ruso—. Estamos en el Este, ¿no? Ost, territorio amigo. ¿Qué teme que suceda?

Goltz. Harry reconoció el nombre. Axel Goltz, de la Stasi alemana oriental...

—Si cree que Berlín Oriental es territorio amigo —dijo Goltz—, debería pasear un rato por estas calles. La gente nos odia aún más que a ustedes.

—Usted y las hermanitas de la Stasi han permitido que las cosas aquí se deterioren demasiado —dijo desdeñosamente Rykov—. Para lo único que tienen ustedes pelotas es para el chantaje.

—Es usted un estúpido —dijo Goltz con sorprendente acritud—. Al menos en esta casa, el que manda soy yo, y yo digo que el norteamericano se va. Llévanselo a Moscú si quieren, pero sáquenlo de Berlín. Aquí hay gente con vista muy aguda y ese tipo no es invisible.

Rykov, pensó Harry al reconocer por fin la voz. Rykov era el capitán ruso que había estado en casa de Klaus. De pronto, los acontecimientos de la noche volvieron en tropel a su recuerdo. El suicidio de Klaus, los silenciados balazos que pegaron en la pared junto a la puerta, la discusión entre los jóvenes agentes del KGB acerca de qué debían hacer con él...

En la pieza contigua sonó un portazo. La discusión cesó inmediatamente.

—¿Dónde está el norteamericano? —preguntó una bronca voz.

—En la habitación de al lado, camarada coronel. Está inconsciente.

—Tráigalo.

Al otro lado de la pared, Harry frunció el entrecejo. Coronel, pensó. ¿Qué coronel? Pero al tiempo que se lo preguntaba supo la respuesta. ¿Quién iba a ser sino Ivan Kosov, el coronel que había visto aquella mañana a primera hora en Abschnitt

53? Un brillante rectángulo de luz lo deslumbró.

—¡Despierte, comandante!

Harry se puso de rodillas e hizo un esfuerzo por incorporarse. Rykov lo ayudó.

—A pesar de todo, me golpeaste, cabrón —murmuró Harry.

—No fue nada personal. Resultaba más fácil.

Rykov parecía caminar con dificultad. Cuando Harry bajó la mirada al suelo para conservar el equilibrio, advirtió una mancha de sangre bajo la rodilla de Rykov, recuerdo del cruce por el punto de control.

Harry alzó la vista al pasar a la habitación contigua e inmediatamente reconoció a cuatro de los cinco hombres que lo aguardaban. El coronel de la voz bronca era, efectivamente, Kosov. Estaba sentado en un cómodo sillón situado frente a un televisor portátil. Entre Kosov y una puerta que Harry esperaba que condujese a la calle, se encontraba un joven de amenazador aspecto vestido de negro de pies a cabeza. Axel Goltz, el agente de la Stasi, se encontraba sentado tras una mesa de pino junto a Andrei Ivanov, el cabo que había estado en casa de Klaus. Goltz tenía un brillo de inquietud en los ojos y llevaba el pelo cortado a cepillo.

—El comandante necesita un asiento —dijo Kosov—. ¿Misha?

El ruso vestido de negro fue hasta la mesa, cogió una de las sillas de madera y la colocó frente a Kosov. Rykov obligó a Harry a sentarse y luego le quitó la cinta aislante de la boca. El súbito dolor hizo que al norteamericano se le llenaran los ojos de lágrimas. Tendió las manos a Misha, que miró inquisitivamente a Kosov.

—¡No! —se opuso Rykov—. No necesitará las manos para nada.

—Estamos entre caballeros —dijo Harry mirando a Kosov.

Kosov rió entre dientes y le hizo un gesto de asentimiento a Misha. Éste sacó el estilete y cortó la cinta aislante. Rykov descansó la mano en la culata de la automática Skorpion que llevaba al cinto.

—Ahora que ya se ha puesto usted cómodo —dijo Kosov en inglés con fuerte acento ruso—, ¿qué tiene que decirme?

—¿Qué quiere usted saber?

—Lo que estaba haciendo en casa de Klaus Seeckt.

—Fue una visita rutinaria para recibir sus informes —dijo Harry como sin darle importancia—. Iba por allí dos veces al mes.

—¡Mentira! —exclamó Rykov en ruso—. ¡Casi rompió la puerta para entrar!

Kosov miró al cabo Ivanov para que éste lo corroborase.

—Es cierto —admitió Andrei a regañadientes—. La cosa no tuvo nada de rutinaria. Además, el comandante habla perfectamente el ruso.

—¿Se da cuenta, comandante? —dijo Kosov—. Es inútil que trate de engañarme. Naturalmente, lamento que mis hombres lo trajeran aquí. Pedí un policía alemán y recibí un comandante norteamericano. Un lamentable accidente. Pero, cometido ya el error, aprovecharé para hacerle unas preguntas. Supongo que usted, en mi lugar, haría lo mismo.

Harry se encogió de hombros.

—Únicamente deseo conocer los detalles de su relación con Klaus Seeckt. Luego ordenaré que sea usted devuelto sano y salvo a Berlín Occidental.

Harry estuvo a punto de echarse a reír. Fuera o no por error, el caso era que los rusos lo habían secuestrado. Devolverlo supondría admitir su culpa y eso no lo harían. Aunque el coronel Rose hubiera sabido que él se dirigía a casa de Klaus, no había modo de que estuviese enterado de que a Harry se lo habían llevado a la RDA. Quizá con el tiempo llegara a sospecharlo, pero para entonces las posibilidades de recuperar a Harry serían mínimas. Y si los rusos lo trasladaban más hacia el este, las posibilidades se reducirían a cero. Aquella situación requería de medidas desesperadas. Tácticas extremas. Mirando a Kosov a los ojos, Harry cruzó las piernas y comenzó a hablar en perfecto ruso con acento aristocrático.

—Más vale que tome nota de lo que le voy a decir, Kosov. Si mete usted la pata en este asunto, el secretario general Zemenek lo devolverá al Quinto Directorio Principal tan de prisa que no tendrá ni tiempo para recoger una muda de ropa interior. Se pasará el resto de su vida persiguiendo a sucios tártaros.

Kosov se sorprendió tanto por la perfección del ruso de Richardson como por los conocimientos del hombre acerca de su anterior empleo.

—¿Qué sabe usted de mí, comandante? —preguntó, receloso.

—Sólo lo necesario. Lo cual me temo que no es mucho. Ivan Leonidovich Kosov: nacido en Moscú en 1943, ingresó en el servicio en 1962, se distinguió por su capacidad para la represión en las provincias, principalmente en Azerbaiyán, mientras trabajaba para el Segundo Directorio Principal. Gracias a eso, y gracias también a la influencia de su suegro, consiguió que en 1971 lo transfiriesen al Directorio K, en Yugoslavia. Como se mostró algo más competente que el resto de los «hombres K», en 1978 logró que lo destinaran a la Rezydentura de Berlín Oriental, donde ha servido satisfactoriamente durante los últimos diez años.

—Retírense —les dijo Kosov a sus hombres.

Exasperado, Axel Goltz replicó.

—Pero coronel...

—¡Fuera! —exclamó Kosov—. El único que puede quedarse es Misha.

Cuando los otros hubieron salido, Kosov dijo.

—Su ruso es excelente, comandante. Y tiene usted buena memoria. ¿Y qué? ¿Acaso cree que yo no estoy informado acerca de quién es usted?

Harry miró al amenazador Misha, que permanecía inmóvil entre las sombras.

—Pues no, coronel, no lo creo. Existe un hueco en sus... digamos conocimientos.

—¿A qué hueco se refiere? —gruñó Kosov.

—Al hecho de que, de cuando en cuando, usted y yo trabajamos para el mismo equipo. Hablando en términos generales, esta noche fui a casa de Klaus Seeckt a entregar un mensaje.

—Vamos, comandante, si tuviera usted alguna relación con el KGB, yo lo sabría.

Harry sonrió desdeñosamente.

—¿Se cree que está al corriente de todo lo que sucede en Berlín? Tal vez esté usted haciendo el tonto, Kosov.

El ruso palideció y alzó una mano para contener a Misha.

—Para ser un hombre que se enfrenta a la muerte, habla usted con mucho desparpajo —dijo con voz suave.

—Pensé que iba a devolverme a Berlín Occidental.

Kosov hizo una mueca.

—Dígame, ¿tiene alguna prueba de que esa fantástica historia sea cierta? ¿El rico norteamericano trabaja en secreto para el paraíso de la clase obrera?

Harry puso un poco más de cebo en el anzuelo.

—Lo supongo familiarizado con el Duodécimo Departamento de su Directorio.

Kosov asintió de modo casi imperceptible.

—Mi contacto es Yuri Borodin. Klaus Seeckt era uno de nuestros enlaces.

Kosov parpadeó.

—¿Qué piensa obtener con esta impostura, comandante? ¿Una hora de confusión? Con independencia de lo que diga, terminará usted en Moscú, y será allí donde se decida su destino.

Kosov hablaba en tono confiado, pero Harry había advertido la duda en sus ojos al oír mencionar el Duodécimo Departamento. Éste era un cuerpo de élite del KGB, un equipo estelar formado por veteranos de otros departamentos del KGB que habían demostrado su pericia para moverse en la sociedad internacional. Formado durante el mandato de Yuri Andropov, el Duodécimo Departamento disfrutaba de más autonomía que ninguna otra rama del servicio; a sus agentes se les permitía perseguir a su presa hasta cualquier lugar del mundo. El historial personal de lujo y privilegios de Harry lo convertía en un objetivo excelente para un hombre como Yuri Borodin, aparte de que Harry había visto a Borodin en compañía de Klaus Seeckt. El norteamericano pensó que con aquella desesperada historia conseguiría ganar al menos una hora.

—Hábleme de ese misterioso mensaje, comandante —dijo Kosov.

Dios bendito, pensó Harry, se lo está tragando.

—Lo lamento, coronel —dijo con voz grave—. El mensaje es únicamente para Borodin.

—Más vale que me cuente usted algo —le advirtió Kosov—. O tal vez le diga a Misha que lo persuade para hablar. Se muere de ganas de hacerlo.

Harry sonrió sardónicamente.

—Eso es justo lo que espero de un matón del Segundo Directorio.

Kosov se levantó de su sillón con movimientos sorprendentemente rápidos para un hombre de su corpulencia. Por un momento, Harry temió haber ido demasiado lejos, pero el ruso volvió a sentarse, aunque lentamente. Harry no quería llegar demasiado lejos con Kosov, sólo hasta el límite del hombre.

—Estoy esperando —dijo Kosov con aspereza.

Allá vamos, pensó Harry. Había invertido los dos últimos minutos en inventarse una historia lo más verosímil posible con los escasos datos que conocía acerca del caso Spandau. Ceba bien el anzuelo, espera a que pique...

—Le diré todo lo que pueda, coronel —comenzó—. Los servicios militares de inteligencia norteamericanos conocen al dedillo el contenido de los papeles hallados en la prisión Spandau. Mientras sus estúpidos matones me secuestraban, nuestro Departamento de Estado estaba considerando la solicitud del gobierno británico de que se le entregase al MI-5 un resumen del contenido de esos papeles. Mi mensaje a Borodin hace referencia a ellos, y si no es usted consciente de lo delicado que es este asunto, peor para usted. Así que ¿por qué no mueve su gordo culo y verifica mi historia antes de echar a perder lo poco que queda de su nada ilustre carrera?

Fue un tiro a ciegas, pero dio en el blanco.

Kosov se puso en pie y estudió a Harry.

—Una historia interesantísima, comandante. Dígame... ¿qué tal se encontraba nuestro amigo tuerto la última vez que lo vio?

Harry se sintió confuso. Kosov lo había desconcertado. ¿Un amigo tuerto? ¿Se refería Kosov a Yuri Borodin? Por lo que Harry sabía, Borodin veía perfectamente con ambos ojos. Harry se devanó la memoria tratando de recordar a algún tuerto, pero el único que le vino a la cabeza fue un muchacho negro de Baltimore que había perdido ambos ojos en la zona desmilitarizada a causa de la metralla. Dios mío...

—No termino de entenderlo, coronel —dijo sin convicción.

Kosov sonrió.

—Muy bien, comandante, entonces, ¿qué me dice de los papeles de Spandau? ¿Se menciona en ellos algún nombre?

—Varios. El de Hess, por ejemplo.

—Claro. ¿Algún otro?

—Ninguno que pueda mencionar —dijo lacónicamente Harry sintiendo que el nudo se cerraba en torno a su cuello.

—Entonces, yo mencionaré unos cuantos. —El ruso sonrió—. Dígame si reconoce alguno. ¿Chernov? ¿Frolov? —Kosov quedó unos momentos a la espera—. ¿No? ¿Qué tal Zinoviev?

Muchas gracias, sólo tomaré el vino de la casa, pensó Harry, aturdido. Notó que una película de sudor frío le cubría la nuca. ¿Nombres rusos? ¿Qué demonios pueden tener que ver con Spandau?

—¿Qué me dice, comandante?

—Zinoviev —susurró Harry.

Kosov palideció.

—¡Rykov!

Los tres agentes regresaron a la habitación como perros de presa hambrientos. Kosov cogió su abrigo de una percha junto a la puerta y comenzó a dar órdenes

mientras se lo ponía.

—Vigilen al comandante hasta que yo regrese de la central. Debo llamar a Moscú y necesito una línea telefónica que la Stasi no pueda intervenir.

—¡Pero Herr *Oberst*! —exclamó Axel Goltz dando al fin rienda suelta a su intranquilidad—. ¡No podemos seguir con el norteamericano aquí! Si Rose lo averigua, su reacción podría ser fulminante. ¿Por qué...?

—¡Basta de gimoteos! —le espetó Kosov—. ¡Pórtese como un alemán, por el amor de Dios! Se las arreglará sin mí durante una hora. ¿Misha?

El asesino vestido de negro abrió la puerta. Kosov traspuso el umbral y salió al nevado exterior con su silencioso sicario pisándole los talones. La puerta se cerró de golpe.

Harry permanecía totalmente inmóvil. Le costaba creer que su desesperada estratagema hubiera dado resultado. Un breve vistazo a través de la puerta abierta le había indicado lo que deseaba saber: que la habitación en que se hallaba se encontraba al nivel del suelo, no en el décimo piso de un centro de detención de Pankow. Rápidamente, hizo un plano mental del cuarto. Andrei y Goltz junto a la mesa de pino; un desvencijado sofá contra la pared del fondo; una gran ventana con cortinas formando ángulo con el sofá; frente a sí, el sillón vacío de Kosov; una puerta que conducía a la estancia en la que lo habían tenido encerrado, y otra —vigilada por Rykov— que conducía al exterior.

Los tres agentes se miraban furiosamente entre ellos, como si hubieran discutido mientras estaban en el otro cuarto.

—¿Qué, amigos, fue interesante lo que hablaron ahí atrás? —preguntó Harry en ruso y en tono insultante.

Andrei frunció el entrecejo, pero Rykov se limitó a sonreír y a recostarse contra la puerta principal para descansar la pierna herida.

De pronto, Axel Goltz rompió el silencio.

—¿Qué está haciendo Kosov, camaradas? —Los rusos no respondieron y Goltz se rascó pensativamente tras la oreja derecha—. ¿Qué le habrá dicho el comandante para hacerlo vacilar?

—Tranquilo —dijo Rykov—. Todo está controlado.

Goltz resopló, furioso.

—¿Controlado? ¡Ni siquiera sabes qué está ocurriendo! Conozco a este Richardson. Es un agente expertísimo. Me cuesta creer que Kosov haya hecho caso de sus añagazas.

—El coronel sabe lo que hace —dijo Rykov sin alterarse. Torciendo el gesto, añadió—. Deja de rascarte la cabeza, Goltz. Pareces un chucho sarnoso.

El alemán oriental se sonrojó.

—Es una herida —dijo, y ladeó la cabeza para mostrar el pequeño vendaje que tenía tras la oreja—. Un cabeza rapada me tiró un ladrillo durante unos disturbios. Tuvieron que darme cuatro puntos de sutura.

Desdeñosamente, Rykov replicó.

—Sería un judío. Aún se están vengando de vosotros, los alemanes.

Goltz encajó furiosamente las mandíbulas.

—¿A qué añagazas mías se refería usted? —intervino Harry—. Quizá usted, como Kosov, desconozca ciertos hechos importantes.

—A otro perro con ese hueso, comandante —dijo secamente Goltz—. Tiene usted suerte de que no sea yo el que está al mando.

Harry siguió sonriendo, pero interiormente se estremeció. Siempre había considerado a la Stasi muy superior al KGB en todo lo referente a operaciones de inteligencia, y le alegraba que aquella noche Goltz se encontrase en minoría. Rykov reafirmó tácitamente esto con su siguiente pregunta.

—¿Qué harías con él si estuvieras al mando, Goltz?

—Matarlo. Sería lo más sencillo para todos.

Harry se estremeció al oír aquello.

—Eres muy drástico —comentó Rykov.

Goltz se encogió de hombros.

—¿Qué me dices de su valor como fuente de información?

El hombre de la Stasi hizo una mueca.

—No creo que sepa absolutamente nada acerca de Spandau.

—Puede que sí.

—Entonces, deberíamos dragarlo. Pero tiene que desaparecer.

—Goltz tiene razón —estuvo de acuerdo Harry—. Siempre son los alemanes los que se descuelgan con la solución más eficaz.

—¿Qué demonios significa eso? —preguntó Andrei desde la mesa.

Ahora vamos por buen camino, pensó Harry.

—Significa lo que parece significar, cabo. Que desde la segunda guerra mundial, los alemanes orientales no han dejado de llevar a sus amos rusos sujetos por las narices.

Goltz asintió con la cabeza como si reconociera una verdad indiscutible.

—No le hagas caso, Andrei —dijo Rykov—. Pretende provocarnos.

—Eso es, cabo —se mofó Harry—. Siga el ejemplo de su capitán. Yo lo insulto y ¿qué hace él? Lo acepta sin rechistar, como un buen ruso.

Andrei se abalanzó sobre Harry desde la mesa. El norteamericano se levantó rápidamente de la silla y lo esquivó.

—Vamos, vamos, cabo, le aconsejo que me trate con más mimo. En cuanto Kosov regrese, les informará a ustedes de la situación de privilegio que ocupo dentro de su organización.

—¡Dios mío! —exclamó Goltz—. Este tipo es insufrible. Insulta a vuestra patria en vuestras caras y luego os dice que la sirve secretamente. ¿Es que sois totalmente estúpidos?

—La responsabilidad es de Kosov —dijo lentamente Rykov—. Ya no tardará en

volver. —El capitán ruso miró a Harry con el ceño fruncido—. Y, mientras esperamos, el comandante Richardson nos dirá qué fue exactamente lo que encontraron anoche en Spandau.

Harry advirtió un súbito y fugaz brillo de recelo en los ojos de Axel Goltz.

—Es posible que lo haga, capitán —dijo Richardson indiferente sin quitarle ojo al alemán oriental.

Goltz se puso tenso.

—A ver qué les parece esto —siguió Harry—, denme algo de beber y yo les contaré parte de una historia muy interesante.

Axel Goltz tenía los músculos como muelles de acero. Harry lo notó del mismo modo que un cazador nota cuando su perro está ansioso por salir al descubierto. Volvió a verificar la posición de todos los presentes. Goltz se encontraba de pie junto a la mesa, Rykov seguía bloqueando la puerta. Pero Andrei, cuyos ojos seguían echando chispas, se encontraba sólo a un paso de la silla de Harry. Tenía que apartarlo de allí.

—Tomaré un whisky si tienen —dijo Harry.

—Dale un vodka, Andrei —ordenó Rykov.

¡Gracias, Dios mío! Harry tensó los músculos de las pantorrillas.

Andrei fue a obedecer a su capitán pero, apenas hubo dado un par de pasos, el resentimiento que albergaba en su interior desde la discusión en casa de Klaus afloró a la superficie. Se detuvo en seco y se volvió hacia su comandante.

—Sírvaselo usted —dijo retadoramente.

Ante aquel desacato público a su autoridad, Rykov se puso pálido. Se irguió y puso la mano en la pistola automática que llevaba al cinto.

—¡Cabrón insubordinado! —dijo avanzando un paso.

A Harry se le aceleró el corazón. ¡Caray! Justo lo que quería... Andrei se encontraba ahora a metro y medio de él, furiosamente enfrentado a Rykov. O ahora o nunca...

Entonces ocurrió algo tan sorprendente que Harry quedó paralizado en su silla. Sin decir palabra, Axel Goltz sacó de la chaqueta una pistola Heckler & Koch PSP y la apuntó no hacia Harry, sino contra el rostro del asombrado Dmitri Rykov.

—¡Contra la pared, maldito ruso! —gritó—. ¡Tira la pistola al suelo!

Andrei giró sobre sí mismo y se quedó paralizado. Rykov dejó caer la Skorpion.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó con una sonrisa de incredulidad en los labios.

Goltz sonrió desdeñosamente.

—¿Os sorprende, cachorritos rusos? ¿Os sorprende que un alemán os vaya a volar vuestras insignificantes seseras?

—Estás loco, maldito alemán —dijo Rykov sin dar crédito a lo que estaba sucediendo—. Eres hombre muerto. Hagas lo que hagas, Kosov te perseguirá. Ese demonio de Misha te rebanará el pescuezo como si fuera una salchicha.

Hablando para Harry, Goltz ordenó.

—Levántese, comandante. Usted y yo vamos a dar un paseo. Se va a enterar de lo que es un auténtico interrogatorio. Un interrogatorio alemán.

—¡No te saldrás con la tuya! —le amenazó inútilmente Kosov.

Goltz lanzó una gélida carcajada.

—Claro que me saldré con la mía. El cabo Ivanov acaba de darme la coartada perfecta. Me fui de aquí para ocuparme de otros asuntos, vosotros dos os peleasteis y el comandante Richardson aprovechó para mataros a los dos y luego huir. Tratándose de dos idiotas como vosotros, Kosov será el primero en creerlo.

—Pero... ¿por qué haces esto? —preguntó Rykov estupefacto ante el impulso aparentemente suicida de Goltz—. ¿Acaso trabajas para los norteamericanos?

Me temo que no es así, pensó Harry, acongojado.

Alzando orgullosamente el mentón, Goltz dijo sus siguientes palabras en alemán.

—Si muero —dijo en voz baja—, moriré por Alemania. Por Fénix. —Bajó aún más la voz—. *Der tag kommt*.

—«El día se acerca» —repitió en un susurro Harry. ¿Qué demonios está pasando?

En aquel momento, el cabo Andrei Ivanov decidió morir como un heroico soldado. Sin más arma que sus manos desnudas, embistió contra el hombre que lo apuntaba con una pistola semiautomática.

Desconcertado por aquel alarde de coraje, Goltz vaciló durante una fracción de segundo e hizo fuego. Andrei recibió un balazo en el pecho, pero siguió adelante. Pegado a su silla, Harry observó con hipnótica fascinación aquella carga suicida. El tercer disparo de Goltz mató al ruso, pero la furiosa inercia del cabo siguió impulsando su cadáver, que chocó contra el agente de la Stasi y lo hizo caer de espaldas. Conmocionado hasta la médula, Harry se obligó a regresar a la realidad. Sabía que no podía llegar hasta la puerta sin recibir varios balazos, así que lanzó un grito, saltó de la silla como impulsado por un muelle, se lanzó de cabeza contra la ventana y atravesó los cristales arrastrando tras de sí las cortinas.

Axel Goltz se quitó de encima el ensangrentado cuerpo de Andrei y se puso en pie. A Rykov no se le veía por ninguna parte. Blasfemando, Goltz corrió a la ventana y accionó un interruptor que inundó de luz el patio. Lo único que vio fue una reluciente alfombra de cristales rotos. Retrocedió tres pasos y saltó a través de la ventana destrozada. Rodó sobre las baldosas cubiertas de cristales como un paracaidista experto, se incorporó y echó a correr. Aunque los cristales le habían hecho varios cortes dolorosos, el hombre, sin articular sonido alguno, desapareció entre las sombras en persecución de Harry.

02.26 horas. Cabaña Natterman. Wolfsburg. RFA

—¡No insistas, porque no voy a cambiar de idea! —gritó Hans.

Lanzó hacia adelante las esposadas muñecas y no alcanzó el rostro de Hauer por

escasos centímetros. Hauer ni siquiera respingó. Se encontraban sentados el uno frente al otro en el suelo de la cabaña, Hans con la espalda contra la pared y el envoltorio que contenía los papeles de Spandau sobre las piernas. En sus ojos refulgía la furia y la confusión.

—Atiende —insistió Hauer—. Estás reaccionando como todos los parientes de secuestrados que he visto a lo largo de mi vida. Ninguno de ellos quiere nunca que la policía intervenga, y están dispuestos a cualquier cosa con tal de recuperar a su familiar. Son capaces de lo que sea, menos de actuar como es debido. Tú sabes que tengo razón, Hans. Sabes a cuántas víctimas de secuestros recuperamos con vida; el noventa por ciento de ellas están muertas aun antes de que los secuestradores pidan el rescate. Tú has tenido suerte. Puedes recuperar a Ilse, pero tendrás que ir a por ella.

Hans, con el ceño fruncido, clavó la vista en el suelo. En aquellos momentos, las estadísticas no suponían nada para él. En su cabeza no veía más que el cuerpo hinchado de la muchacha que sacaron del Havel...

Hauer lo observaba en silencio. Cuando Hans volvió en sí, Hauer se pasó quince minutos intentando en vano convencerlo de que la única oportunidad de salvar a Ilse consistía en rescatarla. Para él no existía otra poción. La amarga experiencia le había enseñado que, en un secuestro, los auténticos rehenes eran los familiares que quedaban atrás, no la víctima. En treinta años, Hauer había visto de todo: las madres destrozadas que servían café a la policía convertidas en zombis a causa de los sedantes; los furiosos padres que se negaban a dormir hasta que se derrumbaban a causa del agotamiento; las esposas que no paraban de llorar o que eran incapaces de soltar una sola lágrima; y los maridos como Hans, que se encerraban en un estoico silencio hasta que la impotencia y la desesperación los hacían cometer cualquier tontería. A Hans había que salvarlo de sí mismo.

Hauer contempló cómo, a pesar de las esposas, Hans lograba abrir el envoltorio de papel de aluminio que contenía los papeles de Spandau. El joven examinó la primera página, las líneas garrapateadas en alemán que precedían el texto cuidadosamente escrito en latín, y luego, tranquilizado por el hecho de que Natterman no hubiera tratado de robar el precioso rescate, cerró el envoltorio y se lo guardó en un bolsillo del pantalón. En todo momento eludió la mirada de Hauer y mantuvo la vista fija en sus esposas.

Hauer se puso en pie. Fue a hablar de nuevo, a repetir los motivos por los que Hans debía olvidar su miedo y hacer lo que él mismo, Hauer, habría hecho. Pero de pronto comenzó a ver la situación con ojos distintos. Comprendió que su hijo, aunque se parecía a él en muchas cosas, era enormemente distinto en otras. Hans aún no había cumplido los treinta, y a tan temprana edad, uno se definía a sí mismo más por su trabajo y por sus amigos que por su fortaleza interna de carácter. Y, a causa de su situación familiar —una madre a la que despreciaba, y un padre al que había odiado hasta aquella misma noche—, Hans obtenía más apoyo emocional de su esposa del que el propio Hauer era capaz de comprender. En el lapso de ocho horas, el joven se

había dado cuenta de que su trabajo no era más que una simple farsa, había visto a su amigo brutalmente asesinado y le habían arrebatado a su esposa.

Nada tenía de extraño, se dijo Hauer, que el muchacho fuese incapaz de atravesar el rojo muro de sus encendidas emociones y de decidirse a actuar. Hauer había visto otras veces aquel tipo de parálisis, que no siempre estaba producida por la falta de experiencia. Como les sucedía a muchos alemanes, la brújula interna de Hans gravitaba hacia un norte magnético: el dorado trono de la autoridad establecida. Desaparecida tal autoridad, y habiendo sido marcado él mismo como fugitivo, el muchacho se sentía perdido. Hauer no era víctima de tal confusión. Su brújula interna señalaba hacia el verdadero norte de su espíritu. El hombre había perdido las ilusiones en su primera juventud y, por medio de sus esfuerzos para orientarse en el mundo sin ayuda, aprendió a valorar la esencia de su trabajo y no sus elementos accesorios. Tenía una actitud muy poco germánica hacia su faceta de tirador de primera: en los momentos más inesperados se encontraba contemplando el mundo como a través de la mira telescópica de su fusil, no de un modo limitador, sino con una enorme concentración. Toda su existencia se centraba en un pequeño tubo lleno de lentes, el menor de los movimientos se multiplicaba por cien, se sentía indisolublemente unido a su blanco, aunque éste se encontrase a mil metros de distancia y se tratase del círculo rojo de quince centímetros impreso en una cartulina, de la pardusca piel situada sobre el corazón del ciervo o de la pálida frente de un hombre. Cuando Hauer mandaba a sus subordinados, fuera en el ejército, en la galería de tiro del GSC-9 o en las calles de Berlín, su autoridad no procedía de su graduación, sino del ejemplo que sabía dar. En situaciones como la presente, encontrándose aislado de la línea de mando, el fuego de su interior ardía aún con más fuerza impulsándolo a la acción, a solucionar el problema.

Observando a Hans, Hauer era presa de una terrible impotencia. Lo que Hans necesitaba era sentir una nueva lealtad, localizar una estrella fija que le permitiera orientar de nuevo a su atribulado espíritu. Si Hauer no lograba darle algo así al joven que había regresado a él como el hijo pródigo de los evangelios, entonces Hauer habría fracasado no sólo como padre, sino también como profesional y como ser humano.

De pronto salió de su abstracción. El profesor Natterman estaba hablando.

—Tu padre tiene razón —decía el viejo—. Si les das los papeles a los nazis, ellos acabarán contigo. Te matarán. No podemos entregar esos papeles, tenemos que rescatar a Ilse.

—¿Nazis? —gruñó Hans—. ¡Sois dos viejos locos! ¿Qué tienen que ver los nazis con recuperar a Ilse? ¿Qué tienen que ver con el presente? ¡Los nazis son historia antigua!

—Tienes razón —se apresuró a decir Hauer, que se puso en cuclillas con el rostro a un palmo del de su hijo—. Olvida todas esas estupideces. Lo que importa es Ilse. Pero si no consigues considerar todo esto objetivamente, Hans, tu apresuramiento la

matará. Nunca te has enfrentado a lo que ahora te enfrentas. Conoces la brutalidad y conoces la muerte. Pero nunca te has enfrentado a la maldad químicamente pura. Y es eso lo que en estos momentos tienes delante. Llámalo nazismo, o Fénix, o como quieras, da igual. Se trata de algo tan insensato y feroz como un cáncer. Sólo percibe lo que desea percibir, lo que le impide obtener lo que desea, y las cosas que amenazan su propia existencia. En estos momentos desea esos papeles. Los papeles constituyen una amenaza. Y como tú los tienes, e Ilse los ha leído, los dos os habéis convertido en una amenaza. Para esa gente, matarla a ella o matarte a ti no supone nada, significa menos que nada. Recuerda a Weiss, Hans, piensa en Steuben. Aunque yo traté de no verlo, lo cierto es que Steuben fue hombre muerto en el momento en que te salvé la vida.

Hans se estremeció. Ya se estaba culpando a sí mismo por lo de Weiss y por otras muchas cosas. Miró a los ojos a su padre suplicándole en silencio que no siguiera hablando, pero Hauer continuó.

—Si te subes a ese avión con estos papeles, nunca volverás a Alemania. Los hombres de Fénix pueden matarte en el avión, en el aeropuerto, en cualquier lado. La policía sudafricana puede asesinarte en la cárcel. No será ninguna novedad para ellos. Si en nuestro departamento tenemos a *Der Bruderschaft*, ¿qué no tendrán los sudafricanos? En cuanto Fénix consiga los papeles, tú morirás. Morirás. No volverás a ver a tu esposa. No me volverás a ver a mí.

Hans se puso trabajosamente en pie. Pasando junto a Hauer, se dirigió hacia la ventana y apoyó las esposadas muñecas en un borde del vidrio roto. Pese al frío glacial, estaba sudando. Las palabras de Hauer habían disipado la niebla que lo rodeaba, pero las imágenes de pesadilla seguían acudiendo en tropel a su cabeza conmoviendo todo su ser. Trató de decir algo, de expresar de algún modo la confusión que sentía, pero la voz se le quebró. Con la vista fija en el bosque helado, notó que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Hauer no podía verle el rostro a Hans pero oyó un sollozo y comprendió que sus palabras habían obrado el efecto deseado. Se puso lentamente en pie y sacó algo de un bolsillo. Una llave. Fue hasta la ventana, le quitó a Hans las esposas y se guardó éstas en el bolsillo.

—Creo que no me entiendes —dijo—. Yo quiero que lleves los papeles a Sudáfrica.

Natterman carraspeó.

—No creo que hable usted en serio, capitán.

Hauer se volvió hacia el viejo y lo fulminó con la mirada.

—Pienso utilizar el diario de Spandau para hacer que los secuestradores salgan al descubierto. Para obligarlos a sacar a Ilse de su escondite.

Hans alzó las manos.

—¿Y qué harás si lo consigues? No dispones de uno de tus equipos del GSC-9, no cuentas con una unidad de veinte hombres provistos de las armas y los sistemas de

comunicaciones más sofisticados.

Al hablar, Hauer lo hizo con enorme sangre fría.

—Ya sabes lo que soy capaz de hacer, Hans. Tú eres todo el equipo que necesito.

—Conmigo también puede contar —intervino Natterman.

Hauer no le hizo caso. No tenía la menor intención de llevarse al profesor a Sudáfrica, pero aquél no era el mejor momento para decírselo.

Hans se apartó unos pasos de Hauer. Teniendo en cuenta la fuerza de personalidad de su padre, era inútil discutir con él. Pero lo que temía Hans era mucho más que la muerte de Ilse. El joven sentía el terror de su esposa como una serpiente enroscada en torno a su espina dorsal. No el terror por ella misma, sino por el hijo que llevaba en las entrañas. Naturalmente, el joven recordaba ahora que Ilse tenía cita con el médico. Él se había quedado dormido al regresar de Spandau y no había podido acudir con ella a la cita. Pero... ¿por qué no le había dicho nada Ilse acerca del niño cuando él regresó a casa? Sin embargo, para eso también había una respuesta. Porque cuando regresó, él se comportó como un perfecto loco, como un desalmado enloquecido por la ambición. Y pese a ello, ¿acaso no trató Ilse de decírselo? Le parecía escuchar su voz. «Yo también tengo un secreto...» Y luego la llamada telefónica del hombre de Funk, Jürgen Luhr. Y luego Weiss. Y Steuben. E Ilse...

—Escucha, no tengo pasaporte —dijo—. Los secuestradores tenían razón en eso. Sólo puedo llegar a Sudáfrica por la ruta que ellos han indicado.

—En tres horas puedo traer aquí a un falsificador —se apresuró a decir Hauer—. No voy a permitir que esos cabrones te liquiden en el avión.

—Maldita sea, dijeron que como me desviase lo más mínimo de sus instrucciones matarían a Ilse.

Advirtiendo que Hans estaba cada vez más decidido, Hauer trató de controlar su propia exasperación.

—Hans, en estas situaciones no hay verdades absolutas. Eres como un cirujano que debe operar a su propia esposa. Ella padece un cáncer en fase terminal. Va a morir, a no ser que tú le extirpes el tumor. Pero existen riesgos. El bisturí se te puede escurrir, la anestesia la puede matar, mil cosas. Cuando ya tienes el escalpelo en la mano, una voz te dice al oído. «Escucha, dame lo que quiero y yo haré que esta mujer vuelva a estar tan saludable como el día en que nació.» —Hauer movió la cabeza—. Es una puñetera mentira, Hans. Es la voz del diablo, y el diablo no se atiene a las mismas reglas que tú. Él no siente la menor obligación. Tienes que intervenir y, por mucho que desees hacerle caso a esa voz, sólo existe una solución: la cirugía.

La mejilla de Hans se estremeció involuntariamente. Miró a su padre a los ojos, pero en ellos no vio ni subterfugios ni deseos de salirse con la suya: sólo la indomable voluntad de un hombre dispuesto a morir en una empresa que había asumido como propia. Y desde lo más profundo de su ser, desde un lugar que el joven ni siquiera sabía que existiese, una acerada voz dijo por medio de su garganta.

—Yo lo haré.

CAPÍTULO DIECISÉIS

02.35 horas. Sector Soviético. Berlín Oriental. RDA

Harry se levantó del suelo cubierto de cristales y corrió hacia el muro del patio. Aún no había sonado ningún disparo pero eso no lo tranquilizó. El áspero muro de piedra era alto. Saltó sin detenerse, apoyó el pie derecho en el muro y se agarró con las manos al borde superior. Se alzó a pulso al tiempo que pedaleaba fuertemente contra la piedra, y logró salvar el muro.

Al caer al otro lado se encontró en un pequeño callejón situado entre dos casas. Corrió por él hasta llegar a una angosta calle. No vio ningún rótulo ni nada que le resultase familiar. Sin saber hacia dónde correr, pegó la espalda al muro del exterior de la boca del callejón, unió las manos formando con ellas un doble puño letal y quedó a la espera.

Axel Goltz era un hombre rápido e inteligente, y estaba bien entrenado, pero la desesperación hizo que se descuidara. Salió del callejón a toda velocidad, y en vez de detenerse como Harry había hecho, aumentó su sprint persiguiendo ciegamente al hombre que creía que, en aquellos momentos, le sacaba ya una delantera de una manzana por lo menos. Los dos puños de Harry alcanzaron al alemán oriental en el centro de su frente y luego resbalaron por la parte lateral de su cabeza. Goltz se desplomó como un toro abatido por el matarife.

Harry oyó el sonido metálico de una pistola golpeando el pavimento pero no vio arma alguna. Goltz debía de haber caído sobre ella. El agente de la Stasi yacía de bruces, inmóvil. Al bajar la vista, Harry advirtió un brillo metálico bajo la cintura de Goltz. Cautelosamente se inclinó y cogió la pistola. Goltz no se movió. Viendo que no había nadie más en la calle, Harry decidió interrogarlo. Con la mano izquierda apuntó la pistola contra la cabeza de Goltz, mientras con la derecha le palpaba debajo del mentón. El hombre tenía pulso, débil pero firme.

Cuando abrió la boca para hablar, Harry se fijó en la parte posterior de la oreja derecha de Goltz. El golpe de Harry había hecho que el vendaje se desprendiera. El norteamericano esperaba encontrar unos puntos de sutura, pero en vez de ellos, bajo la luz de los faroles de la calle, descubrió una redonda calva de piel blanca, en cuyo centro había lo que parecía ser una mancha de sangre. Al acercarse más vio lo que era en realidad: un pequeño tatuaje. Un ojo. Un único ojo color rojo sangre dibujado sobre el cuero cabelludo por alguien que manejaba la aguja como un maestro. A Harry le recordó levemente el ojo de la pirámide que aparecía en el dorso de los billetes de dólar. Pero aquel ojo se encontraba menos definido, aunque resultaba más penetrante, y tenía un aspecto más místico.

Mientras Harry miraba, Axel Goltz alzó rápidamente la cabeza del pavimento y lo golpeó con la frente en la nariz. Lo siguiente que Harry vio a través de las lágrimas

fue que el alemán oriental se ponía en pie y avanzaba hacia él blandiendo un reluciente cuchillo con la mano derecha.

Sin pararse a pensar, Harry disparó la pistola de Goltz. La detonación del arma no silenciada resonó como un cañonazo en las calles vacías. El proyectil levantó a Goltz del suelo. El hombre cayó de espaldas, boqueando, con un pequeño orificio en el pecho y otro enorme en la espalda. Rápidamente, Harry se arrodilló junto a él y le dijo al oído.

—¿Por qué mató usted al ruso? ¿Por qué?

Con los ojos muy abiertos a causa del shock, Goltz emitió un ruido gorgoteante.

Harry lo agarró por la pechera de la camisa.

—¿Qué es Fénix? —preguntó acuciante—. ¡Goltz! ¿Qué es Fénix?

El alemán no podía hablar. Espuma sanguinolenta le cubría el labio inferior. Harry se estrujó la memoria tratando de recordar la graduación del hombre de la Stasi. ¿Teniente?

—*Was ist Phoenix, Herr Leutnant?* —le espetó en el tono de un sargento mayor.

Los labios de Goltz esbozaron una débil sonrisa.

—*Der tag kommt* —gimió—. Para los judíos... para el mundo...

Lanzó un suspiro y se desmadejó.

Harry oyó sirenas a lo lejos.

—¡Mierda! —exclamó.

Dejó a Goltz sobre el pavimento y le ladeó la cabeza. El ojo color rojo sangre quedó mirando hacia arriba. Harry ignoraba el significado de aquella marca, pero sabía que era importante. Evidentemente, Goltz se la había ocultado a Rykov y a sus hombres y Harry no veía ningún motivo para dejársela ver ahora. Pegó la pistola al cráneo del alemán, con el cañón contra el tatuaje, y estuvo a punto de apretar el gatillo, pero se detuvo.

Sin detenerse a pensar, se metió la pistola en el cinturón y soltó el cuchillo de entre los dedos de Goltz. Trató de agarrar la pequeña calva circular del cuero cabelludo de Goltz entre el pulgar y el índice, pero le fue imposible. No había cabellos de los que tirar, y la piel estaba demasiado tirante. Sin hacer caso de los aullidos de las sirenas, Harry colocó firmemente la rodilla contra el lado derecho de la cabeza del hombre de la Stasi. Agarró el cabello de la parte inferior de la reluciente calva, tiró de él y levantó ligeramente el cuero cabelludo. Luego colocó la punta del cuchillo en la parte inferior del tatuaje y la hundió en la piel. Cuando la punta pegó en el hueso, el cuerpo de Goltz se estremeció; Harry albergó la esperanza de que fuera un movimiento reflejo. Pero luego, de la herida comenzó a brotar una sangre que relució oscuramente bajo la luz de los faroles. Goltz estaba inconsciente pero vivo. Encajando los dientes, Harry levantó la hoja del cuchillo apoyando éste en la punta y pasó el pulgar izquierdo por debajo del cuero cabelludo levantado. Hecho esto, sólo le llevó unos segundos cortar el pedazo de piel del tamaño de una moneda de medio dólar que contenía el tatuaje.

Las sirenas sonaban ya muy cerca. Harry se puso en pie, se metió en un bolsillo del pantalón el fragmento de cuero cabelludo y echó a correr hacia la siguiente esquina, limpiándose las manos de sangre mientras lo hacía. En la esquina había rótulos callejeros, pero Harry no reconoció los nombres. No le quedó más remedio que echar a correr hacia donde se divisaban las luces más brillantes. No tardó en ver un rótulo conocido. Rosenthalerstrasse. A su izquierda, a lo alto, se encontraba el reluciente observatorio esférico de la gran Fernsehturm, la torre de televisión de 370 metros que se alza como una aguja en la Alexanderplatz y desde la que se domina tanto el Berlín Oriental como el Occidental. Utilizando la torre como punto de referencia, Harry visualizó Berlín Oriental desde el aire, calculando las distancias y comparando los tiempos que tardaría en llegar a diferentes destinos.

Doce calles hacia el oeste se encontraba la embajada británica. Harry conocía al embajador, pero sabía que no tenía posibilidades de cruzar las puertas de la legación sin que nadie lo molestara. Si Goltz o Rykov habían llamado por teléfono, todas las embajadas amigas estarían ya vigiladas. Veinte calles hacia el este había una casa segura del SDECE francés en la que Harry sabía que podía encontrar refugio, pero la ruta más corta hasta ella pasaba por una de las partes más concurridas de Berlín Oriental. Incluso de noche sería arriesgado cruzarla.

Echó a andar. Al cabo de un rato pasó junto a una hilera de cabinas telefónicas amarillas en las que había un desastrado joven hablando a gritos por teléfono. Sin pensarlo dos veces, Harry se detuvo y se dirigió hacia las cabinas. Con una mano agarró la chaqueta del joven, y con la otra cortó la conexión telefónica.

—¡Eh! —exclamó el muchacho—. *Arschloch!* ¡Suelta!

—¡Monedas! —exigió Harry señalando el teléfono—. *Pragen!*

—*Fick Dich in Knie!* —maldijo el alemán.

Harry agarró la enmarañada cabellera rubia y la retorció hasta que un ojo del muchacho quedó pegado a la ranura de las monedas del teléfono.

—*Pragen!* —susurró.

Gruñendo, el joven sacó treinta pfenning del bolsillo de la chaqueta y dejó caer las monedas en la acera. Harry lo obligó a salir de la cabina telefónica y lo empujó calle abajo.

—¡Largo! —gruñó—. *Haue ab!*

El muchacho se alejó maldiciendo. Harry marcó un número de Berlín Oriental que se sabía de memoria y quedó a la espera. Aún se oían las sirenas, pero más débilmente.

—Embajada británica —dijo una soñolienta voz femenina tras una docena de señales de llamada.

—Tengo un mensaje urgente para el embajador Broughman —dijo Harry sin aliento—. La clave es «Trafalgar». ¿Están grabando mi llamada?

—¡Sí, señor! —La clave de crisis obraba milagros.

Harry hizo una pausa al recordar la advertencia del coronel Rose de que no les

contara a los británicos nada acerca de los papeles de Spandau. Comprendía la cautela, pero en aquellas circunstancias lo más probable era que lo capturasen y silenciaran mucho antes de que pudiera llegar hasta donde se encontraba el coronel Rose.

—¿Sigue usted ahí, señor? —preguntó la inglesa.

—Mensaje para Dios —dijo Harry utilizando el apodo de Rose—. Zinoviev, repito, Zinoviev. Punto. Fénix, repito, Fénix. Punto. Mensaje para el embajador Broughman. Soy el comandante Harry Richardson, del ejército norteamericano. Esta noche fui secuestrado, repito, secuestrado, y conducido a Berlín Oriental. He logrado escapar y me dirijo a su embajada en busca de asilo. —Harry oyó una ahogada exclamación de asombro—. Voy a pie y llegaré dentro de unos siete minutos. ¡Ábrame las puertas!

Harry colgó el teléfono y miró hacia el oeste en dirección a la embajada británica. Luego echó a andar hacia el este, en dirección a la casa segura.

02.36 horas. Central del KGB. Sector Soviético. Berlín. RDA

Ivan Kosov permanecía pensativamente sentado en el sillón de fabricación suiza de su despacho, contemplando una foto de archivo, tamaño 10x12, de Harry Richardson. Se trataba de una foto tomada con teleobjetivo, borrosa y con mucho grano, pero la expresión del rostro del norteamericano era tan engreída como cuando escogió el nombre Zinoviev de los tres que Kosov había mencionado. Kosov masculó un juramento y apartó la foto a un lado.

A continuación examinó los penetrantes ojos de Rudolf Hess. La foto era de tamaño 20x24, clara y nítida, y se había tomado en los momentos de esplendor del lugarteniente del Führer. El rostro ario de pobladas cejas rebosaba autoridad y confianza. Bajo esta foto había otra, más pequeña, de Hess como piloto en la primera guerra mundial. Sus ojos parecían más jóvenes y brillantes, desconocedores aún de la muerte y la destrucción masivas e inconmensurables.

Kosov llevaba años contemplando aquellas fotos de Hess, preguntándose por qué Moscú seguía obsesionado por la misión del viejo nazi. Existían pruebas de que el prisionero Número Siete era un impostor... o eso les había oído decir Kosov a varios veteranos de la plaza Dzerzhinsky que le parecían dignos de toda confianza. Pero... si los de Centro disponían de tales pruebas, ¿por qué no habían denunciado hacía años la impostura? «Están esperando», decían los veteranos. Pero esperando ¿qué? «Corroboración», decían. ¿Era Zinoviev esa corroboración, quienquiera que fuese Zinoviev? ¿Existió realmente un propósito oculto en el vuelo de Hess, o se trataba simplemente de una teoría conspiratoria más surgida de los sombríos corredores de Centro Moscú? Kosov tenía el presentimiento de que al fin iba a averiguarlo.

Los ordenadores habían rastreado a Yuri Borodin hasta Londres. Kosov había

formulado una pregunta directamente a la embajada, y mientras esperaba la contestación pidió una copia del expediente de Harry Richardson. Kosov envidiaba la libertad de que disfrutaba Borodin. Para todos los fines prácticos, los agentes del Duodécimo Departamento escogían sus propios destinos, y eso era algo que estaba muy lejos de la vida de burócrata que Kosov había llevado a lo largo de los últimos diez años.

De pronto, la impresora de Kosov comenzó a funcionar. No está mal, se dijo. Borodin debía de estar en la embajada cuando llegó mi mensaje. Fue leyendo la contestación según salía de la impresora, agradecido de que los días en que tenía que descifrar personalmente sus propios mensajes pertenecieran ya al pasado.

PARA KOSOV: 07611457

02.39 horas. GMT/Londres

En respuesta a su pregunta. SÍ, conozco al agente en cuestión. NO, no tengo más relación con él que la de ADVERSARIO. El sujeto es un recurso valioso. Reténgalo hasta mi llegada. Hora prevista de llegada, mañana.

BORODIN

Kosov golpeó con la encallecida mano el tablero del escritorio. ¡Al fin y a la postre, el norteamericano había mentido! Pero si bien esta noticia alegraba a Kosov, la intención de Borodin de viajar a Berlín no le hacía tanta gracia.

—Yo he atrapado al ganso de oro —dijo malhumorado—, y ahora se presenta esta *prima donna* para llevarse los laureles. Bueno, pues ya veremos.

Mientras Kosov refunfuñaba, su impresora comenzó a funcionar de nuevo. Lo que esta vez salió de ella no fue un mensaje, sino el facsímil digital de una foto, un estudio en grises y negros. En ella aparecían cuatro jóvenes uniformados, de poco más de veinte años, posando hombro con hombro frente a la famosa puerta Borovitsky del Kremlin. Kosov no reconoció los uniformes pero saltaba a la vista que los jóvenes eran oficiales. Una flecha dibujada a lápiz señalaba el rostro del segundo hombre por la izquierda. La foto tenía mucho grano, pero Kosov reconoció la dureza de los ojos y la boca de aquel rostro. Son ojos que han visto muchas muertes, se dijo. En la parte inferior de la foto había una leyenda escrita a mano. «V. V. Zinoviev. Nombrado capitán de la Ojranna, 1917.» Bajo la foto, mecanografiada, una nota. «Sigue mensaje vía mensajero. Zemenek.»

Kosov experimentó la emoción del triunfo. ¡Allí estaba al fin el misterioso Zinoviev! ¡Y la foto se la había enviado el propio secretario general! Sin embargo, la alegría de Kosov se vio atenuada por la extrañeza y la incertidumbre. ¿Zinoviev fue oficial de la Ojranna? ¿Qué demonios podía tener que ver la Ojranna con aquel caso? Se trataba del fantasma de un pasado aún más remoto que el de Rudolf Hess. La Ojranna era la temida policía secreta del zar, el enemigo más feroz que habían conocido los comunistas. Kosov se rascó la cabellera entrecana. Con una aguda

punzada de frustración comprendió qué era lo que lo incomodaba. Sin siquiera darse cuenta, había esperado que Zinoviev resultara ser el misterioso hombre tuerto. Era lo lógico. Durante años había conocido un nombre sin rostro y a un hombre tuerto sin nombre. ¿Por qué no iban a ser la misma persona?

Quizá lo sean, se dijo de pronto mirando de nuevo la foto. El joven oficial de duro rostro que aparecía en la foto tenía los dos ojos sanos, de eso a Kosov no le cabía duda, pues lo miraban desde la foto como dos ardientes tizones. Aquí eres muy joven, pequeño tigre, pensó Kosov. Tuviste tiempo de sobra para perder un ojo. Y más en un trabajo como el tuyo. La mayor parte de los oficiales de la Ojranna habían perdido mucho más que los ojos después de que el zar fuera derrocado.

—Teléfono, camarada coronel —lo interrumpió una secretaria—. Es urgente.

Arrancado de su ensimismamiento, Kosov descolgó. Cuando escuchó al capitán Rykov explicar lo que había ocurrido en la casa segura de la Stasi, la sangre huyó de su rostro.

—Dios mío —murmuró—. ¡Dios mío! ¡Vuelva allí en cuanto pueda, idiota!

Kosov colgó el receptor y entró a grandes zancadas en la sala de comunicaciones.

—¡Cierren las embajadas occidentales! —gritó—. ¡Y utilicen a nuestra gente, no a los alemanes orientales!

Varios rostros jóvenes y asombrados asomaron por la puerta.

—El fugitivo es un comandante del ejército norteamericano —dijo más despacio, casi incapaz de controlar su voz—. No va de uniforme y habla perfectamente el ruso. Y, probablemente, también el alemán. Si lo detienen, quiero que lo traigan aquí inmediatamente. —Kosov encajó furiosamente las mandíbulas—. Deben disparar contra cualquier alemán oriental que trate de acercarse a él. Es una orden. Disparen contra cualquier alemán oriental que trate de entrometerse. Quiero a todo el personal en sus puestos dentro de veinte minutos. Y comuníqueme por teléfono con el jefe de la Stasi. ¡Ahora mismo!

Kosov se recostó contra un escritorio y trató de no hacer caso de los fuertes latidos que sentía en la cabeza. Parecía imposible que Axel Goltz hubiera estado trabajando para los norteamericanos. Prácticamente, el tipo era un nazi. ¿Por qué iba a volverse contra sus amos rusos, teniendo en cuenta sobre todo que poca duda podía caberle de que su acción era un suicidio? Kosov lanzó un suspiro de impotencia. No podía hacer nada hasta que llegaran sus jefes de departamento. Lentamente regresó a su despacho, cerró la puerta y se sentó al escritorio. Borodin me arrojará a los perros por esto, se lamentó. Pero antes de que eso ocurra, yo haré picadillo a Axel Goltz. Apartó la difusa fotografía de Zinoviev, se tragó cuatro aspirinas sin agua, apretó la frente contra el frío tablero del escritorio y quedó en espera de que sonase el teléfono.

04.35 horas. Cabaña Natterman. Wolfsburg. RFA

El falsificador llegó a las dos horas de la llamada de Hauer. El estallido del profesor Natterman se produjo dos horas después. Hauer y Hans habían enterrado al guardes muerto y a su asesino afrikáner en la nieve detrás de la cabaña, mientras Natterman retiraba las ensangrentadas ropas de la cama y limpiaba de sangre el interior de la cabaña. Los únicos indicios de violencia que quedaban eran la puerta y la ventana rotas y, en el exterior, el Jaguar estrellado contra el plátano.

El falsificador llamado por Hauer tuvo el buen sentido de no decir nada respecto a tales indicios. Enormemente gordo y generalmente jovial, Hermann Rascher parecía sentir terror hacia Hauer. Procedió a disponer su equipo sin perder tiempo. Una pantalla blanca y una silla situadas frente a la ventana destrozada y un surtido de productos químicos colocados en el baño convirtieron rápidamente el dormitorio en un pequeño estudio fotográfico.

Siguiendo con su plan de mantener a Natterman ignorante de sus intenciones hasta el último momento, Hauer ordenó al falsificador que le tomara una foto de pasaporte al profesor, como si también a él le fueran a dar documentación falsa. Pero tal ardid no le sirvió para nada. Pese a que Hauer había dicho que no debían discutir sus planes, Natterman se pasó fastidiándolo todo el rato que el falsificador estuvo metido en su cuarto oscuro provisional. Antes de la llegada de Rascher, Hauer había tratado de que el profesor le explicase su opinión acerca de cuál podía ser el secreto vital de los papeles de Spandau, pero Natterman se había negado a soltar prenda. Sin embargo, ahora Natterman estaba intentando con todas sus fuerzas convencer a Hauer de que sería estúpido utilizar los papeles auténticos como cebo contra los que habían secuestrado a Ilse.

—Es evidente que los secuestradores jamás han visto los papeles —insistió—, así que no se darían cuenta de que los estábamos engañando. Capitán, simplemente no puedo estar de acuerdo con ningún plan que, innecesariamente, pueda suponer la pérdida de un material tan importante.

Hauer ya estaba harto. Fue hasta la puerta del dormitorio, se cercioró de que el falsificador seguía encerrado en el baño y se volvió de nuevo hacia Natterman.

—No hace falta que esté de acuerdo, profesor —dijo sin inmutarse—. Porque usted no irá a Sudáfrica.

Pareció como si a Natterman le hubieran arrojado a la cara el contenido de un orinal. Atónito e incapaz de hablar, miró a Hans buscando su apoyo, pero no lo recibió. Hauer seguía hablando.

—Está usted herido, sólo puede caminar a paso de tortuga y tiene más de setenta años, por el amor de Dios.

Demasiado furioso para usar argumentos lógicos, Natterman se enrabió como un chiquillo contrariado.

—¡No puede usted apartarme de esto, maldito fascista!

Mientras el viejo seguía desfogándose, Hans fue hasta la ventana y trató de desentenderse de la discusión. Volvía a nevar. El joven se estremeció al pensar que en

algún lugar, más allá de los árboles, más allá de la carretera y de los campos de Alemania, más allá de los Alpes, de un mar y de un inmenso y oscuro continente, Ilse aguardaba, asustada y sola. Sintiendo un hueco en el estómago, volvió a pensar en el angustiado grito final de su esposa. ¿Sería cierto que al fin estaba embarazada? ¿O bien los secuestradores habían averiguado de algún modo las ansias de maternidad de la joven y las habían utilizado para ejercer más presión sobre él? Trató de no pensar en aquello y de mantener la cordura. Ese tema nada tenía que ver con el plan de rescate, por lo que se guardaría el secreto para él. Pese a todo lo que había ocurrido entre él y su padre en las últimas horas, Hauer aún no sabía nada acerca del embarazo de Ilse.

—Hans, escucha esto —exclamó el profesor—. El propio Hauer lo dijo. La policía sólo recupera con vida al diez por ciento de los rehenes. ¿Te acuerdas de Munich, Hans? ¿De la olimpiada del 72? Fueron Hauer y sus tropas de asalto los que abrieron fuego contra los árabes mientras los rehenes se encontraban atados en el interior de los helicópteros. ¡Los judíos saltaron por los aires hechos pedazos! ¿Te has olvidado de eso? Hace dos días detestabas a este hombre. Él os abandonó a ti y a tu madre. ¿Y ahora confías en que logre rescatar a Ilse con vida?

Ante la mención de Munich, Hauer se quedó extrañamente serio y en silencio. Fue como si los gélidos dedos de un espectro lo hubiesen tocado. Sus ojos grises se volvieron opacos y quedaron fijos en Natterman. Con voz fría y átona, el capitán dijo.

—Ese día no recuerdo haberlo visto a usted en el aeropuerto.

Natterman fue a contestar, pero cuando advirtió la gélida frialdad de los ojos de Hauer, las palabras se le quedaron en la garganta.

—Lo lamento —murmuró—. No he debido decirlo. Pero... usted no lo entiende, capitán. La clave de esta situación no son las armas ni la estrategia, sino los papeles de Spandau. ¡Y usted ni siquiera es capaz de leerlos! No nos enfrentamos a terroristas árabes ni a estudiantes extremistas... ¡Nos enfrentamos al testamento de Adolf Hitler! La clave de todo este misterio se encuentra en el pasado, y yo soy el único capaz de descifrarla.

Hauer lanzó un suspiro.

—Profesor, ¿por qué no admite que el motivo de que desee tanto acompañarnos es porque no soporta la idea de perder de vista esos papeles ni por un momento?

—¡Mentira! —estalló Natterman.

—No se opuso usted a la idea de un rescate por la fuerza basta que se enteró de que no estaba incluido en el plan. ¿O no es así?

—¡Cómo se atreve! —exclamó el profesor entre perdigones de saliva—. ¡Es usted un necio! ¡No está cualificado para manejar solo este asunto! ¿Cree que se enfrenta a un simple grupo neonazi que usa el nombre de Fénix? Entonces, ¿cómo explica el ojo tatuado? El Fénix es un ave que surge de las llamas, no un ojo. Fénix es el nombre griego del dios egipcio Bennu. El ojo tatuado también es egipcio: el ojo guardián, el ojo que todo lo ve, el ojo de Dios, que aparece en el Libro de los Muertos

egipcio. Explíqueme eso, capitán.

Hauer se encogió de hombros.

—Los nazis utilizaban para sus fines los rituales y mitologías más variados.

—¡Sí! ¡Pero se limitaban casi exclusivamente a la mitología teutona y la artúrica! Así que, ¿cómo explica los símbolos egipcios?

Hauer permaneció en silencio mientras asimilaba lo dicho por Natterman.

—Profesor —dijo al fin—, si le preocupa el bienestar de su nieta, anotará todo lo que acaba de decirme y permanecerá junto al teléfono de forma que en todo momento pueda facilitarnos cualquier otra información que nos haga falta.

—Pero yo debo ir con ustedes —insistió Natterman—. ¡Aguantaré como el que más!

—¡Basta! —exclamó Hans apartándose de la ventana. Señaló a Natterman con el índice extendido—. Ya he tomado una decisión. Vamos a rescatar a Ilse. Y a partir de este momento, el que manda aquí es mi padre.

Natterman abrió la boca para seguir discutiendo, pero en ese momento el obeso falsificador abrió la puerta y entró en la sala.

—Todo listo —anunció—. Un excelente trabajo, aunque esté mal que yo lo diga.

Natterman miró a Hauer con furia muda, y luego se metió en el dormitorio y cerró con un fuerte portazo.

El falsificador colocó el fruto de su trabajo bajo la luz del techo para que Hauer lo examinara. Los pasaportes llevaban dos excelentes fotos de frente de Hans y Hauer, tomadas con la pantalla del dormitorio como fondo. Ambos vestían las elegantes chaquetas facilitadas por el falsificador y tenían aspecto de prósperos hombres de negocios. A sugerencia de Hermann, Hauer se había afeitado el bigote; era la primera vez en veinte años que se lo quitaba y parecía diez años más joven. Con ojo de artista, Hermann había advertido en seguida el parecido entre Hans y Hauer, y sugirió que viajaran como padre e hijo. De este modo, dijo, sólo tendrían que recordar un apellido. Weber.

—Buen trabajo —dijo Hauer.

—El mejor que puede usted obtener al este de Bruselas —le aseguró Hermann—. Es una suerte que los alemanes no necesiten visados para Sudáfrica. No dispongo de un modelo para imitarlo.

—Pon en marcha el coche, Hans —ordenó Hauer.

Hans salió de la casa inmediatamente. Hauer recogió los pasaportes y se los echó a un bolsillo.

—¿No se olvida usted de algo? —le preguntó al falsificador.

Dolido, Hermann hizo una mueca. Además de hacerlo trabajar gratis, le robaban. Era alucinante. Sin embargo, no podía negarse. Ocho años atrás, Hauer mandó al falsificador a la prisión Moabit de Berlín, donde el hombre pasó seis años infernales. Cuando lo pusieron en libertad, decidió establecerse en Hamburgo para alejarse de los indiscretos ojos de Hauer, pero no le sirvió para nada. Hauer se había mantenido

al tanto de sus actividades, y aquella noche había dejado dolorosamente claro que una llamada telefónica a Hamburgo bastaría para que Hermann regresara a la cárcel por una buena temporada. Bueno, ¿qué más da?, se dijo el falsificador. Diez mil marcos no son un precio exagerado a cambio de la libertad. Con cuatro pasaportes recuperaría aquel dinero. Fue hasta el sofá, abrió el estuche de cuero de su cámara de fotos y sacó un abultado sobre color marrón.

Tras contar los billetes, Hauer se los echó al bolsillo.

—Me alegra volver a hacer negocios contigo, Hermann —dijo—. Ahora quiero que te quedes aquí hasta que regrese.

Dicho esto, Hauer se metió en el dormitorio y cerró la puerta. El profesor Natterman estaba sentado en el sofá con la mano en la vendada nariz.

—Profesor —dijo Hauer—, hagamos las paces. Me dirijo a Sudáfrica a rescatar a su nieta. Podría irme de aquí sin más, pero sería una estupidez. Usted me puede ayudar con lo que sabe. La cuestión es si está dispuesto a hacerlo.

Natterman no dijo nada, pero, pese a ello, Hauer siguió hablando. Necesitaba la información que el profesor poseía, pero también deseaba dejarle al viejo algo de dignidad.

—No me fío de ese falsificador —dijo—. Necesito sacarle una hora de ventaja como mínimo. Quiero que se cerciore usted de que Hermann permanece aquí al menos durante ese tiempo. Una vez se haya ido, cierre la cabaña, recoja sus cosas y vuelva a Berlín en el Jaguar. El coche pertenece a un hombre llamado Ochs. Ésta es su tarjeta.

—¡Ese coche está hecho pedazos! —protestó Natterman.

—Usted lo hizo pedazos —le recordó Hauer—. Devuélvaselo a su dueño, que es un judío. Él comprenderá. Una vez haya devuelto el coche, aprovisionese de comida para una semana y reúna el material de consulta que pueda resultarle necesario para responder preguntas acerca del prisionero Número Siete, el dios egipcio Bennu, Sudáfrica y cualquier otra cosa que a usted le parezca relevante. Quiero que, a partir de dentro de diez horas, esté usted continuamente al lado del teléfono. Duerma junto a él. Necesito saber que cuento con su ayuda.

En el exterior, el motor del Audi prestado se puso en marcha. Tras echarle un último vistazo a Natterman, que seguía sentado en la cama, Hauer salió del dormitorio. Cuando cruzó la sala le dirigió una penetrante mirada al falsificador.

—No se ponga nervioso y no trate de marcharse demasiado pronto, Hermann.

El falsificador le miró con los ojos muy abiertos. Hauer se volvió. A su espalda se encontraba el profesor Natterman blandiendo ante sí la escopeta Mannlicher.

Hauer le tendió la mano.

—*Auf wiedersehen*, profesor. Cuídese.

Tras una breve vacilación, el viejo historiador estrechó fuertemente la mano de Hauer.

—Rescate usted a mi nieta, capitán.

—Le doy mi palabra.

—¡Y vuelva con esos papeles!

Hauer asintió con la cabeza y salió de la cabaña.

Natterman oyó cerrarse la portezuela del coche y luego el ruido del Audi enfilando la carretera de acceso. Hermann Rascher miró al viejo, atónito tras la escena que acababa de presenciar.

—Bueno, profesor —dijo—, en realidad no hay motivo para que nos quedemos aquí mientras...

Natterman pegó con la punta de los cañones de la escopeta en la tripa del gordo.

—¡Siéntese, cerdo!

Hermann se sentó.

05.00 horas. Cuartel general del ejército norteamericano. Berlín Occidental

El coronel miró al sargento Clary y al detective Schneider, que no le quitaban ojo. Clary le hizo un gesto de asentimiento indicando que el magnetófono estaba funcionando. Rose habló al teléfono.

—Habla el coronel Rose. Adelante.

—Coronel, aquí Blueblood. Repito, Blueblood.

Rose respingó.

—¡Harry! ¿Dónde demonios estás?

—No digas nada. Nada. Esta llamada terminará dentro de cincuenta segundos. En el ordenador de nuestra oficina encontrarás un archivo llamado «Este». Deletreo. Eco-Sierra-Tango-Eco. En ese archivo hay una lista de puntos seguros en la RDA. En estos momentos me encuentro en la casa cuatro, repito, cuatro. No creo que pueda salir por mis propios medios, coronel, hay demasiada vigilancia. Sugiero que amenaces a tu homólogo de aquí, y si eso no da resultado, alerta a la red siete, repito, siete, y haz un trato con ellos. Me equivoqué de medio a medio respecto a lo de Hess. Todo esto sí tiene relación con él. Y también con alguien llamado Fénix. Pero el nombre clave es Zinoviev, repito, Zulu-India-Noviembre-Óscar-Víctor-India-Eco-Víctor. Encuéntralo y estaremos en el buen camino. —Harry aspiró profundamente—. Tendrás que sacarme de aquí, coronel. Este asunto es muy importante. Si en veinticuatro horas no tengo noticias tuyas, lo intentaré por mi cuenta y riesgo. Esto es todo.

—¡Aguarda! —gritó Rose.

—Ha colgado, señor —dijo Clary con la vista fija en la esfera del potenciómetro.

Rose se puso en pie y golpeó el escritorio con el puño.

—¿Clary?

—¡Señor!

—¡Consiga un pelotón de policías militares uniformados! ¡Armados con fusiles!

—¿Qué va usted a hacer? —preguntó Schneider preocupado por el temperamento del norteamericano.

—Ya oyó usted a Richardson. Estoy alertando a la red siete.

—Pero él le sugirió que primero amenazara usted al KGB...

Con el rostro encendido, Rose replicó.

—Schneider, yo no formulo amenazas que no puedo cumplir. Es una puñetera pérdida de tiempo. Cuando le diga a Ivan Kosov que arrestaré a una de sus preciosas redes si él no suelta a mi muchacho... los malditos componentes de esa red ya estarán en una celda de detención de mi prisión militar. ¡Clary!

—Los policías militares están en camino, señor.

—¡Más vale que sea así! —exclamó Rose.

Abrió el cajón del fondo del escritorio y sacó su botella de Wild Turkey. Llenó un pequeño vaso, lo vació de un trago y los ojos se le aguaron cuando el licor llegó al estómago.

—Maldito Rudolf Hess —murmuró—. Y Zinoviev. ¿Quién demonios es Zinoviev?

—Le ruego que me disculpe, coronel —dijo Schneider—, pero... ¿de quién habla?

—De nadie —murmuró Rose—. De un hijo de puta comunista.

Sus palabras no podrían haber estado más lejos de la realidad.

05.10 horas. Sede del MI-5: Charles Street. Londres

La puerta del despacho de sir Neville Shaw se estremeció a causa de la fuerte llamada de Wilson.

—Un momento, su señoría —dijo Shaw al teléfono—. ¿Qué pasa, Wilson?

El director adjunto asomó la cabeza por la puerta.

—Es esa mujer —replicó refiriéndose a Golondrina—. Dice que aguarda un minuto más y después se marcha.

—Dígale que sólo será un momento.

Wilson lanzó un suspiro de exasperación y se retiró.

—Lo lamento, señoría —se disculpó Shaw—. ¿De qué hablábamos?

—De su carrera —replicó una voz grave con acento de Oxford o Cambridge. Shaw recordó brevemente a Alee Guinness—. En ciertos círculos, Neville, se considera que en este asunto se equivocó usted desde el principio. Hace ya casi un año que algunos de nosotros le sugerimos que tomara medidas para evitar precisamente un problema como el actual.

Sir Neville torció el gesto.

—Si hubieran derribado la maldita prisión el año pasado, hubiera ocurrido exactamente lo mismo. No me era posible controlar lo que ese hombre escribía, por el

amor de Dios.

Tales palabras fueron recibidas con un gélido silencio.

—Sí —dijo al fin la voz—. Bueno, ¿qué pasa con la parte africana del problema?

—Nos estamos ocupando de ella. Sólo serán dos o tres días como máximo.

—En tres días pueden suceder muchas cosas, Neville. Queremos que todos los cabos sueltos queden atados y todas las huellas borradas.

—Es lo que se está haciendo —insistió Shaw.

—¿Existen complicaciones de las que debamos ser informados?

Shaw pensó en Jonas Stern y en Golondrina, que esperaba al otro lado de la puerta.

—No —mintió.

—Bien, manténganos al corriente.

El comunicante colgó. Shaw lanzó un gran suspiro y comenzó a frotarse las sienes con las puntas de los dedos. Necesitaba imperiosamente dormir. Había pasado cinco de las seis últimas horas colgado del teléfono. En todo Londres, en lugares como el India Club, la Cámara de los Lores, el All-England Lawn Tennis and Croquet Club y en los destartalados palacios y ruinosos castillos que eran el hogar de la aristocracia de toda Inglaterra, hombres y mujeres privilegiados, tanto jóvenes como viejos, formaban discretos conciliábulos. Como ondas que se extendían hacia fuera desde el epicentro del palacio de Buckingham, la preocupación se extendía por los más altos niveles de la sociedad. Y todo, se dijo Shaw, porque alguien había tirado una piedrecita en el distante y atrofiado corazón de Berlín. Lenta pero implacablemente, aquellos hombres y mujeres asustados estaban ejerciendo una presión cada vez mayor sobre sir Neville Shaw. Y es que Shaw, lo mismo que sus predecesores, no sólo era el dueño, sino también el protector del negro secreto de aquellas personas. Casi todas las llamadas habían sido como la última: una zanahoria y docenas de garrotes. Shaw estaba a punto de levantarse para ir hasta el gabinete de los licores para tomarse un Glenfiddich medicinal cuando se abrió la puerta de su despacho y Wilson hizo entrar a la mujer cuyo nombre clave era Golondrina.

Sir Neville se quedó perplejo. La persona que tenía ante sí no se parecía en nada a la de la foto de archivo que había visto hacía un rato.

—Ah... Supongo que es usted la señorita Gordon, ¿no? —tartamudeó al tiempo que Wilson salía del despacho.

Golondrina no respondió. Shaw volvió a intentarlo.

—Me dicen que insistió usted en hablar conmigo personalmente. ¿Le importa explicarme por qué?

Golondrina siguió en silencio. Evidentemente, partía de la base de que las explicaciones debía darlas el hombre que había solicitado sus servicios. Totalmente desconcertado, Shaw bajó la vista al expediente. La mujer de la foto parecía una abuelita de azulado cabello blanco, de las que pasaban los domingos horneando pasteles para la parroquia. La mujer que tenía ante sí parecía... Bien, la verdad era

que Shaw nunca se había encontrado con nadie parecido. Golondrina llevaba el canoso cabello muy corto, perfecto para ponerse pelucas. Carecía del exceso de grasa que afeaba a la mayor parte de las mujeres de su edad... Llegado a este punto, Shaw se interrumpió. Y es que mirando a Golondrina en aquellos momentos le costaba un enorme esfuerzo creer que la mujer había participado en la guerra. Por entonces era casi una niña, pero aun así resultaba realmente extraordinario. El expediente le adjudicaba sesenta y un años, pero la mujer representaba unos cincuenta. Mientras la observaba, Shaw percibió el tenue aroma de un perfume, y aquella aislada nota de femineidad lo sorprendió. No pudo identificar la fragancia, pero el olor era costoso y vagamente francés. Siendo sincero consigo mismo, Shaw se dijo que tal vez Golondrina le hubiese resultado atractiva si no fuera por lo que sabía acerca de ella. No, decidió. Aunque no hubiera sabido nada sobre su diabólico trabajo, los ojos de la mujer lo hubieran puesto sobre aviso. Eran como piedras: duros y opacos. Y no era que transmitiesen opacidad intelectual. Todo lo contrario. Eran más bien como las escotillas forradas de pizarra de un alto horno: protegían a los de fuera del feroz odio que ardía tras ellos. Probablemente, durante años aquel odio le había resultado muy útil a Golondrina, se dijo Shaw, puesto que la mujer era una asesina profesional.

—Sí, bueno... —comenzó de nuevo el hombre—. ¿Le dijo Wilson que se trata de un asunto relacionado con Jonas Stern?

Golondrina asintió inexpresivamente.

—Lo que deseo es que usted siga a ese hombre y averigüe qué se propone. La última vez que lo vieron, Stern se encontraba en Berlín, pero lo más probable es que esté yendo de un lado a otro. Viaja con su verdadera identidad, cosa extraña, así que no debe considerarse en peligro.

Golondrina sonrió al oír esto último.

—En cuanto lo localicemos, la mandaremos a usted a seguirlo. Creemos que Stern trata de apoderarse de algo... de algo que preferimos que no acabe en manos de los judíos. ¿Entendido?

—Perfectamente —dijo Golondrina. A fin de cuentas, la mujer había luchado contra los terroristas judíos en Palestina.

Shaw carraspeó.

—Bien... ¿qué clase de compensación desea recibir usted? ¿Será suficiente con veinte mil libras?

Llegado aquel momento, los ojos de Golondrina se ensombrecieron. Shaw comprendió que, desde el punto de vista de Golondrina, habían llegado al momento crucial de la entrevista.

—Lo que quiero —dijo la mujer con voz carente de inflexiones— es a Jonas Stern. Cuando esta pequeña operación termine, deseo carta blanca para hacer lo que quiera con él.

Shaw no se hizo ilusiones respecto al significado de estas palabras. Golondrina quería recibir permiso oficial para matar a un ciudadano israelí. Aunque conocía la

respuesta a su siguiente pregunta, la formuló a pesar de todo.

—¿Qué le hizo exactamente Stern?

—Mató a mi hermano —replicó Golondrina con voz que parecía proceder de los labios de un cadáver.

—Eso debió de ser hace bastante, ¿no?

—Sí, pero mi hermano no se ha movido de su tumba desde entonces. —El fuego del horno que había tras los ojos de Golondrina pareció avivarse—. Apenas encontraron suficientes restos de él para enterrarlos. Malditos judíos.

Shaw asintió con la adecuada solemnidad.

—Sí, bueno... condición aceptada. —Tabaleó con los dedos sobre el tablero del escritorio—. Dígame... ¿qué opina usted de Stern como agente?

—Es el mejor que he conocido. Si no lo fuera, ya llevaría muerto mucho tiempo. Tiene la intuición de un puñetero clarividente.

—¿Se le ocurre cuál puede ser el motivo que lo ha impulsado a abandonar Israel?

Tras una breve reflexión, Golondrina replicó.

—Para proteger a su patria. Israel es su debilidad. Debe considerar que el país se encuentra en peligro inminente.

—Comprendo.

—¿Está Israel en peligro?

—Que yo sepa, no —replicó Shaw pensativamente—. Al menos, no más que de costumbre.

Mientras Golondrina reflexionaba, Shaw advirtió que la mujer permanecía en actitud vagamente militar. No parecía tensa, sino más bien extremadamente alerta, como ciertos miembros de las fuerzas especiales que Shaw había conocido. Aunque, naturalmente, todos ellos habían sido varones.

—¿Algo más? —preguntó al fin la mujer.

Shaw hojeó con estudiada indiferencia los expedientes que tenía sobre la mesa.

—Pues lo cierto es que sí. Otro trabajo. Poca cosa. Un trabajo doméstico, en realidad. Pensé que tal vez no le importaría a usted ocuparse de él. Pero se trata de algo urgente, que debe hacerse antes de esta noche.

Golondrina frunció recelosamente los párpados.

—¿Qué es?

—Un tipo llamado Burton. Michael Burton. Retirado. Vive en una pequeña casa de campo cerca de Haslemere, en Surrey. Cultiva orquídeas, según creo. Me temo que sabe demasiado. —Sir Neville carraspeó de nuevo—. Hay algo que puede ser una complicación. Sólo tiene cuarenta y ocho años. Está retirado del Special Air Service.

Al oír esto, Golondrina pareció replegarse sobre sí misma para consultar con aquel extraño demonio interior que mantenía su aspecto asombrosamente juvenil. Al fin la mujer preguntó.

—¿Tiene familia?

—Está divorciado. Tiene un hermano. ¿Por qué lo pregunta?

—¿El hermano también pertenece al SAS?

Shaw negó con la cabeza.

—Al ejército regular. Pero se encuentra permanentemente fuera del país. Perdió sus papeles de ciudadanía hace años por haber trabajado como mercenario. El tipo no supondrá ningún problema.

—¿Desea usted que la muerte de ese hombre parezca un accidente?

—¿Es usted capaz de organizar un accidente en Haslemere para esta noche?

Golondrina emitió un sonido que a Shaw le pareció una risa seca.

—Lo dudo. Los hombres del SAS no suelen sufrir accidentes así como así. Están entrenados para evitarlos. Saben conducir, nadar, correr, disparar...

—Entonces, no me importa cómo lo haga —replicó Shaw—. Hágalo y punto. ¿Qué pide usted a cambio?

Los labios de Golondrina dibujaron una sonrisa de satisfacción. Le encantaba ver mortificados a los burócratas.

—Quiero que me protejan de los israelíes después de la muerte de Stern.

—¡Cristo bendito! —exclamó Shaw—. No podemos ser indefinidamente sus niñeras. Si quiere matar a Stern, hágalo por su cuenta y riesgo.

Los ojos de Golondrina se volvieron más opacos.

—No me venga con remilgos, caballero. Sus manos también están manchadas de sangre. Al matar a Stern, haré algo que usted desea que se haga. Si me escogió a mí fue porque sabía que, si había que liquidar al tipo, usted podría echarle la culpa de la muerte a mi venganza. —Alzó retadoramente la barbilla—. Si es eso lo que se propone, los israelíes me liquidarán, no cabe duda, pero no lo harán antes de que yo lo mate a usted. —Shaw se encogió sin darse cuenta de que lo hacía—. Mataré para usted al hombre del SAS —siguió Golondrina—, pero me protegerá por lo de Stern. De lo contrario, tal vez se me ocurra poner sobre aviso a ese tal Burton.

—Condición aceptada —dijo secamente Shaw—. Ahora, retírese. A partir de este momento, todas las comunicaciones entre nosotros se efectuarán a través de intermediarios. No habrá nuevos contactos entre usted y este departamento.

Golondrina hizo una burlona reverencia y salió del despacho caminando de espaldas.

A esta bruja debieron ponerle Medusa como nombre clave, se dijo Shaw furioso. Me eriza los cabellos. Una vez cerró el expediente de Golondrina, su mirada se posó en el dossier de Hess, que se encontraba abierto bajo el historial de la mujer. Lanzó un fuerte suspiro. Aquél era el documento maldito, todo un compendio de actos heroicos y traiciones, la más alta y la más baja expresión del espíritu inglés. Y, contemplándolo, la furia de Shaw, una furia que llevaba largo tiempo acumulándose, afloró al fin a la superficie. Y es que lo cierto era que él habría preferido lanzar a Golondrina contra aquellos engreídos filonazis y contra sus moribundas proles, que llevaban décadas amparándose tras el escudo del MI-5. Él no había sido partícipe de sus crímenes ni tenía nada de lo que arrepentirse, y no sentía la menor piedad por

ellos ni por su «honor». Pero sí le importaba el honor de Inglaterra. Durante la guerra, él no era más que un niño, pero en los apasionantes días que siguieron a la caída de Hitler, y en los años sucesivos, Shaw llegó a considerarse a sí mismo parte integrante de la gran leyenda, de lo que un historiador británico llamaba el «mito churchiliano». Una leyenda según la cual, en los primeros y desesperados días de la guerra, Inglaterra se enfrentó sola, decidida e inconquistable a los nazis, salvando de este modo a la civilización occidental tanto de los hunos como de los bolcheviques.

Pero, como Shaw averiguó para su imperecedera tristeza, eso no era del todo cierto. ¡Entonces, al diablo con la verdad!, se dijo amargamente. Comprendía que los aristócratas desearan ser protegidos. Era mucho lo que Inglaterra le había dado al mundo, y el país merecía un poco de caridad moral. Aunque la historia de Churchill fuera parcialmente incierta, las cobardes maquinaciones de unos cuantos lores sin redaños (o, Dios no lo quisiera, de un estúpido príncipe) no podían empañar el prestigio nacional. Aunque la sombra de la traición se cerniese sobre la casa de Windsor, ¿debía manchar también el legado de los Plantagenet, los Tudor y los Hannover? ¿Y qué decir del buen pueblo que aguantó y libró la guerra? ¿De las mujeres que apagaban los incendios durante los bombardeos de Londres? ¿De los osados jóvenes cuyos maltrechos Spitfires cerraron el paso del canal de la Mancha en 1940? ¿De los niños que temblaron bajo las bombas de los aviones y bajo las V-2? ¿De los martirizados pobladores de Coventry?

Mientras se servía un generoso whisky, Shaw recordó las famosas palabras de Churchill tras la batalla de Inglaterra, sólo que alterándolas ligeramente de acuerdo con sus secretos conocimientos. Nunca en la historia de los conflictos humanos han estado tantos a punto de perder tanto a causa de tan pocos. ¡Shaw los detestaba, los odiaba con todas sus fuerzas! Apaciguadores... caballeros sin valor... nobles carentes de nobleza. Por su culpa murieron muchas personas honestas, y otras muchas no tardarían en morir. El hombre que Golondrina iba a matar aquella noche no había hecho más que cumplir con su deber. Era la habitual cantilena de la historia inglesa: los hombres decentes morían mientras los sinvergüenzas prosperaban.

—«Jamás prospera la traición, ¿cuál será la razón?» —murmuró Shaw citando un viejo epigrama—. Porque si prospera, nadie se atreve a llamarla traición —concluyó.

Sin embargo, en medio de aquellas furiosas cavilaciones, Shaw sentía una leve satisfacción. Y es que, si todas sus maquiavélicas estratagemas fallaban y el templo se derrumbaba sobre todos ellos, los judas serían al fin desenmascarados, y el capítulo más heroico de la historia del noble servicio para el que él trabajaba saldría al fin a relucir.

Shaw acabó su whisky y se quedó dormido inmediatamente con la cabeza reposada sobre su escritorio.

CAPÍTULO DIECISIETE

06.05 horas. Cabaña Natterman. Wolfsburg. RFA

El falsificador ya se había ido. Tras cuarenta tensos minutos de contemplar los cañones de la escopeta del profesor Natterman, Hermann recogió su equipo y salió de la cabaña sin decir palabra. El profesor permaneció en su sillón, evocando los acontecimientos de la noche mientras la luz del alba se filtraba a través de la destrozada puerta de la cabaña. Jamás se había sentido tan impotente. Su amigo de toda la vida había sido asesinado, le habían arrebatado los papeles de Spandau, habían secuestrado a su nieta y él había sido incapaz de evitar que todas aquellas cosas sucedieran. Y para colmo, los dos hombres que habían decidido acabar con aquella locura se negaron a admitir su ayuda.

Con la Mannlicher bajo un brazo recogió su cartera de libros y salió de la cabaña sin volver la vista atrás. Su maleta se encontraba en el embarrado espacio que antes había ocupado el Audi. En sus prisas, Hans y Hauer ni siquiera se habían entretenido en llevarla al interior de la cabaña. El Jaguar, acribillado a perdigonazos, aguardaba tras el tronco del viejo plátano. Natterman se acercó y miró el interior para cerciorarse de que las llaves seguían puestas. Arrojó la cartera al asiento del acompañante, recuperó su maleta, se metió en el coche e hizo girar la llave del encendido. Pese a los daños sufridos, el motor se puso inmediatamente en marcha.

Dejó el coche al ralentí y caminó por la nieve hasta la parte posterior de la cabaña. A la sombra de un alto cedro, una tosca cruz marcaba la poco profunda tumba de Karl Riemeck. Natterman dejó la escopeta apoyada en la cruz y, con la cabeza inclinada, recitó unos versos de Heine en memoria de su amigo. Luego regresó al Jaguar, metió la primera y enfiló el camino de tierra.

El sol de la mañana había transformado ya el sinuoso camino en una ciénaga. El coche fue dando bandazos sobre el barro en dirección a la carretera principal. A dos curvas de la intersección, el profesor vio un gran leño negro cruzado en el camino. Cuando giró para eludirlo, el Jaguar patinó y fue a estrellarse contra unos árboles jóvenes. El vehículo rebotó contra los flexibles troncos y el motor se paró.

Natterman salió del coche y se aproximó cautamente al leño. Cuando se inclinó para arrastrarlo fuera del camino, oyó un chasquido entre los árboles, a su espalda. ¿Hielo?, se preguntó. No. Volvió sobre sus pasos con la intención de coger la Mannlicher del coche, pero recordó que la escopeta se había quedado junto a la tumba de Karl. Con el pánico atenazándole el pecho, siguió caminando no sin dificultad hacia el Jaguar, decidido a rodear el leño o incluso a pasar por encima de él para llegar a la carretera principal. Ya tenía una pierna en el interior del coche cuando una voz lo dejó paralizado.

—¿Herr profesor?

Natterman se volvió, pero no vio nada.

—Herr profesor, ¿me permite hablar con usted unos momentos?

¡Otra vez! ¿De dónde procedía la voz? ¿De la maleza del otro lado del camino? ¿De los árboles que crecían un poco más adelante? Natterman trató de serenarse. Tal vez fuese un vecino deseoso de investigar a la luz del sol el tiroteo de la noche anterior. Pero en la actualidad, hasta los campesinos tendían a dejar aquellas cosas en manos de la policía. Desde el interior del Jaguar, el profesor preguntó.

—¿Quién anda ahí? ¿Qué quiere?

—Sólo hablar con usted —replicó la voz—. No voy a hacerle nada.

—Entonces, déjese ver. ¿Por qué se esconde?

Veinte metros camino arriba, un hombre alto y moreno salió silenciosamente de entre los árboles.

—Todas las precauciones son pocas —dijo, y sonrió—. No querría terminar como su amigo el afrikáner.

Natterman miró recelosamente al extraño. Le daba la sensación de que lo conocía de algo. De pronto recordó.

—¡Es usted el del tren! —exclamó—. ¡Stern!

El israelí sonrió.

—Excelente memoria, profesor.

—¡Dios mío! ¿Me ha seguido hasta aquí? —Natterman retrocedió un paso hacia el Jaguar—. ¿Estaba usted con el afrikáner?

—Sí, lo he seguido hasta aquí. No, no estaba con el afrikáner. Me encuentro aquí para ayudarlo, profesor.

Natterman señaló con un dedo al israelí.

—¿Qué pasó con su acento inglés?

Stern lanzó una breve risa.

—Lo mismo que vino, se fue.

—Debe de haberse pasado aquí toda la noche. ¿Por qué no acudió en mi ayuda antes?

—Acudí en su ayuda. Impedí que el afrikáner regresara al interior de la cabaña y lo matase. Para cuando terminé con él, sus amigos de la Polizei ya habían llegado.

—¿Y por qué no hizo acto de presencia entonces?

—Por lo que yo sabía, profesor, usted había acudido aquí específicamente para entrevistarse con ese afrikáner. Y sus amigos, lo mismo. Necesitaba ciertas garantías acerca de sus intenciones.

—Está usted loco —afirmó Natterman—. ¿Quién demonios es usted?

A Stern pareció costarle encontrar las palabras.

—Digamos que soy un ciudadano preocupado —dijo al fin—. Aunque estoy jubilado, sigo manteniéndome bastante bien informado acerca del asunto con el que usted se ha tropezado por casualidad, con tan desagradables consecuencias para usted y para su familia.

—¿Y qué asunto es ése?

—La seguridad del Estado de Israel.

—¿Cómo? —preguntó Natterman boquiabierto—. ¿Es usted un cazador de nazis?

—No.

—¡No será un historiador!

Stern rió de nuevo.

—¿Celos profesionales, profesor? No se preocupe. Soy una especie de historiador, pero distinto a usted. Usted se ha pasado la vida estudiando la Historia. Yo la he vivido.

Natterman frunció el entrecejo.

—¿Y qué ha logrado usted con ello, mi arrogante amigo?

—Me temo que no lo suficiente.

—¿Qué quiere de mí?

—Que me cuente todo lo que sabe acerca del documento que el sargento Apfel descubrió entre las ruinas de la prisión Spandau.

Natterman palideció.

—Pero... ¿có... cómo lo sabe?

Stern miró su reloj.

—Profesor, desde que esos papeles fueron descubiertos, yo no me he alejado ni quinientos metros de ellos. Sé que los británicos y los rusos los buscan como locos. Sé lo de Hauer, lo de Apfel, y lo de su nieta. Sé que sacó usted copia de los documentos en su oficina de la Universidad Libre, y que se la envió por correo a un amigo para que la guardara en lugar seguro. Sé que Hauer y Apfel se han llevado las seis páginas que no fueron robadas por el afrikáner. Sé...

—¡Basta! —exclamó Natterman—. ¿Dónde están las otras tres páginas?

—En mi bolsillo. Nuestro amigo afrikáner tuvo la bondad de entregármelas una vez lo hube persuadido amistosamente.

Natterman se estremeció al darse cuenta de que Stern se refería a la tortura. Pero la ambición fue más fuerte que el miedo.

—Devuélvamelas —exigió—. Son mías.

Stern sonrió.

—Espero que no se le haya metido esa delirante idea en la cabeza. Esos papeles no pertenecen a nadie en concreto. Ahora, profesor, quisiera hacerle unas preguntas.

Natterman retrocedió un paso.

—¿Y por qué tengo que contestarlas?

—Porque no le queda otro remedio.

—Eso me dice todo el mundo últimamente —gruñó Natterman.

—Le aseguro, profesor, que si quisiera los papeles podría haberme hecho con ellos en cualquier momento de las últimas dieciséis horas.

Natterman sintió un ramalazo de ira, pero algo le dijo que Stern no mentía. Y el mismo instinto le decía que resistirse al israelí sería inútil, que aquel hombre que se

había materializado en la nieve como un fantasma terminaría consiguiendo de un modo u otro la información que deseaba.

—De acuerdo —dijo a regañadientes.

Stern fue directo al grano.

—El prisionero Número Siete —comenzó—. ¿Demuestran los papeles que el hombre no era Hess?

—Creo que sí —replicó cautelosamente el viejo historiador.

—¿Cuándo entró en escena el doble?

—Hess recogió al doble en Dinamarca. Volaron juntos a Gran Bretaña. El doble formó parte del plan desde el principio. Hess se lanzó en paracaídas en cuanto llegaron a la costa de Escocia, sobre un lugar llamado isla Holy.

Stern asimiló rápidamente la información.

—¿Y el objetivo de su misión?

—El doble no conocía la misión de Hess, sólo la suya propia. Una vez Hess se hubo lanzado, el doble debía volar en dirección al castillo Dungavel y aguardar una determinada señal radiofónica de Hess. Si la recibía, debía tirarse en paracaídas y hacerse pasar por Hess durante todo el tiempo que le fuera posible.

Stern frunció los párpados.

—¿Y si no recibía la señal?

Natterman sonrió irónicamente.

—Debía adentrarse en el mar con su avión, tomar cianuro y estrellar el aparato. El método habitual de las SS.

Stern sonrió, escéptico.

—Melodramatismos nazis. Pocos occidentales tienen el coraje o la lealtad fanática necesaria para inmolarse a sangre fría. —El israelí siguió contando la historia con la inquietud en los ojos—. Así que cuando el doble dio media vuelta y se lanzó en paracaídas, lo hizo contraviniendo sus órdenes. Siguió adelante con el plan y se hizo pasar por Hess como si hubiera recibido la señal... y los británicos lo creyeron. —Natterman escuchaba aquellas deducciones en silencio—. O quizá no lo creyeran —siguió cavilando Stern—. Eso, en realidad, no importa. Lo que importa es esto. ¿A quién fue a ver Hess a Inglaterra? ¿Y por qué, en nombre de Dios, tiene que importarle eso a alguien en Sudáfrica?

—Ahora que ya sabe lo que dicen los papeles, ¿qué se propone usted hacer? —preguntó Natterman.

—Ya se lo dije, profesor, lo que me interesa no es el caso Hess. —Stern se metió una mano en un bolsillo del pantalón y acarició lo que guardaba en él—. Mucho antes de la muerte del prisionero Número Siete, yo ya tenía razones para investigar Spandau. Y mis razones no tenían nada que ver con Hess y sí mucho que ver con la seguridad de Israel. Pero hasta la muerte de Número Siete, tener acceso a Spandau era prácticamente imposible. —Stern hizo una pausa como si estuviera discutiendo algo consigo mismo—. Dígame, profesor —dijo de pronto—, ¿mencionan los papeles

de Spandau armas o material científico de algún tipo?

Natterman parpadeó, confuso.

—¿Armas? Herr Stern, el diario de Spandau no tiene nada que ver con ningún tipo de arma.

—¿Seguro?

—Totalmente. ¿Qué está pasando? Primero Hauer me suelta una conferencia sobre la reunificación, y ahora usted me pregunta por unas armas...

—¿Reunificación? —preguntó vivamente Stern.

—Son tonterías —afirmó Natterman—. Esos papeles sólo hacen referencia al caso Hess. Pondrán en evidencia a los que comparten la responsabilidad de las cicatrices en el orgullo nacional alemán.

Stern torció el gesto.

—Me temo que bajo esas cicatrices se está incubando una nueva infección —dijo fríamente.

—¿A qué diablos se refiere?

—Profesor, me da lo mismo que busque usted la notoriedad académica o desee mitigar la culpabilidad nacional alemana. —El israelí desechó con un movimiento de la mano las protestas de Natterman—. El pasado sólo me importa en la medida en que afecta al presente y al futuro. A los hombres que buscan esos papeles les preocupan cosas mucho más importantes que los libros de historia. Traté de interrogar al afrikáner y él me obligó a matarlo. Lo hizo para proteger a alguien, profesor. El tipo llevaba la locura en los ojos, ¿lo advirtió usted? Con sólo un brazo luchó como un tigre, y antes de morir me gritó algo muy sorprendente. Fue en afrikaans, un idioma que yo no hablo, pero conozco el suficiente holandés para entenderlo. Más o menos vino a decir: «¡Muera Israel! ¡Muera Sión!» —Stern hizo una pausa—. El tipo ni siquiera sabía que yo era judío.

Natterman se quedó pensativo.

—En la cabaña me dijo algo parecido. Creo que me llamó «gusano judío».

Stern alzó una ceja.

—¿Y no le parece que todo eso es muy curioso? ¿Por qué iba un sudafricano a tener una fijación con los judíos? ¿O con Israel?

—La verdad es que hasta ahora no me había parado a pensarlo.

El sonido de un camión llenó el bosque y Stern miró hacia la carretera principal.

—Dígame... ¿volarán Hauer y Apfel directamente a Sudáfrica?

Natterman abrió mucho los ojos.

—¿Sabe usted adónde se dirigen?

—¡Conteste!

Tras unos momentos, Natterman farfulló.

—¡Sí! Allí es donde tienen prisionera a mi nieta. Los secuestradores ordenaron a Hans por teléfono que saliera hoy desde Frankfurt.

—¿Llevando los papeles de Spandau como rescate?

—Sí, pero Hauer se guarda en la manga un plan para rescatarla.

Stern miró hacia el oscuro bosque. Las ramas heladas emitían chasquidos bajo el creciente calor del sol, y los carámbanos goteaban constantemente.

—Ahora el diario se encuentra incompleto —murmuró—. ¿Quién está al corriente de ello?

—Nadie —confesó Natterman—. Sólo usted y yo.

Stern se volvió y miró al profesor de arriba abajo.

—Eso es muy conveniente para nosotros, pero para su nieta resulta muy peligroso. Dígame... ¿qué clase de hombre es el capitán Hauer?

—Duro. Muy duro.

—¿Y el muchacho?

—Está furioso... y muerto de miedo. Nunca ha sido puesto a prueba.

Stern hizo un gesto de asentimiento.

—Una cosa me intriga desde que comenzó este asunto, profesor. ¿Por qué el capitán Hauer, un hombre próximo a la jubilación, un hombre cuyo expediente personal pone de manifiesto que forma parte de una organización policial neofascista, tendría que sacrificar su pensión y posiblemente su vida para ayudar a un joven sargento aparentemente sin importancia?

La ironía de la situación hizo sonreír a Natterman.

—Hauer es el padre de Hans. Se trata de una complicada historia familiar que muy poca gente conoce.

Stern lanzó un suspiro de satisfacción, como si lo que acababa de oír hubiese sido la última pieza que faltaba en su rompecabezas mental.

—Dígame quién es usted —exigió Natterman—. ¿Un espía? ¿Es realmente israelí?

Para asombro del profesor, Stern giró de pronto sobre sus talones y, sin decir palabra, echó a andar por el camino en dirección a la carretera principal.

—¿Adónde va? —gritó Natterman.

—¡A Sudáfrica, profesor! Si quiere venir, aparte ese leño del camino.

Natterman se quedó boquiabierto.

—Pero no tengo pasaporte.

—¡Dentro de una hora lo tendrá! —gritó Stern, y desapareció al doblar la curva.

Mientras el enfurruñado profesor apartaba el enorme leño a un lado del camino, oyó el sonido de un motor que se aproximaba. Segundos más tarde, un gran Mercedes azul procedente de la carretera principal dobló la curva y fue a detenerse junto a él. Jonas Stern iba al volante. En la parte de atrás, tumbado y atado como un pavo navideño, Hermann, el falsificador, agitaba la cabeza con impotente furia.

—Suba —dijo Stern—. Pensé que aquí el amigo podría serme útil, así que lo invité a quedarse un rato.

Incapaz de hablar debido a la sorpresa, Natterman subió al coche y se volvió para mirar a Hermann mientras el Mercedes regresaba hacia la cabaña.

—¿Sigue funcionando el teléfono de la cabaña? —preguntó Stern. —Natterman asintió con la cabeza—. Tengo que hacer unas cuantas llamadas, pero no tardaremos en estar en un avión con rumbo a Israel. Y desde allí nos dirigiremos a Sudáfrica.

—¿Por qué Israel? ¿Por qué no volamos directamente a Sudáfrica?

Stern detuvo el coche frente a la maltrecha Cabaña.

—Tenemos que recoger unos paquetes. Ahora, desate a ese necio mientras yo llevo su equipo a la casa. Tengo muchas cosas que hacer antes de que emprendamos nuestro viaje.

Como un desconcertado recluta de dieciocho años, el viejo historiador siguió las órdenes del israelí. Natterman estaba algo asustado, pero contento de haber conseguido formar parte de la misión de rescate.

17.55 horas. Punto de control Sonnenallee. Sector Norteamericano. Berlín Occidental

A las seis menos cuatro minutos de la tarde, Harry Richardson caminó lentamente hacia el puesto con barrera situado en el lado oriental del Muro de Berlín. Pese a las seguridades que Kosov le había dado al coronel Rose, Harry seguía temiendo que lo arrestaran al llegar al punto de control. Pasó rápidamente ante la garita de inspección de documentos alemana oriental, y luego, como se le había indicado, se detuvo ante la caseta de cambio de moneda. Al mirar a la derecha vio dos pálidos rostros mirándolo a través de la iluminada ventanilla de observación. Uno de los individuos llevaba en los hombros las barras rojas de coronel del KGB. Se trataba de Ivan Kosov. El otro hombre, muy mal encarado, era el capitán Dmitri Rykov. El joven *chekista* había tenido una mala semana, se dijo Harry. Saludó a Rykov con una inclinación de cabeza y siguió su camino.

El cielo grisáceo se había oscurecido. Harry apenas lograba divisar el Ford del ejército norteamericano que esperaba en el lado occidental del Muro, estacionado con el motor en marcha más allá de las fuertes luces del punto de control. Junto al Ford, una inquieta cola de coches y camiones aguardaba para atravesar el bloqueado punto de control. Cincuenta metros más adelante, la puerta de la garita de la aduana de Berlín Occidental se abrió de golpe y por ella salió un joven policía de fronteras. Tras él apareció el coronel Rose con un sobretodo color verde oliva. Luego salieron dos hombres que vestían ropas civiles e iban esposados, seguidos por el sargento Clary, que empuñaba un Cok 45 con la mano derecha.

Harry oyó pasos a su espalda y notó la mano de Kosov agarrándolo por el brazo. Veinte segundos más tarde, los siete hombres se encontraban incómodamente congregados en torno a la línea blanca pintada en el suelo que marcaba el límite entre Berlín Oriental y Occidental: cinco en la parte norteamericana y dos en la parte soviética. Aquella noche, el protocolo fue mínimo. Con un movimiento de cabeza,

Kosov indicó a los dos ilegales soviéticos esposados que cruzaran la línea. Mientras lo hacían, él soltó el brazo de Harry. Éste cruzó la línea y lanzó un gran suspiro de alivio cuando Clary le dio la bienvenida palmeándolo en la espalda.

Kosov miró a Rose.

—La verdad es que ha demostrado usted tener muchas agallas al negociar este intercambio. Su pragmatismo resulta muy sorprendente en un norteamericano. Sin embargo, la próxima vez...

Rose giró sobre sus talones y comenzó a alejarse sin decir palabra. El sargento Clary y el policía de fronteras lo siguieron. Sin embargo, antes de que Harry pudiera seguirlo, Kosov lo agarró por el brazo.

—Axel Goltz ha muerto —gruñó.

—¿Y eso le preocupa?

—Lo que me preocupa es que no entiendo por qué hizo lo que hizo. Habida cuenta que fue usted quien lo mató, dudo mucho que trabajara para ustedes. Y, teniendo eso bien presente, debo comenzar a tomarme en serio las estupideces nacionalistas que gritó Goltz antes de matar al cabo Ivanov. Mencionó algo llamado Fénix, según creo. ¿Sabe usted de qué se trata?

Harry se encogió de hombros.

—Claro. Es un ave que renace de sus cenizas.

Kosov sonrió fríamente.

—Como quiera, comandante. Yo habría preferido que nuestros dos servicios colaborasen en el caso Hess. Lo único que mi país desea es que el mundo se entere de la verdad. Cuando Alemania comienza a agitarse, hasta los enemigos tradicionales deben unir fuerzas.

—Alguien debió decirle eso a Stalin en 1939 —comentó Harry—. *Guten Abend*, coronel.

Dio media vuelta y se dirigió hacia el Ford que lo esperaba.

Mientras Kosov echaba interiormente chispas, Rykov salió de la garita de aduanas, seguido por una silenciosa figura vestida de negro de pies a cabeza.

—Misha —murmuró Kosov furioso.

El joven asesino se le acercó en actitud de felino hambriento.

—Creo que ya es hora de que le hagas una visita a la puta que tan poco respeto mostró hacia nosotros. Demuéstrale que cumplimos nuestras promesas.

Misha asintió con la cabeza y luego, con una celeridad que asombró a Rykov, se perdió entre las sombras de la Sonnenallee.

—¿Y ahora qué, coronel? —preguntó Rykov.

—Ahora debemos aguardar —replicó Kosov sin quitar ojo a los norteamericanos—. Espero una visita.

Cincuenta metros más allá, Harry subió al Ford del ejército y vio que uno de los

asientos posteriores lo ocupaba un corpulento individuo con sombrero y ropas civiles. Su aspecto le resultaba familiar al comandante, pero Rose se abstuvo de hacer las presentaciones.

El sargento Clary condujo a través de Berlín Occidental como si el Ford fuera un coche de bomberos. Harry reposó la cabeza en el respaldo del asiento, dispuesto a saborear su recién recuperada libertad, pero Rose no le dio tregua. El coronel, que ocupaba el puesto del acompañante, se volvió hacia él y sonrió.

—Muy bien, Harry, cuéntame qué averiguaste.

Harry respondió sin abrir los ojos.

—Averigüé que, sea lo que sea lo que contengan esos papeles de Spandau, se trata de algo lo bastante importante como para que un agente de la Stasi mate por ellos a un oficial del KGB.

—Axel Goltz —dijo Rose—. ¿Lo mataste tú?

—No tuve más remedio.

El coronel asintió con la cabeza.

—Nuestros informantes alemanes orientales dicen que Kosov se puso hecho una furia cuando supo que no podría interrogar a Goltz. Hizo arrestar a todos los agentes de grado superior de la Stasi que lograron encontrar.

Harry movió la cabeza.

—Coronel, Goltz no parecía sentirse más atemorizado por Kosov de lo que se hubiera sentido un perro rabioso. Actuó como si esperase que en cualquier momento aparecieran los tanques de Heinz Guderian, procedentes de la Selva Negra, dispuestos a expulsar a los rusos de Alemania.

—Haría falta algo más que eso —murmuró Rose—. Todos los tanques T-72 de la RDA se están movilizand. Están retirando los vehículos civiles de las carreteras. Alguien en Moscú ha decidido que los alemanes necesitan una lección de humildad.

—Y tal vez sea así —dijo Harry en voz baja—. ¿Averiguaste algo respecto a los nombres que te di? ¿Zinoviev y Fénix?

—Sí y no. —Rose consultó con la mirada al anónimo pasajero del asiento posterior—. Hablaremos en la oficina, Harry.

Harry hizo un gesto de asentimiento.

—De acuerdo.

En el silencio que se produjo a continuación, a Harry le fue imposible hacer caso omiso del hombre sentado junto a él. Al fin Rose decidió hacer las presentaciones.

—Harry, éste es el detective Julius Schneider, de la Kriminalpolizei berlina. Provisionalmente trabajará con nosotros. Él es el tipo que te salvó el pellejo. Dice que te conoce.

—Encantado, detective. —Harry estrechó la gran zarpa de Schneider—. Su cara me resultaba familiar. Le debo a usted una invitación.

—No se moleste —dijo el alemán.

—Bueno, bueno —gruñó Rose—. Terminemos la sesión de bombos mutuos y

subamos a mi despacho.

El coche había llegado a Clay Allee, el bulevar totalmente norteamericanizado bautizado en honor del primer comandante estadounidense de Berlín Occidental. Mientras el sargento Clary devolvía el Ford al depósito del parque móvil, Rose, Schneider y Richardson subieron al cuarto piso. Rose se acomodó tras el enorme escritorio, sirvió whisky a todos los presentes y esperó a que Clary ocupara su puesto en la parte exterior de la puerta.

Harry inició la discusión.

—Bueno, ¿cuál es el gran secreto, amigos? ¿Quién es el camarada Zinoviev? Supongo que no se trata del Zinoviev de Lenin, ¿no?

Rose miró de reojo a Schneider.

—Pues no, no creo, Harry. No sabemos exactamente quién es, o era, Zinoviev. No sabemos si está muerto o vivo. Pero te garantizo que no le haría ninguna gracia que lo llamasen «camarada».

Harry tamborileó impaciente con los dedos.

—Caray, pero dime algo.

Rose dio un trago de Wild Turkey.

—En nuestros ordenadores no hay nada sobre Zinoviev, Harry, absolutamente nada. Estuve a punto de enviar una solicitud cifrada a Langley. Ya sabes: ¿podemos consultar un nombre en su sacrosanta base de datos, bla, bla, bla? Pero no me gusta tratar con la CIA. Para mí es como recurrir a la mafia. Esos tipos son demasiado reservados. Así que lo que terminé haciendo fue llamar a un amigo mío de Estados Unidos que es programador informático y trabaja para el FBI. Consultó el nombre en el banco de datos de los federales, y no te vas a creer lo que averiguó.

—Sorpréndeme.

Rose sonrió, seguro de que, por una vez, sorprendería efectivamente a su amigo.

—V. V. Zinoviev era un capitán de la Ojranna. ¿Te suena el nombre?

Harry se quedó atónito.

—¿La policía secreta del zar?

—Premio para el caballero. —Sonrió Rose—. Los de la Ojranna fueron los primeros anticomunistas del mundo. Comparados con ellos, Joe McCarthy y sus colegas eran hermanitas de la caridad. La pregunta es: ¿qué podían tener en común un sicario del zar Nicolás y Rudolf Hess?

—Bueno... —murmuró Harry—. A fin de cuentas, la Ojranna llevó a cabo pogromos masivos contra los judíos rusos.

Tanto Rose como Schneider parecieron desconcertados.

—Escucha, coronel —dijo Harry—, tú me sacas mucha delantera en este asunto. ¿Por qué no empiezas por el principio y me lo cuentas todo?

—De acuerdo. Mi amigo del FBI consulta el nombre Zinoviev en los ordenadores del Bureau y encuentra un archivo. En él se cita la referencia a la Ojranna, la fecha de nacimiento de Zinoviev, pero no la de su defunción. El archivo dice que desapareció

en 1941, que fue...

—El año en que Hess huyó a Escocia —concluyó Harry.

—Exacto. Bueno, en el expediente de Zinoviev había una clave, HCO, que, por lo visto, significa «Sólo copia impresa». Había también una referencia que remitía a otro archivo.

—¿El de Hess?

—Exacto. Así que mi amigo busca el archivo de Hess. ¿Y qué crees que encuentra? Un montón de tonterías que podían haber averiguado fácilmente en la Enciclopedia Británica. Pero también encuentra una nota referida a un apéndice especial del expediente de Hess, con lo que el Bureau llama una clasificación J. ¿Adivinas a quién corresponde esa J?

Harry negó con la cabeza.

—No tengo ni idea.

—Pues corresponde nada menos que al viejo J. Edgar Hoover. Y a los archivos J sólo puede acceder el propio director.

—Diablos. ¿Y qué tiene que ver el FBI con Rudolf Hess?

—No te lo vas a creer, Harry. ¿Recuerdas a los grandes desertores soviéticos de los años sesenta y setenta? ¿Nosenko, Penkovsky y los demás? La CIA se encargó de interrogarlos, ¿no? Sí, claro que sí. Pero no sé si recuerdas que el FBI no siempre se ha limitado a operaciones dentro del territorio continental de Estados Unidos. Durante la segunda guerra mundial, Hoover no soportaba que la OSS de Bill Donovan se llevase toda la gloria y el resultado de tales celos, aparte de un montón de enfrentamientos políticos, fue que el FBI se vio implicado en varios casos muy importantes de espionaje. Así que, una vez que la CIA hubo terminado de interrogar a los grandes desertores soviéticos, el FBI también tuvo oportunidad de hacerlo. Naturalmente se tuvieron que limitar a indagar sobre los métodos de reclutamiento del KGB en Estados Unidos y cosas por el estilo.

Harry asintió lentamente con la cabeza.

—Sin embargo, cuando los del FBI pudieron hablar con esos desertores, aprovecharon la oportunidad para esclarecer ciertos casos de la época de la guerra que habían quedado sin resolver, y que Hoover había dado orden de seguir investigando siempre que fuera posible. Resulta que uno de esos casos se refería a la colaboración británica con los nazis, o sea, al vuelo de Rudolf Hess.

Harry lanzó un largo silbido.

—Con sus interrogatorios, el FBI desenterró un montón de mierda, pero como supondrás, el Bureau no tenía el menor deseo de informar a la CIA de lo mucho que se habían apartado de las instrucciones recibidas. Todo lo que no pudo ser confirmado mediante pruebas colaterales fue enterrado en un sótano que servía como almacén de archivos. «Sólo copia impresa», ¿entiendes? Por lo visto, lo de Zinoviev entraba en esa categoría. —Los ojos de Rose brillaban de entusiasmo—. Harry, esos archivos llevan veinticinco años en ese almacén. Mi contacto cree que nuestra

investigación es la primera en la que se menciona el nombre de Zinoviev en todo ese tiempo.

—Diablos. ¿De qué clase de acceso disponemos?

—Del archivo de Hess ya podemos olvidarnos. Ni un montón de piratas informáticos graduados en el MIT serían capaces de acceder a un archivo J. —Rose contuvo una sonrisa de satisfacción—. A Zinoviev, por otra parte, sí nos es posible acceder. Mi amigo está poniendo constantemente al día los archivos del Bureau, y parece que le está permitido acceder al almacén en el que se guarda el material del que sólo hay copia impresa. Probablemente, en estos momentos esté examinando el expediente de Zinoviev.

Harry no pareció del todo convencido.

—Coronel, supongo que te das cuenta de que en ese almacén puede no haber nada referente a Zinoviev. Si la referencia a Zinoviev remite a Hess, probablemente su auténtico expediente también estará clasificado J.

—Eso no tardaremos en averiguarlo —dijo Rose—. Pero vayamos al punto central de todo este lío: los papeles de Spandau.

Harry le dirigió una mirada a Schneider.

—Supongo que los papeles están en poder de la policía de Berlín.

—No exactamente —dijo Rose—. Los tienen dos agentes de la policía de Berlín. —Rose consultó un expediente que tenía sobre el escritorio—. Hans Apfel, sargento, edad: veintisiete años; Dieter Hauer, capitán, edad: cincuenta y cinco años. Nuestro amigo Schneider cree que uno de ellos debió de tropezarse con los papeles mientras montaba guardia en la prisión. Asegura que el tal Hauer es todo un tipo: experto en tácticas antiterroristas y un montón de cosas más. Y debe de tener razón. Esos dos no sólo han logrado huir de la ciudad, sino que también han salido de Alemania. Iban en un avión que despegó de Frankfurt hace dos horas.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

Mientras Schneider escuchaba en silencio, Rose hizo un resumen de sus acciones tras recibir la llamada de Harry. Su primera intención fue la de entrar por la fuerza de las armas en Abschnitt 53, pero Schneider lo persuadió para que empleara un sistema más discreto. El coronel se conformó al fin con una intervención masiva de todas las comunicaciones que se produjeran en Berlín Occidental, llevada a cabo por el Cuerpo de Comunicaciones del Ejército, haciendo uso de los poderes especiales conferidos a los aliados al final de la segunda guerra mundial. Así que todos los aparatos que normalmente se dedicaban a escuchar a los soviéticos, se utilizaron para intervenir todas las comunicaciones procedentes o dirigidas a Berlín. Con una amplia sonrisa, Rose reveló lo que habían logrado descubrir de este modo.

—Hace seis horas obtuvimos el premio a nuestros desvelos, Harry. Interceptamos una llamada de la policía de Wolfsburg a la central de policía de Berlín Occidental. Unos agentes de tráfico habían detenido a un hombre por conducción imprudente y, como tenían información de que la noche anterior se habían oído tiros en el bosque

situado más al sur, efectuaron un registro rutinario del vehículo. Y les tocó el primer premio de la rifa. El conductor era un falsificador de Hamburgo. Inmediatamente, el tipo se puso a gritar que dos policías de Berlín Occidental lo habían sometido a chantaje para obligarlo a que les hiciera pasaportes falsos. El tipo aseguraba conocer a Hauer personalmente y describió a Apfel con pelos y señales.

—¿Sabía el falsificador adónde se dirigían los dos policías? —preguntó Harry.

Rose sonrió ampliamente.

—Iban a un conocidísimo centro turístico: la República de Sudáfrica. Viajaban como padre e hijo. El falsificador también les hizo pasaportes a dos hombres de más edad que estaban con Hauer y Apfel, aunque viajaban por separado. El falsificador no conocía sus identidades auténticas ni sabía adonde se dirigían, pero nos dio los nombres y los números que aparecían en los pasaportes falsificados.

—Estupendo. ¿Quién más está al corriente de todo eso?

—Con un poco de suerte, casi nadie. Llamé al Presidium de la policía berlinesa, y recabé la autoridad de todo el mundo menos del presidente para evitar que tal información fuera transmitida a Abschnitt 53. Además, les hice saber de modo inequívoco que si trataban de incumplir mis órdenes, yo me enteraría y actuaría en consecuencia.

Harry permaneció en silencio durante casi un minuto.

—Sudáfrica —dijo al fin—. ¿Hay algo que relacione de algún modo lo sucedido con Sudáfrica?

—Pues lo cierto es que sí lo hay. Mi pequeña ofensiva de escuchas de alta tecnología incluyó el examen de los registros telefónicos de ciertas instalaciones policiales de Berlín Occidental. Descubrimos varias llamadas hechas desde el Presidium policial a distintos números de Sudáfrica. Algunas de esas llamadas se realizaron desde el despacho del propio prefecto.

—Mierda. ¿Tienes los nombres a los que corresponden esos números?

—Los conseguiré antes de veinticuatro horas. Por una vez, el que tiene el contacto exótico soy yo: un comandante del servicio secreto sudafricano.

—Veinticuatro horas son demasiado tiempo, coronel.

—No es posible conseguirlos antes, comandante. E incluso para obtenerlos mañana necesitaremos suerte.

Harry se puso en pie.

—Tienes que enviarme a Sudáfrica, coronel. Lo que allí se cueza, aquí se comerá.

Rose negó con la cabeza.

—No puedo enviarte, Harry.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Sudáfrica no está en nuestro territorio. Ni siquiera está cerca de él. No podemos demostrar que en este asunto estén implicados los intereses norteamericanos. Además, y por si no te habías enterado, en Sudáfrica no somos precisamente el colmo de la popularidad desde que pusimos en vigor las sanciones

contra ellos, y desde que la mitad de nuestra industria abandonó el país. El ejército no me permitirá enviarte allí sólo por el hecho de que los soviéticos estén interesados.

—¡Interesados! Cristo bendito, llegaron al extremo de secuestrarme. Algo gordo se cuece, coronel, estoy seguro. Si no has podido averiguar nada acerca de Fénix es porque Fénix no tiene aquí su base. Debe de estar en Sudáfrica. No nos encontramos ante un simple legado del pasado... ¿No te das cuenta?

—Yo sí me la doy —dijo Schneider en voz baja.

Rose apuró su segundo whisky, se puso en pie y apoyó las enormes manos sobre el escritorio.

—Yo también me doy cuenta, Harry, pero no puedo hacer nada. Tengo encima a la mitad de Bonn y a todo Berlín tratando de evitar que se desencadene un incidente internacional. Oficialmente, no puedo hacer nada.

Harry miró curiosamente a Rose. Le daba la sensación de que el coronel trataba de darle a entender algo, pero no atinaba a saber qué. Hasta que de pronto vio la respuesta, clara como el agua.

—Dame un permiso de dos semanas, coronel —dijo—. Hace siglos que no me tomo vacaciones.

Rose sonrió ampliamente.

—De acuerdo, comandante. De acuerdo.

—¿Puedes conseguirme pasaje en un avión militar?

—Negativo.

—¡Pero en una aerolínea comercial el vuelo debe de durar quince horas!

—Sólo once si vas en Lufthansa —lo corrigió Rose—. Catorce si viajas con South African Air.

—¡Sigue siendo demasiado tiempo!

—No te quejes de tu suerte, Harry. La mayor parte de las aerolíneas sólo vuelan a Sudáfrica una vez a la semana. Tu vuelo sale de Frankfurt mañana a las dos de la tarde.

Harry movió la cabeza exasperado, pero al fin no pudo contener una sonrisa.

—Para cuando llegue allí, espero tener los nombres que corresponden a esos números de teléfono.

—Los tendrás. —De pronto, Rose descargó un gran manotazo contra su escritorio. Con una expresión en la que se mezclaban el desconcierto, la fatiga y la frustración, siguió—. Maldita sea, Harry, ¿qué demonios está ocurriendo? ¿Cómo puede importarles tanto a los rusos algo que sucedió hace cincuenta años?

Pensativamente, Harry replicó.

—Sé lo que quieres decir. Gorbachov tiene preocupaciones mucho más importantes que los misterios de hace cincuenta años. No creo que conocer la verdad acerca del caso Hess contribuya en nada a la Glasnost.

—Los rusos tienen muy buena memoria —dijo gravemente Schneider—. Y la autoridad que Gorbachov posee sobre el KGB es sumamente limitada.

Harry miró al alemán.

—Es posible. Pero los árboles nos están tapando el bosque. No hablamos de historia antigua. A la policía de Berlín eso le importaría una mierda. Hablamos de un vínculo entre el pasado, el pasado de Hess, y el presente, el aquí y el ahora. Quizá Zinoviev sea la conexión.

—Sea cual sea la conexión —dijo Rose—, me huelo que se trata de algo bastante sucio. Supongo que no hace falta que te recuerde la cantidad de jodidos nazis que nuestro propio gobierno protegió de la justicia.

Harry miró fijamente a los dos hombres por unos momentos. Luego echó mano a un bolsillo, sacó algo de él y lo tiró sobre el escritorio de Rose. El fragmento de cuero cabelludo de Goltz cayó hacia abajo sobre el tablero de la mesa con un sordo plop. Negras salpicaduras de sangre mancharon el expediente que Rose tenía ante sí. El coronel hizo intención de cogerlo, pero retiró la mano con gesto de repugnancia.

—¿Qué coño es esto?

—Goltz —explicó Harry—. Era una pequeña calva que tenía un poco por encima y por detrás de la oreja derecha. Dale la vuelta, coronel.

Rose miró recelosamente a Harry como si se estuviera preguntando si éste guardaría en un armario de su casa un collar hecho con orejas de vietnamitas.

—No tenía cámara de fotos —se disculpó Harry.

Rose cogió un bolígrafo, le dio la vuelta con él al reseo y arrugado fragmento de piel y dejó hacia arriba el tatuaje. El coronel lo estudió en silencio, pero Schneider lanzó una ahogada exclamación y los dos hombres se volvieron hacia él.

—¿Había visto alguna vez esta marca? —preguntó Rose.

El alemán asintió con la cabeza.

—Sí. Es difícil de detectar. Una vez el cabello crece de nuevo, la marca resulta invisible.

Harry miró al alemán con curiosidad.

—¿Y qué demonios significa? —quiso saber Rose.

Schneider se encogió de hombros.

—Ciertos miembros de un grupo político semisecreto la llevan. El grupo se llama Der Bruderschaft, la Hermandad. Hay bastantes policías que pertenecen a ella. No sé lo que significa el tatuaje. Siempre pensé que se trataba de un distintivo de afiliación. De cuando en cuando, uno ve a un policía con un vendaje detrás de la oreja. Todos ponen alguna excusa, pero al cabo de un tiempo uno se da cuenta de que algo raro está ocurriendo.

—Parece una puñetera secta —comentó Rose—. ¿Se parece a la Fraternidad Aria de Estados Unidos?

Harry negó con la cabeza.

—La Fraternidad Aria está compuesta de convictos, no de policías. Son asesinos de policías.

—¿Cuántos policías de Berlín llevan esa marca? ¿Una docena? ¿Un centenar?

—Más de un centenar —dijo pensativamente Schneider—. Pero lo que yo no sabía era que la Hermandad también tuviera miembros en la RDA. Resulta inquietante.

—Sí —estuvo de acuerdo Rose.

—Díganos una cosa, detective —comenzó Harry—. ¿Todos los componentes de *Der Bruderschaft* llevan ese tatuaje? ¿O sólo los miembros distinguidos? Unos miembros que tal vez pertenezcan a un grupo verdaderamente secreto.

—Se refiere usted a Fénix —murmuró Schneider—. No, no creo que todos los miembros lleven el tatuaje.

El enorme alemán los miró con el entrecejo fruncido.

—No, yo no llevo un tatuaje debajo del pelo —gruñó—. Y el primero que quiera mirarme la cabeza se pasará la noche en el hospital.

Rose parecía a punto de pedirlo y Harry se puso rápidamente en pie.

—Gracias de nuevo por salvarme la vida, detective. Y ahora, si no tienen ustedes inconveniente, creo que me iré a dormir hasta mañana a la hora del despegue.

Rose dirigió al fin su atención hacia Harry.

—Recuerda que irás a Sudáfrica a ciegas —le advirtió—. Lo que te dije acerca de los británicos sigue en pie: no debes tener contacto con ellos, ni siquiera con tus amigos personales. Todos pueden ser manipulados por su gobierno, en especial los ministros y los lores.

—Y yo también —dijo Harry con una irónica sonrisa—. ¿Te preocupa que James Bond me ajuste las cuentas, coronel?

—No. Me preocupa más alguien a lo George Smiley. Un fulano gordo y con gafas que ya nos saca una delantera de cinco pasos y que conoce al dedillo todo lo que ocurrió en Alemania en 1941.

Harry rumió esto durante unos momentos.

—Por cierto, coronel, Ivan Kosov me dijo que le gustaría colaborar con nosotros en el caso Hess.

—Cuando las ranas críen pelo —murmuró Rose—. Nosotros solitos llegaremos hasta el fondo de este pozo.

Harry sonrió.

—Eso le dije que dirías.

Schneider se puso en pie y le tendió una enorme manaza a Harry.

—*Gluck haben*, comandante.

—*Danke* —replicó Harry.

—Lárgate de una vez —bramó Rose—. Te daré instrucciones antes de que te vayas.

Harry salió de la habitación y devolvió el marcial saludo de Clary al salir al antedespacho.

—¿Qué le parece? —preguntó Rose una vez Harry se hubo retirado.

—Me parece que yo debería acompañarlo —dijo Schneider sin ambages.

—Imposible. A usted lo necesito aquí. Le queda mucho por hacer antes de que pueda descansar, amigo.

—¿A qué se refiere?

—A que debe ayudarme a desenmascarar a la escoria que se oculta en esa comisaría de policía.

Schneider sonrió fríamente.

—*Gut.*

—Pero antes quiero que vaya usted al apartamento de ese sargento de la policía. Apfel, ¿no? Hable con la esposa del tipo. Deberíamos habernos ocupado de ello hace horas, pero no me era posible prescindir de usted.

Schneider fue hasta la puerta y se puso el grueso sobretodo de lana.

—Una cosa, Schneider...

—¿Sí, coronel?

—Lamento lo del tatuaje. Estoy con los nervios de punta. Si encuentra problemas, no se haga el héroe, ¿vale? Ya sé que no le gusta que los norteamericanos nos entrometamos en los asuntos alemanes, pero en un asunto como éste no es posible actuar solo. ¿Comprendido?

Schneider asintió con la cabeza, pero una vez el fornido alemán hubo salido del despacho, Rose se preguntó hasta qué punto había sido sincero el gesto del detective.

CAPÍTULO DIECIOCHO

18.12 horas. Sector Soviético. Berlín Oriental, RDA

En el interior de un BMW negro estacionado a dos calles de los postes fronterizos blancos y rojos del punto de control Sonnenallee, el coronel Ivan Kosov permanecía consumido por la ira mientras un hombre que vestía un traje de dos mil dólares confeccionado en Savile Row le soltaba una filípica por su flagrante incompetencia. El hombre era Yuri Borodin, también coronel y una de las estrellas más brillantes del Duodécimo Departamento del Primer Directorio Principal del KGB. Kosov no soportaba a Borodin. Detestaba su descarada arrogancia, sus ropas hechas a medida, su aristocrática familia y su no menos aristocrático modo de hablar, su meteórica ascensión hasta la cumbre... todo. Y eso hacía que la situación resultase aún más difícil de soportar.

—¿Cree que sus hombres serán capaces de realizar un sencillo trabajo de vigilancia? —preguntó fríamente Borodin.

—*Da* —gruñó Kosov.

Mirando por la ventanilla del coche, Borodin replicó.

—Me temo que no comparto su confianza. El comandante Richardson acudirá al cuartel general del ejército norteamericano a recibir instrucciones y luego entrará en acción. Y allá adonde vaya, ése será el lugar en el que se encuentran los desaparecidos agentes de la Polizei y los papeles de Spandau. Si es que fueron efectivamente papeles lo que encontró el joven alemán. Si se trata de papeles, me apostaría la carrera a que ya están en poder de los norteamericanos.

Ojalá te la apuestes, se dijo Kosov.

—¿Por qué cree que los norteamericanos se han hecho con ellos? —preguntó en voz alta—. ¿Y por qué cree que el comandante Richardson estaba trabajando en el caso Spandau cuando mis hombres lo capturaron?

Con el más aristocrático de los acentos ingleses, Borodin replicó.

—El instinto, querido amigo.

Kosov arrugó la nariz.

—Habla usted como un profesor de Oxford con una pipa metida por el culo.

—¿Y de qué conoce usted el modo de hablar de los profesores de Oxford? —se mofó Borodin—. Simplemente, estoy practicando el inglés de las clases altas, camarada. Probablemente lo necesitaré muy pronto.

Alguien golpeó en la ventanilla ahumada del lado del conductor del BMW. Kosov bajó el cristal.

El capitán Dmitri Rykov asomó la cabeza por la ventanilla.

—Se lo han llevado al cuartel general norteamericano —les informó Rykov mirando a Borodin con curiosidad.

—Entonces, me voy —dijo Borodin.

—¿Adónde? —preguntó Kosov.

—A seguir al comandante Richardson cuando salga del cuartel general. No creería usted que iba a fiarme de que sus hombres lograsen hacerlo adecuadamente, ¿verdad? Naturalmente, no es mi intención ofenderlo.

—Pero... ¿cómo llegará hasta allí?

Con una sonrisa, Borodin replicó.

—En este coche, como es natural.

—¡Pero es mi vehículo privado! —estalló Kosov.

—Vamos, vamos, camarada —dijo Borodin—. Tranquilo. Este coche pertenece al pueblo, ¿no? Necesito un automóvil y éste se encuentra disponible. No se preocupe, se lo devolveré. Ahora, salga del coche. Tengo que irme.

Kosov salió del vehículo y cerró tras de sí con un fuerte portazo. Borodin ni siquiera reparó en ello. Se dirigió a toda velocidad hasta el punto de control, sin que el hecho de llevar documentación falsa le produjera el más mínimo nerviosismo. Borodin pertenecía al Duodécimo Departamento, y el Duodécimo Departamento siempre disponía del mejor material.

Dmitri Rykov miraba estupefacto a su superior. Nunca había visto que Ivan Kosov permitiera que lo trataran con aquella falta de consideración.

—¿Quién era ese hombre, coronel?

Kosov contempló cómo se alejaba su BMW.

—Alguien a quien llegará a conocer muy bien durante los próximos días, Dmitri. —Se volvió hacia Rykov—. ¿Lleva usted encima los documentos necesarios para viajar?

—Sí, camarada coronel.

—Espléndido. Quiero que vaya al sector norteamericano y se dirija al cuartel general del ejército estadounidense. Allí verá usted al hombre que acaba de llevarse mi BMW. Debe seguirlo e informarme de todos sus movimientos. ¿Tiene tarjetas de crédito?

Rykov asintió enfáticamente.

—¿American Express?

—Dorada.

Kosov frunció el entrecejo.

—Capitán Rykov, lo autorizo a gastar cuanto sea necesario para seguir a ese hombre a cualquier parte que se dirija.

—¡Sí, señor!

—A cualquier lugar del mundo —añadió Kosov.

Rykov hinchó el pecho al advertir la trascendencia de las palabras de Kosov. Aquel asunto debía de ser de veras importante. Algo que podía suponer un gran avance profesional.

En voz baja, Kosov siguió.

—Se llama Yuri Borodin. Es un coronel del Duodécimo Departamento.

Rykov se puso pálido.

—¿Quiere que busque a otra persona, capitán?

Rykov se aclaró la voz.

—*Nyet*, camarada coronel. Dmitri Rykov es el hombre que usted necesita.

—Entonces, lárquese al punto de control y averigüe qué tapadera ha utilizado Borodin para cruzar. Pediré un coche para usted. —Kosov le puso a Rykov una mano en el hombro—. Esté atento por si aparece alguien llamado Zinoviev. El tipo, o es muy viejo o está muy muerto. Llámeme con toda la frecuencia que pueda. Le tendré preparada más información acerca de Borodin.

—Gracias, camarada coronel.

—Y, Dmitri... respecto a ese tatuaje. El ojo en la cabeza de Goltz. —Kosov bajó la voz—. Es el símbolo de un hombre tuerto. No conozco su nombre, pero se llame como se llame, él es la figura central de este caso. Los norteamericanos no saben nada acerca de él, y creo que Borodin tampoco. Así que si se tropieza usted con un hombre tuerto, con un ojo de vidrio o incluso con un parche, debe avisarme inmediatamente. Aunque sólo le digan que hay un tuerto implicado en este caso, llámeme.

Rykov asintió, confuso.

—Ahora, largo.

Haciendo caso omiso de su magullada pierna, Rykov echó a correr tras el BMW.

Kosov encendió un cigarrillo Camel y aspiró una profunda bocanada. Retuvo el acre humo durante largo tiempo antes de exhalar. Se sentía mejor. Mucho mejor. Cuando sonrió, la sonrisa le hizo parecer aún más feo de lo que era.

18.30 horas. Lützenstrasse, 30.

El asesino vestido de negro de Ivan Kosov entró sigilosamente en el edificio de apartamentos de Ilse y se deslizó hasta la escalera. Se moría de ganas de darle su merecido a la puta alemana que el día anterior se había mofado de él y se le ocurrían un centenar de métodos para vengarse. Y ojalá la amiguita de la vieja trotacalles estuviera en casa con ella. La chica, antes de morir, podría resultar una excelente distracción. A Misha no dejaba de asombrarle lo simpáticas y colaboradoras que se volvían las mujeres en cuanto él les presentaba su estilete.

Tres pisos más arriba, Eva Beers aproximó el rostro al espejo del cuarto de baño y se quitó el manchado vendaje que le cubría la mejilla. La herida tenía bastante peor aspecto que doce horas antes. La piel colgaba flácida pese a sus intentos por sonreír o gesticular. La noche anterior, cuando regresó a su apartamento, se dio cuenta de que la parte inferior de su mejilla izquierda no se movía con normalidad. Eso la inquietó, pero se dijo que probablemente el fenómeno era debido al shock. Eva había sido

testigo de montones de peleas en bares, y aprovechó su experiencia para remendar la profunda herida que le había hecho el joven ruso. Pero ahora estaba preocupada. A pesar de que la herida había dejado de sangrar hacía mucho, la obstinada carne del lado izquierdo de su boca seguía inmóvil y flácida, como si hubiera sufrido una hemiplejía. Se puso un vendaje nuevo y decidió que, sin hacer caso de la advertencia de Kosov, buscaría la adecuada asistencia médica.

Se puso una bata y se dirigió hacia la sala de su modesto apartamento a fin de echarle un vistazo a Ernst. El viejo y recio taxista roncaba sobre el sofá. Le habían dado una soberana paliza y necesitaba un médico casi tanto como Eva. La mujer se inclinó sobre él y escuchó su agitada respiración. Ver el magullado rostro del hombre volvió a ponerla furiosa. Había esperado que los rusos volvieran a por ella en cuanto se dieran cuenta de que les había mentado respecto a Ilse, pero no había sido así. Esa suerte han tenido, pensó. Y es que, durante el resto de la noche anterior y durante casi todo ese día, varios de los fornidos amigos de sus días de *Ratskellar* habían permanecido en el interior del apartamento por si los rusos aparecían. Hacía una hora, Eva les había dado las gracias a todos y los había despedido, aliviada porque no se hubieran presentado nuevos problemas.

Le dio un suave beso en la frente a Ernst, regresó a su dormitorio y cerró la puerta. En el cajón de la cómoda encontró el número de un viejo médico que hacía no mucho dirigía una discreta clínica en la que atendía a narcotraficantes, adictos y a muchachas en apuros. Espero que siga en el negocio, se dijo. A ella no le gustaban las salas de urgencias, pues había que rellenar demasiados papeles y contestar a demasiadas preguntas. Dejó el número del médico sobre la cómoda y entró en el baño para maquillarse.

En el rellano exterior del apartamento, Misha insertó una herramienta fina como una aguja en la cerradura de la puerta y abrió ésta con la mayor facilidad. Descuidadamente, Eva se había olvidado de correr el cerrojo cuando sus amigos se marcharon, pero sí había echado la cadena. Misha apoyó contra la puerta un hombro de aspecto engañosamente frágil, empujó con fuerza y arrancó de la jamba la sujeción metálica de la cadena.

El ruido de los tornillos al saltar fue mínimo, pero suficiente para que el taxista dormido se rebullera en el sofá. Los oídos de Misha percibieron el rumor y, una vez sus ojos se hubieron acostumbrado a la oscuridad, divisó la yacente figura. Cruzó sigilosamente la sala y miró al viejo. Las magulladuras y el ojo ennegrecido desfiguraban el rostro de Ernst, pero Misha reconoció al viejo que tan tenazmente había peleado en el exterior de su taxi la noche anterior. Mientras Misha lo contemplaba, los ojos de Ernst se abrieron. Con la espantosa claridad de una pesadilla, el viejo taxista reconoció al ruso que permanecía en pie junto al sofá. Abrió la boca para avisar a Eva, pero Misha agarró uno de los raídos cojines del sofá y lo apretó con todas sus fuerzas contra el contorsionado rostro de Ernst.

En el baño, Eva no oyó nada. La batalla que estaba teniendo lugar en la sala era

desesperada pero silenciosa. Cuando Misha comenzaba a advertir que el viejo se debatía con menos fuerza, una mano del taxista salió disparada hacia arriba y se cerró como un cepo en torno al cuello del asesino. Éste, sorprendido por el enorme vigor del viejo, se esforzó en mantener el cojín apretado. Los huesudos dedos que le atenazaban la garganta parecían buscar un hueco al que agarrarse para romperle la tráquea.

A Misha le pareció que ya estaba bien. Lo del cojín había parecido una buena idea al principio, pero saltaba a la vista que era un método demasiado lento para aquel viejo león. Respirando con esfuerzo, mantuvo el cojín en su sitio con la mano derecha y utilizó la izquierda para sacar el estilete que llevaba en la funda tobillera.

Veterano de la vida en las calles, Ernst el taxista comprendió el significado del chasquido del resorte, pero ya estaba luchando con todas sus fuerzas y no podía hacer más. Notó que la fría hoja penetraba en su pecho justo por debajo del esternón. Expertamente, Misha retorció la hoja para seccionar la aorta; el viejo notó que el hielo se convertía en fuego. Se estremeció espasmódicamente y luego sus arrugadas manos soltaron la garganta de Misha.

El ruso se llenó varias veces los pulmones de aire y sacudió la cabeza para aclarársela. No había esperado aquella batalla. Y, de pronto, cuando el cojín resbaló del lívido rostro del viejo, Ernst logró de algún modo reunir fuerzas suficientes para lanzar un grito. No muy alto, pero suficiente. Cuando alzó la vista, Misha vio cómo se cerraba de golpe la puerta del dormitorio de Eva y oyó el chasquido de un cerrojo al correrse. Mascullando maldiciones, buscó con la mirada en los zócalos de la habitación hasta que vio el cable telefónico del aparato del dormitorio. Cortó el negro cable dos segundos después de que Eva descolgase el aparato de su cuarto.

Enfundó el estilete, sonrió y embistió contra la puerta del dormitorio. El cerrojo aguantó el golpe. Misha retrocedió un paso y estudió la puerta. El marco y los dos maderos sólidos de la parte central parecían muy resistentes, pero los cuatro paneles eran de madera más fina. Apuntando hacia un lugar del panel superior derecho — justo por encima del tirador—, Misha pateó con fuerza y astilló la seca madera. Una segunda patada abrió el agujero deseado. Metió la mano por el orificio y tanteó en busca del cerrojo.

Con el certero ojo de una costurera, Eva clavó la punta de un abrecartas de bronce en la mano del ruso que asomaba por el hueco. El alarido que sonó al otro lado de la puerta ni siquiera pareció humano. La estremecida mano de Misha desapareció por el astillado hueco llevándose el objeto con ella.

—¡Maldita puta! —exclamó el asesino arrancándose el abrecartas de la perforada mano—. ¡Date por muerta!

Eva, que no tenía pistola, estaba auténticamente aterrada. Su atacante embistió repetidamente contra la puerta sin dejar de lanzar salvajes alaridos. Sin embargo, la puerta resistió. Luego, de pronto, la ensangrentada mano volvió a aparecer por el hueco y buscó el cerrojo. La herida que tenía en el centro hizo que Eva recordase la

mano de Cristo. Farfullando histéricamente una plegaria aprendida en la infancia, golpeó con una silla los ensangrentados dedos. El ruido de los huesos al quebrarse la hizo estremecer, pero aumentó sus esperanzas de sobrevivir.

Increíblemente, la mano siguió buscando el cerrojo. De nuevo la golpeó Eva con la silla, esta vez en la muñeca. Misha aulló como un loco. Enfurecido hasta más allá del dolor, retiró la mano, retrocedió un paso y lanzó una feroz patada contra el punto en que calculó que se encontraba el cerrojo. Esta vez la puerta se abrió de golpe.

Con lágrimas de terror resbalándole por el vendado rostro, Eva retrocedió hacia la pared del dormitorio manteniendo la pequeña silla de madera ante ella como una domadora. Cuando tropezó contra el tocador, notó que la vejiga se le vaciaba. Como un animal acorralado, quedó paralizada por el terror que le producía el brillo homicida que relucía en los ojos del ruso. Misha avanzó hacia ella y la mujer agitó desesperadamente la silla ante sí, pero él la hizo a un lado con toda facilidad. Lanzó una carcajada, le arrebató la silla de entre las manos y la tiró a un lado.

Las ansias de matar dominaban a Misha. Avanzó hacia la despavorida mujer blandiendo ante sí el estilete ensangrentado. Eva emitió un alarido de terror mortal y embistió ciegamente hacia adelante, esperando contra toda esperanza escapar del ruso. No lo consiguió. Expertamente, Misha aprovechó la inercia de la mujer para tirarla al suelo, y a continuación le plantó una bota entre los omóplatos. Luego la agarró por el cabello, le echó la cabeza hacia atrás y le puso la hoja del estilete en la garganta. Aunque los huesos fracturados le causaban un dolor agónico, Misha esperaba ser capaz de sostener firmemente el estilete durante el tiempo necesario para degollar a aquella obstinada mujer. Puso la ensangrentada hoja ante los desorbitados ojos de Eva.

—¿Sabes de quién es esta sangre, puta? —jadeó el ruso.

—¡Adelante, cabrón! —gritó ella—. ¡Hazlo de una vez!

Misha le apretó la hoja contra la garganta, esforzándose por agarrar bien el estilete con la mano fracturada.

De pronto, en la habitación resonó un estruendoso rugido que parecía proceder de las fauces de un oso de la Selva Negra. Misha alzó la vista sorprendido. Un inmenso bulto avanzaba como una exhalación hacia él. Era Schneider. El corpulento detective acababa de salir del ascensor e iba hacia la puerta del apartamento de Ilse cuando oyó que Misha echaba abajo la puerta del dormitorio. Corrió en dirección al ruido, vio el cuerpo ensangrentado de Ernst en el sofá y cargó en dirección al dormitorio.

Misha alzó el brazo armado tratando de sostener bien el estilete, pero el corpachón de Schneider lo arrolló como a un niño. El asesino salió disparado contra el tocador y aterrizó de culo. Aturdido, cogió el estilete con la mano buena y se puso de rodillas. Schneider retrocedió un paso y se agachó, adoptando la posición clásica de las peleas a cuchillo.

Eva se puso trabajosamente en pie y se situó unos pasos por detrás del detective.

—¡Huya! —gritó la mujer—. ¡Aquí está la puerta!

—¡Lárguese! —ordenó Schneider.

—¡Llamaré a la policía! —gritó Eva histérica tendiendo la mano hacia el inutilizado teléfono.

—¡No llame a nadie! —ladró Schneider—. ¡Váyase abajo!

Recuperadas en parte sus facultades, Misha se agachó y, sonriendo cruelmente, comenzó a apartarse del tocador.

—Deberías haber traído un cuchillo —masculló en alemán.

Schneider agarró una sábana de la cama y se envolvió rápidamente con ella el brazo izquierdo, como le habían enseñado a hacer para defenderse del ataque de un perro. Comenzó a moverse en círculo, esperando el ataque del ruso. Sabía que no tardaría en llegar.

Lanzando un grito, Misha fintó hacia la izquierda y luego lanzó el estilete hacia arriba, en dirección al enorme pecho del alemán. Schneider bloqueó la hoja con el brazo envuelto en la sábana y se apartó a un lado, fuera de peligro; al tiempo que hacía esto, dirigió su mastodóntico puño contra la cuenca del ojo de Misha cuando éste, siguiendo en su embestida, llegó frente a él.

El golpe hizo que el sicario de Kosov se derrumbase como un roble abatido.

Cuando recuperó el conocimiento cuatro minutos más tarde, Misha advirtió que tenía el ojo derecho hinchado y cerrado. Una vocecilla en su interior le dijo que no tardaría en recuperar la visión, pero la vocecilla se equivocaba. El puñetazo de Schneider había incrementado tan súbitamente la presión en el interior del globo ocular que éste, literalmente, había estallado por su punto más débil —que en el caso de Misha había sido en torno al nervio óptico— reduciendo a gelatina su delicado contenido.

Con el ojo bueno, Misha vio al corpulento alemán hablando por teléfono al otro lado de una puerta abierta. Oyó el nombre de Rose, pero éste no significó nada para él. Una rubia despeinada con una venda blanca en el rostro sollozaba en silencio inclinada sobre un sofá. Misha trató de incorporarse, pero se encontró con que tenía los pies firmemente atados con cable telefónico. Y también le habían atado las manos. Con distanciado razonamiento, el hombre se dijo que en realidad aquello no era necesario, ya que su fracturada mano izquierda se había hinchado hasta el doble de su tamaño normal. Oyó al hombretón vociferar por el teléfono y luego colgar el aparato con un fuerte golpe.

Schneider entró en el dormitorio y miró al asesino.

—Unos amigos van a venir a verte —dijo.

Luego fue junto a la mujer y le puso una consoladora mano sobre el hombro.

Lo siguiente que Misha recordaría sería a cuatro hombres vestidos de blanco subiéndolo a una camilla. Esto lo hizo sentirse extrañamente tranquilizado hasta que vio que, por debajo de las blancas batas, los hombres llevaban uniformes color verde oliva. Norteamericanos. Cuando trató de incorporarse, una fuerte mano lo puso de nuevo de espaldas sobre la camilla. La mano pertenecía al sargento Clary. La corta y

violenta carrera de Misha había concluido.

Poco más de kilómetro y medio al este del apartamento de Eva Beers, el capitán Dmitri Rykov llegó a la carrera hasta un teléfono público y marcó el número de la central del KGB en Berlín Oriental. Contestaron casi inmediatamente.

—¿Ha regresado ya el coronel Kosov? —preguntó sin aliento.

—No. ¿Quién lo llama?

—Rykov. No diga nada y escuche. Dígale a Kosov que Borodin siguió al comandante Richardson hasta su domicilio; pero no se quedó vigilando fuera, sino que entró en el apartamento. Ahora estoy en la calle, pero voy a volver allá. El edificio está en Wilmersdorf, unas tres manzanas al norte de la Fehrbelliner-Platz. Creo que la calle se llama Zahringer-Strasse. Es un edificio con aspecto lujoso. A Kosov no le costará localizarlo. Sexto piso. ¿Ha tomado nota de todo?

—Creo que sí —replicó una nerviosa voz—, pero... ¿puede repetirlo para que quede en cinta? Es que tenía el grabador desconectado.

—¡Maldita sea!

Rykov repitió su mensaje para el magnetófono y regresó corriendo al vestíbulo del edificio de apartamentos de Harry Richardson.

19.23 horas. Haslemere, Surrey, Inglaterra

Cuando Golondrina llegó a la pequeña casa con techo de tejas de Michael Burton comenzaba a llover. La mujer se apeó del Ford Fiesta que había alquilado en el aeropuerto de Gatwick y subió por el camino de acceso llevando un paraguas color azul brillante en una mano y en la otra una tablilla con sujetapapeles y una hucha de hojalata, los adminículos habituales de las voluntarias que trabajaban para la beneficencia. Tocó el timbre pero no obtuvo respuesta. Como no había ninguna ventana iluminada, rodeó la casa y, tras hacerlo, divisó la amarillenta luz del invernadero que Burton había construido con viejos leños y gruesas láminas de plástico transparente. El invernadero relucía como una isla de verano en el fresco crepúsculo. Golondrina fue hasta la pequeña edificación y, como la puerta no estaba cerrada, pasó al interior.

La escena resultaba en cierto modo incongruente: el alto y flaco ex comando en pie entre las frágiles orquídeas; la artificial calidez del invernadero después del tonificante aire fresco de la noche. En algún lugar zumbaban los humidificadores-calefactores. La lluvia caía sobre el plástico del techo y el dulzón aroma de las orquídeas enmascaraba incluso el penetrante perfume de Golondrina. Burton alzó de pronto la vista sobresaltado, pero se tranquilizó al ver que su visitante era una mujer que, por su aspecto, parecía una matrona del pueblo que probablemente estaba

haciendo una colecta en favor de los huérfanos o algo así. La observó sacudir el paraguas y dejarlo contra la pared.

—¿Qué desea? —preguntó el hombre amablemente.

Golondrina se había propuesto disparar su pistola sin sacarla del bolso, pero el ex agente del SAS advirtió lo que casi ningún otro habría advertido: un involuntario fruncimiento de los párpados, una ligera tensión del brazo que evocaba la posición de tiro. Golondrina estaba demasiado alejada para que Burton la atacase —que era lo que, según su entrenamiento, debía hacer—, así que giró sobre sí mismo y corrió hacia la doble pared de plástico del invernadero. En el momento en que Golondrina hacía fuego y lo alcanzaba en el hombro, él agarró con la mano derecha una afilada azada. Se inclinó tras una mesa-semillero, desgarró la pared de plástico con la azada y salió al patio por el orificio.

Golondrina corrió hacia la abertura y se puso en cuclillas, en la clásica postura de disparo, dispuesta a hacer fuego de nuevo mientras Burton cruzaba el patio a la carrera. Pero Burton no intentó huir. Al darse cuenta de que el recorrido por terreno abierto sería demasiado largo, el ex comando golpeó con la azada el plástico, y no alcanzó la garganta de Golondrina por escasos centímetros. Sobresaltada, la mujer apuntó contra la difusa silueta y disparó de nuevo, alcanzándolo esta vez en el pecho. El impacto lanzó a Burton hacia atrás, sobre la húmeda hierba. Golondrina pasó a través del desgarro en el plástico y quedó en pie junto a él. El hombre respiraba entrecortadamente y Golondrina percibió el susurro del aire al escapar por la herida en el pecho.

Las últimas palabras que pronunció Michael Burton no fueron los nombres de su ex esposa, de sus hijos, de su madre, ni de su hermano. En la creciente penumbra, alzó la cabeza.

—Hess... —murmuró. Luego el hombre se desplomó en el suelo y farfulló—. Shaw... maldito cabrón.

Pero la única que estaba allí para oírlo era Golondrina. Cuatro segundos más tarde, la mujer le disparó un tiro en la frente, giró sobre sus talones y cruzó parsimoniosamente la pradera. Dejó a Burton bajo la lluvia, con los dedos manchados de tierra vegetal, junto a la rasgadura de la pared del pequeño invernadero, por la que escapaba el aroma de las orquídeas como el alma del cuerpo de un difunto.

Mientras conducía de regreso al aeropuerto de Gatwick, donde tenía reservado pasaje en el siguiente vuelo a Tel-Aviv, Golondrina comprendió de pronto por qué sir Neville había deseado la muerte de Michael Burton. Sin duda había sido Burton el que, hacía cuatro semanas, se había metido subrepticamente en Spandau saltando el muro durante el mes de vigilancia de los norteamericanos, metió una nota de suicidio falsificada en el bolsillo de Rudolf Hess y luego lo estranguló con un cable eléctrico. Pero esto a Golondrina sólo le interesaba en la medida en que en un futuro podía darle un arma contra Shaw. Para ella, el hombre que había asesinado a Rudolf Hess no era más que una escala en el camino que conducía hasta Jonas Stern.

CAPÍTULO DIECINUEVE

19.30 horas. *Zahringer-Strasse, Berlín Occidental*

Julius Schneider lamentó no haber subido por la escalera. El ascensor era un viejo aparato hidráulico que iba más despacio que una persona subiendo a pie. Cuando las puertas se abrieron al fin, salió al enmoquetado corredor y se dirigió presurosamente hacia el pasillo lateral que conducía al apartamento 62, el número que el coronel Rose le había dado por teléfono. El coronel había dicho poco más, pues se había limitado a darle ahogadamente la orden de presentarse en aquella dirección lo antes posible.

Cuando Schneider dobló la esquina, vio al sargento Clary montando guardia en el exterior del apartamento 62. La mano derecha de Clary reposaba en la culata de la pistola del 45 que llevaba al cinto. Su tenso rostro no reflejaba nada. Schneider recordó al joven hacía sólo una hora en el apartamento de Eva Beers, sonriendo satisfecho mientras detenía al asesino del KGB. Ahora daba la sensación de que Clary no habría sido capaz de sonreír por mucho que se lo hubiera propuesto.

—Dentro, señor —dijo el sargento cuando Schneider se aproximó.

—*Danke* —repuso el alemán, y traspuso el umbral.

Aunque el cadáver no se hubiera encontrado en el vestíbulo, Schneider habría detectado la presencia de la muerte en el apartamento. Olía a pólvora y, peor aún, a carne quemada. En el aire flotaba una dulzona fetidez que Schneider recordaba de otras muchas ocasiones y que le hizo respirar sólo con la boca. Aquel hedor podía envenenar el alma de un hombre.

Pero el cadáver estaba allí, de bruces, con una pequeña herida de bala — probablemente el orificio de entrada— entre los omóplatos. Sin una vacilación, Schneider dio la vuelta al cadáver. Dmitri Rykov miró el techo con ojos ciegos.

—¿Qué le parece? —preguntó una voz crispada.

Schneider alzó la vista y miró al coronel Godfrey Rose. El norteamericano tenía un cigarro sin encender entre los dientes y su macilento rostro estaba animado por una furibunda expresión.

—¿No es éste el ruso del punto de control Sonnenallee? —quiso saber Schneider.

—Sí. Clary le sacó una foto con teleobjetivo cuando se encontraba en el exterior de la garita de aduanas.

Schneider asintió con la cabeza.

—¿Me llamó usted por esto?

Rose negó con la cabeza, dio media vuelta y desapareció por un corto pasillo. El alemán siguió notando en el estómago el familiar peso de la presencia de la muerte. Cuando vio lo que había en el dormitorio, el corazón se le encogió.

Harry Richardson se encontraba sentado en una silla situada frente a la puerta. Tenía los ojos muy abiertos, estaba desnudo y en torno a la silla había un gran charco

de sangre. Los brazos y las piernas del hombre estaban atados a la silla mediante finas cuerdas de nailon. Le habían metido en la boca un par de calcetines color azul marino. Schneider se fijó inmediatamente en la infinidad de pequeñas marcas circulares que Richardson tenía en el pecho. Quemaduras de cigarrillo. Schneider había intervenido en múltiples casos de malos tratos a niños. Por debajo de las quemaduras había tres cortes laterales que triseccionaban el abdomen. No eran cortes profundos, pero habían sangrado profusamente y, con toda probabilidad, habían resultado insoportablemente dolorosos. Pero lo de la cabeza era lo peor. Trazada a cuchillo sobre la despejada frente de Harry Richardson había una tosca esvástica roja. La sangre procedente de los brazos de la cruz gamada había caído sobre los ojos abiertos de Harry, y también sobre su boca. Schneider tuvo que recordarse a sí mismo que debía volver a respirar.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó en alemán.

El coronel Rose permanecía en el rincón más apartado del cuarto, con las piernas ligeramente separadas, plantadas como árboles en el suelo, y los brazos cruzados sobre el pecho.

—Cuéntemelo usted —dijo con voz lejana y apenas humana—. Si lo llamé, fue por esto.

—Maldita sea —murmuró Schneider—. ¿Por qué no le ha cerrado los ojos?

—El detective de homicidios es usted. Quería que viese la escena del crimen antes de que nosotros tocáramos nada. Quizá usted perciba algo que a mí se me escapa.

Schneider miró en torno. La habitación estaba totalmente revuelta, y el responsable de ello era alguien que sabía cómo efectuar un registro rápido.

—¿Y qué dice su gente? —quiso saber el alemán.

Rose frunció los párpados.

—Dijo usted que quería ayudarme, Schneider. Ahora tiene la oportunidad de hacerlo.

El detective miró a Rose y luego movió la gran cabeza.

—Coronel, la investigación de un homicidio es un trabajo de equipo. Necesito a expertos en huellas, fotógrafos, técnicos forenses...

—Déjese de bobadas —replicó Rose—. No me costaría llenar esto de técnicos provistos del equipo más moderno. Lo que quiero saber es qué le dice su instinto. Su *Trieb*, ¿recuerda?

Con una extraña sensación de irrealidad, Schneider dio una lenta vuelta por la habitación sin perder de vista ni por un momento el desnudo cuerpo de Richardson. En seguida advirtió varios hechos, los más evidentes. Pero Schneider no se fiaba de lo evidente. Muchas veces, las cosas que saltaban a la vista ocultaban verdades más sutiles. La causa de la muerte parecía estar clara: un orificio de bala en la nuca, pequeño calibre, disparada contra los frágiles huesos de la zona cervical. Una ejecución. Saltaba también a la vista que Harry se había resistido a morir, pues las

cuerdas que lo ataban le habían quemado la piel. Schneider miró los grises y muertos ojos del norteamericano una sola vez y luego apartó rápidamente la mirada. Allí no encontraría más que la expresión congelada de terror mortal, más animal que humano, que Schneider había visto en muchas, en demasiadas ocasiones.

Y por último estaba el mensaje... en el caso de que fuera un mensaje. Dibujada con la sangre del charco que había bajo el pie derecho de Harry había una letra B mayúscula. El dedo gordo del pie del norteamericano estaba manchado de sangre y era con él con lo que se había trazado la B. Tras la letra mayúscula había una línea curva que podría haber sido el comienzo de otra letra —quizá una r minúscula—, pero daba la sensación de que cuando estaba trazándola Harry había recibido un tiro, ya que del trazo salía una línea tangencial hacia fuera, como si el pie que había estado dibujando en el suelo hubiera sufrido un fuerte espasmo.

Schneider se puso en cuclillas y examinó la primera letra. No había posibilidad de error: o se trataba de una B o no era nada. Tras echar un largo vistazo final a la segunda letra, el corpulento alemán se puso en pie, cerró cuidadosamente los párpados de Harry y volvió a la sala. Allí el aire era respirable. A su espalda, Schneider oyó los pasos de Rose.

—¿Qué opina? —preguntó el coronel.

—Un ruso muerto, un norteamericano muerto —replicó Schneider—. No es asunto mío.

—Yo le digo que sí lo es. ¿Quién cree que lo hizo?

—Alguien que tenía prisa.

—No tengo tiempo para juegos, Schneider.

Tras lanzar un profundo suspiro, el alemán dijo.

—Muy bien. Alguien irrumpió en el apartamento, sorprendió a Richardson, lo torturó para conseguir información y fue sorprendido por el ruso del vestíbulo. El ruso trató de huir y el asesino le pegó un tiro en la espalda. Tras conseguir o no la información, el asesino ejecutó a Richardson y se fue. ¿Cómo se enteraron de lo ocurrido?

—Por una llamada anónima. Un tipo con acento inglés. Clary y yo vinimos hasta aquí, encontramos a Harry y acordonamos el lugar.

Schneider asimiló esto en silencio.

—¿Cómo interpreta lo de la esvástica? —preguntó Rose.

Schneider se encogió de hombros.

—Un balazo en la nuca es la clásica ejecución tipo Dachau —comentó Rose—. La especialidad de las SS.

—En la Lubyanka emplean el mismo método de ejecución.

—Sí —murmuró Rose—. ¿Quiere decir que no cree usted que fueran los alemanes? ¿Ni Fénix, ni la Hermandad, ni algunos neonazis chiflados que se hubieran podido tomar a mal que Harry matara a Goltz?

—¿Por qué iban a hacer algo así los alemanes, ni siquiera los de Der

Bruderschaft? O, si lo hubieran hecho, ¿por qué iban a dejar una esvástica? ¿Por qué no el ojo color sangre? ¿O por qué tenían que dejar nada? Sabían que el asesinato enfurecería a los norteamericanos. ¿En qué les iba a ayudar eso a ellos? Sólo con implementar una parte de sus poderes, los aliados podrían hacer que Berlín se convirtiese en un émulo de Beirut.

—¿Por qué esto, por qué aquello? —gruñó Rose—. ¿Por qué iba la jodida Stasi a matar a un agente del KGB, si con eso sólo conseguiría poner en su contra al grueso del KGB? Desde el día de ayer, todo es una pura insensatez, Schneider. Quizá ellos quieran que tomemos medidas enérgicas en Berlín. Quizá piensen que con eso desencadenarían grandes protestas contra la continuidad de la ocupación. —Rose, nervioso, se frotó la frente—. Lo más terrorífico es que tengo las manos atadas. Cinco minutos antes de recibir esa llamada anónima, me dieron orden de abandonar todas las investigaciones referentes a la prisión Spandau y a Rudolf Hess.

Una leve sonrisa se extendió por los labios de Schneider.

—¿Quién le dio esa orden, coronel?

—Vino de muy arriba, querido amigo. De lo que llamamos las Altas Esferas Divorciadas de la Realidad. En mi opinión, Washington está tapando a los malditos británicos.

—¿Se refiere a las letras trazadas con sangre en el suelo?

—Exacto. Es evidente que Harry intentaba decirnos quién lo mató. Y yo diría que la B y la r son las dos primeras letras de la palabra «Británicos».

Schneider chasqueó la lengua.

—Coronel, no estoy seguro de que la segunda letra sea una r. Podría ser una c, o incluso una o. Si realmente se trata de una r, tal vez Richardson trató de escribir «Bruderschaft». La Hermandad. Fénix.

—Es posible —admitió Rose—. Pero acaba usted de decirme que no creía que los responsables fueran alemanes. Decídase de una vez, haga el favor. —Hizo una pausa para reflexionar—. No, lo de la esvástica salta demasiado a la vista. Este caso gira en torno a Spandau y Hess. Tenemos a un muerto ruso y a un muerto norteamericano. En mi opinión, eso señala hacia los británicos, no a los alemanes.

Schneider alzó una ceja.

—Un comunicante anónimo con acento británico es algo tan obvio como esa esvástica. Además, no podemos desechar la posibilidad de que fuera el propio asesino el que dibujó esas letras con sangre para despistarnos. —El alemán suspiró, incómodo—. Coronel... ¿cree usted posible que esto lo haya hecho gente de su propio gobierno?

Rose alzó vivamente la cabeza.

—Schneider, he pasado toda mi vida en el ejército, pero si creyera que lo que usted sugiere es posible, acudiría directamente al puñetero New York Times y les contaría lo ocurrido.

Schneider lo creyó.

—¿Y qué piensa hacer? Si su propia gente no lo va a ayudar en el caso Hess, está usted atado de pies y manos.

—A estas alturas ya debería conocerme un poco mejor —replicó Rose. Alzó un brazo y señaló hacia el fondo del pasillo—. Yo apreciaba mucho a ese hombre —murmuró—. Sirvió a su país en la guerra, y también lo sirvió en lo que los políticos gustan de llamar paz. —La mejilla de Rose se estremeció a causa de la ira que dominaba a su dueño—. Los que le hicieron esto a Harry, fueran los británicos, los alemanes o los que fueran, lo pagarán, no ya caro, sino carísimo. No pienso descansar hasta conseguirlo.

En aquel momento, Clary dio dos rápidos golpes en la puerta y entró. Schneider se quedó boquiabierto. En la puerta principal del apartamento de Harry Richardson estaba el recio coronel Ivan Kosov. El ruso se adentró dos pasos en el vestíbulo y se inclinó sobre el cuerpo de Dmitri Rykov. Cuando el coronel alzó la cabeza, Schneider advirtió la furia que brillaba en sus ojos. Estupefacto, el alemán se volvió hacia Rose en busca de una explicación.

—Yo lo llamé —confesó Rose—. Si mi gente no me ayuda, por Dios que aceptaré la colaboración de quien sea.

Schneider escrutó los ojos de Rose.

—¿Qué pinto yo aquí realmente? —preguntó en voz baja.

Y de pronto lo comprendió. A Rose le habían prohibido seguir investigando el caso Spandau con sus propios hombres, así que había llamado a Schneider para que recogiese la antorcha que Harry Richardson había soltado. A Schneider le exasperó que el norteamericano considerase necesario hacer teatro para motivarlo a él. Desde el principio había deseado ir a Sudáfrica con Richardson. Funk, Luhr, Goltz... todos ellos eran simples adláteres, corruptos servidores de un insidioso poder que se estaba infiltrando en Alemania procedente del exterior. En el mejor de los casos, detenerlos constituiría una simple victoria temporal. El auténtico enemigo era el hombre al que servían, quienquiera que fuese. Para unir a agentes de la Stasi y de la Polizei, que eran enemigos declarados, sería necesario un poder auténticamente prodigioso. Y Schneider sabía de sobra que para matar a un monstruo se le corta la cabeza, no una mano. Tras dirigir una mirada a Kosov, que estaba arrodillado, tomó a Rose por el brazo y lo hizo volver a la habitación en la que se encontraba el cadáver de Harry Richardson.

—Iré a Sudáfrica, coronel —gruñó—. Pero no me gusta que me manipulen. Mandarme allí fue lo primero que debió usted hacer. ¿Quiere encontrar a dos policías alemanes? Mande a un policía alemán a buscarlos. —Schneider señaló hacia la sala con un movimiento del pulgar—. Pero le informaré a usted, no a él. ¿Entendido? Sólo confío en usted. No en su gobierno, ni en Kosov, ni en el gobierno de Kosov. Sólo en usted.

—De acuerdo, detective. —Rose sacó de un bolsillo el pasaje de avión de Harry y se lo entregó al alemán—. A partir de ahora, todos sus gastos los pagaré yo de mi

cuenta bancada personal. —Bajó la voz—. Su vuelo sale mañana a las dos de la tarde. Antes de que se vaya, le daré instrucciones. Ahora, si no le importa, tengo que hablar de negocios con mi nuevo amigo ruso.

Schneider se volvió. Ivan Kosov permanecía inmóvil y en silencio ante la puerta del dormitorio, con la vista fija en la mutilada cabeza de Harry Richardson. Schneider se metió el pasaje de avión en el bolsillo del abrigo y se dirigió hacia la puerta. En el último momento, Kosov se hizo a un lado. Schneider se detuvo, volvió la vista hacia Harry y luego miró al ruso durante el tiempo suficiente para que Kosov leyera el mensaje que había en sus ojos, y que decía. «Yo odio a los rusos tanto como tú a los alemanes. Dejé ciego a tu enlutado asesino, y no he descartado que tú seas el responsable de lo que ha ocurrido aquí.»

Schneider siguió su camino. Comprendía los motivos del coronel Rose: aquél era un matrimonio de conveniencia, nada más. La política, como de costumbre, hacía extraños compañeros de cama. Rose no confiaba en su homólogo ruso más que Schneider, pero los dos profesionales tenían mucho en común. Son como dos padres llorando los asesinatos de sus hijos, se dijo Schneider mientras bajaba por la escalera. Dos padres sumamente peligrosos. Le había parecido que Kosov estaba aún más furioso que Rose, si eso era posible. Schneider albergaba la esperanza de que ambos hombres se dieran cuenta de a qué se enfrentaban ellos y él. Hacía dieciocho horas, Richardson casi le había arrancado el cuero cabelludo a un agente de la Stasi en una calle de Berlín, y ahora lo único que le esperaba al comandante era un funeral con el ataúd cerrado. Schneider se dijo que a quienquiera que le hubiese hecho aquello al comandante norteamericano había que tomárselo muy, muy en serio.

Seis pisos por debajo del apartamento de Harry, Yuri Borodin sonreía satisfecho. A fin de cuentas, su plan había dado resultado. Diez minutos antes se había sentido furioso. Contra lo que Borodin esperaba, Richardson no tenía en su poder los papeles de Spandau, e incluso bajo tortura se negó a decir nada de los dos policías alemanes. No era intención de Borodin matar a Richardson, pero el norteamericano le hizo enfurecer. Y luego, el torpe sicario de Kosov apareció en mitad del interrogatorio. Borodin disparó contra Rykov mecánicamente, sin saber siquiera de quién se trataba. Y eso decidió el destino de Richardson. Borodin no podía dejar con vida a ningún testigo de lo que había hecho. Ni siquiera un hombre del Duodécimo Departamento podía matar impunemente a un colega del KGB.

Sin embargo, en medio de tanta adversidad, tuvo una inspiración. Antes de salir del apartamento de Harry, Borodin había dejado colocados dos microtransmisores, uno en la sala y otro en el dormitorio. Luego hizo una llamada telefónica anónima al coronel Rose. La cosecha había sido copiosa. Ahora no sólo sabía dónde estaban los dos policías alemanes, sino que también conocía la identidad del emisario de Rose a Sudáfrica. El corpulento detective de la Kripo lo conduciría directamente hasta Hauer

y Apfel, y en último extremo hasta los papeles de Spandau.

Y, por si todo eso no fuera suficiente, ahora estaba escuchando a Kosov y a Rose tramar una operación clandestina que podía destrozar las carreras de ambos militares. Borodin se dijo que su único descuido había sido no ver lo que el norteamericano había escrito en el suelo con su propia sangre. Naturalmente, Richardson había tratado de escribir «Borodin», pero, por lo visto, la bala que le atravesó la médula espinal convirtió la o en algo parecido a una r. El anglófono Rose ya había malinterpretado la única pista que podía ayudarlo; y no era probable que Ivan Kosov lo sacase de sus fantasías. Mientras Schneider salía del portal del edificio de Harry, Yuri Borodin lanzó una carcajada. Incluso en los malhadados días de la Glasnost, su trabajo resultaba a veces muy divertido.

19.31 horas. Vuelo 417 de Lufthansa. Espacio aéreo corso

Dieter Hauer contempló la reluciente y arrugada bola de papel de aluminio que tenía en la mano. Había tardado cuatro minutos en sacarle a Hans los papeles de Spandau del bolsillo de los pantalones, y había tenido que utilizar para ello sus mejores mañas de carterista, pero al fin lo había conseguido. Hans estaba en el asiento del avión contiguo al suyo, durmiendo como un leño. Hauer retiró la lámina de aluminio que recubría los finos papeles como si éstos fueran un precioso tesoro arqueológico. Pese a todo lo sucedido, aún no los había visto con sus propios ojos.

La primera página era como Hans había dicho: un párrafo escrito en alemán, seguido por varias páginas que eran un puro galimatías. Hauer leyó por encima la parte que estaba en alemán, pero no se enteró de nada nuevo. Lanzó un suspiro, sacó la última página del montón y miró la firma. Allí estaba. «Número Siete.» Dios mío, se dijo, el tipo llevaba tanto tiempo encarcelado que ni siquiera usaba su nombre. Si es que el pobre diablo lo recordaba.

En la última página, Hauer vio el bien dibujado ojo. Su aspecto era exacto al del ojo que había visto tatuado en no menos de una docena de cueros cabelludos. Era evidente que, quienquiera que hubiese escrito los papeles de Spandau, había recibido al menos en una ocasión la visita de alguien que llevaba algo más que cabello detrás de la oreja derecha. Hauer no se dio cuenta de que tres de las páginas estaban en blanco hasta que comenzó a ordenarlas para volver a envolverlas en el papel de aluminio. Se frotó fuertemente los ojos sin querer aceptar lo que veía, pero la realidad saltaba a la vista. Había tres páginas sin nada escrito en ellas. ¡El papel ni siquiera era el mismo! Su primer impulso fue despertar bruscamente a Hans y exigirle que le dijera qué había hecho con los papeles. Sin embargo, apenas hubo levantado una mano para hacerlo, Hauer comprendió lo que había sucedido. Las hojas sustituidas lo decían bien claro. El profesor Natterman había mentido. Al final, el viejo se había guardado unas páginas para sí. Hauer se estremeció de furia al recordar cómo

Natterman se había metido en el baño antes de dejar el envoltorio de papel de aluminio sobre las piernas de Hans.

¡Cabrón codicioso!, pensó exasperado. ¡Estando en juego las vidas de tus familiares! Hauer tomó de nuevo la última página y la miró frustrado. Furiosamente leyó la nota final en alemán, y algo en ella le llamó la atención.

Fénix utiliza a mi hija como a una espada flamígera. ¡Si ellos supieran! ¿Seré para mi ángel algo más que un difuso recuerdo? No. Es preferible que ella nunca lo sepa. Toda mi vida ha sido una locura, pero la proximidad de la muerte me infunde valor...

«Es preferible que ella nunca lo sepa.» Aquellas palabras resonaron en la cabeza de Hauer. Es preferible que tampoco tú lo sepas, se dijo mirando a Hans. De todas maneras, no tardarás en averiguarlo. A Hans, el largo cabello le caía sobre los ojos cerrados. Con gran cuidado, Hauer volvió a envolver las páginas en el papel de aluminio y devolvió el envoltorio al bolsillo de Hans preguntándose. ¿Y qué harás cuando al fin te enteres de que tu abuelo político ha condenado a muerte a tu esposa? Y es que sin tener los papeles de Spandau intactos para dárselos a los secuestradores como rescate, Hauer sabía que las posibilidades de sacar viva a Ilse de África se reducían al menos a la mitad. ¿Cómo ha podido ese cabrón hacerle eso a alguien que es carne de su carne y sangre de su sangre?

Y de pronto Hauer comprendió lo ocurrido. El viejo no había robado los papeles que faltaban: ¡los había perdido! Los perdió cuando el afrikáner lo atacó. Ése era el motivo de que Natterman hubiera registrado con tal frenesí el cadáver que Hans arrastró hasta el interior de la cabaña. Lo que buscaba eran los papeles desaparecidos. ¡Y no encontró nada! Dios mío, pensó Hauer descompuesto, ¡los papeles los tiene otra persona!

Mientras el DC-10 seguía viajando velozmente hacia el sur, Hauer se preguntó quién podría haber encontrado la cabaña de Natterman antes que él y Hans. ¿Los hombres de Funk? Evidentemente, los secuestradores habían obligado a Ese a darles el número telefónico de la cabaña. ¿Les habría dicho también dónde estaba ubicada? ¿Cuándo habrían capturado a la joven? ¿Quién más andaba detrás de los papeles en aquellos momentos? En los alrededores de los despachos de billetes del aeropuerto de Frankfurt, Hauer había visto a unos cuantos jóvenes de aspecto inequívocamente inglés, pero Hans y él lograron pasar entre ellos valiéndose de sus pasaportes falsos.

Si Hauer hubiera sabido realmente quién tenía los papeles que faltaban, tal vez no se hubiera sentido como un pastor llevando a una oveja al matadero. Pero no lo sabía. Cerró los ojos y, mientras en sus oídos sonaba el zumbido de las turbinas del avión, una palabra daba vueltas y más vueltas en su cerebro. ¿Quién?

Jonas Stern apartó los ojos de la autopista el tiempo imprescindible para fulminar con la mirada a Natterman, que ocupaba el asiento del acompañante.

—Vamos a Israel a recoger unos paquetes, y eso es todo lo que le voy a decir.

—Pero ¿qué clase de paquetes son esos?

—No tardará en averiguarlo.

—Pero se pasó usted horas al teléfono —insistió Natterman—. Desperdició todo un día.

—*Klap kop in vant!* —le espetó Stern en yiddish—. ¿Y qué más da si el Mesías llega con un día de retraso? Esos paquetes no se piden como si fueran pizzas, profesor. Usted mismo me dijo que la cita con los secuestradores no es hasta mañana por la noche. Llegaremos a Pretoria con tiempo sobrado.

Enfurrñado, Natterman preguntó.

—¿Por qué habló usted con un general de las Fuerzas Aéreas?

—¡Escuchó usted mis llamadas! —estalló Stern.

—Sólo una —mintió Natterman—. Únicamente quiero saber qué está ocurriendo. ¿Qué tiene eso de malo?

—Ya se enterará de lo que deba saber —dijo Stern con el entrecejo fruncido—. Pero será cuando necesite saberlo, ni un momento antes. Si se olvida por un instante de su preciosa carrera y me cuenta todo lo que sepa acerca de la misión de Hess, tal vez yo actúe recíprocamente.

Natterman se llevó una marchita mano a la boca y se mordió la uña del pulgar. Parecía un buscador de oro tratando de decidir si revelaba o no a un extraño cuya ayuda necesitaba la ubicación de la mina que acababa de descubrir. Con actitud súbitamente grave, tendió el brazo y tocó el de su compañero.

—Le diré lo que pienso acerca de la misión de Hess —dijo, nervioso—. Creo que Rudolf Hess sigue vivo.

Stern miró de reojo a Natterman y luego volvió de nuevo la vista al frente, hacia la amplia autopista. Riendo entre dientes, dijo.

—Ya sé que está usted convencido de ello, profesor. Y me gustaría que la cosa fuera tan sencilla. Pero creo que ha visto demasiadas películas.

—¿Quiere decir que usted no cree que Hess esté vivo? —preguntó incrédulamente Natterman.

Stern sonrió.

—Claro que sí. Comparte vivienda con Martin Bormann y Josef Mengele. Amelia Earhart es el ama de llaves y Elvis Presley ameniza las cenas.

Natterman hizo caso omiso del sarcasmo.

—Entonces, ¿no va usted en busca de Hess? —preguntó recelosamente.

Stern negó con la cabeza.

—Ya le dije que no soy un cazador de nazis, profesor. Soy más bien una especie

de guarda jurado. Y el coto que protejo es Israel.

—Hess está vivo —insistió Natterman—. Lo sé. Es perfectamente verosímil. Su doble murió hace sólo cuatro semanas, y la atención médica en Spandau era atroz. —Natterman cruzó los brazos retadoramente—. Rudolf Hess está vivo y pienso dar con él.

Stern gruñó, escéptico.

—Dado que no lo está usted persiguiendo —dijo Natterman en tono de superioridad—, creo poder decirle por qué sé que sigue vivo.

—Ilústreme, oh, maestro —dijo Stern con burlona gravedad.

Natterman frunció el entrecejo.

—Ríase si quiere, pero apuesto a que de lo que voy a decirle no se reirá. ¿Recuerda el ojo tatuado que llevaba el afrikáner en la cabeza? Ésa es la constante de todo este endemoniado asunto, el símbolo unificador. Los papeles de Spandau decían que el ojo era la clave, y los miembros fascistas de la policía de Berlín llevan el ojo tatuado en el cuero cabelludo, bajo el pelo. Hauer me lo dijo. Pero lo que Hauer ignora, Stern, es qué significa ese símbolo. Yo lo sé. Es un símbolo egipcio, el ojo que todo lo ve, el ojo guardián de Dios. —Natterman asintió reflexivamente—. Hauer también me dijo que los policías fascistas protegen a algo o a alguien llamado Fénix. ¿Qué sabe usted de Fénix, Stern?

—Sé que es el ave de fuego mitológica que resucita de sus cenizas cada quinientos años.

—Exacto. Ahora bien, aunque «Fénix» sea una palabra griega, no fueron los griegos quienes inventaron el mito del Fénix. Fénix no es más que el nombre griego del dios egipcio Bennu, el pájaro que surge de las cenizas de su propia destrucción. ¿No se da usted cuenta?

—De lo que me doy cuenta —replicó Stern irritado— es de que es usted un profesor de historia que ha perdido todo contacto con la realidad.

—¡Está usted ciego, Stern! ¡Tan ciego como todos los demás! ¡Ciego para la Historia! Le dije a Hauer que la clave de este enigma se encuentra en el pasado, pero él no quiso creerme.

—¿Se puede saber de qué demonios está usted hablando?

—De Egipto, Stern, de Egipto. ¿No se da cuenta? Todos esos signos y símbolos místicos conducen en último extremo a un mismo hombre. ¡Rudolf Hess!

—¿Se puede saber por qué afirma usted eso?

—¡Porque Rudolf Hess nació y creció en Egipto! ¡Hasta los catorce años estuvo yendo a un colegio de Alejandría!

Stern permaneció unos momentos en silencio.

—Es cierto —murmuró al fin—. Ahora lo recuerdo.

Natterman asintió lleno de energía nerviosa.

—Lo encontraré, Stern. Anunciaré a todo el mundo que ese cabrón nazi sigue vivo. ¡Será el golpe académico del siglo!

—Calma, profesor. No deje que la imaginación se le desboque. Ese ojo podría significar un montón de cosas. Y el nombre de Fénix se ha utilizado para designar desde ciudades y automóviles hasta edificios de viviendas. Creo que lleva usted las cosas demasiado lejos. De acuerdo, Hess creció en Egipto... Estoy seguro de que allí asistió a un colegio alemán, y no era más que un niño cuando emigró a Alemania.

—Efectivamente, asistió a un colegio alemán —admitió Natterman—. Pero a los catorce años ya no se es un niño. Y las experiencias de la infancia son muchas veces las que más huella dejan en nosotros. Los tesoros y misterios del pasado egipcio habrían fascinado a cualquier muchacho europeo. No se me está desbocando la imaginación. Se trata de un simple razonamiento deductivo.

Pensativo, Stern replicó.

—Piense lo que quiera, profesor. Lo que yo digo es esto: no estoy seguro de que la misión inicial de Hess haya concluido aún. —Sonrió—. Ocurre, simplemente, que no creo que sea Hess quien aún la dirige.

Desconcertado, Natterman preguntó.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que Hess voló a Inglaterra para acordar un armisticio angloalemán. Eso es algo que doy por hecho. Pese a las vanas ilusiones que Hess pudiera haberse hecho, la base más fuerte o, mejor dicho, la única base para la idea de tal armisticio era que en Inglaterra existía la creencia generalizada de que Alemania representaba la última y más fuerte barrera posible contra una Rusia expansionista. Contra el comunismo.

—Eso son nociones rudimentarias de historia —dijo Natterman—. ¿Cuál es su teoría?

—Mi teoría es que tal vez las cosas no sean tan distintas en la actualidad. La Unión Soviética se está desintegrando, profesor. En el gran coloso militar reina el caos económico; el gran guerrero se muere de hambre bajo la armadura. En las provincias y los satélites de Rusia proliferan el resentimiento y la sedición. Un día no muy lejano, profesor, la Unión Soviética puede hacer explosión.

—¿Y...?

—¡Y yo no soy el único que está al corriente de eso! Y lo que digo es que cierta gente puede seguir creyendo que Alemania representa la mejor barrera natural contra Rusia, el inestable coloso.

—¿Alemania? ¿Una barrera contra Rusia?

Stern sonrió fríamente.

—No la Alemania que actualmente conocemos, sino una Alemania reunificada. Reunificada y provista de armas nucleares. De sus propias armas nucleares.

—No —jadeó Natterman—. Eso no puede ser cierto. Si los alemanes quisiéramos tener armas nucleares, las habríamos desarrollado hace tiempo nosotros mismos. ¡Fuimos los inventores del misil balístico, por el amor de Dios!

Desdeñosamente, Stern replicó.

—Lo que digo no es más fantástico que su cuento de hadas acerca de Rudolf Hess.

—¡Hess sigue vivo! —insistió Natterman—. ¡Estoy seguro!

La expresión de Stern se endureció.

—Lo esté o no lo esté, profesor, le ordeno que, a partir de este momento, se abstenga de mencionar el nombre de Hess delante de nadie. ¿Entendido? De nadie. Ni amigos ni parientes. Las fantasías de ese tipo pueden producir reacciones histéricas en ciertas personas.

—Pero no en usted —dijo Natterman sin quitarle ojo al israelí.

—Dado que está convencido de que Hess sigue vivo, profesor, contésteme a esto. Si Hess sobrevivió a su misión en Inglaterra, ¿cómo es que no regresó a Alemania, a su amado Führer?

Natterman abrió la boca para hablar, pero se dio cuenta de que no tenía la respuesta.

—Eso no lo sabré hasta que averigüe cuál era la auténtica misión de Hess —dijo—. Y eso ocurrirá cuando encontremos al propio Hess.

Stern metió el coche por la carretera de acceso al aeropuerto internacional Frankfurt-Main.

—Profesor —dijo—, usted y yo buscamos cosas distintas. Usted está obsesionado por el pasado; yo combato en el presente. Pero el caso Hess nos une. Estamos en un camino que no nos es posible ver y a cuyo final me temo que existe una maldad como únicamente los seres humanos son capaces de concebir. Creo que el peligro que existe en la actualidad procede del pasado. Pero no me es posible desgarrar el telón del tiempo y averiguar qué maldita proposición fue a llevar a Hess a Inglaterra hace cuarenta y siete años. —Stern hizo un cambio de luces y adelantó a un lento BMW—. Así que, ¿sabe lo que creo? Creo que a falta de más información, lo mejor que puedo hacer es ir acompañado por un profesor de historia. Aunque éste sea un ambicioso y reservado *goyim* que se cree Simón Wiesenthal.

Stern metió el coche por el carril que tenía el rótulo. «PASAJES/FACTURACIÓN.» Una vez hubieron estacionado, Natterman se apeó y miró fijamente a su acompañante.

—Lo único que espero es que no esté usted condenando a muerte a mi nieta al dar este estúpido rodeo pasando por Israel —gruñó.

Stern se subió el cuello del abrigo para protegerse la garganta del frío.

—Este misterio lleva medio siglo esperando ser resuelto, profesor. Creo que puede esperar un día más.

El hombre giró sobre sus talones y se metió apresuradamente en la terminal.

Yo no estoy tan seguro, se dijo Natterman yendo hacia las grandes puertas de cristal. Yo no estoy tan seguro de poder esperar.

EL PLAN

Alemania nazi, 1941.

Está loco. Es la paloma de la paz.
Es el Mesías. Es el sobrino de Hitler.
Es el único hombre puro y honesto que tienen.
Es el peor de todos los asesinos.
Tiene una misión en defensa de la humanidad.
Es abstemio. Es una «pantalla de humo».
Está loco desde los diez años.
Pero fue siempre el primer hombre de Hitler.

Hess, el lugarteniente del Führer,
A. P. HERBERT, 1941,
a raíz del viaje de Hess a Inglaterra

CAPÍTULO VEINTE

7 de enero 1941. La Berghof. Alpes bávaros

Rudolf Hess se encontraba a solas ante una de las grandes ventanas panorámicas de la residencia alpina de Adolf Hitler esperando a su Führer. Hess era un hombre alto y con cuerpo de atleta, de amplios hombros e, incluso a sus cuarenta y siete años, caderas estrechas, sin embargo, junto a la ventana de Hitler parecía un alfeñique. Como todo lo diseñado por o para el Führer, la ventana era la mayor del mundo. Junto a aquel panorama olímpico, Hess parecía un insignificante extra perdido en una gran pantalla cinematográfica. Allí abajo, en el valle, la aldea de Berchtesgaden dormía tranquilamente. Más allá, el Untersberg se alzaba majestuosamente hacia el cielo, cubierto de nieve de enero recién caída. Y hacia el norte, muy lejos, Hess divisaba los tejados de Salzburgo. Comprendía que el Führer se retirase a aquel maravilloso refugio de montaña en las ocasiones en que las presiones de la guerra se le hacían demasiado onerosas.

Aquella era una de tales ocasiones. Mientras contemplaba el montañoso paisaje, un lacerante dolor le perforó el estómago. Se dobló sobre sí mismo aferrándose el abdomen con los musculosos antebrazos hasta que la agonía se redujo. Ya llevaba tres semanas soportando aquellos ataques en estoico silencio. Y es que Hess sabía que lo que le causaba el dolor no era un mal orgánico, sino la ansiedad, un terrible y abrasador desasosiego. El primer ataque se produjo el 18 de diciembre, menos de doce horas después de que Hitler formulara la directriz secreta número 21. En aquella orden, el Führer ordenó que todos los preparativos para el plan Barbarossa, la invasión masiva de la Rusia Soviética, estuvieran listos para el 15 de mayo de aquel año.

Hess creía que la directriz 21 era una locura, y no era el único que pensaba así. Varios de los generales más distinguidos de la Wehrmacht eran de la misma opinión. Hess no sentía el menor escrúpulo moral respecto a traicionar a Stalin o atacar Rusia. Si debían morir unos cuantos millones de alemanes para que los alemanes dispusieran del espacio vital que tanto necesitaban, que así fuera. Pero intentar la invasión en aquel momento, mientras en el oeste Inglaterra seguía invicta, era una completa locura.

Hess únicamente albergaba una esperanza. Si se pudiera llegar a un acuerdo de paz con Inglaterra antes de que se pusiera en marcha Barbarossa, tal vez el trágico suicidio podría evitarse. Sólo seis meses antes, Hitler les había ofrecido la paz a los británicos desde el hemiciclo del Reichstag, y Winston Churchill respondió inmediatamente con un contundente «¡No!». Sin embargo, aquello no había desalentado a Hess. Con ayuda del profesor Karl Haushofer, un amigo de la familia, había enviado a Inglaterra una carta sub rosa en la que proponía celebrar una reunión

secreta en Lisboa entre él mismo y Douglas Hamilton, primer duque de Escocia. El tema que discutirían: la paz entre Alemania e Inglaterra. El duque de Hamilton había alcanzado renombre por haber sido el primero que voló sobre el monte Everest, y a Hess le gustaba la idea de tratar con un colega aviador. Él mismo había ganado la peligrosa carrera aérea en torno al Zugspitze, la cumbre más alta de Alemania. Hess había hablado unas palabras con Hamilton en la olimpiada de Berlín de 1936, y el joven y osado duque le había parecido el tipo de hombre que podía hacer de puente en los tediosos procesos diplomáticos y conseguir que Churchill entrase en razón.

Sin embargo, habían transcurrido tres meses desde que la carta de paz había iniciado su sinuoso recorrido hasta Inglaterra, y Hess aún no había obtenido respuesta. Durante las primeras semanas no se preocupó demasiado, pues Hitler había liado su permiso tácito a la iniciativa de paz y, por suerte, no pareció demasiado defraudado cuando tal iniciativa no obtuvo resultados inmediatos. Incluso cuando las semanas se convirtieron en meses, mientras Hess se sentía cada vez más angustiado, Hitler se mantuvo indiferente. Luego, el 18 de diciembre, Hess descubrió con horror el porqué de la insólita paciencia del Führer. ¡Hitler se proponía invadir Rusia, se hubiera firmado o no la paz con Inglaterra! A partir de aquel día, Hess no dejó de rezar desesperadamente para que llegara la contestación del duque de Hamilton, y se emprendieran las negociaciones de paz.

Albergaba la esperanza de que ese día Hitler lo hubiera convocado en la Berghof para discutir precisamente de ese asunto. Se secó el sudor de la frente y contempló de nuevo la gran montaña del otro lado del valle. Contaba la leyenda que el emperador Carlomagno dormía bajo el Untersberg y que algún día despertaría para restaurar la perdida gloria del imperio alemán. Hess se había jactado con frecuencia de que Hitler suponía el cumplimiento de tal promesa. Ahora ya no estaba tan seguro. No había hombre que sintiera mayor lealtad hacia el Führer que él, pero últimamente no dejaba de pensar en los viejos días, en la Gran Guerra. Por entonces Hess había sido el comandante de la compañía de Hitler, y el joven Hitler era un simple mensajero, un soldado gaseado más traicionado por los financieros judíos.

Hess sufrió otro fortísimo calambre en el estómago. Cerró los ojos a causa del dolor y, al hacerlo, vio mentalmente una imagen espantosa. Vio las heladas e inmensas estepas rusas extendiéndose ante él, legua tras legua, empapadas en sangre. En sangre alemana. Cuando al fin cesó el dolor, apretó las sudorosas palmas de las manos contra los enormes cristales y contempló el Untersberg al tiempo que formulaba una silenciosa invocación. Si alguna vez ha sido necesario que despiertes de tu sueño, emperador, esa vez es ahora. Lo que el Führer planea va incluso más allá de lo que hizo Napoleón. Y me temo que, si no se produce un milagro, la tarea que pone ante nosotros es demasiado grande...

—¡Rudi! —llamó Adolf Hitler desde el otro extremo del lujoso salón—. ¡Ven! ¡Deja que te vea!

Cuando Hess apartó la vista de la ventana se quedó asombrado. La afectuosa

bienvenida no lo había sorprendido, pues Hitler se quejaba con frecuencia de que sus más estimados colaboradores no visitaban la Berghof con suficiente frecuencia. Pero sus ropas... Hess estaba atónito. Desde hacía algún tiempo, Hitler llevaba trajes oscuros durante el día y se vestía con particular severidad para las conferencias militares. Pero ese día, con una importante conferencia de guerra programada para dentro de unas horas, su aspecto era el mismo de comienzos de los años treinta. Llevaba una cazadora de algodón azul, camisa blanca y, para completar, corbata amarilla. Hitler avanzó a grandes zancadas hacia Hess, lo palmeó en la espalda y lo apartó de la ventana.

—Hoy he tenido noticias históricas, Rudi —dijo con voz en la que vibraba el entusiasmo—. Noticias proféticas.

Hess se preparó para las revelaciones que pudieran seguir a un preámbulo tan poco tranquilizador.

—¿Qué ha sucedido, mi Führer?

—Todo a su debido tiempo —dijo Hitler críptico—. Dime, ¿cómo van tus vuelos de prueba?

Hess se encogió de hombros.

—Desde octubre estoy haciendo un par de ellos cada semana.

—Bien, bien. ¿Alguien ha manifestado un interés inusitado en tus actividades?

Por un momento a Hess le pareció que el Führer le había hecho un guiño, pero no consideró posible que realmente hubiera sido así.

—No, no lo creo.

—¿Ni Göring? ¿Ni Himmler?

Hess frunció el entrecejo.

—No. Directamente, no.

Hitler parpadeó rápidamente.

—¿E indirectamente?

—Pues... —Hess quedó pensativo—. El pasado otoño, Himmler me prestó a su masajista personal, por si él podía aliviar mis dolores de estómago.

—¿Félix Kersten?

—Sí, Kersten. En su momento me pareció que el hombre se mostraba excesivamente inquisitivo. ¿Es uno de los espías de Himmler?

—¡Pues claro! —rió Hitler.

Hess estaba atónito. No había visto a Hitler tan eufórico desde Compiègne, tras la rendición de Francia. Observó cómo Hitler se ponía las manos a la espalda y luego paseaba por la habitación hasta detenerse ante un magnífico desnudo de Tiziano.

—Quiero que hagas un viaje, Rudi —dijo Hitler sin apartar la vista de la pintura—. Al fin. ¿Adivinas adónde irás?

Hess notó una presión en el pecho. Ya había jugado a aquel juego anteriormente, y sabía que Hitler no soltaría prenda hasta que él hubiera tratado de adivinar al menos un par de veces.

—¿Lisboa? —preguntó impaciente.

—No.

—¿Suiza?

—¡No!

Hess percibía la risa en la voz de Hitler. Aquello era realmente intolerable, incluso en un Führer. En el momento en que Hess iba a decir algo que luego podría haber lamentado, Hitler se volvió hacia él con una expresión que hubiera convertido en hielo el acero fundido.

—Inglaterra —dijo con voz suave.

Hess creyó haber oído mal.

—Dispensa, mi Führer...

—Inglaterra —repitió Hitler con ojos relucientes.

Con súbita euforia, Hess comprendió.

—¡Al fin recibimos respuesta del duque de Hamilton! ¡La carta del profesor Haushofer ha tenido éxito!

Hitler hizo un gesto de irritación.

—No, no, Rudi, no seas tonto. Haushofer y su hijo no son más que señuelos cuyo cometido es confundir a los servicios de inteligencia británicos.

Hess abrió la boca para protestar, pero no logró articular sonido alguno.

—Ya sé que Haushofer es un viejo amigo tuyo, pero su hijo es un esnob, miembro además de la resistencia alemana, por el amor de Dios. Si no me hubiera sido útil para mis propósitos, habría hecho que le pegaran un tiro hace meses.

Hess estaba estupefacto. Enterarse de que todos los esfuerzos por la paz que había hecho hasta la fecha habían sido inútiles ya era bastante malo, pero la revelación de que el hijo de su viejo amigo era un traidor... ¡Aquello era increíble!

—¿Y el duque de Hamilton, mi Führer? ¿No cabe aún la posibilidad de que pueda ayudarnos?

Hitler lanzó un desdeñoso bufido.

—El duque de Hamilton es un patriota inglés allá donde los haya, Rudi. Naturalmente, eso no quiere decir que el muy bobo no pueda sernos útil.

—Inglaterra —murmuró Hess tratando de contener un nuevo calambre de estómago—. ¿Tendría mi visita carácter oficial?

—No, claro que no —dijo Hitler en tono de mofa—. Ese tipo de comedias lo dejo para los bravucones como Ribbentrop. Tu misión será algo totalmente serio, Rudi. ¡Una obra maestra del arte de gobernar!

Hess permaneció unos momentos en silencio.

—¿Quiere eso decir que... tienes un plan para conseguir la paz con los británicos?

Hitler resplandecía de satisfacción.

—Sí, eso es exactamente lo que quiero decir. El destino se nos ha mostrado propicio cuando más lo necesitábamos. Tenemos la paz con Inglaterra en la punta de

los dedos, Rudi, y Rusia se encuentra ahora a nuestro alcance.

Sin venir a cuento, Hitler emprendió un análisis crítico de las campañas de Carlos XII en las estepas rusas, y luego, sin solución de continuidad, lanzó una diatriba contra Ciano, el arrogante yerno de Mussolini. Gracias a los años de práctica, Hess logró parecer atento al tiempo que hacía caso omiso de todo el monólogo. Se imaginó a sí mismo volando como alma que lleva el diablo sobre el canal de la Mancha, en una misión para entrevistarse sabía Dios con qué dignatarios ingleses. Finalmente, la inquietud lo ganó y, de forma absolutamente insólita, interrumpió a Hitler.

—¿Deseas que vuele a Londres, mi Führer?

—Aún no he decidido cuál será tu destino exacto —replicó Hitler sin molestarse por la interrupción—. Pero, desde luego, no será Londres. Dios bendito, te encerrarían en la Torre antes de que tuvieras oportunidad de hablar con nadie.

—Sí, eso es indudable —estuvo de acuerdo Hess.

Hitler frunció el entrecejo.

—Pareces intranquilo, Rudi. ¿Qué te pasa?

—Pues... Bueno, Inglaterra no es neutral. Seguimos en guerra. Si me capturasen allí, los resultados podrían ser catastróficos. —Hess advirtió que el rostro de Hitler se ensombrecía, como siempre que sus palabras encontraban la más mínima oposición—. No me preocupa mi seguridad, desde luego —se apresuró a añadir—, pero, con todo lo que yo sé... La invasión de Rusia... Barbarossa...

—Me doy perfecta cuenta de los riesgos —le espetó Hitler—. Pero no hay más remedio, Rudi. Debemos conseguir la paz con Inglaterra a toda costa. He considerado todas las posibilidades. Incluso pensé en enviar a tu doble en tu lugar. Desde que lo entrenamos, lo único que ha hecho ese hombre es permanecer en Dinamarca con los brazos cruzados.

Hess reaccionó con sorpresa. Ya casi había olvidado que tenía un doble. Pero era evidente que el Führer lo recordaba.

—Pero no, eso nunca habría dado resultado —declaró Hitler—. Los ingleses se esperarían algún truco, y a ti te conocen demasiado bien. Una simple inspección en busca de tus heridas de guerra delataría a cualquier impostor. —Hitler rió entre dientes—. Me temo que, a estas alturas, ya eres tan famoso como yo, viejo amigo. Y eso es lo que hace que resultes perfecto para esta misión.

Hess carraspeó.

—¿En qué consiste exactamente la misión, mi Führer?

Hitler comenzó a pasear por la sala.

—La operación recibirá el nombre de Mordred. Pero, de momento, cuanto menos sepas acerca de ella, mejor. Sólo te he dicho cuál será tu destino porque debo cerciorarme de que puedes llegar a Inglaterra en la noche fijada. Si necesitas entrenarte o realizar prácticas de navegación para garantizar el éxito de tu vuelo, hazlo. —Hitler dejó de pasear y miró a Hess a los ojos—. ¿Te sientes capaz de volar solo a Inglaterra, Rudi? ¿Solo y en la oscuridad?

Hess asintió enfáticamente.

—Claro que sí, mi Führer.

Hitler asintió pensativamente.

—¿Te has lanzado alguna vez en paracaídas?

Hess abrió mucho los ojos.

—No.

Hitler chasqueó la lengua.

—Lo suponía. De todas maneras, lo más probable es que no te haga falta. Tengo entendido que el duque de Hamilton tiene una pista de aterrizaje junto a su castillo.

Hess se sentía más confuso que nunca.

—¡Pero si acabas de decir que el duque de Hamilton es un gran patriota!

Hitler sonrió enigmáticamente.

—Eso no importa. —Sus ojos relucieron—. ¿Recuerdas *La Pimpinela Escarlata*, Rudi?

Hess alzó las pobladísimas cejas.

—Creo que nos pasaste la película aquí, en la Berghof.

—Exacto, el año pasado. La Pimpinela fue el audaz noble inglés que se burló de los franceses durante el Reinado del Terror.

—Pero... ¿qué tiene que ver eso conmigo?

Los ojos de Hitler relucieron burlones.

—¡Muchísimo, Rudi! Como sabes, siempre he admirado a los ingleses. Son arios, como nosotros. Son grandes constructores de imperios, también como los alemanes. Pero... —Hitler sacudió el índice en el aire—, se han dejado embaucar peligrosamente por Churchill. Recuerda cómo protegí a su patética fuerza expedicionaria en Dunkerque. Detuve los tanques de Guderian, eché la culpa a Göring y a la Luftwaffe de que los ingleses lograran escapar... —El rostro de Hitler enrojeció de ira—. Y luego Churchill tuvo la desfachatez de decir que Dunkerque fue una victoria inglesa. ¡Hay que librar a los ingleses de la influencia de ese belicista!

Totalmente desorientado, Hess cruzó los brazos sobre el amplio pecho.

—Pero eso de la Pimpinela, mi Führer, ¿qué relación tiene conmigo?

—¿No te das cuenta, Rudi? ¡Tú eres mi Pimpinela Escarlata!

Hess, incrédulo, retrocedió un paso.

Hitler asintió entusiasmado.

—¡Sí! ¡Tú eres justo lo contrario de lo que parece ser! Desde que la guerra estalló, todo el mundo piensa que te has convertido en un simple burócrata leal que desperdicia su tiempo en la Ad ministración del partido. Todos mis altos mandos creen que te he olvidado. —Hitler movió la cabeza—. ¿Cómo pueden ser tan flacos de memoria, Rudi? Desde el principio, tú peleaste a mi lado, recibiste golpes que iban dirigidos a mí. Y ahora, tú serás el que reciba la más sacrosanta de mis encomiendas, la responsabilidad de la misión más delicada de la historia del Reich. ¡Juntos, tú y yo, volveremos a demostrarles lo estúpidos que son!

Con fría mirada, Hitler siguió.

—En momentos como éstos, Rudi, uno descubre quiénes son sus auténticos amigos. Me temo que algunos de nuestros camaradas más antiguos y de mayor confianza pueden estar pensando que ha llegado el momento de explorar alternativas para el camino que yo he escogido para Alemania. Parecen considerar que mi decisión de invadir Rusia es un síntoma de locura. ¡Imbéciles! ¿Cómo se les ocurre que yo, ¡Adolf Hitler!, voy a invadir Rusia sin haber neutralizado antes Inglaterra?

Hess bajó la vista al suelo sintiéndose culpable. Y es que, durante el pasado mes, había formado parte de aquel grupo de herejes. Sin embargo, era evidente que el Führer estaba preparando desde hacía tiempo su propio plan de paz. ¡Pues claro! Era natural que el Führer fuera la inspiración de muchos ingleses poderosos. A Hess se le ocurrían tantas preguntas que no sabía cuál hacer primero. Sin embargo, antes de que pudiera decir nada, Hitler lo taladró con su mirada de fanático y comenzó a hablar con sosegada convicción.

—A todo hombre le llega su hora, su momento en el escenario mundial. Algunos hombres, como es mi caso, desempeñan su papel en público, como estrellas que refulgen en el cielo. Otros deben actuar en la sombra. Eso es lo que ahora te pido que hagas. Debes tener cuidado, viejo amigo. Estamos rodeados de traidores. Desde el momento en que abandones esta habitación, te encontrarás en peligro mortal. Pero tú eres un soldado, Rudi, la encarnación del auténtico nazi. No exagero si te digo que el mismísimo futuro del Reich depende de tu éxito.

Hess sintió que el pecho se le henchía de orgullo. Aún no entendía cuál era su papel en la operación Mordred, pero si el Führer estaba dispuesto a apostar por él todo el futuro del Reich, él estaba dispuesto a dejar su vida en el empeño sin un solo momento de duda. ¿Qué alemán no lo haría?

Hess respingó cuando, tras llamar brevemente a la puerta con los nudillos, el *Reichleiter* Martin Bormann entró con paso decidido en el salón.

—El general Halder ha llegado, mi Führer —anunció.

Como cortesía, Hitler dejó que fuera Hess quien despachara a Bormann. A fin de cuentas, el fornido y untuoso Bormann era subalterno de Hess.

—¡Retírese! —ladró Hess.

Bormann saludó y salió a regañadientes del salón. Inmediatamente, Hess se sintió mejor. Últimamente había pasado buena parte de su tiempo en el despacho de Munich, y había llegado a depender cada vez más de Bormann para satisfacer los caprichos cotidianos del Führer, Bormann era un colaborador capaz, pero poseía ciertos rasgos que Hess detestaba. Era cruel e implacable con sus subordinados, pero adulator y obsequioso con sus superiores. Excepto Hitler, nadie sentía la menor simpatía hacia él, pero todos lo respetaban por su proximidad al epicentro del poder.

—Un buen elemento —dijo Hitler con cierta turbación—. Pero no es como tú, Rudi. Las cosas ya no son como en los viejos tiempos. ¿Te acuerdas de Landsberg?

Por un momento, Hess evocó los meses pasados en la prisión de Landsberg,

donde Hitler le dictó el manuscrito de *Mein Kampf* y él lo corrigió. Hess se esforzó al máximo para convertir las febriles palabras de Hitler en frases inteligibles. En aquellos tiempos, él era la niña de los ojos del Führer. Parecía que hiciera mil años de aquello. O, al menos, lo había parecido hasta hacía cinco minutos.

—Claro que me acuerdo —dijo en voz baja.

Hitler fue hasta la chimenea y cogió de la repisa un largo sobre marrón con el que se golpeó la palma de la mano izquierda.

—En este sobre, Rudi, está escrito el nombre del hombre que he elegido para que te ayude a llevar a cabo tu misión.

Hitler le tendió el sobre y Hess lo cogió y lo mantuvo a la altura de la cintura mientras leía las grandes letras mayúsculas: REINHARD HEYDRICH, OBERGRUPPENFÜHRER SD.

Hitler había escrito aquello él mismo; Hess reconoció la caligrafía con la que se había familiarizado durante las largas noches de Landsberg. También reconoció el nombre. Heydrich era el comandante del temido SD, el departamento de las SS que se encargaba de la contrainteligencia, y el lugarteniente del *Reichsführer* Himmler de las SS. Hess recordaba a medias una desagradable historia que le habían contado acerca de Heydrich, un hombre tan implacable que hasta los miembros de las brutales SS lo habían bautizado con el apodo de «la Bestia Rubia», pero la voz del Führer cortó el hilo de sus pensamientos.

—Himmler no debe saber nada de esto —dijo—. Heydrich tiene un despacho en la Prinz-Albrechtstrasse, pero no es allí donde debes entregar el sobre.

—¿Entregarlo? —preguntó Hess incrédulo.

Hitler paseaba ahora con paso más rápido y hablaba como si estuviese dictándole a uno de sus secretarios.

—En cuanto regreses a Munich, manda un telegrama a Heydrich en el que diga que debes verlo para algo referente a la seguridad del Reich. Incluye en tu mensaje la palabra «Mordred», eso hará que él se abstenga de informar a Himmler. Heydrich pasa buena parte de su tiempo en las oficinas del SD en la Wilhelmstrasse. Entrega allí el sobre, no en la Prinz-Albrechtstrasse. Puedes justificar el viaje diciendo que vas a efectuar otro vuelo de entrenamiento. Pasa allí media hora charlando de temas triviales y luego regresa a Munich. —Hitler frunció los labios—. No debes volver a tener contacto con Heydrich, Rudi. Pero puedes estar seguro de que él trabajará codo con codo contigo. Aparte de mí, él será tu único aliado.

Hitler se detuvo junto a la puerta, con los dedos ya sobre el tirador.

—¿Alguna pregunta?

Hess se aclaró la voz.

—Sólo una, mi Führer.

Aunque no le gustaban las preguntas, Hitler se obligó a sonreír.

—¿Cuál?

—¿Cuándo parto hacia Inglaterra?

Hitler bajó la mano, volvió junto a Hess, lo palmeó en un hombro, miró fijamente a los ojos de su lugarteniente y murmuró.

—Partiendo de las inmundas trincheras de Francia, hemos llegado a conquistar toda Europa. Hemos vengado el mancillado honor de Alemania. Ahora nos disponemos a invadir la propia Rusia. ¡La propia Rusia! —Hitler, cuyos ojos refulgían, hizo una pausa—. No podemos dar un paso como ése sin tener presente que somos una herramienta del destino, Rudi. ¿Qué día comenzamos nuestra gloriosa marcha hacia el oeste y el canal de la Mancha?

Desconcertado, Hess trató de recordar la fecha.

—¿El 10 de mayo de 1940?

—¡Sí! ¿Y qué día debe comenzar Barbarossa, nuestra invasión del este?

—El 15 de mayo —replicó Hess recordando la fecha mencionada en la directriz 21.

—¡No! Nuestros tanques se pondrán en marcha el día 15, pero la invasión de la Rusia soviética comenzará con tu misión, Rudi. ¡El 10 de mayo! Al cabo de un año justo del comienzo de nuestra marcha sobre Francia.

Hess sintió una fuerte emoción, como si el propio destino se hubiera materializado en el salón.

—¡Todo está predeterminado! —exclamó Hitler agitando los brazos hacia el techo. Su hipnótica voz, llena de timbres proféticos, llenó el salón—. El 10 de mayo tú asegurarás nuestro flanco occidental, y el 15 comenzaremos a borrar de la faz del planeta la epidemia del comunismo. Para las Navidades de este año, la gran Alemania abarcará desde el canal de la Mancha hasta los montes Urales, y será colonizada por alemanes de pura cepa.

Hess sentía un enorme entusiasmo y tardó en darse cuenta de que alguien estaba llamando con insistencia a la puerta desde hacía casi un minuto. Mientras Hitler abría la puerta, él se echó el sobre marrón al bolsillo del abrigo.

Era Bormann otra vez, pero en esta ocasión el lugarteniente de Hess se quedó en el umbral, vacilante. Hitler se atusó el negro mechón de la frente y miró a los ojos de Hess.

—¿Te ocuparás de mi encargo hoy mismo, Rudi?

—Me pondré a ello inmediatamente.

—Dispéñeme, mi Führer —interrumpió Bormann—. El general Halder espera.

—¡Que espere! —exclamó Hitler—. Acompaña al lugarteniente del Führer hasta su coche, Bormann.

—*Heil, Hitler!*

Bormann hizo entrechocar los tacones, dio media vuelta y echó a andar corredor abajo.

—Voy a cambiarme de ropa, Rudi —murmuró Hitler—. No puedo permitir que mis generales me vean así, porque si lo hago, en la conferencia creerán que pueden hacer mangas y capirotos conmigo.

Hitler pareció turbado por aquella confidencia. Hess sonrió y se despidió de él con un ademán. Había sido reconfortante ver por unos momentos al Hitler de antaño, aunque sólo hubiera sido una ilusión. Poniéndose la vieja cazadora y la vieja corbata no podía desandar ninguno de los pasos dados en los últimos años. Aquellos pasos estaban grabados con sangre y fuego, y sólo podrían ser borrados por medio de más sangre y más fuego.

Bormann esperaba como un perro de presa al final del corredor. Mientras seguía a su subalterno al exterior de la Berghof, Hess experimentaba una renovada sensación de determinación.

—¿Qué tal los niños, Martin? —preguntó.

En aquellos momentos, la cosa no podía importarle menos, pero dado que Bormann había considerado oportuno bautizar a sus hijos con los nombres de Hess y de su esposa, se sintió obligado a preguntarlo.

—Rudi es fuerte como un toro —dijo Bormann por encima del hombro—. E Ilse es la viva imagen de la femineidad alemana.

Hess sonrió lánguidamente.

En el exterior, Bormann le abrió a Hess la portezuela de su Mercedes marrón. Hess advirtió una especie de euforia animal en su subalterno ahora que el intruso, Hess, se marchaba. Irrazonablemente irritado, puso el motor en marcha y apretó el acelerador varias veces. El motor rugió con fuerza.

—¿Puedo hacer algo por usted, Herr *Reichminister*? —preguntó Bormann.

Hess consideró la posibilidad de ordenar a su subalterno que llamase para pedir que le preparasen su Messerschmitt, pero decidió que no. Puso la primera sin dejar de mirar fijamente a los ojos de Bormann. Le pareció ver la arrogancia asomando tras el rostro de campesino del hombre. Bormann era torpe en el ejercicio del poder, como casi todos los hombres que no estaban acostumbrados a él. Pero aquella insignificante rata estaba aprendiendo. Según contaban, se estaba convirtiendo en el señor de Obersalzberg, fortaleciendo su posición al haberse convertido en el único conducto por el que Hitler se comunicaba con el mundo exterior. Uno de los secretarios de Hess había oído susurrar a Frau Goebbels que la estrella de Bormann había eclipsado a la de Hess en el firmamento nazi.

—Veo que aún siguen ustedes construyendo aquí —dijo Hess señalando con un ademán hacia un bunker de hormigón a medio terminar.

—Las necesidades del Führer crecen de día en día —dijo orgullosamente Bormann—. Apenas doy abasto para cubrirlas, pero me esfuerzo al máximo.

Hess sonrió forzosamente.

—Hay algo que, si dispone usted de tiempo, podría hacer por mí.

—Cualquier cosa —dijo Bormann con falsa obediencia.

Hess estiró la mano a través de la ventanilla y agarró a Bormann por el cuello. Flexionó el musculoso brazo y obligó al sobresaltado *Reichsleiter* a arrodillarse sobre la nieve. Hess percibió la blandura de Bormann, cuyas zafias energías habían sido

disipadas por el alcohol y la gula. Los porcinos ojos de Bormann casi se salieron de las órbitas a causa del terror.

—Nunca —dijo roncamente Hess—, nunca te olvides de quién eres, Bormann. Eres mi subalterno, y mientras yo viva, nunca serás otra cosa.

Hess se alejó en su coche y dejó a su aturdido lugarteniente sobre la nieve, medio derretida por el sol del mediodía. Al llegar al puesto de guardia del perímetro interno, detuvo el Mercedes.

—¿Qué demora tiene una conferencia con Munich? —preguntó a un sorprendido centinela de las SS.

—¡Disponemos de línea directa, Herr *Reichminister*!

Hess le dictó al joven el número telefónico de su oficina.

—¿Cuál es el mensaje, Herr *Reichminister*?

Hess no dijo nada. Al centinela le pareció que estaba enfrascado en su propio mundo, pero el hombre de las SS no tenía intención de meter prisa al lugarteniente del Führer. A Hess la cabeza le daba vueltas. Sus oscuros presentimientos de los pasados meses se estaban disipando como las pesadillas con la llegada del alba. El camino hacia Moscú no tardaría en quedar expedito, y él era el hombre que Adolf Hitler había elegido para abrirlo. Pero lo que acudió al cerebro de Hess no fue una imagen épica de conquista. No vio a las legiones germánicas cruzando el Rubicón ruso, sino que evocó una vieja calle de Munich en 1919. Fue en aquella calle, y en centenares de calles similares, donde los pioneros del partido nazi habían combatido contra las bandas comunistas para hacerse con el control de la Alemania de posguerra. Fue a aquella calle a la que el joven Rudolf Hess regresó una tarde para encontrarse con que una banda comunista había llegado antes que él a la sede local de su grupo. Hess se escondió y observó, horrorizado, cómo los rufianes armados de la Guardia Roja hacían subir a una camioneta a veinte de sus amigos. Aquella misma noche, los comunistas mataron a tiros a todos los camaradas de Hess, leales alemanes todos ellos. Más tarde, un comunista detenido declaró que los rojos habían hecho formar en cola a los prisioneros y los habían ido matando uno a uno. Hess se juró que vengaría con sangre rusa aquel crimen cometido por los comunistas...

—Herr *Reichminister*... —dijo el centinela, inseguro.

—¿Qué? —Hess alzó la vista—. Ah, el mensaje. Para Karlheniz Pintsch. Tenga mi Messerschmitt preparado y abastecido de combustible para un vuelo de ida y vuelta a Berlín. Deseo que se le coloquen depósitos desprendibles de novecientos litros. Llenos. ¿Entendido?

—*Jawohl, Herr Reichminister!*

Hess puso el Mercedes en marcha y lo condujo por la sinuosa carretera de montaña tan de prisa como el nevado pavimento permitía. ¡Dios mío!, pensó emocionado. Al fin el Führer ha decidido borrar de la faz de Europa a Stalin y a su horda de comisarios judíos. ¡Y yo soy el hombre que lo hará posible!

Con la ayuda de Reinhard Heydrich, recordó inquieto. Hess echó mano al bolsillo

y tocó el sobre que allí guardaba. De pronto recordó con un estremecimiento una anécdota de Heydrich que le habían contado hacía tiempo. Por lo visto, la «Bestia Rubia», tras una agotadora noche de alcohol y putas, se fijó en su propio reflejo en el espejo de unos servicios. Sudoroso y con los ojos desorbitados, gritó: «¡Al fin te atrapé, cerdo inmundo!», y a renglón seguido sacó la pistola y la vació contra el espejo.

Hess sintió el gélido escalofrío de un mal presentimiento, pero trató de no hacerle caso. En la guerra contra los bolcheviques y los judíos uno no podía escoger aliados. A veces era necesaria una bestia para acabar con otra bestia. Si el Führer confiaba en Heydrich, no había nada más que decir. Hess tenía otras cosas de las que preocuparse. Como por ejemplo, de un vuelo nocturno a Inglaterra. Los ingleses que habían sobrevivido al infierno de los bombardeos de Hermann Göring no se andarían por las ramas si Hess aterrizaba solo y sin protección en Gran Bretaña. Lo que tuvieran que decir lo dirían a tiros. Eso no arredraba a Hess. Ya me he enfrentado antes a las balas; puedo hacerlo de nuevo. Pensar en su destino hizo que el pulso se le acelerase. ¡Inglaterra!

CAPÍTULO VEINTIUNO

7 de enero de 1941. Los Alpes bávaros

El *Obergruppenführer* Reinhard Heydrich, comisario del Reich para la Consolidación del Linaje Ario y jefe del SD, aterrizó en el aeródromo de Ainring, en las proximidades de Berchtesgaden a las dos horas de que Rudolf Hess entregara el inesperado mensaje de Hitler a Berlín. Como Hess, Heydrich pilotaba él mismo y, después de tomar tierra, encargó a un sargento local de la Gestapo que le consiguiera un Porsche descapotable. Al sargento pareció agradarle enormemente poder serle útil al *Obergruppenführer*, pero interiormente sintió un profundo desánimo. Sabía que, aunque Heydrich devolviera destrozado el hermoso coche, él no podría decir nada. Los hombres que hacían enfurecer a Reinhard Heydrich tendían a desaparecer sin dejar rastro.

El Porsche corría como una exhalación por la oscurecida carretera, casi saliéndose de las curvas, convertidas en trampas mortales a causa de un súbito aguacero invernal. Heydrich mantenía el rostro impassible, pese a las gélidas gotas que le golpeaban en la piel y en los ojos. El viento glacial habría hecho que cualquier hombre normal gimiese de dolor, pero el joven *Obergruppenführer* se enorgullecía de su capacidad para controlar en sí mismo las debilidades humanas. El hecho de que estaba loco lo ayudaba considerablemente en tal tarea.

A diferencia de la mayoría de los allegados a Hitler, Heydrich parecía la encarnación del mítico superhombre nazi. Alto, rubio, de ojos azules y delgado pero musculoso, se comportaba con la arrogancia de un príncipe heredero. Siendo una masa viva de contradicciones, Heydrich lograba desconcertar a todos cuantos tenían que tratar con él. Como esgrimista de fama mundial, a Heydrich le habían pedido que se uniera al equipo olímpico alemán. Sin embargo, en los cuarteles de las SS de todo el Reich se contaban historias acerca de sus conquistas homosexuales. Era también un consumado violinista que no sólo conseguía que a su audiencia se le saltasen las lágrimas, sino que él mismo las derramaba durante los pasajes particularmente bellos. Sin embargo, sus sádicas fechorías en toda Europa oriental harían que, más adelante, los resistentes checos lo bautizaran como «el Carnicero de Praga», y que los servicios de inteligencia británicos ordenaran su asesinato. Y luego estaba la paradoja más significativa de todas: por las venas de Reinhard Heydrich, el hombre que había jurado eliminar del mundo «la mancha» del judaísmo, circulaba sangre judía.

En el acceso exterior de Obersalzburg, los centinelas de las SS miraron con recelo el Porsche que se aproximaba. Pero, en cuanto reconocieron al conductor, se cuadraron y le franquearon el paso. Los centinelas del acceso interior mostraron idéntica deferencia y Heydrich no tardó en alcanzar la cumbre de la montaña. La Berghof parecía encontrarse bajo asedio. Gran parte del Estado Mayor había llegado

durante la tarde y grandes coches negros llenaban el estacionamiento y rodeaban la parte posterior de la casa. Heydrich fue sorteando los coches, dio un rodeo para llegar a la parte delantera de la casa y abrió la puerta sin llamar.

Un sargento SS del Liebstandarte Adolf Hitler lo esperaba en el vestíbulo. Tras un marcial saludo, el sargento condujo a Heydrich escaleras arriba, hasta los dormitorios, y le indicó la puerta por la que debía entrar el jefe del SD.

—El Führer ha dado orden de que espere usted aquí, Herr *Obergruppenführer*.

Desconcertado, Heydrich preguntó.

—¿No debo asistir a la conferencia que se está celebrando abajo?

—*Nein, Herr Obergruppenführer*. El *Reichleiter* Bormann me dijo primero que se reuniría usted con el Führer en la casa de té, pero acaban de notificarme que el Führer no dispondrá de tiempo para dar el paseo.

—Podríamos ir en coche —sugirió Heydrich.

—El Führer jamás va en coche a la casa de té.

El sargento pareció considerar que aquella explicación era suficiente. Heydrich le dijo que se retirase y, cuando estaba a punto de hacer girar el tirador, otra puerta se abrió al fondo del pasillo y por ella asomó una mujer rubia. Heydrich tuvo un atisbo de un rostro más bien vulgar y un generoso busto antes de que la puerta volviera a cerrarse. Una vez hubo entrado en el pequeño dormitorio en el que debería tener lugar su entrevista con Hitler, Heydrich se dio cuenta de que la mujer que acababa de ver era, probablemente, Eva Braun. Profundamente incómodo, Heydrich trató de olvidar el incidente. ¿El Führer unido carnalmente a una muchacha campesina? ¡Ridículo!

Por la fuerza de la costumbre, Heydrich inspeccionó los terrenos de la Berghof desde la pequeña ventana del dormitorio. A intervalos regulares vio centinelas y perros de las SS sobre la nieve. Asintiendo satisfecho se sentó rígidamente en el borde de una angosta cama. Transcurrida una hora, oyó pasos en el corredor y supo que eran los del Führer. Se puso en pie, se arregló el uniforme y se volvió hacia la puerta. Cuando ésta se abrió, Heydrich gritó «Heil Hitler!» al tiempo que hacía un impecable saludo nazi.

Adolf Hitler apareció parpadeando en el umbral. Parecía como si lo hubieran trasladado súbitamente hasta una tranquila estancia desde una cervecería en la que estaba teniendo lugar una violenta reyerta.

—Heydrich —murmuró.

—Mi Führer.

—No disponemos de mucho tiempo —dijo Hitler recuperando la compostura—. Tengo que volver junto a mis generales. Han hecho una pausa para comer. —Con paso decidido, entró en la habitación y fue hasta la ventana—. ¡Comida! —exclamó golpeándose la palma de la mano izquierda con el puño derecho—. ¡Me toman por idiota, Heydrich! ¡A Adolf Hitler! Dios mío, si hubiera hecho caso de mis generales, jamás habríamos avanzado sobre Renania. Y ahora, que nos encontramos a punto de iniciar la mayor invasión por tierra de la historia de la humanidad, me aconsejan

prudencia. —Hitler se volvió hacia Heydrich con un fuego evangélico ardiéndole en los ojos—. ¿Nos habría servido la prudencia para conquistar Polonia, Heydrich?

—¡No, mi Führer!

—¿Y Francia?

—¡Tampoco!

—Entonces, ¿cómo nos servirá la prudencia para conquistar Rusia?

—No nos servirá, mi Führer.

—¡Exacto! Tendrías que oírlos a todos... Los informes de Halder, Jodl e incluso de Guderian suenan a lamentos de vieja. Hablan como si tuviéramos aliados. ¡Y no tenemos ni uno! Los muy estúpidos se han pasado horas hablando de la situación en África del Norte. ¡La situación está clarísima! El 3 de enero, los británicos capturaron a 38 000 soldados italianos en Sidi Barrani. ¿Lo sabías? ¡En Sidi Barrani hay más prisioneros italianos que soldados británicos!

—Los italianos son simples cerdos —declaró Heydrich contemplando cómo Hitler volvía a enardecerse.

—Pero... dime una cosa: ¿qué importa África? ¡Mi objetivo es Rusia! ¡Rusia es mi única meta y siempre lo ha sido! ¡Todos mis generales tienen *Mein Kampf* en un lugar preferente de sus bibliotecas, pero no creo que ninguno de esos idiotas lo haya leído! Rusia es la clave de todo. Cuando Rusia caiga, Japón podrá atacar a Estados Unidos. Y, con la atención de Roosevelt vuelta hacia el Pacífico, Churchill se verá obligado a negociar la paz. Es tan sencillo que hasta un niño lo comprendería. —Al enfurecido Hitler le temblaba el párpado izquierdo—. ¡Quizá debería colocar a mis ejércitos bajo el mando de las Juventudes Hitlerianas!

Heydrich no hizo comentario alguno respecto a tan notable sugerencia. Hitler se atusó el rebelde mechón de la frente, se puso las manos a la espalda y dijo.

—¿Sabes a qué temen mis pavos reales prusianos?

Heydrich tragó saliva.

—¿A Inglaterra, mi Führer?

—¡Exactamente! Lanzan mis propias palabras contra mí, como si no fuera yo el que las escribió. «Alemania jamás debe volver a meterse en una guerra con dos frentes. Yo jamás libraré una guerra con dos frentes.» ¡Basta ya! ¡Inglaterra yace postrada bajo nuestras bombas y, sin embargo, mis timoratos generales dicen que Gran Bretaña es el frente occidental! ¡El frente! ¡Ya se enterarán esos cobardes de lo que es un frente en cuanto comencemos a avanzar hacia el este!

Heydrich contuvo una sádica sonrisa. Hitler cuadró los hombros.

—La directriz 21 establece que todos los preparativos para el plan Barbarossa deben estar listos para el 15 de mayo de este año. ¿Sabes por qué?

—¿Para que nos dé tiempo a derrotar a los comunistas antes de que comience el invierno?

—¡Exacto! ¿Y sabes por qué tiene que ser este año, Heydrich? ¡Porque Stalin está armando Rusia aún más de prisa de lo que yo estoy armando Alemania! La purga del

37 ha hecho que el proceso se retrase considerablemente, sí, pero Stalin ha comenzado un nuevo programa, una reorganización total. ¡Si esperamos un año más puede ser demasiado tarde! ¡Todos nuestros logros pueden convertirse en polvo! ¿Lo comprendes?

—Perfectamente, mi Führer.

—Te creo. Y ése es el motivo de que te encuentres aquí. —Hitler consultó cuidadosamente su reloj acercándose mucho a los ojos a causa de su deficiente visión—. No tengo la más mínima intención de combatir en dos frentes, Heydrich. No soy tan estúpido. Pero... ¿puedo acaso confiarles mis planes a mis pusilánimes generales? ¡No! —Agitó una mano con impaciencia—. Mis brillantes generales son, desde el primero hasta el último, unos perfectos imbéciles. Inglaterra no quiere la guerra. Pese a lo que digan tus agentes, Heydrich, yo sé que no la quiere. Resistir los bombardeos aéreos es una cosa, y librar una guerra en tierra es otra totalmente distinta. El pueblo inglés hará lo que sea para evitar mandar a sus hijos a morir en otro Somme o en otro Ypres. Puedes creerme, Heydrich, yo estuve allí. No, el único obstáculo para la paz entre los arios es Winston Churchill. ¡Churchill y sus amigos belicistas! ¿Estás de acuerdo conmigo?

—Totalmente, mi Führer.

—Dime una cosa —siguió Hitler en tono confidencial—. ¿Qué posibilidades crees que tenemos de firmar la paz con Inglaterra?

Heydrich trató de adivinar qué respuesta le apetecía escuchar a Hitler aquel día. El Führer no toleraba evasivas: las cosas tenían que ser blancas o negras.

—Según está actualmente la situación —comenzó cauteloso—, no creo que tengamos la más mínima posibilidad.

Los ojos de Hitler relucieron.

—Pareces muy seguro. Sin embargo, sospecho que algunos de tus superiores no estarían de acuerdo contigo.

Heydrich notó un peso en el estómago.

Con voz que cortaba como un cuchillo, Hitler preguntó.

—¿Puedes decirme, Herr *Obergruppenführer*, si sabes de algún intento por parte de los jefes de mi ejército de establecer contactos clandestinos con los británicos?

Heydrich carraspeó.

—¿Puedo hablar con franqueza, mi Führer?

—¡Más vale que lo hagas!

Heydrich sintió un escalofrío de incomodidad.

—Mi Führer, hasta el momento, y pese a mis exhaustivos esfuerzos, no he descubierto prueba alguna de traición entre los que lo rodean. Sin embargo, he averiguado que ciertos individuos están tratando de establecer contactos clandestinos con ciudadanos británicos en distintos países neutrales. Me he tomado la libertad de reunir para usted dossiers sobre las actividades de cada uno de ellos.

Hitler frunció desdeñosamente el entrecejo.

—¿Te refieres, por ejemplo, a los Haushofer, Karl y Albrecht?

—Sí —dijo Heydrich sorprendido porque Hitler lo supiera.

—¿Sabes que se han puesto en comunicación con Hess?

Heydrich asintió muy lentamente.

—¿Göring?

—¡Supongo que no sospechará usted del *Reichmarschall*!

Hitler desechó con un movimiento de mano el asombro de su interlocutor.

—Quién sabe. La guerra aérea sobre el canal lo ha dejado muy malparado. Göring no tiene el aguante necesario para una guerra de desgaste. Él está capacitado para los combates aéreos y nada más. Pero ¿qué hay de mi pregunta? ¿Qué posibilidades crees que hay de obtener la paz por medios clandestinos?

Heydrich se humedeció los finos labios.

—Mientras Churchill gobierne en Londres, mi Führer, Inglaterra seguirá luchando contra nosotros.

Hitler asintió con la cabeza.

—¿Y el resultado final?

—Inglaterra será aplastada.

—No —dijo suavemente Hitler—. No habrá guerra con Inglaterra.

Heydrich esperó alguna prueba de aquella afirmación tan optimista.

—No habrá guerra con Inglaterra porque muy pronto Winston Churchill dejará de ser el jefe del gobierno inglés.

A Heydrich se le aceleró el pulso.

—¿Te sorprenden mis palabras, Heydrich? Pues no deberían sorprenderte. Porque tú eres el hombre que conseguirá que mi profecía se convierta en realidad.

Heydrich tuvo que recurrir a todo su autocontrol para mantener una expresión impasible. ¿Separar a Churchill del gobierno? Era demasiado fantástico...

—Permíteme que te haga otra pregunta, Herr *Obergruppenführer*. Tú te consideras un buen juez de las personas. ¿Qué opinas del duque de Windsor?

Heydrich escogió sus palabras con gran cuidado.

—Como usted bien sabe, mi Führer, yo me ocupé de la seguridad cuando el duque se reunió secretamente con el *Reichminister* Hess en Lisboa. Durante el escaso tiempo que pasé con el duque, saqué la impresión de que se trataba de un hombre débil y egocéntrico. Se comportó como un niño malcriado. Tras haber renunciado voluntariamente al trono de Inglaterra, nada le gustaría más que volver a sentarse en él. Se cree capaz de cualquier cosa con tal de conseguirlo, pero la realidad es que probablemente no tiene el coraje necesario.

Hitler sonrió.

—Efectivamente, eres un buen juez de las personas. Pero eso que dices no tiene la más mínima importancia. Lo que importa es la sangre real, Heydrich. La sangre. Los ingleses simulan aborrecer mi política racial y no desaprovechan ninguna ocasión para injuriarme. Sin embargo, en el fondo, ellos reverencian la sangre tanto como

nosotros. Ese rasgo común une a nuestros dos grandes pueblos. —Hitler se acarició nerviosamente el mechón de la frente—. ¿Hasta qué punto crees que Windsor es amigo de Alemania?

—No pueden existir dudas acerca de sus simpatías, mi Führer, Desde el punto de vista intelectual es el inglés más de derechas de todo el imperio. Lo que hizo en Francia lo demuestra. A sabiendas o no, aceleró la agenda de nuestra invasión al menos en una semana. Francamente, aparte de conseguir que le den a su esposa norteamericana el tratamiento de alteza real, lo único que parece importarle al duque es conservar las colonias británicas. Pero... permítame una pregunta, mi Führer, ¿qué importancia tiene todo eso? La Constitución inglesa prohíbe que un rey abdicado acceda de nuevo al trono, por mucho que desee hacerlo.

—¡No te preocupes por la Constitución inglesa! —dijo desdeñosamente Hitler—. Si el pueblo inglés reclamase a Windsor, ¿crees que él aceptaría?

—Sin duda. Él mismo se lo dijo expresamente a Hess en Lisboa.

—Bueno, pues el pueblo lo reclamará, Heydrich. Y muy pronto.

Heydrich parpadeó.

—Si el rey Jorge muriese de pronto —siguió Hitler—, ¿qué sucedería? Existen dos posibilidades. O bien su hija mayor, Isabel, accedería al trono, posibilidad sumamente dudosa, ya que Inglaterra está metida en una lucha a vida o muerte, o bien el pueblo inglés se acordaría del duque de Windsor, su otrora adorado príncipe de Gales y su rey no coronado, que ahora malgasta sus considerables talentos actuando como gobernador de las Bahamas. ¿Qué alternativa crees que escogerían los ingleses, Heydrich? ¿Cuál escogerías tú? ¿Una chiquilla con la cabeza hueca o la fuerte mano de un hombre educado para reinar? ¿Hasta qué punto parecerán importantes los devaneos sentimentales de Windsor en los momentos de peligro mortal que vive Inglaterra?

Heydrich se removió incómodo.

—Yo... no estoy seguro de que los ingleses tengan la misma actitud que nosotros hacia esas cosas.

—¡Bobadas! Además, ¿qué importa eso? Windsor sólo sería una figura decorativa. En Inglaterra, el auténtico poder radica en Downing Street. ¡Es ahí donde hay que conseguir que se produzca un cambio!

Heydrich tuvo la sensación de que Hitler estaba llegando al fin al tema que había motivado aquella reunión.

—Pero... ¿cómo se producirá ese cambio, mi Führer?

Los ojos de Hitler refulgieron.

—Implacablemente, Heydrich, como sucede todo en tiempos de guerra. El 10 de mayo, Winston Churchill morirá. Y, con él, el rey Jorge VI. Cuando eso suceda, Gran Bretaña contendrá el aliento, habiendo quedado decapitada en unos momentos de enorme trascendencia histórica. Y nosotros aprovecharemos tal circunstancia para conseguir el objetivo que ambicionamos: la paz en el oeste. Luego Rusia quedará a

nuestra merced, y los tanques de Guderian se pondrán en marcha.

Heydrich dio un taconazo y se cuadró ante su amo.

—¿Te has quedado mudo? —preguntó Hitler.

—No, mi Führer. Ocurre simplemente que... la genialidad de su ambicioso plan me abruma.

Hitler asintió reflexivamente.

—Lo comprendo. Hay pocos hombres que piensen como yo, sin dejarse afectar por las limitaciones de la guerra supuestamente «civilizada». Tal concepto es ridículo, un contrasentido. Pero seguro que te estás preguntando cómo pueden las muertes de esos hombres facilitarnos la paz con Inglaterra.

Heydrich asintió, aunque lo que realmente se estaba preguntando era cómo podrían conseguir que aquellos dos hombres murieran.

—Es sencillísimo —explicó Hitler—. Cuando el nuevo primer ministro sustituya a Churchill, su gobierno será mío. O, al menos, simpatizará con mis ideas. No pongas esa cara de sorpresa. Como Haushofer y otros, yo también conozco a ciertos ingleses que desean la paz. Sin embargo, los hombres de los que hablo son hombres de acción, no de palabras. Comprenden cuáles son las auténticas metas del Reich. Saben que mi objetivo principal es la expansión hacia el este, no hacia Inglaterra. ¡Saben que Adolf Hitler es el martillo que machacará el comunismo mundial!

Heydrich retrocedió un paso, impresionado por la fuerza de las convicciones de Hitler.

—El imperio británico no fue forjado por hombres que se achicaran por un poco de sangre, Heydrich. Los ingleses comprenden que, para crear, antes es necesario destruir. Que la vida surge de la muerte. —Hitler se pasó una mano por la frente—. ¿Te das cuenta?

Heydrich comprendía. Comprendía que Hitler, fuera por su maquiavélica genialidad o por simple desesperación, había decidido extender al ámbito de la política internacional las tácticas de terror que tan útiles le habían sido en los comienzos del partido. Heydrich se dio también cuenta de que aquella decisión aumentaría enormemente su propio prestigio en perjuicio del de los jefes militares. Allí donde otro hombre hubiera visto un desastre inminente, Heydrich sólo veía una dorada oportunidad de medro personal.

—Por lo tanto —siguió Hitler—, a partir de este momento, debes dedicar todas tus energías a encontrar el método adecuado para liquidar a Winston Churchill y a Jorge VI. Tu plan tiene tres limitaciones. En primer lugar, no debe haber nada que relacione esas muertes con Alemania ni con el Partido Nacional Socialista. Segundo, debes efectuar los preparativos para ese plan de modo que ni el *Reichführer* Himmler, ni el almirante Canaris, ni ningún otro miembro del alto mando se entere de cuál es tu misión. Y por último, la misión debe completarse el día 10 de mayo, el glorioso aniversario del comienzo de nuestra invasión hacia occidente.

Heydrich se puso pálido. Las limitaciones que el Führer había marcado para la

misión harían el éxito poco menos que imposible. Aun en el caso de que un rayo fulminase a Churchill y al rey en Trafalgar Square, no faltarían dedos acusadores que señalasen hacia Alemania. Sin embargo, pese a esta desalentadora realidad, Heydrich optó por mantenerse en silencio. Ya había visto lo que les pasaba a los hombres que le decían a Adolf Hitler que sus órdenes eran imposibles de cumplir.

—¿Significa eso, mi Führer, que debo asesinar a esos hombres?

Hitler estalló.

—¿Acaso no me has oído? La idea de convertir a Winston Churchill en un mártir me revuelve las tripas, pero, estando vivo, ese hombre me acosa como el propio diablo. ¡Lo quiero muerto! ¡Y al rey también!

Heydrich se sintió anonadado por las implicaciones de aquella orden. Si lo que decía el Führer acerca de los simpatizantes nazis en Inglaterra era cierto, el plan podía dar resultado; pero... ¿qué posibilidades existían de que tal afirmación fuera cierta? Los informes de todos sus agentes aseguraban que los terroríficos bombardeos de Londres y de otras poblaciones sólo habían servido para fortalecer la voluntad de resistencia de los británicos. ¿Existirían aún ingleses que temieran a Stalin más de lo que temían a Hitler? ¿Hombres a los que les importase más el propio beneficio que el honor nacional? ¿Hombres para los cuales una garantía de seguridad de Adolf Hitler valiera más que un marco alemán de la posguerra?

—No creas que me hago ilusiones —dijo Hitler como si poseyera el don de la telepatía—. Los ingleses no sienten el menor cariño hacia mí, ni hacia Alemania. Pero ellos me comprenden, Heydrich. Yo represento el poder absoluto concentrado en la jefatura del Estado, y los ingleses respetan eso. Los industriales y los aristócratas ingleses temen a Stalin y a sus hordas mucho más que a mi política. El comunismo, el hecho de que millones de obreros fanáticos que no aspiran sino a demoler las más augustas tradiciones se apoderen del poder, es como la peste para los ingleses, un regreso de la Muerte Negra.

Una sonora llamada en la puerta interrumpió el discurso de Hitler. Martin Bormann abrió la puerta y permaneció en el umbral sin hacer caso de la presencia de Heydrich.

—Me pidió usted que le informase cuando los generales hubieran acabado de cenar, mi Führer.

—Sí, Bormann, muchas gracias. Retírese.

Bormann cerró la puerta a regañadientes. Hitler cruzó los brazos y miró fijamente a Heydrich.

—¿Prevés dificultades, Herr *Obergruppenführer*?

—Ninguna, mi Führer —replicó automáticamente Heydrich.

Hitler alzó el mentón y sonrió.

—Ése es el motivo de que te escogiera para esta misión. La palabra «imposible» no aparece en tu diccionario. Si mis generales tuvieran tu actitud, ya habríamos llegado a Moscú.

Heydrich inclinó la cabeza por un momento.

—Voy a darte un nombre, Heydrich. Jamás debes repetirlo. Tampoco debes anotarlo. Éste es el inglés con el que puedes establecer contacto si existe alguna información vital que no puedas obtener por otro medio. El paradero más probable de Churchill y cosas por ese estilo. Su nombre es Robert Stanton...

—¿Lord Grenville? —exclamó Heydrich. Y sonrojándose añadió—. Disculpe la interrupción, mi Führer, pero...

—Pero ¿es el último hombre del que hubieras sospechado que fuese capaz de traicionar a su rey? —sonrió taimadamente Hitler—. Espléndido. Pero recuerda que nunca debes utilizar su nombre, sólo su nombre clave. Lord Grenville es Mordred.

Mientras a Heydrich le daba vueltas la cabeza, Hitler siguió.

—Yo iré abajo primero. Tú sígueme dentro de unos minutos. No quiero que mis generales se enteren de nuestra entrevista. El 11 de mayo les presentaré un *fait accompli*, como hice en 1939 con mi pacto con Stalin. Eso les hará sentirse más seguros cuando invadan Rusia.

—Claro que sí, mi Führer.

—La operación debe tener lugar el 10 de mayo, Heydrich. Hay otros engranajes que ya están girando. Cuando tu plan esté listo, llama a Bormann y dile la palabra «Mordred». Él concertará otra entrevista. —Hitler tendió la mano hacia el tirador de la puerta y cuando estaba a punto de abrir, se volvió de nuevo hacia Heydrich—. Por cierto... Respecto a esos informes que tienes acerca de traidores potenciales. ¿Figura Hess entre ellos?

Heydrich asintió solemnemente.

—Quema su expediente.

—Lo haré en cuanto regrese a Berlín, mi Führer.

Hitler le dirigió un saludo militar.

—*Guten Abend, Herr Obergruppenführer.*

El «*Heil Hitler!*» de Heydrich fue ahogado por el sonido de la puerta al cerrarse. Pese a que el corazón le latía aceleradamente, el *Obergruppenführer* volvió a sentarse con las piernas cruzadas en el borde de la cama. Permaneció totalmente inmóvil durante cinco minutos y, al cabo de ese tiempo, su acelerado pulso había vuelto a un punto de equilibrio que a muchos jóvenes de dieciocho años les hubiese costado alcanzar. Se puso en pie lentamente, se pasó una mano por el rubio cabello y salió al corredor.

Cuando se encontraba a mitad de la escalera, oyó un débil sonido a su espalda. ¿Otra vez Eva Braun? Más vale no meterse, se dijo. Pero no le fue posible. Sus instintos depredadores eran demasiado fuertes. Con el sigilo de un leopardo, Heydrich dio media vuelta y subió de nuevo la escalera.

Llegó al segundo piso justo a tiempo de ver los redondeados hombros de Martin Bormann desapareciendo en el interior del dormitorio situado frente a la puerta por la que se había asomado Eva Braun. Heydrich oyó el tenue tintineo de una risa de mujer

y, antes de que la puerta se cerrara, tuvo un atisbo de carne femenina desnuda. Por un momento permaneció inmóvil; luego, casi contra su voluntad, se acercó más a la puerta.

Oyó de nuevo la risa, que tenía el timbre del cristal barato. Primero burlona y después histérica, en ella se advertía un inconfundible toque de ebriedad. Después, al otro lado de la puerta se oyó un agudo grito de dolor. Con la garganta seca, Heydrich tragó saliva con esfuerzo. Oyó otro grito. Y un sonido animal más profundo comenzó a ser el contrapunto de las débiles quejas de la mujer. Heydrich notó que su órgano se hinchaba y se ponía rígido. Un tic nervioso le cerraba intermitentemente el ojo izquierdo. Encajando los dientes, cerró los oídos a los primitivos gemidos hasta conseguir que el párpado volviera a la normalidad.

Los gruñidos se hicieron más regulares. Heydrich ya no oía a la mujer. La frente se le perló de sudor. Abrió y cerró el puño derecho al ritmo que marcaban los gruñidos procedentes del otro lado de la puerta. El siguiente sonido que oyó hizo que el tic comenzara de nuevo. Al principio sólo fueron cachetes, casi juguetones, que resonaban débilmente, pero los cachetes no tardaron en convertirse en fuertes golpes. Heydrich conocía aquel sonido muy bien. Como un arrítmico latido cardíaco, era lo que lo empujaba a través de cada hora, de cada nuevo día de conquista.

La mujer volvía a protestar pero sus gemidos fueron amortiguados. Una almohada, pensó distanciadamente Heydrich. Contrapuestas emociones se agitaban en su interior. Ira, repulsión, excitación. Se moría de ganas de echar abajo la puerta, pero no sabía si lo que deseaba era castigar a Bormann o unirse a él en el abuso de la mujer.

No hizo nada. Se quedó plantado delante de la puerta, escuchando, con el cuerpo rígido como una viga de acero y la frente cubierta de sudor. Unida a la emoción de estar cerca del Führer, la tensión de aquel encuentro violentamente erótico lo sumió en una especie de trance. El sonido de los golpes se hizo más fuerte, los gritos sonaron con mayor frecuencia, y Heydrich, con la voz de Adolf Hitler resonando aún en sus oídos, aguardó el orgásmico gemido que pondría fin a todo.

Pero el esperado sonido nunca llegó.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Dos meses más tarde

Reinhard Heydrich se sentía como un dios. Setenta días atrás, cuando supo las restricciones operativas que Hitler ponía al plan Mordred, pensó que su meteórico ascenso a través de la jerarquía nazi había llegado a su fin. ¿Encontrar el modo de asesinar no sólo a Winston Churchill, sino también al rey de Inglaterra, de hacerlo en un día concreto y sin dejar una pistola humeante en las manos de Alemania? ¡Ridículo! Sin embargo, incluso antes de tomar tierra con su Fieseler-Storch en el aeropuerto Berlín-Staaken aquella gélida noche de enero, los elementos esenciales de su plan se materializaron en su cerebro como por inspiración divina. El concepto era tan ingeniosamente sencillo que, si se ejecutaba con éxito, no sólo Inglaterra quedaría neutralizada sin apenas oposición armada, sino que además se convertiría en el mejor aliado de Alemania.

El *Obergruppenführer* del SD tardó sesenta y ocho días en determinar si aquel plan sin precedentes podía ser puesto en acción. Sesenta y ocho crispantes días de frenético trabajo de inteligencia efectuado ante los ojos que nunca parpadeaban de Heinrich Himmler. Tuvo que efectuar una docena de viajes bajo falsos pretextos; tuvo que mentir a un centenar de agentes acerca del motivo por el que les hacía las preguntas que les hacía. Un millar de informaciones fragmentarias reunidas en todo el planeta y filtradas por el tamiz del complejo de inteligencia SS/SD. Y cada fragmento de información había sido extraído del sistema sin que el implacable tirano que lo controlaba se enterase.

Ahora, regresando en coche hacia Obersalzburg bajo el frío y estrellado cielo, Heydrich se sabía preparado. La cartera de cuero que reposaba en el asiento contiguo al suyo contenía la clave para que él ingresara en el club más exclusivo del mundo. Hacía dos meses, era un simple subalterno, un leal centurión encargado por su César de la tarea de clavar a millones de judíos en la Cruz de Hierro del Reich. Pero ahora... Ahora el centurión tenía las llaves del palacio imperial al alcance de la mano. Tras los gélidos ojos grises de Heydrich ardía la más feroz y desenfrenada de las ambiciones. Sólo existía un hombre sobre la tierra que poseyera el tipo de poder que él deseaba alcanzar, y Heydrich iba en aquellos momentos a entrevistarse con él. Consigo llevaba el plan que demostraría a Hitler su valía más allá de toda duda, y un día, un día que se encontraba ya muy próximo, la púrpura de la dictadura caería sobre sus propios hombros.

Al cruzar las puertas de Obersalzburg, se fijó en la relajada actitud de los centinelas de las SS. La tibia guerra que se libraba en todos los frentes estaba haciendo que la eficiencia disminuyese en el Reich. Lo que todos necesitan es otra buena *Blitzkrieg* que los despierte, se dijo. Y no tardarán en tenerla. Tomó nota

mental de que, antes de marcharse, debía reprender severamente a aquellos soldados indolentes.

Estacionó en el garaje situado por debajo de la inmensa ventana de la Berghof y se dirigió a pie hasta la entrada principal de la casa. Un sargento del SS Liebstandarte Adolf Hitler montaba guardia frente a la puerta. Antes que las botas de Heydrich tocaran siquiera el primer peldaño, el centinela le indicó que se volviera. Cuando lo hizo, Heydrich vio lo último que esperaba ver. Adolf Hitler, vestido con un traje oscuro, tocado con un bombín y con un bastón en la mano, permanecía parado en la nieve, observándolo. Luces de arcó recortaban la arlequinada figura de Hitler. Por un momento, Heydrich se sintió como si estuviera en un cine viendo un noticiario. Luego el Führer, parecidísimo a la caricatura que Charles Chaplin había hecho de él, se dio media vuelta y echó a andar por la nieve.

—La casa de té —susurró el sargento de las SS.

Heydrich se puso a la altura de Hitler a unos cuarenta metros de distancia de la Berghof. Ambos caminaban por un angosto sendero abierto en la nieve. Apenas había sitio para dos personas caminando la una junto a la otra. Heydrich se colocó junto a Hitler y esperó la orden de comenzar a rendir su informe, pero el Führer siguió caminando en silencio. Heydrich oyó unos ladridos lejanos y supuso que eran los pastores alemanes del Führer, pero cuando Hitler se detuvo y los llamó, los perros no acudieron. Incapaz de continuar en silencio, Heydrich aspiró profundamente y anunció.

—He terminado mi informe, mi Führer.

—En la casa de té —dijo secamente Hitler, y reanudó su camino.

Perplejo, Heydrich corrió tras él. Tras veinte minutos de caminar en silencio, alcanzaron su destino: el rústico edificio redondo en el que a Hitler le gustaba recibir a su corte después de cenar. A diferencia de la opulenta Berghof, la casa de té se había construido pensando sobre todo en la comodidad. El salón principal circular medía unos ocho metros de diámetro y tenía una mesa de madera redonda y varios sillones. A la mayoría de los visitantes el lugar les hacía pensar en las gratas vacaciones en el campo de la época en que la sombra de la guerra no había caído aún sobre sus vidas. Heydrich ni siquiera se fijó en el gran fuego que ardía en la chimenea. Para él, en aquel lugar no existían nada más que Hitler y él, dos almas puras contemplándose mutuamente a través de un abismo de ambiciones sin límites.

—¿Qué? —dijo Hitler—. ¿Traes mi plan?

—Sí, mi Führer —replicó orgullosamente Heydrich.

—Y sólo has tardado dos meses. ¡Dos meses! ¿En qué estabas pensando?

Heydrich retrocedió un paso, sorprendido.

—¿Acaso te pedí algo imposible, Herr *Obergruppenführer*? ¡No! Te pedí que planeases dos sencillos asesinatos. No creo que eso suponga un gran esfuerzo para ti. ¡Según me cuentan, dejaste durante semanas el cerebro de Gregor Straser repartido por la pared de una celda de la Gestapo!

Estupefacto ante la ira de Hitler, Heydrich aguardó en silencio.

—¿Lo llevas en esa cartera? —preguntó secamente Hitler.

—Sí, mi Führer.

—¿Has puesto el plan por escrito?

Heydrich asintió desconcertado.

—¡Estoy rodeado de estúpidos! —Hitler cruzó la sala y se dejó caer en un sillón de cuero frente a Heydrich—. ¿Y bien? —preguntó al fin—. ¿Qué esperas para informarme?

Excesivamente atónito para hacer otra cosa, Heydrich se sentó rígidamente en uno de los sillones y vació sobre la mesita de café el contenido de su cartera. Sus notas, claras y concisas. Un montón de fotos de 20 x 25 unidas mediante un clip.

—Mi Führer —comenzó—, recibí la orden de encontrar un modo de separar a Churchill y al rey Jorge VI del poder el día 10 de mayo, sin dejar ningún indicio que pudiera acusar a Alemania. Si bien esto parece...

—¡Conozco perfectamente las órdenes que te di! —estalló Hitler—. Quiero oír tu plan, no una descripción del problema.

A Heydrich se le escaparon sus notas de entre las sudorosas manos. Se puso en pie, hizo acopio de valor y sus ojos grises miraron los negros de Hitler.

—¿Sobre quién caerá la responsabilidad de los asesinatos? —comenzó lentamente—. Ésa, mi Führer, es la consideración principal de esta operación. Aun en el caso de que pudiéramos matar a Churchill y al rey sin dejar el menor indicio acerca de quiénes habían sido los asesinos, el dedo de la acusación seguiría señalando hacia Alemania. Nosotros más que nadie tenemos el motivo y, en tiempos de guerra, el motivo es lo único que cuenta. Para evitar que «¡Recordad a Churchill!» se convierta en el nuevo grito de batalla contra Alemania, debemos conseguir dos cosas. En primer lugar no debemos dejar en la escena del crimen nada que recuerde a Alemania. Segundo, y más importante, debemos facilitar a los británicos un culpable verosímil.

Hizo una pausa para ver cómo reaccionaba Hitler, pero el dictador permaneció impassible y en hosco silencio.

—Entonces —continuó Heydrich—, ¿a quién culpamos? Mi Führer, la solución se me ocurrió aquella misma noche, como si me la hubieran gritado al oído. ¿Aparte de usted, cuál es el mayor temor de los ingleses? ¡Los comunistas! Usted mismo lo ha dicho un millar de veces. «Los comunistas son el enemigo de todas las naciones civilizadas.» Sabemos que los industriales ingleses comparten esa opinión. Los avances del bolchevismo desde 1917 han hecho temblar a todas las naciones europeas. —Heydrich se irguió aún más—. Por lo tanto, mi Führer, los hombres que asesinen a Churchill y al rey deben ser comunistas.

Heydrich advirtió que había suscitado el interés de Hitler y prosiguió.

—Si unos agentes comunistas asesinaran a Churchill y al rey, Inglaterra sería presa del pánico. En vez de estar todos unidos contra nosotros, cada inglés

comenzaría a recelar de su propio vecino, de su propio hermano. El comunismo se convertirá en el nuevo enemigo de la Gran Bretaña, en su nuevo Satanás. ¿Y cuál es el epicentro del comunismo mundial? ¡Rusia! «¡Venguémonos de Rusia!» será el nuevo grito de batalla de los ingleses.

Heydrich alzó un flaco dedo en el aire.

—Pero... ¿podrían vengarse realmente? Bombardeada y maltrecha, Inglaterra no puede hacer prácticamente nada contra una nación tan lejana y fuerte. ¡Pero usted sí puede, mi Führer! Adolf Hitler es el enemigo más implacable que el comunismo ha conocido. Todo el mundo lo sabe. El pacto de no agresión con Stalin no significa nada, fue una mera alianza temporal de conveniencia. Hasta el más escéptico de los ingleses no tendrá más que echarle un vistazo a *Mein Kampf* para darse cuenta de que usted siempre ha tenido a Rusia como objetivo principal. *Lebensraum!* La expansión hacia el este, adentrándonos en Rusia pasando sobre los cadáveres de los bárbaros y subhumanos eslavos.

Hitler abrió la boca para hablar pero Heydrich, enardecido, siguió con su perorata.

—Y, lo que es más importante, mi Führer, todas las palabras, todas las advertencias hechas por sus simpatizantes ingleses se harán ciertas. Alemania será al fin reconocida como, el último bastión que defiende a Inglaterra de las fanáticas hordas orientales. ¿No es eso lo que el duque de Windsor ha dicho hasta cansarse? ¿Que una nueva guerra entre Inglaterra y Alemania sólo puede finalizar con ambos países cayendo bajo la esclavitud del comunismo?

Mientras Heydrich hacía una pausa para tomar aliento, Hitler se puso lentamente en pie y cruzó los brazos.

—Un plan interesante, Herr *Obergruppenführer* —dijo con voz en la que se advertía cierto matiz de entusiasmo—. Yo mismo pensaba hace unos días en esos mismos términos. Pero dime una cosa, ¿quién cometerá esos asesinatos? Ningún comunista ruso se atrevería a hacerlo sin el previo consentimiento de Stalin. Y si el culpable es un comunista alemán, estaremos perdidos. Para los ingleses, Heydrich, un alemán es un alemán, y no vacilarán ni un momento antes de pedir a Norteamérica nuestra sangre como venganza.

—Ya pensé en eso, mi Führer —dijo suavemente Heydrich con una sonrisa en los crueles labios—. Sólo existe un modo de llevar a cabo este plan, un modo mediante el cual la furia de los ingleses se aparte de nosotros y se dirija contra Rusia. —Hizo una pausa, como un mago al que no le apetece revelar su último y mejor truco—. Los comunistas que asesinen a Churchill y al rey deben ser súbditos británicos.

Hitler permanecía inmóvil en su sillón, como petrificado.

—Explícate.

Heydrich frunció el entrecejo.

—Eso es todo, mi Führer. Ésa es la clave. Los hombres que cometan los asesinatos deben ser súbditos británicos. Naturalmente, me refiero a británicos comunistas.

A Hitler le rechinaron los dientes.

—¿Pretendes decirme, Herr *Obergruppenführer*, que has encontrado el modo de conseguir que Stalin ordene a las células comunistas inglesas que ejecuten a Churchill y al rey en el momento y en el lugar que a nosotros nos convengan?

—No, mi Füh...

—¡Espero que no! —Hitler agitó una mano en el aire—. ¡Bastante me cuesta mantener a Stalin lejos de mis campos petroleros rumanos! Por unos momentos, tus palabras me han parecido sensatas. Ahora... ya veremos.

Heydrich frunció los párpados con la concentración de un tahúr profesional.

—Lo que propongo, mi Führer, no está en realidad tan lejos de lo que usted mismo acaba de sugerir. Pero antes de entrar en la mecánica de la operación, debo explicar un episodio de la historia reciente.

La idea de hacer de alumno de historia no le hizo gracia a Hitler, pero mantuvo un adecuado silencio mientras Heydrich explicaba las bases de su plan.

—¿Recuerda usted la sublevación comunista de 1919 en Baviera, mi Führer? Más específicamente, en Munich.

Hitler puso mala cara.

—Claro que sí, estúpido. Yo combatí en ella. Con Hess a mi lado, batallé en las calles, y Hess sólo tenía su andrajoso uniforme como única vestimenta.

—¡Desde luego, mi Führer! —se apresuró a decir Heydrich—. El caso es que, durante el asalto final del Friekorps contra la Hauptbanhof, donde los comunistas dieron la última batalla... nosotros teníamos a un hombre en el interior del edificio.

—¿Nosotros? —preguntó Hitler, desdeñoso.

—El Friekorps, mi Führer.

—Creía que los comunistas de la Hauptbanhof fueron exterminados hasta el último hombre.

—Y los auténticos comunistas lo fueron. Se trató de toda una matanza. Pero un espía del Friekorps, un joven y leal alemán que facilitó información crítica durante la crisis logró escapar. Con la ayuda del Friekorps, desde luego. El joven se llamaba Helmut Steuer, y llegó a ser conocido entre los comunistas como el «Superviviente de Munich».

—¿Y qué tiene que ver el tal Helmut con tu plan?

—Muchísimo. Pero esos detalles iniciales son importantes. —Heydrich se acarició el fino cabello rubio que empezaba a volverse blanco—. Una vez el partido comenzó a cobrar fuerza en Alemania bajo la inspirada jefatura de usted, se decidió que, en interés de la seguridad, debían infiltrar informantes en los partidos comunistas de nuestros enemigos futuros más probables, específicamente, en Inglaterra y Francia. Los agentes fueron enviados a los países más adecuados a sus capacidades lingüísticas. Se trató de un plan bastante primitivo, pero sumamente notable, considerando el estado de nuestros servicios de seguridad durante aquella época. Unos cuantos hombres fueron enviados a París, otros cuantos a Marsella. Los

que no conocían un segundo idioma permanecieron en Alemania. Y unos pocos fueron enviados a Inglaterra. Cuatro a Manchester y Leeds, para trabajar en las fábricas, tres a las minas de Newcastle. Sin embargo, Helmut Steuer fue un caso aparte. Él tenía nociones de francés pero su auténtico fuerte era el inglés. Había trabajado casi toda su vida en los paquebotes del Rin que hacían la ruta a Inglaterra y hablaba el idioma como un estibador de los muelles de Londres. Así que se decidió enviar a Helmut a Londres.

»Como después de lo de Munich Helmut era considerado un héroe comunista, fue acogido por la célula londinense con los brazos abiertos. Todos lo consideraban una especie de celebridad. Trabajó en los muelles durante unos años, siempre haciendo pequeños trabajos para el partido, vendiendo por las calles el *Daily Worker* como un buen bolchevique, pero sin llamar nunca la atención de la policía británica. Realmente, en aquellos momentos no nos era de gran utilidad, pero le dieron orden de seguir allí. Tenía posibilidades.

Heydrich se sentía crecientemente seguro. Ahora el Führer le estaba dedicando su plena atención.

—Luego, en 1936, Helmut cometió una extravagancia. Hizo la maleta y se marchó a España con los comunistas ingleses de las Brigadas Internacionales. Y, paradójicamente, lúe entonces, mi Führer, cuando se convirtió en un elemento realmente útil. Fue conductor de ambulancias para las fuerzas republicanas al tiempo que pasaba información a los fascistas de Franco y a nuestra Legión Cóndor. Nadie supo nunca por qué lo hizo, no se le había dado orden de que lo hiciera, pero creo que actuó por simple patriotismo. Como alemán leal, vio que el Reich apoyaba a Franco, así que hizo lodo lo que pudo desde la posición en que se encontraba.

—¡Un hombre ejemplar! —exclamó Hitler—. ¿Cómo es que su nombre no me suena?

—No lo sé, mi Führer —dijo Heydrich con cierta petulancia—. Quizá el *Reichsführer* Himmler nunca consideró que los informes de Helmut fueran tan importantes como para mencionárselos a usted.

—¡Ridículo! Yo necesito individuos con iniciativa. Como los comandos ingleses. Y ese Helmut parece el tipo de hombre perfecto.

—Es una auténtica joya, mi Führer. Después de la guerra civil española, Helmut regresó a Inglaterra, mal visto por el gobierno británico pero aún más admirado que antes por los comunistas ingleses. Fue entonces cuando yo le sugerí la idea que hace posible el plan Mordred.

En los ojos de Hitler relucía el interés.

—Le di instrucciones a Helmut de que organizara su propio grupo de activistas comunistas de la línea dura, y que lo aislase de los cuadros locales del partido. Ya conoce usted el modo de operar de los comunistas: organizan pequeños grupos llamados células que están subordinados a varios comités y, en último extremo, al Ejecutivo del Partido Comunista Nacional. El caso es que Helmut hizo lo que le pedí

y, fuera porque tuvo una idea genial o por un simple accidente, concibió una idea sumamente notable. En poco tiempo logró reunir a un pequeño pero fervoroso grupo de ex combatientes, todos ellos comunistas a ultranza, que habían sido heridos en la Gran Guerra o en España.

Heydrich echó la menuda cabeza hacia delante.

—¿Se da usted cuenta de lo valioso que es ese grupo, mi Führer? Si bien sus componentes parecían no ser más que un puñado de los miles de patriotas ingleses que habían sobrevivido por los pelos a la Gran Guerra, en realidad se trataba de fanáticos radicales, de hombres tan violentamente desilusionados de su gobierno que estaban dispuestos a socavar sus cimientos en cuanto surgiera la oportunidad de hacerlo.

Hitler parecía embelesado. Con la respiración acelerada, Heydrich siguió.

—Helmut comenzó con menudencias. Informando sobre los barcos de la flota inglesa que entraban y salían de los puertos, facilitándonos datos sobre la producción industrial... cosas así. Pero yo siempre albergué la esperanza de que llegara el momento en que ese grupo pudiera hacer algo de gran envergadura. —Heydrich alzó los brazos en gesto admirativo—. Con el plan Mordred, mi Führer, ha creado usted la oportunidad perfecta para sacar partido a los talentos especiales de esos hombres. Recuerde que todos ellos son veteranos de guerra adiestrados por el ejército británico.

Con voz trémula, Hitler preguntó.

—¿Y crees que el tal Helmut puede persuadir a esos ingleses de que hagan lo que a nosotros nos conviene?

—Ya lo ha hecho —dijo Heydrich exultante—. En nimiedades, desde luego. Pequeños sabotajes en las fábricas de municiones, fallos en los barcos que se construyen en los astilleros de Londres... Pero, con la tapadera adecuada...

Hitler silenció a Heydrich alzando imperiosamente una mano.

—¿Por qué esos hombres no fueron movilizados e incorporados al ejército inglés? Heydrich titubeó por un momento.

—Recuerde que dije que todos ellos habían recibido heridas de guerra, mi Führer. En sus informes, Helmut se refiere a su unidad como la brigada Verwunden, la brigada de los heridos. Uno de los hombres sólo tiene una pierna, otro sólo una mano. Otro sufre daños internos. El propio Helmut es tuerto. Perdió un ojo en Guernica.

Hitler se quedó boquiabierto.

—¿Cómo? ¿Estás hablando de inválidos? ¿Un tuerto al frente de una banda de inválidos luchando contra los servicios de seguridad británicos? ¿Cómo crees que se las arreglarán para ejecutar nuestro plan?

—Pueden hacerlo —dijo Heydrich con voz firme—. Helmut es el agente más extraordinario que he conocido. Pero usted ha captado el meollo del problema con su primera pregunta, mi Führer. ¿Cómo conseguiremos que la brigada Verwunden de Helmut asesine a Churchill y al rey en el lugar y el momento que nosotros escojamos?

—¡Sí, contesta a eso!

Con impasibilidad de cirujano, Heydrich siguió.

—Como ya he dicho, la motivación no es problema. Esos hombres están convencidos de que Churchill pretende arrastrar a la clase obrera inglesa a otra matanza en defensa de los intereses del capitalismo mundial. Ya han manifestado dónde radican sus simpatías al sabotear, aunque a pequeña escala, el esfuerzo bélico británico y, desde luego, no tienen escrúpulos morales que les impidan matar. No, mi Führer, nuestro problema es la autoridad. Esos hombres idolatran a Helmut, pero por sí mismo Helmut no tiene autoridad suficiente para ordenar un atentado de esa escala. Ni siquiera el Ejecutivo del Partido Comunista Nacional de Inglaterra podría autorizar el asesinato de un jefe de Estado, y mucho menos de dos. Una orden de ese calibre debe partir... —Heydrich miró a Hitler a los ojos—... de Moscú.

—¡Entonces, estamos perdidos! —gritó Hitler poniéndose en pie—. Ya te he mencionado mis campos petroleros rumanos. ¿Cómo voy a conseguir que Stalin monte una operación así? ¡El muy zorro se olería inmediatamente lo que tramamos!

—No necesitará usted convencer a Stalin de nada —dijo Heydrich—. Yo ya he solucionado el problema. Eso fue lo que me llevó dos meses, mi Führer, resolver ese tipo de cosas. Pero esta noche traigo conmigo todas las soluciones. Todas.

—Estoy cansándome de este juego, Heydrich. Vaya de una vez al grano.

El joven jefe del SD asintió lentamente con la cabeza.

—Mi Führer, ¿recuerda usted a un ruso llamado Zinoviev?

Hitler arrugó el entrecejo.

—¿El líder bolchevique de 1917?

—No. —Heydrich esbozó una sonrisa reptilesca—. Un ruso tan antibolchevique como el que más. Era capitán de la Ojranna, la policía secreta del zar.

Hitler se acarició el mechón de la frente. Sus ojos vagaron por el interior de la casa de té mirándolo todo menos a Heydrich. El fuego de la chimenea se había extinguido, pero ninguno de los dos hombres había reparado en ello. Al fin Hitler volvió a sentarse.

—Sigue —ordenó.

Tieso como un huso, Reinhard Heydrich delineó para el hombre más poderoso de la tierra el plan que lo colocaría a él mismo en el primer puesto de la línea de sucesión al negro trono del imperio nazi. Con cada nueva revelación, el entusiasmo de su voz aumentaba y Hitler, por su parte, lo escuchaba también con interés creciente.

—Y lo mejor y más brillante de la idea —siguió Heydrich exultante—, es que Inglaterra no sólo quedará neutralizada, sino que se unirá a nosotros en nuestra guerra contra Rusia. ¡Piense en ello! Paralizado por el dolor, el pueblo británico solicitará la guía de sus nuevos líderes, y éstos, hombres todos ellos partidarios del Führer, le dirán que haga justo lo que el pueblo desea hacer: vengarse de su impío enemigo. De Rusia, la cuna de los asesinos. Y, para hacerlo, tendrán que solicitar la ayuda del

Führer. ¡Barbarossa se convertirá en una cruzada aria!

Los músculos faciales de Hitler parecían contraídos por un espasmo casi catatónico. La mano derecha le temblaba espasmódicamente. La genialidad del plan de Heydrich lo había deslumbrado. Durante toda su vida, Hitler había utilizado las ideas de hombres más tímidos que él, se había apoderado de sus revolucionarios conceptos y los había utilizado para sus fines sin mirar nunca hacia atrás. Ahora, con aquel plan de Heydrich que era como un regalo del cielo, se daba cuenta de que una vez más lograría el triunfo contra todo pronóstico, de que de nuevo demostraría que él estaba en lo cierto y sus generales se equivocaban. Esta certidumbre fue tan euforizante para él como una dosis de morfina. Mentalmente, contempló las imágenes de su victoria: el Kremlin convertido en humeantes cenizas; altos y jóvenes alemanes cultivando los fértiles campos de Ucrania; barcos alemanes zarpando de los puertos de Odessa y Arkángel...

—¡Lo estoy viendo! —exclamó Hitler—. ¡Lo veo con toda claridad! ¡Se puede hacer! ¡Churchill morirá!

—¡Y el rey! —añadió Heydrich eufórico—. Mi Führer, Helmut me asegura que el plan es factible. Zinoviev ya se está preparando para la misión.

—Dios mío —murmuró Hitler con súbita preocupación—. ¿Cómo te comunicas con Helmut?

—No lo hago. Siempre ha sido él quien se ha comunicado conmigo. Debido a eso...

—¿Sí?

—Tuve que enviar a Inglaterra a un hombre con un mensaje.

—¿Cómo?

—Asumo la plena responsabilidad, mi Führer. Consideré que esta misión era demasiado importante para utilizar la comunicación por radio. No me fío de nadie. Ni siquiera he establecido contacto con lord Grenville.

—¿Y si hubieran detenido a tu mensajero?

—No lo detuvieron.

—¿Y si él hubiera leído tu mensaje y luego hubiese decidido venderlo al mejor postor, Herr *Obergruppenführer*?

—El mensaje estaba cifrado —replicó Heydrich sin inmutarse—. Mi mensajero se limitó a entregarlo y regresó con una sola palabra como respuesta. «*Ja.*»

Descompuesto, casi paranoico, Hitler siguió.

—¿Y crees que tu mensajero no se dio cuenta de nada? ¿Que no puede decir nada? ¿Y si de pronto decide vender lo que sabe?

—Imposible, mi Führer. Yo mismo lo maté de un tiro a los cinco minutos de haberme entregado la respuesta de Helmut.

Hitler permaneció en silencio durante largo rato. Se llevó la mano a la barbilla y miró a través de una de las pequeñas ventanas que había junto a la chimenea. En el exterior había comenzado a nevar otra vez.

—Muy bien —murmuró. Recogió su bastón de donde lo había dejado y se volvió hacia Heydrich—. Regresemos a la Berghof. Durante el camino seguiremos charlando.

Caminaron en la oscuridad sin decir nada. El crujido de las botas de Heydrich sobre la nieve endurecida fue el único sonido perceptible mientras avanzaban por la montaña. De cuando en cuando se oían a lo lejos los aullidos de los pastores alemanes. Al cabo de veinte minutos llegaron a la zona de estacionamiento. Hitler taladró a Heydrich con su oscura mirada.

—¿Estás seguro de que los ingleses de Helmut conseguirán matar a esos dos hombres el día 10 de mayo?

En tono confiado, Heydrich replicó.

—Mi Führer, cualquiera puede ser asesinado cualquier día siempre y cuando se cumpla un requisito fundamental.

—¿A qué te refieres?

—A que los asesinos estén dispuestos a morir tras cometer el atentado.

Hitler frunció los párpados.

—¿Y crees que esos ingleses están dispuestos a morir por Helmut?

Heydrich entornó los ojos para protegerlos del gélido viento.

—No. Morirán por sus ideales perdidos. Morirán por sus dioses. Lenin y Marx. O quizá mueran por Moscú. Pero sobre todo, morirán creyendo que han salvado a su patria de las garras del implacable opresor que tiene sometidos a la esclavitud desde hace largo tiempo a los ingleses más necesitados... y a la mitad del resto del mundo. Morirán para alcanzar la palma del martirio.

—Muy bien —dijo al fin Hitler—. Parece que has tenido en cuenta todas las contingencias posibles.

Heydrich asintió gravemente con la cabeza.

—Bueno, ahora tengo que dejarte, Heydrich. ¿Necesitas algo más de mí?

—Sí —replicó Heydrich sin una vacilación—. Un divertimento estratégico. Si puede usted ordenar algún tipo de ataque limitado contra Inglaterra para el 10 de mayo... Quizá un pequeño golpe de los comandos contra un puerto del canal, o una incursión submarina en las proximidades de Londres.

—Ya me he ocupado de eso —dijo Hitler—. No temas, porque tus hombres dispondrán de toda la confusión que necesiten. En la noche del 10 de mayo lanzaré el ataque aéreo más devastador que Londres ha conocido. Será el último ataque aéreo contra Gran Bretaña. Al menos hasta que hayamos conquistado Rusia. Quizá luego...

El Führer siguió hablando en un susurro sólo audible para sí mismo.

Heydrich se humedeció los labios. De pronto, encontró en su interior el valor necesario para hacer la pregunta que lo tenía obsesionado desde la noche en que Hitler le encargó la misión.

—Mi Führer... —comenzó vacilante.

—¿Sí?

—Con el debido respeto, le recuerdo que no me ha dicho usted prácticamente nada acerca del aspecto político de la misión. Y eso es algo que, si le soy sincero, me preocupa. El éxito de toda la operación depende de un solo factor, y ese factor está totalmente fuera de mi control.

—¿A qué te refieres?

—Mi Führer, de nuevo con el debido respeto, ¿están sus amigos ingleses listos para asumir el control del gobierno inglés cuando mueran Churchill y el rey? Según mis informaciones...

—¡Eso no es asunto tuyo! —exclamó Hitler golpeando con la punta de un dedo el pecho de Heydrich—. ¡Ya tienes el nombre de lord Grenville! ¡Ya sabes todo lo que necesitas saber por ahora! ¡Simplemente cerciérate de que esos inválidos llevan a cabo sus órdenes! Hess conoce los nombres. Él se ocupará del aspecto político de la misión.

Demasiado estupefacto para pensar en el peligro, Heydrich alzó las cejas y preguntó.

—¿El Reichminister Hess, mi Führer? Pero... yo tenía la sensación de que ya no confiaba usted en él. Tanto Göring como Himmler hablan de Hess como si... — ¿Göring y Himmler? Deberías dedicar menos tiempo a escuchar chismorreos y más a estudiar cómo el partido llegó a alcanzar la posición en la que actualmente se encuentra. Hess ha hecho más cosas por mí que... —Hitler agitó un puño en el aire—. Permíteme decirte una cosa, Heydrich. Hess tardó un solo mes en hacer lo que tú no pudiste lograr en todo un año. Hess desenmascaró al traidor que tenemos entre nosotros. Y ese traidor es tu jefe. ¡Himmler! Sí, el fiel Heinrich ya está buscando la forma de usurpar mi jefatura. Y tú, que trabajas junto a él, no te diste cuenta de nada. —De pronto el rostro de Hitler se ensombreció—. ¿O sí te la diste?

Heydrich palideció.

—¡No, mi Führer, se lo juro...! ¿Qué quiere que haga para demostrarle mi lealtad? ¿Desea que arreste personalmente al *Reichsführer*?

—No seas ridículo —replicó desdeñosamente Hitler—. No podemos arrestar por traición al jefe de las SS. No, debemos confiar en los mecanismos de seguridad ya establecidos.

Aliviado, Heydrich se pasó una temblorosa mano por la frente.

—Mi Führer, se me acaba de ocurrir una posibilidad muy inquietante. Y si el *Reichsführer* Himmler es realmente un traidor, la cosa es aún más grave. Me refiero al programa de los dobles. Creo que debería usted colocar a todos los dobles de la escuela bajo mis órdenes directas.

Hitler frunció el entrecejo, confuso.

—¿De qué diablos hablas, Heydrich?

—Tenga en cuenta esto, mi Führer. Si, Dios no lo quiera, un traidor consiguiera

asesinarlo a usted, los dobles podrían serle a ese renegado inmensamente útiles para obtener la confianza del pueblo y del Ejército. Si el traidor pudiera presentar a un camarada de usted de toda confianza, como por ejemplo el *Reichminister Hess*, a un auténtico nazi que pasara por ser aliado de ese traidor, el pueblo tal vez aceptase la autoridad del renegado. Himmler es lo bastante zorro como para haber pensado en ello.

Aquella aterradora posibilidad pareció conseguir que a Hitler se le encogiese el ánimo.

—¡Quiero que todos los dobles sean ejecutados inmediatamente! —exclamó—. Semejante riesgo es intolerable.

Con voz muy suave, Heydrich replicó.

—Piénselo bien, mi Führer... Nuestros dobles políticos representan una tremenda inversión de tiempo y de recursos. Creo que nos serán de enorme utilidad en la inminente guerra contra Rusia. Simplemente poniendo a los dobles bajo mis órdenes directas, podría eliminarse el peligro.

Los negros ojos de Hitler escrutaron el rostro de Heydrich buscando algún indicio de deslealtad. Al cabo de un minuto completo de silencio, dijo.

—Permiso concedido. —Y luego añadió—. Por ahora.

Hitler se detuvo a veinte metros de la Berghof. Con voz opaca y ausente de ira, siguió.

—Me siento satisfecho, Heydrich. Cuando Barbarossa se haga realidad, no me olvidaré de ti. Una vez las inmensas tierras rusas se encuentren bajo nuestro control, necesitaré a un hombre de hierro para gobernarlas, un protector del Reich en el que pueda confiar. ¿Crees ser ese hombre, Heydrich?

—¡Yo siempre estaré a sus órdenes, mi Führer!

Sin decir más, Hitler dio media vuelta y se dirigió hacia las escaleras de la Berghof. Heydrich permaneció inmóvil entre la nieve. La promesa de un protectorado del Reich le había acelerado el corazón, pero un temor lo seguía agobiando. La airada reacción de Hitler había hecho que él se abstuviera de mencionar la mayor de sus dudas respecto al plan Mordred. No podía ignorar el temor a que los «simpatizantes» ingleses del Führer, quienesquiera que fuesen, fueran en realidad patriotas ingleses que trataban desesperadamente de conseguir que Alemania cometiera un error estratégico fatal. Lo que Gran Bretaña se jugaba, la supervivencia nacional, podía justificar casi cualquier estrategia. Pero... ¿qué podía hacer él? Debía jugar la partida hasta el final. Y debía hacer lo imposible por desempeñar impecablemente el papel que se le había asignado.

A partir de aquel momento, Heydrich vivió prácticamente sin dormir ni comer. El Führer le había confiado el santo grial del poder, y él estaba decidido a cumplir su sacrosanta misión. Sus aliados en la tarea eran un expatriado ruso lleno de rencor y un agente alemán tuerto que vivía en el centro del asediado Londres. Los tres dedicarían sus vidas a conseguir que un grueso guerrero inglés y un tímido rey inglés

murieran.

En el pequeño estudio de Hitler, situado en el segundo piso de la Berghof, Rudolf Hess aguardaba impaciente la llegada de su Führer. Ataviado con su uniforme gris, permanecía sentado tras un escritorio lleno de planos y bosquejos arquitectónicos. La mayor parte de los bosquejos eran de Hitler. Hess reconoció en ellos el desmañado estilo de su Führer. Los planos, sin embargo, eran obra de Albert Speer. Inmensa y bien proporcionada, la gran avenida del nuevo Berlín hitleriano era como un recto trampolín hacia el futuro, El magnífico Palacio Imperial, el Arco del Triunfo, que dejaría pequeño al de París... Todo ello parecía ser el fruto lógico de las labores del nuevo Reich. Una poderosa ciudad construida para durar un milenio. O eso le habían parecido a Hess los planos cuando los contempló en momentos más felices que los actuales. Pero ya nunca volvería a verlos de aquel modo.

El partido y el Reich que en tiempos él consideró una fuerza unida, un imparable coloso destinado a la inmortalidad, le parecían ahora una frágil alianza de hombres ambiciosos unidos sólo por el miedo que todos sentían hacia Adolf Hitler. Desde la trascendental entrevista de Hess con el Führer del pasado mes de enero, tanto Heinrich Himmler como Hermann Göring habían adivinado cuál era el motivo de los vuelos de entrenamiento de Hess. Éste se había entrevistado con el *Reichsführer* Himmler en la central de la Gestapo en Berlín, y la conversación sólo podía ser descrita como una guerra de nervios. En el despacho de Himmler, el olor a traición era tan fuerte como el olor a cordita. Mientras ambos hombres hablaban en tono mesurado, Hess pudo darse cuenta de que el despacho de Himmler era, en todos los sentidos del término, un campo de batalla. En el angosto confín de aquellas cuatro paredes, las palabras eran como balas, los nombres surcaban el aire como proyectiles trazadores y los silencios estaban tan saturados de minas explosivas como las arenas de Tobruk. Himmler aseguraba que los ingleses jamás firmarían la paz con Hitler, pero opinaba que sí podían llegar a un armisticio con Alemania en el caso de que él, Himmler, ocupase la sede del poder. Luego, mientras Hess se consumía interiormente de furia, Himmler disfrazó su ambición de poder diciendo que se trataría de un simple truco para engañar a los británicos. Hess no se dejó embaucar. Tras el blando rostro de Himmler y tras sus gafas de pinza, Hess había detectado una ambición de poder más fuerte que la codicia de dinero de un judío. Hess abandonó la Prinz-Albrechtstrasse plenamente convencido de que Himmler era un traidor.

La conversación con Göring había sido muy distinta o, al menos, su tono fue muy distinto. Himmler comenzó su perorata utilizando oscuros subterfugios y no abordó los temas principales sino tras una profusión de circunloquios, medias verdades y teorías. Göring, fiel a su carácter de arrojado aviador, había ido directamente al grano. Pero esencialmente su opinión acerca de la actitud de los británicos había sido muy similar a la de Himmler. Inglaterra jamás firmaría la paz con Alemania. Sin

embargo, a diferencia de Himmler, el corpulento jefe de la Luftwaffe no había mencionado en absoluto la traición. Hess recordaba con renuente admiración las últimas palabras de Göring. «Si el Führer desea invadir Rusia en estos momentos, es nuestro deber mantenernos a su lado hasta el final, vayamos a recibir como recompensa la ambrosía o el cianuro. Esto es una guerra, Hess, y seguiremos batallando hasta el sangriento final.» Aunque quedó bien claro cuál era la opinión de Göring acerca del futuro de Alemania. Göring había asegurado que la misión de paz que Hess pretendía llevar a cabo en Inglaterra era un suicidio, y afirmó que si Hitler atacaba Rusia antes de acabar con Gran Bretaña, todo estaría perdido. Hess le dio gracias a Dios de que el Führer tuviera una salud de hierro. Si el futuro dependiese de hombres como Himmler y Göring, la patria estaría perdida.

—¿Rudi? —susurró una voz.

Hess se volvió rápidamente. Desde el umbral de la puerta del estudio, Hitler lo miraba con fijeza. Hess trató de descifrar la expresión de aquellos ojos negros, pero éstos, como siempre, eran inescrutables.

Contemplando a Hess desde la puerta, Hitler sentía una extraña, casi paternal tristeza. Los amplios hombros de Hess, su fuerte mandíbula y su alta frente ariana inflamaban de orgullo al Führer. Los resueltos ojos de Hess lo miraban con una franqueza que parecía decir. «Estoy listo para cualquier cosa. Tú ordena, que yo obedeceré.»

Pero... ¿estaba Hess realmente listo para el plan Mordred? Explicar los detalles materiales de la operación resultaría fácil. A Hess le encantaría el plan por su osadía y por su complejidad. Los detalles técnicos lo fascinaban. Pero en cuanto al resto...

—Mi Führer —dijo de pronto Hess—, hay algo que me inspira curiosidad. Hace dos semanas que te informé de la sediciosa conversación que tuve con Himmler y, sin embargo, no parece que se hayan tomado medidas contra él. ¿Estás retrasando tu castigo por alguna razón?

Hitler sonrió lánguidamente.

—¿Conoces el viejo refrán, Rudi? Más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer.

—¡Pero Himmler te puede traicionar en cualquier momento!

Hitler lanzó un suspiro.

—Lo más probable es que tarde o temprano lo intente, Rudi. Yo llevo mucho tiempo tratando de mantener un delicado equilibrio. A todos los hombres que detentan el poder les ocurre lo mismo. Churchill, Stalin, Mussolini, Roosevelt... Ninguno de ellos se salva. Las SS de Himmler son muy poderosas, viejo amigo, demasiado para no tenerlas en cuenta. Pero también son corruptas. Himmler teme a Heydrich, su subalterno, y sin embargo piensa que, como Heydrich tiene un poco de sangre judía, puede controlarlo por medio del chantaje. —Los ojos de Hitler refulgieron como estrellas negras—. No te preocupes, Rudi, tengo mis propios medios para controlar al *Reichsführer* Himmler. Resulta que su ayudante personal es

un hombre de Heydrich, y Heydrich es un hombre mío. Basta con que yo, en cualquier momento, de día o de noche, diga una sola palabra para que Himmler muera. Pero, de momento y mientras me siga siendo útil, prefiero que siga vivo.

Hess no pareció del todo convencido.

—Pensaba que el traidor sería Göring —le confió Hitler—. Siempre lo consideré más débil que Himmler.

Hess asintió con la cabeza.

—Debo confesarte que yo creía, esperaba, lo mismo. Nunca me ha gustado Göring. Es un fanfarrón y un libertino. Pero también es leal a ti. Al menos de momento.

Eres tan sincero y franco, viejo amigo, pensó Hitler. Quizá por eso confío en ti. Heydrich lo explicó todo tan bien, hizo que pareciera fácil y automático. Pero lo cierto es que no es así. Los fanáticos ingleses que morirán tras volarles la cabeza a sus líderes no significan nada. Son máquinas, como tanques o cañones. Yo los apunto contra sus objetivos y disparo. Pero tú, Hess, no eres una máquina. Eres lo más parecido a un amigo que me queda. ¿Cómo explicarte que las mismas reglas que se aplican a cinco fanáticos comunistas son válidas para ti? Y, sin embargo, tiene que ser de ese modo. Y es que Inglaterra ha de ser neutralizada y Churchill debe morir. Y, pese a las jactancias de Heydrich, el fracaso siempre es posible. En el caso de que, Dios no lo quiera, las cosas se tuerzan, mi enviado personal y lugarteniente no puede ser capturado en tierra británica. Porque tú conoces los detalles de Barbarossa. Si lo «imposible» ocurre, si los fanáticos fallan, si pierden el valor, si los detienen, si la misión fracasa y mi gran jugada no sirve para nada... mi emisario tendrá que morir. Tú, Hess, tendrás que morir. Y, lisa y llanamente, allí no habrá nadie para matarte. Allí no estará Reinhard Heydrich, ni ningún oficial de las SS capaz de disparar contra ti sin una vacilación si yo lo ordeno. Tendrás que hacerlo tú mismo. Me pregunto si serás capaz de hacerlo. Tú en una ocasión proclamaste ante una multitud que yo, Adolf Hitler, era Alemania. ¿Serás capaz de morir por Alemania, amigo mío? ¿Serás capaz de morir por mí?

Con la mano derecha en el fuerte hombro de Hess, Hitler miró fijamente los relucientes y fieles ojos de su viejo compañero.

—Rudi —dijo con voz suave—. Existen dos posibilidades...

Una hora más tarde, Rudolf Hess se puso en pie y fue hasta la puerta del estudio. Una vez en ella se volvió y, con el puño derecho contra el corazón, declaró.

—Mi Führer, morir por Alemania es, ni más ni menos, lo que le pedimos a cualquier soldado. Si llega el momento, sacrificaré mi vida sin que mi corazón flaquee. Lo único que me preocupa es mi mujer y mi hijo. —Hess hizo una pausa; estaba demasiado emocionado para hablar—. Pero —dijo al fin— incluso ellos lo comprenderán. *Deutschland über Alles*; esas palabras son nuestro credo.

Hess tomó aliento y cuadró los hombros.

—No te preocupes, mi Führer. Nunca fue nuestro propósito combatir a los ingleses, y ésta es la solución que el destino nos brinda. Tú, Adolf Hitler, fuiste enviado por Dios para liberar al mundo del azote del comunismo y de los judíos. Lo creo con todo mi corazón. Si con mi desaparición logro que nos acerquemos aunque sólo sea un palmo a nuestra meta, mi muerte no habrá sido en vano. Pero no fracasaré. —Hess asintió solemnemente—. Espero tus órdenes finales. *Heil Hitler!*

Hitler sintió una profunda emoción. Ver a Rudolf Hess, alto y resuelto, con el musculoso brazo derecho extendido en el saludo nazi, lo emocionó casi hasta las lágrimas. La devoción de aquel hombre, nacido para llevar el uniforme alemán, iba más allá de la lealtad y era más profunda que el patriotismo. Mientras Hess daba media vuelta y salía por la puerta, Adolf Hitler, con las manos sobre los planos de la ciudad imperial más joven del mundo, se dio cuenta de que no le había pedido el más extremo sacrificio a su lugarteniente ni a su amigo, sino a su discípulo.

LIBRO DOS

SUDÁFRICA, 1987

Si... el judaísmo conquista las naciones de este mundo, su corona se convertirá en la corona funeraria del género humano, y una vez más este planeta, vacío de humanidad, seguirá moviéndose en el éter como hace miles de años.

La naturaleza eterna venga inexorablemente las transgresiones de sus leyes.

Por lo tanto, estoy convencido de que actúo de acuerdo con el Creador Todopoderoso al rechazar a los judíos, no hago sino combatir por la obra del Señor.

ADOLF HITLER, *Mi lucha*.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

02.04 horas. Vuelo 417 de Lufthansa. Espacio aéreo sudafricano

El avión de pasajeros alemán se estremeció al iniciar la maniobra de descenso. Hans Apfel se llenó los pulmones de aire y crispó las manos en torno a los brazos de su asiento. Sonó la campanilla del sistema interno de megafonía.

—Atención, damas y caballeros —dijo una voz masculina—. Les habla su comandante. Nos disponemos a tomar tierra en el aeropuerto internacional Jan Smuts. La temperatura en Johannesburgo es de veinticinco grados. Hace dos semanas que no llueve, y no se espera lluvia. Esperamos que disfruten su estancia en Sudáfrica y les agradecemos que hayan volado con Lufthansa. *Danke Schön*.

—El cambio será agradable —comentó Hauer.

—¿Cómo? —preguntó Hans.

—El clima.

—¿Cómo?

—Aquí es verano, Hans. Nada de nieve. En Berlín llevábamos tres semanas sin librarnos de ella.

—Ah. Perdona, estaba pensando en el canje. ¿Tienes ya listo el plan?

Hauer asintió con la cabeza.

—La verdad es que, con nuestros limitados recursos, sólo tenemos una opción. Debemos encontrar algún sitio abierto y despejado, pero con abundancia de escondites para mí. Un estadio de fútbol vacío sería ideal. Puedo ocultarme en las gradas, en un lugar elevado, mientras tú efectúas el canje en el campo. Tendrás dos trabajos. El primero consistirá en fingir.

—¿Fingir?

Hauer asintió con la cabeza.

—Sostendrás una granada y tendrás que hacer ver que estás dispuesto a mandar a todo el mundo al infierno si no te entregan a Ilse en cuanto toquen los papeles.

—No será necesario que finja —dijo Hans.

—Me temo que sí lo será. No llevarás una granada auténtica. No podremos conseguir una. Tendremos que comprar una sin carga explosiva en una tienda de excedentes del Ejército. La granada no será más que un elemento de *attrezzo* destinado a acelerar las cosas. Queremos que Ilse esté en nuestro poder a los diez segundos de haber entregado tú los papeles.

—¿Y cuál será mi segundo trabajo?

—Correr. En cuanto recuperes a Ilse, debes echar a andar hacia el refugio preacordado. Como es natural, los secuestradores no querrán que escapéis con vida, así que cuando oigas los primeros disparos, debes correr como alma que lleva el diablo.

—¿De qué te ocuparás tú?

Hauer hizo una pistola con el pulgar y el índice.

—De disparar. En cuanto apartes a Ilse de mi línea de fuego, comenzaré a cargarme gente. El primer disparo que oirás será mío. Liquidaré a cuantos hombres estén en el campo, más los que estén apostados para cubrir el lugar del canje.

Hans miró fijamente a Hauer.

—¿Serás capaz de hacerlo?

—No te voy a mentir. Sería preferible que hubiese otro francotirador. Pero yo sigo siendo uno de los mejores tiradores de fusil de Alemania. Puedo hacerlo.

Hans miró a través de la pequeña ventanilla las estrellas del cielo sudafricano.

—¿Has usado alguna vez un plan como éste?

Hauer sonrió débilmente.

—Lo he visto usar. Hace diez años vi a unos terroristas utilizarlo con éxito contra la policía de Colonia.

—Oh.

El reactor de Lufthansa se inclinó 65 grados a estribor, ladeándose para la aproximación final. Hans aferró los brazos de su asiento y mantuvo la mirada al frente. Hauer lo contemplaba en silencio, deseando que le fuera posible tranquilizar a su hijo de modo más efectivo. Al menos le había ahorrado al muchacho saber lo que él sabía: que los terroristas que habían utilizado aquel plan de canje de rehenes habían logrado huir del campo de fútbol de Colonia sólo para ser hechos pedazos en una estación ferroviaria una hora más tarde. Huir del lugar de canje con Ilse podía no resultar demasiado difícil; pero huir de Sudáfrica sería algo totalmente distinto. Hauer posó una encallecida mano sobre el hombro de Hans y apretó fuerte.

—La salvaremos, muchacho —dijo.

Hans miró a su padre y encajó la mandíbula.

—Estoy listo. Pero hay algo que no se me va de la cabeza. ¿Quién degolló al afrikáner que atacó al profesor Natterman? ¿Por qué lo hizo? ¿Y adónde fue? No pudo desaparecer simplemente.

La expresión de Hauer se ensombreció. Sabía exactamente por qué el desconocido asesino había degollado al afrikáner, y si Hans abriese el envoltorio de papel de aluminio que llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta, él también lo sabría. El asesino había escapado con tres páginas del diario de Spandau. Por orden de Hauer, el envoltorio había permanecido oculto durante todo el vuelo. Pero tarde o temprano tendría que decirle a Hans la verdad. De lo contrario, el muchacho la descubriría por sí mismo.

—Hans —dijo—, tengo la sensación de que nos encontraremos con nuestro escurridizo asesino antes de lo que pensamos.

02.20 horas. Vuelo 331 de El Al sobrevolando Tel-Aviv, Israel

El Boeing 747 de El Al, volaba en un lento circuito oval sobre el Aeropuerto Ben-Gurion a una cómoda altura de ocho mil metros. El aparato era uno más entre la docena de pequeños puntos en las pantallas de los controladores de tráfico aéreo situados en tierra. Un fallo mecánico de un Whisperjet de la Eastern Airlines en la pista número tres había producido una demora y, hasta que los hombres que controlaban los cielos sobre Tel-Aviv dieran luz verde, el profesor Natterman y su compañero judío tendrían que esperar en el cielo junto con otros 247 impacientes viajeros.

—¿Qué son esas cosas tan misteriosas que debemos recoger? —preguntó Natterman—. ¿Armas? ¿Explosivos?

Stern miró hacia la oscuridad.

—Necesitaremos armas —murmuró—. Pero tendremos que conseguir las en Sudáfrica, no en Israel. Lo arreglé todo desde su Cabaña.

Natterman intentó sin éxito hacer caso omiso de la acidez estomacal que le había asaltado durante el vuelo desde Hamburgo. Unida al lacerante dolor que le causaba su ventana nasal herida, la indigestión hacía que la inesperada demora le resultara casi insoportable.

—¿Cree que ya habrán llegado a Pretoria? —preguntó.

Stern consultó su reloj.

—Si tomaron el primer vuelo que salía de Frankfurt, en estos momentos deben de estar aterrizando en Johannesburgo.

—Que Dios los ayude.

Stern gruñó escépticamente.

—He estado pensando en lo que me contó usted en Frankfurt —dijo Natterman—. Respecto a ese tal Grenville. El dueño de esa corporación llamada Phoenix AG. Si Grenville es inglés y su compañía tiene la sede en Sudáfrica, ¿por qué se dirigió usted a Berlín?

—Excelente pregunta, profesor. Pero la contestación es compleja y, al menos de momento, también privada.

—Si no pensaba usted decirme nada —gruñó Natterman—, no sé por qué se molestó en traerme. Un hombre como usted no hace las cosas porque sí.

—Eso es cierto, profesor —dijo Stern—. Lo traje conmigo por dos razones. La primera, porque usted puede facilitarme una información histórica que tal vez me sea muy útil. Sé que está muerto de ganas de contarme sus teorías acerca de Rudolf Hess, y algunas de ellas me interesará oírlas. Pero primero déjeme explicarle cuáles son las reglas de este juego. Usted desea información acerca de lo que yo creo que está sucediendo en Sudáfrica. Lo cual me parece bien. Pero tendrá que ganársela. Usted responderá ahora a mis preguntas sobre el caso Hess y luego yo decidiré qué cantidad de información le facilito a cambio. Si me cuenta cosas que yo no sepa, actuaré recíprocamente. Pero ésta es la última vez que hablaremos acerca de Rudolf Hess. ¿De acuerdo?

Natterman permaneció en silencio durante casi un minuto completo. Luego carraspeó y dijo.

—¿Qué desea saber?

—Hábleme de Hess y de los británicos. ¿Existía en 1941 una camarilla filonazi en el gobierno inglés?

Natterman cruzó las manos sobre las rodillas.

—Se trata de algo muy complicado, Stern.

—Creo que si me lo cuenta lo entenderé, Herr Einstein.

—De acuerdo entonces. Sí, existía un grupo de filonazis situados muy arriba, que deseaban llegar a un acuerdo con Hitler. Eso es algo demostrado. O, al menos, es algo que está demostrando un profesor de Oxford. La pregunta es: ¿era sincero ese grupo? ¿Me sigue usted, Stern? ¿Estaban los miembros de ese grupo de fascistas ingleses enamorados de la esvástica? ¿O eran simples pescadores en río revuelto ansiosos de conseguir cuanto más dinero mejor? ¿Se trataba de anticomunistas paranoicos que deseaban la paz a cualquier precio a fin de que Hitler quedara libre para aplastar a Rusia? ¿O bien, y ése es el quid de la cuestión, eran patriotas ingleses que deseaban distraer a Hitler hasta que fuera demasiado tarde para invadir Inglaterra? ¿Comprende lo que digo acerca de la complicación de este asunto?

Stern asintió con un movimiento de cabeza. Natterman siguió.

—Y, en el caso de que fueran auténticamente filonazis, ¿actuaban realmente en secreto? ¿O bien los servicios de inteligencia británicos supieron en todo momento de su existencia? A fin de cuentas, ¿qué mejor truco para ganar tiempo podía haber encontrado el MI-5 que permitir que unos traidores auténticos negociaran con Hitler y le hicieran creer que era posible neutralizar a Inglaterra sin necesidad de invadirla hasta que ya no pudiera seguir esperando para invadir Rusia? Recuerde que esos «traidores» no eran el tipo de gente a la que se detiene por traición sin problemas. Estamos hablando de la columna vertebral del gobierno y la industria ingleses. ¿Y si el MI-5 decidió utilizar a esos renegados de sangre azul mientras le fueran útiles para darles un tirón de orejas cuando dejaran de serlo? ¿Me sigue usted, Stern?

—Voy por delante de usted, profesor. ¿Y si los máximos responsables de la inteligencia británica, con la excepción de algunos ex alumnos de Oxford que eran filocomunistas secretos, hubieran sido furibundos anticomunistas y estuvieran espiritualmente hermanados con la supuesta camarilla de aristocráticos partidarios de Hitler? ¿Y si, por razones estrictamente prácticas, la inteligencia británica deseara llegar a un acuerdo con Hitler, dejándolo así en disposición de aplastar a Stalin? O bien... La inteligencia inglesa podría haber recibido órdenes de averiguar si un acuerdo así era posible. En ese caso, la iniciativa de alcanzar una paz con Hitler pudo haberse originado en los más altos niveles del gobierno británico. Y me refiero a la auténtica cumbre. Excepción hecha de Churchill, naturalmente. Pero sin exceptuar a la corona. —Stern le hizo un guiño a Natterman—. ¿Me sigue usted, profesor?

Natterman lo miró, ceñudo.

—Debió usted ser historiador, maldita sea. Acaba de mencionar uno de los pilares de mi tesis: el duque de Windsor. La inteligencia británica lleva años ayudando a ocultar el negro pasado de Windsor. Todos los informes sobre las actividades del duque durante la guerra están sellados para siempre por orden del gobierno de su majestad. Sin embargo, y pese a ello, cada vez son más las pruebas incontestables que relacionan a Windsor con los nazis. Es casi seguro que en 1940 el duque se entrevistó secretamente con Hess en Londres para tratar de llegar a un acuerdo con Hitler que devolviera a Windsor al trono. El duque era el arquetipo del inglés privilegiado, que por una parte detestaba a los rusos y a los judíos y por otra admiraba a Hitler. Y estoy seguro de que usted está al corriente del hecho de que, según muchas fuentes fidedignas, fue la inteligencia británica la que el mes pasado asesinó a Número Siete en Spandau.

—Sí, pero tengo mis dudas a ese respecto. No estoy seguro de que a estas alturas los ingleses estén dispuestos a matar a nadie por salvar la reputación de una familia real que, de todas maneras, ya está más que desacreditada.

—Podrían estar dispuestos a hacerlo si Windsor no fuera más que la punta del iceberg —murmuró Natterman—. Muchos historiadores están convencidos de que lord Halifax, el secretario de Asuntos Exteriores británico durante la guerra, y posiblemente hasta otros cuarenta miembros del Parlamento continuaron intentando llegar a un acuerdo con Hitler mucho después de que Churchill declaró: «¡Jamás nos rendiremos!» Dudo mucho de que a las familias inglesas más distinguidas les gustase, incluso al cabo de tantos años, que sus nombres se vinculasen al de Adolf Hitler. Y ningún inglés en sus cabales desea mancillar el mito churchiliano de «su mejor hora». Piense en ello, Stern. Neville Chamberlain sigue siendo vilipendiado hoy en día, y eso que no era más que un apaciguador. A los que hubieran tratado de llegar a un acuerdo con Hitler después de la batalla de Inglaterra los calificarían de colaboracionistas. —Natterman permaneció unos momentos pensativo—. Lo cierto es que no me sorprendería que algunas de esas aristocráticas familias inglesas tuvieran algunos vástagos en Sudáfrica.

—Vástagos —murmuró Stern—. Son las raíces lo que a mí me interesa. Y no crea que me refiero a las raíces del pasado. Me refiero a las raíces de la actual conspiración. Me refiero al aquí y al ahora. Porque en el aquí y el ahora es donde radica la amenaza contra Israel.

Natterman bajó los párpados pensativo.

—Yo no sé nada de amenazas contra Israel —dijo—, pero creo haberme ganado un poco de información, Stern.

El israelí movió lentamente la cabeza.

—Profesor, hasta ahora no me ha contado usted nada que no se pueda averiguar en cualquier biblioteca. Lo que deseo es su análisis de los hechos. Asímbreme con el fruto de sus largos años de investigación.

Natterman alzó la vista hacia Stern. Sus labios estaban pálidos a causa de la

exasperación.

—Si tanto sabe, ¿por qué no termina solo esta charla?

Como Stern no respondió, Natterman siguió.

—Muy bien, le diré algo. Pero espero que me devuelva el favor.

—Pedid y se os dará, profesor.

—Eso es del Nuevo Testamento, Stern.

—¿Qué iba usted a decir?

Natterman se sonrojó al susurrar sus siguientes palabras.

—Lo que voy a decirle, Stern, lo averigüé por medios bastante... digamos poco ortodoxos.

Los ojos de Stern relucieron de interés.

—Como he dicho, son varios los historiadores que actualmente tratan de desentrañar el misterio Hess. Dos de ellos pertenecen a la Universidad de Oxford. Tal vez usted no lo sepa, Stern, pero la Historia es una especialidad sumamente competitiva. Al menos, en los niveles más altos. Y resulta sumamente rentable saber lo que está haciendo la competencia.

—¿Me está diciendo que tiene usted espías, profesor?

Natterman desvió la mirada.

—Prefiero llamarlos «buenos amigos».

El israelí rió entre dientes.

—Ya, claro.

—Uno de esos amigos —siguió Natterman—, tuvo oportunidad de enterarse bastante a fondo de lo que se está investigando en Oxford acerca de Hess. Parece ser que en el caso Hess intervino un individuo muy misterioso. Un individuo del que nadie hasta ahora había oído hablar, y que, por lo visto, hizo una barrabasada particularmente grave en la noche del 10 de mayo de 1941. En el borrador de Oxford se le da el nombre de Helmut, pero...

—¿Helmut? —Stern se irguió en su asiento—. ¿Hubo otro alemán en Inglaterra aquella noche?

Natterman sonrió cautelosamente.

—Eso dice el borrador de las investigaciones que están teniendo lugar en Oxford. Sin embargo, yo creo que «Helmut» no es más que un nombre clave, un apodo que los historiadores de Oxford utilizan para enmascarar la auténtica identidad de esa persona. Lo cierto es que en mis investigaciones sobre el caso Hess, jamás me he tropezado con nadie que se llamase Helmut.

—¿Pretende decirme que sospecha que «Helmut» es el nombre clave del auténtico Hess?

Natterman sonrió triunfalmente.

—Según los papeles de Oxford, Stern, Helmut poseía una característica muy especial que tal vez a usted le interese.

—¿A qué se refiere?

—Era tuerto.

Stern pareció sorprenderse y luego se quedó pensativo.

—Eso puede encajar con lo del tatuaje —admitió—. Pero no creo que usted lo crea a pies juntillas, ya que Rudolf Hess tenía los dos ojos perfectamente sanos.

Natterman alzó un largo índice.

—Los tenía el 10 de mayo de 1941. Pero si Hess sobrevivió a aquella noche, y yo creo que así fue, tuvo tiempo de sobra para perder un ojo. Quizá incluso lo perdió la noche de su vuelo.

—Debería usted escribir para el cine, profesor. ¿Sabe cuántos hombres perdieron un ojo durante la segunda guerra mundial? ¿Piensa recorrer toda África buscando a un hombre tuerto con la esperanza de que él lo conduzca hasta su fantástico nazi?

—Ya veremos si soy o no un fantasioso —murmuró Natterman.

—¿Por qué aquella noche de mayo no podía haber en Inglaterra un alemán llamado Helmut? —preguntó Stern.

—Pudo haberlo —admitió Natterman—. Pero no lo hubo. Bueno, ¿qué? ¿Me he ganado el derecho a conocer su parte de la historia?

—Sí, profesor, creo que sí. Pero, antes, contésteme a otra pregunta. Por lo que usted sabe, ¿hubo rusos implicados en el caso Hess?

—¿Rusos? —Natterman permaneció unos momentos en silencio—. ¿En la misión original de Hess? Que yo sepa, no. Pero, desde luego, consideraré esa posibilidad.

—Hágalo, por favor. Y le ruego recuerde nuestro acuerdo cuando estemos en tierra. Nada de cuentos de hadas acerca de Rudolf Hess cuando haya gente delante. Ese tipo de cosas puede poner muy nerviosos a ciertos judíos.

Natterman asintió sombríamente.

—Atención, damas y caballeros —dijo una voz a través del sistema de megafonía—. Por favor, tomen asiento. Acabamos de recibir permiso para aterrizar en el aeropuerto Ben-Gurion.

En el interior del aparato se oyó un suspiro de alivio colectivo. Stern rió entre dientes y tocó la manga de Natterman.

—Me temo que mi contribución a esta epopeya tendrá que esperar al segundo tramo de nuestro viaje.

Natterman estudió el bronceado y angular rostro del israelí.

—Dijo que conseguir información fue el primer motivo por el que me trajo con usted, Stern. ¿Cuál es el segundo?

Stern apartó la vista del profesor. Cuando volvió a mirarlo, sus ojos se habían ensombrecido y endurecido.

—Fénix secuestró a su nieta, profesor. Usted es el pariente consanguíneo más próximo de esa joven. Eso lo convierte en mi línea directa hacia Fénix. Aún no sé a ciencia cierta cómo, pero creo que usted puede ser mi mejor arma contra ellos.

Natterman permaneció pensativo en su asiento mientras el piloto completaba la maniobra de aterrizaje en la pista principal. Un control de seguridad con detector de

metales y rayos X esperaba a los pasajeros al final de un largo corredor, pero cuando Stern mostró su identificación al jefe de seguridad, el hombre le franqueó el paso a él y a Natterman.

—Eso en este país es todo un privilegio —dijo Natterman—. ¿No es así, Stern? ¿Cómo se ganaba usted la vida exactamente antes de su retiro?

Stern no respondió. Estaba mirando a su alrededor, como si buscase algo o a alguien.

—Debía de ser usted del Mossad —aventuró Natterman—. ¿A que sí?

Stern seguía observando a los viajeros del aeropuerto.

—Yo soy bastante más antiguo que el Mossad, profesor. Debería usted saberlo.

—Sí, pero sí no fue del Mossad, fue de algo parecido e igualmente poco limpio.

—¡Gadi! —exclamó Stern.

De pronto el israelí comenzó a desplazarse a gran velocidad entre la gente. No corría pero daba unas zancadas enormes con las que parecía devorar las distancias sin esfuerzo. Natterman trató de averiguar hacia dónde se dirigía Stern, pero no le fue posible. Al fin, Stern reapareció entre la gente con un brazo afectuosamente pasado por los hombros de un hombre moreno de unos veinticinco años.

—Profesor Natterman —dijo Stern—, le presento a Gadi, mi sobrino nieto.

—Encantado, Herr profesor —dijo amablemente el joven tendiendo una bronceada mano a Natterman.

—*Guten Abend* —dijo Natterman volviéndose hacia Stern—. ¿Es éste uno de los «paquetes» que vinimos a recoger?

—Sí, profesor; pero hay dos más.

Dos sonrientes jóvenes aparecieron por detrás de Gadi Abrams. Tendieron las bronceadas manos a Natterman, se inclinaron ante él cortésmente y luego abrazaron a Stern como si llevaran muchos meses sin verlo.

—Aaron, Josef... —dijo Stern—, éste es el profesor Natterman, de la Universidad Libre de Berlín.

Los dos jóvenes sonrieron amablemente pero no dijeron nada. Ambos representaban más o menos la misma edad que Gadi, y ambos llevaban bolsas de viaje de lona. Stern echó a andar hacia la zona de los restaurantes. Mientras caminaba, hablaba en voz baja con su sobrino. Natterman trató de mantenerse lo bastante cerca de la pareja como para escuchar su conversación. Aaron y Josef iban detrás, a discreta distancia. Stern se metió al fin en un restaurante decorado como un café francés, el único abierto a aquellas horas. El hombre alejó con una seña al calvo camarero que se dirigía hacia ellos con varios menús entre las manos.

—¿Qué hay del avión, Gadi? —preguntó en hebreo—. ¿Cuánto tardará?

—No te lo vas a creer, tío, pero hay un vuelo que sale hacia Johannesburgo dentro de hora y media.

—*'Siz bashert* —murmuró Stern—. Estaba escrito. ¿Vuelo directo?

—Con una escala. En Atenas.

—Perfecto.

—No parece sorprendido, tío. A mí me costó creer que consiguiéramos pasaje en un vuelo a Sudáfrica con tan poco tiempo.

—La suerte no tuvo nada que ver, Gadi. Llamé a un viejo amigo de las Fuerzas Aéreas y le pedí que reprogramase ligeramente la hora de salida de un vuelo.

—No me digas. ¿Pueden hacer eso?

—No estaba del todo seguro. Mi fe en la humanidad se ha fortalecido.

Gadi rió contagiosamente.

—Nos alegramos de volver a verte, tío. ¿Viajaremos en primera, como de costumbre?

El profesor Natterman no pudo seguir conteniéndose. Por lo que a él respectaba, aquella conversación carecía totalmente de sentido.

—Stern —interrumpió—. ¿Podría decirme qué hacemos en este aeropuerto olvidado de la mano de Dios mientras mi nieta se encuentra en peligro mortal en Sudáfrica?

Stern volvió a hablar en alemán.

—Profesor, sus modales dejan bastante que desear. Sin embargo, comprendo cómo se siente. Dentro de noventa minutos tomaremos un vuelo de El Al con destino a Johannesburgo, donde comenzaremos a buscar a su nieta. Sólo vamos un día por detrás de Hauer y Apfel, y conocemos la hora y el lugar de su cita con los secuestradores. El hotel Burgerspark a las ocho de mañana por la noche, ¿recuerda? Y recuerde también esto: para usted, el hecho de que nuestros intereses coincidan es un golpe de suerte. Para mí, aún está por ver.

Las palabras del israelí enfurecieron a Natterman, pero como consideraba a Stern completamente capaz de dejarlo abandonado en el aeropuerto, decidió mantenerse en silencio.

—Ahora —siguió Stern—, sugiero que comamos algo. Espero que todo el mundo duerma durante el vuelo. Una vez aterricemos en Sudáfrica no dispondremos de mucho tiempo para hacerlo. —Llamó al camarero con una seña. Todos cogieron los menús de fino papel—. Anímese, profesor. Usted y Gadi tienen mucho de que hablar. Él se graduó en Historia el año pasado.

—¿De veras? —preguntó Natterman—. Yo le veo más aspecto de soldado que de académico.

Gadi frunció el entrecejo.

—Buen ojo, profesor —dijo Stern dirigiendo una rápida mirada a su sobrino—. Quizá me resulte usted más útil de lo que pensaba.

Cuatro mesas más allá se sentaba una mujer elegantemente vestida, con reflejos azules en el blanco cabello. Estaba delgada para su edad, entre cincuenta y sesenta años, y, evidente mente, no era israelí. Tenía un bolso de Louis Vuitton sobre la mesa.

Junto a él había un vaso de jugo de naranja. Cuando el camarero preguntó a la mujer si deseaba algo de comer, ella dijo que no cortésmente. Su voz era grave, pero al camarero le pareció muy agradable. En la babel de Oriente Medio, nada acariciaba el oído como un buen acento inglés. Cuando la mujer sonrió, el camarero pensó que la sonrisa iba dirigida a él. Pero se equivocaba. Iba dirigida a Jonas Stern.

Golondrina había establecido contacto visual con el hombre que era su objetivo.

02.25 horas. Aeropuerto Jan Smuts, Johannesburgo

El taxi, un pequeño y destartalado Ford, destacaba en la pequeña cola de vehículos Rover y Mazda, que eran mayoritariamente nuevos y propiedad de las mismas dos compañías de taxis. Hauer prefirió un taxi al autobús de línea porque deseaba rapidez e intimidad. El recorrido en taxi de 65 kilómetros hasta Pretoria sería atrocamente caro, pero el dinero era la menor de sus preocupaciones. Escogió el viejo Ford porque deseaba un chófer con cierto carácter: un hombre que era su propio jefe.

—¿Inglés? —preguntó el taxista con fuerte acento indio.

—Suizo —replicó Hauer.

El chófer cambió a un extraño pero fluido alemán. Sorprendentemente, las consonantes teutonas no impidieron al moreno joven hablar con el sonsonete peculiar de su país de origen.

—¿Y adónde desean ir?

—¿Habla usted alemán? —preguntó Hauer sorprendido.

—Felizmente, sí. Me enseñó un primo materno. Su padre fue criado del embajador alemán en Nueva Delhi. Él conocía el idioma bien y yo lo aprendí con bastante facilidad cuando mis parientes volvieron a Calcuta. Los idiomas se me dan bien. Lo cual es una gran ayuda en mi humilde oficio.

Hans se retrepó en el asiento posterior del Ford y escuchó la perorata del taxista solazándose con la estabilidad del automóvil.

—Escuche —dijo Hauer interrumpiendo la cháchara del indio—, tenemos que llegar a Pretoria. Mi hijo y yo somos agentes de Bolsa. Venimos a Sudáfrica por negocios, pero también quisiéramos divertirnos un poco, ¿comprende?

—Claro que sí, señor —dijo el chófer captando la posibilidad de una generosa propina.

—Por ese motivo quisiéramos que nos llevase a un hotel de no demasiada categoría. A un hotel de mala muerte, por así decirlo.

—Lo comprendo perfectamente, señor —aseguró el taxista echando un vistazo a Hauer a través del retrovisor.

—Entonces, conduzca —ordenó Hauer—. Y mantenga la vista en la carretera.

El Ford se puso en marcha y se incorporó a la corriente de taxis que salían del aeropuerto como una fila de escarabajos.

—Me llamo Salil —anunció el indio—. Estoy a su plena disposición.

Hauer no dijo nada.

—¿Señor...? —insistió Salil.

—¿Qué pasa?

—Creo entender perfectamente lo que ustedes necesitan. Pero permítanme decirles que para caballeros como ustedes, un hotel de mala muerte, como usted tan exactamente dice, puede ser el tipo de lugar en el que más llamen la atención. ¿Por qué no van a uno de los hoteles de más categoría? Si disponen de dinero para ello, naturalmente. Pasarán más inadvertidos y a nadie se le ocurrirá hacerles preguntas. En esos lugares respetan exquisitamente la intimidad.

Hauer reflexionó sobre las palabras del taxista.

—¿Alguna sugerencia? —preguntó encontrando la idea crecientemente atractiva.

—El Burgerspark es un hotel magnífico.

Hans respingó como si lo hubieran golpeado físicamente.

—¿Qué otros hay? —se apresuró a preguntar Hauer.

—El Protea Hof también es un buen hotel. —Salil miró furtivamente por el retrovisor.

—Llévenos al Protea Hof.

Mientras el taxi rodaba en dirección norte, Hauer contempló la ultramoderna ciudad que se perfilaba contra el horizonte. Johannesburgo, la Ciudad de Oro. Docenas de rascacielos brillantemente iluminados se alzaban sobre una densa red de autopistas elevadas. Comparado con aquella futurista metrópoli, Berlín Occidental parecía un poblacho mugriento. Sudáfrica no era en absoluto como Hauer había esperado. Ya percibía el cambio de altura, las inmensas extensiones que lo rodeaban.

—Señor —dijo Salil mirando a Hauer por el retrovisor.

—¿Sí?

—Tal vez les interese saber que nos siguen.

Hauer agarró a Hans por el hombro para evitar que el muchacho se volviese.

—¿Tiene usted idea de quiénes pueden ser? —preguntó sin alterarse.

—Sí, señor. Creo que son agentes británicos. Se nos pegaron en el aeropuerto.

Hauer oyó una exclamación ahogada al tiempo que Hans se deslizaba hacia abajo en el asiento.

—¿Y usted cómo lo sabe? —preguntó.

—En la India conocí a muchos agentes británicos —explicó Salil—. He visto ese coche en el aeropuerto otras veces. Pero a los jóvenes que van en él no los conozco de nada.

Hauer se frotó pensativamente el rasposo mentón. Hans hizo intención de volverse pero Hauer se lo impidió.

—He cambiado de idea, conductor —dijo—. Será mejor que nos lleve al Burgerspark.

—Muy bien, señor.

Hans abrió la boca para protestar pero Hauer susurró.

—Allí ya hay una habitación a tu nombre. Dejemos que los secuestradores crean que realmente te vas a alojar en ese hotel. ¿Conductor?

—¿Sí, señor?

—¿Podría usted despistar a ese coche una vez nos hayamos registrado en el Burgerspark? Lo compensaré debidamente.

—¡Claro que sí, señor! —replicó el indio previendo una propina generosa—. ¡Se encuentran ustedes en las mejores manos!

El taxi se desvió de la carretera del aeropuerto y enfiló la autopista 21 en dirección norte. Hauer se fijó en que el tráfico iba por la izquierda, como en Inglaterra. Unos cuantos camiones rodaban a escasa velocidad en dirección a Pretoria. Hauer se preguntó qué encontrarían Hans y él en la capital. ¿Habrían llevado allí realmente a Ilse Apfel? ¿O la tendrían escondida en algún lugar del nevado Berlín? ¿Seguiría viva? Como profesional, Hauer lo dudaba, pero una parte de él seguía albergando esperanzas. En bien de Hans, esperaba que tales esperanzas estuvieran fundadas. Puso la palma de la mano contra el cristal de la ventanilla y notó el calor. Es extraño este súbito cambio de estaciones, se dijo. Pero le gustaba. Se sentía bien, y sabía que se sentiría aún mejor una vez se enfrentase al enemigo cara a cara.

—Tardaremos treinta minutos en llegar a Pretoria —anunció Salil.

—No hay prisa —mintió Hauer sin quitarle ojo a Hans—. Ninguna prisa.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

02.45 horas. Transvaal septentrional. República de Sudáfrica

Ilse salió lentamente del sueño, como un buceador aflorando a la superficie de un negro lago. Una vez despierta, se encontró en una cama, bajo una colcha de algodón. Estaba desnuda. Los pegajosos restos de la cinta aislante con que la habían atado en el avión hacían que las ropas de cama se le pegaran a la piel. Trató de recordar cuándo había perdido sus ropas pero no le fue posible. Miró a su alrededor. Se encontraba en un dormitorio austero pero costosamente amueblado: un buró antiguo, una silla, una mesilla de noche y la cama. No había ventanas, sólo dos puertas, una entreabierta que daba al baño y otra cerrada. Ningún teléfono. No había nada que indicase dónde se encontraba ni lo que había más allá de aquellas cuatro paredes. Se envolvió con la colcha, bajó de la cama e intentó abrir la puerta cerrada. Tenía el cerrojo echado. Un momento más tarde encontró la nota. Estaba sobre el buró de teca, bajo un espejo de mano de plata. La nota, escrita en alemán sobre una tarjeta blanca, decía.

Frau Apfel.

Bienvenida a la mansión Horn. Le ruego se arregle. Se lo explicaré todo durante la cena

ALFRED HORN

Cuando Ilse vio su rostro reflejado en el pequeño espejo, se llevó una temblorosa mano a la mejilla. Su fino cabello rubio estaba sucio y enmarañado, y sus ojos, tan luminosos normalmente, parecían grises y opacos bajo los hinchados párpados. La impresión de verse en tan penoso estado la impulsó a meterse en el cuarto de baño adjunto. Se colocó ante un gran espejo, dejó caer la colcha y se fijó en los verdugones que había dejado la cinta aislante. Tenía marcas rojas en el rostro, el cuello, las muñecas y los tobillos. Una súbita sensación de pánico le atenazó el pecho; la carne de los muslos y brazos se le puso de gallina. En su cuerpo había otras marcas: tenía moretones en los pechos y muslos. Ilse recordó las ocasiones en que ella y Hans hacían el amor con excesiva violencia, sólo que... Aquello era en cierto modo distinto. Parecía como si hubiese estado peleando con alguien. ¿La habrían...?

Oh, Dios mío, pensó horrorizada. De pronto había recordado. ¡El teniente! ¡El arrogante salvaje que se había exhibido ante ella en el avión! ¡La había drogado! Ilse recordó la aguja que el hombre le clavó en el inmovilizado brazo. La posibilidad de haber sido violada mientras permanecía inconsciente le produjo una ardiente oleada de náuseas. Apenas capaz de conservar el equilibrio, se metió en la ducha y

permaneció bajo el chorro de agua caliente hasta que se sintió casi escaldada. Se frotó a conciencia la piel mientras el agua se llevaba sus lágrimas. ¿Dónde se encontraba? El vuelo del avión había durado mucho tiempo, de eso estaba segura. Le dolía todo el cuerpo. Se sentía como si hubiera dormido treinta horas o más. Recordaba vagamente que el avión había aterrizado, un fuerte traqueteo seguido por unas voces que murmuraban en un idioma que ella desconocía, pero el aparato despegó de nuevo y ella volvió al negro vacío de la inconsciencia.

En vez de ir reduciendo poco a poco el caudal de agua caliente, lo cerró de golpe y abrió el grifo del agua fría. El gélido chorro la devolvió de golpe a la realidad. Gritó un par de veces pero soportó el frío durante un buen rato. Luego salió de la ducha, se puso una toalla en torno a la cintura y utilizó otra para secarse el pelo.

En un cajón encontró una loción, que se aplicó generosamente en los hinchados tobillos y muñecas. El aire de la habitación era extrañamente cálido. Dejó caer la toalla y buscó sus ropas hasta que, con un sobresalto, recordó que no las tenía. Mientras se inclinaba para recoger la toalla, vio su reflejo en el espejo. Se irguió y se miró el vientre, terso y plano a causa de la falta de comida. Con el índice, trazó una línea desde el triángulo púbico hasta el ombligo. ¿Cuándo comenzará a notarse tu presencia, pequeño?, se preguntó. Poco a poco, una extraña serenidad la fue invadiendo. Pese a la desesperada situación, comprendió que su primer deber en aquellos momentos era sobrevivir. No por ella, sino por su hijo. Y en aquel momento tomó una firme resolución: por grandes que fueran los horrores o las indignidades a las que se viera sometida en las siguientes horas o en los siguientes días, ella no haría nada que pudiera producirle daño físico alguno. Aunque deseara ardientemente morir. Porque los daños que ella recibiera los recibiría también el niño, y eso era simplemente inaceptable. Sentía náuseas, lo cual era sorprendente, ya que hasta el momento no había experimentado malestar alguno por las mañanas. Luego, con un escalofrío, volvió a recordar la jeringuilla del avión. Oh, no, pensó con la boca súbitamente seca. ¿Y si la droga ha perjudicado a mi pequeño...?

Sin previo aviso, la puerta del dormitorio se abrió de golpe. Ilse quedó paralizada por el terror. Enmarcada por la puerta había una negra que parecía medir más de metro ochenta. Lo mismo podía tener treinta que sesenta años; su piel color ébano era tersa, pero sus profundos ojos relucían como viejos ónices.

—La señora se viste —dijo en quebrado alemán.

Avanzó unos pasos y dejó un pequeño bulto en el borde de la cama.

Ilse advirtió que el bulto eran sus ropas, lavadas y planchadas.

—¿Dónde estoy? —preguntó—. ¿Qué día es hoy?

—La señora se viste, por favor —repitió la mujer con voz grave y resonante. Señaló hacia la mesilla de noche—. Son casi las tres del reloj. Vuelvo dentro de un cuarto de una hora. Entonces la cena.

Antes de que Ilse pudiera hablar de nuevo, la negra gigante salió de la habitación cerrando tras de sí. Ilse corrió a la puerta y trató de abrirla, pero el tirador se negó a

girar. De nuevo sola, se tragó las lágrimas que otra vez trataban de aflorar y comenzó a vestirse.

Alfred Horn se encontraba en su estudio, sentado en la silla de ruedas dando la espalda a la chimenea, en la que ardía un mortecino fuego. Observó cómo su jefe de seguridad afrikáner colgaba un teléfono rojo.

—¿Qué ocurre, Pieter?

—Linah dice que Frau Apfel ya despertó, señor.

—¡Cuánto rato ha dormido! —dijo Horn preocupado—. No me importa esperar para cenar, desde luego, aunque sea hasta las tres de la mañana. Pero resulta muy raro.

Pieter Smuts suspiró cansado.

—Señor, ¿cree usted que realmente merece la pena perder el tiempo con esa muchacha?

—Pieter, Pieter —lo reprendió Horn—. Para mí no es perder el tiempo. No espero que usted lo comprenda, pero hace mucho, mucho tiempo que no ceno con un auténtico alemán. Y mucho menos con una Frau. Concédame ese capricho.

Smuts siguió sin parecer convencido.

—¿Cómo es ella, Pieter? Dígamelo.

—Bastante joven. Poco más de veinte años, yo diría. Y hermosa, debo admitirlo. Alta, esbelta y de piel tersa.

—¿El cabello?

—Rubio.

—¿Los ojos?

Smuts vaciló por un instante.

—No le vi los ojos, señor. Cuando llegó, estaba inconsciente.

—¿Inconsciente? —preguntó vivamente Horn.

—Me temo que sí.

—Pero di orden de que no se utilizaran drogas de ningún tipo.

—Sí, señor. Me temo que Frau Apfel llegó en bastante mal estado, señor. Tenía magulladuras en las piernas y el torso. Le pedí al doctor que la examinara. No fue sexualmente agredida, pero el médico cree que el teniente de la policía que la acompañó desde Berlín utilizó un barbitúrico intravenoso para sedarla.

Temblando de ira, Horn hizo girar su silla para quedar frente al fuego.

—¿Es que no hay nadie que sea capaz de cumplir mis órdenes? —exclamó—. ¿Dónde está ese cerdo?

Smuts percibió que el viejo resollaba como si a sus pulmones no les llegara suficiente oxígeno.

—Se encuentra en una de las celdas del sótano, señor. ¿Tiene usted pensado algún castigo específico?

Horn no replicó, pero cuando al fin volvió a darse la vuelta, su desfigurado rostro había recuperado la compostura.

—Todo a su debido tiempo —murmuró—. Ayúdeme, Pieter.

Smuts fue a colocarse tras la silla de ruedas, pero el viejo negó con la cabeza, impaciente.

—No, póngase delante de mí.

—¿Cómo dice, señor?

—Ayúdeme a levantarme —pidió Horn.

—¿A levantarse, señor?

—¡Obedezca!

Smuts se inclinó ligeramente y, con flacos pero fuertes brazos, levantó al viejo de la silla.

—¿Está usted seguro, señor?

—Claro que sí —gruñó Horn tratando de controlar el dolor que le producían las destrozadas articulaciones de la pierna—. Quiero que la *Jungfrau* me vea como un hombre completo antes de enterarse de que soy... un inválido. Aunque ya han pasado dos años, Pieter, sigo sin ser capaz de aceptarlo. Que yo, que en tiempos fui un gran atleta, me vea reducido a esto. Es asqueroso.

—A todos nos ocurrirá —dijo Smuts en tono conmisericordioso.

—Eso no es ningún consuelo. ¿Está lista la cena?

—Cuando usted lo esté, señor.

Las piernas de Horn temblaban.

—Pues entonces, vamos.

—Apóyese en mi brazo, señor.

—Sólo hasta el corredor, Pieter. Luego iré solo.

Smuts asintió. Sabía que el viejo estaba sufriendo grandes dolores, pero también sabía que si Alfred Horn se había propuesto caminar hasta el comedor por sus propios medios, nada le impediría hacerlo.

Sentada en el inmenso comedor, Ilse intentaba con todas sus fuerzas ocultar el pánico que le atenazaba el estómago. Percibía la presencia de la altísima negra a su espalda, contemplándola. Conteniendo los deseos de volverse, se concentró en la espectacular mesa. Jamás había visto tal esplendor: vajilla de porcelana de Hutschenreuther fileteada con oro de 18 quilates; cristalería de Dresde; plata antigua de Augsburgo. El hecho de que todos aquellos objetos estuvieran hechos en Alemania la tranquilizó. En el avión le había preocupado que sus captores la sacaran del país; ahora le parecía que Hans no podía estar demasiado lejos. Mientras contemplaba una reluciente araña de luces, Alfred Horn apareció en el umbral y caminó con pausada dignidad hasta la cabecera de la mesa.

—*Guten Abend*, Frau Apfel —dijo con una inclinación de la blanca cabeza.

A Ilse el corazón le saltó en el pecho. Nada más ver al frágil anciano, comprendió que éste tenía autoridad para ponerla en libertad. Pese a la avanzada edad de Horn, sus ojos miraban con una intensidad que ella pocas veces había visto en nadie. La joven fue a ponerse en pie, pero los fuertes brazos de la mujer bantú se lo impidieron.

Esforzándose por contener el dolor que le producían las artríticas rodillas, Alfred Horn se sentó.

—Le ruego —dijo— que me haga el honor de compartir mi mesa antes de discutir los detalles de esta incómoda situación. Aquí no hay ni cadenas ni porras de goma. Es incluso posible que, con un poco de buena voluntad, disfrute usted de la velada. Siéntese, Pieter.

Smuts se acomodó en la silla situada a la izquierda de Horn.

—Permítame que me presente —dijo el viejo—. Soy Alfred Horn, el dueño de esta casa. El hombre que está sentado frente a usted es mi jefe de seguridad, Pieter Smuts. —Horn miró con el entrecejo fruncido el gran reloj de madera que colgaba sobre el aparador de su derecha—. En cualquier momento —siguió— se reunirá con nosotros un joven que...

Un súbito sonido de pisadas en el corredor anunció la llegada del rezagado comensal, un joven que se apresuró a ocupar el asiento contiguo al de Ilse sin decir palabra. Parecía más o menos de la edad de Hans, quizá un par de años mayor. Tenía el cuello corto y grueso, la cabeza parecía una talla demasiado grande —en realidad, todas sus facciones parecían un poco mayores de lo normal— y el cabello rubio rojizo, aunque recién peinado, estaba húmedo. Bajo la nariz quemada por el sol, Ilse advirtió algo que había visto con excesiva frecuencia en las fiestas de Berlín, el brillo acuoso que frecuentemente delataba el uso reciente de cocaína.

—Llegas tarde —se quejó Horn.

—Lo siento —dijo el joven, a pesar de que no parecía sentirlo en absoluto—. En la tele estaban pasando una repetición del Open. —Miró a Ilse con claro agrado—. ¿Quién es este primor, Alfred?

—Frau Apfel —replicó Horn molesto—, le presento a lord Grenville. Es inglés, por si no se había dado usted cuenta.

—Encantado de conocerla —dijo el joven, en tono quizá excesivamente cortés, al tiempo que le tendía la mano.

Ilse hizo caso omiso de ella y mantuvo los ojos fijos en el viejo de pelo blanco que ocupaba la cabecera de la mesa.

Los ojos de Horn relucieron.

—Frau Apfel no se siente favorablemente impresionada —comentó. Y, advirtiendo la expresión de inquietud de Ilse, en tono más suave añadió—. Linah, la mujer bantú que se encuentra a su espalda, sólo está aquí para traernos lo que necesitamos de la cocina. Pídale lo que quiera.

Ilse tragó saliva.

—¿Significa eso que puedo irme cuando lo desee?

Incómodo, Horn replicó.

—No, no exactamente. Pero puede moverse a su antojo por la casa y los terrenos... con ciertas restricciones. Aunque lo cierto es que aquí, en el *veld*, no hay muchos sitios adonde ir. Al menos, no sin un avión.

Mientras Ilse se preguntaba cuál sería el significado de la palabra «veld», Horn comenzó a comer su ensalada. Linah alzó las tapas de las grandes bandejas que contenían puré de guisantes, col lombarda y pan negro *pumpernickel*, clásicas viandas alemanas. Un enorme jamón asado ocupaba el centro de la mesa, pero Horn no lo tocó. Entre bocado y bocado de col lombarda, siguió hablando. Su comportamiento era más el de un patriarca presidiendo una reunión familiar que el de un secuestrador jugando con su secuestrada. Hablando con la boca llena, el viejo comentó.

—He tratado de acostumbrarme a la cocina africana, si es que tal cosa existe, pero lo cierto es que es mil veces inferior a la comida alemana. Es alimenticia, desde luego, pero muy insípida. A Pieter le encanta, pero él se crió aquí.

¿África...? Conteniendo su impulso de levantarse de la mesa, Ilse recordó que se había prometido actuar de la forma menos escandalosa posible.

—O sea que usted nació en Alemania, ¿no?

—Sí —replicó Horn—. Soy una especie de expatriado.

—¿Vuelve frecuentemente a Alemania?

Horn pareció crisparse por un momento y luego continuó cenando.

—No —dijo al fin—. Nunca.

Dios mío, pensó Ilse notando que el rostro le ardía. ¡África! Ya decía yo que hacía calor. Mientras Horn miraba en torno, Ilse advirtió que sólo uno de los ojos del viejo se movía. El otro permanecía fijo en la dirección en la que Horn tuviera vuelta la cabeza. La joven se fijó también en las cicatrices de alrededor del ojo, que formaban una especie de estrella de cinco puntas. Ilse sintió un escalofrío y se obligó a apartar la mirada, pero no logró evitar que Horn advirtiera que estaba mirándolo. El viejo sonrió comprensivo.

—Una vieja herida de batalla —explicó.

Lord Grenville se sirvió una enorme loncha de jamón.

—¿Y a qué se dedica en Renania una mujer tan bella como usted? —preguntó sonriente.

—Creo que la joven trabaja en una agencia de corredores de bolsa —intervino Horn.

De pronto, las dobles puertas de detrás de Horn se abrieron y por ellas apareció un joven negro empujando un carrito que utilizó para llevarse los platos usados. A continuación apareció una criada empujando otro carrito en el que había un viejo samovar ruso lleno de té humeante. Le sirvió una taza a Horn; Smuts, Grenville e Ilse no quisieron.

—Supongo que se estará preguntando dónde se encuentra exactamente —dijo Horn—. En estos momentos está en la República de Sudáfrica y, a no ser que ni vea

usted televisión ni lea periódicos, imagino que sabe en qué parte del mundo se encuentra este país.

Ilse notó que el estómago se le revolvía.

—Mi empresa —dijo roncamente— mantenía estrechos vínculos con una firma sudafricana hasta que dejamos de negociar con el rand.

—O sea que está usted familiarizada con este país.

—Un poco. Lo que uno ve en las noticias arroja una imagen muy desagradable de Sudáfrica.

—Desagradable para algunos —dijo Smuts—. Pero las cosas no son tan malas como las cuentan.

—Creo que lo que Pieter quiere decir —comentó Horn—, es que... los problemas raciales de cualquier sociedad son siempre más complejos de lo que los forasteros creen. Fíjese si no en la cuestión asiática a la que los rusos blancos tendrán que enfrentarse muy pronto. Dentro de veinte años, la Unión Soviética será un país con un cuarenta por ciento de islámicos. ¡Piense en ello! Fíjese en América del Norte. Pese a todo lo que presumen de igualdad, los norteamericanos han cometido abusos tan graves como el que más. En Sudáfrica, Frau Apfel, los prejuicios no llevan máscara. Y eso no nos lo perdona nadie. Como Sudáfrica admite algo que el resto del mundo prefiere mantener oculto, todos nos detestan.

—¿Cree usted que eso es una excusa?

—Nosotros no buscamos excusas —murmuró Smuts.

—Esto es simplemente maravilloso —comentó lord Grenville—. Dos alemanes y un puñetero afrikáner discutiendo los matices de las relaciones interraciales. Realmente, es demasiado.

Se sirvió un segundo brandy de una botella que, aparentemente, había requisado para su uso exclusivo.

—¿Cree que en Inglaterra las cosas están mejor? —le espetó Smuts—. Lo único que usted ha visto son las escuelas públicas y los campos de polo...

—Pieter —lo interrumpió Horn. Y, volviéndose hacia Ilse, le explicó—. Herr Smuts es un hombre que ha llegado a ser lo que es gracias a sus propios esfuerzos. Considera que la aristocracia es algo que pertenece al pasado.

—Ésa es una opinión con la que simpatizo.

El afrikáner inclinó respetuosamente la cabeza sin dejar de mirar reprobatoriamente al inglés.

—En realidad —siguió Horn—, ni siquiera los sudafricanos se atreven a tomar medidas realmente eficaces en cuanto a la cuestión racial.

—¿Medidas eficaces?

—Programas de esterilización patrocinados por el Estado, querida. Ésa es la única respuesta. No podemos esperar que los cafres o los salvajes mahometanos regulen sus propios hábitos de reproducción, porque son como ganado. No, lo que deberían hacer los servicios de salud del gobierno es esterilizar a todas las hembras negras tras el

nacimiento de su primer hijo. Todo un espectro de problemas desaparecería en el plazo de una sola generación.

Mientras Ilse lo miraba estupefacta, Horn le hizo una seña a la inexpresiva Linah y ésta le llevó un grueso cigarro Upmann, ya cortado y listo para ser encendido, cosa que el viejo procedió a hacer sin preguntarle a nadie si tenía inconveniente. Aspiró varias bocanadas y exhaló el humo en grandes nubes azules que quedaron flotando sobre la mesa.

—Bien —dijo al fin—. Estoy seguro de que se le ocurren a usted muchas preguntas. Trataré de responderlas lo mejor que pueda.

Ilse ni siquiera había tocado la ensalada. Ahora posó las temblorosas manos sobre la mesa y aspiró profundamente.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó quedamente.

—Muy sencillo —replicó Horn—, a causa de su esposo. Lamentablemente, su querido Hans tropezó con algo que pertenecía a un hombre que yo conocía bien, un documento que debió haber entregado a las autoridades, pero no lo hizo. Pieter decidió que el método más rápido de recuperar el documento era utilizándola a usted. Por eso está aquí. En cuanto llegue su esposo, el asunto quedará resuelto.

Ilse sintió un principio de esperanza.

—¿Hans va a venir?

Horn miró su reloj.

—Ya debe de estar en camino.

—¿Sabe él que yo estoy bien?

Smuts replicó.

—Oyó la cinta que usted grabó.

Ilse se estremeció al recordar la pistola que le había puesto en la cabeza el salvaje del teniente Luhr.

Horn hizo un aro de humo.

—Le aseguro que algo tan desagradable no volverá a suceder. El hombre que la narcotizó en el avión se encuentra ahora en una celda a cien metros por debajo de sus pies. —Horn sonrió—. Ahora, si tiene la bondad, me gustaría que me dijese lo que piensa acerca del documento que descubrió su marido en la prisión Spandau.

Ilse se miró las manos.

—Pues no sé. A mí me pareció una falsificación. Cosas como ésa han aparecido docenas de veces desde el final de la guerra.

—Por favor —dijo Horn con mayor sequedad—, no ponga a prueba mi paciencia. Su conversación con el prefecto Funk indicaba que usted comprendía muy bien la importancia de esos papeles.

—¡Yo únicamente pensaba que podían ser peligrosos! Y eso lo sabía porque, como Hans los encontró en Spandau, probablemente fueron escritos por un criminal de guerra. Debido a eso...

—Dispense, Frau Apfel... —El único ojo de Horn escrutó el rostro de Ilse—.

¿Qué entiende usted por «criminal de guerra»? Siento curiosidad por saberlo.

Ilse tragó saliva.

—Bueno... Supongo que un criminal de guerra es alguien que se ha apartado tan radicalmente de las leyes de la moral que su conducta, incluso en tiempos de guerra, horroriza al mundo.

Horn sonrió tristemente.

—Muy bien expresado, querida; pero totalmente inexacto. Un criminal de guerra es, simplemente, un hombre destacado del bando que pierde una guerra. Ni más ni menos. ¿Fue Julio César un criminal de guerra? Según su definición, sí; según la mía, no. ¿Lo era Alejandro? ¿Lo era Stalin? En 1944, el Ejército Rojo del mariscal Zhukov se dedicó a violar, asesinar y saquear en Alemania. ¿Era Zhukov un criminal de guerra? No. ¿Y Hitler? ¡Claro que sí! ¡Era el Anticristo! ¿Se da usted cuenta? En términos absolutos, esa denominación no significa nada. Es una simple descripción relativa.

—Eso no es cierto. Lo que hicieron los nazis en los campos de concentración...

—Mantuvieron a flote la economía de guerra alemana y promovieron el desarrollo de la ciencia médica en beneficio de toda la humanidad —afirmó Horn—. Naturalmente, hubo excesos, eso es algo que va con la naturaleza humana. Pero... ¿menciona alguien siquiera los avances médicos que se consiguieron?

—No creo que eso lo diga en serio. No hay nada que justifique tales crueldades.

Horn movió la cabeza.

—Veo que, desde la guerra, los sionistas han tenido el control de lo que se enseña en nuestras escuelas. Desnazificación —dijo desdeñoso—. Dios bendito, habla usted como un escolar israelí. ¿Cómo puede estar tan ciega? En 1945, las Fuerzas Aéreas aliadas bombardearon Dresde, una ciudad abierta, y mataron a 135 000 civiles alemanes, mujeres y niños en su mayoría. El presidente Truman borró de la faz de la tierra dos ciudades japonesas. ¿No fue ése un comportamiento criminal?

—Entonces, ¿por qué considera tan importante ocultar el diario de Spandau? —preguntó Ilse—. ¿Por qué no permite que se divulgue y luego expone usted públicamente su tesis, sea cual sea?

Con la vista en la mesa, Horn replicó.

—Porque más vale que ciertos capítulos de la Historia permanezcan cerrados. El caso de Rudolf Hess ha tenido un impacto asombrosamente duradero sobre las relaciones entre Inglaterra, Alemania y Rusia. Lo que más les interesa a todos los afectados es que las cosas sigan como están.

—Pero... eso es precisamente lo que no entiendo. ¿Qué puede importar algo que ocurrió hace cincuenta años?

—Las naciones tienen muy buena memoria.

—¿Qué le ocurrió a Rudolf Hess? —preguntó de pronto Ilse—. Al auténtico Hess.

—Falleció —dijo Horn—. En Resistencia, Paraguay, en 1947. Yo lo conocía bien.

Murió, desolado, al cabo de menos de dos años de la desaparición de su amado Führer.

—¿Amado? —repitió Ilse horrorizada—. Pero... ¿quién era entonces el recluso de Spandau?

—Nadie. Cualquiera. Aquel pobre diablo formó parte de un gambito fallido en el ajedrez de la política internacional, eso es todo. Pero de resultas de tal fallo, él se vio obligado a permanecer en prisión, bajo la identidad de Hess, durante el resto de su vida. Todo eso pertenece ya al pasado. Lamentablemente, su esposo abrió de nuevo este embarazoso caso y ahora es necesario cerrarlo de nuevo. Para mí, no es más que una pequeña molestia, pero no se pueden ignorar los detalles. Ya conoce usted el refrán. «Por un clavo se pierde una herradura.»

—Ya —murmuró Ilse pensativa—. ¿Y qué es la herradura en este caso?

Horn sonrió.

—Mi compañía, naturalmente. Phoenix AG.

Ilse frunció el entrecejo.

—No recuerdo haber visto ese nombre entre las empresas que cotizan en ninguna de las bolsas del mundo.

—No, claro que no. Es una sociedad de cartera privada. Sin embargo, si le leyera una lista de mis subsidiarias en todo el mundo, estoy seguro de que reconocería varias de ellas.

Smuts sonrió por lo cortas que se habían quedado las palabras de su jefe. Ilse sentía auténtica curiosidad.

—O sea que posee usted una multinacional. ¿De qué envergadura? ¿Doscientos o trescientos millones en ingresos?

El joven inglés rió entre dientes.

—Trescientos millones en activos —corrigió Horn con una sonrisa.

Ilse lo miró incrédula.

—Pero según eso, sus ingresos serían de más de un millardo de dólares.

Se produjo un silencio hasta que Horn volvió a hablar.

—Veo que siente usted un gran interés por los negocios. ¿Por qué no excusamos a Pieter y a lord Grenville? Usted y yo podemos seguir charlando sin aburrirlos a ellos. ¿Caballeros...?

—Pero si esta conversación me parece interesantísima —protestó el inglés.

—Da lo mismo —replicó gélidamente Horn.

—¿Le apetece que juguemos una partida de billar, Smuts? —preguntó animosamente el inglés tratando de mantener las apariencias.

Con la mirada, Horn le ordenó al reacio afrikáner que aceptase la invitación.

—Bueno, no me importa que unos cuantos rand pasen de sus bolsillos a los míos —dijo Smuts, y lanzó una sarcástica risa.

Hizo una burlona inclinación y ambos salieron del comedor.

—Ese hombre parece sentir una gran devoción por usted —comentó Ilse.

—Herr Smuts es mi jefe de seguridad. Su lealtad es absoluta.

—¿Se encuentra usted en peligro?

Con una sonrisa, Horn replicó.

—Un hombre de mi posición se hace enemigos, Frau Apfel.

De pronto, los ojos de Ilse se humedecieron. La súplica que llevaba largo rato conteniendo afloró ahora a sus labios.

—Señor, por favor... ¿no existe algún modo de que pueda perdonar a mi esposo? ¡Lo que hizo, no lo hizo con mala intención! Si usted lo conociera, se daría cuenta de que...

—¡Frau Apfel! ¡Contrólese! No volveremos a hablar de este asunto hasta que llegue su marido. Y será entonces cuando yo decida lo que hay que hacer, no antes. ¿Está claro?

Ilse se secó los ojos con una servilleta de papel.

—Sí... sí... Lo lamento.

—No hay nada que lamentar. Las mujeres están a merced de sus emociones, ése es su gran fallo biológico. Si no fuera por ese lamentable hecho, sabe Dios lo que habrían conseguido a lo largo de la Historia.

Ilse permaneció en silencio. Comprendía que no iba a ganar nada indisponiéndose con su captor.

—Frau Apfel —dijo Horn—, si hice salir a los otros fue porque deseaba invitarla a asistir conmigo a una reunión de negocios que tendrá lugar mañana por la noche. Lamentablemente, los caballeros con los que voy a entrevistarme tienen una actitud bastante medieval hacia su sexo, así que tendrá que hacerse pasar por mi secretaria. Pero estoy seguro de que las negociaciones le parecerán sumamente interesantes. —Horn alzó la barbilla—. Será la primera reunión de su clase en la historia del mundo.

—Eso suena amenazador —comentó Ilse tratando de recuperar la compostura.

—Más que amenazador, yo diría «trascendental». Pero, a fin de cuentas, se trata de una cuestión de negocios. Estoy seguro de que la experiencia resultará sumamente valiosa para una joven que desea hacer carrera en el mundo de las finanzas.

Pese a la peligrosa situación, o quizá debido a ella, Ilse aceptó la invitación.

—¿Linah? —llamó Horn.

La alta mujer bantú apareció inmediatamente.

—Acompaña a Frau Apfel a la sala de billar.

Ilse se puso en pie.

—Frau Apfel —dijo Horn—, ¿tendrá la bondad de decirle a Pieter que se reúna conmigo cuando termine de jugar?

Ilse asintió con la cabeza.

—No volverá a verme hasta mañana por la tarde o quizá por la noche. Por la mañana, Pieter le mostrará la finca. Ciertas habitaciones permanecen cerradas, pero por lo demás podrá ir y venir a su antojo por la casa y los terrenos. Por favor, absténgase de usar el teléfono hasta que la cuestión de los papeles se haya resuelto.

—Horn hizo una pausa y, tras ella, preguntó—. ¿Me permite su mano?

Desconcertada, Ilse tendió lentamente el brazo. Antes de que supiera lo que estaba ocurriendo, el marchito anciano inclinó la cabeza y le besó la mano. La joven sintió un súbito escalofrío, aunque no supo si éste era motivado por la repulsión física o por un miedo más profundo.

—Me disculpo por la falta de tacto del joven inglés —dijo Horn—. No debí habérsela tolerado, pero su abuelo y yo trabajamos juntos durante la guerra. —Horn sonrió con nostalgia—. Su abuelo era un hombre muy especial, y me siento obligado hacia su heredero. *Gute Nacht*, querida.

La alta ama de llaves bantú tomó a Ilse por el codo y la condujo hacia el corredor, donde permitió que la joven caminara por delante de ella. Ilse tenía la sensación de que el brazo de la mujer seguía a milímetros del suyo, listo para agarrarla en cuanto fuera necesario. El largo corredor conducía a una amplia galería que, a su vez, comunicaba con otras dos. Las grandes salas estaban unidas por medio de grandes arcos. Ilse se quedó sin aliento. Las paredes se encontraban cubiertas de cuadros. Ella no sabía mucho de arte, pero no hacía falta ser un experto para apreciar las obras que colgaban en la primera sala. Las pinceladas de los grandes maestros hablaban a una parte de la psique que se encontraba más allá del pensamiento lógico, y aquellos cuadros no eran reproducciones. En cada lienzo relucía la pasión. Los ojos de Ilse recorrieron, atónitos, las maravillosas pinturas.

—Dios mío —murmuró—. ¿Qué lugar es éste?

Linah agarró a Ilse por el brazo y la hizo seguir adelante como a un niño atemorizado. En el centro de cada sala se alzaban esculturas clásicas, algunas de casi cuatro metros de altura. Ninguna de las obras mostraba las asimétricas distorsiones de un Picasso, ni los laberintos geométricos de Mondrian, ni la abstracta fealdad de las «esculturas» que adornaban los parques de Berlín. Todo era suave, romántico, íntimo. De no haberse sentido tan atónita, tal vez Ilse hubiera notado que todas aquellas obras de arte —esculturas egipcias y griegas, pinturas holandesas, belgas y francesas— procedían de países implacablemente saqueados por la Wehrmacht durante los años treinta y cuarenta. Pero la joven no lo advirtió. Simplemente, lo miró todo con ojos muy abiertos hasta que la deslumbrante exhibición concluyó y ella se encontró en la oscura sala de billar decorada con paneles de madera en la que Pieter Smuts y el joven inglés habían terminado su última partida.

—¡Tome sus cochinas ganancias! —exclamó lord Grenville.

—Muchas gracias —replicó Smuts sonriendo, y se echó al bolsillo el billete nuevecito de cincuenta libras que el inglés le tendía con indiferencia.

—¿Herr Smuts? —dijo Ilse—. Herr Horn desea verlo.

La sonrisa del afrikáner se desvaneció y el hombre salió apresuradamente de la sala.

—¿Una partida, Fräulein? —preguntó el inglés inclinando su taco hacia Ilse.

—Frau, no Fräulein —corrigió fríamente Ilse—. Y preferiría volver a mi

habitación.

—¿Por qué no se queda un rato? —susurró el inglés—. Eso puede ser sumamente benéfico para la salud de su esposo.

Ilse se quedó paralizada. Sin detenerse a pensar, le dijo a Linah que había cambiado de idea. Jugaría una partida antes de retirarse.

La alta mujer bantú miró recelosamente al inglés desde el otro lado de la puerta.

—Esperaré a la señora en el corredor —dijo—. No tarde.

—No tardaré —prometió Ilse, y cerró la puerta. Luego, volviéndose hacia lord Grenville, preguntó sin ambages—. ¿Qué sabe usted de mi marido?

—No tan de prisa, Fräulein. —El inglés colocó las bolas para una nueva partida—. ¿Por qué no trata de mostrarse un poco más amistosa, ya que usted y yo somos las únicas personas civilizadas de este olvidado lugar?

—¿A qué se refiere?

—¿A qué cree que me refiero? ¿No se dio cuenta durante la cena? ¡Esos dos hombres están como cabras! Y, sólo de oírlos, yo también me estoy volviendo loco. Por si le interesa, yo represento la única posibilidad que tienen usted y su marido de salir vivos de este lugar. Usted empieza.

Ilse cogió un taco de la pared, fue hasta la mesa y comenzó la partida; metió en las troneras las bolas uno y cinco. No sabía qué pensar acerca de aquel arrogante inglés. Sospechaba que aquello no era más que un truco para sacarle información y, sin embargo, una vocecilla interior le aconsejaba que intentara servirse de aquel hombre, que tratara de utilizar cualquier cosa que pudiera ayudarla a escapar.

—¿Cómo ha llegado usted hasta aquí? —preguntó—. Supongo que no lo habrán secuestrado como a mí.

El inglés rió entre dientes.

—No, no exactamente. Pero le aseguro que no me disgustaría largarme. Herr Horn y yo llevamos varios años haciendo negocios muy provechosos juntos. Hasta hace muy poco, nuestra relación era a distancia. Alfred conoció a mi abuelo, William Stanton, lord Grenville, antes de la guerra. Sin embargo, me temo que mi personalidad no se parece mucho a la de mi abuelo. Mi principal interés, junto con ciertas distracciones, radica en ganar dinero.

—¿A Herr Horn no le interesa el dinero?

—El dinero por el dinero no le atrae. Sus intereses son principalmente políticos. Por si quiere usted saberlo, el viejo Horn se considera un puñetero mesías. Él y mi abuelo hicieron algo grande en Inglaterra durante la guerra, aunque ninguno de los dos me dijo nunca qué. Alfred tiene una especie de agenda política que marca del primero al último de sus actos. Todo es sumamente secreto. Y sumamente estúpido, en mi opinión.

—¿Le interesa a Horn su opinión?

El inglés trató de efectuar una complicada carambola y falló.

—No —dijo—. No le interesa en absoluto.

—Lord Grenville —murmuró Ilse—. ¿El título es auténtico?

—Pues sí. Soy un auténtico lord. Me llamo Robert Stanton, lord Grenville. Si prefiere llamarme Robert, no dude en hacerlo.

—¿Y quién es el otro hombre?

—¿El afrikáner? ¿Smuts? Es un plebeyo. Un auténtico cabrón. —Stanton rió entre dientes—. Un cabrón plebeyo, eso es lo que es. Es el jefe de seguridad de Horn. No me gusta y procuro mantenerme alejado de él. A Smuts nada le produciría más placer que rebanarme el pescuezo en una noche oscura.

—¿Y por qué no lo hace?

—Alfred me protege. O, al menos, hasta ahora me ha protegido. Pero a mi benefactor se le está acabando la paciencia...

Ilse metió las bolas tres, nueve y quince, pero no logró meter la siete en la tronera lateral.

—Muy bien, Fraülein. —Stanton observaba las caderas de Ilse—. Sí, me da la sensación de que al querido Alfred cada vez le hago menos falta. Y no me hace gracia esperar a que el hacha caiga sobre mi cuello.

—¿A qué clase de negocios se dedican ustedes?

Stanton dio un fuerte golpe de taco y metió la bola doce.

—Importación-exportación.

—¿De qué?

—De drogas. Y de dinero, claro. Montones de preciosas libras esterlinas.

—¿Se refiere a drogas farmacéuticas?

Stanton se echó a reír.

—De cuando en cuando, sí. Pero por lo general nos dedicamos a las drogas en su forma más elemental. Base de morfina, amapolas de opio, éter, pasta de coca...

—¿Los narcóticos son la base del imperio de Herr Horn?

—No, no. A estas alturas, el noventa por ciento de sus negocios son legales. Pero nuestra pequeña empresa conjunta le facilita un buen montón de dinero negro imposible de rastrear. Como probablemente usted ya sabe, en el mundo de los negocios el dinero negro es algo que se valora mucho y que cada vez escasea más.

—Comprendo.

—Sin embargo, no crea que lo de «legales» es sinónimo de «éticos». Alfred vende productos químicos a Iraq para construir armas, armas convencionales al Tercer Mundo, tecnología nuclear e informática a media docena de países gobernados por locos... Comparado con todo eso, el narcotráfico es un juego de niños.

—¿Y qué es exactamente lo que quiere usted de mí? —preguntó cautelosamente Ilse.

Stanton se acercó más a ella.

—Deseo saber lo que el viejo se propone —susurró—. Algo gordo se está cociendo y creo que Horn piensa contárselo a usted. El viejo parece persuadido de que es usted una especie de paradigma de la femineidad teutona. Está loco por usted.

—No —se apresuró a decir Ilse, aunque le daba la sensación de que lo que decía Stanton era cierto—. Se equivoca usted.

—Vamos, Fräulein. Salta a la vista.

Ilse hizo intención de salir pero Stanton se situó ante la puerta cerrándole el paso.

—Si averigua usted algo —dijo—, venga a verme. Yo la puedo ayudar.

Ilse trató de pasar pero Stanton permaneció ante ella.

—Si no lo hace —le advirtió el inglés—, le garantizo que ni su marido ni usted saldrán vivos de esta casa.

Ilse miró a Stanton a los ojos.

—¿Qué quiere decir?

—Nada en absoluto, encanto. Pero piense en ello. ¿Cree realmente que ese tuerto loco la hizo traer hasta aquí para de volverla a su casa con una sonrisa en los labios? Estamos a diez mil puñeteros kilómetros de Alemania.

Ilse movió la cabeza negándose a admitir las palabras de su interlocutor.

—Vamos, Fräulein, usted no tiene un pelo de tonta. —Stanton agarró a Ilse por los hombros, la atrajo hacia sí y la estrechó fuertemente—. Hay algo que puedo decirle gratuitamente —dijo con voz ahogada—. La idea de Alfred es buena, pero él es demasiado viejo para usted.

Stanton apretó los labios fuertemente contra los de ella. Ilse apartó inmediatamente la cabeza.

—¡Suélteme! ¡Déjeme ir!

Las manos de Stanton buscaron los pechos de la joven. Verdaderamente asustada, Ilse le agarró los brazos y trató de apartarlo de sí. En el momento en que el inglés alzaba una mano para golpearla, la puerta se abrió bruscamente.

Alta y amenazadora, el ama de llaves bantú fijó la imperiosa mirada en el inglés.

—Hora de acostarse, señora —dijo con voz amenazadora.

—Sí... sí, muchas gracias, Linah —tartamudeó Ilse.

—Maldita negra —dijo Stanton—. No deberías meterte donde no te importa. Hablaré con tu amo sobre ti.

Con rostro impasible, Linah cerró la puerta y condujo a Ilse hasta su dormitorio.

—Muchas gracias —repitió Ilse.

Linah la miró a los ojos.

—Tenga cuidado con el inglés, señora —dijo con voz grave—. Es un niño malcriado, y no entiende un no.

La bantú cerró la puerta y echó el cerrojo.

En el comedor, Alfred Horn habló a Smuts como un general aleccionando a su edecán antes de la batalla.

—¿Cómo va la prolongación de la pista de aterrizaje?

—Sólo faltan treinta metros, señor. Al anochecer terminaron con el extremo

suroriental. Mañana por la noche todo estará listo.

—¿Está asegurado el sótano?

—Totalmente.

—¿Qué me dice de las videocámaras de la sala de conferencias? Debe quedar constancia de la entrevista. Nuestro plan de emergencia depende de ello.

—Las cuatro cámaras están cargadas y colocadas, señor.

—¿Desea preguntarme algo, Pieter?

—¿Qué hacemos con el policía del sótano, con el teniente Luhr?

La expresión de Horn se endureció.

—Que se quede donde está hasta después de la reunión.

—¿Y la joven?

—Me he encariñado de ella, Pieter. Le he pedido que mañana por la noche participe en la reunión haciéndose pasar por mi secretaria.

—¿Cómo?

—No quiero discusiones —dijo Horn—. Está decidido.

—Pero los árabes se negarán a que haya una mujer presente.

Horn sonrió.

—¿Qué pueden decir? Yo soy el único que tiene lo que ellos quieren. No pueden darse el lujo de ponerse difíciles a causa de una secretaria.

Smuts movió la cabeza.

—¿Y qué hacemos con Stanton? Cada vez está más insoportable.

—Es cierto —dijo Horn—. Pero tendría que haber conocido usted a su abuelo, Pieter. Era un visionario. Me alegro de que no haya vivido para ver a su heredero.

Smuts manifestó su asentimiento con un gruñido.

—Dejemos que Robert se ocupe de recibir esta última entrega, Pieter. Creo que, por dos millones de rand en lingotes de oro, se puede esperar un poco más. Luego haga con él lo que quiera.

Smuts mostró en los labios una sonrisa de calavera.

—Ya sólo faltan menos de veinticuatro horas —dijo Horn—. Las ruedas ya están en movimiento. —Alzó la vista—. Lléveme al estudio, Pieter. Quiero sentarme junto a la chimenea.

—¿Traigo la silla de ruedas?

—No. Me siento fuerte. Esta noche caminaré como un hombre.

—Un hombre entre los hombres —dijo Smuts en tono reverente.

—Gracias, Pieter. Soy el último representante de una raza, eso es cierto.

Juntos, los dos hombres —uno anciano, y el otro de poco más de cuarenta años— iniciaron el largo trayecto hasta el estudio, donde el viejo aguardaría el amanecer con ojos brillantes e insomnes.

CAPÍTULO VEINTICINCO

09.30 horas. Mansión Horn. Transvaal septentrional

Ilse no recibió aviso previo de los horrores que la esperaban. Durante la noche se despertó varias veces pero el resto del tiempo durmió plácidamente y sin soñar. Cuando se abrió la puerta del dormitorio, la joven esperó ver aparecer en el umbral a la alta ama de llaves bantú. Pero el que entró fue Pieter Smuts, el jefe de seguridad afrikáner de Horn. El hombre sonreía con los labios pero no con los ojos.

—Estoy aquí para acompañarla en su recorrido por la casa y los terrenos — anunció.

—No creo que eso resulte necesario —dijo Ilse incómoda—. Creo que yo sabré encontrar el camino.

Smuts suspiró con la suficiente resignación para indicar que permanecería donde estaba durante todo el tiempo que fuera necesario. Tras cerrar la puerta y vestirse, Ilse accedió a salir de la habitación y a seguir a su guía por el largo corredor. El alto afrikáner le sacaba la cabeza. De nuevo la joven se sintió como una niña visitando un museo. Smuts fue dándole las explicaciones con voz monocorde.

—La mansión Horn —dijo— se alza en una de las zonas más aisladas de Sudáfrica: el ángulo nororiental del Transvaal septentrional. Región bóer. La población más próxima es Giyani, hacia el oeste, y por el este, el hito geográfico más próximo es el Parque Nacional Kruger. No son muchas las carreteras que llevan hasta allí.

Tomo nota, pensó lúgubrementemente Ilse.

—La finca en sí es un lugar único, como advertirá usted cuando salga al exterior. El complejo residencial tiene más de 1100 metros cuadrados de espacio habitable. Disponemos de piscina cubierta, gimnasio, galería de arte, observatorio astronómico y algo que resulta sumamente insólito en una residencia privada: un hospital. Debido a su avanzada edad, Herr Horn sufre una serie de dolencias crónicas, pero aquí dispone de cuidados médicos óptimos en todo momento. El complejo médico se encuentra al fondo de este corredor. Tenemos un cardiólogo residente que se encuentra de guardia veinticuatro horas al día.

—Dios bendito —dijo Ilse auténticamente impresionada.

—El precio de mantener unas instalaciones como éstas en el veld provocaría la bancarrota de cualquier pequeña población —se jactó Smuts—, pero para Herr Horn apenas supone nada...

Llegaron a una puerta sin tirador; sobre ella, unas letras doradas anunciaban. KRANKENHAUS. Smuts abrió la puerta.

—Usted primero —dijo.

El astringente olor a alcohol y desinfectante hizo que Ilse arrugara la nariz. La

joven se encontró en una gran sala de reconocimiento llena de modernos aparatos médicos. Máquinas para el análisis de sangre, centrifugadoras, autoclaves e infinidad de otros instrumentos llenaban las immaculadas repisas. En la pared de enfrente había dos puertas. Smuts condujo a Ilse a través de la que daba acceso a la UCI. Tras ella había una unidad de cuidados intensivos plenamente equipada. Monitores para controlar la actividad cardiopulmonar, la carretilla de un desfibrilador, un respirador artificial y dos cilindros de oxígeno aguardaban junto a una cama eléctrica de hospital. Ilse se dijo que la salud de Horn debía de ser más endeble de lo que parecía.

—Muy impresionante —dijo sin saber qué otro comentario hacer.

Smuts asintió levemente, cerró suavemente la puerta tras ellos y la condujo al exterior de la sala. La única marca que tenía la otra puerta era una señal de aviso: tres triángulos amarillos invertidos en el interior de un círculo negro. Smuts abrió la puerta y pasó al interior, haciéndole seña a Ilse de que lo siguiera.

—Ésta es nuestra unidad de rayos X —dijo—. Está provista de los últimos avances técnicos, pero, lamentablemente, nuestro cardiólogo tiene que hacer también de radiólogo. Eso a él no lo hace demasiado feliz, como es lógico...

En cuanto Ilse traspuso el umbral, alguien la agarró violentamente por detrás inmovilizándole los brazos contra los costados. Antes de que la joven pudiera gritar, Smuts le metió un pañuelo en la boca. El invisible atacante la alzó en vilo y la dejó caer pesadamente sobre una superficie dura. Un feo y sudoroso rostro negro apareció por encima de ella; fuertes manos apretaron sus brazos contra la fría formica mientras Smuts trajinaba con algo que a ella no le era posible ver. El pánico hizo presa en ella. Incluso sin ver las gruesas bandas de cuero que ahora la mantenían atada a la mesa, Ilse percibió e identificó la sensación. Correas inmovilizadoras, pensó horrorizada. Sobre ella comenzó a brillar una luz blanca que parecía llegarle hasta el cerebro.

—¡Quieta! —exclamó Smuts—. ¡Quieta, maldita sea!

Ilse se llenó los pulmones de aire y trató de gritar, pero el pañuelo hecho un rebujo que tenía metido en la boca convirtió el grito en un angustiado gemido. Notaba la garganta a punto de estallar. El hombre que jadeaba sobre ella era tan negro que su piel parecía azul. Cerró una gruesa correa sobre el pecho de Ilse, la obligó a poner la mejilla derecha contra la mesa y la sujetó con otra correa sobre la parte alta de la cabeza. Lo único que ahora podía ver era un enorme blindaje de plomo en cuyo centro había una pequeña ventanilla a través de la cual era visible el duro y anguloso rostro de Pieter Smuts.

Ilse se debatió tratando de incorporarse, pero las fuertes correas se lo impidieron. Cuando trató de moverse sólo un poco, las correas le rozaron la piel como si fueran de lija. Mientras ella permanecía inmóvil y jadeante, Smuts salió de detrás del blindaje de plomo. En la mano derecha sostenía un largo cable que serpenteaba por el suelo y, rodeando el blindaje, llegaba hasta el aparato de rayos X. Con la mano izquierda, Smuts agarró un mecanismo con forma de cabeza de martillo situado por encima de la cabeza de Ilse. El tubo de rayos X. Cubierto de pintura metálica color

naranja, permanecía suspendido sobre Ilse como un ser alienígena, un mortal artilugio que se desplazaba silenciosamente por medio de carriles y cables. Smuts elevó la caja protectora hasta la posición más alta y regresó a la seguridad de detrás del blindaje de plomo.

Dos segundos más tarde, todos los músculos de Ilse se contrajeron a causa del terror. Un fuerte zumbido eléctrico, un rugido subsónico que hizo vibrar la mesa y que se prolongó por tres segundos antes de cesar tras un fuerte chasquido metálico. Ilse tenía la boca seca y la frente perlada de sudor. En el momento en que comprendía el significado del sonido, éste se repitió, el sobrecogedor sonido de la electricidad convertida en una andanada de partículas irradiadas que le atravesaron el cuerpo como proyectiles invisibles. Encajó los dientes al tiempo que se debatía furiosamente contra las correas. Éstas le produjeron rozaduras que le dejaron la piel en carne viva. De nuevo se produjo el horrendo sonido. Ilse se oyó gritar, pero la voz fina, aguda e insignificante sólo fue audible en el interior de su propia cabeza. ¿Qué mal he hecho? ¿Qué quieren de mí? Sin necesidad de que Smuts dijera una sola palabra, ella ya había cambiado su actitud, pasando de la resistencia a la abyecta servidumbre. Lo único que deseaba era saber qué querían de ella. Estaba dispuesta a obedecer. Sin embargo, la máquina volvió a sonar. La joven sintió una levísima vibración, la de los electrones acelerados convertidos en un haz que, incluso utilizado con fines curativos, derramaba un veneno mortal en el interior de las células vivas. El sonido se produjo una y otra vez, hasta que al fin, en medio de un silencio intensificado por la enorme desesperación que Ilse sentía, Smuts salió de detrás del blindaje, con el cable disparador en la mano, y comenzó a hablar.

—Frau Apfel —dijo—, no me gusta andarme por las ramas con los asuntos de trabajo. Posee usted cierta información que yo necesito, y va a facilitármela.

Ilse trató de asentir pese a la correa que le inmovilizaba la cabeza.

—Durante los últimos minutos, le he administrado la dosis máxima de radiaciones permisible para un trabajador de una central nuclear durante un plazo de tres años. Dentro de una hora o así, probablemente experimentará náuseas y vomitará, pero esperemos que eso sea todo lo que deba soportar. Las consecuencias pueden ser mucho peores. Ceguera, quemaduras... y otras cosas. —Smuts apuntó con el índice el rostro de Ilse—. Lo que suceda a continuación, Frau Apfel, dependerá de usted.

Mientras Ilse lo miraba con ojos llenos de pánico, el afrikáner se acuclilló y dejó el cable disparador en el suelo. Luego se enderezó, aflojó un perno en la caja protectora situada sobre Ilse y bajó el tubo con forma de cabeza de martillo hasta que quedó a unos quince centímetros por encima del abdomen de la mujer. Luego volvió a apretar el perno asegurándolo en su lugar.

—Frau Apfel, ahora le voy a quitar la mordaza y usted cooperará plenamente. He dirigido el haz de rayos X contra la zona de sus ovarios. La radiación tiene un efecto particularmente fuerte sobre tales células; células que aún están dividiéndose, por así decirlo. Las radiaciones en esa zona pueden menoscabar seriamente sus posibilidades

de tener hijos. —Smuts sonrió—. ¿Está dispuesta a hablar?

Los ojos de Ilse se desorbitaron a causa del terror. ¡Su pequeño! Comenzó a temblar incontrolablemente. Perdido el control de su meato, la orina anegó su vestido y la mesa. Smuts echó la cabeza hacia atrás a causa del acre olor. Mientras el hombre le retiraba la mordaza a Ilse, los ojos de ésta se le anegaron de lágrimas.

—Escuche —dijo el afrikáner con voz ligeramente más suave—. En estos momentos, todavía no le ha ocurrido nada. Sólo resultará dañada si se niega a hablar. La dosis que ha recibido hasta ahora sólo resultaría nociva para una mujer que ya estuviese embarazada.

Ilse se debatió como una fiera contra las correas, agotando con ello las energías que le quedaban. Smuts, que había utilizado muchas otras veces aquella técnica de interrogatorio, no recordaba a nadie que se hubiera resistido tan ferozmente después de que se le ofreciese una vía de escape. Nunca se sabe quiénes van a ser los más difíciles, se dijo. Cuando Ilse quedó al fin inmóvil, le aflojó la correa de la cabeza y le quitó la mordaza con gran cuidado.

—Ahora —dijo— debo saber ciertas cosas acerca de su marido. ¿Me oye?

Ilse abrió los ojos y los enfocó no sin esfuerzo en el rostro de Smuts.

—Bien. Su esposo no tomó el avión hacia Johannesburgo que le ordenamos que tomase. Ni tampoco se ha registrado en el hotel en que debía alojarse. Según los términos de nuestro acuerdo, él ya ha renunciado a salvarle a usted la vida. ¿Por qué cree que lo ha hecho? ¿No siente ningún cariño por usted?

Ilse cerró los ojos y siguió llorando. Cuando los volvió a abrir, Smuts agitaba el cable disparador ante su rostro.

—¿Hay sangre judía en la familia de su esposo?

Ilse negó con la cabeza, los ojos desorbitados a causa de la desesperación. Smuts salió momentáneamente de su campo visual y reapareció sosteniendo un trapo húmedo. Escurrió unas cuantas gotas en la boca de la joven.

—Ahora —dijo—. ¿No tiene sangre judía?

—No —tosió Ilse.

—¿Tiene su esposo amigos judíos? ¿Alguna vez ha visitado Israel?

Ilse negó con la cabeza.

—¿Está segura? ¿Y en Inglaterra? ¿Tiene amigos en Inglaterra o en otro lugar de Gran Bretaña?

—No.

—¿Cuál es la relación de su esposo con el capitán Dieter Hauer?

Tras una vacilación, Ilse jadeó.

—Son... amigos. —Le resultaba difícil concentrarse lo suficiente para mentir, pero le daba la sensación de que revelar la relación consanguínea de Hans con Hauer podía resultar peligroso.

—¿Sabía usted que el capitán Hauer trabaja con el GSC-9, la unidad antiterrorista alemana?

Ilse formó con los labios la palabra no.

—Indudablemente, su esposo sí lo sabe. —Smuts chasqueó la lengua pensativo—. Quiero que me hable de los papeles de Spandau. ¿Se los enseñó su marido a alguien antes de que usted se los entregara a su abuelo?

Ilse volvió a negar con la cabeza.

—¿Comprende usted las preguntas que le estoy haciendo?

Ella asintió.

—Haga memoria, Frau Apfel. Piense en los nombres que vio en los papeles de Spandau. ¿Estaba entre ellos el nombre de Alfred Horn?

—No.

—Cuando Herr Horn se presentó anoche, ¿su nombre no le sonó de nada?

—No.

—Se fijó usted en su ojo... en su ojo artificial. ¿A qué vino ese interés? ¿Esperaba encontrar a un hombre tuerto cuando llegó aquí?

—No pude evitar mirarlo.

—¿Qué nombres aparecían en los papeles de Spandau?

Con voz quebrada, Ilse replicó.

—Hess, como es natural. Hitler. Hermann Göring. Reinhard Heydrich, creo.

Smuts asintió con la cabeza.

—¿Vio el nombre Zinoviev? —preguntó en voz baja—. Es un apellido ruso.

Tras pensar unos momentos, Ilse negó con la cabeza.

—¿Helmut? ¿Vio usted ese nombre? —Smuts agitó el cable disparador frente al rostro de la joven—. ¿Lo vio?

—¡No!

—Frau Apfel —dijo fríamente el afrikáner—, si está pensando en contarle a Herr Horn lo que ha ocurrido aquí esta mañana, le aconsejo que se olvide de ello. Reaccione él como reaccione, le garantizo que, antes de que nadie pueda hacer nada contra mí, usted volverá a esta mesa. ¿Entendido?

—¡Oh, Dios! —gimió Ilse con voz ahogada—. ¡Maldito cabrón! ¡Ha matado usted a mi pequeño!

Smuts abrió mucho los ojos.

—¿Está embarazada?

—¡Lo sabe perfectamente! ¡Lo dije en la grabación!

Desesperada, Ilse cerró los hinchados párpados. No notó que Smuts le soltaba las correas de cuero. Sólo abrió los ojos cuando advirtió que la levantaban de la mesa. El afrikáner la llevó detrás del blindaje de plomo, hasta donde se encontraba el alto y rectangular aparato de rayos X, lleno de relucientes diales y potenciómetros.

—¡Mire! —dijo furioso—. ¡Mire aquí! —Su bronceada mano señalaba un negro potenciómetro—. Estas letras, mA, significan miliamperios. Es la medida de la radiación. —Señaló otro de los diales—. Esto son KV, kilovoltios. Es la medida de la potencia del tubo. ¡Mírelos bien!

Ilse miró. Ambos mandos marcaban cero. Tosió y se frotó los ojos tratando de controlar las náuseas que la dominaban.

—¿Lo comprende? —preguntó Smuts—. Yo no llegué a oír esa grabación, pero no importa. No ha recibido usted la más mínima radiación. Está perfectamente. Su pequeño se encuentra sano y salvo.

Ilse trató de detectar el engaño en los ojos del afrikáner, pero no lo encontró.

—¿Por... por qué? —tartamudeó.

—Tengo como misión proteger a Herr Horn, Frau Apfel. A costa de lo que sea. Tenía que cerciorarme de que me decía usted la verdad. Y lo hizo, ¿no es así?

Ilse asintió secándose la cara con la blusa.

—Bien. Ahora vuelva a su habitación y arréglese. Herr Horn no debe verla así. — Los ojos del hombre miraron a Ilse con pavorosa fijeza—. Pero ya sabe usted lo que se siente estando tumbada en esta mesa. Cuando Herr Horn le pida algo, por descabellado que le parezca, hágalo. Sobre todo, en la reunión de esta noche. Recuerde a su hijo, Frau Apfel. Puedo volver a colocarla sobre esa mesa en cualquier momento. ¡En cualquier momento!

Incapaz de seguir conteniéndose, Ilse se aferró el estómago con ambas manos, se dobló sobre sí misma y vomitó sobre las botas del afrikáner.

Estremecido por la furia, Smuts salió como una exhalación y fue a buscar a su chófer zulú; dejó a Ilse dando boqueadas. Le enfurecía tener que soportar tales humillaciones. Quizá cuando el asunto de aquella noche concluyera, Horn se daría cuenta de que lo más aconsejable era matar a la muchacha y listo. Al marido podrían matarlo en cuanto entregase los papeles de Spandau, y la policía de Berlín ya se ocuparía a su debido tiempo del abuelo de la muchacha. Las cosas eran muy simples siempre y cuando uno se atuviera a los hechos. Mientras pasaba por la espectacular pinacoteca, intentó en vano hacer caso omiso del hedor procedente de sus botas.

09.58 horas. Aeropuerto Tempelhof. Sector Norteamericano. Berlín Occidental

El detective Julius Schneider descendió del helicóptero militar Iroquois y sacudió la cabeza sorprendido. El coronel Rose, envuelto hasta las cejas en un abrigado anorak de plumas, permanecía en pie sobre el asfalto de la pista, junto a un Ford del Ejército. El fiel sargento Clary permanecía al volante. Rose estaba recién afeitado pero tenía los ojos enrojecido e hinchados. Con un ademán, invitó a Schneider a subir al coche. Sujetándose el sombrero para impedir que el fuerte viento se lo arrancara de la cabeza, el corpulento alemán corrió hasta el Ford y montó.

Rose se saltó los saludos previos.

—La mierda pegó en el ventilador, Schneider. ¿Recuerda a mi amigo del FBI? ¿El que nos iba a conseguir el expediente de Zinoviev?

Schneider asintió con la cabeza.

—Bueno, pues lo consiguió. Me lo envió por la Federal Express a las nueve y media de esta mañana. —Rose movió la cabeza—. Diez minutos más tarde lo arrestaron acusado de espionaje. Por lo visto, su consulta a los ordenadores acerca de Zinoviev hizo sonar algún timbre de alarma en Langley, y le han echado los perros encima. Supongo que los ordenadores del FBI no son tan seguros como al Bureau le gusta creer.

—¿Qué había en el expediente de Zinoviev? —preguntó Schneider.

—No lo sabremos hasta que mañana lo reciba. Si es que lo recibo. Si los del FBI saben que mi amigo me lo ha enviado, pueden interceptarlo antes de que llegue aquí. En el caso de que llegue, cuento con Ivan Kosov para que contraste la información con los archivos del KGB.

Schneider puso mala cara.

—¿Para qué necesita usted a Kosov?

—Cuando me llamó, mi amigo me contó algo del expediente Zinoviev, Schneider. Parece que en él se afirma que los norteamericanos, los británicos y los rusos saben desde hace años que el prisionero Número Siete no era Rudolf Hess.

Schneider frunció el entrecejo.

—Le pregunté por qué, de ser eso cierto, los rusos habían permanecido callados durante todo este tiempo. ¿Sabe lo que me contestó? Dijo que no importaba lo que los rusos supieran acerca de Hess, ya que en 1943 Winston Churchill sometió a chantaje a Stalin para obligarlo a guardar silencio.

Schneider pareció pasmado.

—¿Qué quiere decir? ¿Con qué lo sometió a chantaje?

Rose se encogió de hombros.

—Según mi amigo, la cosa estaba relacionada con el papel que desempeñó Zinoviev en la misión de Hess, pero se trataba de algo demasiado complicado para explicármelo por teléfono. Dijo que cuando lo leyera no me lo creería, pero que en este lío los rusos eran los buenos. Yo le dije que sí me lo creería y que, en mi opinión, los británicos seguían metidos hasta las cejas en una nauseabunda operación de encubrimiento. —Los ojos de Rose relucieron—. Me dijo que tal vez yo estuviera en lo cierto, Schneider. Pero supongo que tendremos que esperar a que llegue nuestra copia del expediente Zinoviev para saberlo a ciencia cierta.

—¿Dónde está ahora su nuevo socio? —preguntó Schneider.

Rose señaló con el pulgar la terraza de observación de Tempelhof, a ochenta metros de distancia. Schneider distinguió a un solitario individuo con sombrero y gabardina acodado en la barandilla. Era la única persona que hacía frente al frío de la terraza.

—Ahí lo tiene —dijo Rose—. Hace una semana, me hubiera parecido un sacrilegio invitar a ese cabrón a lo que fue sede del puente aéreo de Berlín. Hoy día confío más en él que en algunos de mis camaradas.

Schneider puso cara de escepticismo.

—¿Para qué ha venido usted aquí?

—Para ponerlo al corriente de la situación táctica, amigo mío. Hace una hora, el prefecto Funk arrestó a uno de sus compañeros de cuerpo acusándolo de espionaje. Parece que el tipo pasaba información secreta a los británicos.

—*Scheisse!*

Rose asintió con torcido gesto.

—Debe usted tener en cuenta que todo cuanto sabíamos hasta esta mañana, incluidos los nombres que figuran en los pasaportes falsos de Hauer y Hans, lo saben también los británicos. Si llega a encontrarse cerca de esos dos policías, Schneider, mantenga los ojos bien abiertos, porque probablemente habrá cerca espías británicos.

Rose miró por la ventanilla hacia un caza F-16 estacionado a veinte metros de distancia.

—Otra cosa —dijo—. Kosov me indicó que le aconsejase que se cuidara las espaldas. No me dijo por qué. Creo que él se encuentra en la misma situación que yo, Schneider. No sabe en quién confiar. Desea ayudarme, pero desde arriba lo obligan a guardar silencio. Creo que está esperando algún tipo de permiso para sincerarse conmigo.

Schneider lanzó un gruñido. Para un alemán, no era fácil ver a un ruso bajo una luz positiva.

—No se fíe demasiado de él, coronel —dijo—. Kosov lo sacrificaría a usted sin pensárselo dos veces.

—Más vale que se preocupe por su propio pellejo —le aconsejó Rose—. Kosov ya tiene bastantes problemas como para pensar en creármelos a mí. Moscú se enfureció cuando se enteró de la rebelión de Axel Goltz. El KGB está interrogando a todos los agentes de la Stasi de Berlín, tratando de averiguar qué demonios está sucediendo. Como descubran el asunto Fénix, pondrán a todos esos cabrones tatuados contra el Muro y empezarán a repartir cigarrillos y vendas para los ojos. —Rose golpeó con la punta de un índice el amplio pecho de Schneider—. Si encuentra a Hauer y a Apfel, tráigalos aquí con los papeles. Probablemente, en estos momentos Hauer es el único que puede aclarar este lío. Y esos papeles de Spandau son lo único que me puede sacar del atolladero en que me encuentro. Ah, sí, otra cosa. Si por casualidad se tropieza con el tipo que mató a Harry Richardson... —Rose golpeó la ventanilla del coche con la parte más carnosa del puño—... tiene usted mi permiso para destripar y desollar al muy cabrón. Y esto es todo, detective.

Schneider sonrió fríamente.

—*Auf wiedersehen, Herr Oberst.*

El alemán se apeó del Ford y subió al helicóptero que aguardaba. Aún se encontraba a 250 kilómetros del aeropuerto de Frankfurt, y a trece horas en avión de Sudáfrica. Disponía de tiempo de sobra para pensar cómo podía encontrar a Hauer y qué iba a decirle cuando diera con él. Pero lo que no se le iba de la cabeza eran las cuestiones que Rose apenas había mencionado. ¿Qué era realmente Fénix? ¿Una

subsecta secreta de Der Bruderschaft? De ser así, si el que se había infiltrado tanto en las jerarquías políticas como en las policiales era un grupo neofascista, Schneider no sólo temía por su departamento de policía, sino por la propia Alemania. La principal meta de todos los neonazis era la reunificación alemana. Y estaba claro que si se trataba de alcanzar tal meta antes de tiempo, los resultados serían catastróficos para el país. Rusia podía estar flirteando con la *Glasnost* y la *Perestroika*, pero enfrentada al espectro de dos Alemanias gobernadas por fascistas exigiendo la reunificación, el país que había perdido veinte millones de ciudadanos ante los ejércitos de Hitler podía reaccionar con inusitada furia.

La advertencia de Kosov al coronel Rose de «cuidarse las espaldas» devolvió a Schneider a sus preocupaciones más inmediatas. ¿Quién, aparte de Kosov, sabía que él estaba implicado en el caso Fénix? Schneider recordó el mutilado cadáver de Harry Richardson. ¿Conocería Kosov al salvaje que había asesinado al comandante norteamericano? Schneider recordó, la misteriosa B trazada con la sangre de Richardson. ¿Habría sido Kosov capaz de desentrañar su significado? De ser así, ¿por qué, además de la advertencia, no le dio a Rose un nombre? ¿Resultaba posible que Harry Richardson hubiera sido asesinado por un ruso al cabo de sólo una hora de que Kosov lo puso en libertad en el Muro? Schneider sabía que el coronel Rose estaba convencido de que los británicos eran los villanos de aquella función, pero sospechaba que la cosa no era tan sencilla. Por su experiencia como detective de homicidios, sabía que el noventa y nueve por ciento de los «misterios» se resolvían buscando las explicaciones más simples para todos los sucesos. Pero desde el principio había tenido la sensación de que aquel misterio pertenecía al uno por ciento restante.

10.20 horas. Aeropuerto de Frankfurt/Main

Sentado a una mesa del gran restaurante desde el que se dominaba la pista principal del *Flughafen* Frankfurt, el agente del Duodécimo Departamento Yuri Borodin comía pausadamente un *Wienerschnitzel*. Cada dos minutos, un enorme reactor cruzaba de izquierda a derecha la gran vidriera panorámica y se posaba silenciosamente sobre la pista. Borodin había visto todo tipo de aparatos, desde jumbos de la Japan Airlines hasta aviones de Aeroflot o aparatos C-130 de las fuerzas aéreas norteamericanas. A la derecha del *Wienerschnitzel* de Borodin había una carpeta roja de un dedo de grosor. Contenía un conciso extracto del expediente del KGB sobre Rudolf Hess. El expediente completo ocupaba múltiples volúmenes llenos de información recogida a lo largo de más de cincuenta años. Un mensajero de Moscú había entregado la carpeta a Borodin en el Sheraton del aeropuerto de Frankfurt hacía treinta minutos.

Borodin había echado un vistazo a su contenido con tibio interés. En la carpeta se describía un intrincado plan para matar a los más altos mandatarios británicos durante

la segunda guerra mundial. Una conspiración en la que estaban implicadas importantes personalidades inglesas que simpatizaban con los nazis, la familia real británica y una célula comunista británica manipulada por un ruso zarista llamado Zinoviev y por un joven agente alemán llamado Helmut Steuer. En la carpeta se decía también que el KGB estaba seguro de que el prisionero Número Siete de Spandau no era Rudolf Hess, sino su doble de guerra, y de que dicho doble había sido asesinado hacía cinco semanas. Zemenek, el secretario general del KGB, creía que el asesinato lo había llevado a cabo un sicario pagado por sir Neville Shaw, del MI-5 británico. Borodin admiraba la sangre fría y los recursos de que habían hecho gala Vasili Zinoviev y Helmut Steuer, pero el resto de la historia no le produjo más que tedio.

Salvo lo referente al chantaje. Cuando Borodin se enteró de cómo se las había arreglado Churchill para obligar a Josif Stalin a guardar silencio acerca del asunto Hess, se puso inmediatamente en alerta. Y es que en ese momento comprendió lo importantes que podían ser los papeles de Spandau para el secretario del KGB Zemenek. Posiblemente, dichos papeles permitirían al fin al Kremlin contarle al mundo lo que los rusos sabían acerca de la colaboración británica con los nazis durante la guerra, obligándolos de este modo a compartir la responsabilidad del Holocausto. Borodin fue también consciente de que si era él quien recuperaba los papeles, su ya brillante carrera daría un enorme salto hacia adelante.

Sólo había un problema. Al final del expediente sobre Hess había encontrado una nota incluida por el propio secretario general del KGB. La nota decía.

Borodin,

El secretario general Gorbachov está actualmente estudiando la posibilidad de colaborar con el Departamento de Estado norteamericano en la divulgación de la verdad acerca de la misión de Hess. No haga nada que moleste a los posibles operarios norteamericanos que pueda usted encontrarse durante la búsqueda de los papeles de Spandau. Con los británicos no hacen falta miramientos.

ZEMENEK.

Yuri Borodin se limpió los labios con la servilleta, hizo a un lado su vacío plato y puso la carpeta frente a sí. Releyó la nota del secretario general Zemenek. Se dijo que, en aquella situación, cualquier otro agente habría tenido problemas para hacer la digestión, ya que hacía menos de dieciocho horas había torturado y ejecutado a un comandante de los servicios de inteligencia norteamericanos. Pero Borodin no sentía la menor preocupación. Tras leer el expediente sobre Hess, estaba convencido de que si regresaba a Moscú con los papeles de Spandau, nadie le preguntaría a quién había tenido que matar para conseguirlos.

Miró su reloj. El siguiente vuelo hacia Sudáfrica salía dentro de menos de cuatro horas. Borodin rió entre dientes. El gran detective alemán de la Kripo aún no había

llegado procedente de Berlín, pero ya llegaría, probablemente con germánica puntualidad. Y luego el hombre conduciría a Yuri Borodin hacia los papeles de Spandau como un elefante conduce a un león hacia el agua.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

11.35 horas. Vuelo 331 de El Al. Espacio aéreo zaireño

La mujer más peligrosa del mundo salió del servicio delantero del 747. Por su aspecto, daba la sensación de ser una abuela de vacaciones, papel que ella desempeñaba con gran soltura. La elegante indumentaria de Golondrina la identificaba como una mujer razonablemente acomodada; su pelo relucía con el azulado brillo peculiar de las damas de cierta edad que continúan siendo presumidas; y olía a polvos corporales y a un viejo y costoso perfume llamado Claire de Lune. Avanzó cuidadosamente por el pasillo de primera clase y, en el momento en que pasaba junto a Jonas Stern, tropezó. Lanzó una exclamación en yiddish —un bonito toque— y cayó justo al lado del asiento de Stern. Gadi Abrams, que ocupaba la butaca del otro lado del pasillo, se incorporó y la ayudó a levantarse.

—Gracias, joven —dijo débilmente Golondrina, sonrojada a causa de la turbación—. No estoy acostumbrada a los aviones, la verdad...

Stern alzó la vista. Si hubiera mirado a la mujer a los ojos, tal vez hubiera advertido el peligro; quizá incluso la hubiera reconocido por el oscuro fuego que ardía en su mirada. Pero tal vez no. El camino que había conducido a Golondrina hasta aquel avión era largo y sinuoso. Fuera como fuera, Stern no la miró a los ojos. Dirigió una mirada al profesor Natterman, que dormía ruidosamente a su lado, y volvió a la lectura de la revista de El Al.

—Este vuelo se me está haciendo interminable —se quejó Golondrina.

—Sí, es largo —asintió Gadi.

—¿Cuánto cree que nos queda?

—Unas cinco horas.

Golondrina lanzó un suspiro.

—Sin embargo, merece la pena. Mi nieta acaba de cumplir dieciocho meses y yo aún no la he visto.

—¿Vive en Johannesburgo? —preguntó cortésmente Gadi.

—No, en Pietersburg. Creo que está más hacia el norte.

Gadi asintió con la cabeza.

—¿Ya se encuentra usted bien?

—Sí, pero será mejor que vuelva a sentarme. Gracias de nuevo.

Lentamente, Golondrina regresó a su asiento, uno de los tres situados junto a la escalera de caracol que conducía al bar del 747. Se colocó una pequeña almohada en la nuca y sacó una novela rosa del bolso. Alzó la vista por un momento y sorprendió a Gadi mirándola. Los israelíes eran buenos profesionales, tenía que admitirlo. Aunque Jonas Stern estaba sentado a sólo cuatro filas de ella, sus tres jóvenes escoltas lo habían rodeado y formaban un triángulo protector. Y, ocupando Stern un

asiento de pasillo, nadie que descara atentar contra su adormilado acompañante podía llegar a él sin pasar antes entre los cuatro israelíes, cosa por completo imposible. Sin embargo, el propio Stern era otra cosa. Golondrina podría haberlo liquidado al pasar junto a él hada unos momentos.

Pero, en cierto modo, no había desaprovechado la oportunidad. Mientras Gadi la ayudaba a incorporarse, ella había pegado un microtransmisor autoadhesivo a la parte inferior del asiento de Stern. Todo lo que dijeran durante el resto del vuelo sería recogido por un pequeño receptor situado en el interior del sonotone color carne que Golondrina llevaba en la oreja derecha. El receptor silbó por unos momentos mientras ella sintonizaba la frecuencia, pero a los pocos segundos Golondrina pudo escuchar al profesor Natterman roncando en su asiento junto a la ventanilla.

—Les habla el comandante Lev Roñen —anunció una incorpórea voz con acento de Sabrá, de israelí nativo—. Les interesará saber que en estos momentos estamos cruzando el ecuador. Unos seiscientos cincuenta kilómetros a nuestra izquierda se encuentra el lago Victoria, el mayor de África y lugar de nacimiento del Nilo. Estoy seguro de que a nuestros viajeros primerizos les agrada saber que, al cruzar al hemisferio sur, las estaciones se invierten. Eso significa que volamos hacia el verano. Esperamos llegar a Johannesburgo a las 17.40, hora sudafricana. Esperamos que estén teniendo un vuelo agradable.

Gadi Abrams se inclinó en su asiento hacia Stern.

—También a unos seiscientos cincuenta kilómetros a nuestra izquierda —dijo parodiando el oficioso tono del comandante—, se encuentra Entebbe, lugar en el que, el 4 de julio de 1976, más de un centenar de israelíes fueron rescatados de las manos de los terroristas internacionales que los tenían secuestrados. —Su tono cambió pasando a ser de indignación—. Qué demonios, al menos deberían mencionar ese hecho. A fin de cuentas, volamos en El Al.

Stern separó las manos en un gesto de indulgencia.

—Eso es historia antigua, Gadi. Además, nunca se sabe quién vuela en El Al. No queremos ofender a los clientes de pago.

Tres filas más adelante, Golondrina sonrió satisfecha. La conversación le había llegado alta y clara a través del receptor...

—Me sorprende la cantidad de pasajeros que viajan con nosotros —comentó Gadi—. Como tú solicitaste este vuelo privadamente, no creía que hubiese nadie.

Stern rió entre dientes.

—Yo organicé este vuelo hace treinta horas. El general. Avigur dijo que me mandaría a Sudáfrica, no dijo que no fuera a intentar cubrir gastos del mejor modo que le fuera posible.

—No me gusta.

—En los vuelos siempre van dos pasajeros que son en realidad centinelas del aire —le recordó Stern—. Por una vez, deja que ellos se preocupen de la seguridad e intenta dormir. Puede ser la última oportunidad de hacerlo que tengas durante algún

tiempo.

—Pero tú no duermes.

Stern echó hacia atrás su espacioso asiento y cerró los ojos.

—Buenas noches.

Gadi hizo una mueca y miró en torno. Aparte de ellos, la abuela de azulado cabello era la única pasajera del departamento de primera. Eso significaba que los centinelas del aire iban en clase turista. Consideró la posibilidad de recorrer una vez más el avión de punta a cabo para tratar de identificarlos, pero decidió que mejor no. Stern tenía razón: necesitaba descansar. La abuela, desde luego, no suponía el menor peligro. Gadi echó para atrás el asiento, cerró los ojos y, como todos los soldados profesionales del mundo, concilio el sueño a los pocos segundos de tomar la decisión de hacerlo. Su última imagen mental fue la de sí mismo ayudando a la abuela a ponerse en pie. Su buena acción del día.

Mientras la «abuela» simulaba estar absorta en la novela que tenía en el regazo, una nueva voz sonó en su receptor. El profesor Natterman había despertado.

—¿Qué hora es? —preguntó con voz turbia.

—Casi la de almorzar —replicó Stern, ya medio dormido—. ¿Cómo se encuentra?

—Con ganas de obtener algunas respuestas —gruñó Natterman—. Creo que llegó la hora de que me cuente usted su parte de la historia.

Stern abrió los ojos y se volvió, irritado, hacia el profesor, pero el gran vendaje que llevaba Natterman en la nariz hizo que se controlara y se mostrase afable. Señaló a Gadi con un movimiento de cabeza, recordándole al profesor su promesa de no mencionar a Rudolf Hess.

—¿Qué desea saber, profesor?

—Todo. ¿Qué es Phoenix AG? ¿Por qué decidió usted ir a Berlín? Quiero saber por qué se han llevado a Ilse a Sudáfrica.

Stern dirigió una mirada a Gadi.

—He pensado mucho en ello —murmuró—. Y lamento defraudarlo, pero su teoría acerca de los nazis no encaja en este caso. Al menos, no como usted piensa. Los afrikáners son supremacistas blancos, desde luego, pero eso no es ningún secreto. Durante la guerra, lucharon con gran valor contra Hitler. Y, pese a sus prejuicios contra los negros, su historial en cuanto a los judíos es impecable. Durante la guerra admitieron a un montón de inmigrantes judíos, cosa que no pueden decir otros muchos países.

—¿Qué me dice de la actualidad? ¿Qué relaciones existen entre Sudáfrica y Alemania?

Stern movió la cabeza.

—Se trata de unas relaciones limitadas. Durante los últimos años, Sudáfrica ha desarrollado unos vínculos sumamente próximos con un país que se encuentra en una situación geopolítica muy parecida. Sin embargo, ese país no es Alemania

Occidental, sino Israel. Así que, como ve, no parece que volemos precisamente hacia un nido de neonazis.

—Ya —asintió Natterman—. Pero es evidente que tiene usted sospechas respecto a Sudáfrica y Alemania. ¿Cuál es el zorro del gallinero?

—El programa nuclear sudafricano. La faceta más sombría de este sombrío país.

—¿Posee realmente Sudáfrica armas nucleares? En los medios he visto especulaciones sobre ello, pero nunca una confirmación.

Stern sonrió irónicamente.

—Bueno, pues yo se lo confirmo. En 1979, un satélite norteamericano VELA detectó un doble resplandor sumamente peculiar en la costa atlántica sudafricana. El resplandor fue producido por una prueba nuclear conjunta efectuada por Sudáfrica e Israel.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Porque, prácticamente, profesor, Israel le entregó a Sudáfrica la bomba. Las armas nucleares son una de las columnas que sustentan la relación entre Israel y Sudáfrica.

—¿Cómo?

—Era un vínculo inevitable. En Israel desarrollamos nuestra primera bomba en 1968, pero teníamos graves limitaciones. No podíamos probar nuestras armas sin ser descubiertos; Sudáfrica tiene inmensos desiertos y dos océanos. Necesitábamos uranio en bruto y otros minerales de los que Sudáfrica tiene grandes reservas. Sudáfrica dispone también de gran cantidad de dinero en efectivo. Pero el vínculo principal era psicológico, emotivo. Según el mundo cerraba filas contra el apartheid, Sudáfrica iba estando cada vez más aislada. Al cabo de poco tiempo, se convirtió en un paria internacional rodeado de países enemigos. El complejo de estado de sitio fue una reacción natural, y nosotros, en Israel, somos expertos en esa peculiar neurosis.

—Pero... ¿usted cómo se enteró de todo eso, Stern?

El israelí dirigió una larga mirada a Natterman.

—Antes me preguntó si yo trabajaba para el Mossad, profesor. En estos momentos, soy exactamente lo que le dije al principio: un jubilado. Pero he colaborado ocasionalmente con varias agencias gubernamentales. Con Shin Beth y el Mossad, sí, pero mi período de servicio más largo fue con una agencia llamada LAKAM. ¿Le suena el nombre?

Natterman negó con la cabeza.

—LAKAM es la fuerza de seguridad nuclear israelí. No en el sentido de que administre las armas, sino en el sentido de que las protege. LAKAM salvaguardó el programa nuclear israelí desde que éste se inició hasta que se completó. Por eso sé tanto acerca del programa sudafricano.

—¿Fue su trabajo para LAKAM lo que lo condujo hasta Berlín? ¿Hasta Spandau?

—No exactamente. Lo que me condujo hasta Spandau fue una concatenación de hechos. Una cadena muy frágil, con sólo cuatro eslabones, pero que abarca tres

décadas. El primer eslabón fue una enigmática nota anónima escrita en caracteres cirílicos que fue enviada a Israel en 1967. En ella se mencionaba un terrible peligro para Israel, y hablaba del «fuego de Armagedón». En la nota se aseguraba que la clave de tal peligro se encontraba en Spandau. Eso, naturalmente, era una pista muy vaga. ¿Se refería el autor de la nota al distrito de Spandau? ¿A la prisión de Spandau? ¿Qué? Dos días más tarde, estalló la guerra de los Seis Días, y la nota se interpretó como un aviso del ataque egipcio, que probablemente fue enviado por un ruso a impulsos de su conciencia. —Stern se frotó las sientes—. Ahora, saltemos a comienzos de los años setenta. Por aquel entonces yo trabajaba para LAKAM, y en la agencia tuvimos conocimiento de que ciertos científicos alemanes, que en tiempos fueron empleados por el Tercer Reich, trabajaban en la sección de cohetes del programa nuclear sudafricano. Eso, por sí mismo, no tenía nada de raro. A fin de cuentas, fueron científicos alemanes los que construyeron las bombas para Norteamérica y Rusia. Pero cuando uno tiene en cuenta que en 1979, el año de la prueba nuclear secreta israelí-sudafricana, el primer ministro sudafricano era John Vorster, un hombre que había apoyado a los nazis durante la segunda guerra mundial, la cosa adquiere un significado muy distinto.

»Ahora, saltemos de nuevo hacia adelante, hasta los años ochenta. Fue entonces cuando, por medio de mis contactos en el Mossad, me enteré de la existencia de una organización policial neofascista llamada Bruderschaft der Phoenix, radicada en Berlín Occidental.

—¡Fénix! —exclamó Natterman—. ¡Vamos, Stern, cuénteme!

—Tampoco eso, por sí mismo, quería decir gran cosa. No comprendí su plena importancia hasta que apareció el cuarto y último eslabón. Hace sólo tres semanas, el Ministerio de Asuntos Exteriores israelí recibió un aviso mecanografiado anónimo. El que lo escribió indudablemente sabía de la secreta alianza nuclear entre Israel y Sudáfrica, y afirmaba tener conocimiento personal de que en el sistema de defensa sudafricano había quienes pensaban en todo menos en el bien de Israel. El autor aseguraba estar convencido de que Israel podía encontrarse bajo la amenaza de un ataque nuclear, y añadía que, si deseábamos averiguar lo que estaba ocurriendo, lo mejor que podíamos hacer era investigar una empresa contratista del programa de defensa sudafricano llamada Phoenix AG.

Natterman contuvo el aliento. Al cabo de unos instantes, dijo.

—Dispense, Stern, pero hay algo que no entiendo. Me dijo que estaba usted jubilado. Parece que la situación es lo bastante seria como para que Israel emprenda una investigación a gran escala.

En la amarga sonrisa de Stern se reflejó toda una vida de desilusiones.

—Sí, eso sería lo lógico, ¿no? Pero hay gente que no piensa así, profesor. Sudáfrica es el socio nuclear de Israel, ¿recuerda? En Jerusalén, nadie quiere alterar el *statu quo*. La «relación especial» entre Israel y Sudáfrica es tan íntima que, en estos mismísimos momentos, existe un plan para trasladar todo el arsenal nuclear

sudafricano a Israel en el caso de que parezca probable que los negros derroquen al gobierno.

Natterman abrió mucho los ojos.

—Dios mío... Todo lo que me cuenta es absolutamente increíble. ¿Por qué iba Israel a apoyar a un estado represivo e incluso genocida como Sudáfrica?

—El pueblo israelí probablemente no lo haría, profesor. Pero las decisiones referentes al programa nuclear israelí nunca se votaron en la Knesset. La política nuclear judía la deciden unos pocos hombres que ocupan posiciones clave dentro del gobierno. —Stern lanzó un suspiro—. Y hay quienes, en nombre de la supervivencia, están dispuestos a cualquier cosa. Para ciertos judíos, el Holocausto justifica cualquier acción tendente a evitar que la historia se repita. Justifica incluso un Holocausto disuasorio perpetrado por judíos. —Stern metió la mano bajo el asiento, sacó una naranja de la bolsa de cuero y comenzó a pelarla lentamente—. Profesor, ¿hasta qué punto está usted versado en el tema de la resistencia israelí contra los británicos durante el Mandato y la segunda guerra mundial?

Natterman se encogió de hombros.

—Sé algo acerca de la Haganá.

—¿Y de los grupos terroristas sionistas?

—¿Se refiere al grupo Stern y al Irgún?

—Sí.

—Algo sé. ¿En cuál de ellos luchó usted?

—Eso, ahora, no hace al caso. Lo que importa es que, con anterioridad a la segunda guerra mundial, ambos grupos se opusieron por la violencia a la ocupación británica de Palestina. Pero cuando estalló la guerra, los dos grupos se escindieron. El Irgún apoyó a los británicos, en la acertada creencia de que la nación israelita jamás podría nacer en un mundo dominado por Hitler. Pero el grupo Stern consideraba que echar a los británicos era más importante que derrotar a los nazis.

En los ojos de Natterman brilló la incredulidad.

—El grupo Stern llegó a enviar delegaciones a entrevistarse con representantes del Reich hitleriano y de la Italia de Mussolini. Prometieron incluso defender con las armas la hegemonía de Alemania e Italia en Oriente Medio a cambio de que Hitler y Mussolini se comprometieran a permitir a los judíos abandonar sus países, y también a garantizar la seguridad de Israel después de la guerra.

—Qué locura —dijo Natterman con poco aliento—. ¿Qué clase de majaderos fueron capaces de creerse que una garantía de Adolf Hitler tenía algún valor?

Stern hizo un gesto de desagrado.

—Uno de esos estúpidos fue Ytzhak Shamir, el actual primer ministro de Israel.

Natterman permaneció unos momentos en atónito silencio.

—O sea que Shamir fue efectivamente un terrorista sionista... El grupo Stern... Dios mío...

—Y eso —siguió Stern— nos devuelve al presente, a la nueva LAKAM. Yo dejé

la agencia hace siete años. En aquellos momentos se trataba de una organización ejemplar. Pero bajo Shamir, LAKAM ha llegado a encontrarse fuera de todo control. Hasta hace dos años, tenía incluso a un espía actuando contra Estados Unidos. Jonathan Pollard entregó a LAKAM información acerca de los sistemas armamentísticos norteamericanos, sobre sus satélites, e incluso sobre la estrategia norteamericana en cuanto a objetivos nucleares, asuntos todos ellos de altísimo secreto en Norteamérica. ¿Y sabe lo que hizo Shamir con ese botín arrebatado al país que era nuestro principal aliado? —El bronceado rostro de Stern palideció de furia—. ¡Lo envió a Moscú! ¡Ese cabrón puso en peligro el vital apoyo norteamericano con tal de demostrar que a Israel no la mangoneaba nadie, ni siquiera Estados Unidos!

—¿Conoce LAKAM la advertencia acerca de Phoenix AG?

Con amargo sarcasmo, Stern replicó.

—El actual jefe de LAKAM considera que la advertencia acerca de Fénix se la inventó alguien deseoso de que emprendamos una caza de topos que sólo podría perjudicarnos. LAKAM está investigando el asunto, pero muy lentamente, como quien camina sobre hielo fino. Están teniendo lugar «conversaciones constructivas» entre Jerusalén y Pretoria. Si yo llegué a tener noticia del aviso acerca de Fénix fue únicamente porque un viejo amigo mío que trabajaba en LAKAM consideró que no se estaban tomando la advertencia suficientemente en serio.

Stern sonrió maliciosamente.

—Ése fue el principal motivo por el que yo me dirigí en primer lugar a Berlín en vez de a Sudáfrica: mantenerme apartado del camino de LAKAM. Pero hubo otras razones. El nombre de la compañía, Phoenix AG, me recordó a la Bruderschaft der Phoenix berlinesa. Y cuando, al cabo de sólo dos semanas de haberse recibido el aviso, oí a un amigo comentar de pasada que iban a derribar la prisión Spandau, me pareció imposible que se tratara de una mera coincidencia. Recordé que, en la nota del «fuego de Armagedón», se mencionaba Spandau. En cuanto que distrito urbano, Spandau siempre había sido imposible de investigar, naturalmente. Y mientras en la prisión se encontraba Hess, o, mejor dicho, el doble de Hess, Spandau era uno de los edificios mejor protegidos del mundo. Pero cuando me enteré de que iban a echar la prisión abajo... Bueno, me pareció que aquélla era razón suficiente para volar en avión a Berlín.

—Pero ¿cuál es la relación que guardan todas esas cosas? —preguntó Natterman—. ¿Cuál es el vínculo directo entre Sudáfrica y Alemania?

Stern frunció los labios.

—No creo que tal vínculo exista, profesor. Creo que el vínculo pasa por Inglaterra. Recuerde que en Sudáfrica mandaron los británicos hasta 1961. Ahora allí son minoría, pero una minoría muy poderosa. Tomemos a Phoenix AG. Es una empresa contratista del programa de defensa con base en Sudáfrica, pero el accionista mayoritario es el joven inglés que ya le mencioné. Robert Stanton, lord Grenville. Su padre y su abuelo fueron los anteriores dueños de la compañía.

—¡Grenville! —El profesor Natterman agitó un dedo en el aire—. Por eso me ha traído con usted. Piensa que el riesgo nuclear de Israel podría estar relacionado de un modo u otro con el caso Hess. ¿Con los conspiradores ingleses?

—¡Hable usted en voz baja! —Stern miró hacia el otro lado del pasillo para cerciorarse de que Gadi seguía durmiendo—. LAKAM averiguó que el papel utilizado para el aviso acerca de Phoenix AG procedía de una papelera inglesa. La familia de lord Grenville ha poseído y administrado la corporación desde 1947. Pero las piezas siguen sin encajar. En Gran Bretaña siempre ha habido antisemitas, pero ¿qué podría impulsar en la actualidad a unos ingleses a apoyar a grupos fascistas? El capitán Hauer le mencionó a usted la reunificación alemana. ¿Obtendrían esos ingleses grandes beneficios si Alemania se reunificase? ¿O tal vez durante años hayan sido sometidos a chantaje por alemanes concedores del oscuro secreto de tales ingleses, por alemanes que tuvieran sus propios objetivos?

Natterman negó con la cabeza.

—Siempre vuelvo al pasado, Stern. Tomemos a nuestra elitista camarilla de filonazis en el parlamento inglés de tiempos de la guerra. Supongo que esa gente, por medio de sus amigos y camaradas, tendría un considerable control sobre la política británica referente a Palestina. ¿No opina usted lo mismo? Piense en ello. En 1917, Gran Bretaña prometió a los judíos un hogar nacional en Palestina. Sin embargo, mientras Inglaterra se veía arrastrada hacia la guerra con Hitler, el hombre que había jurado exterminar a todos los judíos del mundo, el gobierno británico hizo uso de la fuerza militar para impedir a cuantos judíos europeos pudo llegar hasta la seguridad de Palestina, el país que Gran Bretaña ya les había prometido. ¿Fue ésa una política coherente? ¿Quién tomó en realidad tales decisiones? ¿Podrían seguir existiendo sentimientos antisemitas entre ciertas familias británicas?

Con el rostro congestionado por la ira, Stern dijo.

—Profesor, ni siquiera puedo pensar en esos días sin sentir una inmensa furia contra los británicos.

Natterman miraba a Stern con extraña intensidad.

—Dígame una cosa —dijo en voz baja—. ¿Formaba usted parte del grupo Stern? ¿Por eso sabe usted tanto? ¿O era del Irgún?

Stern taladró a Natterman con la mirada.

—Ni lo uno ni lo otro, profesor. Hace mucho tiempo, antes de LAKAM, ayudé a fundar la Haganá. —Stern miró más allá de Natterman, hacia el cerúleo cielo que se veía a través de la ventanilla—. En el invierno de 1935, emigré con mi madre a Palestina. Mi padre se negó a irse de nuestra patria, Alemania. Pese a mi juventud, hice un poco de todo para la Haganá: combatí a los árabes, conseguí armas ilegales, organicé redes radiofónicas en la península Arábiga, ayudé a pasar ilegalmente a Palestina a judíos procedentes de Europa... Pero, principalmente, luché contra los británicos. —La expresión del israelí se endureció—. En cuanto Israel se declaró independiente, nos convertimos en las legítimas fuerzas defensivas de la nación.

Nunca he creído en la violencia sin sentido para conseguir fines políticos. Vi a demasiados hombres comenzar como patriotas y terminar como criminales. —Una ya casi olvidada emoción empañó los ojos de Stern—. El terror es una herramienta de guerra muy tentadora. La solución más fácil e inmediata siempre es el ataque, la muerte. Yo lo sé. En una ocasión actué así. —Lanzó un suspiro—. Pero el «ojo por ojo» no es la fórmula para llegar a un mundo mejor.

En su asiento, junto a la escalera, Golondrina cerró las temblorosas manos. La voz de Jonas Stern, aquel sionista hipócrita, la había hecho volver al pasado, a Palestina. La mujer conocía todos los detalles del breve escarceo de Jonas Stern con la venganza, y tenía una opinión muy distinta acerca de la validez de tal concepto. Ya ni siquiera podía pensar de modo coherente acerca de su dolor. Sus recuerdos más claros correspondían a su época de estudiante destacada en Cambridge, a la época en que ella era Ann Gordon. Aún recordaba las atónitas expresiones de sus profesores cuando ella hacía alarde de sus conocimientos de cálculo teórico avanzado a la edad de dieciséis años. Cuando estalló la guerra, los servicios de inteligencia británicos la movilizaron junto al resto de los matemáticos más destacados y la destinaron al Departamento de Criptografía. Sus padres vivían en Londres, pero sus dos hermanos estaban en el extranjero. El mayor servía en una base de bombarderos de la RAF en Malta, y el más joven —hermano gemelo de Ann—, era policía militar en Palestina. Ann y Andrew, su hermano gemelo, fueron inseparables de niños, y sintieron un enorme alborozo cuando los destinaron a ambos al mismo teatro de guerra.

La guerra fue espléndida para la familia... casi hasta el final. En 1944, los padres de Ann resultaron muertos a causa de una de las últimas bombas V que cayeron sobre Londres. Luego, su hermano mayor fue derribado sobre Alemania y linchado por civiles bajo la pasiva mirada de las Waffen SS. Después de eso, sólo quedaron Ann, descifrando mensajes alemanes en un sofocante cobertizo de Tel-Aviv, y Andrew, que se vio atrapado en la escalada de violencia entre judíos, árabes y británicos en Palestina. Habiendo muerto el resto de la familia, los gemelos se sintieron más unidos que nunca. Incluso compartían un pequeño apartamento en la zona pobre de Tel-Aviv... hasta la noche en que Andrew fue hecho pedazos mientras se encontraba en el interior de un retrete en un cuartel de la policía británica. Aquella muerte brutal puso fin al estoicismo inglés de Ann. Durante los siguientes meses, su desolado pesar se convirtió en una furia sombría e implacable. La guerra con Alemania terminó, pero ella siguió teniendo su propia guerra.

Con metódico fanatismo, se puso a la tarea de averiguar quién había matado a su hermano gemelo. El atentado que mató a Andrew había sido un ataque de represalia sionista, la venganza por unos miserables judíos que habían muerto en un campo de deportación británico. ¿Y cuál era el nombre del joven activista que había planeado y ejecutado tal represalia? Jonas Stern. A Ann sólo le llevó dos horas averiguar todo lo que las autoridades locales sabían acerca de Stern. Por lo visto, el hombre había sido de gran ayuda para los británicos durante la guerra, pero antes y después de ella, el

joven sionista mató a suficientes ingleses como para que se ofreciera extraoficialmente una recompensa de mil libras por su cabeza. A Ann Gordon le importaba un bledo la recompensa. Lo único que deseaba era vengar a su hermano.

Al día siguiente se presentó voluntaria a la División de Operaciones de la inteligencia británica, y fue admitida. La joven era brillante, dura y, lo mejor de todo, huérfana. Tras un concienzudo entrenamiento en Inglaterra, le adjudicaron el nombre clave Golondrina y la pusieron a trabajar. Como asesina. Lo malo era que no podía elegir sus misiones. Pasó años y años tendiendo trampas mortales a pistoleros del IRA, a terroristas árabes, a comunistas africanos, a mercenarios antibritánicos y a otros peligrosos activistas, en lugar de perseguir al odiado sionista que mató a su hermano. En todos los años que trabajó para la inteligencia británica, Golondrina no estuvo ni una sola vez lo bastante cerca de Stern como para llevar a cabo su venganza. Para la eterna furia de la mujer, el joven y fanático sionista llegó a convertirse en un agente de campo singularmente bien dotado. Y mucho antes del retiro de Golondrina, el propio Stern se jubiló y se encerró a título permanente en un refugio fortificado del desierto del Negev.

Golondrina había intentado en dos ocasiones romper las defensas del refugio de Stern. En ambas la mujer derramó sangre judía, pero no le fue posible llegar hasta su odiada presa. A raíz de tales intentos, el Mossad se enteró de su identidad y la puso en la lista negra. Si Golondrina regresaba a Tierra Santa, eso supondría su muerte segura. Así que la mujer volvió a Inglaterra. Y esperó. Hasta el día anterior. El día anterior, la llamada de sir Neville Shaw fue como un aviso del Olimpo. Algo había hecho que Jonas Stern abandonara al fin su refugio del desierto.

Golondrina abrió los ojos cuando escuchó en el auricular la voz del profesor Natterman, que la sacó de su trance evocador.

—¿No se da usted cuenta, Stern? —dijo el hombre—. De algún modo, por algún motivo desconocido, el pasado y el presente están convergiendo hacia un misterioso punto de encuentro... a una especie de conclusión. Es como en la Biblia. Los pecados de los padres, ¿no? O, como afirman las enseñanzas budistas, el *karma*. —El viejo profesor alzó un artrítico índice y lo agitó lentamente—. ¿Sigue considerando infundadas mis sospechas acerca de Rudolf Hess? Si espectros como Yitzhak Shamir pueden merodear por el presente, lo mismo puede ocurrir con Hess. Lo digo y lo repito, Stern, ese hombre está vivo.

Stern cerró una fuerte mano en torno al alzado dedo de Natterman con la suficiente fuerza para hacerle daño. Esto enfureció al profesor, pero también lo hizo callar. Stern se retrepó en su asiento y lanzó un suspiro.

—A veces me pregunto quién maneja los hilos de esta invisible conspiración. ¿Será lord Grenville, el joven inglés? ¿Será algún loco? ¿Algún autoproclamado mesías ario? ¿Será otro fantasma del pasado? Ese tal Helmut del que usted habla, por ejemplo.

Natterman taladró al israelí con la mirada.

—Jonas —dijo gravemente llamando por primera vez a Stern por su nombre de pila—. ¿Qué hará usted si... descubrimos que yo tengo razón? ¿Si encontramos a hombres vivos que fueron responsables directos del Holocausto? ¿Los matará?

Stern se pasó una mano por el ralo cabello.

—En el caso de que encontráramos a hombres así vivos —dijo pausadamente—, los llevaría a Israel para que fueran sometidos a juicio público. Ésa sería la única forma de hacer justicia.

Natterman se rascó la grisácea y escasa barba.

—Es usted un hombre fuerte, Jonas. Hace falta mucha fortaleza para mostrarse comedido.

—No soy tan fuerte —murmuró Stern—. Si no pudiera llevármelos a Israel, los mataría sin dudarlos.

Stern miró hacia el otro lado del pasillo por primera vez en varios minutos y advirtió que sus tres jóvenes compañeros se habían despertado. Escuchaban con los ojos muy abiertos, como niños reunidos en torno a una hoguera de campamento. Los años del Haganá de los que Stern había estado hablando, resonaban como leyendas en los corazones de los jóvenes *sabras*, y los muchachos lo miraban como a un héroe de otros tiempos. Aparte de eso, ahora ya sabían algo acerca de su misión. Iban a tener la oportunidad de su vida, la oportunidad de vengar ciertas páginas de la Historia, de castigar a hombres que hasta ahora habían escapado a su justo castigo, a hombres que habían intentado abortar el nacimiento de la nación de Israel. Los comandos de Stern eran decididos y fuertes en cuerpo y alma, y a partir de aquel momento, eran también soldados en una guerra santa.

Cuatro filas por delante de ellos, otro soldado aguardaba también su momento para actuar. Mientras el reactor de El Al volaba raudo hacia el sur por la gloriosa bóveda del cielo, la mujer cuyo nombre clave era Golondrina se regocijaba en la certidumbre de que podía acabar con Jonas Stern en aquellos mismos momentos. Stern tenía al menos una parte del diario de Spandau, pero... ¿qué le importaban a ella los papeles? Naturalmente, si mataba a Stern allí, ella moriría. Pensó en sir Neville Shaw, el débil director general del MI-5. Desde luego, no sentía la más mínima lealtad hacia aquella vieja víbora. Shaw y otros como él la habían usado implacablemente a lo largo de toda su carrera, blandiéndola como se blande una afiladísima espada, sin que durante ese tiempo hubieran atendido jamás sus deseos de justicia. Pero... ¿qué pasaba con Inglaterra, aquel concepto brumoso y cada vez más obsoleto? Pese a su frialdad, Golondrina siempre había sentido un fuerte y algo sensiblero patriotismo. ¿Merecía la preservación del honor nacional británico que ella demorase un día más su dulce venganza? El profesor Natterman había hablado de espectros del pasado. Golondrina sabía que en cuanto ella se diera a conocer —hoy, mañana, cuando fuera— sería un espectro al que Jonas Stern le sorprendería mucho ver.

CAPÍTULO VEINTISIETE

11.40 horas. Pretoria

En el brillantemente iluminado expositor relucían más de cincuenta cuchillos de todo tipo. Hauer se inclinó hacia adelante hasta tocar el cristal con la nariz. Esto llamó inmediatamente la atención de un cercano vendedor, un hombre pecoso, de cabello pelirrojo y que no tendría más de treinta años.

—¿Desea algo en particular, caballero? —preguntó con acento británico—. ¿Busca un souvenir o algo para cazar?

—Buena pregunta —dijo Hauer en inglés—. Tal vez lo usemos para cazar, pero no queremos que sea demasiado grande. La calidad es lo que nos interesa.

—Desde luego, señor. Creo que tenemos lo que necesitan.

Cuando el joven se dirigió a otro de los expositores, Hans se acercó más a Hauer.

—¿Y qué tal una pistola? —preguntó.

Hauer no contestó. Aquélla era su quinta parada del día y comenzaba a darle la sensación de que se habían dejado ver demasiado. Tras registrarse en el hotel Burgerspark y cambiar sus marcos alemanes por rands, salieron sigilosamente por la puerta trasera del hotel y montaron en su taxi. Se agarraron con fuerza a los reposabrazos del Ford mientras Salil despistaba al coche británico que los seguía. El locuaz indio los había llevado por toda la ciudad mientras ellos compraban varias mudas de ropa y comida suficiente para aguantar dos días sin salir de la habitación de hotel en la que finalmente se instalaran. Salil también les había recomendado la gran tienda de artículos deportivos.

—Aquí tiene, señor —dijo el vendedor mostrando orgullosamente un hermoso cuchillo de quince centímetros para que Hauer lo inspeccionase.

Hauer tomó el arma y le dio vueltas bajo la luz. La empuñó, para ver si estaba equilibrada. El cuchillo tenía una sencilla empuñadura esmaltada, nada tan adornado como las piezas repujadas que relucían en los exhibidores, pero la aprobación de Hauer fue evidente.

—Veo que entiende usted de cuchillos, caballero —dijo el vendedor—. Ése está fabricado en Alemania Occidental. Acero de Solingen, el mejor del mundo.

Hauer sopesó meticulosamente el cuchillo.

—Nos llevaremos dos.

La sonrisa del vendedor se hizo más amplia. Aquellos dos turistas habían comprado ya una costosa escopeta de caza, una mira telescópica y una cámara Nikon con minitrípode y fotómetro manual.

—He notado su acento, señor —dijo mirando de refilón a Hans—. ¿Son ustedes alemanes?

—Suizos —se apresuró a decir Hauer.

—Ah. —El vendedor se dio cuenta de que había hecho una pregunta indebida—. Voy a envolver sus dos cuchillos.

Tras dirigir otra larga mirada a Hans, el joven desapareció por una angosta puerta de detrás del mostrador.

—¿Por qué te mira tanto ese tipo? —murmuró Hauer—. ¿Será gay?

—Me toma por una estrella del tenis.

Tras unos momentos, Hauer asintió con la cabeza aliviado.

—¿Qué hay de las pistolas? —preguntó de nuevo Hans—. La cita es esta noche. A las ocho.

—Hans, si los secuestradores son inteligentes, y hasta ahora lo han sido, esta noche se limitarán a husmearte. No tomaste el avión que te ordenaron. Eso los habrá desconcertado. Pueden temerse que en cualquier momento de esta noche aparezcan en el hotel Burgerspark un centenar de agentes de la Interpol. O bien enviarán a un subalterno a tantear el terreno o telefonarán para darte nuevas instrucciones. Yo supongo que telefonarán.

Hans no parecía nada satisfecho.

—Me sentiría mejor si tuviera una pistola, y en ese expositor hay docenas.

—Es cierto —reconoció Hauer—. Pero no veo ningún silenciador. No podemos ir por Pretoria disparando armas de fuego. Aquí nuestras placas no valen de nada. Además, no quiero que miren nuestras documentaciones más de lo estrictamente imprescindible.

Hans puso mala cara y Hauer miró en torno.

—Muy bien —dijo resignado—. ¿Ves ese expositor de ahí? —Señalaba el otro extremo de la tienda, hacia una gran colección de ballestas de caza.

Hans asintió con la cabeza.

—Dile al vendedor que quieres la ballesta más pequeña que tengan, con una fuerza de treinta kilos, y seis de las saetas más cortantes.

Hauer sacó un montón de billetes del bolsillo, contó cuatrocientos rands y se los tendió a su compañero.

Sin dejar de mirar el expositor de las pistolas, Hans aceptó el dinero.

—Aquí tienen, caballeros. —El vendedor había reaparecido en el umbral con un pequeño paquete de papel marrón—. Serán en total... —El joven se interrumpió, mirando más allá de Hauer.

Hauer se volvió y siguió la mirada del otro. El vendedor no le quitaba ojo a Hans, que ahora se encontraba con las manos en las caderas, estudiando con desdeñosa mirada de experto una colección de costosas raquetas de tenis.

El vendedor se aclaró la garganta.

—¿Desea que le enseñe alguna otra cosa, este... señor?

Hans siguió mirando silenciosamente las raquetas.

El vendedor extendió tímidamente el brazo y tocó la manga de Hauer.

—Dispense, caballero, pero... ¿su amigo no es...?

Lentamente, Hans se volvió hacia el vendedor y le dirigió la confiada y algo incómoda sonrisa que usan las celebridades cuando prefieren que nadie forme ningún alboroto a causa de su presencia.

—¿Podría enseñarme unas raquetas? —preguntó—. ¿Estusas? Preferiblemente, N1000.

El vendedor salió como una exhalación de detrás del mostrador.

—Pues claro que sí, señor. Estoy a su plena disposición. —Se sonrojó—. Soy un gran admirador suyo, ¿sabe? Tenemos la raqueta que usted desea, y estoy seguro de que podremos hacerle un interesante descuento...

Mientras el alborozado vendedor acompañaba al supuesto as del tenis hacia el otro lado de la tienda, Hans volvió la cabeza y, sin dejar de hablar, miró significativamente a Hauer, y luego hacia el expositor de las pistolas.

—Normalmente, me envían las raquetas directamente desde la fábrica —explicó—, pero algún estúpido del aeropuerto metió mi bolsa en otro avión...

Estupefacto ante la osadía de Hans, Hauer miró en torno buscando cámaras de vigilancia, se colocó rápidamente tras el expositor de las pistolas, se puso de rodillas y comenzó a hurgar en la cerradura.

Cuando salió de la tienda veinte minutos más tarde, Hans vio a Hauer aguardándolo al fondo de la calle, rodeado de bolsas de compra. Metiéndose un gran paquete oblongo bajo el brazo, el joven se dirigió hacia su padre.

—No me digas que compraste la raqueta de tenis —dijo Hauer.

—La ballesta —murmuró Hans—. No estaba seguro de que lograses forzar el expositor de las pistolas.

Hauer se abrió ligeramente la chaqueta. Por su cinturón asomaban las culatas de dos relucientes pistolas negras.

—Walthers. Un par a juego. Hasta un niño hubiese podido forzar la cerradura de esa vitrina. —Se cerró la chaqueta y rió en alto—. Tu actuación en la tienda ha sido excelente, Boris. Hasta a mí me convenciste.

—Larguémonos cuanto antes —le cortó Hans—. Antes de que me dejen salir de la tienda, tuve que firmar seis autógrafos.

En aquel momento, Salil detuvo su taxi junto al bordillo.

—El coche aguarda —dijo Hauer.

Cogió las cajas que contenían la escopeta, la mira telescópica y la cámara, y las metió en el maletero del Ford del indio.

—Vamos a hacer unas cuantas fotos.

11.44 horas. Sede del MI-5. Charles Street. Londres

Sir Neville Shaw, como su adjunto le había recordado, llevaba bastante tiempo, desde la guerra de las Malvinas, sin dormir en su despacho. Pero ahora yacía profundamente dormido en el jergón que a primera hora de la mañana había hecho que le llevaran a su despacho. Cuando el subdirector Wilson irrumpió en el despacho sin molestarse siquiera en llamar previamente, Shaw se incorporó en el jergón, como un niño durante los bombardeos de Londres.

—¿Se puede saber qué diablos pasa? —exclamó—. ¿Ha estallado la tercera guerra mundial?

Wilson estaba sin aliento.

—Se trata de Golondrina, señor. Ya ha localizado a Stern.

Shaw se golpeó un muslo con el puño.

—¡Espléndido! ¡Sabía que esa mujer lo lograría!

—Tomó el avión de Stern en el aeropuerto Ben-Gurion. Ahora están en el aire, y Stern se dirige definitivamente hacia Sudáfrica. Golondrina no sólo oyó decir a Stern que llevaba consigo parte de los papeles de Spandau, sino que también lo oyó hablar de la implicación del duque de Windsor en el asunto Hess.

—¡Cristo bendito! ¿Y con quién ha hablado de todo eso?

—Con un profesor de Historia alemán. Es pariente de uno de los policías berlineses que encontraron los papeles de Spandau. Golondrina sospecha que Stern planea utilizarlo para establecer contacto con Hauer y Apfel. Llamó desde el teléfono del avión. Utilizó una clave oral de los años sesenta, señor. Un equipo de criptógrafos tardó dos horas en encontrar la clave en el sótano.

Shaw se levantó del jergón y caminó hacia su escritorio.

—Si tiene a Golondrina pegada a sus talones, Stern ya puede darse por muerto. Podemos contar con la parte de los papeles que ese hombre lleve.

Wilson parecía incómodo.

—Si Golondrina mata efectivamente a Stern, señor, ¿cree que el hecho de que esa mujer esté retirada será suficiente para protegernos de la protesta israelí?

—¡Protesta! ¿Qué nos importa a nosotros un viejo israelí? Puedes estar seguro de que, a lo largo de su vida, Stern se habrá merecido de sobra cualquier cosa que le ocurra. Los terroristas sionistas en Palestina eran más implacables de lo que lo son los palestinos en la actualidad, Wilson. ¡Considerablemente más! —Shaw se frotó nerviosamente las manos—. Sudáfrica —murmuró—. ¿Cómo demonios decidió ese viejo ir hacia allí?

Desconcertado, Wilson replicó.

—No sé exactamente a qué se refiere, señor, pero Golondrina oyó hablar a Stern de la esposa del sargento Apfel, Parece que Frau Apfel ha sido secuestrada por alguien en Suda frica, y que ese alguien exige los papeles de Spandau como rescate.

Por unos instantes, Shaw pareció haber quedado sin aliento.

—¿Qué pasa con mi puñetero barco, Wilson?

—¿Barco, señor? —Wilson se sonrojó—. Ah, sí. Según lista de Lloyd, el barco

mercante *Casilda* se dirige hacia Tanzania. Sin embargo, conseguí hacerme con unas fotos satélite norteamericanas en las que el barco aparece anclado en el canal de Mozambique, frente a Madagascar. Tiene dos helicópteros amarrados en sus cubiertas.

—Gracias a Dios —masculló Shaw.

—Sir Neville —dijo suavemente Wilson—, ¿tiene ese mercante algo que ver con el asunto de Spandau?

—Más vale que, de momento, usted no lo sepa, Wilson. Así, si este asunto me revienta en la cara, podrá decir que usted no sabía nada de nada.

Consternado, Wilson dijo.

—Por el amor de Dios, Neville, al menos permítame que lo ayude.

Shaw frunció pensativamente los labios.

—Muy bien, amigo. Si realmente quiere ayudar, hay algo que puede hacer.

—Dígamelo.

—Necesito ciertos expedientes. Si las cosas se ponen feas, habrá que destruirlos y quemarlos. —Shaw cogió una pluma y escribió tres nombres en un pequeño papel—. La cosa puede resultar un poco peliaguda, pero usted ya ha hecho cosas similares.

Entregó la nota a su compañero y Wilson leyó los nombres.

Hess, Rudolf

Steuer, Helmut

Zinoviev, V. V.

—¿Y dónde están estos expedientes, señor?

—En el Departamento de Registros Públicos. —Shaw miró fijamente a Wilson—. Aunque, técnicamente, esos papeles pertenecen al Foreign Office. También hay un expediente sobre Hess en el Departamento de Guerra, pero está declarado secreto hasta el año 2050. No creo que nadie pueda conseguirlo.

Wilson tragó saliva con dificultad.

—¿Me está usted pidiendo que robe unos expedientes del Foreign Office?

—Y dé usted gracias de que se trate sólo de robar unos papeles. Hay asuntos mucho más sucios relacionados con este caso.

Wilson miró los firmes ojos de Shaw.

—¿No echarán de menos los papeles desaparecidos?

—Probablemente, sí. —Shaw abrió un cajón y sacó de él un viejo y gastado expediente—. Tome. —Le tendió la carpeta a Wilson—. Esto también es un expediente sobre Hess, pero se le han hecho algunas... enmiendas. Los expedientes de Zinoviev y Steuer tendrán que desaparecer simplemente, pero el de Hess podrá usted sustituirlo por éste. Fue preparado a comienzos de los años setenta, cuando, debido a determinadas normas estatutarias, tuvimos que revelar cierta información acerca de Hess. Fue nuestro seguro para el día en que algún exaltado como Neil

Kinnok comenzara a exigir revelaciones explosivas. Creo que en esta situación nos vendrá de perlas. —Shaw suspiró satisfecho—. Ahora, sirva unos Glenfiddichs, Wilson. Tiene cara de necesitar un trago.

13.05 horas. Habitación 604. Hotel Protea Hof. Pretoria

Hauer miró preocupado la habitación del hotel en la que se encontraban. El capitán se había preparado para una explosión que no había llegado a producirse. Quizá ocurriera simplemente que Hans estaba demasiado cansado para ponerse furioso. Pero también podía ser otra cosa. La reacción no encajaba con la acción, y eso preocupaba a Hauer. El hecho de que faltaran tres páginas del diario de Spandau reducía evidentemente las posibilidades de rescatar a Ilse con vida y, sin embargo, cuando Hauer anunció que aquellas páginas habían desaparecido, Hans no dijo ni palabra. Abrió incrédulamente los ojos, se frotó las sienes y pareció algo abatido; pero ni le gritó a Hauer por haberle quitado los papeles en el avión, ni insultó al profesor Natterman por su cobardía, ni trató de atacar a Hauer, como había hecho con el profesor en la cabaña. Simplemente, se puso en pie y entró en el baño, donde Hauer oía ahora correr el agua.

Desempaquetó la Nikon N/2000 provista de lente macro/micro que había comprado en la tienda de deportes. Luego instaló el trípode especial que había comprado para facilitar las fotos tomadas con larga exposición. De menos de treinta centímetros de altura, el artilugio disponía de patas extensibles y de una cabeza que giraba en todas las direcciones. Parecía el robot de una película de ciencia ficción de los años cincuenta. Lo colocó en la mesa junto a la ventana, abrió las cortinas y montó en él la Nikon.

—¡Hans! —llamó en voz alta—. ¡Necesito los papeles!

Treinta segundos más tarde, Hans salió del baño con el arrugado envoltorio de papel de aluminio que contenía el diario de Spandau. Se lo entregó a Hauer sin decir palabra.

—Vigila la puerta —dijo Hauer—. Si alguien conoce nuestro paradero, éste es el momento en que pueden atacarnos.

En vez de sacar la Walther que llevaba al cinto, Hans se acercó a la ballesta que había comprado y la empuñó.

Hauer deshizo cuidadosamente el envoltorio mientras Hans cargaba en la ballesta una de las pequeñas, gruesas y afiladísimas saetas.

—Voy a hacer las fotos con distintas exposiciones —dijo—. Dispararé con la máxima apertura, foco 1,8, a 1/30 de segundo. Luego, para evitar equivocarme, probaré con exposiciones más largas hasta llegar a dos segundos completos.

Hans no dijo nada.

—Ya sé que sigues preocupado por las fotos, pero Ilse dijo que los secuestradores

podían detectar si se habían fotocopiado los papeles. Lo que voy a hacer no es distinto a mirar simplemente los papeles. No tenemos alternativa, Hans. Tendremos que entregar los originales del diario de Spandau para recuperar a Ese. Las fotos que voy a tomar serán nuestra copia de seguridad. Además, si queremos actuar contra Fénix en Berlín, necesitaremos copia de los papeles, aparte de las pruebas que se encuentran en la caja de caudales ignífuga de la casa de Steuben.

Hauer terminó con las distintas exposiciones para la primera página, siete fotos en total, y la dejó cuidadosamente a un lado. Hans le entregó la segunda página y Hauer hizo lo mismo con ella. El primer rollo de película se terminó cuando iban por la cuarta página. Mientras Hauer volvía a cargar la Nikon, oyó a Hans rezongar.

—Maldito viejo...

Sin dejar de trabajar, Hauer dijo.

—La culpa no es del profesor, Hans. El afrikáner rubio los cogió, y el que mató al afrikáner se quedó con los papeles. El profesor debió habernos advertido de que faltaban unas hojas, pero ya sabes por qué no lo hizo. Le avergonzaba admitir que las había perdido. Sabía que tú te pondrías furioso, y que con eso no se hubiera arreglado nada.

Hans permaneció sentado, sin decir nada.

—Escucha —siguió Hauer—. Natterman cometió una estupidez al poner esas hojas en blanco con los papeles. Eso hace que la desaparición se note muchísimo más. Cuando efectuemos el canje, sólo utilizaremos las cinco páginas auténticas. Los secuestradores no notarán nada.

La cara que puso Hans expresó muy gráficamente lo que pensaba de tal teoría.

—No me vengas con ésas —dijo en voz baja—. Ellos tienen a Ilse, y ella sabe exactamente lo que yo encontré. Puede describírselo a sus... —Hans sacudió la cabeza—. Puede que Fénix la haya torturado...

—¡Deja de hablar así! —exclamó Hauer—. Ilse es lista. Les dirá sin oponer resistencia lo que quieren saber. Mira Hans, lo único que necesitamos es tener a Ilse a nuestro al, canee y disponer de diez segundos para rescatarla. Los secuestradores apenas tendrán diez segundos para examinar los papeles. Así es como pienso organizar la situación. Cualquier otra cosa es inaceptable.

—En diez segundos les dará tiempo a contar las páginas —comentó Hans.

Hauer lanzó un largo suspiro.

—En la cabaña dijiste que confiabas en mí, Hans. Ahora tienes que demostrarlo. Somos nosotros los que tenemos la sartén por el mango, no ellos. Saben que nunca obtendrán los papeles si matan a Ilse. En cuanto se pongan en contacto con nosotros, seremos nosotros quienes establezcamos las condiciones para el canje. No les quedará más remedio que aceptarlas. Y una vez acepten nuestras condiciones, ya los tendremos.

Hans miró a los ojos de Hauer.

—Pero... ¿tendremos también a Ilse?

Hauer recogió de la cama la última página del diario, le hizo las siete fotos con distintas exposiciones y sacó la película de la cámara. Dobló los documentos de Spandau en cuatro, luego en ocho, y después los envolvió de nuevo en el papel de aluminio.

—Voy a buscar un laboratorio de esos que revelan las fotos en una o dos horas —dijo metiendo los rollos de película en su bolsillo—. Duerme un poco mientras estoy fuera. Llevas treinta y seis horas en pie, y yo llevo aún más tiempo. Lo que se duerme en los aviones no cuenta. La cita en el Burgerspark es a las ocho de esta noche. Llama a conserjería y di que te avisen a las siete y media.

Hans miró a su padre con el ceño fruncido.

—¿Realmente esperas que me duerma?

—Apaga la luz y respira hondo. No durarás ni cinco minutos despierto. Tendrías que verte los ojos. Parece que estés sangrando por ellos.

Hans encajó las mandíbulas y, al fin, preguntó.

—¿Me quedo yo con los papeles?

Hauer reflexionó por unos momentos. Hans los había tenido hasta aquel momento...

—Estarán más seguros en movimiento —dijo de pronto. Se metió el paquete en un bolsillo del pantalón y se dirigió hacia la puerta—. Procura dormir. Cuando despiertes seguiremos hablando.

En el exterior del hotel el sol brillaba inclemente. Hauer lamentó no haber traído consigo un sombrero. Caminando con mil ojos por las arboladas calles, trató de juzgar cuáles eran sus posibilidades de éxito. Aquella noche tendrían la primera y probablemente la única posibilidad de volver las tornas contra los hombres que tenían a Ilse, contra los hombres que estaban detrás de Fénix. Y, no disponiendo del menor apoyo, cada movimiento que hicieran podía ser el último. Hauer necesitaba tiempo para pensar. Y, en aquellos momentos críticos, también le hacía falta dormir. Quizá más que nunca en su vida. Sentía que el sol iba agotando sus energías a marchas forzadas.

Se detuvo a la sombra de un jacaranda en flor. Se apoyó en su tronco, cruzó los brazos y esperó la aparición de un taxi. No pasaba ninguno. Hauer ignoraba que en Sudáfrica es ilegal que los taxis circulen por la calle buscando pasajeros, y deben aguardar formando cola en lugares establecidos. Esforzándose por mantener los ojos abiertos, se preguntó si Hans estaría bien. ¿Pensarían los secuestradores descargar su golpe en el Burgerspark aquella noche? ¿Correrían el riesgo de dejarse ver en un momento tan temprano de la partida? Él no lo creía, pero aquello no era Berlín. Quizá estando en su propio territorio aquellos cabrones pensarán que podían actuar con absoluta impunidad. Quizá le conviniera encontrar un lugar en el que esconder los papeles antes de la hora de la cita. Quizá...

—¡Taxi!

Un Mazda rojo conducido por un chófer emprendedor hizo un giro en U ilegal y

se detuvo a la sombra del árbol bajo el que se encontraba Hauer. Por un momento, a Hauer le pareció que el taxista era Salil, el indio parlanchín, pero no, era sólo el agotamiento, que le hacía ver cosas raras. Un bronceado afrikáner asomó la cabeza por la ventanilla.

—¿Adónde va, amigo? —preguntó en inglés.

—Necesito que me revelen unas fotos —explicó Hauer—. Rápidamente.

—¿Para cuándo las quiere?

—Para ayer.

—¿Tiene usted dinero?

—Todo el que necesito.

—Muy bien —dijo el chófer—. Entonces, suba.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

13.30 horas. Mansión Horn. Transvaal septentrional. República de Sudáfrica

Sentado en la silla de ruedas con motor en la pradera norte de su mansión, Alfred Horn tenía encajado entre los dientes un cigarro Upmann mientras Robert Stanton, lord Grenville, paseaba inquieto en torno a él dando sorbos a un enorme bloody Mary. El joven llevaba una hora despotricando de la «expansión empresarial». La empresa a la que se refería era la corporación ilegal y totalmente invisible que llevaba a cabo las lucrativas actividades de narcotráfico y contrabando de divisas que el joven había administrado en nombre de Alfred Horn durante los últimos ocho años. Horn había permanecido en silencio durante la mayor parte de la perorata de lord Grenville. Sentía curiosidad, pero no por cómo aumentar sus beneficios ilegales. Lo que le inspiraba curiosidad era el propio Stanton. El joven aristócrata hablaba con su volubilidad habitual, pero en sus palabras y en su actitud había algo que no terminaba de parecer sincero. Estaba borracho, y Horn se proponía darle al joven toda la cuerda que quisiera.

—Ni siquiera sé por qué me esfuerzo —se lamentó Stanton—. ¿Se da cuenta de la cantidad de dinero que hemos perdido en los últimos tres días, Alfred? ¡Más de dos millones de libras! Dos millones. Y no tengo ni idea de por qué. Ha paralizado usted todas nuestras operaciones europeas sin una sola explicación.

—¿A quién tengo que darle explicaciones? —preguntó destempladamente Horn.

—Pues... a nadie, desde luego. Pero, Alfred, ciertas personas pueden enfadarse si no reanudamos pronto las actividades. Tenemos compromisos.

Una fina sonrisa se formó en los labios de Horn.

—Sí —dijo con voz suave—. Hay algo que me inspira curiosidad, Robert; es ese oro cuya llegada está prevista para pasado mañana. ¿Por qué lo envían por barco? Normalmente, esas entregas se efectúan por vía aérea.

Aunque la pregunta lo desconcertó, Stanton fue rápido de reflejos.

—El tramo final del viaje seguirá siendo por aire —dijo—. Vía helicóptero. No sé por qué, Alfred. Quizá en los aeropuertos de Colombia se hayan aumentado las restricciones a la exportación de divisas. Quizá les resultó más fácil sacar el oro por barco. ¿Quién sabe?

—Claro. —Horn miró el enjuto rostro de Pieter Smuts—. Dígame una cosa, Robert, ¿echa usted de menos Inglaterra? Y lleva con nosotros un mes.

Stanton dio un enorme trago a su bloody Mary.

—Me encanta estar lejos de ese puñetero país. Ahora allí están en invierno, ¿no? Aunque debo admitir que me agradaría pasar el fin de semana en Johannesburgo. Por estos contornos no hay mucho donde escoger en lo que a compañía femenina se refiere. Yo no comparto el gusto por la carne negra que siente Smuts. Supongo que

eso, como la cerveza, es un gusto adquirido. —Stanton sonrió—. Naturalmente, siempre, está esa bonita Fräulein recién llegada. Nuestra princesita aria.

El único ojo de Horn taladró el rostro de Stanton con la mirada.

—No debe acercarse a Frau Apfel, Robert —dijo secamente—. ¿Está eso absolutamente claro?

—Desde luego, viejo amigo. Cuente con ello. —El joven inglés trató de parecer despreocupado, pero no le fue fácil bajo la penetrante mirada del jefe de seguridad de Horn—. ¿Le importaría dejar de mirarme de ese modo, Smuts? —preguntó irritado—. Me pone usted los pelos de punta.

Smuts siguió taladrando al inglés con la mirada. Al cabo de unos momentos, Horn dijo.

—Las cosas no tardarán mucho en volver a la normalidad, Robert. Primero tengo que ocuparme de ciertos asuntos, eso es todo. Se trata de una cuestión de seguridad.

Seguridad, pensó desdeñosamente Stanton. Dentro de un par de días te vas a enterar tú de lo que es la seguridad. Se puso unas gafas de sol Wayfarer para ocultar los ojos mientras reflexionaba acerca de su peculiar situación. Tres meses atrás, dos personas muy poderosas habían decidido que Alfred Horn estaría mejor muerto. Una de ellas era un implacable capo colombiano del narcotráfico que deseaba tener acceso a los mercados europeos de la droga que Fénix controlaba. Su motivación, la codicia, era claramente comprensible para Stanton. El otro era un espeluznante caballero londinense llamado sir Neville Shaw. Stanton no tenía ni la menor idea acerca de su motivación. Lo único que sabía era que tanto Shaw como el colombiano le habían pedido que asesinase a Alfred Horn. ¡Con sus propias manos! Stanton, naturalmente, se había negado. No quería asesinar al viejo. Horn lo había hecho rico, mientras que su inútil título nobiliario jamás le había reportado ni un penique. Pero las terribles presiones para que matase al viejo no cesaron. El colombiano había amenazado con matar a Stanton, una amenaza de la que Stanton podía permitirse no hacer caso en tanto en cuanto siguiera viviendo bajo la protección de Horn. Sir Neville Shaw también lo había amenazado. Sepultaré su título nobiliario bajo un montón de basura y sangre, le había dicho. Stanton se lo había tomado a risa. Su título le importaba un bledo. Ya desde niño había advertido que el apellido Grenville suscitaba un callado pero profundo desprecio entre la mayor parte de la nobleza británica. Ése fue uno de los motivos por los que se dedicó a aquel tipo de vida y, a la muerte de su padre, aceptó la ayuda y la protección de Alfred Horn.

Pero entonces Shaw cambió de táctica. «Asesine a Horn —le había dicho— y la Corona le permitirá conservar las empresas que posee y que administra bajo la supervisión de Horn.» La oferta le hizo reflexionar. Porque ya era hora y más que hora de que Alfred Horn entregase el cetro de su imperio a alguien más joven. Stanton llevaba cinco años siendo el accionista mayoritario de Phoenix AG, y sin embargo no había tomado ni una sola decisión referente a la administración del gigantesco conglomerado de empresas. Antes que él, su padre había desempeñado un

papel similar, pero a él sí se le permitió tomar decisiones. En su padre sí confiaron. Robert era una simple marioneta, casi una broma. Sí, el momento del cambio había llegado. Sin embargo, Stanton no era capaz de hacer por sí mismo el trabajo sucio, ya que, aunque lograra matar a Horn, a renglón seguido Pieter Smuts lo despedazaría miembro a miembro. No, el viejo tendría que morir de un modo tal que Smuts y su contingente de seguridad perecieran con él. Stanton llevaba una semana reflexionando sobre el problema y al cabo de ese tiempo se le había ocurrido un brillante plan. Simplemente, uniría a las dos partes que compartían una meta común. En un viaje de veinticuatro horas que efectuó a Londres, comunicó su plan a Shaw y dejó que el astuto jefe del MI-5 se ocupara de los detalles. De ahí el actual plan; de ahí el barco. Cuanto quedaba ahora era la ejecución.

—Ya está usted borracho, ¿no? —comentó Smuts con voz opaca.

Por una vez, Stanton miró al afrikáner fijamente a los ojos.

—Simplemente, estoy pensando —dijo—. Debería probarlo alguna vez, querido amigo.

Ilse Apfel se encontraba en pie sobre un pequeño promontorio herboso, mirando el inmenso veld. La joven había huido de la mansión Horn tras aquella escena de pesadilla en la sala de rayos X y corrió tan aprisa y tan lejos como pudo. Nadie había intentado detenerla, pero Linah la siguió respetuosa mente desde lejos, deteniéndose siempre que Ilse lo hacía, manteniendo la distancia como una lejana sombra. El pánico hizo que Ilse se alejase más de tres kilómetros de la casa. Luego la joven, ya más calmada, se detuvo y despejó un pequeño espacio entre la hierba para descansar.

Ilse se daba cuenta de que Alfred Horn había dicho la verdad durante la cena. En aquella inmensa y vacía planicie no había ningún sitio al que escapar. Para huir sería necesario un mapa, una arma y una buena provisión de agua. A lo lejos, hacia su izquierda, pastaban unas esqueléticas reses con joroba. Más allá, retozaban un par de caballos. A lo lejos, sobre el pardusco horizonte se veía una oscura neblina baja. Aunque Ilse no lo sabía, la negra neblina la producían las cocinas de carbón de un pequeño *kraal* o villorrio nativo. Humaredas como aquella marcaban todas las poblaciones existentes desde Ciudad del Cabo hasta la reserva bantú de Venda. En invierno, la cosa era peor. Entonces las negras humaredas pendían perpetuamente sobre los poblados, e incluso sobre las grandes ciudades como Attridgeville y Soweto, impidiendo el paso de la luz del sol. En Sudáfrica, la electricidad era un bien escaso y selectivamente distribuido.

Ilse contempló la tierra calcinada por el sol. ¿Qué esperanza de salvación podía tener encontrándose como se encontraba tan lejos de Alemania? ¿Qué oportunidades de nacer tendría su pequeño, aquel niño de cuya existencia sólo tenían noticia ella, su médico y el diabólico afrikáner que la había torturado? Si las palabras de Horn eran ciertas, en aquellos momentos Hans iba hacia allí. Y por las preguntas que le había

hecho Smuts en la sala de radiología, la joven había sacado la conclusión de que el padre de Hans venía con éste. Esperaba que así fuera. Pese a que Hans había hablado de su padre pocas veces y siempre con rencor, a Ilse le daba la sensación de que Dieter Hauer era un policía muy respetado e incluso muy temido. Pero... ¿qué iba a hacer Hauer enfrentado a hombres como Pieter Smuts? ¿O como Jürgen Luhr, que había degollado a un policía indefenso ante sus ojos? ¿Podría Ilse obtener realmente su libertad a cambio de los papeles que Hans había encontrado en Spandau? Considerando la ciega devoción de Smuts hacia su jefe, lo dudaba.

La joven pensó también en Alfred Horn. Lord Grenville había estado en lo cierto al decir que el viejo sentía una marcada debilidad hacia ella. Ilse había tenido la suficiente experiencia con los hombres para saber cuándo uno de ellos se encaprichaba de ella, y ése era indudablemente el caso de Horn. Y la joven no perdía de vista el hecho de que, en aquel inhóspito y desierto lugar, el capricho del viejo no era una mera anécdota, ya que podía ser la clave de su propia supervivencia. Y la clave de la supervivencia de su pequeño. Se preguntó qué locura habría planeado Horn para aquella noche. Por lo que Stanton le había dicho acerca de los negocios del viejo, la reunión no tendría como finalidad nada recomendable. Sin embargo, no le era posible negarse a asistir si quería seguir teniendo a Horn como aliado. Además, también era posible que se enterase de algo que la ayudara a escapar.

Arrancó del suelo una larga brizna de hierba, se puso en pie y echó a andar hacia la casa. No tardó en darse cuenta de que estaba más lejos de lo que había creído. A Linah ya no se la veía y, antes de haber recorrido ni cincuenta metros, la joven se encontró con algo en lo que no había reparado en su trayecto de ida: un reluciente tramo de asfalto aún caliente entre la hierba y los matorrales. A Ilse, la esperanza le aceleró el pulso. A primera vista, aquello parecía ser una carretera. Y entonces reparó en el avión. Trescientos metros a su derecha, sobre una plataforma circular de asfalto, se encontraba estacionado el esbelto Lear 31-A de Horn. Ilse lanzó un suspiro de desilusión, cruzó la pista y siguió en dirección oeste.

Al coronar un pequeño promontorio divisó, a cosa de kilómetro y medio de distancia, la mansión Horn. Al verla, la joven contuvo una exclamación. Antes, al escapar de la casa, no había vuelto la vista atrás. Pero ahora contemplaba la mansión expuesta ante ella como la foto de una postal, nítida y extraordinariamente peculiar. Ilse nunca había visto nada parecido en las revistas ni en la televisión. La mansión Horn —una finca que desde dentro daba la impresión de ser una estructura clásica con infinidad de lujosas y bien ornamentadas estancias y de interminables corredores— era en realidad un triángulo equilátero. Tres enormes alas rodeaban una torre central que se alzaba como la atalaya de un castillo por encima de las tres alas exteriores. La torre estaba coronada por una cúpula revestida de cobre. El observatorio astronómico, recordó Ilse estremeciéndose al evocar el recorrido por la mansión efectuado bajo la tutela de Smuts. Unas torretas hexagonales se alzaban en cada vértice del gran triángulo, e Ilse casi esperó ver arqueros apostados detrás de las

almenas. Se echó a reír y después quedó en silencio. Se había dado cuenta de que la mansión Horn era exactamente lo que parecía: una fortaleza. En la inmensa y anónima planicie, la enorme estructura se alzaba sobre una colina situada en el centro de una pequeña hondonada circular rodeada de taludes poco empinados. Cualquiera que quisiera acercarse a la casa tendría que cruzar aquella desnuda extensión de terreno bajo las miradas de quienes se encontrasen en la torre central.

Ilse siguió caminando entre la crecida hierba, utilizando como norte y guía la cúpula del observatorio. Al cabo de poco rato se detuvo ante un profundo cauce seco. La joven recordaba que antes había cruzado un pequeño barranco, pero nada parecido a aquello. Evidentemente, en el camino de ida había salvado el barranco por otro punto, ya que éste seguía por el veld hasta perderse de vista por uno y otro lado. Ilse se sentó en el borde y se dejó resbalar hasta el polvoriento desfiladero de abajo.

Pieter Smuts había bautizado aquel seco barranco con el nombre de la Aguada. Ésta era la primera barrera del inexpugnable sistema de defensas que el afrikáner había construido en torno al aislado refugio de su jefe. De haber sabido lo que había entre ella y la mansión Horn, Ilse, presa del pánico, se habría quedado en la Aguada, doblada sobre sí misma. El afrikáner había hecho uso de todo su ingenio y experiencia para convertir la herbosa hondonada entre la Aguada y la casa principal en una especie de tierra de nadie de la que ningún intruso podría escapar con vida. Cada metro cuadrado de la hondonada circular estaba protegido por minas Claymore, artefactos explosivos que contenían centenares de bolas de acero que, cuando eran detonados por control remoto, lanzaban lateralmente sus pequeños proyectiles y acababan con la vida de cualquier criatura en una fracción de segundo. Búncers de hormigón, cada uno de ellos armado con una ametralladora M60, punteaban el borde interior de la gran depresión. Cada bunker estaba conectado con la torre central por medio de una red de túneles que hacía posible dirigir el fuego y reforzar los búncers en caso de que se produjeran bajas. Pero la médula de las defensas de la mansión Horn era el observatorio. Centro neurálgico de todo el complejo de seguridad, la gran cúpula de bronce albergaba los monitores del circuito cerrado de televisión, pantallas de radar, sistemas de comunicaciones por radio y vía satélite, y la pieza más meritoria de todo el arsenal de Smuts: una excelente copia del minicañón norteamericano Vulcan —un cañón rotatorio que disparaba por minuto 6600 proyectiles capaces de perforar cualquier blindaje—, que permanecía apuntado contra él, despejado terreno que rodeaba la mansión Horn.

Naturalmente, ninguna de aquellas medidas de precaución era visible. Pieter Smuts era un profesional consumado. Las minas Claymore, diseñadas para ser clavadas en la superficie del terreno, habían sido impermeabilizadas y ocultas bajo pequeños montones de tierra. Las superficies externas de los búncers estaban camufladas por capas de barro calcinado. Incluso el cañón Vulcan dormía silenciosamente bajo la cubierta retráctil del observatorio, ocupando el espacio destinado supuestamente al telescopio, esperando a ser apuntado no hacia los cielos,

sino contra la tierra.

Ilse escaló no sin dificultad el talud interior de la Aguada, se sacudió las ropas y siguió caminando hacia la aún lejana casa, ignorante de la red de trampas mortales que la rodeaba.

La silla de ruedas zumbó tenuemente cuando Horn se apartó de su jefe de seguridad para contemplar el enorme y desierto veld. Por el noreste, Ilse acababa de coronar el borde de la hondonada. Con el rubio cabello ondeando al aire, la joven era la viva estampa de una *Jungfrau* paseando por el Grunewald. Sin apartar la vista de la joven, Horn preguntó.

—¿Está preparado el helicóptero, Pieter?

—Sí, señor.

Horn observó cómo Ilse cruzaba la larga y angosta depresión y subía por la cuesta que conducía a la casa. Tardó varios minutos en hacerlo. Cuando vio al afrikáner, hizo intención de alejarse de la mesa, pero Horn la llamó por señas. La joven se acercó, insegura, a la silla de ruedas del anciano.

—¿Se sabe algo de mi marido? —preguntó tímidamente.

—Todavía no, querida. Pero no tardaremos en tener noticias tuyas, estoy seguro. —Horn se volvió hacia Smuts—. Pieter, dígame a una de las chicas de la oficina que encargue ropas para Frau Apfel. El helicóptero las traerá. Que sean de corte más bien conservador. —Miró de refilón a lord Grenville—. Las llevará esta noche.

El joven inglés mantuvo la vista en su bebida.

—Que Frau Apfel vaya con usted, Pieter —sugirió Horn—. Así podrá indicarle qué tallas usa. —Se volvió hacia Ilse y, con una sonrisa, preguntó—. ¿Le importa, querida?

Tras una brevísima vacilación, Ilse siguió en silencio a Smuts. La joven no sabía cómo interpretar las excentricidades de Alfred Horn, pero recordaba bien lo que el afrikáner le había dicho que le sucedería si le desobedecía. Estaba dispuesta a cualquier cosa para evitarle a aquel pequeño que aún estaba por nacer la tortura que lo acechaba en la sala de rayos X.

15.30 horas. Canal de Mozambique. Océano Índico.

A cien kilómetros de la arbolada costa del Mozambique meridional, el buque *Casilda* se puso al paio en la extensión de seiscientos kilómetros de agua que separa la antigua colonia portuguesa de la isla de Madagascar. El carguero, un buque de tamaño medio con matrícula panameña, llevaba en sus bodegas un cargamento de tela para pantalones vaqueros destinado a Dar es Salaam, en la costa de Tanzania, más hacia el norte. Tras entregar esta carga, el *Casilda* zarparía hacia Beira, el gran puerto

y nudo ferroviario de la costa mozambiqueña, donde subiría a bordo un cargamento de amianto destinado a Uruguay. Pero en aquellos momentos las ocupaciones del buque eran otras.

Amarrados a la cubierta de popa como gigantescos insectos clavados en un tablero de exhibición, el carguero transportaba dos helicópteros Bell JetRanger III que debían ser entregados al Renamo, la guerrilla antimarxista de Mozambique. Aunque los aparatos terminarían siendo entregados a sus compradores oficiales, primero tendrían que llevar a cabo un pequeño trabajo. Regalo de un acaudalado caballero sudamericano, los JetRanger tenían la configuración de aparatos comerciales —y tenía en orden todos los papeles necesarios para la transferencia legal—, pero un hombre con formación militar se daría cuenta en seguida de la facilidad y rapidez con que los helicópteros podían ser adaptados para utilizarlos con fines bélicos.

El hombre quemado por el sol que contemplaba los dos helicópteros desde la sombra del toldo de la timonera poseía la formación militar necesaria. Se trataba de un inglés, el único blanco que iba a bordo, y se llamaba Alan Burton. Durante las cinco semanas de viaje, Burton había vigilado los helicópteros como si fueran de su propiedad. Durante los dos próximos días, su vida dependería de ellos y, como no confiaba demasiado en ninguno de los hombres con los que iba a trabajar, consideraba que lo mínimo era estar seguro de los helicópteros. Éstos eran sus salvavidas. Su ruta de entrada y su ruta de escape.

El *Casilda* había tenido suerte hasta el momento. Los inspectores de aduanas no habían inspeccionado su carga a fondo en ninguno de los anteriores puertos de escala. De haberlo hecho, hubieran descubierto casi con toda seguridad los dos grandes embalajes escondidos entre el cargamento de tela vaquera que contenían una deslavazada colección de fusiles de asalto, municiones y granadas de mano. Quizá hubieran descubierto también la carga especial oculta en el camarote de Alan Burton, pero el inglés lo dudaba. Había escondido bien el tubo de mortero.

Pese a su suerte, Burton estaba de mal humor. El hombre que había contratado sus servicios le había dado a entender que sus compañeros de misión serían hombres avezados en aquel tipo de trabajo. No lo eran. Burton era el único miembro de la unidad que conocía aquella parte de África. Y, excepción hecha de los pilotos, también era el único profesional auténtico del grupo. La dejadez de los colombianos era apabullante. Para Burton eran chusma, peores que bandoleros. A partir del momento en que tuvo el primer contacto con ellos, comenzó a tener serias dudas sobre el éxito de la misión.

Encendió un Gauloise y maldijo la suerte que lo había obligado a trabajar en aquellas condiciones. La compañía era inmundada, pero... ¿qué iba a hacer? El colombiano pagaba en efectivo y con generosidad. Los pilotos cubanos cobraban seis mil como prima de vuelo, más el salario, y la prima de Burton era del doble. Pero no había aceptado aquel trabajo por el dinero. Lo había aceptado por el trato. El trato era

un misterioso y maravilloso acuerdo de un tipo totalmente inusitado: un pacto solemne entre un gobierno y un mercenario exiliado. La recompensa que él recibiría no sería dinero, sino un tesoro que sólo un gobierno del mundo podía pagar. A Burton no le gustaba pensar demasiado en el trato, no fuera a ser que éste se convirtiese en humo, como el resto de las más queridas ilusiones de su vida. Sólo en momentos de distracción, en la cubierta de proa, observando el mar al amanecer, se había sorprendido pensando en verdes colinas, en una vieja casa de piedra, en el olor de las orquídeas de invernadero y en compartir una jarra de cerveza con un hombre muy parecido a él. Pero en seguida abandonaba tales visiones y se reprendía a sí mismo por ellas.

Bastantes preocupaciones tenía. Le inquietaba lo que ocurriría si los cubanos descubrían lo que había en el interior de las alargadas cajas en las que figuraban las letras RPG. Dos millones de rand en oro eran dinero más que suficiente para tentar incluso a un hombre de la categoría profesional de Burton, y el inglés dudaba de que los cubanos dieran la misma talla. Extrañamente, los colombianos no le preocupaban demasiado a ese respecto, ya que eran hombres que sabían muy bien el precio que pagaban los que traicionaban a sus jefes, y debido a eso no estaban a merced de aquel tipo de tentaciones. Pero su falta de experiencia en combate sí que le inquietaba. Los había oído presumir de que habían participado en violentos tiroteos en Medellín y otros lugares, pero aquellas desdeñables experiencias gangsteriles no los cualificaban para hacer frente al tipo de contrincantes que probablemente tendrían ante sí en África.

Qué poco tardarán en enterarse de lo que es bueno, pensó malhumorado.

Burton esperaba recibir ese día un mensaje con información sobre las últimas novedades referentes al objetivo. Supuestamente, había un informante en el propio interior del objetivo —un inglés, nada menos—, lo cual a Burton le parecía muy interesante. Al menos, no es un puñetero colombiano, se dijo. Esperaba que la orden de ataque llegase ese mismo día. Estaba deseoso de bajarse de una vez de aquel maldito barco.

Mientras Burton fumaba bajo el toldo azul de la timonera, un hombre alto y muy bronceado salió por una escotilla de la cubierta de popa y caminó hasta los helicópteros. Se trataba de uno de los pilotos cubanos, un joven de ojos brillantes apellidado Díaz, que procedió a inspeccionar los amarres de los aparatos. Al divisar a Burton, le hizo la señal de OK con el pulgar y el índice, y luego volvió a desaparecer por la escotilla.

Burton tiró la ceniza de su Gauloise por encima de la barandilla y caminó hacia los helicópteros. Tal vez, a fin de cuentas, algunos de ellos sí sepan lo que hacen, se dijo. Tal vez.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

18.55 horas. Mansión Horn. Transvaal septentrional

El Learjet apareció en la parte baja del panorama oriental, como una saeta encendida que surcaba el inmenso cielo africano. El agonizante sol se reflejó en el fuselaje del esbelto aparato cuando éste se posó en el asfalto de la recién construida pista de aterrizaje. El reactor rodó hasta la pequeña zona de estacionamiento y giró lentamente hasta quedar de espaldas a la pista, reluciente como una ave de presa junto al helicóptero de Horn.

Un Range Rover color caqui salió a recibir el avión. Lo conducía Pieter Smuts, vestido con un impecable uniforme de comandante de la Reserva de Sudáfrica. Smuts se apeó y se cuadró mientras esperaba que bajara la corta escalerilla de la puerta del Learjet. Reparó en que el avión no llevaba distintivos nacionales ni corporativos, únicamente números pintados en la esbelta cola.

Cuando la puerta del aparato se abrió al fin, por ella aparecieron dos árabes de piel oscura. Cada uno de ellos blandía una arma automática que, al menos desde donde Smuts se encontraba, parecía ser una Uzi israelí. Saben reconocer las virtudes de la competencia, pensó el afrikáner con seco sarcasmo. Los guardaespaldas hicieron gran alarde de que lo inspeccionaban todo en busca de amenazas potenciales, y luego uno de ellos ladró algo al interior del avión. Smuts avanzó con paso marcial hacia el pie de la escalerilla.

Cuatro árabes descendieron del aparato. Dos de ellos llevaban holgadas túnicas y sandalias, y otros dos iban vestidos a la europea. Smuts saludó al más bajo de los dos árabes con túnica.

—¿Señor primer ministro?

—Sí. Encantado de saludarlo, señor...

—Smuts, señor. Pieter Smuts, a su disposición. Si tienen la bondad de seguirme al interior del vehículo, caballeros...

El más alto de los dos árabes con túnica, un hombre de penetrantes ojos negros y fino bigote, oteó la inmensa extensión de hierba y matorrales que los rodeaba y luego, con una sonrisa, comentó.

—Bueno, esto no es tan distinto a nuestra tierra.

Los otros árabes se echaron a reír.

—Ahora —siguió el árabe—, vayamos a conocer al hombre que nos ha traído hasta aquí.

Smuts los condujo hacia el Rover.

Cuando llegaron a la fachada principal de la mansión Horn, toda la servidumbre

—excluido el equipo médico— se encontraba en el exterior esperando la llegada de los visitantes. Esto impresionó favorablemente a los árabes, que pasaron desdeñosamente entre las dos filas de empleados uniformados de blanco y entraron en el gran vestíbulo de mármol. Casi inmediatamente, un leve zumbido llamó la atención de todos hacia el extremo más alejado de la gran sala. Una parte de la pared se deslizó rápidamente hacia atrás y dejó ver a Alfred Horn sentado en su silla de ruedas en el interior de un receptáculo de dos metros cúbicos. Sobre su enjuto cuerpo, el traje y la corbata negros que llevaba le daban un aspecto más bien fúnebre. Pero otra cosa en Horn había cambiado. El ojo artificial había desaparecido. Aquella noche, el viejo llevaba un parche negro. Unido a la silla de ruedas, el parche confería al marchito anciano la sobria dignidad de quienes han sobrevivido, no siempre indemnes, a infinidad de batallas.

—*Guten Abend*, caballeros —saludó Horn con voz rasposa—. ¿Tienen la bondad de subir conmigo en el ascensor?

El ascensor en que Horn se encontraba descendía hasta un complejo subterráneo situado a cien metros por debajo de la casa. Y sólo desde aquel primer sótano podía llegarse a un segundo ascensor que conducía hasta lo alto de la torre observatorio de la mansión Horn. Cuando se hizo evidente que sólo cuatro personas podían caber cómodamente en el ascensor junto a la silla de ruedas, Horn le ordenó a Smuts que esperase allí con los guardaespaldas árabes.

—Nos veremos dentro de unos minutos, señor —dijo Smuts.

Para cuando el grupo del afrikáner llegó a la sala de conferencias del segundo piso, Horn y sus invitados árabes ya estaban sentados en torno a una mesa redonda de bruñida teca de Rhodesia. Un gran maletín de aluminio permanecía cerrado sobre la mesa, frente a uno de los árabes vestidos a la europea. Apareció Linah, con agua Perrier bien fría. El primer ministro Jalloud se volvió hacia la puerta y habló a uno de los guardaespaldas.

—Malahim, con Herr Horn nos sentimos bastante seguros. Es mejor que nos esperéis abajo. El ama de llaves os servirá un refrigerio.

El guardaespaldas desapareció de la puerta. Smuts la cerró, echó el cerrojo, se cuadró y permaneció junto a ella.

—Herr Horn —comenzó, incómodo, el primer ministro Jalloud—, nuestro estimado líder nos ha pedido que solicitemos su permiso para hacer una grabación en vídeo de la negociación, de forma que él pueda presenciar lo que aquí ocurra esta noche. Si prefiere usted que su rostro no quede grabado, él lo comprenderá, pero en ese caso solicito su permiso para hacer una grabación de audio.

Se produjo una tensa pausa. Alfred Horn rió en silencio. Él ya tenía cuatro cámaras de vídeo grabando la reunión.

—¿Llevan el equipo de vídeo en ese maletín? —preguntó.

—Sí —replicó Jalloud, temeroso de haber rebasado los límites de lo debido.

—Instálelo, claro que sí. De negociaciones de esta magnitud, debe quedar una

constancia lo más fiel posible.

En la sala de conferencias sonó un suspiro de alivio colectivo. Jalloud chasqueó los dedos y un árabe abrió el maletín de aluminio y se puso a trajinar con una cámara y un trípode.

—Yo también quiero pedirles algo, caballeros —dijo Horn—. A mí también me gusta llevar un registro de las reuniones, pero soy más anticuado. ¿Tienen inconveniente en que una persona de mi confianza tome nota de lo que digamos en la reunión?

—No, claro que no —replicó cortésmente Jalloud.

Horn oprimió un botón. A los pocos segundos se abrió la puerta y por ella apareció una joven rubia que vestía un severo conjunto de falda y blusa de seda. Irónicamente, los dos árabes que vestían a la europea fueron los que más sorprendidos se mostraron por la súbita aparición de Ilse.

—¿Les molesta que se trate de una mujer, caballeros? —preguntó Horn.

Se cruzaron miradas de incomodidad entre los árabes, pero Jalloud zanjó la cuestión antes de que nadie pudiera decir nada.

—No, Herr Horn, claro que no nos molesta. Comencemos cuando quiera.

Ilse se sentó detrás de Horn, cruzó las piernas y permaneció con un cuaderno entre las manos, dispuesta a anotar cualquier cosa que Horn le dijera. Haciendo caso totalmente omiso de los árabes, la joven fijó la mirada en el parche del ojo de Horn.

Jalloud tomó la palabra.

—Herr Horn, permítame presentarle a mis compañeros. A mi derecha está el comandante Ilyas Karami, primer consejero para asuntos militares de nuestro estimado líder. Comprensiblemente, no va de uniforme.

El alto y bigotudo árabe que vestía túnica se levantó e hizo una solemne inclinación.

—A mi izquierda —siguió Jalloud—, se encuentra el doctor Hamid Sabri, nuestro físico nuclear. No se deje engañar por su juventud. En nuestro país, es el experto más destacado en su especialidad.

Un joven con aspecto de primero de la clase, vestido con un traje oscuro, se puso en pie e hizo una inclinación.

—Y por último —terminó Jalloud—, Ali Jumah, mi intérprete personal. Domina el alemán y aguarda humildemente para serle a usted de la mayor utilidad posible.

—Espléndido —dijo Horn en alemán. Hasta el momento, todos habían hablado en un inglés sumamente precario.

—Y yo —anunció orgullosamente el árabe con túnica—, soy Abdul Salam Jalloud, primer ministro de mi país.

—Desde luego —dijo Horn—. ¿Les importa que fume?

Nada más oír la pregunta, los árabes sacaron paquetes de cigarrillos norteamericanos y se pusieron a fumar. Horn aceptó un cigarro Upmann de los que Smuts llevaba en una cigarrera de bolsillo. Mientras Smuts encendía el cigarro, Horn

se fijó en que en el encendedor de oro del comandante Karami había un adorno de color. Un bloque sólido de tono azul verdoso, la bandera de Libia. Un militar de la cabeza a los pies pensó Horn. Tiene a su patria presente en todo momento. Una rápida mirada a Smuts le bastó para darse cuenta de qué su jefe de seguridad también se había fijado en el encendedor.

—Quizá, caballeros, sea mejor que comiencen por manifestar lo que desean —sugirió Horn—. Eso nos permitirá hacernos una idea clara de la situación.

Jalloud cedió la palabra al doctor Sabri, el físico. El joven, libio se encajó bien las gafas y comenzó a hablar en árabe con voz firme. Jumah, el intérprete, fue traduciendo sus palabras.

—Lo que necesitamos —comenzó el doctor Sabri—, es material fisiónable. O bien uranio altamente enriquecido, U-235, o plutonio, Pu-239. Necesitamos tanta cantidad de uno u otro isótopo, o de ambos, como usted pueda conseguir. Como mínimo, necesitamos quince kilos de uranio o cinco kilos de plutonio. Al decir «altamente enriquecido» me refiero a uranio enriquecido hasta, como mínimo, un ochenta por ciento de pureza. Con un porcentaje menor de pureza, no nos sirve. También necesitamos detonadores, o bien tipo lente o bien tipo kriptón, y tubos sustentadores de acero esculpido. —Hizo una nerviosa pausa—. Éstas son nuestras demandas —concluyó, y volvió a sentarse.

Cuando el intérprete dejó de hablar se produjo un silencio. Los libios, pendientes de Horn, no advirtieron la expresión de sorpresa que apareció en el rostro de Ilse cuando la joven se dio cuenta de las implicaciones de lo que acababa de decir el joven científico. Ella no se había fijado en la bandera libia que adornaba el encendedor del comandante Karami y, aunque lo hubiera hecho, probablemente no la habría reconocido. Pero sus conocimientos científicos le bastaban para comprender que aquellos hombres estaban hablando de armas atómicas. Tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para permanecer sentada y en silencio. Durante el resto de la reunión se sintió dominada por una brumosa sensación de irrealidad, como alguien que es testigo accidental de un sangriento accidente de tráfico. Sin embargo, Alfred Horn miraba afablemente a los libios, como si lo que estaban negociando fuera simplemente el precio de unos purasangres árabes.

El primer ministro Jalloud rompió al fin el silencio.

—Estamos dispuestos a pagar cualquier precio razonable por lo que pedimos, Herr Horn. Y en la divisa que usted elija, como es natural. Dinares, dólares, libras, marcos, ecus, rands... Incluso lingotes de oro. Lo que deseamos saber es si esos materiales se pueden conseguir al precio que sea. ¿Seguro que tiene usted acceso a ellos?

Alfred Horn sonrió. Aquél era el momento que había esperado, no durante semanas, meses ni años, sino durante décadas. Durante toda una vida. Apenas logró dominar la emoción que le producía estar tan cerca de ver coronados por el éxito los trabajos de toda su existencia.

—Caballeros... voy a ser franco con ustedes —anunció.

Los libios asintieron y se echaron hacia adelante en sus butacas. Ilse contuvo el aliento pidiéndole a Dios que la despertase de aquella pesadilla. Pieter Smuts siguió tan impassible como siempre, con la vista fija en el rostro de su jefe.

—Su líder lleva más de una década tratando de conseguir armas nucleares —dijo Horn—. Ha intentado desarrollarlas en su país, y también comprarlas ya elaboradas en otras naciones. El primer método le resultó imposible, ya que a los jóvenes de su país ni siquiera se les permite estudiar física nuclear en las grandes universidades del mundo. Y la segunda opción, aunque es teóricamente posible, ha dado lugar a que se produjera una lamentable sucesión de sobornos, escándalos y engaños. Los chinos no quisieron saber nada de ustedes en 1979. La India se desdijo de un acuerdo con ustedes y se negó a cumplir lo pactado, pese a que ustedes redujeron en un millón de toneladas sus envíos de petróleo a Nueva Delhi. Bélgica cedió a las presiones norteamericanas, y Brasil se ha negado a prestarles apoyo, pese a que en el 82 ustedes les vendieron a los brasileños enormes cantidades de armas...

Los árabes apenas podían contener su irritación, pero Horn continuó haciendo una inexorable relación de las desventuras de Libia en un tono tan firme que no admitía réplica. Al fin, el primer ministro Jalloud, pálido de indignación, se levantó de su asiento.

—¡No hemos venido aquí a recibir insultos, señor! ¡Si no tiene más que palabras para nosotros, buscaremos otro proveedor!

—¿Otro proveedor como el belga Edwin Wilson? —replicó Horn—. ¿Y como su repulsivo compatriota Armand Donnay? El uranio que ellos les ofrecieron era totalmente inútil para los fines que ustedes desean. Tuvieron la suerte de, que el joven Sabri se diera cuenta de que la propuesta de Wilson era una estafa.

El joven científico inclinó modestamente la cabeza, pero el comandante Karami dijo.

—¿Y no se le ha ocurrido a usted que nosotros pensábamos irradiar ese uranio en nuestro reactor de Tajoura, a fin del producir plutonio para fabricar nuestra propia arma?

La expresión de sarcasmo del doctor Sabri fue como un cubo de agua fría sobre aquel débil intento de salvar la cara.

—Caballeros —siguió Horn con tono apaciguador—. No los he traído aquí para insultarlos. Sólo menciono esos hechos para que nuestras negociaciones se asienten sobre una base sólida, y para que ustedes comprendan que no les queda más remedio que pagar el precio que pido.

Tales palabras hicieron que los árabes se tranquilizaran, ya que la mención del dinero daba a entender que el hombre de la silla de ruedas —con independencia de lo que opinara sobre ellos— podía realmente tener acceso a los materiales que deseaban comprar. Y eso era lo único importante.

—Continúe —dijo Jalloud, y volvió a tomar asiento.

—Ésta es la situación según yo la veo —dijo Horn—. En los actuales momentos, el mundo ni siquiera considera que Libia se encuentre próxima a poseer armas nucleares. Sin embargo, lo que ustedes piden pinta un cuadro muy distinto. La necesidad de uranio altamente enriquecido, de detonadores y de tubos esculpidos me indica que están construyendo su propia arma, y que, probablemente, ya han obtenido el resto de los componentes necesarios para su fabricación. El hecho de que soliciten un mínimo de quince kilos de U-235 o cinco kilos de plutonio me da a entender que han conseguido ustedes tecnología de reflector e intentan construir una bomba lo más pequeña posible, quizá incluso una arma portátil. ¿Es así?

Nadie le llevó la contraria.

Horn se volvió hacia el objetivo de la cámara de vídeo, que seguía funcionando aunque todos los presentes menos él ya se habían olvidado de ella.

—Yo les propongo algo muy distinto —dijo solemne—. Les ofrezco una arma nuclear aerotransportable con una potencia de cuarenta kilotones, completamente montada, con núcleo fisionable y lista para ser explosionada.

En ese momento, el aire de la sala de conferencias pareció convertirse en agua. Aunque los árabes sabían que su líder no vería la grabación en vídeo hasta dentro de muchas horas, también se daban cuenta de que las palabras pronunciadas por el viejo de la silla de ruedas iban dirigidas únicamente a él. La presencia de ellos en la sala se había convertido en un factor irrelevante.

Horn siguió hablando con voz pausada para la cámara.

—Estoy en condiciones de ofrecerles una arma de implosión o de cañón de neutrones y, si se cumplen determinados requisitos, podré seguir facilitándoles armas de ese tipo a razón de una cada cuarenta días.

Al comandante Karami, que estaba encendiendo otro cigarrillo, le relucieron los ojos. Tras una larga pausa, Jalloud preguntó:

—¿Habla usted en serio, señor?

La imperiosa mirada del único ojo de Horn fue respuesta suficiente.

El comandante Karami fue el primero en recuperarse de la sorpresa.

—¿Y cuál es el precio de ese gran regalo? —preguntó receloso—. Los recursos de nuestra tesorería son limitados.

—No deseo ni una pieza de oro —replicó Horn.

—Entonces, ¿qué quiere? —quiso saber Jalloud intrigado—. ¿Petróleo?

—Mi precio, Herr primer ministro, es el control. Yo les suministraré a ustedes una única arma. Ustedes no la almacenarán en espera de recibir más, sino que harán uso inmediato de ella contra un objetivo que yo especificaré. —Horn alzó un dedo largo y flaco—. Sólo entonces les facilitaré nuevas armas.

—¡Eso es absurdo! —exclamó el comandante Karami—. ¿Por qué no lo hace usted mismo? ¡Nosotros tenemos nuestros propios objetivos y haremos de nuestras armas el uso que nos parezca oportuno! ¡Pide usted demasiado!

—Un momento, Ilyas —dijo Jalloud con cautela—. ¿En qué objetivo piensa

usted, Herr Horn?

—Gracias por preguntarlo —dijo Horn—. Resulta que el blanco que quiero destruir es exactamente el mismo que el líder de ustedes lleva años tratando de atacar sin éxito: el Estallo de Israel. Más exactamente, la ciudad de Tel-Aviv.

Sentada en su silla detrás de Horn, a Ilse se le cortó la respiración.

—¡Tel-Aviv! —exclamó Karami con incredulidad. Se volvió hacia Jalloud—. ¿Lo dice en serio?

—¿Habla usted en serio? —preguntó el primer ministro.

—Tel-Aviv —murmuró Horn—. Quiero que los judíos sean borrados de la faz de la tierra.

—¡Y nosotros también! —replicó Jalloud—. Pero ¿de qué nos sirve una sola bomba? Si tenemos que esperar cuarenta días para recibir la segunda, seremos aniquilados. Los sionistas tienen doscientas bombas nucleares.

Con una sonrisa, Horn replicó.

—Sí, así es. Pero reflexionen un momento. Parto de la base de que no desean ustedes que Palestina quede inhabitable para siempre. Lo único que desean es echar a los judíos al mar, ¿no? Tel-Aviv es la primera escala en el camino que conduce a la recuperación de Jerusalén. Si se actúa con destreza, su ataque puede pasar por un accidente nuclear israelí.

El comandante Karami pareció debatir consigo mismo.

—Herr Horn —dijo vacilante—, las defensas aéreas de Israel son las más impenetrables del mundo. Incluso teniendo mucha suerte, sería difícil garantizar que el avión que transportase esa ojiva nuclear lograra llegar a Tel-Aviv. Y, aunque lo lograra, no nos sería posible simular que nosotros no éramos los responsables del ataque.

Horn se dio cuenta de que al comandante libio le había costado un gran esfuerzo reconocer aquella deficiencia.

—Le agradezco la sinceridad —dijo—. Si ustedes lo prefieren, podría conseguirles una bomba ligeramente más pequeña, de treinta kilotones, que podría ser provista de un temporizador y ocultada en un embalaje grande. No sería tan compacta como la SADM norteamericana, la famosa «bomba de maletín», pero cabría con toda facilidad en un camión no demasiado grande.

El primer ministro Jalloud fue a decir algo, pero Karami lo contuvo con un ademán.

—Creo que podremos llegar a un acuerdo —dijo roncamente el comandante tratando de mantenerse impasible—. ¿Pone usted alguna otra condición?

—Una referida al tiempo —replicó Horn—. Quiero que Tel-Aviv sea destruida antes de diez días.

Atónito, el comandante Karami se retrepó en su butaca. Las palabras de Horn le habían producido el efecto de un poderoso narcótico. Tras años y años de permanecer acobardados por las armas nucleares de los sionistas, los libios dispondrían al fin de

la posibilidad de contraatacar. Karami abrió y cerró nerviosamente los puños ante la perspectiva de blandir el arma más mortífera que había caído en manos de los musulmanes. Luego, tras una larga pausa, preguntó.

—¿Cómo podemos estar seguros de que tiene usted realmente acceso a esas armas?

Casi le daba miedo escuchar la respuesta a su pregunta. Temía que sus embriagadores sueños de conquista se disipasen como el humo.

Con una sonrisa, Horn replicó.

—Porque tengo una en el complejo subterráneo que hay debajo de esta casa, lista para que el doctor Sabri la examine. Si tienen la bondad de acompañarme, caballeros...

Los árabes reunidos en torno a la mesa comenzaron a hablar vivamente en voz baja entre ellos y a cambiar apretones de manos.

En el rincón, detrás de Horn, Ilse estaba mareada. Tras la droga que le había administrado Luhr y la horrible escena en la sala de rayos X, presenciar aquella reunión de pesadilla había sido demasiado para ella. Mientras los libios salían de la sala detrás de la silla motorizada de Horn, la joven resbaló torpemente hasta el suelo. Pequeñas gotas de sudor frío le perlaban la pálida frente.

19.30 horas. Hotel Burgerspark. Pretoria

En una pequeña habitación del cuarto piso del hotel Burgerspark, Jonas Stern repasaba con sus hombres el plan de intercepción. Gadi Abrams estaba tumbado en una de las camas de hotel. El profesor Natterman ocupaba una silla junto a la ventana, con un grueso chaleco antibalas bajo la chaqueta de tweed. El propio Stern estaba sentado en la cama que había frente a la de Gadi. Yosef Shamir se encontraba en el vestíbulo, cuatro pisos más abajo, escuchando por medio de un aparato de radio portátil.

—Faltan treinta minutos para la hora de la cita —dijo Stern—. ¿Dónde está Aaron?

En ese momento sonó una llave en la cerradura. El joven comando entró en la habitación.

—La caja de control del ascensor está en el sótano —dijo—. Puedo detener la cabina en cuanto me digas.

Stern asintió con la cabeza.

Aaron frunció el entrecejo y sacó de un bolsillo un pequeño walkie-talkie.

—Puede que me sea posible oírte, pero te he recibido con mucha estática. Y eso que sólo estabas en el cuarto piso. Con ocho pisos de por medio, no sé a ciencia cierta qué ocurrirá.

—Lo comprobaremos cuando llegue el momento. —Stern consultó el esquema

que había dibujado en una hoja de papel de carta del hotel—. Muy bien, aquí lo tenemos. He tomado una segunda habitación en la octava planta de este hotel. La que más cerca estaba de la suite 811, la que está reservada a nombre del sargento Apfel, era la suite 820. Se encuentra al fondo del corredor, más allá de los ascensores, y en un pasillo lateral. Gadi y yo estaremos en esa habitación. Yosef se ocupará de vigilar el vestíbulo. Aaron se encontrará en el sótano. El profesor Natterman esperará aquí. —Stern se tiró de la piel de debajo del mentón—. Antes de que interceptemos a Hauer y a Hans, permitiremos que los secuestradores hagan contacto con ellos del modo que prefieran. Sospecho que llamarán por teléfono a la suite 811 y comunicarán a nuestros amigos alemanes que la reunión tendrá lugar en un sitio distinto. Sin embargo, si tratan de apoderarse de los alemanes o de matarlos, intervendremos.

Stern dirigió una mirada hacia el rincón en el que, dentro de una gran maleta abierta, se encontraban los frutos de un de las llamadas que había hecho desde la cabaña de Natterman en Wolfsburg. Un tratante de armas judío, viejo amigo de Stern, ya tenía lista la maleta cuando Stern llegó aquella tarde a su domicilio de Johannesburgo. La maleta contenía cinco metralletas Uzi, cuatro pistolas del 22 provistas de silenciador, dos de los cinco walkie-talkies recibidos, silenciadores para las Uzi y abundante munición.

—Naturalmente —siguió Stern—, el profesor Natterman tendrá que ser el que establezca el contacto inicial con los alemanes. De los cinco que somos, él es el único al que el capitán Hauer conoce. Es probable que Hauer dispare contra cualquiera que se deje ver sin más ni más. Lo ideal sería que el profesor estableciera contacto por teléfono. Cuando Yosef vea a los alemanes entrar en el vestíbulo, nos lo comunicará por radio a mí y a Gadi, que estaremos en la habitación 820. Gadi ya ha colocado micrófonos en la suite 811, así que permaneceremos al corriente de lo que ocurra una vez Hauer Apfel se instalen en ella. En cuanto los secuestradores hayan establecido contacto, llamaremos al profesor Natterman esta habitación. Profesor, usted llamará inmediatamente a la suite 811. Si logra comunicarse con Hauer o con Apfel, le dirá lo que ya acordamos.

Natterman asintió con la cabeza.

—Si no le es posible hablar con ellos, porque el teléfono esté ocupado o por cualquier otro motivo, pasaremos al plan de reserva. Gadi y yo vigilarémos a los alemanes cuando salgan de la suite 811. Si se dirigen a la escalera para bajar, se lo comunicaremos a usted por radio, y en cuanto reciba nuestro aviso, debe dirigirse al hueco de la escalera para esperarlos. —Stern sonrió animoso—. No le hará falta correr, profesor. La escalera está a menos de veinte metros de esta habitación. Hauer y Apfel tendrán que bajar cuatro pisos antes de llegar hasta usted.

Natterman asintió de nuevo.

—Sin embargo, si los alemanes bajan en ascensor, la cosa se complica. En ese caso, Gadi se comunicará por radio con Aaron en el sótano, y Aaron detendrá el ascensor entre dos pisos. Con un poco de suerte, será entre el cuarto y el quinto. Yo lo

llamaré por radio —Stern señalaba con el dedo a Natterman—, y le indicaré que se dirija a los ascensores. Yosef estará aquí con usted. Tendrá que subir desde el vestíbulo, una vez se haya cerciorado de que nadie sigue a los dos alemanes. Él abrirá para usted la puerta del ascensor, y usted hablará con Hauer mientras éste se encuentra atrapado por debajo de usted. De todas maneras, lo más probable es que Hauer esté intentando salir por el techo.

Inquieto, Natterman comentó.

—Lo del ascensor me parece excesivamente complicado.

—Es la única forma en que podemos tener la seguridad de establecer contacto sin espantar a Hauer y sin que nos maten.

—¿Y por qué no los espero simplemente en el vestíbulo?

Stern lanzó un suspiro.

—Porque entonces correríamos el riesgo de espantar a los secuestradores. Y es a los secuestradores a quienes vine a buscar a Sudáfrica.

Natterman no parecía del todo convencido.

—¿Serán sus hombres capaces de hacer todo lo que supuestamente deben hacer? Van a ir muy justos de tiempo.

Gadi Abrams sonrió.

—Somos *sayaret matkal*, profesor —dijo orgulloso—. Para nosotros, esto es un juego de niños.

Stern lo miró reprobatoriamente.

—Enfrentarse a Hauer no es ningún juego de niños, Gadi. Vosotros os habéis entrenado con el GSC-9, así que no necesito decir más. El capitán Hauer es un hombre extremadamente peligroso. Y tampoco debéis subestimar al sargento Apfel. Está sometido a unas presiones inimaginables, y en esa situación un hombre es capaz de hacer cualquier cosa.

Gadi Abrams hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, tío.

Stern miró su reloj.

—En marcha. Faltan veinte minutos para la cita y aún tenemos que probar la recepción radiofónica desde el sótano.

Como un solo hombre, Stern, Gadi y Aaron cogieron sus armas de la maleta y se dirigieron hacia la puerta.

—Buena suerte, profesor —dijo Stern antes de salir.

Mientras Stern iba hacia los ascensores, Gadi se colocó a su altura y susurró.

—No quiero alarmar a nadie, tío, pero... ¿qué pasó con nuestros chalecos blindados?

Stern hizo una mueca.

—Se presentó otro comprador ofreciendo más dinero.

—Pero... ¿por qué le diste al profesor el único que tenemos? Quien debería llevarlo puesto eres tú.

Stern negó con la cabeza.

—Es posible que Natterman tenga que permanecer en la escalera esperando a que Hauer y Apfel aparezcan corriendo. Es muy probable que Hauer dispare automáticamente antes de reconocer al profesor. Por eso le he dado a él el chaleco.

En la habitación 401, el profesor Natterman permanecía sentado, con el walkie-talkie en la mano. El chaleco antibalas le daba mucho calor. Pensó en quitárselo, pero se dijo que si Stern le había dado el único chaleco antibalas disponible, lo más probable era que fuese a necesitarlo. Dejó el walkie-talkie sobre la mesa, se puso en pie y se estiró. Las articulaciones le dolían tremendamente a causa del desacostumbrado ejercicio. De pronto, la puerta de la habitación se abrió silenciosamente y frente al profesor apareció una mujer vestida con un costoso conjunto de falda roja, blusa blanca y sombrero rojo. Llevaba un bolso Vuitton en la mano izquierda. Natterman tardó varios segundos en darse cuenta de que la mujer también empuñaba una pistola.

Golondrina entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí.

—Vengo a por los papeles de Spandau, Herr profesor —dijo en voz baja y con inconfundible acento inglés—. ¿Tendría usted la amabilidad de entregármelos?

—Yo... yo no los tengo —tartamudeó Natterman.

Vivamente, la mujer preguntó.

—¿Los tiene Stern?

Perplejo por el hecho de que la mujer conociera a Stern, Natterman preguntó.

—¿Quién es usted?

Golondrina mostró los pequeños dientes en una feroz sonrisa.

—¿Es Jonas Stern quien tiene los papeles?

Con el valor de la desesperación, el profesor Natterman tendió rápidamente la mano hacia el walkie-talkie que había dejado sobre la mesa. Golondrina destruyó el aparato con una corta ráfaga de su pistola automática Ingram dotada de silenciador.

—Quítese la ropa —ordenó—. Hasta la última prenda. —Al ver que Natterman vacilaba, Golondrina lo apuntó con la Ingram—. ¡Obedezca!

Mientras Natterman, pálido y tembloroso, se quitaba la ropa, Golondrina comenzó a registrar la habitación.

CAPÍTULO TREINTA

19.40 horas. Mansión Horn. Transvaal septentrional

En las profundidades del complejo subterráneo situado bajo la mansión Horn, Alfred Horn guió a sus visitantes libios por un laberinto de acero inoxidable, vidrio y piedra. Se oía permanentemente el rumor de los grandes aparatos del sistema de ventilación, que llevaba aire filtrado desde la superficie hasta cien metros más abajo. Una intrincada red de conductos de refrigeración mantenía el ambiente a la temperatura más adecuada para la enorme colección de ordenadores alineados contra las paredes; el aire seco y fresco también prolongaba la vida de la gran cantidad de ingredientes químicos y de armas allí almacenados. Los libios inspeccionaron en reverente silencio el dédalo de conductos, manguitos y tuberías. A Sabri, el joven científico educado en la Unión Soviética, le costó un esfuerzo reprimir su entusiasmo mientras recorría el laboratorio. Casi todo el equipo técnico visible había sido fabricado por varias de las empresas de tecnología punta subsidiarias de Phoenix AG, pero Horn estaba a punto de mostrarles un producto cuyo pedigrí era muy distinto. El viejo condujo a los libios hacia la parte posterior del sótano, donde, bajo los tubos fluorescentes, relucía algo muy parecido a un refrigerador industrial. Ocupando toda la pared desde el suelo hasta el techo, la cámara de aluminio revestida de plomo aguardaba a los cinco hombres como una cripta futurista, en cuya superficie había tres puertas sin tirador.

—Pieter —murmuró Horn.

El alto afrikáner se acercó a una consola electrónica y accionó un interruptor. El zumbido de una alarma se oyó brevemente y, con un sonido de succión, la puerta central se abrió unos milímetros. Una mortecina luz anaranjada salió por la rendija. Smuts metió una mano por el resquicio y tiró. Cuando la puerta se abrió por completo, al científico libio se le cortó la respiración.

—Adelante, doctor —dijo Horn—, eche un vistazo.

Sabri parecía atónito.

—¿No almacena usted el arma en dos mitades?

—No hay peligro —lo tranquilizó Horn—. Se le ha extraído el núcleo temporalmente. El arma se puede desmontar con las herramientas que hay a su lado. Puede verificar a su gusto la seguridad del diseño.

El doctor Sabri se metió, nervioso, en la cámara de almacenamiento y rodeó de puntillas el arma. El cilindro de punta roma se sostenía, amenazador, sobre sus soportes inferiores, como un horrible icono. Pintada de color negro brillante, la bomba llevaba un solo distintivo sobre una de sus aletas: un Fénix alzando el vuelo. La cabeza del ave estaba vuelta de perfil; el pico era agudo y amenazador, el único ojo permanecía agresivamente abierto y las garras estaban rodeadas por rojas llamas.

Con la mano izquierda, Sabri acarició el frío metal del chasis de la bomba como si fuera el muslo de una mujer. Horn contemplaba a los libios con curiosidad apenas disimulada. El primer ministro Jalloud seguía lejos de la bóveda, con los ojos fijos en el científico. Su intérprete estaba junto a él. El comandante Karami permanecía rígido, con los negros ojos fijos en la bomba.

—¿Dónde está el núcleo? —preguntó roncamente.

Horn replicó.

—El material fisionable, en este caso plutonio 239, se encuentra en una bóveda recubierta de plomo situada bajo nuestros pies.

—Queremos verlo.

—Me temo que eso no será posible, comandante. Para que pudieran verlo, harían falta medidas de seguridad mayores que las que existen en esta sala. Pero pueden ver sus efectos. —Horn hizo una seña con la mano derecha.

Smuts accionó otro interruptor de la consola. Inmediatamente, una sección del suelo metálico de la izquierda de la cámara de almacenamiento se desplazó con suave zumbido. Bajo ella había una bóveda revestida de plomo que contenía una plataforma de madera llena de anaranjados bidones de doscientos litros de capacidad.

—¿Se encuentra el plutonio en esos bidones? —preguntó Jalloud retrocediendo un paso instintivamente.

—Están revestidos de cemento —explicó Horn—. Nos encontramos totalmente seguros. Al menos, por un breve tiempo. Miren mientras puedan. Esos bidones contienen plutonio suficiente para convertir en cenizas el Estado de Israel.

Mientras los árabes murmuraban aprobatoriamente, Smuts cogió una pequeña caja metálica de un estante cercano. De la caja salía un largo cable en cuyo extremo había una especie de sensor. Cuando Horn explicó que la máquina era un detector portátil de radiaciones, el doctor Sabri salió de la cámara y siguió a Smuts hasta el borde de la bóveda. Observó cómo el afrikáner bajaba el sensor hasta que éste quedó suspendido justo por encima de los bidones. El «contador Geiger» comenzó a emitir chasquidos, como una radio mal sintonizada. Todos los libios menos Sabri retrocedieron un paso, aterrados. Mientras el intérprete se colocaba ambas manos sobre los genitales, el científico se inclinó para mirar el dial del contador.

El comandante Karami preguntó.

—¿Cómo podemos tener la certeza de que los bidones contienen plutonio?

Horn se encogió de hombros.

—No tengo el más mínimo motivo para engañarlos. ¿Acaso les he pedido dinero?

—Es usted un hombre rico —señaló Karami—. Quizá lo único que desea es que nuestro país quede en evidencia ante los ojos del mundo. Ante los ojos de los sionistas.

—¡Silencio, Ilyas! —ordenó el primer ministro Jalloud.

Horn sonrió con complicidad.

—Mis intenciones en cuanto a los judíos son idénticas a las tuyas, comandante.

Que no le quepa la menor duda de ello.

Con aire escéptico, Karami se volvió hacia el doctor Sabri y le habló rápidamente en árabe.

—¿No podrían unos simples residuos radiactivos producir esa misma reacción? ¿No es posible que se haya modificado el contador para que muestre las lecturas deseadas?

Ya erigido en defensor de su nuevo juguete, Sabri dijo.

—Unos simples residuos radiactivos no producirían la reacción que está usted viendo, comandante. Los bidones contienen plutonio.

—Para ser un joven inexperto, parece usted muy seguro.

—¡Yo soy el mayor experto que existe en nuestro país!

—Sí, sí, ya lo sabemos —dijo el primer ministro Jalloud, volviendo a hablar en inglés—. ¿Qué tal si cerramos ya la bóveda?

Horn asintió con la cabeza. Smuts oprimió el botón que accionaba el sistema hidráulico de cierre de la cubierta. Irritado por el escepticismo del comandante Karami, el doctor Sabri regresó a la cámara. En cuestión de segundos abrió la bomba y comenzó a inspeccionarla. Sus ojos relucían como los de un niño con su primer tren eléctrico. El comandante Karami, sin embargo, distaba de parecer satisfecho.

—Comprendo su escepticismo, comandante —dijo Alfred Horn—. Y, dadas las circunstancias, puede que deba darle una garantía acerca de mis motivos más convincente que mi palabra. —Pieter Smuts se removió inquieto—. Caballeros, si se colocan junto al doctor Sabri —siguió Horn—, creo que podré satisfacer todas sus dudas sobre mis motivaciones en cuanto a los judíos.

El comandante Karami se metió inmediatamente en la cámara. Jalloud y su intérprete lo siguieron no de muy buena gana. Una vez en el interior, formaron un respetuoso semicírculo en torno a la bomba.

Smuts se inclinó sobre Horn y le susurró al oído.

—No creo que esto sea una buena idea.

—Tonterías —dijo Horn. Condujo la silla de ruedas hasta la puerta de la cámara—. El tiempo de los secretos ya ha pasado. Quite la pegatina, Pieter.

Tras lanzar un suspiro de resignación, el afrikáner accionó un interruptor de pared y la cámara de almacenamiento se llenó de blanca luz fluorescente. Luego se abrió paso entre los libios y se arrodilló junto al arma. Sacó del bolsillo un cortaplumas, abrió una corta hoja y comenzó a raspar ligeramente las llamas del Fénix pintado. No tardó en dejar al descubierto un negro triángulo de poliuretano. Volvió a guardarse el cortaplumas, tomó el borde del triángulo entre el pulgar y el índice y tiró suavemente. El triángulo comenzó a desprenderse y dejó al descubierto lo que había debajo.

El primer ministro Jalloud lanzó una ahogada exclamación.

—Alá nos proteja —murmuró el intérprete.

El doctor Sabri se quedó mudo de asombro.

Sin embargo, el comandante Karami mostraba en sus labios una feroz y

complacida sonrisa. Y es que, oculto bajo el negro triángulo, se hallaba el auténtico diseño del Fénix de Alfred Horn. Un globo terráqueo color rojo sangre se hallaba entre las ardientes garras del fénix. Y sobre el rojo planeta flotaba una curvada esvástica. El suspiro de satisfacción de Karami indicó a Horn que la demostración había producido el efecto deseado.

Sonriente, Horn dijo.

—El doctor tardará media hora como mínimo en completar su inspección. ¿Por qué no vamos arriba, donde podremos esperar con mayor comodidad? Smuts se quedará aquí acompañando al doctor Sabri.

—Me... me parece una idea excelente —tartamudeó Jalloud.

Jumah, el intérprete, salió de la cámara con el rostro ceniciento. Él y el primer ministro Jalloud siguieron a la silla de ruedas de Horn hasta el ascensor situado en el extremo más alejado del laboratorio subterráneo. Pero el comandante Karami se quedó rezagado. Cuando llegó al ascensor, Jalloud se volvió a mirarlo. Aún a mitad de camino, el tenaz comandante seguía mirando hacia la cámara de almacenamiento, en la que Sabri, bajo la atenta mirada de Pieter Smuts, continuaba examinando su mortífero juguete.

Alzando la voz, Horn preguntó.

—¿Más preguntas, comandante?

Karami se volvió y siguió andando hacia el ascensor.

—¿Qué hay detrás de las otras dos puertas? ¿Más bombas?

La sonrisa de Horn se desvaneció.

—No. Aquí sólo guardo una arma. Son demasiado peligrosas.

—¿Más peligrosas que el plutonio puro? —preguntó Karami entrando en el ascensor.

Una fina sonrisa curvó los labios de Horn.

—Mucho más peligrosas. Siempre existe el riesgo de que un individuo o una nación sin escrúpulos traten de robarlas.

La puerta del ascensor se cerró con un siseo.

—Estoy seguro de que la mansión está bien protegida —dijo Karami tratando de tirar de la lengua a su anfitrión.

—¿Detectó usted algún tipo de medida de seguridad al llegar? —preguntó Horn sonriente.

Karami notó en los tímpanos un doloroso descenso de la presión según el ascensor subía a gran velocidad hacia la superficie. El hombre ya había advertido con satisfacción la aparente ausencia de medidas de seguridad.

—No, no vi nada.

—Pero existen, comandante. Smuts es el mejor en lo suyo.

—¿Y qué es «lo suyo», Herr Horn? ¿La seguridad personal?

El viejo sonrió.

—Creo que el término exacto es «protección de activos».

—Traduzca —ordenó Karami. Una vez el intérprete del primer ministro lo hubo hecho, Karami dijo—. Ah. Entonces, ¿ese Smuts era militar? ¿Dónde adquirió su formación?

Horn cruzó las moteadas manos sobre las piernas.

—De joven, sirvió en el ejército sudafricano. Pero posee una amplia y variada experiencia militar. Para cuando nos conocimos, Smuts ya había combatido en toda África.

El ascensor se detuvo en la planta baja y sus puertas se abrieron.

—¿Y dónde adquirió sus conocimientos sobre «protección de activos», como usted dice? ¿En el ejército sudafricano?

—Yo le enseñé —dijo lacónicamente Horn, entrando con su silla en el espacioso vestíbulo de recepción.

—Con el debido respeto —siguió Karami—, ¿quién le enseñó a usted?

Horn detuvo la silla de ruedas y la hizo girar para quedar frente al libio.

—El ejército alemán —dijo tranquilamente.

El árabe bajó los párpados, que ocultaron la amarillenta esclerótica de sus ojos.

—¿Más preguntas? —quiso saber Horn.

Temiendo que la cosa se convirtiese en una discusión que podía dar al traste con las negociaciones, el primer ministro Jalloud se interpuso entre los dos hombres.

—El comandante es un hombre sumamente curioso, Herr Horn. En nuestro país, todo el mundo lo conoce, ya que es un renombrado historiador que se toma sumamente en serio su trabajo.

Karami no hizo caso de la intervención.

—Usted debió de luchar en la segunda guerra mundial, Herr Horn. ¿Estuvo usted en las SS?

Horn escupió despectivamente sobre el suelo de mármol.

—Dije que estuve en el Ejército, comandante, no con los perrillos falderos de Himmler. ¡La Wehrmacht fue mi hogar! —Horn decidió que ya había aguantado bastantes insolencias de aquel arrogante beduino—. Escúcheme, árabe. En 1941, el muftí de Jerusalén fue a Berlín para suplicar al Führer ayuda para destruir a los judíos de Palestina. Generosamente, el Führer armó a los árabes —Horn señaló a Karami con un es tirado índice—, y sin embargo, los árabes no fueron capaces de echar al mar a los judíos. Espero que esta vez lo hagan ustedes mejor.

El comandante Karami temblaba de furia, pero Horn se limitó a hacer girar su silla y enfiló con ella un largo corredor.

Jalloud fulminó a Karami con la mirada.

—¿Se puede saber qué pretende usted, estúpido?

—Sólo estaba poniendo a prueba las zarpas del viejo león, Jalloud. Cálmese.

—¿Que me calme? —El primer ministro agarró el brazo de Karami—. ¡Si echa usted a perder esta negociación, Gaddafi se ocupará de que nuestras cabezas terminen en las puntas de sendas picas!

Karami liberó su brazo con facilidad.

—Con sólo que tuviera usted la mitad de la astucia de un vendedor ambulante de alfombras, Jalloud, se daría cuenta de que ese viejo nazi nos necesita a nosotros tanto como nosotros a él. Probablemente, más. —Karami tendió el brazo y tocó ligeramente la mejilla de Jalloud con la punta del índice—. Cuando este asunto termine —prometió—, abriré en canal a ese viejo por habernos insultado.

Jalloud miró a Karami horrorizado, pero el comandante se limitó a sonreír.

—¡Aprisa o nos quedaremos rezagados! —susurró el intérprete.

—Vamos, amigo mío —dijo amablemente Karami—. A ver qué otras sorpresas nos tiene preparadas nuestro anfitrión.

El comandante echó a andar pasillo adelante y Jalloud lo siguió con paso inseguro. No sabía exactamente qué se proponía hacer el segundo hombre con más autoridad del Ejército Popular Libio, pero sabía que, fuera lo que fuera, no le gustaba. Y también sabía que, probablemente, el asunto le encantaría al fanático e impetuoso dictador que seguía llevando las riendas del poder en Trípoli.

—Alá nos proteja —murmuró, al tiempo que echaba a andar tras Karami—. De nosotros mismos, si no de los demás.

Ilse Apfel abrió los ojos y miró el techo de su dormitorio y prisión. ¿Cómo he llegado hasta aquí?, se preguntó. Mientras yacía inmóvil sobre la cama, oyó el sonido de una llave en la puerta. La joven se incorporó lentamente, con la vista fija en el tirador. Éste giró muy despacio y la puerta se abrió de golpe. En el umbral apareció Robert Stanton, tambaleándose y con dos copas de cristal en una mano y una botella de coñac en la otra. El inglés sonrió torcidamente.

—*Guten Abend, Fräulein!* —dijo a voz en grito.

Bajo la atónita mirada de Ilse, el hombre entró en la habitación, cerró la puerta y quedó altivamente apoyado en ella.

—Salga de mi cuarto —le ordenó la joven, imperiosa.

—Vamos, vamos, Fräulein, ¿qué tal si nos tranquilizamos y tomamos una copa de algo rico?

—Gritaré —dijo Ilse a sabiendas de que tal amenaza resultaba ridícula.

—Ésta es una casa admirablemente sólida —dijo Stanton sonriendo—. Yo diría que el aislamiento acústico es perfecto.

En el más gélido de sus tonos, Ilse le advirtió.

—Como se le ocurra tocarme, Herr Horn se lo hará pagar muy caro.

Stanton alzó una ceja.

—Sí, ese viejo carcamal se ha encaprichado de usted, eso es cierto. Pero en estos momentos Horn está muy ocupado agasajando a los embajadores de la mugre. No dispone de tiempo para las rencillas domésticas. Así que, mientras él cierra sus negocios, nosotros podemos pasar un buen rato.

Stanton llenó hasta el borde dos copas de Rémy-Martin, derramando buena parte del coñac en el suelo.

La mención de los árabes hizo que Ilse recordara lo dicho durante la reunión.

—¿Negocios? —repitió Ilse—. ¿Sabe lo que ese hombre está haciendo y lo llama usted «negocios»? ¿Acaso no es usted inglés, por Dios bendito?

—Claro que soy inglés —dijo Stanton inclinándose burlonamente—. Le garantizo que mi sangre es casi tan azul como la de la reina.

—Entonces, ¿por qué no hace algo para detenerlo?

Stanton se encogió de hombros.

—¿De qué serviría? Alfred dejó de hacerme caso hace mucho tiempo. Aunque, la verdad, no sé qué trata de sacarles a esos piojosos árabes. Amapolas de opio, supongo. No sería ninguna novedad. Lo que desde luego no puede es venderles droga, ya que ellos tienen sus propias fuentes de abastecimiento, ¿no? Sería tan absurdo como tratar de venderles petróleo. Ahora acércate y dame un beso, encanto.

—Dios mío —susurró Ilse—. ¡Ni siquiera sabe lo que Herr Horn hace ni lo que está vendiendo!

Stanton avanzó hacia ella y le salpicó de coñac la blusa.

—Por mí, como si les vende las puñeteras joyas de la Corona, encanto... Estás hecha un primor con esas ropas de secretaria. Le dan a uno ganas de ver qué tal estás sin ellas.

Sonriendo lascivamente a través de la niebla de alcohol que lo envolvía, Stanton dejó la botella sobre la mesilla de noche, apuró su copa y la estrelló contra una pared.

Ilse se esforzó en no perder la calma.

—Lord Grenville —dijo con voz serena—, está usted borracho. No sabe lo que hace. ¿Acaso no sabe que, como se le ocurra a usted tocarme, Herr Horn lo mandará matar?

Stanton lanzó una estentórea carcajada y luego, con mortal seriedad, agitó un dedo ante el rostro de la joven y dijo.

—Te aconsejo que escojas a tus aliados con gran cuidado. Quizá dentro de muy poco el querido Alfred ya no se encuentre en situación de hacer matar a nadie.

Ilse pensó con rapidez. Estaba asustada pero no tanto como lo había estado sobre la mesa de rayos X. Aquel balbuceante inglés era considerablemente menos temible que Pieter Smuts.

—Muy bien —dijo—. Supongo que no hay remedio. —Bajo la fascinada mirada de Stanton, Ilse tomó la botella de Rémy-Martin y bebió de ella a morro. Sin quitarle ojo al inglés, dejó que parte del coñac le resbalase por la barbilla—. Cierra la puerta —añadió—. No quiero que nos molesten.

Atónito, Stanton dio media vuelta y se lanzó hacia la puerta. La botella semillena de Rémy-Martin se estrelló contra la base de su cráneo con fuerza demoledora. El inglés se tambaleó y cayó al suelo. Ilse le registró los bolsillos hasta dar con la llave que el hombre había utilizado para entrar en el dormitorio. Rezando porque a Stanton

no le fuera posible conseguir otra copia, Ilse abrió la puerta del dormitorio, arrastró el cuerpo inconsciente hasta el corredor, volvió a entrar en el cuarto y cerró la puerta. Trató de echar la llave, pero ésta no encajó. Maldiciendo, intentó forzarla, pero el inútil metal se dobló en el interior de la cerradura. O bien había cogido la llave que no era, o bien la llave sólo abría desde fuera. Pensó en abrir la puerta y en registrar de nuevo al inglés, pero no se atrevió a hacerlo. Temblando de cabeza a pies, corrió a encerrarse en el dormitorio y echó el endeble pestillo.

—Por favor, ven pronto, Hans —murmuró—. Date prisa.

19.55 horas. Hotel Burgerspark. Pretoria

Al ver entrar a Hans Apfel en el vestíbulo del Burgerspark, Yosef Shamir sintió que el corazón se le aceleraba. Sin mirar a derecha ni a izquierda, Hans se encaminó directamente hacia los ascensores, situados al fondo de la gran sala. Yosef levantó el walkie-talkie que lo comunicaba con la habitación de Stern en el octavo piso.

—Ha llegado Apfel —anunció—. Se dirige hacia los ascensores.

—¿Algún indicio de Hauer? —preguntó Gadi Abrams.

—No. ¿Qué hago? ¿Espero?

Una pausa.

—No. Sube a la habitación de Natterman.

Yosef se metió en un segundo ascensor. En el momento en que entraba, tuvo un atisbo de la amplia espalda de un hombre vestido con traje oscuro desapareciendo por la puerta de la escalera de incendios.

—Creo que Hauer está aquí —dijo mientras se cerraban las puertas de la cabina—. Sube por la escalera.

—Recibido —replicó Gadi—. Dile al profesor que se prepare.

Dieter Hauer accedió al tercer piso por la escalera de incendios, se dirigió a los ascensores y oprimió el botón de subida. La escalera resultaba muy lenta, y si algo violento iba a ocurrir en la suite 811, él no quería ni llegar tarde ni estar excesivamente fatigado para participar en la acción. Tras una breve espera, se metió en una cabina vacía y pulsó el 8. El ascensor lo llevó hasta su destino en cuestión de segundos. Hauer tardó unos momentos en orientarse pero, antes de que hubieran transcurrido quince segundos, el alemán ya estaba llamando a la puerta de la suite 811.

Hans abrió la puerta tras atisbar por la mirilla.

—¿Viste a alguien?

Hauer entró en la suite.

—No, pero pasé por el vestíbulo muy de prisa.

—La habitación está vacía —le informó Hans—. ¿Qué crees? ¿Llamarán o enviarán a alguien?

—Creo que llamarán. —Hauer consultó su reloj—. Dentro de un minuto saldremos de dudas.

Gadi Abrams se encajó los auriculares y alzó la vista hacia Jonas Stern.

—Hauer ya está dentro —anunció.

Stern hizo un gesto de asentimiento.

—A ver si aparece alguien más.

El inesperado sonido del timbre del teléfono en la habitación de los israelíes sobresaltó tanto a Gadi como a Stern. Frunciendo el ceño, Gadi preguntó.

—¿Quién sabe que estamos aquí, aparte de nuestros propios hombres?

Stern crispó los labios.

—Nadie. Salvo, tal vez, los secuestradores. —Descolgó el aparato—. Sí, dígame...

—¡Alguien intenta atacarnos! —gritó una voz en hebreo—. ¡El profesor está totalmente desnudo!

—¿Yosef? ¿Qué sucede, Yosef? ¿Dónde estás?

—¡En el cuarto del profesor! Apenas dejamos aquí a Natterman, se presentó alguien buscando los papeles. Una mujer. Estoy utilizando el teléfono porque ella hizo pedazos la radio del profesor. Natterman está al borde de un ataque de nervios.

Stern se palpó el bolsillo en que guardaba las tres páginas de Spandau.

—Quédate donde estás, Yosef, y sigue al teléfono...

—El aparato de la habitación de Apfel está sonando —anunció Gadi apretándose los auriculares contra las orejas.

—Yosef —ordenó Stern—, aguarda cinco segundos y luego empieza a llamar a la suite 811, y no dejes de hacerlo hasta que te contesten.

Yosef colgó.

Hans respingó sobresaltado cuando el timbre del teléfono hizo buena la predicción de Hauer. Éste miró su reloj. Eran las ocho en punto de la noche. Hans se precipitó hacia el teléfono, situado en la mesilla de noche, entre las dos camas.

—Dígame...

—¿Sargento Apfel? —preguntó una voz masculina.

¡Sí!

—¿Conoce usted el monumento Voortrekker?

—¿Cómo? Aguarde... sí, uno grande y marrón. Lo vi al llegar a la ciudad.

—Espere allí mañana a las diez de la mañana. Vaya solo. A las diez. ¿Entendido? Monumento Voortrekker. Diez de la mañana. Solo.

—¿Y mi mujer? ¿Estará ella allí?

—Quien tiene que estar allí es usted. Y si no acude solo, ella morirá.

El desconocido cortó la comunicación.

Demudado, Hans dejó caer el receptor al suelo.

—Bueno, ¿qué te han dicho? —quiso saber Hauer.

Hans permaneció varios segundos en silencio.

—Quieren que me reúna con ellos mañana —dijo al fin—. En el monumento Voortrekker.

Hauer asintió con nerviosismo.

—Ese sitio nos conviene. Está muy concurrido. Allí es donde fijaré nuestras condiciones para el canje. ¿A qué hora es la cita?

Hans alzó la vista y miró fijamente a los ojos de su padre.

—A las seis —dijo con voz de robot—. A las seis de la tarde en el monumento Voortrekker.

Al fondo del pasillo, Gadi Abrams agitó triunfalmente un puño.

—La cita es a las seis —murmuró—, en el monumento Voortrekker. Apfel ha dejado de hablar, pero no le he oído colgar el teléfono. —Gadi se apretó los auriculares contra la morena cabeza—. El aparato no puede sonar. Vamos, profesor... —De pronto Gadi se puso en pie y se quitó los auriculares—. ¡El profesor no puede comunicarse! ¡Apfel no ha colgado el teléfono!

Stern trató de pensar claramente. Su bien planeada operación estaba haciéndose pedazos a su alrededor. Cogió el teléfono y trató de llamar a Yosef y al profesor.

—Comunican —dijo—. Siguen intentando llamar a Hauer. Eso significa que la escalera no estará vigilada.

—Aaron se tiene que quedar junto a la caja de control del ascensor —dijo apresuradamente Gadi—. Sigue tratando de ponerte en contacto con el profesor. Yo me ocuparé de la escalera.

El joven comando recogió su Uzi y se dirigió hacia la puerta, que se había abierto sin que él la oyera. Con la muda sorpresa del hombre que advierte que la tierra se abre bajo sus pies, Gadi vio cómo una redonda granada de fragmentación rodaba hacia él procedente del corredor al tiempo que la puerta se cerraba de golpe.

—¡Granada! —exclamó.

Mientras Stern, veterano de tres guerras del desierto y de infinidad de acciones guerrilleras, se protegía tras la cama más alejada, Gadi Abrams hizo buena su fanfarronada de hacía unos minutos acerca de los comandos *sayaret matkal*. Con los reflejos de un as del fútbol, detuvo el movimiento de la granada con el pie derecho y le dio una patada en el lado, lanzándola al interior del cuarto de baño. Inmediatamente, se tiró de espaldas hacia el espacio de entre las dos camas dobles.

Hauer estaba asomado a la puerta del fondo del pasillo, aguzando el oído para oír el más ligero rumor cuando la granada de Golondrina hizo explosión en el baño de la habitación 820.

—*Donnerwetter!* —rugió—. ¿Qué demonios ha sido eso?

Volviéndose ciegamente hacia atrás, Hauer agarró a Hans y lo hizo salir por la puerta.

—¡No te separes de mí! —ordenó—. ¡Y no dispires tu pistola a no ser que no haya más remedio!

Hauer arrastró a Hans hacia la escalera de incendios, para alejarse de la explosión. Chocaron contra la puerta metálica a gran velocidad y luego comenzaron a bajar los peldaños de hormigón como dos delincuentes en fuga. Al pasar ante un gran número 5 de color rojo, Hauer agarró a Hans por la chaqueta y lo empujó contra la pared. Le puso una mano sobre la boca y, durante unos segundos, trató de oír algún sonido de persecución. Al principio sólo oyó sus entrecortados jadeos y los de su compañero. Luego, en el hueco de la escalera resonó un tenue chirrido, como si alguien tratase de abrir en silencio una oxidada puerta de incendios. A continuación sonó un fuerte golpe y Hauer comprendió que su perseguidor había abandonado todo intento de sigilo. Empujó a Hans hacia abajo y echó a correr tras él.

Salvaron cada tramo de escaleras en dos saltos, tocando sólo ligeramente las barandillas para guiarse por ellas. En el rellano del tercer piso, Hauer agarró a Hans y le murmuró una docena de palabras al oído. Luego traspuso la puerta de incendios mientras Hans continuaba bajando. Hauer sacó la Walther robada, y en seguida recordó el consejo que le había dado a Hans. La explosión de arriba llamaría la atención hacia el octavo piso. Si él disparaba la Walther sin silenciador allí, sin duda atraería la atención sobre sí mismo. Mascullando una imprecación, volvió a meter la Walther en su bolsillo y quedó a la espera.

Cuatro pisos más arriba, Yosef Shamir se lanzó escaleras abajo como un poseso. Desde el momento en que terminó de hablar por teléfono con Stern, el joven comando había estado intentando contener sus instintos. Stern le había ordenado que se quedara donde estaba, pero por lo que Natterman le había dicho, Yosef se temía que la mujer de la pistola automática hubiera subido en busca de Stern. Dejó a Natterman solo tratando de completar la llamada a los alemanes y corrió escaleras arriba para ayudar a Gadi y Stern. Cuando llegó al séptimo piso oyó que una puerta del piso superior se abría de golpe. Se metió sigilosamente por la puerta del séptimo piso justo a tiempo de ver pasar ante él a Hauer y Hans, bajando las escaleras como sendas exhalaciones. Con una súbita sensación de angustia, Yosef se dio cuenta de que, probablemente, él era el único que quedaba para seguir a los hombres que buscaba Stern. El joven israelí comenzó a bajar las escaleras sin preocuparse en absoluto por la seguridad, deseoso únicamente de recuperar el contacto con los alemanes.

Cuando el borde de acero de la puerta de incendios se materializó frente a él

como un fantasma, el tiempo pareció aminorar su marcha. Yosef se contorsionó para evitar el mortífero obstáculo, pero, simplemente, no se movió con suficiente velocidad. La puerta lo alcanzó en la parte lateral de la frente y le abrió una brecha de más de siete centímetros. El joven se desplomó como una piedra sobre el suelo del rellano.

Hauer empujó con el hombro la puerta de incendios del tercer piso y logró apartar del paso el cuerpo inconsciente. Se arrodilló para examinarlo. No reconoció el rostro, pero tampoco había esperado reconocerlo. Los bolsillos de Yosef estaban vacíos. Ni billetero, ni monedas, ni el menor indicio de su nombre o nacionalidad. Ni siquiera sus ropas tenían etiquetas. Llevado por un impulso, Hauer agarró la cabeza de Yosef y la levantó para buscar el ojo tatuado...

Un grito de agonía resonó en el hueco de la escalera. Un grito masculino. Luego se oyó el disparo de una pistola.

—¡Dios mío! —exclamó Hauer.

Reposó la cabeza de Yosef sobre el suelo y corrió escaleras abajo en pos de Hans.

En el momento en que Gadi Abrams se puso de rodillas y apuntó su Uzi hacia el corredor lleno de humo, la primera ráfaga de balas disparada por la Ingram de Golondrina pegó en el interior de la habitación 820. Gadi se lanzó al suelo y maldijo furiosamente. O el pistolero usaba silenciador, o bien la explosión de la granada le había roto los tímpanos. Vio que Stern, oculto tras la otra cama, hablaba por el walkie-talkie.

—Aaron, soy Jonas. Estamos atrapados aquí. Por favor, contesta. Stern quedó a la espera mientras Gadi se ponía en pie y disparaba una ráfaga de la Uzi con silenciador.

—¡Aaron! —volvió a gritar Stern—. ¡Responde, por favor!

—¡No te puede oír! —gritó Gadi—. ¡Hay demasiado hormigón entre nosotros y él! ¡Tenemos que salir a la brava, tío! Si no, perderemos a los alemanes. ¡No nos queda otro remedio! —El joven comando se puso en pie de un salto.

Experimentando una subida de adrenalina como no la había sentido desde la guerra del 73 en el Sinaí, Jonas Stern empuñó su propia Uzi, se levantó y siguió a su sobrino que, entre gritos y disparos, se dirigía hacia el humo de la batalla.

En el rellano del garaje, Hauer encontró a Hans de pie junto a un cadáver. El cuerpo era el de un hombre rubio y de tez blanca, que representaba unos treinta y cinco años. Tenía la mano derecha cerrada en torno a una pistola.

—¡Te dije que no utilizaras la pistola!

—¡No lo hice! —replicó Hans.

En ese momento Hauer vio el cuchillo. El cuchillo alemán de la tienda de deportes. Estaba hundido hasta la empuñadura en el costado izquierdo del hombre.

—¡Mierda! —exclamó.

Se puso de rodillas y registró las ropas del muerto. Inmediatamente encontró un pasaporte británico, que procedió a meterse en un bolsillo, y una billetera, de la que sacó el dinero. El robo era la tapadera más verosímil en aquellas circunstancias. Rápidamente, miró detrás de la oreja del muerto en busca del tatuaje de Fénix, pero no vio marca alguna. Le costó un considerable esfuerzo sacar del cuerpo el cuchillo de Hans. Limpió la hoja en la chaqueta del muerto y se puso el cuchillo en el cinturón.

—¿Quién es? —murmuró Hans.

—Preocúpate por ello más tarde. Vámonos.

Mientras se volvía y agarraba el tirador de la puerta, Hauer notó un movimiento a su espalda. Se volvió de nuevo y quedó paralizado. Hans había agarrado el cadáver por las solapas y estaba hablándole en alemán a voz en grito.

—¿Dónde está Ilse, maldito seas? ¿Dónde está mi esposa?

Cuando Gadi y Stern salieron corriendo de la habitación 820, encontraron el corredor vacío. Un olor extraño y dulzón flotaba en el aire. Perfume.

—¿Quién diablos ha sido? —gritó Gadi—. ¿Los alemanes? Deben de estar en una de estas habitaciones.

—¡Se han ido! —gritó Stern desde la puerta de la suite 811—. ¡Vamos!

Corrieron hacia el ascensor. Mientras las puertas se cerraban, Stern trató de nuevo de comunicarse con Aaron, que estaba en la caja de controles del sótano.

—¡Aaron! —gritó—. ¡Olvida el ascensor! ¡Debes detener a los alemanes!

En el sótano de hormigón del hotel, Aaron Haber escuchó de este modo la orden de Stern. «¡Aaron...! ¡Ascensor! ¡Debes detener a los alemanes!» Obediente, el joven israelí accionó el interruptor y detuvo la cabina del ascensor entre los pisos tercero y cuarto.

Cuando la cabina se detuvo bruscamente, Stern y Gadi se miraron demudados. Gadi oprimió el botón que abría las puertas, pero no consiguió nada. Trató de abrirlas con la Uzi, pero las puertas no cedieron. Cuando giró furiosamente sobre sí mismo, no vio a nadie. Stern estaba sentado en el suelo del ascensor, con los ojos cerrados y la espalda apoyada en la pared de contrachapado.

—Un juego de niños —murmuró—. ¿No fue eso lo que dijiste?

Hauer detuvo el Toyota alquilado junto al bordillo, frente a un edificio de oficinas del gobierno. Saltó del coche, corrió hasta la rueda delantera izquierda, se puso en cuclillas y quitó el tapacubos. Ocho segundos más tarde se encontraba de nuevo en el interior del coche junto a Hans, sosteniendo un pesado paquete de papel recubierto de cinta aislante. El paquete contenía los papeles de Spandau y las fotos que Hauer había

tomado durante la tarde.

—Se acabó el Burgerspark —dijo Hauer—. Y tampoco podemos volver al Protea Hof. Evidentemente, nuestros pasaportes tampoco nos sirven ya para nada.

Hans se movía de delante atrás en el asiento del acompañante.

—Esa explosión sonó como una granada —dijo Hauer—. ¿Quién demonios la habrá lanzado? ¿Los secuestradores?

—Logramos escapar —murmuró Hans—. Eso es lo único que importa. Simplemente, tenemos que seguir vivos hasta la cita de mañana.

—Tenemos que escondernos —dijo Hauer—. Pero esta vez no haremos caso del consejo de nuestro amigo el taxista. Esta vez iremos a un auténtico hotelucho de mala muerte. Un lugar en el que no nos pidan la documentación.

Hans asintió con la cabeza.

—¿Cómo vamos a encontrarlo? —preguntó.

—Como lo haríamos en Berlín.

Hauer soltó el embrague, enfiló la Prince's Park Straat luego giró hacia el sudoeste, hacia la R 27. Fue reduciendo velocidad en cada cruce para examinar las calles laterales. Sabía lo que buscaba: luces de neón, gente en la calle, anuncios de licor, estrépito de música saliendo de los bares. El canto de sirenas universal que atrae a los solitarios, a los aburridos y a los perseguidos hacia los barrios bajos de todas las ciudades del mundo. Por lo que Hauer ya había averiguado, sospechaba que sería más fácil encontrar un lugar así en Johannesburgo que en Pretoria. Pero sabía que el anonimato podía conseguirse en cualquier parte siempre que se pagara el precio adecuado.

Mientras Hans vigilaba las calles que iban hacia el norte, Hauer siguió conduciendo.

20.26 horas. Mansión Horn

Alfred Horn permanecía sentado en su oscuro estudio, iluminado únicamente por la lámpara del escritorio. Frente a él, entre las sombras, Pieter Smuts aguardaba las preguntas de su jefe.

—¿Ya se fueron? —preguntó Horn.

—Sí, ya se fueron.

—¿Algún comentario?

Smuts frunció el entrecejo.

—No me gusta el comandante Karami. No confío en él. Creo que fue un error enseñarle el plutonio. Y también fue un error mostrarle la marca de Fénix.

Horn rió entre dientes.

—¿Alguna vez ha confiado usted en alguien, Pieter?

—En mí mismo. En usted. En nadie más.

—Debe tener usted más fe en la codicia humana, Pieter. Los árabes desean desesperadamente esa bomba, y no correrán el riesgo de quedarse sin ella por traicionarnos. Ahora, dígame qué hay del revestimiento de cobalto.

—Es imposible conseguirlo para dentro de diez días, señor.

Horn lanzó un suspiro de exasperación.

—¿Y si utilizamos una funda normal de cobalto?

Smuts se encogió de hombros.

—Valdría, pero los libios se darían cuenta. Probablemente, quitarían la funda antes de hacer detonar la bomba. La única forma de engañarlos es revistiendo de cobalto la propia carcasa de la bomba. Y nuestros metalúrgicos están teniendo graves problemas. Hubo demoras para conseguir el cobalto, y lo del revestimiento es sumamente complicado. Son las prisas, señor. Si nos fuera posible ir más despacio, volver al plan inicial...

—¡Eso ni pensarlo! —exclamó Horn—. Dentro de veinte días puedo haber muerto. Los británicos vienen a por mí, estoy seguro. ¿Cuáles serán los efectos de la bomba sin el cobalto?

—La verdad, señor, es que sin él los daños inmediatos serán igual de graves. Y con los vientos dominantes que soplan en Israel en esta época del año, sólo las radiaciones procedentes de un impacto directo de cuarenta kilotones sobre Tel-Aviv muy bien podrían llevarse por delante a la mayor parte de la población de Jerusalén.

Horn asintió lentamente.

La mano de Smuts surgió de las sombras y dejó cuatro videocasetes sobre el iluminado escritorio de Horn.

—Aquí está la prueba de la implicación de los libios en el asunto de la bomba —dijo—. Debo preguntárselo de nuevo, señor: ¿por qué hemos de confiar en los árabes? Mis hombres y yo podemos colocar la bomba en Tel-Aviv, con una funda normal de cobalto. Alcanzaremos los resultados que usted desea con la mitad del riesgo y con el doble de probabilidades de éxito.

Horn negó con la cabeza.

—De la mitad del riesgo, nada, Pieter. Usted correría peligro. Y eso no puedo permitirlo. Además, los servicios de inteligencia israelíes son muy buenos. Debe tratarse de un auténtico ataque árabe, pues de otro modo no conseguiríamos los resultados que deseo. Sí los libios fallan, tendrá usted su oportunidad. Pero, de momento, no hablemos más del asunto. ¿Qué hay de nuestro policía alemán?

—Yo mismo me ocupé de hacer la llamada. Contestó el propio sargento Apfel. Creo que Hauer estaba con él, pero eso no importa. Uno de mis hombres se encontrará con Apfel mañana por la mañana en el monumento Voortrekker. Si aparece Hauer, lo mataremos, y para mañana por la tarde ya tendremos aquí a Apfel y los papeles.

Horn se acarició el parche del ojo.

—¿Y en qué anda nuestro querido lord Grenville?

Smuts arrugó la nariz con desagrado.

—No ha hablado con nadie de fuera de la mansión. Tengo intervenidos todos los teléfonos para cerciorarme de ello. Pero lo que sin duda ha hecho es encapricharse de la esposa del sargento Apfel.

La expresión de Horn se endureció.

—Ocúpese de que no la moleste.

—Me ocuparé de que no vuelva a molestar a nadie.

—Todavía no, Pieter —dijo Horn con voz suave—. Aún no estamos seguros de nada.

—Me ha vuelto a preguntar si podía subir a la torre.

Horn sonrió irónicamente.

—Robert es un buen muchacho, Pieter, pero está confuso. No deseamos que conozca todos nuestros secretos, ¿verdad?

Smuts lanzó un bufido de impaciencia.

—¿Se ha dado usted cuenta de que ese inglés tiene la nariz permanentemente aguada? Creo que está consumiendo lo mismo que vende. —El afrikáner sacó de su cinturón una corta daga de doble filo y la puso a la luz—. Como ese cabrón dé un paso en falso, le cortaré las pelotas y se las serviré con perejil.

Horn rió entre dientes.

—*Gute nacht*, Pieter.

Smuts se puso en pie y enfundó la daga.

—Buenas noches, señor.

Al pasar ante el dormitorio de Ilse, el afrikáner se detuvo para escuchar junto a la puerta. No oyó nada. De haber estado encendidas las luces del corredor, habría visto las manchas de sangre sobre la moqueta. Pero no lo estaban y no las vio. Siguió su camino. En su habitación le aguardaba un auténtico bocado de cardenal. Una muchacha de la aldea de Giyani —una virgen, si la palabra del cacique era de fiar— de no más de trece años, y negra como el hollín. La princesa aria de Alfred Horn podía dormir aquella noche en paz; Smuts conocía bien sus propios gustos: una sudorosa muchacha cafre que aún oliese a humo de carbón. Al entrar en el dormitorio, le gustaba preguntar a las chicas si habían llevado con ellas sus salvoconductos. A veces, las más jóvenes se sentían tan asustadas que se echaban a llorar de miedo, una excelente forma de comenzar la velada.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

05.56 horas. Aeropuerto Smuts. Johannesburgo

El 747 de la South African Airways tomó tierra al amanecer.

Mientras el aparato rodaba hacia la terminal, el detective de la Kripo Julius Schneider recogió su bolsa de viaje del compartimento portaequipajes y se dispuso a desembarcar lo más rápidamente posible. Doce horas eran demasiado tiempo para permanecer en un asiento reservado a nombre de un muerto. Schneider se unió a la apretada fila de recién casados, cazadores de caza mayor y turistas que llenaba el pasillo. Pensaba que ojalá el coronel Rose hubiera logrado meterlo en un vuelo militar. Cuando al fin salió del aparato, lanzó un suspiro de alivio. Los nerviosos pasajeros y el calor estival sudafricano se unían para provocar un ambiente bochornoso.

—Menudo cambio —murmuró recordando el nevado Frankfurt.

Se colgó del hombro la bolsa de viaje y echó a andar hacia la aduana. Una vez en la larga cola, Schneider miró impaciente su reloj. Quería llegar cuanto antes a un teléfono. Con suerte, se dijo, podría localizar en algún hotel los nombres de los pasaportes falsos de Hauer y Apfel antes de que los dos hombres salieran del lugar en el que habían pasado la noche. Se preguntó qué estaría haciendo Hauer. Schneider no lo conocía personalmente, pero sí estaba al tanto de su reputación. Suponía que un lobo solitario como Hauer tendría la ecuanimidad suficiente para escuchar lo que él tenía que contarle acerca de Fénix. A Schneider le importaban muy poco los papeles de Spandau, y todo lo que sobre ellos había dicho Rose le había producido escaso impacto. Lo que Schneider deseaba era cortar todos los vínculos existentes entre los fanáticos neonazis de Wilhelm Funk en Berlín Occidental y sus homólogos de la Stasi en el Este, para después devolver a ambos grupos de Fénix al negro agujero del que habían salido. Instintivamente, estaba convencido de que Dieter Hauer era el hombre indicado para ayudarlo en tal misión.

Sin embargo, antes de ponerse en contacto con Hauer, se proponía averiguar qué andaban haciendo los rusos. Porque, pese a lo que Kosov le hubiera dicho al coronel Rose, el KGB debía tener hombres en Sudáfrica, y éstos debían de estar en la cabeza de la jauría que iba tras los papeles de Spandau. Schneider se preguntó dónde tendrían su base. El gobierno sudafricano no permitía legaciones diplomáticas soviéticas en su territorio. Por lo tanto, el KGB carecía de una sede legal desde la que efectuar sus operaciones. Eso complicaba las cosas y a él lo ponía sumamente nervioso. Y cuanto más pensaba en ello, más se convencía de que sería un error hablar con Hauer antes de conocer el paradero exacto de los rusos.

No tenía que buscar muy lejos. Yuri Borodin se encontraba cuatro puestos por detrás de Schneider en la larga cola. El agente del Duodécimo Departamento no había

tenido dificultad para mantenerse lejos del corpulento alemán durante el vuelo desde Frankfurt. Borodin siempre viajaba en primera, y se había pasado todo el vuelo en el bar del segundo piso del 747. Se rió en alto cuando vio al detective Schneider atravesar la puerta de aduanas. Comparando su menudo cuerpo con el del alemán, el ruso tuvo la imagen mental de un esbelto Jaguar persiguiendo a un autobús de dos pisos. No se le ocurrió pensar en lo que ocurriría si el Jaguar se estrellaba de frente contra el autobús.

09.10 horas. Motel Bronberrick, al sur de Pretoria

Hauer cerró la puerta del frío y húmedo cuarto de motel y se recostó en un viejo escritorio de contrachapado. La noche anterior, tras mucho buscar, Hans y él habían decidido alojarse en aquel nido de pulgas situado en las inmediaciones de la autopista N-1, quince kilómetros al sur de la capital. Hans permanecía hoscamente sentado en una de las camas gemelas, abanicándose con una revista que había encontrado en el sucio baño. El joven llevaba el cuchillo metido en el cinto y tenía la Walther a unos centímetros de la mano derecha.

—Conseguí otro coche —anunció el sudoroso Hauer—. Un Ford. Lo alquilé en una pequeña agencia, como convinimos. Dejé el Toyota abandonado en un estacionamiento subterráneo.

—Espléndido —replicó Hans sin alzar la mirada.

—Sigo creyendo que sería más seguro que vinieras conmigo —insistió Hauer.

—No necesitas que te ayude a calibrar la mira telescópica. Y no quiero correr el menor riesgo de faltar a la cita.

—Pero es que tú no vas a acudir a la cita —dijo Hauer echándose las llaves al bolsillo—. ¿No te das cuenta? Esa cita es lo que utilizaré para volver las tornas contra los secuestradores. Si tú apareces, Fénix supondrá que llevas los papeles contigo. Así que lo que harán será secuestrarte primero y matarte después. Al Voortrekker iré yo solo. Tú te quedarás aquí, con los papeles a buen recaudo.

Hans asintió lentamente con la cabeza.

—Lo comprendo. Pero sigo sin querer acompañarte. Si salgo, podría ocurrir cualquier cosa. Si, por ejemplo, te olvidas de que hay que conducir por la izquierda, podríamos tener un accidente en el que los dos muriéramos. ¿Qué sería en ese caso de Ilse?

Hauer asintió pensativo.

—De acuerdo. Pero no salgas de esta habitación por nada del mundo, ¿entendido? Volveré dentro de tres o cuatro horas. Una vez tenga la mira calibrada, trataré de localizar un buen lugar para efectuar el canje. En el plano de la ciudad he visto un estadio que parece prometedor. Estaré otra vez aquí mucho antes de las seis.

Hans sonrió forzosamente.

—Aquí te esperaré.

—Echa la cadena cuando salga.

Hans se puso en pie para despedir a su padre en la puerta.

—Y, por el amor de Dios, procura dormir un poco —dijo Hauer—. Con el aspecto que tienes, ni la propia Ilse te reconocería.

En cuanto oyó alejarse el coche de Hauer, Hans cogió el teléfono.

—Le llamo desde la habitación 16 —le dijo al conserje con voz tensa—. Llame a un taxi. *Bitte?* ¡Claro que puedo pagarlo!

Colgó de golpe y se dirigió al lavabo.

El espejo estaba astillado en el centro, debido a lo cual el reflejo de Hans aparecía fragmentado y repetido, como las desordenadas piezas de un rompecabezas. Hauer tenía razón. Su aspecto era pésimo. Ojos enrojecidos, mejillas hundidas, el rubio cabello sucio y enmarañado... Si no dormía, no tardaría en caer redondo. Había permanecido toda la noche despierto, agobiado por el calor, escuchando los ronquidos de Hauer, tratando inútilmente de no imaginar cosas horribles. Desde el momento en que se enteró de que el diario de Spandau estaba incompleto, el terror se apoderó de él, machacándole el cerebro como un taladro neumático.

Hans abrió el grifo del agua fría, mojó una toalla y se humedeció con ella las rasposas mejillas. El agua le hizo sentir bien, pero no mejoró su aspecto. Puso la cabeza bajo el chorro y se empapó el cabello para luego peinárselo del mejor modo posible con los dedos. No había sido su intención mentirle a Hauer acerca de la hora de la cita. Pero cuando la noche anterior, en la suite del Burgerspark, escuchó aquella fría voz, un oscuro presentimiento se impuso a su voluntad consciente. Creía en la solvencia de Hauer. Si alguien podía salvar a Ilse mediante el uso de la fuerza, sin duda ese alguien era su padre. Pero... ¿y si nadie podía lograrlo? Durante su corta experiencia como policía, Hans había visto algunos salvamentos verdaderamente milagrosos. Pero también había visto otros casos. Y cuanto más intentaba olvidarse de tales casos, más claramente los recordaba.

A lo largo de la noche, los vagos y remotos recuerdos se habían convertido en horrendas pesadillas. La muchacha rubia del Havel, sacada del fangoso río mediante un garfio a los dos días de la «infalible» operación policial de rescate. Berlineses anónimos muertos a causa de disparos, cuchilladas u otro tipo de agresiones. El lacerado y sangrante pecho de Erhard Weiss. Pensó en la muchacha del Havel. La policía, como era habitual, había utilizado el dinero del rescate como cebo. Medio millón de marcos en billetes. Pero los secuestradores consiguieron retener a la muchacha durante el tiempo suficiente para darse a la fuga. Para Hans, la moraleja estaba clara. No existían los planes infalibles. Y pese a todo lo que pudiera confiar en Hauer, Hans no estaba dispuesto a correr el riesgo de que terminaran sacando a Ilse de algún río parecido al Havel. ¿Cómo saber cuál sería la reacción de los secuestradores cuando Hauer tratara de volver la situación contra ellos? Si eran razonables, probablemente aceptarían llegar a un acuerdo. Pero los hombres

razonables no se tatuaban ojos en el cuero cabelludo ni dibujaban con el filo de un cuchillo símbolos religiosos en el pecho de un judío.

Hans se acercó a la mesa de contrachapado y escribió una nota para Hauer en el dorso de un folleto de propaganda. Luego recogió la Walther de encima de la cama y la dejó sobre la nota.

El timbre del teléfono lo sobresaltó.

—El taxi ya está aquí —gruñó el conserje.

Hans dirigió una postrer mirada a la pistola, pero se daba cuenta de que no podía llevársela a donde iba. Metió la mano bajo el mohoso colchón y retiró los papeles de Spandau, que le había robado a Hauer mientras éste se duchaba. Se los metió dentro de la camisa, (junto al cuchillo que llevaba sujeto con esparadrapo sobre las costillas), y salió al deslumbrante sol. Un Mazda 323 azul permanecía detenido y con el motor en marcha en el estacionamiento. Se acercó a la ventanilla del conductor.

—¿Conoce usted el monumento Voortrekker? —preguntó en inglés.

El taxista puso los ojos en blanco y señaló con un movimiento del pulgar hacia el asiento posterior. Hans montó y el taxi se puso en marcha.

El monumento Voortrekker se encuentra situado en lo alto de una colina, cinco kilómetros al sur del centro de Pretoria. Visible desde casi cualquier parte de la ciudad, el edificio de color pardo es el símbolo espiritual de la nación afrikáner. En el interior de la abovedada sala de los Héroe s hay un friso conmemorativo de la Gran Marcha de los pioneros bóer que en 1838 escaparon hacia el norte huyendo del gobierno colonial británico. Hans tuvo un atisbo de la enorme cúpula cuando su taxi salió de la autopista N-1, para cambiar luego de sentido y tomar dirección oeste. Mientras subían por la cuesta del monumento, miró el reloj y se dio cuenta de que llegaría a la cita con diez minutos de antelación.

Pagó el taxi y lo despidió; luego, siguiendo las instrucciones recibidas, se dirigió hacia un punto situado directamente bajo el friso de la sala de los Héroe s, y lo miró como si fuera un musulmán que llega al fin a la Meca. Los turistas que pululaban a su alrededor eran mayoritariamente afrikáner s. Hans pensó que él, con su aspecto típicamente alemán, parecía tan afrikáner como el resto de la gente. Se equivocaba. Notó que lo tocaban en el hombro, se volvió y vio ante él a un bantú de mediana estatura —en realidad, era un zulú, pero Hans no entendía de tales distinciones— con una gran cámara fotográfica colgada del hombro. A Hans se le escapó la ironía de que un negro estuviera de visita en el monumento erigido en honor de los hombres que conquistaron su país natal. El zulú no dirigió ni una sola mirada al friso. Salió con paso vivo del edificio y echó a andar cuesta abajo, con Hans pisándole los talones. Un resplandeciente Range Rover azul aguardaba al pie de la cuesta. El zulú indicó por señas a Hans que montara en la parte posterior. Hans lo hizo.

—¿Tiene los papeles? —preguntó el zulú en deficiente alemán.

Hans asintió con la cabeza.

—¿Va a llevarme con mi esposa?

Sin contestar, el zulú puso en marcha el vehículo. Bajaron la cuesta y luego el Range Rover enfiló la R-18 en dirección al centro de Pretoria. Al llegar a la intersección con la autopista N-1, se mezclaron con el tráfico que iba hacia el norte. Hans miraba inexpresivamente al exterior. En la ventanilla los suburbios dieron paso primero a una zona comercial llena de tiendas y licorerías, y después a las viviendas prefabricadas de los asentamientos negros de las afueras de la ciudad.

Hans acarició el cuchillo que llevaba debajo de la camisa. Se le encogía el corazón al pensar en cómo reaccionarían los secuestradores si se daban cuenta de que el diario estaba incompleto, pero... ¿qué otra opción tenía? Al menos, accediendo a sus demandas cabía la posibilidad de que pudiera explicar lo de los papeles desaparecidos. En el centro de un estadio de fútbol, con docenas de armas apuntadas contra Ilse y contra él, podría suceder cualquier cosa.

De pronto, Hans notó un nudo en la garganta. Aunque había estado mirando al frente, hacia la parte posterior de la cabeza del zulú, su mente consciente acababa de registrar lo que sus ojos estaban viendo. Tras la oreja izquierda del zulú, totalmente a la vista, estaba el amenazador dibujo de los papeles de Spandau: ¡el ojo, la marca de Fénix! Pero, a diferencia de los hombres de Funk, el negro no llevaba un tatuaje. ¡El ojo se lo habían marcado a fuego con un hierro al rojo! La fea cicatriz blanco rosada hizo que a Hans se le congelara la sangre en las venas. Contempló la marca con hipnótica fijeza. ¿Qué simbolizaba en realidad? «Deben seguir al Ojo», decían los papeles de Spandau. Sin embargo, a Hans le parecía que el ojo lo estaba siguiendo a él.

—¿Vamos... vamos muy lejos? —tartamudeó tratando de no dejarse ganar por el nerviosismo.

El zulú no contestó.

Hans tocó la empuñadura del cuchillo que llevaba debajo de la camisa. Era evidente que el zulú no iba a contarle nada acerca de la inminente entrevista. Hans se obligó a apartar la vista de la cicatriz y a concentrarse en la autopista, que parecía extenderse en una línea interminable a través del veld. Hans le pedía a Dios que al final de aquel camino se encontrase Ilse. El joven se dijo que si los secuestradores eran tan duros e implacables como el terreno que estaban atravesando, sus posibilidades de salir con vida de aquel trance eran muy escasas. Se preguntó si, a fin de cuentas, no habría sido mejor contarle a Hauer la verdad acerca de la cita. Tal vez Hauer habría logrado realizar el canje con éxito. Quizá...

—Ya es demasiado tarde —murmuró.

—*Bitte?* —preguntó el zulú.

—*Nichts!* —replicó Hans.

Trató de no mirar el ojo marcado a fuego mientras el Range Rover seguía su marcha.

Linah había dispuesto un apetitoso almuerzo en el jardín cerrado contiguo a la torreta suroccidental de la finca. Árboles y frutales subtropicales ponían una nota de color contra los altos muros de piedra. Alfred Horn y Smuts, su jefe de seguridad, se encontraban sentados a la mesa, tomando café y charlando tranquilamente.

—¿Y el capitán Hauer? —preguntó el viejo.

Smuts se encogió de hombros.

—Yo tenía a cuatro hombres apostados en el Voortrekker listos para matarlo, pero Hauer no apareció.

—¿No estará siguiendo al sargento Apfel?

Smuts negó con la cabeza.

—Puede que lo intente, pero si lo hace, el conductor se dará cuenta. Hauer no nos creará problemas.

Horn hizo un gesto de asentimiento y Smuts quiso saber.

—¿Cuándo cree que recibiremos noticias de los árabes? ¿Dentro de tres días? ¿De una semana?

—Ya las he tenido —dijo Horn con indiferencia, y bebió un sorbo de café—. El propio Gaddafi me llamó hace una hora. Ha aceptado nuestras condiciones. ¿Qué le dije, Pieter? Si quiere que algo se haga de prisa, contrate para hacerlo a un hombre hambriento. El primer ministro Jalloud regresará mañana por la noche acompañado por los hombres que transportarán el arma.

—¡Mañana por la noche! —exclamó Smuts—. No creía que fuera a ser tan pronto. Hace dos horas envié a la mitad de mis hombres a la mina.

Con una sonrisa, Horn replicó.

—Eso fue un poco prematuro, Pieter. Pero no nos preocupemos. No habrá problemas con los libios. Y si los hay, confío en que usted sabrá protegernos. Ha dispuesto de años para preparar sus defensas.

Smuts parecía inseguro.

—¿Mencionó Gaddafi al comandante Karami?

—No.

Smuts asintió receloso.

—Karami prepara algún tipo de traición, estoy seguro. Será mejor que tome medidas de seguridad adicionales.

Horn sonrió cautelosamente.

—Quizá sea preferible que las tome antes de esta noche, Pieter. Tengo el presentimiento de que tal vez nos hagan falta unos cuantos hombres extra.

Smuts miró a su jefe con curiosidad. Pero, antes de que le fuera posible pedir una aclaración, el teniente Jürgen Luhr abrió una puerta corredera de cristal y caminó hacia la mesa. Horn miró recelosamente hacia el alto alemán. Éste lo saludó con un movimiento de la mano.

—*Guten Morgen, Herr Oberleutnant.*

—*Guten Morgen!* —replicó Luhr dando un marcial taconazo.

Dirigió una inclinación a Horn y otra a Smuts.

—Siéntese —ordenó Smuts.

—Un momento —intervino Horn—. Enséñeme su marca, *Herr Oberleutnant.*

Inmediatamente, Luhr se acercó a la silla de ruedas del viejo y se inclinó para que Horn pudiera inspeccionar el pequeño tatuaje de detrás de la oreja. Horn llegó al extremo de humedecerse el índice y frotar con él la marca para asegurarse de que era indeleble. Una vez quedó satisfecho, dio a Luhr permiso para sentarse.

—*Danke* —dijo Luhr.

Se sentó y quedó tieso como una vela.

Antes de hablar, Horn miró fijamente a Luhr durante unos momentos. Su único ojo escrutó el rubio cabello, los duros ojos azules, la estilizada figura y las facciones clásicas. Asintió lentamente. El joven policía había despertado algún recuerdo en su memoria.

—Espero que la permanencia en su celda le haya enseñado a respetar mis órdenes.

Luhr estaba preparado para aquello.

—Señor, le aseguro que si drogué a Frau Apfel fue únicamente por su propio bien. Se debatía de tal modo contra las ligaduras que temí que se hiciera daño.

El único ojo de Horn lo taladró con la mirada.

—¡No hay excusa para la insubordinación! ¡Un hombre que desobedece las órdenes es un peligro para todos cuantos lo rodean!

Luhr se secó la película de sudor que le cubría la frente.

—Pero... —continuó Horn en tono más suave— mi jefe de seguridad considera que debo darle una segunda oportunidad. Habla muy elogiosamente del trabajo que ha hecho usted en Berlín.

Luhr alzó orgullosamente el mentón.

—Frau Apfel se reunirá con nosotros en breves momentos, *Herr Oberleutnant.* Cuando llegue a la mesa, quiero que se disculpe inmediatamente. Luego la cuestión quedará cerrada. ¿Está claro?

—Desde luego —dijo solemnemente Luhr, que nunca se había achicado a la hora de lamerle las botas a nadie.

Mientras Linah le servía café a Luhr, desde la casa les llegó el sonido de alguien hablando en voz baja. A los pocos momentos apareció lord Grenville, con gafas de sol y rezongando para sí. En la parte izquierda de la cabeza llevaba un gran vendaje blanco que no lograba ocultar la enorme magulladura color púrpura que se extendía desde detrás de la oreja hasta el ojo izquierdo.

—¡Dios bendito! —exclamó Smuts cuando el inglés llegó con paso inseguro hasta la mesa.

—¿Y esta vez qué ha sido? —preguntó cansadamente Horn.

—Anoche, en el baño, me caí y me pegué un golpetazo que hubiese matado a un puñetero ñu. Afortunadamente, no me rompí la piel, porque me hubiera desangrado allí mismo. —Sacó de un bolsillo una petaca de plata y le echó un par de chorros de brandy a su café—. Por el rey y por la patria —brindó, y apuró la mezcla de un trago.

Smuts lo fulminó con la mirada. En cualquier otro hombre, una conducta como aquélla en presencia del viejo habría sido totalmente inadmisibile; pero Stanton tenía por norma actuar así.

—Robert —dijo Horn—, ¿cuándo tendremos aquí el próximo pago de los colombianos?

Stanton intentó en vano enmascarar la sorpresa que le producía tal pregunta.

—¿Cómo? Ah. Llegará por barco la semana que viene, ¿no recuerda? Esta vez será oro brasileño. Supuestamente, los lingotes no han visto jamás el interior de un banco.

Horn echó la cabeza hacia atrás y sonrió. La mirada de su ojo bueno se fijó en un fragante eucalipto.

—¿Y cómo llegará hasta aquí nuestro oro desde ese misterioso barco?

—Por helicóptero —dijo el inglés, ya con el entrecejo fruncido—. Se lo dije ayer. Pieter Smuts miró intrigado a su jefe.

—Sí —dijo Horn—, es cierto. Me lo dijo.

En aquel momento se oyó la puerta del jardín y todos alzaron la mirada. Ilse iba hacia ellos con el rubio cabello despeinado y los ojos hinchados a causa de la falta de sueño.

—*Guten Morgen* —saludó Horn—. Únase a nosotros, por favor.

Ilse se acercó a la mesa mirando recelosamente a Stanton.

Con un esfuerzo que dejó atónitos a todos los presentes, Alfred Horn se levantó de la silla de ruedas y permaneció en pie hasta que Ilse se hubo sentado en la silla de hierro forjado que Smuts le ofrecía. Jürgen Luhr se incorporó inmediatamente para presentar la disculpa exigida por Horn, pero antes de que pudiera decir nada, lord Grenville apartó su silla de la mesa.

—Si me disculpan, me retiro —murmuró.

Mientras todos lo miraban, Stanton se puso en pie y salió del jardín por una puerta de cristales que conducía a la casa principal.

En el interior de la mansión Horn, Stanton se dirigió apresuradamente al estudio de Alfred Horn y cerró la puerta con llave. Se sentía sorprendentemente tranquilo, teniendo en cuenta lo que se disponía a hacer. Descolgó el teléfono y marcó un número de Londres que se sabía de memoria.

—Shaw —gruñó una voz cansada.

—Soy Grenville.

—¿Desde dónde llama? —preguntó vivamente sir Neville Shaw.

—¿Desde dónde cree?

—Cristo bendito, ¿está usted loco?

—Calle y escuche —replicó secamente Stanton notando que el pulso se le aceleraba—. He tenido que telefonar desde aquí porque no me permiten salir de la casa. Escuche, tiene que suspender la operación.

—¿Cómo?

—Estoy seguro de que Horn sabe lo del *Casilda*. No sé cómo se ha enterado, pero lo sabe.

—No puede saberlo.

—¡Pues lo sabe!

Se produjo un largo silencio, al cabo del cual Shaw dijo.

—Ya no se puede suspender la operación. Y más vale que su información acerca de los sistemas defensivos de Horn sea cierta, Grenville, porque si no, responderá usted ante mí. No vuelva a llamar.

La comunicación se cortó. Stanton notó que el sudor le corría por la espalda. La suerte estaba echada. Frente a la costa de Mozambique, un hombre llamado Burton aguardaba el momento que cambiaría para siempre la vida de Stanton. Quizá Alfred sólo estaba jugando conmigo, pensó Stanton esperanzado. Smuts no había manifestado más recelo que el de costumbre. Pero, de todas maneras, Stanton sólo podía hacer una cosa: aguantar el tipo. Si lograba hacerlo durante ocho horas, los días de poder de Horn concluirían y él sería libre. Londres se daría por satisfecho y uno de los conglomerados de empresas más grandes del mundo se convertiría en propiedad de Robert Stanton, lord Grenville, no sólo nominal, sino también efectivamente.

Por un momento, Stanton temió que Ilse contara lo que él había intentado hacerle la noche anterior, pero desechó tal idea. Si la joven fuera a hacerlo, ya lo habría hecho. Abrió la puerta del estudio y se dirigió al jardín. Hacía tiempo que no se sentía de tan buen humor. Ahora, cuanto necesitaba hacer era encontrar el modo de meterse en el complejo subterráneo antes de que se produjese el ataque. Nunca había visitado el sótano, pero hoy lo haría.

Esperaba ansiosamente el momento.

11.00 horas. Mercante Casilda. Canal de Mozambique, frente a Madagascar

Los cargados helicópteros se elevaron de la cubierta del barco como pájaros preñados. Juan Díaz, el piloto del primer aparato, miró hacia abajo para cerciorarse de que su compadre, el piloto del segundo helicóptero, también había despegado sin problemas. Una vez lo hubo hecho, Díaz se volvió hacia el bronceado inglés que permanecía sentado junto a él.

—Ya están en el aire, inglés. ¿Adónde vamos?

Alan Burton arrojó un papel doblado sobre las piernas del cubano. Se trataba de

un mapa minero de África meridional.

—La primera escala es Mozambique —dijo—. Límitese a seguir las líneas del mapa, amigo.

Burton se volvió y miró hacia las dos filas de colombianos que permanecían sentados hombro con hombro contra las paredes de la cabina del JetRanger. Con sus oscuros rostros, sus enmarañadas barbas y sus cinturones canana en bandolera, parecían inmigrantes ilegales armados. Armados y enfermos. Por el verdoso tono de sus rostros, parecían haber cambiado el mareo marítimo por el mareo aéreo. A Burton no le importaba el aspecto que tuvieran en tanto en cuanto fueran capaces de causar una cierta conmoción. Si alguien creaba un divertimento estratégico, él solo podría realizar el trabajo.

Se alegraba de que la misión estuviera llegando a su fin, entre otros motivos porque eso le permitía abandonar de una vez el *Casilda*. No le importaría no volver a ver un barco en toda su vida.

—¿Se supone que debo orientarme mediante estos palotes garrapateados? —se quejó Juan Díaz agitando el mapa frente al rostro del inglés.

Burton fulminó al cubano con la mirada.

—Para eso le pagan, amigo. Ahora, en marcha.

—¿Y el plan de vuelo? —preguntó Díaz; los dos helicópteros se encontraban aún suspendidos sobre el viejo carguero.

—En la mano lo tiene —dijo Burton—. Yo le iré mostrando los hitos del terreno. Usted vigile que no aparezcan aparatos enemigos.

El cubano frunció los párpados.

—¿Cómo sabré que son enemigos?

Burton sonrió.

—Cualquier aparato que vea será enemigo. ¿Entendido?

Tras un breve momento de reflexión, Díaz empujó la columna de mandos y los dos JetRangers comenzaron a volar sobre el océano, en dirección a la costa, en dirección a África.

11.25 horas. Habitación 520. Hotel Stanley. Pretoria

Gadi Abrams dejó caer las cortinas y se volvió hacia Stern.

—Sigue sin haber ni rastro de ellos, tío. Ni de Hauer ni de Apfel.

Stern se levantó de una de las camas y se encogió de hombros. Apenas había dicho palabra desde el fiasco de la noche anterior en el hotel Burgerspark.

—Probablemente, se habrán escondido en algún hotelucho a esperar la hora de la cita en el monumento Voortrekker.

El profesor Natterman estaba paseando de arriba abajo por la habitación.

—Entonces, ¿por qué vigilamos el Protea Hof? —quiso saber.

—Siempre podremos interceptarlos a las seis en el monumento Voortrekker —replicó Stern—. Pero creo posible que Hauer, antes de dirigirse hacia allí, regrese al Protea Hof.

Natterman resopló con desagrado.

—¿Y qué me dice de la mujer? —preguntó—. ¿Está seguro de que era la misma del avión?

—Absolutamente —dijo Gadi—. Por la descripción que usted hizo y por el perfume que olí en el corredor, no me cabe la menor duda.

—Entonces, ¿quién es y qué quiere? —preguntó Natterman.

—Me quiere a mí —dijo Stern.

—¿Por qué dices eso? —intervino Gadi—. Nadie conoce tu paradero.

Stern mostró en los labios una media sonrisa.

—¿Quién quiere verlo a usted muerto? —preguntó el profesor Natterman.

—¿Quién no lo quiere? —replicó Gadi—. Los sirios desean su defunción, y los libios, y los palestinos... Todo el mundo. Por eso tiene que vivir donde vive.

Stern dirigió a su sobrino una mirada de cautela y luego su expresión se suavizó.

—Supongo que no importa —dijo—. ¿Recuerda el kibbutz que le describí, profesor? ¿El lugar en el que me encuentro retirado? Bueno, no se trata de un kibbutz normal y corriente.

—¿A qué se refiere?

—Es un asentamiento especial para hombres como yo. Agentes retirados. Hombres a cuya cabeza se ha puesto precio.

Gadi sonrió.

—La cabeza de tío Jonas es la que tiene el precio más caro de todas.

Stern frunció el entrecejo.

—Pero, según Gadi, la mujer del avión era europea —dijo Natterman—. No árabe.

—Exactamente —dijo Stern—. Y de todos los países europeos, sólo uno tiene agentes que pueden desear verme muerto.

—¿Inglaterra? —preguntó Natterman con ojos brillantes.

Stern se pasó una mano por la barbilla.

—Conozco a esa inglesa. Su nombre es Golondrina. O lo era, hace muchos años. Pero en estos momentos, ella me preocupa menos que el hombre corpulento que se registró aquí esta mañana.

—Yo creo que es un amigo de Hauer —declaró Gadi—. Refuerzos de Berlín. Evidentemente, ese tipo está haciendo lo mismo que nosotros: vigilar la habitación de Hauer. Su habitación, por cierto, está directamente debajo de la nuestra, aunque no creo que él lo sepa.

—¿Por qué estás tan seguro de que es alemán? —preguntó Stern.

—No me vengas con ésas, tío. Los judíos olemos a los alemanes, ¿no? Y no se ofenda, profesor.

—No me ofendo. Los alemanes también huelen a los judíos.

Gadi miró fijamente a Natterman.

—Ese hombre se llama Schneider, un apellido bastante alemán. De todas maneras, dentro de una hora sabremos quién es. Tel-Aviv lo está investigando. Por cierto, me dijeron que Hauer fue efectivamente uno de los francotiradores de la olimpiada de Munich. ¿Cómo lo supiste?

Con una media sonrisa, Stern replicó.

—Cuando leí su expediente policial tuve una de mis famosas corazonadas. Quizá nos sea posible utilizar ese dato de algún modo.

—¿No podría el tal Schneider ser miembro de Fénix? —preguntó Yosef Shamir. El joven comando llevaba un gran vendaje blanco en la frente—. Quizá fue él quien anoche tiró la granada y me golpeó con la puerta.

—Ése fue Hauer —afirmó categóricamente Stern.

—¿Quién hizo el disparo en la escalera? —preguntó Yosef—. Yo estaba apenas consciente, pero estoy seguro de que oí una detonación.

—Los periódicos de la mañana no dicen nada acerca de ello —comentó Gadi—. No había ningún cuerpo en la escalera. Si nuestros policías alemanes dispararon contra alguien, debieron de fallar.

Stern sonrió.

—Creo que las cosas sucedieron así: la granada de Golondrina hizo que los alemanes fueran presa del pánico. Huyeron escaleras abajo, con Apfel abriendo la marcha. Se tropezaron con problemas. Apfel se asustó y disparó su pistola. Leí el expediente policial de Hauer. Si hubiera disparado él, no habría fallado.

—Tendré eso bien presente cuando volvamos a encontrárnoslo —dijo Gadi.

—¡No se lo volverán a encontrar! —exclamó Natterman—. ¡Les ha dado esquinazo!

Stern caminó lentamente hasta la ventana del hotel.

—Hauer regresará al Protea Hof —declaró separando las cortinas y mirando hacia los siete pisos del hotel—. No sé cómo lo sé, pero lo sé.

Un piso por debajo de los israelíes, el detective de la Kripo Julius Schneider, sentado en el borde de la cama, mantenía el teléfono apretado contra la sudorosa mejilla. Junto a él estaba su sombrero, medio sándwich y dos botellas vacías de cerveza. En su oído sonaba la furiosa voz del coronel Godfrey Rose.

—¿Es usted demasiado orgulloso para aceptar un consejo práctico de un ruso, Schneider?

—No, coronel.

—Kosov me dio el nombre del hijo de puta que mutiló a Harry. Creo que lo sospeché desde el principio. Se trata de otro ruso, ¿no es increíble? Un tal Borodin, Yuri Borodin. Duodécimo Departamento del KGB. Según Kosov, es todo un

personaje. Debe de tratarse de un renegado ansioso de gloria. Supongo que a eso se refería Kosov cuando dijo que debía usted cuidarse las espaldas.

Schneider emitió un sonido gutural, mezcla de gruñido y suspiro.

—O sea que tal vez Borodin me vio abandonar el apartamento del comandante Richardson. Podría estar siguiéndome en estos mismos momentos.

—Es posible, Schneider. ¿Localizó ya a Hauer y Apfel?

—En estos momentos, estoy vigilando su habitación del hotel. Pero ellos no se encuentran en ella.

—Humm... ¿Ya ha decidido lo que va a hacer respecto a Hauer? ¿Tratará de quitarle los papeles?

—Aún no lo sé. Tal vez las ideas de Hauer para acabar con Fénix sean mejores que las mías.

Rose se quedó en silencio por un momento.

—Sí, bueno, los rusos también están bastante nerviosos por el asunto de Fénix. Kosov se enteró de que un agente de baja graduación de la Stasi confesó bajo tortura esta mañana. Parece que es miembro de algo llamado Bruderschaft der Phoenix. Los rusos ya se han puesto en comunicación con el Departamento de Estado para organizar una comisión especial interaliada que se ocupe del caso Rudolf Hess, de Fénix y de todos los asuntos relacionados. Una especie de Comisión Warren internacional.

—¿Una especie de qué, coronel?

—No importa, Schneider. —Se oyó de fondo ruido de papeles—. ¿Quiere que le haga un resumen del expediente de Yuri Borodin? Parece el puñetero conde de Montecristo.

—Sí, por favor.

—¿Tiene usted un lápiz?

El corpulento alemán se tumbó en la cama y cerró los ojos.

—Estoy listo.

14.02 horas. Motel Bronberrick, al sur de Pretoria.

En cuanto vio la nota, Hauer comprendió que su hijo le había engañado. Hizo a un lado la abandonada Walther de Hans y leyó rápidamente.

Lo lamento, capitán. Lo he pensado bien y creo que los riesgos de un canje armado son excesivos. No he tenido oportunidad de decirte antes que Ilse está embarazada. No me gustó mentirte acerca de la hora de la cita, pero sabía que tú nunca me dejarías hacer las cosas a mi modo. Por favor, no me sigas. Me reuniré contigo aquí en cuanto haya recuperado a Ilse. (En este punto Hans firmó con su nombre, pero luego tachó la firma.) Por si todo sale mal, quiero que sepas que no te

culpo por nada de lo sucedido en el pasado. Nos hemos reencontrado a tiempo. Tu hijo, Hans.

Hauer permaneció inmóvil como una roca mientras en su interior se sucedían las oleadas de ira y de pánico. Sacó del bolsillo el envoltorio de papel aluminio y lo desgarró. Los negativos de las fotos que había tomado en el Protea Hof estaban allí, pero los papeles de Spandau habían desaparecido. En su lugar había cinco hojas arrugadas de papel de carta del hotel. Hauer se obligó a respirar pausadamente. Hans se había desentendido de él para ir a reunirse con los secuestradores. Eso era algo que él debía aceptar. No resultaba difícil de comprender. No si la secuestrada era la propia esposa y estaba, además, embarazada. Sin embargo, Hans era su hijo. Ilse era su nuera. Y el niño que llevaba en sus entrañas —Hauer notó un nudo en la garganta— era su nieto. Hauer se sentó en el borde de la cama. Durante los últimos veinte años había vivido solo, resignado a una existencia solitaria. Sin embargo, en las últimas cuarenta y ocho horas, había ganado no sólo un hijo, sino toda una familia. Y ahora había perdido aquella familia. Leyó de nuevo la nota. «Tu hijo, Hans.»

—Estúpido —murmuró.

Tardó veinte minutos en llegar al monumento Voortrekker. Durante todo el trayecto no dejó de insultarse por haber dejado solo a Hans. Sabía que algo así podía ocurrir, que, emocionalmente, Hans había estado caminando por el filo de la navaja. Aquella mañana, tras ajustar la mira telescópica de su fusil, estuvo a punto de recoger el arma y regresar directamente al motel. Pero no lo hizo. Una vez tuvo listo el fusil, fue a buscar un lugar adecuado para el canje. Y había encontrado uno, un estadio de fútbol vacío. Perfecto. ¡Maldición!

Hauer no encontró ni rastro de Hans en el monumento Voortrekker. Durante una hora dio vueltas a pie en torno a la base del pardo edificio, pero sabía que no iba a conseguir nada. Hans había desaparecido, y tal vez ya hubiera muerto. Enfrentado a aquella estremecedora realidad, Hauer se daba cuenta de que sus posibilidades de salvar la vida de su hijo eran mínimas. Cuando los secuestradores se dieran cuenta de que los papeles de Spandau estaban incompletos, exigirían respuestas. Y cuando las recibieran, era probable —sólo probable— que se pusieran a buscar al capitán Dieter Hauer. Él pensaba hacerles muy fácil el trabajo de encontrarlo.

De nuevo en el Ford, consultó su mapa y luego giró hacia el oeste en dirección al hotel Protea Hof. Detuvo el coche frente a la entrada principal, sacó del maletero del Ford un largo estuche de cuero y le dio una propina al conserje para que estacionase el coche. Mientras caminaba hacia el ascensor, notaba el reconfortante peso del fusil contra la pierna. En una ciudad europea, el extraño estuche hubiera suscitado una indeseable curiosidad, pero en Sudáfrica los fusiles son algo tan normal y corriente como los palos de golf.

La habitación tenía el mismo aspecto del día anterior. A la luz que se filtraba entre las cortinas echadas, Hauer vio que las ropas y la comida que habían comprado

seguían encima de la cama, dentro de arrugadas bolsas de papel. La cargada ballesta de Hans permanecía apoyada en un rincón, entre la cama más próxima y la pared del baño. Hauer dejó el fusil encima de la cama. Luego notó que el vello de la nuca se le erizaba.

Había alguien más en la habitación. Se volvió con toda naturalidad, como si no fuera consciente del peligro. Allí. Sentado en el sillón junto a la ventana. Una fina sombra se recortaba sobre las oscuras cortinas. Hauer empuñó la Walther que llevaba al cinto y se lanzó tras la cama, echando hacia atrás el cerrojo al tiempo que caía sobre la alfombra.

—No se alarme, capitán —dijo una voz grave y familiar—. Soy yo. Pese a sus esfuerzos por impedírmelo, conseguí llegar hasta aquí.

Hauer asomó la pistola por encima de la parte superior del colchón, ejerció una presión de un kilo sobre el gatillo y luego, lentamente, alzó la vista por encima del borde de la cama. Sentado bajo el fino haz de luz que entraba entre las cortinas se encontraba el profesor Natterman.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

14.25 horas. Transvaal septentrional

Kilómetro y medio al nordeste de la aldea de Giyani, el zulú detuvo el Range Rover en el arcén de grava y se apeó. Hans permaneció en el vehículo. El zulú se protegió los ojos y oteó la larga carretera. Esbelto como un impala, parecía buscar rebaños en el veld. Cada vez que pasaba un coche o un camión, el negro escrutaba el vehículo como si esperase ver a alguien conocido.

Hans comenzaba a irritarse. Llevaban horas en la carretera y ya habían hecho otras dos paradas similares. Tras dirigir una rápida mirada al zulú, Hans se apeó del Rover por el lado del arcén y miró en torno. En dirección a Pretoria, el achicharrante sol relucía como una capa de aceite sobre la carretera. Hacia el norte, sin embargo, Hans vio una masa de nubarrones color pizarra. Bajo el cielo encapotado, un frente lluvioso avanzaba en dirección sur hacia el Rover, dando la sensación de que arrastraba la noche tras de sí.

—Suba —ordenó el zulú, y volvió a ponerse al volante.

Cuando Hans montó en la parte trasera, se encontró con que un negro brazo le tendía una negra venda para los ojos.

—No —dijo el joven.

El zulú soltó la venda sobre las piernas de Hans, y se volvió de nuevo hacia delante. Su actitud le indicó claramente a Hans que, a no ser que obedeciera, el vehículo no se movería ni un centímetro más en dirección a su esposa.

Maldiciendo, Hans se puso la venda en los ojos.

—Ahora, mueve el culo —dijo en voz alta.

Los siguientes treinta minutos fueron como un ejercicio de resistencia a la fuerza gravitacional. El zulú se salió inmediatamente de la carretera, y el demoledor recorrido que siguió hubiera destrozado cualquier vehículo menos resistente que el Range Rover. Siempre que podía, Hans miraba por debajo de la venda, tratando de hacerse una idea aproximada de hacia dónde iban, pero orientarse en aquellas circunstancias era imposible. Para cuando llegaron al fin a terreno llano, Hans se había golpeado varias veces la cabeza, y el zulú había conseguido su propósito de desorientar totalmente a su pasajero.

El coche rodaba ahora sobre terreno liso y áspero, pero eso no ayudó a Hans a orientarse. Sólo podía permanecer en el asiento posterior y esperar el final del viaje. Treinta minutos más tarde, el Rover se detuvo y el zulú le ordenó que bajara. En cuanto los pies de Hans tocaron el suelo, el zulú lo empujó contra el costado del vehículo y procedió a cachearlo. Descubrió inmediatamente el cuchillo pegado con esparadrapo al pecho de Hans y se lo arrancó de la piel. Luego le indicó que esperase.

Cuando oyó que los pasos se alejaban, Hans se quitó la venda de los ojos. Se

encontraba ante un enorme edificio que no se parecía a ninguno que hubiera visto anteriormente. Sin embargo, antes de que pudiera examinarlo en detalle, se abrió una gran puerta de teca y un hombre alto y rubio salió por ella ofreciendo la mano en gesto de bienvenida.

—¿Sargento Apfel? Soy Pieter Smuts. Espero que el viaje no le haya resultado excesivamente incómodo. Entre, estaremos mejor.

—Mi esposa —dijo Hans sin moverse—. He venido a por mi esposa.

—Sí, claro. Pero pase, por favor. Todo a su debido tiempo.

Hans siguió al afrikáner al interior de un majestuoso vestíbulo y por un largo pasillo. Llegaron al fin a una especie de pasillo sin salida lleno de sombras y se detuvieron ante dos puertas. Smuts se volvió hacia Hans.

—Los papeles de Spandau —dijo en voz baja.

—Hasta que vea a mi esposa, no —replicó Hans irguiéndose en toda su estatura, que era más o menos la misma del afrikáner.

—Primero lo primero, sargento. Ése fue nuestro acuerdo. Cuando nos cercioremos de que no se han hecho copias de los papeles, se reunirá usted con su esposa.

Hans no se movió. Con voz cortante, el afrikáner preguntó.

—¿Se desdice usted de nuestro acuerdo?

Hans contuvo el aliento aferrándose a la ilusión de que allí, en la mansión Horn, seguía existiendo alguna posibilidad de negociación. Ahora veía con dolorosa claridad que no era así. Probablemente, al acudir a la cita había cometido el peor error de toda su vida. Y lo había hecho contra el consejo del único hombre que podría haberle ayudado. Ahora sería Ilse la que pagaría el precio de su estupidez.

Smuts percibió la angustia de Hans tan claramente como si el joven hubiera roto a llorar. Abrió una de las puertas y le indicó por señas que entrase en el pequeño dormitorio que había al otro lado del umbral.

—Los papeles —repitió.

Como un zombi, Hans sacó las bien dobladas páginas. Smuts ni siquiera las miró. Se las metió en el bolsillo como si fueran calderilla y asintió brevemente con la cabeza.

—Volveré pronto —dijo—. Procure descansar.

—Pero... ¿y mi esposa? —exclamó Hans—. ¡Tiene que llevarme con ella! ¡He hecho todo lo que me pidieron!

—No, no todo —replicó Smuts—. Pero creo que ha hecho lo suficiente.

Cerró cuidadosamente la puerta, como un botones que recibe una generosa propina.

—¡Aguarde! —gritó Hans, pero las pisadas del afrikáner no tardaron en dejar de oírse.

Hans probó a abrir la puerta, pero ésta se encontraba cerrada. Ahora ya no puedo hacer nada, se dijo desesperado. ¿Será esto lo que desde el principio quise? Se

preguntó cuánto tiempo tardarían los secuestradores en detectar si se habían sacado fotocopias de los papeles. Seguía preguntándose cuando las incontables horas de vigilia pudieran al fin más que él. Se derrumbó sobre la pequeña cama y el sueño no tardó en apoderarse de su exhausto cerebro. Por primera vez desde su infancia, Hans Apfel se quedó dormido con una plegaria en los labios.

Cuando, diez minutos más tarde, el afrikáner lo despertó sacudiéndolo bruscamente, Hans comprendió que su desesperada jugada no había tenido éxito. Un fuego salvaje ardía en los ojos de Smuts y, aunque éste habló incluso con más suavidad que antes, la violencia se desprendía como electricidad estática de cada una de sus palabras.

—Ha cometido usted un gran error, sargento. Sólo se lo voy a preguntar una vez. La vida de su esposa depende de la respuesta. ¿Dónde están los tres papeles que faltan?

Hans se sintió como sí de pronto lo hubieran lanzado a la estratosfera. Notaba los oídos taponados y le resultaba imposible respirar.

—No... no entiendo —dijo estúpidamente.

Smuts giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta.

—¡Aguarde! —exclamó Hans—. ¡La culpa no es mía! ¡Yo no tengo esas páginas!

—Dieter Hauer las tiene —dijo Smuts con voz opaca—. ¿No es así?

Hans tragó saliva sorprendido.

—¿Quién? —preguntó con voz débil.

—¡El capitán de la Polizei Dieter Hauer! —rugió Smuts—. ¡El mismo que lo ayudó a escapar de Berlín! ¿A qué pretende jugar ese estúpido policía? ¿Dónde se encuentra en estos momentos?

Hans fue presa del desánimo. Fénix lo sabía todo. Lo había sabido desde el principio.

—Hauer no tiene las páginas —dijo—. Se lo juro. Las páginas fueron robadas en Alemania.

Smuts lo agarró por la manga y lo arrastró hacia la ventana. A Hans le asombró la fuerza del delgado brazo. Smuts descorrió las cortinas y agitó el brazo de delante atrás. Satisfecho por lo que había visto, indicó a Hans que se acercara.

Desconcertado, Hans pegó el rostro al cristal. Cuando vio lo que había al otro lado, todos los músculos de su agotado cuerpo quedaron paralizados. A treinta metros de la ventana se encontraba Ilse Apfel, mirando hacia la casa. Tenía las manos atadas con alambre. Sujeta al alambre había una larga cadena cuyo otro extremo se encontraba en manos del chófer zulú de Hans. A los pies del zulú había un viejo neumático negro; junto a él se encontraba el teniente Jürgen Luhr, de la policía de Berlín Occidental. Luhr vestía de civil, pero sus altas botas relucían al sol. Al ver a Hans en la ventana, Luhr sonrió y apretó una Walther P1 contra la sien de Ilse. Smuts

sujetó a Hans con un abrazo de oso y lo obligó a permanecer inmóvil.

—¡Ilse! —gritó Hans.

Ilse movió ligeramente la cabeza, como si hubiese percibido el sonido pero no pudiese localizar su origen. Cuando Luhr le puso el cañón de la pistola contra la oreja, Hans respingó. Tomó aire para gritar de nuevo, pero Smuts le advirtió.

—Como vuelva a gritar, su esposa morirá. Supongo que conoce al hombre que está junto a ella.

Hans sólo había hablado personalmente con Luhr en una ocasión, pero nunca la olvidaría. Luhr era el que lo había llamado para que se sometiese a la sesión del polígrafo en Abschnitt 53, y fue con tal llamada con lo que comenzó toda aquella locura. Luhr era el hombre que había grabado a cuchillo la estrella de David en el pecho de Erhard Weiss. Verlo allí, a ocho mil kilómetros de Alemania, aumentó el desconcierto de Hans.

Smuts soltó a Hans.

—Apártese de la ventana —ordenó.

Hans no se movió.

—¡Que se aparte!

Al negarse Hans a hacerlo, Smuts hizo otra seña. El zulú entregó la cadena a Luhr y se inclinó para levantar en alto el neumático. Mientras éste permanecía suspendido como un halo negro sobre la cabeza de Ilse, un chorro de líquido ambarino saltó de su interior y salpicó el cabello de la joven. Con sádica sonrisa, el zulú encajó el neumático en torno al torso de Ilse, inmovilizándole los brazos contra los costados.

Detrás de Hans, Smuts preguntó.

—¿Está usted familiarizado con «el collar», sargento? Se trata de una especialidad de los nativos. Llenan de gasolina un neumático viejo, inmovilizan con él los brazos de la víctima, de ahí lo de «collar», y luego prenden fuego a la gasolina. El resultado es sumamente desagradable, incluso para un hombre de mi amplia experiencia. Una antorcha humana corriendo de arriba abajo como una gallina agonizante...

Ciego de ira, Hans se lanzó hacia atrás y golpeó con el codo el pecho de Smuts. Luego giró en redondo, bajó la cabeza como un toro y embistió contra el afrikáner lanzándolo contra la pesada puerta. El súbito ataque sorprendió a Smuts, pero mientras éste retrocedía hacia la puerta, lanzó la rodilla contra las costillas de Hans, en un golpe tan rápido y fuerte que Hans ni siquiera se dio cuenta de qué era lo que lo había alcanzado. Se dobló sobre sí mismo sin aliento. Cuando alzó la vista, Smuts se encontraba frente a él, con los brazos cruzados, taladrándolo con la mirada.

—¡Suelten a mi esposa! —suplicó Hans—. Ella no les ha hecho nada.

—¿Dónde está el capitán Hauer, sargento?

Hans se enderezó trabajosamente y fue junto a la ventana. Ilse estaba demudada y su rostro tenía un tono ceniciento. Había reconocido el olor de la gasolina y se había dado cuenta del inmenso peligro en que se encontraba. La joven oscilaba ligeramente

sobre sus pies. Luhr pegó el cañón de la pistola al cuerpo de la joven. A espaldas de Hans, Smuts alzó de nuevo la mano. Sonriendo, Luhr sacó un encendedor y lo prendió. Acercó la llama a menos de un metro de Ilse, extendiendo el brazo al máximo por temor a que los vapores de la gasolina hicieran que ésta se incendiara accidentalmente.

—No me obligue a hacerlo, sargento —dijo Smuts al oído de Hans—. ¿Para qué va a darle al sádico del teniente Luhr esa satisfacción?

—¡Es usted un salvaje! ¡Hauer está en el hotel!

—¿En qué hotel?

—¡En el motel Bronberrick! ¡Ahora suelten a mi esposa!

Smuts alzó de nuevo la mano y Luhr, con el rostro enrojecido por la furia y la decepción, cerró el encendedor. El zulú empujó fuertemente el neumático hacia abajo, hasta que quedó en torno a los pies de Ilse, y luego se llevó consigo a la mujer.

—Vamos, sargento —dijo Smuts empujando a Hans hacia la puerta—. Tiene usted que llamar por teléfono.

15.26 horas. Habitación 604. Hotel Protea Hof

—¡Debería pegarle un tiro! —gruñó Hauer—. Es usted un viejo idiota.

—Tranquilo, capitán —pidió el profesor Natterman—. Ya le dije que me las arreglaría de un modo u otro para llegar hasta aquí.

A Hauer le daba vueltas la cabeza. ¿Cómo podía haber cometido la estupidez de dejar a Natterman en Wolfsburg apuntando una escopeta contra el falsificador? Probablemente, antes de que Hans y él se alejasen ni un kilómetro de la cabaña, el profesor ya había averiguado los nombres que figuraban en los pasaportes falsos.

—¿Está usted solo? —preguntó secamente Hauer.

Natterman miró fugazmente hacia la puerta.

—Por favor, no se enfade, capitán —dijo—. No me encontraba en posición de llegar solo hasta aquí.

—¿Quién vino con usted?

—Otro viejo como yo. Un judío.

Hauer se volvió y apuntó la pistola hacia la puerta.

—¿Dónde está?

—¿Se encuentra Hans con usted? —preguntó Natterman...

—¿Dónde está ese judío?

Una grave y desconocida voz respondió a la pregunta de Hauer.

—Estoy en el baño. Solo.

Con la Walther pegada al pecho, Hauer se lanzó al suelo, entre la cama y la pared del baño.

—Estoy desarmado, capitán —dijo la voz.

—¡Silencio! ¡Quédese donde está! —Hauer apuntó la pistola contra el profesor—. ¡Y usted también, maldita sea! ¡No se mueva!

Natterman resopló.

—Está haciendo una tontería, capitán. Herr Stern es inofensivo.

—No podía quedarse usted donde estaba, ¿verdad? —Hauer pensó furiosamente durante unos segundos—. ¡Muy bien! —gritó al fin—. ¡Usted, el del baño, salga despacio y con las manos en la cabeza! ¡No vacilaré en disparar!

—¿Puedo encender la luz?

—¡No! —Hauer yacía tumbado en el espacio entre las dos camas y sólo asomaba la cabeza y la pistola. Cuando la alta silueta apareció en la puerta del baño, Hauer apuntó la pistola hacia la cabeza del hombre—. Empiece a hablar —masculló—. Y no baje las manos.

—Me llamo Jonas Stern —dijo la alta sombra—. Le aseguro que mis intenciones no podrían ser mejores, capitán, Sospecho que mi interés hacia este caso es similar al suyo, y me gustaría que habláramos.

—¿Para quién trabaja?

—Para mí mismo. Pero si quiere una pista, le diré que mi país de origen es Israel. —Stern hizo una pausa—. ¿Puedo encender la luz?

—Encienda la del baño. Para hablar será suficiente.

En el pequeño cubículo se encendió un tubo fluorescente. Stern permaneció inmóvil en el rectángulo de luz, de modo que Hauer se sintiera tranquilo, pero Hauer, pese a ello, mantuvo la Walther apuntándole. Según la silueta fue tomando aspecto humano, Hauer reparó en el rostro, bronceado y anguloso, y en los ojos, vivos y penetrantes.

—Capitán Hauer —dijo Stern—, ¿le importa decirme dónde se encuentra en estos momentos el sargento Apfel?

—Prefiero que me cuente cómo han llegado ustedes hasta aquí.

Stern mantuvo con firmeza la mirada de Hauer.

—Sinceramente, eso sería una pérdida de tiempo. Baste decir que estoy metido en este asunto desde la primera noche en Spandau. Supongo que, desde su punto de vista, lo más importante que puedo decirle es que tengo en mi poder las tres páginas que faltan de los papeles de Spandau.

A Hauer se le aceleró el corazón. Así que fuiste tú. Tú degollaste al afrikáner como a un cochino.

—Aún no me ha explicado a qué se debe su interés por este asunto.

Stern lanzó un suspiro.

—A todos nos inquieta la suerte que pueda correr la muchacha, capitán, vaya eso por delante. Pero sospecho que a usted, como a mí, le interesa algo más que el simple secuestro. ¿Me equivoco al suponer que le preocupa la seguridad y el futuro de Alemania?

Hauer no replicó. Stern continuó.

—Yo soy judío, capitán. Israelí. Creo que los hombres que desean hacerse con los papeles de Spandau suponen una grave amenaza para mi país. Y también pueden suponer una amenaza, distinta pero igual de grave, para la Alemania democrática. He venido dispuesto a acabar con esos hombres.

—¿Y cómo piensa dar con ellos?

—Con su ayuda.

Hauer movió la cabeza asombrado.

—¿Espera que los lleve a los dos conmigo? ¿Es ése su plan?

Stern sonrió.

—Creo que puedo serle de gran ayuda.

Hauer alzó escépticamente una ceja.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—Por mi experiencia. Según el profesor, es usted experto en antiterrorismo, capitán. Eso, en estas circunstancias tiene un valor limitado. No nos enfrentamos a las Brigadas Rojas. Esto son «las ligas mayores», como dicen los norteamericanos. Yo llevo muchos años combatiendo en la guerra secreta. Puedo evitar que cometa errores muy graves.

Hauer movió la cabeza.

—Por mucha experiencia que tenga, es usted demasiado viejo. Nos enfrentamos a una situación de rehenes. La velocidad y la rapidez de reflejos serán fundamentales.

Stern contuvo su irritación.

—Si cree que esto es una simple situación de rehenes, comete un gravísimo error. Nos enfrentamos a una telaraña de intrigas que comenzó a tejerse hace cincuenta años y que desde entonces no ha hecho sino enmarañarse más y más. Ilse Apfel es una simple mota de polvo atrapada en esa maraña. —Stern alzó la mano y agarró en el aire una imaginaria mota—. Cada vez que da un paso hacia la muchacha, capitán, toda la telaraña se estremece. La araña sabe en todo momento dónde se encuentra usted, y cuando decida atacar, se encontrará con que el que está atrapado es usted.

—Interesante metáfora —dijo Hauer—. ¿Cuál es la moraleja?

Stern sonrió paciente.

—Desde el principio, debe centrar su atención en la araña, no en la mota de polvo. Si elimina la araña, podrá usted desbaratar la telaraña a su antojo.

Hauer permaneció en silencio por unos momentos.

—Prefiero actuar solo —dijo al fin—. A lo largo de mi vida me he enfrentado a muchísimas arañas.

Hauer encajó las mandíbulas.

—Con mi ayuda, tendría muchas más posibilidades de éxito.

Hauer levantó la Walther.

—Si lo único que tiene es información, Stern, puede dármela ahora mismo.

En el instante en que el dedo de Hauer se curvaba, indeciso, sobre el gatillo, Stern se retiró de la puerta. Reapareció momentos más tarde. Tras él asomaron tres jóvenes

sumamente fornidos. Por sus duros rostros y sus flameantes ojos, Hauer comprendió todo lo que necesitaba saber acerca de su cometido.

—Éstas son mis otras bazas, capitán —dijo Stern—. *Sayaret matkal*: comandos israelíes. Puede que haya oído hablar de ellos. Si es buen juez de las personas, comprenderá lo útiles que pueden ser mis compañeros en la situación a la que nos enfrentamos.

Inmediatamente, Hauer corrigió su opinión acerca de la posible utilidad de Stern. Hasta los oficiales de élite del GSC-9 alemán hablaban con respeto de los sayaret matkal.

—¡Es usted! —exclamó de pronto Hauer al reconocer a Yosef Shamir, al que había visto en la escalera del hotel Burgerspark—. ¡Usted me estaba siguiendo anoche!

Stern se interpuso rápidamente entre Hauer y el joven israelí.

—Yosef estaba allí porque yo se lo pedí —explicó—. Era mi intención verme con usted en el Burgerspark, pero unos problemas inesperados me lo impidieron. Me alegro enormemente de que decidiera regresar aquí. Supongo que anoche, tras su escaramuza con Yosef, buscaron otro hotel, ¿no?

Hauer asintió de mala gana.

—¿Y por qué decidió regresar? —siguió preguntando Stern.

—Porque el joven y angustiado esposo decidió mentirme. Ha establecido contacto con los secuestradores por su cuenta y riesgo.

Stern cerró los ojos.

—Oh, no —gimió Natterman—. ¿Por qué lo hizo?

—Porque comprendió que cualquier intento de liberar a Ilse por la fuerza podría provocar su muerte. Creo que eso mismo pensaba usted en Alemania, ¿no, profesor? Y también porque Ilse está embarazada.

Natterman abrió mucho los ojos.

—Ese muchacho debe de estar loco —dijo Stern—. ¿Acaso no se da cuenta de que, haga lo que haga, los secuestradores los matarán a su esposa y a él?

—No, no creo que se dé cuenta. Piensa con el corazón, no con la cabeza.

—Ése es un error que muchas veces resulta fatal —dijo secamente Stern.

—¿Ilse está embarazada? —murmuró Natterman.

Hauer se acercó a la ventana y descorrió las cortinas. La calle Van Der Walt parecía tan tranquila como la Kurfürstendamm a primera hora de la mañana de un domingo. Aaron Haber cogió la cargada ballesta de Hans del rincón y la mostró a sus compañeros con una sonrisa en los labios. Stern le indicó por señas que dejara el arma donde la había encontrado.

—¿Cuáles eran sus planes antes de que nosotros apareciéramos, capitán? —preguntó Stern—. ¿Hacer de carnada? ¿Decirles a los secuestradores que tenía usted las páginas que faltan del diario de Spandau para luego cazarlos en su propia trampa?

De mala gana, Hauer admitió.

—Sí, más o menos.

—Ése es un juego peligroso.

—Sí, pero no hay otro.

—No esté tan seguro —dijo Stern—. Se olvida de algo.

—¿Ah, sí?

—Yo tengo realmente en mi poder los papeles que faltan. Creo que con ellos conseguiremos una invitación para el baile de los secuestradores. ¿No está usted de acuerdo?

Lentamente, los labios de Hauer se curvaron en una son, risa.

En aquel momento sonó el teléfono y todos se quedaron paralizados.

—Conteste —ordenó Stern.

Hauer se abalanzó hacia la mesilla de noche y descolgó el receptor.

¿Sí?

—¡Capitán!

Sin quitarle ojo a Stern, Hauer preguntó entre dientes.

—¿Dónde estás?

—No puedo decírtelo —replicó Hans—. Y, de todas maneras, no lo sé a ciencia cierta. Capitán, necesito las páginas del diario que faltan. Cometí un error al separarme de ti. Lo lamento. Pero estos hombres matarán a Ilse si no reciben la totalidad de las páginas. ¡Están locos!

Hauer reflexionó en silencio.

—Pero yo no tengo esas páginas —dijo al fin, sin quitarle ojo a Stern.

—Ya lo sé —replicó rápidamente Hans—. Pero puedes encontrarlas. Tienes que hacerlo. ¡Regresa a Alemania! ¡A la cabaña! Tú puedes encontrarlas y debes hacerlo. Es un simple trabajo policial.

—No tan simple —dijo Hauer tratando de ganar tiempo—. No olvides que en Alemania se me busca por asesinato.

—¡Eso, los secuestradores lo pueden arreglar!

Hauer puso una mano sobre el auricular del teléfono y le susurró a Stern.

—Fénix quiere el resto del diario. ¿Les digo que lo tengo en mi poder?

Stern negó vivamente con la cabeza.

—No se lo creerán. Si usted tuviera realmente las otras páginas, Hans habría encontrado el modo de quitárselas antes de acudir a la cita.

—¿Qué digo? ¡De prisa! —Hauer se preguntó de pronto por qué le pedía consejo a aquel viejo y extraño israelí.

Stern señaló con un índice hacia el profesor Natterman.

—Él los tiene. Dígalos que el profesor los siguió a Hans y a usted hasta Sudáfrica, y que trajo consigo los papeles que faltan.

Hauer negó furiosamente con la cabeza pero no se le ocurrió ninguna otra cosa que decir.

—¿Hans?

—¡Aquí estoy!

—¿Me oyen los secuestradores?

¡Sí!

—No le hagan nada a la muchacha —dijo lentamente Hauer—. ¿Me oyen? No le hagan nada a la muchacha. Su abuelo está aquí conmigo y tiene en su poder lo que ustedes desean.

A Hans se le cortó la respiración.

En el teléfono sonó una voz nueva.

—Escuche atentamente, capitán Hauer —dijo Smuts—. Enviaré usted al viejo al mismo lugar, al monumento Voortrekker. Debe estar allí dentro de treinta minutos, solo, y con las páginas que faltan. Una vez nos hayamos cerciorado de que no han sacado fotocopias, soltaremos a nuestros prisioneros. Si trata de seguir al vehículo que recogerá al profesor, el conductor matará al viejo en el acto. —Con gélida voz, Smuts añadió—. Y usted no saldrá con vida de este país. ¿Entendido?

—*Ja* —gruñó Hauer.

La conexión telefónica se cortó. Hauer se volvió hacia Stern.

—Muy bien, as de los espías, nos ha metido usted en un bonito lío. Quieren que el profesor les entregue la última baza que nos queda y, si tratamos de seguirlo, lo matarán. Ahora morirán tres rehenes en lugar de dos.

Stern sonrió enigmático.

—¿Qué le ha pasado a su imaginación, capitán?

Hauer enrojeció de furia.

—Cuando hay vidas en peligro, trato de ser práctico.

—Lo mismo que yo —dijo sosegadamente Stern—. Pero sólo con pragmatismo no se va a ninguna parte. Debería usted saberlo, capitán. La clave del triunfo es la imaginación.

—¿Y qué milagro propone su famosa imaginación para solucionar este problema?

—Uno muy sencillo. —La mirada de Stern estaba fija en el aturdido profesor Natterman—. ¿Lleva su nieta fotos de usted en el bolso, profesor?

Desconcertado, Natterman replicó.

—No... no creo.

—Pues ya está —dijo Stern con una sonrisa.

Hauer comprendió las intenciones del israelí y abrió mucho los ojos. Stern sonrió.

—Es la solución perfecta, capitán. Me haré pasar por el profesor.

Hauer estaba negando con la cabeza, pero se daba cuenta de que se encontraba ante un maestro. Stern ya se estaba desvistiendo.

—Es muy arriesgado —murmuró Hauer.

—Deme su chaqueta, profesor —dijo Stern—. Debo llevar algo que Ilse reconozca inmediatamente.

Hauer quiso oponerse pero lo cierto era que no se le ocurría ningún plan mejor. Contempló en envidioso silencio cómo el israelí se preparaba para meterse en el

centro de su metafórica tela de araña.

Mientras Stern se desvestía, el profesor Natterman se inclinó sobre él y le susurró al oído.

—¿Recuerda lo que hablamos en el avión, Jonas? ¿Respecto al hombre tuerto y respecto a Hess...?

Con suave firmeza, Stern hizo a un lado a Natterman. Con el pecho desnudo, entregó su pistola a Gadi y se volvió hacia Hauer con una sonrisa.

—Lo lamento, capitán —dijo—. Es usted demasiado joven para este trabajo.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

15.37 horas. Van der Walt Straat, Pretoria

Yuri Borodin se pasó un pañuelo de seda por el cuello y la frente. Estaba a punto de llover y en el furgón hacía un calor achicharrante. Además, el vehículo apeataba. El motor no estaba encendido, así que no funcionaba el aire acondicionado. Borodin alzó la vista. Cinco patibularios rostros lo miraron obtusamente. Gorilas. Así los llamaba Borodin. Gorilas de embajada. Eran los sicarios del KGB, disponibles en todas las embajadas rusas del mundo, y que en todo el mundo tenían el mismo aspecto. Trajes de confección, pelo con brillantina, rostros brutales, puños enormes... Y casi todos ellos apeataban. Naturalmente, no había legaciones diplomáticas en Sudáfrica, pero en Johannesburgo existía una residencia ilegal. Y los gorilas de la residencia tenían el mismo aroma, una mezcla de olor corporal y loción para después del afeitado.

—Baje una ventanilla —dijo Borodin.

El chófer lo hizo.

—Caballeros, el capitán Dieter Hauer se encuentra en el hotel de mi derecha, el Protea Hof. Lo acompañan unos tipos que tienen una sospechosa pinta de judíos. — Borodin chasqueó la lengua—. Alemanes y judíos... una mezcla que suele ser explosiva.

Uno de los gorilas rió entre dientes. Vaya, se dijo Borodin, uno de ellos posee al menos un rudimentario sentido del humor.

—Al otro lado de la calle, en el hotel Stanley —continuó Borodin—, se encuentra nuestro inquieto detective alemán de la Kripo. Es un tipo sumamente fornido, pero no nos creará problemas graves. Bastarán dos hombres para acabar con él. Cuando esté muerto, dejadle la documentación pero coged el dinero. —Borodin sacó una metralleta Heckler and Koch MP-5 de un maletín de cuero—. Los demás asaltaremos la habitación 604. —Señaló al más enjuto de los gorilas—. ¿Conoces la ventana?

El hombre alzó el fusil de precisión Dragunov que sostenía sobre las piernas y lo metió en una funda de tela.

—Sexto piso —dijo—, tercera ventana por la izquierda.

Borodin ajustó un largo silenciador al cañón de su MP-5.

—Vamos.

15.42 horas. Habitación 604. Hotel Protea Hof, Pretoria

Jonas Stern les hubiera metido una buena bronca a Gadi y sus hombres por su descuido, pero si no se hubieran encontrado con la guardia baja debido a la ausencia

de Stern, probablemente habrían sabido defenderse mejor. Cuando sonó el timbre del teléfono, todos se volvieron hacia el aparato pensando que quien llamaba era Stern. Hauer se encontraba junto a la ventana, Natterman en una de las camas, Yosef en el espacio existente entre la otra cama y la pared del baño y, lo más importante, Aaron en el vestíbulo. Nadie oyó la llave girando sigilosamente en la cerradura.

Gadi Abrams, que era el más próximo al teléfono, descolgó y dijo.

—Sí, dígame... ¿Tío Jonas?

En aquel momento de desconcierto general, una bala de fusil hizo pedazos el cristal de la ventana del hotel y no dio a Hauer por un centímetro. Todos se volvieron hacia el sonido de los cristales. Medio segundo más tarde, uno de los gorilas de Borodin irrumpió en el vestíbulo y derribó a Aaron Haber como si fuera un niño. Hauer miró en torno, estupefacto. Su Walther estaba sobre la cama, a dos metros de distancia. Cuando iba a lanzarse a por ella, apareció en la puerta el segundo gorila, con la pistola apuntando al pecho de Hauer. Gadi Abrams, que permanecía boquiabierto junto al teléfono, se encontraba también en la línea de tiro del recién llegado.

Sólo Yosef Shamir hizo algo para contraatacar, y fue Yosef el que murió. Cuando los rusos irrumpieron en la habitación, Yosef se encontraba en el angosto pasillo entre la cama y la pared del baño, examinando la ballesta de Hans. En un alarde de rapidez de reflejos, soltó la ballesta, sacó la 22 con silenciador e hizo tres rápidos disparos en el momento en que el segundo gorila aparecía por el vestíbulo y cruzaba en tromba ante él.

Los tres proyectiles pegaron en la parte superior de la amplia espalda del ruso. El hombre se derrumbó sobre su compatriota, que estaba forcejeando con Aaron en el suelo. Los proyectiles de pequeño calibre sólo consiguieron entorpecer al gigantesco ruso, pero tal entorpecimiento le salvó la vida. Mientras Yosef se acercaba para darle el tiro de gracia, Yuri Borodin salvó de un salto el vestíbulo y disparó contra el joven israelí; le alcanzó en el cuello.

Para cuando Gadi tocó con las puntas de los dedos la Walther de Hauer, Borodin ya los tenía a todos cubiertos con su arma. Enfrentados a la mortífera metralleta MP-5, Hauer, Gadi y Aaron comprendieron que sería inútil continuar resistiéndose. Con las miradas fijas en el convulso cuerpo de Yosef, los tres hombres alzaron lentamente las manos.

El joven comando tardó cuarenta segundos en morir y nadie habló durante ellos. Todos estaban familiarizados con la muerte, y la certeza de que nadie acudiría en ayuda del herido hizo que tanto los atacantes como los atacados guardaran un solemne silencio. El profesor Natterman fue el primero en hablar. Dirigiéndose a todos y a nadie en particular, tartamudeó.

—¿Por qué? ¿Por qué?

—Usted —dijo Borodin señalando a Hauer con su arma—. Eche las cortinas.

Hauer no se movió.

Borodin miró su reloj.

—Eche las cortinas antes de doce segundos o mi francotirador le pegará un tiro. Todos los demás, contra la ventana.

Hauer obedeció. Gadi y Aaron se acercaron a las cerradas cortinas y se colocaron junto a Hauer. El gorila contra el que Yosef había disparado intentaba en vano alcanzar las zonas heridas de su espalda, al tiempo que gemía como un buey agonizante. Borodin ordenó al otro gorila que se lo llevase al baño y le examinase las heridas; luego se sentó, displicente, en la cama más cercana a la puerta. Natterman se encontraba en la cama de frente a Borodin, farfullando de modo incoherente, pero el atildado ruso no le prestó atención. Sacó un cigarrillo y lo encendió con gran parsimonia.

—Caballeros —dijo en inglés—, he venido a por los papeles que fueron descubiertos en la prisión de Spandau. ¿Quién de ustedes los tiene?

—Nadie los tiene —replicó Hauer en el mismo idioma.

Borodin le dio una calada a su cigarrillo. Había advertido el acento alemán.

—Supongo que es usted el capitán Hauer.

Hauer asintió con la cabeza.

—¿Quién es usted?

Borodin sonrió dejando al descubierto una colección de espléndidas coronas dentales suizas.

—Lo preguntaré otra vez, capitán. ¿Quién de ustedes tiene los papeles?

—¿Cómo nos ha encontrado? —preguntó Gadi tratando de ganar tiempo.

Borodin rió entre dientes.

—Un gordo detective de la Kripo llamado Schneider me condujo hasta ustedes. Supongo que es amigo de Hauer.

Un velo de confusión cubrió los ojos de Hauer. Borodin sonrió.

—Naturalmente, en estos momentos el detective está muerto, capitán. Y usted también lo estará si no me entrega los papeles.

—Ya le he dicho que no los tenemos.

La sonrisa de Borodin se convirtió en una gélida mueca. Llamó a uno de los gorilas del baño y le ladró varias frases rápidas en ruso. De los cautivos, sólo Aaron Haber, que era hijo de un judío lituano, entendió lo que decía, pero la súbita palidez de su rostro fue suficiente para que todos los demás comprendieran cuanto necesitaban comprender. El gigantesco ruso apartó a Aaron de la ventana y le hizo la zancadilla para hacerlo caer. Cuando el joven israelí intentó levantarse, el ruso le puso un grueso brazo en torno al cuello y le apretó contra la oreja el cañón de una Browning de 9 milímetros.

—Se acabaron los juegos, caballeros —dijo Borodin. Su voz, aunque no se había alzado ni un decibelio, había perdido todo vestigio de humanidad.

Todos en la habitación sabían que el ruso no vacilaría en ordenar la ejecución de Aaron. Sin embargo, el joven comando no emitió ni un sonido. Dejaba su destino

totalmente en manos de Gadi Abrams, al que Stern había dejado al mando antes de salir hacia la cita con los secuestradores.

—Aun a riesgo de resultar melodramático —siguió Borodin—, voy a contar hasta cinco. Si cuando termine no tengo en mi poder los papeles de Spandau, mi fiel ayudante convertirá el cerebro de este joven en caviar kosher.

—No los tenemos —repitió Hauer.

Borodin comenzó a contar rápidamente.

—Uno, dos, tres, cuatro...

—¡Alto! —exclamó de pronto el profesor Natterman sorprendiéndolos a todos—. ¡Alto, por Dios! ¡Escúcheme, salvaje! Lo que dice Hauer es verdad. Hans Apfel tiene el original del diario. O, al menos, la mayor parte del original. El judío que se marchó de aquí hace unos minutos tiene el resto de las páginas. Han secuestrado a mi nieta. Hemos venido a canjear los papeles por su vida. Supongo que hasta un hombre como usted puede comprender eso.

Borodin miró fijamente al historiador.

—¿Y de qué me sirve a mí todo eso que me cuenta? Quiero resultados, no excusas.

—Existe una copia —explicó Natterman—. Una copia de los papeles. Fotografías. Son ustedes rusos, ¿no? Si lo que desean es airear la verdad acerca de Rudolf Hess, no necesitan más. —Natterman señaló hacia Hauer—. Él las tiene. Lo lamento, capitán, esos papeles significan mucho más para usted que para mí, pero, simplemente, no valen la vida de ese muchacho.

Hauer miró con extrañeza al anciano. No parecía el mismo profesor obsesionado por la fama que era cuando lo conoció.

Borodin apuntó la MP-5 contra el rostro de Hauer.

—Las fotos, capitán.

Hauer no se movió.

—Mata al judío —dijo Borodin indiferente.

—Cabrón —masculló Hauer, y sacó el sobre del bolsillo posterior del pantalón y lo arrojó sobre la cama.

Borodin miró los negativos contra la luz del techo y, tras examinarlos brevemente, se los guardó en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Sospecho que ninguno de ustedes conoce el paradero de los tipos a los que su amigo va a entregar los papeles.

—Exacto —asintió Natterman.

Borodin rió entre dientes.

—Lo suponía. De no ser así, este aguerrido comando judío no estaría matando el tiempo en el cuarto de un hotel.

Pese a la pistola que tenía apoyada contra la sien, Aaron lanzó una maldición y trató de golpear al agente soviético. Borodin se hizo a un lado y llamó a uno de sus gorilas.

—¡Dmitri! Déjales las armas pero quítales las municiones.

Dos minutos más tarde, Borodin los miraba sonriente desde el vestíbulo, flanqueado por sus gorilas. El ruso que no había resultado herido sostenía una funda de almohada llena de cargadores para las Uzi, cajas de cartuchos y balas sueltas del calibre 22.

—La fiesta ha concluido, caballeros —dijo Borodin—. Ya sólo me queda decirles adiós. —Acompañó sus despedidas con un elegante ademán—. *Do svidaniya! Shalom! Auf Wiedersehen!*

Borodin lanzó una risotada y luego indicó a uno de los gorilas que abriese la puerta.

En cuanto el ruso que llevaba la funda de almohada hizo girar el tirador, la puerta se abrió de golpe lanzando al hombre contra su compañero herido. Desde la ventana, Hauer vio, boquiabierto, cómo la parte posterior de la cabeza del herido hacía explosión.

El segundo ruso fue a sacar la pistola pero dos balas lo alcanzaron en la parte baja del estómago y le destrozaron la columna.

Yuri Borodin salió del vestíbulo caminando rápidamente hacia atrás y se volvió hacia la ventana. Hauer y los israelíes se dejaron caer al suelo en el momento en que los disparos de la MP-5 de Borodin pegaban contra la cama, la pared y el techo. Hauer alzó la cabeza justo en el instante en que dos brillantes flores rojas aparecían en los hombros del ruso.

Hauer y Gadi ya se habían incorporado para cuando el cuerpo de Borodin se desplomó sobre el suelo. De pie en el umbral había un corpulentísimo hombre cuyos hombros llegaban casi de jamba a jamba. En su mano humeaba una pistola Walther. Se cubría la ensangrentada cabeza con un sombrero gris, y del cuello le colgaba una placa de bronce con una gran K mayúscula, el emblema de la Kriminalpolizei berlinesa.

—¿Capitán Hauer? —preguntó Schneider.

Hauer avanzó un paso y asintió con la cabeza. Schneider se metió la pistola en el bolsillo.

—Tengo que hablarle.

Gadi Abrams se acuclilló junto a Borodin, que yacía pálido y tembloroso sobre la alfombra. Gadi le registró los bolsillos en busca del sobre de Hauer, lo encontró y le arrojó los negativos a Hauer. Luego acercó el rostro al de Borodin.

—¿Dónde está tu francotirador? —gritó—. ¿Dónde?

Borodin sonrió.

—Jódete, judío.

Gadi cogió una almohada, la apretó contra el rostro de Borodin y luego golpeó a éste en el hombro herido. El ahogado aullido del hombre no pareció humano. Gadi retiró la almohada.

—Al otro... lado... de la calle —jadeó Borodin—. Habitación 528... Hotel...

Stanley...

Gadi cerró las morenas manos en torno a la garganta de Borodin y comenzó a apretar.

—Por Yosef —dijo en voz baja.

El detective Schneider cruzó la habitación, apartó de un empujón a Gadi del ruso y luego se arrodilló junto a éste.

—¿Eres Yuri Borodin? —preguntó lacónico—. ¿Eres el hombre que mató al comandante Harry Richardson?

Borodin lo miró con ojos vidriados. Comprendía que sus posibilidades de salir vivo de aquella habitación eran casi nulas. En su pálido rostro apareció una torcida sonrisa.

—Lo de la esvástica fue un bonito toque... ¿no le parece?

Schneider lanzó un suspiro. Mentalmente, vio la sombría y calurosa habitación en la que él y el coronel Rose habían examinado el mutilado cadáver de Harry. En el sofocante calor sudafricano, la cosa no era difícil de recordar.

—Debería dejar que te murieses desangrado —gruñó.

—Jódete tú también, cochino alemán.

Bajo los incrédulos ojos de Hauer y de los israelíes, Schneider cerró una gran manaza en torno al cuello de Borodin y apretó con la indiferente fuerza de una raíz quebrando el pavimento de una carretera. Schneider no vio la seña que Hauer le hizo a Gadi, ni tampoco advirtió que los dos israelíes se le acercaban por detrás. En cuanto las piernas de Borodin dejaron de agitarse, los comandos israelíes agarraron por los brazos al fornido alemán. Schneider no se resistió, ni siquiera cuando Gadi le quitó la pistola del bolsillo.

Hauer se adelantó y examinó el cuero cabelludo de Schneider detrás de ambas orejas. Satisfecho, retrocedió un paso e indicó a los israelíes que lo soltaran.

—Yo no llevo ese puñetero tatuaje —murmuró Schneider.

En el incómodo silencio que se produjo a continuación, Hauer reparó al fin en los débiles gemidos que se oían en el interior de la habitación. Miró en torno sin ver nada y al fin dirigió la vista hacia el suelo entre las dos camas. El profesor Natterman yacía allí, mortalmente pálido, aferrándose el costado con ambas manos.

—¿Capitán? —susurró inseguro.

Hauer se arrodilló y examinó al viejo. Cuando Schneider irrumpió en la habitación, el profesor estaba tumbado en la cama y, al no buscar refugio con la suficiente rapidez, fue alcanzado por dos balas de la última ráfaga de Borodin. Una le había dado en la carne de la parte izquierda de la cadera y la otra le había rozado el muslo izquierdo. Hauer se dio cuenta de que las heridas eran superficiales, pero evidentemente el profesor creía estar a punto de morir. Alzó las temblorosas manos hacia el cuello de la chaqueta de Hauer y lo atrajo hacia sí.

—Realmente existe... una copia, capitán... —susurró—. Una copia de los papeles de Spandau.

Hauer se libró de las manos del viejo.

—¿Cómo?

—Dígale a Stern que recuerde la copia que hice en Berlín.

¿Qué?

Natterman sonrió débilmente.

—Stern... me estaba siguiendo. Me vio hacerlo. Saqué copia de los papeles de Spandau antes incluso de salir de Berlín hacia la cabaña. Se la envié por correo a uno de mis antiguos ayudantes de cátedra para que la pusiera a buen recaudo. Kurt Rossman. Si... consigue usted llegar hasta donde se encuentra Ilse, no se preocupe por los papeles. Simplemente, rescate a Ilse. Dígale a Stern que rescate a Ilse.

Hauer estaba estupefacto. Le costaba creer que, pese a lo que los secuestradores habían insistido en que no se copiaran los papeles de Spandau, Natterman hubiera arriesgado la vida de Ilse al no admitir que ya había sacado fotocopias de ellos. En el momento en que Hauer abría la boca para abroncar al viejo, se les acercó Aaron Haber con una bolsa de lona. El joven comando sacó de ella un estuche que contenía Betadyne, Xylocaine, suturas, jeringuillas, gasas, un indicador de presión sanguínea, morfina y un surtido de medicamentos de urgencia.

—Estamos preparados para las bajas —dijo, y apoyó las piernas de Natterman en unas almohadas para aumentarle el riego sanguíneo del cerebro.

Hauer se puso en pie y concentró toda su atención en Schneider.

—Bueno, cuente su historia, detective.

Schneider sacó un pañuelo y se quitó parte de la sangre del rostro.

—He venido a ayudarlo, capitán. Las cosas no están nada bien para usted en Berlín. Tanto a usted como al sargento Apfel los buscan por asesinato.

—No soy ningún asesino —dijo ásperamente Hauer.

—No he dicho que lo sea. Sé lo de los papeles de Spandau, capitán. Y lo de Fénix. Estoy colaborando con los norteamericanos. Con el coronel Rose, del ejército estadounidense. Por eso me fue posible localizarlos.

—Supongo que busca los papeles de Spandau.

Schneider se encogió de hombros.

—Sólo en la medida en que me sirvan para acabar con Fénix.

Hauer asimiló lentamente las palabras del detective.

—¿Por qué ha matado al ruso?

—Él asesinó a un comandante de los servicios de inteligencia norteamericanos llamado Richardson. Richardson fue el que averiguó que Fénix no sólo existe en Berlín Occidental, sino también en Alemania Oriental.

—Yo eso lo sé desde hace meses.

—Entonces, ¿por qué no lo denunció?

Hauer sonrió torcidamente.

—¿Denunciarlo? Fénix tiene hombres en el Departamento de Policía, en el BND, en el senado de Berlín Occidental, en el gobierno federal en Bonn y en todos los

estados. Si le hubiese contado lo que sabía a la persona inadecuada, al cabo de doce horas usted y sus amigos de la Kripo me habrían ido a visitar al depósito de cadáveres.

Schneider asintió lentamente.

—Los norteamericanos pueden ayudarlo, capitán. El coronel Rose sin duda lo hará.

—Ha dicho que el ruso ya había matado a un oficial norteamericano. Maldita la falta que me hace ese tipo de ayuda. —Hauer estudió al corpulento alemán—. ¿Por qué iba yo a confiar en usted?

—Porque le he salvado la vida.

Hauer se encogió de hombros.

—Cualquier miembro de Fénix hubiera matado a esos rusos con la misma rapidez que usted. Todavía no pueden permitirse que los rusos conozcan los verdaderos propósitos de Fénix.

Schneider miró a Hauer a los ojos.

—Regrese conmigo a Berlín, capitán. Ayúdenos a desenmascarar a Funk y a sus hombres. Nada le agradaría tanto al coronel Rose como ordenar un asalto contra Abschnitt 53. Pero tiene las manos atadas. A causa del asunto Hess, sus superiores no lo dejan actuar, y él no tiene pruebas suficientes contra el prefecto Funk. Usted podría facilitarle las pruebas que le hacen falta, capitán. Debe confiar en mí. Yo deseo lo mismo que usted: limpiar Berlín de esa lacra. —Schneider volvió las enormes manos hacia arriba—. Ya sé que usted no me conoce, pero supongo que conoció a mi padre. Max Schneider. Él también pertenecía a la Kripo. Era tan corpulento como yo.

Hauer estudió el rostro de Schneider durante un minuto completo. Dos hilillos de sangre resbalaban desde la banda interior de su sombrero. Detrás de Schneider, Gadi estaba arrastrando hasta el baño los cadáveres de los rusos, mientras Aaron atendía al profesor. La noticia de que Natterman había sacado copia de los papeles de Spandau daba vueltas y vueltas en la cabeza de Hauer.

La situación había cambiado. Drásticamente. El hecho de que existiera copia de los papeles de Spandau, unido a las pruebas que Steuben y él habían logrado reunir, significaba que ya era posible emprender una acción directa en Berlín. Allí en Sudáfrica los acontecimientos iban demasiado de prisa. La traición de Hans, la súbita aparición de Stern, el ataque de los rusos, el inesperado rescate de Schneider. Schneider...

—Su padre llevaba un sombrero muy parecido al suyo —dijo Hauer ausente.

—¿Lo conoció? —quiso saber Schneider.

Hauer se volvió y miró, pensativo, por la ventana.

—¿Dice usted que trabaja para los norteamericanos?

—Sí. Para el coronel Rose, de los servicios de inteligencia militar.

—¿Puede llamarlo por teléfono?

—Sí.

—Hágalo.

16.00 horas. Monumento Voortrekker, Pretoria

Tras cuarenta y cinco minutos de yacer con los ojos vendados en el asiento posterior del veloz Range Rover, Jonas Stern se sentía totalmente desorientado. El chófer zulú que lo había recogido en el monumento Voortrekker conducía con las ventanillas bajadas, y Stern percibía el olor a lluvia en el viento. Había mirado por debajo de la venda en una ocasión y le pareció que había anochecido muy temprano. En realidad, la oscuridad se debía al bajo techo de nubes de tormenta que Hans había visto aparecer procedente del norte. Formaba parte de un frente que llegaba desde el océano Índico, que se extendía hacia el sur desde la frontera de Mozambique y llegaba casi hasta Pretoria.

Stern tensó el cuerpo cuando el Range Rover derrapó en un arcén rocoso y se detuvo bruscamente. Oyó que se abría y se cerraba la portezuela del conductor. Stern apartó un poco la venda y miró en torno. Al fondo de la carretera vio una luz lejana. Brillaba en la dirección de la que ellos procedían. Cuando estaba tratando de enfocar la mirada en la luz, ésta se desvaneció. El chófer zulú se volvió hacia Stern, le dirigió una furiosa mirada y señaló con un índice la venda de los ojos. Mientras se la volvía a poner, Stern oyó, o creyó oír, el lejano sonido de un motor de automóvil.

El zulú montó de nuevo en el Range Rover y volvió a la carretera, acelerando hasta una velocidad absurda. Siguió así durante tres o cuatro minutos; luego redujo la marcha y volvió a apartarse de la carretera. Cuando el Range Rover se detuvo al fin, el conductor se apeó y se alejó corriendo del vehículo.

Stern levantó la venda lo suficiente para ver dónde se encontraban. El Rover se había detenido en una especie de pequeño parque de carretera. Varios africanos vestidos con polícromas indumentarias remoloneaban en torno al único edificio. Muchos sostenían botellas de licor en las manos. El centro de todos ellos parecía ser un teléfono público de pared. Uno de los negros estaba hablando por él. Stern observó cómo el chófer zulú se acercaba al grupo. En vez de aflojar el paso, el zulú movió un brazo de lado a lado en el aire. Los negros se dispersaron como niños asustados. Stern se dijo que debían de conocer al zulú.

El conductor estuvo un par de minutos hablando a gritos por teléfono, moviendo la cabeza de arriba abajo como un pájaro. De pronto, interrumpió tal movimiento y volvió a mirar hacia el fondo de la carretera. Stern siguió su mirada. La luz volvía a estar allí, sólo que ahora era más grande... y ya no era una sola luz, sino dos.

Hauer, pensó súbitamente Stern. ¡Maldito sea!

Mientras el zulú regresaba presurosamente al Rover, Stern crispó todo el cuerpo esperando recibir el balazo que le habían prometido si algún vehículo los seguía. Pero no hubo ningún disparo. La puerta del conductor volvió a cerrarse y el Rover salió

como una exhalación del parque y aceleró hasta 150 kilómetros por hora. Mirando por encima de la venda que le cubría los ojos, Stern advirtió que el zulú no dejaba de mirar por el retrovisor. O sea que Hauer sigue ahí, se dijo. ¿Cómo diablos se las habrá arreglado para dar esquinazo a Gadi?

El zulú seguía acelerando y el motor del coche bramaba. Stern se preguntó si el chófer esperaba librarse realmente de Hauer mediante aquella rudimentaria táctica. En una carretera asfaltada, el Ford alquilado de Hauer podía adelantar al Range Rover sin dificultad.

De pronto, el zulú dio un brusco volantazo, puso el coche sobre dos ruedas y lo lanzó fuera de la carretera, hacia el duro y accidentado veld. El vehículo disminuyó la velocidad rápidamente, pero lo quebrado del terreno compensó de sobra la pérdida de velocidad. Ahora ya no podría alcanzarlos ningún automóvil convencional. Stern trataba de evitar dar con la cabeza contra el techo mientras el coche salvaba baches y saltaba sobre zanjas. Cuando el Rover se detuvo al fin, Stern se derrumbó contra la portezuela y trató de recuperar el resuello.

El zulú abrió la portezuela, hizo salir a Stern y le arrancó la venda de los ojos. Se encontró en medio del inmenso veld iluminado por la extraña luz azul que se filtraba a través de las nubes de tormenta. Las primeras gruesas gotas de lluvia africana cayeron sobre el techo del Rover. Luego los cielos se abrieron con un estampido. Siguiendo la mirada del zulú, Stern divisó los faros que se acercaban a gran velocidad y que ahora parecían saltar de arriba abajo como si los manipulase un enloquecido marionetista. El africano alzó el rostro a las oscuras nubes como disponiéndose a invocar a algún dios nativo para que lo elevase a las alturas, librándolo de su perseguidor. Mientras Stern miraba a través de la lluvia, hipnotizado por el baile de los faros, un nuevo sonido llegó a sus oídos. Al principio pensó que era un trueno. Luego se dijo que tal vez fuese el motor del coche que los perseguía. Pero el sonido se acercaba mucho más de prisa que las luces. No tardó en convertirse en un rugido ensordecedor. Cuando Stern miró al fin hacia arriba, advirtió que la fuente del rugido cubría el cielo. Se agachó bajo el fortísimo azote de los rotores y se protegió los ojos de la torrencial lluvia, pero el zulú tiró de él y lo empujó hacia las enormes fauces del helicóptero que se encontraba suspendido a escasa distancia del suelo.

Mientras ascendían, alejándose del huracán que soplaba abajo, Stern oyó entre el bramido de los motores unos sonidos más agudos, parecidos al tintineo de una copa de cristal. Y de pronto comprendió lo que eran: ¡impactos de bala! Otros dos proyectiles perforaron la fina piel de aluminio del helicóptero, pero milagrosamente no alcanzaron ninguna de las partes vitales del aparato: ni el cableado, ni el sistema hidráulico, ni los preciosos rotores.

Entre terribles bandazos, el helicóptero siguió ascendiendo. El zulú sujetaba con fuerza a Stern, quien vio que allá abajo los faros del coche que los había perseguido se achicaban hasta casi perderse en la irrealidad. El coche se había detenido y se confundía con el Rover, una brillante mota en medio del veld azotado por la lluvia.

Stern pensó en Hauer, en lo furioso que debía de estar a causa de aquella inesperada estratagema. Se imaginó al alemán emprendiéndola furibundo a puntapiés contra el Rover o incluso disparándole unos tiros para desahogar su furia. Stern no pudo contener una sonrisa.

Pero el hombre de abajo no estaba dándole patadas al Range Rover, ni disparando estúpidamente su arma contra el inanimado vehículo. Y es que el hombre de abajo no era un hombre, sino una mujer. Una inglesa que olía a polvos y a perfume caro. Claire de Lune. Y si Jonas Stern hubiera sabido aquello, se le habrían pasado las ganas de sonreír.

16.10 horas. Habitación 604. Hotel Protea Hof, Pretoria

Hauer y Schneider estaban sentados el uno frente al otro, con el angosto espacio entre las dos camas de por medio. Hauer sostenía la Walther en una mano; las manos de Schneider estaban vacías. Gadi permanecía junto a la ventana, empuñando su Uzi. Tras amontonar a los rusos muertos en el baño, el joven había ido al hotel Stanley para tratar de capturar al francotirador de Borodin, pero éste había desaparecido. El profesor Natterman dormía tumbado en la cama, con el muslo y el costado vendados. Aaron Haber vigilaba la puerta. No habría nuevos asaltos por sorpresa.

—¿Me cree usted ahora? —preguntó Schneider.

Hauer había pasado cinco minutos hablando por teléfono con el coronel Rose.

—Sí —replicó—. Pero no por lo que el norteamericano ha dicho.

—Entonces, ¿por qué?

—Por su padre. Él trabajó en la investigación de los disturbios estudiantiles de los años sesenta. Por entonces, la mayor parte de los policías preferían pegarle un tiro a un estudiante antes que hablar con él. Su padre era distinto.

Schneider asintió con la cabeza.

—A no ser que la astilla sea muy distinta al palo, usted no forma parte de Fénix. Además, ¿por qué iba Funk a haberlo mandado a usted? Fénix debe de tener una legión de hombres aquí en Sudáfrica.

—¿Volverá a Berlín conmigo?

Hauer movió la cabeza.

—En estos momentos lo único que me importa es salvarle la vida a mi hijo. Conseguido esto, me plantearé que debo ocuparme de limpiar Berlín de Funk y sus sicarios. Pero quizá para entonces ya sea demasiado tarde. —Hauer se puso en pie—. Tengo el presentimiento de que tal vez no regrese de este viaje, detective. Así que dejaré lo de Berlín en sus manos. Tendré que confiar en usted.

Hauer notó que todas las miradas estaban fijadas en él.

—Ésta es la situación según yo la veo: los británicos quieren destruir los papeles de Spandau y evitar que se conozca la historia de Hess. Los norteamericanos, al

menos así ha sido en el pasado, están dispuestos a hacerles el juego a los británicos. Los rusos quieren divulgar el contenido de los papeles y obligar así a los británicos a aceptar parte de la responsabilidad de lo que hicieron los nazis durante la guerra. Todos quieren quedar políticamente por encima de los otros. —Hauer volvió la cabeza—. ¿Digo bien, detective?

—Sí, ésa es la situación brevemente expuesta, capitán.

—Pero en realidad, desde el punto de vista de los rusos, los papeles de Spandau son una preocupación secundaria comparados con el auténtico peligro que representa Fénix. Si los rusos averiguasen que en las jerarquías policiales y políticas tanto de la Alemania del Este como de la del Oeste existe un grupo ultranacionalista decidido a conseguir que la RDA rompa con Rusia y se reunifique con la Alemania Occidental, un grupo que se ha infiltrado en la Stasi, no hay modo de saber lo que harían.

—¿Qué quiere decir, capitán?

—Quiero decir que es necesario que los rusos averigüen lo de Fénix. Del modo más adecuado, naturalmente. No le dije al coronel Rose nada de esto, así que todo dependerá de usted. Ya ha oído al profesor Natterman. En Berlín hay fotocopias de los papeles de Spandau. Y también en Berlín, en la casa de un policía muerto llamado Josef Steuben, hay una caja fuerte ignífuga. En el interior de esa caja se encuentran las pruebas reunidas durante un año acerca de los delitos de narcotráfico cometidos por Funk y sus hombres. Pero lo más importante... —Hauer hizo una pausa. No le gustaba divulgar algo por cuya protección había muerto un amigo—. También hay una lista con todos los nombres de miembros de la Bruderschaft der Phoenix que me fue posible reunir. En la lista figuran nombres de personas de ambos lados del Muro. Una vez los rusos se enteren de lo que es Fénix, Schneider, darán cualquier cosa a cambio de esa lista.

Un brillo de admiración comenzó a relucir en los ojos de Schneider.

—Queremos acabar con Fénix, pero no podemos confiar en que nuestros compatriotas se ocupen de esa tarea. Así que, por doloroso que nos resulte, debemos recurrir a los aliados. O sea, a los norteamericanos. Cuando llegue a Berlín, recupere las fotocopias y la lista y escóndalas. Luego cuénteles al coronel Rose qué tiene en su poder y lo que desea. Lo que usted desea es que, clandestinamente, los norteamericanos supervisen una purga de Fénix efectuada por los alemanes. Cuando los norteamericanos accedan a ello, que hagan su propia oferta a los rusos. Sospecho que ésta será algo así: a cambio de que se mantengan en silencio en cuanto al asunto Hess, que es lo que quieren los británicos y los norteamericanos, los rusos recibirán los nombres de todos los miembros de Fénix en el Este. Ellos podrán purgar la Stasi a su gusto, e, interrogando a los miembros de la Stasi, conseguirán los nombres de los de arriba. —Hauer hizo sonar los nudillos—. Hasta donde alcanzo a ver, esta solución los dejará satisfechos a todos.

Una extraña sonrisa cruzó por el rostro de Schneider.

—Creo que se equivocó de profesión, capitán. Debió ser negociador.

—Lo soy —replicó Hauer—. Hago de negociador en las situaciones de rehenes.

—Creía que era usted francotirador.

Hauer lanzó un suspiro.

—A veces las negociaciones fallan.

Schneider se puso en pie.

—Será mejor que me vaya. El coronel Rose me dijo que dentro de cuarenta minutos sale un avión para El Cairo, donde habrá un reactor militar esperándome.

Hauer tendió la mano.

—Buena suerte, detective.

El apretón de manos de Schneider fue como el de un oso.

—Regrese a Berlín, capitán. Con su hijo. Necesitamos más hombres como ustedes.

En la puerta, Hauer se detuvo para decir.

—Es curioso, Schneider. Yo deseo lo mismo que Fénix, una Alemania unida, pero...

—Todos deseamos eso —le interrumpió Schneider—. Pero no deseamos que esa Alemania la gobiernen hombres como Funk. Alemania debe ser algo mejor que eso.

Hauer miró a Schneider a los ojos.

—Supongo que se da usted cuenta de que nunca acabaremos con todos. Los de arriba se salvarán. Esos cabrones nunca pagan por sus crímenes.

Schneider acarició la Walther que llevaba al cinto.

—Si los tribunales fracasan, capitán, existen otros medios. Y no se queden ustedes aquí demasiado tiempo. La policía local no tardará en empezar a descubrir cadáveres.

Dicho esto, Schneider dio media vuelta y se alejó. Sus fuertes hombros ocupaban la mitad del corredor.

Cuando Hauer regresó al interior de la habitación, Gadi dijo.

—¿No podemos hacer nada mientras esperamos?

Hauer negó con la cabeza.

—Stern es nuestra única esperanza. Debemos aguardar a que nos llame.

—Tengo un mal presentimiento —dijo Gadi—. ¿Y si al tío Jonas no le resulta posible llamarnos?

Hauer se encogió de hombros.

—Entonces, morirá. Lo mismo que Hans e Ilse. —Inspirado quizá por Schneider, acarició la culata de su propia pistola—. En ese caso, perseguiremos a esos cabrones y acabaremos con todos.

Gadi suspiró frustrado.

—O sea que nos quedamos cruzados de brazos.

—Exacto.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Durante todo el que haga falta.

—No me gusta, capitán. Y, además, no me fío de ese detective.
Hauer se tumbó en la cama y cerró los ojos.
—¿Y eso qué importa?

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

16.55 horas. Sede del MI-5. Charles Street. Londres

Sir Neville Shaw se encontraba a solas en su despacho, con el teléfono apretado contra la oreja.

—¿Cómo que lo ha perdido? —preguntó.

En la voz de Golondrina se percibía un toque de histeria apenas controlado.

—Alguien lo recogió de la carretera con un helicóptero. Yo me encontraba demasiado lejos para impedirlo.

Shaw se frotó la frente. Aquélla era, sin duda, una mala noticia.

—Gracias por informarme —dijo al fin—. Se le agradecen sus servicios, pero éstos ya no seguirán siendo necesarios.

—¿Cómo?

—No habrá nuevos contactos entre usted y este departamento.

—¡No me venga con ésas, cabrón! —gritó Golondrina—. ¡Quiero saber adónde ha ido Stern! ¡Sé que usted lo sabe, y más vale que me lo diga!

Shaw se irguió en su asiento.

—Escúcheme bien. Le ordenó que se retire del caso desde este mismo momento. Si continúa actuando, existe el riesgo de que eche usted a perder una operación paralela y, por consiguiente, sus actos no sólo serán considerados una insubordinación, sino también una traición a la Corona. ¿Está claro?

Golondrina lanzó una agria carcajada.

—La Corona —dijo desdeñosa—. Escúcheme, pelele. Sé qué clase de operación es ésta. Sé que usted ordenó el asesinato de Rudolf Hess en Spandau. Y si no me dice dónde se encuentra Stern en estos momentos, divulgaré a los cuatro vientos todo lo que sé. De un modo u otro, conseguiré matar a Stern, y cuando haya acabado con él, iré a por usted. Ahora...

Shaw cortó la comunicación. En el teléfono se apagó la luz piloto. Segundos más tarde, Wilson, el director adjunto, apareció en el umbral, una sombra más oscura en el penumbroso despacho.

—¿Qué quería Golondrina, sir Neville?

Shaw miró largamente el nervioso rostro de Wilson.

—Nada —dijo al fin—. Stern anda tonteando por Pretoria y Golondrina le pisa los talones. ¿Por qué no encarga algo de comida? Para dos. La noche va a ser larga y quiero tenerlo a mi lado.

Wilson asintió con la cabeza.

—Desde luego, sir Neville.

Cuando Wilson se retiró, Shaw consultó un mapa de África meridional. Comparó con la escala la línea que había trazado a lápiz desde el canal de Mozambique hasta

un punto sin nombre situado en las proximidades del parque Kruger. Como en sueños, vio dos pequeños helicópteros sobrevolando lentamente el mapa, siguiendo la línea marcada a lápiz. Operación paralela, pensó recordando las palabras que le había dicho a Golondrina. Esperaba que Alan Burton tuviera más suerte que Golondrina. Burton representaba la última posibilidad de que el secreto siguiera siéndolo. Shaw cogió una pipa de encima del escritorio y buscó el tabaco. Jonas Stern debe de ser todo un tipo para haber logrado dar esquinazo a esa diablesa, se dijo. Mientras chupaba el frío tubo de la pipa, reflexionó sobre la amenaza de muerte que había formulado Golondrina, pero no tardó mucho en olvidarse de ella. En aquellos momentos, una asesina desequilibrada era el menos grave de sus problemas.

17.00 horas. Frontera de Mozambique con Sudáfrica

Los dos helicópteros volaban en tándem, con los morros inclinados para obtener mayor velocidad. Estaban sobrevolando la llanura costera situada al norte de Maputo. En el asiento contiguo al de Alan Burton, Juan Díaz maldijo entre dientes. Se habían pasado la mitad del día en un campo de guerrilleros que parecía una sucursal del infierno. Raídas tiendas de campaña montadas en mitad de un desierto, maltrechos camiones del Ejército, macilentos negros que blandían oxidados AK-47, niñas de doce o trece años que habían sido secuestradas en las aldeas próximas y forzadas a la prostitución por los soldados. Los perros tenían un aspecto más saludable que las personas.

—¿Quiénes eran esos cabrones? —preguntó Díaz, que hablaba bastante bien en inglés.

—Del MNR, amigo —replicó Burton—. Unos puñeteros fascistas. Tuviste suerte de que no supieran que eres comunista.

Díaz escupió y masculló algo en español.

—A mí tampoco me gustó, querido Juan. Pero teníamos que pasarnos por allí a pagarles. Esta noche, esos tipos nos facilitarán la distracción estratégica que necesitamos. Además, su campamento resultaba un buen escondite. El barco estaba demasiado a la vista.

Díaz asomó la cabeza al exterior para cerciorarse de que el aparato gemelo los seguía.

—¿Y a quién tienen que distraer esos tipos, inglés?

—A las fuerzas aéreas del gobierno. Ciento sesenta kilómetros hacia el sur hay una base mozambiqueña, y otra sudafricana un poco más hacia abajo.

—Ay, ay, ay —gruñó Díaz—. ¿Qué hay en la base mozambiqueña?

—Es el clásico destacamento africano. Aparatos de transporte, helicópteros, unos cuantos cazas anticuados. Pero los sudafricanos tienen de todo.

El cubano se santiguó e hizo descender aún más el helicóptero.

—No esperarías que una incursión en Sudáfrica fuera a ser un paseo por la playa, ¿verdad? —preguntó Burton.

De pronto, un torrente de palabras que para Díaz resultó incomprendible surgió del éter africano y llenó la cabina. Burton se echó hacia adelante y, hablando lenta y cuidadosamente, respondió en el mismo idioma. Una vez hubo terminado, colgó el micrófono y se retrepó en su asiento con una sonrisa en los labios.

—Esto me trae recuerdos.

—¿Qué era esa mierda?

—Portugués, amigo. El idioma de un imperio desaparecido.

—¿Todo sigue bien? —preguntó el piloto, nervioso.

—Yo diría que todo sigue maravillosamente bien.

Tras el claustrofóbico viaje por el océano, Burton se sentía un hombre distinto. Le alegraba haber regresado a África. La única complicación hasta el momento era que el jefe de la guerrilla del MNR les había colocado un «observador», un gigantesco negro llamado Alberto que llevaba sobre su persona un terrorífico arsenal de granadas, cuchillos y pistolas. Pero Burton pensó en el trato y decidió no preocuparse por Alberto. El guerrillero tenía mucho más aspecto de soldado que cualquiera de los colombianos y, en el caso de que creara dificultades, a Burton siempre le quedaba el recurso de matarlo. El inglés se dijo que probablemente habría muchas muertes antes de que aquella misión terminara. Pero no importaba. Inglaterra nunca le había parecido tan cercana como en aquellos momentos.

18.07 horas. Mansión Horn, Transvaal septentrional

Jonas Stern aguardaba a solas en el enorme vestíbulo de recepción de la mansión Horn. El hombre rezaba porque Ilse Apfel tuviera más sangre fría y presencia de ánimo que su atribulado marido. Lo lógico sería que la muchacha se encontrase aún en peor estado emocional; pero por como Natterman había hablado de ella, Stern albergaba algunas esperanzas. Quizá la muchacha tuviera los redaños necesarios. Quizá...

—¿Herr profesor?

La voz procedía del oscuro pasillo situado a la izquierda de Stern. Éste se volvió y vio a Pieter Smuts surgiendo de las sombras.

—Exacto —dijo Stern concentrándose en pronunciar correctamente el alemán—. Profesor emérito Georg Natterman, de la Universidad Libre de Berlín. ¿Quién es usted?

Smuts sonrió sombríamente.

—Creo que tiene algo para mí, profesor.

Stern miró al afrikáner con imperioso distanciamiento.

—¿Dónde está mi nieta?

—Primero, los papeles.

Desempeñando a la perfección su papel de arrogante catedrático, Stern alzó el mentón y miró de arriba abajo a Smuts.

—Sólo entregaré los papeles de Spandau al hombre que me demuestre que es su legítimo propietario. Y, francamente, dudo que haya aquí nadie que sea capaz de hacerlo.

El afrikáner torció el gesto.

—Herr profesor, sólo la inmensa paciencia de mi jefe me impide...

Un lejano timbre interrumpió a Smuts a mitad de frase.

—Un momento —dijo, y desapareció por el mismo pasillo por el que había aparecido.

Mirando el inmenso vestíbulo en que se encontraba, Stern se preguntó a qué clase de loco se le habría ocurrido construir aquel surrealista *Schloss* en pleno veld. Avanzó un par de pasos por el pasillo opuesto, pero el sonido de las pisadas de Smuts, que regresaba, le hizo volver al vestíbulo.

—Sígame, Herr profesor —dijo secamente el afrikáner.

En la biblioteca en penumbra, Alfred Horn permanecía inmóvil tras un enorme escritorio, mirando con el único ojo al hombre al que tenía por el profesor Georg Natterman.

Stern titubeó en el umbral. Había esperado que lo llevaran ante un joven aristócrata inglés llamado Grenville, y no ante un hombre veinte años mayor que él.

—Acérquese, Herr profesor —dijo Horn—. Tome asiento.

—Prefiero seguir de pie, muchas gracias —dijo Stern inseguro.

Apenas veía a una sombra tras el escritorio. Trató de determinar la nacionalidad de la sombra por la voz, pero le resultaba difícil. El hombre hablaba alemán como un nativo, pero había otras inflexiones en su voz.

—Como guste —dijo Horn—. ¿Deseaba usted verme?

Stern frunció los párpados tratando de taladrar la penumbra. Poco a poco, las amorfas facciones de la sombra se fueron materializando en el rostro de un viejo. Un hombre muy viejo. Tras un carraspeo, Stern preguntó.

—¿Es usted el responsable del rapto de mi nieta?

—Me temo que sí, profesor. Me llamo Thomas Horn. Soy un hombre de negocios muy conocido en este país. Tales tácticas no son habituales en mí, pero éste es un caso especial. Un miembro de su familia robó algo que es propiedad de unos colegas míos...

Horn permanecía totalmente inmóvil y apenas movía la boca para hablar. Stern trató de concentrarse en las palabras del viejo, pero por algún motivo lo que más le llamaba la atención era su rostro... O lo poco que de él podía ver. En su cabeza comenzó a sonar una sorda señal de alarma. Con la sensibilidad de un veterano de mil

combates, Stern no tardó en advertir que el viejo no tenía más que un ojo. Acuoso y azul, el ojo sano se movía constantemente, mientras el otro permanecía mirando ciegamente hacia delante. ¡Dios bendito!, se dijo Stern. ¡Éste es el tuerto del que hablaba el profesor Natterman!

—... pero soy hombre práctico —estaba diciendo Horn—. Siempre tomo el camino más corto entre dos puntos. En este caso, resulta que tal ruta pasa por su familia. Tiene una nieta extraordinaria, una auténtica hija de *Deutschland*. Pero en cuestiones como ésta, en cuestiones de índole política, las consideraciones de tipo familiar son secundarias.

Stern notó que el cuello se le perlaba de sudor. ¿Quién demonios era aquel hombre? Trató de recordar lo dicho por Natterman acerca del tuerto. Helmut... Aquél era el nombre que había mencionado el profesor. Pero, claro, Natterman estaba convencido de que Helmut era el nombre clave del auténtico Rudolf Hess. Stern notó que el corazón se le aceleraba. No puede ser, se dijo. Simplemente, no puede ser.

—O sea que la cosa es así de sencilla, profesor —concluyó Horn—. Usted me entrega los papeles de Spandau y yo le devuelvo a su familia.

Stern trató de decir algo pero su cabeza había dejado de controlar sus cuerdas vocales. El hombre que murmuraba entre las sombras era, como mínimo, veinte años mayor que él. El rostro y la voz habían sufrido los estragos del tiempo, pero según Stern lo miraba, iba advirtiendo reveladores indicios de autoridad, las indelebles líneas marcadas en el rostro de alguien que en tiempos tuvo un gran poder. ¿Será posible?, se preguntó Stern. Claro que es posible, se respondió. El doble de Horn murió hace sólo unas semanas, y tuvo que soportar la horrible soledad de la prisión Spandau durante casi cincuenta años... Este hombre ha llevado la vida de un millonario, con acceso a la mejor atención médica del mundo...

—He leído su libro, profesor —dijo Horn con voz ecuánime—. *Alemania: desde Bismarck hasta el bunker*. Un estudio sumamente enjundioso, aunque fallido en sus conclusiones. Sería muy interesante conocer su opinión acerca de los papeles de Spandau.

Stern tragó saliva.

—La... la verdad es que no he tenido tiempo de estudiarlos a fondo. Principalmente, hacen referencia a los prisioneros de Spandau.

—¿Prisioneros, profesor? ¿No hacen referencia a un prisionero en particular?

Stern parpadeó.

—¿No se refieren al prisionero Número Siete? —Horn sonrió cauteloso—. No tenga miedo, profesor, mi interés sólo es académico. Simplemente, me gustaría saber si los papeles arrojan alguna luz sobre los sucesos del 10 de mayo de 1941, sobre el vuelo de Rudolf Hess. La solución a ese misterio es algo que a mí se me escapa —sonrió de nuevo—, lo mismo que al resto del mundo.

Stern se preguntó qué clase de juego era aquél.

—En los papeles se menciona el vuelo de Hess —murmuró.

—¿Está usted familiarizado con el caso, profesor?

—Más o menos.

—Espléndido. Resulta que, aquí, en mi biblioteca, tengo un libro referido al caso Hess. Un ejemplar único. —Hornladeó ligeramente la cabeza—. ¿Pieter?

Smuts se acercó a una estantería situada en la zona más oscura de la biblioteca y sacó un pequeño volumen negro. El hombre vaciló por un momento, pero Horn hizo un gesto de asentimiento y Smuts obedeció.

Stern cogió el pequeño volumen sin mirarlo.

—Tiene usted en la mano un fragmento de historia viva, profesor —dijo Horn con solemnidad—. Un fragmento que, hasta ahora, ningún historiador había tenido oportunidad de ver. Mayo de 1941 fue un momento crucial en la historia de la civilización occidental. Un momento preñado de posibilidades. —Suspiró—. De posibilidades desperdiciadas. Me gustaría que leyese ese libro mientras nosotros verificamos la autenticidad de los papeles de Spandau. Quizá eso le permita conseguir lo que nadie ha conseguido: resolver el misterio de Rudolf Hess.

Stern miró el libro que tenía entre las manos. Advirtió que se trataba de un cuaderno, encuadernado en cuero negro y con un nombre estampado en oro en la tapa. V. V. Zinoviev. El nombre no le dijo nada. ¿Qué era lo que tenía entre las manos? ¿Habría Horn amenazado con matar a Ilse Apfel a fin de suprimir una de las pistas que podían conducir al esclarecimiento del enigma de Hess sólo para darle otra pista distinta al hombre al que tomaba por el abuelo de Ilse? ¿Era acaso un estúpido? No, claro que no. Era una serpiente permitiéndole al gorrión lanzar un último trino antes de devorarlo. Todo lo que el «profesor Natterman» averiguase en el cuaderno de Zinoviev perecería con él en el plazo de muy pocas horas.

—Acérquese, profesor —dijo Horn alzando el mentón como un *connaisseur* examinando una antigüedad para establecer si era auténtica—. ¿Hay sangre judía en su familia?

El único ojo azul fijó su penetrante mirada en Stern tratando de encontrar el más leve indicio de simulación o engaño. Stern se esforzó en mantener la calma. Durante el vuelo en el helicóptero, le había preocupado que su oxidado alemán lo delatase; sin embargo, nadie parecía haber notado nada raro. ¿Sería su nariz semita lo que lo había traicionado? ¿Lo que le había dado el tiro de gracia?

—*Nein* —replicó, con forzada sonrisa—. Esta nariz ha sido mi cruz durante toda la vida, Herr Horn. Creo que tengo algunas gotas de sangre árabe. En varias ocasiones, durante los años treinta, poseer esta nariz estuvo a punto de costarme la vida.

—Lo imagino —dijo Horn pensativo—. Bueno, hablemos de los papeles de Spandau. ¿Me los ha traído?

El cadavérico rostro de Horn parecía fluctuar fantasmagóricamente entre las sombras. Sin darse apenas cuenta de lo que hacía, Stern metió la mano en un bolsillo del pantalón y sacó las páginas que faltaban. Mecánicamente, avanzó unos pasos y

dejó las tres páginas sobre el escritorio de Horn.

—Ahora ya tiene los papeles completos —murmuró—. Haga con ellos lo que guste. Pero devuélvame a mi nieta.

Stern giró sobre sus talones y se dirigió con paso de zombi hacia la puerta.

—¿Herr profesor?

Stern se detuvo.

La cascada voz de Horn flotaba entre las sombras como un viejo espectro.

—Llamé al Centro de Documentación de Berlín. Allí me informaron de que estuvo usted en el sitio de Leningrado. No creo que, para un veterano de la Wehrmacht esto resulte un calvario insoportable. Descanse, vea a su nieta. Todo volverá pronto a la normalidad, y usted y yo intercambiaremos viejas historias de guerra. Y no se olvide de leer el libro de Zinoviev.

Stern escrutó las sombras. Aparentemente, la conversación había fatigado al viejo. El rostro que tan vivaz había parecido al principio de la conversación tenía ahora un aspecto marchito y demacrado. Stern se volvió hacia la puerta. Pieter Smuts la abrió y salió al corredor por delante de él. Stern vio que Horn alzaba un esquelético brazo en ademán de despedida, y luego Smuts cerró la puerta.

Perplejo, Stern siguió al alto afrikáner por el largo corredor en dirección al vestíbulo de recepción. Luego recorrieron varios pasillos que se hallaban en penumbra. Stern se sentía como Alicia recorriendo la madriguera del conejo en el mundo del espejo. Al fin Smuts se detuvo ante una puerta y la abrió.

Stern se encontró frente a una jovencísima rubia que vestía falda azul marino y blusa blanca. Por la descripción de Natterman, reconoció inmediatamente a Ilse Apfel, pero estaba tan absorto en sus especulaciones acerca del viejo que no reparó en la sorpresa que denotó la muchacha. Ilse miró a Smuts, a Stern y de nuevo a Smuts. Fue a decir algo pero se contuvo, esperando las explicaciones del afrikáner. Smuts no dijo nada. Los ojos de Ilse recorrieron el enjuto cuerpo de Stern, contemplaron por unos momentos aquel rostro desconocido y al fin se fijaron en la chaqueta con coderas del profesor Natterman. Smuts —que normalmente era un lince para detectar las más mínimas anomalías del comportamiento humano— atribuyó la confusión de Ilse a la sorpresa.

—Espero que ambos sepan agradecer debidamente la generosidad de Herr Horn.

Aquellas palabras sacaron a Stern de su trance. Inmediatamente, advirtió el peligroso desconcierto que reflejaba el rostro de Ilse. Tranquila, muchacha, pensó. Tranquila...

—¡Ilse! —exclamó—. ¡Mi pequeña *Enkelkinde*! ¡A mis brazos!

Avanzó un paso y abrió los brazos. Vamos, muchacha, sígueme la corriente.

Sin saber muy bien por qué, Ilse comenzó a avanzar. Primero, con paso vacilante, luego, vencida aparentemente por el júbilo, se precipitó hacia el desconocido y apoyó la cabeza en su chaqueta, como una niña. Nunca llegaría a saber por qué lo hizo. Se trató de un impulso, de una corazonada como las que a veces sentía en el trabajo al

contemplar las cotizaciones de bolsa. No cuestionó aquel impulso. Se limitó a seguirlo.

—Mi pequeña —dijo Stern con voz tranquilizadora acariciando la mejilla de Ilse—. ¿Estás bien?

—Sí, *Opa*, sí —murmuró ella—. ¿Volvemos ya a casa?

—No, pequeña, todavía no. Pero pronto.

Stern miró a Smuts por encima del rubio cabello de Ilse y, con voz gélida, preguntó.

—¿Le importa dejarnos solos?

El afrikáner torció el gesto pero se retiró.

Inmediatamente, Ilse se separó de Stern y abrió la boca para hablar. Stern la silenció con un gesto y luego señaló hacia la puerta.

—¿Quién es usted? —silabeó Ilse.

Stern se inclinó, hasta tocar con los labios la oreja de la joven.

—Un amigo —susurró—. Menos mal que lograste contener la sorpresa. Creo que acabas de salvarme la vida.

—Fue por la chaqueta —murmuró Ilse nerviosa—. Lleva usted la chaqueta de *Opa*. Al principio pensé que se trataba de un truco, pero...

—No es ningún truco.

—¿Dónde está *Opa*?

—A salvo. Con el capitán Hauer.

—¿Y Hans? ¿Está bien?

Stern asintió, impaciente, como si Hans fuera un problema secundario que se resolvería siempre y cuando fuera posible.

—Hans está aquí. Trató de cambiar los papeles de Spandau por tu libertad, pero no lo consiguió.

Ilse abrió mucho los ojos.

—¿Hans está aquí?

—Sí, pero de eso no podemos ocuparnos ahora. Si no averiguamos dónde estamos exactamente y yo no consigo llegar a un teléfono, lo más probable es que hayamos muerto antes de una hora.

Ilse negó con la cabeza.

—Para salir de aquí es necesario un avión.

—¿Sabes dónde nos encontramos?

—No exactamente, pero he salido de la casa. Estamos en mitad de un enorme páramo. Cerca de algo llamado parque Kruger, creo.

—¿El Parque Nacional Kruger? —Stern consultó su reloj y calculó la distancia que había recorrido en coche y en helicóptero—. Sí, la cosa encaja. —Su tono se hizo urgente—. Ilse, no sé hasta qué punto conoces la situación en que te encuentras. Puede que, como tu abuelo, creas que esto no es más que una pelea en torno al caso de Rudolf Hess; pero se trata de mucho más. Creo que en este país existen hombres

que se proponen causar un gran daño a mi patria, Israel. ¡Maldita sea! —exclamó de pronto Stern—. ¿Qué demonios se oculta aquí? Ese cabrón me preguntó si yo tenía sangre judía en las venas y yo, un israelí, lo negué.

Stern tiró el cuaderno de Zinoviev sobre la mesa y volvió a probar el tirador de la puerta, sacudiéndolo furiosamente. Ilse alargó el brazo y tiró de la manga de la chaqueta de su abuelo.

—Tiene usted razón respecto a lo de Israel —susurró.

—¿Cómo? —Stern se volvió hacia ella—. ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que Horn se propone destruir Israel.

Stern la agarró por los brazos.

—¿Cómo lo sabes? ¡Suéltalo, muchacha!

—¡Me está haciendo daño!

Stern la soltó.

—¿De qué hablas?

Ilse se apartó un mechón de pelo de delante de los ojos.

—Anoche Herr Horn se entrevistó con unos árabes en la torre central de la finca. No sé por qué quiso que yo estuviera presente. Se ofreció a facilitar a esos árabes una arma nuclear. O más de una, no estoy segura. Dijo que no les cobraría nada siempre y cuando ellos la utilizaran como él les indicase. Dijo que, escondida en algún lugar debajo de esta casa, había una bomba nuclear.

Stern tragó saliva y, con los ojos clavados en los de Ilse, preguntó.

—¿Tú lo creíste?

Tras una breve vacilación, la muchacha asintió muy lentamente.

—¿Cómo dijo Horn que deseaba que se utilizase el arma?

—Dijo que quería que detonase en Tel-Aviv.

Stern notó que el corazón se le encogía.

—¿Cuándo?

—Dijo que antes de diez días.

Stern se acercó a la cama y recogió el fino cuaderno negro que Horn le había entregado. Leyó de nuevo las letras doradas de la cubierta. V. V. Zinoviev. El nombre seguía sin decirle nada. Se metió el cuaderno en el interior de la camisa, retrocedió hasta la pared del fondo y, sin decir palabra, tomó carrerilla y se lanzó contra la pesada puerta de madera.

Ilse lanzó un grito.

La puerta no cedió. Stern tomó aliento, se apartó de la puerta y volvió a embestirla. Su enjuto cuerpo impactó contra la madera con un sonido similar al de un niño cayéndose por las escaleras. Ilse se estremeció. El viejo israelí se lanzó otras dos veces contra la puerta, pero ésta siguió sin ceder. Magullado y jadeante, Stern alzó la pierna derecha y la lanzó contra el tirador con todas sus fuerzas.

—Es inútil —dijo Ilse—. Déjelo, por favor. Se está haciendo daño.

Stern ni siquiera la miró. Lanzando un grito de rabia, pateó de nuevo el tirador.

Como siguió sin conseguir nada, retrocedió y de nuevo embistió contra la puerta con todas sus fuerzas. Esta vez el impacto lo hizo caer de rodillas. Se puso en pie, tembloroso, y se dispuso a intentarlo de nuevo. Ilse lo agarró por el brazo con intención de sujetarlo, pero cuando Stern se volvió hacia ella, lo que la joven vio en sus ojos hizo que se olvidara de lo lógico y lo razonable. Contó hasta tres y embistieron juntos contra la puerta.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

19.05 horas. Frontera entre Mozambique y Sudáfrica

Los helicópteros volaban en dirección norte por el lado mozambiqueño de la frontera, pegados a la llanura que se extendía entre las montañas Lebombo y el río Limpopo. De cuando en cuando se desviaban hacia el oeste el tiempo suficiente para que Burton se orientase. El inglés conocía bien aquella parte de África, y en el parque Kruger existían gran cantidad de hitos geográficos distintivos.

La frontera, marcada por una ancha y desnuda cicatriz de tierra dividida por una enorme cerca electrificada, separaba dos países que muy bien podrían haber estado en continentes distintos. En la parte mozambiqueña, una árida planicie devastada por la guerra se extendía en dirección al mar. En la parte sudafricana sólo era visible el exuberante verdor del parque Kruger. Los bosques se extendían hasta perderse de vista, albergando en su interior infinidad de elefantes y cebras, de rinocerontes blancos y leones.

—¡Elévate! —ordenó Alan Burton.

Juan Díaz lanzó un suspiro de alivio. El cubano se enorgullecía de su experto modo de pilotar, pero aquel inglés chiflado no había dejado de darle la lata con la altura, como si el muy tonto intentara suicidarse. Burton señaló hacia el norte y, por encima del estruendo de los motores, gritó.

—¡Debemos continuar con este rumbo hasta que veamos el río Olifants! ¡Luego viraremos hacia el oeste y cruzaremos el parque pegados a las copas de los árboles! —Mostró a Díaz el mapa—. La casa que buscamos se encuentra entre el extremo occidental del parque y esta aldea. —Burton señaló Giyani y luego indicó una X trazada a unos quince kilómetros del extremo occidental del parque Kruger.

Díaz asintió con la cabeza y volvió a mirar hacia la llanura.

—El parque Kruger tiene el tamaño de Gales —explicó Burton—. Pero es muy estrecho y va de norte a sur.

Díaz no parecía estar prestándole mucha atención.

—Supongo que nunca has oído hablar de Gales —rió Burton—. ¿No te suena «príncipe de Gales»?

Díaz meneó la cabeza. O no había entendido o, simplemente, no tenía ganas de charla. Burton cambió a un tema que hacía más al caso.

—Esa cerca de abajo está electrificada —gritó señalando hacia el oeste—. ¡Once mil quinientos voltios! Todos los años se fríen contra ella montones de refugiados mozambiqueños. Algo realmente espantoso.

El cubano hizo una mueca. Estaba familiarizado con el problema de los refugiados muertos.

Burton volvió la vista hacia la cabina posterior del JetRanger y miró de nuevo a

los soldados colombianos. La presencia de Alberto, el corpulento observador del MNR, les hacía parecer aún menos profesionales.

—¿Qué piensas de nuestros amigos sudamericanos, Díaz? —gritó.

El piloto cubano no compartía la confianza de Burton en la sordera de los colombianos. Acercando la cabeza a la del inglés, murmuró.

—Son bandidos, no soldados.

Miró solapadamente hacia atrás y se santiguó de forma que sólo Burton pudiera ver que lo hacía.

—Mierda. —Burton había esperado que Díaz supiera algo bueno acerca de los colombianos que él ignoraba. De pronto, bajo las oscuras nubes de más hacia el norte el inglés divisó un grueso y reluciente hilo de plata—. ¡Ahí está el río! —gritó.

Díaz asintió, viró hacia el sur y descendió hacia la llanura. Su aparato gemelo lo seguía de cerca, por detrás y a su derecha. El verdoso mar del parque Kruger se abalanzó hacia ellos. Los JetRanger volaron por encima de la cerca que marcaba la frontera y siguieron hacia el oeste por encima del exuberante follaje. Burton vio una gran masa de antílopes, que levantó una enorme nube de polvo cuando la manada echó a correr, espantada por el estruendo de los helicópteros. Díaz señaló hacia el oscuro techo de nubes.

—¿Suele llover en esta época del año?

—¡A cántaros!

Díaz frunció el entrecejo mientras Burton sonreía irónicamente. A él el clima no le importaba, ya que ése era un problema que sólo incumbía a los pilotos. Pero la exactitud de los informes que había recibido sí le preocupaba. ¿Quién demonios era el informante inglés que, supuestamente, se encontraba en el interior de la casa que debían atacar? Probablemente, sería cualquier cosa menos un militar, se dijo mortificado. Según el famoso informante, la principal medida de seguridad de Alfred Horn era el aislamiento en que vivía. El aislamiento y un jefe de seguridad neonazi. Burton se preguntó si el informante sería capaz de distinguir un sistema de seguridad aunque lo tuviera frente a las narices. Conteniendo su inquietud, palmeó a Díaz en la espalda y sonrió.

—¡La lluvia nos conviene! —gritó—. ¡Es un magnífico camuflaje!

Díaz dirigió una escéptica mirada hacia la cabina en la que los barbudos colombianos permanecían en cuclillas. Descendió un poco más, hasta casi rozar las copas de los árboles.

Mansión Horn

Ilse permanecía sentada frente a Alfred Horn a la gran mesa de caoba del comedor, con la vista en su plato. Las demás sillas estaban vacías. Pese a sus furiosos esfuerzos, Stern y ella no habían sido capaces de salir de la habitación antes de que

llegara Linah para anunciar que la cena estaba lista. Stern puso el pretexto de que se encontraba mal del estómago, así que Ilse tuvo que ir sola. La joven se preguntaba si el israelí seguiría intentando forzar la puerta. Mientras Linah se inclinaba sobre ella para servirle vino blanco, Ilse alzó la vista hacia Horn.

—¿Dónde están los demás? —preguntó en un tono que pretendía ser tranquilo.

—Pieter tiene cosas que hacer —replicó Horn—. Y, naturalmente, su abuelo sigue en el dormitorio. —Sonrió—. Creo que leer el cuaderno que le dejé le interesa bastante más que cenar.

Ilse levantó el tenedor y trató de hacer ver que comía. Stern le había recomendado que se comportase con naturalidad, pero sabiendo que era muy probable que Hans se encontrase en el interior de la mansión, la joven fue incapaz de contenerse.

—¿Dónde está mi marido? —preguntó de pronto.

Lentamente, Horn alzó la vista del plato.

—Aún no ha llegado, querida.

—¡Mentira! ¡Hans está aquí!

Horn bebió un sorbo de vino y dejó la copa de cristal sobre la mesa.

—¿Quién le ha dicho eso? —preguntó—. ¿Su abuelo?

—Nadie. Pero... noto su presencia.

—Ah, la intuición femenina. Una facultad sobre la que, a mi juicio, se exagera mucho. No se preocupe. Su querido Hans no tardará en llegar.

Furiosa, Ilse insistió.

—Eso no es cierto. Hans está aquí.

Horn golpeó la mesa con una frágil mano haciendo que los cubiertos se estremecieran.

—¡En mi mesa no admito esos modales! Si no se comporta como una buena muchacha alemana... En ese momento Pieter Smuts apareció en el comedor con Jürgen Luhr pisándole los talones.

—Dos aparatos se acercan a la casa, señor —anunció—. Hasta ahora, en la pantalla de radar han aparecido dos señas luminosas. En estos momentos se encuentran en el límite del parque Kruger.

—¿Qué tipo de aparatos, Pieter?

Smuts sonrió fríamente.

—No hemos establecido contacto por radio y no sabemos si son amigos o enemigos, pero por su velocidad yo diría que se trata de helicópteros.

Horn lanzó un suspiro.

—¿Están los hombres en los búnkers?

—Sí, señor. —La expresión de Smuts era tensa—. Todos se encuentran en sus puestos.

—¿Y lord Grenville?

El afrikáner negó con la cabeza.

—No sé dónde está.

Mientras los hombres hablaban, Ilse retiró la mano de la mesa llevándose en ella el tenedor grande y el tenedor de ensalada.

—Conduzca a Frau Apfel a su habitación —dijo Horn—. Luego diríjase a la torre. Yo estaré en mi estudio.

—Pero, señor, estando Grenville en paradero desconocido... Horn silenció al afrikáner agitando la campanilla que utilizaba para llamar a Linah.

—A la torre, Pieter —ordenó—. No se preocupe por mí. No corro el menor peligro.

—Traiga a la chica —dijo Smuts a Luhr, y salió del comedor.

—¿Frau Apfel?

Luhr hizo seña a Ilse de que se levantara. El alemán sonrió forzosamente, pero en cuanto Linah hubo sacado a Horn del comedor en la silla de ruedas, agarró a Ilse por el brazo y la sacó casi a rastras del comedor.

—¡Enciérrela y luego reúname conmigo en el ascensor del vestíbulo! —gritó Smuts desde el corredor.

Cuando Ilse y Luhr llegaron a la puerta del dormitorio, la joven metió la mano en un bolsillo y la cerró en torno a uno de los tenedores. Pensó en clavárselo a Luhr en el cuello pero no lo hizo. Era mejor dejar que Stern tomase la iniciativa cuando lo considerase oportuno.

A Stern no le fue posible hacer nada. Luhr hizo girar el tirador y abrió la puerta de una patada, derribando al israelí de espaldas contra el suelo. Luhr lanzó una risotada, empujó a Ilse al interior de la habitación y cerró de un portazo.

Ilse sacó del bolsillo los tenedores de plata y se los arrojó a Stern.

—¡Sáquenlos de aquí! —le espetó—. ¡Ahora mismo!

Cuando se abrió la puerta del ascensor de la torre del observatorio, Jürgen Luhr se encontró en una estancia distinta a cuantas había visto en su vida. En una ocasión visitó la torre de control del aeropuerto internacional de Frankfurt, pero ésta resultaba primitiva comparada con aquel ultramoderno puesto de mando. Pantallas de ordenadores, receptores satélite, amplificadores, inmensos bancos de conmutadores y otros incontables equipamientos de alta tecnología colgaban del techo y se alzaban desde el enmoquetado suelo. La gran sala circular estaba bañada por una fantasmagórica luz verdosa que iluminaba difusamente a los tres hombres con uniformes caqui que permanecían frente a las diversas consolas de vigilancia. Uno de los hombres dejó espacio para Smuts y éste procedió a sentarse frente a una fosforescente pantalla de radar.

—¿Quiénes llegan en los helicópteros? —preguntó Luhr.

Una fina sonrisa apareció en los labios de Smuts.

—No estoy seguro, pero apostaría algo a que son amigos de lord Grenville, nuestro aristócrata inglés favorito. ¿Ve usted esos interruptores? ¿Los de color rojo?

—¿Éstos? —preguntó Luhr tendiendo la mano hacia ellos.

—¡No los toque! Mire las marcas. Norte, este, sur, oeste. Cuando yo nombre una dirección, accione el primer interruptor marcado con ese rumbo. Cuando la nombre de nuevo, accione el segundo. ¿Entendido?

Luhr asintió.

—¿Para qué sirven?

—No tardará en averiguarlo.

Tras echar un último vistazo a la pantalla de radar, Smuts se dirigió al centro de la habitación, subió una corta escalera y se metió en el artilugio más extraño que Luhr había visto. Se trataba de una monstruosidad llena de tubos de goma, pedales, engranajes y conductos hidráulicos, que parecía arrancada de la panza de un bombardero de la segunda guerra mundial. Sobresaliendo de la extraña máquina había seis largos y estrechos tubos de metal unidos en torno a un centro que se extendían hasta llegar a dos dedos de la cúpula. De pronto, Luhr comprendió qué era lo que tenía ante sí: era un cañón rotatorio Vulcan de 20 milímetros. En Alemania había visto muchos como éste, asomando de los gruesos morros de los aviones antitanques A-10 norteamericanos.

—Accione el conmutador azul —ordenó Smuts.

Luhr obedeció y contempló maravillado cómo una angosta sección oblonga del techo de la bóveda desaparecía en el interior de una ranura oculta del muro. Smuts tocó un botón: los cañones del Vulcan avanzaron hacia la abertura como si fueran el tubo de un telescopio. Ahora el cañón podía girar en torno a un eje vertical.

—Accione el siguiente conmutador.

Luhr contuvo una exclamación mientras el metro veinte central del muro circular se hundía en el suelo con fuerte zumbido. A través del cristal de policarbonato a prueba de balas que ahora hacía las veces de pared, Luhr podía contemplar un panorama de 360 grados de los terrenos que rodeaban la mansión Horn. El cielo estaba encapotado y oscuro y la lluvia era inminente. Cuatrocientos metros hacia el norte, el helicóptero y el Learjet de Horn parecían juguetes bajo la luz de tormenta.

—El siguiente.

Luhr accionó el último conmutador azul y la sala se sumió en una casi total oscuridad. Sólo el verdoso resplandor de las pantallas de radar competía con la plomiza luz del exterior. Smuts echó mano a un arnés de cuero y se lo ajustó sobre el pecho. Luego se puso dos tubos alargados directamente sobre los ojos. Luhr comprendió que se trataba de una mira láser de selección de objetivos.

—Siéntese y póngase el arnés —ordenó Smuts.

—¿Por qué?

Smuts torció el gesto y accionó un pedal. Inmediatamente, la torreta giró de golpe arrojando a Luhr al suelo.

—No vuelva a cuestionar mis órdenes, teniente.

Luhr se puso en pie y se amarró a su asiento. En la pantalla de radar de su

izquierda, dos pequeñas marcas cruzaron la línea indicadora del borde occidental del Parque Nacional Kruger y giraron hacia el suroeste en dirección a una H pintada en la pantalla con lápiz graso.

—Quince kilómetros y siguen acercándose —anunció uno de los técnicos vestidos de caqui—. Velocidad, 110 nudos.

Luhr observó cómo las difusas manchas verdes pasaban un poco al norte de la H, para luego virar a la izquierda y seguir en línea recta.

—¿Quiénes son? —preguntó incapaz de contener la inquietud.

—Cadáveres —replicó Smuts.

Hans Apfel no podía moverse. Yacía en la absoluta oscuridad de una celda situada cien metros bajo tierra. Era la misma celda en la que Jürgen Luhr había pasado su primera noche en Sudáfrica. Hans estaba atado con cuerdas a un pesado jergón y tenía sobre la boca una gruesa mordaza. Sólo le era posible respirar por la nariz. Llevaba horas sin oír nada que no fuera el ocasional zumbido del ventilador que suministraba aire a la celda.

De pronto, un ronco zumbador de alarma resonó en todo el complejo subterráneo. La sorpresa hizo que todos los músculos del cuerpo de Hans se contrajeran. ¿Qué sucedía? ¿Habría un incendio? Por enésima vez, expulsó de los pulmones hasta la última brizna de aire y trató de cambiar de posición sobre el jergón. Fue inútil. Jamás en su vida se había sentido tan impotente. Sin embargo, y pese a su enorme preocupación por Ilse, una descabellada esperanza lo asaltaba una y otra vez. ¿Será mi padre?

—Ya casi lo tengo —gruñó Stern, que estaba hurgando furiosamente en la cerradura de la puerta del dormitorio. Cruzando algunos de los dientes de los tenedores que Ilse había robado en el comedor y arrancando otros, había convertido el tenedor grande en una aceptable ganzúa.

—¡De prisa! —pidió Ilse—. No creo que dispongamos de mucho tiempo.

—¿Cómo reaccionó Horn? —preguntó Stern sin dejar de trajinar—. ¿Se sorprendió? ¿Se asustó?

—La verdad es que no se inmutó. Date prisa, por favor. ¡Tenemos que encontrar a Hans!

En ese momento los cielos se abrieron y la lluvia comenzó a caer torrencialmente sobre la mansión Horn. El agua no tardaría en convertir en torrentes los barrancos que rodeaban el edificio.

—¡Listo! —exclamó Stern.

Entreabrió ligeramente la puerta y luego la abrió del todo.

Ilse salió corriendo al pasillo.

—¿Por dónde empezamos?

—Llame a todas las puertas cerradas que encuentre. Si Hans está aquí, se encontrará detrás de alguna de ellas.

—¿Usted no viene conmigo?

—Para buscar a su marido, no le hago falta. Tengo que ocuparme de otra cosa.

—¿De qué?

—¿Le hace falta preguntarlo después de lo que me contó? ¡Muévase, muchacha!

Stern obligó a Ilse a dar media vuelta, le puso una mano entre los omóplatos y la empujó hacia el fondo del pasillo. Ella vaciló por un momento y luego, comprendiendo que el israelí hablaba en serio, echó a andar pasillo adelante. Stern cerró el puño en torno al tenedor roto, y se alejó en dirección opuesta.

Los helicópteros JetRanger sobrevolaban la llanura como inmensas libélulas. A lo lejos, Burton divisaba, reluciente entre la densa lluvia, la cobriza cúpula del «observatorio» de la mansión Horn. Puso la mano plana y acercó la palma al muslo indicándole a Díaz que volase más bajo. El cubano masculó algo en español, pero la vegetación comenzó a ascender hacia el parabrisas de plexiglás hasta que Burton tuvo la sensación de que estaba cruzando el veld a lomos de un caballo desbocado. Hasta las copas de los escasos y raquíuticos árboles entre los que pasaba el aparato quedaban por encima de los rotores del mismo.

—¿Lo ves? —preguntó Burton señalando con la mano.

El cubano asintió con la cabeza.

—No tardaremos en llegar a una pista de aterrizaje. Ése es tu objetivo. ¡Póstrate inmediatamente en ella!

Burton asomó la cabeza a la atestada cabina posterior e hizo a los colombianos la señal de OK con el pulgar. Casi todos parecían mareados, pero Alberto, el observador de la guerrilla, le dirigió una sonrisa y sus grandes y blancos dientes brillaron en la oscuridad.

Cuarenta segundos más tarde, el JetRanger describió un amplio círculo y fue a posarse en el recién extendido asfalto de la pista, a cincuenta metros del Learjet de Horn. Burton abrió la puerta de plexiglás y se apeó. Como habían ensayado una docena de veces en la cubierta de popa del *Casilda*, los colombianos saltaron uno tras otro del helicóptero. Pese a su escasa profesionalidad, parecían un grupo de marines efectuando una incursión nocturna. Un rápido vistazo hacia el otro lado de la pista le basó a Burton para advertir que los ocupantes del otro helicóptero estaban haciendo lo mismo.

—¡Después de la fiesta nos vemos! —le gritó a Díaz.

El cubano movió la cabeza.

—¡Qué inglés tan loco! —murmuró barrenándose la sien con un índice.

Los colombianos permanecían en cuclillas en el extremo de la zona batida por el

aire del rotor, esperando a Burton. El mercenario echó a correr hacia la distante cúpula. Los colombianos, veintidós en total, echaron a correr tras él.

Tras una carrera de treinta segundos, el grupo tuvo que detenerse en el borde de la Aguada. Burton miró, furioso, hacia el fondo del barranco. Según sus informes, aquello era una trinchera poco profunda que no los demoraría más de medio minuto. Pero el chaparrón estival había convertido aquel barranco de empinadas paredes en un traicionero río que tardarían minutos y no segundos en cruzar. Sobre la maleza del fondo corría ya no menos de un metro de fangosa agua y el nivel subía a ojos vistas.

—¡Adelante! —gritó Burton, y saltó sobre el borde del barranco.

Medio cayó, medio resbaló hacia el torrente que corría abajo. Volviendo la vista, advirtió que los colombianos bajaban como podían tras él. Dos minutos más tarde, todos se encontraban en la otra orilla de la Aguada, acucillados bajo la lluvia. Sin decir palabra, Burton echó a andar de nuevo en dirección oeste. Por unos momentos, lo único que vio ante sí fue la lluvia. Luego, como un espejismo, entre el diluvio se materializó el impresionante contorno de la mansión Horn. A Burton se le heló la sangre en las venas. Un simple vistazo le bastó para darse cuenta de que el informante «interior» no era capaz de distinguir su codo de su culo. El objetivo supuestamente «fácil» del que le habían hablado se alzaba ante él como una fortaleza medieval situada en lo alto de una colina y rodeada por un inmenso terreno abierto. Diez hombres provistos de ametralladoras de tamaño medio podrían defender aquella casa indefinidamente contra una fuerza del tamaño de la que Burton llevaba. Los pintorescos atacantes sólo podían confiar en el factor sorpresa.

Los colombianos aún no se habían dado cuenta de lo mucho que se había deteriorado su situación y Burton no estaba dispuesto a darles ocasión de que lo hicieran.

—¡Muy bien, amigos! —gritó—. ¡Cambio de planes! Había pensado en utilizar el mortero para machacar el objetivo antes de vuestro ataque... —Burton hizo una pausa para que un colombiano bilingüe tradujera—, pero este terreno abierto cambia las cosas. Si abro fuego antes de que avancéis, pondré sobre aviso a nuestro objetivo. Muchos de vosotros podríais morir en el ataque. —Burton vio que varios hombres asentían cautelosos según el intérprete iba traduciendo—. Sugiero que avancéis a paso ligero, sin hacer ruido y pegados al terreno. Los israelíes hacen uso de esa táctica y os garantizo que con ella han sorprendido a muchos árabes. —Sonrió animoso—. ¿Listos, amigos?

Dos o tres de los colombianos asintieron, pero la mayor parte de ellos parecían considerablemente más preocupados que cuando creían que una barrera de fuego de mortero precedería a su ataque. El inglés echó un vistazo final a sus hombres. Su aspecto era lamentable, plantados allí bajo la lluvia, cargados de cinturones canana, granadas y misiles antitanque. Habrían resultado cómicos si no hubieran estado tan cerca de una muerte casi segura. Burton miró más allá de ellos hacia la lejana casa y sintió el súbito y casi irresistible impulso de ordenarles que regresaran a los

helicópteros, de salvar sus miserables vidas antes de que se lanzaran contra la fortaleza que los aguardaba entre la lluvia. Pero entonces recordó el trato.

—¡Adelante! —gritó—. ¡Maldita sea, a la carga!

Por un momento, los colombianos lo miraron aturdidos, y luego dieron media vuelta y comenzaron a bajar a paso ligero por la hondonada. Uno se quedó rezagado —un adolescente llamado Ruiz al que Burton había tratado de aleccionar en el manejo del mortero— por si sus servicios eran necesarios. Burton iba a asentir con la cabeza cuando de pronto advirtió la presencia de alguien a su espalda. Se volvió y vio a Alberto, el gigantesco observador de la guerrilla MNR. Burton señaló el tubo de mortero que había dejado sobre la hierba y miró inquisitivamente al guerrillero. Cuando vio que Alberto asentía confiado, Burton decidió que en aquellos momentos prefería la profesionalidad a la simpatía. Indicó a Ruiz por señas que siguiera a sus compañeros.

Alberto se puso inmediatamente a montar el mortero. Burton, impulsado por un morboso instinto, se acuclilló en el borde de la herbosa hondonada a observar el avance de los colombianos. Mientras seguía con la mirada las camufladas figuras, que ahora avanzaban a la carrera, advirtió de pronto algo extraño en el suelo de la hondonada. Subdividiendo las estribaciones de la mansión Horn en pequeñas secciones, había docenas de pequeños montículos de tierra cubiertos de hierba. A primera vista parecían irregularidades naturales del terreno producidas quizá por los animales salvajes; sin embargo, Burton no tardó en darse cuenta de que los montículos no eran naturales. Por unos momentos se negó a aceptar la realidad, pero luego su instinto y su experiencia le hicieron comprender la terrible realidad. Iba a ser una matanza. Aquellos montones de inocente aspecto ocultaban minas terrestres. Burton dio una voz de aviso, aunque los colombianos estaban ya demasiado lejos para oírla. Alberto alzó la cabeza al escuchar el grito de Burton...

Y entonces empezó la pesadilla.

Dieciséis minas Claymore hicieron explosión simultánea mente, enviando miles de pequeñas bolas de acero cortando el aire a dos veces la velocidad del sonido. La mitad de los colombianos fueron reducidos a pulpa sin tener ocasión de lanzar ni un grito. El sonido llegaba en oleadas, sordas explosiones amortiguadas por la lluvia. La mayor parte de los que habían sobrevivido a la primera explosión se desplomaron sobre el terreno, mortalmente heridos. La metralla hizo detonar parte de las municiones que cargaban los colombianos. Varias granadas explosionaron, y lo mismo ocurrió con uno de los misiles antitanques, que incineró al hombre que lo transportaba.

Burton yacía de bruces en el suelo protegiéndose los ojos de los fogonazos. Alberto tiró de la mochila de Burton buscando a tientas granadas de mortero para devolver el fuego. Burton cacheteó la manaza del guerrillero.

—¡No, nada de eso! ¡Lo único que conseguirías es delatar nuestra posición! —Golpeó con el puño la tierra encharcada—. ¡Pobres diablos!

Pese al pesimismo del inglés, Alberto sonrió y señaló hacia la hondonada, donde increíblemente seis o siete colombianos seguían arrastrándose en dirección a la mansión Horn. Habiendo llegado demasiado lejos para poder retirarse con alguna esperanza de supervivencia, optaron por seguir ciegamente adelante. A cuarenta metros de la gran edificación triangular, uno de ellos se puso de rodillas y disparó un misil antitanques. El proyectil dejó tras de sí una estela de humo e hizo un gran boquete en el muro principal de la casa, por encima de una ventana cerrada con postigos. Envalentonados por el éxito de su camarada, tres colombianos heridos se pusieron en pie vitoreándolo y cargaron contra la entrada principal con sus AK-47 de tiro automático.

En ese momento, con un sonido similar al de una sierra de cinta, el cañón Vulcan de Smuts abrió fuego desde el observatorio.

En la torre, Jürgen Luhr observaba fascinado la carnicería. Le costaba asimilar el hecho de que, con sólo accionar un interruptor, había hecho pedazos a una docena de seres humanos. Daba la sensación de que por el terreno que rodeaba la mansión Horn habían pasado un centenar de arados, sembrando sangre y fuego. Las minas Claymore, detonadas a distancia, habían convertido el terreno en un humeante cementerio. Cuando el cañón Vulcan abrió fuego, Luhr temió ensordecer. Los seis cañones rotatorios escupían blancas llamas; la increíble velocidad del fuego hacía que las balas trazadoras escarlata parecieran rayos láser. Cualquier lugar en el que el cañón se detuviera durante un solo segundo recibía el mortífero impacto de un centenar de proyectiles con punta de uranio empobrecido. La lluvia y la oscuridad ocultaban al resto de los atacantes, pero a Smuts no parecía costarle esfuerzo alguno localizarlos. Con las orejas cubiertas con auriculares protectores, accionaba los pedales con la pericia que da la práctica, dirigiendo el cañón con mortífera puntería. Contemplando la implacable expresión con que Smuts disparaba, Luhr compadeció a los atacantes que seguían con vida.

Cuatro pisos por debajo del observatorio, Robert Stanton, lord Grenville, observaba cómo las armas cuya existencia él había ignorado por completo hacían pedazos sus sueños de poder. Si Alfred sobrevive a esta noche, pensó desolado, ¿qué me dará Shaw? ¡Ni una puñetera mierda, eso me dará! Movié la cabeza auténticamente perplejo. ¡Ni uno solo de los atacantes seguía en pie! Increíblemente, Stanton apretó las palmas de las manos contra el cristal de la ventana contemplando con horror cómo el terrible láser rastreador del Vulcan ascendía por la pendiente de la hondonada para luego desaparecer por encima de su borde. Segundos más tarde, una gran bola de fuego se elevó hacia el cielo. Probablemente, ha alcanzado un helicóptero, se dijo. Stanton ya no soportó más. Sabía que ya sólo le quedaba una

posibilidad de salir con bien de aquel trance: tenía que encontrar a Horn a fin de disipar cualquier sospecha de que él, Stanton, tuviera algo que ver con el ataque. Si matan a Burton, pensó esperanzado, aún puedo salvarme. Salió como una exhalación al oscuro corredor y se dirigió hacia el estudio, pues estaba casi seguro de que Horn se habría encerrado en él.

Al cruzar el enorme vestíbulo de recepción, vio a Ilse retrocediendo hacia uno de los pasillos secundarios, pero maldito lo que en aquellos momentos le importaba la joven, ya que dentro de unos segundos estaría luchando por salvar la vida. Tras una rápida carrera llegó a la puerta del estudio, que se encontraba abierta. Irrumpió en la estancia como si el diablo lo persiguiese. Sobre el escritorio de Horn relucía una lámpara de pantalla verde, pero el viejo no estaba allí. Stanton miró en torno y al fin distinguió la silla de ruedas frente al gran ventanal panorámico. Las sombras del exterior estaban surcadas por las estelas escarlata de las balas trazadoras, cuyo resplandor le confería a la estancia un aspecto dramático, como el puente de mando de un barco durante una batalla naval.

—¡Alfred! —exclamó Stanton con exagerado alivio—. ¡Gracias a Dios que estás bien!

Lentamente, Horn hizo girar su silla hasta quedar enfrentado al joven inglés. El viejo estaba demudado, pero en sus ojos brillaba el desprecio.

—Vaya, Robert —dijo con voz áspera—, así que decidiste portarte como un Judas.

Ilse recorría los pasillos como enloquecida. Había registrado todas las habitaciones que encontró abiertas y había llamado a todas las puertas que encontró cerradas, pero no encontró ni rastro de Hans. Y tampoco había vuelto a ver a Stern desde que se separó de él ante la puerta del dormitorio. A pesar de todo, había dado con algo útil. En un espartano dormitorio decorado sólo por una foto de 20 x 25 de un Pieter Smuts más joven y vestido de uniforme, había encontrado una Beretta semiautomática de 9 milímetros metida en una funda pistolera que colgaba de uno de los postes de la cama. Aunque la joven no estaba segura de saber cómo usarla, tenía la certeza de que Stern sí sabría. O Hans, en caso de que lograra dar con él.

Cuando se acercaba a la carrera al vestíbulo de recepción, vio aparecer a lord Grenville. Ilse se detuvo y retrocedió por el angosto corredor, pero ya era demasiado tarde. Stanton la había visto. Sin embargo, cuando se volvía dispuesta a huir, oyó que los pasos del inglés se perdían por uno de los corredores principales alejándose de ella. ¿Adónde irá?, se preguntó. ¿Qué puede ser tan importante como para que le dé lo mismo que yo haya escapado? ¿Estará persiguiendo a otro prisionero? ¿Quizá a Hans?

Ilse echó a correr por el pasillo tras Stanton. Al final del oscuro corredor vio una rendija vertical por la que salía luz. Según se acercaba, comenzó a oír voces. Una era

indudablemente la de Stanton. Respecto a la otra, no le era posible estar segura. Se quitó los zapatos y traspuso sigilosamente el umbral.

Se pegó a uno de los paneles de madera de la pared del estudio. Alfred Horn estaba sentado en su silla de ruedas, ante una gran ventana panorámica, casi invisible entre las sombras. A cuatro metros de él, junto al recargado escritorio, se encontraba lord Grenville haciendo grandes aspavientos con los brazos.

—¡Se lo dije, Alfred! —gritaba—. ¡Smuts está loco! ¡Siempre ha dudado de mi lealtad hacia usted! ¡Por Dios bendito, usted es mi socio!

—Y tú eres un mentiroso y un cobarde —dijo Horn sin inmutarse—. Lo único que te importa es el dinero. —Señaló con un movimiento de la mano hacia la ventana, donde de cuando en cuando aún se veían las estelas de las balas trazadoras—. Éstas son las consecuencias de tu codicia, Robert.

Stanton alzó los brazos en actitud suplicante.

—¡Le juro que yo no tengo nada que ver con esto! ¡Es otra de las estratagemas de Smuts para desacreditarme! ¡Siempre ha sentido celos de mí, y usted lo sabe!

Horn movió con tristeza la cabeza.

—Querido Robert... ¿Cómo es posible que los grandes hombres tengan descendientes como tú? ¡Qué vergüenza!

—¡Por favor! —suplicó Stanton—. ¿Qué pruebas hay en mi contra?

Horn se acarició la marchita frente.

—Pasa la mano bajo el borde del escritorio, Robert.

Stanton lo hizo. Sus dedos encontraron un conmutador. Lo accionó cautelosamente. Desde unos altavoces situados en la librería, una voz masculina dijo.

—Cristo bendito, ¿está usted loco?

Stanton sintió que las rodillas se le convertían en agua.

—Calle y escuche —dijo una voz que reconoció como la suya—. He tenido que telefonar desde aquí porque no me permiten salir de la casa. Escuche, tiene que suspender la operación.

—¿Cómo? —preguntó una incrédula voz con inconfundible acento inglés.

—Estoy seguro de que Horn sabe lo del *Casilda*. No sé cómo se ha enterado, pero lo sabe.

—No puede saberlo.

—¡Pues lo sabe!

—Ya no se puede suspender la operación —dijo la voz de sir Neville Shaw—. Y más vale que su información acerca de los sistemas defensivos de Horn sea cierta, Grenville, porque si no...

La despectiva voz de Alfred Horn se escuchó por encima del sonido de la grabación.

—¡Ni siquiera eres un buen Judas, Robert! ¡Resultas patético!

—Pero... pero... no es lo que usted cree —gimió Stanton—. La llamada era acerca del oro que esperamos...

—¡Mentira! ¡Me has traicionado! ¡Esto no te lo voy a perdonar!

Enderezándose bruscamente, Stanton empuñó la pistola del 45 que llevaba al cinto.

—¡El que es patético eres tú! —exclamó con expresión de odio homicida—. ¡Arrastrándote en tu silla de ruedas por esta casa de locos, aferrándote a tu puñetera fortuna como un león enfermo! ¡Farfullando tus estúpidas filosofías raciales por los pasillos desiertos! ¡Eres un viejo senil! ¡Tu tiempo pasó hace muchos años! ¡Ahora me toca a mí! —Stanton apuntó la pistola contra la cabeza de Horn.

—Guarda esa pistola, Robert —dijo Horn con voz mesurada—. Te perdonaré. Por favor, hazlo en memoria de tu abuelo.

—¡Silencio! ¡Yo sé que no vas a permitirme seguir con vida!

—Te perdonaré, Robert. Pero debes contarme quiénes son tus amigos de Londres. Stanton negó con la cabeza como un niño aterrado.

—¡No puedo! ¡Traté de protegerte, para que lo sepas! Querían que yo mismo te matara, pero me negué. ¡Me ofrecieron la puñetera luna! Me sometieron a chantaje, amenazando con divulgar un horrible secreto acerca de mi abuelo... —Stanton hizo una mueca que pretendía ser una sonrisa—... pero luego comprendí que el secreto sería más perjudicial para ellos que para mí. Están decididos a terminar contigo, Alfred. De un modo u otro. ¿No te das cuenta? No tuve alternativa. Londres mandará a otros para que te maten...

—Es posible —dijo cansadamente Horn—. Quizá cometí un error, Robert. Como tú eres... como eres, nunca te revelé mi verdadera identidad. Incluso tu padre te la ocultó... y creo que hizo bien. Pero ha llegado el momento de que lo sepas. Te juro que perdonaré tu traición, pero debes guardar esa pistola. Bájala y te contaré la auténtica historia de tu noble estirpe...

—¡Cabrón! —gritó Stanton.

Se abalanzó hacia adelante y le pegó una patada a la silla de ruedas de Horn, volcándola y derribando al viejo sobre el suelo de parquet.

Inexorablemente atraída por la terrible escena, Ilse avanzó pegada a la pared hasta que pudo ver a Horn caído de espaldas. Los ocasionales resplandores procedentes de la ventana iluminaban el enjuto rostro contorsionado por el dolor y la confusión. Sobre él, Stanton, con un brillo de locura en los ojos, blandía la pistola con mano temblorosa.

—¡Y tú hablas de perdón! —gritó—. ¿Quién te has creído que eres para perdonarme? —Echó hacia atrás el cerrojo de la 45 y la apuntó contra el ojo de vidrio de Horn—. ¿Qué le obligaste a hacer a mi abuelo?

—¡Nada! —exclamó Horn suplicante—. ¡Lo has entendido todo al revés! ¡Por favor, Robert! ¡No me espanta la muerte, pero temo por mi misión! ¡Por la misión de tu abuelo! ¡Por la humanidad! —Horn alzó la voz desesperado—. ¡No eches a perder medio siglo de trabajos y desvelos!

Stanton lanzó una risotada vesánica y, con una mueca de odio, agarró la pistola

con ambas manos para evitar que temblara.

—¡Al fin te vas a encontrar con la muerte, Alfred! —exclamó—. ¡Ya es más que hora!

Como en sueños, Ilse alzó la Beretta de Smuts y le quitó el seguro, igual que le había visto hacer a Hans centenares de veces en su apartamento. Stanton oyó el clic metálico. Giró sobre sí mismo tratando de localizar la procedencia del sonido...

Ilse disparó...

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Stern corría rápida y silenciosamente por la casa. Ilse le había descrito el trazado triangular de la mansión Horn, pero desde dentro, la miríada de corredores y pasajes parecían conducir únicamente hacia fuera. Stern había intentado en todo momento ir hacia la gran torre central en la que, según Ilse, se hallaba el acceso al complejo subterráneo, pero siempre se encontraba ante el mismo obstáculo: una impenetrable barrera de metal anodizado. Los pesados blindajes bloqueaban todas las puertas y ventanas que daban hacia el interior. Evidentemente, la torre central y el complejo subterráneo habían sido aislados debido a la batalla.

Stern se detuvo a tomar aliento junto a una gran puerta metálica en la que se leía KRANKENHAUS. Todavía tenía que conseguir un teléfono y, aun en el caso de que encontrara uno, sólo podría darle a Hauer una idea muy vaga del lugar en el que se hallaba. Necesitaba un mapa. ¿Quién estará atacando la casa?, se preguntó furioso. ¿Serán los árabes, que han venido a por su puñetera bomba, si es que tal bomba existe? En cualquier otro país, la idea de que un ciudadano particular se hubiera hecho con una arma nuclear resultaría absurda. Pero Stern sabía que las reglas del sentido común no regían en Sudáfrica. Cualquier cosa era posible en un país que había desarrollado clandestinamente su capacidad nuclear, sin que existiera ninguna entidad reguladora que la supervisara. Un hombre tan rico como Horn, muy bien podría haber colaborado en el programa nuclear de Sudáfrica, y sólo Dios sabía qué recompensa habría recibido a cambio de su ayuda. ¿Y si realmente Horn tiene la bomba?, se preguntó Stern. ¿Qué sucede en ese caso? El pulso se le aceleró al imaginar a unos comandos israelíes lanzándose en paracaídas sobre la mansión Horn, pero sabía que tal acción sería imposible. Cuando al fin encontrase un teléfono, no dispondría de tiempo para hacer las seis u ocho llamadas que harían falta para localizar a los miembros adecuados del Estado Mayor israelí... si es que éstos no se encontraban jugando al golf en alguna parte. Y aunque lograra localizarlos, ¿qué podrían hacer? Sudáfrica no era el Líbano ni Iraq. Violar el espacio aéreo sudafricano sería un peligroso acto de guerra. El lema extraoficial del ejército sudafricano era. «Treinta días hasta El Cairo», lo cual quería decir que las fuerzas armadas sudafricanas podían recorrer de abajo arriba todo el continente africano en sólo un mes. Pocos eran los expertos que ponían en duda la exactitud de aquel lema. No. Stern tuvo que reconocer que Hauer era su única esperanza. Hauer se encontraba en Sudáfrica, a una sola llamada telefónica de distancia, y estaba listo para entrar en acción. Stern se preguntó cómo reaccionarían los mandamases de Jerusalén si supieran que el futuro de Israel dependía de un ciudadano alemán.

Stern abrió la puerta de la enfermería y buscó con la mirada un teléfono. Vio un electrocardiógrafo, un soporte para suero intravenoso y diversos instrumentos de laboratorio... pero ningún teléfono. En la pared del fondo había dos puertas. Una

tenía el rótulo: CUIDADOS INTENSIVOS, y en la otra se veía el distintivo internacional de peligro radioactivo. Tras la primera puerta, Stern encontró una plétora de equipamiento médico, pero ningún teléfono. Tras la segunda puerta encontró un aparato de rayos X y una mesa de exámenes, una puerta de madera con el cartel: CUARTO OSCURO, pantallas fluorescentes para examinar radiografías y gran cantidad de sobres marrones para guardarlas. Pero ningún teléfono.

Regresó rápidamente al pasillo. Tras probar con otra media docena de puertas, se encontró en la biblioteca donde Horn lo había recibido. Aunque vacía y sumida en la penumbra, la sala parecía conservar algún residuo de presencia humana. Stern no vio a nadie, pero sintió algo, una vaga inquietud. ¿Le estaría mirando alguien desde algún rincón? Nervioso, se dirigió hacia el escritorio tras el que había estado Horn durante el interrogatorio. El sentido común le gritaba que saliese de allí cuanto antes, pero su intuición le decía que estaba a punto de efectuar un importante descubrimiento.

Encendió la lámpara de pantalla verde que había sobre el escritorio. Estudió los volúmenes que llenaban la biblioteca. Eran los libros de colección habituales en las casas de caballeros de gran fortuna y escasa cultura. Impulsado por una vaga premonición, Stern se acercó a las estanterías. Tocó primero los libros, luego la madera que los separaba y, tanteando con los largos dedos, llegó hasta el ángulo del estante. De pronto notó un contacto metálico en las yemas de los dedos. Miró entre los estantes. En el punto en que la madera se unía a la pared, había un pequeño tirador metálico.

Cerró el pulgar y el índice en torno al pequeño pomo y tiró con suavidad. Sonó un chasquido metálico que lo sobresaltó, pero al momento un resquicio apareció en torno a una sección de uno por dos metros de la estantería. Stern empujó lentamente hacia adelante, deslizó un brazo en la oscura cavidad y tanteó en busca de un interruptor. Aquí está. Tras diez segundos de silencio, accionó el interruptor y cruzó la puerta secreta.

Stern respingó al recibir el impacto de los colores rojo sangre y negro. La habitación que había al otro lado de la puerta era pequeña pero de techo alto, como un ataúd en posición vertical. Grandes cortinajes color escarlata pendían del abovedado techo y eran recogidos a metro y medio del suelo por negras bandas de seda. Bordado en el centro de cada banda negra había un resplandeciente medallón blanco... ¡Y en el centro de cada medallón había una negra esvástica! En la pared, una colección de fotos en blanco y negro saltó hacia los ojos de Stern como una legión de espectros surgidos de la tumba. Miles de hombres con uniformes grises formando en rectas filas interminables; cientos de anónimos soldados marchando al paso de la oca por un París desierto; docenas de jóvenes con los labios sonriendo por debajo de relucientes ojos que habían visto lo indescriptible. Bajo la mirada de Stern, de aquel *collage* de depravación fueron surgiendo rostros conocidos. Göring y Himmler... Heydrich... Streicher... Hess y Bormann... Goebbels... Todos estaban allí. Tratando de librarse de la sensación de irrealidad que comenzaba a dominarlo, Stern se volvió; pero sólo

consiguió enfrentarse a otro de los demonios de su pasado.

Erguida muy por encima de él, con las enormes alas de bronce extendidas y abarcando toda la anchura del cubículo, había una águila imperial nazi. El águila de Speer alza de nuevo el vuelo, se dijo Stern con un escalofrío. Sin embargo, aquella gran ave no era una águila. Tenía las patas rodeadas por llamas de bronce y entre las garras sostenía un globo terráqueo color sangre sobre el que flotaba una esvástica. ¡El ave Fénix!, exclamó una voz en su interior. La voz del profesor Natterman. Stern miró el ave con auténtico pasmo. La cabeza de la mítica criatura estaba vuelta de perfil. El agudo pico se encontraba abierto, como si estuviera lanzando un grito de desafío, y el único ojo refulgía de furia. Stern notó que las rodillas le temblaban. Aquí tiene usted su famoso ojo egipcio, profesor. ¡El mismo diseño exacto! El tatuaje que llevaban los asesinos de Fénix... la marca dibujada en la última página de los papeles de Spandau... Stern recordó con onírica claridad la explicación de Natterman acerca de la relación de Hess con Egipto. Aquel fénix parecía casi idéntico a la vieja águila nazi, pero la inspiración egipcia del ojo resultaba indiscutible. El ojo desentonaba totalmente con el resto de la escultura. Y lo mismo ocurría con las llamas que lamían las patas del pájaro. Parecían postizas, como si hubieran sido añadidas *a posteriori*. Pero... ¿por quién?, se preguntó Stern. ¿Por un hombre que pasó en Egipto los catorce primeros años de su vida? ¿Por un hombre que perdió un ojo con posterioridad a 1941? ¿Por Rudolf Hess?

En otras circunstancias, se dijo Stern, aquel extraño santuario podría haber parecido una salita privada de trofeos, una macabra versión de las que se encuentran en las casas de los generales vanidosos. Pero allí, oculta en una fortaleza situada al final del enmarañado sendero cuyo punto de origen era la prisión Spandau, todas aquellas reliquias producían una sensación completamente distinta. Aquel cuarto no era un museo ni un cursi monumento al pasado. Era una aberración temporal, un lugar en el que el pasado no sólo había sido conservado, sino también reanimado por alguien empeñado en resucitarlo. Stern sintió un impulso casi irrefrenable de destrozar aquella efigie, como hicieron los rusos del mariscal Zhukov en lo alto del Reichstag. Ya se estaba poniendo de puntillas cuando quedó paralizado.

Colgado en la pared bajo el inmenso fénix, vio lo que estaba buscando: mapas. ¡Y no sólo mapas, sino también un teléfono! Del mapa de la izquierda, una proyección del continente africano, hizo caso omiso. Pero el otro, una carta topográfica del Transvaal septentrional, era justo lo que necesitaba. Orientándose rápidamente desde Pretoria, deslizó el dedo hacia el noreste en dirección a la gran mancha verde que representaba el Parque Nacional Kruger. El dedo se detuvo a poco más de dos centímetros del borde del parque.

—Aquí estamos —dijo Stern en voz alta.

Lo mismo que en la pantalla de radar de la torre, el emplazamiento de la mansión Horn había sido claramente marcado mediante una gran H roja. Stern calculó que la distancia entre la H y Pretoria sería de algo menos de trescientos kilómetros.

Aproximadamente, unas tres horas y media en coche, considerando los tramos sin carreteras ni caminos que había en las inmediaciones de la mansión Horn. Con el corazón en la boca, Stern descolgó el teléfono de encima del escritorio. Luego, mientras marcaba el número del hotel Protea Hof, oyó un murmullo de voces. Inmediatamente cayó en cuclillas tras el escritorio llevándose el teléfono consigo.

Las voces no procedían del teléfono. Ni tampoco se estaban aproximando. Cautelosamente, Stern volvió a ponerse en pie. Desplazándose a distintos lugares del cuarto, no tardó en localizar la fuente del sonido. Las voces procedían de detrás de la pared de las fotos. Stern pegó la oreja a la madera. Ambas voces eran masculinas, una de ellas mucho más fuerte que la otra. La voz más fuerte hablaba con acento inglés.

Mientras se desplazaba a lo largo de la pared para acercarse más a las voces, Stern notó un contacto metálico en la mano derecha. Otro tirador. Entonces comprendió. Aquel macabro santuario unía la biblioteca y el estudio por medio de dos puertas secretas. Horn había tenido buen cuidado de dotar a su sanctasanctórum de dos vías de escape. Stern se llenó los pulmones de aire e hizo girar el tirador. Oyó el ya familiar chasquido metálico, pero las voces siguieron hablando. Stern abrió la puerta.

El estudio que había al otro lado de la entrada secreta se encontraba a oscuras, pero no del todo. De cuando en cuando, resplandores procedentes del gran ventanal panorámico iluminaban la habitación. Stern oía en el exterior fuego de armas de poca potencia, puntuado por ráfagas ocasionales de una pieza más pesada. Se deslizó al interior de la habitación y pegó la espalda a los paneles de madera de la pared. A la verdosa luz de una lámpara de sobremesa, divisó al que hablaba con acento inglés. El hombre apuntaba una gran pistola hacia una sombra sentada al otro lado del escritorio, junto al gran ventanal.

Stern respingó al oír la cascada y desdeñosa voz del hombre de la silla de ruedas. Era Horn. No le fue posible entender del todo las palabras, pero el viejo, pese a su situación de inferioridad, parecía estar ofreciéndole cuartel al inglés. Con ello sólo consiguió que éste se enfureciera. Lanzando un grito de rabia, el inglés embistió contra la silla de ruedas, derribó a Horn, alzó la pistola y echó hacia atrás el cerrojo. Dios bendito, va a matarlo, se dijo Stern. Instintivamente, fue a avanzar un paso, pero se contuvo. Un tenedor roto no era gran arma contra una pistola semiautomática. Pero, aparte de eso, algo en lo más profundo del alma de Stern, algo lleno de negro rencor, le decía que no hiciera absolutamente nada. Si el viejo que ahora yacía indefenso en el suelo había conseguido realmente hacerse con una arma nuclear, Stern podía neutralizarlo en aquellos mismos momentos limitándose a permitir que el enfurecido inglés le volara la cabeza. Quizá eso fuera lo mejor...

Los siguientes instantes pasaron como una exhalación. Stern escuchó a Horn murmurar algo desde detrás del sofá. El joven inglés, totalmente fuera de quicio, sujetó la pistola con ambas manos y se dispuso a disparar.

—¡Al fin te vas a encontrar con la muerte, Alfred! —exclamó—. ¡Ya es más que

hora!

Stern frunció el entrecejo. ¿Alfred? Se sentía totalmente desorientado. ¿Alfred Horn? Pero el viejo se había presentado como Thomas Horn...

Un chasquido metálico hizo que todos en la habitación se quedaran paralizados. El sonido fue inconfundible: el de una pistola automática al ser montada. Como si a ambos los controlase el mismo cerebro, Jonas Stern y Robert Stanton se volvieron hacia el sonido. Stern tuvo un atisbo de unos cabellos rubios entre las sombras, y luego los fogonazos lo cegaron. Cinco seguidos, muy rápidos. Los primeros disparos no dieron en el blanco, pero los dos últimos alcanzaron al inglés y lo lanzaron contra la ventana, cuyos vidrios se hicieron añicos.

Stern se dejó caer al suelo. El cabello rubio que había entrevisto era indicación de que Pieter Smuts había llegado a tiempo de salvarle la vida a su jefe. Mientras Stern escrutaba las sombras tratando de distinguir al afrikáner, la puerta del estudio se abrió de golpe y las luces del techo se encendieron. Lo que Stern vio a renglón seguido le cortó la respiración. Ilse Apfel se encontraba en el centro de la estancia, rígida y con una pistola humeante sujeta con ambas manos. ¡Ella era la dueña del cabello rubio, la que había salvado a Horn del que iba a ser su ejecutor! Pieter Smuts cruzó rápidamente la sala y se lanzó sobre la joven al tiempo que le inmovilizaba la mano armada. Ilse se desplomó sin un sonido. El afrikáner se incorporó casi inmediatamente y buscó a su jefe con la mirada.

—Pieter —gimió una débil voz—. Estoy aquí, detrás del sofá...

Smuts corrió junto al viejo y cayó de rodillas.

—¿Está usted herido?

—¿Cómo...? No. Usted me salvó, Pieter.

—¡Linah! —gritó Smuts—. ¡Avisé al médico!

Stern oyó unas pisadas alejándose pasillo abajo.

Smuts se fijó de pronto en el ventanal roto. El cadáver de Stanton se encontraba medio dentro, medio fuera, con los ojos sin vida abiertos y vueltos hacia la lluvia. El afrikáner se quedó boquiabierto, sin comprender lo que había ocurrido.

—Gracias a Dios que llegó usted —murmuró Horn—. Ese cerdo se proponía matarme. No creía que tuviera valor para hacerlo.

Sin quitarle ojo a Ilse, Smuts enderezó la silla de ruedas, acomodó en ella al anciano y luego cruzó el estudio y ayudó a Ilse a ponerse en pie. La joven parecía tan aturdida como cuando Smuts la derribó sobre el suelo. El afrikáner la tomó de la mano y la condujo hasta Horn.

—Señor, cuando llegué, vi a Frau Apfel plantada ahí, con una pistola alzada. Fue ella quien lo salvó. —Smuts lanzó de pronto una exclamación de asombro—. ¡Es mi Beretta! ¡Dios bendito, ha matado a lord Grenville con mi puñetera Beretta!

Ilse permanecía inexpresiva, pero a Horn comenzaban a relucirle los ojos.

—Lo sabía, Pieter —dijo en tono triunfal—. No pudo quedarse cruzada de brazos viéndome morir. ¡Es una auténtica alemana! —Horn hizo avanzar su silla y le cogió a

Ilse la mano—. ¿Mató usted a lord Grenville, querida?

Ilse no respondió.

—Se encuentra en estado de shock —murmuró Horn moviendo la cabeza—. Es un milagro, Pieter. El destino ha traído a esta muchacha hasta aquí.

Si bien apreciaba lo hecho por Ilse, Smuts no hubiera llevado los elogios hasta tan lejos.

—Señor, creo que Frau Apfel actuó simplemente por reflejo —dijo escogiendo bien las palabras—. Trataba de escapar. Vio que estaba a punto de cometerse un asesinato y disparó a ciegas para evitarlo. No creo que debamos darle a la cosa mayor significado.

Sin hacer caso de Smuts, Horn estrechó en su mano la de Ilse.

—Querida —dijo con voz suave—, con lo que ha hecho esta noche, no sólo ha salvado su propia vida, sino también la de su esposo.

—¡Pero, señor...! —protestó Smuts—. ¡Piénselo bien!

—¡Silencio, Pieter! —exclamó Horn—. Quiero que se transfiera medio millón de rands al Deutsche Bank de Berlín, a nombre de Frau Apfel. —Dirigió una sonrisa a Ilse—. Para el pequeño —explicó—. Pieter me dijo que está embarazada, querida.

Smuts miró incrédulamente a su jefe. Aquello era una locura. Jamás había visto que el viejo tomara decisiones basándose en motivos sentimentales. Por alguna razón, aquella mujer había adquirido una enorme y peligrosa influencia sobre Alfred Horn. Y saltaba a la vista que tal influencia iba a más. Muy pronto debería ocurrir un trágico accidente.

Súbitamente, en el exterior sonó un rugido que estremeció la ventana destrozada. Desde su puesto junto a la puerta secreta, Stern vio cómo una ráfaga de balas trazadoras subía hacia el borde de la hondonada.

—¿Qué hay del ataque? —preguntó Horn.

—La casa está a salvo —dijo lacónicamente Smuts.

—¿Y el *Oberleutnant* Luhr?

—Un hombre muy capaz. Es él quien está manejando el Vulcan.

Horn sonrió.

—Sospecho que sus pequeños juguetes constituyeron toda una sorpresa para los amigos de Robert, ¿no?

Smuts esbozó una sonrisa torcida.

—¿Sabe ya quiénes eran? —quiso saber Horn.

—Esta noche, cuando retiremos los cadáveres, lo averiguaremos.

Horn asintió con la cabeza y luego, volviéndose hacia Ilse, dijo con voz suave.

—Pieter la conducirá ahora junto a su esposo. Dentro de unos minutos lo verá. ¿Me oye, querida?

Ilse, que hasta aquel momento había permanecido inmóvil, comenzó a temblar. Una única lágrima le corrió por la mejilla. La joven parecía a punto de derrumbarse.

—Llévesela, Pieter —ordenó Horn—. *Schnell!*

—¡Sí, señor!

El afrikáner se puso en movimiento.

Comprendiendo que sólo disponía de unos segundos para ponerse a buen recaudo, Stern volvió a entrar en el pequeño santuario y descolgó el teléfono. Estaba a punto de marcar el número del Protea Hof cuando oyó una voz en el teléfono. Parpadeó incrédulo. ¿Quién podía ser? ¿Uno de los hombres de Smuts? ¿Importaba acaso quién fuera? Tapando el micro con la palma de la mano, Stern volvió a asomar la cabeza por la puerta. Vio cómo el brillante haz rastreador del Vulcan ascendía hasta el borde del promontorio buscando nuevas víctimas. Horn había girado su silla para observar. El haz rastreador fluctuó de arriba abajo sobre la línea del horizonte, quedó inmóvil por unos momentos y luego subió hacia el cielo. Por un instante, el extremo del mortífero haz fue visible, y luego detonó formando una enorme bola de fuego.

La onda expansiva arrojó lluvia y cristales al interior de la sala. Varios fragmentos cayeron sobre las piernas de Horn, pero éste no pareció advertirlo. Tendió la mano hacia el botón que había en un brazo de la silla de ruedas, dispuesto a volverse. Stern se acuclilló con la esperanza de volver a ver iluminado el grisáceo rostro del anciano. Oyó el zumbido del motor eléctrico de la silla de ruedas, vio el rostro de perfil y el instinto de conservación pudo más que la curiosidad. Volvió a meterse en la habitación secreta y cerró la puerta tras de sí. Cuando se llevó el teléfono a la oreja, la voz seguía hablando. Maldiciendo en silencio, volvió a dejar el receptor sobre la horquilla. No podría llamar a Hauer. Stern calculaba que disponía de menos de un minuto para volver a convertirse en el profesor Natterman.

Alan Burton yacía de bruces en el suelo, abrazando el barro con el desesperado amor del soldado de infantería. Aun antes de escuchar el apocalíptico rugido del cañón Vulcan, había visto brotar desde la torre el terrible haz rastreador. Ahora el artillero estaba volviendo a acribillar los cadáveres de los colombianos... Porque no había duda de que eran cadáveres. Cuando una ráfaga de proyectiles blindados pega contra un cuerpo humano a razón de 6600 balas por minuto, el resultado es indescriptible. Burton lo había visto antes y no tenía ganas de verlo de nuevo.

Aparentemente, Alberto sí las tenía. El corpulento guerrillero había alzado cuatro veces la cabeza por encima del borde de la hondonada para presenciar la matanza. La última vez debió de ser demasiado para él, ya que Burton oyó al gigantesco africano sollozar junto a él. Cuando uno de los helicópteros hizo explosión a sus espaldas, Alberto comenzó a balbucear para sí. A Burton, las incoherentes sílabas le sonaron vagamente religiosas, y el inglés se dijo que unas cuantas plegarias no estarían de más, incluso para un pecador impenitente como él.

Cuando el terrible rugido del Vulcan se convirtió en ráfagas intermitentes, Alberto trató de incorporarse para regresar corriendo a la pista de aterrizaje. Burton lo obligó por la fuerza a volver a pegarse contra el barro. Por lo que Burton sabía, aún

les quedaba un helicóptero y, con un poco de suerte, un piloto. Pero correr hacia la pista en aquellos momentos sería un suicidio. Cualquier idiota podía darse cuenta de que el artillero de la torre disponía de un equipo de visión nocturna. Burton se imaginó al muy cabrón, sentado tras su monstruosa arma, esperando que algún superviviente corriera en dirección a la pista. Burton no pensaba ser el estúpido que cometiera tal desatino.

Pero Alberto sí lo cometió. Cuando el Vulcan llevaba ya noventa segundos en silencio, el gigantesco africano se puso / de rodillas e indicó por señas a Burton que lo imitase. El Vulcan hizo fuego: la ráfaga de tres segundos ascendió como un rayo hacia el borde del promontorio. Unos noventa proyectiles alcanzaron el cuerpo de Alberto eviscerándolo y decapitándolo. Los sanguinolentos restos que cayeron al barro junto a Burton no tardarían en ser devorados por los chacales.

El inglés decidió que no se quedaría para ver el banquete. A la mierda los muertos, se dijo. Tal vez Shaw me dé otra oportunidad. Bien sabe Dios que lo de hoy no lo ha sido. Con movimientos tan cautos que sólo una serpiente los hubiera percibido, Burton comenzó a retroceder sobre el barro hasta quedar por debajo del ángulo de tiro del Vulcan. Luego se puso en pie y corrió como jamás había corrido, pegado al suelo pero a enorme velocidad, Cuando notó que el terreno comenzaba a ascender, comprendió que se aproximaba a la pista.

Ante la Aguada tuvo que detenerse. Por el cauce corría ahora casi metro y medio de agua, pero Burton se deslizó por el empinado talud como si el torrente representase un refugio seguro y no un peligro mortal. Alzando la metralleta MP-5 por encima de la cabeza, comenzó a vadear la corriente. Le costó un esfuerzo sobrehumano resistir la fuerza del agua, pero logró llegar al otro lado. En menos de veinte segundos se encaramó al talud de la otra orilla y al llegar arriba se encontró frente a Juan Díaz.

—¡Madre de Dios! —exclamó el cubano.

—¿Y el helicóptero? —preguntó Burton jadeando.

—El nuestro lo alcanzaron, inglés. Pero Fidel, el otro piloto, nos está esperando. ¡Vamos! ¡Antes de que vuelvan a disparar contra la pista!

Echaron a correr. Burton veía ante sí la pista, una reluciente línea de asfalto. El Learjet de Horn aguardaba en la zona de estacionamiento como un halcón posado esperando a que amainase la tormenta. El helicóptero se encontraba a unos cuarenta metros del Learjet, y sólo a veinte de los humeantes restos de su aparato gemelo. Según se aproximaban a la pista, Burton oyó el sonido de los rotores.

Luego el ruido quedó solapado por el rugido del Vulcan. Burton volvió la vista atrás. Vio que los proyectiles trazadores cruzaban la hondonada, saltaban la Aguada y pegaban tras ellos.

—¡Corre! —le gritó a Díaz.

El cubano, que no necesitaba que lo animaran, iba ya por delante de Burton. La ráfaga de balas trazadoras pasó entre los dos hombres camino del aparato de Fidel,

levantando la tierra como un arado mortal.

Y entonces sucedió. Fidel perdió la sangre fría. Viendo que las balas iban en dirección a él, el piloto simplemente no logró controlar el pánico. Encontrándose los únicos supervivientes de su equipo a menos de treinta metros del helicóptero, el aterrado cubano despegó. Díaz le gritó a su camarada que esperase, pero el despavorido piloto no le hizo el menor caso.

Burton había visto ocurrir cosas como aquélla un centenar de veces. Se detuvo, se puso de rodillas y se acercó la MP-5 a la cara. La única forma de conseguir que un hombre aterrado reaccionase era enfrentándolo a otro peligro igual o mayor. Burton apuntó la metralleta contra el parabrisas del helicóptero de Fidel y disparó una ráfaga de tres proyectiles.

—¿Estás loco? —gritó Díaz—. ¡Conseguirás que se estrelle!

—¡Hazle seña de que baje!

El helicóptero de Fidel se estremecía salvajemente a diez metros por encima del suelo. Como no estaba acostumbrado a disparar el Vulcan, Jürgen Luhr no había alcanzado al aparato con la primera ráfaga. Los proyectiles trazadores pasaron como exhalaciones por encima de los rotores del helicóptero.

Díaz le hacía frenéticas señas a su compadre para que descendiera, pero Fidel no parecía haber decidido aún cuál de los dos peligros era mayor. Burton terminó de convencerlo disparando una ráfaga sostenida que hizo añicos el parabrisas del helicóptero. El JetRanger descendió hasta quedar suspendido a un metro por encima de la pista. Burton se lanzó hacia la portezuela lateral adelantándose a Díaz. Saltó al interior del estremecido aparato y apuntó a Fidel con su arma.

—¡No despegues hasta que Díaz haya subido!

El menudo cubano estaba cerca pero no lo bastante. Sin pretenderlo, Fidel hizo que el aparato subiera otros dos metros.

—¡Abajo! —rugió Burton.

El JetRanger descendió y luego volvió a subir.

Luhr corrigió la puntería y volvió a hacer fuego con el Vulcan. Esta vez el reguero de balas trazadoras se dirigió inequívocamente hacia el helicóptero.

—¡Salta! —gritó Burton.

Díaz lo hizo y se agarró al patín derecho del helicóptero. Burton agarró con una mano el cuello de la camisa del cubano, vio el temor y la ira reflejados en sus ojos... y entonces sintió el fortísimo impacto. Por un brevísimo instante, la ráfaga de balas trazadoras había rozado a Díaz en el costado. Un solo proyectil lo hizo soltar del patín.

El helicóptero se estremeció salvajemente debido a los intentos de Fidel de eludir los proyectiles.

—¡Pósate en el suelo! —gritó Burton.

Hizo un disparo que pegó contra el plexiglás a cinco centímetros de la cabeza de Fidel. El cubano lanzó un grito de terror. Asomándose por la portezuela lateral,

Burton vio que Díaz estaba caído en el barro alzando un brazo en suplicante actitud.

Fuera por voluntad de Fidel o accidentalmente, el helicóptero se ladeó de pronto noventa grados y Burton cayó al vacío. Logró agarrarse al patín y se mantuvo colgado de él con la fuerza de la desesperación. Advirtió que el JetRanger comenzaba a ascender. Fidel había tomado una decisión: la de huir. Burton tomó la suya en una fracción de segundo. Con una maldición en los labios, soltó el patín y cayó seis metros hasta el suelo.

Cayó mal pero el barro amortiguó el golpe. Por encima de él, el helicóptero de Fidel se estaba elevando sin la suficiente rapidez. Luhr ya le había cogido el tranquillo al Vulcan. El ardiente chorro de proyectiles pegó en mitad del JetRanger y casi lo partió en dos antes de que los depósitos de combustible hicieran explosión. El helicóptero se convirtió en una bola de fuego, lo mismo que su aparato gemelo, y sus fragmentos cayeron sobre la pista como una ardiente lluvia.

Burton se arrojó sobre Díaz mientras los restos del aparato caían en el asfalto en torno a ellos. Sin esperar a que el Vulcan volviera a abrir fuego, el inglés agarró a Díaz, se lo cargó al hombro como un saco y echó a correr hacia la Aguada. Si el artillero sigue mirando la bola de fuego, se dijo, tal vez logremos salvarnos. Pero si me ha visto saltar, ahora mismo nos estará apuntando... Faltan diez metros para el borde del barranco... siete... Burton apretó el paso, se lanzó hacia adelante...

Saltó.

Los dos hombres cayeron rodando por el inclinado talud y se detuvieron al borde del torrente. Burton se cercioró de que Díaz no corría peligro de caer al agua y buscó un escondite con la mirada. El cubano lo agarró por la manga.

—Gracias —tosió—. Gracias, inglés.

Burton miró al menudo y valiente cubano. La camisa de camuflaje de Díaz estaba empapada en sangre, pero en sus labios y en sus ojos relucía una sonrisa.

—No me des las gracias, amigo —dijo el inglés—. La noche va a ser larga y movida.

Con la rapidez de reflejos que le había permitido sobrevivir a cuatro guerras y a incontables operaciones de inteligencia, Jonas Stern logró regresar al dormitorio que había compartido brevemente con Ilse. La cabeza le daba vueltas. Tenía que regresar a aquel teléfono. Con el tenedor roto había hecho una muesca en la puerta de la librería para poder localizar rápidamente la entrada secreta. Pero... ¿tendría oportunidad de regresar? Sin duda, el jefe de seguridad de Horn no tardaría en aparecer por el dormitorio. Naturalmente, el afrikáner supondría que el «profesor Natterman» había intentado escapar junto a su nieta. Y... ¿qué pensaría cuando encontrara a Stern aguardando en la habitación? ¿Se creería que «Natterman» se había quedado como un conejo en una jaula abierta mientras su nieta arriesgaba la vida para escapar?

Stern había oído la promesa de Horn de respetar la vida de Hans Apfel, pero dudaba de que el viejo concediera igual clemencia al «abuelo» de Ilse. Stern se daba cuenta de que si deseaba sobrevivir a los próximos minutos necesitaba una excusa verosímil para haberse quedado en el dormitorio mientras Ilse huía. En el corredor ya resonaban los pasos de alguien calzado con botas cuando Stern recordó el cuaderno de Zinoviev. Lo sacó del interior de su camisa, corrió al pequeño escritorio, se despeinó y abrió por la mitad el pequeño volumen encuadernado en piel.

Las botas se detuvieron en el exterior de la puerta.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Stern no alzó la vista cuando Smuts abrió la puerta. El viejo israelí examinaba el pequeño volumen negro con la misma atención con que hubiera examinado un libro perdido de la Biblia. El afrikáner permaneció unos momentos en silencio, observándolo.

—¿Qué hace, profesor? —preguntó al fin.

—Estoy leyendo —murmuró Stern.

—Ya lo veo —replicó secamente Smuts—. ¿Dónde está su nieta?

—No tengo ni idea.

—¿Cómo logró salir de esta habitación?

Stern alzó al fin la vista.

—Forzó la cerradura.

—¿Con qué?

—Creo que con un tenedor que cogió del comedor.

Smuts frunció el entrecejo.

—¿Por qué no escapó usted con ella?

Stern se encogió de hombros.

—Ella es joven y yo soy viejo. Llevándome con ella, sus posibilidades de escapar hubieran sido muy escasas. Yendo sin mí... ¿quién sabe?

—Su nieta no ha logrado huir —dijo Smuts con una sonrisa de suficiencia.

Stern lanzó un suspiro.

—¿Por qué no la trae otra vez aquí?

—Imposible. Debe pagar por su insolencia.

Recordando la promesa de Horn de mostrar clemencia hacia la joven, Stern contuvo una sonrisa y se pasó una mano por la frente.

—Ilse no es más que una pobre muchacha que desea encontrar a su marido. ¿Qué hay de malo en ello?

—Herr Horn decidirá —replicó secamente Smuts—. Creo que miente usted, profesor. Trató de huir y no pudo, ¿no es así? Las puertas blindadas se lo impidieron.

—Subestima mi devoción por la Historia, joven. —Stern puso una mano sobre el cuaderno de Zinoviev—. Este volumen es un tesoro... un fragmento perdido de la Historia. Leyéndolo, ya me he enterado de sucesos que mis colegas darían cualquier cosa por saber.

Smuts movió lentamente la cabeza.

—Es un pobre viejo que no comprende nada —dijo.

—Comprendo que este libro es infinitamente más valioso que la basura que Hans encontró en Spandau.

—Yo le diré lo que es ese libro, profesor —dijo Smuts desdeñoso—. Es su puñetera sentencia de muerte. Sólo un hombre ha seguido con vida después de leerlo,

y usted ya sabe quién es. —Smuts agarró el tirador de la puerta—. Disfrute mientras pueda —añadió, y salió del dormitorio.

Stern contempló la puerta cerrada. Sabía que podía forzar de nuevo la cerradura, pero quizá fuera eso lo que estaba esperando el afrikáner. Aspiró profundamente y se frotó las sienes. Estaba sudando. Hacía sesenta segundos había visto algo que le había hecho olvidarse totalmente del pequeño santuario nazi que acababa de visitar.

Se trataba del libro. Del cuaderno de Zinoviev. En cuanto lo abrió, momentos antes de que Pieter Smuts irrumpiera en la habitación, Stern vio los extraños caracteres que llenaban la página. Caracteres cirílicos. La página de la izquierda estaba llena de párrafos y párrafos trabajosamente manuscritos en ruso. Y en la página de la derecha —limpiamente mecanografiados con una vieja máquina de escribir alemana— Stern encontró lo que rezaba porque fuese la traducción al alemán de lo escrito en ruso. Pero lo que realmente lo dejó estupefacto y lo que hizo que se olvidara del resto de sus preocupaciones fue que estaba casi seguro de que aquellos caracteres cirílicos los había trazado la misma mano que en 1967 escribió la nota de advertencia a Israel sobre el «fuego de Armagedón». La nota según la cual el secreto de tal peligro se encontraba en Spandau.

Hojeó rápidamente el fino volumen. Las páginas, veinte en total, eran simples hojas chapuceramente pegadas a un lomo de cuero, y en ellas se repetía una y otra vez la misma configuración: primero ruso y después alemán. Stern no podía confirmar su intuición respecto al autor de la nota de Spandau, ya que dicha nota se encontraba en su bolsa de cuero, en la habitación de Hauer en el Protea Hof. Pero no le hacía falta confirmar nada. Lo sabía. Cerró el cuaderno negro y releyó el nombre que figuraba en la cubierta. V. V. Zinoviev. ¿Quién sería aquel misterioso ruso? ¿Cuál era su relación con el caso Rudolf Hess? Si era Zinoviev el que en 1967 había puesto a Israel sobre aviso de un apocalíptico peligro, ¿era concebible que la misma persona hubiera entregado voluntariamente aquel libro a Alfred Horn? Stern experimentaba una fuerte sensación de *déjà vu*. Alfred Horn. El nombre le sonaba enormemente. ¿Dónde lo había visto antes? ¿En algún viejo informe de inteligencia? ¿En alguna lista de simpatizantes nazis que pasó por su escritorio de Tel-Aviv?

Trató de obligarse a no seguir dándole vueltas a la cuestión. Se esforzó en pensar en el teléfono que aguardaba en el macabro santuario nazi. A pensar en Hauer y Gadi, que esperaban ansiosamente su llamada. Tenía que ponerse en contacto con ellos. Sin embargo, pese a lo dicho por Ilse acerca de una arma nuclear, pese a que él estaba convencido de que Israel corría auténtico peligro, Stern sentía la extraña certidumbre de que la clave de toda aquella locura, tanto en el pasado como en el presente, se encontraba en el delgado volumen que tenía en la mano. Si los papeles que Hans Apfel había encontrado en la prisión de Spandau demostraban que el prisionero Número Siete no era Rudolf Hess, ¿qué secreto podía contener aquel fino cuaderno? Horn había dicho que estaba relacionado con mayo de 1941. ¿Revelaría al fin aquel librito el secreto de la auténtica misión que llevó a Rudolf Hess a Inglaterra? ¿Se

nombraría en él a los contactos británicos de Hess? ¿Revelaría la auténtica magnitud del peligro que amenazaba a Israel? ¿Podría su contenido silenciar el zumbido que Stern notaba en la cabeza cada vez que oía el nombre de Alfred Horn? Este cuaderno, se dijo, y no los papeles de Spandau, es la piedra de Roseta del profesor Natterman para los sucesos de 1941. Sólo espero seguir con vida para poder contárselo a ese viejo loco. Stern abrió el librito y comenzó a leer.

Yo, Valentin Vasilievich Zinoviev, anoto aquí para la posteridad los detalles de mis servicios al Reich alemán, específicamente, el cometido que desempeñé en la operación especial emprendida en la Gran Bretaña en mayo de 1941, y que fue conocida como plan Mordred. Hago esto a petición de las autoridades supervivientes del Reich, con mi mejor saber y entender, y sin añadir ni suprimir nada.

Nací en Moscú en 1895, hijo de Vasili Zinoviev, que era comandante en el ejército de Alejandro II. A los diecisiete años decidí ser militar como mi padre, pero tras alcanzar el grado de sargento, fui reclutado por la Ojranna, la policía secreta del zar. En ella ascendí rápidamente. Hubo colegas que criticaron mis métodos, calificándolos de excesivamente duros, pero nadie puso en tela de juicio los resultados que conseguí. Teniendo en cuenta el baño de sangre de 1917, creo que muchos de esos mismos colegas dirían que mis métodos no fueron lo bastante duros. Pero todos ellos ya han muerto, y ésta es otra historia.

Cuando en 1918 me enteré de que el zar Nicolás II y su familia habían sido ejecutados por los bolcheviques, decidí marchar a Alemania. Resultará extraño que eligiera como refugio un país vencido, pero así fue. De todas las naciones de Occidente, la que más admiraba era la militarista Prusia. El viaje fue una pesadilla. Europa estaba en ruinas pero, utilizando los contactos de la Ojranna, conseguí al fin cruzar la frontera y llegar a Polonia. A partir de ese momento, pocos problemas tuve.

Alemania era un caos. La gente se moría de hambre. Randas armadas recorrían las ciudades a su antojo, cometiendo todo tipo de desmanes y robándoles sus condecoraciones a los soldados que regresaban del frente. Entre esas bandas, una de las principales era la de los comunistas espartaquistas. Me parecía imposible haber huido de la revolución de Lenin sólo para encontrarme más de la misma locura en Alemania. Haciéndome rápidamente cargo de la situación, ofrecí mis servicios a una banda de Friekorps, uno de los grupos de ex oficiales y soldados alemanes que intentaban restablecer el orden en su patria. Los dirigentes del Friekorps supieron valorar mis talentos especiales y me pusieron inmediatamente a trabajar para ellos.

Aquéllos eran hombres con visión de futuro. Ya en esa etapa inicial estaban planificando la próxima guerra. A petición de ellos, me abstuve de unirme al partido nazi una vez Adolf Hitler subió al poder. Prefirieron utilizarme como «instrumento» siempre que era necesario emprender acciones que no convenía que fueran relacionadas con el partido.

Como el principal enemigo de los nazis era el partido comunista, yo les resulté de

enorme utilidad, y no tardé en llamar la atención de Heinrich Himmler, Reichsführer de las recién creadas SS de Hitler. Aunque sólo tuve la más superficial de las relaciones con este extraño personaje, yo admiraba su eficacia. Himmler se encargó de que algunos de mis métodos de la Ojranna formaran parte del adiestramiento de los miembros de su unidad de contrainteligencia, el SD. A través de tales empeños llegué a conocer a un joven y prometedor oficial llamado Reinhard Heydrich.

Debido a lo que posteriormente sucedió, debo hacer mención de mi período de servicio en España. En 1936 acompañé a la Legión Cóndor alemana a España, a ayudar al generalísimo Franco en su lucha contra las fuerzas republicanas, que en realidad estaban controladas por los comunistas españoles y por unos cuantos generales enviados por Stalin. Trabajé como investigador, siendo mi principal cometido el de interrogar a los prisioneros comunistas. Fueron estos dieciocho meses de servicio los que más tarde contribuirían a frustrar la más importante de mis misiones, pero ¿quién iba a preverlo en aquel entonces?

Una vez hube regresado a Alemania, trabajé en estrecha colaboración con Heydrich en un programa especial que yo había contribuido a iniciar tras los alzamientos comunistas de 1919 en Alemania. Debido a que otra guerra mundial parecía inevitable, ciertos líderes nazis expresaron el deseo de que no sólo nos infiltráramos en el partido comunista alemán, sino también en las organizaciones comunistas de los países que probablemente se convertirían en enemigos de Alemania durante la próxima contienda. En 1923 ya habíamos situado a un gran número de agentes, y para 1939 poseíamos la red anticomunista más extensa del mundo. Naturalmente, hubo bajas y defecciones pero nuestra estrategia siguió siendo la adecuada.

Dos años más tarde (enero 1941), Hitler informó a Heydrich de que en Inglaterra existía una poderosa camarilla de simpatizantes nazis que ocupaban altos puestos en el gobierno. Se trataba de hombres que deseaban llegar a un acuerdo de paz con Alemania. Tales ingleses aseguraban encontrarse en situación de hacerse con el gobierno con sólo que desaparecieran de su camino dos obstáculos. El primero de esos obstáculos era Winston Churchill, que consideraba a Adolf Hitler su enemigo personal. El segundo era el rey Jorge VI que, a diferencia de su destronado hermano mayor, era un ferviente antinazi. Los simpatizantes ingleses de Hitler consideraban que este destronado hermano, llamado por entonces duque de Windsor, era un maleable monarca inglés de repuesto. Hitler encargó a Heydrich la tarea de eliminar los obstáculos humanos que impedían tal coalición, y Heydrich, naturalmente, recurrió a mí. Como una alianza angloalemana garantizaría prácticamente la destrucción del régimen de Stalin, yo me avine inmediatamente a colaborar.

El plan de Heydrich, aunque de ejecución compleja, era sencillo e ingenioso. Asesinaríamos tanto a Churchill como al rey, y luego les echaríamos la culpa a nuestros archienemigos los comunistas, lo mismo que habían hecho los nazis con el incendio del Reichstag. Para conseguir tal fin, Heydrich se proponía utilizar una de

las células comunistas infiltradas por nuestros agentes. Me preguntó si yo consideraba posible embaucar a uno de esos grupos para que llevaran a cabo los asesinatos, y debo admitir que mi respuesta fue pesimista. El anuncio del pacto Hitler Stalin de 1939 había desilusionado a los comunistas de todo el mundo; por consiguiente, yo consideraba que la posibilidad de encontrar a unos comunistas occidentales que siguieran siendo suficientemente fanáticos como para emprender una misión suicida era muy remota.

Pero Heydrich siguió adelante sin desanimarse. Por orden suya, me puse manos a la obra para llevar su plan a buen fin. La célula comunista que escogí para la operación tenía su base en Londres y se encontraba bajo el mando de un tal Helmut Steuer, antiguo sargento de la Wehrmacht. Helmut merece una mención especial, ya que él, como la unidad que había creado, era único. Helmut venía espionando a los comunistas desde Munich, donde fue el «único superviviente» de la matanza de la Hauptbanhof. Cuando, por orden nuestra, «huyó» a Inglaterra, los comunistas británicos le dieron una bienvenida de héroe. Los vínculos de Helmut con ellos eran tan fuertes que cuando esos comunistas marcharon a España en 1936 para luchar en las Brigadas Internacionales, Helmut los acompañó.

Heydrich no se lo podía creer. Lo que había hecho Helmut era una locura peligrosísima, pero yo lo comprendí. Él, por entonces, era joven, un hombre de acción fascinado por el peligro. En España combatió heroicamente por los republicanos al tiempo que suministraba a los fascistas información acerca del mismo ejército en el que él servía. Helmut perdió un ojo en Guernica, debido probablemente a la exactitud de sus propios informes. Fue un auténtico milagro que lograse sobrevivir, pero sus servicios en España hicieron que sus camaradas ingleses lo tuvieran por un hombre irreprochable. Cuando regresó a Inglaterra...

Stern interrumpió la lectura. El corazón le latía aceleradamente. Puso un dedo sobre el papel, retrocedió en la lectura y leyó de nuevo. «Helmut perdió un ojo en Guernica...»

—Dios mío —murmuró—. Al fin te he desenmascarado, Alfred Horn... No eres Rudolf Hess, ni tampoco Zinoviev.

A Stern la cabeza le daba vueltas en sus esfuerzos por asimilar aquella nueva información. Así que realmente había un Helmut implicado en el asunto Hess, como aseguraba el borrador de la investigación realizada por los profesores de Oxford. El profesor Natterman se sentiría sumamente decepcionado cuando se enterase. Stern se echó a reír. Todo encaja, se dijo satisfecho. Simplemente, no me era posible aceptar la idea de que Rudolf Hess hubiera sobrevivido a la guerra y conseguido infiltrarse en la élite del poder de Sudáfrica. ¡Y no me equivocaba!

—Bien —murmuró—, veamos qué hizo exactamente Helmut, el gran espía alemán, durante la guerra.

Stern reanudó la lectura del relato de Zinoviev en el lugar en que la había

interrumpido.

A su regreso a Inglaterra, Helmut, siguiendo órdenes nuestras, organizó su propia célula comunista. Ésta era pequeña (seis miembros, sin contar a Helmut), y todos ellos habían recibido graves heridas en la Gran Guerra o en España. En sus comunicados, Helmut la llamaba la brigada Verwunden, la «brigada de los heridos». Sus miembros procedían de la clase obrera británica, y no ha habido hombres que se sintieran más traicionados por su gobierno que ellos. La flor y nata de su generación fue aniquilada durante la Gran Guerra, pero ellos habían sobrevivido. Y cuando una cercana república se vio amenazada por un nuevo y monstruoso líder alemán, su gobierno no sólo le volvió la espalda, sino que repudió a aquellos de sus hijos que acudieron a defender los mismos ideales democráticos que sus amigos y hermanos habían defendido hasta la muerte en la Gran Guerra.

No existe odio como el de los idealistas que se consideran traicionados. Ni siquiera el pacto Hitler-Stalin logró decepcionar a aquellos hombres, ya que lo consideraron una ventajosa maniobra política por parte de Stalin, una alianza temporal que quedaría rescindida en cuanto Rusia fuera capaz de defenderse de Alemania. Yo sabía que, de existir un grupo de ingleses capaces de empuñar las armas contra Churchill y el rey, ese grupo era la brigada Verwunden de Helmut.

Llegué a Londres en abril de 1941, provisto de documentos secretos que llevaban las firmas, (magníficamente falsificadas, desde luego) de las máximas autoridades del partido comunista soviético. Tal impostura era arriesgada pero necesaria. Ninguna célula comunista, por fanática que fuera, emprendería una operación tan importante como la que nosotros planeábamos sin contar con la aprobación de la Internacional del partido. Mi cometido era simbolizar tal autoridad. Yo era el sacrosanto mensajero enviado desde Moscú, la ciudad sagrada, y los documentos de que era portador eran la prueba de mi cruzada. En tales documentos, los asesinatos planeados aparecían como los primeros disparos de una revolución comunista mundial. ¡Uno de los documentos llevaba incluso la firma de Stalin! Los falsificadores del SD habían realizado tan bien su trabajo que yo mismo me sentí tentado a tomarme en serio mi nuevo poder.

Acerca de la operación en sí, hay mucho y muy poco que decir. Su mecánica era relativamente sencilla. Colaboradores ingleses y agentes alemanes sobre el terreno nos enviaban informes regulares sobre las actividades cotidianas de nuestros objetivos, junto con predicciones acerca de sus movimientos futuros. Ésa fue la parte fácil. Churchill iba por todo el país con su grueso cigarro, pasando revista a tropas o examinando los daños causados por los bombardeos. Al contar con un asesino dispuesto a morir en el empeño, el gordo primer ministro inglés ya podía ir dándose por muerto. El rey Jorge constituía un problema más difícil, pero no insuperable. Aunque tenía mejor protección que Churchill, el monarca abandonaba ocasionalmente el palacio de Buckingham para hacer la comedia de que se

solidarizaba con la gente de la calle.

Lo que complicaba increíblemente la misión era la orden de Hitler de que la operación debía llevarse a cabo el 10 de mayo. El hecho de circunscribir la misión a un único día significaba que nuestros asesinos deberían actuar en cualquier circunstancia. Lo que me preocupaba no eran las posibilidades de sobrevivir de mis hombres; muy al contrario, yo deseaba que los asesinos muriesen en el desempeño de su misión. Pero también necesitaba sentirme razonablemente seguro de que los objetivos se encontrarían lo bastante expuestos como para que nuestros hombres lograran llegar a ellos. Sin embargo, cuando le manifesté a Heydrich mi preocupación, él me aseguró que Hitler había ideado un divertimento estratégico que forzaría a nuestros objetivos a salir a descubierto en el día previsto. De momento, Heydrich no quiso añadir nada más.

Con ayuda de Helmut, me puse a trabajar en la selección de nuestros asesinos. Habíamos decidido escoger a tres hombres, uno para cada objetivo, y uno de reserva por si surgía algún imprevisto. Los hombres que al fin escogimos se llamaban William Banks y William Fox. Nunca los olvidaré. La confusión que causaba la similitud de sus nombres se resolvió por medio de sus apodos. Banks, un pelirrojo gigantesco, fue apodado Big Bill, y Fox, que era más menudo, fue apodado Little Bill. El hombre de reserva, escogido por Helmut, era un desagradable fanático llamado Sherwood.

El tal Sherwood estuvo a punto de echar a perder la operación el primer día. Durante la guerra civil española lo habían hecho prisionero en el Jarama, y la primera vez que me vio se puso pálido como un muerto. Cuando Helmut le preguntó qué le ocurría (yo apenas hablaba inglés), Sherwood le preguntó si yo había estado en España. Como es natural, respondí que no, y entonces el hombrecillo les dijo a sus camaradas que yo podría ser hermano gemelo de un tal el Muerte, un sádico interrogador ruso que trabajaba para los alemanes en España. Helmut reaccionó echándose a reír y todos lo imitamos. Todos menos Sherwood. El recuerdo le había dejado una muy mala impresión. Yo, por mi parte, también me llevé un buen susto. En España, donde utilicé implacablemente los métodos que había aprendido en la Ojranna, los comunistas me pusieron el mote de el Muerte.

Mi tarea consistía en motivar a Banks y a Fox para que llevaran a cabo sus misiones suicidas. Helmut los había preparado bien, y eso facilitó mucho mi trabajo. Desde el momento en que fundó su pequeña célula, Helmut les había prometido a aquellos desencantados hombres que, cuando llegara la revolución, Moscú recurriría a ellos para que descargaran los primeros golpes contra el opresor imperialista. Durante los años que pasé en la Ojranna, adquirí conocimientos enciclopédicos acerca de los métodos y la terminología comunistas, e hice uso exhaustivo de ellos durante mis relaciones con aquellos ingleses.

Les notifiqué con toda solemnidad que Hitler se proponía romper su pacto con Stalin y atacar Rusia en el plazo de treinta días. A esta terrorífica noticia le añadí las

habituales patrañas estalinistas, como que, mientras las naciones industrializadas terminarían cayendo del árbol como manzanas podridas, la guerra nos ofrecía una oportunidad de oro que no podíamos desperdiciar. Haciendo uso de toda mi elocuencia, les dije que había llegado el momento de la revolución, y que los nombres de los mártires que aniquilaran a los líderes imperialistas quedarían grabados para siempre en la historia del nuevo mundo.

Les dije que, en una osada iniciativa, Stalin había decidido salvar Rusia y desencadenar la revolución mundial con un único golpe. No sólo iban a morir Churchill y Jorge VI, sino también los líderes imperialistas de Francia y los líderes fascistas de Italia y Alemania. Los documentos falsificados que llevaba convirtieron mi historia en una especie de evangelio, y aquellos dos ingleses aceptaron la misión con grave orgullo. Resultó sumamente aleccionador ver a dos hombres que habían luchado valerosamente por su patria dispuestos a poner a ésta de rodillas. Naturalmente, ellos mismos se consideraban unos paladines de los oprimidos proletarios. Ellos liberarían a sus compatriotas de las garras de belicistas como Churchill.

Una semana antes de la fecha fijada, recibimos la noticia de que Churchill pasaría el fin de semana del 10 de mayo en Ditchley Park, una finca privada propiedad de un amigo. El rey, naturalmente, se encontraría en el palacio de Buckingham. Poco después, recibí un mensaje cifrado de Heydrich en el que se describía el «divertimiento estratégico» que iba a provocar Hitler. El Führer había ordenado para la noche del 10 de mayo una incursión aérea contra Londres, que coincidiría con nuestra misión. Y no iba a tratarse de una incursión aérea cualquiera, me dijo Heydrich, sino del mayor bombardeo que había sufrido la ciudad. Hitler consideraba que tal bombardeo no sólo nos facilitaría la distracción que necesitábamos, sino que también demostraría a los ingleses la inutilidad de continuar la guerra contra Alemania.

En cuanto leí aquel mensaje decidí que, pese a las órdenes de Hitler, cambiaría al 11 de mayo la fecha de los atentados. Sabía que nuestros objetivos no abandonarían sus refugios aéreos durante la incursión; y si nuestros hombres intentaban irrumpir en Ditchley Park o en el palacio de Buckingham, los matarían mucho antes de que lograsen llegar hasta Churchill o el rey. Pero el 11 de mayo, cuando tanto el primer ministro como el monarca salieran a inspeccionar los daños sin precedentes causados por el bombardeo de Hitler, las posibilidades de éxito serían muchísimo mayores.

El arma que escogimos para los atentados fue la pistola británica Sten. Aunque propensa a encasquillarse, la Sten era fácil de ocultar y garantizaba que los objetivos recibirían gran cantidad de balazos. Cada hombre llevaría también un revólver, por si la pistola se encasquillaba.

Cinco días antes de la fecha fijada, le propuse a Helmut que excluyéramos a Sherwood, el hombre de repuesto, del programa de entrenamiento. Helmut estuvo de

acuerdo e informó a Sherwood del cambio. A partir de ese momento, las cosas comenzaron a torcerse. Primero Big Bill Banks, el hombre que debía matar a Churchill, se negó a permanecer en la casa segura durante los días precedentes a la fecha fijada para los magnicidios. Sus padres vivían en Londres y él quería pasar sus últimos días con ellos. Pese a sus esfuerzos, Helmut no logró hacerlo cambiar de parecer. Little Bill Fox, el que debería matar al rey Jorge, no tenía familia y accedió a permanecer en la casa segura con nosotros. Pasamos los días juntos, jugando a las cartas y escuchando la radio. Por la noche, a eso de las diez y media, Big Bill se pasaba por allí para cerciorarse de que no había habido ningún cambio de planes.

En dos ocasiones, durante este período, Sherwood encontró una excusa para incumplir sus órdenes y visitar la casa segura. Debí matar a aquella rata bolchevique, pero dado que Little Bill estaba constantemente con nosotros, no podía arriesgarme a eliminarlo en la casa segura. Pensé en ordenarle a Helmut que abandonara nuestro refugio y matase a Sherwood, pero debo confesar que sentía ciertas dudas acerca de si Helmut sería capaz de hacerlo. Helmut y yo llevábamos años viviendo y combatiendo junto a aquellos ingleses, y me daba cuenta de que la inevitabilidad de sus muertes comenzaba a pesar en el ánimo de mi compañero. Helmut no era desleal, pero la tensión de vivir en una mentira permanente había comenzado a hacer mella en él. Debido a eso, dejé sin resolver el problema que representaba Sherwood.

El 10 de mayo, la última noche antes de los magnicidios, el ambiente de la casa segura estaba cargado de electricidad. Estacionado detrás del edificio teníamos un coche con el depósito lleno de gasolina comprada de estraperlo. A cada minuto que el vehículo permanecía sin vigilancia, el riesgo de que lo descubrieran aumentaba. A eso de las 22 horas oímos en el exterior las primeras bombas de la Luftwaffe, que cayeron muy lejos de donde nos encontrábamos (Heydrich se había ocupado de ello); pero el estruendo seguía siendo espantoso. Comencé a preocuparme. Llegadas las 23 horas, Big Bill seguía sin aparecer. Comencé a preguntarme si habría perdido el valor o incluso, Dios no lo quisiera, si habría muerto en el bombardeo. Su tardanza no contribuyó exactamente a tranquilizar a Fox. El hombrecillo se paseaba por la habitación como un prisionero confinado en solitario.

A las 23.15 se produjo el desastre. La puerta se abrió de golpe y Big Bill irrumpió en la estancia echando lumbre por los ojos. «¡Han muerto!», gritó como loco. «¡Han muerto, muerto, muerto!» Nunca olvidaré su enrojecido y angustiado rostro. Yo no entendí lo que gritaba, pero él no tardó en explicarse. Sus padres habían muerto en el bombardeo, gimió, habían quedado totalmente carbonizados. Big Bill quería vengarse. Vengarse de Göring, de la Luftwaffe y, sobre todo, de Hitler. Yo traté de utilizar aquella catástrofe en nuestro provecho. Le dije a Banks que sus padres no tardarían en ser vengados. Al día siguiente, Hitler, lo mismo que Churchill, sería asesinado por un mártir comunista como Banks. ¿Qué mejor modo podía haber de resarcirse de la muerte de sus padres?

Sin embargo, en cuanto mencioné a Churchill, una extraña expresión apareció en el rostro de Banks. Luego, con singular calma, declaró. «No voy a hacerlo». Yo me quedé estupefacto. «¿Cómo?», exclamé. Con voz casi inaudible, Banks dijo que Churchill era el único que había sido capaz de plantarle cara a Hitler. Que, por mucha que fuera la codicia capitalista de Churchill, éste deseaba ver a Hitler muerto. Y al parecer eso era suficiente para Big Bill Banks, cuyo fanático celo comunista había desaparecido en un abrir y cerrar de ojos.

Me dieron ganas de pegarle un tiro allí mismo. Advertí que sus dudas se le estaban contagiando a Fox. Inmediatamente redoblé mis esfuerzos por convencer a Banks de que siguiera adelante. Helmut hizo cuanto pudo por ayudarme y, tras varios minutos de súplicas, Banks comenzó a reaccionar. Con gran habilidad, Helmut se las había arreglado para volver a dirigir contra Churchill la ira de Banks. Le dijo que era Churchill el que había provocado los bombardeos de Inglaterra y, por tanto, era Churchill el que en realidad había matado a los padres de Banks. Big Bill empuñó su Sten y comenzó a pasearse agitadamente por la habitación, con los labios crispados y los ojos llenos de lágrimas. Tal reacción hizo que Fox volviera a armarse de valor para su misión, y yo comencé a creer que aún podíamos alcanzar el éxito.

Pero acaeció un nuevo desastre, personificado esta vez por Sherwood. De pronto oímos que alguien tocaba en la puerta con la llamada secreta. Helmut fue a abrir, dispuesto a romperle la crisma a cualquier estúpido que hubiera incumplido la orden de no aparecer por allí. En cuanto describió el cerrojo de la puerta, Sherwood irrumpió blandiendo un revólver y me ordenó que me colocara contra la pared. Sin dejar de apuntarme, les explicó a los demás que yo era en realidad el Muerte, el torturador ruso que había actuado en España. Sin perder la calma, afirmé que Sherwood era un demente y que estaba a punto de desbaratar el golpe más importante en favor del comunismo mundial desde 1917. Sherwood se echó a reír como un loco. Tanto Helmut como Little Bill Fox le pidieron que guardara su arma, pero aquel fanático no sentía el menor reparo en apuntar el revólver contra sus propios compatriotas si éstos se interponían en sus planes.

Sherwood se plantó ante mí y me colocó el cañón del revólver entre los ojos. «Cuéntaselo —dijo—. Cuéntales quién eres en realidad.» Yo me daba cuenta del atolladero en que se encontraba Helmut. Aunque de momento nadie sospechaba de él, debía andarse con pies de plomo. «El camarada Zinoviev llegó de Moscú —les gritó—, y sus órdenes proceden del propio Stalin. Conseguirás que la ira de Stalin caiga sobre nosotros.» Pero las palabras de Helmut no consiguieron aplacar a Sherwood. «Nos toma por estúpidos, Bill —le gritó Sherwood a Banks—. ¡Quiere que matemos a Churchill para ayudar a Hitler!» Banks parecía confuso. «¿Por qué iba un ruso a querer algo así?», le preguntó a Sherwood. Frunciendo el entrecejo, éste replicó. «Sí, él es ruso, Bill, pero no comunista. Es un asesino zarista y un maldito nazi. ¿O no lo eres?», me preguntó agitando el revólver en mi dirección.

Le repetí a Sherwood que estaba loco, sin dejar de pedirle a Dios que Helmut

llevara encima una pistola. Yo sabía que aquello no podía prolongarse mucho, y así fue. De pronto, Sherwood pronunció un nombre y por la puerta apareció un andrajoso viejo, ha sangre se me heló en las venas. Ante mí se encontraba la pesadilla de cualquier interrogador: una de mis antiguas víctimas, un hombre cuyo brazo yo había mandado romper por varias partes. No fui capaz de ocultar mi sobresalto. Ahora el hombre era manco pero yo recordaba perfectamente su rostro. Mientras Sherwood me apuntaba con su arma, el viejo alzó su único brazo y me abofeteó. «Cabrón», me dijo. Y, volviéndose hacia los otros, anunció. «Éste es el Muerte.»

Los ojos de Sherwood relucían de júbilo. Little Bill Fox movía la cabeza con incredulidad. Sherwood retrocedió dos pasos y levantó la mano armada. Se disponía a matarme allí mismo. En aquel momento, Helmut me salvó la vida. Sacó un cuchillo del bolsillo y se lo clavó a Sherwood en el corazón. El estupefacto inglés vaciló sobre sus pies, dio un par de boqueadas, disparó una vez y cayó muerto.

Todos en la habitación quedaron inmóviles, sin saber a ciencia cierta qué había ocurrido. A mí se me ocurrió la loca idea de que aún podíamos salvar la misión. Pero de pronto, Big Bill lo comprendió todo. «Eres un nazi», le dijo a Helmut demudado. «¡Siempre lo has sido!», gritó como un soldado con neurosis de guerra. «Pero combatiste junto a nosotros en el Jarama —murmuró—. Y en Madrid.»

Helmut trató de negar la acusación, pero Banks no lo escuchaba. Achinó los ojos y crispó los labios. Era la expresión del asesino, que yo había visto cientos de veces.

De haberse limitado Banks a pegarle un tiro a Helmut, yo no estaría hoy aquí. Pero Banks era un hombre corpulento y su instinto lo impulsaba a actuar con las manos contra lo que odiaba. Agarró la Sten por el cañón y golpeó con la culata el rostro de Helmut. La sangre de Helmut salpicó toda la habitación y parte de ella cayó sobre mí. Helmut se estremeció pero siguió en pie. Aturdido, trató de razonar con Banks, pero el inglés alzó la pistola por encima de su cabeza y golpeó el cráneo de Helmut. Éste cayó al suelo. La furia de Banks por la pérdida de sus padres se había desatado, y sólo la muerte lograría detenerlo.

Fox y el viejo que me había desenmascarado se encontraban contra una pared, sobrecogidos por la violencia de su camarada. Cuando Banks alzaba la Sten de nuevo, yo cogí la Sten de Fox de encima de la mesa, eché hacia atrás el cerrojo y apunté la pistola contra Banks. Él ni siquiera me vio. Podría haberlo liquidado en aquel momento, pero vacilé. Matarlo supondría admitir que mi misión había fracasado. Esto ya era un hecho, pero yo aún no era capaz de aceptarlo. Mi dedo vaciló sobre el gatillo. ¿Cómo era posible que, al cabo de tanto tiempo, aquel espectro del pasado hubiera llegado hasta aquella mismísima habitación? ¿Y cómo era posible que las bombas hubieran ido a caer precisamente sobre la casa de los Banks? ¿Cómo era posible que todo aquello hubiera ocurrido?

Vi que Banks se disponía a golpear de nuevo con la Sten el ya destrozado cráneo de Helmut y apreté el gatillo. Luego, volviéndome furioso contra los demás, los abaté

a todos ellos en cuestión de segundos y después corrí al coche. Apenas hube encendido el motor, recordé los papeles falsificados, mis «órdenes de Moscú». Regresé rápidamente al interior de la casa y busqué mi maletín, pero no lo encontré en la sala. Regístrela cocina, no encontré nada, y volví al cuarto en el que yacían los cadáveres. Vi el maletín en un rincón y, cuando me disponía a ir hacia él, me quedé paralizado. Junto al maletín había un par de altas botas de trabajo. Y de las botas salía un grueso par de piernas. Big Bill Banks, el gigante pelirrojo, había conseguido de algún modo ponerse en pie, y aún blandía la Sten.

Tambaleándose, hizo fuego. Me alcanzó dos veces, una en el brazo derecho y otra en el hombro derecho. No tuve más remedio que huir. Me dije que, en el peor de los casos, los papeles falsificados acusaban a Stalin, y no a Hitler, así que escapé. Puse en marcha el viejo coche y, en la confusión del bombardeo, logré huir al campo. Utilicé el plan de escape como si la misión hubiera tenido éxito. Permanecí unos días en la costa inglesa, con un agente alemán que se comunicaba por radio con la Francia ocupada, y luego crucé el canal y alcancé la seguridad. Pasé el resto de la guerra sirviendo en el SD de Heydrich y, cercano ya el final de la contienda, huí a Sudamérica con unos camaradas.

El sueño de regresar a mi Rusia natal quedó frustrado para siempre en 1944. Debo vivir con el remordimiento de que la terrible sombra bajo la cual vive mi patria se debe en medida no pequeña a mi fracaso en Inglaterra durante la primavera de 1941. Tener conciencia de ello es, sin duda, castigo suficiente para mi fracaso.

*Firmado,
V. V. ZINOVIEV,
Paraguay, 1951.*

*Testigo,
RUDOLF HESS,
Paraguay, 1951.*

A Stern se le revolvió el estómago. ¿Rudolf Hess? ¿1951? ¡Dios bendito! ¿Qué significaba aquello? ¿Habría sobrevivido a fin de cuentas Hess a la guerra? ¿Habría huido al Paraguay con Zinoviev tras el fracaso de su misión? Pero... ¿qué había sido de Helmut, el osado espía alemán que llevaba un parche en el ojo? ¿Habría muerto realmente a causa de los terribles golpes que recibió? ¿O bien encontró el modo de escapar y terminó llegando allí, a Sudáfrica? Stern jamás se había sentido tan confuso. ¿Cuál puede ser la relación entre Hess y Zinoviev?, se preguntó. ¿En qué punto se cruzaron sus vidas? En el relato de Zinoviev no se hacía la más mínima referencia a Hess, pero la fecha de los asesinatos planeados no podía ser una coincidencia. Hess voló a Gran Bretaña el 10 de mayo, el día exacto en que, según las órdenes de Zinoviev, debían haber muerto asesinados Churchill y el rey. Entonces, ¿para qué había recibido Hess la orden de volar a Inglaterra?

De pronto, Stern se puso en pie y cerró el cuaderno. ¡Claro! Pese a su importancia, la fracasada misión de Zinoviev —el doble asesinato— no era más que un preliminar. El auténtico objetivo era la sustitución del gobierno de Churchill: un golpe de Estado. Aquél era el cometido de Hess en la misión, la faceta política. Pero... ¿qué salió mal? Las bombas habían caído según lo ordenado por Hitler, pero Churchill y el rey habían sobrevivido. Que Stern supiera, ningún asesino se acercó siquiera a ninguno de los dos altos mandatarios el 10 de mayo de 1941. ¿Y qué fue de los conspiradores ingleses que habían planeado sustituir al gobierno de Churchill? ¿En qué posición dejó aquello al auténtico Rudolf Hess? Fuera cual fuera la misión de Hess, el fracaso de Zinoviev había dado al traste con ella. Entonces, ¿dónde se había metido Hess? Tras el fracaso de su misión, ¿por qué no regresó a Alemania? ¿Por qué se marchó al Paraguay, donde, aparentemente, firmó en calidad de testigo el documento de Zinoviev? Muchos nazis huyeron a Sudamérica después de la guerra. ¿Habría sido Hess uno de los primeros? ¿Y habría ido solo? No. Sin saber por qué, Stern tenía la certeza de que Hess y Zinoviev se conocieron antes de llegar al Paraguay. ¿En Alemania? ¿O fue en Inglaterra, mientras huían tras el fracaso de la misión? Seguro que el querido Helmut, el tuerto, podría responder a esas preguntas, pensó irónicamente Stern. ¡Y tengo la extraña corazonada de que Helmut se encuentra en esta misma casa!

Stern reconstruyó mentalmente la fuga de Hess. Si lo que decían los papeles de Spandau era cierto, el auténtico Hess despegó de Alemania, recogió a su doble en Dinamarca y voló a través del canal hasta alcanzar la costa escocesa a eso de las diez de la noche. El auténtico Hess saltó en paracaídas sobre la isla Holy; luego el doble continuó su viaje. Sobrevoló el castillo Dungavel —su supuesto objetivo— y siguió hasta la costa occidental de Escocia. Al llegar a ella, viró, voló un tiempo en paralelo a la costa y regresó hacia Dungavel, se lanzó en paracaídas y cayó en un campo de labranza a escasos kilómetros del castillo. ¿Por qué tuvieron que recurrir a la utilización de un doble?, se preguntó Stern. ¿Se trató de un simple divertimento estratégico? Imaginó al solitario y asustado alemán cayendo del cielo escocés, una imagen que había cautivado al mundo entero. ¿Qué habría pensado el doble en aquellos momentos? En los papeles de Spandau, el hombre reconocía con toda franqueza que ignoraba cuál había sido la auténtica misión de Hess. Lo único que el doble sabía era que no recibió la señal radiofónica acordada y, en vez de matarse como le habían ordenado, saltó del Messerschmitt, se rompió un tobillo y luego, al ser abordado por un estupefacto y soñó liento granjero inglés, aseguró ser Rudolf Hess, como le habían ordenado hacer en cuanto recibiese la señal acordada.

Stern sintió que de pronto los pulmones se le quedaban sin aire. ¡Dios mío!, pensó. ¡El doble no afirmó ser Rudolf Hess! Al menos, no al principio. No le dio al granjero el nombre de Hess, sino otro, un nombre que siempre fue considerado una tapadera. Pero Stern se dio cuenta de que tal idea era ridícula, porque el nombre tapadera del doble era Rudolf Hess. Después de no ser capaz de tragarse la cápsula de

cianuro, después de su espeluznante primer salto en paracaídas, el confuso piloto le dio al granjero su nombre auténtico. ¡Y su nombre auténtico era Alfred Horn!

Stern se metió el libro de Zinoviev debajo de la camisa, cogió de debajo del colchón el tenedor roto y se puso a trajinar en la cerradura de la puerta. Treinta segundos más tarde, apagó la luz y asomó la cabeza al corredor. Dos soldados, vestidos con uniformes caqui y armados con fusiles de asalto sudafricanos R-5, vigilaban ambos extremos del oscuro corredor. Aparentemente, el frustrado ataque había impulsado a Pieter Smuts a apostar centinelas en previsión de que alguien pudiera haberse abierto paso a través de las defensas. O quizá, pensó desesperadamente Stern, quizá está previsto que los amigos árabes de Horn regresen antes de lo que yo había pensado. Con el corazón acelerado, cerró la puerta y se recostó contra ella. Tenía que encontrar el modo de salir. Sabía exactamente adonde deseaba dirigirse, y no era al sótano en busca de la supuesta arma nuclear de que había hablado Frau Apfel. Ni tampoco al teléfono del pequeño santuario nazi para llamar a Hauer. En lo único en que podía pensar era en algo que le había recordado el profesor Natterman durante el vuelo desde Israel. Algo que él sabía desde hacía tanto tiempo que ya lo había olvidado...

Algo referente a Rudolf Hess.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

23.40 horas. *Mansión Horn*

Hans e Ilse yacían a oscuras en el lujoso dormitorio principal de invitados de la mansión Horn. El rostro de Ilse, húmedo por las lágrimas, estaba apoyado en el cuello de Hans. Después de todas las torturas que la joven ya había soportado, matar a lord Grenville había hecho que el cerebro de Ilse tejiera a su alrededor una especie de capullo protector. Sin embargo, al cabo de un rato, tal barrera comenzó a hacerse más fina y débil. Cuando al fin se desgarró, llegaron las lágrimas, e Ilse comenzó a responder a las preguntas de Hans. Por lo primero que éste preguntó fue por el niño, y cuando Ilse le confirmó lo que él no había acabado de creer porque estaba excesivamente asustado, en el interior de Hans se produjo una profunda y peligrosa tensión. Con la mano izquierda siguió acariciando la mejilla de Ilse, pero la derecha no dejaba de abrirse y cerrarse a su costado.

—No te preocupes —susurró Ilse entre las sombras—. Herr Stern nos ayudará.

Hans se quedó inmóvil.

—¿Quién?

—Herr Stern. Creía que lo conocías. Vino aquí haciéndose pasar por *Opa*. Se propone ayudarnos.

—¿Cómo? —Hans se levantó de la cama, se acercó a la pared, encontró el interruptor y encendió la luz—. Ilse... ¿qué has hecho?

Ella se sentó en la cama.

—Nada. Hans, mi abuelo está aquí, en Sudáfrica. Se encuentra con tu padre en Pretoria. Herr Stern colabora con tu padre.

Hans abrió mucho los ojos.

—¿Ilse, debe de haber sido un truco para hacerte hablar! ¿Qué les has dicho?

—Nada, Hans. No lo entiendo en absoluto, pero Herr Stern vino aquí con la chaqueta de *Opa*, y es evidente que los secuestradores lo toman por mi abuelo.

—Dios mío. ¿Dónde está mi padre? ¿Te lo dijo el tal Stern?

—Me dijo que había dejado a tu padre, a *Opa* y a tres comandos israelíes en un hotel de Pretoria. En estos momentos están esperando a que llame Stern para darles instrucciones.

—¿Comandos israelíes? —Hans se sentía totalmente estupefacto—. ¿Dónde se encuentra Stern en estos momentos?

—No lo sé. Nos encerraron juntos en la misma habitación, pero al escapar nos separamos.

—¿Quién es ese Stern? —preguntó Hans irritado—. ¿Cómo se metió en este asunto?

—Es israelí. Se encontró con *Opa* en la cabaña de Wolfsburg. Es un buen hombre,

Hans. Me lo dice el corazón.

—¿Te contó que había venido con unos comandos? ¿Qué edad tiene ese hombre?
Ilse se encogió de hombros.

—Supongo que, más o menos, la misma que *Opa*.

—¿Y ése es el hombre que nos va a sacar de aquí?

—Él ha hecho más que ningún otro.

Aquello hirió el orgullo de Hans, pero el joven trató de que no se le notara. Si Ilse podía aferrarse a su optimismo, tanto mejor. Pero... ¿tenían realmente alguna posibilidad de salir con bien de aquel trance? ¿Habría logrado organizar su padre algún tipo de partida de rescate?

—Ilse... —dijo en voz baja—, ¿cómo va a ayudarnos ese tal Stern?

—No lo sé —dijo ella pensativa—. Pero creo que sí, que nos puede ayudar.

Jonas Stern cerró la puerta de la enfermería y se pegó a la pared. Con el corazón acelerado, esperó a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. El penetrante olor a alcohol clínico y a desinfectante le hizo arrugar la nariz. Se había visto obligado a esperar casi siete horas, hasta que los guardias situados en el exterior de su habitación abandonaron sus puestos. Ignoraba si enviarían a otros a sustituirlos, pero no esperó a averiguarlo. Incluso en la penumbra le era posible distinguir el brillo del vidrio y del acero inoxidable de los aparatos de alta tecnología. Se apartó de la pared y, tras ocho cortos pasos, tanteó en busca de las puertas interiores que recordaba. Encontró un frío tirador metálico, lo hizo girar y accionó el interruptor de pared. Vio una cama de hospital vacía, botellas de oxígeno, cables de telemetría y una docena de otros aparatos. Habitación equivocada. Apagó la luz y cerró la puerta. Pasando las manos por la superficie de la segunda puerta, encontró el cartel de aviso que recordaba: tres triángulos invertidos, amarillo sobre negro. Radiación. Con el pulso acelerado, Stern abrió la puerta y la traspuso.

La única luz era la de la lámpara roja de seguridad de un cuarto oscuro. Moviéndose con rapidez, rodeó la mesa de rayos X y fue hacia las estanterías en que estaban archivadas las radiografías. De un modo u otro, se dijo, allí, en aquella habitación, encontraría la prueba. Tendió la mano al primer compartimento y sacó un montón de quince centímetros de sobres marrones de 40 x 50. Luego se dirigió a las pantallas de visionado y las encendió. Una cruda luz fluorescente inundó la habitación. Sacó una radiografía del primer sobre del montón y la colocó sobre la pantalla.

Radiografía de pecho. Stern tardó unos momentos en orientarse. La columna vertebral y las costillas aparecían claramente como fuertes y elegantes líneas blancas contra el gris de los tejidos blandos y los espacios casi negros de las cavidades corporales. Después de eso, la cuestión se hizo más difícil. Una docena de tonos de gris se solapaban unos con otros en un aparente caos. Pese a su confusión inicial,

Stern creía que lo que buscaba debía de saltar a la vista, incluso para un lego. Trató de distinguir las sutiles diferencias entre las distintas partes anatómicas, y luego chasqueó la lengua cuando entre las sombras de los órganos internos distinguió dos pechos colgantes.

—Maldita sea, es una mujer —masculló.

Luego advirtió la pequeña placa identificadora que había en el ángulo superior izquierdo de la radiografía y que rezaba. «Linah #004, 08-4-86.» Stern retiró la radiografía, la volvió a meter en el sobre y dejó caer éste al suelo. En el exterior del siguiente sobre se leía. «Stanton, Robert B. #005.» Lo dejó caer. «Smuts, Pieter #002.» El siguiente sobre también pertenecía a Smuts. Encontró otros tres nombres que le resultaron desconocidos, y volvió junto a la estantería.

La primera carpeta que sacó tenía un grosor de dos dedos. En el ángulo superior izquierdo se leía. «Horn, Thomas Alfred #001.» Con mano temblorosa, Stern cogió la primera radiografía y la sujetó a la pantalla de visionado. Vio dos tomas de una mano colocada de modo que se pusiera de manifiesto una pequeña fractura que Stern no pudo distinguir y por la que no sentía el menor interés. Quitó la radiografía de la pantalla y la dejó caer al suelo. Las tres siguientes mostraban una serie de tomas intestinales realizadas por la ingestión de sulfato de bario. Stern las dejó caer igualmente al suelo. A continuación encontró una exhaustiva colección de radiografías: rodillas deformadas por la artritis, zona lumbar de la columna, zona cervical... Stern las arrojó sobre el creciente montón que se iba acumulando a sus pies. Al fin encontró lo que buscaba: una radiografía del pecho de Alfred Horn. Con creciente nerviosismo, sujetó en el clip de la pantalla el borde superior de la radiografía y retrocedió un paso.

En aquélla no aparecían pechos. Stern comenzó con lo que reconocía claramente: la columna vertebral. Las costillas ascendían por los dos lados de la columna como blancas escaleras curvas. Los pulmones eran los óvalos oscuros que había tras ellas. Una mancha blanca triangular ocultaba parte de la columna. El corazón, se dijo Stern. Sabía que el corazón se encontraba situado en el centro del cuerpo ligeramente a la izquierda, un hecho que había aprendido durante un cursillo sobre cómo matar en silencio que siguió en su juventud, en Palestina. O sea que el pulmón izquierdo tiene que estar... aquí. Tocó la radiografía con el índice derecho. Ahora, a comparar un pulmón con el otro hasta que aparezca una discrepancia.

Inmediatamente encontró varias. En los oscuros espacios pulmonares parecían flotar discos opacos del tamaño de pequeñas monedas. Tales discos eran las minúsculas cicatrices que dejó tras de sí una leve tuberculosis. Stern ignoraba esto pero no tardó en decidir que los discos no tenían nada que ver con lo que él buscaba. El primer detalle sospechoso que percibió fue una especie de ensanchamiento de dos de los huesos de las costillas en un punto situado sobre el pulmón izquierdo. Aquellas costillas parecían más gruesas que las otras, y de perfiles menos suaves.

A Stern se le ocurrió una idea. Sacó de la carpeta de Horn otro montón de

radiografías y las examinó rápidamente hasta dar con lo que buscaba: una radiografía oblicua del pecho de Horn, tomada desde el costado mientras el paciente mantenía ambos brazos sobre la cabeza. Cuando la colocó en la pantalla, descubrió que la marca que buscaba destacaba tan nítidamente como la estela de condensación de un reactor en el cielo. Tragó saliva y alzó un tembloroso dedo hacia la radiografía. Cruzando el oscuro pulmón izquierdo había una difusa línea transversal: la cicatriz de una herida de bala. Una bala de fusil disparada hacía setenta y un años. El rastro opaco se confundía rápidamente con las sombras que lo rodeaban, pero el trayecto de los fragmentos de la vieja bala eran perfectamente visibles. Con el corazón acelerado, Stern contó hacia abajo, de costilla en costilla, desde la clavícula hasta la zona de la cicatriz.

—... cuatro... cinco... seis... *siete*...

Cambió a la primera radiografía, la toma posterior/anterior, y volvió a contar cuidadosamente buscando las costillas extrañamente ensanchadas.

—... tres... cuatro... cinco... seis... —A Stern le caía el sudor sobre los ojos— ... *siete*... Dios mío —murmuró con un nudo en la garganta—. Hess está vivo.

Y, al mismo tiempo, una voz interior le dijo que la bomba para Tel-Aviv existía realmente.

Stern dobló por la mitad las dos rígidas radiografías del pecho y se las metió en la camisa, entre el cuaderno de Zinoviev y su acelerado corazón. Recogió rápidamente las radiografías y los sobres del suelo, volvió a ponerlos en los estantes, abandonó silenciosamente la sala de rayos X y salió al oscuro pasillo.

Se dirigió a la carrera hacia la biblioteca. Avanzando por la estancia en penumbra, tropezó, se agarró a algo para no caer y siguió hacia las altas estanterías. Comenzó a tantear con la mano y no tardó en encontrar el pequeño tirador del rincón. Lo hizo girar. Ya había tomado la decisión de que, si en el interior del pequeño santuario encontraba a alguien que no fuera el propio Hess, lo mataría.

El cuarto estaba vacío. Stern se sentó tras el escritorio de caoba y se obligó a respirar pausadamente. Por encima de él, el fénix de bronce lanzaba su silencioso grito. Desde la pared de su izquierda, un centenar de nazis lo miraban fijamente. Cuando alargaba la mano hacia el teléfono para llamar a Hauer al Protea Hof, Stern se quedó paralizado. Alguien había entrado en aquel cuarto después que él. Frente al escritorio, donde antes sólo había cortinajes color escarlata, colgaba un gigantesco retrato al óleo de Adolf Hitler, al doble del tamaño natural. Pintado en tonos verdes y marrones, el dictador miraba con hosca intensidad al intruso judío. Alguien había retirado los cortinajes para admirar al Führer. A Stern se le puso la carne de gallina y la mejilla izquierda comenzó a temblarle. Trabajosamente, el viejo israelí hizo acopio de saliva en la reseca boca y lanzó un salivazo hacia el lienzo; alcanzó a Hitler justo por debajo de la ingle. Stern alzó el brazo izquierdo, cerró el puño y lo agitó contra el retrato.

—¡Nunca más! —juró.

Descolgó el teléfono.

04.55 horas. Hotel Protea Hof. Pretoria

Hauer saltó de la cama como el piloto de un caza al oír la señal de alarma aérea. Gadi y Aaron dormitaban recostados en las paredes del vestíbulo; el profesor Natterman estaba acostado en la otra cama, con el muslo derecho envuelto en gasas y los ojos entornados debido al efecto de la morfina.

—¿Stern? —preguntó al teléfono.

—Sí.

—¡Es él!

Los jóvenes comandos se pusieron rápidamente en pie. Natterman trató de incorporarse y, tras un gemido, se volvió a echar.

—Coja papel y lápiz —ordenó Stern—. Anote todo lo que le voy a decir.

Hauer miró a Gadi Abrams, que ya se aprestaba para copiar cada sílaba que él repitiese.

—Estamos listos —dijo—. Adelante.

Stern habló en un rápido susurro.

—Me tienen prisionero en una finca privada del Transvaal septentrional. Se encuentra a mitad de camino entre el Parque Nacional Kruger y una aldea llamada Giyani. ¿Lo ha apuntado?

—Sí.

—La casa pertenece a un hombre llamado Thomas Alfred Horn. H-O-R-N.

—H-O-R-N. Thomas Alfred Horn.

En su cama, el profesor Natterman lanzó una ahogada exclamación. Alargó el brazo derecho y agarró a Hauer por la manga.

—¡Capitán!

—Un momento, Stern. El profesor...

—¿*Qué ha dicho?* —preguntó ahogadamente Natterman—. ¿Qué nombre acaba usted de pronunciar?

Gadi consultó sus notas.

—Horn, Thomas Alfred. H-O-R-N.

—Virgen santa. No puede ser.

—Continúe, Stern —dijo Hauer ceñudo—. Creo que el profesor está teniendo alucinaciones.

—No. Es que ha reconocido el nombre.

—¡Está vivo! —exclamó Natterman—. ¡Yo tenía razón! ¡Hess está vivo!

Hauer apartó la mano de Natterman.

—Stern, el profesor está gritando algo acerca de Rudolf Hess.

—Puede decirle a ese viejo loco que tenía razón. Rudolf Hess está vivo y

razonablemente bien. También está bastante loco.

Natterman volvió a alargar el brazo hacia Hauer.

—¡Páseme el teléfono, capitán!

Hauer mantuvo el receptor lejos de las manos del viejo.

—Stern me pide que le diga que tenía usted razón, profesor. Que Rudolf Hess sigue vivo. Creo que los dos están locos.

Natterman negó con la cabeza.

—Estamos perfectamente cuerdos, capitán. Ahora lo comprendo todo, hasta el último detalle. Alfred Horn fue el nombre que el doble de Hess le dio al granjero después de lanzarse en paracaídas sobre Escocia. ¡Dios mío, está clarísimo!

—¡Hauer! —exclamó Stern con voz tensa—. Olvídese de Hess. Aquí la situación es crítica.

—Lo escucho.

—Organizar una operación de rescate en los términos que dijimos queda totalmente descartado. No sé de qué fuerzas dispone Hess aquí, pero sean las que sean, resultaron suficientes para repeler un decidido ataque de una fuerza muy superior a la de ustedes. Las apuestas han subido, Hauer, se han disparado increíblemente. Ayer me preguntó usted qué era lo que yo buscaba. Bueno, ya lo he encontrado. Anoche, Frau Apfel fue testigo de unas negociaciones entre Hess y unos árabes interesados en conseguir una arma nuclear.

La mirada de Hauer se encontró con la de Gadi. El joven israelí lo observaba con los ojos muy abiertos. Stern seguía.

—Yo no he visto el arma por mí mismo, pero no me cabe la menor duda de que existe.

—¿Qué sabe de Hans? —preguntó Hauer—. ¿Y de Ilse? ¿Siguen con vida?

—Sí. Pero si quiere volver a ver a su hijo vivo, capitán, esto es lo que debe hacer. Diríjase al edificio Union, que se encuentra en lo alto de una colina, en el centro de Pretoria. Por la noche lo iluminan con reflectores. En el tercer piso encontrará la oficina del general Jaap Steyn, jefe del Servicio Nacional de Inteligencia. Se lo deletreo. S-T-E-Y-N. Jaap es amigo mío y de Israel. Explíqueme la situación como mejor le parezca, pero debe decirle que tiene que montar una operación de asalto de envergadura suficiente para tomar una posición muy bien fortificada. Se encuentra usted a una distancia de aquí de no menos de cuatro horas, así que debe darse prisa. Y que no se le ocurra mencionar el nombre de Hess. A partir de este momento, sólo hablaremos de Alfred Horn.

—Un momento, un momento —protestó Hauer—. ¿Cree que puedo presentarme en el servicio de inteligencia de Sudáfrica y exigir una operación paramilitar sin disponer de más pruebas que mi palabra? Se reirán de mí y me echarán a patadas del edificio. Eso, si no les da por cargarme de grilletes.

—No les quedará más remedio que cooperar —dijo Stern con voz tranquila—. La mención de mi nombre debería bastar para que Jaap Steyn se pusiera en movimiento,

pero por si no es así, le voy a comunicar cierta información con la que le será posible conseguir todo lo que quiera. Tome buena nota.

Hauer le pidió por señas a Gadi que le entregase el lápiz y el papel.

Lentamente, Stern comenzó.

—Entre la República de Sudáfrica y el Estado de Israel existe un plan militar secreto de emergencia llamado Aliyah Beth. Gadi se lo deletreará luego. En hebreo, Aliyah Beth significa «ascenso hasta Sión». Ese plan estipula la retirada clandestina de...

A Hauer se le quedó la garganta seca mientras Stern le describía con detalle el protocolo más confidencial del acuerdo nuclear secreto entre la República de Sudáfrica y el Estado de Israel.

—¿Es eso cierto? —preguntó Hauer una vez Stern hubo terminado.

—Capitán, con esa información podrá obligar al general Steyn a darle todo lo que usted quiera.

—O conseguiré que me pegue un tiro.

—No. Para evitar ese riesgo, deje a Yosef en el hotel. Dígale al general Steyn que si no telefona usted a Yosef a ciertas horas concertadas de antemano, él hará llegar los detalles del Plan Aliyah Beth a la prensa occidental.

Tras un pesaroso suspiro, Hauer dijo.

—Lo siento, Stern. Yosef ha muerto. Y el profesor Natterman está herido. Unos rusos dieron con nosotros. Tenemos el baño repleto de cadáveres.

—Pues, entonces, deje a Aaron en el hotel —replicó lacónicamente Stern.

—Los rusos se hicieron también con nuestras fotos de los papeles de Spandau —confesó Hauer.

—¡Escúcheme bien, cabeza cuadrada! —estalló Stern—. ¡En estos momentos esos papeluchos no tienen la menor importancia! ¡Consiga esa fuerza de asalto!

Conteniendo su exasperación, Hauer replicó.

—Atienda, Stern, los servicios de inteligencia sudafricanos no van a ceder al chantaje, los amenace con lo que los amenace. Los servicios de inteligencia alemanes no lo harían.

—Debe usted obligarlos. Le he dado los medios necesarios para ello. Pero ándese con ojo. Horn no consiguió una arma nuclear así como así. Lo más probable es que ese hombre sea una figura clave de la industria de defensa sudafricana. Sólo debe fiarse del general Steyn. Su lealtad hacia Israel, es indiscutible. En cuanto a los demás... sabe Dios.

—Espléndido.

—Ah, le voy a dar un informe táctico, capitán. En el tejado de esta casa tienen un cañón rotatorio de algún tipo, y puede existir otro montón de sorpresas. Consiga la suficiente potencia de fuego para arrasar este lugar. Ahora, ¿puedo hablar un momento con Gadi?

Hauer entregó el receptor al joven.

—¿Sí, tío?

—Atiende, Gadi. El capitán Hauer te va a transmitir mis instrucciones. Quiero que le hagas tanto caso como si fuera yo. ¿Entendido? En esta misión, el que manda es Hauer.

Gadi empuñó el teléfono con más fuerza.

—Ya sé que no te será fácil aceptar órdenes de un alemán, pero creo que Hauer es el hombre indicado para estar al frente de esta misión.

Gadi encajó los dientes.

—Lo comprendo, tío.

—Estupendo. Ten en cuenta, Gadi, que nos enfrentamos a una arma nuclear, y posiblemente a más de una. Una arma que apunta a Israel. Contra Tel-Aviv o quizá contra Jerusalén.

Gadi notó que le ardía la cara.

—La otra noticia descabellada que acabas de escuchar también es cierta. Rudolf Hess está vivo. A poco que me sea posible, me propongo sacarlo de aquí y llevármelo a Israel para que sea sometido a juicio. Pero si no puedo, o si por alguna razón Hauer y tú no lográis reunir un contingente armado para asaltar esta casa, pienso localizar el arma y hacerla detonar.

Gadi sintió como si el corazón se le detuviera.

—No, tío...

—No tengo alternativa, Gadi. Antes de que lleguéis, aquí puede suceder cualquier cosa. En el caso de que consigáis llegar. Es como lo del reactor Osiraq de Iraq, sólo que cien veces peor. ¿Lo comprendes?

Gadi se secó el sudor de la frente.

—Dios bendito...

—Una vez lleguéis a las inmediaciones de esta casa, vosotros y todos los hombres que os acompañen estaréis dentro del radio de una posible explosión nuclear.

—Nadie más lo sabrá —dijo Gadi en hebreo.

—Estupendo. Otra cosa. Una vez averigües las coordenadas exactas de la mansión Horn, quiero que llames a Tel-Aviv y te pongas en contacto con el general Gur. Explícale la situación, dale las coordenadas y luego di «Apocalipsis». Es un término en clave de las fuerzas aéreas israelíes que significa «emergencia nuclear inminente». Dudo mucho que Jerusalén apruebe una incursión aérea contra este lugar, pero merece la pena intentarlo. Si nosotros fracasamos, quizá las fuerzas aéreas tengan oportunidad de intentarlo. Ahora, Gadi, debo irme. Ya es hora de convertirme de nuevo en el profesor. Espero verte muy pronto, muchacho. *Shalom*.

Gadi tragó saliva.

—*Shalom*, tío.

Stern cortó la comunicación.

Hauer miró recelosamente a Gadi por unos momentos, pero al fin decidió no insistir. Se metió la Walther entre el pantalón y la camisa.

—Vayamos a hacerles chantaje a unos cuantos espías —dijo.

Separado de Jonas Stern sólo por una fina pared, el teniente Jürgen Luhr mantenía pegado a la oreja el silencioso receptor telefónico. Debido a la excitación de la batalla, a Luhr le había resultado imposible dormirse, y sus paseos por la mansión Horn lo llevaron al fin hasta el estudio de Alfred Horn. Se encontraba junto a la ventana destrozada por los disparos con que Ilse había matado a lord Grenville cuando vio brillar una luz amarilla en el escritorio de Horn. Tras una breve vacilación, levantó el receptor telefónico y escuchó los segundos finales de la conversación de Stern con Gadi.

Ahora permanecía inmóvil como una estatua, tratando de entender lo que acababa de oír. Parecía imposible. Aparente mente, el profesor Natterman, o el judío que se hacía pasar por el profesor Natterman, había efectuado una llamada desde algún lugar de la casa. Pero... ¿a quién había telefoneado? Por lo poco que había oído, Luhr no podía estar seguro. Habría sospechado que el interlocutor del falso Natterman era Dieter Hauer, pero había escuchado al cerdo del otro extremo de la línea hablar en hebreo, y Hauer no era judío. Luhr sólo estaba seguro de una cosa. Alfred Horn y su jefe de seguridad afrikáner le quedarían muy agradecidos a quien los informase, no sólo de que tenían en la casa a un espía sionista, sino también de que dentro de muy poco podían ser objeto de un ataque aéreo israelí. Con el pulso acelerado, Luhr salió al corredor para despertar a toda la casa.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

05.20 horas. Mansión Horn

Fueron a buscar a Jonas como la Gestapo fue a buscar a su padre en Alemania. Cuatro soldados calzados con gruesas botas irrumpieron por la puerta con las pistolas desenfundadas y encendieron la luz del techo al tiempo que gritaban.

—¡Arriba, Jüdin! ¡Arriba! Schnell!

La súbita luz deslumbró a Stern. Éste había estado tumbado en la oscuridad, completamente vestido. Saltó de la cama blandiendo el tenedor roto, pero los chasquidos de varios cerrojos de pistola lo paralizaron. Aquello sólo tenía una explicación. Había ocurrido lo peor. De algún modo, en la misma noche que él había descubierto que Alfred Horn no era el que pretendía ser, Alfred Horn había descubierto lo mismo respecto a él.

Fuertes manos agarraron a Stern por los brazos y lo alzaron en vilo. Los soldados, que ya no iban de caqui, sino que vestían los uniformes grises de la Wehrmacht, lo sacaron al corredor y lo condujeron a empujones. Cuando Stern alzó la vista vio el frío y negro ojo del cañón de una pistola empuñada por Pieter Smuts.

—¿Adónde me llevan? —preguntó Stern.

—¿Adónde crees, judío? —replicó burlescamente el afrikáner caminando hacia atrás—. ¡A ver al Führer!

Con un nudo en la garganta, Stern miró hacia el otro lado del escritorio de caoba. Pálido y fantasmal, el encorvado viejo que se hacía llamar Alfred Horn permanecía sentado en su silla de ruedas, con una irónica expresión en el arrugado rostro. Mirándolo, Stern sintió el súbito aguijonazo de una duda. Ocultas en su camisa estaban las radiografías que, en su opinión, demostrarían con toda certeza que Alfred Horn era Rudolf Hess. Y sin embargo... el viejo sentado frente a él ya no tenía el mismo aspecto. Ahora, en vez de un ojo de vidrio, Horn llevaba un parche. El recuerdo que obsesionaba a Stern era la descripción hecha por Zinoviev de Helmut Steuer, según la cual Helmut llevaba un parche sobre el ojo. ¿Habría sobrevivido a fin de cuentas Helmut Steuer a su misión? ¿Estaría Rudolf Hess realmente muerto? ¿Habría conseguido Helmut hacerse con las radiografías de Hess para ocultar la verdad? ¿O habrían sobrevivido ambos? ¿Podría ser que Hess hubiese vivido durante un tiempo como Alfred Horn y que luego, a su muerte, Helmut hubiera asumido la falsa identidad? Fuera cual fuera su verdadera identidad, el viejo sentado frente a Stern ya no llevaba el sencillo uniforme caqui que Rudolf Hess había lucido en su calidad de oficial del Reich. Ahora vestía un bien cortado uniforme gris muy similar al que Adolf Hitler había llevado en su calidad de comandante supremo de las fuerzas

armadas alemanas. Y, en torno al cuello, lucía la Gran Cruz, la mayor condecoración militar de la Alemania nazi. Que Stern supiera, Rudolf Hess nunca había recibido aquella medalla.

Pieter Smuts permanecía en pie detrás de su jefe, con los ojos relucientes y los labios crispados en una torva línea. Por encima de él se alzaba el fénix de bronce; directamente tras él se encontraban los mapas en los que Stern había conseguido las coordenadas que luego le había dado a Hauer. Stern percibía la presencia de los soldados que se encontraban a su espalda.

—Parece que nos enfrentamos a un problema de confusión de identidades —dijo Horn—. ¿Tendría usted la bondad de sacarnos de dudas, Herr profesor?

Stern se mantuvo tan inmóvil como una columna de sal.

Smuts hizo un movimiento de cabeza y uno de los soldados situados detrás de Stern descargó un fuerte puñetazo contra el riñón derecho del israelí. Stern se dobló sobre sí mismo pero logró mantenerse en pie. Cuando se enderezaba, las dos radiografías robadas de la enfermería crujieron. Smuts rodeó el escritorio, le abrió la camisa, le quitó las radiografías y se las tendió a Horn. Éste las miró al trasluz y chasqueó levemente la lengua.

—Es usted un ratoncito listo, ¿no, Herr Stern? —gruñó el viejo.

Stern se esforzó por mantenerse inexpresivo mientras se devanaba la cabeza tratando de adaptarse a la cambiante situación. El hecho de que Horn conociese su nombre significaba que, o bien habían hecho hablar a Ilse, o bien Hauer y Gadi habían sido capturados. Stern le pedía a Dios que se tratase de lo primero.

—Yo diría que nos enfrentamos a dos casos de confusión de identidades —dijo fríamente.

Smuts pareció a punto de asestarle otro puñetazo a Stern, pero Horn se lo impidió con un ademán.

—Creo que sabe quién soy —dijo con un brillo especial en el acuoso ojo.

—Supongo que es usted el lugarteniente del Führer Rudolf Hess.

—Ése ya no es el título que me corresponde. Tras la muerte del Führer, sus responsabilidades pasaron a mí.

—Al menos, se ha apropiado de su uniforme y de sus medallas —replicó, sarcástico, Stern—. Pensaba que el dudoso honor de la sucesión al trono nazi recayó sobre los hombros de Hermann Göring.

Hess enrojeció. Otro fortísimo puñetazo alcanzó a Stern en el riñón izquierdo y lo hizo caer de rodillas.

—El Reichmarschall también murió —dijo Hess irritado—. Y la Gran Cruz me fue concedida por el propio Führer. En una ceremonia secreta, desde luego.

Stern alzó la vista y miró fijamente el único ojo del viejo.

—Si usted es Hess, ¿qué fue de Helmut Steuer?

—Helmut murió como un héroe en 1941. Era un patriota alemán ejemplar, y yo recompensé sus esfuerzos otorgándole la Cruz de Caballero.

—¿Y el tatuaje? ¿El único ojo?

Hess se encogió de hombros.

—Me hacía falta un símbolo. No podía correr el riesgo de revelarles a mis socios mi verdadera identidad. Necesitaba un emblema místico que simbolizase tanto su unión conmigo como su unión entre ellos. Debido a que pasé mi infancia en Egipto, recordé el Ojo que Todo lo Ve. —Hess se acarició el parche del ojo—. Desde luego, fue muy apropiado. Lo mismo que el símbolo del Fénix.

El profesor Natterman acertó en todo, se dijo Stern. Y, en voz alta, preguntó.

—¿Cómo perdió usted el ojo?

Hess hizo una mueca.

—Una bala británica. No pudo verme un médico hasta que fue demasiado tarde. —El viejo se apartó el dedo del rostro—. Pero eso es historia antigua. Quiero que me diga qué pretendía conseguir con su absurda impostura, judío. Aparte de suicidarse, claro.

Stern le mantuvo la mirada y con gélida firmeza dijo.

—He venido a llevármelo a Israel para que sea sometido a juicio por los crímenes que en Nuremberg quedaron impunes, los crímenes por los que su doble cumplió cadena perpetua en la prisión de Spandau.

La risa de Hess fue ronca, hueca y pavorosa.

—Debería consultar a un psiquiatra, Herr Stern. Sufre de graves alucinaciones paranoides. Le pediré a mi médico personal que lo vea.

Stern movió el brazo abarcando los mementos nazis que cubrían las paredes.

—El que está loco es usted. Si cree que conseguirá organizar el Cuarto Reich alemán, es que está irremediabilmente senil.

Los ojos de Hess refulgieron.

—¿Es eso lo que cree que deseo? ¿El Cuarto Reich alemán? Me temo que los únicos que comparten esa fantasía con usted son unos cuantos rusos paranoicos y unos cuantos escritores de novelas baratas. —Miró fijamente a Smuts—. Quizá también unos cuantos policías alemanes —añadió.

—Entonces, ¿de qué va todo esto? Estoy seguro de que tiene algún plan para conseguir que Alemania logre el dominio mundial.

Hess sonrió.

—¿Cree que lo necesito? El mundo de posguerra ha evolucionado siguiendo las líneas maestras que el Führer trazó. Alemania, aunque dividida, es la nación más poderosa de Europa. La púrpura imperial de Inglaterra ha caído sobre los hombros de Norteamérica, y ahora es Norteamérica la que domina los mares. Japón controla el Pacífico y mucho más. Lo cual nos lleva a la Unión Soviética. ¿Cuánto cree usted que falta para que Rusia se convierta en una colonia económica de la Gran Alemania? En estos momentos, la economía soviética es tan débil como lo era antes de la revolución de 1917. ¿Cuánto cree que tardará en desmoronarse? Y, cuando Rusia se desmorone, será Alemania quien la reconstruirá. Compraremos con nuestros marcos la materia

bruta y obtendremos acceso a los enormes mercados que allí se abrirán. Será el paso final hacia la hegemonía económica sobre Europa. Nosotros administramos ya más de la mitad de la deuda nacional de Norteamérica, y nuestro poder y nuestra influencia crecen de día en día. La reunificación es inevitable.

—Entonces, ¿por qué desea destruir Israel?

Hess se rascó bajo el negro parche.

—Únicamente por motivos prácticos, se lo aseguro. En cierto modo, casi lamento tener que hacerlo. A veces pienso que ustedes, los judíos, fueron los mejores discípulos del Führer. ¿Ha visto alguna vez a los soldados israelíes en el Muro de las Lamentaciones, Herr Stern? ¿Rezando en formación? Es un espectáculo digno de verse. ¡Los israelíes se han convertido en los nuevos alemanes! ¿No le parece toda una sorpresa? Israel se ha convertido en una nación supernacionalista, expansionista, poseedora del mejor ejército del mundo. Lo mismo que le sucedió a Prusia, se encuentra rodeada de enemigos. El Pueblo Elegido, ¿no? ¡Lo mismo que los alemanes fueron elegidos para regir sobre la raza aria!

Stern miró intrigado al hombre que tenía ante sí.

—Si ataca Israel con armas nucleares, comenzará una guerra que puede borrar de la faz de la tierra a todos los países. Israel tiene sus propias bombas, Hess, y hará uso de ellas.

El viejo asintió entusiasmado.

—¡Cuento con que Israel utilice sus bombas, Stern! Sé perfectamente lo que guardan los sionistas en su arsenal y, lo más importante, sé cuáles son los blancos asignados a sus misiles y a sus bombarderos «negros». Más de la mitad de las cabezas nucleares de Israel no apuntan contra los árabes, sino contra la Unión Soviética. Eso se debe a que Israel pretende evitar que los soviéticos reabastezcan a los árabes durante la próxima guerra de Oriente Medio. —Los ojos de Hess relucieron—. Pero los tiempos cambian, ¿verdad, Stern? Y nadie sabe eso mejor que los viejos. Los misiles israelíes apuntan ahora contra la Unión Soviética. ¡Dentro de diez años apuntarán contra la Gran Alemania!

—Dios mío —murmuró Stern con poco aliento—, trata de conseguir que Israel tome represalias contra Rusia con armas nucleares. Cuando los árabes liquiden Tel-Aviv o Jerusalén con una sofisticada bomba, al gobierno israelí no le quedará más remedio que responder del mismo modo. ¿Y contra quién lo hará? ¿De dónde podrían haber sacado los árabes una arma así? ¡De Rusia, naturalmente!

Con una fina sonrisa en los labios, Hess comentó.

—Estaba seguro de que sabría usted valorar la sencillez de mi plan.

A Stern se le secó la boca.

—¡Pero es imposible predecir lo que ocurrirá en una situación como ésta! ¡Podría usted desencadenar una guerra nuclear generalizada a la que sabe Dios cuántos países se verían arrastrados!

—Ése no era mi plan inicial —admitió Hess—. Pero cuando, el mes pasado, los

británicos comenzaron a tratar de asesinarme, me vi obligado a improvisar sobre la marcha.

—¿Los británicos intentan matarlo? ¿Saben que está usted vivo?

—Sí, claro. Esta misma noche, el MI-5 envió aquí a un contingente de mugrientos colombianos para acabar conmigo. —Hess sonrió—. Pero mucho me temo que en estos momentos todos ellos están muertos. —Jugueteó con una pluma que había sobre el escritorio—. Supongo que debería estar agradecido a los ingleses. Al atacarme, me obligaron a hacer uso de la imaginación, y de este modo llegué a asumir la vieja política del Führer para Palestina. El mismo año en que yo volé a Gran Bretaña, Hitler armó al muftí de Jerusalén y le pidió que destruyera a los judíos de Palestina. Pero resultó que los judíos estaban mejor armados, gracias a sus hermanos sionistas de Norteamérica. Esto me parece particularmente irónico ya que, en último extremo, si estoy armando a los árabes es porque pienso en el bien de Norteamérica.

—¿Cómo? —preguntó incrédulamente Stern.

—Sí, judío. Los norteamericanos son los herederos del Führer. ¿Tan difícil resulta entenderlo?

—Está usted rematadamente loco. ¡Norteamérica es la democracia más liberal del mundo!

Hess rió entre dientes.

—Si todos los miembros de la tribu judía fueran tan ingenuos como usted, mi trabajo resultaría sencillísimo. Los norteamericanos son un pueblo extraño, Stern. Un pueblo violento.

—Pero no son nazis.

Hess enarcó las cejas.

—El otro día hablé por teléfono con un hombre de negocios norteamericano. ¿Sabe qué me dijo? Dijo. «Hitler estaba en lo cierto, Alfred; pero tuvo una mala estrategia de mercado.»

—Un comentario de mal gusto dista mucho de ser una revolución fascista.

—¿Usted cree? Supongo que todo depende de quién haga el comentario. Resulta que ese hombre era el presidente de una empresa norteamericana que forma parte de la lista de las «quinientas primeras» de la revista *Fortune*. —Hess trazó una línea imaginaria en el aire—. En Norteamérica, la frontera que separa la democracia y la anarquía es apenas perceptible. Permanece oculta bajo una inmensa cantidad de bienes materiales, pero ahí está. Y se puede conseguir que los norteamericanos crucen esa frontera. Lo han hecho antes y lo volverán a hacer. Piense en ello. Siempre que el norteamericano nórdico ha considerado que su raza y sus valores estaban en peligro, ha hecho todo lo necesario para asegurar su supervivencia. ¿Se abstuvieron acaso los norteamericanos durante la segunda guerra mundial de internar a millares de japoneses? ¿Se abstuvieron de perseguir implacablemente a miles de comunistas durante los años cincuenta? Y, en los sesenta, incluso encontraron el modo de diezmar las filas de los sucios negros mandándolos a morir al sureste de Asia. Fue un

plan ingenioso y sutil, que le hubiera puesto los dientes largos al propio Goebbels. ¿Y qué me dice de su maravillosa Constitución? ¡Al demonio con ella! En los momentos de crisis, judío, la conveniencia manda.

Stern guardó silencio. Había oído utilizar aquellos mismos argumentos en los conciliábulos políticos de Jerusalén.

—¿Y a qué se enfrenta en la actualidad el norteamericano nórdico? En el exterior, al terrorismo más violento. Los chacales árabes han enloquecido a causa de su poder, se han emborrachado con un inmenso océano de petróleo. El petróleo se agotará dentro de dos o tres décadas, pero para entonces esos salvajes ya habrán conseguido comprar las ojivas nucleares y los medios de transporte necesarios para amenazar a todas las naciones civilizadas. En el interior, la situación es aún peor. Los norteamericanos blancos ni siquiera pueden pasear de noche por las calles de sus ciudades. ¡El robo, el asesinato y la violación campan por sus respetos, y todo ello a causa de las razas mestizas! Bandas armadas merodean por las calles, lo mismo que ocurrió en Alemania después de la Gran Guerra. Las corruptas razas inferiores tratan de poner a Norteamérica de rodillas, mientras en los más altos círculos de poder, los rasputines sionistas trazan sus taimados planes. —Hess se miró los arrugados dedos y, con voz suave, siguió—. Pero así conviene que ocurra. El fascismo no lo constituyen las bandas de rufianes que se dedican a pintar esvásticas en las sinagogas y a profanar cementerios judíos. El fascismo es la destilación final de la sociedad humana, el sistema de gobierno más puro, surgido del crisol de la pobreza, la injusticia y la guerra. Por eso Norteamérica constituye la última esperanza del mundo, Stern. Es en Norteamérica donde se iniciará la lucha final. —Hess hizo un gesto de desagrado—. Alemania se ha convertido en un país obeso, excesivamente rico. La patria está gobernada por cobardes que únicamente piensan en el dinero. Si Bonn tuviera algo de coraje, Alemania ya poseería su propio arsenal nuclear. ¡Socialdemócratas! —escupió Hess—. ¡Habría que fusilar a esos cerdos delante del Reichstag!

En el único ojo de Hess ardía el fervor evangélico.

—Pero el cambio se acerca, judío —siguió—. Y Alemania estará lista para él. Tanto en la Alemania del Este como en la del Oeste, ya hay fieles alemanes que se esfuerzan por expulsar a los comunistas. Cuando Norteamérica haga la señal, Alemania dará el paso al frente. En Norteamérica los inmigrantes ya están acaparando los empleos; las drogas envenenan las pequeñas ciudades; el pueblo se da cuenta de que su gobierno es incapaz de detener esa locura. Dentro de unos pocos años, la presión será tan fuerte que la más pequeña chispa provocará una explosión. Y cuando salte la chispa, trátese de una guerra, o de una peste, o de una catástrofe económica, cuando el precio del petróleo se dispare hasta los noventa dólares por barril, cuando los automóviles se queden tirados en las autopistas mientras sus propietarios se mueren de frío en sus casas... ¡Será entonces cuando llegue el gran cambio! ¡Y ese cambio se producirá con la violencia del rayo! Surgirá un nuevo líder,

judío, y dará lo mismo quién sea. Como el Führer, será un hombre del pueblo. Estará a la altura de los tiempos y cuando dé el paso hacia adelante, el pueblo lo reconocerá y lo seguirá en pos de la gloria. Norteamérica se hará al fin con esas riendas del poder que lleva tanto tiempo rechazando. Será entonces cuando los países como Alemania se levantarán y desempeñarán el papel que el destino les tiene reservado.

—Dios mío —murmuró Stern.

—El día del juicio ya está muy cerca, judío. Por eso es necesario purgar a tu raza. La incineración de Jerusalén marcará el nacimiento del nuevo milenio. Llegado el año 2000, la raza nórdica gobernará sobre tres cuartas partes del globo... ¡Y los judíos habrán dejado de existir!

Stern movió la cabeza como si estuviera ante una abominable aberración de la naturaleza.

—Pero todo eso es una completa locura —murmuró—. ¿Ha pensado usted en su familia, Hess? ¿Ha hablado con su esposa? ¿Con su hijo?

Hess bajó la vista.

—¿Qué puedo esperar de mi hijo, Stern? Un muchacho criado en una Alemania intoxicada por remordimientos artificiales... una Alemania lisiada por el equivalente psicológico del Tratado de Versalles, según el cual el pueblo alemán nunca derramará suficientes lágrimas por los judíos muertos... Mi familia ha sido la carga más dolorosa de mi vida. Ver cómo mi hijo luchaba valerosamente por conseguir la liberación del hombre al que tomaba por su padre. Y, ahora que Horn ha sido asesinado, saber que mi hijo me cree muerto me parte el corazón. Muchas veces he sentido la tentación de... —Hess se limpió una lágrima del ojo y cerró el arrugado puño—. Mi deber hacia la patria y hacia la Historia es lo primero. ¡Yo soy el último superviviente, el único que puede llevar a buen fin la gran labor del Führer!

Stern contempló pensativamente a su interlocutor.

—No entiendo que haya conseguido ocultar su verdadera identidad, teniendo en cuenta la desfachatez con que utiliza el nombre que dio su doble cuando lo detuvieron en Escocia. Estoy seguro de que todos los que están familiarizados con el caso Heil Hitler! conocen el nombre de Alfred Horn.

Hess sonrió cínicamente.

—¿Por qué da por hecho que mi existencia ha pasado inadvertida? ¿Acaso cree que sus compatriotas se toman tan en serio los imperativos morales que, de saber que estoy vivo, habrían mandado a un asesino contra mí?

—Cosas como ésa ya han sucedido —dijo Stern.

—Sí, claro —replicó Hess—. Pero, querido amigo, mi caso no es el de Eichmann. Las supuestas «atrocidades» contra los judíos tuvieron lugar mucho después de que yo abandoné Alemania. Firmé unas cuantas leyes restringiendo las actividades de los judíos, pero eso fue simple papeleo y no constituía razón suficiente para ejecutar a un hombre que tan útil podía resultarle a la nación judía en ciertos aspectos vitales para sus intereses.

—No creo que tuviera usted nada que ver con el programa nuclear israelí —dijo Stern furioso—. Ningún judío trataría a sabiendas con usted.

Hess echó la cabeza hacia atrás y, desdeñosamente, replicó.

—Vive usted en las nubes, Stern. Ya conoce el dicho. «A caballo regalado, no le mires el diente.» He descubierto que los judíos adoran ese refrán. Cuando se trata de conseguir una arma nuclear, nadie puede permitirse tener remilgos de conciencia. Ni siquiera los judíos. Resulta poético, ¿no le parece? Con sus ansias de poder, los judíos han cavado su propia tumba. Llevada por su deseo de obtener armas nucleares, Israel entregó sus secretos más preciosos a Sudáfrica. ¡Y yo me propongo devolvérselos multiplicados por mil!

—No lo conseguirá —afirmó Stern.

Hess sonrió malévolamente.

—Supongo que está pensando en la llamada telefónica que hizo a sus cómplices en Pretoria y en la que solicitó la ayuda del Servicio Nacional de Inteligencia. Para ser más exactos, del general Jaap Steyn.

Stern notó que se le secaba la boca.

—Francamente, no creo que deba albergar muchas esperanzas a ese respecto. El Servicio Nacional de Inteligencia está totalmente controlado por ciertos colaboradores míos. Respetables miembros del gobierno. —Una cruel sonrisa curvó las comisuras de los labios de Hess—. Así que a lo mejor sí que logro ver cumplidas mis ambiciones, ¿no le parece, judío?

Pieter Smuts rió entre dientes. Stern trató de controlar el temblor que se había apoderado de sus manos, pero ver frustrada su última esperanza de salvación lo sacó totalmente de quicio. Al tiempo que lanzaba un grito salvaje, se lanzó hacia el otro lado del escritorio alargando los brazos hacia la garganta de Hess. Notó que sus manos arañaban la chaqueta del uniforme de Hess y que luego se cerraban en torno al enjuto cuello del viejo...

La Beretta de Smuts golpeó contra su cráneo y la luz se desvaneció.

06.35 horas. Edificio Union. Pretoria

Hauer trataba de controlar su nerviosismo. Llevaba casi dos horas allí sentado, esperando. Frente a él, al otro lado del escritorio, había un joven capitán como de treinta años. El hombre, apellidado Barnard, era uno de los ayudantes de Estado Mayor del general Jaap Steyn. El capitán Barnard estaba cubriendo el turno de noche cuando Hauer y Gadi fueron llevados a su presencia por un oficial de guardia. El joven capitán escuchó pacientemente la solicitud de Hauer de hablar con el general Steyn, pero no hizo el menor caso de ella. El general Steyn, explicó, nunca se despertaba antes de las siete. Y, a no ser que Hauer pudiera concretar mejor lo que entendía por una «crisis nacional», tendría que esperar hasta esa hora, cuando

Barnard, con mucho gusto, llamaría al general a su casa. No, el capitán no sabía nada de un tal Alfred Horn que tenía una gran finca en el Transvaal septentrional. Fue entonces cuando Hauer recurrió al chantaje. Mencionó el plan Aliyah Beth, y el capitán replicó que tales palabras, para él, eran griego. Como la demora se estaba haciendo interminable, Gadi Abrams se puso en pie y se dirigió lentamente hacia la puerta.

—¿Adónde va? —preguntó secamente el capitán Barnard.

Gadi agarró el pomo de la puerta y tiró de él. En el umbral apareció el oficial armado que los había conducido hasta allí. El centinela desenfundó la pistola y apuntó con ella a Gadi.

—Quiero llamar a mi embajada —dijo Gadi sin alterarse.

Estaba considerando qué posibilidades tenía de desarmar al centinela antes de que éste pudiera apretar el gatillo. El oficial pareció darse cuenta de las intenciones de Gadi y retrocedió rápidamente un paso.

—¿Y qué embajada es ésa? —preguntó el capitán Barnard.

—La de Israel.

—Es preferible que no llame —dijo el afrikáner—. ¿Qué tal si todos nos quedamos sentados?

Hauer trataba de no perder la calma. Verse obligado a permanecer de brazos cruzados mientras Hans e Ilse esperaban una bala, mientras Stern sudaba tinta haciéndose pasar por Natterman, mientras Schneider volaba hacia Berlín, era enloquecedor. Sin embargo, las cosas podrían ser peores. Aún no habían establecido contacto con el sudafricano adecuado; pero tampoco se habían estrellado contra el sudafricano inadecuado. Hauer estudió la oficina. Era idéntica a cientos de oficinas de Berlín. Exteriormente, el edificio Union era una parda mole de piedra arenisca color ocre, con columnata en la fachada y coronada por dos cúpulas gemelas. Ocupaba la cima de un promontorio que se alzaba sobre la capital, y desde ella se dominaba todo el valle. Sin embargo, el interior del edificio era tan monstruosamente anodino como el Presidium policial de Berlín.

—Escuchen... —dijo de pronto el capitán Barnard—. No estarían ustedes hablando de Thomas Horn, ¿verdad? Del industrial Thomas Horn.

—Es posible —dijo Hauer mirando significativamente a Gadi.

—Thomas Horn posee múltiples propiedades en todo el país. Sin embargo, no estoy seguro de que tenga una cerca del Parque Kruger. —A Barnard se le nubló el semblante—. Espero que no pretendan decirme que Thomas Horn corre peligro. Ese hombre es toda una personalidad en este país.

—Puede que sí corra peligro —dijo Hauer midiendo mucho sus palabras.

El capitán Barnard frunció el entrecejo.

—Más vale que se expliquen —dijo—. Y que sea cuanto antes.

—Capitán Barnard... —comenzó Hauer implorante—, debe darse cuenta de lo importante que es el asunto que nos ha traído hasta aquí. ¿Cuántas veces le ha

sucedido que un oficial de policía extranjero aparezca por aquí en plena noche y le diga que su país corre un grave peligro?

—No muchas —admitió Barnard—. Y me están dando ganas de hacer que usted y su brusco compañero aguarden al general metidos en un calabozo.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Hauer poniéndose en pie—. ¡No podemos seguir perdiendo el tiempo!

Sin previo aviso, la puerta de la oficina del capitán Barnard se abrió de golpe y por ella apareció un fornido afrikáner de pelo color zanahoria y encendida tez. El rumor del tráfico de primera hora de la mañana se filtró por la puerta hasta que el recién llegado la cerró de golpe. Miró inquisitivamente a Hauer, luego a Gadi, y por último al capitán Barnard. Hauer tuvo la extraña certidumbre de que al pelirrojo lo había llamado el oficial de guardia, ya que el centinela se apostó en un rincón con la mano sobre la pistola enfundada.

—Bueno, cuénteme de qué va todo esto —pidió secamente el pelirrojo.

El capitán Barnard se puso en pie.

—Comandante Graaf, éste es el capitán Dieter Hauer, de la policía de Berlín Occidental. Capitán Hauer, éste es el comandante Graaf, jefe del Estado Mayor del general Steyn. Comandante, el capitán Hauer asegura tener una información muy importante para el general Steyn. Como se niega a decirme de qué se trata, he decidido esperar hasta las siete para llamar al general. Lo cierto es que estaba a punto de llamar...

—¿Despertar al general? —Parecía como si a Graaf le hubieran pedido que concertase una audiencia papal—. ¿Qué demonios les ha traído a ustedes por aquí? ¡Suéltelo de una vez!

Hauer, incómodo, miró al comandante Graaf.

—Nuestro mensaje va dirigido al general Steyn —dijo—. Lo lamento, comandante, pero así tiene que ser.

Graaf se puso aún más rojo.

—Me asombra su ineptitud, Jerry. —Se volvió hacia Barnard—. ¿Por qué demonios no mandó a estos tipos al calabozo?

—Mencionaron el nombre de Thomas Horn, señor —dijo el capitán Barnard, sorprendido por la vehemencia de Graaf—. Creo que el señor Horn puede estar en peligro.

—¿Thomas Horn? —Graaf frunció los párpados—. ¿Qué tiene Horn que ver con esto?

—No quieren decirlo, señor.

—Pues ya nos ocuparemos de que quieran.

—También mencionaron una especie de nombre clave, comandante. ¿Qué fue lo que dijo, capitán?

A Hauer no le gustaba nada la pinta del comandante Graaf, pero ya le había mencionado el nombre al capitán Barnard. Tal vez el ensalmo actuara sobre Graaf.

—El nombre clave es Aliyah Beth —dijo.

Graaf entornó los ojos.

—Eso no me dice nada, Barnard.

Gadi enrojació de furia.

—Tal vez sea mejor que llame al general —sugirió el capitán Barnard—. Ya son casi las siete.

—¡Bobadas! —exclamó Graaf desdeñoso—. Primero hemos de averiguar de qué van estos tipos. Envíelos a la comisaría de Visagie. Que los interrogadores se ocupen de ellos. No tardaremos en llegar al fondo de este asunto. Telefonee a Visagie, Barnard. Que nos envíen un furgón. —Mientras Barnard realizaba la llamada, el comandante miró con desaprobación a Gadi—. ¿Quién es el moreno? No me gusta nada su aspecto.

El capitán Barnard lo intentó de nuevo.

—¿No le parece que tal vez sea preferible que llame al general?

—No sea idiota, Barnard. Para la hora del almuerzo, ya lo sabremos todo acerca de estos tipos. Entonces hablaré con el general, si el asunto merece la pena. Probablemente sean periodistas tratando de meter las narices donde nadie los llama.

Hauer consideró la posibilidad de hablarle al comandante Graaf de Aaron Haber, el «seguro» que los esperaba en el Protea Hof, pero algo le dijo que era preferible guardar silencio, al menos de momento.

La escolta policial del comandante Graaf llegó al cabo de menos de quince minutos. Los hombres llevaban esposas consigo, pero Graaf no las consideró necesarias.

—Estos cabrones no crearán problemas. —Se echó a reír—. A fin de cuentas, son colegas policías. ¿Dónde están sus documentos Barnard?

El capitán Barnard pareció avergonzado. Graaf negó con la cabeza.

—Maldita sea, es un milagro que no lo mataran y se apoderasen de este departamento.

—No hubiera servido de nada —le dijo Hauer—. Viajamos con documentación falsa.

—Conque sí, ¿eh? —replicó Graaf—. Bueno, ¿qué tal si nos vamos a la comisaría? —El comandante hizo salir a sus prisioneros por la puerta.

El capitán Barnard se puso en pie y cerró la puerta. Se sentía extrañamente irritado por los comentarios de Graaf. ¿Por qué no les pedí los pasaportes?, se preguntó. Pero sabía por qué. Porque cuanto más había mirado a los inquietos ojos del policía alemán, más convencido se había sentido de que el hombre decía la verdad y, realmente, se estaba produciendo una crisis. Y, de todas maneras, ¿qué había de malo en llamar al general? Jaap Steyn se enorgullecía de estar siempre pendiente de cuantos casos afectaban directamente a su departamento. Y sin duda el hecho de que dos extranjeros solicitaran hablar con el general respecto a una cuestión de seguridad nacional era algo que incumbía directamente al departamento.

Barnard alargó la mano hacia el teléfono y marcó el número privado del general. Lo dejó sonar tres veces y luego colgó mascullando una maldición. Probablemente, Graaf tenía razón. Antes de molestar al general era preferible tener la certeza de que existía un problema. Los interrogadores de Visagie sólo tardarían unas horas en averiguarlo todo acerca de los forasteros, y las batallas políticas de Sudáfrica ya mantenían al general Steyn bastante ocupado sin necesidad de que él interrumpiera su desayuno para hablarle de una nimiedad. El capitán Barnard sacó de un cajón del escritorio las llaves de su coche y le escribió una nota a su secretaria. Se había pasado toda la noche trabajando y se iba a casa para ducharse, afeitarse y desayunar. Volvería a eso de las diez. Para entonces, ya todo se habrá resuelto, se dijo mientras salía de la oficina. Pero luego recordó el preocupado semblante del policía alemán. Y sus dudas regresaron.

CAPÍTULO CUARENTA

06.05 horas. Sede del MI-5. Charles Street. Londres

Sir Neville Shaw alzó la vista cuando Wilson entró precipitadamente en la oficina. El director adjunto agitaba una fina hoja de papel en la mano derecha.

—¡Cablegrama, sir Neville!

—Pues léamelo, hombre. ¿A qué vienen las prisas?

Wilson dejó la hoja sobre el escritorio.

—Es un mensaje personal para usted.

Shaw desgarró el sello y leyó.

DIRECTOR GENERAL MI-5.

LOS HOMBRES QUE ENVIÓ ESTÁN MUERTOS STOP LORD GRENVILLE HA MUERTO STOP ROMPIÓ USTED UN SOLEMNE CONVENIO ACORDADO HACE MÁS DE TREINTA AÑOS STOP YA NO ME SIENTO OBLIGADO POR LOS TÉRMINOS DE TAL CONVENIO STOP JAMÁS HE CONOCIDO A UN INGLÉS QUE MANTUVIERA SU PALABRA STOP EL SECRETO QUEDA AHORA SUJETO A MI DISCRECIÓN STOP MÁS SUERTE LA PRÓXIMA VEZ.

HESS.

Shaw advirtió que las manos comenzaban a temblarle.

—Dios bendito —murmuró—. Burton ha muerto. —Alzó la vista demudado—. ¡Wilson! ¿Consiguió los expedientes que le pedí?

—Están en la caja fuerte de mi despacho, señor. No creo que el Foreign Office haya advertido aún su falta.

—¡A la mierda el Foreign Office! Destruya esos documentos y queme los restos en el sótano. Hágalo usted personalmente, y cuanto antes.

Wilson se dirigió hacia la puerta y al llegar a ella se volvió hacia su superior.

—Fue un panetero error apartar a Golondrina del caso —dijo roncamente Shaw—. Ella podría haberse ocupado personalmente de matar a Hess.

Wilson frunció los párpados.

—¿Se refiere a Horn, señor?

Shaw lo miró con ojos enrojecidos.

—Horn es Hess, Wilson. ¿Aún no se había dado usted cuenta?

Wilson retrocedió un paso. Shaw bajó la vista al arrugado mapa que tenía sobre el escritorio.

—Quizá Golondrina siga en Sudáfrica —murmuró—. Tal vez esa mujer todavía pueda salvarnos. Wilson, llame a toda nuestra gente en Sudáfrica. Cualquiera que entre en contacto con la agente Golondrina debe ordenarle que me llame aquí. Y si

Golondrina nos telefona por cualquier motivo, pásame inmediatamente la llamada. ¿Entendido?

—¡Sí, señor!

Los ojos de Shaw relucieron de nerviosismo.

—Cristo bendito, debí usar a esa arpía desde el primer momento. El asesinato siempre ha sido un trabajo femenino.

06.55 horas. Hotel Protea Hof, Pretoria

Golondrina llevaba doce horas esperando en el exterior de la habitación 604 y su paciencia estaba a punto de agotarse. De la media docena de ocasiones en que se había acercado a la puerta, sólo en una había oído conversar a los dos hombres de dentro. Miró por enésima vez su reloj. Eran casi las siete de la mañana. Las camareras entrarían de servicio en cualquier momento. Al demonio, se dijo. Voy a entrar. Ya tenía un plan. Tras echar un último vistazo a la puerta, bajó al vestíbulo para telefonar desde allí.

En el interior de la habitación 604, el profesor Natterman yacía en la cama envuelto en una neblina de morfina, fiebre y dolor. Gracias a los expertos cuidados médicos de Aaron, las heridas de bala habían dejado al menos de sangrar, aunque no de doler. El profesor se había pasado la noche sumido en la desesperación. Rudolf Hess estaba vivo según él había predicho, pero él no estaría en la mansión Horn para encararse con el viejo nazi. Y, peor aún, Hauer le había dicho al detective Schneider dónde podía encontrar las fotocopias de los papeles de Spandau, liquidando con ello cualquier posibilidad de que él publicase una traducción exclusiva de tales papeles. Durante toda la noche, Natterman había apretado contra el pecho su único consuelo: los negativos de las fotos que Hauer había hecho de cinco de las páginas de los papeles de Spandau. Cuando la luz del amanecer ya se filtraba entre las cortinas, Natterman comenzó a preguntarse cuándo llamaría Hauer, si es que llamaba. ¿Le habrían concedido los sudafricanos las tropas que Stern le había pedido que solicitase? Y, de ser así, ¿lograría él sobrevivir a un ataque como aquél?

Natterman miró hacia la otra cama. Aaron Haber estaba tumbado en ella, mirando el enmudecido televisor. El joven comando había permanecido así casi toda la noche, salvo por las veces que se había levantado para mirarle los vendajes a Natterman. Aaron había explicado que le quitaba el sonido al televisor para poder oír a cualquiera que se acercase a la puerta. Natterman se secó el sudor que le cubría la frente. El aire acondicionado del hotel se escapaba a chorros por la ventana que había destrozado el francotirador de Borodin.

Natterman respingó al oír unos enérgicos golpes en la puerta y Aaron se puso en

pie como un leopardo sobresaltado durante el sueño. El joven apuntó hacia la puerta la Uzi que empuñaba. Desde la cama, Natterman apenas podía ver la puerta. Mientras el israelí avanzaba de puntillas hacia ella, la llamada se repitió. Aaron se pegó a la pared del vestíbulo.

—¿Quién es? —preguntó en voz alta.

—Mensajero —dijo una voz masculina—. Un telegrama, señor.

Aaron frunció el entrecejo y pareció pensar furiosamente.

—¿Quién lo manda?

—Un *Meneer* llamado Stern, señor.

Al joven comando se le aceleró la respiración.

—Páselo por debajo de la puerta.

Se produjo una pausa.

—Lo lamento, señor. Según las instrucciones de *Meneer* Stern, debo entregárselo personalmente y en mano a uno de sus hombres.

Aaron acarició nerviosamente la Uzi.

—¿A cuál de sus hombres?

—*Meneer* Stern no lo especificó, señor.

Manteniendo la Uzi alzada, Aaron avanzó recelosamente hacia la puerta y atisbo por la mirilla. A través del turbio ojo de pez, vio a un flaco muchacho negro vestido con uniforme azul de mensajero.

—Enseñe el telegrama —dijo.

El joven bantú colocó ante la mirilla un pedazo de papel amarillo, pero éste se encontraba demasiado lejos para que Aaron pudiera leerlo.

—Tengo prisa, señor —dijo el negro—. He de entregar otros telegramas.

Aaron masculló algo en hebreo y alargó la mano hacia el tirador.

—¡No abra! —advirtió Natterman, pero el joven israelí le indicó por señas que callara.

Natterman oyó el clic del cerrojo y luego la puerta se abrió y quedó inmovilizada por la cadena.

—Pásemelo —dijo Aaron desde detrás de la puerta—. No voy a dejarlo entrar.

Tras una breve vacilación, una pequeña mano negra pasó el telegrama por la rendija de la puerta. Aaron tendió la mano y luego quedó petrificado. Al interior de la habitación se había filtrado un tenue aroma a polvos faciales y a perfume. Le pareció escuchar la voz de Gadi diciendo. «... y el perfume... Te digo que era la misma mujer, la del avión.» En una fracción de segundo, Aaron comprendió el peligro, pero ya era demasiado tarde.

Por la rendija de diez centímetros que había entre la puerta y el marco asomaba ya una menuda mano blanca que empuñaba una pistola automática Ingram provista de silenciador. Mientras Aaron miraba asombrado, la Ingram hizo fuego tres veces, levantándolo de los pies y lanzándolo a menos de un palmo de la mancha de sangre que había en el lugar donde había muerto Yosef Shamir hacía doce horas.

Natterman trató de rodar sobre sí mismo para caer al suelo, pero estaba atrapado bajo las ropas de cama. Oyó otros dos sonidos sordos y luego un tintineo. Golondrina había roto la cadena. Oyó abrirse la puerta y después un ruido fuerte y opaco. Por algún extraño motivo, Natterman supo quién había matado a Aaron antes de ver a la mujer. Dejó de respirar mientras la pálida aparición rodeaba rápidamente el cuerpo del caído. Tras dirigir una gélida mirada a Natterman, la recién llegada se inclinó y cogió la Uzi que aún empuñaba Aaron Haber. Golondrina, pensó Natterman, recordando las palabras de Stern. Lo que queda de la muchacha a cuyo hermano mató Stern mientras se encontraba en el interior del retrete de un cuartel inglés hace un millón de años...

Golondrina echó un vistazo al interior del baño. Vio a los rusos amontonados como leños en la bañera y el cuerpo de Yosef Shamir apoyado contra las blancas baldosas de la pared. Luego la mujer fue rápidamente hasta Natterman, alargó la mano y le retiró la mordaza. Cuando el hombre abrió la boca para respirar, ella le metió el cañón de la Ingram casi hasta la campanilla.

—Hola otra vez, profesor —dijo Golondrina en voz baja y sin inflexiones—. ¿Dónde está Stern?

A Natterman, el contacto contra la lengua del cañón de la pistola, fría y mortífera como la cabeza de una serpiente, le produjo una arcada que contuvo a duras penas. Como en una pesadilla, la mujer se inclinó sobre él, una espectral anciana con reflejos azules en el pelo y una sarta de amarillentas perlas en torno a la arrugada garganta.

—Jonas Stern —masculló Golondrina—. ¿Dónde está?

Natterman asintió cuidadosamente con la cabeza. Golondrina le retiró la Ingram de la boca. Por un momento, pensando en Stern y en su misión, el profesor estuvo tentado de mentir; pero cambió de idea en cuanto Golondrina apretó el cañón de la pistola contra el ensangrentado vendaje que Aaron le había puesto a Natterman en el muslo herido.

—¡Alfred Horn! —jadeó Natterman—. ¡Stern fue a ver a un hombre llamado Alfred Horn!

Golondrina apretó más la Ingram contra la herida de Natterman.

—¿Adónde fue a ver a Alfred Horn?

Natterman notó que el estómago se le encogía.

—¡A algún lugar del norte del Transvaal! Es lo único que sé. Era una cita a ciegas. Ni siquiera el propio Stern sabía adónde iba.

Mientras Golondrina reflexionaba sobre esto, Natterman miró hacia el suelo. Vio piel negra y ojos blancos. El mensajero. Natterman comprendió qué había causado el segundo golpe opaco. Golondrina le había pegado un tiro al bantú en la garganta.

—Stern se equivocaba —dijo pensando en voz alta—. El cree que usted lo persigue a él. Pero ha venido a destruir los papeles de Spandau, ¿no es así?

Golondrina frunció el entrecejo.

—He venido a por Stern. Si él tiene los papeles, ése será un regalo adicional.

Natterman miró de nuevo hacia Aaron. El israelí había quedado con la espalda apoyada contra la pared del vestíbulo. De no ser por la sangre que le manchaba el pecho, habría dado la sensación de que dormía. Natterman recordaba lo inocente que parecía el joven comando mientras miraba el enmudecido televisor.

—¿Cómo ha podido hacerlo? —preguntó—. Ese muchacho era casi un niño.

Golondrina siguió la mirada de Natterman hasta el cuerpo inmóvil de Aaron y, encogiéndose de hombros, replicó.

—Era un soldado, y hoy le tocó morir.

Natterman movió la cabeza.

—¿No se ha parado usted a pensar que, probablemente, ese muchacho también era hermano de alguien?

Golondrina golpeó a Natterman en la boca con la Ingram haciéndole sangrar. Sus ojos, gélidos y vacíos, lo miraron a la cara. Natterman jamás había sentido tanto miedo, ni siquiera cuando era un joven soldado alemán que patrullaba a la sombra de los tanques rusos en Leningrado.

—Va usted a matarme —dijo *sotto voce*.

—Todavía no.

Golondrina descolgó el teléfono y marcó un número internacional. Mientras esperaba contestación, se levantó distraídamente el cabello azulado. Natterman abrió mucho los ojos. Bajo la peluca, el pelo de Golondrina era de un gris acerado y estaba cortado casi al cepillo. La mujer ya no tenía el menor aspecto de abuela.

—Golondrina —dijo secamente.

En Londres, a sir Neville Shaw se le subió el corazón a la boca.

—¡Cristo bendito! ¿Dónde está usted?

Los nudillos de la mano con que Golondrina sostenía el teléfono blanquearon.

—Escúcheme, hombrecillo. Le voy a dar la última oportunidad de decirme dónde se encuentra Stern. Ha ido a ver a un hombre llamado Alfred Horn. Necesito saber dónde...

—¡Le diré dónde puede encontrarlo exactamente!

Sin perder un segundo, el jefe del MI-5 leyó en alto las instrucciones para llegar por tierra a la mansión Horn. Golondrina las fue repitiendo sin apartar la vista de Natterman. Cuando hubo terminado de leer, Shaw añadió.

—Voy a modificar su misión. Sigue usted pudiendo hacer lo que desee con Stern, pero ahora necesito algo más que los papeles de Spandau. Necesito que Alfred Horn muera. Lo reconocerá usted sin el menor esfuerzo. Es un viejo que permanece casi constantemente en una silla de ruedas. Si mata a Alfred Horn, puede pedir la recompensa que desee.

Golondrina lanzó una risa cascada y metió un dedo en el guardamonte de la Ingram. Mientras Natterman la miraba horrorizado, la mujer, indiferente, alargó la mano y dejó la pistola automática apoyada en la mejilla del viejo. La voz de sir

Neville Shaw seguía sonando por el teléfono. Golondrina separó los labios, y dejó los dientes al descubierto, como un animal presto para atacar. Luego la mujer volvió la cabeza hacia el vestíbulo e inmediatamente soltó el teléfono y alzó la Ingram.

¿Y ahora qué pasa?, se preguntó Natterman sobresaltado. ¿Habría alguien en la puerta? Debido al estruendo de los latidos de su corazón, al viejo no le era posible oír nada. Siguiendo la mirada de Golondrina, comprendió al fin qué era lo que tanto había alarmado a la mujer. ¡Nada! En el lugar donde hacía menos de un minuto había estado el acribillado cuerpo de Aaron Haber, sólo quedaba ahora una sanguinolenta mancha en el papel de la pared.

Gritando como una diablesa, Golondrina disparó una larga ráfaga hacia el vestíbulo; luego ajustó la puntería e hizo fuego contra la pared del baño. Los amortiguados ladridos de la pistola no tardaron en convertirse en fuertes detonaciones. El silenciador se estaba quemando. Natterman hizo a un lado las sábanas, rodó sobre sí mismo y cayó por el lado de la cama más alejado de la mujer. Cuando llevaba menos de cinco segundos en el suelo, las detonaciones cesaron. ¿Qué demonios estaba pasando? Alzó la cabeza por encima del borde de la cama.

Golondrina estaba acuclillada a los pies de la cama más próxima al vestíbulo, tratando frenéticamente de desencasquillar el cerrojo de la Ingram. Como un muerto alzándose de la tumba, Aaron Haber se levantó del angosto espacio que había entre la cama y la pared del baño. A Natterman le brincó el corazón de sorpresa y alegría. El joven comando tenía el cuello y el pecho cubiertos de sangre, pero los ojos le relucían de furia. Tambaleándose como un borracho, alzó su automática del 22 e hizo cuatro disparos en rápida sucesión.

Golondrina estaba tan desesperada por alcanzar el refugio del vestíbulo que lo que hizo fue precipitarse hacia las balas de Aaron. Dos de los proyectiles la alcanzaron en el hombro izquierdo, pero los otros fallaron el blanco. La mujer llegó hasta el vestíbulo, giró sobre sí misma y se desmoronó. Con la esperanza de que el impacto de la caída le hubiese desencasquillado el arma, se puso de rodillas, asomó la Ingram por el rincón y apretó el gatillo.

Aaron disparó en cuanto vio aparecer el cañón de la pistola. La bala arrancó la Ingram de la mano de Golondrina. La pistola dio vueltas por el aire y fue a caer junto a la pared, demasiado lejos para que ninguno de los dos la alcanzara. Lo único que Aaron tenía que hacer para acabar con Golondrina era ir hasta el rincón y disparar. Dio un paso hacia adelante y se detuvo. La mancha de sangre de su camisa aumentó de tamaño.

¿Por qué no huye esa mujer?, se preguntó Natterman. Ya tiene toda la información que deseaba. Y de pronto comprendió. Golondrina no quería dejar testigos.

Un horrible acceso de tos estremeció el cuerpo de Aaron Haber. Avanzó un paso, farfulló algo en hebreo, y luego soltó la pistola y se derrumbó frente al vestíbulo. Natterman miró por encima del borde de la cama. El israelí yacía de bruces, con la

cabeza hacia la puerta. La Ingram de Golondrina estaba tirada a poca distancia de sus zapatos. A Natterman se le cayó el alma a los pies. La pistola lo mismo podría haber estado a diez kilómetros de distancia. Pero cuando bajó de nuevo la cabeza, vio algo que le cortó la respiración: la ballesta cargada de Hans estaba tirada debajo de la cama. A los gorilas de Yuri Borodin se les había pasado por alto cuando registraron la habitación. Natterman se pegó al suelo y alargó el brazo al máximo...

Golondrina salió silenciosamente del vestíbulo y fue a inclinarse sobre el israelí herido. Un cuchillo brilló en el aire. La mujer alargó la mano hacia el cabello de Aaron con la intención de alzarle la cabeza para luego degollarlo, pero en el último momento decidió tender la mano hacia la Ingram.

La decisión le costó la vida. En cuanto Golondrina se movió, Aaron alzó la espalda del suelo y agarró a la mujer por la cintura. Incapaz de alcanzar la Ingram, Golondrina se revolvió y le hundió a Aaron el cuchillo en el pecho. Lo alzó de nuevo para descargar el golpe de gracia, pero Natterman se puso de rodillas, apuntó la ballesta y disparó.

La afiladísima punta del dardo perforó el esternón de Golondrina con un crujido macabro. Tratando de aspirar un aire que ya no necesitaba, movió los brazos en aspa con loca furia. En su último grito se condensó todo el odio y toda la impotencia de sus frustrados deseos de venganza.

—¡Sterrrn!

El cuerpo de Golondrina se derrumbó sobre el de Aaron, y su muerte precedió en segundos a la del joven comando. Natterman se dirigió tambaleándose hacia el boqueante israelí y, con un doloroso esfuerzo, le quitó el cadáver de Golondrina de encima del ensangrentado pecho. Aaron se esforzó por levantar la cabeza; luego la dejó caer y alargó los brazos hacia Natterman en petición de auxilio. Natterman se inclinó sobre él.

—Túmbate —dijo—. Ya estás a salvo.

Una sanguinolenta espuma surgió entre los labios de Aaron.

—¿La maté? —balbuceó—. Ella quería... liquidar a Jonas.

Natterman miró hacia Golondrina. Muerta y con el dardo clavado en el pecho, la mujer parecía un saltamontes clavado a un tablero de exhibición. Natterman le dirigió una sonrisa al joven israelí.

—La mataste —dijo.

—Diga... dígaselo a Gadi... Cumplí con mi deber.

Aaron tosió una vez más y luego cerró los ojos.

Natterman tragó saliva no sin esfuerzo. Aquel joven soldado había dado la vida por Jonas Stern. Dominado por un súbito acceso de furia, Natterman se puso en pie y se dirigió tambaleándose hacia el teléfono.

—¿Quién es? —gritó—. ¡Hable!

—¿Quién es usted? —fue la recelosa respuesta pronunciada con marcado acento inglés.

Natterman notó que las manos le temblaban.

—¡Su asesina ha muerto! —gritó—. ¡Su secreto ya ha dejado de serlo!

Colgó el teléfono de golpe. Gimiendo de dolor, se despojó de la camisa, cogió la bolsa de primeros auxilios de Aaron y comenzó a examinar los frascos. Buscaba un anestésico local. Necesitaba mitigar el dolor de sus heridas pero no podía correr el riesgo de quedar inconsciente. Debía ser capaz de tomar un avión por sus propios medios. A Natterman le repelía la idea de dejar atrás a Ilse y a los otros, pero sospechaba que si no salía de Sudáfrica antes de veinticuatro horas, ya no saldría nunca.

07.01 horas. Sede del MI-5. Charles Street. Londres.

Sir Neville Shaw dejó caer el teléfono demudado. Wilson, el director adjunto, lo miraba desde el umbral.

—Se acabó —dijo Shaw con un hilo de voz—. Y esta vez se acabó para siempre.

—¿A qué se refiere, señor?

—Golondrina ha muerto. Ya no es posible mantener el secreto. Hemos jugado nuestra última carta. La partida ha durado desde la época de Churchill hasta ahora, pero la hemos perdido.

—¿Churchill, sir Neville? No comprendo.

—¿Ah, no? ¿Todavía no se ha dado cuenta? Horn es Hess, Hess es Horn. El puñetero gran secreto. Desde la época de Churchill ha sido nuestro sagrado deber protegerlo.

—¿Sagrado deber? ¿De quién?

—De este servicio, Wilson. Y, particularmente, de mi departamento. Fue el MI-5 el que se ocupó del asunto Hess en 1941. Interceptamos la primera carta de Hess al duque de Hamilton. —Shaw cogió dos hojas de papel de encima de su escritorio—. ¿Por qué no lee esto? Es un memorándum a la primer ministro. Lo mecanografié yo mismo mientras usted iba a por el té.

Wilson avanzó con paso inseguro y cogió las dos páginas, que procedió a leer con ojos cada vez más abiertos, notando cómo la sangre se le helaba en las venas según avanzaba en la lectura.

Estimada señora primer ministro.

En mayo de 1941, Rudolf Hess, lugarteniente del Führer, voló a este país para colaborar en un golpe de Estado dirigido contra el gobierno del primer ministro Winston Churchill y del rey Jorge VI. El MI-5 tuvo noticia casi desde el principio de tal conspiración, y la utilizó para ganar tiempo y demorar la invasión alemana de este país (operación León Marino). Lamentablemente, el éxito del golpe dependía de

la participación de numerosos miembros destacados del Parlamento de la época de la guerra y de la nobleza, así como del segundo acceso del duque de Windsor al trono. El 11 de mayo de 1941, el primer ministro Churchill dio instrucciones a este departamento (disposición secreta 573) de ocultar todas las pruebas de esta connivencia anglo-nazi, aduciendo que la noticia de una traición a tan altos niveles podría hacer caer el gobierno y, posiblemente, evitar incluso la entrada de Norteamérica en la guerra.

Los acontecimientos de los últimos cinco días han hecho sumamente difícil mantener tal ocultación. Debo informarle de que, en la fecha en que escribo, Rudolf Hess sigue con vida y es ciudadano de la República de Sudáfrica (donde vive bajo el nombre falso de Alfred Horn). Es posible que el propio Hess divulgue tal hecho, o tal vez la cosa se sepa debido a ciertos papeles que fueron descubiertos en la prisión Spandau. Hice todo lo posible por silenciar a Hess y por destruir los papeles, pero no lo he conseguido. Las actuales actividades de Hess caen en el ámbito de lo criminal y, si la noticia se divulga, pondría en peligro a un número significativo de ciudadanos británicos. Concretamente, la familia de lord Grenville puede ser puesta en pública evidencia muy pronto, ya que ha poseído y administrado Phoenix AG (una multinacional especializada en contratos de defensa) en nombre de Alfred Horn desde 1947. Otras familias de la nobleza (una de las cuales tiene a un miembro en su gabinete) han prestado sus nombres a empresas similares a cambio de grandes sumas de dinero y, probablemente, también por razones ideológicas. Sin embargo, efectuar una declaración oficial en estos momentos podría resultar contraproducente, ya que tendería a indicar que usted ya tenía conocimiento de tales actividades.

El hecho de que hasta la fecha haya sido posible ocultar la información referida a Hess se debe a la sangre fría y a las dotes de previsión del primer ministro Churchill. En octubre de 1944, Churchill voló a Moscú para entrevistarse con Josif Stalin. Llevaba consigo copias de unas órdenes de asesinato que, según todas las apariencias, estaban firmadas por el propio Stalin. Tales órdenes eran en realidad falsificaciones realizadas por el SD de Reinhard Heydrich. Fueron traídas a este país por un agente ruso blanco adiestrado en Alemania llamado Zinoviev, y el MI-5 se hizo con ellas el 11 de mayo de 1941. En Moscú, Churchill advirtió a Stalin que, si éste no dejaba de hacer acusaciones de connivencia anglo-nazi en el asunto Hess, informaría a la prensa mundial de que el propio Stalin había ordenado los asesinatos de Churchill y del rey Jorge VI.

Hace cinco semanas, en virtud de la disposición secreta 573, ordené la liquidación del doble de Hess (el verdadero Alfred Horn) en la prisión Spandau. Por indicación mía, el expediente del Foreign Office sobre Hess ha sido expurgado. También he guardado en mi caja de seguridad personal unos papeles que fueron arrastrados hasta la costa escocesa el 11 de mayo de 1941, y que se supone fueron lanzados desde el avión de Hess. Tales papeles contienen los nombres de muchos de los conspiradores británicos que participaron en el intento de golpe de Estado. El

expediente del Departamento de Guerra sobre Hess contiene información perjudicial acerca del duque de Windsor, pero permanecerá sellado hasta el 2050. El expediente del F. O. permanecerá sellado hasta el 2016.

Debemos reunirlos lo antes posible.

Sir Neville Shaw

Director General MI-5

P.S. Esta lamentable situación se ha visto complicada por el arresto, ayer, de un analista del MI-6 que, durante siete años, entregó a los agentes de Alfred Horn algunos de nuestros secretos de inteligencia más delicados, incluidas copias de fotos satélite norteamericanas. Hace tres semanas, ese hombre llegó a la conclusión (por informes que habían sido solicitados por Phoenix AG) de que era inminente algún tipo de ataque (posiblemente nuclear) contra el estado de Israel. Impulsado por un tardío acceso de remordimientos, envió una advertencia anónima a la embajada de Israel en Londres. No se puede desechar la posibilidad de que mis esfuerzos por liquidar a Hess hayan impulsado a éste a intentar algún tipo de acción desesperada contra Israel, pero lo considero poco probable. Alfred Horn dispone efectivamente de significativas reservas de uranio en Sudáfrica, pero la posibilidad de que se haya hecho con un artefacto nuclear es infinitesimalmente pequeña.

El director adjunto Wilson miró a Shaw con expresión de horror.

—Espero que no piense mandar realmente esta carta.

Shaw enarcó las cejas.

—Claro que la voy a mandar. Por lo que a mí respecta, el secreto de Hess ya ha dejado de serlo. Mañana me despedirán, así que, ¿qué me importa? Estoy cansado de proteger a traidores, Wilson. Ya va siendo hora de que el mundo se entere de la heroicidad que cometió este servicio en 1941. Salvamos a Churchill y al rey, amigo mío. ¡Salvamos a Inglaterra! Debería escribirlo todo para el puñetero Times.

La sangre había abandonado las mejillas de Wilson.

—No puede hablar en serio, sir Neville. Está muy alterado.

—Puede, pero hablo totalmente en serio.

El director adjunto volvió la cabeza hacia la cerrada puerta del despacho.

—Lamento oír eso —dijo en voz baja, y sacó un revólver del bolsillo de la chaqueta.

Shaw estudió el arma.

—Asesinarme con eso resultará muy ruidoso, ¿no le parece? Hay mucha gente alrededor.

Wilson le dirigió una sonrisa glacial a su superior.

—No será asesinato, sino suicidio, sir Neville.

Shaw sonrió tenuemente.

—Ah. O sea que estoy a punto de venirme abajo debido a las tensiones de una operación fracasada, ¿no? Me «descubrirá» usted con la cabeza destrozada reposando sobre el expediente de Hess, los mandamases tapan el asunto «por el bien del servicio», y usted ocupará mi puesto como director general. ¿No es así?

Wilson asintió con la cabeza.

—He estado preparando el terreno desde que usted se encerró aquí como un ermitaño. Las secretarías ya están cuchicheando acerca de usted.

Shaw lanzó un suspiro.

—Usted ha sido el hombre de Horn durante todo este tiempo, ¿no es así? Mientras todos mis esfuerzos estuvieron encaminados a mantener el secreto, usted me siguió la corriente. Pero usted y su puñetero tío, lord Amersham, ¿no?, no sabían que algunas de las familias de los conspiradores me habían pedido que liquidase tanto a Horn como a Número Siete, ¿verdad? Cabrones sin agallas. Decían que Horn estaba senil, que tenía demasiado poder. Sin embargo, yo comprendí la verdad. La Glasnost tenía a todos esos aristócratas cobardes meándose en la cama por las noches. El programa de Gorbachov predicaba la apertura, el rompimiento con el pasado. Y eso no podíamos tolerarlo, ¿no? Nuestros aguerridos aristócratas se morían de miedo al pensar que, la próxima vez que se plantease la cuestión, los rusos quizá no vetasen la puesta en libertad de Número Siete. —Shaw alzó un índice—. Y tenían razón, ¿sabe? Hace un par de días me enteré de que Gorbachov le había confiado al hijo de Hess que estaba pensando en poner en libertad al prisionero Número Siete.

—¿Cómo se las arregló para hacer matar a Número Siete sin que yo me enterase?

Shaw se encogió de hombros.

—Fácilmente. Utilicé a un agente del SAS retirado llamado Michael Burton. Todo el asunto Hess se ha llevado siempre fuera de los canales oficiales. Por eso no sabía usted nada acerca del *Casilda*. Pero se enteró a tiempo, ¿no es así? Previno a Hess del ataque.

Wilson enrojeció.

—Previne a Horn.

—Dios bendito —suspiró Shaw—. Ni siquiera sabía usted para quién trabajaba, ¿verdad? Lo mismo que ese idiota del MI-6. Pero al menos su madre era sudafricana.

El revólver tembló en la mano de Wilson.

—¿Por qué dejaron que Hess siguiese con vida? ¿Por qué se le permitió siquiera salir de Inglaterra?

Shaw sonrió sin alegría.

—Nunca tuvimos a Hess, Wilson. Sólo atrapamos a Horn, al doble que Heydrich envió para confundirnos. Nunca llegamos a averiguar cómo escapó Hess, si es que realmente Hess estuvo aquí. El MI-6 lo localizó al fin en Paraguay en 1958. Los israelíes y otros cazadores de nazis nunca lo encontraron porque no lo buscaban. Por lo que ellos sabían, Rudolf Hess estaba encerrado en la prisión Spandau.

—¿Por qué no mandó matar a Hess en Paraguay?

Shaw lanzó un bufido.

—¿No sabe usted que la gente siente terror de los papeles de Spandau? Hess conocía el nombre de todos los puñeteros traidores ingleses que estuvieron implicados en el intento de golpe. Afirmó que había tomado medidas que harían que tales nombres se hicieran públicos en el caso de que él muriese prematuramente, y nosotros lo creímos.

—Pero... ¿por qué matar a Número Siete al cabo de tanto tiempo? Había guardado silencio durante décadas. ¿Por qué iba a romperlo?

—Porque su esposa y su hija habían fallecido —explicó Shaw—. Llevaban años muertas. Mantuvimos callado a Número Siete amenazando a su familia, y lo mismo debió de hacer Hess. Si Número Siete hubiera salido de Spandau, habría descubierto que estaban muertas. Y nosotros habríamos perdido nuestra fuerza sobre él. Si los rusos no hubieran vetado su puesta en libertad una y otra vez, habríamos tenido que matarlo hace años.

Sir Neville Shaw juntó las manos, como en plegaria.

—Dígame una cosa, Wilson. ¿Qué le ha dicho usted a la gente de Hess acerca de Jonas Stern?

—Hasta el día de hoy, nada. Supuse que Golondrina acabaría con Stern antes de que éste se pudiera convertir en una amenaza, y yo no me atrevía a correr el riesgo de establecer contacto directo con los de Hess. Stern debe de haberse delatado él mismo de algún modo. Hace dos horas, el jefe de seguridad de Horn me llamó para preguntarme si yo sabía algo de un judío que había ido a por Horn.

Shaw asintió pensativo.

—Supongo que se propone usted quemar mi memorándum.

—Pues sí.

Shaw alargó una mano.

—Deme. Yo lo destruiré por usted.

Desconcertado, Wilson entregó la carta a Shaw y luego observó incrédulamente cómo el director del MI-5 metía ambas páginas en la trituradora de papeles.

—Pero... ¿por qué? ¿Qué hace?

Shaw sonrió.

—No se preocupe, tengo una copia en la caja fuerte. Pero las cosas no han llegado hasta el punto en que esté justificado que la mande. —Shaw miró por encima del hombro de Wilson hacia un oscuro rincón del enorme despacho—. Sargento —dijo en voz alta—, tenga la bondad de arrestar al señor Wilson. Acusado de traición.

Como un millar de ingenuos antes que él, Wilson se dio la vuelta para enfrentarse a una amenaza imaginaria. Cuando volvió a mirar hacia Shaw, en la mano de éste había una pistola Browning Hi-Power con silenciador.

—Lo lamento, amigo —dijo Shaw, cuando ya había apretado el gatillo.

Los atónitos ojos de Wilson quedaron en blanco cuando la bala le perforó el corazón. El hombre se desplomó sin vida sin emitir ni un sonido.

Tranquilamente, Shaw descolgó su teléfono y marcó un número. La llamada fue inmediatamente respondida.

—Aquí Rose —dijo una ronca voz con acento tejano.

—Buenos días, coronel —dijo Shaw—. Estoy autorizado a aceptar sus términos... si cree que lo de Hess puede seguir manteniéndose en secreto.

—Ni que tuviera usted alternativa —gruñó Rose.

—Respecto a Jonas Stern... —siguió Shaw inseguro—. El gobierno de su majestad no desea que los israelíes se enteren de la historia.

—Supongo que, a estas alturas, Stern ya está muerto —dijo Rose—. Sir Neville.

Shaw sonrió paciente.

—¿Se sabe algo más de Sudáfrica?

—Negativo. Su precioso secreto se encuentra ahora en las manos del capitán Hauer. ¿Quién sabe lo que hará con él un maldito policía? —Rose lanzó una breve carcajada—. Escuche, Sherwood, tengo aquí a un tipo llamado Schneider. Dice que Hauer matará a Hess si tiene oportunidad. ¿Le hace eso sentirse mejor?

Shaw sonrió satisfecho.

—Gracias, coronel. Estaré en Berlín al mediodía.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

08.20 horas. Espacio aéreo angoleño

A 5500 metros de altura, el turbojet Lear 31-A volaba hacia el sur, descendiendo a lo largo del continente africano. En la suntuosa cabina de pasajeros, el primer ministro Abdul Bakr Jalloud dio un sorbo a su copa de jerez y contempló el rostro del doctor Hamid Sabri. El joven científico apenas lograba contener su entusiasmo. En cuestión de horas se encontraría llevando hacia Libia la primera arma nuclear destinada a un arsenal árabe. El primer ministro Jalloud, sin embargo, se sentía algo preocupado. Pese a las reiteradas seguridades que le había dado Muammar el-Gaddafi de que todo iba bien, Jalloud no podía evitar sentir el vago recelo de que algo extraño ocurría.

—¿Se encuentra bien, excelencia? —preguntó el doctor Sabri—. Está usted pálido.

—Es la comida —murmuró Jalloud—. No debí haber tomado nada.

—Yo también estoy nervioso —confesó Sabri—. No veo la hora de volver a casa con el artefacto.

—Yo no veo la hora de volver a casa, punto.

Tan curiosa afirmación desconcertó al joven científico, que miró por la ventanilla hacia el techo de nubes.

—Excelencia —dijo en voz baja—, debo admitir que me alegro de que el comandante Karami no nos acompañe en este viaje. Ese hombre me hace sentir incómodo. Y creo que al señor Horn tampoco le gustó.

—El comandante Karami pone nerviosa a mucha gente —dijo Jalloud mirando más allá del doctor Sabri.

En el fondo de la cabina, sentados sobre un montón de cojines bordados, seis soldados de aspecto sumamente peligroso fumaban en silencio. Gaddafi le había asegurado a Jalloud que mandaba con ellos a aquellos hombres como medida extra de seguridad y para que ayudasen a cargar la bomba, pero Jalloud dudaba de que fuera así. En el último viaje se consideró que dos guardias de seguridad eran suficiente escolta. Jalloud estaba casi seguro de que aquellos hombres habían sido escogidos de entre la guardia de seguridad personal de Ilyas Karami.

—No acabo de estar seguro de que nos hayamos librado del comandante Karami —dijo mirando significativamente hacia los soldados.

El doctor Sabri miró también hacia el hosco grupo.

—No diga eso —pidió en voz baja—. Ni siquiera lo piense.

Cuarenta y cinco kilómetros por detrás del Lear, el comandante Ilyas Karami entró en la cabina de mando de un avión de pasajeros Yakovlev-42 de construcción

soviética y se inclinó para hablarle al oído al piloto.

—¿Necesita que se lo repita? —preguntó.

—No hace falta, comandante —respondió el piloto.

—Bien. —Karami posó una mano sobre el hombro del joven piloto—. Porque lo que les dije a mis comandos se aplica también a los pilotos. Todo aquel que cometo un error durante esta misión se quedará sin cabeza cuando regresemos a Trípoli.

El piloto se esforzó por evitar que sus manos no temblaran, pues las amenazas de Karami nunca eran vanas.

—Y morirán con los testículos en la boca —añadió Karami.

El avión se estremeció violentamente, como alcanzado por una turbulencia.

—¡Dispense, comandante! —se excusó el piloto.

—Una bolsa de baja presión —lo apoyó rápidamente el copiloto.

El comandante Karami lanzó un bufido y salió de la cabina de control.

Aquel aparato Yakovlev, conocido popularmente como Yak-42, comenzó su vida como avión de pasajeros de la compañía Aeroflot, y luego pasó a prestar servicio comercial en Libia. Pero, para aquella misión, el comandante Karami había ordenado que fuera configurado como un aparato comercial de la Air Zimbabwe. Karami sonrió satisfecho mientras recorría la desguazada cabina de pasajeros. Pegados a ambas paredes del Yak-42 se encontraban cincuenta comandos libios armados hasta los dientes. Y, abarrotando la sección central desde la parte delantera a la trasera, había paletas de transporte llenas de armas, municiones, una camioneta y, al fondo de la cabina, asegurada al fuselaje por medio de cadenas, una pieza de artillería de 105 milímetros.

Karami dirigió inclinaciones de cabeza a los comandantes de la compañía mientras avanzaba entre la maraña de piernas y equipamiento; fue a detenerse junto a la camioneta. La plataforma de la Toyota había sido recubierta de colchonetas de gimnasia y se habían instalado cornamusas en los costados para amarrar a ellas cadenas. Supuestamente, habían llevado la camioneta para transportar el cañón de 105 milímetros. Sólo el comandante Karami sabía para transportar qué clase de carga se habían modificado la plataforma y la transmisión del vehículo. No obstante, cuando se encontrasen un poco más cerca de su destino, Karami informaría a sus hombres del secreto. Porque... ¿quién podría oponerse a la furia de unos árabes que habían acudido a buscar el arma que borraría por fin a los judíos de las arenas de Palestina?

08.40 horas. Transvaal septentrional. República de Sudáfrica

Alan Burton trepó hasta el borde de la Aguada y luego bajó por el talud hasta el lugar en que se encontraba Juan Díaz, medio sentado, medio caído en el fango ya casi seco. Burton había vendado la herida del cubano lo mejor que le había sido posible;

la venda estaba manchada de sangre seca, pero no supuraba. Díaz abrió los ojos al oír aproximarse a Burton.

—¿Qué tal, inglés? —preguntó con voz débil.

—Fatal —dijo Burton ceñudo—. La cosa es aún peor de lo que anoche parecía. El helicóptero de Fidel está repartido por toda la pista. Es un milagro que no nos hiciera pedazos. La cola de ese Lear se convirtió en chatarra.

—¿Y las aletas laterales? —preguntó Díaz esperanzado—. ¿O las verticales?

—La lateral de la izquierda ha desaparecido. La vertical tiene más agujeros que un queso suizo.

—¡Mierda! ¿Y ahora qué, amigo? —Díaz trató de sonreír—. Somos hombres muertos, ¿no?

—No, de eso, nada —dijo Burton con un optimismo que distaba de sentir—. Ahí arriba hay una pista de aterrizaje, ¿no? Éste es un lugar demasiado remoto para llegar a él por tierra. Sólo es cuestión de tiempo que otro avión aterrice.

Díaz miró al inglés con escepticismo.

—Y cuando eso ocurra, amigo —dijo Burton apretándose la metralleta contra el pecho—, pienso subir a bordo y ver cómo el comandante Juan Díaz nos saca volando de este inmundo agujero.

El cubano sonrió dejando ver unos blanquísimos dientes. Burton puso unas cuantas zarzas más en torno a la pequeña depresión que, durante la noche, él había acondicionado para que les sirviera de escondite. Poco después del ataque nocturno, una patrulla de inspección había recorrido los terrenos, pero no había detectado la presencia de los dos hombres. Sin embargo, Burton no estaba seguro de que, a la luz del día, pudieran pasar igualmente inadvertidos.

—Te lo digo de veras, querido Juan... En momentos como éste me gustaría encontrarme de nuevo en Inglaterra, pescando en un arroyo de los Cotswolds.

—¿Y por qué no estás allí?

Burton sonrió tristemente.

—Porque por aquellos contornos se me considera persona *non grata*, amigo. Riesgos del oficio. A su majestad no le hacen gracia los soldados mercenarios. No piensa igual que tu barbudo jefe de La Habana. Lo único que me espera en Inglaterra es una puñetera celda carcelaria.

Díaz trató de dirigirle una sonrisa de simpatía.

—Tuve la oportunidad de volver a mi país sin problemas —siguió Burton en voz baja—. Anoche. Pero metimos la pata.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que, mientras tú trabajabas para un capo de la droga colombiano, yo trabajaba para el gobierno de su majestad. Como pago, iban a devolverme la plena ciudadanía británica. No sé por qué todo el mundo quiere ver muerto al viejo que habita en esa fortaleza. Y tampoco me importa demasiado. Quizá las drogas con que trafica tengan como destino final Londres, y la puñetera Cámara de los Loes quiera

verlo desaparecer de la faz del planeta. —Burton sonrió—. Dios bendito, si creyese que tenía una mínima oportunidad de éxito, lo intentaría otra vez por mi cuenta. Ya lo sé, ya lo sé: soy un «loco inglés», ¿verdad?

Díaz asintió e hizo una mueca de dolor.

Burton inspeccionó el cañón de su MP-5 para ver si se le había metido barro dentro.

—De todas maneras —murmuró—, Inglaterra es un asco. —Fijó la vista en el borde del barranco—. Tú sólo tienes que ocuparte de una cosa, amigo Juan. Mantente vivo hasta que yo logre requisar algún tipo de transporte aéreo, y luego regresaremos como flechas a la civilización. ¿Comprendes?

Díaz tosió horriblemente.

Burton le tocó la frente al cubano. Estaba fría y sudorosa. Una terrible palidez se había extendido bajo la olivácea tez de Juan Díaz.

—¿Podrás hacerlo, amigo? ¿Serás capaz de aguantar hasta entonces?

—Pues claro, inglés —gruñó Díaz—. Si tú consigues un avión, yo lo pilotaré.

—Trato hecho. —Burton palmeó al cubano en el hombro bueno.

—Pero más vale que te des prisa, amigo —tosió Díaz—. Soy capaz de volar borracho, drogado o sangrando, pero no soy capaz de volar muerto.

Burton asintió torvamente.

13.40 horas. Edificio Union. Pretoria

El capitán Barnard colgó de golpe el teléfono y consultó su reloj. Llevaba desde las diez y media tratando en vano de localizar al general Steyn. Cuando el general no apareció por su oficina a primera hora de la mañana, Barnard supuso que se trataba de un simple retraso. Pero, llegadas las diez, comprendió que algo andaba mal. En la casa del general Steyn nadie contestaba, y en ninguno de los ministerios del gobierno conocían el paradero del general. Mientras Barnard continuaba efectuando llamadas, una preocupante imagen no dejaba de volverle a la cabeza: la de los decididos y francos ojos del capitán de policía alemán. Barnard tenía la certeza de que el capitán Hauer creía poseer una información vital para la seguridad de Sudáfrica. Tal vez Hauer estuviera loco, pero era sincero. El afrikáner encajó los dientes frustrado. El comandante Graaf le había dicho que, a la hora de comer, los interrogadores policiales de Visagie conocerían ya la historia de los prisioneros, pero Barnard no había vuelto a saber nada de ellos. No sentía la menor simpatía hacia el comandante Graaf, pero en el Servicio Nacional de Inteligencia, lo mismo que en el Ejército, había que vivir y dejar vivir. Sobre todo, con los superiores. Barnard se llevó un sobresalto mayúsculo cuando sonó el teléfono de su escritorio.

—Oficina del general Steyn —contestó.

—¿Barnard? —preguntó una voz bronca.

—¡General Steyn! ¿Dónde está?

—En la central de Pretoria de Phoenix AG. Los directores parecen creer que en la división de defensa de la empresa pueden estar produciéndose cosas raras. Pensé que debía ocuparme del asunto personalmente. Como usted sabe, Phoenix trabaja en proyectos sumamente delicados...

El capitán Barnard notó que la nuca se le cubría de sudor.

—Dispense, general, pero... ¿cómo se enteró usted de ese problema?

—Graaf me llamó a casa esta mañana. Parece que tiene amistad con la gente de Phoenix. En realidad, fue él quien sugirió que me ocupase personalmente del asunto.

—¿Dónde está en estos momentos el comandante Graaf, general?

—No tengo ni idea, Barnard.

—General... —dijo roncamente el capitán Barnard—, creo que tenemos un problema.

14.05 horas. Visagie Straat, Pretoria

Cuando el general Jaap Steyn cruzó las puertas de la comisaría de policía de Visagie, el sargento de guardia supo que la tranquilidad de la tarde había llegado a su fin. El jefe del implacable y eficientísimo servicio de inteligencia era un gigantesco hombretón de encendido rostro. Fue directamente al alto pupitre del sargento y se plantó ante él como un almirante en la proa de su buque insignia.

—¡Sargento! —exclamó—. Quiero ver inmediatamente a esos extranjeros que han detenido. ¿Dónde están?

—Pues... Sí, señor. Uno de ellos está en un calabozo, y el otro... creo que el comandante Graaf está supervisando su interrogatorio.

—¡Lléveme, sargento!

El sargento de guardia no estaba seguro de que un general del Servicio Nacional de Inteligencia tuviera autoridad le gal para darle órdenes a un agente de la policía municipal, pero poner en peligro su carrera para averiguarlo no parecía la mejor de las ideas. Saltó de su alto taburete y condujo al general Steyn y al capitán Barnard hasta una gruesa puerta de acero situada al fondo de la comisaría. Luego, tras una inclinación de cabeza se alejó pasillo abajo.

El general Steyn gruñó algo y abrió la puerta. En el interior vio a dos policías de cuellos de toro sujetando contra el muro a un hombre de cabellos plateados que no llevaba camisa. El rostro del desconocido estaba cubierto de sudor y de sangre. El comandante Graaf sostenía una porra de goma por encima de la cabeza y parecía a punto de descargarla contra el detenido.

—Basta ya, comandante —dijo el general Steyn con voz glacial.

Graaf giró sobre sí mismo. Cuando vio al furioso general llenando casi el hueco de la puerta, se quedó paralizado con la porra aún por encima de la cabeza. Miró a sus

musculosos cómplices, pero en cuanto éstos vieron al general Steyn, soltaron al magullado prisionero y se pusieron firmes. Hauer se deslizó lentamente pared abajo hasta quedar de rodillas.

El general Steyn ordenó.

—Capitán Barnard, arreste al comandante Graaf. Ustedes, limpien al prisionero y condúzcanlo a él y a su compañero a la sala de visitas.

Dicho esto, el general Steyn salió del cuarto. Barnard desenfundó su pistola y la apuntó contra Graaf.

—Dame una excusa, maldito cabrón.

Hauer miraba al general Steyn desde el otro lado de la larga mesa que se utilizaba para separar a los prisioneros de los visitantes. Llevaba una toalla ensangrentada sobre los hombros desnudos. El capitán Barnard permanecía en pie detrás de su superior. Gadi Abrams se encontraba sentado a la izquierda de Hauer. Éste, que había asegurado que sus heridas no eran nada, fue directamente al grano.

—Simplemente, no dispongo de tiempo para contarle todo lo que usted desea saber, general —repitió—. Stern necesita su ayuda.

—Me temo que tendrá que darme más explicaciones —dijo el general Steyn—. Jonas Stern es un buen amigo mío y un extraordinario agente de inteligencia. También es amigo de este país. Pero no puedo prestarles mi ayuda si no me dicen más.

Hauer lanzó un suspiro. Stern le había dicho que solicitase la plena ayuda del Servicio Nacional de Inteligencia, que pidiese todo lo que hiciera falta para tomar por asalto la aislada fortaleza de Alfred Horn. Pero, después de su experiencia con el comandante Graaf, Hauer, simplemente, no compartía la confianza de Stern en los sudafricanos que serían utilizados para efectuar tal ataque.

—General... ¿le mencionó el capitán Barnard el término en clave que Stern me dijo que le repitiera a usted?

El general Steyn encajó las mandíbulas.

—Sí, me lo mencionó.

—¿Y sigue negándose a ayudarme?

—Capitán Hauer, el gobierno sudafricano no acepta chantajes. Si, lamentablemente, Jonas Stern consideró oportuno revelarle a usted el auténtico significado de ese término en clave, y si usted ha estado aireándolo por ahí, puedo llegar a la conclusión de que el comandante Graaf se mostró excesivamente benévolo con usted. ¿Entendido? Ahora... ¿conoce usted el significado de ese término clave?

Hauer asintió lentamente.

—Es hebreo. Literalmente, significa «ascenso hasta Sión».

El general Steyn enrojeció.

—Tenga la bondad de dejarnos solos, capitán Barnard.

Barnard obedeció a regañadientes.

—General —comenzó gravemente Hauer—, Aliyah Beth es un plan secreto de emergencia que prevé la evacuación a Israel por mar y aire de todo el arsenal de armas nucleares y de todas las reservas de combustible sudafricanos en el caso de que se produzca una insurrección armada de la población negra. Esto se considerará una reubicación armamentística, ya que las ojivas nucleares permanecerán bajo el control del gobierno de Sudáfrica...

—Dios bendito... —dijo estranguladamente el general Steyn—. Stern debe de haberse vuelto loco.

—¡No! —replicó Hauer—. General, Stern sabe que ésta es una crisis de tal magnitud que cualquier otra consideración palidece ante ella. Le estoy diciendo que en estos momentos existe una amenaza nuclear... ¡en el interior de este país!

El general Steyn descargó un puñetazo contra la mesa.

—¡Entonces, necesito que me dé todos los puñeteros detalles ahora mismo, capitán! ¡Y los conseguiré aunque tenga que torturarlo!

—No los conseguiría a tiempo, general. Lo lamento pero así son las cosas. ¿No lo comprende? Sus hombres no son de confianza. ¡El comandante Graaf pertenecía a su estado mayor personal, por el amor de Dios! Una llamada telefónica de un informante podría propiciar el mismo desastre que Stern trata de evitar. ¡Una arma nuclear podría hacer explosión antes de que nosotros abandonáramos este edificio!

El general Steyn se puso bruscamente en pie derribando la silla en que estaba sentado. Sobresaltado, el capitán Barnard irrumpió en la sala con la pistola desenfundada.

—No pasa nada, Barnard —dijo el general. Luego, plantándose ante Hauer, siguió—. Dígame algo, capitán. ¿Qué tiene que ver Stern con todo esto? ¿Cuál es la implicación de Israel?

Aquella era la pregunta que Hauer estaba temiendo que le hicieran.

—General —dijo lentamente—, lo único que puedo decirle es que, dentro de las fronteras de este país, existe un loco que posee una arma nuclear. Ésta puede ser detonada en cualquier momento. En mi opinión, cualquier consideración de tipo político es secundaria.

—Lamentablemente, las consideraciones políticas nunca son secundarias, capitán. ¿Qué hay de Thomas Horn? ¿Qué tiene él que ver con todo esto?

Hauer sabía que a aquel respecto debía andarse con pies de plomo.

—General... ¿cómo describiría usted las relaciones de Herr Horn con el gobierno de Sudáfrica?

—Bueno, ese hombre es lo que algunos llamarían un traficante de influencias, un tipo de los que gustan de actuar entre bambalinas. Lleva una vida muy recluida. Pero tengo entendido que, entre los ultraconservadores, su influencia es enorme. Se lleva muy bien con los viejos afrikáners. Los vínculos de Horn son principalmente con los militares. Como probablemente usted ya sabe, durante las últimas décadas, Sudáfrica

se ha visto obligada a autoabastecerse en diversas áreas, particularmente en todo lo referente a la defensa. Fabricamos de todo, desde balas hasta artillería pesada y aviones. Y nos sentimos puñeteramente orgullosos de ello. Como puede imaginar, debido a la cantidad de recursos industriales que posee, Thomas Horn es cortejado por todo el mundo. Su dinero y sus fábricas han supuesto enormes cantidades de armas y pertrechos para el Ejército. Ese hombre participa en una serie de proyectos de defensa sumamente delicados. Imagino... —Al general Steyn se le quebró de pronto la voz—. Dios mío. ¿Horn es el responsable de esta amenaza nuclear? Pero... ¡estamos hablando de uno de los mayores patriotas de este país!

Gadi tomó la palabra por primera vez.

—Quizá el señor Horn no sea lo que parece.

El general Steyn miró recelosamente al israelí.

—Entonces, ¿qué demonios crees que es en realidad, muchacho? —Gadi no replicó y el general se volvió hacia Hauer—. ¿Qué quiere usted que haga, capitán? Exactamente.

Hauer miró a los ojos del general Steyn.

—Quiero que ponga a mi disposición un pequeño grupo de hombres y que me conceda hasta la medianoche antes de poner en alerta al Ejército.

El general lo miró estupefacto.

—¡Está loco! ¿Me pide que ponga a oficiales sudafricanos bajo el mando de un policía extranjero? ¿Para efectuar una acción no autorizada e ilegal dentro de las fronteras de esta república? ¿Es eso lo que pide?

—No lo pido. —La mirada de Hauer era firme y decidida—. Lo exijo.

El general Steyn enrojeció de indignación.

—¡No se encuentra en posición de exigir ni un puñetero mondadientes!

Hauer señaló su reloj.

—General, en Pretoria hay un hombre que espera mi llamada telefónica. Ese hombre tiene en su poder una minuciosa descripción del plan Aliyah Beth. Si no recibe esa llamada antes de doce minutos, llamará al *New York Times*, al *Daily Telegraph* de Londres, a la *CNN*, a *Der Spiegel*...

El general Steyn alzó una mano.

—¿Y si ésa no me parece una amenaza lo bastante fuerte?

—Puede ser personalmente responsable de la muerte de millones de personas.

El capitán Barnard estaba boquiabierto de asombro. Jamás había oído a nadie hablarle así al general Steyn, y la noticia de que existían armas nucleares hostiles en territorio sudafricano había terminado de dejarlo estupefacto. Pero el general Steyn se limitó a pasarse la mano derecha sobre el rapado cabello y dijo.

—Dispénsenme por un momento, caballeros. ¿Barnard?

Cuando los sudafricanos se hubieron retirado, Gadi se puso en pie y se encaró con el alemán.

—¿Se puede saber qué demonios hace, Hauer? Mi tío le pidió que consiguiera

tropas suficientes para arrasar la finca de Horn. Y usted pide un pequeño grupo de hombres. ¿Qué se propone?

—Intento salvar su puñetero país, ya que usted no tiene la presencia de ánimo necesaria para hacerlo por su cuenta. ¿Quiere pensar con la cabeza por unos momentos? Supongamos que se lo digo todo al general Steyn. Dónde se encuentra la bomba, quién la tiene en su poder realmente, todo. ¿Cómo reaccionará él? Su primer impulso será hacer lo que Stern desea: enviar un batallón al norte y arrasar la fortaleza de Horn. Pero... ¿sabe una cosa? Durante el vuelo hacia el Transvaal, el bueno del general se dará cuenta de que, como nosotros bien sabemos, el objetivo de Alfred Horn se encuentra fuera de Sudáfrica. Y cuando los jefes políticos del general Steyn tengan noticia de eso, comprenderán que, desde el punto de vista de Sudáfrica, lo mejor que pueden hacer es permitir que se cierre el trato. Que los compradores de esa bomba, sean quienes sean, aterricen con su avión, carguen la bomba a bordo y se larguen. De este modo, la amenaza contra este país quedará neutralizada.

El color huyó del rostro de Gadi.

—No harían algo así.

—Podrían hacerlo perfectamente —afirmó Hauer—. Aun en el caso de que desearan terminar con Horn, ¿cómo iban a hacerlo? El tipo tiene el más persuasivo de todos los medios de chantaje. Si lo atacan, puede hacer detonar la bomba aquí mismo, en el interior de Sudáfrica. E imagino que en el gobierno sudafricano hay gente que sabe que ese hombre está lo bastante loco como para hacerlo.

—Muy bien —dijo Gadi—. Comprendo su punto de vista. Pero el general Steyn no le dará esos hombres.

—Sí lo hará —dijo Hauer—. Con una condición.

—¿Qué condición?

En aquel momento la puerta de acero se abrió y entró el general Steyn seguido por el capitán Barnard.

—Veamos —murmuró Hauer para Gadi.

El general Steyn se plantó ante Hauer.

—Antes de responder —dijo—, deseo que me diga qué quiere exactamente.

Hauer no titubeó. Había preparado su lista de la compra mientras aguardaba en el calabozo.

—Quiero un vehículo blindado. Lo quiero provisto de una ametralladora pesada, no de un cañón de agua. Quiero a cinco hombres de su unidad antiterrorista de élite. No quiero que sepan adonde se dirigen ni cuál es su misión, pero quiero que lleven el equipo completo: granadas rompedoras, blindaje corporal, bengalas, escopetas de combate... todo.

—Hum... —murmuró el general—. ¿Nada más?

—Sí, una cosa más.

—¿Cuál?

—Un Steyr-Mannlicher SSG.69.

El general Steyn miró al capitán Barnard, quien explicó.

—Nuestros equipos antiterroristas utilizan un fusil de precisión distinto. Pero supongo que podremos conseguir un Steyr.

Hauer seguía sin quitarle ojo al general Steyn.

—¿Tendré a los hombres que pido, general?

—Con una condición —dijo secamente el afrikáner—. Una condición que no es negociable.

—No imagino cuál puede ser —dijo Hauer casi sonriendo.

—Yo voy con usted.

Gadi quedó boquiabierto.

—Pero yo tendré el mando —insistió Hauer.

El general Steyn frunció los labios.

—De acuerdo, el mando táctico —dijo.

Hauer lanzó un suspiro de satisfacción.

—Póngase a hacer las llamadas necesarias, general.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

17.51 horas. Mansión Horn

Jonas Stern tenía la cabeza, el pecho y los tobillos ensangrentados a causa del roce de las correas de cuero que lo amarraban a la mesa de rayos X. Una cegadora luz blanca le hería la vista. Ya llevaba contadas cuarenta descargas de la unidad de rayos X, y en ningún momento había dejado de escuchar las amortiguadas voces de los hombres que se encontraban tras el grueso blindaje de plomo. Sus asesinos. No le habían hecho preguntas ni dado explicaciones. Stern no las necesitaba. Era judío.

—Van ciento cincuenta rads —dijo una voz que Stern reconoció como la de Pieter Smuts.

—¿Son muchas? —preguntó una segunda voz, la de Jürgen Luhr—. ¿Cuántas aguanta un ser humano?

—Bastantes más —replicó Smuts—. Y éste las aguantará.

—Un momentito —dijo una voz cascada.

Stern oyó el leve zumbido del motor de la silla de ruedas y apareció Hess saliendo de detrás del blindaje. Stern trató de mover la cabeza para mirarlo, pero las correas de sujeción se lo impidieron. Lo único que podía ver era la brillante luz del techo. Hess rió junto a su oreja.

—Pieter ha ideado un método muy ingenioso para eliminar mi problema judío, ¿no le parece, Herr Stern?

Stern no replicó.

—Quería que fuera usted castigado —explicó Hess—, pero también deseaba que viviera lo suficiente para ver su país destruido.

—Puede que verlo, no lo vea, señor —intervino Smuts saliendo de detrás del blindaje—. Dentro de unas horas experimentará una ceguera similar a la causada por el deslumbramiento. Tal vez recupere la visión, o tal vez no.

A Hess se le ensombreció el semblante.

—Espero que viva lo suficiente para saber que Israel ha dejado de existir.

—Si los libios se atienen al plan, así será. Si usted lo desea, podemos prolongar esto durante meses.

Hess negó con la cabeza.

—Basta con que dure lo suficiente para que el judío vea lo que ha sido de Israel. ¿Qué le sucederá después?

Con clínica frialdad, Smuts replicó.

—Depende. La dosis que ya ha recibido le producirá fuertes náuseas y vómitos durante las próximas veinticuatro horas. Sufrirá grandes quemaduras, diarrea sanguinolenta, el pelo se le caerá, la médula ósea quedará parcialmente destruida...

Hess alzó una mano.

—¿Qué dosis le permitirá sobrevivir dos semanas?

—Si lo que desea es que viva hasta después de la detonación, yo no pasaría de los quinientos rads, señor.

Cuando Stern habló al fin, su voz era cortante como el filo de una navaja.

—Dentro de una semana, Hess, estará en Jerusalén, ante un tribunal que lo juzgará por crímenes de guerra.

Hess se echó a reír.

—¿Ah, sí? Bueno, tal vez le interese saber que su amigo Hauer y su joven compañero judío se encuentran en estos momentos en el calabozo de una comisaría de Pretoria. Y, a petición de los directivos de la central de mi empresa en Pretoria, el general Jaap Steyn está ocupado siguiendo un montón de pistas falsas.

—Será usted esposado —siguió Stern sin alterarse—. Los escolares israelíes desfilarán ante su celda para escupirle en la cara. La Historia dirá de usted lo mismo que dijo de su jefe: que no era más que un trágico gángster con un enorme complejo de inferioridad...

—¡Cerdo! —exclamó Hess—. ¡Cuando la piel se te ponga negra y comience a caerse a pedazos, lamentarás tus palabras!

—No se exalte, señor —aconsejó el imperturbable Smuts—. Dentro de diez días, Israel será una isla muerta en un mar de árabes.

—Sí —dijo Hess—. ¿Qué dices a eso, judío?

—Creo que debería usted declararse culpable —replicó Stern—. Así pasará menos tiempo sometido al humillante escrutinio de las cámaras de televisión mundiales.

Furioso, Hess oprimió un botón de su silla de ruedas y se alejó hacia la puerta.

—¡Adminístrele quinientos rads! ¡Ya!

La estrepitosa risa de Jürgen Luhr fue interrumpida por unos golpes secos en la puerta. Entró un soldado con uniforme gris, saludó a Hess y se volvió hacia Smuts.

—El radar ha detectado que se aproxima un aparato, señor. Se encuentra a veinte kilómetros de distancia. Ha respondido con las claves de identificación adecuadas.

Hess sonrió.

—Ésos son nuestros amigos libios, que vienen a tomar posesión de su nuevo juguete.

—Debo subir a la torre, señor —dijo Smuts.

—No. Primero, termine aquí. Quiero que el judío reciba hoy mismo sus quinientos rads.

Smuts frunció el entrecejo.

—Será mejor que esté con usted cuando reciba a los libios. El teniente Luhr puede terminar esto. La máquina está preparada. Lo único que tiene que hacer es apretar el botón.

Tras una pausa, Hess replicó.

—Muy bien.

—Cincuenta descargas más —le dijo Smuts a Luhr.

—*Jawohl!* —replicó Luhr, exultante.

Una vez Smuts se hubo llevado a Hess, Luhr se acercó a la mesa y se inclinó sobre Stern.

—¿Te diviertes, sucio ju...?

Stern escupió en la boca abierta de Luhr. El alemán se atragantó, alzó el puño sobre el cuello de Stern y luego lo dejó caer al costado. Alargó un brazo, cogió la cubierta protectora del tubo de rayos X y la bajó hasta que el tubo se encontró a dos dedos de la ingle de Stern. Luego Luhr se colocó tras el blindaje y miró a su víctima a través de la ventanilla.

—Veamos qué tal se fríen tus pelotas, judío —dijo despectivo, y oprimió el disparador.

18.04 horas. Transvaal septentrional

El vehículo blindado de construcción sudafricana Armscor AC-200 se apartó de la última carretera que había al este de Giyani y comenzó a rodar por la dura superficie del veld. Seis enormes ruedas empujaban el casco en forma de cuña por encima de las trincheras y desigualdades del terreno a sesenta y cinco kilómetros por hora, la velocidad de un rinoceronte moderadamente alterado. Varias ametralladoras asomaban por la piel metálica del Armscor, dándole el aspecto de un vehículo lunar armado. En el interior, Dieter Hauer miró su reloj. Corriendo como alma que lleva el diablo, habían hecho el trayecto desde Pretoria en tres horas, y aún tenían que cubrir veinte kilómetros de infernal camino antes de llegar a la mansión Horn. Hauer calculaba que alcanzarían su objetivo al anochecer. Y el anochecer era el peor de todos los momentos posibles. Aún habría luz suficiente para que los defensores advirtieran su llegada, pero estaría demasiado oscuro para que el equipo de asalto pudiera disparar sus armas con precisión. Durante el viaje, había tratado de pensar lo menos posible en la desesperada situación de Hans. Se había pasado casi todo el trayecto hablando en voz baja con el general Steyn. Concentrándose en las consideraciones tácticas, casi logró olvidarse de que, teniendo ya a Stern y las páginas de los papeles de Spandau que faltaban, Hess carecía ya de motivos para mantener con vida a Hans y a Ilse.

El espectáculo del interior del Armscor, que habría aterrado a cualquier civil, constituía una tranquilidad para Hauer. Desde que habían dejado atrás Giyani, los miembros del equipo llevaban puestos sus negros cascos Kevlar y sus respiradores antidisturbios. Estas sofisticadas máscaras antigás ocultaban todo el rostro, dando a quienes las llevaban el aspecto de los alienígenas de las películas de Hollywood. Además, los hombres llevaban trajes blindados completos. Hechos de Kevlar y reforzados con material cerámico, aquellos trajes no sólo paraban las balas de pistola

y la metralla, sino también los proyectiles perforantes de alta velocidad.

Hauer apenas distinguía a unos hombres de otros. Sabía que el que se sentaba junto a él en el banco metálico era el general Steyn, y que uno de los que estaban frente a él era Gadi Abrams. El capitán Barnard se encontraba en la parte delantera, en el asiento del artillero. El conductor y los otros dos hombres eran miembros de la unidad contraterrorista (CT) de comandos de élite, y completaban la fuerza de cinco hombres solicitada inicialmente por Hauer. Todos los fusiles menos el de Hauer eran sudafricanos. A Gadi no le importaba esto, ya que el fusil de asalto sudafricano R-5 era una variación tipo carabina del Galil israelí. Hauer llevaba el largo y elegante fusil de precisión que había solicitado al general Steyn: el Steyr-Mannlicher SSG.69. En el suelo había un surtido de armas que iban de las granadas a las escopetas de combate.

Quitándose el respirador, Hauer se volvió hacia su compañero.

—¡Stern dijo que íbamos a enfrentarnos a unas fortísimas defensas! —gritó—. Yo creo que ese hombre sabe de qué habla.

El general Steyn se despojó de la máscara y dejó al descubierto su siempre congestionado rostro.

—Supongo que sí, capitán. Fue usted el que insistió en que viniéramos sólo con un vehículo y cinco hombres. Yo hubiera atacado el lugar con una división aerotransportada.

—¿Para ver a toda esta zona del país convertida en cenizas? —le recordó Hauer—. ¿Qué me dice de las minas? ¿Son populares por estos contornos?

—Mucho. Tenemos tantos caminos sin asfaltar que las minas son una de las armas más usadas. La parte inferior de este vehículo está diseñada para desviar hacia arriba y hacia los lados los impactos de las minas, pero una serie continuada de impactos, como se produciría, por ejemplo, al cruzar un campo de minas extenso, nos dejaría fuera de combate. —El general Steyn sonrió—. Tal vez sea porque me hago viejo, pero la perspectiva de recibir el impacto de un fragmento metálico en las pelotas no me hace nada feliz.

Hauer se echó a reír y, al resonar dentro del angosto confín de la máscara de respiración, el sonido resultó atronador. Llevar un traje blindado completo era algo que producía desorientación. Servía para proteger a un hombre de los proyectiles letales, pero también lo aislaba de sus compañeros. Contemplándolos a través de los cristales de la máscara, Hauer pensó en los soldados CT sudafricanos. El general Steyn decía responder de su lealtad; pero Hauer no hacía demasiado caso de eso, habida cuenta que el general había tenido en su propio estado mayor a un hombre de Fénix. Hauer hubiera dado su pensión a cambio de disponer de un equipo de asalto alemán GSC-9 que sustituyera a los sudafricanos. En tal caso, no hubiera dudado del éxito de la misión. Pero era inútil lamentarse. Se lucha con lo que se tiene.

Se preguntó si Jonas Stern sería de su misma opinión. Imaginaba el dilema al que en aquellos momentos se enfrentaba el israelí... si seguía con vida. Hauer sabía que,

puesto en la alternativa entre detonar una arma nuclear en Sudáfrica y permitir que unos fanáticos árabes que habían jurado destruir a Israel se apoderasen de ella, Stern no dudaría en convertir aquel rincón de Sudáfrica en un cementerio nuclear. Si él tuviera que escoger entre Alemania y Sudáfrica, haría exactamente lo mismo. Lo único que podía hacer era rezar por que tal alternativa no llegara a plantearse.

Al otro lado del angosto pasillo, los sudafricanos permanecían como esfinges tras sus negras máscaras. Hauer reconoció al fin la fogosa mirada de Gadi Abrams tras los cristales de una de las máscaras de respiración. Hauer lo miró fijamente tratando de leer el mensaje que transmitían los oscuros ojos del israelí. La mejor traducción que se le ocurrió antes de que el joven desviara la mirada fue. «Sólo confío en usted y en mí, y de usted no acabo de estar seguro.»

Hauer pensaba exactamente igual.

18.11 horas. Mansión Horn

En esta ocasión, Smuts no recibió a los libios en la pista de aterrizaje. Los aguardó junto a Hess en la relativa seguridad del vestíbulo de recepción. Si no les gusta que sea un cafre quien les dé la bienvenida en la escalerilla, que se aguanten. Hess, en su silla de ruedas, permanecía junto a Smuts. Llevaba traje gris y un parche sobre el ojo. Volvía a representar el papel de Alfred Horn. Smuts miró por una ventana. Su chófer zulú conducía el Range Rover por el tramo final de la rampa de acceso a la mansión. Cuando la delegación libia se apeó del vehículo, Smuts advirtió inmediatamente que la proporción era de cuatro guardaespaldas por dos negociadores, y recordó que en la última visita la proporción había sido exactamente la inversa. Advirtió también que el comandante Ilyas Karami brillaba por su ausencia.

Smuts se había esperado algo por el estilo y, pese al optimismo de Hess, había tomado precauciones por si intentaban traicionarlos. Había apostado a dos tiradores en los pasillos situados a uno y otro lado del vestíbulo de recepción, y tenía refuerzos en camino. Aquella mañana, cuando el comandante Graaf llamó para informar de que había detenido a Dieter Hauer, Smuts solicitó un contingente de hombres del SNI para engrosar sus propias fuerzas. Graaf accedió con entusiasmo. Smuts esperaba que tal contingente no tardase en llegar. Echó un último vistazo a sus tiradores, abrió la gran puerta principal de teca y retrocedió un paso.

Cubierto con una blanca y holgada túnica, el primer ministro Jalloud saludó a su anfitrión abriendo los brazos.

—¡Herr Horn! —exclamó—. El histórico día ya ha llegado. Alá nos ha permitido alcanzar nuestra meta sanos y salvos. ¡Ojalá también bendiga nuestra misión!

Hess asintió secamente con la cabeza.

—*Guten Abend*, Herr primer ministro.

El doctor Sabri y los cuatro guardaespaldas traspusieron el umbral.

—¿Dónde está el comandante Karami? —preguntó Smuts—. Esperaba volver a verlo.

Jalloud sonrió.

—Lamentablemente, en el último momento, el comandante Karami tuvo que ocuparse de unos asuntos militares urgentes.

Sí, seguro que sí, pensó irónicamente Smuts abriendo y cerrando los puños para aliviar la tensión que lo dominaba.

—Lo lamento.

—¿Le apetece a alguien un refresco? —preguntó Hess—. El vuelo desde Trípoli es muy largo.

—Lo sentimos, pero nuestro líder no desea que perdamos ni un minuto, Herr Horn —dijo Jalloud con amabilidad—. Espera nuestro regreso con irrefrenable impaciencia.

—Entonces, vayamos al asunto. Supongo que desea usted que, antes de efectuar la carga, el doctor Sabri verifique que el arma es operativa.

—Pues, si es posible, me gustaría que así fuera —dijo tímidamente Jalloud.

Inexplicablemente, en ese instante, Smuts decidió que, si había gato encerrado, el primer ministro Jalloud no sabía nada acerca de ello. El afrikáner hizo seña a sus tiradores tocándose la ceja derecha con la mano derecha. Había decidido hacer salir a la luz cualquier posible traición mucho antes de que los libios accedieran al complejo subterráneo.

—Con el debido respeto, señor primer ministro —dijo—, debo rogarle que sus guardaespaldas aguarden aquí. No permitimos armas de fuego en el sótano.

Incómodo, Jalloud replicó.

—Pero nuestro líder me proporcionó a estos hombres para que ayudasen a cargar el arma.

—La bomba pesa más de mil kilos —replicó Smuts—. Hay que cargarla por medios mecánicos. En realidad, tengo serias dudas acerca de si su avión podrá con la bomba y con los pasajeros. Había supuesto que vendría con un avión de carga.

—Comprendo —dijo lentamente Jalloud preguntándose por qué nadie en Trípoli había pensado en aquello. O quizá sí hubo alguien que pensó en ello, reflexionó con un escalofrío—. Bien, de acuerdo —dijo. Y, volviéndose hacia los guardaespaldas—. Esperen aquí mientras el doctor Sabri examina el arma.

Desconcertados por tal petición, los soldados vacilaron. Tenían órdenes de esperar a encontrarse en el sótano antes de llevar a cabo su misión. Pero el afrikáner los había puesto entre la espada y la pared. Llegando simultáneamente a la misma conclusión, los cuatro asesinos del comandante Karami alzaron las Uzi al mismo tiempo.

Sus rostros expresaron aún más sorpresa que el del primer ministro Jalloud cuando los tiradores ocultos de Smuts abrieron fuego con sus fusiles de asalto R-5. Desde una distancia de ocho metros, los afrikáners vaciaron los cargadores contra los

asesinos, los proyectiles lanzaron a los cuatro contra la gran puerta de teca.

—¡Al ascensor! —gritó Smuts—. ¡Todos adentro! ¡De prisa!

Mientras la silla de ruedas de Hess rodaba hacia la abierta cabina del ascensor, el primer ministro Jalloud y el doctor Sabri corrían tras él lanzando frenéticos gritos en árabe. Jalloud recibió un balazo en el brazo izquierdo pero, dominado por el pánico, apenas lo advirtió. Smuts estaba mirando atrás para cerciorarse de que Hess se encontraba a salvo en el interior del ascensor, cuando un aturdido libio se incorporó y, lanzando un salvaje grito, disparó una larga ráfaga de proyectiles contra ellos.

—¡Llevan trajes blindados! —gritó Smuts—. ¡Disparen sólo contra las cabezas!

Las balas rebotaban en los mármoles del vestíbulo de recepción. Un libio atendió el consejo de Smuts antes que los afrikáners: sus proyectiles de 9 milímetros revestidos de teflón hicieron que la cabeza de uno de los tiradores de Smuts reventase como una sandía. El afrikáner superviviente vengó esta muerte y corrió a protegerse tras un *chiffonnier* de palisandro que había contra la pared del fondo. Otro libio se lanzó hacia el exterior para utilizar la puerta principal para esconderse y seguir disparando. Dos segundos más tarde reapareció tambaleándose en el gran vestíbulo. El chófer zulú de Smuts cruzó el umbral empuñando un gran cuchillo de caza. El zulú se acercó a otro de los libios caídos y lo despachó con su cuchillo, para caer luego abatido por una larga ráfaga disparada por el asesino libio superviviente. El tirador afrikáner despachó al último libio al tiempo que Smuts empujaba a Jalloud y al aturdido científico hacia la cabina en cuyo interior ya se encontraba Hess.

—¡Quédate aquí! —le ordenó Smuts a su tirador—. En seguida te mando refuerzos.

La puerta del ascensor se cerró. Diez segundos más tarde, el último libio que había caído abrió los ojos, levantó la Uzi y disparó una larga ráfaga desde el suelo. Dos proyectiles alcanzaron al tirador afrikáner en la cabeza matándolo instantáneamente. Con un agónico gemido, el último de los asesinos enviados por el comandante Karami comenzó a arrastrarse en dirección al ascensor.

Desde el dormitorio de Hans e Ilse, la refriega del vestíbulo de recepción sonaba como la batalla de Las Ardenas. Una vez cesó el tiroteo, Hans abrió la puerta.

—¿Adónde vamos? —preguntó el joven—. ¿Intentamos salir? Probablemente, las puertas principales estarán vigiladas.

Ilse asomó la cabeza al pasillo.

—¡No hay ningún sitio al que ir, ya te lo dije! ¡Sólo tenemos una posibilidad! ¡Stern!

A Hans no se le ocurrió ningún plan mejor.

—Muy bien —dijo—. Pero ve detrás de mí, ¿entendido?

En el vestíbulo sonó otra ráfaga de ametralladora.

—Entendido —murmuró Ilse preguntándose dónde habría encerrado Smuts a

Stern.

Pegados a la pared, echaron a andar pasillo abajo alejándose del sonido de los disparos.

En lo alto de la torre del observatorio, Pieter Smuts escrutaba la pista de aterrizaje a través de unos potentes prismáticos de campaña. La oscuridad estaba cayendo rápidamente. El afrikáner vio, extendidos por todo el extremo oriental de la pista, los fragmentos de los JetRanger destruidos la noche anterior. En medio de los restos se encontraba el Lear de Hess, chamuscado y sin la mayor parte de la cola. Había un solo centinela montando guardia bajo el Learjet de los libios. Nadie más. ¿Dónde se encontraba el grueso de la fuerza de asalto? ¿Dónde estaba el comandante Karami?

Detrás de Smuts, Hess, en la silla de ruedas, movía incesantemente la cabeza. Intentaba desesperadamente comprender el motivo por el que los soldados libios habían intentado matar a su primer ministro. El propio Jalloud permanecía apoyado contra un panel de receptores satélite, gimiendo a causa del dolor que le producía el brazo destrozado. Temblando de terror, el doctor Sabri lo atendía como Dios le daba a entender.

—Aún no se ve ni rastro de Karami —dijo Smuts apartándose los prismáticos de los ojos—. Pero ya no tardará en oscurecer, y será entonces cuando lance el ataque.

—¿Quién? —preguntó Hess, aturdido aún por el súbito ataque.

—Sí —gruñó Jalloud—. Karami. Tiene que ser él.

Smuts miró el cañón Vulcan. Un joven afrikáner ocupaba la jaula del artillero vigilando a través del sistema de visión nocturna de la terrorífica arma. Otros tres sudafricanos uniformados de gris manejaban los sistemas de radar y de comunicaciones.

—¿Por qué? —preguntó Hess indignado—. ¿Acaso Gaddafi se ha vuelto loco?

Smuts rió entre dientes.

—Siempre lo ha estado. Sabíamos que existía este riesgo. Necesitábamos más tiempo.

—Señor —los interrumpió un controlador de radar—, detecto un avión aproximándose desde el norte. Está muy cerca. ¡Ha debido de llegar volando a tres metros del veld!

Smuts oprimió un botón de su consola.

—Atención, aparato no identificado —dijo lacónicamente—. Se encuentran en un espacio aéreo restringido. Den media vuelta ahora mismo o dispararemos contra ustedes. Repito: si no abandonan la zona, abriremos fuego.

—Debe de ser el reactor de Air Zimbabwe —dijo el encargado del radar—. Hace una hora lo identifiqué como un avión de pasajeros que se dirigía a Johannesburgo. Debió de apartarse de su trayectoria de vuelo en cuanto comenzó a volar a baja altura.

Smuts le hizo una seña al artillero del Vulcan. El afrikáner se puso las gafas de

puntería y apretó dos pedales. Con un zumbido hidráulico, toda la torreta giró hasta quedar orientada hacia la pista de aterrizaje.

En el interior del Yak-42 que se aproximaba, el comandante Ilyas Karami permanecía tras el nervioso piloto escuchando con indiferencia las amenazas de Smuts.

—¿Tienen cañones antiaéreos, comandante? —preguntó el piloto.

—¡Cállate! —le espetó Karami—. Ya sabes lo que tienes que contestar.

El piloto empuñó el micrófono.

—Aquí, vuelo 132 de Air Zimbabwe —dijo con voz temblorosa—. Tenemos un problema. Una avería en el sistema electrónico. ¿Me reciben?

—Comandante Karami —dijo la voz de Smuts—. Éste es el aviso final. Dé media vuelta ahora mismo o lo derribaremos.

—¡Que te den por el culo! —gritó Karami.

—¡Sabéis quiénes somos! —exclamó el piloto—. ¡Han descubierto nuestro plan! ¡Estamos desarmados! ¡Debemos dar media vuelta!

De pronto, una brillante línea de proyectiles trazadores cruzó el cielo. Pasó muy por encima del morro del reactor y luego zigzagueó buscando al intruso aéreo.

—¡Alá nos proteja! —gimió el piloto iniciando instintivamente una maniobra de evasión.

Había pilotado cazas Mig en combate, pero hacer de blanco móvil en un aparato desarmado era una experiencia nueva y aterradora para él.

Karami desenfundó su pistola y apoyó el cañón contra la sien del piloto.

—¡Aterrice! —gritó—. ¡Ahora mismo!

—¿Dónde? —chilló el piloto.

—¡Veo las bengalas! —exclamó el copiloto—. ¡Desciende!

Armándose de valor, el piloto ladeó el aparato y lo enfiló, hacia la línea de bengalas dejada por los «guardaespaldas» de Jalloud. Sería un aterrizaje muy comprometido, pero le daba lo mismo. Jamás en su vida había estado tan ansioso por posarse en tierra.

Smuts lanzó una maldición cuando vio la cadena de resplandores verdes que había aparecido en el centro de la pista.

—¡Dispara contra las bengalas! —gritó—. ¡Sin ellas no les será posible aterrizar!

—¡Mi visor se ha vuelto loco! —protestó el artillero—. ¡No veo nada!

—¡Apaga las bengalas! ¡Dispara!

El rugido del Vulcan acalló todos los demás sonidos. Hess se tapó las orejas y gritó algo, pero nadie lo oyó. El artillero hizo lo que pudo por extinguir las bengalas pero sólo consiguió mover unas cuantas. El principal efecto de los proyectiles del

Vulcan fue el de hacer pedazos la recién asfaltada superficie de la pista de aterrizaje.

De pronto, Hess lanzó una exclamación de horror. Precipitándose desde las alturas como un enorme pájaro prehistórico, el Yak-42 libio pasó de perfil junto a la torre en su descenso hacia tierra.

—¡Ahí los tienes! —gritó Smuts—. ¡Dispara! ¡Dispara!

El artillero oprimió el disparador. Un chorro de proyectiles trazadores se extendió por el cielo desde los cañones del Vulcan buscando la negra aparición...

De pronto, la puerta del ascensor de la torre se abrió. Smuts se volvió incrédulamente hacia ella, e inmediatamente se lanzó, protector, sobre la silla de ruedas de Hess.

Dentro del ascensor, sentado en el suelo y con la espalda apoyada en la pared, estaba el asesino libio superviviente. El hombre lanzó una imprecación, levantó la Uzi y abrió fuego. Las balas cruzaron como moscardones el reducido espacio, pegando contra las ventanas de cristal de policarbonato y destrozando los delicados sistemas electrónicos. Uno de los técnicos sudafricanos recibió un balazo en la nuca y se desplomó sin vida sobre su consola. El radarista logró desenfundar su pistola y disparar tres veces antes de que un rebote lo alcanzara en el cuello.

Y luego todo quedó en silencio. El libio había agotado sus municiones. Smuts, que seguía protegiendo a Hess con el cuerpo, se enderezó, cogió la pistola del radarista muerto y disparó dos veces contra el libio; le alcanzó en el rostro. El afrikáner tardó tres segundos más en advertir el pleno significado del silencio. ¡El Vulcan había dejado de disparar! Smuts giró sobre los talones y vio que los fragmentos de cristal habían dejado ciego al artillero. Y, lo que era peor, el sistema electrónico de puntería del Vulcan había recibido daños imposibles de reparar.

—¡Han herido de nuevo al primer ministro! —gritó el doctor Sabri.

Smuts no prestó atención al científico. Se lanzó hacia la amplia ventana. ¡El reactor libio había logrado aterrizar! Mirando a través de los prismáticos, vio cómo cincuenta comandos saltaban a la pista. Se esforzó por no perder la calma. Los libios no tardarían en encontrarse en el borde de la hondonada que rodeaba la casa. En tierra de nadie. Bajó los prismáticos, hizo a un lado al artillero herido y luego se sentó en el asiento del Vulcan. Acercó los ojos al visor del sistema manual de puntería y examinó la pista. Bajo la enorme puerta trasera del Yak 42 vio a unos árabes bajando una gran pieza de artillería del avión por medio de poleas. Con una diabólica sonrisa en los labios, el afrikáner abrió fuego. La ráfaga de proyectiles blindados cruzó la Aguada y siguió hacia el avión.

Pero cuando los provéales estaban a punto de alcanzar a los árabes que estaban descargando el avión, Smuts apartó el dedo del disparador. Comprendía que, en aquellas circunstancias, destruir el aparato podía no ser la mejor de las ideas. Tal vez, si se quedaban sin medio de escape, los libios redoblasen sus esfuerzos por tomar la

mansión. Mientras observaba a los árabes situados bajo el avión, Smuts se fijó en algo situado a unos diez metros de la cola del Yak-42. Una camioneta de plataforma. ¿Para qué demonios la querrán? Y de pronto lo comprendió. Habían llevado la camioneta para transportar primero el gran cañón y para llevar luego la bomba robada desde la casa hasta el aparato. Smuts apretó con el pulgar el disparador del Vulcan. Utilizando sólo el sistema de puntería visual, tardó más de lo normal en alcanzar el Toyota pero, una vez lo consiguió, los proyectiles con punta de uranio convirtieron la camioneta en chatarra en cuestión de segundos. El depósito de combustible hizo explosión formando una gran bola de fuego e incineró a tres de los libios que se encontraban bajo el avión.

Smuts se levantó y se dirigió al panel de conmutadores que accionaban las minas Claymore. Lo único que realmente le preocupaba era la gran pieza de artillería. Esperaría a que los soldados la llevaran lejos del avión y después destruiría a hombres y máquina al mismo tiempo. Oprimió uno de los botones de la consola y, con voz crispada, ordenó:

—Artilleros de los búnkers: listos para abrir fuego a discreción. —Se volvió hacia Hess—. Convendría alzar los blindajes, señor. No podemos correr el riesgo de que alguien entre en el complejo subterráneo.

—¡El primer ministro ha muerto! —exclamó desde el suelo el doctor Sabri.

Hess condujo la silla de ruedas hasta el ensangrentado cadáver que yacía cerca de la base del Vulcan. El primer ministro Jalloud, con la parte inferior del rostro destrozada, miraba con ojos ciegos hacia el techo de acero de la torre. Dos de los proyectiles del asesino libio lo habían alcanzado.

—Los blindajes, señor —repitió Smuts alargando la mano hacia el botón adecuado.

—¡Aguarde! —ordenó Hess—. Frau Apfel se encuentra en el triángulo externo.

Smuts hizo una mueca y, paciente, replicó.

—Lo mismo que el teniente Luhr, Linah, el equipo médico, el resto del servicio y el judío. Señor, no podemos esperar.

Los frenéticos ojos del viejo escrutaron los monitores del circuito cerrado de televisión situados por encima de sus cabezas. Aunque las pantallas mostraban casi todas las habitaciones, Hess no vio por ninguna parte a Ilse.

—Pero, Pieter... Esa muchacha me salvó la vida. Si la dejamos fuera...

—Los libios nunca llegarán a la casa —aseguró Smuts con voz tensa—. Pero, sólo por si acaso, debemos levantar los blindajes.

—Muy bien —dijo Hess a regañadientes—. Levántelos, Smuts oprimió el botón. En toda la mansión Horn, negros escudos de metal anodizado se alzaron desde el suelo y bloquearon todas las puertas, escaleras y ventanas que comunicaban las alas exteriores con el complejo central. El afrikáner lanzó un suspiro de alivio.

De pronto, una explosión conmovió la torre. Alarmado, Smuts corrió a la ventana y oyó el inconfundible sonido de un disparo de mortero. Segundos más tarde, un

proyectil cayó a poca distancia del muro exterior de la casa. Otros dos atravesaron el techo del ala occidental. La mansión Horn se había incendiado. Como animados por las llamas, veinte comandos libios comenzaron a cruzar la tierra de nadie a paso ligero.

—¡Maldito seas, Karami! —gritó Smuts.

Volvió a ocupar el asiento del artillero del Vulcan y abrió fuego contra las posiciones de los morteros libios. No tardó en silenciar uno, pero un sustituto ocupó inmediatamente su lugar. Tras cuarenta segundos de fuego continuo, el Vulcan agotó sus municiones. Smuts gritó a uno de los soldados.

—¡De prisa! ¡Vuelve a cargar el puñetero cañón!

Mientras las ametralladoras libias tableteaban y los morterazos caían sobre los muros externos, Smuts oteó el oscuro borde de la hondonada. Cuando iba a apartar la vista del horizonte, vio llegar la ayuda que tan desesperadamente había estado aguardando. Cien metros al sudeste de los libios, una negra sombra se recortaba contra el ocaso. Unos faros halógenos parpadearon una vez, dos, y luego se apagaron. La negra forma avanzó unos metros lentamente y volvió a detenerse.

¡Gracias a Dios! ¡Ahí está Graaf!, pensó Smuts tranquilizado.

—¡Es el comandante Graaf! —exclamó—. ¡Lo ha conseguido!

Smuts descargó un triunfal puñetazo contra el Vulcan. O no conocía a Graaf, o aquel vehículo blindado no era más que la punta de lanza de todo un ejército.

—¡Cañón cargado! —gritó el hombre situado bajo el Vulcan.

Smuts celebró la noticia lanzando una ráfaga hacia el oscuro cielo, y después comenzó a disparar con saña contra los libios.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Desde el borde de la tierra de nadie, Hauer observó el espectacular fuego de proyectiles trazadores que se alzaba hacia el cielo desde la torre del observatorio.

—¡Lo hemos conseguido! —gritó—. ¡Creen que el comandante Graaf nos envía! ¡Adelante!

—¡Un momento! —le dijo el general Steyn al conductor del Armscor—. Fíjese bien en la ráfaga de proyectiles trazadores, Hauer. Tienen un cañón rotatorio. Este vehículo es capaz de resistirlo casi todo, pero con esa arma pueden hacernos pedazos en cuestión de segundos.

Hauer hizo a un lado el respirador.

—¡General, usted me puso al mando de esta operación!

—Lo lamento, pero no puedo permitir que sacrifique a mis hombres sin que exista la más mínima posibilidad de éxito.

—¡Ellos creen que venimos a ayudarlos! ¡Tenemos vía libre hasta la casa!

El general Steyn negó con la cabeza.

—Necesitamos refuerzos —dijo.

Hauer lo miraba incrédulamente. Habían llegado demasiado lejos para detenerse allí a causa de la falta de decisión de un hombre. Esforzándose por no perder la calma, dijo.

—General, mi único hijo está en esa casa. Y cuanto más tiempo esperemos, mayores son las posibilidades de que lo ejecuten. Si no me deja otro remedio, iré yo solo y a pie.

—No será necesario, capitán.

La afirmación de Gadi Abrams fue reforzada por el chasquido del cerrojo del fusil del joven israelí. Éste no apuntaba a nadie, pero la amenaza era clarísima. La mano del general Steyn se movió hacia la pistola que llevaba al cinto, Gadi se arrancó la máscara antigás y miró despectivamente al general.

—Los israelíes saben pelear —dijo sin alterarse—. Los alemanes saben pelear. ¿Qué me dice de los sudafricanos?

El siempre congestionado rostro del general Steyn palideció. Se daba cuenta de que pretendían manipularlo, pero el reto del israelí era demasiado grave para hacer caso omiso de él, sobre todo encontrándose sus hombres presentes. Avanzó hasta el compartimento del conductor y gritó.

—¡Adelante!

Hans e Ilse corrían por el pasillo lleno de humo. Uno y otra llevaban una toalla pegada al rostro. La mansión Horn estaba siendo pasto de las llamas y el complejo interno se encontraba cerrado a cal y canto. Habían registrado casi todas las

habitaciones del triángulo exterior de la mansión sin encontrar ni rastro de Stern. Sólo se toparon con los aterrados miembros de la servidumbre, que trataban de ponerse a salvo y salvar a sus hijos. Hans llevaba en la mano derecha un maletín que habían encontrado en el estudio de Horn.

—¡Por aquí! —exclamó Ilse—. ¡Es la única habitación en que no hemos mirado!

Mientras se encaminaban hacia el departamento médico, Ilse se preguntó por qué no habían pasado antes por allí. Pero conocía la respuesta: había temido revivir los espantosos momentos que pasó amarrada a la mesa de rayos X. Ahora no tenía alternativa. Temblando de terror, abrió la puerta de la enfermería. La sala estaba a oscuras pero el penetrante olor de alcohol asaltó inmediatamente el olfato de la joven. Tras indicarle por señas a Hans que la siguiera, se adentró en las sombras en dirección a las puertas interiores. Bajo una de ellas había un resquicio de luz. A mitad de camino de la puerta, Ilse se quedó paralizada al escuchar un rumor. Se trataba de un aterrador zumbido que, a cortos intervalos, era interrumpido por un clang metálico. Cerró los ojos al evocar su terror de un par de días atrás; al cabo de unos segundos volvió a abrirlos. Llegó junto a una encimera, puso la mano sobre ella y continuó avanzando utilizándola como guía.

—Toma —susurró cerrando la mano en torno a la base de un pesado microscopio.

Hans dejó el maletín en el suelo y cogió el microscopio.

Ilse hizo girar sigilosamente el tirador. Cuando empujaba la puerta metálica, el ruido volvió a sonar... Buzz... clang. A la fantasmagórica luz ambarina procedente de los diales del aparato de rayos X, Ilse vio a un hombre rubio que se encontraba en pie de espaldas a ella. Estaba mirando a través de la ventanilla del blindaje protector de plomo.

—¿Qué, notas ya las pelotas calientes, judío? —preguntó el hombre en alto antes de soltar una macabra carcajada.

Ilse lanzó una exclamación ahogada.

La figura se volvió hacia ella.

—Usted —murmuró Hans.

Luhr llevaba su uniforme policial, con las verdes perneras remetidas por dentro de las lustrosas botas. El hombre miró primero a Hans y luego a Ilse. Rió despectivamente.

—¿Otra vez tú, *Arschloch*? ¿Es que nunca te das por vencido? —Dejó caer el cable del disparador—. Ahora no está aquí Funk para salvarte.

—Es él, Hans —dijo Ilse roncamente—. Es el que degolló al policía en Berlín.

—Exacto —asintió Luhr risueño—. Fue tan sencillo como rebanarle el pescuezo a un jodido cerdo.

—Steuben —dijo Hans con voz temblorosa.

Notó que la garganta se le cerraba a causa del odio incontenible. Bajó la vista al microscopio que tenía en la mano y lo dejó caer al suelo.

—*Ilse Apfel*... —dijo una débil voz—. ¿Eres tú?

Ilse rodeó el blindaje de plomo. Jonas Stern, pálido y ensangrentado, se encontraba sujeto a la mesa por las mismas correas que la habían inmovilizado a ella hacía cuarenta y ocho horas.

—¡Hans! —gritó—. ¡Ayúdame!

Hans no la oyó. Observaba cómo Luhr, tras crispas los labios en una fina y pálida línea, bajaba los hombros en actitud de boxeador y se apartaba de la máquina de rayos X. Los nervios de Hans estaban tensos como cuerdas de violín. Tras tintar con la mano derecha, Luhr descargó una patada contra el pecho de Hans. Éste encajó el golpe, se tambaleó y volvió a erguirse. Luhr le lanzó un gancho de izquierda. Hans ni siquiera intentó bloquearlo. Notó que la mejilla izquierda se le desgarraba pero hizo caso omiso del dolor. Un demoledor gancho lo alcanzó en la parte lateral de la cabeza. De nuevo encajó el golpe, sólo que esta vez alzó los puños y comenzó a avanzar. Al tiempo que retrocedía, Luhr lanzó un directo que pegó en un ojo de Hans. Éste bramó de dolor, pero se quitó las lágrimas de los ojos y cargó ciegamente hacia adelante.

Cuando intentó esquivar la embestida, Luhr pegó con la espalda contra la carcasa de la máquina de rayos X. Y fue entonces cuando Hans descargó el golpe. Su puño cruzó el aire como una exhalación y fue a estrellarse contra el rostro de Luhr. De pronto, el pálido semblante de Luhr se cubrió de sangre. Hans le había roto la nariz. Al tiempo que lanzaba un agónico aullido, Luhr embistió hacia adelante tratando de salir del rincón. Hans lo acorraló contra la máquina y lo golpeó tres veces en el plexo solar. Luhr se derrumbó. Hans notó que la boca le sabía a sangre. Cogió del suelo el gran microscopio y lo alzó por encima de su cabeza. El brazo le tembló a causa del peso. Un solo golpe bastaría para quebrar el cráneo de Luhr como una cascara de huevo.

—Esto va por Weiss... —murmuró.

—¡Aguarde! —farfulló una voz masculina.

Aún con el microscopio alzado, Hans se volvió lentamente. Vio a un hombre alto y enjuto, con la camiseta y los pantalones empapados en sudor, apoyándose inseguro en el hombro de Ilse.

—No, no lo hagas así —dijo Stern con voz extrañamente opaca.

Luhr yacía, dando boqueadas, a los pies de Hans. Se puso trabajosamente a cuatro patas. Hans le asestó un puntapié en el estómago y luego se volvió y miró al moreno desconocido. La nariz aguileña... la piel marchita...

—Yo a usted lo he visto antes —dijo.

—Sí, sargento, así es —replicó Stern—. Ahora levante a ese hombre y póngalo sobre la mesa.

—¡No tenemos tiempo! —exclamó Ilse—. ¡La casa está ardiendo! ¡Tenemos que encontrar el modo de llegar al otro lado de los blindajes! ¡Unas cuantas exposiciones a la radiación no le harán nada!

—¡Ponga a ese salvaje sobre la mesa!

Hans aturdió a Luhr con una patada en la cabeza; después se lo echó al hombro y lo llevó hasta la mesa de rayos X. En cuanto lo hubo dejado sobre ella, Ilse lo amarró con las correas de cuero.

—¡Fuera de aquí! —ladró Stern—. ¡Los dos!

Fascinado, Hans observó cómo el israelí recogía del suelo el microscopio roto y golpeaba con él el conmutador de cable que Luhr había dejado caer al suelo.

—Desconecten la electricidad —ordenó Stern.

Ilse dio con el interruptor adecuado y lo accionó. Stern estuvo unos momentos trajinando con el revoltijo de cables que tenía entre las manos, luego lo dejó caer y se acercó a la ventanilla del blindaje.

—Conecten otra vez la electricidad.

Ilse obedeció. Toda la sala pareció vibrar por unos segundos y luego volvió la calma. Luhr gritó de terror. La unidad de rayos X soltó una nueva descarga. El buzz... clang... le heló el corazón a Ese. Stern había cerrado mediante un empalme el circuito del conmutador de cable. El tubo de rayos X seguiría disparando, recargándose y disparando de nuevo, hasta que alguien cortase la luz, o hasta que se fundiera un fusible. Luhr aullaba como un hombre atrapado en el interior de un pozo lleno de serpientes.

Hans miró el rostro arrugado de Stern. No vio nada escrito en él. Ni satisfacción, ni odio... Nada en absoluto.

—Vámonos —dijo Stern apartando la vista del estremecido cuerpo de Luhr.

Ilse levantó el maletín negro que antes había estado en manos de Hans.

—Tenemos los papeles de Spandau. Los encontramos en el estudio de Horn. Y también el otro libro.

—¿El cuaderno de Zinoviev?

Ilse asintió con la cabeza.

—Todo —dijo.

—Buena chica.

Stern la cogió por el brazo y la condujo hacia el pasillo. Hans salió lentamente de la habitación caminando de espaldas, con los ojos fijos en la ventanilla del blindaje de plomo. La máquina de rayos X seguía disparando a intervalos de cuatro segundos.

Cuatrocientos metros de terreno abierto separaban el borde de la hondonada de la mansión Horn. El Armscor apenas había recorrido la cuarta parte de esa distancia cuando un feroz tableteo atronó en su interior. Estaban siendo tiroteados por las ametralladoras libias situadas en la parte superior de la hondonada. El capitán Barnard ocupaba el asiento del artillero del Armscor. Hauer le puso una mano en el hombro.

—¿Puede llamar por radio a la torre, capitán?

—Puedo intentarlo.

—¡Hágalo! ¡Y pídale que nos cubran!

Barnard se despojó del casco y del respirador y comenzó a trajar con el dial de la radio. Hauer volvió la vista hacia el compartimento de la tripulación. Pegados a las troneras del Armscor, los comandos disparaban sus carabinas R-5 como si fueran los trabajadores de una cadena de montaje. Un hombre tenía la cabeza y los hombros metidos en la pequeña torreta de la parte alta del Armscor, y disparaba contra los libios la ametralladora calibre 30 con mortífera puntería. Sin embargo, los proyectiles libios seguían percutiendo contra el blindaje del vehículo. Hauer se volvió de nuevo y vio cómo la mansión Hora aumentaba más y más de tamaño en el parabrisas blindado del vehículo. Estaban a 250 metros y acercándose.

De pronto, en el interior del vehículo sonó una voz desconocida.

—Fénix a Graaf... Fénix a Graaf... ¿Me oyen?

La voz de Pieter Smuts era tensa, como un cable a punto de alcanzar el punto de fractura.

—Fénix a Graaf... ¿Dónde están los refuerzos?

—¡Responda! —ordenó Hauer al capitán Barnard—. ¡Dígale que Graaf está manejando la ametralladora de la torreta!

Hauer miró de nuevo a la mansión; faltaban 160 metros. Palmeó alentadoramente a Barnard en el hombro y volvió al compartimento de la tripulación para conferenciar de nuevo con el general Steyn.

En cuanto Hauer salió del compartimento, el conductor lanzó un fuerte codazo contra la parte lateral de la cabeza del capitán Barnard. El Armscor se detuvo bruscamente a 140 metros de la mansión Horn. Hauer salió disparado hacia adelante y se estrelló contra una mampara de acero; sólo el casco que llevaba impidió que se partiera el cráneo. El conductor se apoderó del micrófono de la radio y comenzó a transmitir rápidamente en afrikáner.

—¡Armscor a Fénix! ¡Armscor a Fénix! ¡Esto es una trampa! ¡Una trampa! El comandante Graaf no está aquí...

Estupefacto, Hauer volvió rápidamente al compartimento del conductor. No entendía el afrikáner, pero había reconocido el tono urgente del aviso. Agarró al conductor por la cabeza y la hizo girar con todas sus fuerzas, en la esperanza de romperle las vértebras cervicales. El conductor primero se quedó rígido y luego se desmadejó.

—¡Póngase al volante! —le gritó al capitán Barnard.

Mientras Hauer arrastraba al conductor hacia el compartimento de la tripulación, el capitán Barnard ocupó el asiento del conductor y puso el Armscor de nuevo en marcha. Tras un traqueteo, el vehículo comenzó a rodar otra vez hacia la casa.

Hauer dejó al conductor inconsciente contra la portilla lateral del Armscor y se despojó del respirador.

—¡Otro traidor! —le gritó al general Steyn.

El general Steyn se quitó la máscara antigás. Tenía el rostro congestionado por la

ira y la incredulidad. A sus pies, el traidor se removió y lanzó los brazos hacia arriba. Furioso, Gadi abrió la portilla lateral del Armscor de una patada y arrojó al conductor al *veld*. Para cuando Gadi cerró la portilla, una ametralladora libia ya había llenado el cuerpo del hombre de proyectiles calibre 30.

El Armscor se estremeció. Otra de las ametralladoras había abierto fuego contra la parte posterior del vehículo. Hauer agarró al general Steyn por el brazo.

—No sé si la torre oyó el aviso, pero...

El súbito y atronador rugido del Vulcan impidió oír tanto la voz de Hauer como el tableteo de las ametralladoras libias.

Hauer se abalanzó hacia una de las troneras. El estómago se le subió a la garganta viendo cómo la ráfaga de proyectiles trazadores avanzaba hacia el morro del Armscor. Había visto cañones similares instalados en los cañones antitanques norteamericanos que efectuaban maniobras en Alemania. Los cañones rotatorios lanzaban 5000 proyectiles de uranio empobrecido por minuto, lo cual bastaba para convertir un tanque T-72 en una ardiente ascua en cuestión de segundos.

El capitán Barnard viró para eludir la ráfaga de proyectiles trazadores, pero el artillero del Vulcan se limitó a ajustar la puntería. Barnard lanzó un grito cuando las balas comenzaron a pegar justo en frente del Armscor. Luego, súbita y milagrosamente, el feroz chorro de muerte se extinguió.

—¡Se ha encasquillado! —gritó Hauer—. ¡Adelante! ¡Adelante!

El Armscor siguió avanzando. Los proyectiles caían sobre el vehículo desde todos los lados como una infernal tormenta. Los artilleros de los búnkers de Smuts acababan de abrir fuego desde sus posiciones ocultas. Hauer miró hacia el exterior por una tronera tratando de situar la procedencia del fuego.

—¡Búnkers! —exclamó—. ¡Excavados en las laderas!

Desde una de las troneras del lado derecho, Gadi disparaba su fusil de asalto R-5 en ráfagas de tres tiros, apuntando a los fogonazos de los búnkers.

—¡*Momser!* —gritó pero nadie lo oyó.

En el interior del Armscor, el estrépito era ensordecedor. Hauer estaba asomado al compartimento del conductor diciéndole al capitán Barnard que siguiera adelante cuando Pieter Smuts hizo detonar la primera serie de minas Claymore.

Dos Claymore hicieron explosión debajo del Armscor y lanzaron al aire las dieciocho toneladas de acero templado como si fueran un juguete. El vehículo se levantó sobre tres de sus ruedas, volvió a caer sobre las seis y continuó hacia la casa. Otra serie de minas Claymore detonaron frente al Armscor; centenares de bolas de acero percutieron contra su casco haciendo pedazos el parabrisas de policarbonato. El capitán Barnard lanzó un grito de dolor, pero el Armscor siguió adelante.

A Hauer las ideas se le agolpaban en la cabeza. Aún les quedaban más de cien metros por recorrer. Las minas no constituían un peligro mortal, pero el cañón de la torre sí. Si el artillero lograba desencasquillar el arma en los siguientes treinta segundos, estaban listos. Había que silenciar al Vulcan.

—¡Alto! —gritó Hauer—. ¡Ladee el vehículo y deténgase!

El capitán Barnard, al que no le agradaba seguir haciendo detonar minas, obedeció de buen grado. Hauer se volvió hacia el general Steyn y sus hombres.

—¡Voy a salir! —anunció.

Un hombre se apartó de una de las troneras, se despojó de la máscara antigás y agarró el brazo de Hauer. Era Gadi.

—¡Si sale, dese por muerto! —gritó.

Hauer se soltó el brazo.

—¡Ustedes cúbranme del fuego de los búnkers!

Bajo la atónita mirada de Gadi, Hauer cogió su fusil de precisión y abrió la portilla lateral del Armscor. El fragor de la batalla inundó el interior del vehículo. Con el Steyr-Mannlicher apretado contra el cuerpo, Hauer se llenó los pulmones de aire y saltó al exterior.

En cuanto tocó el suelo, rodó bajo el inmenso vehículo pidiéndole a Dios que nadie lo hubiera visto. Se incorporó sobre una rodilla. Bajo el chasis del Armscor había casi suficiente espacio para permanecer de pie. Las seis gigantescas ruedas constituían un parapeto desde el cual se podía disparar con relativa seguridad. Afirmó la rodilla derecha tras una de las enormes ruedas, se echó el Steyr al hombro y lo apuntó hacia la torre. Las últimas luces del crepúsculo se estaban extinguendo. Hauer no disponía de visor nocturno, pero la mira óptica Kahles-Helios ZF69 era excelente. Pese a la casi total oscuridad, la torre se veía bastante bien.

Cuando inspeccionó la torre en detalle, Hauer lanzó un gruñido. A 120 metros, la precisión no era problema. Con el Steyr podía meter diez balas en un blanco de cuarenta centímetros a seis veces aquella distancia. El problema era el cristal que, según pudo ver, formaba parte del muro circular de la torre y que, sin duda, era a prueba de balas. A través del visor, buscó un punto vulnerable. La torre gira, se dijo reparando en los enormes engranajes montados bajo la cúpula del observatorio. Pero no puedo inutilizar los engranajes. Doce segundos más tarde, Hauer vio su oportunidad. En el punto por el que asomaban los seis cañones del Vulcan, había una angosta aspillera que permitía al cañón moverse verticalmente. Hauer notó que se le erizaba el vello de la nuca. Podía ver a los hombres del interior de la torre tratando desesperadamente de desencasquillar el cañón.

Situó la cruceta del visor sobre la aspillera e introdujo un proyectil en la recámara. El Steyr tenía un cargador de diez balas, pero, como la mayor parte de los fusiles de precisión, era de cerrojo. Disponía de una oportunidad perfecta y de nueve tiros más. Se llenó los pulmones de aire y apretó el cuerpo contra la inmensa rueda que le servía de parapeto. Notó la reconfortante presión del fusil contra el hombro y el fresco y familiar contacto de la culata de madera contra la rasposa mejilla. El fragor de la batalla parecía disminuir y alejarse según él se concentraba en su objetivo. Fijó la vista en la pequeña abertura que había entre los cañones del Vulcan y el cristal blindado. En su cabeza, el blanco del tamaño de una moneda se convirtió en

un plato, luego en una bandeja... Reposó firmemente el dedo sobre el gatillo. Aprieta...

Una fracción de segundo antes de que Hauer disparase, una gran lengua de fuego brotó de los cañones rotatorios del Vulcan. La ráfaga de proyectiles trazadores empezó a ascender hacia el borde de la hondonada. La torre comenzó a girar...

Su primer disparo falló. En torno a él oía el fragor de las armas que hacían fuego contra la torre móvil. La ráfaga de proyectiles trazadores iba de posición en posición, silenciando una ametralladora tras otra. De pronto sus esperanzas aumentaron. ¡El artillero estaba haciendo caso omiso del Armscor! ¡Cree que ya no somos un peligro! ¡Como no nos movemos, piensa que el fuego de los búnkers nos ha dejado fuera de combate! Hauer buscó rápidamente un nuevo blanco. Como la torre estaba girando, alcanzar la pequeña aspillera era impensable, así que apuntó unos centímetros a la izquierda del cañón del Vulcan, hacia el lugar en que, según sus cálculos, se encontraba situado el artillero.

Disparó.

No sucedió nada. La bala había pegado justo en el punto al que él había apuntado, pero el blindaje transparente era demasiado duro. ¿Cuántos disparos perfectos harían falta para perforar el policarbonato? Como un autómatas, Hauer siguió disparando el fusil, siguiendo su blanco móvil. Disparar, expulsar el casquillo, mover el cerrojo, disparar... El muro transparente se estremecía según las balas de Hauer pegaban una y otra vez, inclementes, en el mismo lugar del blindaje. Seis disparos... siete... ocho... Disparar, expulsar el casquillo, mover el cerrojo, disparar... Extrajo el cargador vacío y metió el de reserva.

En torno a él la encarnizada batalla seguía en todo su fragor. El Vulcan rugía, las ametralladoras de los búnkers tableteaban, el casco del Armscor resonaba como un bote de hojalata bajo una tormenta de pedrisco. Hauer percibía el olor a fósforo de los proyectiles trazadores que seguían diluviando mortíferamente sobre el campo de batalla. De pronto, con un escalofrío, Hauer se dio cuenta de que la ráfaga del Vulcan comenzaba a desviarse. Apartó el ojo del visor y oteó el oscuro terreno. ¡Dios mío! ¡El artillero había reparado en los fogonazos de su fusil! La boca se le secó. El Vulcan bajó el ángulo de tiro y la ráfaga comenzó a ir hacia Hauer.

Todas las células de su cuerpo le gritaban. «¡CORRE!» Cerró los ojos para contener el pánico, y luego se obligó a abrirlos otra vez y a pegar de nuevo el ojo derecho al visor. En algún lugar de ahí arriba, se dijo, está el hombre que intenta matarme. Notaba los impactos de millares de proyectiles del Vulcan pegando contra el suelo, como los primeros temblores de un terremoto. Aquel rugido parecía devorar hasta el propio aire.

La ráfaga de proyectiles trazadores redujo la velocidad de su avance. Smuts quería estar seguro de no fallar. En ese momento de vacilación, Hauer tensó los doloridos músculos, fijó la vista en el pequeño fragmento de cristal blindado que ya había recibido las balas de su primer cargador y abrió fuego.

Pieter Smuts fue el primero en alcanzar su objetivo. En sólo dos segundos, el Vulcan lanzó 200 proyectiles contra la parte trasera del Armscor y le arrancó un cuarto de tonelada de blindaje de acero templado. El vehículo se estremeció como una gran bestia herida; una negra columna de humo comenzó a alzarse en el aire. De pronto, el motor turbo de ocho cilindros del Armscor se puso en marcha. En un último y desesperado intento de sobrevivir, el capitán Barnard apretó el acelerador hasta el suelo. El vehículo blindado saltó hacia adelante como un caballo salvaje, saliéndose de la línea de fuego del Vulcan y dejando a Hauer sin protección sobre el suelo.

Solo y de rodillas en la oscura planicie, el aturdido Hauer se echó el fusil a la cara y pegó el ojo al visor. La tierra levantada por los proyectiles del Vulcan, que llovían sobre el Armscor a escasos metros de distancia, caía sobre él. Aquí no hay nadie, decía una voz en el interior de su cabeza. Sólo tú y el hombre que maneja ese cañón...

Disparó.

La bala astilló el cristal.

Disparó de nuevo.

La ráfaga de proyectiles se apartó del Armscor y avanzó hacia él. Smuts había advertido demasiado tarde dónde se encontraba el verdadero peligro.

Con la ráfaga del Vulcan a punto de hacerlo pedazos, Dieter Hauer cerró los ojos al hacer el último tiro. La ráfaga del cañón rotatorio se interrumpió por un momento, se reanudó por unos instantes más... y finalmente se extinguió.

Roto ya el ensalmo, Hauer se puso rápidamente en pie y corrió en dirección al Armscor. Gadi Abrams lo ayudó a entrar por la portilla.

—¡Es usted un perfecto loco!

El Armscor estaba llenándose rápidamente de negro humo de aceite quemado.

—¡Que todo el mundo dispare! —gritó Hauer—. ¡Hay que abrir un paso entre las minas! ¡Hagan detonar todo lo que se interponga en nuestro camino!

Una Claymore explotó inofensivamente en las cercanías, pero eso fue todo. El Armscor había llegado al punto en que la noche anterior murieron los colombianos de Burton. Las minas de la zona ya habían detonado y no las habían sustituido por otras nuevas. El Armscor siguió adelante y en veinte segundos justos llegó a la mansión Horn.

El capitán Barnard atravesó el vehículo frente a la puerta principal, a modo de barricada. Al momento, dos soldados del CT sudafricano asomaron las escopetas por las troneras y destrozaron las bisagras de la gran puerta de teca. Cuando Hauer abrió la portilla lateral, se encontró mirando directamente hacia el interior del vestíbulo de recepción, sobre cuyo mármol yacían los asesinos del comandante Karami.

—¡Fuera todos! —gritó.

—¡Aguarde!

El general Steyn se encontraba en el compartimento del conductor, inclinado

sobre el capitán Barnard. Hauer recordaba que el joven había recibido el impacto de algunos cristales en el rostro cuando el parabrisas se hizo pedazos, pero al mirar por encima del hombro del general se dio cuenta de que el capitán Barnard se encontraba herido de muerte.

—¿Dónde ha sido, hijo? —preguntó el general Steyn, paternal.

—En el pecho... señor.

Cuidadosamente, el general examinó el torso del joven.

—Pensé que llevaba un chaleco blindado —murmuró Hauer.

El general Steyn retiró una mano manchada de sangre de debajo del brazo derecho de Barnard.

—Tiene clavada una astilla de policarbonato —susurró—. Justo en la axila, donde termina el chaleco. Sabe Dios hasta dónde le llega. —Se volvió de nuevo hacia el capitán Barnard—. ¿Puede moverse, muchacho?

El joven trató de sonreír y tosió agónicamente.

—Es como si tuviera ese cochino cristal clavado en el corazón. Como una espada... se lo juro. Sigam sin mí.

Con el rostro más congestionado que nunca, el general Steyn replicó.

—Tonterías, muchacho. Se viene usted con nosotros.

—No me toque, señor —dijo ahogadamente el capitán Barnard—. Se lo ruego...

El general Steyn parecía ansioso de arrancarle la cabeza al hombre responsable de todo aquel dolor. Encajó las mandíbulas, cogió la pistola calibre 45 que Barnard llevaba al cinto y la colocó cuidadosamente en la mano del joven.

—Si la cosa se pone demasiado fea —dijo—, ya sabe lo que tiene que hacer. —El general tragó saliva—. Volveré a por usted, Barnard. Se lo prometo solemnemente. Trate de aguantar.

El general Steyn se dio la vuelta y encogió los amplios hombros para atravesar la puerta del compartimento del conductor. Una máscara de tristeza cubría su rostro congestionado. Mirando fijamente a los ojos de Hauer, dijo con voz trémula.

—¡Si guerra quieren, guerra tendrán! —Alzó su pistola e introdujo una bala en la recámara—. ¡Entremos en la casa, muchachos!

Pieter Smuts se apartó tambaleándose del Vulcan y se limpió con la manga de la camisa la sangre que le cubría los ojos. A causa de los proyectiles de Hauer, una docena de astillas de cristal blindado había impactado contra su rostro. Se puso en cuclillas junto a la silla de ruedas de Hess.

—Han irrumpido en el perímetro externo, señor. No sé quiénes van en ese vehículo blindado, pero deben de ser amigos del judío.

Hess hizo una mueca.

—¿Quién va a ser sino el capitán Hauer? Le dije que jamás subestimara a un viejo soldado alemán. Es evidente que Hauer ha sido más listo que el comandante Graaf.

¡Maldito sea! ¡Un alemán! ¡Un alemán luchando contra mí!

—Aún podemos detenerlos, señor.

—¿Cómo?

—Si doy la orden de alto el fuego a los hombres de los búnkers, señor, los libios avanzarán y matarán a cuantos queden con vida en la parte exterior de los blindajes.

—Es cierto —dijo Hess pensativo—. Pero entonces tendremos a los libios dentro de la casa.

—Pero no a este lado de los blindajes. No podrán acercarse ni a usted ni a las bombas.

Hess vaciló al darse cuenta de que aquella orden supondría la muerte segura para Ilse, Linah y el resto de la servidumbre.

—Hágalo —dijo al fin.

Smuts oprimió un botón de su consola y dio la orden. En el exterior, el tableteo de las ametralladores se redujo primero y después cesó por completo.

En el extraño e inquietante silencio que se había hecho en el campo de batalla, el comandante Ilyas Karami dio la orden de que las tres cuartas partes de los comandos que le quedaban emprendieran el descenso de la pendiente. Los demás debían quedarse para transportar el obús. La batalla aún no había terminado y no quería perderla por exceso de confianza. Lo que estaba en juego era demasiado.

Alan Burton rodó por encima del borde de la Aguada y resbaló hacia las sombras por el fangoso talud. Juan Díaz se encontraba casi enterrado en el refugio de barro y zarzas construido por Burton en el fondo del barranco. Las heridas de Burton despedían un desagradable olor, y los ojos del hombre eran como pálidas y amarillentas muescas. Burton le habló al oído.

—Tengo nuestros pasajes de regreso, amigo. ¿Te sientes con ánimos?

—Sí —susurró Díaz.

—En la pista hay un gran avión de pasajeros, pero lo tienen muy vigilado. Pero también hay un pequeño y precioso Lear que por dentro parece un puñetero burdel turco. Ése es nuestro pájaro.

Gruñendo de dolor, el menudo cubano logró ponerse de rodillas e hizo a un lado la mano que Burton le tendía.

—Vámonos, inglés —jadeó con forzada sonrisa—. En esta playa hay muy pocas señoritas.

Los dos hombres tardaron diez minutos en llegar hasta lo alto de la Aguada y recorrer los ochenta metros que los separaban del Learjet libio. El inglés tuvo que llevar a cuestas a su compañero durante el tercio final del camino. Sin embargo, en vez de meter al cubano directamente en el interior del jet, Burton siguió hasta el

borde de la pista de asfalto y allí lo depositó en el suelo. Díaz lanzó un gemido a causa del dolor de las heridas.

—Lo siento, amigo —jadeó Burton—. Pero de momento éste es el lugar más seguro.

—¿Cómo? —exclamó Díaz adivinando al fin las intenciones de Burton—. ¡Pero si tenemos el avión ahí mismo!

—Lo lamento, amigo. Ya te dije que, a poco que pudiera, intentaría de nuevo llegar a la casa. Cuando esos vendedores de alfombras se liaron a tiros, me dieron la oportunidad que esperaba. Ten en cuenta que para mí, a no ser que haga el trabajo que me encargaron, ese pequeño reactor no es la salvación. Sólo es un taxi para regresar al purgatorio.

Díaz soltó un torrente de maldiciones en español.

—No te enfades, amigo Juan. Ocúltate entre esos matorrales. No me gustaría que esos cabrones te descubrieran. —Burton señaló pista arriba, hacia la oscura zona por la que el comandante Karami y sus hombres se movían—. Si dan contigo, te cortarán las pelotas con una cimitarra.

Una vez Díaz se hubo acomodado lo mejor posible entre la crecida vegetación, Burton dijo.

—Sé que eres capaz de llegar a ese avión por tus propios medios, compañero. No me gustaría que te fueras sin mí. No lo harás, ¿verdad?

El cubano hizo una mueca.

—Ayer mismo lo habría hecho —admitió—. Pero anoche me salvaste la vida, inglés. Un cubano no olvida una cosa así. Vete a hacer de héroe. Cuando regreses, Díaz seguirá aquí.

Burton echó un último vistazo al Lear, su único medio posible de escape, y después le tiró a Díaz su reloj de pulsera y le dirigió una amplia sonrisa.

—Si dentro de cuarenta minutos no he regresado, amigo, te deseo de corazón *bon voyage*.

Díaz movió la cabeza y se tumbó entre la vegetación. Burton empuñó la metralleta que había llevado en bandolera y echó a andar hacia la mansión Horn.

Hauer salió en tromba del Armscor y entró a la carrera en el vestíbulo de recepción de mármol con los sudafricanos pisándole los talones y Gadi cerrando marcha. El joven israelí corrió directamente hacia los cadáveres.

—¡Son árabes! —anunció—. Todos menos dos, y no los reconozco.

—Mire —dijo el general Steyn señalando hacia el negro blindaje rectangular que cegaba el acceso al ascensor principal—. Por ahí se debe de ir a la torre del cañón.

—Y a la bomba —murmuró Gadi.

Dos soldados CT apuntaron las escopetas contra el blindaje.

—¡Capitán! —llamó una voz desde las sombras.

A Hauer el corazón se le subió a la garganta. Mirando hacia el otro lado del vestíbulo de entrada, distinguió una figura contra las sombras de un pasillo situado a su derecha. Era Hans.

—¡Gadi! —dijo una voz ronca.

—¿Eres tú, tío? ¿Dónde estás?

Stern avanzó hasta el vestíbulo de recepción, que estaba mejor iluminado. Hans e Ilse permanecían entre las sombras, detrás de él.

—¡Jonas! —exclamó el general Steyn—. ¡Tienes que darme un montón de explicaciones!

Gadi fue a cruzar la sala pero Stern le hizo seña de que no. Hauer observó, desconcertado, cómo Hans salía del corredor y corría pegado a las paredes del gran vestíbulo, como un corredor dando la vuelta a la pista de un estadio. Cuando al fin se detuvo, Hauer respingó impresionado. El cabello, el rostro y las ropas de Hans estaban cubiertos de sangre. Parecía como si el muchacho hubiese amortiguado con su cuerpo la explosión de una granada.

—¡Hans! ¿Qué te ha pasado? ¿Estás herido?

—¡No hay tiempo para explicaciones! —Sólo el blanco de los ojos del muchacho era visible a través de la sangre—. Como no logremos pasar al otro lado de esos blindajes, estamos acabados. Tenemos un plan pero ahora no te lo puedo explicar. Quiero que busquéis dos cuartos con ventanas que den a la parte interior de la casa. Ciertas habitaciones tienen cámara de vídeo, y otras no. Hay que encontrar una que no tenga. Si mi plan da resultado, los blindajes bajarán por un momento, tiempo suficiente para permitirnos pasar. Cuando entréis, evitad la pared del ascensor. Allí hay instalada una cámara.

Hans apretó la mano de Hauer entre las suyas y regresó a la carrera hacia Stern. Hauer miró inquisitivamente a Gadi. El joven israelí se encogió de hombros y echó a andar hacia el pasillo de su izquierda. Hauer y los sudafricanos lo siguieron.

Desde lo alto de la torre, Pieter Smuts observó cómo los comandos del comandante Karami cargaban a través de la hondonada. En cuestión de minutos, Hauer y los suyos estarían muertos. Smuts sonrió. En aquellos momentos, los blindajes protectores de la casa debían de tener marcas de arañazos. Lo de Linah era una lástima, desde luego, pero los criados eran fáciles de sustituir.

—¡Pieter! —exclamó Hess.

Cuando se volvió hacia la voz, Smuts vio que su jefe, horrorizado, señalaba hacia uno de los monitores del circuito cerrado de televisión. Ilse Apfel llenaba toda la pantalla. Tenía el rostro y las ropas manchados de sangre y empuñaba una metralleta Uzi. Gritó mudamente hacia el monitor pidiendo ayuda; a continuación se apartó de la cámara y disparó una ráfaga con la Uzi.

—¡Es la cámara del ascensor! —gritó Hess—. ¡Conecte el audio!

Inmediatamente, el sonido de disparos llenó la torre. Ilse se volvió de nuevo hacia la cámara y gritó.

—¡Por el amor de Dios, ayúdenos! ¡Nos matarán! ¡Herr Horn, por favor! ¡Mi esposo está herido!

En aquel momento, Hans apareció tambaleándose en el campo de visión de la cámara y disparó una ráfaga con la Uzi que le había quitado a un cadáver libio. También él estaba cubierto de sangre. Tanto la sangre como las Uzi procedían de los sicarios muertos del comandante Karami. Hans e Ilse se habían revolcado en los charcos de sangre del vestíbulo de recepción hasta parecer cadáveres ambulantes.

—¡Por Dios, Pieter! —exclamó Hess suplicante—. ¡Esa gente es alemana!

Smuts negó furiosamente con la cabeza.

—No podemos arriesgarnos, señor. Hauer y sus hombres podrían encontrarse ya en el interior de la casa.

—¿No es posible bajar solamente el blindaje del ascensor?

—No, señor. O todos o ninguno. Así funciona el sistema.

—¡Entonces, bájelos todos durante cinco segundos!

Smuts apretó los puños. Como muchos alemanes, su jefe podía ser enojosamente sentimental. Del mismo modo, un hombre que había enviado a millones de personas a los hornos podía adorar a los perros, se dijo Smuts. Por primera vez desde que entró al servicio de Hess, el afrikáner sintió el deseo de rebelarse.

—¡Creo que es una trampa, señor! ¡No veo a ningún árabe!

Ilse se volvió de nuevo hacia la cámara con los ojos llenos de terror.

—¡Por el amor de Dios, Herr Horn, sálveme! ¡Salve a mi pequeño!

Hess tenía las manos tan crispadas en torno a los brazos de su silla de ruedas que los nudillos estaban blancos.

—No veo a Hauer por ninguna parte —dijo en voz baja tras mirar los otros monitores.

—¡No todos los dormitorios tienen cámara!

Con el rostro congestionado por la ira, Hess dijo.

—¡Esos que están muriendo ahí abajo son alemanes, Pieter! ¡Esa muchacha me salvó la vida anoche!

—Pero...

—¡Obedezca!

El afrikáner descargó el puño derecho sobre la consola.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Gadi se lanzó por el hueco de la ventana del dormitorio antes incluso de que el negro blindaje se hubiese retraído por completo. Hauer saltó tras él y cayó sobre los adoquines de un pequeño patio. A su derecha vio cómo los soldados CT sudafricanos ayudaban al general Steyn a ponerse en pie.

—¡Tenemos que encontrar a mi tío! —gritó Gadi.

El general Steyn señaló hacia una gran puerta de madera situada al otro lado del patio y movió circularmente la muñeca. Los soldados CT dispararon sus escopetas contra las bisagras de la puerta. Luego cruzaron silenciosamente el umbral y fueron a apostarse en posiciones defensivas. Los demás los siguieron pisándoles los talones.

Hauer fue el último en traspasar el umbral. En el momento en que lo hacía reparó en que en el exterior de la casa el tiroteo había cesado. Esto le sorprendió, pero no tardó en desentenderse de ello mientras seguía a Gadi y a los sudafricanos por un corto corredor que conducía a una enorme habitación sin ventanas. En el centro del suelo había varios embalajes grandes y junto a una puerta de la pared del fondo se encontraba estacionada una carretilla elevadora.

De pronto, Stern e Ilse aparecieron corriendo por un pasillo situado a la derecha de Hauer. Éste, percibiendo el peligro, les hizo seña de que volvieran atrás, pero antes de que pudiera decir nada, dos hombres que llevaban uniformes grises de la Wehrmacht se alzaron detrás de la carretilla y abrieron fuego con armas automáticas. Stern se lanzó al suelo arrastrando a Ilse tras él. Gadi devolvió el fuego. Mientras las balas zumbaban, Hans llegó corriendo desde el pasillo, se detuvo atropelladamente y retrocedió a toda prisa.

—¡Ilse! —gritó—. ¡Vuelve a gatas hacia aquí!

Ilse miró hacia atrás, pero tenía encima a Stern, que la había protegido con su cuerpo. Hauer y el general Steyn retrocedieron de nuevo hacia el pasillo. Los soldados sudafricanos CT reaccionaron de modo distinto. Los bien adiestrados comandos consideraban el blindaje corporal Kevlar como una arma ofensiva. Mientras un soldado disparaba ráfagas de cobertura, el otro cargó en su escopeta una granada de gas lacrimógeno y la disparó contra la carretilla. Sin esperar a oír ni una sola tos, los sudafricanos cargaron disparando al tiempo que corrían.

—¡Posición despejada! —gritó en afrikáner uno de los soldados.

—¡Ya está! —anunció el general Steyn—. ¡Vamos!

Junto a la carretilla, Hauer abrazó fuertemente a Hans e Ilse, pero no había tiempo para hablar. A sus pies yacían los cadáveres de los hombres de Smuts, abatidos por las balas de los comandos sudafricanos, que ya habían tomado la escalera situada al otro lado de la puerta. Los peldaños de acero iban hacia arriba y hacia abajo. Inclinandose sobre la barandilla, Hauer alzó la vista y contó seis tramos de escalera que concluían en un rellano situado tres pisos más arriba. Hacia abajo, la escalera se

perdía entre las sombras.

—La bomba está abajo —dijo Stern—. A cien metros de profundidad. Ése es nuestro objetivo.

—Pero el enemigo está arriba —replicó Hauer señalando con su fusil de precisión.

—Ellos no importan —dijo Stern—. Él no importa.

—¿Quién? —preguntó el general Steyn—. ¿Horn?

Hauer miró significativamente a Stern.

—Si no neutralizamos la torre, aunque encontremos esa maldita bomba, no podremos hacer absolutamente nada con ella.

Stern rió suavemente.

—¿Cuánto tiempo cree que detendrán los blindajes a esos árabes, Hauer? ¿Cinco minutos? ¿Diez? Probablemente, el propio Horn los baje de nuevo para que los árabes nos maten y él no tenga que tomarse la molestia de hacerlo.

—*Scheisse!* —maldijo Hauer—. ¡Por eso han dejado de oírse tiros! ¡Ya vienen hacia aquí, Stern! Tenemos que hacernos con el cañón de la torre. Usted haga lo que quiera, pero yo me voy con los sudafricanos arriba.

Sin una vacilación, Stern y Gadi comenzaron a bajar por la escalera. Hauer, el general Steyn y los sudafricanos iniciaron el ascenso, con Hans e Ilse cerrando la marcha. En el rellano del piso alto, Hauer pegó la oreja a la puerta metálica verde que allí había y quedó unos momentos a la escucha. Le pareció oír voces al otro lado, pero no estaba seguro. Retrocedió y vio que los sudafricanos se disponían a volar aquella puerta como habían hecho con la del patio. Les hizo seña de que esperasen. Cerró la mano en torno al tirador de aluminio y le aplicó una ligerísima presión.

El tirador giró.

Hauer volvió la vista hacia los sudafricanos, señaló hacia la puerta con un ademán, alzó un puño y movió negativamente la cabeza. Los soldados CT entendieron el mensaje: nada de granadas. Hauer se humedeció los resacos labios bajo el respirador, luego alzó una pierna y abrió la puerta de un puntapié.

Cinco hombres, Hess, Smuts y tres miembros de las fuerzas de seguridad de Smuts, los miraron con estupefacción. Tras un instante de inmovilidad, los hombres de Smuts cometieron el error de tratar de alzar sus armas. Los hombres del general Steyn los mataron inmediatamente a tiros. En cuanto a Smuts, éste no se resistió. Sin perder la calma, se apartó de la ventana del observatorio y dejó los prismáticos de campaña en una repisa.

Nadie parecía saber qué decir. El general Steyn asomó por detrás de Hauer, miró al marchito viejo que ocupaba la silla de ruedas y, con voz algo pomposa, dijo.

—Thomas Horn, en nombre de la República de Sudáfrica, queda usted detenido.

Aún con el parche negro sobre el ojo, Hess alzó la vista y miró con desdén a su interlocutor, quien, tras carraspear, quiso saber.

—¿Es usted Thomas Horn?

—No lo soy —dijo Hess altivo—. Soy Rudolf Hess. Y usted, general, es un traidor a su nación y a su raza.

Boquiabierto, el general preguntó.

—¿Quién ha dicho que es?

—No le haga caso, general —dijo Hauer—. Está rematadamente loco. —Hauer se volvió hacia Smuts—. ¿Por qué no disparan sus hombres contra los árabes?

Smuts se limpió con la manga el aún sangrante rostro y, por toda respuesta, sonrió torcidamente.

—A ustedes también los matarán —señaló Hauer.

—Puede que sí —concedió Smuts—. Pero tal vez no.

Hauer se dirigió al acribillado muro de policarbonato y miró hacia fuera. La mitad de los comandos libios ya había cruzado la hondonada, otros estaban aún haciéndolo, y parecían fantasmas negros flotando sobre el terreno iluminado por la luna. Hauer volvió la cabeza y estudió la jaula desde la que se controlaba el cañón Vulcan.

—General Steyn, ¿pueden manejar sus hombres esa arma?

El general hizo un ademán y uno de los sudafricanos se quitó la máscara antigás, se metió en la jaula y abrió fuego. El ruido fue ensordecedor. El artillero abatió a una docena de libios en menos de veinte segundos. Cuando los hombres de los búnkers advirtieron que el Vulcan volvía a disparar, pensaron que Smuts había decidido volver a la ofensiva, y el tableteo de sus ametralladoras se sumó al fragor de la batalla.

Pieter Smuts acercó la mano a la consola que controlaba los blindajes de la planta baja.

—Toque eso y es usted hombre muerto —le advirtió Hauer.

La mano de Smuts remoloneó en las proximidades del interruptor hasta que Hauer lo hizo retroceder tocándolo con la punta de su fusil. El atronador Vulcan seguía vomitando proyectiles y llamas contra la oscuridad.

—¡Escuche! —dijo Hess esforzándose por hacerse oír—. Usted... —siguió señalando a Hauer—. Usted es alemán. ¡En el nombre de la patria, únase a mí! —De pronto, el viejo miró en torno confuso—. ¿Dónde está Frau Apfel?

En aquel momento, Ilse apareció en el umbral. Hans la había retenido en el exterior hasta tener la certeza de que la escaramuza de la torre había concluido.

—¡Ella lo comprende! —gimió Hess—. Todos ustedes deberían unirse a...

En ese momento el primer proyectil del obús de Karami pegó contra la torre. La explosión conmovió la estructura hasta los cimientos.

—¡Todos fuera! —gritó Hauer—. ¡Aprisa!

Como una exhalación, Pieter Smuts cruzó la sala, levantó a Hess de la silla de ruedas y lo llevó en volandas hasta la escalera. Todos los demás corrieron tras ellos. Sólo el sudafricano que manejaba el cañón se quedó en la torreta, buscando el gran cañón entre el humo de la batalla. El grupo acababa de llegar al segundo piso cuando el segundo proyectil del obús alcanzó la ventana de la torre e hizo explosión,

incinerando a hombre y máquinas por igual en una inmensa bola de fuego. Aturdidos por la explosión de arriba, todos miraron hacia Hauer, esperando recibir instrucciones.

—¡Síganlo! —gritó Hauer señalando hacia Smuts.

Pese a llevar a Hess auestas, el afrikáner ya había llegado a la planta baja. El general Steyn y sus hombres los siguieron, pero Hans e Ilse se rezagaron. Hans agarró el brazo de Hauer.

—¡Ven con nosotros! —suplicó—. ¡Aquí vas a morir!

Hauer señaló hacia una angosta ventana del rellano del segundo piso. Encontrándose ya el Vulcan fuera de combate, un grueso contingente libio había comenzado a avanzar hacia la mansión incendiada. Y, lo que era aún más peligroso, varios hombres estaban arrastrando el gran obús a través de la hondonada. Su avance era lento pero constante.

—Busca a Stern —le dijo Hauer a Hans—. Aquí no puedes hacer nada. En estos momentos, el único lugar seguro es el sótano. Yo entretendré a los árabes todo el tiempo que me sea posible. ¡Corred!

Hans vaciló y Hauer lo empujó hacia la escalera. Hauer experimentó una emoción asombrosamente intensa cuando Ilse se puso de puntillas, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó en la mejilla. Luego se retiró y lo miró a los ojos.

—Gracias por venir a rescatarnos —dijo—. Es usted un buen padre.

Sonrió y le apretó la mano a Hauer. Luego tomó la de Hans y ambos comenzaron a bajar la escalera metálica que se perdía en la oscuridad.

Hauer rompió con la culata de su fusil el cristal de la angosta ventana y asomó por el hueco el largo cañón del arma. Cuadró los hombros, se llenó los pulmones de aire y pegó el ojo al visor. La infantería libia era el blanco más próximo, pero hizo caso omiso de ella. Tenía que frenar el avance del obús. Situó la cruceta de la mira, colocó el índice sobre el gatillo del Steyr y apretó.

Derribó a cuatro hombres en ocho segundos. El enorme obús primero aflojó la marcha y después se detuvo por completo. Los hombres que lo habían empujado corrieron a refugiarse. Hauer apuntó contra la infantería y mientras lo hacía comenzó a oír una sosegada voz en el interior de su cabeza. Blanco móvil a cincuenta metros... Disparar, expulsar el casquillo, mover el cerrojo, disparar... Mientras iba liquidando a los comandos uno a uno, se preguntó de cuánto tiempo dispondría hasta que los encargados del obús localizaran los fogonazos del Steyr y decidieran redecorar la segunda planta de la torre con un proyectil de 105 milímetros.

Alan Burton yacía boca abajo en el borde de la hondonada, observando a los libios cruzar la tierra de nadie. Había visto cómo el obús destruía la parte alta de la torre, y ya casi había decidido tratar de cruzar la hondonada a la carrera cuando vio que los libios comenzaban a caer bajo los proyectiles de Hauer. Al menos, ahí arriba

hay alguien que sabe lo que hace, pensó Burton no sin admiración. Evidentemente, tendría que encontrar otro camino para acceder a la casa.

El renovado tableteo procedente de los búnkers le dio la idea. Entre las sombras, unos cuarenta metros a su derecha, se encontraba el más próximo, un fortín de hormigón excavado en la ladera. Lo único que le era posible ver era el cañón de una tableteante ametralladora asomando por una tronera. Los búnkers defienden la torre, se dijo. Son instalaciones permanentes. ¿Cómo los abastecen? ¿Por tierra? No... desde la mansión. Pero... ¿cómo?

—Túneles —dijo en voz alta—. Puñeteros túneles.

Burton se acuclilló y avanzó casi a gatas por el borde de la hondonada, hasta quedar directamente por debajo del bunker. Entonces sacó tres granadas de la bolsa de malla que llevaba sujeta al cinturón y las dejó sobre la hierba, junto a él. La ametralladora situada por encima de su cabeza disparaba esporádicamente buscando blancos entre las sombras. Burton se pegó al terreno, le quitó la anilla a la primera granada, la lanzó a través de la tronera y rodó hasta el borde de la hondonada.

La explosión conmovió la tierra bajo su cuerpo. La ametralladora quedó en silencio. Por la tronera comenzó a salir una nube de humo gris. Burton agarró las otras dos granadas y corrió a la parte anterior del bunker. Advirtió que, un metro por debajo de la tronera, en la superficie cubierta de hierba del bunker, había un tirador de acero cerrado con candado. Una escotilla de escape, pensó. Armó otra granada, la dejó pegada a la cerradura y saltó al techo del bunker.

La explosión arrancó la escotilla de sus goznes. Tapándose la nariz y la boca con la parte delantera de la camisa, Burton desapareció por la humeante tronera como un conejo por un agujero del terreno.

A Hauer le ardían los pulmones. Había bajado a la carrera veinte tramos de escalera hasta llegar al complejo subterráneo. A cada paso le agradecía a Dios que se le hubieran terminado las municiones antes de que los artilleros del obús lo localizaran. Ahora avanzaba entre la casi total oscuridad en dirección a las voces que sonaban en el extremo más distante del oscuro laboratorio. Al acercarse más, vio a ocho hombres en pie frente a una reluciente pared plateada provista de varias puertas de gran tamaño. Alguien hablaba en inglés en voz muy alta, pero Hauer no reconoció la voz. Cuando se encontraba a sólo cinco metros del grupo, vio al fin lo que acaparaba la atención de todos.

Tumbados en una gran carretilla había tres cilindros con aletas de metal. Amenazadores y negros, parecían mantener a todo el mundo lejos de ellos por medio de una extraña fuerza repelente. Como nadie se había fijado aún en él, Hauer trató de adivinar qué estaba ocurriendo.

Jonas Stern permanecía de espaldas a la bóveda de almacenamiento, y le hablaba en voz baja y urgente al general Steyn, el cual, desde el otro lado de la carretilla de

las bombas, no le quitaba ojo. Gadi permanecía a la izquierda de Stern, con el fusil de asalto en la mano derecha. Los dos soldados sudafricanos, aún con cascos y máscaras antigás, se encontraban detrás del general Steyn. Smuts había dejado a Hess en el suelo, con la espalda contra la pared y las inútiles piernas tendidas al frente. Hans e Ilse permanecían tomados de la mano junto al doctor Sabri.

Hauer se colgó del hombro el fusil descargado, cruzó el grupo y se interpuso entre Stern y el general Steyn.

—¡Capitán Hauer! —exclamó el general Steyn. Y, señalando con el índice a Stern, preguntó—. ¿Sabe lo que quiere hacer este loco? ¡Insiste en detonar una de estas bombas!

Aquello ya lo había intuido Hauer. Lo que no comprendía era por qué Stern le había mencionado siquiera su plan al general Steyn. Quizá los sudafricanos hubieran sorprendido a los israelíes armando las bombas. Hauer miró a Smuts y señaló una de las bombas.

—¿Qué es esto exactamente?

Al no responder Smuts, el doctor Sabri lo hizo en su lugar.

—Son tres bombas nucleares listas para detonar, señor —dijo encajándose mejor las gafas.

Hauer estudió al joven científico árabe.

—¿Y usted es...?

—Es un físico libio —dijo Gadi irritado—. Eso ya ha quedado claro.

—Hauer —dijo Stern sin alterarse—, la situación es desesperada. Eso lo sabe usted tan bien como yo, y el general Steyn lo sabe mejor que usted y que yo. Es imposible salir de este edificio. En cuestión de minutos, los libios llegarán aquí. Y, cuando lo hagan, Israel estará perdida. A no ser...

—¿A no ser que haga usted volar por los aires toda la parte septentrional de Sudáfrica? —gritó el general Steyn.

La voz de Ilse se alzó por encima de todas las demás.

—¿De cuánto tiempo disponemos? Llevo varios minutos sin oír ninguna explosión.

Hauer se pasó el dorso de la mano por la barbilla.

—Creo que parte de los árabes ya están en el interior de la casa, pero no podrán atravesar los blindajes con armas ligeras. El contingente principal intenta traer hasta aquí el obús. Se encuentran a trescientos metros. Además, nuestro vehículo blindado está atravesado frente a la puerta de la casa. Calculo que transcurrirán quince o veinte minutos antes de que los libios lleguen hasta aquí.

—Gracias, capitán —dijo Stern. Volviéndose hacia el general Steyn, explicó—. Jaap, el daño que harían esas armas tal vez sea mucho menor de lo que supones. Doctor Sabri, ¿qué efectos pueden producir esos artefactos?

Con voz temblorosa, el científico libio respondió.

—Sólo he examinado de cerca uno de ellos. Se trata de una bomba de cuarenta

kilotones. Según los actuales criterios, ésa es una potencia muy baja. De ser detonada en la superficie, las consecuencias serían catastróficas. Pero aquí... Supongo que estamos a unos cien metros bajo tierra. Los muros parecen de hormigón armado, lo cual es bueno. —Frunció el entrecejo—. Es difícil predecirlo, pero... Si hiciera explosión una sola bomba, el resultado sería parecido al de una prueba nuclear subterránea de calibre medio. Sin embargo, si las otras dos armas detonasen con la primera, y si la potencia de las tres es similar, la explosión podría llegar hasta la superficie. El lugar en que nos encontramos se convertiría en el centro de un enorme cráter. En cuanto a los efectos en superficie, el radio de la explosión sería, aproximadamente de... unos cinco kilómetros. La radiación sería el mayor peligro. Pero, si los vientos dominantes fueran los adecuados, toda la nube podría dispersarse en dirección al mar.

—¡Y si los vientos dominantes fueran los inadecuados, matarían a todos los habitantes de Pretoria y Johannesburgo! —estalló el general Steyn.

Hans avanzó un paso, inseguro.

—Dices que habéis traído un vehículo blindado. ¿No habrá una forma de llevarse en él las bombas?

Hauer negó con la cabeza.

—Aunque consiguiéramos llegar hasta el vehículo, nunca lograríamos subir hasta él las bombas. Sólo Dios sabe cuánto pesan.

—Mil seiscientos cincuenta kilos cada una —apuntó el doctor Sabri.

—Ya lo ven —dijo Stern en tono tajante—. Es imposible sacar las bombas. Eso sólo nos deja una opción.

—¡Cómo que no! —rugió el general Steyn—. ¡Basta con que logremos salir de este puñetero sitio! Podemos dejar las bombas donde están. En cuanto lleguemos a un teléfono, llamaré a la base aérea de Durban. ¡Las fuerzas aéreas derribarán a esos piratas antes de que salgan de nuestro espacio aéreo!

La sugerencia fue acogida favorablemente por el grupo. Pero mientras el general Steyn explicaba su idea, Gadi Abrams cruzó lentamente la sala hasta el lugar en que se encontraban Hans e Ilse.

Cuando el general hubo terminado de hablar, Stern colocó un pie sobre la bomba más próxima, apoyó un codo en la rodilla y se inclinó hacia Steyn. El general le sostuvo la mirada, imperturbable. Tras él, los enmascarados comandos permanecían con las escopetas listas para disparar.

—Jaap —dijo suavemente Stern—, simplemente, no puedo permitir que estas armas caigan en manos de los libios. Ni siquiera por una hora. El riesgo es excesivo.

El general Steyn alzó una mano e, inmediatamente, los dos comandos sudafricanos apuntaron contra Stern las escopetas. La indumentaria futurista que llevaban les daba aspecto de extraterrestres. Su dominio sobre el grupo era total.

O casi total. En cuanto los dos sudafricanos alzaron las escopetas, Gadi, que permanecía semioculto detrás de Ilse, alzó su fusil y lo disparó desde la altura de la

cadera.

Ilse gritó.

La puntería de Gadi fue prodigiosa. Sin olvidar que los sudafricanos llevaban trajes blindados, disparó dos ráfagas seguidas contra las negras máscaras antigás, con lo que mató al instante a los dos hombres. El general Steyn trató de desenfundar la pistola que llevaba al cinto y Gadi hizo un sólo disparo contra él. Lo alcanzó en el hombro y lo derribó al suelo. Luego el joven israelí corrió a colocarse detrás de Stern y apuntó con su carabina al resto del grupo.

El doctor Sabri había palidecido. Smuts sonreía. Ilse seguía gritando. Stern ordenó con voz tonante.

—¡Todo el mundo quieto! ¡A Gadi no le ha quedado otro remedio!

—¿Que no le ha quedado otro remedio? —exclamó Hans—. ¡Ha sido un asesinato!

El general Steyn se puso lenta y trabajosamente en pie, con el rostro congestionado por el dolor y la furia. Hauer ya le había quitado la pistola.

—¡Pagarás esto muy caro, Jonas! —juró—. ¡E Israel también! ¡Sabes que Sudáfrica puede tomar graves represalias contra tu país!

—Sí —admitió Stern—. Lo malo es que algunos de los vuestros ya tenían pensado tomar tales represalias.

—¡Unos cuantos fanáticos! —dijo despectivamente el general Steyn—. ¡Te has extralimitado!

Con voz monocorde, Stern replicó.

—Estamos hablando de la supervivencia de Israel, Jaap. Si estas armas hicieran explosión aquí, en el Transvaal, no cabe duda de que sería un desastre. Pero si sólo una de estas bombas detonase sobre Israel, nuestro pequeño estado dejaría de existir. El mundo entero podría verse arrastrado a la guerra. Es una elección horrible, pero simple. O una tragedia, o el holocausto mundial.

Desde la pared del fondo, una voz cascada dijo.

—¡Muy bien expresado, judío! —Pese a su indefensa situación, la expresión de Rudolf Hess era triunfal—. ¡Lo que se producirá será eso exactamente: un holocausto! ¡Justo como el Führer planeó! ¡Aunque logres persuadir a estos cobardes de que te permitan detonar las bombas, no tenéis suficientes conocimientos para hacerlo! ¡He vencido!

Gadi apuntó la R-5 contra el rostro de Hess.

—¡No, Gadi! —gritó Stern—. ¡Dios, tenía tantas ganas de llevármelo a Israel para que allí lo sometieran a juicio! De verlo obligado a contarle al mundo su infame historia, a confesar todo lo que sabe acerca de los ingleses...

—Os lo puedo contar ahora mismo —tosió Hess—. De todas maneras, dentro de unos minutos todos estaréis muertos. Quizá mi relato os entretenga mientras esperamos la llegada del comandante Karami y sus hombres.

—¡Cállate! —le ordenó Stern en alemán—. ¡Nadie siente el menor interés por

oírte!

—Déjelo hablar —dijo Hauer—. Si vamos a morir, al menos quiero saber por qué. Deseo enterarme de qué había planeado para Alemania este cabrón nazi.

Hess sonrió retador.

—No, eso me lo guardo para mí, capitán. Pero de lo que sí hablaré es de los ingleses.

Hans se adelantó un paso.

—Quizá exista otra forma de salir de aquí, capitán. ¿Por qué no registramos el laboratorio?

Pieter Smuts rió secamente.

—Lo siento, sargento. Un solo camino de entrada y un solo camino de salida. Ése es el mejor sistema de seguridad. Morirá usted en el lugar en que se encuentra.

—¡Usted morirá antes que yo! —replicó Hans furioso.

Ilse alargó la mano y apretó el brazo de su marido.

—Quiero escuchar la historia de Hess, Hans. Quiero saber por qué un inocente se pudrió en Spandau durante tantos años, y por qué los aliados guardaron silencio. Mi abuelo vino aquí en busca de esas respuestas. Él las consideraba muy importantes. Si es posible, yo quiero conocerlas.

Hess le indicó por señas a Smuts que lo colocase mejor sobre el suelo. El gesto acalló a cuantos se encontraban en la sala. Pese a los comandos libios, que no tardarían en abrirse paso a través de los blindajes protectores de arriba, pese al inmenso peligro que todos ellos corrían, todos los que se encontraban en el sótano formaron un silencioso corro en torno al viejo que permanecía con la espalda apoyada en la pared metálica.

—El judío ya conoce casi toda la historia —comenzó Hess—. Lo que ni él ni nadie más sabe es cuál fue mi cometido en la misión. Durante muchísimos años, el interés de todo el mundo se centró en mi vuelo a Escocia. La verdad es que ese vuelo no era más que una pequeña parte del plan. —La voz de Hess iba tomando fuerza—. Nos proponíamos conseguir que en Gran Bretaña cambiara el gobierno. Nadie en Inglaterra deseaba otra guerra; pero cualquier idiota podía darse cuenta de que Churchill no estaba dispuesto a firmar la paz con el Führer. Así que la solución no podía ser más sencilla: deshacerse de Churchill. Después de la guerra, los norteamericanos y los soviéticos hicieron muchas veces cosas parecidas. El Führer siempre se anticipó muchos años a su tiempo. —Hess se acarició la barbilla—. Me muero de risa cuando oigo esos cuentos de que los valientes ingleses salvaron al mundo de Hitler. ¡Ja! Había docenas de ciudadanos ingleses influyentes deseosos de echar a Churchill y de poner a alguien sensato en Downing Street. Y no me refiero a radicales. Eran aristócratas, miembros del Parlamento, caballeros del reino. Todos ellos eran conscientes de que el único modo de acabar con el comunismo era mediante una alianza entre Inglaterra y el Reich. ¡Así que trataron de conseguir esa alianza! Hicieron saber al Führer que si Churchill y su banda desaparecían, ellos

tenían hombres listos para sustituirlos. Y si el rey era eliminado, también para él había recambio. Naturalmente, el Führer estuvo inmediatamente de acuerdo. Mientras él se ocupaba de organizar los atentados contra Churchill y el rey, sus amigos ingleses se preparaban para llenar el inminente vacío de poder. Windsor ocuparía el trono que su hermano menor dejaría vacante.

La voz de Hess iba cobrando cada vez más fuerza.

—La cosa tenía que ocurrir el 10 de mayo, el aniversario de nuestro victorioso ataque contra la Europa occidental. Mi misión era sencilla. Los ingleses partidarios del golpe de Estado exigían pruebas indiscutibles de que el Führer cumpliría su parte del trato: firmar la paz con Gran Bretaña, suspender los feroces bombardeos de Londres, etcétera. —En los ojos de Hess brillaba la nostalgia—. Así que el Führer le pidió a Rudi, su fiel lugarteniente y su amigo de toda la vida, que fuera su emisario ante los amigos ingleses.

—Pero... ¿para qué fue enviado su doble? —preguntó Ilse.

Hess sonrió taimadamente.

—La inteligencia británica, que tenía informantes por doquier, averiguó que yo me proponía volar a Inglaterra. Esperaban que aterrizase en las proximidades del castillo Dungavel, pues ése era el plan original, pero dos semanas antes de mi vuelo, Reinhard Heydrich descubrió que el MI-5 sabía lo de Dungavel. Sin embargo, en vez de cancelar el plan, Heydrich se limitó a cambiar el punto de encuentro, que pasó a ser una playa situada frente a la isla Holy. —Con clara admiración, Hess siguió—. Heydrich fue el que tuvo la idea de enviar a mi doble a Dungavel. Para hacer ver que nada había cambiado, ¿comprenden? La misión del doble era engañar a los del MI-5 haciéndoles creer que me habían capturado, pero sólo durante el tiempo suficiente para que yo completara mi auténtica misión. ¡Nunca se pensó que ese hombre hiciera lo que terminó haciendo!

—Pero usted nunca llegó a completar su misión —apuntó Hauer—. ¿Por qué?

Hess lanzó un suspiro.

—Porque, para cuando salté del avión sobre la isla Holy, me encontré con que el MI-5 también había averiguado lo del segundo punto de encuentro. Otro delator nos había traicionado. Cuando llegué a tierra, a varios cientos de metros de distancia del lugar elegido, por cierto, oí un tiroteo. Comprendí inmediatamente que algo iba mal. Cuando me acerqué al lugar de los disparos, vi que los agentes ingleses estaban atacando la media docena de coches estacionados en la playa que marcaban el punto de encuentro. El tiroteo era entre los hombres del MI-5 y mis contactos. —Hess hizo una mueca, como si recordara algo doloroso—. Fue entonces cuando recibí la herida que terminó costándome un ojo. Una bala perdida. —Se encogió de hombros—. Mi parte de la misión había fracasado. Conocía el nombre y la dirección de un agente alemán que vivía en una aldea costera cercana y que mantenía contacto radiofónico con la Francia ocupada, y me las arreglé para llegar hasta su casa en una moto robada. Lo demás carece de importancia.

—Pero... ¿y el plan para asesinar a Churchill? —preguntó Ilse.

Hess, que parecía cansado, replicó.

—Pregúntele al judío.

Stern lo miró desdeñosamente y, volviéndose hacia la muchacha, explicó.

—Lo cierto es que el plan podría haber tenido éxito de no ser por un desorientado ciudadano británico que recuperó la sensatez justo a tiempo de evitar los magnicidios. Si no me equivoco, el único de todos aquellos hombres que logró escapar, un ruso llamado Zinoviev, acudió a la casa del mismo agente alemán que Hess. —Stern miró a Hess—. ¿No es cierto? ¿No fue allí donde ustedes dos se conocieron?

Hess mostró en los labios una fría sonrisa.

—Pese a lo que afirma en su diario, Zinoviev nunca regresó a Alemania, ¿verdad?

Hess rió entre dientes.

—Y, a pesar de su ojo herido —siguió aventurando Stern—, usted logró escapar con él a Sudamérica, y andando el tiempo, los dos terminaron en Sudáfrica. —Stern miró a Hess con ojos refulgentes—. Zinoviev trató de advertirnos, no sé si lo sabe. En 1967. Debió de ser entonces cuando se dio cuenta de lo loco que usted estaba.

Hess alargó un brazo flaco como el de un espantapájaros.

—¡Zinoviev era débil! ¡Lo único que en último extremo le preocupaba era su preciosa Madre Rusia! La Santa Rusia. En 1967 ya se había convertido en una especie de fanático religioso. —Hess se echó a reír—. Supimos lo de la advertencia, ¿verdad, Pieter? Y el querido Vasili tuvo que reunirse con el Supremo Hacedor un poco antes de lo que tenía previsto.

—¿Y usted por qué no regresó a Alemania? —preguntó Hauer.

Hess pareció auténticamente contrito.

—Me sentía confuso. Nunca me planteé siquiera que las cosas pudieran salir tan mal como salieron. Deben comprenderlo: yo ya me había hecho a la idea de que, llegado el 11 de mayo, o mi misión se habría visto coronada por el éxito o yo estaría muerto. Sin embargo, había fracasado y seguía con vida. Me pareció estúpido matarme en aquellos momentos. Y, lo que era aún más extraño, el gobierno de Churchill había decidido creerse, al menos públicamente, que mi doble era yo. Día tras día, mientras me encontraba escondido en la costa y Zinoviev atendía la herida de mi ojo, escuché los informes de mi captura. Y luego, procedente de Alemania, llegó la noticia de que el propio Führer afirmaba que yo estaba loco. Yo mismo había sugerido que dijera aquello si las cosas se torcían; pero, pese a todo, fue terrible. Las palabras de Hitler me indicaron cuál era la situación. El Führer había supuesto que o bien yo había cometido suicidio según el plan, o bien era cierto que los británicos me habían capturado. Lo único que podía hacer era desacreditarme públicamente. Estoy seguro de que aquéllos fueron los momentos más difíciles de su vida. No sólo había perdido al más fiel de sus amigos, sino que se enfrentaba a la espantosa situación que desde el principio había pretendido evitar. Con el fracaso de mi misión, la guerra en dos frentes era inevitable.

Hess tomó aliento. Tenía el rostro pálido y sudoroso.

—Nueve días más tarde logré hacerle llegar un mensaje al Führer. En él le explicaba lo ocurrido, le informaba de que estaba vivo y le pedía instrucciones. No le mencioné mi herida y me ofrecí a hacer lo que la cobardía me había impedido hacer el 10 de mayo: poner fin a mi vida. La contestación de Hitler llegó dos semanas más tarde. Primero, nos concedió tanto a Helmut como a mí la Gran Cruz. Como ciudadano extranjero, Zinoviev sólo recibió la Cruz de Hierro. Y luego estaban mis órdenes: debía dirigirme a Brasil para administrar la enorme red de empresas e inversiones que, por motivos de seguridad, el Führer había trasladado a Sudamérica. La inminencia de una guerra en dos frentes le había hecho ver las cosas claras. En aquellos momentos la cabeza aún le regía bien y era consciente de que sus posibilidades de obtener la victoria final eran remotas. El Führer estaba rodeado de traidores. Himmler no dejaba de conspirar para ocupar su puesto. Algunos de los principales banqueros del partido ya habían huido de Alemania. Hitler quería, necesitaba, tener a alguien fuera del país en el que pudiera confiar para que le preparase un refugio en el caso de que su posición se hiciera insostenible. —En el rostro de Hess relucía el orgullo—. ¡Yo fui ese hombre! Cuando llegó el momento, Zinoviev mató al agente que nos había ocultado, y ambos nos dirigimos a América del Sur. Lo mismo que Alfred Horn se había convertido en Rudolf Hess para el mundo, yo me convertí en Alfred Horn. Zinoviev actuó como mi lugarteniente y guardaespaldas hasta que emigramos a Sudáfrica. —Hess alzó la vista y miró a Smuts—. Y Pieter ocupó ambos cargos después de mi llegada aquí.

—Hay una pregunta que no ha contestado —dijo Stern recordando al profesor Natterman y su obsesivo interés por el caso Hess—. ¿Era realmente el duque de Windsor un traidor?

Hess se secó la frente.

—¿Quién sabe? Windsor era un idiota. Lo único que deseaba era ser rey otra vez.

—Sí, pero... ¿conspiró con los nazis para recuperar el trono? Eso es lo que deseo saber.

—¡La cosa nunca se puso a prueba! —dijo secamente Hess—. ¿No lo comprendes, judío? ¡Fue una trampa! Una traición desde el principio. Nos usaron. A mí, a Windsor... incluso al Führer. Los servicios de inteligencia ingleses descubrieron a los traidores y los utilizaron contra nosotros. Aquellos malditos me atrajeron a Inglaterra con engaños. ¡Pues claro que Windsor conspiró con nosotros! ¿Hubiera accedido realmente al trono como marioneta de Hitler? ¿Le hubiera robado el trono a su hermano asesinado? ¡Eso jamás se sabrá! —Hess movió la cabeza desolado—. Mentiras... todo mentiras. Nos tuvieron convencidos de que era posible firmar la paz con Inglaterra hasta que fue demasiado tarde... La cabeza de Hess oscilaba extrañamente. El hombre parecía haberse olvidado de su audiencia.

—Bormann —murmuró—. Ilse siempre lo supo. ¡Abandonar al Führer en su hora de necesidad! —Smuts trató de calmar a Hess, pero el viejo nazi abofeteó en el rostro

al afrikáner—. ¡Bormann aterrorizó a mi familia! ¡A mi propia esposa! ¡Trató de echar a mi Ilse de nuestra casa! ¡Gracias a Dios, Himmler se lo impidió!

—Dios mío —murmuró Ilse—. No es extraño que tenga esa fijación conmigo.

El ojo de Hess volvía a estar claro y despejado.

—¡Aquel cerdo pagó cara su insolencia! En 1950 lo vi ahorcado con una cuerda de piano por miembros de ODESSA. Tengo la película en mi estudio.

—¡Basta ya! —dijo Stern plantándose ante Hess—. Échense todos hacia atrás. Ha llegado el momento de que caiga el telón sobre esta farsa. Doctor Sabri, prepare el arma para la detonación.

—¡Un momento! —exclamó Hans corriendo junto a Stern—. ¡Escúcheme! ¡Al diablo con Hess! ¡Al diablo con los nazis! Comprendo el amor que siente hacia Israel, pero no todos los que estamos aquí somos judíos. Yo soy alemán. El general Steyn es sudafricano. Deseamos vivir. ¿Nos convierte eso en cobardes? En tal caso, yo soy un cobarde. Fíjese en mi esposa. Está embarazada, ¿comprende? ¡Queremos que nuestro hijo llegue a nacer! ¿Qué derecho tiene a impedirnoslo?

—El derecho del bien mayor —dijo suavemente Stern—. Lo lamento, sargento.

—¿Lo lamenta? ¿Se propone matar a cuantos no piensen como usted? —Hans señaló a los sudafricanos que Gadi había liquidado—. ¿En qué se diferencia usted de los nazis?

Stern miró a Ilse y su expresión se suavizó por un instante, pero en seguida apartó la mirada. Volviéndose hacia Hauer, preguntó.

—Capitán... ¿cree que estoy equivocado acerca de lo que debemos hacer?

Con una extraña sensación de fatalismo, Hauer miró a los sudafricanos muertos. Miró al general Steyn, que seguía sangrando profusamente por el hombro y respirando con dificultad. Miró a Hans, su propio hijo, en cuyo rostro ardían los deseos de vivir, y halló el mismo fervor inocente en los bellos ojos de su esposa. Miró a Hess, cadavérico y macilento, un anacronismo vivo, sentado en el suelo a los pies de su protector afrikáner. Y miró por último a Stern. Hauer sólo conocía al viejo israelí desde hacía menos de veinticuatro horas y, sin embargo, se sentía mucho más próximo a él que a hombres que había tratado toda la vida. Stern no es un fanático, se dijo. Es realista. Ha visto suficiente mundo para saber que con el destino no se juega. O quizá ocurra simplemente que es un fanático de los que a mí me van. Hauer no deseaba morir. Pero... ¿qué alternativa había? Salir de allí peleando era imposible. Todos los ojos de la habitación estaban fijos en él. Sintiendo un enorme peso en el corazón, se volvió hacia Hans e Ilse. Pero antes de que le fuera posible hablar, detrás de ellos, procedente del oscuro laboratorio, sonó una voz desconocida.

—¡Hola a todos! ¡Hola! ¡Bandera blanca y tregua!

Gadi apuntó su fusil hacia el sonido.

Hauer se volvió hacia las sombras pero no logró ver nada.

—¡Contenga a su perro guardián, Stern! ¡El tipo habla con acento inglés!

—Eso no me tranquiliza en absoluto —replicó Stern—. Muy bien, Gadi —dijo al

fin—. Baja el arma.

Una vez el joven israelí hubo obedecido, un hombre de cabello rojizo y estatura mediana salió de debajo de una mesa de laboratorio. Llevaba un uniforme de comando hecho jirones y en la mano izquierda sostenía una bien engrasada metralleta MP-5.

—Hola —repitió—. Parece que estamos en un pequeño apuro, ¿no?

—¿Quién diablos es usted? —preguntó el general Steyn.

—¿Cómo ha conseguido entrar? —quiso saber Hauer—. Ésa es la pregunta.

—Me llamo Burton, amigo. Ex comandante del ejército británico y, en los últimos tiempos, soldado mercenario. Lo de cómo he conseguido entrar es una larga historia.

—¿Han bajado los blindajes? —preguntó Stern temiéndose que los libios hubieran entrado ya en el complejo interno de la mansión.

—No sé de qué blindajes me habla. Yo he llegado desde un bunker. Hay túneles que conectan los búnkers con la mansión, y todos ellos se entrecruzan aquí.

—¿Habla en serio? —exclamó Hauer—. ¿Los árabes no lo han visto entrar?

—¿Esos domadores de camellos? No, no creo.

—Pero... ¿qué hay más allá de los búnkers? ¿Existe algún modo de salir verdaderamente de aquí? ¿De alejarnos de este lugar?

—Resulta —dijo Burton— que en el exterior me espera mi Learjet personal y mi piloto.

Hauer se quedó boquiabierto. Hans e Ilse corrieron hacia el inglés.

—¡Tenemos que salir de aquí! —exclamó Ilse—. ¡Cuanto antes! ¡Los árabes llegarán aquí en cualquier momento!

Sonriente, Burton anunció.

—Subiremos a bordo del avión dentro de cinco minutos. Sólo una bolsa de mano por persona, por favor.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

El general Steyn pasó el brazo bueno por los hombros de Hauer, convencido de que el anuncio de Burton de que existía una ruta de escape había resuelto *de facto* toda la discusión anterior. Ilse apenas tuvo tiempo de recoger el maletín negro de Hess antes de que Hans la arrastrase por la sala hasta el lugar en que se encontraba el inglés. El doctor Sabri también comenzó a desplazarse cautelosamente en la misma dirección.

Pero Stern y Gadi no se movieron. Permanecieron con las espaldas contra la pared metálica de la bóveda de almacenamiento, sin quitar ojo al nervioso grupo que se estaba congregando en torno al mercenario inglés. Hauer colocó la mano sobre la pistola del general Steyn. Comprendía demasiado bien lo que estaban pensando los israelíes.

—Gadi —dijo secamente Stern.

Con el fusil a la altura de la cadera, el joven israelí se separó de Hauer, agarró al doctor Sabri por una manga y lo arrastró hasta la carretilla en la que aguardaban las bombas. Pateó al libio en la corva haciéndolo caer al suelo, y luego lo empujó sobre la bomba que ocupaba el centro de la carretilla.

—Ábrala —ordenó Stern.

—¿Có... cómo...? —tartamudeó el libio.

—¡Abra la bomba!

—Necesito herramientas.

Gadi apuntó a Smuts con el fusil.

—Aquí no tenemos herramientas —mintió el afrikáner.

Gadi disparó una bala contra la pared, junto a la cabeza de Smuts. Éste no se inmutó, pero, tras unos momentos, se acercó al cajón y sacó una caja metálica de herramientas. Se acercó al libio para entregársela y volvió junto a Hess.

El general Steyn lo observaba todo con incredulidad.

—¿Qué te propones hacer, Jonas? ¡El problema está resuelto! En cuanto despeguemos, puedo usar la radio del avión de este hombre para avisar a las fuerzas aéreas.

Stern apartó la vista del doctor Sabri, que ya estaba trajinando con la bomba, y la fijó en el general.

—Esto sólo cambia dos cosas —dijo sin inmutarse—. Primera, que ahora vosotros tenéis la oportunidad de salir de aquí con vida. Y segunda, que Hess puede ir con vosotros.

Pieter Smuts se puso pálido. Stern tocó la manga de Gadi.

—Hess es responsabilidad tuya. Ve con ellos y llévatelo.

El joven israelí hizo una mueca de contrariedad. Luego, con expresión pétrea y voz solemne, anunció.

—Yo me quedo aquí, tío. Tú debes ser el que se ocupe de conducir a Hess hasta

Israel.

Stern negó con la cabeza impaciente.

—Tú...

—Un momento, un momento —los interrumpió Burton—. Espero que no estén hablando de detonar esas bombas. He visto las suficientes armas convencionales como para distinguir una no convencional cuando la tengo frente a mis narices. Aunque lográramos despegar, la onda de choque de una de esas bombas nos haría pedazos en el cielo.

Stern se acuclilló junto al doctor Sabri, que acababa de retirar la tapa del sistema que permitía armar la bomba.

—¿Cuál es la distancia de seguridad mínima para el avión que lance esta bomba?

El doctor Sabri miró a Stern con los ojos muy abiertos y llenos de temor.

—¡Eso es imposible saberlo! Si la explosión aflora a la superficie... cinco... quizá seis kilómetros.

Stern se puso en pie.

—Si se marchan ustedes ahora mismo —dijo en voz alta—, les será posible alcanzar la distancia de seguridad mínima antes de que los libios logren atravesar los blindajes. Les sugiero que se den prisa.

Hauer señaló con un pulgar la carretilla de las bombas.

—Stern, esas armas deben de tener algún tipo de mecanismo temporizador. ¿Por qué no lo fija para dentro de treinta minutos y viene con nosotros?

A Gadi se le iluminó el rostro.

—¡Pues claro, tío! ¡Ésa es la solución!

Stern negó con la cabeza.

—Los libios estarán aquí dentro de un cuarto de hora. Es casi seguro que traerán con ellos a alguien capaz de detener el temporizador. —Stern obligó al doctor Sabri a ponerse en pie—. ¿Qué clase de detonador tiene esta bomba? ¿Posee realmente un mecanismo de tiempo?

—Sí que lo tiene. Pero no es del tipo que usted imagina. Esta arma está diseñada para hacer explosión por encima de la superficie del suelo. Una vez armada, el temporizador se pone en funcionamiento al llegar a una determinada presión atmosférica fijada de antemano.

—¿Qué duración tiene el temporizador?

—Éste está fijado para doce segundos. ¡Pero yo podría fijarlo para un lapso mucho más largo!

Gadi pegó la punta del fusil al estómago del aterrado libio.

—¿Cómo sabemos que lo que dice del detonador es verdad? ¿Y si te quedas aquí y la bomba no hace explosión? ¡Te habrás sacrificado por nada!

Stern se volvió hacia Sabri.

—¡Enséñeme cómo funciona el detonador! ¡De prisa!

Mientras el libio se afanaba con la bomba, Hauer se acercó a Stern.

—¿Tantas ganas tiene de suicidarse por nada, Stern? Ahora dispone de una verdadera alternativa. El general Steyn tiene razón, las fuerzas aéreas sudafricanas pueden derribar fácilmente a los libios cuando intenten salir del país.

Stern sonrió torcidamente.

—¿Y si alguien de las fuerza aéreas no quiere derribarlos?

—¿Señor...? —dijo el doctor Sabri alzando la vista del arma.

Hauer lo miró. El libio tenía en la temblorosa mano cuatro cables tricolores que salían de un pequeño orificio del revestimiento de la bomba. Bajo la luz fluorescente relucían las puntas de cobre peladas de dos de ellos.

—Si estas dos puntas se ponen en contacto —dijo roncamente el doctor Sabri—, la bomba «pensará» que ha alcanzado la altura prefijada. El mecanismo temporizador se pondrá en marcha y el detonador hará explosión. Nanosegundos más tarde se iniciará la fisión nuclear.

En la sala reinaba un silencio sepulcral.

—¿Deben permanecer las puntas en contacto durante todo el recorrido del temporizador? —preguntó Stern.

El libio asintió con la cabeza.

Antes de que nadie pudiera detenerlo, Stern cogió los dos cables, unió las desprotegidas puntas y cerró el puño en torno a ellas.

Ilse lanzó un grito.

Alan Burton se lanzó bajo una de las mesas del laboratorio, como si fuera a servirle para algo en caso de una explosión nuclear. Hauer y Gadi quedaron inmóviles, contemplando con hipnótica fijeza la locura que estaba cometiendo Stern. Pero nadie reaccionó con un terror tan abyecto como el del doctor Sabri. Aullando de pánico, el libio agarró las muñecas de Stern y trató desesperadamente de separar los dos cables. Pero pese a la gran diferencia de edad entre los dos hombres, Sabri no se salió con la suya. Cuando Stern juzgó que ya habían transcurrido nueve segundos, tiempo suficiente para que todos los presentes se dieran por muertos, separó los dos cables.

—Creo que este hombre dice la verdad, Gadi.

El doctor Sabri se puso de rodillas y miró por el panel de acceso de la bomba.

—¡En el reloj sólo quedan dos segundos! ¡En el nombre de Alá, no permita que los cables vuelvan a tocarse!

—No lo haré hasta que todos ustedes se encuentren a salvo —prometió Stern.

Con media sonrisa, Hauer comentó.

—O hasta que los libios irruman en el complejo subterráneo. ¿No es así, Stern?

—Más vale que se den prisa —se limitó a decir Stern.

Gadi le puso una mano en el hombro.

—Tío, no te sacrifiques, por favor. Soy un soldado. Soy el que debe hacerlo.

—Yo también soy un soldado. —Stern lanzó un suspiro—. Un viejo soldado. Pero eso da lo mismo. Lo cierto es que ya estoy muerto.

—¿Cómo?

—Hoy he recibido radiaciones suficientes para matarme. Y si no para matarme, sí al menos para hacerme muy desagradable lo poco que me queda de vida. —Se frotó los ojos y suspiró—. Apenas te distingo, Gadi. Lo veo todo con una especie de halo.

—¿Se puede saber de qué hablas? —exclamó Gadi.

—Es cierto —intervino Ilse—. A mí me hicieron lo mismo. O simularon hacérmelo.

Gadi parecía atónito.

Pieter Smuts, que seguía contra la pared, se apartó ligeramente de Hess.

—Rayos X, Gadi —explicó Stern—. El mismo sistema que me permitió verificar que Horn era en realidad Hess. Me ataron a la mesa y estuvieron dos horas administrándome rayos X.

El joven comando parpadeó.

—¿Cómo...? Pero... ¿quién te lo hizo? ¡Quién!

En aquel momento, Smuts asintió casi imperceptiblemente con la cabeza. Rudolf Hess se dejó deslizar silenciosamente hasta el suelo.

—¡Ése de ahí! —acusó Ilse señalando a Smuts.

Mientras la joven alzaba su dedo acusador, el afrikáner mostró la Beretta automática que había sacado de una funda tobillera y apuntó con ella a los dos israelíes. A nadie se le había ocurrido registrarlo, y ahora tenía a Stern y a Gadi a su merced. Desde tres metros no podía fallar.

Lanzando un grito ahogado, Gadi apartó a Stern con la mano izquierda al tiempo que con la derecha alzaba la carabina.

Los dos hombres dispararon simultáneamente.

Frente a la entrada principal de la mansión Horn, uno de los soldados del comandante Karami se asomó al vacío compartimento del conductor del Armscor y advirtió que la llave de contacto no estaba puesta. Volvió la cabeza justo a tiempo de ver cómo el ensangrentado rostro del capitán Barnard aparecía entre las sombras como un espectro. Aquello fue lo último que vio el libio. La bala de Barnard lo alcanzó entre los ojos.

Al oír el disparo, otros dos libios entraron en el Armscor. El capitán Barnard les pegó sendos tiros en la cabeza. Esforzándose por respirar pese a la sangre que le anegaba la garganta, el sudafricano asomó la pistola por el parabrisas destrozado y abrió fuego contra los libios situados alrededor del obús.

—¡Manténganse en sus puestos! —gritó el comandante Karami.

El obús de 105 milímetros se encontraba a sólo veinte metros del Armscor. Dos de las balas del capitán Barnard dieron contra el cañón de la gran pieza de artillería y varios libios corrieron a protegerse, pero el comandante Karami se mantuvo inmóvil como una estatua.

—¡Manténganse en sus puestos! —repitió Karami—. Corrijan la elevación y quiten de mi paso a ese montón de mierda.

Para una pieza de artillería, aquello era un tiro a quemarropa. Todos abrieron las bocas y se taparon los oídos. El comandante Karami levantó una morena mano y luego la bajó de golpe.

—¡Fuego!

La bala de Pieter Smuts alcanzó a Gadi justo en el centro del pecho. El israelí salió lanzado hacia atrás y derribó a Stern. Gadi había disparado una ráfaga, pero sólo un proyectil alcanzó al afrikáner, destrozándole la muñeca izquierda, que estalló en un surtidor de sangre y huesos. Antes de que ninguno de los dos hombres pudiera moverse de nuevo, la explosión del proyectil del obús estremeció como un trueno el techo del sótano.

—¡Ya vienen! —gritó Hans.

Lo que siguió, a Hauer le pareció verlo a cámara lenta. Smuts apuntó la pistola para hacer un segundo disparo. Gadi, que se había salvado debido a su blindaje corporal, trataba de ponerse en pie. Hauer le gritó un aviso a Smuts, pero el afrikáner hizo fuego a pesar de todo. Su segunda bala atravesó el desprotegido muslo derecho de Gadi. Mientras por encima de ellos sonaba la explosión del segundo proyectil del obús, Hauer alzó la pistola del general Steyn, la apuntó contra Smuts y disparó cuatro veces.

Las balas pegaron al afrikáner a la pared. Smuts permaneció unos momentos inmóvil con los ojos muy abiertos y luego se desplomó sobre las lisiadas piernas de su jefe.

—¡Pieter! —exclamó Hess—. ¡Oh, Dios mío, no!

Una nueva explosión conmovió toda la casa.

—¡O ahora o nunca! —gritó Burton.

Dirigió una última mirada a Hess, caído en el suelo, y dio media vuelta y echó a correr.

—¡Todo el mundo fuera! —ordenó Stern—. ¡Ahora mismo!

Hauer condujo al general Steyn hacia los oscuros pasillos del laboratorio para seguir luego hacia los túneles, pero el general herido se derrumbó tras recorrer una docena de pasos. Hauer comenzó a arrastrarlo y Hans se le acercó para ayudarlo. El doctor Sabri dirigió una temerosa mirada a Gadi y corrió tras los otros.

—¿Puedo ir con usted, señor? —le preguntó a Hauer.

Hauer empujó al libio pasillo abajo, y se volvió de nuevo hacia Stern.

—¡Concédanos todo el tiempo que pueda, Stern! ¡Esta gente se merece vivir! ¡Quédese con el fanático de su sobrino y entreténgalos lo más posible!

—¡No se preocupe, maldito policía! —le gritó Gadi sujetándose el sangrante muslo—. ¡Voy a quedarme y mataré a todos los árabes que asomen la cabeza por

aquí!

—No, Gadi, no —insistió Stern—. Tú te vas con ellos. Tienes que llevarte a Hess.

—¡Me quedo contigo! —Gadi apuntó su fusil de asalto contra el viejo—. ¡Púdrete en los infiernos, cabrón nazi!

Stern le sujetó el brazo.

—¡No! ¡Debes llevarte a Hess a Israel! ¡Cógelo en brazos y llévatelo a Jerusalén! ¡No tardarán en colgarlo!

Hauer y los demás se habían detenido a mitad de camino hacia el túnel. Todos se encontraban pendientes del extraño drama que estaba teniendo lugar ante la plateada puerta de la bóveda de almacenamiento. Incluso con sus propias vidas pendientes de un hilo, los que tan desesperadamente deseaban vivir no podían apartar los ojos de aquellos dos hombres dispuestos a enfrentarse a la muerte sin temor ni vacilaciones. Otra explosión hizo estremecer todos los cristales del laboratorio.

—¡El inglés ya se ha ido! —gritó Hans—. ¡Sigámoslo!

El doctor Sabri echó a correr. Hans empujó a Ilse para que siguiera al libio. Stern se montó a horcajadas en la bomba y recogió los dos cables pelados de detonación.

—Virgen santa... —murmuró Hauer retrocediendo hacia las sombras.

El obstinado Gadi fue a apostarse detrás de Stern. Éste se volvió y miró a los ardientes ojos del joven comando. Con voz quebrada por la emoción, dijo.

—En el nombre de Abraham, Gadi, llévate a Hess a Israel. Esto no es una orden. Es tu sagrado deber hacia las almas de tus antepasados. Déjame una arma y saca a Hess de aquí.

Al joven israelí le resbaló una lágrima por la mejilla. Con manos temblorosas, dejó su fusil apoyado en la cubierta protectora de la bomba y fue hasta donde yacía Hess. Apoyándose en la pierna buena, se inclinó, agarró al viejo por las axilas y tiró de él. Inmediatamente, Hess comenzó a debatirse. Gadi le asestó un puñetazo en la parte lateral de la cabeza y se echó al hombro el marchito cuerpo.

—¡Sí! —gritó Stern—. ¡Llévatelo!

Temblando bajo los cuarenta y cinco kilos de su carga, el israelí herido echó a andar trabajosamente en pos de Hauer y Hans. Sin embargo, al cabo de sólo cuatro pasos, el músculo lesionado del muslo no pudo soportar más. El muchacho se derrumbó lanzando un grito agónico. Hess cayó sobre él. Gadi encajó las mandíbulas y se quitó al viejo de encima. Luego, haciendo un dolorosísimo esfuerzo, logró ponerse de nuevo en pie. Se echó otra vez al hombro a Hess y trató de caminar. Cada paso era un gemido. El dolor de la pierna era horrendo. Como un boxeador atontado pero aún en pie, comenzó a caminar hacia atrás, en dirección a Stern.

—¡No, Gadi! —le gritó Stern—. ¡Vas en dirección contraria! ¡Hacia adelante!

El joven comando vaciló unos momentos sobre sus pies y luego se desplomó. Esta vez, Hess se dio un gran golpe contra el suelo y quedó inmóvil. Sollozando de dolor y de furia, Gadi se incorporó de nuevo y volvió a tratar de levantar al viejo. Hizo acopio de todas las fuerzas que le quedaban, pero la bala de Smuts había hecho

demasiados estragos en su muslo.

—¡No puedo, tío! ¡Nunca llegaré con él al otro extremo del túnel!

—¡Hauer! —gritó Stern—. ¡Vuelva y ayude a mi sobrino!

—¡Sí! —llamó Gadi—. ¡Ayúdeme, capitán!

La respuesta de Hauer resonó entre las sombras.

—¡Al infierno con Hess! ¡Voy a salvar al general Steyn! ¡Ustedes entretengan a los árabes todo el tiempo que puedan!

—¡Nos debe este favor! —gritó Stern—. ¡Por lo de Munich! ¡Sí, sé que usted estuvo allí! ¡Regrese, Hauer! ¡Por todos los judíos que dejó morir!

—¡Olvídelo, Stern! ¡Esa guerra ya terminó!

—¡Deja aquí a Hess, Gadi! —gritó Stern furioso—. Frau Apfel tiene el libro de Zinoviev y los papeles de Spandau, Son todas las pruebas que hacen falta. Esos papeles bastarán para poner en evidencia a los ingleses.

—¡Entonces, me quedo contigo!

—No. Debes llevar esas pruebas a Israel.

—Los otros lo harán.

—Debe hacerlo un judío, Gadi. Por si acaso.

Gadi miró furiosamente a su tío por unos segundos, y luego tomó una decisión. Les quitó las armas a los sudafricanos que había matado y las dejó a los pies de Stern.

—Mata a todos los que puedas, tío. Yo me encargo de que tus papeles lleguen a Jerusalén.

Stern sonrió.

—Estoy seguro de que así será, muchacho. Ahora, vete. —Abrazó al joven y apretó su mejilla contra la de Gadi—. *Shalom*.

—*Shalom*, tío. —Gadi ahogó un sollozo—. Ningún judío te olvidará.

—Vete —ordenó Stern—. Mi hora ha llegado.

Gadi recogió su fusil y se alejó arrastrando la pierna herida.

El cañón del obús del comandante Karami asomaba ahora a través de la destrozada puerta principal de la mansión Horn. Karami observó cómo el jefe de su grupo de inspección corría al interior del vestíbulo de recepción.

—¡En la casa sólo hay cadáveres y criados, comandante!

Karami sonrió.

—Despejen la casa.

Tras echar un último vistazo al blindaje negro que impedía el acceso al ascensor, el comandante libio pasó entre el marco de la puerta y la cureña del cañón y se situó detrás del obús. Recordaba el ascensor de su primera visita, y sabía que al final de su profundo hueco se encontraba el complejo subterráneo de Horn. Y, en el interior de aquel sótano... ¡Una espada digna del propio Mahoma!

—¡Fuego! —gritó.

Alan Burton llevaba un minuto completo esperando en la oscuridad, junto al bunker, cuando el doctor Sabri asomó la cabeza por la abertura irregular.

—¡Vamos, fuera! —masculló al tiempo que ayudaba a salir al libio—. Antes te oí hablar en árabe, amigo. ¿Venías con esos cabrones que están atacando la casa?

—¡No, señor! Esos hombres son asesinos. ¡Mataron a mi primer ministro!

Antes de que Burton tuviera oportunidad de contestar, Ilse asomó la cabeza por el orificio. Hauer y Hans seguían en el túnel, con el general Steyn. Burton miró nerviosamente su reloj.

—No podemos seguir esperando —dijo—. Más vale que me sigan.

Dio media vuelta y echó a correr hacia la pista de aterrizaje. El doctor Sabri lo siguió, pero Ilse se quedó atrás abrazando fuertemente el maletín de Hess. Al cabo de treinta segundos de agonía asomó la cabeza el general Steyn, pálido y demudado. Mientras Hauer y Hans lo empujaban por detrás, Ilse tiró de él. Hans salió detrás del general y el último en aparecer fue Hauer. Ilse abrazó apasionadamente a Hans, con el maletín de Hess entre sus cuerpos. El único que aún no había aparecido era Gadi.

—Vamos —dijo roncamente Hauer—. Si el chico aún está vivo, ya se reunirá con nosotros.

Sentado a horcajadas sobre el mortífero cilindro, Jonas Stern aguardaba la llegada de los libios. Sujetando en la mano los cables pelados como si fueran talismanes, inspeccionó las sombras que lo rodeaban. Era el rey de un reino de cadáveres. A sus pies yacían los soldados contraterroristas sudafricanos, con sus futuristas máscaras antigás mortalmente perforadas por los disparos de Gadi. Tras ellos, caído de espaldas como una muñeca rota, Pieter Smuts yacía sobre un charco de sangre cada vez más extenso. El único que seguía con vida era Rudolf Hess. Aunque la artritis le impedía llegar hasta un lugar seguro, el viejo nazi había logrado sentarse y apoyar la espalda contra la pared de la izquierda de Stern. El parche del ojo se le había caído y se podía ver una cuenca vacía y surcada de cicatrices.

Stern estaba pendiente del más mínimo ruido que sonase en el otro extremo del laboratorio. No se oía nada. Miró con curiosidad a Hess. Allí estaba el hombre que los había atraído a todos hasta aquel lugar. Hess... El nombre retrotrajo a Stern a una juventud tan desgarrada por el miedo, la pérdida de seres queridos y el dolor, que lo único que él lograba recordar eran los constantes agujonazos de la aflicción. Había sobrevivido a la guerra más cruel de cuantas habían assolado la tierra, y ahora uno de los responsables de desencadenar tal contienda yacía junto a él. Extrañamente, no sentía el menor rencor personal hacia aquel saco de frágiles hueso, sólo una distante curiosidad, el deseo de saber si existió alguna razón para lo que Hess había hecho.

—Hess... —dijo en voz baja.

El viejo nazi abrió los ojos.

—¿Qué quieres, judío?

—Dígame una cosa. ¿Ha llegado usted a comprender lo que hizo Hitler? ¿La obscenidad, la inhumanidad de sus actos?

Hess apartó la mirada.

—Dígamelo —insistió Stern—. Quiero conocer el porqué. El porqué del Holocausto. El porqué del asesinato de tantos miles de niños. ¿Por qué Hitler nos odiaba tanto? ¿Por miedo? ¿Qué le habían hecho a Hitler los judíos? ¿O a usted?

Hess volvió a mirar a Stern. Una nueva explosión conmovió el edificio, pero Stern sólo veía a Hess. Un extraño brillo había aparecido en el único ojo del nazi, un odio tan salvaje, tan ciego, tan inhumano, que Stern sintió el impulso de cruzar la sala y aplastar el cerebro que contenía tan inmundos sentimientos. Hess sufría una ceguera que le impedía ver los asesinatos, una sordera que le impedía oír los lamentos de los niños, una mudez que no sabía expresarse sino por la violencia. ¿Para qué me he molestado en preguntarle?, se dijo. Es como preguntarle a un sádico por qué ahoga a los gatos... o a un padre por qué abusa de su hijo pequeño... No hay ninguna explicación razonable. Ninguna en absoluto. Stern recogió del suelo un fusil de asalto R-5 y lo apuntó contra el tullido cuerpo de Hess. El acuoso ojo del viejo nazi no mostró el menor temor.

—¿Quieres matarme, judío? —preguntó—. Puedes hacerlo. Pero no puedes matar aquello por lo que viví. El capitán Hauer dijo que Fénix será exterminada. Pero se equivoca. Lo que unía a los hombres de Fénix existe por doquier. En Alemania. En la Unión Soviética. En Estados Unidos. En todas partes. Todos los gobiernos saben de la existencia de nuestros grupos y no hacen nada. La prensa los llama organizaciones ultraderechistas. De cuando en cuando, algunos de sus miembros van a la cárcel. ¿Y qué? ¿Por qué son tolerados? Porque, en el fondo, la gente comprende esos movimientos, que no son más que la expresión de algo que sienten todos los hombres civilizados: el temor justificado a la anarquía, a la destrucción racial. Saben que algún día llegará la gran batalla... la batalla contra el *Schwarze*, y el asiático, y el judío...

—¿Acaso no oyó usted lo que dije esta tarde? —exclamó Stern—. Los judíos no desean destruir a nadie. Ésa es la diferencia entre ustedes y nosotros. Nosotros disponemos de los medios para aniquilar a nuestros enemigos, pero preferimos no hacerlo.

Hess sonrió desdeñoso.

—¿Sabes lo que eso me indica, judío? Me indica que tu raza es débil. Los judíos tienen la inteligencia suficiente para construir armas atómicas, pero carecen del coraje moral para hacer uso de lo que han creado.

—Está usted loco —murmuró Stern.

Hess rió entre dientes.

—No te engañes. En Israel existen hombres que desean hacer uso de sus armas nucleares. Por eso tu nación debe ser destruida.

Sintiendo una enorme desolación, Stern dejó caer su fusil al suelo y se volvió

dando la espalda a Hess. Advirtiendo esto, Hess se separó de la pared y comenzó a arrastrarse lentamente hacia Stern.

—Tendrás que matarme, judío.

Sudando y gruñendo entre las sombras de la pista de aterrizaje, Hans y Hauer metieron al general Steyn por la puerta principal del Learjet libio. Ilse y el doctor Sabri se encontraban ya a bordo. Tras depositar al general sobre un montón de alfombras en la parte posterior de la cabina de pasajeros, Hauer asomó la cabeza fuera del avión para hablar con Alan Burton.

El inglés había desaparecido. Mirando hacia las sombras de más arriba de la pista, Hauer vio el Yak-42 libio. Varios centinelas patrullaban bajo el gran avión de pasajeros, pero aún no habían detectado la actividad en torno al Lear.

—¡Burton! —llamó Hauer—. ¡Aquí no hay piloto!

Hauer oyó rumor de pasos en el borde de la pista y alzó su pistola.

—¡Ayúdeme a subirlo! —dijo Burton.

—Dios mío —exclamó Hauer al ver la camisa ensangrentada de Díaz.

Se pasó el brazo del cubano por los hombros y lo ayudó a subir los tres peldaños que conducían al interior del pequeño reactor. Hicieron falta los esfuerzos aunados de Hauer y Burton para llevar a Díaz hasta la carlinga de mando. Hauer bajó la vista y, al ver el rostro del cubano, exclamó.

—¡Está inconsciente!

—Sólo está descansando la vista —dijo Burton—. Este cabrón es muy duro de pelar. —El inglés cacheteó las mejillas de Díaz—. ¿Verdad que sí, amigo?

El cubano movió levemente la cabeza en lo que pretendía ser un ademán de asentimiento.

—Jesús —murmuró Hauer.

Cuando Hans trataba de cerrar la portilla-escalera del Lear, alguien la agarró desde fuera y trató de bajarla.

—¡Capitán! —gritó Hans.

Hauer regresó corriendo a la cabina, le dio una patada a la portilla y asomó por el hueco la pistola del general Steyn. Gadi Abrams estaba ante ellos, jadeando. Tenía la pernera izquierda del pantalón empapada en sangre. Hauer ayudó al israelí a subir al avión y cerró la portilla.

—¡Listos! —gritó Hans.

En la carlinga, Burton amarró a Díaz al sillón del piloto. Todos los demás permanecían agachados en la cabina de pasajeros. Ilse atendía lo mejor posible al general Steyn, que tenía la cabeza apoyada en una pequeña almohada. El maletín de Hess yacía en el suelo, a los pies de Ilse.

—¿Será ese hombre capaz de pilotar? —preguntó la joven, preocupada.

—Si quiere vivir, más le vale —gruñó Gadi al tiempo que se ataba una funda de

almohada alrededor del muslo herido a modo de torniquete.

Hans bajó la cabeza y se dirigió hacia el panel de partición de la carlinga. Por encima del hombro de Hauer, vio a Burton, en el asiento del copiloto, masajeando el demacrado rostro de Díaz.

—¿Lo podrá hacer? —preguntó Hans en voz baja.

Hauer se encogió de hombros.

—Eso intenta.

Díaz movió las manos y accionó varios interruptores. Las luces de la cabina se encendieron. Hans notó que el cuerpo del avión comenzaba a vibrar. Burton alzó la vista y miró a Hauer.

—En cuanto oigan el ruido de los motores, esos vendedores de alfombras vendrán corriendo. ¿Puede ocuparse de ellos, amigo?

Hauer volvió a la cabina y recogió del suelo una Uzi libia. Hans le abrió la portezuela trasera.

—Agárrame por el fondillo de los pantalones —dijo Hauer.

Luego, con sólo la mano de Hans impidiendo que cayera, se echó hacia fuera y apuntó hacia las negras siluetas de debajo del avión libio.

De pronto, el general Steyn se incorporó y gritó.

—¡No puede ser! ¡Stern no puede detonar esa bomba...! ¡Matará a miles de personas... a millones!

Ilse trató de tranquilizar al sudafricano, pero éste no estaba dispuesto a calmarse.

—¡Háganlo callar! —gritó Gadi desde el suelo.

Hans fulminó con la mirada al israelí.

—¡Cállate tú, maldito fanático!

—Silencio todos —suplicó Ilse—. Por favor.

Tras un fuerte estremecimiento, el Lear comenzó a rodar por la pista. A través de la portilla abierta, Hans oyó lejanos gritos de alarma. La Uzi de Hauer ladró tres veces en rápida sucesión. Hans creyó ver que dos libios caían, pero debido a las sombras le resultó difícil estar seguro.

—¡Cierren la portilla! —gritó Burton desde la carlinga.

Hauer hizo fuego otras dos veces y subió la portilla. El esbelto reactor tomó velocidad rápidamente. Por una ventanilla lateral, Hans vio cómo el Yak-42 quedaba atrás. Díaz aceleró los motores al máximo. Todos los pasajeros se agarraron a lo que pudieron.

Hauer avanzó con esfuerzo hasta la carlinga y miró a través del parabrisas. Lo único que vio ante ellos fue oscuridad. Se agarró al respaldo del asiento de Díaz y oyó cómo éste murmuraba una plegaria. Él también rezó en silencio. De pronto, Díaz echó hacia atrás la columna de mando y, con un estremecedor bramido, el Lear se separó de la tierra. El oscuro veld fue quedando allá abajo.

Estaban en el aire.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Stern miró hacia las sombras del fondo del laboratorio. Hess yacía inmóvil a su lado. Arrastrándose, el anciano nazi había llegado demasiado cerca de él y Stern lo había golpeado con la culata de su fusil. El viejo parecía muerto. Habían transcurrido tres silenciosos minutos desde la última explosión. Luego, hacía sólo unos segundos, a Stern le había parecido oír un rumor entre las sombras.

Ahí está otra vez... Ahora le fue posible reconocer el sonido. El constante rumor de unos soldados tomando posiciones.

—¡Herr Horn! —llamó una voz entre las sombras—. *Guten Abend!* ¡Soy el comandante Ilyas Karami! ¡He venido a por mi arma!

Stern se acuclilló tras la bomba, con los cables pelados en la mano, y apoyó la mejilla en el frío metal.

—¡Herr Horn! —seguía Karami—. ¡No hay necesidad de que mueran más hombres! Usted y yo deseamos lo mismo, ¿no? ¡La destrucción de Israel!

Stern miró su reloj. De mala gana, dejó los cables detonadores a un lado y cogió uno de los fusiles que Gadi le había dejado.

—¡Herr Horn! —repitió Karami—. ¡Sé que está ahí!

Stern bajó la vista a los cables. Los veía borrosos. La radiación le estaba haciendo efecto. Podría hacer el contacto ahora, se dijo, y terminar de una vez con este maldito juego. Pero los otros deben de haber despegado hace un momento, si es que han conseguido llegar al avión. Gadi... Hauer... Frau Apfel... los papeles de Spandau...

Stern echó hacia atrás el cerrojo del R-5 y apuntó el arma hacia las sombras.

—Si no contesta —gritó Karami—, me veré obligado a dar a mis hombres la orden de avance.

Stern se levantó sobre una rodilla y apretó el gatillo del R-5. Los fogonazos del arma casi cegaron los dañados ojos del israelí. Disparó contra el fondo del laboratorio hasta que el cargador se agotó, y luego recogió del suelo otro fusil. Los oídos le zumbaban ensordecedoramente.

Alguien lanzó un gemido de agonía.

Una grave voz ordenó en árabe.

—¡No devuelvan el fuego!

No quiere que los disparos de sus hombres peguen en las bombas, comprendió Stern. Quizá eso me permita ganar un poco...

Stern se quedó paralizado. En medio de los gemidos de los heridos, oía el rumor de los libios avanzando entre las sombras. Iban a por él. Resistiendo la casi incontenible tentación de unir las puntas peladas de los cables, amortilló el segundo R-5, se puso en pie y abrió fuego.

El Lear se encontraba a cinco mil metros de altura y seguía subiendo. Díaz pilotaba el esbelto reactor en dirección este, hacia Mozambique y el océano Índico. El aparato ascendía como un cohete, a más de seiscientos kilómetros por hora. Alan Burton permanecía en el asiento contiguo al de Díaz haciendo lo posible por mantener al cubano consciente, mientras detrás de ellos, en la cabina de pasajeros, tenía lugar una acalorada discusión.

Gadi Abrams quería el maletín de Hess. Estaba decidido a cumplir el último deseo de su tío y encargarse él mismo de llevar los papeles hasta Israel. El maletín se encontraba junto a Ilse, que seguía atendiendo al general Steyn en la parte posterior de la cabina.

—¡Es mi deber y mi derecho! —repitió el israelí con obstinación—. ¡Hess era un nazi y su propósito era destruir a los judíos!

Hauer, que estaba sentado junto a Hans, se levantó y fue a colocarse entre Gadi e Ilse.

—Calma —dijo—. El Holocausto no le da derecho a apoderarse de todos los documentos históricos relativos a los nazis. Los papeles se refieren primera y principalmente a los alemanes. Nosotros debemos ser quienes...

—¡Ustedes los esconderán bajo siete llaves! —acusó Gadi.

Hauer negó con la cabeza.

—No sea idiota. Esos papeles no perjudican a Alemania, sino a Inglaterra.

—¡Esto es ridículo! —estalló Hans—. ¡Podemos morir en cualquier momento! ¡Si quieren saber de quién son los papeles de Spandau, son míos! Yo los encontré, así que cállense de una vez. Ilse los guardará hasta que nos encontremos a salvo.

—¿Cuándo será eso? —le preguntó Ilse al doctor Sabri.

—No estoy seguro —replicó el libio—. Depende de la rapidez con que volemos. En estos momentos podríamos estar ya cerca del límite mínimo de seguridad.

—¡Escúchenme! —interrumpió Gadi—. Puede que Hans encuentre los papeles de Spandau, pero Hess le entregó el libro de Zinoviev a mi tío.

—Pero Hess creía que Stern era mi abuelo —le recordó Ilse.

Gadi intentó apoyarse en la pierna herida. Temeroso de perder el conocimiento, alzó amenazador el R-5.

—Dígale a Frau Apfel que me entregue el maletín, capitán. De lo contrario, me verá obligado a arrebatárselo.

—¡Baje el arma! —gritó Hauer—. ¡Si dispara, nos matará a todos! —Avanzó un paso hacia el comando.

—¡Alto! —le advirtió Gadi moviendo el fusil hacia adelante.

Con la misma hipnótica mirada que había usado con el oficial ruso del KGB en la prisión Spandau, Hauer avanzó otro paso y luego agarró con puño de hierro la muñeca de Gadi.

—¡Suelte! —gritó Gadi pálido de ira.

La punta del cañón del R-5 se encontraba a dos dedos del ojo izquierdo de Hauer.

—Deje el fusil —le ordenó Hauer sin alterarse.

—¿Qué tal si todos nos calmamos un poco?

Alan Burton, que se encontraba en el umbral de la puerta de la carlinga, había hablado sin inmutarse, pero su metralleta MP-5 confería gran peso a sus palabras.

—Deje al chico, capitán —dijo—. Así él podrá soltar su arma.

—No la soltará.

—Yo creo que sí —replicó el inglés—. Estamos en una cabina presurizada, capitán. Si dispara aquí dentro ese fusil, moriremos todos y los papeles se perderán para siempre. Por otra parte, mi arma está cargada con unas balas revestidas de teflón que revientan antes de atravesar un cuerpo humano. Una innovación sumamente práctica. Supongo que nuestro amigo, el joven israelí, está familiarizado con este tipo de proyectiles.

Hauer soltó la muñeca de Gadi. Burton siguió.

—Y debo añadir, caballeros, que rara vez fallo el blanco.

A regañadientes, Gadi dejó caer el R-5 al suelo de la cabina.

—De todas maneras, no necesitan preocuparse por esos papeles —añadió Burton—, porque pienso llevarme el maletín conmigo.

Hauer y Gadi miraron al inglés boquiabiertos. Burton sonrió.

—No creerían ustedes que yo estaba de vacaciones en aquel sótano, ¿verdad? Me enviaron a hacer un trabajo. A matar a un hombre. Y, después de oír lo que se dijo allí abajo, comprendí al fin quién era en realidad aquel hombre. ¡El mismísimo Rudolf Hess! Ése es el motivo por el que Londres me escogió a mí. Soy un mercenario, y el gobierno británico puede negar facilísimamente toda relación conmigo. —Burton mostró en los labios una cordial sonrisa—. Me gustaría darles las gracias por haber hecho mi trabajo. En aquel sótano, cuando oí por primera vez el nombre de Hess, me encontré en un bonito atolladero. Para cumplir mi contrato, tenía que matar a aquel viejo nazi, pero ustedes me sobrepasaban en potencia de fuego. Sin embargo, todo terminó saliendo bien. El viejo fanático que dejamos en el sótano incinerará a Hess y a todo lo que lo rodea. —Burton alzó una ceja—. Y eso nos lleva a los papeles, el único cabo suelto que podría impedir que yo recibiera mi pago final. Si no le importa, querida, yo me encargo de ese maletín.

—¡Pero el gobierno británico destruirá esos papeles! —exclamó Gadi.

Burton se encogió de hombros.

—Eso no es asunto mío, querido amigo.

Gadi alargó la mano hacia su fusil. Burton apuntó al israelí con el MP-5.

—No haga tonterías, muchacho.

—Esto es increíble —murmuró Gadi—. Después de tanto tiempo... de tantas muertes... El gobierno inglés volverá a enterrar el asunto. Llevan casi cincuenta años ocultando esta historia. No puede hacernos esto. Israel le dará cualquier cosa a

cambio de esos papeles. ¡Cualquier cosa! ¿Cuánto le iban a pagar por matar a Hess?

Burton sonrió tristemente.

—Lo lamento, muchacho. Mi recompensa será recuperar la ciudadanía británica, e Israel no puede igualar esa oferta.

—Olvídese de los papeles —le dijo Hauer a Gadi—. ¿Es que no lo entiende? ¿Cree que va a revelar al mundo una gran conspiración? Al puñetero mundo le da igual.

—¡No es cierto! —exclamó Gadi indignado.

—Claro que es cierto. Sí, la cuestión interesa a los judíos, desde luego. Será una cosa más que puedan echarle en cara al mundo. Estoy seguro de que unos cuantos aristócratas británicos estarán temblando bajo sus batas de seda. Pero al resto del mundo le importa una mierda que Hess se acostase con el duque de Windsor. La historia haría que se vendiesen muchas revistas, y conseguiría grandes audiencias de televisión, pero eso es todo. ¿Es que no lo entiende? Los que importan, conocen ya la historia. ¿Acaso cree que los rusos no estaban al corriente que el de Spandau era un doble? ¿Cree que no conocían el plan de Hitler? ¿Piensa que los norteamericanos no saben ya la historia? ¿Tiene idea de cuántos nazis fueron protegidos por los gobiernos occidentales después de la guerra? ¡Centenares!

—¡Esto es distinto! —exclamó Gadi—. ¡Hess era uno de los hombres más allegados a Hitler!

—Da lo mismo —insistió Hauer—. Fíjese hasta dónde tuvimos que venir para encontrar a Hess. El tipo vivía en una fortaleza. ¿Recuerda el edificio Union de Pretoria? Hess tenía informantes en los niveles más altos del gobierno de este país. ¿De dónde cree que sacó esas armas nucleares? Tenía miles de millones, formaba parte de la infraestructura militar de una potencia mundial.

—Si los ingleses sabían desde siempre lo de Hess —intervino Hans—, ¿por qué esperaron tanto tiempo antes de intentar matarlo?

Hauer se volvió hacia Burton.

—¿Cuándo lo contrataron para matar a Alfred Horn?

El inglés se encogió de hombros.

—Hará unas ocho semanas. Era un tipo al que resultaba difícil acercarse.

Hauer asintió pensativo.

—Y al doble de Hess lo asesinaron hace sólo cinco semanas. Al parecer, los ingleses decidieron muy recientemente borrar todo rastro de la auténtica misión de Hess. Es evidente que algo temían. Quizá pensaban que estaba a punto de salir a relucir algo similar al diario de Spandau. Sospechaban que la auténtica historia iba a salir a relucir al cabo de tantos años.

Moviendo la cabeza, Hans replicó.

—Pero Hess dijo en el sótano que los servicios de inteligencia británicos lo engatusaron, al hacerle ir hasta Inglaterra para engañar a Hitler. Según eso, los británicos son unos héroes. ¿Por qué iban a silenciar la historia?

Hauer sonrió.

—Hess dijo que el MI-5 averiguó las identidades de los traidores británicos y utilizó a éstos contra Alemania. Lo cual es muy distinto. Los servicios de inteligencia británicos actuaron heroicamente, sí. Pero eso no excusa la traición de los ingleses a los que el MI-5 utilizó contra Hitler. Durante cincuenta años, los servicios secretos ingleses se han visto obligados a silenciar el heroísmo inglés para ocultar la villanía inglesa. Y, por lo que dijo Hess, puede que también para ocultar la traición de un ex rey.

Hasta Alan Burton parecía intrigado por un misterio en el que, involuntariamente, se había visto implicado.

—Pero eso no responde a la pregunta de por qué no liquidaron a Hess hace años.

Hauer se encogió de hombros.

—Todos conocían el mismo secreto, y todos se amenazaban con él. Y todos, por distintos motivos, temían que la verdad saliera a relucir. Hess y los servicios de inteligencia británicos se encontraban en situación de tablas. —Hauer se quedó unos instantes pensativo—. Pero no creo que ellos fueran los únicos enterados del secreto. No me sorprendería que el servicio secreto inglés conociera la auténtica identidad de Horn. Hess utilizaba el mismísimo nombre que dio su doble tras lanzarse en paracaídas sobre Escocia. ¿Cuánto debió de tardar el Mossad en desentrañar ese enigma? ¿Una semana? No creo que fuera más tiempo. Sin embargo, la historia jamás se hizo pública. Si lo que dijo Stern acerca de un acuerdo nuclear entre Israel y Sudáfrica es cierto, comprendo el motivo por el que los israelíes permitieron que Hess siguiera con vida. Hess abandonó Alemania en la primavera del 41, y la mayor parte de las atrocidades no se produjeron hasta mucho más tarde.

—¡Eso no es cierto! —exclamó Gadi.

—Lo es —dijo suavemente Ilse—. Mi abuelo me dijo que los auténticos crímenes contra la humanidad no se cometieron hasta después de que Hess se marchó de Alemania.

—¡Patrañas! —gritó Gadi—. ¡Están ustedes locos!

—Todo esto es interesantísimo —intervino Burton—, pero yo no soy excesivamente aficionado a la historia. —Se volvió hacia Ilse—. ¿Me da ese maletín, encanto?

—¡Tómelo! —exclamó Ilse lanzando el maletín hacia el inglés.

Gadi trató de atraparlo pero la pierna herida se lo impidió. El maletín cayó a los pies de Burton.

—¿Me hace el favor de recogerlo, capitán? —le pidió a Hauer sin dejar de apuntar a Gadi.

Hauer se inclinó y recogió el maletín.

—Ábralo.

El maletín no estaba cerrado con llave. Hauer lo abrió y miró su interior. Una fina sonrisa curvó sus labios.

Gadi agarró el maletín y Burton no hizo nada por impedirselo. El joven israelí tiró el maletín al suelo.

—¿Dónde están los papeles? —preguntó con la vista fija en Ilse.

La mirada de la joven fue de un hombre a otro.

—¡Esos papeles ya han causado bastante dolor! ¡Debieron quedarse entre los escombros de Spandau! ¡Había que terminar de una vez con toda esa maldita historia!

Gadi escondió el rostro entre las manos.

—Oh, Dios mío... no.

Ilse alzó retadoramente la barbilla y señaló hacia la cola del Lear.

—Sí —dijo—. Ahí atrás se quedaron.

—¿En la cola? —preguntó Burton esperanzado.

—En el infierno.

Stern había matado a tres libios, pero ya no podría seguir resitiendo mucho más. Si todos los libios atacaban a la vez, sus alas podían alcanzarlo antes de que tuviera tiempo de detonar la bomba. Simplemente, ya no podía seguir ganando tiempo para los que huían en el Lear. Se arrodilló, dejó suavemente en el suelo su fusil y cogió un cable pelado en cada mano.

—¡Quiero hablar! —gritó una voz desde las sombras.

—¡Ya es muy tarde para hablar! —replicó Stern, y aquélla fue la primera respuesta verbal que dio a los libios.

—¿Por qué pelea conmigo, Herr Horn? —preguntó Karami—. Atienda, por favor. Sé quién es usted. Rudolf Hess, ¿no es así? Visitó usted Trípoli en 1937, según creo. Conoce a mi pueblo. Los dos, usted y yo, tenemos una misma meta: la destrucción de los judíos. Quizá hice mal en atacarlo, pero necesito todas las armas que tiene aquí. ¡Conteste, se lo ruego! Permítame terminar el trabajo que su Führer encargó al muftí de Jerusalén. Por favor, Herr Hess. ¡No comprendo su actitud!

Stern rió quedamente.

—Adelántese, comandante, y en seguida lo comprenderá todo.

Tras considerar por un largo momento aquella petición, Karami replicó.

—Muy bien. ¡Allá voy! ¡Estoy desarmado!

Acuclillado tras la carcasa de la bomba, Stern observó cómo el alto y bigotudo árabe surgía de entre las sombras con las manos sobre la cabeza. En sus ojos de ónice brillaba la pasión.

—¿Herr Horn? —preguntó Karami desconcertado.

Stern alzó una mano y señaló el inmóvil guiñapo que yacía justo enfrente de la carretilla de las bombas.

—Ahí lo tiene —dijo Stern.

Los ojos de Karami escrutaron las sombras hasta dar con la yacente forma de Hess.

—¿Quién está ahí detrás? —preguntó—. ¿Señor Smuts? ¿Qué ha sucedido?

—Alá decidió intervenir —dijo Stern.

Karami se fijó por primera vez en los cadáveres enmascarados de los comandos sudafricanos. Un poco más allá vio el cuerpo de Pieter Smuts. Luego alzó la vista hacia los relucientes cilindros tras los cuales se ocultaba Stern.

—Así que tiene aquí tres bombas —dijo con voz queda—. Sabía que tenía que haber más. Lo sabía.

Stern aguardó en silencio. Pese a los efectos de los rayos X, no podía evitar sentir un sobrecogimiento al pensar que su esperanza de vida se medía ahora en segundos. Tenía la boca seca como el serrín.

—Si Hess ha muerto —dijo el comandante Karami en voz alta—, y el señor Smuts ha muerto... ¿quién es usted?

Stern asomó la cabeza por encima de la carcasa de la bomba. Luego, lentamente, alzó las manos. A la tenue luz, relucieron las puntas peladas de los dos cables.

Sintiendo un inmenso peso en el estómago, Ilyas Karami comprendió el significado de aquéllos dos cables.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó roncamente—. ¿Oro? ¿Drogas? ¿Diamantes? ¡A cambio de esas armas, mi señor le otorgará todo un reino!

Stern volvió a acuclillarse. Le pedía a Dios que el avión estuviera ya bien lejos.

—¿A qué viene esta locura? —preguntó Karami auténticamente intrigado—. ¿Acaso desea morir? ¿Quiere alcanzar la palma del martirio? El martirio es para los hijos de Alá, amigo mío, no para los buenos cristianos. ¡Por rescatar esas armas se convertirá usted en un héroe en mi nación! ¡Salga de ahí y permítame que lo convierta en el hombre más rico del mundo! Salga y dígame quién es usted.

Stern se echó a reír. El sonido fue estremecedor, como el de una voz de ultratumba.

—Los dos somos mártires, comandante. Qué cosa tan curiosa, ¿no? —Su expresión se endureció—. Nos veremos en la otra vida, mi querido amigo árabe. *Shalom*.

En un pavoroso instante, Ilyas Karami comprendió que el hombre situado ante él y detrás de sus codiciadas bombas era un judío. De lo más hondo de su ser surgió un grito de odio químicamente puro hacia su enemigo de toda la vida. Al tiempo que gritaba, sacó la pistola que llevaba oculta a la espalda.

Pero en ese momento, Hess se incorporó y trató de agarrar los cables que Stern tenía en las manos.

—*Deutschland!* —gritó—. *Deutschland über Alles!*

Stern apartó de un manotazo los esqueléticos brazos, unió las puntas peladas de los dos cables y cerró el puño en torno a ellos. Sonrió tristemente y luego bajó los párpados.

Karami vació su pistola tan rápidamente como pudo, pero Hess, que seguía debatiéndose, paró con su cuerpo las primeras balas. El viejo nazi danzó

horriblemente al ritmo de los disparos, y para cuando un proyectil alcanzó a Stern ya era demasiado tarde.

En un abrir y cerrar de ojos, la oscuridad se convirtió en mediodía. Incluso con el morro del Learjet enfilado en dirección contraria a la explosión, el relámpago cegó a cuantos iban en el aparato, que comenzó a caer en barrena a más de ochocientos kilómetros por hora.

En la cabina, los pasajeros tropezaron unos con otros, dominados por el terror a causa de la súbita ceguera. El general Steyn gritó de dolor.

Hauer, en la carlinga de control, hizo a un lado a Burton.

—¡Enderece! —gritó—. ¡Enderece, por Dios!

Los motores del Lear aullaron locamente mientras el aparato seguía desplomándose. Hauer agarró el hombro herido del cubano y lo apretó con vehemencia.

—¡Enderece, maldita sea! ¡La onda de choque viene hacia aquí! ¡La onda de choque!

De algún modo, Díaz logró salir de la barrena. Ya casi había conseguido estabilizar el Lear cuando la onda de choque los alcanzó. El sólido muro de aire sobrecalentado agitó el pequeño reactor como una ola agita una tabla de surf, levantándolo y empujándolo hacia delante, para dejarlo luego caer en una bolsa de aire. Hauer sintió un súbito acceso de náuseas, como cuando se va en coche y éste patina en una curva. Luego, tan súbitamente como había aparecido, la sensación se desvaneció. Oyó a Díaz, que trataba de hacerse con los controles, maldiciendo furiosamente.

—¿Hay alguien herido? —gritó Hauer, que poco a poco iba recuperando la visión.

—¡Estoy ciego! —gimió alguien.

—Virgen santísima —murmuró el general Steyn—. ¡Lo ha hecho! ¡Stern lo ha hecho de veras!

—¡No veo nada! —gritó alguien—. ¡Ayúdenme!

—¡La ceguera es transitoria! —gritó el doctor Sabri desde el suelo—. ¡Hemos tenido suerte! ¡Podría haber sido dos veces peor!

—¡Los papeles! —dijo Gadi con voz quebrada—. ¡Los papeles de Spandau han desaparecido! ¡Jonas ha muerto! ¿Dónde está esa puta alemana?

Dispuesto a desahogar con Ilse toda su rabia y frustración, el israelí gateó a ciegas por el suelo de la cabina buscando su fusil. Hauer decidió al fin que ya estaba bien. Cuando la mano de Gadi se cerró en torno a un tobillo de Ilse, Hauer alzó el fusil por encima de los ciegos ojos del israelí y lo golpeó con la culata en un lado de la cabeza. Gadi se derrumbó. Rápidamente, Hauer recogió todas las armas que pudo encontrar, empezando con el MP-5 de Burton, y las apiló bajo unos almohadones en la parte

posterior de la cabina. Luego tomó a Hans de la mano y lo condujo hasta donde se encontraba Ilse.

—Ya pasó todo —dijo—. Sólo tenéis que mantener los ojos cerrados durante un minuto.

Los brazos de Ilse rodearon el cuello de Hauer y el de Hans.

—Estamos vivos —murmuró la joven—. Dios bendito, estamos vivos.

Abrió los ojos, y de éstos brotaron lágrimas de alivio que luego le corrieron por las mejillas. Una sonrisa comenzó a formarse en sus labios, hasta que, de pronto, la muchacha alzó una mano y se cubrió con ella la boca.

—Stern... —dijo ahogadamente—. Herr Stern... ha muerto.

Mientras abrazaba a Hans y a Ilse, Hauer pensó en Stern. Sospechaba que el viejo israelí hubiera considerado el trueque más que justo. Probablemente, el caso de Rudolf Hess seguiría siendo un misterio para siempre, o al menos hasta que el gobierno británico abriese sus bóvedas secretas, pero a Stern los papeles nunca le preocuparon demasiado. Lo importante era que el Estado de Israel había recibido el regalo de la vida. Un regalo hecho por uno de sus padres más jóvenes y por uno de sus hijos más viejos.

EPÍLOGO

Washington. — Anoche a las 20.47, hora local, un satélite meteorológico SKYSAT 7 del Servicio Meteorológico Nacional registró un enorme resplandor y una intensísima onda de calor en el extremo más nororiental de la República de Sudáfrica. Los analistas del servicio meteorológico informan de que los datos del incidente son idénticos a los que produciría una gran explosión nuclear subterránea. El servicio meteorológico registró gran cantidad de incidentes similares en la Unión Soviética durante los años sesenta, y considera que éste es el diagnóstico exacto de lo ocurrido.

Ni el Departamento Nacional de Reconocimiento Aéreo ni el Pentágono han querido hacer comentarios, pero se cree que este incidente confirma la existencia de un arsenal secreto de armas nucleares en Sudáfrica. En 1984, un suceso similar fue fotografiado en el océano Índico, frente a la costa de Sudáfrica. Los analistas del servicio meteorológico no disponen del equipo necesario para medir la emisión de radiaciones a la atmósfera, pero consideran que, dados los vientos dominantes de ayer en el Transvaal septentrional, las posibles radiaciones habrían sido empujadas hacia el océano Índico.

Varios grupos ecologistas internacionales han expresado su indignación por tal prueba. Los analistas del Servicio Meteorológico Nacional sitúan el lugar de la prueba nuclear a poco más de treinta kilómetros del Parque Nacional Kruger, una de las reservas de vida silvestre más importantes del continente africano. La organización internacional Greenpeace se propone presentar quejas ante la Agencia Internacional de Energía Atómica y ante las Naciones Unidas, aunque el grupo ecologista considera que «poco será lo que se haga».

La Casa Blanca no ha hecho ninguna declaración acerca del incidente, y los responsables gubernamentales de Pretoria y Ciudad del Cabo se han negado en redondo a conceder entrevistas, afirmando que las acusaciones hechas contra ellos eran alarmistas e infundadas. Un analista del Servicio Meteorológico Nacional que no desea ser identificado, hizo el siguiente comentario. «Díganles a los sudafricanos que bienvenidos al club.»

Berlín Occidental. API. — Ayer, a las 04.00, hora central europea, una unidad antiterrorista de élite, formada por comandos del GSC-9 que actuaron concertadamente con el ejército norteamericano, asaltó la comisaría de policía número 53 de Berlín Occidental y efectuó una limpieza de elementos hostiles. El coronel del ejército de EE.UU., Godfrey Rose, el comandante norteamericano destacado en el lugar de los hechos, declaró que, sin que la prensa hubiera tenido noticia de ello, en la comisaría, desde hacía algún tiempo, se mantenía retenidos a algunos rehenes. Según Rose, los terroristas que se encontraban en la comisaría no habían solicitado la intervención de los medios, y se consideró que una implicación

prematura de la prensa «hubiera impedido la rápida solución de lo que no era una situación crítica, pero sí ingrata».

API no dispone de datos acerca de los terroristas que se apoderaron de Abschnitt 53, pero la alcaldía de Berlín Occidental ha hecho saber que varios policías de Berlín Occidental que habían sido retenidos murieron en el asalto. Ente ellos se encontraba Wilhelm Funk, prefecto de la policía de Berlín Occidental. Funk, junto con los otros oficiales que murieron, será enterrado el viernes con honores policiales. El coronel Rose, que en el pasado había trabajado reiteradamente con Funk, afirmó que la muerte de éste era «una pérdida que todos lamentamos, pero de la que debemos reponernos». Se espera que a los servicios funerarios, que se celebrarán en el cementerio de Wimersdorf, acudan miles de leales alemanes occidentales.

Minutas de la Conferencia Especial Interaliada sobre la Liquidación del Caso Fénix. Schloss Bellevue. Berlín Occidental

[Presentes: (EE. UU.) Coronel Godfrey Rose, jefe del Depto. de Inteligencia Militar, Berlín Occidental; subsecretario de Estado John Taylor/ (U.R.S.S.) coronel Ivan Kosov; Grigori Zemenek, secretario general del KGB/ (Reino Unido) sir Neville Shaw, director general MI-5; Peter Billingsley, asesor especial de su majestad/ (R.F.A.) senador Karl Hofer, asesor del Canciller; Hans-Dietrich Müller, director de Operaciones del BND (servicios de inteligencia alemanes occidentales). Preside la reunión el subsecretario Taylor.]

El siguiente pasaje es un extracto del interrogatorio de Julius K. Schneider, detective de primera clase de la Kripo.

[Taylor] Detective Schneider, ¿opina usted, por consiguiente, que los rusos procederán a la purga de los agentes de la Stasi que figuran en la lista del capitán Hauer?

[Zemenek] ¡Protesto enérgicamente, señor subsecretario! Ya he asegurado ante esta comisión que hemos tomado todas las medidas pertinentes.

[Taylor] Entonces, no creo que tenga usted objeción alguna a que Herr Schneider conteste a la pregunta.

[Schneider] Creo que los rusos procederán a efectuar una enérgica purga (*pausa*). Son los miembros políticos de Fénix a ambos lados del Muro los que más me preocupan, señor. Dudo que la lista del capitán Hauer sea exhaustiva a este respecto...

[Müller] ¡Protesto! ¡No existe la menor indicación de que el culto de Fénix ejerza ningún tipo de influencia sobre la jerarquía política de la República Federal! De

existir tales pruebas, nuestros camaradas rusos deberían obligar a la Stasi a abrir los infames archivos que utiliza para el chantaje, a fin de que todos sepamos qué personas podrían ser vulnerables a la coacción.

[Hofer] No creo que eso sea necesario, caballeros. El canciller tiene la plena certeza de que nuestros colegas del BND pueden arrancar todos los restos de esta atávica pero totalmente anómala reversión a la época nazi de la historia alemana.

[Rumores ininteligibles de todos los reunidos]

[Taylor] Caballeros, comprendo las ramificaciones del asunto Fénix. Lo que me resulta difícil creer es que Rudolf Hess sobreviviese realmente a la guerra y siguiera vivo hasta hace sólo unos días. Ese hombre tendría más de noventa años.

[Rose] (*ríe*) ¿Ve usted alguna vez el programa «Today», señor subsecretario?

[Taylor] No le entiendo, coronel.

[Rose] Todas las mañanas, Willard Scott muestra en su programa las fotos de gente que cumple más de cien años. ¡Qué demonios, el prisionero Número Siete murió hace sólo seis semanas!

[Billingsley] (*carraspeo*) Caballeros, no hagamos que el detective Schneider pierda su valioso tiempo con trivialidades. Si me permiten, quisiera volver a la cuestión del material relacionado con Hess. La seguridad de los papeles de Spandau, de los papeles de Zinoviev y de otros documentos relacionados con el caso. Al gobierno de su majestad le preocupa particularmente el hecho de que tales materiales puedan encontrarse en estos momentos en posesión del gobierno de Estados Unidos y, particularmente, del Servicio de Inteligencia Militar de Berlín Occidental, que dirige el coronel Rose, aquí presente. ¿Detective Schneider?

[Schneider] ¿Señor?

[Billingsley] ¿Cree que todas las pruebas tangibles referidas a la misión de Rudolf Hess en 1941 han sido destruidas? ¿Que no quedan otras evidencias?

[Schneider] ¿Evidencias?

[Billingsley] Fotocopias, fotografías, grabaciones, etcétera...

[Schneider] (*larga pausa*) Que yo sepa, así es.

[Shaw] La verdad es que a mí me interesa mucho más la promesa de los rusos. Quiero que quede constancia de que todos estamos de acuerdo a ese respecto. A cambio de la lista de miembros de Fénix compilada por el capitán Hauer, el gobierno soviético se abstendrá de hacer cualquier manifestación pública referente al caso de Rudolf Hess.

[Kosov] (*exclamación ininteligible en ruso*).

[Zemenek] ¡Coronel Kosov! Les presento mis disculpas, caballeros. Sí, ése es el acuerdo. Mi firma tiene todo el peso del Politburó.

[Billingsley] Gracias, señor secretario. Entonces, ¿todos estamos de acuerdo en que el gobierno israelí no debe ser informado del contenido de ninguno de esos documentos?

[Rose] Por lo que hemos averiguado acerca de los acuerdos secretos sobre armas

nucleares entre los gobiernos de Israel y Sudáfrica, y acerca de la implicación de Rudolf Hess, dudo que los israelíes le dieran publicidad a la historia aun en el caso de que llegaran a conocerla.

[Murmullos de asentimiento general.]

[Taylor] Muy bien, caballeros. Si hemos terminado con el detective Schneider, propongo que suspendamos la sesión hasta después del almuerzo. Podemos reanudarla a las dos de la tarde.

[Fin del extracto.]

13.45 horas. Hospital Martin Luther, sector Norteamericano, Berlín Occidental

Tumbado en su cama del hospital, el profesor Natterman alzó la vista sorprendido. En el umbral se encontraba el corpulento detective de la Kripo al que Natterman había visto por última vez matando a un ruso en el cuarto de un hotel sudafricano. Natterman sacudió la cabeza tratando de despejar la niebla inducida por los analgésicos.

—*Guten Abend*, profesor —saludó Schneider.

Natterman hizo un gesto de asentimiento.

—Tiene bastante peor aspecto que en Sudáfrica —siguió Schneider.

—Hubo complicaciones —explicó Natterman—. Para cuando llegué a un hospital, ya se me había infectado la herida. Dicen que dentro de un par de semanas estaré totalmente repuesto.

—Me alegro. —Schneider se despojó del sombrero y del abrigo y se acercó más a la cama—. Resulta, profesor, que acabo de salir de una reunión en la que un montón de oficiales aliados me hicieron infinidad de preguntas acerca del caso Hess.

Natterman frunció el entrecejo, sintiendo un súbito recelo.

—Deseaban saber si seguía existiendo alguna prueba de lo ocurrido. Si había fotocopias, grabaciones, cosas por el estilo. ¿Sabe una cosa? Al reflexionar sobre ello, me pareció recordar que el capitán Hauer tenía unas fotos en el cuarto del hotel. O unos negativos.

Natterman permanecía inmóvil como una estatua. Schneider olfateó con evidente desagrado el aire del hospital.

—No me gustan nada estos sitios —dijo—. Parece como si, siempre que vengo a uno, alguien a quien aprecio muere. —Pasó un brazo sobre los hombros de Natterman—. Les dije a esos burócratas que no quedaba ninguna prueba. Que se vayan al diablo, ¿no le parece?

Natterman no dijo nada. Schneider siguió.

—Pero he estado dándole vueltas a lo que habría que hacer con unas pruebas como ésas. Si realmente existieran, claro. ¿Deberían airearse en la prensa o en un libro? ¿O deberían ser enterradas, como los aliados desean?

Tras un largo silencio, Natterman dijo.

—Yo también he reflexionado, detective. Y he resuelto que la decisión no nos corresponde tomarla a nosotros, los alemanes.

Schneider asintió lentamente.

—Ayúdeme a incorporarme —le pidió de pronto Natterman.

—¿Cómo? Los médicos dijeron que sólo podía visitarlo durante diez minutos. No se puede levantar.

Con un gesto de dolor, Natterman sacó algo de debajo de las ropas de cama. Un sobre.

—Hay algo que debo entregar —dijo—. Y quiero cerciorarme de que lo lleva usted a donde yo quiero que llegue. Así que ayúdeme a incorporarme.

—¿Y qué les diremos a los médicos?

—Es usted policía, ¿no?

Schneider se puso el sombrero y el abrigo y luego alzó de la cama al viejo como si éste fuera un niño pequeño.

Ante la estafeta de correos de Wilmersdorf, Schneider dirigió una última mirada a Natterman antes de entrar en el edificio. El rostro del viejo historiador, enmarcado por la ventanilla del taxi, estaba enrojecido a causa del gélido y fuerte viento.

En el interior de la estafeta, Schneider sacó el sobre de Natterman del bolsillo del abrigo. Al ver la dirección garrapateada en el papel, sonrió. Schneider sospechaba que para el profesor había supuesto un gran sacrificio renunciar al contenido de aquel sobre, en el caso de que en su interior hubiera lo que él sospechaba que había. Incapaz de resistir la tentación, Schneider sacó del bolsillo un cortaplumas, abrió el sobre y examinó su contenido.

Eran varias tiras de negativos fotográficos en blanco y negro. Miró una de ellas al trasluz. Vio un texto escrito en lo que sólo podía ser latín. Los papeles de Spandau. En el sobre había también una nota, escrita en papel de carta del hospital. La nota rezaba.

A quien corresponda.

Imagino que sus superiores sabrán qué hacer con esto. El alemán que lo escribió deseaba que su historia se hiciera pública, pero son ustedes quienes deben decidir qué es lo más adecuado.

Firmado,
UN BUEN ALEMÁN

Schneider dobló el papel y volvió a meterlo en el sobre. Luego, sin hacer caso de la larga cola, se acercó a la ventanilla postal. El empleado hizo un gesto de gran

desagrado y le indicó por señas que se pusiera al final de la cola. Schneider sacó la billetera, dejó un billete en el mostrador y le mostró al funcionario su identificación de la Kripo.

—Policía —gruñó—. Deme cinta adhesiva.

El empleado entregó a Schneider un dispensador de cinta adhesiva. Schneider lo utilizó para volver a cerrar con gran cuidado el sobre y empujó éste hacia el funcionario.

—Cerciórese de que esto llega a su destino —dijo—. Que no haya descuidos. Se trata de un asunto policial.

El funcionario cogió el sobre con muy mala cara, pero Schneider se dio cuenta de que el hombre había comprendido el mensaje. Schneider se subió el cuello del abrigo y salió de nuevo a enfrentarse con el gélido viento berlinés. Dirigió una inclinación al profesor Natterman y luego sonrió. Se sentía mucho mejor.

En el interior de la estafeta, el funcionario leyó la dirección del sobre.

*Sr. embajador
Embajada de Israel
5300 Bonn 2
Simrock Allee #2
Bonn, Alemania.*

La dirección del remite era la misma.

—Judíos en el mismísimo Departamento de Policía —rezongó el funcionario—. ¿Qué demonios le ocurre a este país?



GREG ILES nació en 1960 en Stuttgart, Alemania, donde su padre dirigía los servicios médicos de la embajada de Estados Unidos durante la Guerra Fría.

Nacionalizado estadounidense, pasó su juventud en Natchez, Mississippi, lugar en donde se desarrollan muchas de sus novelas y después de asistir a la Trinity Episcopal Day School, se graduó en la Universidad de Mississippi en 1983.